VERDOLAY

1995 REVISTA DEL MUSEO DE MURCIA Nº 7



REVISTA DE VERDOLAY Nº 7

Director:
José Miguel García Cano

Consejo de Redacción:
Emeterio Cuadrado Díaz
Antonino González Blanco
M.ª Angeles Gutiérrez García (Bellas Artes)

Museo de Murcia
Arqueología C/. Alfonso X nº 5. Telf.: 23 46 02
Bellas Artes C/. Obispo Frutos nº 12. Telf.: 23 93 46

Intercambios y correspondencia:
C/. Alfonso X nº 5. Telf.: 23 46 02

MURCIA 1995
ISSN 1130-9776
D.L. MU-1506-1991

Diseño:
Tropa

Realización e impresión:
Imprenta Regional

Hacha pulimentada.

VERDOLAY

REVISTA DEL MUSEO DE MURCIA

1995

HOMENAJE A LA DRA. D.ª ANA MARIA MUÑOZ AMILIBIA



INDICE

LA DOCTORA DE LA ESCUELA ARQUEOLOGICA MURCIANA

Javier R. García del Toro

SCATTERS ENTRE *PATCHES*: «LAS TOSCAS» (MOLINA DE SEGURA, MURCIA),
UN YACIMIENTO MUSTERIENSE EN SUPERFICIE

M. López Campuzano • R. Montes Bernárdez • T. Rodríguez Estrella

CONSIDERACIONES EN TORNO AL PROCESO DE NEOLITIZACION EN CATALUÑA

Roser Vilardell

LAS PERIODIZACIONES DEL NEOLITICO PENINSULAR.UNA PERSPECTIVA HISTORIOGRAFICA.

Isabel Rubio de Miguel

ASENTAMIENTOS PERMANENTES DE AGRICULTORES Y GANADEROS DEL SURESTE PENINSULAR.
EL CERRO DE LAS VIÑAS Y EL CHORRILLO BAJO, DOS POBLADOS NEOLITICOS DE LORCA, MURCIA.

María Manuela Ayala Juan • Sacramento Jiménez Lorente • Luis Gris Martínez

ORGANIZACION SOCIAL
Y ESTRATEGIAS PRODUCTIVAS EN CATALUNYA DESDE EL VI MILENIO HASTA EL SIGLO VII CAL ANE

M.ª E. Sanahuja Yll • R. Micó Pérez • P. V. Castro Martínez

EL ENEOLITICO VALENCIANO: ESTADO DE LA CUESTION;
LA ESTRUCTURA Y LA ORGANIZACION DEL HABITAT

José Aparicio Pérez

EXCAVACIONES EN LA RAMBLA DE LA ALQUERIA (JUMILLA - MURCIA)

Emiliano Hernández Carrión • Francisco Gil González

EL ESTADO ARGARICO

Vicente Lull • Roberto Risch

APROXIMACION A LAS RELACIONES ENTRE LA MESETA Y EL SURESTE DURANTE LA EDAD DEL BRONCE

M.ª Concepción Blasco Bosqued

EL SURESTE, MICENAS Y WESSEX: LA CUESTION DE ADORNOS OSEOS DE VARA Y PUÑO

Michael J. Walker, F.S.A.

ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL ARTE PREHISTORICO PARIETAL DEL SUDESTE DE ESPAÑA
A LA LUZ DE LOS ULTIMOS DESCUBRIMIENTOS
Antonio Beltrán Martínez

ASPECTOS PARA LA DOCUMENTACION GRAFICA DEL ARTE RUPESTRE
Miguel San Nicolás del Toro

EL TRANSITO BRONCE FINAL-PRIMER HIERRO EN EL DUERO MEDIO.
A PROPOSITO DE LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN EL SOTO DE MEDINILLA (VALLADOLID)
Germán Delibes de Castro • Fernando Romero Carnicero • Julio Fernández Manzano • María Luisa Ramírez Ramírez
Jesús Carlos Misiego Tejeda • Gregorio José Marcos Contreras

EL YACIMIENTO DE CANTO TORTOSO (GORAFE, GRANADA):
UN ENCLAVE COMERCIAL DEL
SIGLO VI A.C. EN EL GUADIANA MENOR
C. González Román • A. Adroher Auroux • A. López Marcos

CONSIDERACIONES SOBRE LA ESTRUCTURA DE LOS
INTERCAMBIOS COMERCIALES EN LA CULTURA IBERICA.
Francisco Gracia Alonso

LA CERAMICA ATICA DEL YACIMIENTO DEL TURO DEL VENT (LLINARS DEL VALLES,
VALLES OCCIDENTAL, BARCELONA) CONSERVADA EN EL MUSEU MUNICIPAL JOAN PLA I GRAS.
Joan Sanmartí Grego • Ramón Alvarez Arza • David Asensio Vilaró

LA NECROPOLIS TUMULAR IBERICA DE EL SALOBRAL (ALBACETE)
Juan Blánquez Pérez

EL USTRINUM 11/126 DE LA NECROPOLIS IBERICA DE CASTELLONES DE CEAL (HINOJARES, JAEN).
ESTUDIO DE SUS MATERIALES METALICOS
T. Chapa Brunet • F. Gómez Bellard • P. Gómez • S. La Niece • A. Madrigal Belinchón • I. Montero • J. Pereira • S. Rovira

EL CONTEXTO ARQUEOLOGICO DE LAS DOS GRANDES TUMBAS
DEL CORRAL DE SAUS (MOIXENT, VALENCIA)
M.ª Isabel Izquierdo Peraile

UN LOTE DE ARMAS PROCEDENTE DEL YACIMIENTO DE CARRANZA (HUESCAR DE GRANADA)
Y LA CUESTION DE LAS VIAS DE COMUNICACION ENTRE GRANADA Y MURCIA.
Fernando Quesada Sanz • Andrés Martínez Rodríguez

UN POSIBLE ABRIGO-SANTUARIO EN MECA (AYORA, VALENCIA) 251
Martín Almagro-Gorbea • Teresa Moneo

EL DEPARTAMENTO B DE LA LOMA DEL ESCORIAL (LOS NIETOS, CARTAGENA) 259
Carlos García Cano

DE NUEVO SOBRE PONDERALES IBERICOS 271
Domingo Fletcher Valls • Luciano Silgo Gauche

TESTIMONIOS DE APICULTURA EN EPOCA IBERICA 277
Helena Bonet Rosado • Consuelo Mata Parreño.

UN FRAGMENTO CRANEAL TREPANADO PROCEDENTE DE LA NECROPOLIS IBERICA DE COIMBRA DEL BARRANCO ANCHO (JUMILLA) 287
Mariona Portí Durán • Miguel Martínez Andreu

ENSAYO DE INTERPRETACION ETNOARQUEOLOGICA DE LOS EXVOTOS DE LOS SANTUARIOS IBERICOS: MANOS, GESTOS RITUALES Y ANDROGINOS EN LA CULTURA IBERICA 293
Juan Francisco Jordán Montes • José Miguel García Cano • Anselmo Sánchez Ferra

DELFINES SIN MAR. EN TORNO A UNA TEMATICA PICTORICA DE BAJA EPOCA IBERICA EN EL VALLE DEL SEGRE. 315
Ignasi Garcés i Estallo

SOBRE LA CECA DE ILTIRKESKEN Y SU PROBABLE UBICACION EN EL BAJO EBRO 321
Arturo Pérez Almoguer

EL SANTUARIO DE ASKLEPIOS Y LAS DIVINIDADES ALEJANDRINAS EN LA NEAPOLIS DE AMPURIAS (S. II-I A.C.). NUEVAS HIPOTESIS 327
Joaquín Ruiz de Arbulo

LA ACTIVIDAD COMERCIAL Y EL REGISTRO ARQUEOLOGICO EN LA CARTHAGO NOVA REPUBLICANA. LOS HALLAZGOS DEL AREA DEL ANFITEATRO 339
José Pérez Ballester

EL NOMINATIVO SINGULAR EN -I DE LOS GENTILICIOS LATINOS EN LA EPIGRAFIA DEL AREA DE CARTHAGO NOVA. EL CASO PARTICULAR DE LA GENS AQUINIA 351
Rafael González Fernández

EL CONJUNTO ESCULTORICO CONSAGRADO POR EL «DISPENSATOR ALBANUS» (II). CONSIDERACIONES PARA SU ESTUDIO EPIGRAFICO E HISTORICO-ARQUEOLOGICO
José Miguel Noguera Celdrán • Francisco José Navarro Suárez

CIRCULACION MONETARIA DE EPOCA TARDORROMANA EN LA REGION DE MURCIA: LOS HALLAZGOS DE LA VILLA DE LA FUENTE DE LAS PULGUINAS (CIEZA, MURCIA)
Manuel Lechuga Galindo

BROCHE DE CINTURON BIZANTINO CON UNA ESCENA DEL FISIOLOGO CONSERVADO EN THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART DE NUEVA YORK
Gisela Ripoll López

LA FORTIFICACION MUSULMANA DEL CASTELLAR DE TABALA (MURCIA)
José Manzano Martínez • Fca. Bernal Pascual

EL AGUA EN LA VIVIENDA ANDALUSI: ABASTECIMIENTO, ALMACENAMIENTO Y EVACUACION
Julio Navarro Palazón • Pedro Jiménez Castillo

FALSARIOS Y MISTIFICACION EN ARQUEOLOGIA
Emeterio Cuadrado Díaz

EL USO Y ABUSO DEL CONCEPTO DE RAZA EN HISTORIA ANTIGUA: UN PROBLEMA METODOLOGICO
Gonzalo Fernández

LA TRISTE HISTORIA DE UNA BERBERISCA EN TOTANA EN EL AÑO 1657
Juan González Castaño

APORTACIONES SOBRE LA CONFIGURACION DE LA TIPOLOGIA DE «PIETA» EN VARIAS OBRAS ARTISTICAS DEL SURESTE ESPAÑOL
José Carlos Agüera Ros

LOS RUIZ-FUNES, UNA ESTIRPE DE PLATEROS EN LA MURCIA DEL XVIII
Francisco Candel Crespo

EL VESTIDO FEMENINO DEL SIGLO XIX A TRAVES DEL MUSEO DE BELLAS ARTES
M.ª Angeles D. Gutiérrez García

LOS MUSEOS PUEDEN SER BONITOS, EDUCATIVOS
E INCLUSO INTERESANTES... 431
Juana García Guillén

«EL MUSEO EN LA ESCUELA».UN EJEMPLO PRACTICO:
EL MUSEO MONOGRAFICO DEL CIGARRALEJO (MULA, MURCIA) 435
José Luis Alvarez Castellanos • Virginia Page del Pozo

CRONICA DEL MUSEO
DE MURCIA 1995 461
Adela Arnao Aledo • Francisca Bernal Pascual • José Miguel García Cano • Consuelo García Serrano • M.ª Angeles Gutiérrez García

LA DOCTORA DE LA ESCUELA ARQUEOLOGICA MURCIANA

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 11 - 13

Javier R. García del Toro
UNIVERSIDAD DE MURCIA

Crónica «ex toto corde» de Javier R. García del Toro, en torno a la llegada al desierto arqueológico murciano de la Doctora Ana M.ª MUÑOZ AMILIBIA y de la consiguiente creación «ex novo» de la Escuela Arqueológica Murciana.

Me erijo en cronista de este anecdotario sobre la doctora Muñoz Amilibia y la Escuela Arqueológica Murciana, primero porque lo deseo fervientemente, y segundo porque tengo el dudoso honor de ser el más antiguo, o mejor dicho y escrito, el primero y único arqueólogo (o similar) que *in illo témpore*, es decir en 1975 en el Alma Mater Murciana que recibió a la Doctora Muñoz.

En aquellos días de mediados de los setenta, el desierto arqueológico universitario murciano era de «juzgado de guardia». A principios de los sesenta había quedado vacante la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática. Lo más cercano a las materias en torno a esa cátedra, era el Departamento de Historia de España y Universal, del que a la sazón un servidor era Profesor Ayudante, impartiendo las asignaturas de Prehistoria y Etnología; Epigrafía y Numismática y Arqueología Clásica, y para más «inri» Historia de la Cultura Española en tercero de Románicas. Y todo ello no por mis especiales dotes de profesor universitario, sino porque no había otro que pudiese impartir las clases y al licenciado García del Toro que había hecho la tesina de Licenciatura sobre Prehistoria, era lo único que se tenía a mano.

Recuerdo como si fuese hoy, aquel día de 1975, en recién que ganada la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática, la doctora Muñoz llegó a Murcia. El escenario, el hall de entrada al pasillo de los Seminarios de Historia, tras serme presentada, y dicho que este chico es el profesor de todas las asignaturas que tienen que ver con la Arqueología; la doctora Muñoz me pidió que le enseñase el Seminario y los despachos de la disciplina.

–Doctora Muñoz, Seminario no hay y despachos tampoco.

–¿Y los libros y revistas de Prehistoria y Arqueología?

–En ninguna parte, no existen, todo lo más en la Biblioteca del Museo Arqueológico Provincial que dirige don Manuel Jorge Aragoneses.

–¿Cómo es posible? ¿y dónde investigan ustedes?

–Ustedes no sé, pero yo lo hago en el Museo y en la Autónoma de Madrid.



Cartagena. Monte de la Concepción 1975 con don Julio Mas y don Pedro San Martín



Con el Dr. Maluquer en Almizaraque 1975.
Foto archivo G.ª del Toro.

La cara de la doctora era de absoluta perplejidad y asombro, no se podía creer que la Universidad de la Provincia del Cigarralejo; La Bastida; El Cabecico del Tesoro; Cartago Nova, etc, se encontrase en tal situación.

Un año después, cuando ya había salido de su asombro y las cosas estaban bastante mejor, me confesó que aquel famoso día de marras de su llegada a Murcia, le faltó un pelo para volverse a Barcelona.

Aquella tarde de aquel día de su aterrizaje en Murcia –la doctora nunca ha perdido el tiempo, y sus horas eran de setenta y cinco minutos– nos pusimos manos a la obra de «busca y captura» de un local físico para el futuro Seminario de Arqueología. Un servidor que había sido ayudante del anterior Decano de la Facultad ya fallecido, se conocía todos y cada uno de los vericuetos dormidos y cerrados a cal y canto del edificio, y conocía especialmente uno al fondo del «pasillo de Historia» que había sido laboratorio de fotografía y archivo de las mismas. Se lo enseñé, e inmediatamente lo pidió por el conducto reglamentario y le fue concedido. El local tenía unos 30 m^2 y anexo a él, el cuarto oscuro fotográfico, que por cierto nunca pudimos poner en funcionamiento porque sus ampliadoras eran me temo del tiempo de Daguerre.

Se buscaron dos mesas, una máquina de escribir no eléctrica por supuesto, y unas estanterías metálicas, se suponía que para libros... ¡ah!, se me olvidaba, también compramos un libro de registro bibliográfico.

Acto seguido con la dotación económica de la nueva Cátedra, la doctora comenzó a pedir libros a librerías, recuerdo que a Meissner y a Pórtico.

El panorama seguía siendo desolador, las mesas de la doctora y la mía estaban juntas y dando frente a toda una compleja red de estanterías metálicas totalmente vacías; mirar levantando la vista y verlas, era deprimente.

–Javier, ¿estás seguro de que no hay ningún libro de Arqueología en esta Facultad?

–Ahora que recuerdo, creo que sí, concretamente en el Seminario de Historia del Arte, al fondo a la derecha, hay dos estanterías, por cierto tapadas con grueso papel, donde creo que están algunos libros de la época de don Cayetano de Mergelina y don Gratiniano Nieto, además la Adjunta del Seminario doña Virginia es hija del doctor Mergelina.

Como siempre –y recuerdo lo de las horas de 75 minutos– nos dirigimos hacia el Seminario de Arte para hablar con Virginia de Mergelina, a quien yo conocía como compañera a más de como cuñada de don Gratiniano Nieto, Rector de la Autónoma de Madrid y que por entonces me dirigía la Tesis Doctoral. Virginia, como es costumbre en ella, se portó de maravilla, y tal vez por su vocación frustrada de arqueóloga, como su recordado padre, nos cedió un total de casi 250 libros y revistas, con gran mérito por su parte porque gran parte de ellos llevaban el *ex libris* de su padre y eran propiedad personal suya. Raudos y veloces y a mano nos los llevamos a nuestro «cubil» que ya iba pareciendo un Seminario de Arqueología. Los libros no es que tuviesen un palmo de polvo, que lo tenían , sino, que la mayoría eran vírgenes, recuerdo que gran parte de las revistas entre ellas Noticiario Arqueológico Hispánico de los años cuarenta estaban sin abrir, sin guillotinar, lo que demostraba el uso que habían tenido.

Aquello ya parecía otra cosa, y como tal encargamos una preciosa placa de bronce con la leyenda Seminario de Arqueología, sobres y folios con el mismo membrete, sello de caucho para oficios y para libros, etc.

Una vez que todo esto tenía un cierto aspecto de Departamento Universitario –que conste que gracias a ella– comencé a presentarle a las personas que yo conocía en Murcia dentro del mundillo de la Arqueología, concretamente a don Pedro Lillo Carpio y a doña Manuela Ayala Juan y que en poco tiempo pasaron a formar parte del Seminario ¡ya éramos cuatro!

Comenzó entonces una etapa de unos nueve meses en que en sábados, domingos y toda clase de días festivos, la Doctora, su madre doña Josefa, Pedro, M. Manuela y yo recorrimos todos y cada uno de los yacimientos arqueológicos de la provincia de Murcia y limítrofes en su Citroën GS rojo. Las jornadas eran agotadoras, desde el alba o antes hasta el crepúsculo y por supuesto a base de bocadillo y cantimplora, aunque algunas veces caía un gazpacho de torta de Jumilla, unas migas de Moratalla o un caldero de Cabo de Palos.

El Seminario de Arqueología de la Universidad de Murcia en poco más de un año se convirtió en el Centro de la Arqueología Provincial, desde él se gestionó toda la actividad arqueológica desde 1975 a 1982 y por supuesto el motor y corazón de toda la actividad era la Doctora y sus horas de 75 minutos.

Al cabo de un año, en la Hoja del Lunes de Murcia, a



Excavaciones en Cobatillas. Abril de 1976.
Foto archivo J. García Cano



Excursión a Villena. Profesores y alumnos de la Escuela de Arqueología Murciana. Abril 1977. Foto archivo G.ª del Toro.

toda página y a cinco columnas, apareció titulado en negrilla «La Doctora Muñoz Amilibia: El ojo que todo lo ve». Y es cierto, a más de que la desconexión entre Universidad y sociedad murciana en aquel entonces era total, por eso cobra mayor interés el artículo, porque la Doctora conocía y era conocida por todos, agricultores de las tierras de la provincia, pastores de sus montes, maestros nacionales, párrocos de pueblos perdidos, alcaldes de todas las cabeceras de comarca, presidente de la Diputación Provincial, etc., con todos había hablado y entrevistado con el único fin de hacerles ver la importancia del Patrimonio Arqueológico murciano y la necesidad de su salvaguardia.

La labor docente la desarrolló la Doctora desde 1975 en la nueva asignatura de Prehistoria General de primer curso, inculcando el gusanillo de la Arqueología a aquellos chicos y chicas de 17 años que en el primer año de los ochenta formarían la Primera Promoción de la Especialidad de Historia Antigua y Arqueología de la Universidad de Murcia.

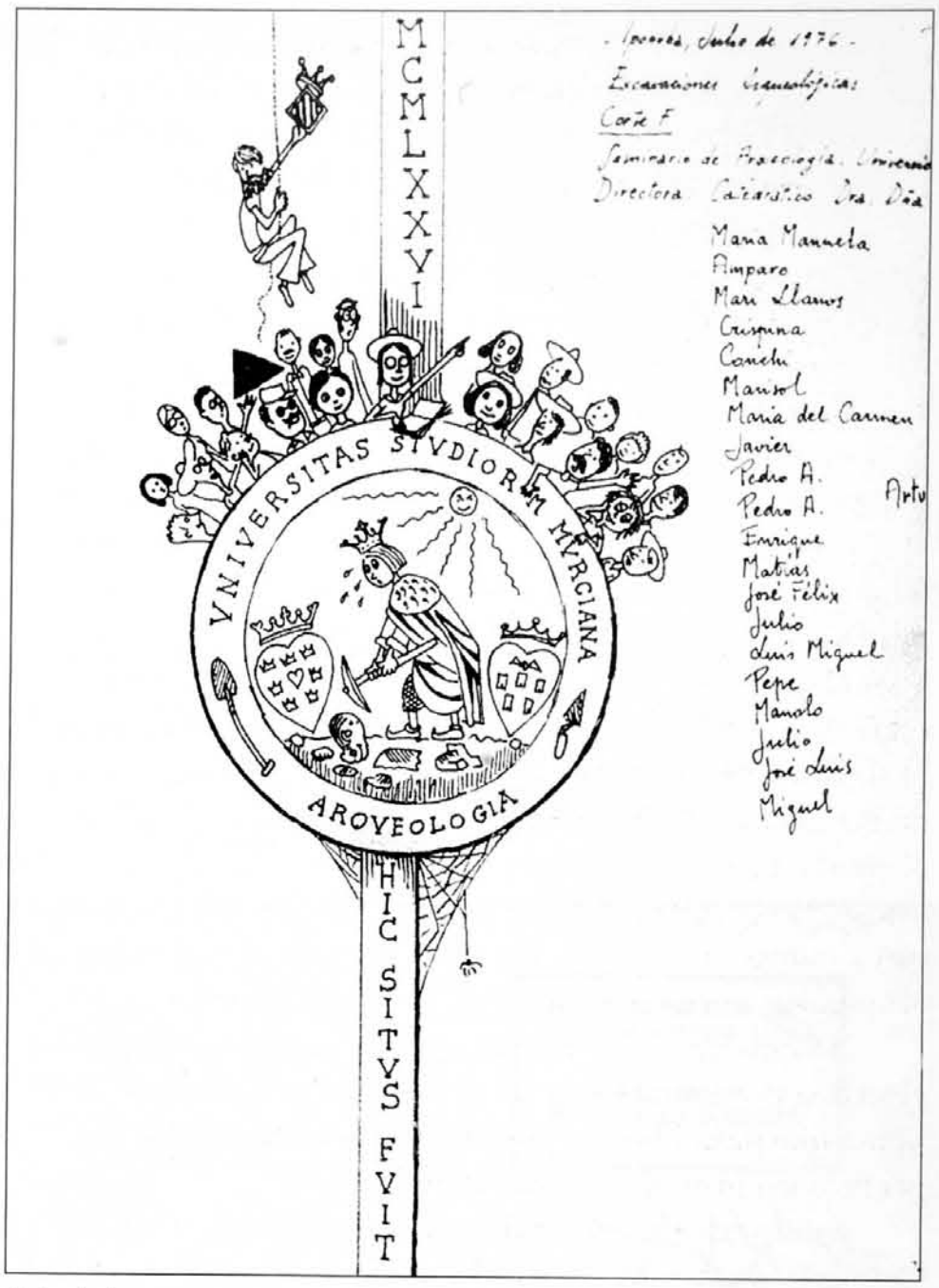
Se instituyeron los «Miércoles Arqueológicos», en que en el Seminario se daban charlas coloquio sobre muy diversos temas a alumnos y público en general. He de destacar que una apreciable parte de asistentes eran de C.O.U. por lo que podíamos decir que la cantera estaba asegurada.

Por estas desoladas y dejadas de la mano de Dios tierras murcianas comenzaron a llegar de la mano de la Doctora «Maestros» como el Dr. Pericot, el Dr. Maluquer, el Dr. Palol, la Dra. Aubet, el Dr. Schubart, etc., que nos llevaban de fervor arqueológico a todos.

Aquello era un paraíso, un Sangri-La, con todo respeto éramos una piña los profesores con los alumnos, celebrábamos nuestros santos en nuestras casas, y la doctora para los alumnos era una verdadera Dea Mater.

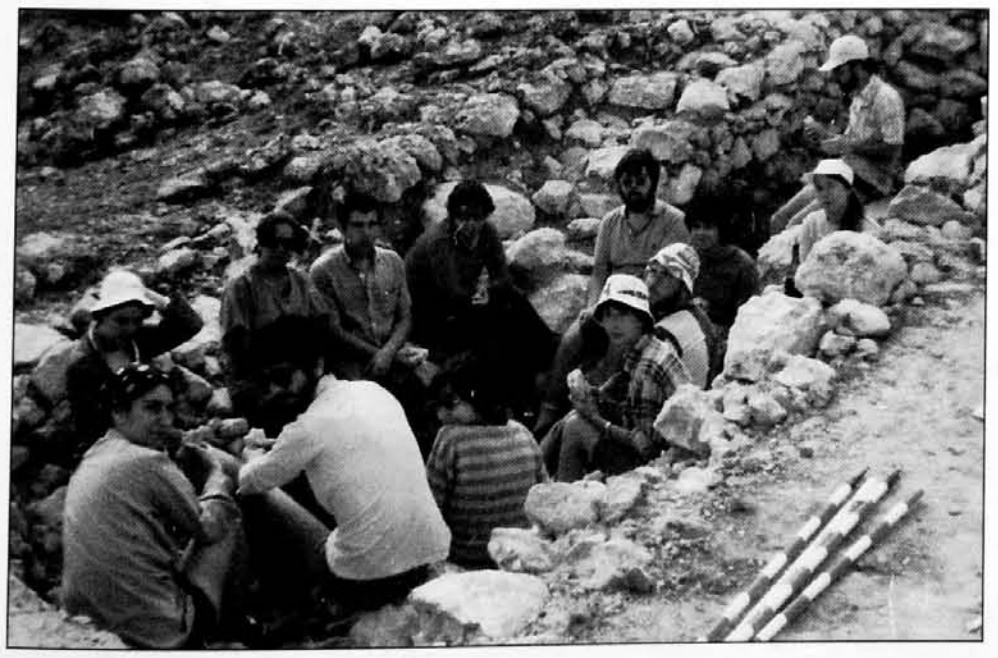
Las primeras excavaciones arqueológicas eran unánimes, íbamos todos cada uno en su cometido, recuerdo con especial cariño las del Cerro del Minguillar de Baena; Covatillas; Coimbra del Barranco Ancho de Jumilla, etc. En una palabra la Doctora creó de la nada la Escuela Arqueológica Murciana y como «obras son amores y no buenas razones» vayan al registro de excavaciones arqueológicas o a un fichero bibliográfico arqueológico y verán como las excavaciones y las publicaciones desde 1975 a 1990 duplican en número a las realizadas desde el siglo XVII a 1975.

A 1996 en que escribo estas sentidas palabras, la arqueología murciana a todos los niveles está regida y gestionada por discípulos de la doctora Muñoz, pero discípulos totales o sea que fueron encarrilados desde el C.O.U.

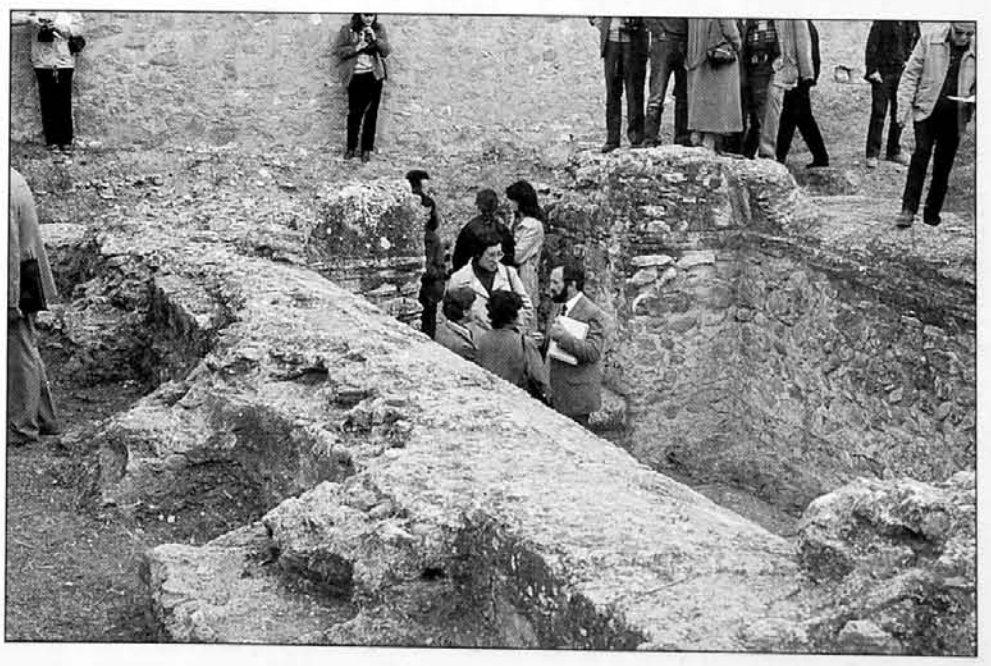


Orla de las excavaciones de la Universidad de Murcia en Baena (Córdoba). Verano de 1976. Dibujo de Pedro Lillo Carpio. Foto archivo García del Toro.

Para terminar, siempre he pensado una cosa, y por primera vez la escribo, al igual que ciertas medallas militares se conceden por valor heroico o por esfuerzos más allá del deber, la doctora Muñoz fue mucho más allá del deber en sus años murcianos y todo ello con el «inri» de haber partido de la nada, otra persona sin su carácter, hubiera renunciado o hubiese cumplido estrictamente con su cometido docente e investigador, dejando lo de la creación de Escuela para Platón o Aristóteles.



Excavaciones en Coimbra del Barranco Ancho. Julio de 1981.
Foto archivo J.M. G.ª Cano



Martyrium de La Alberca. XVI CNA. Murcia 1982.
Foto archivo M. Lechuga

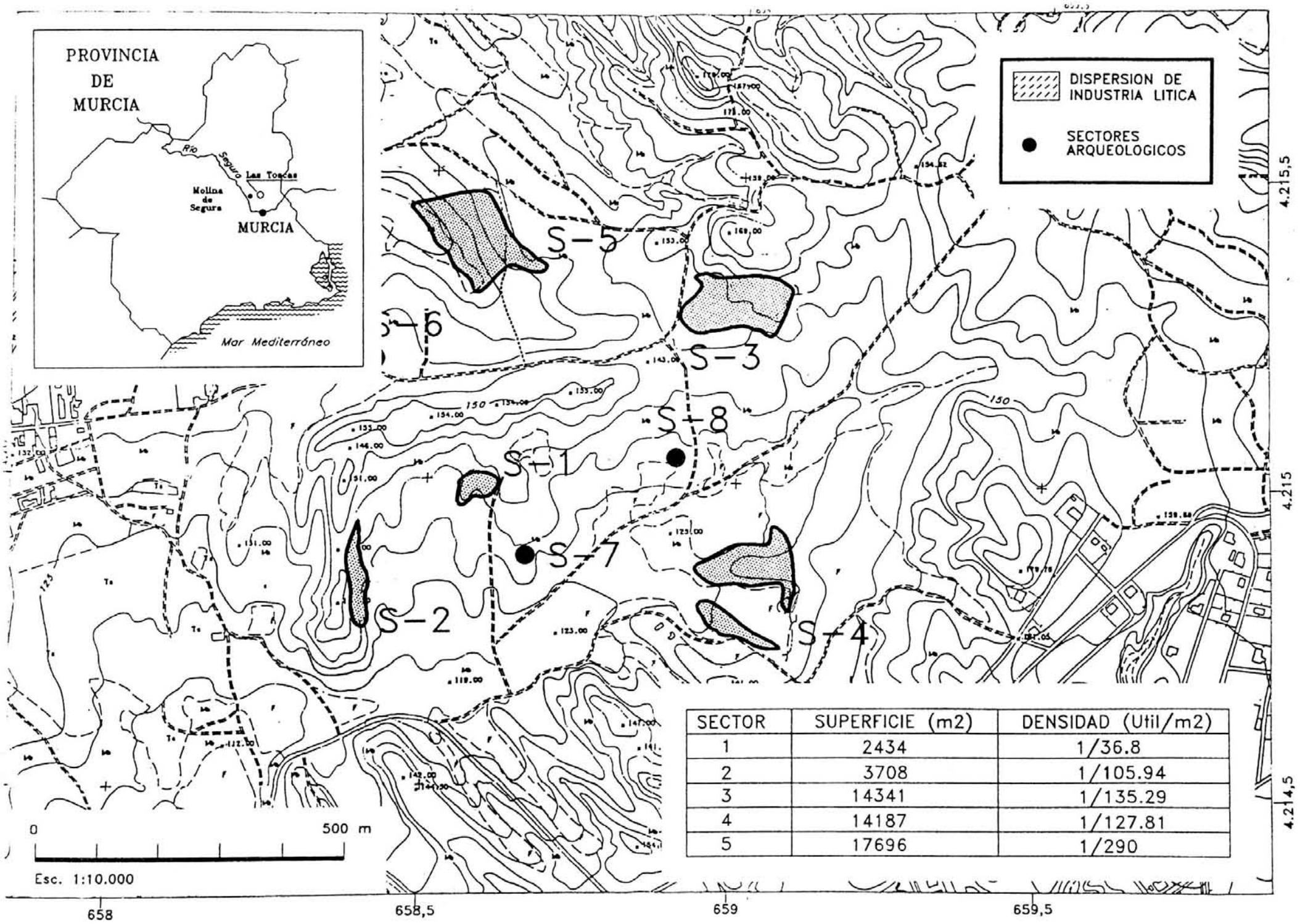
VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 15 - 25

SCATTERS ENTRE *PATCHES*: «LAS TOSCAS» (MOLINA DE SEGURA, MURCIA), UN YACIMIENTO MUSTERIENSE EN SUPERFICIE

M. López Campuzano
CENTRO REGIONAL DE ARQUEOLOGIA. MURCIA

R. Montes Bernárdez
DOCTOR EN ARQUEOLOGIA E HISTORIA ANTIGUA.
ACADEMIA ALFONSO X EL SABIO. MURCIA

T. Rodríguez Estrella
DOCTOR EN CIENCIAS GEOLOGICAS. UNIVERSIDAD DE MURCIA



SECTOR	SUPERFICIE (m2)	DENSIDAD (Util/m2)
1	2434	1/36.8
2	3708	1/105.94
3	14341	1/135.29
4	14187	1/127.81
5	17696	1/290

Fig. 1: Sectores Arqueológicos. Dispersión de Industria Lítica y densidad de artefactos. Los sectores 6, 7 y 8 corresponden a tenues deposiciones de útiles (n:1-5 artefactos)

INTRODUCCION

El yacimiento paleolítico de Las Toscas (LT) ha sido recientemente dado a conocer a partir de una serie de intervenciones arqueológicas[1] efectuadas a finales de 1993

(1) Excavación y prospección arqueológica efectuadas por dos de nosotros (R.M.B. y M.L.C.) con la colaboración de T.R.E. (geólogo). Estas actuaciones arqueológicas (Noviembre-enero 1993-94) fueron coordinadas por el Centro Regional de Arqueología (Servicio Regional de Patrimonio Histórico de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia).

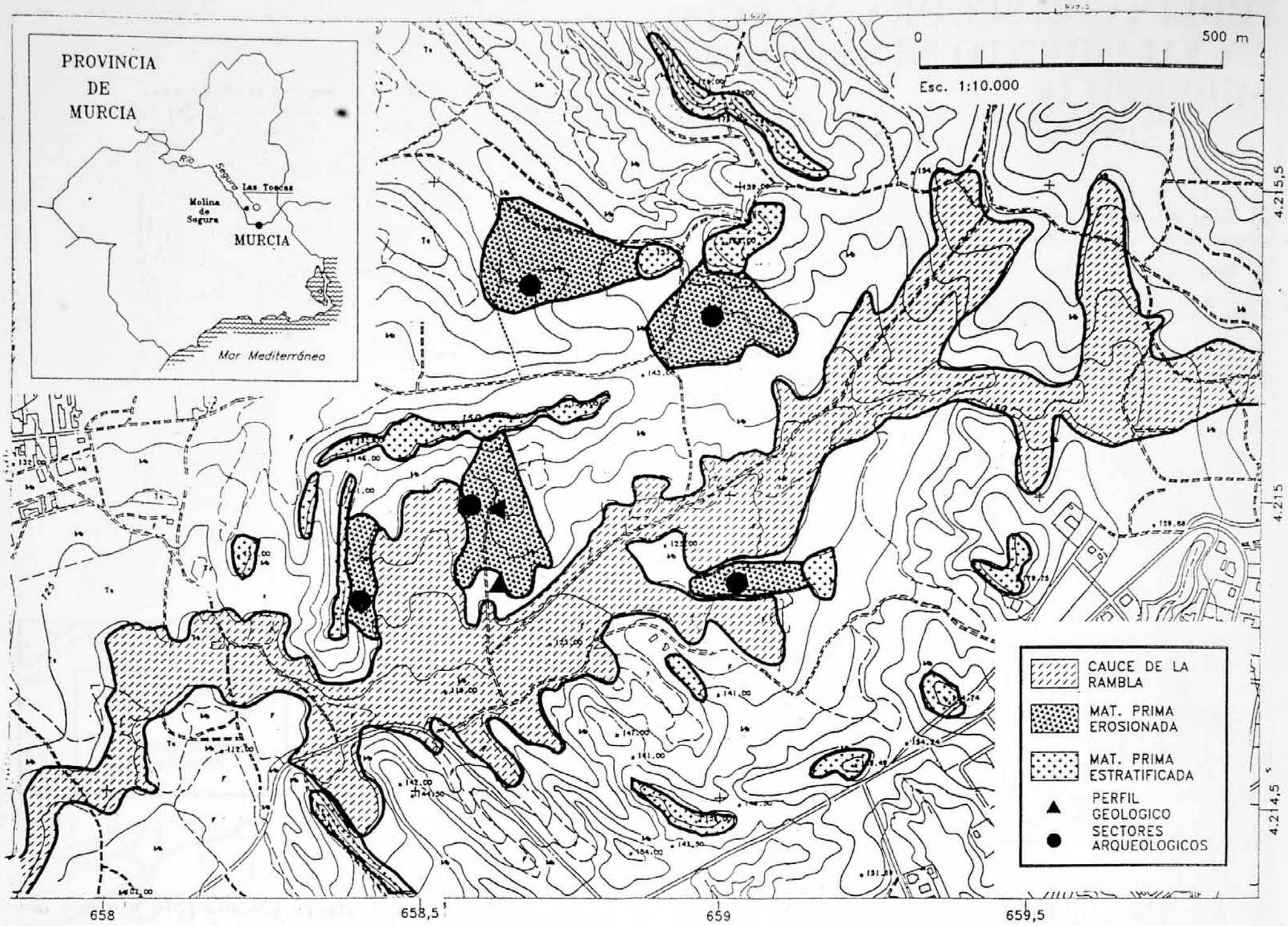


Fig. 2: Localización topográfica de la materia prima erosionada y ubicación de los sectores arqueológicos.

y comienzos de 1994. La principal característica de este yacimiento reside en su peculiar disposición espacial, ya que no se encuentra concentrado en un solo punto, sino que su posición geográfica (cota de 60 m.s.n.m.) se desarrolla diferencialmente a lo largo de ambas márgenes de una pequeña cuenca exorréica de trayecto corto (c. 5 km) de dirección NE-SW, Rambla de Las Toscas, que desemboca directamente en la margen izquierda del río Segura (fig. 2). De forma que podemos establecer los siguientes puntos básicos que caracterizan a este yacimiento en: a) el hecho geográfico que supone formar parte de la Vega Media del río Segura representa una evidencia arqueológica no constatada hasta el momento que ofrece unas sugestivas perspectivas de investigación sobre el Paleolítico Medio en el área geográfica que nos ocupa; b) la selección y explotación del biotopo de la citada Rambla por estas comunidades paleolíticas durante el Pleistoceno Superior; y c) como ya hemos comentado, la propia disposición espacial del yacimiento consistente en una serie (n.º 8) de *sitios* (sectores) dispersos y diferenciados espacialmente (*scatters*) -aunque agregados respecto al biotopo y a algunos de sus puntos (*patches*) que ofrecían ciertos recursos económicos (materia prima)-, en los que encontramos diferentes deposiciones de artefactos líticos; estas deposiciones presentan diferentes intensidades y densidades de acumulación superficial y pueden responder, muy probablemente, a un uso reincidente del *sitio* (fig. 1).

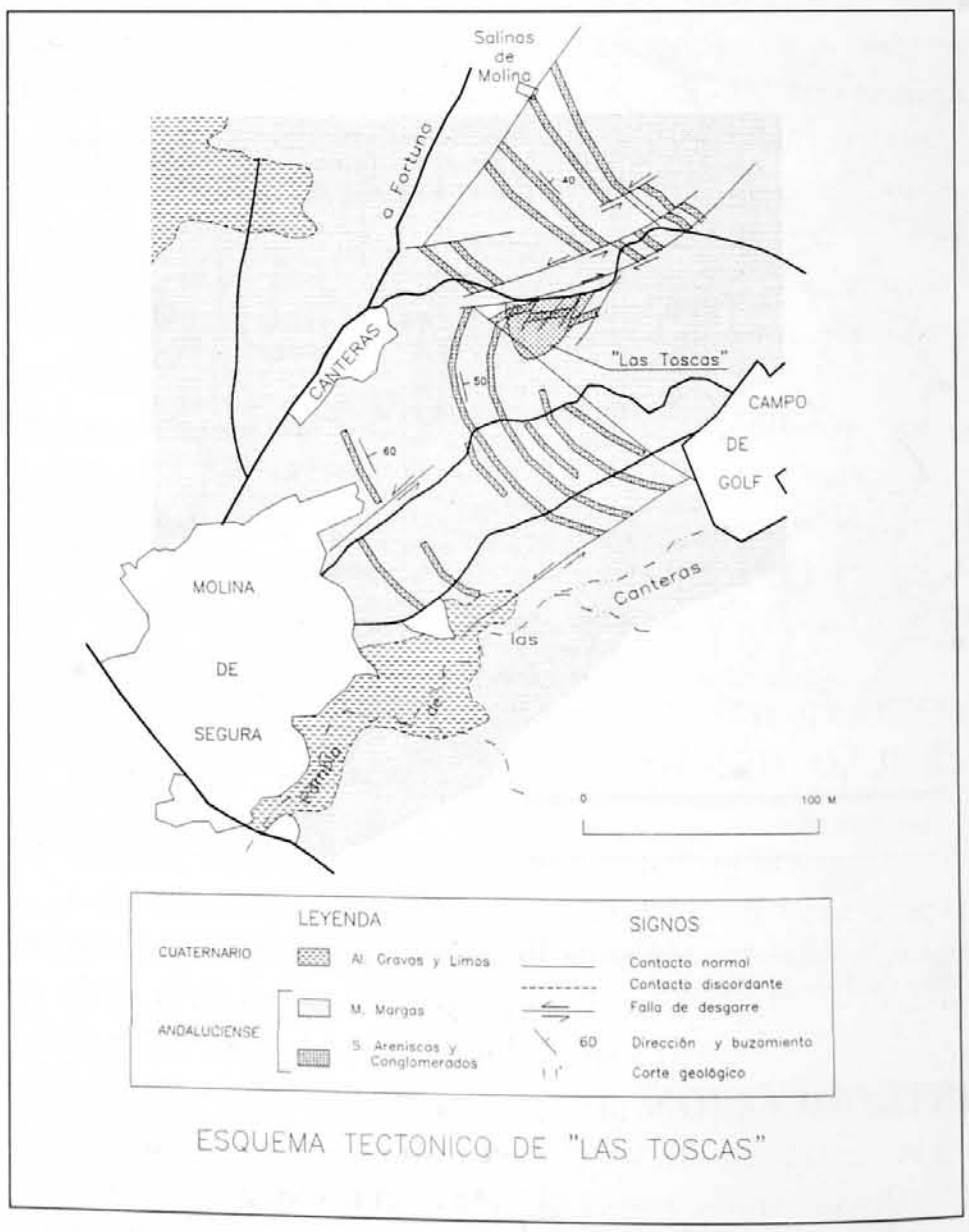


Fig. 3: Esquema tectónico y perfil geológico-estructural del yacimiento de Las Toscas. Sección N-S sobre cota 150)

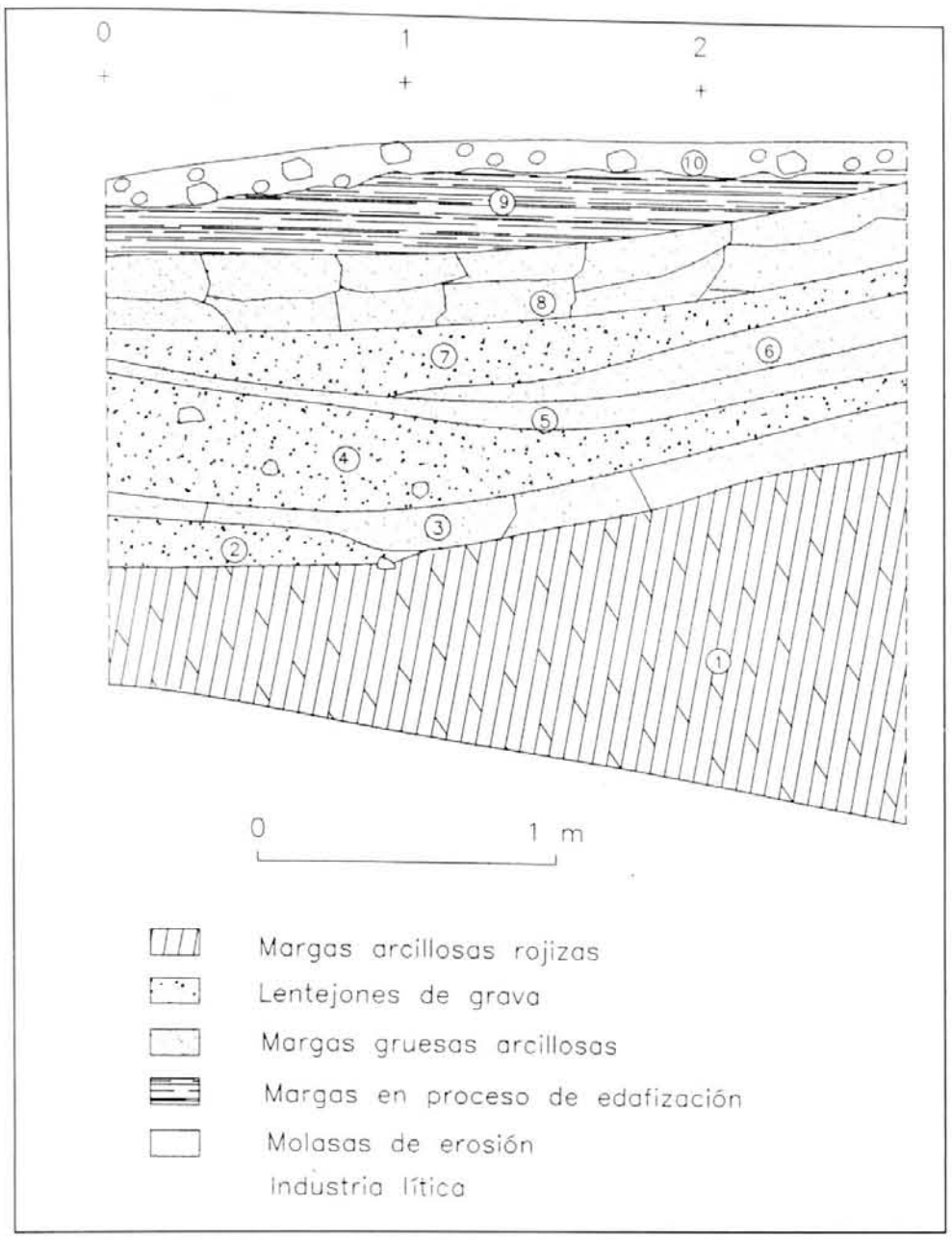


Fig. 4: Estratigrafía del perfil geológico 1.

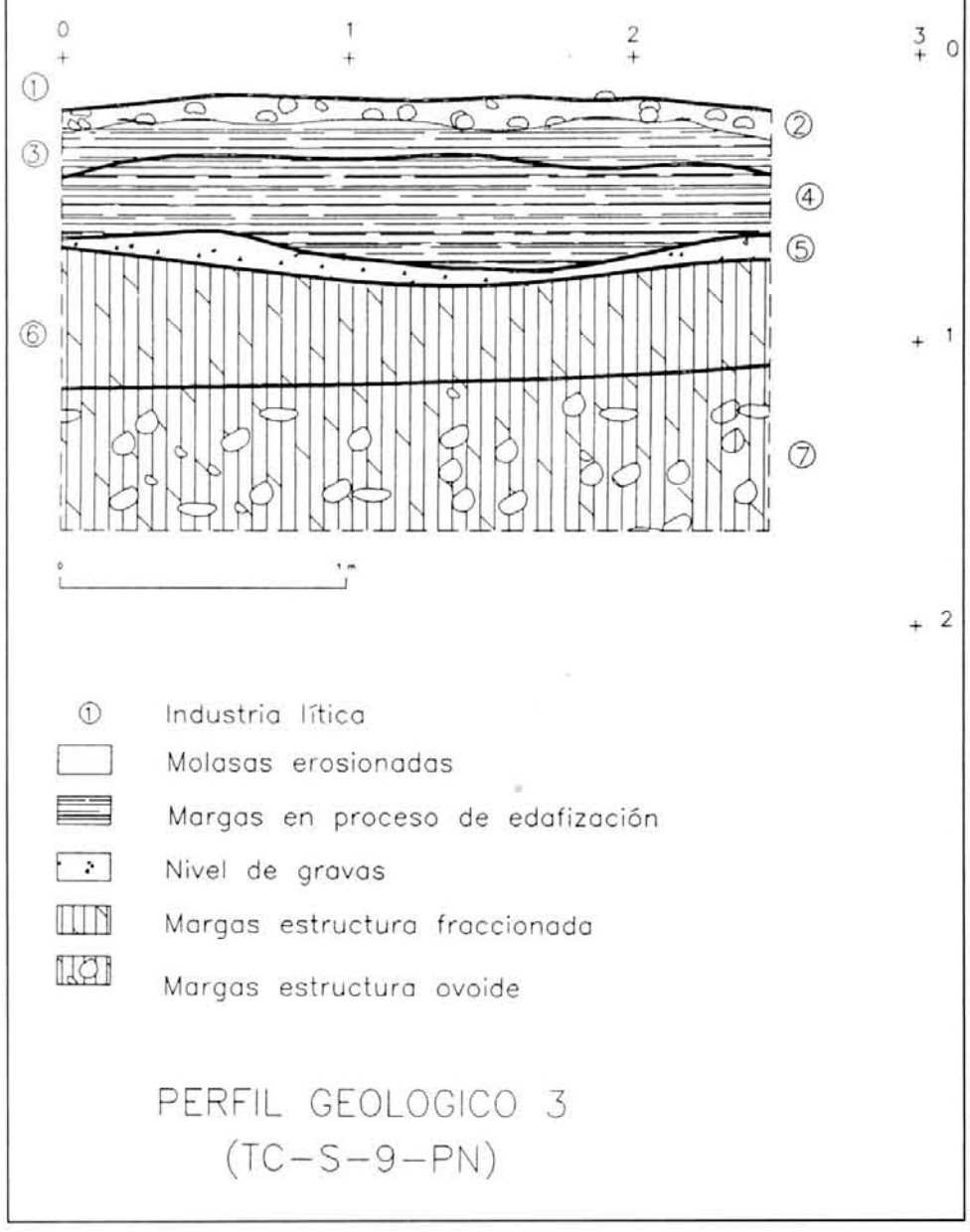


Fig. 5: Estratigrafía del perfil geológico 3.

Esta última y principal característica es la que origina que el estudio del yacimiento requiera, a la hora de realizar su análisis e interpretación, una metodología determinada que permita establecer una interrelación entre los diferentes *sitios* arqueológicos. Hemos confeccionado esta metodología a partir de la adaptación de una serie de puntos de análisis diseñados especialmente para estos tipos de yacimientos, denominado *scatters and patches Analysis* (Isaac 1981:1988), que se fundamentan en la denominada *off-site Archaeology* (Hayden 1978: Foley 1981): es decir, *sitios* arqueológicos diseminados a lo largo de un medio geográfico, pero pertenecientes a una misma fase y ecosistema. Este análisis concibe cada uno de estos *sitios* como puntos individuales de información arqueológica en el espacio, que pueden covariar dentro de la mayor o menor intervariabilidad entre el conjunto de *sitios*.

ESTRATIGRAFIA DE LOS SITIOS (SECTORES) ARQUEOLOGICOS

La posición fisiográfica de las distintas deposiciones superficiales de artefactos líticos puede ser observada en la figura en la que se ha reconstruido curvimétricamente el probable paleo-cauce de la Rambla. La industria lítica se ubica exactamente junto a los mantos de gravas (cuarcitas, calizas, sílex, esquistos, etc) erosionados y depuestos en los márgenes de las cotas más elevadas que circundan el lecho del cauce, concretamente en los lugares donde actualmente existen las más importantes capturas remontantes del cauce (SECTORES 1, 2, 3 y 4); el SECTOR 5, aunque ubicado marginalmente (N cota 150) respecto del cauce de la Rambla (fig. 1), sin embargo, también participa de las mismas características de ubicación comunes al resto de SECTORES. Otros *sitios* arqueológicos conteniendo deposición de artefactos líticos (S-6, 7 y 8) se distribuyen aleatoriamente en el biotopo de la Rambla; estos SECTORES contribuyen muy decisivamente en la interpretación arqueológica del yacimiento, aunque debido a su bajo índice de deposición lítica (1-5 artefactos) no entrarán en el análisis diferencial entre SECTORES.

Todas las deposiciones de industria lítica pertenecientes a los diferentes SECTORES, tienen también en común el hecho de no encontrarse estratificadas; geo-edafo-

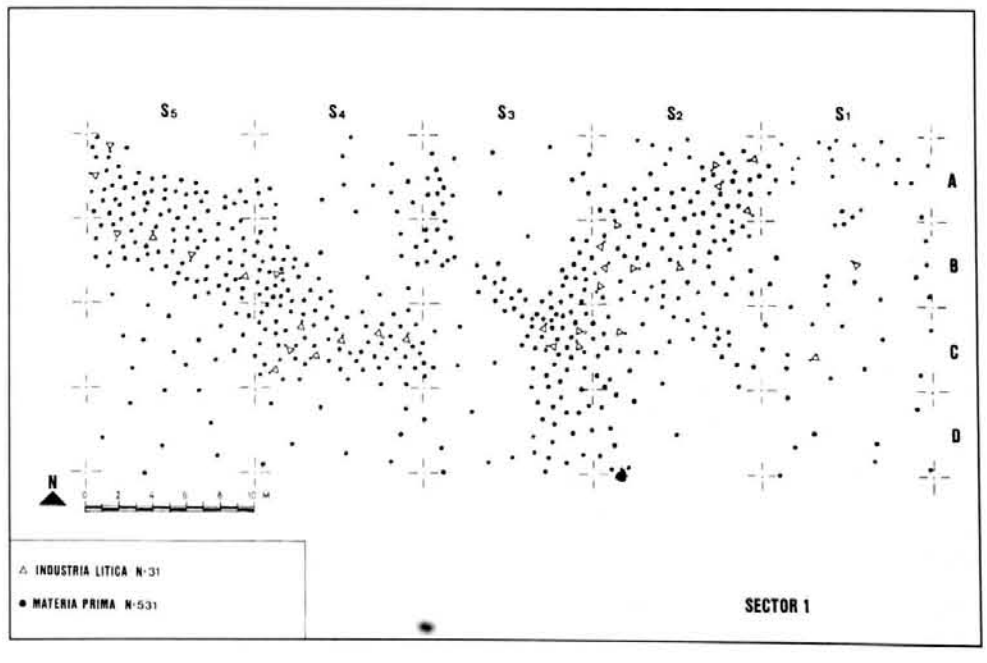


Fig. 6: Disposición planimétrica de la industria lítica y manto de materia prima erosionada, correspondiente a 1.000m² pertenecientes al sector 1 (2.434 m²)

INDUSTRIA LITICA. INTERVARIABILIDAD ENTRE SECTORES (N=5)

SECTORES	DENSIDAD ABSOLUTA (UTIL/m²)	MATERIA PRIMA (% DE EMPLEO)			Nº ARTEFACTOS	NUCLEOS (%)	RAEDERAS (%)	DENTICULADOS/ MUESCAS (%)	U. PALEOLITICO SUPERIOR (%)	UTILES NODULARES (%)	RETOQUE EXTENSIVO (Rm)	Lm SOPORTE (cm)	UTILES RETOCADOS (%)	UTILES SIN RETOCAR (%)	UTILES CORTANTES (*)	FRAGMENTOS NATURALES RETOCADOS (%)
		CUARCITA	SILEX	CALIZA												
1	1/36.8	97.05	2.94	0	66	8.82	3.22	58.06	0	5 (7.46)	0	4	79.03	20.96	30.64	10 (14.92)
2	1/105.94	88.57	11.42	0	35	11.42	0	41.93	2.77	2 (5.71)	6 mm (19.04)	5.28	77.41	22.58	48.38	1 (2.85)
3	1/135.29	85.98	12.14	1.86	106	6.54	0	34	0	6 (5.6)	3.9 mm (14.7)	4.43	33	67	59	4 (3.87)
4	1/127.81	90.99	9	0	111	17.11	3.26	38.03	0	9 (8.1)	2.9 mm (11.36)	4.48	65.21	34.78	47.82	7 (6.3)
5	1/290	96.72	3.27	0	61	19.67	0	55,1	0	4 (6.55)	2.77 mm (2.77)	4.95	87.75	12.24	30.61	3 (4.91)

(*) Lascas sin retocar y mínimamente (marginal) retocadas (1-2 mm)

Fig.7: Intervariabilidad de la industria lítica (tecno-morfología) entre sectores.

lógicamente podemos apreciar su secuencia deposicional y algunas alteraciones postdeposicionales en la estratigrafía que vamos a comentar a continuación.

En la fig. 2 puede apreciarse la situación de los perfiles geoestratigráficos sobre el testigo de una captura remontante conteniendo industria lítica (SECTOR-1): y en la fig. 4 y 5 representamos las series correspondientes al perfil geológico 1 (PG1) y 3 (TC-S-9-PN). donde distinguimos una secuencia sedimentaria característica de los suelos de gredas de estas cuencas miocénicas (Artés y Sánchez 1982:Unid.Tax.9). La secuencia ilustra diferentes estratos de margas gruesas (2 mm. 0) arcillosas. entre lentejones de gravas. que tienden a compactarse en estados de mayor humedad (PG1:UE-3.5.6 y 8). siendo su estructura material. en seco. de bloques ovoides (2-10 cm 0) (PG-: UE-4 y 5). tendiendo a una estructura laminar-hojosa y húmica por edafización en su superficie (horizonte eluvial) (PG1_ UE-8 y 9: PG3 UE-1 y 2). sobre la que. finalmente. se depositaron diferentes mantos de gravas erosionados. Estas últimas secuencias estratigráficas corresponderían al -ya descrito- TRAMO-9 perteneciente al perfil o transecto geológico general. donde se distinguían también los niveles aluviales meteorizados (A) y acumulados (B) sobre los que tenía lugar la deposición antrópica de los artefactos líticos.

Post-deposicionalmente. sobre este sustrato. han podido interferir erosiones y movimientos que han influido diferencialmente en el estado posicional de la industria lítica: a) erosión hídrica laminar (superficial): y b) erosiones laterales con pérdidas de suelo. debido a las precipitaciones y erosión remontante. A este respecto. recientemente (La Roca 1991 a: 1991 b) se ha comprobado analíticamente la variabilidad subyacente a la incidencia de las precipitaciones mediterráneas sobre estos soportes margosos marinos. características de las fosas tectónicas y sinclinales. tras extremas condiciones de humedad y sequía: ocasionando. tras una fase de intensa sequía. movimientos superficiales localizados y. tras una humedad prolongada. movimientos superficiales y profundos. Las características hídricas de la zona donde queda inserta la R. de Las Toscas señalan hacia una fuerte oposición entre humedad/sequedad. ya que la precipitación anual es de unos 295 mm con un periodo seco de 9 meses que origina un déficit anual de 640 mm. que suele producirse torrencialmente erosionando a estos tipos de cauces (López Bermúdez 1975). De forma que. como hemos podido comprobar estratigráficamente en el PG3. la erosión que más ha afectado a estos soportes margosos de la Rambla. ha sido la hídrica remontante. la cual ha producido importantes pérdidas laterales de suelo como así atestiguan la actual posición de algunos artefactos líticos situados sobre y entre estos desmoronamientos. Por su parte. la erosión hídrica laminar. sin embargo. ha sido relativamente moderada y su incidencia sobre la originaria posición de la industria lítica no ha ocasionado importantes desplazamientos. Este aspecto lo podemos deducir tras el análisis de la actual dispersión de artefactos líticos de parte (1.000 m²) del área que ocupa el SECTOR-1 (2.434 m². densidad absoluta: 1 útil) (fig. 6) correspondiente a 31 útiles por 531 unidades de materia prima (cuarcita y sílex: 3x3 cm). De tal observación establecemos las siguientes conclusiones: a) el manto de gravas (materia prima) manifiesta. en su actual posición. movimiento y transporte procedente de las diferenciales denudaciones producidas por la erosión en el TRAMO-3 (ver figura del transecto geológico). previo a la deposición antrópica de la industria lítica: esto se aprecia en la agrupación de mantos de densidades no uniformes. sobre los que aparecen mayor número de artefactos: b) el estado físico de estos artefactos no presenta síntomas de rodamiento: c) la orientación de los artefactos es muy variable y no denota una orientación homogénea y

DENTICULADOS/MUESCAS. TECNO-MORFOLOGIA (SOPORTE)

SOPORTE	Nº	% N=144	% TOTAL LASCAS	FRECUENCIA DE EMPLEO %	Lm. (cm)	Gm. (cm)	ANGULO (°)
L. LASCA INICIAL	50	34.72	36.65	48.54	4.84	1.47	55-65
LASCA ORDINARIA	35	24.3	35.94	34.65	4.37	1.07	30-40
LASCA DORSO NATURAL	40	27.77	25.62	55.55.	4.75	1.39	35-45
LASCA DESBORDANTE	-	-	1.06	-	-	-	-
FRAGMENTO NATURAL RETOCADO	19	13.19	-	76	5.24	1.75	65-85

N= 144

Fig. 8: Denticulados/Muescas: Tecnomorfología de lasca e incidencia en el parámetro longitud/espesor y borde (ángulo).

ACTIVIDAD DE DEBITAGE ENTRE SECTORES

SECTOR	DEBITAGE (Nº)	NUCLEOS (%)	NUCLEOS PREPARADOS (DISCOIDES) (%)	TALONES (%)		LASCA NO CORTICALES (%)	LASCAS CORTICALES (L. INICIAL y L. DORSO NATURAL) (%)	INDICE NUCLEO/LASCA	DEBITAGE (ACTIVIDAD)
				CORTICALES	NO CORTICAL				
1	46	6 (8.82)	4 (66.66)	36.36	52.25	52.17	47.79	1/7.66	*Primeras extracciones e introducción de lascas y nódulos (?)*
2	28	4 (11.42)	3 (75)	50	46.14	28.57	71.42	1/7	*Primeras extracciones. Débitage.*
3	89	7 (6.54)	6 (85.71)	42.52	54	35.95	64.04	1/12.7	*Primeras extracciones e introducción de lascas y nódulos (?)*
4	76	19 (17.11)	15 (78.94)	18.57	69.98	39.47	60.52	1/4	*Primeras extracciones. Débitage.*
5	42	12 (19.67)	8 (66.66)	42.85	49.99	28.57	71.42	1/3.5	*Primeras extracciones. Débitage.*

Fig. 9: Actividad inferida de *Debitage* (lascado) entre sectores..

MATERIA PRIMA: INCIDENCIA SOBRE LA INDUSTRIA LITICA

SECTORES	MORFOLOGIA (MATERIA PRIMA) (N = 500)	CUARCITA		SILEX		CALIZA		Lm. (cm) TOTAL LASCAS	Am. (cm) TOTAL LASCAS	Dm. NUCLEOS DISCOIDES (L.A.)	Lm. LASCA DE EXTRACCION MAYOR (NUCLEOS DISCOIDES) (cm)	Dm. (cm) UTILES NODULARES (L.A.)	LASCA INICIAL (Lm.) (cm)	LASCA INICIAL (%)	LASCA DE DORSO NATURAL (Lm.) (cm)	LASCA DE DORSO NATURAL (%)
		(%)	Dm (cm) (L.A.)	(%)	Dm (cm) (L.A.)	(%)	Dm (cm) (L.A.)									
1	N: 27 T: 31 F: 42	97.05	4.47-3.85	2.94	3.5-2.1	0	-	4	4.53	6.05-4.22	2.7	4.8-4.86	3.95	14.7	4.3	17.64
2	N: 45 T: 15 F: 40	88.57	6.01-5.3	11.42	-	0	6.5-5.95	5.28	4.54	5.26-4.66	3.26	8.55-6.5	6.15	22.85	5.07	34.28
3	N: 52 T: 10 F: 38	88.98	5.2-5.01	12.14	-	1.86	8.3-7.01	4.43	3.37	5.7-4.71	3.36	7.46-5.86	4.85	38.31	4.45	14.95
4	N: 65 T: 15 F: 20	90.99	5.95-5.3	9	-	0	7.9-5.85	4.48	3.25	4.44-4.41	2.76	4.58-3.66	4.34	18.92	4.9	22.52
5	N: 58 T: 12 F: 30	96.71	5.70-5.5	3.27	-	0	8.34-7.95	4.95	3.69	5.69-4.57	2.15	5.85-5.55	4.93	37.7	5.04	11.47
TOTAL	N: 49.4 T: 16.6 F: 34	91.36	5.46-4.93	8.11	3.5-2.1	0.52	7.76-6.69	4.62	3.67	5.42-4.51	2.84	6.23-5.28	4.84	36.65	4.75	25.62

Fig. 10: Características tipométricas de la materia prima (en su estado natural) e incidencia sobre la tecnomorfología de la industria lítica (Dm: Dimensiones medias de longitud (L) y Anchura (A). N = Nodular: T = Tabular. y F = Fragmentado).

perpendicular (Isaac 1967) ocasionada por el transporte y movimiento que pudiera haber ejercido un fluido superficial; no obstante, las dimensiones medias de las lascas (Lm: 4 cm) de este SECTOR -al igual que las del resto de SECTORES no permiten considerar este punto, ya que se hubieran necesitado dimensiones 10 cm (Isaac 1967) y la mayor presencia de otros artefactos de eje mayor (cantos trabajados, bifaces, etc); d) en este SECTOR-1 donde, como vemos más adelante, tuvo lugar *débitage* e introducción de lascas (fig. 9) procedentes de otros puntos, es difícil identificar lascas pertenecientes a un mismo grupo y núcleo, ya que, como creemos, algunos productos finales pudieron ser seleccionados y transportados una vez concluido la actividad del *field work*; e) complementariamente, puede ser observado (fig. 2) cómo todos los *sitios* o SECTORES, con sus respectivas deposiciones de industria lítica, coinciden en su localización con las mayores densidades de materia prima erosionada, no encontrándose fuera de esta relación acumulación cuantitativa de artefactos, aunque, como ya apuntamos, apreciamos puntos (SECTORES -6.7 y 8) con útiles (n: 1-5 artefactos) (fig 1) pertenecientes a unas pautas más aisladas y ocasionales de selección de materia prima, siempre en puntos con una muy escasa densidad de recurso lítico, producto de la explotación del biotopo a la que nos referíamos al comienzo de la exposición; y f) la ausencia de útiles esparcidos en el lecho de la Rambla y, concretamente, más allá de las pendientes ocasionadas (pérdida lateral de suelo, v. *supra*) por la erosión remontante, indica que su posible movimiento y transporte se supedita básicamente a esta última incidencia y no a grandes movimientos producidos por las escorrentías superficiales.

Todos estos aspectos ponen en evidencia el hecho de que la industria lítica fue depositada antrópicamente (Pleistoceno Superior) sobre los mantos de gravas, ya erosionados, que sirvieron, al mismo tiempo, como materia

UTILES NODULARES: TIPOMETRIA Y FRECUENCIA DE UTILES

SECTOR	UTILES NODULARES (%)	Lm (cm)	Am (cm)	Gm (cm)	CHOPPER (%)	RABOT (%)	DENTICULADO (%)	RAEDERA (%)	BIFAZ (%)	PICO (%)
1	N: 5 (7.46)	4.8	4.86	2.58	60	20	20	0	0	0
2	N: 2 (5.71)	8.55	6.5	2	50	0	0	0	0	50
3	N: 6 (5.60)	7.46	5.86	3.7	83.33	16.66	0	0	0	0
4	N: 9 (8.10)	4.58	3.66	2.08	33.33	33.33	0	11.11	11.11	11.11
5	N: 4 (6.55)	5.85	5.55	3.15	50	50	0	0	0	0
TOTALES	N: 26 (6.48)	6.23	5.28	2.7	55.33	23.99	4	2.22	2.22	12.22

Fig. 11: Frecuencia de útiles nodulares y características tipométricas.

prima óptima para estos grupos paleolíticos: por otra parte, como hemos ido señalando, la no estratificación de gravas y artefactos líticos entre los niveles aluviales (fig. 5, PG3: UE-1 y 2) indica la escasa incidencia (sedimentación y erosión) erosiva *post*-deposicional.

INDUSTRIA LITICA: INTERVARIABILIDAD (2)

Independientemente de la existente variabilidad entre SECTORES respecto de sus respectivas (fig. 1 y 7) dimensiones, densidades y número de artefactos -aspectos condicionados por el grado de mayor o menor densidad de materia prima seleccionable-, no se aprecia en los 5 SECTORES una intervariabilidad tecno-morfológica entre sus respectivos conjuntos líticos que pudiera diferenciar (diferentes cometidos o tareas) a un SECTOR de otro. En la fig. 7 pueden apreciarse las diferentes frecuencias de útiles, así como las principales características tecno-morfológicas y ciertas pautas respecto al uso de la materia prima (ver complementariamente fig. 9 y 10). En todos los SECTORES se encuentran índices que indican que tuvo lugar desbastado y confección de útiles *in situ* (fig. 9): especialmente en el S-4, donde se aprecia el más elevado índice de núcleos (17,11%: núcleos/lascas: 1/4) preparados (discoides centrípetos: 78,94%) y explotados volumétricamente. El S-5 ofrece también estos mismos índices (19,67% núcleos/lascas: 1/3,5): aunque apreciamos una pequeña variabilidad en el S-1 y S-3, en estos dos últimos SECTORES hubo desbastado y confección de útiles, pero se pueden apreciar, además, otros aspectos (fig. 9 y 10) que indicarían muy probablemente, la adicional introducción de núcleos y lascas confeccionados en otros puntos; especialmente, lascas no corticales en el S-1 (57,14&). Esta inconsistente variabilidad puede ser debida a las características morfológicas de la materia prima de ambos sitios, que ofrecía valores volumétricos inferiores a la del resto de SECTORES (fig. 10).

En cuanto a las frecuencias de útiles se refiere, se aprecia en los 5 SECTORES un claro predominio de útiles denticulados/muescas sobre raederas y útiles del Paleolítico Superior (raspadores, perforadores, etc) (fig. 7), así como una dominante industria de lascas frente a los escasos nódulos trabajados (cantos trabajados, bifaces, etc); los cantos trabajados, aun siendo los más representativos, presentan un bajo porcentaje (6.8%) y no ofrecen intervariabilidad entre SECTORES (fig. 7). Las dimensiones y diferentes tipos de soportes, como vamos a ver a continuación, varían globalmente y por SECTORES, en función de las características volumétricas de los nódulos naturales de materia prima, la cual incide indirectamente en las dimensiones medias (Dm) de los núcleos mayoritariamente representados y en la extracción de la primera lasca (ver adicionalmente fig. 10): esta incidencia y restricción de la materia prima en la producción de lascas y útiles nodulares la discutiremos pormenorizadamente más adelante. El número de útiles sin retocar y mínimamente retocados (2 mm) ofrece (*intra* SECTORES) valores proporcionales a la frecuencia o tipo de útil predominante (denticulado/muesca), fluctuando, aunque dentro de la covariación esperada: por ejemplo, en el S-3 encontramos uno de los mayores números de artefactos (n: 106) con un relativamente escaso índice de denticulaciones y muescas (34%) respecto del ofrecido por los útiles cortantes (sin retocar y mínimamente retocado: 67%: asimismo, nótese, en este S-3 la ausencia de útiles de bordes extensivamente modificados (raederas: esta apreciación es extensible al resto de SECTORES, ver fig. 7).

El conjunto total de SECTORES ofrece, por tanto, un total de 379 artefactos correspondientes, como ya señalábamos, mayoritariamente a una industria de lascas extraídas (73,94%), con escasos nódulos trabajados (6,8%), aunque con un apreciable índice (6,57%) de recurso lítico muy *expeditivo*, configurado por los fragmentos naturales de materia prima retocados (ver fig. 7 y 8). El grupo de núcleos ofrece, a su vez, cuantitativa (12,63%) y tecnomorfológicamente (explotación volumétrica) importantes

((2) La tipometría de la industria lítica ha sido efectuada siguiendo criterios básicos ya establecidos (Barton 1987: App.I.208-214) -especialmente para las dimensiones convencionales de las lascas (L, A y G); la medición de la invasión del retoque para efectuar el índice Rm, ha sido tomada a la altura de la intersección de los parámetros L y A. El grupo de artefactos líticos que denominamos *fragmentos naturales* retocados (6,57% del total del conjunto lítico n:380), corresponde mineralógicamente a nódulos y tábulas de cuarcita con uno o más planos de fractura, no antrópica, ofreciendo discontinuidades estructurales (vetas de microesquistosidades y demás alteraciones de su morfología nodular causadas por agentes erosivos).

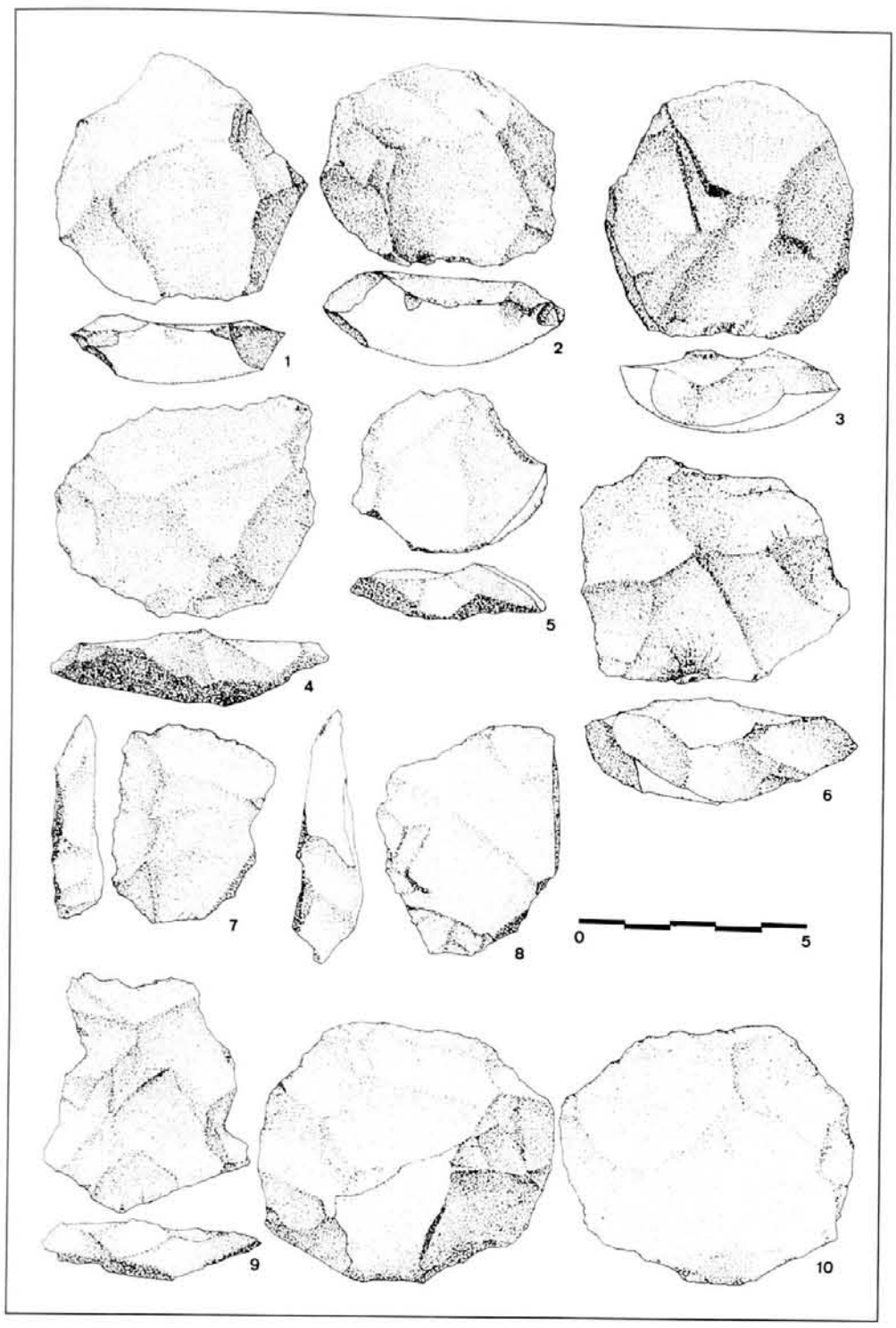


Fig. 12: Industria lítica: 1-3: Núcleos Levallois de estracción prefrencial. 6 y 10: Núcleos discoides. 4 y 9: Lascas Levallois. 5. 6 y 7: Lascas desbordantes.

consideraciones. Las características métricas y tipológicas de las lascas varían. entre valor máximo (L: 8.3 cm) y mínimo (L: 2 cm) de longitud. de la siguiente forma:

Lasca	Lm	Am	Gm	%
cortical	4.84	4.11	1.47	36.65
dorso natural	4.75	3.46	1.39	25.62
ordinaria	4.37	3.55	1.07	35.94
desbordante	-	-	-	1.06
levallois	-	-	-	0.35
laminar	-	-	-	0.35
angular	-	-	-	-

Los talones son predominantemente lisos (46,52% y corticales (35,53%), con escasos puntiformes (5,49%), facetados (4,76%), diedros (4,39%) y levantados (3,31%).

Los núcleos, como acabamos de comentar, ofrecen significativas sugerencias. Es evidente que su preparación (tecno-morfología) se ha visto condicionada y restringida por la característica morfológica imperante de la materia prima (nodular ovoide: N: 49,6%) y sus dimensiones (Dm: 5,46-4,93 cm) (fig 10), ocasionando un predominio de núcleos cuya morfología final sería discoidal con extracciones centrípetas (79,16%). Estos núcleos *discoides* presentan ciertas características tecno-morfológicas que los diferencian de los núcleos *recurrentes centrípetos levallois* (Boëda 1994:265-68): en nuestro caso, representan una concepción de explotación *volumétrica*, en la que el volumen del núcleo se concibe como dos superficies asimétricas convexas y secantes, con una preparación de la superficie de lascado que permite obtener productos predeterminados mediante una convexidad periférica (lascas desbordantes o puntas *pseudo-levallois*: 1,06%); aunque ambas superficies (de lascado y de preparación de planos de percusión), a diferencia de la concepción *superficial levallois*, no se encuentran jerarquizadas y pueden invertir sus roles durante la misma secuencia operatoria. Otros núcleos, como los prismáticos de extracciones (2-3) unidireccionales (10,41%), globulares (6,25%) y poliédricos (2,08), ofrecen morfologías finales que asimismo reflejan una estrategia de reducción volumétrica: la única evidencia de explotación superficial es la ofrecida por el escaso porcentaje (2,08%) de núcleos *levallois* de extracción *preferencial*.

Los escasos nódulos trabajados (principalmente cantos trabajados uni y biaciales: 4,18%) presentan pequeñas extracciones distales, de regularización del filo, y huellas macroscópicas de uso o retoque que -a excepción de un caso aislado de extracción única distal- hacen que sean concebidos como útiles finales y no como núcleos ni percutores. Estos útiles nodulares, como apuntamos, se ven también restringidos tecno-morfológicamente por las características de la materia prima (fig. 10), incidiendo en sus Dm (fig. 11) y en la regularización de su filo (simple (unifacial) 2,39%).

El considerable porcentaje de lascas de desbastado (corticales: 36,65% y de dorso natural: 25,62%) es, evidentemente, producto de la preparación de núcleos y útiles nodulares, aunque su fin último era servir de útil cortante (sin retocar y mínimamente retocado: 45,50%) y, mediante la denticulación y muesca de su borde, ofrecer las más altas frecuencias de empleo de soporte a tales efectos (un 48,54% de lascas corticales y un 55,55% de dorso natural, son empleadas en la confección de denticulados/muescas (ver fig. 8,).

Todas estas características tecnomorfológicas inciden diferencialmente en el retoque de los productos finales; la textura de la materia prima es homogénea, ya que predomina la cuarcita (91,36%), frente al sílex (8,11%) y caliza (0,52%), en la producción de artefactos; no obstante, aunque exista un elevado índice de productos retocados (62,57%) (sin retocar: 37,42%), se manifiestan ciertos aspectos (morfología y textura de la lasca y uso expeditivo de la materia prima) que van a inferir considerablemente en el tipo de reducción del soporte. Esta reducción es mínima: sobre un 60,4% de lascas retocadas se aplica totalmente (100%) un retoque abrupto (percutor duro) mayoritariamente discontinuo (91%) y directo (63,03%), con escasas incidencias alternas e inversas, dejando lugar a un inapreciable retoque continuo (9,09%); siendo la modificación de los bordes de los distintos útiles predominante-

mente simple (75.75%), con escaso aprovechamiento de más de un borde (doble: 22.42%; múltiple: 1.83%). Esto quiere decir que la modificación intensiva del borde (91.13%); es decir, parte del borde mediante denticulación o muesca (Kantman 1970) es imperante frente a la extensiva (8.87%) (modificación total y continua del borde: índice Rm), la cual ofrece un bajo índice de reducción (Rm: 3.11 mm).

El resultado de estas incidencias y grado de reducción entre los diferentes soportes (especialmente sobre lascas extraídas y retocadas (n:169, 60.14%), ya que los nódulos trabajados, por cuestiones tecno-morfológicas, no forman parte de este índice de reducción) origina las siguientes frecuencias de útiles:

Tipo de útil	n	%
denticulados/muescas	147	44
canto trabajado unifacial	8	2.39
canto trabajado bifacial	6	1.79
raederas	5	1.49
raspadores	1	0.29
rabot	10	2.99
pico	2	0.89
útiles cortantes	152	45.5
bifaz	1	0.29
punta	1	0.29

Se aprecia, por tanto, un elevado índice de útiles con denticulaciones y muescas que, tecnomorfológicamente, ofrecen una variabilidad dentro de los conjuntos líticos paleolíticos muy determinada (Kantman 1970; Fish 1979; Dibble y Rolland 1992); la escasa incidencia que ejerce el grupo de raederas sobre este conjunto de útiles forma parte también de esta variabilidad y podría explicar ciertas pautas de comportamiento respecto del uso y mantenimiento del recurso lítico. Nótese, ahora, cómo el número de *útiles cortantes* (lascas sin retocar y mínimamente retocadas) es muy considerable y, cómo es característico de esta variabilidad del Paleolítico Medio, suele covariar cuantitativa y proporcionalmente en los conjuntos líticos donde predominan útiles más *expeditivos* (denticulados/muescas), reflejando un uso menos económico de la materia prima (Rolland 1990:T2, 72-73; Fish 1979:133-35). Como ya señalamos, este grupo de útiles (denticulados/muescas) estaba representado mayoritariamente en los 5 SECTORES con abundante deposición lítica (fig. 7), no ofreciendo, consecuentemente, una posible intervariabilidad entre SECTORES. La covariación entre los *útiles cortantes* y las denticulaciones y muescas refleja, frente al grupo de raederas, un aprovechamiento menos económico de la materia prima, pero al mismo tiempo, también una incidencia tecnomorfológica: pudiendo existir valores medios de longitud y grosor de soporte que pudieran incluir en la modificación (denticulación) de uno u otro borde. En la fig. 8 puede apreciarse cómo los soportes de mayor longitud/grosor y de bordes más abruptos (lascas corticales y fragmentos naturales de materia prima), ofrecen, proporcionalmente, las mayores frecuencias de empleo como denticulados y muescas, mientras que las lascas menos espesas y de ángulos menos abruptos (mayor filo) (Lascas ordinarias), ofrecen valores más bajos en la confección de útiles denticulados. Por último, el escaso mantenimiento del borde y filo, mediante retoque continuo y extensivo (9.09% y 8.87%, respectivamente), de estas lascas mínimamente retocadas (1-2 mm), explicaría la inapreciable incidencia del grupo de raederas (1.49%), las cuales representarían a los útiles retocados más extensivamente, reflejando un uso más económico de la materia prima mediante las secuencias de reducción de sus bordes (Dibble 1987). En los 5 SECTORES, debido a la abundante presencia de materia prima seleccionable, se tendió a mantener la viabilidad del filo y borde de la lasca mediante nuevas extracciones *in situ*, y no a través de consecutivas reducciones de sus bordes.

MATERIA PRIMA: INCIDENCIA Y RESTRICCION

La presencia y origen de esta materia prima se debe en gran parte al TRAMO-3 (fig. 3) registrado en el perfil geológico general, donde se apreciaban c.15 m de conglomerados y areniscas procedentes de los relieves circundantes (especialmente cota 150, fig. 3), constituidos por nódulos de cuarcitas (10 cm Ø) y sílex (tabular, Dm: 5x5 cm). Los aportes sedimentarios de las transgresiones marinas del Mioceno rellenaron estas cubetas con conglomerados de base cuarcitosa y molasas (sedimentos marinos y terrestres: areniscas blandas, arcillas y margas) con cantos de diversa tipometría y textura (López Bermúdez 1975: 151ss.). Durante las fases de mayor erosión del Pleistoceno los distintos conglomerados fueron erosionados diferencialmente y dispersados, formando los actuales mantos de gravas de diferente densidad de dispersión y mineralogía (fig. 2 y 10), en torno a ambas márgenes del cauce de la rambla. Como a continuación discutiremos, la selección del recurso lítico óptimo se verá condicionada por ciertas restricciones cuantitativas y cualitativas (morfología y textura), produciéndose las siguientes frecuencias de empleo:

Materia prima	% de empleo	% presencia estimada (biotopo)
cuarcita	91.36	24.4
caliza	0.32	72.6
sílex	8.11	3

Junto a este condicionante cuantitativo en la distribución del recurso lítico seleccionable, resalta más determinantemente las restricciones tecno-morfológicas que el principal tipo de materia prima seleccionado pudo ejercer sobre la cadena operatoria (debastado y preparación de núcleos, primeras extracciones y confección de útiles) que dio lugar a este conjunto lítico. Recientemente, se ha vuelto a poner cierto énfasis en el papel condicionante desarrollado por las características minero-morfológicas de los

nódulos naturales de materia prima a la hora de aplicar ciertas técnicas de reducción o debastado para la obtención de lascas y su posterior transformación en *útiles retocados* (Tavoso 1984: Dibble y Rolland 1992:10); y más concretamente, como sucede en nuestro caso, sobre ciertas características morfológicas como las ofrecidas por los nódulos ovulares de cuarcita de pequeñas dimensiones (10 cm 0), que restringirían el uso de técnicas más sofisticadas (*levallois*) incrementando, por el contrario, la producción de lascas corticales y de dorso natural (Fish 1981:389) junto al número de nódulos trabajados y útiles denticulados (Tavoso 1984:80).

Estas restricciones señaladas pueden ser apreciadas (proporción aritmética) cuantitativa y cualitativamente en las características tecno-morfológicas del conjunto lítico que nos ocupa (n:380) (fig. 7). Especialmente, en la fig. 10 vienen representadas algunas cualidades morfo-métricas, correspondientes a la materia prima seleccionable, y sus más directas restricciones tecno-morfológicas sobre el conjunto lítico: téngase en cuenta que la muestra analizada (n_: 500) corresponde a nódulos de materia prima (100 unidades por SECTOR) en su actual estado morfológico (nodular (N): tabular (T): y fragmentado (F): por otra parte, la cuarcita (cu) y caliza (c) son, cuantitativamente (excepto en el S-1), comparables a efecto de frecuencia de empleo (%) y tipometría (Dm), aunque el sílex (s) no ha podido ser analizado totalmente debido a su escasa presencia. De ahí que las frecuencias morfológicas (MORFOLOGIA) aludan exclusivamente al tipo de materia prima mayormente empleado (cuarcita: 91.46%), ya que las calizas ofrecen un módulo morfológico estandar (nodular: 15 cm 0).

De ahí se desprende que aunque las dimensiones nodulares mayores (Dm) correspondan a las ofrecidas por las calizas (L:7,76: A:6,69 cm), sin embargo, eran seleccionadas las cuarcitas y sílex, preferente y proporcionalmente, debido a sus cualidades mineralógicas. Sin embargo, se puede apreciar (fig. 10) como esta selección ofrecía al mismo tiempo efectos restrictivos en su uso. Donde ha sido posible establecer la tipometría del sílex en su estado natural (n_: 100; SECTOR-1), encontramos una imperante morfología tabular de escasas dimensiones (Dm:L:3, 50; A:2,10 cm): y respecto a la cuarcita, apreciamos una mayoritaria (39,4%) morfología nodular también de escasas dimensiones (Dm:L:5,46; A:4,93 cm). Estas propiedades morfo-métricas son, a nuestro juicio, en gran parte responsables de la no utilización de técnicas de reducción de núcleos más sofisticadas (*levallois*) que hubieran permitido la obtención de lascas más largas y de mayor filo, y de que, por el contrario, se utilizaran técnicas volumétricas de explotación de núcleos cuyos productos extraídos reflejan esta restricción. La Lm del conjunto total de lascas extraídas (n_: 281) es reducida (4.62 cm) (no suponiendo la reducción de soporte mediante retoque (Rm:3,11 mm) una considerable merma de superficie (Dibble 1987) y contrasta con el valor, aún menor (2,84 cm), ofrecido por la Lm de las lascas extraídas de los núcleos discoides centrípetos (índice establecido mediante medición de negativos sobre planos de lascado). Este contraste métrico refleja, como ya señalamos, el uso de técnicas de debastado volumétrico de los núcleos no homogéneas, sino combinando, en función de la morfología y dimensiones del nódulo a debastar, una técnica de lascado simple (preferentemente unidireccional) que originaría altos porcentajes de lascas corticales y de dorso natural (fig. 10), con otra no menos expeditiva (discoidal), pero que permitiría, además, obtener otros productos (no corticales) predeterminados (lascas desbordantes). No obstante, debió existir la posibilidad de introducir lascas de mayores dimensiones en aquellos SECTORES en los que la materia prima ofrecía menores valores métricos. Por ejemplo, en los S-1 y 3 (fig. 10 y 11) encontramos las más reducidas dimensiones de materia prima seleccionada, la cual, especialmente en el S-1, originaría las menores dimensiones de los productos finales (fig. 10); sin embargo, apreciamos cierta variabilidad en el tamaño de los núcleos y nódulos trabajados, los cuales serían equiparables, y en ocasiones superiores, a las dimensiones ofrecidas por el resto de SECTORES. Este aspecto, junto a los índices núcleos/lascas (fig. 9), indica que muy probablemente en ambos SECTORES (1 y 3) pudo existir introducción de nódulos y lascas desde otros *sitios* donde las dimensiones de la materia prima seleccionada (cuarcita) fueran mayores.

Otro aspecto que explicaría esta restricción de la materia prima sobre algunos productos finales sería el que manifiestan las distintas frecuencias de útiles nodulares. El tamaño medio del nódulo de materia prima seleccionada (fig. 10) puede originar relativamente altos porcentajes de útiles nodulares trabajados muy simplemente (cantos trabajados), frente a la escasa frecuencia de otros útiles nodulares de confección más sofisticada (*bifaces*), si sus dimensiones son muy reducidas (*Jelinek 1976*). En la fig. 11 hemos representado esta relación pudiendo observarse esta restricción en la confección de algunos útiles nodulares.

Para concluir este apartado sobre la incidencia de la materia prima en el conjunto lítico, podemos colegir las siguientes consideraciones: a) sobre el importante índice de útiles retocados (especialmente lascas retocadas (n: 169, 60,14%) se aplica mayoritariamente un retoque intensivo (91,13%) consistente en una modificación discontinua del borde del útil mediante denticulación y muesca, generalmente en uno de sus bordes (75,75%); b) la alta frecuencia (45,50%) de lascas sin retocar y mínimamente retocadas (1-2 mm), indica igualmente escaso mantenimiento del recurso lítico (v. *supra*); y c) en nuestro caso, la explotación *volumétrica* de los núcleos y la casi inexistente concepción superficial *levallois* (2,08%), no es, como en otras ocasiones parece suceder (Fish 1981:389), el resultado de un aprovechamiento más económico de la materia prima, sino la estandarización de una técnica expeditiva fuertemente condicionada por las características morfológicas de la materia prima seleccionada.

CARACTERIZACION DEL YACIMIENTO

Yacimientos del Paleolítico Medio de las características del de Las Toscas no han sido, hasta el momento, do-

cumentados en la región de Murcia (Montes 1993); aunque, si bien es cierto, las prospecciones y estudios arqueológicos no han hecho más que empezar. El estudio de este tipo de yacimientos, como señalábamos al comienzo, plantea toda una serie de problemáticas muy determinadas; por ejemplo, la nuclearización del asentamiento y la falta de un registro estratigráfico (sedimentológico) *intra-* y *post*-de-posicional, dificultan ostensiblemente la posibilidad de establecer secuencias deposicionales y datos cronoestratigráficos que pudieran matizar diferentes momentos de ocupación y sus características paleo-ambientales. No obstante, en nuestro caso, el análisis de la escasa evidencia arqueológica nos ha permitido establecer algunas consideraciones interpretativas; aunque, evidentemente, nuestros instrumentos de trabajo se deben ir modificando heurísticamente una vez afrontado este precedente. Algunos enfoques de corte etnográfico (Thomas 1975: Hayden 1978) y su trascendente resonancia en la experiencia etnoarqueológica (Binford 1982; Foley 1981; Isaac 1981), más afín a nuestra problemática, nos han ayudado a conceptualizar comparativamente parte de la dinámica que subyace a estos yacimientos. Ante todo, se trata de la explotación de un determinado biotopo por un no menos determinado grupo paleolítico cuya industria lítica varía en función de esta relación. Sin embargo, sus deposiciones de artefactos quedan esparcidas a lo largo de miles de metros cuadrados formando diferentes *sitios* (*locations*: Binford 1982) que, aunque espacialmente puedan estar agregados (fig. 1), sin embargo, carecen *a priori* de una estructura interna de interpretación. En Las Toscas, como hemos venido explicando, el principal elemento interpretativo era la intrínseca relación mantenida entre los diferentes sitios con artefactos y los puntos con mayor densidad de materia prima (fig. 2); la cual, tras el correspondiente análisis de su intervariabilidad (recurso lítico potencial y su transformación), señalaba hacia la concepción de cada sitio como un punto de explotación y probable reposición de materia prima ocasional. Las densidades de las diferentes dispersiones de artefactos (fig. 1) (en el S-1 2.434 m^2. n:66) se aprecia la mayor densidad de artefactos (1/36,8m^2), mientras que el valor opuesto lo constituiría el S-5 (1/290m^2), configurando el resto de SECTORES - a excepción de la casi inapreciable deposición lítica de los SECTORES-6. 7 y 8- similares densidades proporcionales ayudan a fundamentar estas pautas. Comparativamente (Hayden 1978:188-91) podemos apreciar como otras mucho más bajas densidades (1 canto trabajado por 2.500 m^2) tendrían que ver con la explotación de otros recursos económicos (madera); por otra parte, la no existencia de intervariabilidad entre SECTORES en la utilización del recurso lítico (*débitage* y productos finales), junto a la ausencia de restos óseos y lugares de combustión (aunque no descartables), indica, también, que en todos los *sitios* o SECTORES fueron llevadas a cabo tareas similares.

Otra consideración no menos importante es la ofrecida por la condición hidrológica del cauce de la rambla durante el Pleistoceno superior; sin embargo, a este respecto solamente podemos plantear algunas presuposiciones no constatadas hasta el momento geoedafológicamente. El reciente hallazgo en La Parra (Cieza) de lo que podría haber sido una deposición lítica de similares características tecnomorfológicas y espaciales a la de Las Toscas, podría establecer una perspectiva de investigación que aclarara este último aspecto comentado. Esta industria lítica (mayoritariamente de nódulos trabajados y escasas lascas) se encuentra asociada (con actual modificación antrópica) a las terrazas del río Segura (15-30 m sobre el actual nivel del cauce) cuyas secuencias sedimentológicas (arenas, limos y cantos redondeados de cuarcita) ilustran en su sedimentación edafogenética procesos de cambio de caudal episódico del río (López Bermúdez 1975: fig. 72,248). Concretamente, el glacis-terraza B (30 m) ha sido más recientemente objeto de matización cronológica (Cuenca y Walker 1985), indicando sus litofacies condiciones no pluviales, sino que sus cuerpos lineales de gravas encajadas en limos de desbordamiento, coluviones y encostramientos, señalarían, más bien, escasa covertera vegetal y lluvias intensas y esporádicas dando lugar a arroyadas de gran carga (Cuenca y Walker 1985:29): la elaboración de este flacis-terraza podría estimarse en 39.000 BP (Cuenca y Walker 1985). Sedimentológicamente, podría relacionarse algunas fases ambientales de Cova Negra (Xátiva, Valencia (FASE-E) (Villaverde y Fumanal 1990), correspondiente al interestadial templado y húmedo (estadio isotópico-3, Würm I-II convenc.), y de Cueva Perneras (Lorca, Murcia) (Carrión et al. en prensa), con la formación de parte de este glacis-terraza B; lo que indicaría que durante este interestadial hubo una fase más templada y húmeda respecto de unas condiciones previas y posteriores más frías y secas, que pudo alimentar las cuencas de estas ramblas, ocasionalmente, ofreciendo un importante recurso hídrico a la comunidad paleolítica.

BIBLIOGRAFIA

ARTES, F. Y SANCHEZ, J.A. (1982). «*Génesis, clasificación y cartografía de los suelos de la Región de Murcia*. *CEBAS*. Murcia.

BARTON, C.M. (1987). «*An analysis of Lithic Variability from the Middle Paleolithic of the Iberian Peninsula*. Univ. de Arizona.

BINFORD, L.R. (1982). «The Archaeology of Place», en *Journal of Anthropological Archaeology* 1 (1). pp. 5-31.

BOËDA, E. (1994). «*Le concepto Levallois: variabilité des méthodes*». *CNRS* (CRA-9). Paris.

CARRION, J.S.; DUPRE, m; FUMANAL, m.p.; MONTES, R. (en prensa). «*Multidisciplinary study of a Paleolithic site: Perneras Cave (Murcia Southeastern Spain)*».

CUENCA, A. Y WALKER, J.M. (1985). «Consideraciones generales sobre el Cuaternario Continental en Alicante y Murcia», en *Cuadernos de Geografía* n.º36. pp. 21-32.

DIBBLE, H.L. (1987). «The Interpretation of Middle Paleolithic Scraper Morphology», en *American Antiquity* n.º 52. pp. 109-117.

DIBBLE, H.L. Y ROLLAND, N. (1992). «On Assemblage Variability in the Middle Paleolithic of Western Europe: History, Perspectives, and New Synthesis», en Dibble, H.L. y Mellars, P. (eds), *The Middle Paleolithic: Adaptation Behavior, and Variability*. pp. 1-29. Univ. Museum Symposium Series Vol. IV. Monograph. 78. Univ. of Pennsylvania.

FISH, P.R. (1979). «*The interpretative potential of Mousterian Debitage*». Arizona State Univ., Anthropological Research Papers n.º 16.

(1981). «Beyond Tools: Middle Paleolithic Debitage Analysus and Cultural Inference», en *Journal of Archaeological Research* n.º 37. pp. 374-386.

FOLEY, R. (1981). «Off-site archaeology: an alternative Approach for the short-sited», en Hodder, I., Isaac, G.L. y Hammond, N. (eds), *Pattern of the Past: Studies in Honour of David Clarks* pp. 157-83. Cambridge Univ. Press.

HAYDEN. B. (1978). «Snarks in Archaeology: Or inter-assemblage Variability in lithics (a view from the Antipodes)». en David. L.D. (ed). *Lithics and Subsistence: the Analysis of stone tools use in Prehistoric Economics*. pp. 179-198. Vanderbilt Univ. Public. in Anthopology n.º 20.
ISAAC. G.L. (1967). «Towards the Interpretation of occupation debris: some Experiments and Observations». en *Kroeber Anthropological Society Papers* n.º 37. pp. 31-57.
(1981). «Stone Age visiting Cards: Approaches to the Study of Early land-use Patterns». en Hodder. I.. Isaac. G.L. y Hammond. N. (eds.) *Pattern of the Past*. pp. 131-55.
(1986). «Fundation stones: early artefacts as indicators of activities and abilities». en Bailey. G.N. y Callow. P. (eds.) *Stone Age Prehistory*. pp. 221-41. Cambridge.
KANTMAN. S. (1970)(. «Essai d'une méthode d'étude des «denticulés» mousteriens par descrimination des variables morpho-fonctionelles». en *Quaternaria* n.º 13. pp. 281-294.
LA ROCA. N. (1991a). «Precipitaciones mediterráneas y movimientos de masa en margas de los valles de Alcoi». en *Cuadernos de Geografía* n.º 50. pp. 171-96.
(1991b). «Untersuchungen zur räumliche und zeitliche Variabilitäk der Massenbewegungen im Einzugsgebiet des riu d'Alcoi (Alicante. Ostspanien)». en *Die Erde* n.º 122. pp. 221-36.
LOPEZ BERMUDEZ. F. (1975). «*La Vega Alta del Segura: clima. hidrología y geomorfología*. Murcia.
MONTES. R. (1992). «Consideraciones generales acerca del Musteriense en Sur y Sureste español (Murcia. Albacete. Andalucía). en *Verdolay* n.º 4. pp. 7-13.
ROLLAND. N. (1990). «Variabilité du Paléolithique Moyen: Nouveaux Aspectes» en Farizy. C. (ed.) *Paléolithique Moyen Récent et Paléolithique Superieur ancien en Europe. Ruptures et Transitioons: examen critique des documents archéologiques*. pp. 69-76. Actes du Colloque International de Nemous 9-10-11 Mai 1988. Mémoires du Musée de Préhistoire de L'Ile de France n.º 3.
TAVOSO. A. (1984). «Réflexion sur l'économie de matières premières au Moustérien». en *Bulletin de la Societé Préhistorique Française* 81/3. pp. 79-82.
THOMAS. D.H. (1975). «Nonsite sampling in Archaeology: Up the creek without a Site?». en Mueller. J.W. (ed.) *Sampling in ARchaeology*. pp. 61-81. Univ. Arizona Press. Tucson.
VILLAVERDE. V. y FUMANAL. M.P. (1990). «*Relations entre le Paléolithique Moyen et le Paléolithique Superieur dans la versant méditérranéen espagnol*». en Farizy. C. (ed.). pp. 177-183.

CONSIDERACIONES EN TORNO AL PROCESO DE NEOLITIZACION EN CATALUÑA

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 27 - 30

Roser Vilardell
UNIVERSITAT DE BARCELONA

A la Dra. Ana María Muñoz, a la que recordamos con afecto y cariño, tanto en su faceta de enseñante en las aulas de la universidad como directora y compañera en las excavaciones arqueológicas.

Ahora hace treinta años de la publicación de su obra *La Cultura Neolítica Catalana de los Sepulcros de la Fosa* (1965), la cual fue novedosa y de gran importancia para quienes nos dedicaríamos posteriormente al estudio de este periodo. Por todo ello, deseo que con este breve artículo recuerde su etapa en la Universidad de Barcelona y aquel desaparecido Instituto de Arqueología y Prehistoria que le era tan grato.

A pesar que los estudios del periodo neolítico en Cataluña han gozado de gran tradición investigadora a nivel regional[1] y a su vez se han nutrido de valiosas aportaciones por parte de investigadores del Mediodía de Francia[2], se ha llegado, en la actualidad, a una situación de estancamiento, principalmente en referencia a los orígenes e inicios del proceso (Neolítico Antiguo), y en las transformaciones que acompañan la introducción de las primeras manifestaciones metalúrgicas (Neolítico Final).

Así, para el Neolítico Antiguo, prácticamente no existen novedades, si exceptuamos los hallazgos de La Draga (Banyoles), en curso de estudio[3]. Por ello, se continúa, repitiendo sucesivamente los conocimientos estereotipados sobre la cerámica cardial, como único grupo representativo de esta fase.

La visión de las facies llamada tradicionalmente «epi/post-cardial» es la que ofrece amplios debates, pues al parecer se han mezclado conceptos diferentes en la identificación e interpretación de todo un conjunto de cerámicas con decoraciones impresas y/o incisas, sin haber esclarecido la secuencia evolutiva de las mismas. ¿Existen conjuntos cerrados anteriores al horizonte cardial que ofrezcan este tipo de decoraciones? ¿Cuáles eran las cerámicas que acompañaban el importante lote de cerámicas cardiales de las cuevas de Montserrat? ¿Hasta qué momento perduran la tradición de las cerámicas decoradas con impresiones y/o incisiones?

Así, con respecto a esta última cuestión, a partir de nuestras excavaciones en la Timba d'en Barenys (Riudoms), con materiales clasificados tradicionalmente como «epi-cardiales», vemos que perduran a lo largo del Neolítico Medio, criterio que con posterioridad se ha confirmado a partir de la datación[4] obtenida de los restos óseos de una inhumación aparecida en el interior de una de las fosas colmatada por dichos materiales[5]. Este es un yacimiento al aire libre, con gran número de estructuras circulares a manera de silos o fosas, de fondo plano con diámetros que oscilan en torno a 1.7 m. y una profundidad de 0.6 m. Gran número de estas estructuras contienen fragmentos cerámicos, útiles de sílex, molinos y restos de fauna[6]. De este tipo de estructuras, se localizaron en época

(1) AA.VV. 1981. *El Neolític a Catalunya*. Taula Rodona de Montserrat (1980). Montserrat.- M. CURA (Ed.) 1992. *Estat de la investigació sobre el Neolític a Catalunya*. 9è Col.loqui Internacional d'Arqueología de Puigcerdà (1991). Andorra.

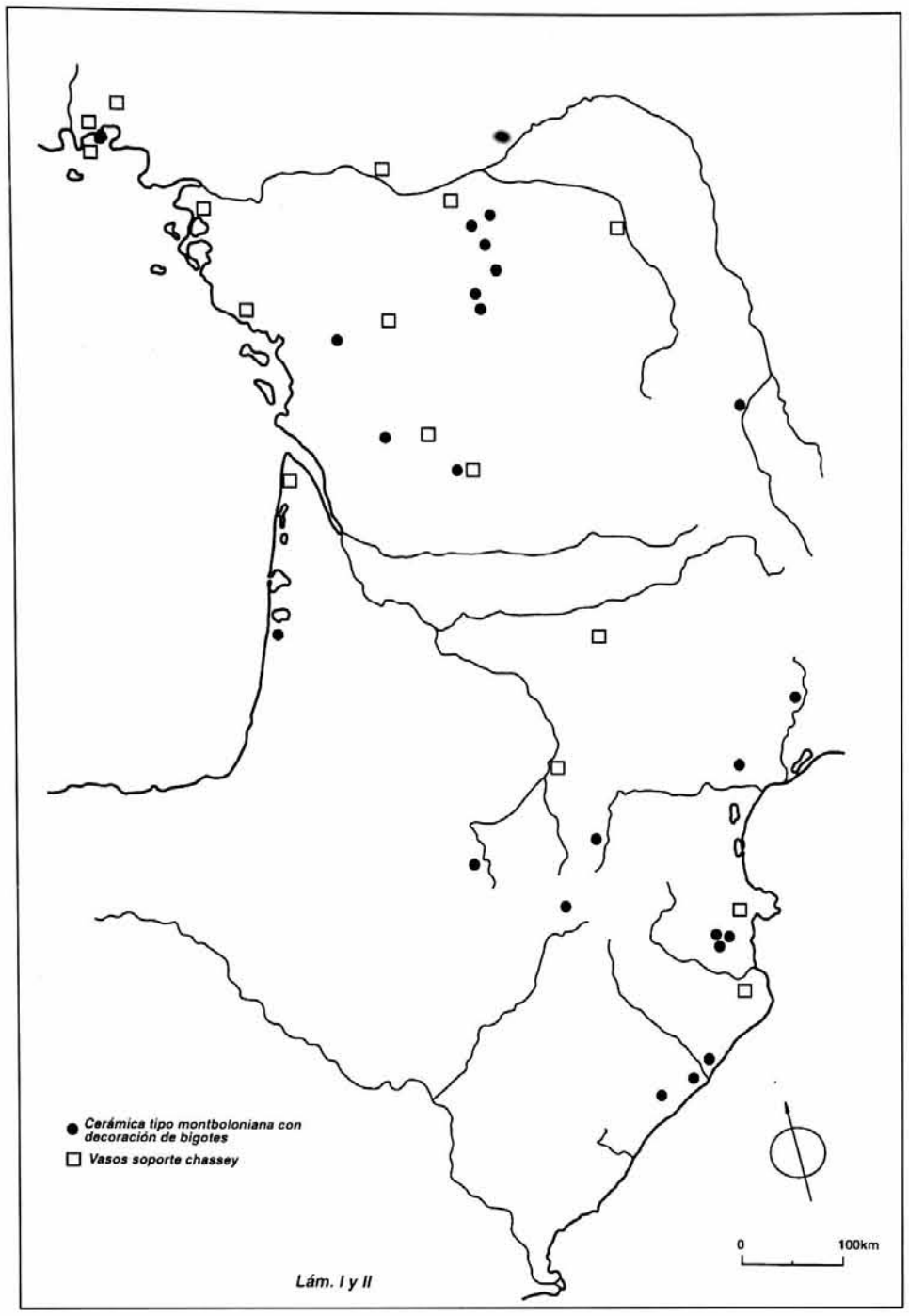
(2) J. GUILAINE, J. VAQUER et P. BARRIE. 1972. Las excavaciones en la Bala de Montboló (PO). Contribución al estudio del Neolítico Catalán. *Ampurias*, 33-34. Barcelona, p. 153-207.

(3) J. TARRUS, J. CHINCHILLA, R. BUXO i M. SAÑA. 1992. La Draga (Banyoles) Un hábitat lacustre del Neolític Antic. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueología de Puigcerdà*. Andorra, p. 89-92.

(4) J. MIRO. 1994. La cronologia dels estils ceràmics del neolític a Catalunya. La datació C-14 de la Timba d'en Barenys (Riudoms, Tarragona). *Saguntum*, 27. València, p. 57-65. Datación 5240±160 B.P.

(5) R. VILARDELL. 1992. Problemàtica que ens planteja la troballa d'una inhumació a la Timba d'en Barenys (Riudoms, Baix Camp) *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra, p. 117-118.- D. TURBON y D. CAMPILLO. 1982. Los restos humanos de Riudoms (Tarragona). *Bol. Soc. Esp. de Antropología*, 3. Madrid, 46-52.

(6) J. MIRO, M. MOLIST y R. VILARDELL. 1991. Aportaciones al estudio del Neolítico Antiguo en la Cataluña meridional. Partiendo de la industria lítica del yacimiento al aire libre de la Timba d'en Barenys (Riudoms, Tarragona). en Relaciones Aragón/Mediterráneo. Zaragoza, p. 46-52.- R. VILARDELL. 1992. El jaciment a l'aire lliure de la Timba d'en Barenys (Riudoms, Baix Camp). *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra, p. 112-116.



del Dr. Vilaseca. otros dos yacimientos en la misma zona: Monterols y Les Quatre Carreteres ambos cercanos a la ciudad de Reus[7].

Estos hallazgos por otra parte replantean la vieja cuestión en torno a la cronología de las sepulturas neolíticas de la zona de la desembocadura del Ebro. que continúan aún sin una publicación exhaustiva[8]. Téngase presente que la tradición de cerámicas con decoraciones impresas y/o incisas se repite en dicha zona en etapas más recientes constituyendo la base de los modelos decorativos de las llamadas cerámicas del «grupo Arbolí»[9] y del Campaniforme de tipo Salomó[10].

En la panorámica global y geográfica de estas cerámicas habría que diferenciar como mínimo tres zonas: la primera. del Ebro hasta el río Gaià. que constituye la referencia anteriormente expuesta con los problemas de perduraciones. La segunda tiene su centro en torno a la cuenca del río Llobregat. donde las cerámicas impresas y/o incisas son sustituidas por otras caracterizadas a partir de sus decoraciones peinadas. identificadas como cerámicas de la «facies del Molinot»[11]. La tercera corresponde a las comarcas septentrionales de Cataluña. tanto en referencia a la costa como al interior. donde éstas son sustituidas por cerámicas lisas del tipo Montboló[12].

Las cerámicas del tipo Montboló con sus decoraciones de crestas o bigotes junto a sus asas corresponden a una tradición de las cerámicas neolíticas de la fachada atlántica francesa[13] (fig. 1). Estas influencias atlánticas deben ir relacionadas con los inicios y aparición de los primeros monumentos funerarios. como muestran los hallazgos del conjunto de Tavertet. con estructuras tumulares que proporcionan ajuares del tipo Montboló y con unas cronologías absolutas en torno el 3800 B.C.[14].

Sin duda. estas transformaciones observadas de origen continental. no son las únicas. pues también con cronologías coetáneas aparece la Cultura de los Sepulcros de Fosa. Su conexión con el complejo proto-Chassey. se relaciona con la tradición de los «vasos de boca cuadrada». muy especialmente en los conjuntos que ofrecen la necrópolis de Puig d'en Roca i San Julià de Ramis (Girona)[15]. Ante todo parece dibujarse un origen común y coetáneo. a partir de este núcleo alpino. si bien posteriormente cada grupo se individualizará en el curso de su evolución interna configurando. al Norte de los Pirineos. el Chassey[16] y en el Sur. el pequeño núcleo de los Sepulcros de Fosa. con intercambios de materias primeras entre ambos.

La Cultura de los Sepulcros de Fosa ha quedado limitada. en la actualidad. alrededor de las comarcas del Vallés. Baix Llobregat y Penedés. recibiendo el nombre de Sabadelliá o facies Madurell[17]. Su inicio queda en parte desdibujado por la valoración. quizás excesiva que se ha otorgado a la fase precedente del tipo Molinot. a la que se le atribuyen las primeras explotaciones de las minas de Can Tintorer (Gavà)[18]. con todo será el único grupo que alcanza la culminación de un proceso de plena neolitización. Los análisis arqueozoológicos muestran un mayor equilibrio entre las especies domésticas favoreciendo una mayor sedentarización. la fauna salvaje es minoritaria y la agricultura parece ser más evolucionada.

Este nuevo orden agro-pastoril. debió permitir un auge socio-económico propicio para mantener una población con óptimos recursos los cuales pueden invertirse en el trabajo de las explotaciones mineras de variscita de Can Tintorer. La variscita (calaita) se distribuye principalmente

(7) S. VILASECA. 1973. *Reus y su entorno en la prehistoria*. Reus.
(8) V. BALDELLOU. 1971-72. La necrópolis prehistórica del Barranc de Fabra (Amposta). *Real Soc. Arq. Tarragonense*. Tarragona. p. 41-49.
(9) VILASECA. op. cit.
(10) R. J. HARRISON. 1977. *The Bell Beaker cultures of Spain and Portugal*. Harvard University.
(11) J. MESTRES. 1981. Neolític Antic Evolucionat Postcardial al Penedès. *Taula Rodona de Montserrat*. Montserrat. p. 109-112.-IDEM. 1982. El neolítico antiguo en el Penedés.. *Colloque Neolithique Ancien*. (Montpellier. 1981) Montpellier. p. 121-127.
(12) A. MARTIN. 1992. Els grups Montboló a través del seus vestigis. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra p. 135-138.-A. BOSCH i J. TARRUS. Les ceràmiques d'estil Montboló dins l'evolució del Neolític a Catalunya. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 138-143.
(13) Ch. BOUJOT et S. CASSEN. 1992. Le développement des premières architectures funéraires monumentales en France Occidentale. *Rev. Archéol. Ouest*. Supp. 5. Rennes. p. 192-211.
(14) W. CRUELLS. J. CASTELLS i M. MOLIST. 1992. Una necròpolis de «cambres amb túmul complexe» del IV mil.leni a la Catalunya interior. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 244-248
(15) F. RIUR O. 1980. *La necrópolis del Neolítico Final de San Julián de Ramis y del Puig d'en Roca en San Pouç de la Barca (San Gregorio) Gerona*. Girona.
(16) J. VAQUER. 1986. La Chasséen méridional. Etat de la question.en *Le Néolithique de la France*. Paris. p. 233-249
(17) A. MARTIN. 1992. El neolític mitjà ple: Nova estratègia d'organització social i econòmica. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 164-166
(18) M.J. VILLALBA. L. BAÑOLAS. J. ARENAS. M. ALONSO. 1986. *Las minas neolíticas de Can tintorer. Gavà. Excavacions 1978-80*. Barcelona.

hacia el interior de Cataluña siguiendo el curso del río Llobregat, alcanzando Andorra y el Mediodía de Francia para conectar con la vía del Garona[19].

Por su parte, tenemos el problema de las importaciones de sílex melado, del cual se ignora su procedencia exacta, si bien, recientes estudios por el método de análisis de activación neutrónica, muestran una gran similitud con los filones de Chateaunef du Pape y de Vaux-Malausène en el valle del Ródano[20], cuya vía de relación parece darse a lo largo de la costa del Languedoc hasta alcanzar el río Aude y el Garona, camino por el cual se introducirían en Cataluña.

Al mismo tiempo, encontramos una difusión de cerámicas relacionadas con el Chassey, sin que estos vasos, como se ha pretendido, puedan atribuirse plenamente a dicha civilización[21], parece que sus decoraciones esgrafiadas son el reflejo de una moda, que se inicia tanto en los conjuntos típicos del Sabadellià[22] como en el momento final del Montboló[23]. Solo podemos considerar como muy próximos a los modelos Chassey, los vasos soporte aparecidos en la sepultura de La Bassa (La Bisbal) y en la estructura doméstica de Can Issac (Palau Saverdera)[24], con datación absoluta en torno al 3000 B.C.[25]. Piezas que una vez más sus paralelos nos aproximan al corredor de la Garona y a la costa atlántica francesa. (fig. 2).

No obstante, el conocimiento de este periodo es aún limitado, pues los débiles indicios de hábitats no nos permiten una apreciación amplia, puesto que el suelo original ha desaparecido y sólo –como en el caso de la Timba d'en Barenys– han sobrevivido las fosas o cubetas cortadas por las labores agrícolas posteriores. Se calcula no obstante para la Bóbila Madurell, según Araceli Martín, una extensión de 30 hectáreas, pero no sabemos si esta extensión de terreno es uniforme o bien responde a desplazamientos de poblaciones en una misma área.

Otra de las novedades que definen el Neolítico Medio, es la aparición de los primeros monumentos funerarios, que como ya hemos indicado en relación al conjunto de Tavertet, se caracterizan en su fase más antigua por unas estructuras de tipo tumular que alcanzan diámetros de 20 m. y que en su interior contienen una pequeña cámara funeraria de losas. Los enterramientos son pues inhumaciones individuales, las sepulturas no son reutilizables y forman pequeñas necrópolis.

En una fase posterior, estas estructuras evolucionan hacia una concepción funcional que permite la construcción del sepulcro con anterioridad a la deposición del cadáver, apareciendo así, sistemas de acceso desde el exterior a la cámara funeraria. Pueden observarse dos variantes, por una parte las cámaras del Solsonià[26] donde el acceso sólo queda representado por una puerta de entrada a la cámara, lo que permite que sólo debe de completarse la estructura tumular en dicho sector para clausurar la sepultura. La segunda variante, viene caracterizada por los «sepulcros de corredor», donde un acceso largo y estrecho, limitado por pared de piedra seca o losas, permite la entrada a la cámara desde el exterior del monumento, con lo cual se limita aún más el trabajo de colmatación[27].

Con estas variantes de arquitectura funeraria, las dimensiones de las estructuras tumulares parecen perder cierta importancia, reduciendo su perímetro, pero quizás ganando en altura, pues las cámaras funerarias («dolmen») alcanzan una mayor monumentalidad, definiéndose como megalíticas. Cada variante aparece en áreas concretas, así el primer modelo se da principalmente en la zona del interior de Cataluña, constituyendo el grupo de Solsonià. Enterramientos de inhumaciones individuales, formando, en algunos casos, pequeñas necrópolis. Sus ajuares comparten dos elementos sustraídos de la red de intercambios de materias primas: la variscita y el sílex melado[28].

La segunda zona caracterizada por los sepulcros de corredor, se sitúa en el extremo oriental de la cadena pirenaica. Por su distribución macro-espacial vemos que se trata de pequeñas agrupaciones o necrópolis (grupo de l'Empordanès)[29]. Pero no disponemos de información antropológica, debido al componente ácido de su terreno geológico, que por otra parte permite la recuperación de grandes bloques con los cuales se construyen las cámaras funerarias de grandes dimensiones. Su arquitectura alcanza niveles técnicos extraordinarios, hasta el punto que continúan hoy en pie, a pesar de la destrucción de sus estructuras tumulares de protección, por ello, han sido reaprovechadas para usos diversos, con lo cual se han perdido la mayor parte de sus vestigios arqueológicos.

Las dataciones absolutas, aunque escasas, nos muestran que fueron utilizados ambos modelos y en ambas zonas de una manera coetánea en torno al 3000 B.C.[30].

El paso del Neolítico Medio al Neolítico Final en Cataluña, constituye un problema mucho más complejo, pues no es sólo el cambio de ritual, sino que se trata de unas transformaciones mucho más profundas en el seno

---

(19) M. EDO, M.J. VILLALBA i A. BLASCO. 1992. Can Tintorer. Procedencia i distribució de la calaïta catalana. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 203-205.

(20) J. VAQUER. 1990. *Le Néolithique en Languedoc Occidental*. Paris.

(21) M. LLONGUERAS, R. MARCET y M.A. PETIT. 1981. Ceràmica tipus Chassey a Catalunya. *Taula Rodona de Montserrat (1980)*. Montserrat. p. 185-193

(22) M. LLONGUERAS, R. MARCET y M.A. PETIT. 1986. La cultura catalana de los Sepulcros de Fosa y su relación con el chasseense. en *Le Néolithique de la France*. Paris. p. 251-258

(23) J. CASTANY. 1992. Montboló i Chassey a Grioteres (Vilanova de Sau Osona) Estratigrafia, paleoecologia, paleoeconomia i datació. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 150-153. Datació 4940±170 B.P.

(24) J. TARRUS, J. CHINCHILLA, S. ALIAGA i O. MERCADAL. 1992. Un assentament a l'aire lliure del Neolític Mitjà: Ca n'Issach (Palau-Saverdera). *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 172-175

(25) 5060±100 y 4660±110 B.P.

(26) M. CURA. Noves aportacions al Megalitisme Català: revisió de les sepultures del «Solsonià» amb l'aparició de les primeres cambres neolítiques. *9è Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra. p. 262-264

(27) J. TARRUS, J. CASTELLS, J. CHINCHILLA y R. VILARDELL. 1984. El fenómeno megalítico en el Pirineo Oriental de Cataluña. en *Papers of Recents Archaelogy in Spain and Portugal* (Canterbury, 1981). B.A.R. international series. 193. Londres. p. 79-139

(28) M. CURA. 1976. El grupo cultural de les cistes neolíticas del Pre-Pirineu Catalá («El Solsonià»). *Cypsela*, 1. Girona. p. 49-52

(29) J. TARRUS. 1983. El megalitisme de l'Alt Empordà (Girona): els constructors de dolmens entre el Neolític Mitjà i el Calcolític a l'Albera. Serra de Roda i Cap de Creus. *Cota Zero*, 3. Vic. p. 36-57

(30) Sepulcros de corredor: Arraganyats, 5400±100 BP.; Tires Llarges, 5090±160 BP.; Sepulcros del Solsonià: Juberri, 5310±310 BP.; Costa dels Garrics-1, 4950±70 BP.; Costa dels Garrics-2, 4860±90 BP

de las comunidades neolíticas, con nuevas estrategias del patrón de asentamientos, abandonando los grandes hábitats al aire libre y de nuevo, reutilizando las cuevas y abrigos. Mayoritariamente, podríamos plantear un empobrecimiento tecnológico respecto a las cerámicas, sílex e industria ósea.

Se admite que tales cambios vienen condicionados por la transición del clima atlántico al subboreal que provocan sucesivos periodos de sequedad, afectando unas tierras excesivamente agotadas por una agricultura intensiva. Pero quizás, este planteamiento resulte excesivamente simplista, ya que de hecho la igualdad: sedentarización = agricultura, pueda sustituirse por sedentarización = a condiciones óptimas de vida, no pasando forzosamente por una dependencia agrícola. Por ello, deben existir otros factores que repercuten en el ámbito social de las comunidades neolíticas y en primer lugar hay que aceptar la aparición de la metalúrgia del cobre en zonas geográficamente próximas, cuyos cambios repercuten con más intensidad sobre el grupo más competitivo y avanzado, el Sabadellià, que entra en una crisis palpable.

Esta falta de interés del territorio catalán, debido a la falta de mineral de cobre, debe repercutir en los grupos megalíticos anteriormente expuestos, que hasta este periodo oscilaban en torno al potente grupo del Sabadellià, y pasan ahora a orientarse hacia las zonas mineras del Mediodía de Francia, hecho que explica el incremento del megalitismo en esta zona y en contrapartida la relación del grupo de Veraza en las comarcas septentrionales de Cataluña[31].

---

(31) M. CURA y R. VILARDELL. 1994. Ultimas novedades en torno al megalitismo en el NE. Peninsular. en Actas do Seminario *O megalitismo no Centro de Portugal*. Viseu. p. 75-85

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 31 - 39

LAS PERIODIZACIONES DEL NEOLITICO PENINSULAR. UNA PERSPECTIVA HISTORIOGRAFICA.

Isabel Rubio de Miguel
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGIA
DE LA UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

He considerado adecuado el tema objeto del presente artículo al propósito que guía esta publicación: el homenaje a la Dra. A. M.ª Muñoz de la que tanto hemos aprendido los estudiosos del Neolítico peninsular. Es éste un aspecto sobre el que hemos conversado en alguna ocasión, razón por la cual he creído que podría constituir el pretexto para una reflexión con la perspectiva de tiempo de que disponemos ya en los estudios sobre el Neolítico.

De algún modo, trazar la historiografía de las sistematizaciones del mismo supone revisar las diversas ópticas desde las que se ha ido acometiendo la investigación a medida que la dinámica general de ésta ha ido cambiando y se ha hecho posible la aplicación de nuevos métodos y la elaboración de distintas teorías. Los factores que condicionan sistematizaciones y periodizaciones son, en cualquier caso, múltiples. Por otra parte, son varios ya los trabajos de carácter historiográfico que se refieren a este momento/proceso (en parte Martí, 1985; López, 1988; Pié y Ribé, 1991; Pardo, en prensa y capítulos de Navarrete, 1976 y Gavilán, 1987).

Curiosamente los estudios sobre yacimientos neolíticos europeos (los de los poblados lacustres alpinos llevados a cabo por F. Keller en la década de los 50 del siglo pasado o los de los pantanos irlandeses por W. Wilde en 1840), se inician con anterioridad a los del Próximo Oriente, área tradicionalmente considerada como el foco de irradiación de «innovaciones» y cuna de la civilización. Es también en 1865 cuando Lubbock introduce el término Neolítico (Edad de la piedra pulimentada) para designar un nuevo periodo cultural siempre desde presupuestos evolucionistas. El s. XIX, etapa del nacimiento de la Prehistoria como disciplina independiente, dentro y fuera de nuestras fronteras, representa también el punto de partida de las investigaciones en nuestra Península. De todos es sabido que la obra de D. Manuel de Góngora (1868) supone la primera publicación sobre un yacimiento, la cueva de Los Murciélagos de Albuñol, controvertido por las circunstancias del hallazgo y desde luego por su cronología, pero ya, al menos en parte, perteneciente a una etapa neolítica. Dos años más tarde se unirá a ésta la de la Cueva de la Mujer (Mc Pherson, 1870). Sin embargo y como es lógico, será preciso esperar (aunque no excesivamente) para contar con las primeras sistematizaciones, habida cuenta de la escasez de datos, de la poca fiabilidad de las cronologías y de la ausencia de un marco global donde encuadrar los restos existentes.

No obstante, a finales de ese siglo, aparece ya la primera en la que se pone en evidencia la indefinición de este momento/proceso (y de otros) en las obras de Siret (1892 y 1893). Este autor establece tres horizontes para el Neolítico que se inician en el Paleolítico (Neolítico antiguo), continúan con un Neolítico medio en el que se produce la aparición de la cerámica, la piedra pulimentada, los cereales y el primer conocimiento del metal, representado en Los Murciélagos de Albuñol, diferenciándose posteriormente unas etapas intermedias con interferencias de éste y del posterior y finalizando con un Neolítico reciente con industria de sílex y metalurgia. Más tarde, estas etapas se verán reducidas a dos, ejemplificadas en El Garcel la primera y en Los Millares la segunda.

En otro orden de cosas, es interesante resaltar que estos primeros estudiosos proceden de otros campos del saber lo que resulta una constante en la Prehistoria desde su mismo nacimiento.

A partir de los inicios de nuestro siglo, se van configurando diversos horizontes caracterizados por la aparición de sucesivas «innovaciones» y por el establecimiento de fósiles-directores (la cerámica impresa cardial, por ejemplo)(Colominas, 1925), hallados en yacimientos que aún hoy son emblemáticos, como sucederá en la excavación de la Cova de la Sarsa por Ponsell hacia 1928 (Martí, 1985, 56) o en la localización y primeros trabajos en

Cova de l'Or, por Pardo en 1934 y 1936, entre otros (Martí, 1977, 9-10).

Nos hallamos en esa etapa de la investigación prehistórica que G. Daniel (1977) señala como la de la recogida de datos, la aplicación de la excavación sistemática, la catalogación de los materiales desde el punto de vista tipológico y, podríamos añadir, el tratamiento particularista de los mismos, así como el difusionismo como explicación prácticamente única. Forzosamente, se evidencia una imprecisión imputable a las condiciones mismas de la investigación y al propio concepto de Neolítico aún no identificado por el cambio en la economía, sino por la aparición de determinadas novedades tecnológicas: la cerámica y el pulimento de la piedra, lo que conduce, en ocasiones, a considerar neolíticos a grupos que no lo son.

Estos trabajos se llevan a cabo ya por investigadores que ocupan cátedras universitarias de disciplinas concernientes a los estudios del pasado. En otras palabras, la profesionalización de la investigación es un hecho, aunque estos estudiosos trabajen de forma paralela a otros procedentes de campos distintos de la ciencia.

Durante los años veinte y treinta las sistematizaciones se dividen entre el establecimiento de periodos que se correlacionan con culturas concretas o de círculos culturales que pueden o no ser sucesivos, lo que concuerda con lo defendido por determinadas escuelas europeas, principalmente la histórico-cultural de Viena. Sería el caso de la definición de una «cultura de las cuevas» de amplia distribución, de la de Almería (considerada entonces el origen de la catalana de los sepulcros de fosa), para un segundo momento neolítico, de la «cultura pirenaica» y de la megalítica portuguesa (Bosch Gimpera, 1932 y Pericot, 1934).

En los años cuarenta y aún después se impone una división tripartita del Neolítico peninsular (Martínez Santa Olalla, 1941, San Valero, 1946, Pericot, 1950, etc.). El Neolítico antiguo, identificado con el Mesolítico, se ve seguido por uno reciente subdividido en hispanomauritano e ibero-sahariano, términos que delatan la sobrevaloración del camino de llegada norteafricano y de las relaciones con la margen meridional del Mediterráneo. Seguramente, la presencia española en Marruecos no es ajena a este hecho, que lleva además como una consecuencia a considerar Egipto como el foco originario, lo que se pone de manifiesto incluso en obras de los años 60 (Muñoz, 1965). Posteriormente, el segundo de los autores citados (San Valero, 1954), la reduce a dos: un Neolítico I equivalente al hispanomauritano, con origen norteafricano, en el que se pueden distinguir dos momentos según esté ausente o no la cerámica cardial, y un Neolítico II similar, pero con abundantes influencias orientales.

Curiosamente, A. del Castillo (1947), aborda el estudio del Neolítico peninsular como un bloque, ya que en su opinión no se puede distinguir un Neolítico puro, dividido en tres círculos culturales: cultura de las cuevas, megalítica y de Almería. El término utilizado por dicho investigador (y no será el único): Neoeneolítico, demuestra lo dicho y no permite mayores matizaciones. No obstante, esta división en círculos culturales romperá de algún modo, aunque por poco tiempo, con las secuencias evolucionistas que después continúan presentes en la investigación.

Sin embargo, algo está cambiando aunque sea lentamente y ya autores como Martínez Santa Olalla (1946) señalan la conveniencia de los estudios económicos y sociales, al tiempo que otros investigadores comienzan a establecer matices en ciertos grupos peninsulares: «Neolítico inicial de montaña» (Jordá y Alcacer, 1948) o «Neolítico marginal de montaña» (San Valero, 1950), ambos en la zona levantina. Estas consideraciones suponen también una ruptura con periodizaciones evolucionistas, valorando la diversidad apreciable entre grupos contemporáneos y teniendo en cuenta el concepto de cultura como caracterizadora de grupos distintos. Del mismo modo, otras tradiciones como la de la cerámica a la almagra (Martínez Santa Olalla, 1948), empiezan a diferenciarse en el Neolítico peninsular.

Cabe señalar en este punto como en los años posteriores a la II.ª Guerra Mundial se identifican en el Próximo Oriente primero y en el Egeo después las primeras culturas precerámicas que posibilitarán el vuelco experimentado por el propio concepto de Neolítico. Sin embargo, no será tan rápida ni tan sencilla la introducción de esta nueva óptica a pesar de que autores como J. San Valero (1948) valoren ya la conveniencia de los estudios de carácter económico.

En los años cincuenta la actividad se intensifica en España y Portugal (Rusell Cortez, 1953) y se comienza a detectar esa dualidad defendida por numerosos autores para el área levantina (Fletcher, 1956). En el vecino país, Rusell Cortez (1953) defiende que la transición Mesolítico-Neolítico se opera en los concheros, evidenciándose una fase protoneolítica al final de Muge. Los neolíticos se instalarán en las márgenes de los ríos y zonas altas de fácil defensa del interior, desarrollándose entre el Tajo y el Duero una cultura agrícola y otra pastoril de constructores de megalitos. Por su parte, D. Fletcher (1956), señala una facies en la zona costera levantina con cerámica cardial pero sin sílex geométricos en la industria lítica, otra en la montaña del interior con sílex geométricos y cerámica incisa, probablemente con un origen distinto y, finalmente, en la zona intermedia (Sarsa y Or) una tercera con cerámica cardial y sílex geométricos. Con ello se sientan las bases del modelo desarrollado posteriormente.

Buena prueba del importante volumen de datos acumulado por las investigaciones hasta ese momento es la celebración del I Symposium de Prehistoria Peninsular que permite la revisión de conceptos e incluso la elaboración de síntesis sobre aspectos concretos. Un ejemplo será el rechazo al origen almeriense de los sepulcros de fosa catalanes que se relacionarán en adelante con el Neolítico occidental (Tarradell, 1960), así como al término Neoeneolítico.

Al finalizar esta etapa únicamente se reconoce una personalidad definida al Neolítico de las cerámicas impresas cardiales, el más antiguo, a la cultura de Almería y a la de los sepulcros de fosa catalanes, ambas posteriores.

En los años sesenta, sobre la base establecida por los distintos investigadores que hemos ido citando, se con-

templan nuevas posibilidades que cabe atribuir a la irrupción con fuerza y por vez primera del marco auxiliar. Se aplican ahora nuevos métodos procedentes en muchos casos de otros campos de la ciencia, lo mismo que, en su momento, fueron especialistas de otras especialidades (naturalistas sobre todo), quienes posibilitaron la aparición de la Prehistoria como disciplina científica. Podría destacarse en este sentido el primer estudio de cereales procedentes de Cova de l'Or, así como las primeras dataciones radiocarbónicas obtenidas a partir de los mismos para una cultura neolítica (Hopf, 1966 y Schubart, 1965).

La primera valoración de un Neolítico andaluz con personalidad propia se debe a A. Arribas (1961), quien lo sitúa entre el de la cerámica impresa y los sepulcros de fosa, polarizándose ya definitivamente la investigación en torno a ciertas áreas (Cataluña, País Valenciano, Andalucía y Portugal) y quedando un tanto relegadas otras como la Meseta.

Durante una determinada época se defendió la existencia de una fase anterior a la de la cerámica impresa cardial, caracterizada por las cerámicas lisas. Así, M. Tarradell (1963) planteaba sus dudas sobre la posibilidad de atribuir el panorama que se ofrece en la cueva de Cocina o en el covacho de LLatas, bien a este hecho o bien al desarrollo de un fenómeno marginal arcaizante, como ya había sido puesto de manifiesto con anterioridad. Posteriormente, a su juicio, aparecería la cerámica impresa cardial para la que se descartaba el camino norteafricano, desembocando directamente en el Eneolítico, sin que pudiera identificarse en la zona levantina una segunda etapa neolítica.

Así pues, mientras las periodizaciones generales se difuminan de algún modo, excepción hecha de los siete círculos culturales peninsulares que establece M. Pellicer (1967) o de la división bipartita que defiende M. Almagro (1966), consistente en un Neolítico I (de cerámica impresa y cardial asentado en zonas costeras y originario de Siria y Palestina) y un Neolítico II o cultura de Almería (con cerámica lisa, propio de agricultores, ubicado en Levante aunque penetra igualmente en el interior y cuyo origen se sitúa en Egipto), se inicia la definición de horizontes diversos en las diferentes zonas ya señaladas, originándose así sistematizaciones localmente más restringidas, pero también más ajustadas (Tarradell, 1962, Pellicer, 1963 y 1964, Muñoz, 1963, 1965 y 1966 y Leisner, 1967). Sin embargo, cabe señalar como el Neolítico de la cerámica impresa cardial presenta una considerable amplitud en su distribución, incluso extrapeninsular (Pellicer, 1964), con lo que hasta cierto punto se pierde la perspectiva más general que andando el tiempo se comprobará para periodos o evoluciones posteriores. Aquí cabría destacar las sucesivas aportaciones de la Dra. Muñoz. Además de su estudio, aún hoy de referencia sobre la cultura catalana de los sepulcros de fosa (1965), previamente había precisado los horizontes más significativos del Neolítico catalán (1963), dentro de una explicación difusionista. Poco tiempo más tarde, la misma autora acometía la revisión de los materiales supuestamente neolíticos del País Vasco obteniendo conclusiones no demasiado alentadoras. La indefinición, debida sobre todo a la carencia de estudios sobre este área era evidente. A ello habría que unir la debilidad de los datos procedentes de las estratigrafías.

Poco después, V. Leisner (1967) establece tres fases para el Neolítico portugués cuyas caracteristicas son las siguientes. La Ia correspondería a la cerámica cardial.

La Ib vendría definida por las cerámicas estampilladas, incisas y acanaladas típicas de las cuevas, llegando hasta la aparición de los metales. La II (a y b) supone la identificación de las primeras etapas del megalitismo y se fecha en la primera mitad del IIIº milenio. La III (a y b) se desarrollaría a lo largo del mismo, deduciéndose la datación de la b por comparación con Los Millares.

Finaliza la década con el primer trabajo sobre el Neolítico y el Bronce planteado desde una perspectiva económica, elaborado por A. Arribas (1968). Este artículo, de alcance modesto debido a la escasez de datos que obligaba a tratar en una misma síntesis ambos periodos, supone, en mi opinión, la base de futuros estudios entre los que me atrevería a señalar los de quien escribe estas líneas (Rubio, 1974, 1982, 1986 I y II y 1988). A partir de esos momentos y en las décadas siguientes será preciso citar los trabajos que, afortunadamente, se irán haciendo habituales de especialistas como J. Altuna o más tarde A. Morales en el campo de la Arqueozoología y de P. López en el de los análisis polínicos y en el estudio de macrorrestos vegetales. Durante los setenta el interés por los aspectos económicos se generaliza, al tiempo que se pone de relieve la necesidad de valorar el sustrato de las diversas culturas y se plantean nuevos problemas como la elevada datación de Verdelpino (Muñoz, 1970 y 1976), que implicaba, en esos momentos, la consideración de dicho yacimiento como el de mayor antigüedad de la Península, completando la problemática su posición interior. Esta cuestión parece suficientemente clarificada hoy en día y, por lo mismo, ha perdido este carácter de yacimiento excepcional.

No obstante, algunas áreas continúan siendo estudiadas desde un punto de vista más tradicional, como es el caso de Portugal (Guilaine y Veiga Ferreira, 1970 o Farinha dos Santos, 1972). La investigación del vecino país ha estado dominada por la del fenómeno megalítico, pero también por cierta imprecisión que ha llevado a una amplia difusión del término pre-campaniforme, como por ejemplo en el caso del área madrileña. La primera de las publicaciones citadas señala, sin embargo, la existencia de diversos grupos, contemporáneos algunos en todo o en parte: yacimientos del Neolítico cardial; con cerámica cardial mezclada a restos más recientes (ambos con mayor antigüedad que el resto); con cerámica de las cuevas de tradición del Neolítico antiguo; reocupaciones eventuales de los grupos megalíticos (ambos dentro de un posible Neolítico medio quizá con paralelos en el Epicardial) y estaciones al aire libre de la región de Porto, citadas como complemento habida cuenta de que su cronología es muy discutida. Se evidencia la imposibilidad de establecer secuencias ajustadas ante la ausencia de estratigrafías fiables.

La publicación de yacimientos considerados clave van dando paso a sistematizaciones un tanto localistas y a la ca-

racterización de horizontes y facies con denominaciones excesivamente concretas, como es el caso de la Balma de Montbolo (Guilaine, 1974) que justificará según su autor la reestructuración del Neolítico catalán. Con posterioridad al Neolítico antiguo cardial se introducirá un nuevo grupo cultural correspondiente a un Neolítico antiguo evolucionado o medio primitivo: el de Montbolo, fechado en el 4500 a.C. en este yacimiento, al tiempo que se incluyen los sepulcros de fosa en el Neolítico medio y principios del reciente, ya que el final se halla representado por el denominado grupo de Veraza (2400-1800 a.C.). El Calcolítico estará caracterizado por la facies pirenaica del vaso campaniforme.

Por otro lado pero dentro de la misma línea, el yacimiento de Zuheros resulta capital para el establecimiento de la cronología de la cerámica a la almagra (Muñoz, 1974 y Vicent y Muñoz, 1973) que se extenderá entre los últimos siglos del V° milenio y el IV° y tendrá como fecha más reciente la obtenida en Nerja (3115+40 a.C.)(Hopf y Pellicer, 1970).

La obra de J. Fortea (1973) resulta clave en el estudio de la vertiente mediterránea dando origen al patrón en principio tripartito y después dual que se defiende para esa zona incluso en la actualidad. Pueden verse resumidos en el cuadro adjunto (I) los horizontes establecidos por él y posteriormente también por B. Martí (1978), siguiendo el mismo esquema. No todos los autores están de acuerdo, sin embargo, con esta visión que, no obstante es la comunmente aceptada.

CUADRO I

Fortea (1973)	**Martí (1978)**
Triple base de la neolitización: –perduraciones del *epipaleolítico microlaminar tipo Mallaetes.* No se modifica con la llegada de nuevas corrientes, puede fundirse con el geométrico. –últimas fases del *Epipaleolítico geométrico* (trapezoidal) que suponen una neolitización paulatina y efectiva. –los recién llegados *neolíticos cardiales* con agricultura, ganadería, barroquismo cerámico y elementos «puros» y adosados en la industria lítica (Or y Sarsa).	–yacimientos cuya base industrial no se altera con las nuevas corrientes. Máximo esplendor del Epigravetiense. –progresiva neolitización del *Epipaleolítico geométrico* (Cocina III y IV=cardial y momentos posteriores). *–neolítico en sentido estricto* (Or y Sarsa). «puro», con cerámica cardial, sincrónico al anterior en su evolución.

Como otras novedades puede señalarse la proliferación de sistematizaciones elaboradas para las diversas áreas. En relación con el cuadro anterior, sería preciso citar la secuencia que B. Martí (1978) había estructurado para el Neolítico valenciano y que constaba de dos momentos principales: un Neolítico tipo Or de cerámica impresa cardial, fechado en la primera mitad del V° milenio y un Neolítico tipo Fosca, caracterizado por otras decoraciones cerámicas, datado entre finales del V° milenio y finales del IV°, situándose la transición al Eneolítico en la primera mitad del III° milenio.

Del mismo modo, encontramos por primera vez una sistematización de los datos del País Vasco (Apellániz, 1973 a y b y 1974), en la que se distinguen dos grupos con una evolución diferenciada. El de Santimamiñe que se sitúa en la montaña y la costa, con variantes locales, acerámicos en Kobeaga II y Arenaza I (niveles II y III), y datado en torno al 3800 a.C. Se documenta la ganadería y se considera anterior a lo megalítico y relacionado con el cardial mediterráneo. Los Husos se desarrolla en la zona de llanada o valle del sur llegando hasta la fosa del Ebro. Su inicio se documenta en el Montico de Charratu (III y IV), considerándose el 3000 a.C. la datación adecuada para ese momento, paralelo al Neolítico de los sepulcros de fosa. Se conoce el pulimento de la piedra y también la ganadería. Más tarde se aprecian otras peculiaridades en Navarra.

La publicación de Mª S. Navarrete (1976) sobre Andalucía oriental supone un notable esfuerzo y la distinción de un Neolítico antiguo, otro medio y otro final, basándose en la estratigrafía de Carigüela. El Neolítico inicial de Nerja correspondería a un momento avanzado de Carigüela y el grueso de los yacimientos al medio-final de la cueva granadina, pudiendo darse cuando otras áreas se hallen ya en la Edad del Cobre. Esta visión se verá complementada para sus fases finales con la estratigrafía del poblado de Los Castillejos de Montefrío (Arribas y Molina, 1979).

Otras dos regiones se incorporan también al cuerpo de datos existente: la aragonesa que sigue la sistematización de la catalana y de la valenciana y la meseteña con datos aislados y distantes (Cueva de la Vaquera y Verdelpino)(Zamora, 1976 y Fernández Miranda y Moure, 1975 y Moure y Fernández Miranda, 1977).

En Portugal, en torno a Figueira da Foz, se distinguen dos fases en el seno de un Neolítico con cerámicas impresas de tradición circummediterránea (Oliveira, 1979).

No es posible documentar en esta etapa de la investigación una sistematización general del Neolítico peninsular como en décadas anteriores. Probablemente será difícil encontrarla en adelante, habida cuenta de la diversidad regional cada vez más evidente y de la heterogeneidad de los datos. No hay, por otro lado, un equilibrio en los estudios de las diversas zonas por lo que algunas estarán sobrerrepresentadas, así como algunos yacimientos o determinados horizontes. Cabría señalar, en todo caso, el planteamiento de una sistematización publicada por Mª D. Asquerino (1977), basada en los aspectos económicos que habría de ser complementada con otra cimentada en los restos materiales. Este intere-

sante proyecto no tenía en esos momentos los datos necesarios para proporcionar una secuencia fiable y, por otra parte, los actuales impedirían mantenerla ahora. Sin embargo, me parece de interés destacar la definición que esta autora hace del Neolítico inicial como «la cultura que representa el primer momento de la economía productora con límites cronológicos amplios, dependientes del momento de recepción de los nuevos modos de vida, especialmente los factores económicos determinantes del periodo con o sin cerámica», buena prueba de la repercusión que tiene sobre algunos autores el nuevo concepto de Neolítico. No obstante, se pone de manifiesto también que la difusión sigue siendo la explicación adoptada para la neolitización y que aún no se la contempla realmente como un proceso al identificarla claramente con una etapa cultural. La sistematización es la siguiente:

Factores Económicos	Factores Culturales
A: Preproductora, Protoneolítica B: Productora primaria, Neolítico inicial C: Productora en Desarrollo, Neolítico final D: Productora desarrollada, Eneolítico inicial	**Precardial** (anterior) = Neolítico inicial **Cardial I** (comienzos) = Neolítico medio **Cardial II - III** (evolución) = Neolítico final (II) **Eneolítico inicial** (III) **Epicardial** (decadencia o desaparición

Los factores culturales aludidos tendrían su principal reflejo en la zona mediterránea y su correspondencia en estratos de yacimientos concretos (Bauma de l'Espluga, Font Major, Carigüela, Cocina o Mallaetes, entre otros).

En los años ochenta y en los de la década actual los estudio sobre el Neolítico han experimentado un auge importante. Buena prueba de ello es la celebración en marzo del presente año 1995 del I Congreso del Neolítico en la Península Ibérica en Gavá-Bellaterra (Barcelona) y la futura (abril de 1996) de otro sobre el Neolítico atlántico y los orígenes del megalitismo en Santiago de Compostela (La Coruña).

La multiplicación de análisis y de procedimientos realmente novedosos, así como también la distinta forma de abordar las investigaciones desde planteamientos teórico-metodológicos e interpretativos nuevos, en parte desligados de explicaciones anteriores aunque no siempre, serían las características más destacadas de estos años. La diversificación sería otra más a añadir a las ya señaladas.

Algunos trabajos estarán dedicados a la recogida e interpretación de datos paleoeconómicos. Es preciso reconocer que en principio con un alcance menor de lo que posteriormente se observa, pero dentro de las corrientes que llegaban a nuestra Península con un cierto retraso (como por ejemplo las emanadas del proyecto de Historia Antigua de la Agricultura de Cambridge). Cabe citar igualmente los estudios de J.M. Vicent (1989) inmersos en los enfoques teórico-metodologicos relacionados con las perspectivas de carácter antropológico que paulatinamente se iban introduciendo en nuestro país y que, en el caso citado, suponen un giro en la interpretación de la neolitización peninsular.

Paralelamente, otros se dedicarán a la obtención de secuencias culturales y cronologías absolutas, con planteamientos más o menos tradicionales. Sin embargo, el debate de fondo seguirá centrado en el orígen del Neolítico peninsular con especial hincapié en la aculturación considerada como explicación más adecuada a los datos del registro arqueológico.

Por otra parte, en 1988 se publica una primera obra de conjunto sobre el Neolítico español con P. López como coordinadora (1988), en la que se plantea un estudio de cada zona (incluida la gallega hasta entonces inédita para los estudios sobre el Neolítico)(Vázquez Varela, 1988), a excepción de algún capítulo sobre aspectos de conjunto (teorías, historia de las investigaciones y economía). Es una buena prueba, por un lado, de la riqueza de datos existente en determinadas áreas y, por otro, de la dificultad presente a la hora de abordar una síntesis desde una perspectiva global.

Ya en los noventa, la profundización en los problemas señalados anteriormente unida al influjo cada vez más poderoso de teorías y enfoques antropológicos, darán paso a nuevos conceptos (primeras sociedades agrícolas interpretadas a la luz de lo conocido sobre comunidades situadas al margen de la sociedad industrializada), diferentes acercamientos e interpretaciones. Será entonces también cuando se planteen Proyectos de Investigación subvencionados por las instituciones destinadas a resolver los problemas que plantea la neolitización peninsular (un buen ejemplo es el de Zuheros con B. Gavilán como investigadora principal). Distintos grupos de trabajo de las diversas Autonomías peninsulares y de Portugal han contribuído a configurar un panorama ciertamente diversificado. Así, además de los procedimientos analíticos citados, se encuentra en obras más recientes que parten de otros presupuestos o revisan con distinto enfoque interpretaciones existentes, la vuelta, en realidad, a teorías explicativas ya antiguas (la difusión, por ejemplo)(Bernabéu, Badal y Aura, 1993). Pero también es posible hallar propuestas alternativas que intentan proporcionar modelos acordes con la Antropología o incluso la Etnoarqueología, así como dotar a este fenómeno, que no etapa cultural, de un contenido teórico consistente.

En este momento, disponemos de secuencias bastante detalladas para las zonas mejor estudiadas que suelen ser las mismas desde los inicios de la investigación, mientras que en otras será preciso aguardar aún para obtener los mismos resultados. Así, las sistematizaciones más recientes son las que a continuación se detallan.

En Cataluña, donde ya desde los años setenta se había iniciado la elaboración de secuencias pormenorizadas, las novedades se refieren a los matices establecidos para el

Neolítico medio, entre los que cabría destacar los primeros indicios del fenómeno megalítico. Se distinguen pues los siguientes horizontes:

–*Neolítico antiguo de cerámica impresa cardial* (5000-4000 b.c.).

–*Neolítico antiguo final* (finales del V° y primera mitad del IV° milenio).

–*Epicardial* (4200-3900 b.c.).

–*Postcardial Montbolo* (3900-3600 b.c. o hasta 3300 b.c.).

–*Neolítico medio*: sepulcros de fosa (3200-2800 b.c.)

- facies Madurell (fines del IV° y principios del III°).
- facies del Solsonés.
- facies del Empordanés (3500-2500 b.c.).

–*Neolítico reciente*: grupo de Veraza (2500-2200b.c.).

La aparición de la metalurgia y el campaniforme servirían para determinar la aparición del Calcolítico antiguo en Cataluña (Martín, 1992a y b).

Aragón aparece directamente entroncado con esta sistematización, ya que se documentan hallazgos cardiales y epicardiales, siendo más difícil encajar los momentos avanzados del Neolítico (los sepulcros de Mina Vallfera parecen apuntar una cierta presencia de los sepulcros de fosa). La existencia de nuevos e interesantes datos permite, aún con ciertas lagunas, elaborar ya alguna secuencia. V. Baldellou (1989) propone la siguiente:

–*Neolítico antiguo* (5000-4000 a.C.):

-1ª fase o Cardial pleno (5000-4400 a.C., documentada en Chaves, Cueva del Moro, Botiquería, Costalena y El Pontet).

-2ª fase o Cardial final (4400-4000 a.C., documentada en Chaves).

–*Neolítico medio* (4000-3500 a.C.):

-3ª fase o Epicardial (Espluga de la Puyascada, Cueva de la Miranda, del Forcón, Abrigo del Huerto Raso, una de las cuevas del conjunto de la Gabasa, los poblados de Alonso Norte y El Torrollón).

–*Neolítico reciente* (3500-2500 a.C., documentado en Los Ramos, nivel b de El Pontet y las sepulturas de la Mina Vallfera y Riols I).

En el área levantina se distinguen una serie de horizontes en los que se presenta alguna dificultad para encajar los hallazgos de Castellón (Cova Fosca, fundamentalmente)(Olaria, 1988). Siendo esta zona una de las tradicionalmente más estudiadas y con un mayor volumen de datos, es posible señalar la existencia de secuencias considerablemente matizadas. B. Martí en unión de J. Juán-Cabanilles (1989) ha ampliado la primitiva periodización que proponía para el País Valenciano y que puede verse en el cuadro siguiente (II), comparándola con otra posterior elaborada fundamentalmente por J. Bernabéu (Bernabéu y Martí, 1992):

Son varias las periodizaciones que J. Bernabéu ha venido estableciendo en distintas publicaciones, viéndose modificadas por él mismo debido, seguramente, a la dinámica de la investigación y el carácter de los hallazgos. Hemos elegido ésta por ser una de las más recientes que no se ha visto prácticamente alterada después.

Andalucía presenta una gran dificultad a la hora de ofrecer una sistematización coherente. Las nuevas cronologías y los testimonios arqueológicos dados a conocer más recientemente no permiten, por desgracia, elaborar una síntesis global. Quizá no fuera mala idea volver a establecer diversos círculos o áreas de distribución de determinados rasgos culturales en la línea señalada por M. Pellicer, excelente conocedor de la problemática. De entrada la división en Neolítico oriental y occidental parece necesaria, debiendo además valorarse los yacimientos onubenses como un conjunto distinto entroncado con el Alentejo portugués. M. Pellicer y P. Acosta (1982) habían planteado la existencia de un Neolítico autóctono en Sierra Morena independiente de cualquier círculo europeo, asiático o africano, siendo posterior el levantino, si se tienen en cuenta las cronologías obtenidas para La Dehesilla, Cueva Chica de Santiago y del Parralejo (VI.° milenio).

En todo caso, M.ª D. Asquerino (1987) ha propuesto la siguiente secuencia:

- *Neolítico inicial*, con comienzo en el VI.° milenio con cerámicas de variada decoración y lisas. El de cerámica cardial sería más moderno que éste.

CUADRO II

Martí y Juan-Cabanilles (1989)	**Bernabéu y Martí (1992)**
–*Neolítico antiguo* (V° milenio): –fase Cardial –fase Epicardial –*Neolítico medio:* desaparición del cardial (Cova Fosca)/cerámica peinada predominante al final del periodo. –*Neolítico final* (3500 en adelante) - cerámica esgrafiada –I: nivel III de Les Cendres (3400-2800/27-- a.C.). –II: fase I de la Ereta del Pedregal hasta mediados del IIIer milenio	–*Horizonte cardial:* –IA1: Or VI y Cendres X –IA2: Or V –*Horizonte inciso-impresas:* (Or IV, Cendres VIII y VIIIb) –IB1 –IB2 –*IC:* cerámicas peinadas (Les Cendres VIIb). –IIA: cerámicas esgrafiadas Cendres, Or y En Pardo) (=Neolítico final I). –*Pre-campaniforme* (=Neolítico final y Eneolítico inicial) –IIB1 o fase Ereta I (Cendres H.6) (2800-2500 a.C). –IIB2 o fase Ereta II (Cendres H.5) (ca. 2500-2220/100).

- *Neolítico medio*. en la mitad del V.º milenio con auge de la cerámica a la almagra y presencia de otras decoraciones.

- *Neolítico reciente*. a partir del IV.º milenio. en el que la almagra experimenta un descenso en calidad. mientras que ascienden las impresas e incisas. La cardial es escasa en este momento y se documenta la presencia de las pintadas y peinadas.

- *Neolítico final*. en el que la almagra poco importante. hay un aumento de la no decorada. continuando incisas e impresas aunque en bajo número. Se señala su evolucion hacia y dentro del Calcolítico.

Murcia ha proporcionado restos de un Neolítico que se entreveía ya desde los primeros trabajos del s. XIX. Se constata allí la escasez de un Neolítico antiguo cardial. pero también la presencia de otras cerámicas impresas e incisas. incluso peinadas y lisas. siendo imposible ofrecer una periodización matizada por el momento. aunque se distingan características diferentes en la costa y en el interior (Martínez. 1988).

Los numerosos estudios llevados a cabo recientemente en el País Vasco y. como consecuencia. el elevado volumen de testimonios arqueológicos permiten ofrecer un panorama sumamente enriquecedor frente a situaciones anteriores. La sistematización de los datos ha evolucionado de tal modo que es posible contar incluso con varias propuestas. alguna de ellas de una gran actualidad. A. Cava (1990). por ejemplo. ha establecido una secuencia diferente a la clásica. gracias a la excavación de nuevos yacimientos que permiten tener otra visión del proceso mismo de la neolitización.

- Se documenta una primera fase del Neolítico a partir de mediados del V.º milenio (Zatoya. Kobeaga. Fuente Hoz y Abauntz) con cerámica y pulimento de la piedra. así como contactos con el Mediterráneo (presencia de cardial en Peña Larga. Alava).

- Con posterioridad. se define un Neolítico avanzado similar en sus características al anterior (Fuente Hoz I y Abauntz b+ y posiblemente en algún otro yacimiento como Padre Areso II. La Peña d. Marizulo I y Arenaza IC). fechado en la segunda mitad del IV.º milenio. Se generaliza la presencia de animales domésticos. En un momento de esta etapa (último tercio del IV.º milenio) se introduce el fenómeno megalítico.

Los datos de Navarra permiten hacer una serie de precisiones a estas secuencias. En este sentido. Mª Amor Beguiristain (1993) intentó ajustarlos a una división tripartita. clásica. que se resumiría de la siguiente manera:

1.- *Neolítico antiguo* o Neolítico con cerámica (hasta el 3800 a.C.). documentado en estaciones de montaña o en desfiladeros pequeños de zonas escarpadas. no lejos de ríos (Zatoya. Abauntz. Padre Areso y La Peña). Son cazadores-recolectores.

2.- *Neolítico medio* (3800-2800 a.C.). en el que salvo en dos yacimientos. continúa el hábitat al aire libre en zonas de montaña (Urbasa) y zonas de altura media. Son depredadores con domesticación de animales.

3.- *Neolítico final* o Eneolítico antiguo precampaniforme (2800-2000 0 1970 a.C.). en el que se generaliza el hábitat al aire libre. pero se ocupan covachos con fines funerarios y se construyen los primeros dólmenes. Es importante la ganadería y se cultivan los primeros cereales.

J. García (1993). por su parte. ha propuesto un modelo de explicación para la neolitización del País Vasco que sigue las fases establecidas por Zvelebil y Rowley-Conwy (1986):

- *Fase de disponibilidad* (I): son los cazadores-recolectores del Epipaleolítico reciente o geométrico. de carácter mediterráneo. Se desarrolla entre el 6200 y el 4400 B.C.. Se documenta en Zatoya (1b). La Peña (d). Fuente Hoz (III). Aizpea (b). Padre Areso (IV) y Kobeaga (II).

- *Fase de adopción* (II): aparecen la cerámica y el retoque en doble bisel. Se desarrolla entre el 4400 y el 3400 B.C.. Se encuentra en Zatoya I. Fuente Hoz II. Padre Areso III. parte superior del nivel d de La Peña. parte superior del nivel b de Aizpea y IV de Peña Larga. Seguramente procede de la zona baja del valle del Ebro.

- *Fase de sustitución* (III): Ahora se produce paulatinamente el paso de unas economías depredadoras a otras productoras. La ganadería parece la primera actividad documentada (ovicápridos) que refuerza la idea de mediterranización patente en el proceso. Hay también un buen número de ocupaciones al aire libre (La Renke o Herriko Barra). Igualmente. hay datos indirectos de agricultura (3400-2200 a.C.).

- *Fase de consolidación* (IV): ya se han adoptado los primeros sistemas productivos con una progresiva sedentarización pero también con fenómenos de nomadismo. Se desarrolla desde el 2200 al 1700 a.C.. es decir que. en otras áreas. llega hasta el Bronce antiguo.

P. Arias (1991). en un notable esfuerzo por sistematizar la neolitización de la región cantábrica. ha puesto de manifiesto como en ella se produjeron varios (tres como mínimo) procesos similares. paralelos e interrelacionados. Se definen. al menos. tres tradiciones culturales distintas: la derivada del Asturiense. la vinculada al Epipaleolítico geométrico del Cantábrico oriental. similares ambas. y el caso especial de Atxeta. Los contextos epipaleolíticos más avanzados estarán en torno al VII.º y V.º milenios calibrados.

- Los *neolíticos más antiguos* serían epipaleolíticos neolitizados (en Asturias y Cantábrico oriental. entre el Vº y IVº milenios cal.). que adoptaron novedades técnicas sin alterar las características fundamentales de su sistema cultural. Las innovaciones. producto de una aculturación. se hallarían en el valle del Ebro. Este primer momento comprendería:

- un Neolítico 1A con cerámicas impresas (4300-3900 B.C.) y

- un Neolítico IB con cerámicas lisas (3500-3300 B.C.).

- La *segunda etapa* vendría señalada por la introducción de los monumentos megalíticos. y estaría vinculada posiblemente. al menos en una fase inicial. a gentes de raíz epipaleolítica en el Cantábrico oriental. Su extensión se situaría aquí desde finales del Vº milenio a principios del IV.º milenio (cal.). mientras que en el occidental puede desarrollarse en la primera mitad del IV.º milenio (ca. 3000 B.C.).

- En tercer lugar. se definiría el *Neolítico final* o Calcolítico antiguo. en el III.º milenio B.C.. Una de las carac-

terísticas sería la aparición en la industria lítica de las puntas de retoque plano.

Portugal sigue planteando problemas a la hora de elaborar periodizaciones más o menos claras. La alta valoración del fenómeno megalítico, plenamente justificada, y seguramente la necesidad de considerar las acusadas variantes regionales son sin duda la causa. Sin embargo, especialmente las últimas publicadas, responden a enfoques interpretativos realmente actuales, radicalmente distintos de los estudios tradicionales que hemos venido mencionando.

En el Alentejo litoral portugués se han distinguido dos horizontes, ambos encuadrables en la segunda mitad del V.º milenio:

- **I**: correspondiente a una fase plena del Neolítico antiguo y con débil presencia de la cerámica cardial, representado en Vale Pincel I.

- **II**: se trata de una fase avanzada del Neolítico antiguo evolucionado, en la que aparecen las cerámicas impresas e incisas, representado en Salema y Vale Vistoso (Tavares y Soares, 1982).

A esta secuencia quedarían asimilados los yacimientos de Huelva (Piñón y Bueno, 1988).

Susana de Oliveira (1990) defiende que la neolitización de la zona atlántica se produjo en época ligeramente más tardía que en la mediterránea. El sistema productor se desarrolló primero en el litoral de la fachada atlántica y, en segundo lugar en las regiones interiores, a partir de mediados y probablemente a finales del V.º milenio a.C..

Durante la fase de consolidación del sistema agro-pastoril (3800/3700-2700/2500 a.C.), se distinguirían cuatro grandes regiones. Dentro de ellas se producirá una evolución cultural. En el transcurso de ésta se documenta la aparición del fenómeno megalítico. Con posterioridad a estas fechas se constata la jerarquización social y la metalurgia.

Por último y a pesar de la problemática planteada por los datos meseteños (escasez de estratigrafías, de dataciones absolutas, necesidad de recurrir a clasificaciones de materiales con criterios tipológicos, etc.), deben valorarse muy positivamente los intentos de periodización del Neolítico de este área.

Según la sistematización de V. Antona (1986) la secuencia cultural de la Meseta comprendería tres fases:

- una *antigua*, caracterizada por las cerámicas incisas y fechada en el 3700 a.C. (yacimientos en Madrid y Segovia), posterior a los impactos neolíticos de otras áreas.

- la *siguiente* (cuevas del norte de Burgos), de finales del IV^{o} milenio, vendría definida por la aparición del megalitismo en la fachada atlántica y

- la *final* (inicio de ocupación de algunos poblados de Madrid y sus alrededores), ve la llegada en un momento avanzado de materiales de Los Millares e, inmediatamente después, del campaniforme.

L. Municio (1988) plantea la posibilidad de un proceso evolutivo, rompiendo con la imagen de un bloque único para el Neolítico de la Meseta en el que es muy difícil distinguir con claridad diversos horizontes y sí una serie de características.

No cabe la menor duda, a la vista de la evolución que hemos expuesto, de que nos hallamos en un momento excelente de la investigación sobre el Neolítico peninsular. En algunas áreas cabría hablar incluso de una excesiva minuciosidad a la hora de definir horizontes. Sin embargo, es posible preguntarse si una concreción tal, incluso de términos y facies locales, no nos hacen perder de vista un tanto la problemática general. Explicaciones sobre la neolitización peninsular y su desarrollo como las ofrecidas por J.M. Vicent (1990), pongo por caso, requerirían una visión globalizadora de problemas y sobre todo de relaciones entre grupos. En mi caso, el estudio de la economía (Rubio, 1988) de las diversas comunidades que habitan la Península desde los inicios del V^{o} milenio y hasta fines del III^{o}, aproximadamente, aún considerando toda la variabilidad del registro o precisamente por éso, haría necesaria una perspectiva de conjunto de cara al esclarecimiento de determinados aspectos del proceso (o procesos).

Nada de esto implica un demérito, en modo alguno, a la labor minuciosa y concienzuda realizada. Pero, tanto los grupos de la cerámica cardial como los posteriores de cerámicas impresas, por lo menos, presentan una distribución en un amplio arco de la mitad occidental del Mediterráneo. Hay fundadas razones para suponer que las relaciones de diversa índole (de intercambio, simbólicas, etc.), parecen estar presentes entre ellos. ¿No sería pues un buen intento el tratar de integrar los estudios que se vienen realizando también bajo esta óptica?.

Tal como señalé al principio, estas páginas no pretenden ser más que una reflexión que, a menudo, he hecho personalmente y que, desde luego, requiere una discusión. Pero creo que pueden poner de relieve algo que es lo que verdaderamente importa: la existencia de un largo y fructífero camino recorrido por los investigadores del Neolítico peninsular, pero también la amplitud de horizontes que aún se ofrecen a todo aquel que desee incorporarse al estudio de tan interesante proceso.

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO, M., 1966: *Prehistoria. Manual de Historia Universal*. Tomo I. Espasa Calpe S.A., Madrid.

ANTONA, V., 1986: «Aproximación a la problemática del Neolítico de la Meseta: Una propuesta de secuencia cultural». *Wad-al-Hayara*, 13, 9-42.

APELLANIZ, J.Mª, 1973a: *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional. Munibe*, Sup. 1.

————, 1973b: «El grupo de Santimamiñe durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco». *Munibe*, XXV, fases. 2-4, 217-227.

————, 1974: «El grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica en el País Vasco». *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7.

ARIAS, P., 1991: *De cazadores a campesinos. La transición al Neolítico en la región cantábrica*. Universidad de Cantabria.

ARRIBAS, A., 1961: «Le Néolithique de la Peninsule Iberique». *L'Europe à la fin de l'âge de la pierre*. (Praga, 1959), 489-492.

————, 1968: «Las bases económicas del Neolítico al Bronce». *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Ed. Vicens Vives, Barcelona, 33-60.

————— y MOLINA, F., 1979: *El poblado de Los Castillejos en Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Cuadernos de Prehistoria de Granada*. Monografía, 3.

ASQUERINO, Mª D., 1977: «Notas sobre la periodización del Neolítico español: el proceso de neolitización y el horizonte cardial». *XIV C.A.N. (Vitoria, 1975)*, 231-240.

————————, 1987: «El Neolítico en Andalucía. Estado actual de su conocimiento». *Trabajos de Prehistoria*, 44, 63-85.

BALDELLOU, V., 1989: *El Neolítico Antiguo en Aragón*, en BALDELLOU, V. et alii. *El Neolítico antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia*. Diputación de Huesca. Cap. III, 15-20.

BEGUIRISTAIN, Mª A., 1993: «Notas sobre el Neolítico en Navarra». *Actes du XIIe Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques.* Bratislava (1-7 sept. 1991). vol. 2. 446-449.
BERNABEU, J., 1988: «El Neolítico en las comarcas meridionales del País Valenciano», en LOPEZ, P. (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. 131-166.
————. 1989: *La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica.* S.I.P., Valencia.
———— y MARTI, B., 1992: «El País Valenciano de la aparición del Neolítico al horizonte campaniforme». *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria. Homenaje al Prof. Maluquer.* Zaragoza. 213-234.
————. AURA, J.E. y BADAL, E., 1993: *Al oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas de la Europa mediterránea.* Ed. Síntesis. Madrid.
BOSCH GIMPERA, P., 1932: *Etnología de la Península Ibérica.* Ed. Alpha. Barcelona.
CASTILLO, A. del, 1947: «Neoeneolítico». MENENDEZ PIDAL, R. (Dir.). *Historia de España.* Tomo I, vol. I, 489-714.
CAVA, A., 1990: «El Neolítico en el País Vasco». *Munibe.* 42. San Sebastián. 97-106.
COLOMINAS, J., 1925: *La Prehistoria de Montserrat.*
DANIEL, G., 1977: *El concepto de Prehistoria.* Ed. Lábor. Barcelona.
FARINHA DOS SANTOS, M., 1972: *Pré-historia de Portugal.* Ed. Verbo. Lisboa.
FERNANDEZ MIRANDA, M. y MOURE, A., 1975: «El abrigo de Verdelpino (Cuenca): un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica». *Noticiario Arqueológico Hispánico.* 13-14. Madrid. 190-235.
FLETCHER, D., 1956: «La doble faceta del neolítico hispano-mauritano en la región valenciana». *C.I.C.P.P.* (Madrid. 1954). Madrid. 415-417.
FORTEA, J., 1973: *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico Mediterráneo Español.* Salamanca.
GARCIA, J., 1993: «Problemática de la reconstrucción del poblamiento en el País Vasco: Un enfoque interdisciplinar». *Illuznar* 94. Guernica. 87-99.
GAVILAN, B., 1987: *El Neolítico en el sur de Córdoba. Análisis sistemático de las primeras culturas productoras. Anexos de Estudios de Prehistoria Cordobesa.* Universidad de Córdoba.
GONGORA, M., 1868: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía.* Madrid.
GUILAINE, J., 1974: *La balma de Montbolo et le néolithique de l'occident méditerranéen.* Toulouse.
———— y VEIGA FERREIRA, O. da, 1970: «Le Néolithique ancien au Portugal». *Bull. de la Soc. Préh. Fran.*, 67. 363-372.
HOPF, M., 1966: «Triticum monococcum L. y Triticum dicoccum Schübl en el Neolítico antiguo español». *Archivo de Prehistoria Levantina.* XI. 53-73.
———— y PELLICER, M., 1970: «Neolithische Getreidefunde in der Höhle von Nerja (Málaga)». *Madrider Mitteilungen.* II. 18-34.
JORDA, F. y ALCACER, J., 1948: *La coracha de Llatas (Andilla).* S.I.P., Valencia.
LEISNER, V., 1967: «Die Verschiedenen Phasen des Neolithikums im Portugal». *Palaeohistoria.* XII. Groningen. 363-372.
LOPEZ, P., (Coord.): 1988: *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid.
————. 1988: «Historia de las investigaciones en torno al orígen del Neolítico español», en LOPEZ, P. (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid. 59-64.
MARTI, B., 1977: *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante).* vol. I. S.I.P., nº 51. Valencia.
————. 1978: «El Neolítico de la Península Ibérica». *Saguntum.* 13. 59-98.
————. 1985: «Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas: Historia de la investigación, estado actual de los problemas y perspectivas». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas.* Anejo a *Lucentum.* Universidad de Alicante. 53-84.
———— y JUAN-CABANILLES, J., 1989: «El Neolítico Antiguo en el País Valenciano», en BALDELLOU, V. et alii. *El Neolítico antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia.* Diputación de Huesca. Cap. IV. 27-33.
MARTIN, A., 1992a: «Dinámica del Neolítico Antiguo y Medio en Cataluña». *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria. Homenaje al Prof. Maluquer.* Zaragoza. 319-333.
————. 1992b: «Estrategia y culturas del Neolítico final y Calcolítico en Cataluña». *Aragón/litoral mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria. Homenaje al Prof. Maluquer.* Zaragoza. 389-397.
MARTINEZ, C., 1988: «El Neolítico en Murcia». LOPEZ, P. (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid. 167-194.
MARTINEZ SANTA OLALLA, J., 1941: *Esquema paleontológico de la Península Hispánica.* Madrid.
————. 1946: «Cereales y plantas de la cultura iberosahariana de Almizaraque (Almería)». *Cuadernos de Historia Primitiva.* 1. Madrid.
————. 1948: «La fecha de la cerámica a la almagra en el neolítico hispano-mauritano». *Cuadernos de Historia Primitiva.* año III. nº 2. 95-106.
MC PHERSON, G., 1870: *La Cuera de la Mujer (Alhama, Granada).* Cádiz.
MOURE, A. y FERNANDEZ MIRANDA, M., 1977: «El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Noticia de los trabajos de 1976». *Trabajos de Prehistoria.* 34. Madrid. 31-68.
MUNICIO, L., 1988: «El Neolítico en la Meseta central española», en LOPEZ, P., (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid. 299-327.
MUÑOZ, A.Mª, 1963: «La personalidad de la cultura neolítica catalana». *II Symposium de Prehistoria Peninsular.* Barcelona. 29-38.
————. 1965: *La cultura neolítica catalana de los sepulcros de fosa.* Universidad de Barcelona.
————. 1966: «El Neolítico en el País Vasco». *II Symposium de Prehistoria Peninsular.* 107-114.
————. 1970: «Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español». *Pyrenae.* 6. 13-28.
————. 1973: «El Neolítico español y sus relaciones mediterráneas». *VIII C.I.S.P.P.* (Belgrado). 367-370.
————. 1974: «El Neolítico de la Cueva de los Murciélagos de Zuheros». *Trabajos de Prehistoria.* 31. 293-294.
————. 1976: «Consideraciones sobre el Neolítico español». Instº de Arq. y Preh. de la Univ. de Barcelona. *Memoria 1975.* 27-40.
NAVARRETE, Mª S., 1976: *La Cultura de las Cuevas con Cerámica Decorada en Andalucía Oriental.* Granada.
OLARIA, C., 1988: *Cova Fosca. Un asentamiento meso-neolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo. Monografies de Prehistòria y Arqueologia castellonenques.* 3. Dip. de Castellón.
OLIVEIRA, J., 1979: «Contributo para o estudo de materiais provenientes da estaçoes neoliticas dos arrededores da Figueira da Foz». *Actas da I Mesa Redonda sobre o Neolitico e o Calcolitico en Portugal.* Porto. 53-81.
OLIVEIRA, S. de, 1990: «Dos últimos caçadores-recolectores aos primeiros produtores de alimentos», en ALARÇAO, J. de (Coord.). *Portugal dos origens à romanizaçao. Nova Historia de Portugal.* Ed. Presença. Lisboa. Cap. II. 75-111.
PARDO, P., en prensa: «El desarrollo de la investigación sobre el neolítico en la Península Ibérica: Planteamientos teóricos y metodológicos». *Actas del I Congrès del Neolític a la Península Ibèrica.* Gavá-Bellaterra (27-29 de marzo de 1995).
PELLICER, M., 1963: *Estratigrafía prehistórica de la cueva de Nerja, 1ª campaña. Excavaciones Arqueológicas en España.* 16. Madrid.
————. 1964: *El neolítico y el bronce de la cueva de la Carigüela de Píñar (Granada).* C.S.I.C., Madrid.
————. 1964: «La cerámica impresa del Neolítico inicial en el Mediterráneo occidental». *Zephyrus.* XV. Salamanca. 101-124.
————. 1967: «Las civilizaciones neolíticas hispanas». *Las Raíces de España.* 27-46.
———— y ACOSTA, P., 1982: «El Neolítico Antiguo en Andalucía Occidental». *Le Néolithique Ancien Méditerranéen.* (Montpellier. 1981). 49-60.
PERICOT, L., 1934: *Epocas primitiva y romana. Historia de España.* Tomo I. Instª Gallach.
————. 1950: *La España primitiva.* Ed. Barna. Barcelona.
PIE, J. y RIBE, G., 1991: «Historiografía i Arqueología: El cas dels estudis sobre el neolitic a Catalunya», en ARCE, J. y OLMOS, R. (Coord.). *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (s. XVIII-XX).* Ministerio de Cultura. Madrid. 177-181.
PIÑON, F. y BUENO, P., 1988: «El Neolítico en el suroeste peninsular», LOPEZ, P. (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid. 221-249.
ROWLEY-CONWY, P., 1986: «The mesolithic sandwich: ecological approaches and the archaeological record of the early postglacial», en ZVELEBIL, M., *Hunters in transition.* Cambridge University Press. 17-32.
RUBIO, I., 1974: «Bases para el estudio de la economía agrícola y ganadera en el Neolítico hispano». *CuPAUAM.* 1. 9-27.
————. 1982: «La economía de la Península Ibérica durante el neolítico. Sus inicios». *Le Néolithique ancien méditerranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire* (Montpellier. 1981). 181-190.
————. 1986: «Economía neolítica en la Península Ibérica». *Rev. Arqueología.* I. nº 60. abril. 32-42 y II. nº 61. mayo. 6-12.
————. 1988: «La economía de subsistencia en el Neolítico hispano», en LOPEZ, P. (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid. 337-418.
RUSELL CORTEZ, F., 1953: «Aspectos do neolitico de Portugal. *Archivo de Prehistoria Levantina.* 4. 81-104.
SAN VALERO, J., 1946: *El neolítico español y sus relaciones. Esquema de una tesis doctoral. Cuadernos de Historia Primitiva.* I.
————. 1948: «El neolítico y la Península Hispánica». *Homenaje a Julio Martínez Santa Olalla.* Tomo III. Madrid. 124-144.
————. 1950: *La cueva de la Sarsa (Bocairente, Valencia).* S.I.P., Valencia.
————. 1954: «Notas sbre la investigación arqueológica». *Caesaraugusta.* 4. Zaragoza. 41-54.
SCHUBART, H., 1965: «Neue Radiokarbon-Daten zur Vor- und Frühgeschichte der Iberischen Halbinsel». *Madrider Mitteilungen.* 6. 11-19.
SIRET, L., 1892: «La fin de l'époque néolithique en Espagne». *L'Anthropologie.* IV, 386 y ss.
————. 1893: *L'Espagne préhistorique. Revue des Questions Scientifiques.* Bruselas.
TAVARES, C. y SOARES, J., 1982: «Des structures d'habitat du Néolithique Ancien au Portugal». *Le Néolithique ancien méditerranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire* (Montpellier. 1981). 17-28.
TARRADELL, M., 1960: «Problemas neolíticos». *I Symposium de Prehistoria Peninsular.* Pamplona. 45-67.
————. 1962: *Les arrels de Catalunya.* Ed. Vicens Vives. Barcelona.
————. 1963: «La cultura neolítica de los sepulcros de fosa de Cataluña y sus relaciones». *Homenaje a Bosch Gimpera.* México. 411-421.
VAZQUEZ VARELA, J.M., 1988: «El Neolítico en Galicia». LOPEZ, P. (Coord.). *El Neolítico en España.* Ed. Cátedra. Madrid. 329-335.
VICENT, A.Mª Y MUÑOZ, A.Mª, 1973: *Segunda campaña de excavaciones en la Cueva de los Murciélagos. Zuheros (Córdoba). Excavaciones Arqueológicas en España.* 77.
VICENT, J.M., 1989: *Bases teórico-metodológicas para el estudio del comienzo de la metalurgia en la Península Ibérica.* Tesis doctoral inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
————. 1990: «El neolític: transformacions socials i econòmiques», en ANFRUNS, J. y LLOBET, E. (Eds.). *El canvi cultural a la Prehistòria.* Ed. Columna. Barcelona. 241-293.
ZAMORA, A., 1976: *Excavaciones en la Cuera de La Vaquera, Torreiglesias, Segovia (Edad del Bronce).* Segovia.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 41 - 57

ASENTAMIENTOS PERMANENTES DE AGRICULTORES Y GANADEROS DEL SURESTE PENINSULAR. EL CERRO DE LAS VIÑAS Y EL CHORRILLO BAJO, DOS POBLADOS NEOLITICOS DE LORCA, MURCIA.

María Manuela Ayala Juan
DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGIA, PREHISTORIA, H.ª ANTIGUA H.ª MEDIEVAL Y CIENCIAS HISTORIOGRAFICAS

Sacramento Jiménez Lorente
DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGIA, PREHISTORIA, H.ª ANTIGUA H.ª MEDIEVAL Y CIENCIAS HISTORIOGRAFICAS

Luis Gris Martínez
A. A. MUSEO DE LORCA

Con este estudio preliminar del Neolítico en Lorca, queremos sumarnos al homenaje que la revista «Verdolay» del Museo Arqueológico de Murcia, ofrece a nuestra maestra la Dra. Dña. Ana María Muñoz Amilibia que, con su trabajo, capacidad de entrega y amor por la arqueología murciana, supo sembrar en todos nosotros ese «gusanillo» que existe por la investigación prehistórica, creando la «escuela de arqueólogos de Murcia».

I. SITUACION GEOGRAFICA

El Cerro de las Viñas se localiza al Sur de la población de Coy, con una altitud de 913 m. es un relieve en Cuesta que domina una extensa zona neógena-cuaternaria, bastante llana, con ligeras ondulaciones, delimitada por una serie de alineaciones de dirección Norte-noreste -sierras de Ceperos y de Lavia-, Este -sierras Pedro Ponce, Cambrón y Madroño- y Sur-suroeste -cerros de Don Gonzalo y La Paca-, quedando abierto por el Noroeste a otras depresiones más amplias como la de Campo Coy.

Presenta una vertiente meridional muy abrupta y con una fuerte pendiente de 35º, regularizada por un talud y una vertiente septentrional, más suave y de menor pendiente -20º- con una serie de plataformas estructurales. La litología está formada por series calizas y margocalizas en su base, que pasan a series dolomíticas muy diaclasadas en la parte superior donde se ubica el yacimiento.

Existen corredores intramontañosos entre las elevaciones anteriormente señaladas y, algunas zonas más llanas por donde discurren ramblas y barrancos, cultivados en su mayor parte, de marcado carácter endorréico. Destacan formas de modelado glacis y conos aluviales en las laderas y en la depresión la litología es predominantemente margosa produciendo encharcamientos tras un periodo lluvioso o por surgencias naturales -fuente de Coy-. Son muy frecuentes los manantiales ya localizados (Dupuy de Lome y Novo. P., 1917), pero que, en la actualidad, la sobreexplotación de los acuíferos y los largos periodos de sequía que se vienen registrando han originado un descenso notable de los niveles piezométricos con la sequía total de algunos de estos manantiales.

Climáticamente, unas condiciones actuales semiáridas, con tendencia a la continentalidad en función de la altura media del sector y su carácter de altiplanicie (Ayala Juan, 1991). Son pobres en materia orgánica los suelos y su color es de unas tonalidades claras, tratándose de Litosoles, Cambisoles, Regosoles y Calcisoles, reflejando el marcado carácter de la roca madre a partir de la cual se han desarrollado, presentando acumulaciones de carbonato cálcico a diferentes profundidades que incluso se han detectado en las estratigrafías arquoelógicas (Alías et al., 1984).

Durante el periodo prehistórico, la zona adyacente al yacimiento ofrecía un paisaje bastante diferente con grandes posibilidades desde el punto de vista de las comunicaciones, estrategia en la topografía y unas condiciones menos áridas que las actuales. El contraste entre sierras, áreas pobladas por un denso bosque que permitiría condiciones de caza inmejorables y los llanos, de posibilidades agrícolas y, en parte, semiendorreicos, ofrecieron un gran atractivo para un modo de vida en el que se alternaban la caza, agricultura, ganadería y comercio, que requirieron un tipo de asentamiento fijo y bien definido desde los primeros asentamientos estables prehistóricos (Ayala Juan, 1991).

En la Diputación de Torrealvilla, al Norte de la ciudad de Lorca se encuentra el poblado El Chorrillo Bajo sobre un montículo amesetado bañado por la rambla de Torrealvilla -que en condiciones climáticas normales de pluviosidad, lleva agua permanente durante todo el año-. Al Sur del asentamiento vierte sus aguas esporádicas el barranco del Prado.

Ubicado prácticamente en una encrucijada viaria que comunicaba el núcleo prehistórico de la actual ciudad de Lorca con el Norte de la comarca y esta zona, con el oriente hacia el País Valenciano por un paso natural entre montañas.

II. ESTUDIO ARQUEOLOGICO

El Cerro de las Viñas.

Ha sido excavado sistemáticamente (1979-1985 y 1990-1994) por todos nosotros. Debido a su emplazamiento geográfico podemos considerar que tenía una función estratégica y viaria -posiblemente en todos los periodos culturales exhumados en el cerro-. Comunica la zona Nororiental de Granada con la zona Norte de la Región Murciana, Bullas, Caravaca, Cehegín, Lorca y Totana, a través de pasos naturales, uniendo ambas regiones con la vecina del País Valenciano. Ello explicaría su perduración cultural desde el Neolítico hasta el siglo XII-XIII de forma prácticamente ininterrumpida. En la actualidad se ha situado un vértice geodésico (Ayala Juan, 1991).

Además de sus condiciones naturales, añade las fortificaciones calcolíticas (terraza inferior) y argáricas (terraza superior) poco frecuentes en la comarca de Lorca, al igual que en toda la Región de Murcia, donde el porcentaje de poblados fortificados es muy escaso, menos de un cinco por ciento del total aproximadamente en ambos periodos prehistóricos (Ayala Juan, 1982, 23).

En la cima queda encerrado un espacio de 2.125 m.^{2} donde se distribuyen las casas entre las cotas 930 y 910,3, se encuentra amurallada de época argárica. El lienzo defensivo discurre por la vertiente septentrional y las laderas oriental y occidental. En los ángulos Noreste y Noroeste presenta bastiones cuadrangulares/rectangulares adosados al exterior.

En la cota 910,3 se observa un lienzo murario construido en época calcolítica, posee una longitud de unos 125 m. y unos 2,5 m. de anchura. En ella, se puede observar claramente el acceso al poblado por la ladera Noreste, similar al existente en el poblado argárico de Zapata, publicado por Siret. Esta muralla debió tener bastiones adosados de los que hasta ahora tan sólo queda claramente visible uno de planta sector circular situado en la zona Nororiental de la defensa.

Se han practicado cuarenta y un cortes en la cima, abarcando ampliamente toda la zona interior de la muralla incluyendo el bastión Nororiental. En tres de ellos se excavó la zona exterior del lienzo murario.

En la terraza central se documentó en un corte planteado un posible taller de sílex que, debido a las características morfológicas de los restos líticos, consideramos su adscripción a época neolítica.

Cinco cortes se practicaron en la terraza inferior que abarcaron el tramo Noroccidental de la muralla, quedando incluido el bastión exterior. Documentamos en todos ellos, el estrato correspondiente al nivel de destrucción por incendio que, tras el abandono, se entremezclan los útiles neolíticos, calcolíticos, argáricos, romanos y medievales.

La perfecta adecuación de la construcción de las distintas casas -de época argárica- a las condiciones naturales del terreno de tal modo que, cuando aflora la roca, no existe el alzado de pétreo trabado con barro, sino que sobre la diaclasa erigieron su alzado de tapial.

Entre los restos cerámicos neolíticos hallados en el poblado abundan fragmentos lisos sobre los decorados; esto es lógico pues los vasos que tienen la decoración a la almagra o engobe no cubre la totalidad de la superficie de las vasijas. Observamos la decoración acanalada, peinada, incisa, esgrafiada e incluso con motivos pintados a la almagra y algunas cubiertas totalmente con engobe en su interior y/o exterior. Las que presentan almagra tienen el bruñido intenso característico de las vasijas de la Cultura de las Cuevas. Hasta el momento actual, no hemos localizado ningún fragmento cerámico con decoración cardial.

Igualmente hemos documentado un gran número de fragmentos de pulseras de piedra caliza y de mármol que por sus paralelos con otros poblados andaluces y valencianos nos remontan a un neolítico inicial/medio, siendo el primer poblado neolítico de altura de la Región (Arribas y Molina, 1975 y 1976). (Asquerino y López, 1981). (Bernabéu, 1988). (Chapman, 1991). (Martí Oliver y Juan Cabanilles, 1987). (Martínez, 1988). (Muñoz, 1983). (Navarrete, 1976). (Navarrete, Capel, Linares, Huertas y Reyes, 1991). (Olaria, 1977, 1980, 1982, 1983). (Pellicer, 1961). (Pellicer y Acosta, 1981).

Se ha constatado la existencia de un taller pétreo para la obtención de hachas de piedra pulimentada de este mismo periodo cultural, hallando tanto esquirlas, hachas y nódulos de variado tamaño siendo algunos de ellos de gran magnitud que, han sido transportados desde el litoral murciano (Mazarrón) a pesar de su gran volumen, peso, dificultad de su transporte y maniobrabilidad.

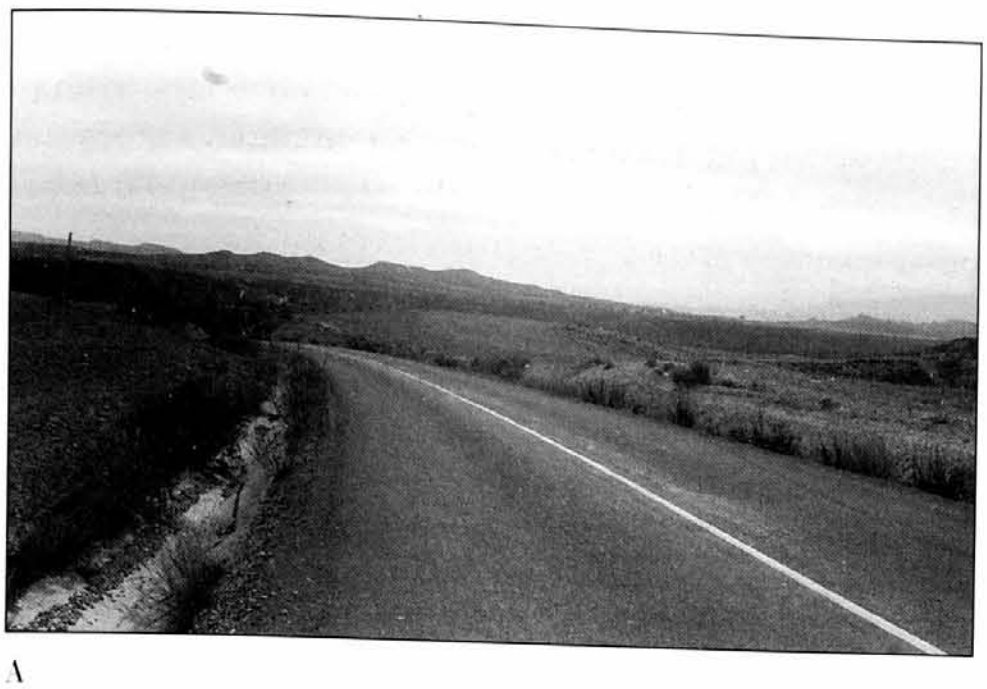
El Chorrillo Bajo.

El asentamiento ha sido totalmente destruido por sucesivos laboreos agrícolas desde los años ochenta hasta la actualidad. Debió poseer una extensión de 5.000/6.000 metros cuadrados (lámina Ia).

En las periódicas prospecciones realizadas al yacimiento, hemos localizado gran número de fragmentos cerámicos de variada tipología, pertenecientes a vasijas de buena factura y acabado muy fino. Algunas de ellas están prácticamente enteras pudiendo reconstruirlas a falta de algunos fragmentos que no hallamos.

Poblados relativamente próximos son Luchena, Alcaide, El Mojao (Martínez Rodríguez y San Nicolás del Toro, 1995), La Culebrina, El Cerro de las Viñas, El Capitán (Gilman y San Nicolás del Toro, 1995 e.p..), Las casas del Rubio, El Transvase, Xiquena, Chorrillo II, Los Royos, La Salud, Velilla I y Murviedro -este último perteneciente al complejo arqueológico del Cerro del Castillo- (lámina I) (Ayala Juan y Jiménez Lorente, 1991 e.p.). (Eiroa García, 1995).

Nada más ser destruido el asentamiento por el arado pudo recuperar Gris, una serie de materiales arqueológicos que fueron donados al Museo de Lorca encontrándose tanto en sus vitrinas como en los fondos del mismo. La



A



B

Lámina I: a) El Chorrillo Bajo. b) Xiquena

Dra. Muñoz Amilibia instó al descubridor la publicación de los mismos, debida la importancia para el avance en el conocimiento del neolítico en la Comarca de Lorca y en la Región Murciana.

Este poblado hipotéticamente fue destruido por un incendio documentado a través de las manchas negras, circulares y ovales del terreno, que eran más notorias durante los primeros años de las prospecciones que en la actualidad aunque todavía se pueden observar dos de ellas. En sus primeras prospecciones, contabilizó Gris un total de treinta y cinco posibles cabañas de planta circular, pudiendo constatar que sus dimensiones oscilaban en torno a los tres metros cuadrados y medio, aunque en dos de ellas los diámetros eran de dos metros y medio, en las que detectó la presencia de madera carbonizada.

Un fondo de cabaña estaba unido a otras dos por sendos corredores o pasillos y aparecieron tras el segundo desfonde del yacimiento realizado por el dueño del terreno. Estos fondos de cabañas tenían dos metros de diámetro.

Las cabañas estaban dispuestas en torno a la cima cercándola a modo de recinto observándose la mayor concentación de chozas hacia el mediodía. En el centro no había indicios de la existencia de ninguna de ellas, por lo que posiblemente fuera esta zona la reservada como aprisco del ganado.

Durante el estudio cerámico hemos corroborado que durante el derrumbe de las chozas alguna vasija contendría almagra líquida y cuando se rompió, derramándose el contenido, impregnó a varios fragmentos de vasijas que previamente se habían fracturado perdurando hasta la actualidad sus pastas manchadas con almagra.

Abundan las improntas de aristas de cereal, hojas de esparto, granos de trigo, cebada, acebuche y otros frutos en las arcillas de las vasijas que están siendo motivo de estudio (lámina IV.b).

Al igual que en El Cerro de las Viñas, entre los restos cerámicos hallados en el poblado, existe una mayor preponderancia de los fragmentos lisos sobre los decorados y, como en el otro poblado, es debido a que los vasos que tienen la decoración a la almagra o engobe no cubre la totalidad de la superficies de las vasijas, como hemos podido constatar en las que hemos reconstruido.

Observamos que tan sólo poseen como elemento decorativo la almagra o engobe, en ocasiones presentan semicírculos rellenos de ella, en otras están cubiertas total o parcialmente en su interior, en el exterior o en ambas. Entre estos restos cerámicos hemos observado que existe la decoración denominada por Navarrete *arañazos* intencionados realizados con escobilla dura (Navarrete Enciso, 1976, 193), documentada en los estratos I-II, VIII y XII en la Carigüela del Piñar. Igualmente se documenta como elemento decorativo el bruñido-espatulado vertical.

En la Comarca de Lorca, la cerámica pintada a la almagra se evidencia como elemento decorativo en los siguientes poblados: Luchena, Alcaide, El Mojao (Martínez Rodríguez y San Nicolás del Toro, 1995), La Culebrina, El Cerro de las Viñas, El Capitán, Las casas del Rubio, El Transvase, Xiquena, Chorrillo II, Los Royos, La Salud y Velilla I (Ayala Juan y Jiménez Lorente, 1991), (Eiroa García, 1995). Se ha documentado del mismo periodo en el resto de la Región del mismo periodo cultural en La Cueva de los Mejillones de Cartagena (García del Toro, 1985 y 1987).

No debemos dejar de mencionar los denominados vasos de yeso que, pintados en rojo y fabricados en alabastro, posteriormente se deshidrificaron, manteniendo el equívoco de su denominación por su textura similar a la del yeso. Destacan los hallados en Los Blanquizares de Lébor de Totana, (Cuadrado Ruiz, 1930), (Arribas, 1956), (Lomba, 1991-1992), La Cueva Amador de Cehegín (San Nicolás del Toro, 1989), (Ayala Juan y Ortiz González, 1987), Peña del Aguila de Lorca (Ayala Juan y Ortiz González, 1989).

Por todos los hallazgos documentados podemos afirmar que, en la Región de Murcia, desde el Neolítico (El Chorrillo Bajo que, hasta el momento, es el *poblado* con mayor abundancia de vasijas con este tipo decorativo y *sin metal*) hasta la Edad del Bronce (Cultura del Argar: *vasos globulares de la forma 4 de Siret exclusivamente*), existen vasos pintados con decoración a la almagra y con engobe como elemento decorativo, no hay interrupción, aunque si es cierto que, en unos periodos está más difundida que en otros. Semejante proceso se constata en el País Valenciano y en Andalucía Oriental (Martín, Calamich y Tarquis, 1983), (Molina Grande, 1990).

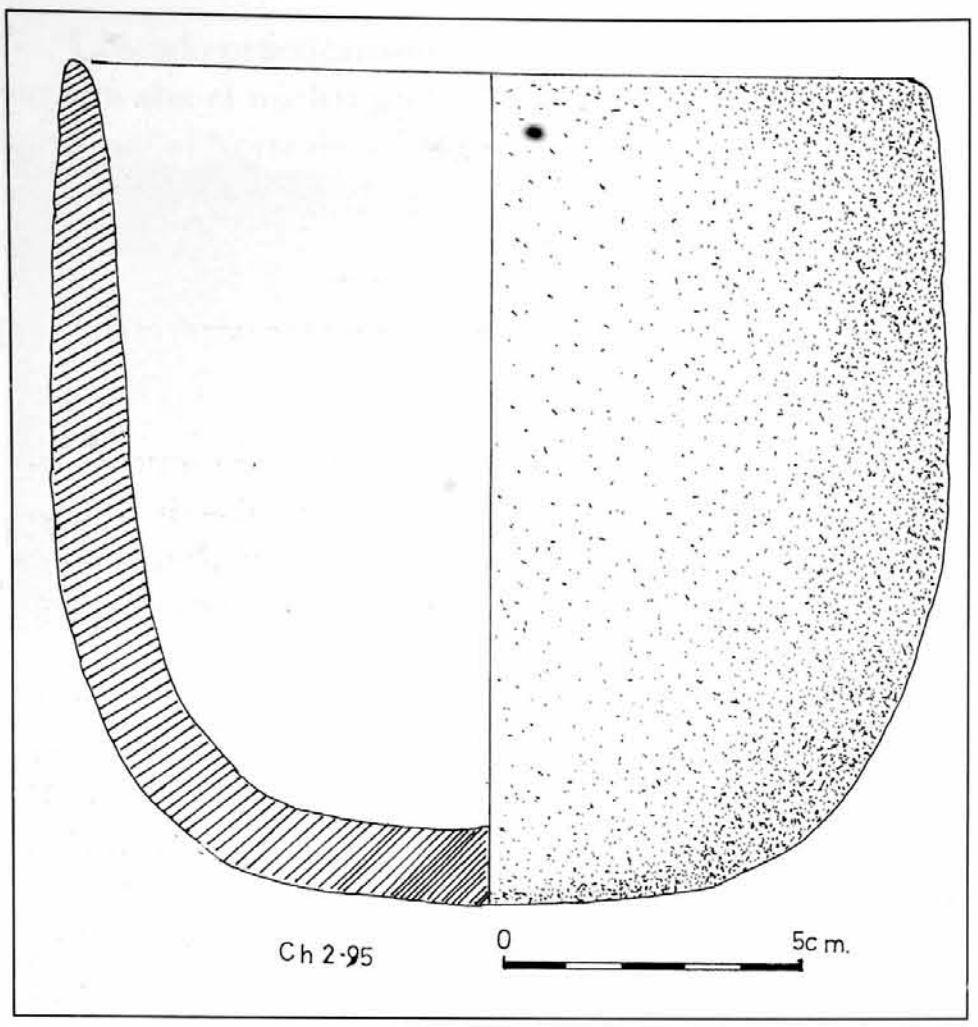


Fig. 1. El Chorrillo Bajo. Cuenco profundo.

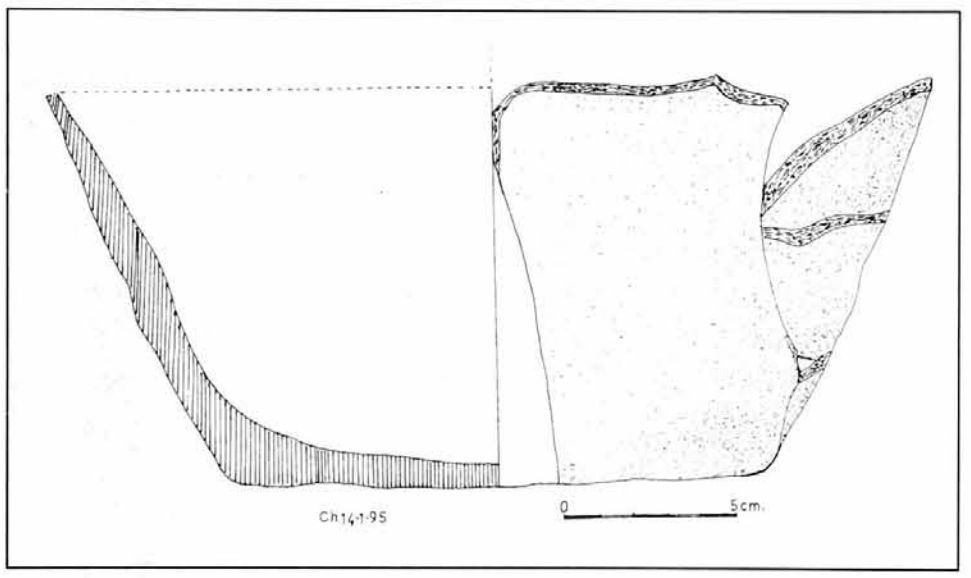


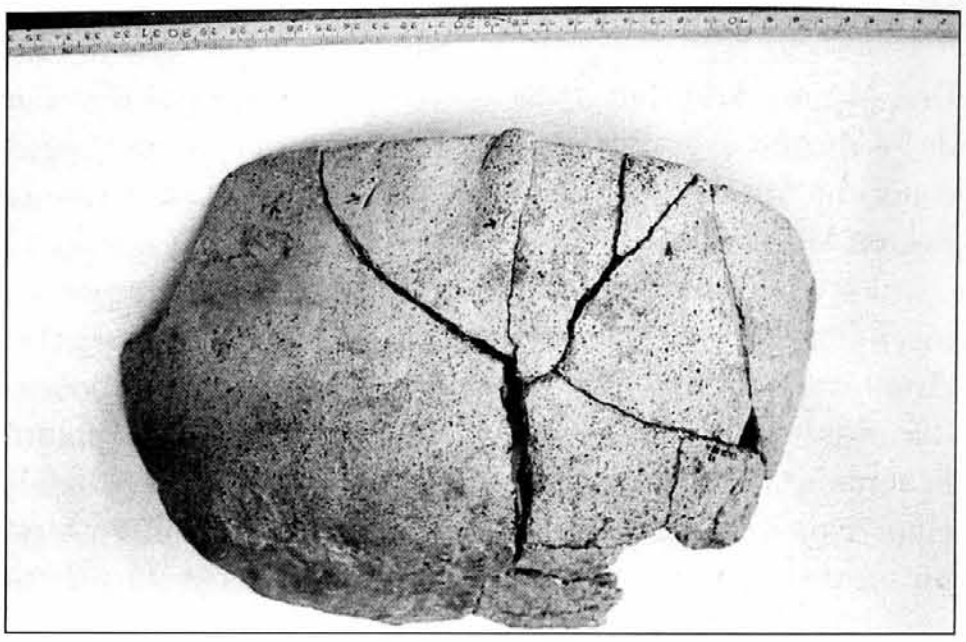
Fig. 2: Vaso con paredes abiertas y profundas del Chorrillo Bajo. Lorca.

Se han reconstruido total o parcialmente vasos globulares y ovoides de cuello corto, ovoides de cuello alto y estrecho, fuentes (lámina V, a y b), cuencos profundos de paredes rectas, abiertas y/o reentrantes (fig. 1 y 2), fuentes (fig. 3), un mango macizo de un cucharón propio de un neolítico medio andaluz (Navarrete Enciso, 1976, 78) (láminas II, a y b; III, a).

Como elementos de suspensión figuran asas verticales de perforación horizontal, lengüetas horizontales, en ocasiones ligeramente inclinadas hacia arriba, tetones aislados y pareados perforados o no, cintas con ligera sobreelevación en el borde del vaso y pechos (láminas II, b; lámina III, a y lámina IV, a). El fragmento que tiene un pecho es parte de una vasija simbólica, dedicada a un culto femenino (*¿a la diosa madre de la naturaleza?* posiblemente, porque son vasijas ovoides de gran tamaño y servirían como contenedores de cereal o de su simiente, como propiciatoria de una buena cosecha para el año siguiente), debajo del pecho posee dos marcas digitales y cóncavas y otro trazo que las corta verticalmente separándolo de otro



A



B

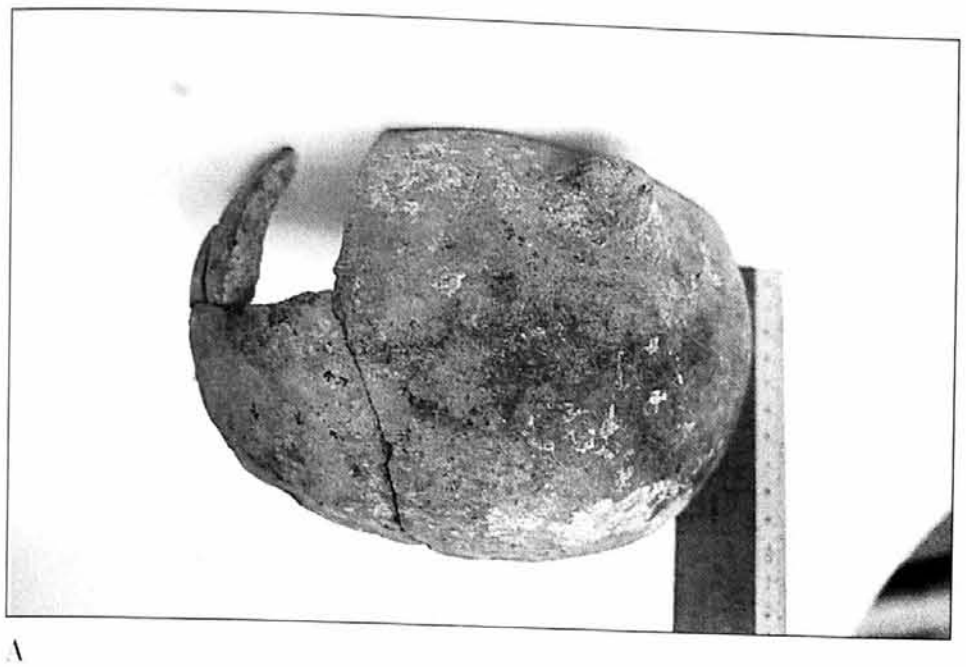
Lámina II: a. Cuenco profundo con paredes reentrantes y pintura almagra. b. Cuenco de bordes abiertos o exvasados y elementos de suspensión sobreelevados del borde.

con el que estuviese pareado y que no se conserva. Semejante es la decoración incisa que tiene el fragmento que halló en El Capitán San Nicolás del Toro (San Nicolás, 1994, 44, fig. 7) y en Can Tintorer, Gavá (Villalba, 1986).

Una posible diosa modelada en barro fue hallada por Luis Gris, en la superficie del poblado. Sus dimensiones son cinco centímetros de longitud por 1,9 cm. de anchura y 1,5 cm. de grosor (lámina VII, a y b) (lámina VII).

Presenta dos pequeños orificios en la zona superior de tres milímetros de profundidad por 1,1 mm. de anchura y 1,8 mm. de longitud (lámina VII, a). Para algunos de nosotros éstos son los ojos, para otros, estas perforaciones nos ofrecen otra sugerencia, podrían ser utilizadas para introducir cualquier tipo de accesorio orgánico de tipo decorativo y que no se ha conservado, como plumas, flores.. (lámina VII, b) similar a la cabeza de terracota hallada en Vinça (correspondiente al Vinça Tardío) que tiene siete pares de perforaciones para elementos orgánicos no documentados (Gimbutas, 1974).

Un poco más abajo y entre ellos, presenta un relieve a modo de nariz alargada (Lámina VII, a, b, c), semejante a la de la figura sedente de Tesalia del VI milenio a. de Cristo (supuestamente del periodo Sesklo) o a la de la cabeza (máscara) negra y bruñida (del Vinça) de Medvednjak, Smederevska Palanka, S.E. de Belgrado. A ambos lados tiene unos trazos incisos horizontales, cuatro en la parte derecha de la cara y cinco en la izquierda que discurren por la



A



B

Lámina III: a. Cuenco globular a la almagra de bordes reentrantes y asa lengüeta como elemento de suspensión. b. Fragmentos de hachas de piedra reutilizadas y bolas con desgaste de uso. Todos los artefactos pétreos son de pórfido.

cara anterior y lateral de la figura y podrían ser las pestañas (lámina VII. a. b. y c). Debajo se encuentran unas improntas circulares y pareadas. de posibles pechos que estarían adheridos. y no se han conservado. Suponemos que son pechos sobrepuestos porque en este poblado. al igual que en El Capitán (San Nicolás. 1994. 44) y en Can Tintorer. Gavá (Villalba. 1986). se han hallado pechos en el hombro de algunas vasijas... *¿cerámicas dedicadas al culto?*... Es frecuente hallarlos en las figuras femeninas de las diosas del neolítico del VI milenio a. de Cristo -Montículo de Vinça (Tesalia). en la diosa entronizada de la cultura de Tisza (Szentes. Hungría). en la bicéfala Rastu. (Rumanía). etc.-.

En la zona inferior. posee un orificio de 8.9 mm de profundidad por 8.5 mm. y 7.5 mm. de diámetro. recordándonos la escultura de piedra con forma de huevo y un grabado de vulva del complejo danubiano de Lepenski Vir. Yugoslavia. del VI milenio a. de Cristo (lámina VII. a y b). La parte posterior de la figura carece de decoración (lámina VII. d). En ambas superficies presenta huellas de improntas de aristas de cereal (lámina VII. a. b y d).

Los artefactos pétreos están constatados entre los que destacan además de varias hachas de piedra pulimentada. fragmentos distales y proximales de otras tantas. un cilindro fragmentado y sin decoración similar a los de Arcos de la Frontera (Cádiz). El Pozuelo y El Rincón (Huelva). Cerro de San Benito (Sevilla) (Almagro Gorbea. 1973. 103-144) y Leiro (Rianxo) (Fábregas y de la Fuente. 1991-

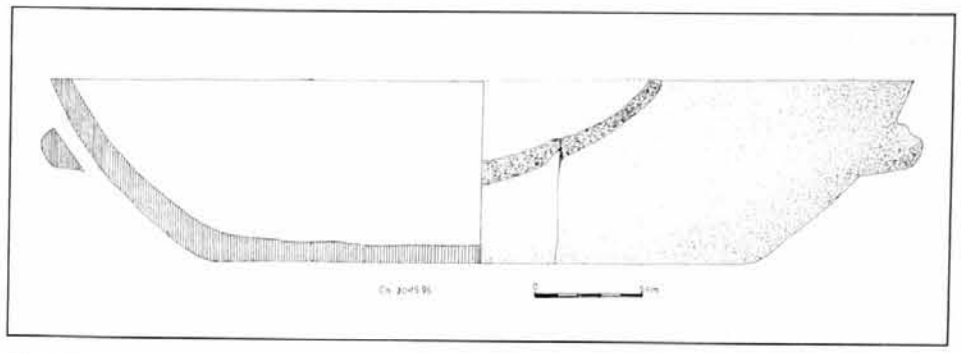


Fig. 3: El Chorrillo Bajo. Fuente.

1992). También se encuentran entre ellos. una serie de bolas de distinto tamaño y con marcadas huellas de desgaste producidas posiblemente por un largo y continuado uso de fricción o pulido que les configuró esa forma determinada y singular (fig. 4 y 5). (lámina III. b).

Se conservan cuarenta y cuatro útiles óseos. entre ellos ocho punzones realizados sobre tibias de conejo. seis con la apófisis proximal (Ch-3. Ch-5. Ch-7. Ch-11. Ch-13 y Ch-14). Tan sólo conservan completas Ch-6 y Ch-15 la zona distal de los punzones con sus puntas. En Ch-11 y Ch-15 permanece un brillo de uso muy marcado casi inusual (lámina VI. a). El resto completos o bien fragmentados. son punzones trabajados en huesos de ovicópridos. tres de ellos sobre astas Ch-4A. Ch-21 y Ch-22 y otro más con forma de bisel. con el bruñido característico del uso. parece ser que tuvo otra utilidad.

Igualmente recuperó un fragmento de madera con pintura de almagra. posiblemente fue utilizada como bruñidor y de ahí su impronta (fig. 6). (lámina VI. b).

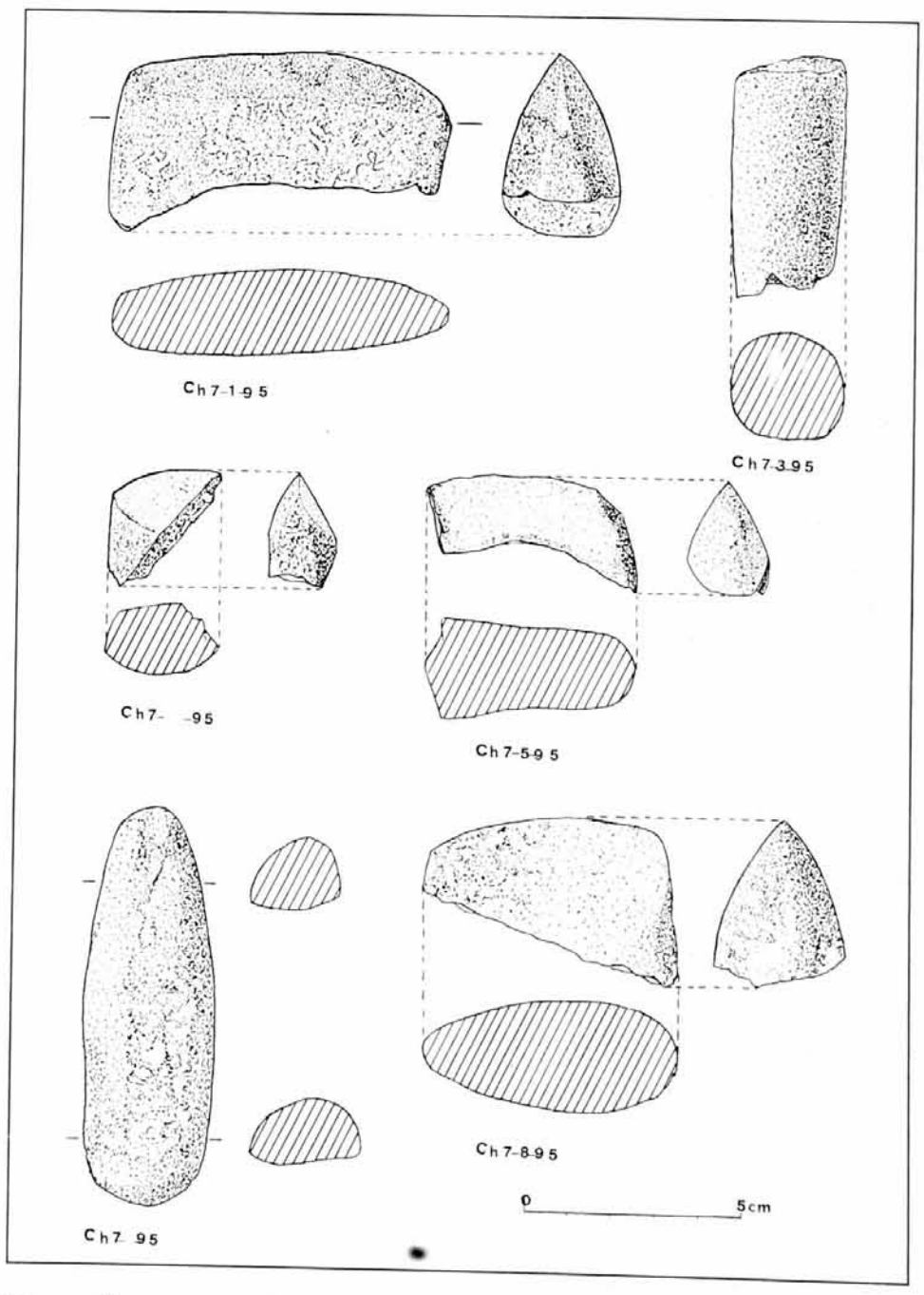
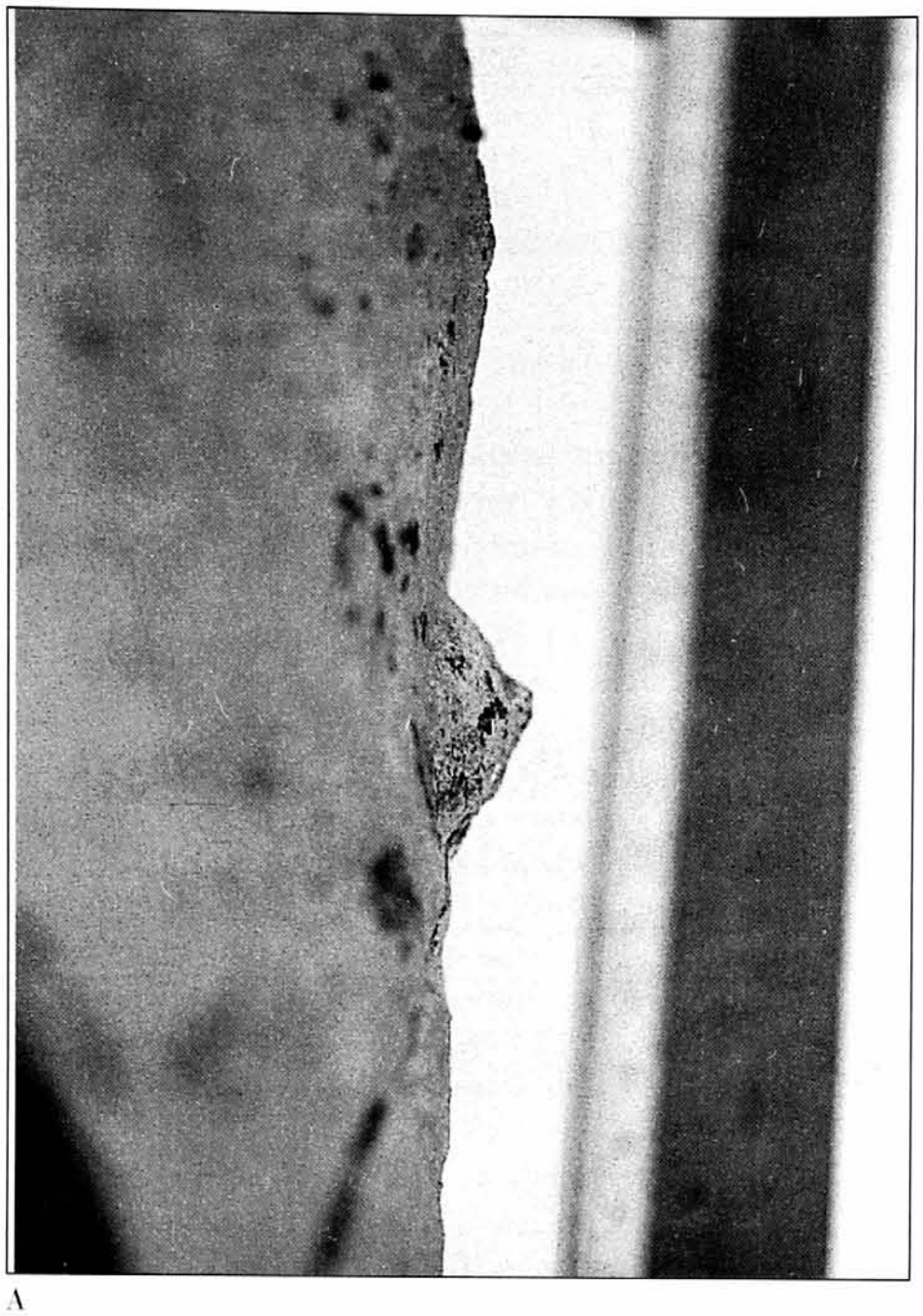
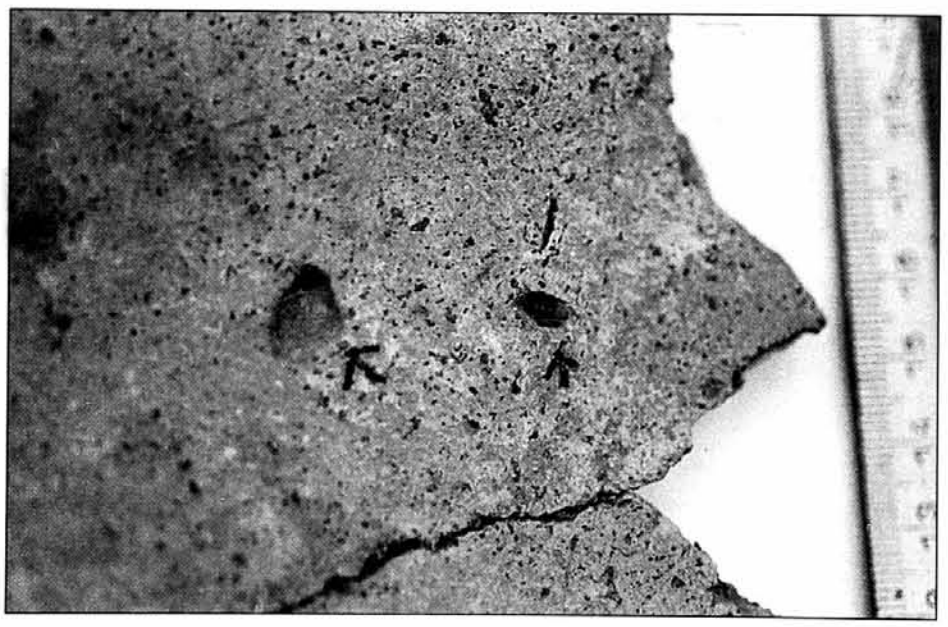


Fig. 4: Fragmentos distales de Halhasde piedra pulimentada y mazos pétreos.

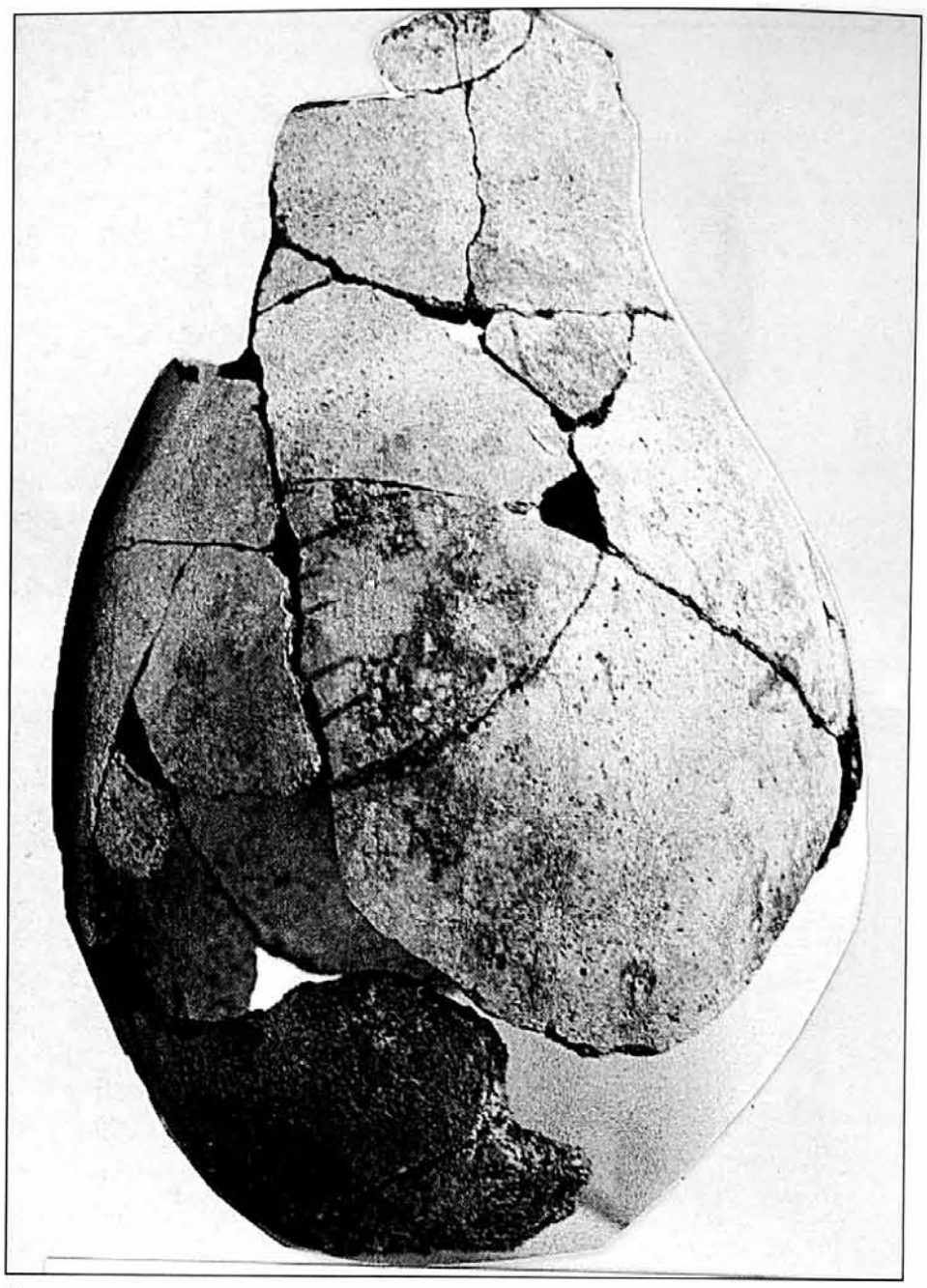


A

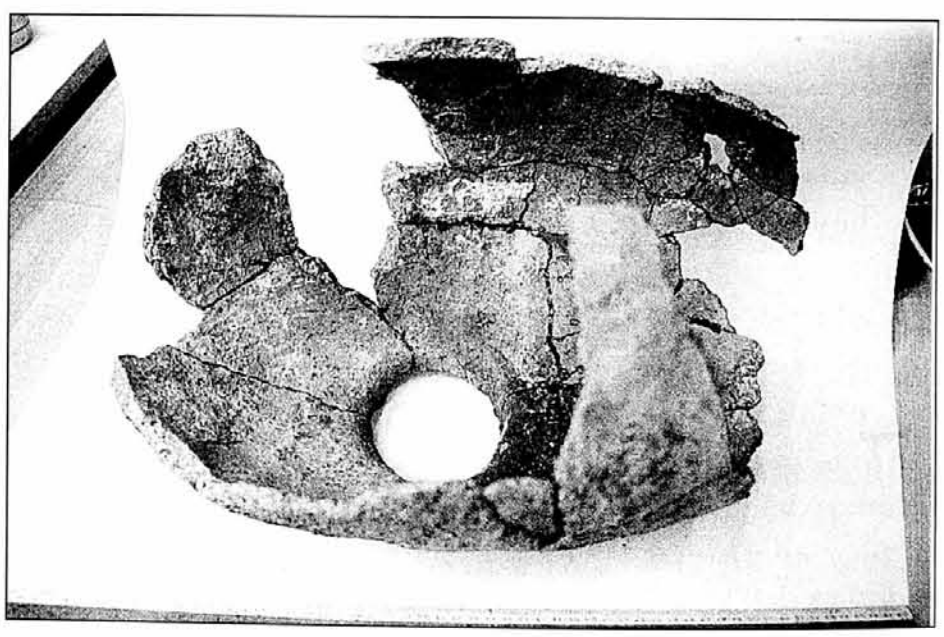


B

Lámina IV: a. Vasija dedicada al culto, con pechos como elementos decorativos. b. Impronta de trigo y fruto de acebuche.



A



B

Lámina V: a. Vasija restaurada ovoide de cuello alto y pintura a la almagra. b. Vasija oval-globular con boca descentrada.

CONCLUSION

En el estudio del contexto cerámico de estos dos poblados el único nexo existente hasta el momento, estriba en la utilización de la almagra y engobe como elemento decorativo, ya que en El Cerro de las Viñas los fragmentos exhumados son de pequeño tamaño y existen escasas formas. El Chorrillo Bajo es el poblado que, a pesar de su destrucción y arrasamiento, el que mayor tipología e información nos ha dado hasta la actualidad.

De acuerdo con los resultados analíticos, al parecer, las cerámicas del Chorrillo Bajo proceden de dos alfares distintos, pues sus arcillas y temperaturas de cocción son diferentes, a no ser que en el mismo alfar, se proveyeran de dos canteras de arcilla para la fabricación de la cerámica y, dependiendo del uso a que se destinaran las formas cerámicas utilizaran una u otra, variando consecuentemente por ello su temperatura de cocción. Si optamos por la hipótesis de dos alfares distintos, algunos vasos se obtendrían por medio del intercambio y posiblemente fueran las correspondientes a la muestra CH3 que resulta minoritaria en el poblado.

Esperamos que con el avance de esta investigación recientemente iniciada podamos obtener mayores y concluyentes datos sobre este periodo en nuestra Región.

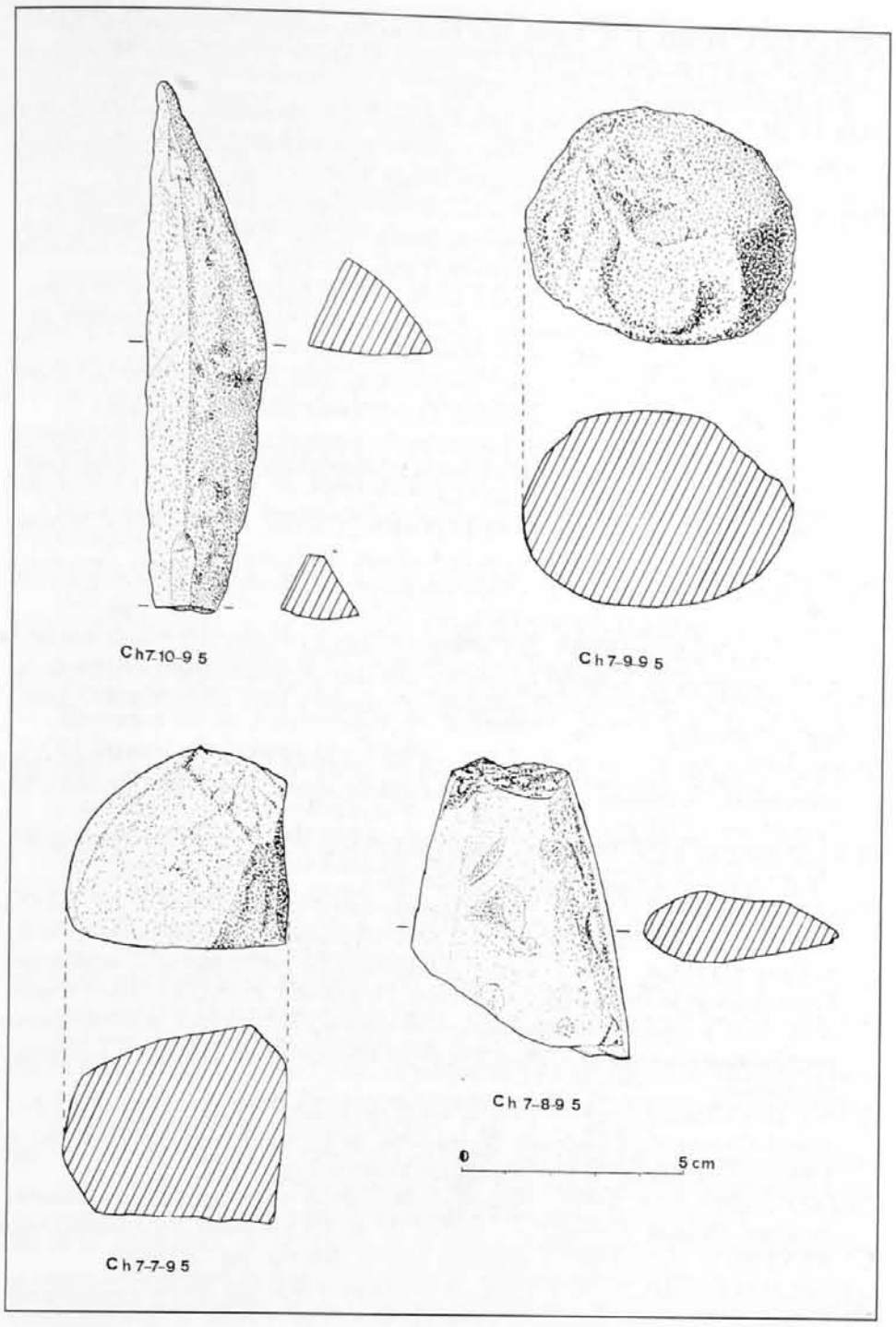


Fig. 5: Fragmento proximal de hacha de piedra pulimentada, pulidor y bolas de piedra volcánica.

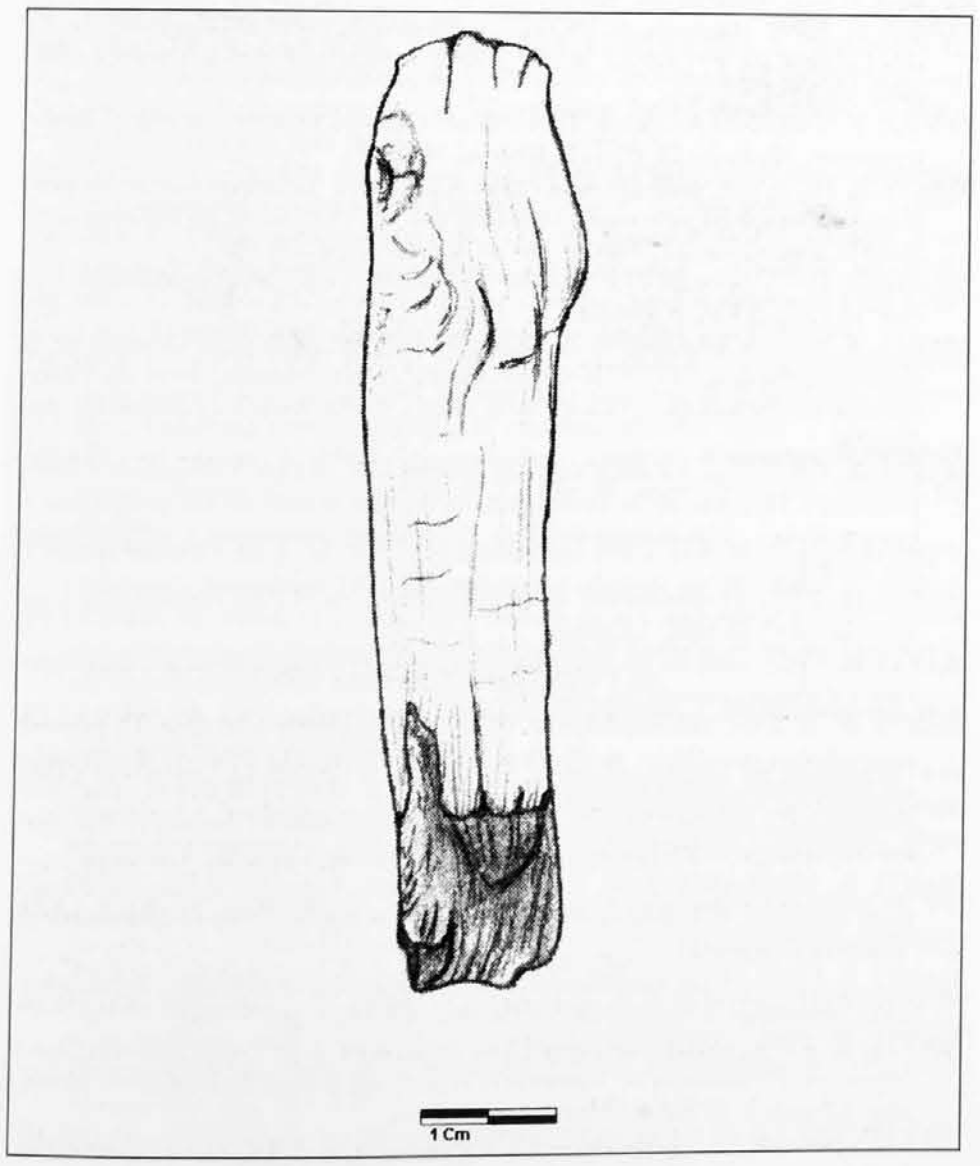
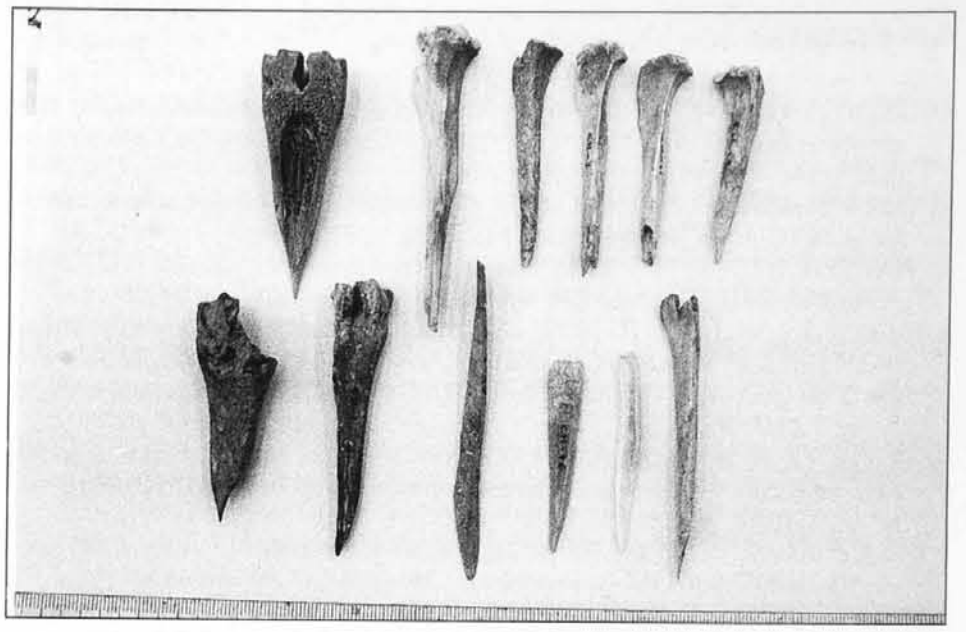
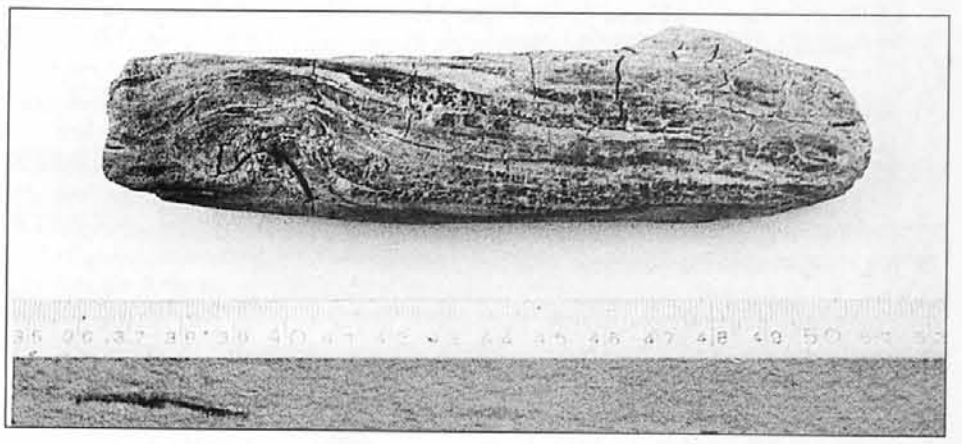


Fig. 6: El Chorrillo Bajo. Fragmento de madera con impregnación de almagra.



A

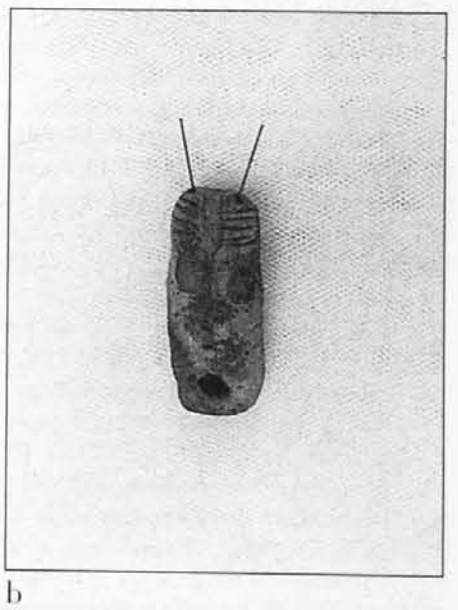


B

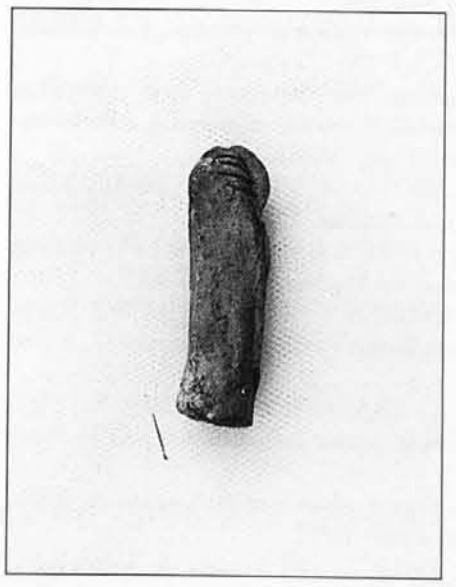
Lámina VI: a) Detalle de varios de los restos óseos. b) Madera con pintura almagra. Posible bruñidor.



a



b



c



d

VII.- Diosa del Chorrillo Bajo: a. Vista frontal con detalle de nariz, pestañas, dos improntas de aristas de cereal y vulba. b. Detalle frontal con los orificios sitos en la cara superior y en su interior dos minas del 0,5 para mostrar su posible utilización con restos orgánicos. c. Cara lateral en la que se aprecian la incisiones de las pestañas e improntas de aristas de cereal en su tercio superior dorsal. d. Cara posterior con improntas de aristas de cereal en su tercio superior derecho y n.º de inventario del museo arqueológico de Lorca.

BIBLIOGRAFIA

ACOSTA. P. 1986: «El Neolítico en Andalucía occidental: estado actual». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Madrid 1986. pp. 136-151.

ACOSTA. P.. CRUZ AUÑON. R. 1981: «Los enterramientos de las fases iniciales en la «Cultura de Almería»». *Habis* 12. pp. 275-360.

ALMAGRO GORBEA. M. J. 1973: *Los ídolos del Bronce I Hispano*. Bibliotheca Prehistórica Hispana. vol XII. Madrid.

ARRIBAS. A y MOLINA. F. 1979: «El poblado de los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío. Granada)». *XII C.A.N. (Vitoria. 1973)*. 389-406 pp. Y en el Corte I (Campaña de 1971) C.P.U. GRA. Serie monográfica nº 3. pp. 123-138.

ASQUERINO. M. D. y LOPEZ. P. 1981: «La Cueva del Nacimiento (Pontones). un yacimiento neolítico en la sierra del Segura» «*Trabajos de Prehistoria*» nº 38. Madrid. pp. 109-152.

AYALA JUAN. M. M. 1982: «El poblado de El Cabezo de las Viñas. Coy. Lorca. III-IV Campaña de excavaciones». *Idealidad nº 29. Alicante*.

AYALA JUAN. M. M.. JIMENEZ LORENTE. S.. MARTINEZ SANCHEZ. J.. PEREZ SIRVENT. M. C.. TUDELA SERRANO. L.. GUILLEN MONDEJAR. F. 1995: «Aportaciones del estudio del sílex en la investigación del poblado de altura del Cerro de las Viñas (Lorca. Murcia)». *I Congreso Nacional del Neolítico Peninsular. Bellaterra-Gará*. Barcelona. En prensa.

AYALA JUAN. M. M.. JIMENEZ LORENTE. S. 1991: «Prospecciones en la Comarca de Lorca». *Memorias de Arqueología*. Dirección General de Cultura. Murcia e.p.

ALIAS PEREZ. L. J.. ORTIZ SILLA. R.. MARTINEZ SANCHEZ. J. y LOPEZ CAMBRONERO. B. 1987: Proyecto LUCDEME. *Mapa de Suelos. escala 1:100000 (Coy-932)*. Ministerio de Agricultura. Pesca y Alimentación. ICONA-Universidad de Murcia. 103 pp. Murcia.

BAENA. J.. TORRES. T.. GEEL. T.. ROEP. B.. UBALDO. J.. FERNANDEZ. C.. MARTINEZ. C.. GRANADOS. F.. PAN. T. y HERAS. A. 1977: *Mapa y memoria explicativa de la Hoja de Vélez-Blanco (952) del Mapa Geológico Nacional a escala 1:50.000*. IGME.

BERNABEU. J. 1982: «La evolución del Neolítico en el País Valenciano. Aportaciones al conocimiento de las culturas neolíticas en el extremo occidental del Mediterráneo». *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*. 37. Alicante. pp. 85-137.

BERNABEU. J. 1988: «El Neolítico en las comarcas meridionales del País Valenciano». en P. LOPEZ (Coor.). *El Neolítico en España*. Cátedra. Madrid. pp. 131-166.

BERNABEU. J. 1993: «El tercer milenio a. C. en el País Valenciano. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Onteniente)». *Saguntum* 26. Universitat de València. pp. 11-178.

BERNABEU. J.. GUTTART. I.. PASCUAL. J. LL. 1989: «Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el País Valenciano entre el Neolítico y la Edad del Bronce». *Saguntum* 22. Universitat de València 1989. pp. 99-124.

BERNABEU. J.. y otros. 1993: «El tercer milenio a. C. en el País Valenciano-Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)». *Saguntum* 26. Universitat de València 1989. pp. 11-178.

BONET. H.. LLORENS. M. M.. PEDRO. M. J. 1991: «Neolític. Els primers ramaders. III». en *Un segle d'Arqueologia Valenciana*. en B. MARTI OLIVER. (Dir.) Servei d'investigació prehistòrica i museu de Prehistoria de la Diputació de València. H. BONET ROSADO. (Dir.) Exposició de Un segle d'Arqueologia Valenciana. Ed. Servei d'investigació prehistòrica i museu de Prehistoria de la Diputació de València. València. pp. 47-61.

CAVA. A. C. 1988: «Estado actual del conocimiento del Neolítico en el País Valenciano». *Veleia 5*. pp. 61-96.

CHAPMAN. R. 1991: *La formación de las sociedades complejas. El Sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental*. Ed. Crítica. Barcelona.

DELIBES DE CASTRO. G. 1985: «El Neolítico. Los comienzos de la agricultura y la ganadería en la meseta». *Historia de Castilla y León*. I. La Prehistoria del Valle del Duero. cap.II. Valladolid. pp. 22-35.

DELIBES DE CASTRO. G.. ESPARZA ARROYO. A. 1985: «Neolítico y Edad del Bronce». *Historia de Burgos*. I. Edad Antigua. Burgos.

EIROA GARCIA. J. J. 1995: «Neolítico» en EIROA GARCIA (Ed.) *Prehistoria de la Región de Murcia*. Ed. Universidad de Murcia. pp. 115-137.

FABREGAS VALCARCE. R. y FUENTE ANDRES. F. de la: 1991-1992: Excavación da mámoa 6 Os Campiños(Leiro. Rianxo). Brigantium. vol. 7. A Coruña. pp. 91-149.

FAUS BARBERA. J.. FAUS CARDONA. J.. ARAGONES SANCHIS. V.. PLA PERALES. R. 1987: *Un catálogo de Yacimientos Arqueológicos en la Montaña Alicantina*. Alcoy.

FERNANDEZ-MIRANDA. M. 1977: «Cuestiones sobre la neolitización de la Península Ibérica». *Rerista de Occidente*. mayo 1977.

FERNANDEZ-MIRANDA. M.. MOURE. A. 1975: «El Abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica». *Noticiario Arqueológico Hispánico. Prehistoria. 3*. pp. 189-236.

FORTEA. J. 1973: *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Salamanca.

FORTEA. J. 1975: «En torno a la cronología relativa del inicio del Arte Levantino». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*. 11. pp. 185-197.

FORTEA PEREZ. J.. MARTI OLIVER. B. 1984-85: «Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo Español». *Zephyrus. XXXVII-XXXVIII*. Salamanca. pp. 167-199.

GARCIA DEL TORO. J. R. 1980: «La Prehistoria desde el Paleolítico al Eneolítico». en CHACON JIMENEZ. F. (Dir.). *Historia de la Región Murciana*. Ed. Mediterráneo. Murcia. pp. 3-53.

GARCIA DEL TORO. J. R. 1985: «La Cueva de los Mejillones: nueva estación del Magdaleniense Mediterráneo español con industria ósea». *Anales de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Murcia* 1. pp. 13-22.

GARCIA DEL TORO. J. R. 1986: «Los cazadores-pescadores postpaleolíticos. Sus asentamientos hasta el eneolítico final». en MAS GARCIA. J. (Dir.). *Historia de Cartagena*. Ed. Mediterráneo. pp. 163-186.

GARCIA DEL TORO. J. R. 1987: «La Cueva de los Mejillones (Cabo de Palos) (Campañas 1979-1984: Terrera). *Excaraciones Arqueológicas. Servicio Regional del Patrimonio Histórico*. Murcia. pp. 26-45.

GIMBUTAS. M. 1974: *Gods and Goddesses of Old Europe: 7000 to 3500 B.C.Myths Legends and Cult Image* Thames and Hudson. London.

GUILLEN MONDEJAR. F. 1994: *La evolución espacio-temporal de la Cuenca de Lorca (Murcia). Aspectos Geológicos y Mineralógicos Básicos*. Tesis Doctoral. Universidad de Murcia. 467 pp.

GUILLMAN. A. y SAN NICOLAS DEL TORO. M. 1995: «El Capitán». *Memorias de Arqueología. 4*. Dirección de Cultura. Murcia e. p.

GONÇALVES. V. DOS S. 1978: «Para um programa do estudo do Neolítico em Portugal». *Zephyrus. XXVIII-XXIX*. pp. 147-162.

JUAN CABANILLES. J. 1984: «El utillaje neolítico en sílex del litoral mediterráneo peninsular. Estudio tipológico-analítico a partir de materiales de la Cova de l'Or y de la Cova de la Sarsa». *Saguntum* 18. Universitat de València. pp. 30-102.

HERNANDEZ. M. S. y ALBEROLA. E. 1988: «Ledua (Novelda. Alacant): Un yacimiento de llanura en el Neolítico valenciano». *Archivo de Prehistoria Levantina*. XVIII. pp. 149-158.

HERNANDEZ PEREZ. M. S.. FERRER I MARSET. P. y CATALA FERRER. E. 1988: *Arte rupestre en Alicante*. Alicante.

JUAN CABANILLES J. 1991: «Las hoces prehistóricas en BONET. H.. LLORENS. M. M.. PEDRO. M.. J.. *Un segle d'Arqueologia Valenciana*. en B. MARTI OLIVER. (Dir.) Servei d'investigació prehistòrica i museu de Prehistoria de la Diputació de València. H. BONET ROSADO. (Dir.) Exposició de Un segle d'Arqueologia Valenciana. Ed. Servei d'investigació prehistòrica i museu de Prehistoria de la Diputació de València. València. pp. 54-55.

JUAN CABANILLES J. 1994: «Estructuras de habitación de la Ereta del Pedregal (Navarrés. Valencia). Resultados de las campañas de 1980-82 y 1990)». *Saguntum* 27. Universitat de València. pp. 67-97.

LILLO CARPIO. P. A. 1980: «Algunos materiales procedentes de las canteras de Poyo Miñano (Cehegín)». *Anales de la Universidad de Murcia*. vol. XXXVIII. 4. 1979-1980. Filosofía y Letras. Murcia. pp. 209-216.

LOMBA MAURANDI. J. 1991-1992: «La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia». *Anales de Prehistoria y Arqueología*. 7-8. Universidad de Murcia. pp. 35-46.

LOPEZ. P. 1978: «La problemática cronológica del Neolítico peninsular». *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*. Serie Universitaria. 77. Fundación Juan March. Madrid. pp. 45-56.

LOPEZ. P. 1988: «Historia de las investigaciones en torno al origen del Neolítico español. en P. LOPEZ (Coor.). *El Neolítico en España*. Cátedra. Madrid. pp. 59-64.

LOPEZ. P. 1988: «El Neolítico. La Península Ibérica en relación con el Mediterráneo». *Historia 16*. nº 142. febrero. Madrid.

MARTI. B. 1978: «El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los problemas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas». *Saguntum 13*. Universitat de València. pp. 59-98.

MARTI. B. 1977: *Cova de l'Or (Beniarés. Alicante). I-II*. Serie de trabajos Varios 51 y 65. S.I.P.. Valencia.

MARTI. B. 1982: «Neolitización y Neolítico Antiguo en la zona Oriental de la Península Ibérica». *Le Néolithique Ancien Mediterranéen. Actes du Colloque Int. de Prehistoire*. (Montpellier. 1981). Archeologie en Languedoç. pp. 97-106.

MARTI. B. 1985: «Los estudios sobre el Neolítico en el País Valenciano y áreas próximas: Historia de la investigación. estado actual de los problemas y perspectivas». *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*. pp. 53-84.

MARTI. B. 1983: *El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano*. Universidad de Valencia. Valencia.

MARTI. B. 1983: «Inicios de la agricultura en la Península Ibérica». *Investigación y Ciencia*. marzo. pp. 98-107.

MARTI. B.. JUAN-CABANILLES. J. 1987: «El Neolíthic Valenciá. El primers agricultors i ganaders». en E. PLA BALLESTER (Dir.) Servei d'investigació prehistòrica de la Diputació de València. B. MARTI OLIVER. (Dir.) Exposició de El Neolític Valencià. *Els primers agricultors i ramaders*. Ed. Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de València. València.

MARTI. B.. HERNANDEZ. M. S. 1988: *El Neolític Valencià. Art rupestre i cultura material*. Ed. Servei d'Investigació Prehistòrica de la Diputació de València. València.

MARTI. B. 1988: «Vaso neolítico procedente de la Cueva del Niño. Ayna. Albacete. *Homenaje a Samuel de los Santos*. Albacete. pp. 77-80.

MARTI. B. 1990: «Materiales neolíticos procedentes de Lorca (Murcia) en el Museo de Prehistoria de Valencia». *Homenaje a Jerónimo Molina*. Academia Alfonso X El Sabio. Murcia. pp. 23-30.

MARTIN SOCAS. D. y CALAMICH MASSIEU . M. D. 1982: «La cerámica simbólica y su problemática (Aproximación a través de los materiales de la colección L. Siret)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. 7. Granada. pp. 267-306.

MARTIN, D., CALAMICH, M. D. y TARQUIS, E. 1983: «La cerámica con decoración pintada el Eneolítico en Andalucía Oriental». *Tabona. Revista de Prehistoria y de Arqueología y Filología clásicas*. La Laguna. pp. 95-129.
MARTINEZ SANCHEZ, C. 1988: «El Neolítico en Murcia», en P. LOPEZ (Coor.), *El Neolítico en España*, Cátedra. Madrid, pp. 167-194.
MARTINEZ SANCHEZ, C. 1991: «La ocupación Neolítica de la Cueva del Calor (Cehegín, Murcia)», *Memorias de Arqueología 2*, Dirección General de Cultura. Murcia, pp. 78-91.
MOLINA GRADE, M. C. 1990: «La Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia). La cerámica pintada.», *Homenaje a Jerónimo Molina*, Academia Alfonso X El Sabio. Murcia, pp. 51-72.
MONTES BERNARDEZ, R., SAN NICOLAS DEL TORO, M. y MARTINEZ SANCHEZ, C. 1986: «Un hábitat costero hacia el Neolítico Final: Cabo Cope», en MAS GARCIA, J. (Dir.), *Historia de Cartagena*, Ed. Mediterráneo, pp. 133-161.
MUNSELL COLOR COMPANY, I.N.C. 1954. Munsell charts. U.S.A.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1965: *Cultura neolítica catalana de los Sepulcros de Fosa*. Instituto de Prehistoria y Arqueología. Publicaciones Eventuales, 9, Barcelona.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1971: «La calaíta en el País Vasco», *MUNIBE, XXIII*, 2-3, pp. 347-354.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. : «Análisis de C_{14} sobre muestras recogidas por el Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona», *Pyrenae*, 8, pp. 147.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1975: «Consideraciones sobre el Neolítico español», *Memorias de la Universidad de Barcelona*, Instituto de Arqueología y Prehistoria. Barcelona, pp. 24-40.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1976: «El Neolítico Continental andaluz», *VII Simpósium de Prehistoria Peninsular*, Córdoba.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1983: «El poblamiento antiguo en la provincia de Murcia», *Cuadernos de Historia*, X. Instituto Jerónimo Zurita. Madrid.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1984: «La Neolitización en España: problemas y líneas de investigación», en J. FORTEA (Ed.), *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*, Salamanca, pp. 349-369.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1986: «El Neolítico y los comienzos del Cobre en el Sureste», en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Madrid, pp. 152-156.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1986: «Problemas metodológicos del Neolítico en el Sudeste de España», *Premières Communautés Paysannes en Méditerrané Occidentale*, Paris, pp. 627-632.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1987: «Los Contactos en el área del estrecho durante el Neolítico», Congreso Internacional *El Estrecho de Gibraltar, Ceuta*, noviembre 1987. Universidad Nacional a Distancia, pp. 183-191.
MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1989: «Los caminos durante el Neolítico y Eneolítico», *Caminos de la Región de Murcia*, Murcia, pp. 57-64.
NAVARRETE ENCISO, M. S. 1976: *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*, Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie Monográfica, 1, Granada.
NAVARRETE ENCISO, M. S. 1986: «Las comunidades neolíticas en la Alta Andalucía. *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Madrid, pp. 109-118.
NAVARRETE, M. S., CAPEL, J., LINARES, J., HUERTAS, E., y REYES, E., 1991: *Cerámicas Neolíticas de la Provincia de Granada. Materias primas y técnicas de manufacturación*. Monográfica Arte y Arqueología. Universidad de Granada. 250 pp.
OLARIA, C. 1977: «Las dataciones de C14 en el País Valenciano» *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 4, Castellón, pp. 271-280.
OLARIA, C. 1980: «Asentamientos neolíticos en la provincia de Castellón», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 7, Castellón, pp. 42-82.
OLARIA, C. 1986: «El Neolítico en las comarcas castellonenses» en Pilar López Coor. *El neolítico en España*, Ed. Cátedra. Madrid, pp. 101-130.
OLARIA, C., ESTEVEZ, J. E YLL R. 1982: «Domesticación y paleoambiente de la Cova Fosca» *Actas del Colloque International de Prehistoire, Montpellier*. Archeologie en Languedoc, nº especial, pp. 107-120.
OLARIA, C., GUSI, F. 1983: «Cova Fosca: cazadores y pastores en el Maestrazgo. *Revista de Arqueología* nº 27, año IV, segunda época, Madrid, pp. 18-36.
PEDRO MICHO, M. J. de, 1985: «La industria lítica de la Mola d'Agrés (Agrés, Alicante), *Saguntum* 19, Universitat de València, pp. 85-106.
PELLICER, M. 1964: «El Neolítico y Bronce de la Cariguela del Piñar, Granada», *Trabajos de Prehistoria del seminario de historia primitiva del hombre de la Universidad de Madrid, XI*, Madrid, 71 pp.
PELLICER, M. 1985: «Neolítico», *Historia de España, 1. Prehistoria*, Ed. Gredos, Madrid, pp. 151-206.
PELLICER, M., ACOSTA, P. 1982: «El Neolítico antiguo en Andalucía Occidental», *Le Néolithique Ancien Mediterranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire*, Montpellier 1981. Archéologie en Languedoç, Montpellier, pp. 61-65.
PELLICER, M., ACOSTA, P. 1986: «Neolítico y Calcolítico de la cueva de Nerja», en J. A. JORDA (Dir.), *La Prehistoria de la Cueva de Nerja (Málaga)*, Trabajos de la Cueva de Nerja 1, pp. 339-450.
RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1982: «La economía de la Península Ibérica durante el Neolítico, en *Le Néolithique Ancien Mediterranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire*, Montpellier 1981, Archéologie en Languedoç, Montpellier, pp. 181-190.
RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1986 a: «Economía neolítica en la Península Ibérica», *Revista de Arqueología, I*, 60, abril, pp. 32-42.
RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1986 b: «Economía neolítica en la Península Ibérica», *Revista de Arqueología, II*, 61, mayo, pp. 6-12.
RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1988: «La economía de subsistencia en el Neolítico hispano», en P. LOPEZ (Coord.), *El Neolítico en España*, Cátedra, Madrid, pp. 337-418.
SAN NICOLAS DEL TORO, M. 1994: «El megalitismo en Murcia. Una aproximación al tema», Verdolay 6 Revista del Museo de Murcia, pp. 39-52.
VICENT GARCIA, J. M. 1988: «El origen de la economía productora. Breve introducción a la Historia de las Ideas», en P. LOPEZ (Coord.), *El Neolítico en España*, Cátedra, Madrid, pp. 11-58.
VICENT, A. M., MUÑOZ, A. M. 1973: «Segunda Campaña de Excavaciones en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba) 1969», *Excavaciones Arqueológicas en España* 17, Madrid.
VILLALBA, M. J. y otros, 1986: *Les mines neolítiques de Can Tintorer. Gavá. Excavacions 1978-1980*, Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya, Barcelona, pp. 99-105.
WALKER, M. J. 1981: «Climates, economy and cultural change: the S.E. Spanish Copper Age», en J. GARCIA BARCENA, Y F. SANCHEZ MARTINEZ (Eds.), *Miscelánea, Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, X Congreso, Mexico*, D.F., Octubre 19-24 1981, México, D.F., U.I.S.P.P., pp. 283.
WALKER, M. J. 1982: «Elemental analysis of southeastern Spanish prehistoric coarse potsherds», en W. AMBROSE y P. DUERDEN (Eds.) *Archeometry: an Australsian perspective*, Cannerra, Australian National University Press, pp. 391.
WALKER, M. J. 1984: «The site of the Prado (Murcia) and the Copper Age of the South East of Spain», en T. F. C. BLAGG, R. F. J. JONES y S. J. KEAY (Eds.) *Papers in Iberian archaeology. Part i. Oxford, British Archaeological Reports*, BAR International Series 193 (i), pp 367.
WALKER, M. J. 1985: «El Prado and the Southeastern Spanish Chalcolitic», *National Geografic Society Research Reports 20*, pp. 799-834.
WALKER, M. J. y LILLO CARPIO, P. A. 1983: «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico del Prado, Jumilla (Murcia)», *XVI Congreso Nacional de Arqueología Murcia-Cartagena 1982, Zaragoza*.
WALKER, M. J. y LILLO CARPIO, P. A. 1983-1984: «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico del Prado, Jumilla (Murcia)», *Anales de la Universidad de Murcia, Letras 42*, (3-4), pp. 1-35.

NIVEL Cuadrícula	Geomét. 1	2	3	+	Hojas 1	2	3	+	laminit. 1	2	3	+	Núcleos 1	2	3	+	Perfor. 1	2	3	+	P. fle. 1	2	3	+	Raspad. 1	2	3	+	Sierras 1	2	3	+
Prospec.	8				67				18				3				6				8				2				2			
Corte 1					1	2	2				1		1													1						
2						1																										
4									3				1																			
6					5																1											
7					7																											
8	6				19	3	3	6	6			2									4	2	1			1						
10					1																											
12						4																										
13					3	1			1																							
14					6				3				1												1							
15					5				2				2																			
16	3				10				9																							
20					1		3			2									1													
21					5	2																										
22	1				1	2			1																							
23					3				1																							
24					1				1																1							
25	2				7				1				1								1											
26					2				5				1				1								1							
27					2								1												1							
28	1				7				7								1								1							
29	2				6				2				2																			
30					8	1	2			1											1											
31					7	1		1	8			1															1					
32					1																											
25'					2																											
26'					2	2				1	1															1						
27'					2																											
28'					2																											
43		1																														

CUADRO: Industria lítica del Cerro de las Viñas de Coy (Lorca, Murcia).

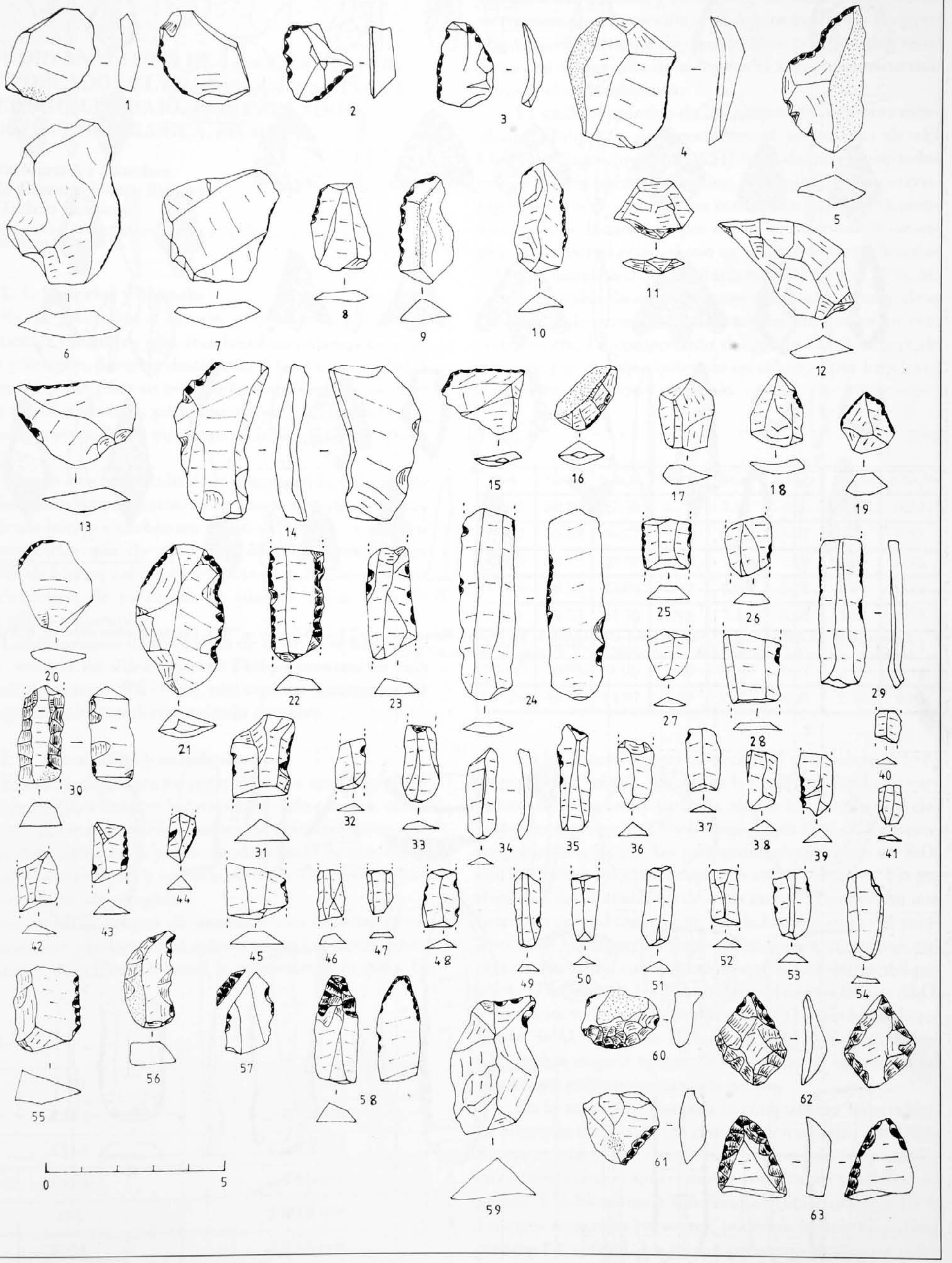


Figura II-A: CERRO DE LAS VIÑAS DE COY (Lorca, Murcia). Lascas con retoque y/o huellos de uso: n.º 1-21. Horas y laminitas: n.º 22-54. Dientes de hoz: n.º 55-56. Geométrico: n.º 57. Perforadores: n.º 58-59. Raspadores: n.º 60-63

Figura III B. CERRO DE LAS VIÑAS DE COY (LORCA. MURCIA). Raspadores: n.º 1-2. Núcleos: n.º 3-5. Percutor sobre sílex: n.º 6. Posible punta de flecha en proceso de elaboración: n.º 7. Puntas de flecha: n.º 8-24

FIGURA III C. EL CHORRILLO BAJO (Lorca, Murcia): Lasca retocada: n.º 1: Extremo proximal de lasca con talón retocado: n.º 2. Pieza retocada: n.º 3. Raedera: n.º 5. Núcleos: n.º 6-7. Horas n.º 4. 9-13

APENDICE I

ESTUDIO ANALITICO DE LA CERAMICA DE LOS POBLADOS EL CERRO DE LAS VIÑAS Y EL CHORRILLO BAJO, DOS POBLADOS NEOLITICOS DE LORCA, MURCIA.

Josefa Martínez Sánchez
María Carmen Pérez Sirvent
Luz Tudela Serrano

DEPARTAMENTO DE QUÍMICA AGRÍCOLA, GEOLOGÍA Y EDAFOLOGÍA. UNIVERSIDAD DE MURCIA.

I. 1. Material y Método.

Se ha procedido a la selección de ocho grupos de fragmentos cerámicos que, tras las observaciones de visu, color y textura, parte se destinaron a la obtención de láminas delgadas para su estudio petrográfico por microscopía de polarización y parte fue molida y homogeneizada a tamaño menor de 50 mμ, para análisis químico y mineralógico.

Para la determinación de la composición química de los elementos mayoritarios, se ha usado una disgregación con ácido bórico y carbonato de litio a 1000ºC, y análisis por espectroscopía de absorción atómica, PerkinElmer 1100B, de hierro, calcio, sodio, potasio y magnesio, y por espectroscopía de inducción de plasma, Jobin Ivon 38 Plus, silicio y aluminio.

Los diagramas de difracción de rayos X se han obtenido usando un difractómetro Philips provisto de una unidad de control PW-1712, con registro automático en microprocesador, mediante método de polvo.

I. 2. Resultados y conclusiones.

El interés se centra en determinar su actual mineralogía, tanto para conocer la temperatura de cocción, como para averiguar las posibles variaciones mineralógicas que han podido sufrir estas piezas en su periodo de uso, como utensilios domésticos, y en el tiempo que llevan depositadas en el lugar de recogida.

Se estudian grupos de muestras con características externas muy similares. Los colores según las claves internacionales de color de Munsell se muestran en la tabla 1.

TABLA 1

CH1	2.5 YR 6/6
CH-2	2.5 YR 6/6
CH-3	2.5 YR 5/6
CH-4	2.5 YR 6/6
C-1	2.5 YR 6/4
C-11	2.5 YR 6/6
C-27	2.5 YR 6/4
C-236	2.5 YR 7/4

El objetivo de este trabajo se centra en determinar su composición química y mineralógica, tanto para evaluar su temperatura de cocción, como para averiguar las posibles variaciones mineralógicas que han podido sufrir estas piezas en su periodo de uso y en el tiempo transcurrido durante el enterramiento.

El análisis químico de los grupos de muestras estudiadas (Tabla 2), pertenecientes al yacimiento de «El Chorrillo Bajo» (muestras CH), nos da unos resultados muy similares para tres de ellos, destacando unos porcentajes elevados de sílice y unos contenidos bajos de elementos alcalinos. Igualmente por el contenido en calcio, se sugiere un material original con un contenido en carbonatos cálcico y magnésico que oscilaría entre el 15 y el 20%, así como el empleo de aditivos como desgrasantes muy ricos en sílice, tales como cuarzo o arenas muy ricas en este componente. La composición del grupo CH-3, difiere de los otros por su bajo contenido en calcio, y por los elevados valores de silicio y aluminio.

TABLA 2

Ref.	%Si_2O	%Al_2O_3	%Fe_2O_3	%CaO	%MgO	%K_2O	%Na_2O
CH-1	50.83	17.56	6.73	7.26	4.6	2.93	0.23
CH-2	55.53	16.77	7.79	10.32	5.87	3.00	0.24
CH-3	60.27	20.70	8.93	2.52	1.51	4.60	0.46
CH-4	50.53	15.04	6.47	8.99	3.23	2.07	0.42
CV-1	54.53	13.30	6.95	7.16	3.46	3.38	1.53
CV-11	46.08	12.27	5.54	9.81	2.22	3.03	1.11
CV-27	40.05	9.18	2.90	20.09	1.32	2.44	2.14
CV-236	46.90	11.97	5.30	15.32	4.00	2.50	0.85

En las muestras pertenecientes al yacimiento del «El Cerro de las Viñas», (muestras CV), el contenido en carbonato cálcico es muy variable, siendo los valores más elevados en el grupo C-27, y los más bajos en C-1. Este grupo presenta a su vez las proporciones más altas en SiO_2 con respecto a los otros grupos de este yacimiento. En general, los datos analíticos de estas muestras presentan una hetereogeneidad mayor que los de las muestras del yacimiento de «El Chorrillo Bajo». Si se comparan ambos, parecen tener como características que las muestras del poblado «El Cerro de las Viñas», tienen menos SiO_2 y Al_2O_3 y contenidos algo más elevados en Na_2O. Asimismo, la relación Si/Al, algo más elevada en el grupo de muestras CH, podría sugerir un mayor contenido de cuarzo en las pastas que originaron estas cerámicas.

En la tabla 3 se muestra la composición mineralógica semicuantitativa de las muestras estudiadas por DRX. Se caracterizan por tener una composición muy similar cuyo componentes mayoritarios son cuarzo y calcita, seguidos de feldespatos y filosilicatos (ilita y mica) a 10 Å. En otros minerales presentes, podemos incluir hematites, piroxeno y anfibol. La escasa presencia de calcita y feldespatos en el grupo CH3 es concordante con los datos químicos, y pone de manifiesto la discordancia con los otros tres grupos estudiados de este yacimiento.

También destaca la distribución irregular de los feldespatos que son muy abundantes en CH2 y CH4 y aparecen como trazas en CH3 y C27.

El estudio de las láminas delgadas por microscopía de polarización, nos muestra abundantes fragmentos de cuarzo heterométrico, con visibles líneas de fracturas, indicando su posible molienda, asimismo la calcita también aparece con líneas visibles de fractura..

Los filosilicatos se presentan de dos formas, en masas filamentosas, flotando en una matriz subcristalina rojiza, con una birrefringencia muy elevada.

Se aprecian, pues, tres grupos mineralógicos, aquellos que formaron parte de la materia prima y no han sufrido ningún cambio en el proceso térmico, entre los que pueden indicarse el cuarzo, la calcita, los feldespatos potásicos, las plagioclasas, las micas y la illita; un segundo grupo, el de aquellos que se forman con la temperatura de cochura de la cerámica, como los óxidos de hierro y la magnetita (ocasionalmente, en una muestra se identifica un piroxeno tipo diópsido); y un tercer grupo, el de los minerales de neoformación (recubrimientos de calcita).

Consecuentemente se deduce *un conocimiento amplio de los yacimientos arcillosos y los aditivos necesarios, así como el comportamiento de los hornos que son capaces de alcanzar temperaturas de 900ºC y controlando los mismos, tanto por lo que se refiere a temperaturas determinadas de antemano, como las comprendidas entre los 600º C y 900º C de las muestras estudiadas en este trabajo*. Este límite de temperaturas viene determinado por la presencia de calcita cuya temperatura límite de descomposición está situada en los 900º C. El tipo de atmósfera se ajusta a una oxidante, pues no se han encontrado compuestos ferrosos en su composición y si compuestos férricos, obteniendo por ello colores rojizos y claros en las cerámicas.

Se pone en evidencia que existen al menos dos grupos diferentes en estas cerámicas, *unas elaboradas con materiales calizos*, y las otras (CH-3), *con materiales más pobres en calcita, y más ricos en hierro y en aluminio*, materiales que pueden pertenecer a unas arcillas más descarbonatadas que las empleadas en las otras muestras.

TABLA 3

Ref.	Cuarzo	Calcita	Feldespatos	Filos. 10 Å	OTROS
CH-1	++	+++	+	+	
CH-2	++	++	+++	T	Hematites.
CH-3	++++	T	T	+	Hematites
CH-4	++	++	+++	T	Anfibol.piroxeno
C-1	++++	+	+	+	anfibol
C-11	+++	++	+	+	anfibol
C-27	++	++++	T	T	
C-236	+++	+++	+	T	dolomita

BIBLIOGRAFIA

AYALA JUAN, M. M., JIMENEZ LORENTE, S., MARTINEZ SANCHEZ, J., PEREZ SIRVENT, M. C., TUDELA SERRANO, L., GUILLEN MONDEJAR, F. 1995: «Aportaciones del estudio del sílex en la investigación del poblado de altura del Cerro de las Viñas (Lorca, Murcia)». *I Congreso Nacional del Neolítico Peninsular. Bellaterra-Gará*. Barcelona. En prensa.

ALIAS PEREZ, L. J., ORTIZ SILLA, R., MARTINEZ SANCHEZ, J. y LOPEZ CAMBRONERO, B. 1987: Proyecto LUCDEME. *Mapa de Suelos, escala 1:100000 (Coy-932)*. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, ICONA-Universidad de Murcia. 103 pp. Murcia.

BAENA, J., TORRES, T., GEEL, T., ROEP, B., UBALDO, J., FERNANDEZ, C., MARTINEZ, C., GRANADOS, F., PAN, T. y HERAS, A., 1977: *Mapa y memoria explicativa de la Hoja de Vélez-Blanco (952) del Mapa Geológico Nacional a escala 1:50.000*, IGME.

GUILLEN MONDEJAR, F. 1994: *La evolución espacio-temporal de la Cuenca de Lorca (Murcia). Aspectos Geológicos y Mineralógicos Básicos.* Tesis Doctoral. Universidad de Murcia. 467 pp.

NAVARRETE, M. S., CAPEL, J., LINARES, J., HUERTAS, E., y REYES, E., 1991: «*Cerámicas Neolíticas de la Provincia de Granada. Materias primas y técnicas de manufacturación.*» Monográfica Arte y Arqueología. Universidad de Granada. 250 pp.

APENDICE II

LA INDUSTRIA LITICA DE LOS POBLADOS EL CERRO DE LAS VIÑAS Y EL CHORRILLO BAJO DE LORCA, MURCIA.

María Manuela Ayala Juan
Sacramento Jiménez Lorente

DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA, PREHISTORIA, Hª ANTIGUA, Hª MEDIEVAL Y CIENCIAS HISTORIOGRÁFICAS

En este trabajo nos proponemos estudiar paralelamente las piezas retocadas de ambos yacimientos con la seguridad de encontrar similitudes así como diferencias debido a los distintos asentamientos prehistóricos del Cerro de las Viñas. Nuestro interés se centra en la posibilidad de ir estableciendo los nexos, a medida que avanza la investigación, entre las diferentes industrias líticas de sílex de aquellos yacimientos dosde se detecta la presencia neolítica. Es obvio que existen unas pervivencias de unas culturas a otras, pero aún así, creemos que al igual que ocurre en otros campos de la investigación, como en el caso de la cerámica, encontraremos las características particulares de cada una de ellas.

II. 1. Utillaje retocado:

Lascas. Las piezas presentan un retoque intencional y en algunos casos concretos está claro que es un retoque de uso.

En el Cerro de las Viñas son abundantes las piezas que tienen un retoque abrupto, directo y parcial (Fig. II, A, nº 2-3, 5, 8-10, 13-15 y 19-21). Generalmente en este yacimiento, los talones son lisos con la excepción de una lasca cuyo talón está retocado (Fig. II, A, nº 11), y en El Chorrillo Bajo un extremo proximal de lasca con el talón retocado (Fig. III, C, nº 2).

Hojas. Dentro de este grupo hemos hecho subdivisiones en función del tipo de retoque. Con filo bruto tan sólo hemos encontrado dos piezas en El Chorrillo Bajo (Fig. IV, D, nº 2 y 3).

- Hojas con retoques marginales. Representan casi la totalidad de las piezas, el retoque es directo o indirecto, parcial, marginal y abrupto (Fig. II, A, nº 22-25, 29 y 31; fig. III, C, nº 4, 9 y 13; fig. IV, D, nº 5 y 7). En un caso podemos hablar de retoque muy marginal y abrupto (Fig. II, A, nº 1).

- Hojas con retoque invasor. Tan sólo contamos con dos ejemplos, el retoque es de tendencia plana, bilateral y directo (Fig. IV, D, nº 6) y directo total e indirecto parcial y unilateral (Fig. II, A, nº 30).

Laminitas. Hemos documentado mayoritariamente fragmentos y su fractura debió ser accidental dada la fragilidad de estas piezas. Tienen el filo bruto (Fig. II, A, nº 33, 34, 36, 38, 40, 41, 46, 47, 50-52; fig. IV, D, nº 8-10).

Presentan un retoque directo, parcial y abrupto (Fig. II, A, nº 35, 39 y 44).

Las laminitas de dorso abatido parcial o total son escasas y sólo se han documentado en el Cerro de las Viñas (Fig. IV, E, nº 1-5).

Geométricos. De las doce piezas existentes, dos corresponderían a semicírculos aunque uno de ellos podría ser un trapecio al que se le ha rebajado tres lados (Fig. IV, D., nº 11 y fig. IV, E, nº 7). El representado en la Fig. IV, E nº 8, lo podemos clasificar como un rectángulo. Dos trapecios con retoque directo y total en dos lados (Fig. IV, E, nº 6 y 9).

El resto de las piezas sólo queda abatido un lado (Fig. IV, D, nº 12-16 y fig IV, E, nº 10), cabe la posibilidad de que estuvieran en proceso de elaboración, de que se fracturaran o simplemente que no consideraran necesario el retoque en un segundo lado. Finalmente hemos de destacar el deterioro existente en de uno de ellos, lo que nos ha hecho pensar en su uso (Fig. II, A, nº 57).

Perforadores. De un total de siete restos hallados, cuatro están elaborados sobre hoja (Fig. II, A, nº 58; fig. IV, D, nº 17 y fig. IV, E, nº 14-15), el resto sobre lasca, de las cuales dos son nucleiformes (Fig. II, A, nº 59; fig. IV, D, nº 18, y fig. IV, E, nº 16).

El extremo punzante de todos ellos queda suficientemente destacado con un retoque vertical o abrupto, directo y continuo. Como excepción, destacamos el retoque directo y cubriente e indirecto, marginal y abrupto de uno de ellos. (Fig. II, A, nº 58).

Puntas de flecha. Las puntas de flecha de ambos yacimientos aportan una variada tipología, máxime teniendo en cuenta el asentamiento calcolítico del Cerro de las Viñas, debido a ello, aunque todas están representadas en las distintas láminas, nos centraremos en la de similar morfología. Romboidales (Fig. IV, D, nº 26, 27 y 32; fig. III, B, nº 11, 12 y 24). Cruciformes (Fig. III, B, nº 15 y 21). Las puntas de flecha triangulares con aletas y pedúnculo son las más abundantes.

El retoque es plano, bifacial, total o parcial; en algún caso es cubriente y bifaz (Fig. III, B, nº 8, 14 y 23; fig. IV, D, nº 24 y 29).

En ambos yacimientos aparecen piezas que se encuentran en proceso de elaboración (Fig. III, B, nº 7 y 20; fig. IV, D, nº 30). Por otro lado es interesante constatar la presencia de puntas de flecha que las podríamos calificar como de «*mala factura*» aunque es posible que al igual que decíamos anteriormente acerca de los geométricos, no fuese necesario retocarlas más. Una de ellas es del tipo cruciforme con retoque invasor total en el reverso y parcial en el anverso y con una sola aleta (Fig. III, B, nº 18) la segunda triangular con pedúnculo y aletas, una de ellas muy incipiente, el retoque es invasor en ambas caras (Fig. IV, D., nº 28).

Raspadores. Escasamente representadas en El Chorrillo Bajo con dos ejemplares sobre lasca nucleiforme (Fig. IV, D, nº 19-20). En El Cerro de las Viñas son más abundantes, un total de nueve piezas realizadas todas sobre lasca (Fig. II, A, nº 60-63; fig. III, B, nº 1-2 y fig. IV, E, nº 11-13). Hay un ejemplar que nos ofrece cierta duda

y en este caso estaría elaborado sobre una lasca de descortezado (Fig. II, A, nº 16).

Parece evidente las concomitancias entre la industria lítica de ambos yacimientos en cuanto a la morfología de hojas, raspadores, geométricos y puntas de flecha. Este estudio comparativo nos confirma la presencia de un primer asentamiento neolítico en El Cerro de las Viñas. Es cierto que de algunas piezas como las puntas de flecha y dientes de hoz (Fig. II, A, nº 55 y 56) no encontramos paralelos en El Chorrillo pues corresponden a periodos culturales posteriores, concretamente calcolítico y argárico. La presencia de puntas de flecha con retoque invasor y bipolar parece ser que nos retrotraería a un neolítico medio e incluso antiguo.

Queda clara la pervivencia del epipaleolítico en el neolítico así como la de éste en el periodo posterior, pero, aceptando lo anteriormente expuesto, creemos que existen unas diferencias morfológicas y de técnica de retoque que caractericen cada periodo. Esperamos que en sucesivos estudios podamos determinarlos claramente.

BIBLIOGRAFIA

ARRIBAS, A y MOLINA, F. 1979: «El poblado de los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)». *XII, C.A.N. (Vitoria, 1973)*. 389-406 pp. Y en el Corte I (Campaña de 1971) C.P.U. GRA. Serie monográfica nº 3, pp. 123-138.

ASQUERINO, M. D. y LOPEZ, P. 1981: «La Cueva del Nacimiento (Pontones), un yacimiento neolítico en la sierra del Segura» «*Trabajos de Prehistoria*» nº 38. Madrid, pp. 109-152.

AYALA JUAN, M. M., JIMENEZ LORENTE, S., MARTINEZ SANCHEZ, J., PEREZ SIRVENT, M. C., TUDELA SERRANO, L., GUILLEN MONDEJAR, F. 1995: «Aportaciones del estudio del sílex en la investigación del poblado de altura del Cerro de las Viñas (Lorca, Murcia)». *I Congreso Nacional del Neolítico Peninsular. Bellaterra-Gavá*. Barcelona. En prensa.

JUAN CABANILLES, J., 1984: «El utillaje neolítico en sílex del litoral mediterráneo peninsular. Estudio tipológico-analítico a partir de materiales de la Cova de l'Or y de la Cova de la Sarsa», *Saguntum* 18. Universitat de València, pp. 30-102.

JUAN CABANILLES J. 1991: «Las hoces prehistóricas» en BONET, H., LLORENS, M. M., PEDRO, M., J., *Un segle d'Arqueologia Valenciana*. B. MARTI OLIVER, (Dir.) Servei d'investigació prehistòrica i museu de Prehistoria de la Diputació de València. H. BONET ROSADO, (Dir.) Exposició de Un segle d'Arqueologia Valenciana. Ed. Servei d'investigació prehistòrica i museu de Prehistoria de la Diputació de València. València, pp. 54-55.

JUAN CABANILLES J. 1994: «Estructuras de habitación de la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). Resultados de las campañas de 1980-82 y 1990)», *Saguntum* 27. Universitat de València, pp. 67-97.

MARTINEZ SANCHEZ, C. 1988: «El Neolítico en Murcia», P. LOPEZ (Coor.), *El Neolítico en España*, Cátedra. Madrid. pp. 167-194.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1975: «Consideraciones sobre el Neolítico español», *Memorias de la Universidad de Barcelona*, Instituto de Arqueología y Prehistoria. Barcelona, pp. 24-40.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1976: «El Neolítico Continental andaluz», *VII Simpósium de Prehistoria Peninsular*, Córdoba.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1983: «El poblamiento antiguo en la provincia de Murcia», *Cuadernos de Historia*, X. Instituto Jerónimo Zurita. Madrid.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1984: «La Neolitización en España: problemas y líneas de investigación», en J. FORTEA (Ed.), *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*, Salamanca, pp. 349-369.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1986: «El Neolítico y los comienzos del Cobre en el Sureste», en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Madrid, pp. 152-156.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1987: «Los Contactos en el área del estrecho durante el Neolítico», Congreso Internacional *El Estrecho de Gibraltar, Ceuta*, noviembre 1987. Universidad Nacional a Distancia, pp. 183-191.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1989: «Los caminos durante el Neolítico y Eneolítico», *Caminos de la Región de Murcia*, Murcia, pp. 57-64.

OLARIA, C. 1977: «Las dataciones de C14 en el País Valenciano» *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 4, Castellón, pp. 271-280.

OLARIA, C. 1980: «Asentamientos neolíticos en la provincia de Castellón», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* nº 7, Castellón, pp. 42-82.

OLARIA, C. 1986: «El Neolítico en las comarcas castellonenses» en Pilar López Coor. *El neolítico en España*. Ed. Cátedra. Madrid. pp. 101-130.

OLARIA, C., ESTEVEZ, J. E YLL R. 1982: «Domesticación y paleoambiente de la Cova Fosca» *Actas del Colloque International de Prehistoire, Montpellier*. Archeologie en Languedoc, nº especial, pp. 107-120.

OLARIA, C., GUSI, F. 1983: «Cova Fosca: cazadores y pastores en el Maestrazgo, *Revista de Arqueología* nº 27, año IV, segunda época, Madrid, pp. 18-36.

PEDRO MICHO, M. J. de, 1985: «La industria lítica de la Mola d'Agrés (Agrés, Alicante). *Saguntum* 19, Universitat de València, pp. 85-106.

RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1982: «La economía de la Península Ibérica durante el Neolítico, en *Le Néolithique Ancien Mediterranéen. Actes du Colloque International de Préhistoire*. Montpellier 1981. Archéologie en Languedoç, Montpellier, pp. 181-190.

RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1986 a: «Economía neolítica en la Península Ibérica», *Revista de Arqueología, I*, 60, abril, pp. 32-42.

RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1986 b: «Economía neolítica en la Península Ibérica», *Revista de Arqueología, II*, 61, mayo, pp. 6-12.

RUBIO DE MIGUEL, I. L. 1988: «La economía de subsistencia en el Neolítico hispano», en P. LOPEZ (Coord.), *El Neolítico en España*, Cátedra, Madrid, pp. 337-418.

VICENT GARCIA, J. M. 1988: «El origen de la economía productora. Breve introducción a la Historia de las Ideas», en P. LOPEZ (Coord.), *El Neolítico en España*, Cátedra, Madrid, pp. 11-58.

VICENT, A. M., MUÑOZ, A. M. 1973: «Segunda Campaña de Excavaciones en la Cueva de los Murciélagos de Zuheros (Córdoba) 1969», *Excavaciones Arqueológicas en España* 17, Madrid.

APENDICE III

CERAMICA, MALACOLOGIA, UTILES OSEOS Y PETREOS DEL POBLADO EL CHORRILLO BAJO DE LORCA, MURCIA.

María Manuela Ayala Juan
Carlos Alarcón Martínez
Angeles Martínez Sánchez
Sonia Milá Otero
Carolina Ruiz Carbonell
Leopoldo Sánchez Lozano

DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA, PREHISTORIA, Hª ANTIGUA, Hª MEDIEVAL Y CIENCIAS HISTORIOGRÁFICAS.

Se han contabilizado un total de setecientos veinticuatro fragmentos cerámicos de los cuales docientos treinta son paredes, ciento quince bordes, trece asas y veinticuatro bases. Entre los elementos de suspensión existen treinta y siete tetones y dos lengüetas.

Del total cuantificado de los bordes treinta son biselados interiores, dos tienen un realce interior y seis exterior, veintiocho son redondeados y treinta y ocho ovalados, tan sólo hemos contabilizado cinco ovalados. Un borde biselado interior, posee carca del borde un orificio cónico, realizado con un útil de sílex para reparar la vasija y poder seguir utilizándola como contenedor de elementos sólidos.

Referente a la dirección de las paredes el mayor porcentaje existente es el divergente con sesenta y ocho, las reentrantes veintiocho y las paredes rectas son las más escasas con un total de veintitrés.

Ciento diez y seis fragmentos tienen la boca circular mientras que dos ofrecen una tendencia oval, un borde por ser bastante pequeño no lo podemos adscribir a ninguna de esas dos características.

Del total de las veinticuatro bases de las vasijas son mayoritariamente planas, diecinueve y cuatro son convexas.

En cuanto a la textura de las pastas trescientas cincuenta y tres las poseen compacta, quince harinosa y doscientas once escamosa. La molienda de su desgrasante presenta «de visu» algún grano muy grueso superior a los cinco milímetros, contabilizado en ciento sesenta y siete fragmentos, otros, ciento treinta y ocho, lo poseen entre uno y cinco milímetros, treinta de un milímetro de grosor y veintiséis su totalidad es inferior al milímetro de grosor.

La mayoría de los fragmentos están simplemente alisados, trescientos veinte, bruñidos tenemos treinta y tres y con marcados *arañazos* intencionados realizados con escobilla dura (Navarrete Enciso, 1976, 193) como elemento decorativo, un total de catorce.

Trescientas treinta y cinco poseen un acabado medio, diez parecen estar realizados por una alfarera carente de toda experiencia o bien son las primeras vasijas que «levanta». Quince tienen una terminación muy buena y depurada.

Con almagra poseemos quinientos veintisiete fragmentos, doscientos diecisiete con engobe y catorce presentar una ornamentación con el bruñido de espátula muy marcado, intencional, preferentemente vertical.

La cocción es mayoritariamente oxidante, un centenar la presenta reductora y cincuenta y nueve alternante.

Entre los útiles pétreos hay hachas y fragmentos de piedra pulimentada y bolas con desgaste de uso. Todos los artefactos pétreos son de pórfido.

Cuarenta y cuatro restos óseos tenemos inventariados, ocho practicados sobre tibia (Ch-3, Ch-5, Ch-6, Ch-7, Ch-11, Ch13, Ch-14 y Ch15) y uno en cúbito de lagomorfos. El resto sobre ovicaprinos, uno de ellos Ch 33, presenta tras su fractura, una reutilización posterior muy acusada por su brillo de uso. Dos astas de ovicápridos, dos con huellas de uso de haber sido punzón/puñal (Ch-4A y Ch-22), una tercera ha sido utilizada para la producción de cordelería y retorcer las fibras naturales además de otra utilidad ya que posee un biselado en su punta con huellas y brillo de uso (Ch-21). Al igual que ésta, existe el fragmento distal de otra con su bisel más pronunciado (Ch-23).

Se han documentado doce restos malacológicos. Dos de ellos Gasterópodos, Ch-33: *Patella ferruginea, Gmelin*, con perforación intencional para la suspensión y con todo su perímetro marginal dentado recortado. Brillo de uso. Ch-34: *Patella ferruginea, Gmelin*, con un recorte mayor que la anterior de su perímetro marginal dentado, abundante brillo de uso sobretodo la zona anterior dorsal y el recorte perimetral. Ch-37: *Corelliophila meyendorffi, Calcara*, Fragmentada toda la espira y sin labios dentales. Brillo de uso.

Bivalvos o lamelibranquios, Ch-26: *Glycymeris glycymeris, Linneo*, pulida su perímetro ventral para ser utilizada como cuchara/recogedor. Posee adherencias de tejido en su interior. Ch-27 *Glycymeris bimaculata*, utilizada como cuchara, su zona ventral con impregnaciones de almagra. Carece de dientes y tiene entalladuras producido por un desgaste de uso continuado. Ch-28: *Glycymeris glycymeris, Linneo*, al igual que las anteriores desgaste producido por el uso. Ch-29: *Glycymeris glycymeris, Linneo*, tan sólo conserva la zona del umbo y éste se encuentra perforado por la abrasión marina. Ch-30: *Cardiidae Acanthocardia tuberculata, Linneo*, posee marcado brillo de uso. Ch-31: *Mactra corallina*, fragmento proximal con el umbo perforado para un uso decorativo. Ch-32: *Cardiidae Laevicardium norvegicum, Spengler*, fragmentada por el uso la zona marginal dental desde la línea paleal. Ch-35: *Ostrea stentina Pyrandeau*, posee un orificio causado por parásito. Ch-36: *Arca noae, Linneo*, abundante desgaste en la zona dorsal producido por el roce continuado de uso como cuchara o recogedor.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 59 - 71

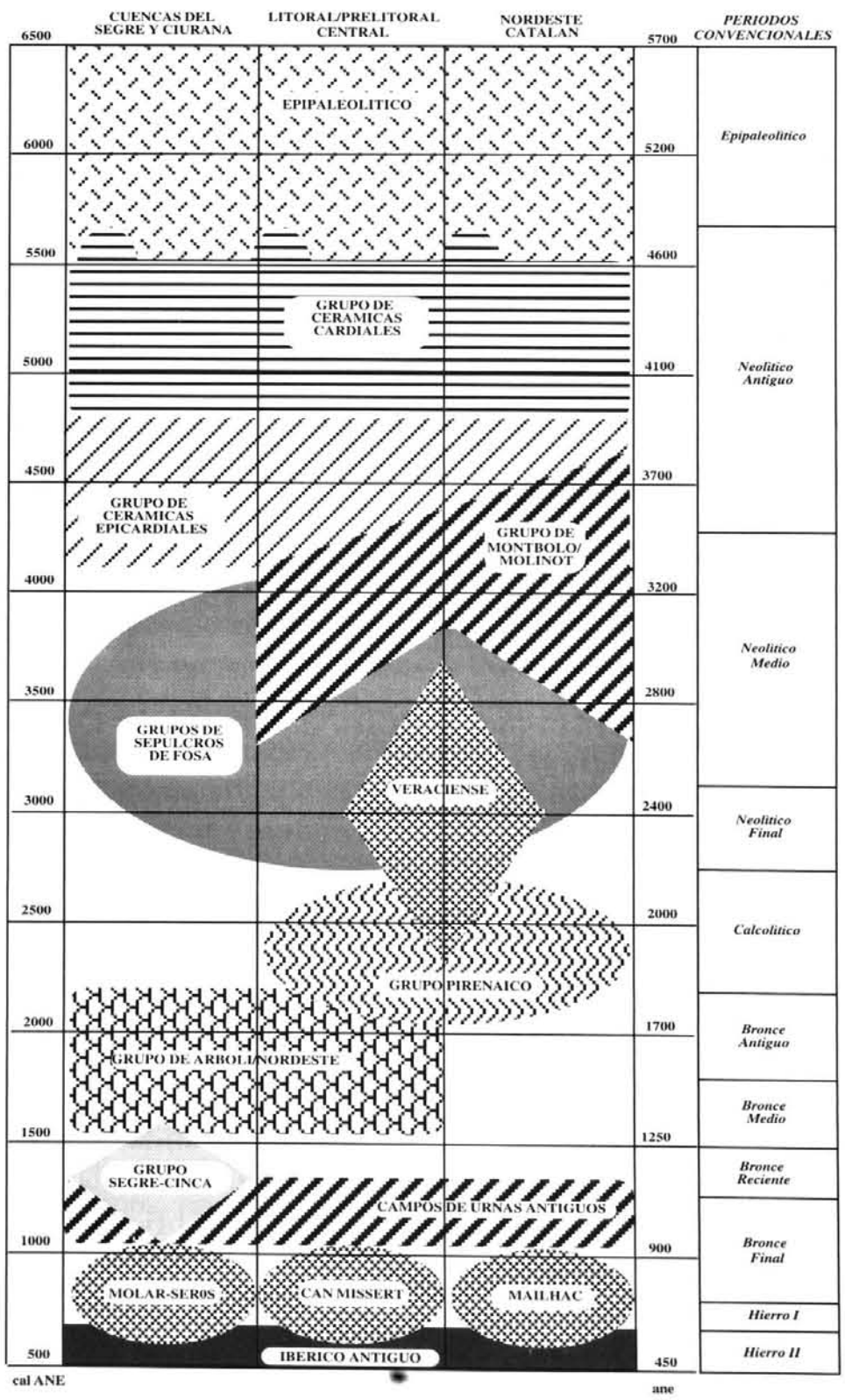
ORGANIZACION SOCIAL Y ESTRATEGIAS PRODUCTIVAS EN CATALUNYA DESDE EL VI MILENIO HASTA EL SIGLO VII CAL ANE

M.ª E. Sanahuja Yll
R. Micó Pérez
P. V. Castro Martínez
UNIVERSITAT AUTONOMA DE BARCELONA

En los últimos años se observa un creciente interés por el conocimiento de la organización social y económica de las sociedades prehistóricas peninsulares, aunque la investigación continúa básicamente centrada en seriaciones crono-tipológicas y en la definición de entidades arqueológicas (culturas, horizontes o *facies*). Pese a la indudable importancia de esta labor, no es menos evidente que el énfasis casi exclusivo en estas cuestiones ha desatendido la elaboración de estudios globales sobre las estrategias subsistenciales, la organización de la producción y las formas de relación socio-política(1). Además, todavía son escasos los análisis faunísticos, botánicos y de otros materiales de interés económico, por lo que el alcance de cualquier interpretación resulta muy limitado y provisional.

Esta situación afecta al conjunto de la investigación sobre la prehistoria peninsular. En lo que respecta a los territorios ocupados por la actual Catalunya, nuestro objeto de estudio en este trabajo, hay que añadir además los problemas derivados de la controvertida definición material y cronológica de algunos periodos de su secuencia prehistórica. La vía de solución adoptada aquí reside en la aplicación del tratamiento estadístico de dataciones calibradas de C14 como único medio para ubicar inequívocamente en su tiempo las manifestaciones materiales. Teniendo en cuenta la periodización derivada de este análisis, en las páginas siguientes presentaremos un esbozo de la dinámica socio-económica a largo plazo de las comunidades prehistóricas que habitaron el Nordeste peninsular en la Prehistoria Reciente.

El cuadro cronológico (fig. 1) resultante de la calibración y análisis de un centenar de dataciones válidas de C14 (Castro *et alii* 1995a, 1995b) muestra la temporali-



PERIODOS CONVENCIONALES Y GRUPOS ARQUEOLOGICOS DEL TERRITORIO DE LA ACTUAL CATALUNYA (ENTRE EL 6.500 Y 500 ANTES DE NUESTRA ERA)

(1) Como excepciones a esta tónica, hay que mencionar la obra de síntesis de Maluquer de Motes (1972) o, para el área catalana, el trabajo de Rovira y Santacana (1980).

dad de las principales entidades arqueológicas que nos ocupan. Los problemas que restan por resolver son todavía numerosos y se deben básicamente a la escasez de dataciones o a las dificultades en la definición de ciertos periodos o culturas. Los desajustes más importantes hacen referencia al solapamiento cronológico de conjuntos materiales pretendidamente sucesivos. Así, la última fase del Neolítico Antiguo, el llamado Postcardial Evolucionado (a su vez, segregado en las *facies* Montbolo y Molinot/Penedès) resulta parcialmente contemporáneo a algunas manifestaciones epicardiales y, lo que es más llamativo, a conjuntos materiales de la cultura catalana de los Sepulcros de Fosa que definen tradicionalmente el Neolítico Medio. El problema de solapamiento se extiende también al considerar las expresiones iniciales del Neolítico Final/-Calcolítico precampaniforme encuadradas en la cultura de Véraza, ya que sus testimonios más antiguos resultan sincrónicos a los Sepulcros de Fosa e, incluso, a las últimas perduraciones del Neolítico Antiguo Postcardial Evolucionado. Más adelante, hallamos las manifestaciones de los estilos de filiación campaniforme (Pirenaico y Arbolí, ligado este último al Grupo del Nordeste de inicios de la Edad del Bronce), cuya relación con la periodización clásica de la Edad del Bronce todavía es objeto de polémica, pero que son claramente coetáneas a grupos clásicos peninsulares, como el argárico, tradicionalmente vinculados al Bronce Antiguo y Medio. Las últimas etapas de la Edad del Bronce muestran también paradojas importantes: el Bronce Medio y el Bronce Final I (o Bronce Reciente) apenas pueden diferenciarse y, además, la mayor parte de sus fósiles directores perduran en el Bronce Final II y IIIA, aunque estos últimos periodos se identifiquen con la aparición de cerámicas del estilo de los Campos de Urnas Antiguos. Los inicios del I milenio también presentan problemas, utilizándose la terminología de Bronce Final/Hierro Inicial para hacer referencia a las manifestaciones de los Campos de Urnas Recientes y del Hierro que se inician hacia 1100-1000 y que continúan hasta la consolidación de la cultura Ibérica hacia el año 600.

Las primeras comunidades neolíticas en Catalunya (c. 5500-4000 cal ANE).

La mayoría de las investigadoras/es señala que el Neolítico del Mediterráneo occidental no puede ser definido como un fenómeno totalmente autóctono, al menos si consideramos el origen externo de las principales especies domesticadas: trigo, cebada y, probablemente, cabras y ovejas. De hecho, los testimonios más antiguos de estas especies domésticas se remontan a los milenios IX-VIII en diversas zonas del Próximo Oriente y del Mediterráneo oriental. Trigo y cebada, en sus variantes vestidas y desnudas, fueron las especies vegetales explotadas en las primeras etapas de la domesticación, a las que habría que sumar las leguminosas (guisantes, lentejas y habas). En cuanto a la fauna, las especies mejor representadas son la oveja y la cabra, cuya procedencia geográfica, asiática u occidental, todavía no resulta clara. Además se consumieron bóvidos y cerdos, para los que se admite la presencia de antepasados salvajes en Europa.

En este contexto, se ha indicado que las primeras manifestaciones de la domesticación en la cuenca mediterránea coincidieron con la presencia de cerámicas impresas cardiales. Estas se documentan en yacimientos datados entre finales del VIII e inicios del V milenios en los Balcanes, Península Itálica, Norte de Africa, islas del Mediterráneo central, Midi francés y, en la Península Ibérica, en lugares como Coves Gran y Freda, del Toll, de Can Sadurní, de l'Esquerda de les Roques del Pany (Barcelona), del Parco (Lleida), de l'Or, de les Cendres (Alacant) o de la Sarsa (València).

Actualmente, este esquema difusionista se mantiene a grandes rasgos (Bernabéu, Aura y Badal 1993). Sin embargo, el panorama puede cambiar si se tiene en cuenta la gran antigüedad (VII milenio) de los contextos con evidencias de domesticación pero con cerámicas incisas e impresas no cardiales de Cueva de la Dehesilla (Cádiz) y Cueva Chica de Santiago (Sevilla) (Pellicer y Acosta 1982) y Cova Fosca (Castelló) (Olaria 1988), o con cerámicas lisas, como el Abrigo de Verdelpino (Cuenca) (Fernández-Miranda y Moure 1975).

Ante esta situación, se barajan tres hipótesis para explicar la dinámica específica de la neolitización occidental: difusión, autoctonismo y aculturación. La primera señala que grupos de colonos llegados a la Península trajeron consigo la cerámica cardial, los cereales y los ovicápridos. En favor de esta idea se apunta lo inédito de estas novedades en la región. La segunda plantea que los grupos epipaleolíticos del Sur de Francia y de la fachada oriental de la Península desarrollaron, durante el VII milenio o incluso antes, la domesticación de algunas especies locales de animales (cabras, bóvidos, cerdos) y quizás ciertas variedades de leguminosas. Por último, el tercer planteamiento intenta conciliar los dos anteriores, indicando la contemporaneidad de tres tipos de comunidades: (1) grupos representativos de un neolítico "puro" que utilizaron artefactos novedosos (cerámica cardial, hojas y dientes de hoz en sílex, cucharas de hueso) y cuyos restos alimentarios corresponden a especímenes domésticos de origen oriental; (2) grupos cazadores-recolectores que mantuvieron sus estrategias de subsistencia y su utillaje de tradición epipaleolítica, aunque incorporaron algunas cerámicas y el consumo esporádico de animales domésticos; (3) grupos que continuaron con las antiguas prácticas de caza y recolección[2].

Frente a esta controversia, los interrogantes sobre los inicios de la producción artificial de alimentos no pueden recibir una respuesta uniforme, dado que las comunidades de esta época adoptaron una gran variedad de formas de subsistencia. Probablemente algunos grupos protagonizaron ensayos de domesticación de especies locales en un contexto de incremento de las demandas sociales sobre la esfera de la producción alimentaria. Resulta factible pensar que estos grupos potenciaron la adquisición de especímenes domésticos de origen foráneo, cuyas características se adaptasen bien a las condiciones ecológicas del Mediterráneo oc-

(2) Para una reciente y actualizada revisión de la problemática, puede consultarse Schumacher y Weniger (1995).

cidental, a los rendimientos económicos requeridos y a las exigencias sociales de su gestión. De hecho, como Cohen (1977) ha subrayado, las especies vegetales mejor representadas poseen como cualidades más significativas una alta productividad y una notable capacidad de conservación. Ante las crecientes demandas alimentarias, las propias comunidades occidentales en bloque, o quizás ciertos sectores de ellas con el suficiente poder, promovieron la aceptación de las nuevas especies. Su difusión pudo efectuarse mediante redes de intercambio entre las comunidades ribereñas del Mediterráneo. En este contexto, la cerámica cardial constituyó, probablemente, un tipo de artefacto valorado en el marco de las alianzas socio-políticas que facilitaron los intercambios. Las similitudes entre algunos motivos antropomorfos y esquemáticos que decoran estas cerámicas y las representaciones pictóricas del llamado arte macroesquemático de las comarcas alicantinas de El Comtat, Marina Alta y Marina Baixa (abrigos de Plà de Petracós, La Sarga, Racó de les Basses) (Martí Oliver y Hernández 1988) refuerza las connotaciones simbólicas de estos recipientes. Por otro lado, su amplia distribución podría explicarse por la práctica de la exogamia entre grupos aliados.

Se tiende a admitir que la forma de cultivo más simple es la roza. Esta consiste en la quema de vegetación silvestre, la tala de troncos carbonizados y la siembra en el suelo fertilizado por las cenizas. Esta técnica requiere una baja inversión de energía, ya que el desmonte es obra del fuego, y un instrumental poco sofisticado (hachas de piedra y palos cavadores). La roza podría ser responsable de la disminución en el porcentaje de especies arbóreas (principalmente robles), constatada tras las primeras ocupaciones neolíticas (Agustí *et alii* 1987; Blasco *et alii* 1988; Burjachs y Ros 1992; Martín 1992; Riera 1994). Los bosques mediterráneos fueron progresivamente sustituidos por especies que colonizan los terrenos quemados, configurando paisajes en los que dominaban cada vez más los espacios abiertos y la vegetación de arbustos y herbáceas. A partir del análisis de maderas carbonizadas procedentes de varios yacimientos del litoral mediterráneo, Vernet (1991) señala que el impacto humano sobre el medio fue ya notorio en un momento avanzado del Neolítico, que puede situarse a inicios del IV milenio cal ANE.

Con la práctica de la roza, los suelos se agotan al término de dos o tres años, lo que obliga a abandonar las parcelas cultivadas, a la espera de que la vegetación natural se regenere y permita comenzar de nuevo el ciclo. Ello impone una notable movilidad a los grupos humanos, que deben desplazarse periódicamente a la búsqueda de nuevas tierras. Esta circunstancia no contradice las informaciones sobre el carácter semipermanente de los lugares de ocupación de esta época, tales como los poblados al aire libre formados por cabañas, silos y fosas de funcionalidad todavía incierta (Les Guixeres y Pla de la Bruguera en Barcelona o La Draga y Plansallosa en Girona) y las cuevas o abrigos, utilizados como almacenes de alimentos, refugios para el ganado, estaciones de caza o lugares de enterramiento y de culto. Estos diferentes tipos de asentamientos testimoniarían un patrón de poblamiento basado en el aprovechamiento itinerante de los recursos.

No obstante, el reciente hallazgo de leguminosas cultivadas (habas, guisantes) en La Draga (Tarrús *et alii* 1993) sugiere la posibilidad de que, en lugar de la roza, las primeras comunidades campesinas practicaran el cultivo alterno de cereales y leguminosas, siguiendo tal vez un régimen de barbecho. Este sistema evita el agotamiento rápido de la tierra y proporciona una productividad elevada. De ser así, las comunidades habrían invertido en fecha temprana una notable cantidad de trabajo para mantener campos de cultivo estables y permanentes. No obstante, esta posibilidad contradice la provisionalidad inferida a partir de las características de los lugares de habitación. Sea cual fuere la modalidad de cultivo adoptada, las especies mejor representadas son el trigo (en especial su variante desnuda y dura *Triticum aestivo-compactum* o *durum/aestivum*) y la cebada vestida o desnuda (Buxó 1992), especies que pudieron ser cultivadas conjuntamente para reducir los riesgos de mala cosecha y que se presentan en proporciones variables.

En cuanto a la ganadería, parece que durante las primeras etapas de la domesticación los animales se destinaban casi exclusivamente a la satisfacción de la demanda de carne. Los pocos estudios faunísticos con los que contamos en Catalunya obligan a referirnos a los efectuados en la Cova de l'Or, donde el 75% de los ovicápridos sacrificados eran jóvenes, hecho que revela el aprovechamiento de los animales cuando éstos alcanzaban un óptimo de masa cárnica (Martí Oliver 1992). Este mismo fenómeno suele observarse también a propósito de bóvidos y cerdos. Los datos apuntan a que los rebaños no eran demasiado numerosos y que no toda la comunidad estaba implicada en su cuidado. Tal vez un sector de la misma acompañó a los rebaños en determinadas épocas del año en busca de pastos cercanos. En este marco de desplazamientos cortos, algunas cuevas constituyeron puntos de refugio ocasional.

Finalmente, hay que señalar que la caza mantuvo una relevancia variable. Mientras que en algunos yacimientos, como la Cova del Frare (Barcelona), los restos de fauna salvaje son muy escasos (Martín y Estévez 1992), en otros, como la Cova de Can Sadurní (Barcelona), la caza de ciervos, corzos y jabalíes proporcionó el 70% de la dieta cárnica (Blasco *et alii* 1988). Por el momento, desconocemos en Catalunya, a diferencia del País Valencià, establecimientos sincrónicos a los del Neolítico Antiguo donde perduraran las prácticas de caza y recolección en su variante tradicional o aculturada, quizás debido al hecho de que los programas de datación absoluta resultan todavía limitados.

La agricultura y la ganadería requirieron nuevos instrumentos de producción, procesado y almacenaje de alimentos, que en la línea de una mayor sedentarización de los grupos, eran más difíciles de transportar. El elemento más significativo, aunque no exclusivo de las sociedades agro-ganaderas, es la cerámica. Los recipientes más comunes fueron los vasos esféricos y las jarras, provistos de asas y mamelones y decorados con impresiones. Se destinaron al almacenamiento de semillas y líquidos, así como a la preparación y consumo de los nuevos componentes de

la dieta, en la cual cobraron importancia las gachas y las sopas. Los útiles vinculados más directamente con la agricultura están representados por hachas y azuelas de piedra pulida, dientes de hoz de sílex y molinos de mano. El repertorio artefactual se completa con colgantes y cuentas de collar de piedra, hueso o concha, brazaletes de mármol y pizarra, y cucharas, punzones, alisadores y anillos de hueso. Se admite que la fabricación de estos artefactos no corrió a cargo de especialistas, sino que cada unidad productiva se encargaba de esta actividad. No obstante, la buena calidad y cuidada factura de la mayoría de los vasos cardiales exigieron una inversión de trabajo y unos conocimientos técnicos notables, lo que sí sugiere una cierta especialización de los individuos que los fabricaron.

La afirmación de que las sociedades neolíticas fueron igualitarias se ha instituido como un tópico. Al mismo tiempo, se ha considerado que la domesticación constituyó un hecho crucial para el surgimiento posterior de desigualdades sociales permanentes. Ambas concepciones deben ser replanteadas, ya que a menudo ocultan realidades muy distintas.

En primer lugar, el pretendido igualitarismo de las sociedades horticultoras ha sido puesto en tela de juicio por la antropología (Meillassoux 1977). De hablar de igualdad entre individuos con plenos derechos, ésta sólo se daría entre la población de hombres adultos, mientras que las mujeres y los individuos jóvenes mantendrían una posición subordinada. Un reflejo de esta situación y del poder social de los hombres en el neolítico de Catalunya y en el País Valencià son las pinturas del llamado arte rupestre levantino, siempre y cuando admitamos su contemporaneidad con las primeras sociedades agropecuarias[3] y a pesar del androcentrismo que rezuman sus estudios (Escoriza 1996). Estas manifestaciones pictóricas muestran escenas de caza y de combates entre grupos de arqueros que patentizan el valor socio-simbólico atribuido a las actividades masculinas. La caza, que sólo aportaba una parte reducida de la dieta, simbolizó los valores dominantes en muchas comunidades del área mediterránea peninsular. Mientras tanto, las tareas ligadas al cultivo y la recolección, presumiblemente asumidas por el sector femenino, fueron escasamente representadas.

El dominio masculino pudo fortalecerse mediante la gestión centralizada del almacenamiento (alimentos y semillas para la siembra), de la coordinación de la mano de obra (para la preparación de campos, la vigilancia de cultivos y rebaños y las labores de la cosecha), del intercambio de materias primas y objetos y de las relaciones violentas con otras comunidades. De ser así, habría que hablar de explotación de los hombres adultos sobre las mujeres y los individuos jóvenes. Además, el crecimiento demográfico de las sociedades neolíticas repercutió en un incremento del trabajo de las mujeres en la reproducción y la crianza de niñas y niños. De no mediar compensaciones laborales por parte de la población masculina en los restantes ámbitos de la actividad productiva (agricultura, ganadería, recolección, manufactura), la calidad de vida de las mujeres debió reducirse paralelamente a la consolidación de las sociedades neolíticas.

Las pinturas levantinas también informan del desencadenamiento de combates (Les Dogues y Cova del Roure, en Castelló) e incluso de posibles ejecuciones (Cova Remigia, Cingle de la Gasulla y Cova Saltadora, en Castelló). Estas situaciones conflictivas atestiguan luchas por el control de recursos o territorios. En suma, el panorama de convivencia social en las primeras etapas del neolítico revela un cuadro multiforme de grupos locales semisedentarios con desigualdades internas en función del sexo y la edad. Resulta difícil documentar instituciones de poder centralizado a nivel regional. Estas se desarrollaron posteriormente, coincidiendo con la consolidación territorial y política de las comunidades agropecuarias.

La consolidación de la colonización agropastoril (c. 4000-2500 cal ANE).

Desde inicios del IV y hasta mediados del III milenio, los grupos agro-pastoriles fueron extendiéndose progresivamente por el territorio y tornándose más estables. Este hecho coincide con la proliferación de tradiciones y variedades locales en los ámbitos artefactual, funerario y habitacional. En las comarcas litorales y prelitorales al Norte del Ebro, los grupos agro-ganaderos ocuparon intensamente las tierras llanas y se extendieron hacia las tierras altas interiores. Estas poblaciones adoptaron el rito de enterramiento individual en fosa, aunque, junto a esta práctica, coexistieron formas de inhumación de carácter colectivo en sepulcros megalíticos o en cuevas. A esta diversidad se añade la coexistencia de diversas tradiciones de artefactos. Los asentamientos de estos nuevos grupos no reflejan preocupaciones defensivas. Se trata de establecimientos en las zonas llanas y fértiles formados por estructuras arquitectónicas poco sólidas (cabañas, silos y vertederos excavados en el suelo), como las conocidas en Bóbila Madurell (Barcelona), representante de la llamada cultura de los Sepulcros de Fosa catalanes (c. 4100-2800 cal ANE). Otras comunidades parcialmente contemporáneas en Catalunya y el Midi francés en el IV milenio cal ANE utilizaron ciertas cerámicas y conjuntos artefactuales diferenciados, que han permitido definir las *facies* de Montboló, Molinot o la cultura de Véraza. Sus ocupaciones se han localizado en cuevas (Toll, Frare, Font del Molinot) o en poblados al aire libre con estructuras excavadas en el suelo y en los que, ocasionalmente, se han registrado estructuras en piedra (El Coll en Barcelona, Ca n'Isach en Girona).

Todas estas comunidades conformaron un heterogéneo mosaico de grupos contemporáneos. Se ha sugerido que las comunidades campesinas ocuparon las tierras bajas y que las pastoriles se situaron en las zonas de montaña, aunque los estudios paleoeconómicos son todavía muy fragmentarios para confirmarlo. Los datos carpológicos indican un afianzamiento de las estrategias agrícolas acompañado por una presencia mayor de leguminosas cultivadas (Buxó 1992). En cuanto a la ganadería, se ha

(3) La cronología de este tipo de manifestciones todavía es objeto de polémica. En relación a la postura adoptada en este trabajo, véase Martí Oliver y Hernández (1988).

observado un incremento en el porcentaje de carne consumida de bóvidos y cerdos, frente a ovejas y cabras, que habían tenido mayor peso en los inicios del Neolítico (Martín 1992).

La creciente estabilización territorial se manifiesta también en la práctica de los diversos rituales funerarios. El enterramiento de cada miembro de un grupo se efectuaba en lugares funerarios comunitarios, que podían adoptar el carácter de sepulcro colectivo, cuando un mismo contenedor acogía sucesivamente a diversos individuos, o bien presentar la forma de necrópolis de tumbas individuales. Diversos autores/as han señalado que los cementerios organizados constituyen marcas simbólicas del territorio controlado y explotado por una comunidad. Chapman (1981) ha indicado que, durante las coyunturas de crisis subsistencial o de competencia intergrupal por los recursos de un territorio (tierra cultivable, pastos, agua), cabe esperar que cada comunidad busque mecanismos para reafirmar sus derechos sobre aquéllos. De ser así, la proliferación de manifestaciones funerarias que se documentan en Catalunya a partir de c. 4000 cal ANE podría responder a situaciones de conflicto y de tensiones por el control de ciertos territorios. Por otra parte, la construcción o acondicionamiento de un sepulcro y la celebración de exequias constituirían ocasiones propicias para reforzar la cohesión socio-ideológica del grupo, ocultando las desigualdades internas y neutralizando eventuales tendencias a la fisión o a la subversión del orden dominante.

La construcción de sepulturas colectivas de carácter megalítico fue uno de los sistemas funerarios con mayor aceptación en Europa occidental. En la zona que nos ocupa, se concentran en las comarcas al Norte de la cuenca del Llobregat-Cardoner. Sus características arquitectónicas variaron a lo largo del tiempo y según la organización de las poblaciones que los utilizaron. Recientes investigaciones (Tarrús 1987; Tarrús *et alii* 1986; Cura 1987a) coinciden en señalar, a partir de finales del V milenio, el inicio de la construcción de sepulcros de corredor, formados por una cámara de tendencia circular a la que se accede por un pasillo, en la comarca gerundense del Empordà (Arreganyats, Tires Llargues). Con posterioridad, se edificaron las llamadas galerías catalanas, monumentos de planta alargada en los que existe una continuidad entre cámara y corredor (Torre dels Moros en Lleida, Cova d'en Dayna en Girona).

Las cuevas de enterramiento colectivo constituyen otra de las manifestaciones funerarias de los grupos de este periodo que, como el ritual megalítico, perdurará en época posterior (Cova de l'Avellaner y Cova 120 en Girona, Cova del Frare en Barcelona). Algunos enterramientos colectivos fueron contemporáneos con las deposiciones funerarias de la llamada cultura catalana de los Sepulcros de Fosa (Muñoz 1965). En este caso, se trata casi siempre de enterramientos individuales que se agrupan en necrópolis de extensión variable. Uno de los aspectos más destacables radica en la existencia de regularidades en el tipo de contenedor funerario y en los objetos que acompañan a los cadáveres. Los contenedores son de dos tipos: cistas y fosas, cada uno de los cuales presenta a su vez diversas especificidades constructivas. Las ofrendas colocadas en las cistas y las fosas muestran ciertos elementos comunes. Aparecen con frecuencia cuentas de collar de concha, hueso y piedra verde (normalmente variscita), brazaletes de concha (pecten), placas de hueso, colmillos de jabalí perforados, punzones y puñales de hueso, núcleos de sílex melado del tipo "pata de cabra", cuchillos y puntas de flecha de sílex y hachas de piedra pulimentada. Los ajuares cerámicos, uno o dos en la mayoría de las sepulturas, muestran una variedad morfológica limitada. Entre ellos figuran ollas ovoides, ollitas globulares, vasos troncocónicos, vasos carenados y cuencos profundos. Todos carecen de decoración, ofrecen la superficie bruñida y poseen a menudo medios de prensión (asas y lengüetas).

A pesar de los factores comunes citados, existe una dualidad marcada por la distribución geográfica. Las cistas son más abundantes en los altiplanos del interior y en la cuenca del Segre. Tienen planta rectangular de pequeñas dimensiones y pueden estar cubiertas por un túmulo de tierra y piedras (Caballol I en Lleida, Feixa del Moro en Andorra o Mina de Vallfera en Zaragoza). Por su parte, las fosas son mayoritarias en el litoral y prelitoral, presentan forma oval y, en ocasiones, aparecen cubiertas por una losa horizontal o por una pequeña acumulación de piedras (Bòbila Madurell y Bòbila Padró en Barcelona, Sant Julià de Ramis en Girona). Además de una distribución regional específica, las cistas y las fosas presentan tendencias diferenciadas en cuanto a la frecuencia de determinados objetos de ajuar. Así, las puntas de flecha con pedúnculo y aletas, las hachas de piedra pulimentada y los adornos de variscita son prácticamente exclusivos de las tumbas de fosa de las comarcas litorales y prelitorales. En cambio, en las cistas del interior abundan los brazaletes de pecten, los colmillos de jabalí perforados, las puntas de flecha microlíticas y los punzones y puñales de hueso. También hay que señalar que la variedad de vasos cerámicos en las cistas es menor que en las fosas.

En los enterramientos de esta época pueden apreciarse diferencias sociales entre los miembros de una misma comunidad, a pesar de que la dificultad de asignar a individuos concretos los ajuares de las tumbas colectivas no permite concluir la valoración de la distribución diferencial de la riqueza. Se puede señalar que ciertos ajuares concentran un esfuerzo en trabajo superior al resto, bien por estar elaborados con materias primas de origen lejano, a las que se accedía mediante intercambio, bien por exigir procesos de trabajo complejos. Estos objetos, asignados a individuos concretos inhumados en los sepulcros colectivos, apuntan a determinadas formas de desigualdad social. Esta tendencia se ve confirmada en las tumbas individuales de la cultura de los Sepulcros de Fosa. Así, en Costa dels Garrics de Caballol (Lleida) (Castany 1991), aparecieron dos cistas con claras diferencias en lo que respecta a la inversión de trabajo en su construcción. La más elaborada, con túmulo complejo, se destinó a la inhumación de un hombre adulto acompañado de útiles líticos y óseos y de cerámicas. En la segunda cista, de arquitectura más simple, se registró un ajuar similar asociado a un hombre adulto, acompañado por otro varón, una mujer y

una niña/niño, éstos sin ajuar excepto una pequeña pieza lítica hallada en la pelvis de la mujer. Así pues, parece que ciertos hombres adultos recibían por parte de la comunidad un trato preferente (mayor inversión de trabajo en sus tumbas), debido, probablemente, a su posición de poder en vida.

En las tumbas en fosa del litoral y prelitoral, los adornos de variscita, un material en cuya obtención se invirtió una notable cantidad de trabajo, aparecen solamente en el 15% de los enterramientos, lo cual sugiere nuevamente la existencia de individuos con privilegios sociales. En este sentido, las últimas investigaciones realizadas en la necrópolis más importante de los Sepulcros de Fosa, la de Bòbila Madurell (Bordas *et alii* 1994), sugieren, a partir de diferencias significativas en la composición de los ajuares funerarios, la existencia de desigualdades en razón del sexo, la edad y, posiblemente, la clase socio-económica. Esta lectura social no puede extenderse al conjunto de tumbas debido al escaso número de estudios de los restos óseos, que reduce a niveles mínimos el conocimiento de eventuales diferencias de ajuares en cuanto a sexo y edad, y su correlación con el estado de salud, los sobreesfuerzos por trabajo o las disimetrías en la alimentación.

Dentro del capítulo de actividades económicas, cabe destacar la extracción de variscita y sílex, tan ampliamente documentada en el complejo minero de Can Tintorer (Barcelona) (Villalba *et alii* 1986; Bosch y Estrada 1994). En él se han identificado más de setenta minas diseminadas en una gran extensión. Los grupos que las explotaron obtenían variscita, sílex y cuarzo para la manufactura de herramientas y ornamentos y ocre para el teñido y curtido de pieles. El elevado interés social hacia estos materiales impulsó la inversión de un gran esfuerzo en la apertura de pozos y galerías intercomunicadas. La concepción global de cada mina responde a una planificación cuidada: los pozos verticales daban acceso a salas de grandes dimensiones desde las que se abrían, de manera radial y en ocasiones a doble nivel, las galerías que seguían las vetas del mineral. La extracción se efectuaba con la ayuda de picos de asta de ciervo, mazas de piedra y cuñas de hueso. La considerable cantidad de escombros producida durante la excavación de nuevas galerías servía para rellenar los viejos pozos, en algunos de los cuales se efectuaron enterramientos.

Las minas de Can Tintorer testimonian una experiencia en la planificación y el control de una considerable fuerza de trabajo. Tales exigencias deben vincularse a individuos experimentados en las labores mineras, lo que supone comunidades con una cierta división social del trabajo. Sin embargo, todavía se desconoce si quienes trabajaban en las minas desarrollaban una labor continuada y exclusiva o si, por el contrario, compaginaban la extracción del mineral con otras ocupaciones. Tampoco se han encontrado asentamientos adyacentes, de manera que no hay que excluir la posibilidad de que las explotaciones corrieran a cargo de equipos procedentes de lugares alejados, que abandonaban Can Tintorer tras abastecerse de materias primas. Este es, por ejemplo, el fenómeno observado en las grandes explotaciones mineras contemporáneas estudiadas en Gran Bretaña (Bradley y Edmonds 1993).

Aun cuando su identificación no sea siempre correcta, la amplia dispersión peninsular de adornos fabricados en variscita hece pensar en el funcionamiento de redes de intercambio. Los estudios realizados en Can Tintorer (Edo *et alii* 1992) sugieren que este centro suministró dicha materia prima a aquellos yacimientos catalanes en los que se ha registrado. Datos adicionales muestran conexiones a larga distancia, aunque en algunos casos el desplazamiento de poblaciones pueda también explicar el movimiento de objetos ampliamente constatado. Los brazaletes de pecten hallados en las cistas de la cultura de los Sepulcros de Fosa revelan la circulación de conchas desde la costa hacia las comarcas interiores. Por otra parte, es posible atisbar en estos momentos una dualidad Norte-Sur a nivel de la franja mediterránea que se manifestará más intensamente en épocas posteriores. Así, la difusión catalana de recipientes cerámicos adscritos a las tradiciones francesas de Montbolo, Chassey, Ferrières y Treilles, las afinidades arquitectónicas entre monumentos megalíticos o bien la extensión de la cultura de Véraza a ambos lados de los Pirineos, indican que las comunidades al Norte del Ebro mantuvieron, de manera preferente, conexiones con territorios septentrionales, mientras que al Sur de este río los vínculos se orientaron hacia el Mediodía peninsular. Otros elementos singulares, como la recientemente descubierta "Venus de Gavà" en las minas de Can Tintoré, podrían testimoniar la práctica de contactos más lejanos, quizás con el sudeste de Europa (Bosch y Estrada 1994) o bien esporádicamente con el Sur de la Península Ibérica.

Finalmente, cabe señalar que la aparición de los primeros objetos de cobre en Catalunya durante la primera mitad del III milenio cal ANE suele atribuirse a la práctica de intercambios con sociedades del Sudeste peninsular. Su generalización y fabricación local, según se tiende a admitir actualmente, se producirá a partir de mediados del III milenio cal ANE coincidiendo con el fenómeno campaniforme. El reducido número de útiles (punzones, hachas planas) y su escaso impacto inicial en la estructura global de la producción permiten inferir que la metalurgia ocupó un papel marginal dentro de las actividades de los grupos de esta época.

Las nuevas formas de producción subsistencial y de distancia social (c. 2500-1600 cal ANE).

A diferencia de otras regiones peninsulares mediterráneas, como el área levantina y la región montañosa del Sistema Ibérico (Bronce Levantino), La Mancha (Grupo Motillas) o el Sudeste peninsular (Grupo Argárico), donde se desarrollaron nuevas estrategias de organización y control de la producción en un contexto de sedentarización efectiva y de marcadas diferencias sociales, en Catalunya destaca la tónica de continuidad en la explotación del territorio respecto a épocas anteriores. Sin embargo, es preciso advertir que el registro arqueológico de este periodo, en el que todavía falta por valorar la incidencia y perduración de los estilos cerámicos campaniformes y de las manifestaciones materiales a que se asocian, muestra im-

portantes lagunas que dificultan una correcta caracterización socio-económica.

En el Levante y en el Sudeste, una de las novedades más importantes en la esfera de la producción tuvo que ver con el desarrollo de lo que Sherratt (1981) ha denominado "revolución de los productos derivados"(4). A partir de finales del III milenio, en algunos enclaves se señala una progresiva orientación de las prácticas ganaderas hacia un mayor aprovechamiento del rebaño, tanto en la obtención de leche y lana como en la utilización de los bóvidos y los équidos como fuerza de tracción y medio de transporte. Para desarrollar esta estrategia resultaba imprescindible mantener a los animales hasta la edad adulta o senil y efectuar una inversión adicional de trabajo. Se hizo necesario procurarles alimento durante todo el año, ya sea mediante la búsqueda de pastizales o bien dedicando parcelas al cultivo de forrajes. En muchos casos también fue preciso habilitar establos, sin olvidar el tiempo requerido en la manipulación de la leche y la lana. La asunción de estos costos por parte de las unidades productivas debe entenderse en relación a presiones de distinta índole, cuyo factor común residió en la búsqueda de un mayor volumen de recursos subsistenciales acorde con las nuevas relaciones económico-sociales. En la esfera agrícola, el empleo del arado por tracción animal incrementó el rendimiento de las cosechas, a la vez que posibilitó la roturación de tierras hasta entonces marginales. Asimismo, los excrementos de animales pudieron ser utilizados como fertilizantes, con lo que se evitó el agotamiento rápido de los suelos y se acortó el tiempo de barbecho.

Como ya hemos apuntado, las características de este periodo en Catalunya no se apartan excesivamente de las tradiciones anteriores. Perduran los poblados semipermanentes o de ocupación puntual formados por silos, hogares, fosas y cabañas poco sólidas sustentadas en ocasiones por postes, correspondientes a comunidades de pequeño tamaño. En algunos de estos asentamientos ha podido observarse una especialización espacial, como en el poblado del Institut de Manlleu (Barcelona) (Cruells y Molist 1990), donde se han identificado áreas dedicadas al almacenamiento de cereales, al cercado del ganado y a la vivienda. Paralelamente, persistió la ocupación de cuevas y abrigos con fines habitacionales o funerarios (Coves del Cingle Blanc d'Arbolí y d'Escornalbou en Tarragona, Cova del Toll y Cova del Frare en Barcelona).

La agricultura se apoya, como en épocas precedentes, en el cultivo de cereales y de leguminosas, en el marco de sistemas de cultivo probablemente dependientes de estrategias subsistenciales móviles. En cuanto a la ganadería, la mayor importancia recae sobre los ovicápridos, cuya crianza pudo orientarse a la obtención de leche y lana. En este punto, vale la pena señalar que esta práctica, así como también el aprovechamiento derivado de bóvidos, pudo haberse iniciado al final del Neolítico, tal como sugiere un estudio llevado a cabo sobre la Bòbila Madurell (Paz 1992). En lo que respecta a la época que nos ocupa, la presencia en el Institut de Manlleu de gran cantidad de semillas de *Lolium sp* (Cruells y Molist 1990) podría ser indicativa del cultivo o provisión de forrajes en el seno de las nuevas estrategias de explotación ganadera. Por otro lado, las tradicionales prácticas de caza, pesca y recolección mantuvieron su papel secundario en el abastecimiento de alimentos.

Hacia 2500 cal ANE se inauguró un sistema en el que las estrategias económicas y sociales exigían el movimiento regular de bienes e individuos a escala regional. Ello coincidió con el denominado fenómeno campaniforme, identificado por la presencia en amplios territorios de Europa occidental de cerámicas decoradas y con la distribución transregional de ciertos modelos metalúrgicos. En Catalunya se han distinguido varios estilos campaniformes (Cordado y Marítimo) (Cura 1987b) y de tradición campaniforme (Pirenaico, Salomó y Arbolí), en gran medida sincrónicos a partir del 2500 cal ANE, aunque los primeros pudieron aparecer dos siglos antes. Las cerámicas decoradas de los estilos cordado y marítimo presentan una notable homogeneidad a escala europea, mientras que las epicampaniformes denotan expresiones decorativas y morfológicas más locales. A pesar de ello, suelen hallarse asociadas a un conjunto similar de artefactos, entre los que figuran puntas de jabalina y puñales de lengüeta, ambos de cobre, placas líticas con perforaciones en los extremos denominadas "brazales de arquero(5) , puntas de flecha de sílex, botones de hueso o marfil y pequeños adornos de oro. La recurrencia de estos elementos ha sugerido la existencia de extensas redes de intercambio y de una producción en alza vinculadas al desarrollo de nuevas estructuras de poder.

Si los productos derivados posibilitaron un incremento en el volumen global de la producción subsistencial, dicho incremento también se registró en otros sectores, entre los que destaca el metalúrgico. No obstante, en Catalunya no contamos con evidencias del surgimiento de una especialización en labores secundarias como la documentada en el Sur peninsular, donde una parte importante de la población se desvinculó total o parcialmente de la producción de alimentos para dedicarse a la minería y a la producción artesanal (Lull 1983). En el nordeste peninsular, donde el cobre era escaso o inexistente, la metalurgia constituyó una actividad marginal. Aquí, las primeras evidencias de la fabricación de objetos metálicos (moldes. crisoles, escorias y gotas de fundición) son posteriores al 2500 cal ANE, cuando parece haberse iniciado la extracción y procesado del cobre en ciertas mineralizaciones de óxidos del Solsonés y de los Montes de Prades, tales como Solana del Bepo en Tarragona (Serra Vilaró 1924; Vilaseca 1973). La asociación de la evidencia de procesado metalúrgico a la cerámicas de estilo Pirenaico y Salomó está confirmada en la Cova del

(4) Con frecuencia, la expresión inglesa «secondary products revolution» se traduce incorrectamente al castellano como «revolución de los productos secundarios», ya que la «producción secundaria» hace más bien referencia a toda la gama de productos manufacturados o artesanales y no a los nuevos tipos de alimentos y de usos de la cabaña ganadera a los que alude Sherratt. Este fenómeno también ha recibido la denominación de «policultivo ganadero», en este caso aplicado a las estrategias desarrolladas en la Península Ibérica (Harrison y Moreno, 1985; Harrison 1994).

(5) Aunque probablemente fueron utilizadas como afiladores para el mantenimiento de útiles metálicos (Risch 1995).

Frare, en Barcelona (Martín 1989). La mayor parte de los objetos de este periodo son de cobre casi puro, algunos de ellos con porcentajes escasos de arsénico o bien, en menor medida, de estaño, que facilitaban la fusión y daban mayor dureza a los productos.

La producción metalúrgica no se orientó básicamente a la fabricación de instrumentos para la producción agrícola, sino a la de adornos, armas y pequeños útiles, como punzones, escoplos y cuchillos, relacionados probablemente con el procesado de alimentos o la manufacturación de productos artesanales. Cabe destacar que la metalurgia debió ser potenciada por un sector de la población con el suficiente poder como para obligar al resto de la comunidad a producir excedentes destinados a la obtención de productos metálicos, cuya distribución se restringía a unos pocos miembros del grupo. Además, es preciso tener en cuenta que la localización puntual de los recursos metalíferos implicó la integración de los grupos que demandaban objetos metálicos en redes de intercambio. Ello supone de entrada la disponibilidad de excedentes locales, así como de una infraestructura adecuada para el transporte. Estas condiciones quedan patentes también en la aparición de ciertas actividades artesanales, como la constatada en el taller de Collet de Brics en Lleida (Castany *et al.* 1992), un establecimiento del interior donde se fabricaban ornamentos de conchas marinas, una materia prima llegada desde la costa.

Las relaciones intercomunitarias señaladas no abrieron el camino hacia una integración en entidades sociopolíticas de gran tamaño ni hacia la aparición de instituciones estatales como las que surgen coetáneamente en el Sudeste peninsular (Lull y Risch 1996). La variabilidad regional de la cerámica epicampaniforme pone de manifiesto la fragmentación de las comunidades del Nordeste y su desarrollo diferencial respecto al de otras regiones. La misma sugerencia se deriva de la multiplicidad de prácticas funerarias. Al Norte del Llobregat se mantuvo el ritual de enterramiento en tumbas megalíticas, ya sea reutilizando monumentos anteriores o bien en nuevos sepulcros que muestran una amplia variabilidad de esquemas arquitectónicos (cámaras pirenaicas, cistas megalíticas, hemidólmenes o arcas con vestíbulo-pozo) (Cura 1987a; Vilardell 1987). A la vez y, en general, continuaron efectuándose inhumaciones en cueva y, de modo ocasional, también se ha constatado la presencia de algunas sepulturas en el interior de núcleos habitacionales.

En este marco de comunidades de reducidas dimensiones, las cargas de trabajo y la distribución de los productos obtenidos variaron en función de las relaciones de poder dominantes en cada grupo social. Si en las regiones meridionales de la Península Ibérica la principal inversión de trabajo recayó sobre amplios sectores de la población, en beneficio de una clase dominante que se apropiaba por la fuerza de importantes cantidades de bienes, en Catalunya sólo contamos con la evidencia del surgimiento de un sector social privilegiado, a partir de su expresión material en las tumbas con ajuares de filiación campaniforme. Ello apunta a una producción social desigualmente distribuida, sin que podamos afirmar con rotundidad que las diferencias de riqueza entre los ajuares funerarios, incluidos los hallados en tumbas colectivas, indiquen que los excedentes agropecuarios se destinaron a la reproducción de este grupo privilegiado. Por otro lado, algunos elementos aislados como la estela de Preixana, que representa un individuo armado con una espada (Maluquer de Motes 1971), sugieren cierto componente guerrero en el citado grupo, tal vez asociado a la aparición de especialistas en el uso de las armas.

La estabilización de las comunidades campesinas entre c. 1600 y 900 cal ANE.

El desarrollo general de las comunidades catalanas entre 1600 y 900 puede ser dividido en dos etapas. Entre *c.* 1600-1300, se observa la consolidación de ciertas comunidades locales, que desarrollaron una explotación agrícola cada vez más intensa. En segundo lugar, a finales del II milenio surgieron nuevos mecanismos de comunicación interregional, con redes de circulación de productos metálicos a largas distancias, paralelamente a la adopción de nuevos referentes de reproducción ideológica reflejados en la práctica funeraria de la incineración. Dejamos para el siguiente apartado una etapa posterior, entre 900 y 600, durante la cual se definieron sistemas de producción orientados al intercambio, que dieron lugar a una fuerte especialización del trabajo y de los asentamientos, a la consolidación de grupos dominantes enriquecidos y a la instauración de entidades socio-políticas con ciertos niveles de centralización. Las transformaciones acaecidas en cada uno de estos momentos han sido frecuentemente explicadas como resultado de la llegada de poblaciones portadoras de innovaciones (pastores de la Meseta, metalúrgicos transpirenaicos, guerreros y campesinos centroeuropeos, comerciantes fenicios), aunque no hay estudios conclusivos sobre tales movimientos demográficos. Por el contrario, los cambios pueden entenderse mejor como ajustes conflictivos o consensuados por parte de las comunidades locales en el campo de la reproducción económica y social.

Durante décadas ha gozado de gran acogida la idea de que las manifestaciones de los llamados Campos de Urnas (cerámicas acanaladas e incineraciones en urna) eran el reflejo arqueológico de una gran migración de pueblos que difundió las lenguas indoeuropeas desde Centroeuropa por la mayor parte del continente. Estos pueblos, "indoeuropeos" o "celtas", se identificaban con la cultura de Hallstatt del entorno alpino y del Sur de Alemania. En ellos se han visto rasgos étnicos comunes, un mismo sustrato lingüístico, unas especiales características sociales y unas ideas religiosas homogéneas. Detrás de esta identidad étnica subyacía la idea de una raza que había sido capaz de dominar Europa. Ciertas manifestaciones arqueológicas (práctica de la incineración, casas rectangulares de tipo *megaron*, cerámicas excisas) han sido invocadas en uno u otro momento para anunciar la llegada de los indoeuropeos al Nordeste de la península. No obstante, los "fósiles" indoeuropeos han sido abandonados al no resultar posible relacionarlos con poblaciones transpirenaicas. De hecho, se documentan también en el Sur peninsular, con cronologías a veces más altas que en el Nordeste.

Actualmente, se observa que las cerámicas acanaladas y la práctica de la incineración fueron adoptadas por las sociedades del Nordeste ibérico y del Sur de Francia en la fase de los Campos de Urnas Antiguos entre c. 1400 y 1100 cal ANE. Sin embargo, este hecho no puede servir de argumento para defender la llegada de nuevos grupos de población, puesto que fueron las comunidades previamente asentadas en los diversos territorios las que incorporaron los nuevos modelos cerámicos a sus vajillas o la incineración en sus necrópolis. A partir de c. 1400 parece clara la existencia de transformaciones importantes que se tradujeron en la afirmación de las redes de intercambios a gran escala y en la modificación de las técnicas y estrategias de producción, tanto en los sistemas agropecuarios como en la metalurgia del bronce. La consolidación de los cambios económico-sociales tuvo finalmente su eco en la esfera ideológica y en la generalización de la incineración en urnas, que será una norma común en toda el área mediterránea y en la baja Andalucía a inicios del I milenio.

Con el inicio de una intensa colonización de las tierras llanas de la Catalunya interior, asistimos a partir de *c.* 1600 a una dinámica claramente diferenciada por parte de las comunidades asentadas en la cuenca del Segre y del Cinca (Lleida y Huesca). Así, el grupo del Segre-Cinca incluye las primeras comunidades del territorio catalán en las que los asentamientos muestran visos de estabilidad. El carácter sedentario de los poblados aparece asociado a una explotación cerealista continuada del territorio y, necesariamente, a modificaciones en las estrategias agropecuarias que permitieran el mantenimiento de la productividad agrícola del suelo (alternancia de cereales y leguminosas, barbecho, pastoreo en los campos cultivados para su abonado directo). Si atendemos a datos, en gran parte todavía inéditos, de poblados del valle del Segre (Punta Farisa en Huesca, Genó, Carretelà, Solibernat y La Pedrera en Lleida) (Maya 1992), se desarrolló una agricultura extensiva de secano (trigo y cebada vestida) complementada con el pastoreo de ovejas y de cabras. La expansión de los cultivos supuso la creación de un paisaje abierto y la reducción del arbolado a algunos pinares y bosques de ribera. También se cultivaron leguminosas, como habas y lentejas, y también lino, esta última especie para la producción textil. La principal aportación cárnica procedía de los ovicápridos, mientras que la recolección (bellotas, frambuesas) y la caza (ciervos, conejos o perdices) constituyeron actividades de segundo orden en el abastecimiento de alimentos. En todos los asentamientos se han hallado instrumentos vinculados al trabajo agrícola (hoces de sílex) y al procesado de alimentos vegetales (molinos), de manera que todos los poblados estuvieron implicados en la producción alimentaria. De hecho, el almacenaje del cereal fue de carácter doméstico y tuvo lugar en contenedores cerámicos de gran capacidad. La cría de équidos (Azafranales en Huesca y Solibernat en Lleida) y la constatación de bóvidos sacrificados a edad avanzada sugieren el aprovechamiento de la fuerza de tracción animal.

La dinámica del Segre-Cinca se distingue de la que se aprecia en las comarcas del litoral, prelitoral y parte del interior de Catalunya, donde se mantuvo la misma tónica precedente. La fragmentaria evidencia procedente de las llanuras litorales y prelitorales indica la existencia de comunidades con una importante actividad pastoril de ovicápridos y bóvidos (La Fonollera en Girona, Cova de les Pixarelles en Barcelona) (Pons *et alii* 1985; Rauret 1986-87). En estas áreas, la producción agrícola tuvo una importancia menor y la incidencia antrópica fue también menos intensa que en el Segre, como indica la pervivencia de bosques mixtos y encinares, y la escasa presencia de cereales en los poblados (La Fonollera y Cova 120 en Girona, Cova del Frare en Barcelona) (Pons y Colomer 1988). Por esta razón, queda aún por justificar la función original de los llamados silos de los asentamientos del litoral y prelitoral, ya que, de constituir almacenes de cereales, como se ha sugerido desde los inicios del Neolítico, implicarían la gestión de un elevado volumen de producción agrícola que no está corroborado por los datos paleoecológicas ni arqueológicos, los cuales sugieren una agricultura de roza o de barbechos a pequeña escala.

La integración social en el Segre-Cinca se manifiesta en la creación de una vajilla doméstica muy homogénea, que incluía vasos y tazas carenadas, bruñidos y de alta calidad, para el consumo, y vasijas y tinajas para el procesado alimentario y el almacenamiento. Esta producción cerámica se caracterizaba por la ausencia de decoraciones y por la presencia de diversos tipos de apéndices en las asas de las tazas. Tales rasgos, y fundamentalmente este último, la vinculan con las comunidades del Pirineo Oriental y del Empordà, así como con las del Midi francés y del Norte de Italia (Polada). No obstante, como hemos señalado, existieron claras diferencias regionales en cuanto a las estrategias económicas, los patrones de asentamiento y la configuración social. En las comarcas centrales y septentrionales catalanas se mantuvieron los patrones de asentamiento y la fragmentación social de épocas anteriores, en el marco de pequeñas comunidades familiares con sistemas de subsistencia que implicaban un desplazamiento periódico de los asentamientos. Estas diferencias regionales se mantuvieron hasta finales del II milenio, aunque, al igual que en las otras regiones, a partir de 1400-1300 se adoptaron cerámicas con decoraciones acanaladas características de la fase de los Campos de Urnas Antiguos.

La expresión funeraria en el Segre-Cinca consistió en inhumaciones individuales en cistas (Riols en Lleida y Castellets II de Mequinenza en Zaragoza), si bien en la última fase se adoptó la práctica de la incineración en urnas (El Puntal en Huesca y Torre Filella en Lleida) y también tuvieron lugar algunos enterramientos infantiles en urnas cerámicas dentro de los asentamientos (La Pedrera en Lleida). La mayoría de las restantes comunidades catalanas mantuvieron las tradiciones funerarias colectivas en megalitos y cuevas aunque, a partir de c. 1300 cal ANE, algunas de las ubicadas en las comarcas litorales de Girona y Barcelona practicaron la incineración en urnas (necrópolis tipo Can Missert).

Desde mediados del II milenio, las aleaciones de cobre y estaño se convirtieron en el material habitualmente utilizado en la fabricación de objetos metálicos. En es-

tos momentos, el estaño suponía alrededor del 10-15% del peso total de las piezas. Sin embargo, se trata de un metal, cuyos criaderos se hallan muy localizados. Por lo tanto, su distribución requería rutas de intercambio a larga distancia. En Europa occidental y en el Mediterráneo, las fuentes de abastecimiento de estaño se encontraban en las regiones noroccidentales de la Península Ibérica, en Cornualles y en la Bretaña francesa. Su explotación favoreció el auge de los talleres atlánticos de fabricación metalúrgica y de los circuitos que los conectaban con otras regiones. El hallazgo de grandes depósitos de chatarra, como el de la Ría de Huelva, fechado hacia el año 1000, sugiere la existencia de centros de procesado a gran escala que ilustran la intensidad y alcance de la actividad metalúrgica. El metal llegaba por tierra a las áreas mediterráneas ibéricas a través de Francia o la Meseta central, o por mar mediante navegaciones de cabotaje. Para el abastecimiento de cobre se aprovecharon las mineralizaciones del Priorat (Ulldemolins, Arbolí, Escornalbou) o del Solsonès (Riner) o bien los filones de otras regiones que habría que precisar a partir de futuros análisis. No hay constancia de la obtención de lingotes, de manera que se supone que los productos se intercambiaban una vez manufacturados. El reciclaje de los objetos permitía el mantenimiento de ciertos niveles de autonomía regional en cuanto a la disponibilidad de materia prima, hecho confirmado por la presencia habitual de útiles de fundición en casi todos los asentamientos, al menos en la región del Segre-Cinca.

En las áreas litorales y prelitorales catalanas no tenemos documentado ningún taller metalúrgico. No obstante, en el valle del Ebro la mayoría de los asentamientos presentan indicios de fabricación de bronces (crisoles, moldes de fundición). Este tipo de trabajo favoreció la aparición de especialistas, quizás a tiempo parcial. La proliferación de pequeños talleres coincidió con una situación en la que era fácil obtener cobre y estaño, aunque las diferentes comunidades debieron afrontar costes elevados, en términos de la obtención de excedentes de la producción subsistencial desplazados al exterior para efectuar los intercambios. Por esta razón, la amortización de metal en ajuares funerarios fue prácticamente nula, salvo en las tumbas de algunos individuos destacados. En este sentido, cabe señalar la de Castellets de Mequinenza, cuyo ajuar incluía torques y anillos de plata junto a brazaletes, botones, un broche y una fíbula de codo de bronce. Dichas fíbulas, similares a las de Sicilia o Chipre, fueron las primeras en ser utilizadas en la Península Ibérica entre c. 1300 y 900 cal ANE.

El desarrollo de la producción para el intercambio (c. 900-600 cal ANE).

A partir del inicio del I milenio, y sobre todo desde el 900, tuvieron lugar nuevas transformaciones, que condujeron a la consolidación de las sociedades urbanas de la cultura ibérica. Para este periodo en las comarcas catalanas contamos con una información más detallada, en la que pueden distinguirse varios grupos regionales a partir de diversas tradiciones estilísticas de las cerámicas, de otros artefactos asociados y de las características de los asentamientos y las necrópolis. El grupo de Mailhac y el de Grand Bassin se localizaron el Empordà y el Rosselló, mientras en el litoral y prelitoral de Barcelona se definió un grupo con tipologías análogas a las de Can Missert y otras necrópolis de la zona. Respecto a las cuencas del Segre (Lleida) y del Ciurana (Tarragona), existen elementos comunes representados en los yacimientos de Molar y Seròs.

La práctica de la incineración en urna, que se extendió a todos estos grupos a finales del II milenio, ya era la norma hacia el año 800. Las tumbas se concentraban en grandes necrópolis con decenas de urnas (Can Bech de Baix en Girona, Can Missert en Barcelona, El Calvari de Molar en Tarragona) y en agrupaciones de túmulos (Roques de Sant Formatge y Pedròs en Lleida, Coll del Moro de Gandesa en Tarragona), cada una de las cuales correspondía presumiblemente a una unidad social, bien fueran pequeñas comunidades que ocupaban un territorio, bien grupos que convivían en el mismo poblado.

En este periodo, las redes de comercio alcanzaron una mayor complejidad, a la vez que se impusieron nuevos mecanismos de especialización del trabajo y de producción dirigida al intercambio. El grupo de Molar-Serós es el que ilustra más claramente la nueva situación histórica, que resulta coetánea a las primeras fundaciones fenicias en el Sur peninsular y en Ibiza y a la sociedad tartésica meridional. Dado el interés fenicio por los metales peninsulares y, en especial, por la plata, las sociedades tartésicas del Sur peninsular reorganizaron sus sistemas productivos y potenciaron una intensa actividad minerometalúrgica. A cambio, la aristocracia meridional disfrutó de objetos de lujo (marfil, oro, plata, vajillas) que eran depositados en sus tumbas, así como del consumo de aceite y de vino, productos que llegaban a los poblados tartésicos envasados en ánforas. El hecho de que los filones de plata y plomo del Priorat (Tarragona) hubieran sido explotados, aunque a menor escala, por los establecimientos del grupo de Molar-Serós (El Calvari de Molar, Puig Roig), permite plantear que el Sur de Catalunya participó, en cierta medida, de estas relaciones transmediterráneas.

Los núcleos coloniales fenicios han sido considerados los agentes dinamizadores de los cambios. Desde esta perspectiva, se entiende la gran aceptación de los modelos de centro-periferia (Champion 1989: Rowlands *et alii* 1987), que conciben sistemas de relaciones a gran escala estimuladas por los intereses de ciertos focos de poder económico, los grandes estados imperiales del Próximo Oriente en este caso, para obtener ciertas materias primas valiosas. Cuando las sociedades periféricas de la Península Ibérica se vieron sujetas a tales relaciones, experimentaron intensas transformaciones económico-sociales, políticas e ideológicas. En este contexto, se ha defendido una economía basada en la circulación de "bienes de prestigio" (Frankenstein y Rowlands 1978), considerando que ciertos objetos de elevado coste u origen exótico (carros de guerra, armas, orfebrería, objetos de hierro, vajillas fenicias) proporcionaron fama y poder a quienes accedieron a su posesión en primera instancia, ya que éstos los redistribuían posteriormente entre individuos subordinados como

medio para mantener alianzas y relaciones de dependencia. Sin embargo, conviene replantear la cuestión y subrayar que las desigualdades sociales no se basaban exclusivamente en el control de la circulación de bienes, sino que se originaban en las formas de dominio y de explotación sobre el sector productivo de las sociedades periféricas.

Un cambio tecnológico importante fue la inclusión de elevados porcentajes de plomo en las aleaciones de bronce, sobre todo en los talleres atlánticos y en los núcleos que controlaban los circuitos de manufacturas de bronce hacia las islas Baleares, Cerdeña e Italia. Ello supuso un descenso en la calidad de los productos y en la eficacia de numerosos objetos (armas, hachas). Dicha modificación tecnológica estuvo vinculada al control fenicio del comercio de metal, puesto que el plomo era un subproducto de la metalurgia de la plata, barato y fácil de fundir, que las galenas catalanas pudieron también suministrar. El volumen de producción metalúrgica en el bajo Ebro superó el alcanzado hasta entonces, al tiempo que se consolidaron las rutas transpirenaicas y las meridionales para el comercio de objetos de bronce. A lo largo de las primeras se han documentado depósitos de hachas y brazaletes (Llavorsí, Saint Aleix, Cabó, Ripoll). Por otro lado, mientras que la metalurgia de las regiones atlánticas se orientó, en parte, a la fabricación de herramientas (hoces), en Catalunya, alejada de las fuentes de estaño, se produjeron exclusivamente armas, ornamentos y hachas (empleadas estas últimas para la tala de árboles o como armas, dada la variedad de tamaños y de sistemas de enmangue). En este contexto, las minas del Priorat y la producción agropecuaria del valle del Segre generaron excedentes suficientes para enriquecer a las comunidades del área y acceder a los intercambios, hecho que se tradujo en un aumento de los ajuares funerarios metálicos.

Otros procesos de trabajo especializado, en particular la manufactura de cerámica a torno y la metalurgia del hierro, no cuentan con evidencias en Catalunya. Ambas tareas exigen un artesanado experimentado con dedicación a tiempo completo que sí surgió en las sociedades meridionales peninsulares, donde los primeros talleres locales de alfarería y de producción de hierro aparecen a la vez que los primeros establecimientos coloniales fenicios (Arana *et alii* 1993). Sólo a partir del siglo VI el hierro empezó a utilizarse para la fabricación de instrumentos de trabajo y fue entonces cuando parecen fundarse los primeros talleres especializados en Catalunya. Sin embargo, desde el siglo IX hay constancia aquí de la circulación de objetos de hierro, en forma de adornos (brazaletes, anillos, fíbulas) o armas (espadas, lanzas, cuchillos). Se ha señalado que, además, tales productos podrían proceder de los Alpes o Italia, pero el hecho de que en los mismos asentamientos y necrópolis, sobre todo del grupo de Molar-Serós, aparezcan vajillas a torno y ánforas de procedencia meridional redunda en señalar el Sur peninsular como área nuclear de las redes de intercambios. En idéntica dirección apunta la asociación en las necrópolis catalanas de cuchillos de hierro junto a fíbulas de doble resorte, brazaletes, torques, broches de un garfio y cadenas de bronce, ya que recurrencias similares se conocen en las necrópolis de incineración tartésicas. Los objetos metálicos formaron parte del atuendo que acompañó al cadáver en la pira, de manera que la similitud entre los ajuares del Sur y del Nordeste peninsulares indica probablemente formas afines en la expresión individual de las diferencias de sexo, edad y categoría social. La proliferación de objetos metálicos nos informa sobre la facilidad con que las comunidades mediterráneas peninsulares accedían a ellos, aunque este hecho no supuso su generalización a todas las capas de la población.

La producción alimentaria debió modificar necesariamente sus esquemas para mantener a un número creciente de individuos dedicados a labores artesanales y para sustentar una distribución de la riqueza social cada vez más disimétrica. La actividad agropecuaria también se especializó en función de la rentabilidad de los recursos de cada territorio, de la productividad de las especies y de la disponibilidad de mano de obra. Contamos con estudios faunísticos que indican una especialización en la cría de ovejas para consumo cárnico en el valle del Segre (La Pedrera) o en la de cerdos en la franja litoral (Bòbila Madurell) (Gallart y Junyent 1989; Bordas *et alii* 1994). Además, en este momento aparecen nuevas especies domésticas, cuya explotación se vincula tanto al consumo alimentario (gallinas en Loma de los Brunos, Zaragoza) (Eiroa 1982) como al trabajo (asnos en Can Roqueta y en Hort d'En Grimau, Barcelona) (Boquer *et alii* 1992; Maya 1992). El papel de los caballos, cuya presencia resultaba ya habitual, parece alejarse de la economía productiva y vincularse más directamente a la monta y al tiro, para el transporte y la guerra. Recordemos, al respecto, la aparición al final de este periodo de enterramientos de équidos (La Pedrera en Lleida).

En la producción agrícola se mantuvo el cultivo de leguminosas (guisantes, lentejas, habas) y se amplió la gama de cereales consumidos con la presencia de nuevas especies (avena, mijo) (Illa d'En Reixach en Girona, Silos de la U.A.B. en Barcelona). A pesar de la presencia de restos carpológicos de trigo y de un gran número de leguminosas, la inexistencia de polen de cereal en ciertas zonas litorales donde predomina la vegetación herbácea (Silos de la U.A.B. en Barcelona) podría indicar una actividad fundamentalmente ganadera asociada a cultivos hortícolas, lo que supondría estrategias agrícolas alejadas del secano cerealista. No obstante, coetáneamente se ha sugerido una intensificación de la producción de cereal en otros poblados cercanos (Bòbila Madurell en Barcelona) (Martín *et alii* 1988). A pesar de esporádicas menciones a restos de vid y de olivo (Illa d'En Reixach en Girona, Solibernat en Lleida), no está confirmada la existencia de cultivos arbustivos a gran escala, ni tampoco hay evidencias de la producción de vino o de aceite, como ocurre en el Sudeste peninsular.

En definitiva, la organización de los procesos de trabajo se orientó a la producción de manufacturas en cantidades que rebasaron las demandas locales y, en ocasiones, regionales. La demanda externa, unida a una gestión político-económica centralizada, fueron responsables de la especialización productiva a gran escala. Algunos centros

dedicados al almacenamiento (Aldovesta en Tarragona), vinculados a las minas de plata y plomo (Molar y Puig Roig en Tarragona) o que contaban con fortificaciones y con un probable carácter de control territorial (Els Vilars en Lleida), denotan unas estructuras socio-políticas supracomunitarias que gestionaban los excedentes sociales y la producción destinada a intercambios. Junto a estos asentamientos, que tienden a apartarse de la producción agropecuaria, las numerosas comunidades agrícolas de la cuenca del Ebro proporcionaron los excedentes que permitieron en última instancia las relaciones a gran escala. Sin embargo, pese al incremento en la especialización, perduraron los trabajos desarrollados en el ámbito comunitario local, como la preparación de alimentos (molienda) y la producción de objetos de uso cotidiano (vestidos, cerámicas de cocina o útiles de trabajo). La documentación de Barranc de Gàfols, en Tarragona (Belarte *et alii* 1994), sugiere en los pequeños poblados de la cuenca del Ebro la práctica de actividades productivas organizadas a un nivel suprafamiliar, con estancias especializadas en la molienda y el almacenaje, y con hornos comunitarios, aunque las actividades de cocina, tejido o almacenaje a pequeña escala se realizaron en las unidades domésticas.

La compleja organización económico-social que empezamos a conocer para las comarcas del Sur y Oeste de Catalunya gracias a las investigaciones recientes, está ofreciendo bases para sugerir la existencia de instancias políticas vinculadas a grupos disociados de la producción y que se beneficiaban de los excedentes sociales, ya sea directamente o bien a través de intercambios transregionales que permitían el acceso a productos foráneos. Al respecto, la presencia en las necrópolis de incineración de ajuares funerarios con diferentes grados de riqueza, indicaría la consolidación de una clase dominante que desplazó a los grupos dirigentes de las estructuras de parentesco precedentes (Castro 1994). En este marco, resulta probable el surgimiento de instituciones de índole estatal que, sin duda, se consolidaron en época ibérica.

SÍNTESIS

Para finalizar, podemos extraer algunas de las grandes líneas de la trayectoria económico-social en la Prehistoria reciente de Catalunya. Las primeras tentativas de economía de producción alimentaria tuvieron lugar a lo largo de unos 1500 años (5500-4000 cal ANE) a cargo de grupos de tamaño reducido en los que cabría inferir disimetrías sociales en razón del sexo. La economía agropecuaria fue consolidándose paulatinamente durante los siguientes milenios en el seno de comunidades más sedentarias, aunque sin romper en general con la tónica anterior, consistente en la explotación de un territorio mediante estrategias subsistenciales móviles. A la vez, puede observarse también un incremento en los intercambios y en la producción secundaria. En el plano social, se discierne el desarrollo de nuevas y diversas formas de desigualdad (Sepulcros de Fosa, fenómeno campaniforme, Campos de Urnas) que, sin embargo, no desembocaron en la creación de unidades políticas amplias de tipo estatal, a diferencia de otras regiones peninsulares más meridionales. Deberemos esperar a los inicios del I milenio y, con mayor amplitud, a la consolidación de las sociedades ibéricas, para constatar la existencia de estados territoriales.

BIBLIOGRAFÍA.

ARANA, R., MUÑOZ, A. Mª, RAMALLO, S. Y ROS SALA, Mª M. (1993). *Metalurgia en la península ibérica durante el primer milenio a.C. Estado actual de la investigación*. Universidad de Murcia.

BELARTE, M.C., MASCORT, M.T., SANMARTÍ, J. Y SANTACANA, J. (1994). "L'assentament protohistòric del barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d'Ebre)". *Tribuna d'Arqueologia*, 1992-93: 63-72.

BERNABEU, J., AURA, J. E. Y BADAL, E. (1993). *Al oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Síntesis, Madrid.

BLASCO, A., EDO, M. Y VILLALBA, J. (1988). "Aportacions a l'economia neolítica catalana. Els factors ecològics i el recursos utilitzats pels grups assentatas a les terres baixes del Llobregat", en *7 Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 1986*, pp. 51-57.

BOQUER, S., GONZÁLEZ, L., MERCADAL, O., RODÓN, T. Y SÁEZ, L. (1992). "Un nou assentament del bronze-ferro al Vallès: Can Roqueta (Sabadell, Vallès Occidental)". *Tribuna d'Arqueologia, 1990-91*, pp. 41-51.

BORDAS, A., DÍAZ, J., POU, R., PARPAL, A. Y MARTÍN, A. (1994). "Excavacions arqueològiques a la Bòbila Madurell-Mas Duran". *Tribuna d'Arqueologia 1992-1993*, pp. 31-47.

BOSCH, J. Y ESTRADA, A. (1994). *El Neolític Postcardial a les mines prehistòriques de Gavà (Baix Llobregat)*. Rubricatum, 0.

BRADLEY, R. Y EDMONDS, M. (1993). *Interpreting the axe trade: production and exchange in Neolithic Britain*. Cambridge University Press, Cambridge.

BURJACHS, F. (1993). "Informe de l'anàlisi pol.línica dels jaciments arqueològics de les sitges de la U.A.B. (Cerdanyola del Vallès) i del poblat ibèric de Can Oliver (Cerdanyola del Vallès)". *Limes*, 3.

BURJACHS, F. Y ROS, Mª T. (1992). "Paleoambient de l'época neolítica en el N.E. de la Península Ibèrica", en *9 Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 1991*, pp. 31-33.

BUXÓ, R. (1990). *Metodología y técnicas para la recuperación de restos vegetales (en especial referencia a semillas y frutos) en yacimientos arqueolótgicos*. Cahier Noir, 5.

BUXÓ, R. (1992). "Estat actual de la recerca sobre l'adopció de l'agricultura a Catalunya", en *9 Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 1991*, pp. 25-30.

CASTANY, J. (1991). "L'estació neolítica sepulcral de la Costa dels Garrics del Caballol (Pinell, Solsonès)". *Tribuna d'Arqueologia 1989-1990*, pp. 53-64.

CASTANY, J., ALSINA, F. Y GUERRERO, L. (1992). *El Collet de Brics d'Ardèvol. Un hàbitat del calcolític a l'aire lliure*. Departament de Cultura, Generalitat de Catalunya, Barcelona. "Memòries d'Intervencios Arqueològiques a Catalunya", 2.

CASTRO MARTÍNEZ, P. (1994). *La Sociedad de los Campos de Urnas en el Nordeste de la Península Ibérica. La necrópolis de El Calvari (El Molar, Priorat, Tarragona)*. Tempus Reparatum, Oxford, B.A.R. international series, 592.

CASTRO MARTÍNEZ, P. V., MICÓ, R. Y SANAHUJA YLL, Mª E. (1995a). "Economia. Estratègies productives entre el VIIIè mil.leni i el segle VIIè abans de la nostra era", en AA. VV., *Història, Societat i Cultura dels Països Catalans, vol. 1*. Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona.

CASTRO MARTÍNEZ, P. V., MICÓ, R. Y SANAHUJA YLL, Mª E. (1995b). "Societat. Formes d'organització i de control social entre el VIIIè mil.leni i el segle VIIè cal ANE", en AA. VV., *Història, Societat i Cultura dels Països Catalans, vol. 1*. Fundació Enciclopèdia Catalana, Barcelona.

CHAMPION, T.,C. (ed). (1989). *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology*, Unwyn Hyman, Londres.

CHAPMAN, R. W. (1981). "The emergence of formal disposal areas and the "problem" of megalithic tombs in Prehistoric Europe", en Chapman, R. W., Kinnes, I. y Randsborg, K. (eds).*The Archaeology of Death*. Cambridge University Press, Cambridge, pp. 71-81.

COHEN, M. N. (1977). *La crisis alimentaria de la Prehistoria*. Alianza, Madrid.

CRUELLS, W. Y MOLIST, M. (1990). *Un poblat a l'aire lluire de fa 4.000 anys. El jaciment de l'Institut de Manlleu (Osona)*. Museu de Manlleu.

CURA, M. (1987a). "Origen i evolució del megalitisme a les comarques centrals i occidentals de Catalunya: I. Del Neolitic Mitjà a l'Edat del Bronze". *Cota Zero*, 3, pp. 76-83.

CURA, M. (1987b). "L'horitzó campaniforme antic als Països Catalans". *Fonaments*, 6: 97-128.

EDO, M., VILLALBA, J. Y BLASCO, A. (1992). "Can Tintorer, origen y distribución de minerales verdes en el Noreste peninsular durante el Neolítico", en *Actas del Congreso Aragón/Litoral mediterráneo*, pp.361-373.

EIROA, J.J. (1982). *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas en el Bajo Aragón*. Zaragoza.

ESCORIZA, T. (1996). "Lecturas sobre las representaciones femeninas en el arte rupestre levantino: una revisión crítica". *Arenal. Revista de Historia de las Mujeres*, 3, 1, Madrid.

FERNÁNDEZ-MIRANDA. M. Y MOURE. J. A. (1975). "El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica. *Noticiario Arqueológico Hispánico*. 3. pp.189 y ss.
FRANKENSTEIN. S. Y ROWLANDS. M. (1978). "The internal structure and regional context of Early Iron Age Society in south western Germany". *Bulletin of Institute of Archaeology of the University of London*. 15: 73-112.
GALLART. J. Y JUNYENT. E. (1989). *Un nou tall estratigràfic a la Pedrera, Vallfogona de Balaguer-Termens, La Noguera, Lleida*. Lleida. "Espai-Temps". 3.
HARRISON. R.J. (1994). "The Bronze Age in Northern and Northeastern Spain 2000-800 BC". en Mathers. C. y Stoddart. S., eds. *Development and Decline in the Mediterranean Bronze Age*. Collis Publications. Sheffield. "Sheffield Archaeological Monographs". 8. pp. 73-97.
HARRISON. R.J. Y MORENO. G. (1985). "El policultivo ganadero o la revolución de los productos secundarios". *Trabajos de Prehistoria*. 42. pp. 51-80.
LULL. V. (1983). *La "cultura" de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*. Akal. Madrid.
LULL. V. Y RISCH. R. (1996). "El estado argárico". *Homenaje a la Dra. A. Mª Muñoz*. en este mismo volumen.
MALUQUER DE MOTES. J. (1971). "La estela de la Edad del Bronce de Preixana". *Homenaje a J.E. Uruaga*. Pamplona.
MALUQUER DE MOTES. J. (1972). *Proceso histórico-económico de la primitiva población peninsular*. Universidad de Barcelona.
MARTÍ OLIVER. B. (1992). "Economía y medio ambiente en el Neolítico del País Valenciano". en Moure. A. (ed.) *Elefantes, ciervos y oricaprinos. Economía y aprorechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*. Universidad de Cantabria. Santander. pp. 229-241.
MARTÍ OLIVER. B. y Hernández. M. S. (1988). *El Neolitic Valencià. Art rupestre i cultura material*. Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia.
MARTÍN. A. (1989). "El noreste". en Delibes. G., Fernández-Miranda. M., Martín. A. y Molina. F., "El Calcolítico de la Península Ibérica". *Rassegna di Archeologia*. 7. pp. 273-278.
MARTÍN. A. (1992). "La economía de producción a lo largo del Neolítico en Cataluña". en Moure. A. (ed.) *Elefantes, ciervos y oricaprinos. Economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*. Universidad de Cantabria. Santander. pp. 203-228.
MARTÍN. A. Y ESTÉVEZ. J. (1992). "Funció de la Cova del Frare de St. Llorenç de Munt (Matadepera. Barcelona) al Neolític Antic. en relació a la ramaderia". *9 Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 1991*. pp. 105-108.
MARTÍN. A., MIRET. J., BOSCH. J., BLANCH. R., ALIAGA. S., ENRICH. R. (1988). "Campanya d'excavacions arqueològiques 1987-88 al jaciment de la Bòbila Madurell-Can Feu (Sant Quirze del Vallès. Vallès Occidental)". *Arraona*. III. 3:9-23.
MAYA. J. L. (1992). "Aprovechamiento del medio y paleoeconomía durante las etapas metalúrgicas del Nordeste peninsular". en Moure. A. (ed.). *Elefantes, Ciervos y Oricáprinos. Economía y aprovechamiento del medio en la Prehistoria de España y Portugal*. Universidad de Cantabria. Santander. pp. 275-314.
MEILLASSOUX. Cl. (1977). *Mujeres, graneros y capitales*. Siglo XXI. México.
MUÑOZ. A. Mª (1965). *La cultura neolítica catalana de los Sepulcros de Fosa*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona. Publicaciones eventuales. 9.
OLARIA. C. (1988). *Cova Fosca. Un asentamiento meso-neolítico de cazadores y pastores en la serranía del Alto Maestrazgo*. Monografías de Prehistoria i Arqueologia castellonenques. 3.
PAZ. M. A. (1992). "Estudi arqueozoològic de diverses estructures neolítiques de "la Bòbila Madurell" (Sant Quirze del Vallès. Barcelona)". en *9 Col.loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà 1991*. pp. 187-190.
PELLICER. M. Y ACOSTA. P. (1982). "El Neolítico antiguo de Andalucía occidental". *Le Néolithique Ancien Méditerranéen*., Coloquio Internacional de Prehistoria. Montpellier 1981.
PONS. E. Y COLOMER. A. (1988). "La Fonollera. Una aldea del Bronce Final". *Revista de Arqueología*. 92:8-24.
PONS. E., TOLEDO. A. Y COLOMER. A. (1985). *La Fonollera. 10 anys d'investigacions arqueològiques*. Torroella de Montgrí. "Papers del Montgrí". 4.
RAURET. (1987). "La seqüencia estratigràfica de la cova de les Pixarelles (Tavertet. Osona)". *Tribuna d'Arqueologia*. 1986-87:59-68.
RIERA. S. (1994). "Paleobiogeografía. perturbacions i acció antròpica durant l'holocè mitjà al delta del riu Llobregat: l'anàlisis pol.línica del sondatge Mercabarna (MBA)". *Rubricatum*. 0. pp. 195-213.
RISCH. R. (1995). *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sudeste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 antes de nuestra era*., Tesis doctoral presentada en la Universitat Autònoma de Barcelona. 1995.
ROVIRA. J. Y SANTACANA. J. (1980). *Economía, Societat i Canvi a la Catalunya prehistòrica (2000-600 a.C.)*. Cymys. Barcelona.
ROWLANDS. M., LARSEN. M. Y KRISTIANSEN. K. (eds) (1987). *Centre and Periphery in the Ancient World*. Cambridge University Press. Cambridge.
SERRA VILARÓ. J. (1924). *De metalurgia prehistòrica a Catalunya*. Solsona.
SHERRATT. A. (1981)."Plough and pastoralism: Aspects of the secondary products revolution". en Hodder. Isaac y Hammond (eds.). *Pattern of the past*. Cambridge University Press. pp.261-306.
SCHUHMACHER. T. X. Y WENIGER. G.-C. (1995). "Kontinuität und Wandel. Probleme der Neolithisierung im Osten der Iberischen Halbinsel". *Madrider Mitteilungen*. 36. pp. 117-135.
TARRÚS. J. (1987). "El megalitisme de l'Alt Empordà (Girona): els constructors de dòlmens entre el Neolític Mitjà i el Calcolític a l'Abrera. Serra de Roda i Cap de Creus". *Cota Zero*. 3. pp. 36-54.
TARRÚS. J., CASTELLS. J., CHINCHILLA. J., VILARDELL. R. (1987). "El fenómeno megalítico en el Pirineo Oriental de Cataluña". en *El megalitismo en la Península Ibérica*. Ministerio de Cultura. Madrid. pp. 211-245.
TARRÚS. J., CHINCHILLA. J., AGUSTÍ. B., BOSCH. A., BUXÓ. R., CLOP. X., FAURA J. Mª. NAVARRO. C. Y SAÑA. Mª (1993). "Avanç sobre l'assentament lacustre del neolític antic de la Draga (Banyoles. Pla de l'Estany)". *Tribuna d'Arqueologia 1991-1992*. pp. 13-26.
VERNET. J. L. (1991). "Ecologie de la néolithisation en France mediterranéenne". en AA.VV., *Mésolithique et Néolithique*. Estrasburgo. pp. 7-15.
VILARDELL. R., "Origen i evolució del megalitisme a les comarques centrals i occidentals de Catalunya: II. L'Edat de Bronze". *Cota Zero*. 3. pp. 84-91.
VILASECA. S. (1973).*Reus y su entorno durante la Prehistoria*. Reus.
VILLALBA. J., BAÑOLAS. L., ARENAS. J. Y ALONSO. M. (1986). *Les mines neolítiques de Can Tintorer (Gavà). Excavacions 1978-1980*. Excavacions arqueològiques a Catalunya. 6.

EL ENEOLITICO VALENCIANO: ESTADO DE LA CUESTION; LA ESTRUCTURA Y LA ORGANIZACION DEL HABITAT

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 73 - 79

José Aparicio Pérez
SIP. VALENCIA

A. INTRODUCCIÓN

En 1872, J. Vilanova i Piera hizo mención, basándose en estrictos análisis de los útiles metálicos, a la existencia de una Edad del Cobre anterior a la del Bronce(1), idea que defendió públicamente en diversos congresos internacionales(2), lo cual ha sido olvidado por la moderna investigación, especialmente por la española deslumbrada por el espejismo extranjero, tal y como expusimos en 1976(3). Fue Vilanova quien descubrió el Eneolítico o Calcolítico como luego se denominaría al periodo.

También fue el excavador de uno de los primeros yacimientos eneolíticos descubiertos en la comunidad, la cueva sepulcral de Les Llometes, conocida con anterioridad a 1884, fecha de publicación de los trabajos realizados en la misma.

Desde finales del siglo pasado se viene investigando este periodo, estimulada la investigación por la frecuencia de los enterramientos colectivos con vistosos y espectaculares ajuares, a través de los cuales se definió y dió contenido al periodo, toda vez que, frente a la gran abundancia de enterramientos únicamente se disponía de un lugar de habitación, aunque fuera excepcional, la Ereta del Pedregal de Navarrés, también conocido desde temprana fecha, y de restos más o menos consistentes pero a todas luces insuficientes.

Tras varios intentos por realizar el inventario de aquellos yacimientos cuyas características permitían identificarlos como los lugares de habitación, es decir los poblados, de las gentes que enterraron a sus muertos en tantas y, en tantos casos, vastas y densas necrópolis (4), elaboramos una lista de los mismos en las tres provincias valencianas, en la que pudimos identificar 36 de ellos, a los que se podrían añadir hoy media docena más (5) .

El panorama, entonces, se presentaba de la manera siguiente: entre el 3.000 y el 1.600/1.500 a. de Cristo cronológicamente, entre el Neolítico II y la E. del Bronce Valenciano, situaba la Escuela Arqueológica Valenciana la Edad del Cobre, Eneolítico para los que toman la raíz latina y Calcolítico para los que prefieren la griega. Unos 1.500 años durante los que consideramos que se producían hechos importantes que definían y daban contenido al periodo.

Vendría caracterizado por la paulatina instalación al aire libre de manera estable y organizada, en zona llana durante las primeras etapas y «encastillados» en la última. Abandonándose paulatinamente las cuevas como forma de habitación generalizada e imponiéndose la cabaña circular u ovalada de materiales perecederos de tipología uniforme, que incorpora importantes subestructuras pétreas a partir del «encastillamiento» .

---

(1) VILANOVA Y PIERA, J : *Origen, Naturaleza y Antigüedad del Hombre.* Madrid, 1872.

(2) Idem. *Los congresos científicos de Chalons, París, Lisboa y Argel descritos por...* . Madrid, 1884.

(3) APARICIO PÉREZ, J : *«Estudio Económico y Social de la Edad del Bronce Valenciano»*, pág. 195. Valencia, 1976.
Recientemente ha sido «descubierta» la propuesta de Vilanova, ofreciendo el descubrimiento como una novedad.

(4) TARRADELL MATEU, M.: "Sobre la identificación de los poblados eneolíticos valencianos". *II Congreso Nacional de Arqueología* (Oviedo, 1959), págs. 86-91. Zaragoza, 1961.

(5) «El problema capital era el de poder identificar los lugares de habitación de la población valenciana en época posterior al Neolítico y anterior a la Edad del Bronce Valenciano, etapa que únicamente se conocía a través de numerosas y ricas necrópolis, cuyas características generales eran los enterramientos colectivos y la riqueza y variedad de los ajuares. Pero ¿dónde vivía la población que enterraba a sus muertos en estas vastas necrópolis? Véase: APARICIO PÉREZ, J. : «El Puntal sobre la Rambla Castellarda y el poblamiento eneolítico en la Región Valenciana». *Saitabi*, XXVII. págs. 37-62. Valencia, 1977.
A los 36 yacimientos citados habría que añadir el Puntal del Olmo Seco en Ayora, Arenal de la Costa en Onteniente, el Molí Roig en Bañeres, Aigua Dolça y Salá de Elche, Niuet de la Alqueria d'Asnar, el que estudiamos aquí más otro recientemente descubierto en el casco urbano de Oliva, en el interior de una antigua marjal y con características similares, en cuanto a situación y materiales, con la Ereta del Pedregal, el que llamaremos poblado eneolítico de La Vall de les Fonts.

Aparecen los primeros útiles metálicos, en cobre, y las primeras «joyas» en oro y plata. Hay indicios claros de un evidente comercio a media y larga distancia, que ahora se inicia.

Se desarrolla el rito sepulcral, haciendo su aparición los enterramientos colectivos, que utilizan las cuevas especialmente, aunque también fosas o antiguas subestructuras en otras ocasiones.

El llamado «problema o fenómeno campaniforme» caracteriza una fase del mismo, que dividimos en tres, la inicial o I, la II o plena y la III o de encastillamiento, a las que seguiría una fase última o periodo de transición a la E. del Bronce Valenciano.

Al ir consolidándose el periodo a través de las investigaciones, iba adquiriendo personalidad propia, con rasgos distintivos que permitían diferenciar un eneolítico valenciano en el que no dejaba de sorprender el que uno de los rasgos diferenciales fuera la carencia de monumentos megalíticos, suplidos por los enterramientos colectivos en cuevas, con ajuar sepulcral similar, en líneas generales, al encontrado en cualquier tipo de sepulcro megalítico contemporáneo.

La prosecución de las investigaciones en la Ereta del Pedregal añadía nuevos documentos y elementos de juicio, a pesar de la confusión creada al no conseguir sus investigadores una «lectura» clara y estable de su registro estratigráfico, con frecuentes modificaciones y versiones del mismo, que no sólo afectaban a la nomenclatura de los niveles, siempre accesorio, sino también a su contenido, así, a partir de las excavaciones de 1963 los siete niveles establecidos en 1961 quedan reducidos a cinco estratos, que en 1983 se convierten en IV niveles, modificando su nomenclatura ese mismo año e incorporando nuevas interpretaciones y precisiones cronológico-culturales[6].

No obstante se conseguía delimitar ciertas estructuras de habitación y defensivas, obteniendo cerámicas en mejores condiciones y, especialmente, fragmentos campaniformes desconocidos hasta el momento. Sin embargo, la propia naturaleza del yacimiento, en un medio sumamente húmedo, y la calidad de la sedimentación, continuaban impidiendo la obtención de amplios y seguros datos sobre las estructuras.

El descubrimiento, y posterior excavación, del Puntal sobre la Rambla Castellarda, informaba sobre las características de los poblados en altura[7], ya «encastillados», de los que sólo se conocían atisbos en el Peñón de la Zorra y el Puntal de los Carniceros en Villena[8].

La excavación del poblado del Aigua Dolça i Salá en término de Elche permitía a R. Ramos la estructuración interna del Eneolítico[9], de manera similar a la nuestra, aportando una ingente cantidad de cerámica campaniforme, desconocida hasta el momento en tierras valencianas en yacimiento al aire libre y que venían a introducir documentos nuevos, aunque relacionados con los conocidos de la Cova Santa de la Font de la Figuera[10].

El descubrimiento de un poblado al aire libre en el Puntal del Olmo Seco, en plena Sierra de Enguera, nos permitía atisbar, ante la imposibilidad de su excavación, la existencia de infraestructuras de habitación de piedra en seco delimitando plantas subcirculares u ovoides.

La publicación de los enterramientos colectivos descubiertos en término municipal de Bañeres, especialmente el conjunto del Pla Roig, nos permitía intuir que pudiera tratarse de especie de panteones familiares de una población ubicada en los llanos inmediatos, que utilizó el lugar como necrópolis [11].

Había fuertes discrepancias en cuanto a la periodización interna y, especialmente, en cuanto a la aparición de la cerámica campaniforme. Si para Ramos y para nosotros el campaniforme comenzaba con el Eneolítico II o Pleno, para los investigadores del Laboratorio de Arqueología de la Facultad de G.ª e Historia de Valencia, y el resto asimilado, el campaniforme era un fenómeno tardío que comenzaba a partir del 2.000 y caracterizaba un llamado Horizonte Campaniforme de Transición entre el 2.000 y el 1.800, año este último en el que hacían comenzar la E. del Bronce Valenciano, que envejecían considerablemente.

A partir de 1985 comenzaba la tendencia de la escuela que hemos citado a tratar de sustituir la visión tradicional del Eneolítico por una totalmente nueva, relegando éste a un exiguo espacio temporal de apenas dos centurias, haciéndolo coincidir con la aparición de la cerámica campaniforme, que sería su única y principal característica.

Esto unido a la publicación de distintos yacimientos nos obliga al análisis pormenorizado de la situación.

B. EL HÁBITAT

Desde que se pudieron diferenciar y situar los posibles lugares de habitación de las poblaciones que enterraron a sus muertos en los enterramientos colectivos en cueva, se estableció que una de las características de sus hábitats era la instalación al aire libre.

Se argumenta que habitación al aire libre la ha habido en épocas anteriores, por lo que no se puede considerar como característica genuina diferencial.

Esto es cierto, desde el Paleolítico Inferior se conoce la

---

(6) APARICIO PÉREZ, J.: «Los orígenes (Prehistoria y Protohistoria)». *Carta Arqueológica de Navarrés*. págs. 44-46. Valencia. 1991.
7 Vid. opus cit. nota 5.

(8) SOLER GARCIA, J.M.ª: «La Edad del Bronce en la comarca de Villena». *Actas del Congreso «Homenaje a L. Siret (1934-1984)»*. Dirección General de Bellas Artes. Consejería de Cultura de la Junta de Andalucia. págs. 387-388. Madrid. 1986.

(9) RAMOS FERNÁNDEZ, R.: «Las cerámicas de tipo campaniforme de Elche». *Serie Arqueológica*, núm. 9, VARIA II. págs. 31-42. Valencia. 1983.

(10) APARICIO PÉREZ, J. et alii: «*Actividades arqueológicas...*». *Serie Arqueológica*. núm. 9. VARIA II. págs. 247-258. Valencia. 1983.
Idem: «*Actividades arqueológicas...*». *Serie Arqueológica*. núm. 10. Varia III. págs. 311-314. Valencia. 1984.

(11) APARICIO PÉREZ, J. et alii: «Las Raices de Bañeres (Alicante)». *Serie Arqueológica*. núm. 8. Valencia. 1981.
En la pág. 148 escribíamos: «Aún cuando deben existir otros enterramientos en el área que abarca la necrópolis, dada la naturaleza calcárea de la zona, que propicia la existencia de numerosas cavidades todavía sin explorar, lo conocido atestigua la existencia de una intensa y estable extensión del poblamiento, que para la época asignada pudo ser todavía en cueva o bien ya al aire libre. En principio habíamos creído encontrarlo en la Serrella, idea que hemos abandonado porque este poblado se debió instalar hacia el 2.000, según nuestra estructuración del Eneolítico, si bien como continuidad étnica y ergológica de la población anterior asentada en lugar llano, cuyas sepulturas son las encontradas y descritas.

vida al aire libre. Su predominio en cuevas durante el Paleolítico Superior y Medio creemos que es debido, simplemente, a lo difícil que es hoy en día poder encontrar los yacimientos pertenecientes al periodo en un medio muy alterado por los agentes naturales y, especialmente, por los humanos, lo que justifica el predominio de este tipo de hábitat.

Lo propio sucede durante el mesolítico, aunque ahora abundan los yacimientos al aire libre, tal y como expusimos nosotros, señalandolo como característica del periodo, bien en zona totalmente llana o, como más frecuente, al amparo de un simple roquedo. Lo que se repite durante el neolítico y cada vez son más numerosos los yacimientos al aire libre ya neolíticos.

Es decir, que desde las más antiguas etapas de la Prehistoria el paisaje no condiciona el hábitat, sino que el ser humano se adapta a lo que dispone, si es en zona montañosa caliza con abundantes cavidades las utiliza permanente o temporalmente, pero si no dispone de ellas se instala al aire libre.

La explicación creemos haberla ofrecido en alguna ocasión. Las comunidades humanas, desde la más vieja prehistoria, como sucede en todo el ámbito biológico, controlan el territorio que explotan, el llamado territorio de subsistencia, donde obtienen los recursos vitales, con límites definidos con los territorios que detentan las comunidades vecinas. Cuando el territorio es una llanura, sin cavidades obviamente, se instala al aire libre; si es montañoso, pero sin cavidades, necesariamente se instalará también al aire libre, utilizándolas únicamente en el caso de disponer de ellas.

El predominio de una forma u otra de hábitat depende, exclusivamente, de la estructura fisiográfica.

Pero no es la instalación al aire libre, sin más, lo que caracteriza al Eneolítico, sino la generalización de la misma, el abandono de las cuevas casi definitivamente, salvo su utilización en casos esporádicos o por grupos marginales o especializados. Mientras tanto la instalación al aire libre se organiza paulatinamente, se van estableciendo unos patrones o modelos y aparecen estructuras cada vez más sólidas y firmes.

Esta tendencia comienza a partir del 3.000 a. de Cristo y hacia mediados del milenio ya se ha culminado, por lo que es una de las características distintivas del periodo.

C. NUEVOS YACIMIENTOS

1. Cova de les Cendres (Teulada. Alicante).

Conocida desde principios de siglo, en 1974 fue objeto de atención por parte de los arqueólogos, que hicieron un sondeo[12], lo que permitió conocer la existencia de una interesante estratigrafía.

Interés estratigráfico que acumula el de su posición junto al mar, ya que a pocos metros de la boca se abre el acantilado calizo que cae a pico sobre aquél. En todo se asemeja a la Cova Ampla del Cap Gros del Montgó en la que trabajamos, aunque ésta no haya sido tan maltratada por los excavadores clandestinos o buscadores de tesoros, que prácticamente revolvieron toda la sedimentación de aquélla desde la superficie hasta los niveles de «terra» rosa ya paleolíticos. En ambas el Neolítico reposa directamente sobre el Magdaleniense, dato de sumo interés para otras líneas de trabajo.

En 1981 comenzaron trabajos de mayor intensidad y amplitud, sobre una superficie de 37 m^2 en el Sector A, obteniendo una extraordinaria secuencia estratigráfica de casi 3 m. de espesor, que aunque presenta las previsibles anomalías puesto que es difícil encontrarla perfecta, se le puede sacar amplio provecho[13].

Para el tema que nos ocupa no ocurre así, toda vez que no se presenta un estudio estratigráfico pormenorizado y completo con el inventario de todos los materiales, prestando atención exclusivamente a la cerámica, y especialmente a la decorada de los niveles considerados neolíticos.

Como los niveles que pertenecen ya al Eneolítico no tienen cerámicas decoradas, solamente lisas y peinadas, no son de interés para el trabajo en cuestión, mientras que las que disponen de decoración y formas campaniformes escapan a los propósitos del estudio.

No obstante, conviene anotar que en este trabajo el autor ya sustituye el Eneolítico tradicional por el Neolítico IIB, que dispone de una fecha de C14, 4.700 ± 1.200 B.P., quedando relegado el Eneolítico al que llama Horizonte campaniforme, al que una fecha de C14 da una antigüedad de 4.200 B.P., lo que introduce una distorsión dada la modernidad que se pretende para el campaniforme, que al ser de tipo inciso también distorsiona algo más su visión al pretender que el de mayor antigüedad sea el puntillado marítimo.

Otro elemento perturbador de la estratigrafía es el hecho de que en los niveles del IV milenio, con fecha de C14 de 5.820 ± 130 B.P. sólo aparezcan cerámicas lisas y peinadas, lo que no se aviene con la decoración de la cerámica de igual periodo en Cova Fosca de Ares del Maestre.

Por último reseñar, por su trascendencia, que los niveles basales (sobre el paleolítico superior naturalmente) posean cerámica cardial y datación de 7.540 ± 140, es decir de mediados del VI milenio, privándonos, la falta de mayor información, especialmente sobre el contenido lítico y faunístico, de poder sacar conclusiones al respecto. En todo caso y a tenor de las consideraciones generales que se realizan posteriormente sobre la industria lítica, hay que suponer que ésta es la evolucionada que se encuentra ya en yacimientos que, como la Cova de l'Or, no disponen de niveles de la etapa de transición.

La aceptación, por parte del autor, de las teorías de J. Fortea y de sus epígonos sobre el proceso de neolitización, los grupos étnicos y las características de los distintos con-

---

(12) LLOBREGAT CONESA, E. et alii: «Cova de les Cendres (Teulada. Alicante). Informe preliminar». *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, núm. 34, págs. 87-111. Alicante. 1981.

(13) BERNABEU AUBAN, J.: «La tradición cultural de las cerámicas impresas en la zona oriental de la Península Ibérica». *Serie de Trabajos Varios del S.I.P.*, núm. 86. Valencia, 1989.

juntos industriales, le quita cualquier interés a esta parte del trabajo, mientras que las particularidades que presenta la decoración cerámica, distintas a los de otros yacimientos, impide que se puedan tomar como constantes y modelos a seguir con carácter general, por lo que su aplicación únicamente puede ser a nivel local, no desdeñando, incluso, la posibilidad de que nuevos sondeos pudieran ofrecer modelos y secuencias distintas.

2. Puntal de les Moreres (Crevillente. Alicante).

Este yacimiento fue publicado en 1986 como calcolítico, datándolo desde finales del tercer milenio hasta principios del segundo[14].

En realidad ni los materiales ni las estructuras que apoyan aquella asignación y datación eran ajenos a los poblados típicos de la E. del Bronce Valenciano, faltando elementos que la apoyaran.

Posteriormente se han publicado los resultados de nuevas excavaciones, que confirman la existencia de una importante estratigrafía, desde la E. del Bronce en la parte más elevada (a lo que corresponde lo publicado en 1986) hasta diversos niveles eneolíticos debajo con campaniforme inciso desde el 2.500 B.C., construcciones circulares y ovales, interesantísima y extraña cerámica a molde, así como carenada[15].

3. Fuente Flores (Requena. Valencia).

En zona endorréica y húmeda se ha excavado un yacimiento al aire libre, con muchas similitudes con el de la Ereta del Pedregal en cuanto a la ubicación y los útiles recogidos. No se han podido delimitar estructuras.

Los restos faunísticos han permitido amplias consideraciones sobre la economía de la comunidad[16].

4. El Molí Roig (Banyeres. Alicante).

Este yacimiento, junto con el de Les Jovades de Cocentaina, Arenal de la Costa de Onteniente y Niuet de Alquería d'Asnar ha motivado el inicio de un programa de investigación sobre el eneolítico que ha conducido a la negación del periodo tal y como se había concebido, a su inclusión dentro del neolítico sin verdaderas razones de peso bajo nuestro criterio y a la determinación de algunas características del poblamiento en llano.

La dispersión de restos ocupa un área extensísima, 200.000 m^2 según el autor, situada entre dos corrientes de agua, el río Vinalopó y el Riuet de la Marjal, nombre este último muy significativo.

Sólo se pudo excavar una especie de silo que proporcionó escaso material, aunque el recogido por la extensa superficie permitió su adscripción cultural y cronológica[17].

(14) GONZÁLEZ PRATS, A.: «El poblado calcolítico de les Moreres en la Sierra de Crevillente. Alicante». *Actas del Coloquio «El Eneolítico en el P.V.»*, págs 89-99. Alicante. 1986.

(15) Idem y RUIZ SEGURA, E.: «Nuevos datos sobre el poblado calcolítico de Les Moreres (Crevillente. Alicante). Campañas 1988-1993». *Anales de Prehistoria y Arqueología*, 7-8. págs. 17-20. Murcia. 1994.

(16) CABANILLES, J.J. y MARTÍNEZ VALLE, R.: «Fuente Flores (Requena. Valencia). Nuevos datos sobre el poblamiento y la economía del neoeneolítico valenciano». A.P.L., vol. XVIII. págs. 181-231. Valencia. 1988.

(17) PASCUAL BENEYTO, J.: «Excavació de salvament al Vinalopó 18. Molí Roig (Banyeres)». *Festes de Moros i Cristians*. págs. 109 110. Banyeres. 1991.

5. Les Jovades (Cocentaina. Alicante).

Los primeros trabajos en este extenso yacimiento fueron realizados por F. Rubio Gomis, a la sazón director del Museo Arqueológico de Alcoy, quien nos habla de la existencia de, al menos, 124 silos o fondos de cabaña, describiendo una de estas estructuras, 1.50 x 1.45 m. de diámetro y de 40 a 45 cms. de profundidad, con posible poste. Como material más significativo cita un supuesto ídolo oculado, trozos y lascas de sílex, 1 hoja cuchillo entera y un trozo de otro, fragmentos cerámicos lisos de poca calidad, con mamelones y asas; así como restos de fauna [18].

Ubicado en zona llana, aunque inmediato a los pronunciados escarpes de la orilla del río.

Caracoles recogidos en otra estructura inmediata proporcionaron datación de C14: 5.210 ± 80 B.P., es decir 3.260 B.C.

Excavaciones que se prosiguieron posteriormente por otros investigadores, publicándose diversos trabajos con los resultados obtenidos, que en poco modifica lo anterior [19].

6. Arenal de la Costa (Onteniente. Valencia).

La extracción de gravas con fines constructivos puso en evidencia la existencia del yacimiento.

Su excavación permitió conocer tres tipos de estructuras excavadas en margas: silo, de 90 cms. de profundidad, 1.4 m. de diámetro en la base por 1 m. en la boca o parte superior; fosa, circular de 0.85 m. de diámetro y 0.70 de profundidad; cubeta circular, 1.20 m. de diámetro, paredes verticales y 0.60 m. de profundidad; fondo de cabaña, de 5.70 por 3.40 m. de diámetros máximos por ser elíptica, profundidad 0.48 m. y base cóncava.

Se recogieron 2.362 fragmentos cerámicos, en su mayoría lisos, salvo 6 fragmentos con decoración peinada, 3 incisa y 1 con restos de almagra, a lo que hay que añadir campaniforme inciso en la excavación de un silo en 1991. También se recogieron más de 1.000 restos líticos y entre los útiles los típicos del periodo, así como instrumentos de piedra pulida e instrumentos óseos. Un botón en V en el silo excavado en 1991.

Se situó entre el 2.800/2.700 y el 2.200/2.100, aunque una muestra de 1988 fue datada por el C14 en 1940[20].

En 1993 se publicó un trabajo de conjunto, amplio, sobre ambos yacimientos[21], apoyado en cuatro dataciones

(18) RUBIO GOMIS, F.: «La excavación de un fondo de cabaña en la partida de Les Jovades (Cocentaina. Alicante)». *Anales de la Academia de Cultura Valenciana*, núm. 65. págs. 105-121. Valencia. 1990.

(19) PASCUAL BENITO, J L.: «Les Jovades (Cocentaina. Alicante). Notes per a l'estudi del poblament eneolitic a la conca del Riu d'Alcoi». *Actas del Coloquio «El Eneolítico en el P.V.»*, págs. 73-87 Alicante. 1986.
Idem.: «Les Jovades (Cocentaina. Alacant). habitat del Neolitic final amb estructures excavades: sitges y fosses». *Alberri*. 2. págs. 9-52. Cocentaina.1989.

(20) PASCUAL BENITO, J LL. y RIBERA GÓMEZ, A.: «Arenal de la Costa (Ontinyent. Vall d'Albaida)». *Excavacions arqueológiques de salvament a la Comunitat Valenciana 1984 1988. II Intervencions Rurals*, págs. 175-178. Valencia. 1991.
Idem.: «Recents excavacions en el jaciment prehistòric de l'Arenal de la Costa (Ontinyent)». *Crónica de Ontinyent*, nº 37, págs. 68-69. Ontinyent. 1991.

(21) BERNABEU AUBAN, J. et alii: «El III milenio A. C. en el P.V. Los poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)». *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, nº 26. págs. 11-179. Valencia. 1993.

de C14, tres de ellas de Jovades y una, ya citada, del Arenal de la Costa.

Jovades-87 - Nivel I: 4.660 ± 90 B.P. = 2.710 ± 90 B.C.
Jovades-87 - Nivel III: 4.810 ± 60 B.P. = 2.860 ± 60 B.C.
Jovades-91 - Nivel I: 4.370 ± 60 B.P. = 2.420 ± 60 B.C.
Arenal-A II - Nivel único: 3.890 ± 80 B.P. = 1.940 ± 80 B.C.

Con los materiales procedentes de estos dos yacimientos, y con los datos obtenidos de su excavación, pretenderán posteriormente establecer las características generales del poblamiento y de la cultura en general del periodo, Neolítico II para ellos, Eneolítico o Calcolítico, ignorando otros muchos yacimientos que, como el Agua Dolça i Salá responden a otras características.

El estudio de la abundante y variada cerámica recogida les permite establecer su tipología, describiendo la decoración, entre la que se encuentra la cardial, impresa, incisa, relieves, peinada, esgrafiada, almagra, pintada, gradinada e incisa, sin campaniforme en Jovades, aunque presente en un silo del Arenal, decoración que se aparta del modelo de Cendres, donde sólo hay lisa y peinada como hemos visto.

Se describen los abundantes útiles en sílex, hueso, concha, piedra y piedra pulimentada, sin nada especial ya que responden a las características de lo conocido.

El estudio antracológico de Jovades permitía conocer que el predominio correspondía al encinar y, en menor medida, quejigo y pino carrasco, identificándose también madroños, jaras, enebros, acebuches, leguminosas, lentiscos, cornicabras y retamas entre las más conocidas, así como higueras, mientras que como vegetación de ribera se han identificado el fresno, laurel, sauce y álamo. Como deducciones más destacables el que se pueda tratar de poblaciones estables con cultivos fijos, aunque no se descarta la posible movilidad al aplicar la ignicultura.

El estudio de las semillas carbonizadas ha posibilitado la identificación de cebada desnuda y vestida, trigo duro común, trigo compacto, habas, vezas y lentejas. La presencia de cereales y leguminosas ofrece la posibilidad de creer en la rotación de cultivos para la regeneración de nutrientes.

También se ha estudiado la fauna de vertebrados, identificando ovicápridos, toro, oveja, cabra, cerdo, perro y caballo como domésticos, y ciervo, corzo, cabra, conejo y liebre entre los salvajes, señalando el absoluto predominio de la fauna doméstica sobre la escasa salvaje, lo que contrasta con los datos de la Ereta del Pedregal , donde el predominio se invierte, lo que deja vacío de contenido la creencia en deducir la actividad cinegética como predominante entre la economía del periodo y la contemporaneidad del Arte Rupestre Levantino en base a la abundancia de puntas de flecha como evidencia de dicho predominio.

7. Camí del Pla (Oliva. Valencia).

Con este nombre hemos publicado[22] un conjunto arqueológico situado al S-E de Oliva, a unos 4 kms. del actual casco urbano; en plena llanura aluvial costera.

El conjunto comprende niveles medievales, ibéricos y romanos, en estratigrafía detectada de arcillas rojas de aluvión en espesa capa de unos 4 metros de profundidad, que reposa sobre un conglomerado de cantos rodados muy cementado, auténtica pudinga, en la cual se perforaron numerosos pozos de cronología diversa, desde lo ibérico hasta lo medieval, y sobre la cual se localizaron restos líticos de adscripción mesolítica y estructuras con materiales arqueológicos eneolíticos.

Dos fueron las estructuras observadas, denominadas fondos de cabaña nº I y nº II respectivamente, ambos situados al norte del lugar y próximos uno a otro. El fondo nº I se conoce sólo parcialmente, ya que se detectó únicamente una corta zanja de 2.80 m. de longitud total, 5 cms. de anchura y 15 de profundidad, en dos tramos de parecida longitud encontrados en ángulo y con pequeño pozo entre ambos, pozo que también se localizó en los extremos de los mismos, con dimensiones mayores que las señaladas para la zanja, 16 cms. de anchura y 30 de profundidad.

A una distancia de 80 cms. del ángulo central aparecía una masa carbonosa circular de otros 80 cms. de diámetro, y entre ésta y la zanja, débil capa de tierra cenicienta. La zanjilla aparecía rellena de pequeños canutillos carbonizados y petrificados en haces apretados, mientras que los pozos simplemente estaban rellenos de tierras negruzcas.

Se interpreta esto como los restos de una porción de cabaña construida con materiales endebles, tipo barraca o choza hecha con cañas en haces verticales sobre zanja inferior, hogar central y postes de trecho en trecho para dar solidez al conjunto y sostener la techumbre.

Estructura nº II.- Se encontró mucho más completa que la nº I, ya que se pudo distinguir el trazado completo de la zanjilla, que determina una planta poligonal de seis lados de diferente longitud, con siete hoyos para postes, todo de similar composición a la nº I.

La única diferencia viene determinada por la estructura conservada en una y otra, completa en la segunda y escasa en la primera, aunque la proporción se invierte en cuanto a los hallazgos, reducidos a escasos y deleznables fragmentos cerámicos en la II, por lo que el único material conocido procede de la I.

Materiales

Del fondo o estructura nº I procede toda la cerámica recogida, concretamente 37 fragmentos hechos a mano, deficientemente conservados, la mayor parte lisos, debiendo destacar uno con asa junto a la carena de un vaso de este tipo, otro con decoración esgrafiada y otros tres con decoración incisa de tipo campaniforme.

---

(22) APARICIO PÉREZ, J. et alli: "Mesolítico, Eneolítico e Ibérico en el Camí del Pla (Oliva. Valencia. España)". Real Academia de Cultura Valenciana. Sección de Prehistoria y Arqueología. *Serie Arqueológica*, nº 14. Valencia, 1994

En cuanto al material lítico se recogió lo siguiente:

1. Hojita de sílex marrón claro, con el borde rebajado en todo su contorno.
2. Gruesa lasca de sílex marrón.
3. Gruesa lasca de sílex con restos de cortex, filo retocado.
4. Lasquita cortical de sílex blancuzco.
5. Pequeña lasca de sílex marrón oscuro.

Del fondo o estructura nº II no existe material alguno, toda vez que los pocos fragmentos recogidos, por su pequeñez y fragilidad se deshicieron de inmediato.

Cronología

Estructuras y materiales nos remiten al Eneolítico, con preferencia hacia la mitad del periodo, es decir al 2.500 a. de C.

8. Otros yacimientos.

En los últimos tiempos diversos yacimientos han sido dados a conocer, aunque sin dar lugar a conclusiones tan generalizadoras ni tan «modélicas» como se ha pretendido a través de alguno de los analizados.

Un yacimiento al aire libre sumamente espectacular ha sido el del Aigua Dolça i Salà, en el Promontori de Elche, donde la abundantísima cerámica campaniforme, sobre vasos de tipología variada, constituye el utillaje predominante y determinante, pudiendo su excavador, Sr. Ramos, establecer la periodización del Eneolítico durante el III milenio de manera similar a la nuestra[23], lo que no concuerda en absoluto con lo que se nos presenta a través de los poblados anteriores, y para lo que no se ha tenido en cuenta, tras la lectura de aquellos da la sensación que este yacimiento no existe.

También hemos dado noticias sobre las excavaciones realizadas en la Cova Santa de Fuente la Higuera, con niveles neolíticos y eneolíticos, y un considerable conjunto cerámico campaniforme en cueva[24]. Por desgracia todo muy revuelto.

En el Norte, zona del Maestrazgo, se han publicado dos poblados en altura, similares en posición y materiales al de la Rambla Castellarda de Liria, son los de la Cova Roja de Benasal y Font de la Carrasca de Culla[25], que aseguran en extensión y en contenido las características de los yacimientos eneolíticos de la IIIª etapa de nuestra periodización.

Los poblados conocidos de La Ribera del Xúquer, en altura en relación con enterramientos próximos, también se han descrito[26]. Volviéndose a estudiar los materiales de la Casa de Lara y de la Macolla[27], en término de Villena, tan rico en yacimientos eneolíticos, ampliamente estudiados[28].

D. ESTRUCTURACIÓN INTERNA Y CARACTERÍSTICAS

Independientemente de la nomenclatura aceptada para dar nombre al periodo, Eneolítico para nosotros en atención a que lo consideramos suficientemente diferenciado del Neolítico como para nominarlo de manera distinta, o Neolítico II para otros, es evidente que el periodo de nuestra prehistoria centrado en el III milenio antes de Cristo tiene características peculiares que le dan contenido y que lo diferencian suficientemente de los periodos anterior y posterior. Aun cuando ocupe todo el III milenio se inicia unos siglos antes y se continúa unos siglos después.

Los que han decidido abandonar el nombre tradicional para darle otro novedoso aducen motivos diversos, y aparte probables ansias de originalidad siempre tolerables y sobre lo que no vamos a entrar , hacen especial hincapié en el hecho de que no observan ninguna ruptura, cambio o novedad, sino que, al contrario, todo parece discurrir de la misma manera y la continuidad de los modos de vida y cultura neolíticos les parece total, lo que les impide aceptar nombre distinto para el mismo.

Es evidente que esto choca con la visión tradicional, que siempre ha visto notables y sensibles diferencias, pero también hay opiniones actuales en dicho sentido, y de voluntades cercanas a la tendencia que ha alentado el cambio, así, el Dr. Pérez Ripoll afirma en su estudio sobre la ganadería y la caza en la Ereta del Pedregal que "del conjunto se deduce que durante el Eneolítico de la Ereta hay un cambio económico con respecto al Or, es decir al Neolítico, lo que se refleja en las distintas proporciones tanto de los animales domésticos como de los salvajes" [29]; pronunciándose recientemente en igual sentido I. Barandarián al señalar "marcándose otra cesura posterior entre el Neolítico y el comienzo de las edades de los metales" [30].

En los últimos años se han presentado diversos intentos de síntesis, más o menos intensos, amplios y profundos. Uno de ellos es el de Ana M.ª Muñoz, quien lo analiza junto al de Murcia, destacando, entre las características señaladas, la generalización de la instalación de los poblados al aire libre con el consecuente abandono de la habitación en cuevas, el ritual sepulcral simple, el que las cerámicas sean lisas (sin tener en cuenta conjuntos con cerámicas decoradas y el propio campaniforme), las puntas de flecha con retoques bifaciales, la variedad de los elementos de adorno y la escasez de los útiles metálicos, que también son poco representativos. Sitúa al vaso campaniforme en la etapa de transición y para nuestro eneolítico se inclina "a

(23) Vid. opus cit. nota 9.
(24) Vid. opus cit. nota 10.
(25) GONZALEZ PRATS, A.: «El poblado calcolítico de La Font de la Carrasca (Culla. Castellón)».*A.P.L.*. XVI. págs. 141-158. Valencia. 1981. Idem: «El poblado de la Cova Roja (Benasal. Castellón)». *Serie Arqueológica*, núm. 9. VARIA II. págs. 79-106. Valencia. 1983.
(26) MARTÍNEZ PÉREZ, A.: "La Cova dels Gats (Alzira. Valencia)». *Al-Gezira*, núm. 2. págs. 9-55. Alzira. 1986.
(27) GUITART I PERARNAU, I.: «El Neolítico Final en el Alto Vinalopó (Alicante): Casa de Lara y Macolla». *Saguntum*. 22. págs. 67-97. Valencia. 1989.
(28) SOLER GARCÍA. J.M.ª: «El Eneolítico en Villena». *Serie Arqueológica*. núm. 7. Valencia. 1981.
(29) PÉREZ RIPOLL, M.: «La Ganadería y la caza en la Ereta del Pedregal (Navarrés.Valencia)». *A.P.L.* vol. XX. págs. 223-253. Valencia. 1990.
(30) BARANDARIÁN. I. Y CAVA. A.: "Caracteres industriales del epipaleolítico y neolítico en Aragón: su refencia a los yacimientos levantinos".*Aragón/litoral mediterráneo*. Intercambios culturales durante la Prehistoria. Homenje a J. Maluquer de Motes. pág. 196. Zaragoza. 7-10 de mayo de 1990.

pensar en un fenómeno de aculturación de procedencia, fundamentalmente, meridional" [31].

Otros estudios posteriores, de la mano de quienes proponen el cambio de nombre y basados casi exclusivamente en los yacimientos que excavan, insisten en los puntos comunes ya señalados, arrastrando viejos errores, como la dualidad cultural que aceptan a pie juntillas, la llegada del neolítico en su totalidad, *ex novo*, error que trasladan a tiempos posteriores [32].

Algún trabajo que pretende presentar una visión global del periodo, desde posición externa, resulta, por lo incompleto e indocumentado, totalmente inútil y ocioso, de ahí que no merezca mayor atención [33].

También se han publicado estudios sobre el medio físico y biológico en el periodo de referencia, así como sobre los recursos económicos en visión general, con resultados de interés. Así, el estudio del paleoclima, remontándose al 8.000 a. de C., y desde el Preboreal (8.000-7.000) ; Boreal (7.000-6.000) ; Atlántico (6.000-3.000); Sub-boreal (3.000-500 a. de C.) y Sub-atlántico (desde 500 a. de C.), nos proporcionan interesantísima información. Durante el Preboreal y Boreal las arenas eólicas permiten considerar que durante el Mesolítico nos encontramos ante un medio subdesértico con 2 grados más de temperatura que la actual; desde el 6.000 y durante todo el Atlántico hay un claro ascenso pluviométrico, con actividad hídrica notable y bioquímica elevada lo que permite la regeneración de la cobertura vegetal; hacia el 3.000 se entra en nueva fase seca y aumento de las temperaturas en 3º ó 4º, habiendo una recuperación de los niveles pluviométricos a partir del 2.000[34].

El estudio que se planificó en su día, dentro del proyecto "Reconstrucción paleoecológica y antropológica de La Safor, Marina Alta y Valldigna entre el 100.000 y el 1.500 a. de Cristo" ha ido dando sus frutos, publicándose los análisis antracológicos realizados en tres yacimientos de La Vall de Bayren (La Safor)[35], lo que permite conocer que las especies representadas en la comarca durante el Eneolítico fueron «Quercus coccifera», «Olea europea var silvestris», «Pistacia lentiscus», «Leguminosas», «Juniperus sp», «Pinus halepensis», «Quercus faginea sp valentina», «Crataegus monogyna», «Daphne gnidium» y «Erica multiflora», con claro predominio de la asociación «Querco lentiscetum» que junto al «Rosmarino-Ericion» se imponen por la degradación que provoca la acción antropógena; la presencia de "Q. faginea sp. valentina" es indicio de clima más húmedo y fresco, aunque en climas más secos suele persistir esporádicamente en zonas umbrosas, como le ocurre al fresno actualmente.

Hay que hacer notar que la vegetación durante el Mesolítico era diferente, y su presencia en el silo del Camp de Sant Antoni se explica por haber sido excavado en pleno yacimiento mesolítico.

La flora descrita indica que el clima comarcal era cálido y seco como el actual, avanzando hacia condiciones de mayor aridez paulatinamente .

También se ha publicado el análisis de la fauna de la Ereta del Pedregal, con el rigor y meticulosidad a que nos tiene acostumbrados el paleontólogo Pérez Ripoll, llegando a conclusiones sumamente interesantes[36].

Utiliza el Sr. Pérez Ripoll la antigua división en cuatro niveles. El nivel I corresponde a la primera etapa de ocupación del yacimiento, desde el Neolítico Final hasta el Eneolítico Pleno, 1ª mitad del III milenio; el nivel II corresponde al Pleno Eneolítico durante la 2ª mitad del III milenio; el nivel III entre el Eneolítico Final y los inicios de la E. del Bronce, lo que llaman Horizonte Campaniforme de Transición (H.C.T.); el nivel IV se adscribiría también al H.C.T., aunque presenta remoción de materiales, mezclados los Eneolíticos con los de la E. del Bronce Valenciano.

Entre las especies domésticas el predominio correspondería a los ovicápridos, seguidos a bastante distancia por los sus, bos, ovis, capra y equus, cuatro perros y 1 asno. Entre los salvajes hay notable predominio de ciervos, que soprepasan también a los ovicápridos domésticos; le siguen los conejos en buena proporción; a mucha distancia capra pyrenaica y como presentes felix, lepus, aves, corzos, cerdos, tortugas, lince, erizos, lobo y toro.

Entre las importantes conclusiones alcanzadas destaca la deducción de la degradación progresiva del bosque hasta enrarecerse, lo que concuerda con el escaso número de corzos y con los datos que suministra la palinología y la sedimentología, lo que ocasionaría el alto nivel de deforestación ya en la E. del Bronce Valenciano, evidenciado por la disminución de ciervos, contribuyendo a la degradación señalada la abundancia de cabras. Conclusiones cuyo interés resulta tanto más elevado por cuanto significan una sensible rectificación de teorías sostenidas anteriormente contra las que en su día elaboramos al respecto y con las que las actuales concuerdan significativamente.

---

(31) MUÑOZ AMILIBIA, A. Mª: «El Eneolítico en el P.V. y Murcia». *Arqueología del P.V.: panorama y perspectivas. Anejo de la revista Lucentum*, págs. 85-99. Alicante, 1985.

(32) BERNABEU AUBAN, J.: «El Eneolítico valenciano: ¿Horizonte Cultural o Cronológico?». *Actas del Coloquio «El Eneolítico en el P.V.»*, págs. 9-14. Alicante, 1986.
BERNABEU, J ; GUITART, I. y PASCUAL, J Ll.: «Reflexiones en torno al patrón de asentamiento en el P.V. entre el Neolítico y la Edad del Bronce». *Saguntum*, 22, págs. 99-123. Valencia, 1989.

(33) CORRAL CAÑÓN, M. y RUBIO DE MIGUEL, I.: «El asentamiento humano como indicador del cambio cultural. El caso de la Región Valenciana». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, núm. 15, págs. 11-35. Universidad Autónoma de Madrid. Madrid, 1990.

(34) CUENCA PAYA, A. y WALKER, M. J.: «Aspectos paleoclimáticos del Eneolítico alicantino». *Actas del Coloquio «El Eneolítico en el P. V.»*, págs. 43-49. Alicante, 1986.

(35) BADAL GARCÍA, E. y GRAU ALMERO, E.: «El paisaje vegetal eneolítico de la comarca valenciana de La Safor, a través del análisis antracològico». *Actas del Coloquio «El Eneolítico en el P.V.»*, págs. 35-42. Valencia, 1986.

(36) Vid. opus cit. nota 26.

EXCAVACIONES EN LA RAMBLA DE LA ALQUERIA (JUMILLA - MURCIA)

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 81 - 96

Emiliano Hernández Carrión
Francisco Gil González

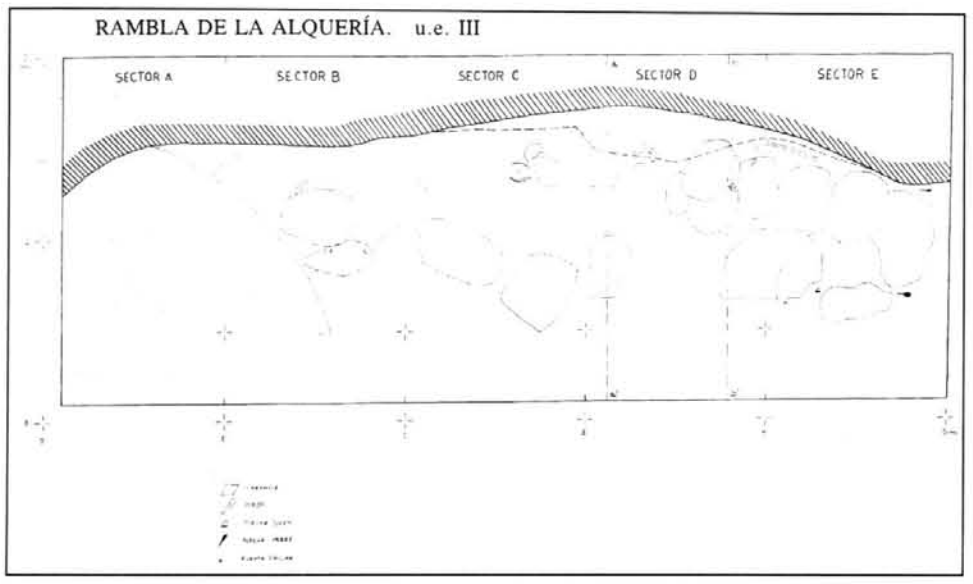


Figura 1

LOCALIZACION

Durante el proceso de excavación de la Necrópolis Musulmana de la Rinconada de Olivares[1], en el otoño de 1994, se nos advirtió por parte de D. José Navarro Martínez[2], que cada vez que llovía, quedaban al descubierto cuentas de collar y pequeños fragmentos de hueso, en un lugar cercano, situado en el costado derecho de un ramblizo que tiene su origen en la umbría del Cerro del Castillo y desemboca en la Rambla de la Alquería.

En el glacis de acumulación de la umbría del Cerro del Castillo de Jumilla se abre un ramblizo de corto recorrido pero de profundo cauce, con orientación S-N, situado a 1 km al N del casco urbano, en cuyo margen derecho se localiza el antiguo Mercado de Ganados y en el izquierdo el Vertedero Municipal de Escombros, en un paraje sin nombre específico, por lo que optamos por denominar al yacimiento con el nombre genérico de la red hídrica a la que pertenece «Rambla de la Alquería».

(1) HERNANDEZ CARRION, E.; POZO MARTINEZ, I y ZAPATA CRESPO, J. 1995.
(2) A quién agradecemos la información facilitada.



Foto 2

A unos escasos 30 m de la desembocadura de este ramblizo en la arteria principal, en el margen derecho y a 1 m de altura sobre el fondo del cauce, en el contacto del conglomerado cementado del Mioceno Superior con los sedimentos coluviales cuaternarios, se sitúan los restos de una pequeña terraza, donde aparecían los fragmentos de hue-

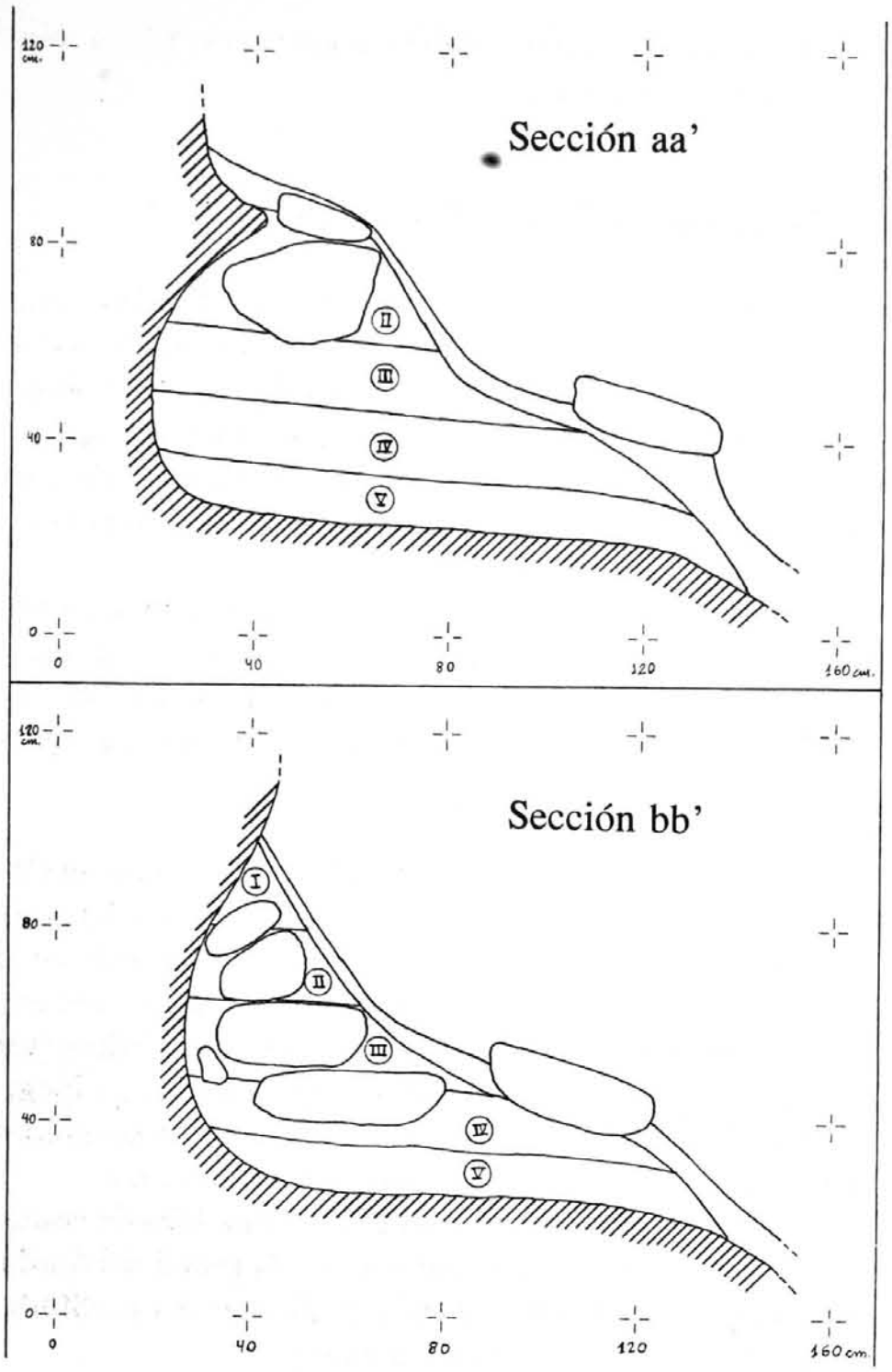


Figura 2

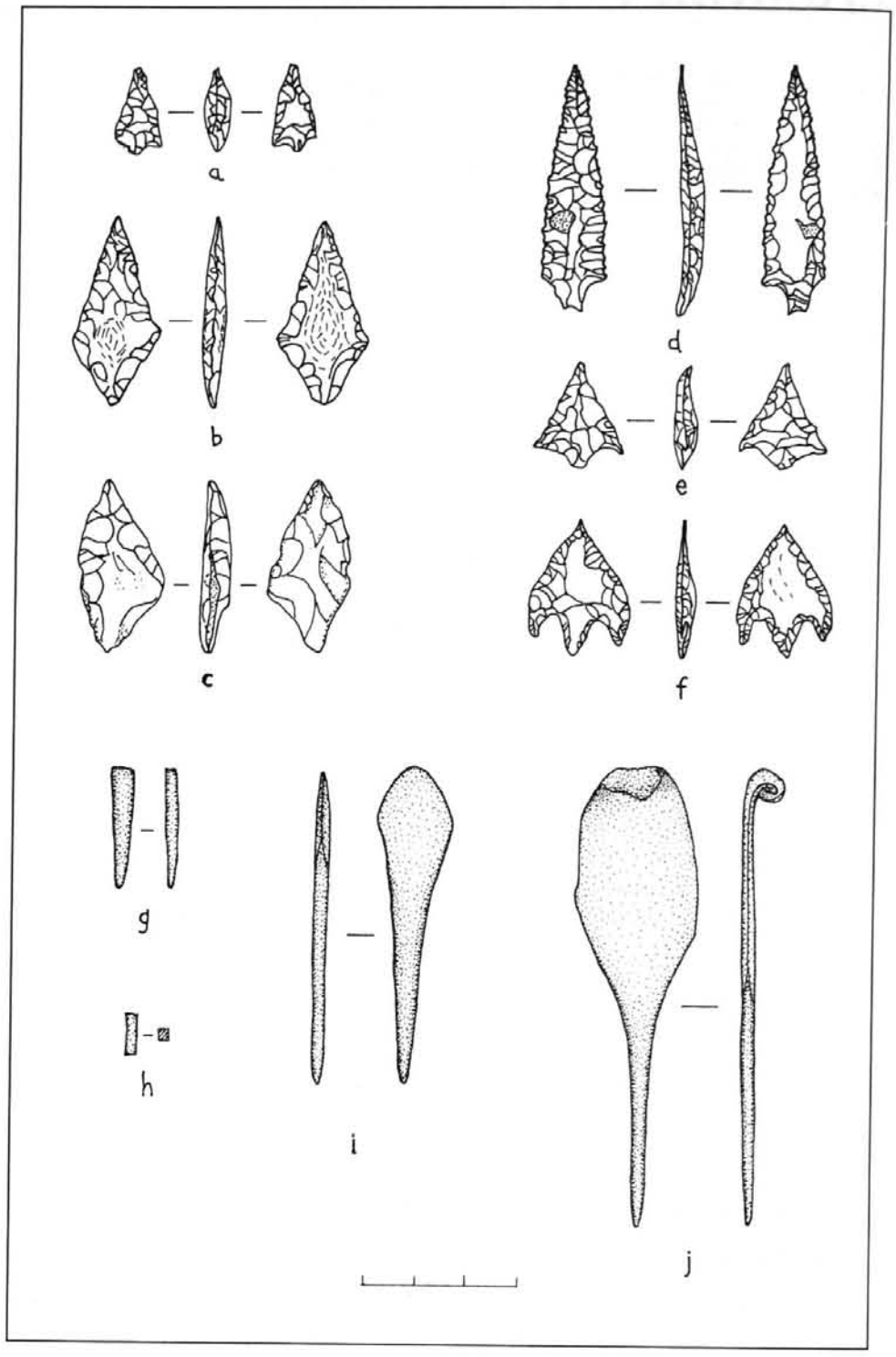


Figura 3

sos y cuentas de collar discoidales. Hallazgos que se extendían por todo el escalón, por el talud de la rambla y por el fondo de la misma, en el área próxima al yacimiento. Éste se localiza en las coordenadas de 38º 29' 16" lat. N y 1º 19' 51" long. W.(3)

El yacimiento parecía estar muy arrasado, a consecuencia de la erosión producida por las lluvias y por la escasa cubierta vegetal, la degradación era rápida, por lo que los restos de la terraza que contenían el depósito arqueológico, estaban pasando a formar parte del inclinado talud de la rambla. Además, en un momento indeterminado, esta parte de la rambla se aterrazó para utilizar la tierra con fines agrícolas, de lo que quedan testigos en las proximidades, y pudo afectar también al yacimiento.

Al encontrarnos con el otoño de 1994 recién estrenado, y ser esta estación la que da mayor número de precipitaciones en la Comarca, denunciamos el yacimiento y pusimos en conocimiento, todas estas circunstancias, ante la Dirección General de Cultura de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, solicitando a la vez el correspondiente permiso de excavación de urgencia.

PROCESO DE EXCAVACION(+)

Aunque todo apuntaba a un posible enterramiento múltiple, la excavación planteaba un problema de método, pues no podíamos delimitar la extensión exacta del yacimiento y mucho menos su potencia; además ignorábamos el nivel de arrasamiento y alteración que tenía, por lo que

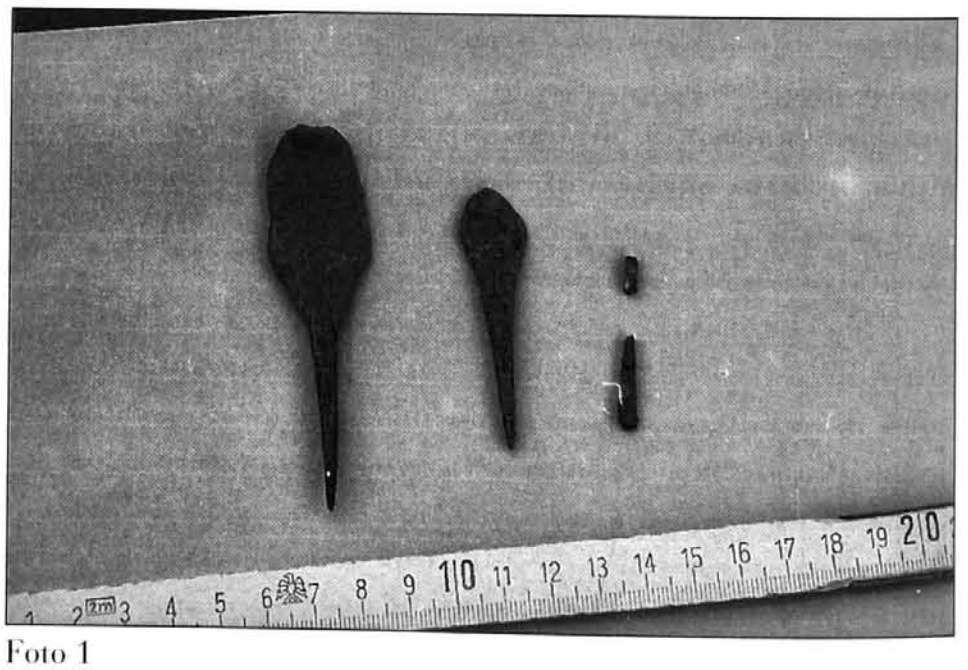


Foto 1

(3) Coordenadas tomadas en el Mapa Topográfico Nacional de España, hoja Nº 869-II (52 - 67), 1995. Escala 1:25.000.

(+) En las tareas de excavación contamos con la colaboración de D. Antonio García Gil, que agradecemos.

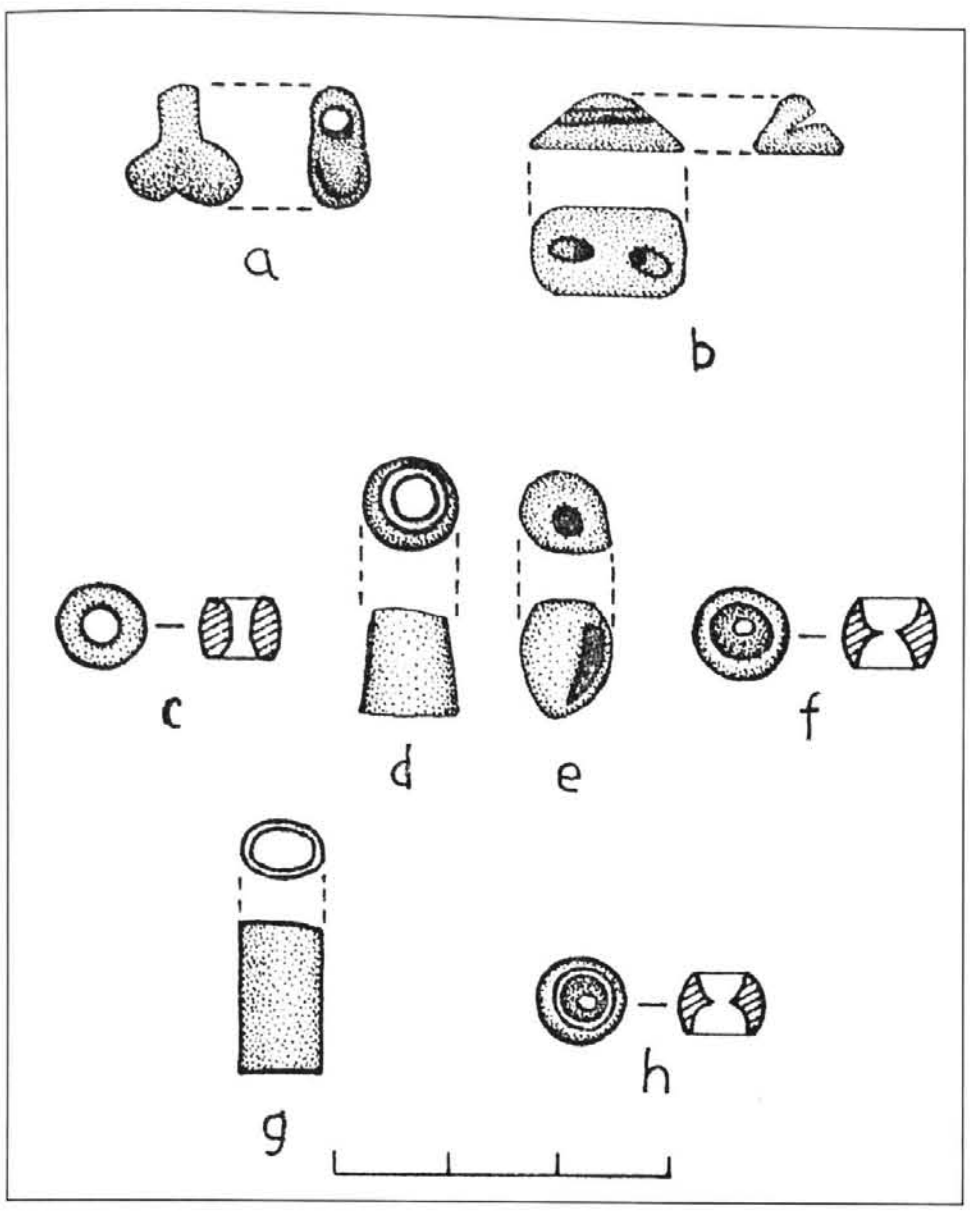


Figura 4

decidimos aplicar el método Harris, aun a riesgo de no encontrar una estratigrafía clara.

Para el levantamiento topográfico del lugar se utilizaron como referencia dos puntos, separados 5 m, que determinaban una línea aproximadamente paralela a la pared rocosa, en dirección N-S, dividiéndose el yacimiento en 5 sectores (denominados con las letras A a F, de N a S) con una anchura de 1 m y profundidad variable (fig. 1). Posteriormente se amplió la zona de excavación 40 cm hacia el W, recuperándose materiales entre las tierras del talud.

La excavación determinó que se trataba, efectivamente, de un enterramiento múltiple, posiblemente semiartificial, con la cubierta muy perdida, que aprovechaba un saliente rocoso situado sobre la terraza formando una especie de covacha, de poco fondo y escasa altura, de 5 m de longitud, por 1 m aproximado de profundidad. En la parte mejor conservada la cubierta sobresalía 30 cm sobre el fondo de la covacha.



Foto 3

UNIDADES ESTRATIGRAFICAS

Con la denominación genérica de Superficial General, englobamos una serie de materiales hallados en el talud de la rambla, entre la escasa capa vegetal y en el fondo del cauce. Se recogieron numerosos fragmentos de huesos, cuentas de collar de distintas formas (ver inventario), un botón de hueso perforado en V, tres puntas de flecha de sílex y una varilla de metal.

Las Unidades Estratigráficas estaban seccionadas por la acción de la escorrentía y presentaban una mayor potencia en el sector D, donde se hicieron dos secciones (aa' y bb', fig.2) al observarse piedras que podrían formar parte de alguna estructura.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA I: de tierra marrón clara y gránulo muy suelto, con una potencia que oscila entre 7 y 10 cm, muy arrasada, se conservaba solamente en el sector D en la zona más interior del mismo (la de contacto con la pared del fondo). Dos acumulaciones de piedras (ver secciones aa' y bb') en sentido perpendicular al eje longitudinal de la covacha, y fragmentos de roca desprendidos del techo han impedido la pérdida total de esta u.e.

En ella hallamos algunos huesos y una bóveda craneana de niño, colocada en contacto con la pared del fondo, en el ángulo con la acumulación de piedras del perfil bb', y dos fragmentos de cerámica a mano.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA II: de tierra anaranjada y gránulo muy suelto, tiene una potencia de 10 cm. Se conservaba en la misma pequeña zona que la anterior u.e. No aportó nada de material.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA III: de tierra marrón clara, de gránulo compacto, tenía una potencia que oscilaba entre los 10 y los 15 cm. Perdida en el sector A y en parte del B y parcialmente conservada en el sector E, apareciendo muy superficial en los sectores B y C. Arrojó gran cantidad de piezas dentarias y fragmentos de huesos dispersos.

En el sector B, algunos huesos largos aparecieron bajo grandes piedras planas.

En el sector C, junto a la pared del fondo, se hallaron dos cráneos femeninos asociados, que denominamos 1 y 2, uno de ellos (el 1), en posición invertida, presentaba el frontal separado. Se hallaron un fragmento de cerámica hecha a mano, perteneciente a un cuenco con decoración incisa y una cuenta tubular de hueso.

En los sectores D y E, en la base de esta u.e., se hallaron varias piedras (8 en total) de gran tamaño (50 x 30 cm.), cinco de ellas, de forma rectangular y aplanada, dispuestas en línea a lo largo de una longitud de 1,50 m., dando la impresión de pertenecer al cierre de una posible fosa, pero al levantarlas se comprobó que descansaban sobre la siguiente u.e., que resultó ser estéril. En estos secto-

res la u.e. III se hallaba escasamente conservada. Sobre el alineamiento de piedras, y entre éstas y el fondo, se hallaron, en el sector D, varias falanges, un fragmento de costilla, seis pequeños fragmentos de cerámica a mano mal conservados, y en el sector E, una tibia, un fragmento de base de cuchillo de sílex y una punta de flecha de cobre de cuerpo romboidal (fig. 3, i).

Por encontrarse en la zona de contacto con el talud de la rambla, podemos adscribir a esta u.e., pero con reservas, una cuenta de collar bitroncocónica (fig. 4, h) y dos puntas de flecha, una de sílex (fig. 3, f) y otra de cobre, del tipo Palmela (fig. 3, j) halladas en el sector E.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA IV: de tierra anaranjada, de grano suelto, con una potencia entre 10 y 20 cm., totalmente estéril, se conservaba en toda la superficie del yacimiento.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA V: se conservaba en toda la superficie del yacimiento, con tierra de color grisáceo, de grano fino y suelto. Con una potencia máxima de 15 cm que se reduce considerablemente en el sector D llegando a 2 cm. Dispersos por toda la u.e. se hallaron numerosas piezas dentarias, abundantes fragmentos de huesos, ninguno entero, entre ellos algunos de cráneo, concentrados en los sectores C y D.

En el sector A se encontró una punta de flecha de cobre de cuerpo romboidal y un fragmento de mandíbula.

En el sector B aparecieron escasas cuentas discoidales.

En el sector C se documentó la práctica totalidad de los fragmentos cerámicos de esta u.e., numerosas cuentas discoidales, conchas perforadas y dos cuentas de collar sobre láminas de concha.

En el sector D se encontraron dos puntas de sílex y un fragmento correspondiente al pedúnculo de otra de cobre, cuentas discoidales, conchas perforadas, dos cuentas de madera y tres cuentas biconvexas de hueso.

En el sector E se encontraron cuentas de collar discoidales en piedra sobre la roca madre, junto a piezas dentarias y fragmentos de hueso.

LOS SUCESIVOS MOMENTOS DE USO DEL YACIMIENTO

La sucesión de Unidades Estratigráficas descrita anteriormente la interpretamos del siguiente modo:

PRIMER MOMENTO DE USO
(UNIDAD ESTRATIGRAFICA V)

La covacha se debió acondicionar a partir de una pequeña oquedad natural, de forma alargada, previamente excavada por la actividad erosiva de la rambla. En el momento de utilización el cauce de la rambla era más profundo y estrecho, quedando la covacha sobre una terraza.

Los primeros depósitos se hacen directamente sobre la roca de base, que en los sectores A, B y C parece haber sufrido un proceso de preparación, regularizando la superficie. Mientras que en los sectores D y F se conservan las pequeñas aristas propias de la erosión kárstica. Esta última zona parece haber sido en principio una zona marginal del yacimiento, pues aquí el espesor de esta u.e. es muy reducido.

En la parte central de la covacha (sectores C y D), donde en la actualidad conservaba mayor profundidad y el fondo rocoso se encuentra a un nivel inferior del resto, apareció la mayor concentración de fragmentos de cráneo y elementos de ajuar.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA IV

Esta u.e. se corresponde con un relleno artificial y remodelación de la covacha, previa al segundo momento de uso. Es difícil precisar si esta remodelación se produce tras un momento de abandono temporal del yacimiento o sin discontinuidad temporal. Por diversas razones pensamos que los distintos momentos de uso no deben hallarse excesivamente separados en el tiempo, como veremos más adelante.

En la parte superior de esta u.e. se halló el ya reseñado alineamiento de piedras, que se colocaron en el mismo momento que el relleno de tierra[5]. Sea cual fuera su función parece que hubo un interés en que quedaran dispuestas horizontalmente y se debieron seleccionar y ajustar para formar una especie de lecho.

SEGUNDO MOMENTO DE USO
(UNIDAD ESTRATIGRAFICA III)

En esta u.e. los huesos se hallaron mejor conservados y más completos que en la u.e. V. Destaca el agrupamiento de los dos cráneos femeninos, hacia el fondo de la covacha, en la zona central (sector C), donde también se halló un fragmento de cuenco decorado y las escasas cuentas discoidales de esta u.e. También hay que señalar el hallazgo, en el sector D, de dos puntas metálicas situadas, respectivamente, a ambos lados de la piedra mas al S del citado alineamiento. Los elementos de ajuar son aquí menos numerosos que en la u.e. V debido probablemente al mayor grado de erosión.

UNIDAD ESTRATIGRAFICA II

Esta u.e. presenta la dificultad de la escasa superficie conservada. Se trata de un nivel estéril, y se puede interpretar como otro nivel de relleno y/o preparación, al igual que en la u.e. IV, o como un nivel de abandono temporal.

ULTIMO MOMENTO DE USO
(UNIDAD ESTRATIGRAFICA I)

Escasamente conservada, corresponde con este momento el ya reseñado fragmento de cráneo de niño, muy quemado, sin que se puedan obtener más conclusiones que las obvias de la continuidad de enterramiento con ajuar, como lo demuestran los fragmentos de cerámica.

---

(5) La piedra situada mas al S del citado alineamiento estaba calzada por otra colocada directamente sobre restos óseos de la u.e. V, de forma análoga, la situada más al N, tenía sus extremos apoyados en la u.e. V y en la situada inmediatamente al S, correspondiente a la u.e. IV, respectivamente.

INVENTARIO DE MATERIALES[6]

SUPERFICIAL GENERAL

RA-M-0001
Fragmento de varilla de cobre cuadrada de 2 mm de lado y 7 mm de altura, perteneciente posiblemente a un punzón (fig. 3, h).

RA-S-0001
Punta de flecha de sílex de color blanquecino, (fig. 3, c) muy desilificada, de 34 mm de long., de forma triangular con pedúnculo y una aleta (losángica), con retoque sobreelevado y bifacial.

RA-S-0002
Punta de flecha de sílex (fig. 3, b) de 35 mm de long., de forma romboidal, con pedúnculo y aletas laterales incipientes, retoque plano y bifacial.

RA-S-0003
Una punta de flecha de sílex (fig. 3, a) de 15 mm de long., de forma triangular, con pedúnculo y aletas incipientes, retoque plano en la cara dorsal y sobreelevado en la cara ventral.

RA-O-0001
Botón en marfil de color blanquecino, con doble perforación en V, piramidal, de base rectangular de 13 x 8 mm y 6 mm de altura. Presenta la superficie alisada y sobre una de las caras mayores lleva una incisión de forma alargada, aproximadamente paralela a la base, que llega hasta la intersección de las dos perforaciones (fig. 4, b).

RA-O-0002
Cuenta en hueso de forma bitroncocónica con superficie rugosa y perforación bicónica, de 6 mm de altura y 7 mm de diámetro máximo (fig. 4, f).

RA-O-0003
Cuenta sobre diáfisis ósea seccionada, de 8 mm de longitud y 7 mm de diámetro máximo (fig. 4, d).

RA-P-0001
Cuenta de collar en piedra de color blanquecino compuesta por dos pequeños glóbulos unidos, uno ligeramente menor que el otro, de cuya intersección y en sentido perpendicular a ambos parte un apéndice, de tendencia circular y sección rectangular, que presenta orificio de suspensión (fig. 4, a).

RA-P-0002
Cuenta en piedra de forma bitroncocónica de 5 mm de altura y 7.5 mm de diámetro máximo, con perforación cilíndrica de 2.5 mm de diámetro (fig. 4, c).

RA-G-0001
Colgante sobre conus perforado, de 7 mm de long (fig. 4, e).

RA-G-0002/0005
Tres conus perforados.

RA-G-0006/0007
Dos trivias biperforadas.

RA-Z-0001/0032
Treinta y dos cuentas de collar discoidales de distintos materiales (la mayoría en piedra).

UNIDAD ESTRATIGRÁFICA I

RA-C-1001/1002
Dos fragmentos de cerámica hecha a mano, que no permiten apreciar forma; de pasta negra y superficie marrón, espatulada y desgrasante a base de cuarzo, escaso y fino y buena cocción. Uno de 48 x 36 mm y otro de 32 x 34 mm.

UNIDAD ESTRATIGRÁFICA III

RA-M-3001
Punta de flecha de cobre de 60 mm de long., cuerpo romboidal (20 mm.) y pedúnculo de sección rectangular (fig. 3, i).

RA-M-3002
Punta de flecha o jabalina de cobre tipo Palmela, con la punta doblada, de 90 mm de long. en su estado actual, con la punta doblada, cuerpo el forma de hoja de laurel con una longitud de 45 mm. y pedúnculo de sección cuadrada (fig. 3, j).

RA-S-3001
Punta de flecha de sílex blanco-grisáceo, con pedúnculo y aletas, de base cóncava y retoque bifacial, de 26 mm de long. (fig. 3, f).

RA-S-3002
Fragmento de base de cuchillo de sílex grisáceo de 19 mm de long.

RA-O-3001
Colgante sobre diáfisis ósea seccionada, con la superficie alisada y de color melado, de 15 mm de long. y 6 mm. de diámetro máximo (fig. 4, g).

RA-C-3001
Un fragmento de cerámica hecha a mano, que une con medio cuenco con decoración incisa, que nos fue entregado por el denunciante del yacimiento. La pasta es marrón oscura y superficie anaranjado-rojiza, con desgrasante semigrueso con cuarzo y escasa mica. Se trata de un cuenco de base plana y paredes convexas con borde recto, ligeramente reentrante, de labio redondeado, que presenta, al exterior, una decoración consistente en líneas incisas quebradas, que delimitan rombos de tamaños irregulares, de los que se aprecian doce completos y dos en parte; en la base se aprecia el arranque de varias líneas quebradas, que formarían un motivo similar de 15 mm de altura, se inicia la decoración a 11 mm del borde. El diámetro exterior es de 80 mm y la altura máxima 48 mm (fig. 6).

RA-C-3002/3007
Seis pequeños fragmentos de cerámica a mano, mal conservados, de pasta gris oscura, con desgrasante muy fino a base de cuarzo y mica.

RA-C-3008/3012
Cuatro fragmentos de cerámica a mano pertenecientes a un cuenco, de pasta gris oscura y superficie erosionada del mismo color, con desgrasante muy fino a base de cuarzo y mica, de mala cochura y pésima conservación, con un tamaño de 90 x 70 mm el más grande y los otros de 50 x 25 mm, 10 x 15 mm y 27 x 18 mm.

RA-C-3013/3015
Dos fragmentos de cerámica a mano de pasta gris oscura con desgrasante semigrueso a base de cuarzo y superficie marrón claro; por lo pequeño de su tamaño no se aprecia forma.

RA-P-3001
Cuenta de collar bitroncocónica con perforación bicónica, en piedra, con superficie alisada de color grisáceo, de 5.5 mm de altura y el mismo diámetro máximo (fig. 4, h).

RA-X-3001/3005
Cinco cuentas de collar discoidales en materia de color negro, posiblemente madera carbonizada o bien lignito, muy frágiles.

RA-V-3001/3007
Siete semillas de vitis vinifera.

RA-V-3008/3019
Doce semillas de leguminosa.

UNIDAD ESTRATIGRÁFICA V

RA-M-5001
Punta de flecha de cobre de cuerpo romboidal y largo pedúnculo de sección rectangular.

RA-M-5002
Fragmento de cobre de forma apuntada y sección rectangular de 5 x 2 mm de dimensiones máximas y 24 mm de long. conservada, perteneciente posiblemente al pedúnculo de una punta de flecha (fig. 3, g).

RA-S-5001
Punta de flecha en sílex marrón, con pedúnculo, retoque cubriente en la cara ventral y parcialmente cubriente en la dorsal, de 46 mm de long. (fig. 3, d).

---

(6) Por razones de espacio el inventario de los restos óseos se refleja en un cuadro-resumen al final del mismo.

RA-S-5002
Punta de flecha en sílex grisáceo claro de forma triangular con pedúnculo y aletas, de 20 mm de long. (fig. 3, e).

RA-O-5001
Pequeño fragmento de la parte distal de un punzón o aguja en hueso de 13 mm de long. y sección circular de 3 mm de diámetro máximo.

RA-O-5002/5005
Tres cuentas sobre diáfisis ósea seccionada, de sección bicónica con perforación recta. Presentan la superficie alisada y de color marrón, mientras que el interior es de color claro, según se aprecia en una de las cuentas que presenta la superficie erosionada (fig. 5, f).

RA-O-5006
Un colgante con bulbo amigdaloide, con perforación en un extremo que es delgado y estrecho, de 21 mm de longitud (fig. 5, c).

RA-O-5007
Dos fragmentos de una misma cuenta sobre diáfisis ósea seccionada, de 11 mm. de altura y 10 mm. de diámetro máximo (fig. 5, d).

RA-C-5001/5006
Seis fragmentos de cerámica de muy mala calidad, de pasta y superficie naranja-rojizo, de muy mala cocción y gran cantidad de jumillita como desgrasante, el estado de conservación es pésimo. Dos de ellos pertenecen a un vaso de fondo plano y paredes de forma cilíndrica (fig. 7, c), con unas dimensiones de 65 x 55 mm y 30 x 30 mm. Un fragmento de borde recto y labio curvo (fig. 7, b), perteneciente a un vaso de paredes rectas, con unas dimensiones de 65 x +7 mm. Un fragmento presenta un arranque de asa de tetón, muy deteriorada, de 30 x +5 mm. El resto son fragmentos muy pequeños que deben pertenecer al mismo vaso.

RA-C-5007/5010
Tres fragmentos de cerámica a mano, de pasta marrón y superficie negro pardusco al exterior y rojiza al interior, con desgrasante grueso a base de cuarzo, con buena cochura. Pertenecen a un cuenco en forma de casquete esférico, de unos 23 cm de diámetro de borde recto y labio curvo (fig. 7, a).

RA-P-5001/5012
Doce pequeñas cuentas discoidales en materia dura de color negro, posiblemente pizarra.

RA-P-5013/5014
Dos cuentas discoidales en piedra, de 7 y 8 mm de diámetro respectivamente (fig. 5, e).

RA-G-5001/5044
Cuarenta y cuatro conus perforados.

RA-G-5045
Colgante sobre fragmento de concha de bivalvo, de la parte correspondiente al borde convexo, de forma aproximadamente rectangular de 11 x 26 mm de dimensiones máximas y con perforación bicónica asimétrica en un extremo. Sobre la cara ventral son visibles las estrías de la concha (fig. 5, b).

RA-G-5046
Colgante sobre concha de bivalvo en forma de corona circular, de diámetros 9 y 22 mm., con ambas superficies alisadas de forma que queda a la vista el nácar (fig. 5, a).

RA-G-5047/5049
Dos conchas de trivia biperforadas.

RA-X-5001/5108
Ciento ocho pequeñas cuentas de collar discoidales en materia de color negro, posiblemente madera carbonizada o lignito, muy frágiles, de ellas 23 están fragmentadas.

RA-X-5109/5110
Dos cuentas de madera, mal conservadas, de tendencia globular, de 10 mm de diámetro y 7 mm. de altura la mejor conservada.

RA-Z-5001/5121
Ciento veintiuna pequeñas cuentas de collar discoidales de diversos materiales (hueso, piedra y concha).

CUADRO RESUMEN DE LOS RESTOS ÓSEOS

GRUPO DE HUESOS *	Sup.	u.e. I	u. e. III	u.e. V	Total
Costillas quemadas	2+		12	8	++
Costillas sin quemar			1 + 1	10	12
Vértebras quemadas	8		1	9	18
Vértebras sin quemar				+	+
Falanges quemadas	13		3	16	32
Falanges sin quemar	+		5	22	31
Metacarp/Metatar quemados	+		6	20	30
Metacarp/Metatar sin quem.	3		11	10	2+
Huesos largos quemados	+		3 + 1	11	19
Huesos largos sin quemar				15	15
Caderas quemadas			1	10	11
Caderas sin quemar			1	11	12
Rótulas quemadas			1	1	2
Huesos cara quemados	1				1
Huesos cara sin quemar			1		1
Huesos cráneo quemados	7	0 + +0	3 + 2	7	59
Huesos cráneo sin quemar	2		5	16	23
Incisivos quemados	7 + 3		2	3	15
Incisivos sin quemar	1 + 2		2 + 1	1+ + 2	22
Caninos quemados	2 + 2			3	7
Caninos sin quemar	1 + 1		2	10 + 1	15
Premolares quemados	6		2	3 + 1	12
Premolares sin quemar	2		5	11	18
Molares 3 raíces quemados	3	0 + 3	+		10
Molares 3 raíces sin quemar	2		1	1	+
Molares 2 raíces quemados	3			1	+
Molares 2 raíces sin quemar	2		2	+	8
Fragm. piezas dentales	12			25	37
Fragm. huesos quemados	169	2	36	216	+23
Fragm. huesos sin quemar	29		+1	115	185
Mandíbula con + molares				1	1
Huesos de animales	5		1	2	8

* En segunda posición se reflejan los huesos de los no adultos (tras el signo +).

RITUAL

Se ha recuperado un total de 1.099 fragmentos de huesos humanos en distinto grado de conservación, 317 correspondientes al Superficial General, 45 a la u.e. I, 155 a la u.e. III y 582 a la u.e. V. Por diversas razones consideramos que gran parte de los fragmentos del Superficial, deben corresponder a las u.e. I y III, que según hemos visto se encontraban bastante erosionadas.

Los huesos presentan huellas de cremación en un 84% en los del Superficial, un 100% de la u.e. I, un 50 % de la u.e. III y un 56 % de la u.e. V. Los huesos quemados representan un 65% del global del yacimiento. Si consideramos sólo las piezas dentarias, están quemadas un 70 % de las del Superficial, un 100% de la u.e. I, un 40 % de la u.e. III y un 20 % de la u.e. V., siendo un 42% el global. En el grupo de quemados hemos incluido fragmentos afectados en distinto grado por el fuego: hay fragmentos con color blanco (en general muy pequeños), con color grisáceo (la mayoría, y algunos casi completos), y otros afectados muy superficialmente por el fuego. Incluso se dan huesos con huellas de fuego en zonas reducidas. Ejemplo de esto son los cráneos de la u.e. III, de los que el 1 está afectado superficialmente por el fuego, mientras que el 2 lo está en mayor grado en la parte baja del frontal, mientras que en el resto de su superficie apenas se aprecian rastros de fuego. El cráneo de la u.e. I está totalmente quemado (color blanco). Nuestro porcentaje de huesos con huellas de fuego coincide con el del 65% de Murviedro (Lorca), aunque Idáñez considera los totalmente quemados, mientras que allí los dientes están quemados sólo en un 5.3%[7].

No se han hallado restos de cenizas o carbones en el yacimiento y no había huesos en posición anatómica, por lo que la cremación debió realizarse en otro lugar. Los elementos del ajuar no parecen haber sufrido la acción del fuego, salvo algunos fragmentos cerámicos, tres cuentas sobre diáfisis ósea seccionada y algunas cuentas discoidales de la u.e. V.

Según se desprende del estudio preliminar de los restos óseos[8], el número mínimo de individuos enterrados en el yacimiento sería de cuatro adultos, al menos uno de ellos varón, y un niño/a en el primer momento de uso (u.e. V); al menos dos mujeres y un niño/a en el segundo momento de uso (u.e. III) y un niño/a en el tercer momento de uso (u.e. I).

Los cráneos femeninos de la u.e. III, hallados agrupados en el sector C, tienen un estado de conservación muy similar, en ambos faltan los huesos de la cara, sólo el 2 conserva algún fragmento de la base, ambos tienen prácticamente completos el frontal, los parietales, el occipital, y el temporal izquierdo, faltándoles, parcialmente al 2 y totalmente al 1, el temporal derecho, de manera que ambos conservan solamente la apófisis mastoidea izquierda. En la u.e. V, también en el sector C y junto a la pared rocosa, apareció un fragmento de la parte izquierda de un cráneo masculino que conservaba, al igual que los anteriores, la apófisis mastoidea izquierda. Ninguno de los restantes fragmentos óseos del yacimiento corresponde al mastoideo derecho. Esto sugiere que la manipulación de los cráneos formaba parte del ritual, del que queda patente la pérdida del mastoideo derecho.

Con estos datos se puede hacer un intento de reconstrucción de los rituales funerarios llevados a cabo en este yacimiento, análogo al de Chapman para la Cultura de los Millares[9]: el uso del yacimiento sería continuo, se manipularía el cuerpo del difunto (incluyendo la cremación parcial) hasta desarticularlo por completo, los cráneos y otros huesos se colocarían junto a la pared del fondo y periódicamente los huesos se enterrarían dando lugar a la formación de un nuevo piso donde proceder a tratar otros restos óseos.

Se trata de un caso más de enterramiento múltiple del Calcolítico en el que se documenta la cremación parcial, tan frecuente en la Región de Murcia. En concreto para la Comarca de Jumilla, se da en las cuevas de: Los Tiestos, Hermanillos, Peliciego y Covachas de la Sierra de la Fuente; y faltan por confirmar los restos procedentes de la Cueva de Pino y Covachas del Molar.

ESTUDIO DE LOS MATERIALES

METAL

De la u.e. V contamos con una punta de flecha de cobre con cuerpo romboidal y largo pedúnculo (Nº Inv. RA-M-5001) y un fragmento (Nº Inv. RA-M-5002, fig. 3, g) que consideramos como correspondiente al pedúnculo de otra, sin descartar que pudiera ser reutilizado como punzón.

En la u.e. III se documentó otra punta de flecha con cuerpo de tendencia romboidal (Nº Inv. RA-M-3001, fig. 3, i) de menor tamaño que la anterior y una punta de flecha o jabalina del tipo Palmela (Nº Inv. RA-M-3002, fig. 3, j), con la punta doblada.

Finalmente, sin contexto, contamos con un fragmento de varilla de cobre de sección cuadrada (Nº Inv. RA-M-0001, fig. 3, h) que debe pertenecer a los clásicos punzones biapuntados de sección cuadrada.

Para la puntas RA-M-3001 y RA-M-5001, de cuerpo romboidal, tenemos paralelos, prácticamente exactos, en las procedentes de un sepulcro megalítico de los Eriales (Granada), que contenía en su ajuar, entre otros, un botón perforado en V, brazales de arquero y copas clasificables como argáricas[10]. Una punta similar procede de la Cova

(7) IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. 1987, pág. 99.

(8) El estudio preliminar de los restos óseos, para el que hemos contado con la colaboración de Dª. Natalia Prado Bermejo, ha ido dirigido fundamentalmente a la determinación del número de individuos inhumados y cálculo del porcentaje de huesos quemados. De esta primera aproximación se desprende que, a pesar del elevado grado de fragmentación, pueden obtenerse interesantes datos antropológicos y paleopatológicos, que se hallan en estudio y de los que podemos adelantar, por ejemplo, que los cráneos femeninos 1 y 2, de la u.e. III, tienen índices cefálicos respectivos de 77 y 76,9, por lo que son clasificables como mesaticéfalos, muy próximos al límite con la dolicocránea. El cráneo 2 tiene numerosos huesos wormianos a lo largo de la sutura lamboidea. Por otra parte, la mandíbula de la u.e. V presenta un osteoma, además de signos de periodontitis. También se aprecia caries en algunas piezas dentales.

(9) CHAPMAN, R. 1991, pág. 254.

(10) CHAPMAN, R.,1991, pág. 270.

dels Gats (Alzira, Valencia), donde, junto con piezas relacionables con la Edad del Bronce, se documenta campaniforme inciso y un brazal de arquero[11]. Si bien este tipo de punta de flecha puede tener una larga perduración, en el yacimiento que nos ocupa aparece desde el primer momento de uso.

Mayor valor cronológico tiene la punta RA-M-3002, del tipo Palmela. Las puntas de Palmela y los botones perforados en V, de los que contamos también con un ejemplar en este yacimiento, forman parte de lo que tradicionalmente se ha venido denominando «ajuar campaniforme»[12], que caracteriza la cultura material del Calcolítico Final[13]. En el Cerro de la Virgen (Orce, Granada) se documenta la aparición de puntas de Palmela en la fase II, para la que se cuenta con un conjunto de cinco dataciones de C^{14} que se agrupan en el periodo 2000-1800 a.C.[14] En el País Valenciano, se documentan este tipo de puntas, entre otros yacimientos, en la Sima de La Pedrera (Polinya de la Ribera, Valencia[15]), con materiales como cerámica campaniforme incisa, un puñal de lengüeta[16] y botones cónicos perforados en V; del sector C[17] de la Cova Santa (Vallada, Valencia) procede otra punta de Palmela, documentándose otros materiales como dos botones piramidales perforados en V (sector A) y cerámica campaniforme incisa (sector C); en la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra (Villena, Alicante), aparecen dos puntas de este tipo y un puñal de lengüeta; también en el yacimiento de Les Moreres (Crevillente, Alicante), se documenta una punta de este tipo y cerámicas campaniformes relacionables con los estilos peninsulares más recientes (Palmela, Ciempozuelos[18], etc.). Todos estos yacimientos valencianos se encuadran en el Horizonte Campaniforme de Transición (HCT). La fecha en torno al 1800 a.C. para el final este periodo, vendría dada por las fechas de radiocarbono de los poblados del Bronce de Serra Grossa (Alicante) y Terlinques (Villena, Alicante[19]), que corresponderían a los inicios del Bronce Valenciano. Finalmente, en Murcia, en el Cerro de las Víboras (Bagil, Moratalla), en el grupo de niveles B y en su correspondiente necrópolis megalítica, en concreto en el denominado Dolmen de Bagil 2 se han localizado puntas de Palmela, asociadas a botones con perforación en V, brazales de arquero y campaniforme inciso e impreso, entre otros materiales, que Eiroa García sitúa en la transición del Calcolítico al Bronce antiguo[20]. También tenemos noticia de varios hallazgos de puntas de Palmela, sin estratigrafía, como el caso de El Castillo (Cieza)[21], o en estratigrafías que aportan poca información, como en el Cerro de las Viñas[22]. En cuanto a fechas de C^{14} sin calibrar, contamos con la de principios del II milenio a.C. procedente del enterramiento múltiple de Cueva Sagrada I (Lorca)[23], donde se documentaron tres punzones de cobre, que podría corresponder a un momento cronológico anterior al yacimiento que nos ocupa, y para el término del Calcolítico Final (o etapa de transición al Bronce), es orientativa la fecha de la tercera centuria del segundo milenio procedente del Rincón de Almendricos (Lorca, Murcia), para un momento temprano de la Cultura de El Argar en Murcia[24]. En Jumilla contamos con la fecha de 1840 +/- 115 a.C., para un momento de uso del enterramiento múltiple de la Cueva de los Tiestos, situable en el Cobre Final, como veremos al tratar las relaciones de Rambla de la Alquería con otros yacimientos. Las fechas de radiocarbono citadas, una vez calibradas corresponderían a fechas más altas de calendario solar. Ejemplo de esto es la fecha calibrada del nivel B3 de Bagil (Moratalla) de 2170 A.C.[25]

Las numerosas piezas metálicas de este yacimiento contrastan con los escasos hallazgos de metal en otros enterramientos múltiples de la localidad, conociéndose tan sólo un punzón y una punta de flecha de cobre procedentes de la Cueva de los Tiestos[26], y una aguja biapuntada de sección circular procedente de la Cueva de los Hermanillos[27]. Por lo que respecta a los lugares de hábitat, en el yacimiento de El Prado, único, además del presente, en el que se han realizado excavaciones sistemáticas, solamente se han hallado escasos fragmentos de pequeños punzones[28], mientras que en el resto de yacimientos calcolíticos conoci-

---

(11) BERNABEU, J. 1984, págs. 16-17, 104 y fig. 18, pág. 34.

(12) Este "ajuar" lo componen elementos como la cerámica campaniforme, puñales de lengüeta, puntas de Palmela, botones perforados en V y brazales de arquero.

(13) Hemos optado por esta denominación para la fase final de la Edad del Cobre, que correspondería a la transición a la Edad del Bronce. En la bibliografía se encuentran otras denominaciones para este momento: Eneolítico Final (LOMBA MAURANDI, J. y SALMERON JUAN, J. 1995, pág. 157); Millarense con Campaniforme para la fase II del Cerro de Virgen (Orce, Granada)(CHAPMAN, R. 1991, pág. 122); en el País Valenciano suele denominarse este período Horizonte Campaniforme de Transición (HCT). La cultura material del HCT se caracterizaría, en líneas generales por el citado "ajuar campaniforme", pero incluyendo sólo la cerámica campaniforme incisa y no los tipos más antiguos (cerámica campaniforme cordada y puntillada) (BERNABEU AUBAN, J..1979,1984 y 1986). Este autor, basándose en que, elementos que tradicionalmente se han usado para definir el Eneolítico, como la vida en poblados, el uso de cuevas para enterramientos múltiples, y otros aspectos de la cultura material, están ya presentes en el Neolítico Final, opina que el auténtico Eneolítico cultural estaría representado, en el País Valenciano, por el HCT, siendo el Eneolítico una especie de continuum del Neolítico (BERNABEU, 1986, pág. 13), opinión no compartida por otros autores, que defienden la existencia del Calcolítico como momento cultural con entidad propia (SOLER DIAZ, 1990, con una interesante historia de la investigación y abundante bibliografía).

(14) Para la fase II A, en la que coexisten campaniforme puntillado e inciso, las dataciones son: 1970 +/- 60 y 1970 +/- 35 a.C.; para la fase II B, en la que sólo aparece el campaniforme inciso, tenemos las dataciones: 1940 +/- 40, 1885 +/-35 y 1850 +/- 35. SHÜLLE, W. y PELLICER, M. 1966; MUÑOZ AMILIBIA, A.M., 1986, pág. 162; CHAPMAN, R., 1991, págs. 86, 122-123.
* En el presente trabajo, empleamos la notación a.C. para las fechas de radiocarbono sin calibrar y A.C. para las fechas calibradas.

(15) APARICIO, J. 1978; BERNABEU, J. 1984, págs. 15-16.

(16) MARTI OLIVER, B., 1981; BERNABEU AUBAN, J. 1984, págs. 22-23, fig. 36, pág. 68.

(17) SOLER GARCIA, J.M. 1981; BERNABEU AUBAN, J. 1984, págs. 84, 102-104, fig. 38, pág. 70.

(18) GONZALEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E..1994, págs. 18-19.

(19) 1865 +/- 100 a.C., para Serra Grossa y 1850 +/- 50 a.C. para Terlinques (MARTI OLIVER,B. y GIL SANCHO,J..1978, pág. 61).

(20) EIROA GARCIA, J.J., 1995, pág. 28.

(21) LOMBA MAURANDI y SALMERON JUAN, 1995, pág. 171.

(22) En el corte XYZ, estrato II, con materiales del Cobre y Bronce (AYALA JUAN, M.M., 1987b, pág. 118).

(23) 1920 +/- 100 a.C. EIROA GARCIA, J.J. 1987, págs. 75-76; EIROA GARCIA, J.J., 1990.

(24) 1730 +/-100 a.C. CHAPMAN, R..1991, pág. 86. AYALA JUAN, M.M..1987a, pág. 110.

(25) EIROA GARCIA, J.J., 1995, pág. 30.

(26) MOLINA GRANDE, M.C., 1990, pág. 58.

(27) Yacimiento conocido tras una intervención clandestina (MOLINA GRANDE y MOLINA GARCIA, 1991, págs. 84-85). La citada aguja de cobre e interesantes elementos de ajuar, como una cuenta de collar en piedra verde, pequeñas cuentas discoidales en varios materiales, conchas perforadas, fragmentos de espátulas sobre hueso y cerámica en yeso decorada con incisiones paralelas, son inéditos y procedentes de la terrera.

(28) LILLO CARPIO, P. A. y WALKER, M.J., 1986, pág. 184.

dos de la localidad no se han hallado útiles metálicos. Algo más frecuentes son los hallazgos metálicos en yacimientos clasificados como pertenecientes al Bronce, entre los que destacaremos, por su relación con el tema que nos ocupa, dos puntas tipo Palmela, una procedente de Los Castillicos del Cerro González[29] y la otra, de mayor tamaño y similar a la RA-M-3002, hallada en el entorno de El Portichuelo[30]. En ambos casos se trata de hallazgos de superficie, al igual que el molde para la fabricación de punzones procedente del poblado del Bronce del Cerrico de Santa Ana la Vieja[31], único testimonio de la práctica de metalurgia en la Comarca.

La presencia de puntas metálicas desde el primer momento de uso del yacimiento, y la concordancia en otros aspectos de la cultura material que iremos viendo, nos lleva a suponer que no hay una diferencia cronológica significativa entre los sucesivos momentos de uso como lugar de enterramiento del yacimiento, que correspondería al tránsito del Calcolítico a la Edad del Bronce.

SILEX

De la u.e. V contamos con dos puntas de flecha (Nº Inv. RA-S-5001, fig. 3, d, y 5002, fig. 3, e). La primera presenta un retoque excepcional, con los bordes a modo de sierra. Fue fabricada sobre una hoja y en la cara dorsal sólo lleva los retoques precisos para conseguir los dientes. La segunda es de pedúnculo y aletas marcadas.

A la u.e. III pertenece la punta de flecha RA-S-3001 (fig. 3, f) con pedúnculo, base cóncava, aletas muy marcadas y retoque parcialmente cubriente en ambas caras. De esta u.e. también procede un fragmento de la parte proximal de una hoja de sílex sin retoque.

Finalmente, sin adscribir a ninguna u.e. contamos con otras tres puntas de flecha, la RA-S-0001 (losángica, fig. 3, c), la RA-S-0002 (romboidal, sobre sílex tabular y con aletas incipientes laterales, fig. 3, b) y la RA-S-0003 (de pedúnculo y aletas y reducido tamaño, prácticamente microlítico, fig. 3, a).

Considerando las puntas de flecha en conjunto, predominan las de pedúnculo y aletas (3 de 6), presentando dos de ellas las aletas muy marcadas.

En el conjunto de útiles en piedra de este yacimiento, elaborados exclusivamente en sílex, las puntas de flecha representan una mayoría considerable, pues aparte de éstas solamente contamos con un fragmento de hoja. Contrasta así la industria lítica de este yacimiento con otros enterramientos múltiples locales como la Cueva de los Tiestos[32] y la Cueva de Pino[33], ambos con industria lítica más variada, y donde, a diferencia del yacimiento que nos ocupa, se documentan, además de otros útiles, también los de tipo geométrico.

Este predominio casi absoluto de puntas de flecha en Rambla de la Alquería puede obedecer a razones de tipo cronológico. Así, en el vecino País Valenciano, en Ereta del Pedregal (Navarrés), donde se han diferenciado tres fases de ocupación Ereta I (Neolítico Final), II (Eneolítico Inicial y Pleno) y III (Horizonte Campaniforme de Transición), se ha observado en las líneas evolutivas seguidas por la industria lítica, desde la fase I, un aumento de la producción de las puntas de flecha con una progresiva disminución porcentual del resto de grupos tipológicos, tendencia que se agudiza durante la fase III, quizás como consecuencia de la mayor presencia de útiles metálicos, conclusiones que confirman los hallazgos de las necrópolis, en donde, frente a la variedad tipológica en sílex del Eneolítico Inicial y Pleno, en el HCT (Gats, Pedrera, Retoret, etc.) hay una casi exclusiva presencia de puntas de flecha[34].

De este modo, la tipología y la distribución porcentual de la industria lítica de nuestro yacimiento concuerda con la cronología que proponemos[35] y es un dato más a favor de la hipótesis de que los distintos momentos de uso del mismo no se hallan excesivamente separados en el tiempo. En el primer momento de uso (u.e. V), las puntas de flecha suponen un 100% de la industria lítica, en el segundo momento (u.e. III) un 50% (una punta y una hoja), y si consideramos también los hallazgos en superficie, las puntas de flecha representan un 85.7% de la industria lítica global del yacimiento.

HUESO

En lo referente a útiles, contamos únicamente con un fragmento de la parte distal de un punzón o aguja de sección circular (Nº Inv. RA-O-5001), correspondiente a la u.e. V. Otros objetos elaborados en hueso serán tratados en el apartado de objetos de adorno.

CERAMICA

En la u.e. V contamos con 6 fragmentos cerámicos en mal estado de conservación, con abundante jumillita como desgrasante (Nº Inv. RA-C-5001/5006, fig. 7, b y c). Dos de los fragmentos corresponden a un vaso de fondo plano y paredes cilíndricas, otro a un borde recto de labio curvo, uno más presenta los restos del arranque de una posible asa de tetón, y los demás no dan forma. La tonalidad anaranjado-rojiza se hace grisácea en algunas zonas, bien por efecto de una cocción desigual o bien por haber estado sometidos a la acción del fuego integrante del ritual. Todos los fragmentos fueron hallados en los sectores C y D. El empleo de jumillita como desgrasante se documenta en la mayoría de las cerámicas calcolíticas locales y es característico hasta el extremo de haberse convertido en fósil rector de este periodo cultural en la zona, con proyección en otras áreas murcianas y del País Valenciano[36].

---

(29) MOLINA GRANDE, M.C. y MOLINA GARCIA, J. 1973, pág. 81.
(30) Sobre el yacimiento: MOLINA GRANDE, M.C. y MOLINA GARCIA, J. 1973, págs. 171-172. La punta, inédita, está depositada en el Museo Municipal "Jerónimo Molina" de Jumilla.
(31) Sobre el yacimiento: MOLINA GRANDE, M.A. y MOLINA GARCIA, J. 1977, págs. 190-191. El molde, inédito, está depositado en el Museo Municipal "Jerónimo Molina" de Jumilla.
(32) MOLINA GRANDE, M.C., 1990.
(33) MOLINA GARCIA, J. y HERNANDEZ CARRION, E., 1986.
(34) BERNABEU AUBAN, J. 1979, pág. 98, con bibliografía.
(35) Los Grajos III, con abundancia de puntas de flecha de sílex y dos útiles geométricos, también en sílex, es fechado por sus excavadores en un momento temprano del Eneolítico Pleno (LOMBA MAURANDI et al. 1995).
(36) En MOLINA GRANDE, M.C. y MOLINA GARCIA, J. (1977), los autores determinan que los corpúsculos brillantes que aparecen en la cerámica proceden de la flogopita (mica magnesiana), que en unión de otros elementos componen la roca denominada jumillita: fragmentos de esta roca se hallaron en las excavaciones en El Prado (WALKER, 1990); la lista de yacimientos donde se detecta este tipo de cerámica se amplía en MOLINA GARCIA, J. y HERNANDEZ CARRION, E. pág., 1986, 111; MOLINA GRANDE y MOLINA GARCIA 1991, pág. 26.

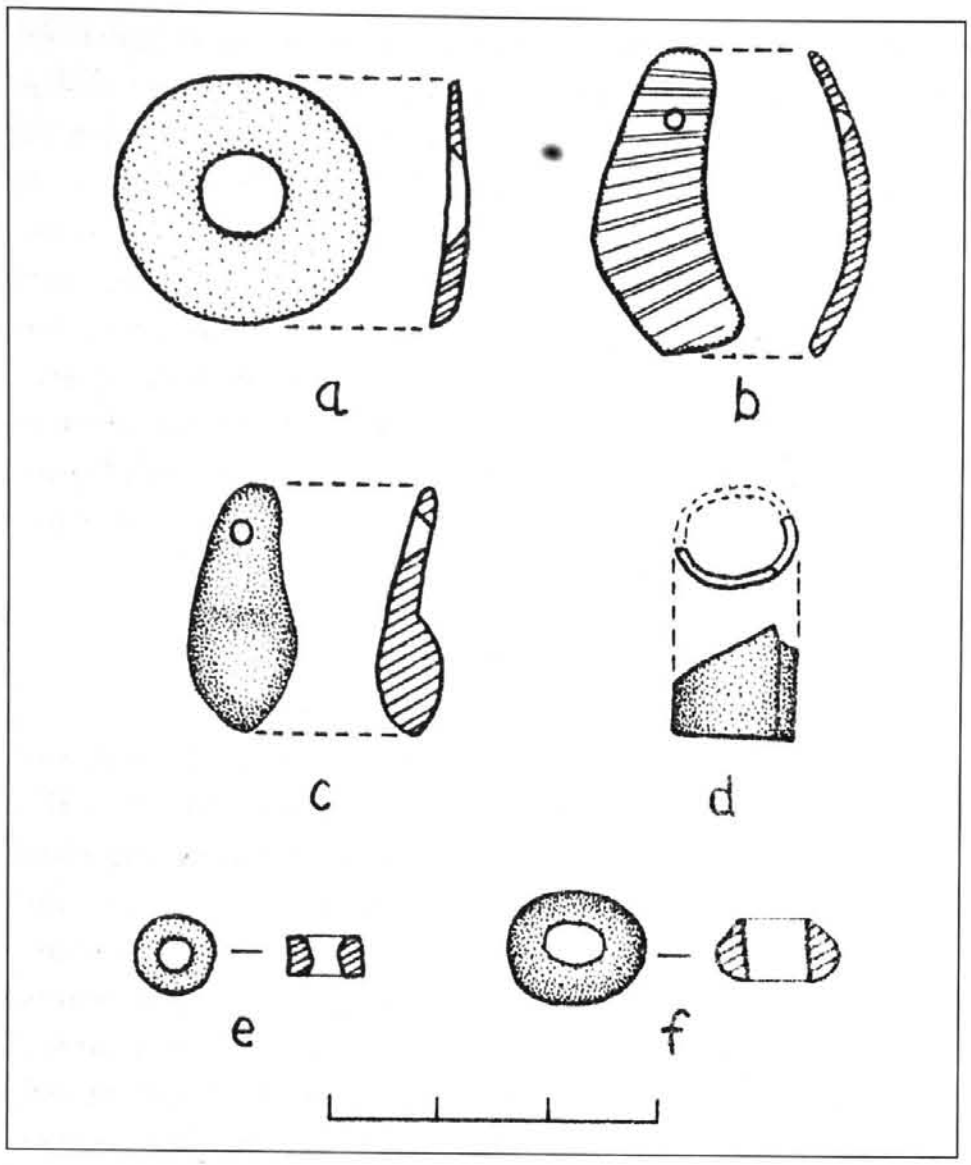


Figura 5

Procedentes también u.e. V, tenemos 3 fragmentos (Nº Inv. RA-C-5007/5010, fig. 7, a) pertenecientes a un cuenco en forma de casquete esférico de unos 23 cm. de diámetro, hallados en la misma zona que los anteriores, y que también parecen haber sufrido la acción del fuego.

También de la u.e. III, contamos con varios fragmentos de un cuenco (Nº Inv. RA-C-3008/3012) y otros pertenecientes a dos vasos distintos, de forma no identificada (Nº Inv. RA-C-3002/3007 y RA-C-3013/3015).

Correspondiente a la u.e. III, contamos con un pequeño fragmento de borde con decoración al exterior, que une con medio cuenco de base plana, paredes convexas y borde ligeramente reentrante, que nos entregó el denunciante del yacimiento. La pieza presenta una decoración incisa a base de líneas quebradas que delimitan rombos, de los que se conservan doce completos y dos en parte (Nº Inv. RA-C-3001, fig. 6). Las incisiones se realizaron con un punzón de punta astillada, de manera que en algunas zonas da la impresión de que se trata de líneas dobles. En el fondo se aprecia con dificultad la presencia de decoración incisa, quizá con un motivo similar.

Los fragmentos de la u.e. I (Nº Inv. RA-C-1001) no dan forma y presentan la superficie exterior alisada.

La técnica de emplear jumillita como desgrasante en la cerámica de este yacimiento solamente se constata en un vaso de la u.e. V, lo que contrasta con otros yacimientos locales, como el asentamiento en llano de El Prado[37], donde el mayor porcentaje de cerámicas presentan esta característica. En otros fragmentos el desgrasante es a base de cuarzo, y aunque también se encuentra mica, se da en mucha menor proporción.

(37) WALKER, M.J. 1985; WALKER, M.J. y LILLO CARPIO, P.A. 1983 y 1984.

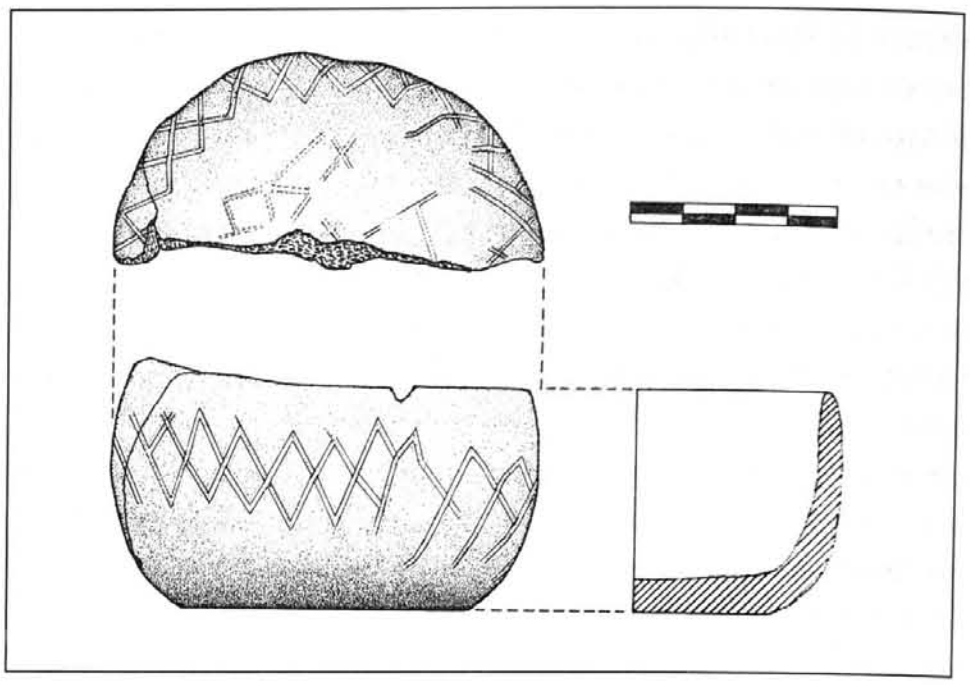


Figura 6

La cerámica se ha hallado en estado muy fragmentario y dispersa, sobre todo en la parte central del yacimiento. Muchos de los fragmentos hallados no permiten reconstruir los perfiles. En estas circunstancias solamente puede decirse, en cuanto a las formas, predominan los cuencos (con tres items) seguidos por los vasos cilíndricos (con un ítem). Cuencos lisos de base plana de proporciones similares al RA-C-3001, con paralelos en el Cobre Final de Montefrío, según Bernabeu, se documentan en Sima de la Pedrera, Cova de Alfons y l'Atarcó[38] y en Les Moreres[39].

En cuanto a las decoraciones, son piezas mayoritariamente lisas, pues solamente contamos con el citado fragmento de cuenco con decoración incisa en rombos. El empleo de motivos incisos similares en la decoración está atestiguado en el yacimiento local de El Prado, donde en las excavaciones de Walker y Lillo se documentaron cerámicas con decoración incisa, en líneas horizontales y uno de ellos en zig-zag con relleno de puntillado, aunque desconocemos la situación estratigráfica de estos materiales[40]. Análogamente, procedente de la superficie, contamos con un fragmento con decoración de líneas incisas que forman rombos rellenos de puntos[41]. La fecha más reciente de C^{14} de El Prado son 2000 +/- 150 a.C. (nivel 4, corte C[42]). La presencia de decoración en la base del cuenco de Rambla de la Alquería puede interpretarse como una imitación de los fondos decorados por el exterior de la cerámica campaniforme.

OBJETOS DE ADORNO

HUESO

BOTON PERFORADO EN V

Se trata de un botón en marfil, de forma piramidal y base rectangular, en la que lleva una doble perforación en V (n.º inv. RA-O-0001, fig. 4, b) hallado entre las tierras arrastradas por la erosión.

Los botones perforados en V son un elemento más del

(38) BERNABEU AUBAN, J., 1984, pág. 96.
(39) GONZALEZ PRATS, A. 1986, págs. 91.
(40) WALKER, 1985, pág. 820.; MOLINA GRANDE y MOLINA GARCIA, 1991, pág. 24.
(41) MOLINA GRANDE, M.C. y MOLINA GARCIA, J. 1973, págs. 172-176.
(42) WALKER, 1985, pág. 820.

«Ajuar Campaniforme», característico de la cultura material de las etapas finales del Calcolítico o, de otro modo, de la transición a la Edad del Bronce. Para el conocimiento de esta etapa en el Sureste es de gran importancia la estratigrafía del yacimiento granadino de Los Castillejos de Montefrío[43], donde aparecen los botones de este tipo en la fase V del yacimiento, con campaniforme de estilo inciso. De forma análoga, en el País Valenciano, la mayoría de botones de este tipo aparecen asociados a campaniforme inciso, como en el nivel III de la Ereta y en cuevas de enterramiento como Cova Santa (Vallada). En otros casos se han documentado estos botones en cuevas que, si bien no poseen ningún elemento campaniforme en sus ajuares, tampoco pueden relacionarse con la Edad del Bronce, como es el caso de la Cova de Giner (Cullera), existiendo algunos ejemplos de perduración en el Bronce Valenciano[44]. En la Región de Murcia, se documentan botones de marfil con perforación en V en citado Cerro de las Víboras (Moratalla), en el grupo de estratos B, situados cronológicamente en la transición del Cobre al Bronce antiguo[45]. Es también de interés el hallazgo en el Cerro de las Viñas (Coy, Lorca), en el ángulo formado por un bastión y la muralla, de un enterramiento en fosa, delimitada por piedras, con el inhumado en posición fetal, con siete botones de hueso prismaticopiramidales perforados en V «in situ», a lo largo de su abdomen y un fragmento de brazal de arquero y varios de cobre o bronce, así como restos faunísticos[46]. En Murviedro, se documentan botones perforados en V de tipo diferente (de «tortuga»), que Idáñez Sánchez asocia a la fase campaniforme del yacimiento[47].

El hallazgo de este botón, sin precedentes en la Comarca, representa un importante dato por su valor cronológico.

COLGANTE CON BULBO AMIGDALOIDE

Se trata de un colgante sobre pieza dentaria, con un bulbo amigdaloide y un extremo perforado de tendencia rectangular, procedente de la u.e. V (nº. inv. RA-O-5006, fig. 5, c).

Cuatro colgantes de este tipo se encuentran entre los materiales procedentes de la Cueva de Pino estudiados por Molina García y uno de nosotros[48]. A los paralelos citados entonces, que son, por una parte y elaborados sobre concha, en Cueva del Agua de Prado Negro (Iznalloz, Granada), (35 items) y en Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante) (1 ítem), por otra parte, elaborados en hueso, en la Cueva del Barranco de la Higuera (Fortuna, Murcia), en la Cueva de las Lechuzas (Villena, Alicante) (1 ítem) y en la Cueva del Sol (Banyeres, Alicante) (4 items, sobre piezas dentarias), y finalmente, sin especificar el material, en Cova Bolta (Gandía, Valencia) (12 items), en la Cueva de la Pastora (Alcoi, Alicante), hay que añadir El Castellón (Villanueva de los Infantes, Ciudad Real) (1 ítem) y los estudiados por Jara Andújar: Murviedro (Lorca), (2 items, sobre incisivo de cánido), Cueva del Punzón (Cehegín) (2 items, sobre incisivos de cánido y suido). De dudosa adscripción, Aparicio reproduce uno, al parecer del Puntal de los Carniceros (Villena, Alicante)[49]. Dada la variedad de materiales presentes en estos yacimientos, este tipo de colgantes debe tener una amplia cronología.

COLGANTES SOBRE DIAFISIS OSEA SECCIONADA

En esta categoría entran, en primer lugar, los colgantes RA-O-0003 (superficial, fig. 4, d), RA-O-3001 (u.e. III, fig. 4, g) y RA-O-5007 (u.e. V, fig. 5, d), del tipo conocido en la bibliografía como «cuentas tubulares de hueso». Tenemos paralelos locales en cuentas procedentes de la Cueva de los Tiestos y Cueva del Peliciego y en otros yacimientos de la Región de Murcia, como Murviedro (Lorca), Cueva de la Loma de los Peregrinos (Alguazas), Cueva del Punzón, Cueva Amador (Cehegín) y La Bastida (Totana)[50].

También realizadas sobre diáfisis ósea seccionada son las tres cuentas RA-O-5002/5005 (u.e. V, fig. 5, f), de morfología diferente, con sección biconvexa y predominio del diámetro frente a la altura, presentan una pátina de tono marrón en el exterior. Una cuenta del mismo tipo que ésta procede de la Cueva del Barranco de la Higuera (Fortuna)[51] y otras, muy similares, con secciones octagonal y hexagonal, se documentan también en la Cueva del Barranco de la Higuera y en Murviedro, Cueva de la Loma de los Peregrinos y Cueva de los Realejos (Cieza)[52].

PIEDRA

CUENTA DE GLOBULOS.

Se trata de un colgante en piedra formado por dos pequeños glóbulos unidos, de tamaño ligeramente distinto, de cuya intersección y en sentido tangente a ambos glóbulos parte un apéndice perforado para permitir su suspensión (RA-P-0001, fig. 4, a). Procede de las tierras de arrastre.

Contamos con un paralelo exacto entre los materiales procedentes del Cau Raboser (Carcaixent, Valencia), dado a conocer por Martí Oliver y Gil Sancho[53], junto a un conjunto de cuevas sepulcrales de su entorno inmediato, algunas de ellas con materiales campaniformes. Estos autores hacen notar que solamente hay dos paralelos peninsulares

(43) En su fase IV (estratos VIa y VIb) aparecen los primeros fragmentos de campaniforme del yacimiento, que son del estilo marítimo puntillado, botones cónicos de marfil con perforación en V y piezas de cobre (un puñal de lengüeta, un cuchillo de hoja curva y escoplos y punzones). En la fase V (estratos VII, VIII y IX) desaparece el campaniforme de estilo marítimo y aparece el inciso, junto a brazales de arquero, botones de marfil y escoplos, punzones, leznas y una pequeña punta de flecha de cobre de forma romboidal. Para el final del estrato VIII existe una fecha de C^{14} de 1890 +/- 35. (ARRIBAS y MOLINA, 1979b, citado en MUÑOZ AMILIBIA, 1986, págs. 161-162 y en CHAPMAN, 1990, págs. 86, 126-127).

(44) BERNABEU AUBAN, J., 1984, pág. 101.

(45) EIROA GARCIA, J.J., 1995, pág. 29.

(46) AYALA JUAN, M.M. 1987b, pág. 116.

(47) IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. 1987, pág. 100.

(48) MOLINA GARCIA, J. y HERNANDEZ CARRION, E. 1986.

(49 APARICIO PEREZ, J. 1995, Nº 9 de la fig. 11, pág. 33. El pie de la figura 11 debe estar cambiado, pues no se corresponde al enunciado. Se reproduce un material propio de ajuar funerario y se lee "cerámica campaniforme".

(50) JARA ANDUJAR, M.D., 1992, fig. 2, pág. 24, núms. 45, 47, 48, 49, 55, 127, 152, 153, 154, 207, 208, 229, 230, 231 y 343.

(51) JARA ANDUJAR, M.D., 1992, fig. 2, pág. 24, n.º 128.

(52) JARA ANDUJAR, M.D., 1992, fig. 2, pág. 24, núms. 50, 51, 52, 53, 54, 129, 155, 156, 157, 232 y 322.

(53) MARTI OLIVER, B. y GIL SANCHO, J., 1978, fig. 2 n.º 6, pág. 51; también reproduce este colgante J. Bernabeu, en su estudio de los objetos de adorno eneolíticos, que lo denomina "cuenta globular" (BERNABEU AUBAN, J., 1979, fig. 5, n.º 4, pág. 118).

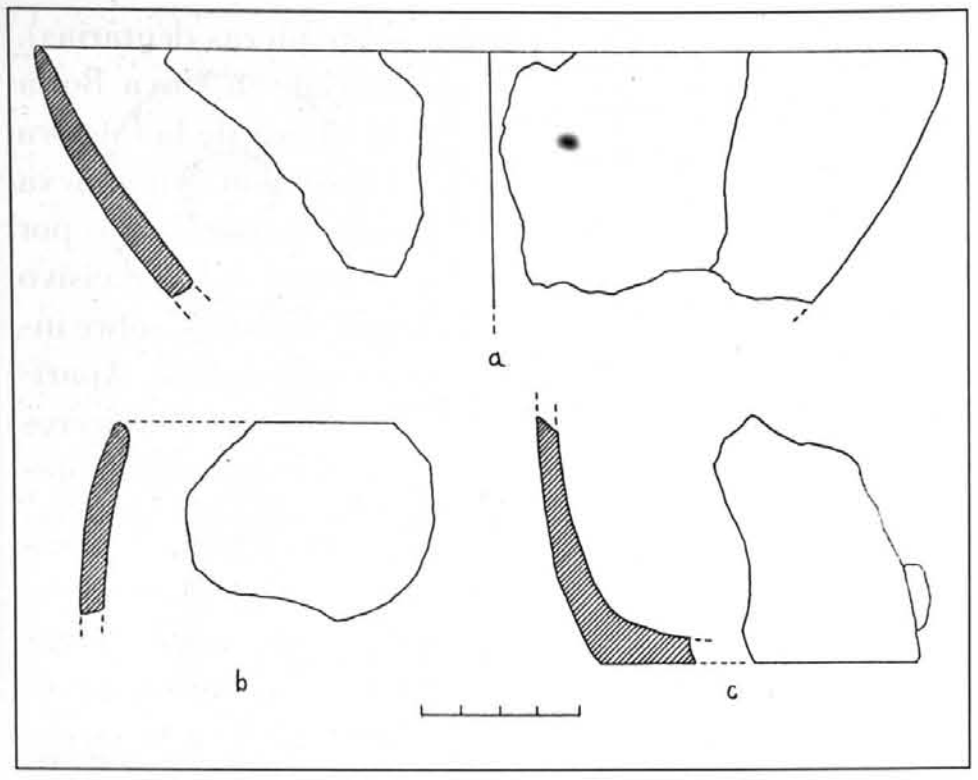


Figura 7

para las «perlas de glóbulos», en la Cova de l'Arbones (Pradell, Tarragona) y la cueva de Kobeaga I (Isparter, Vizcaya), ambas con materiales campaniformes, mientras que son abundantes en la Francia meridional, con cronologías que van desde la segunda mitad del tercer milenio hasta los primeros tres siglos del segundo milenio[54]. Con estos datos sitúan cronológicamente el Cau Raboser en los inicios del II milenio a.C., dentro de la transición Calcolítico-Bronce Valenciano. La importancia de estos elementos de adorno en el Cau Raboser, radicaría en la valoración de la unidad que presentan las tierras ribereñas del Mediterráneo y de lo indudable de los contactos dentro del arco Norte del Mediterráneo Occidental desde Arene Candide a los yacimientos valencianos cuando menos. Posteriormente, otros investigadores que han tratado el tema, han tendido a subir la cronología propuesta para este yacimiento, en base a la ausencia de materiales distintos a las «perlas de glóbulos» y «de aletas», que permitan suponer una cronología avanzada[55].

El ejemplar que ahora estudiamos aporta nuevos datos al estudio de estos elementos de adorno en la Península, pues, aparte de ampliar el mapa de su dispersión geográfica, su cronología, que viene a coincidir con la inicialmente propuesta para el Cau Raboser, permite a nuestro entender, precisar la fecha de los contactos mediterráneos que explican la presencia de estas cuentas en los yacimientos peninsulares en un margen de unos doscientos años de radiocarbono. Si bien es cierto que en el Cau Raboser no existen, aparte de los citados colgantes, otros elementos que sugieran una fecha avanzada, observamos ciertas similitudes con nuestro yacimiento, como elementos de collar, la presencia mayoritaria de cerámicas lisas, la industria lítica representada casi exclusivamente por puntas de flecha, la cercanía geográfica y, quizá con mayor peso, la coincidencia de fechas con los otros casos peninsulares, que nos lleva a considerar que una cronología para estas cuentas globulares hacia la transición del Calcolítico al Bronce es la hipótesis mas plausible con los datos disponibles hasta el momento.

(54) MARTI OLIVER, B. y GIL SANCHO, J. 1978, págs. 66-67, con bibliografía.

(55) Así, J. Bernabeu sitúa las cuentas globulares en el Pleno Eneolítico y con dudas en el Horizonte Campaniforme de Transición (BERNABEU AUBAN, J., 1979, fig. 2, pág. 114), y más recientemente, M.J. De Pedro, teniendo en cuenta la ausencia de metal y cerámica campaniforme, sitúa el yacimiento en un momento avanzado del III milenio a.C. en un horizonte precampaniforme. (PEDRO MITJO, M.J., De, 1986, pág. 71).

CONCHA

Los colgantes sobre concha de bivalvo RA-G-5045 (de tendencia rectangular con perforación en un extremo, fig. 5, b) y RA-G-5046 (en forma de corona circular, fig. 5, a) ambos procedentes de la u.e. V, se caracterizan por estar realizados sobre soporte muy modificado. Para el primero contamos con paralelos locales en la Cueva de los Tiestos, Cueva de el Peliciego y el Prado, y también en los procedentes del sector A de Cova Santa de Vallada (Valencia), en uno de los cuales se aprecian también las estrías de la cara externa de la valva[56].

RAMBLA DE LA ALQUERIA Y OTROS YACIMIENTOS COMARCALES Y REGIONALES

Este nuevo yacimiento viene a incrementar el ya elevado número de enterramientos múltiples conocidos en Jumilla, si bien, en muchos casos la información disponible es escasa debido principalmente a que en el momento de su localización ya habían sido expoliados. Se trata de enterramientos en cuevas o covachas, con tendencia en muchos casos a formar agrupaciones, como en las Covachas de la Sierra de la Fuente, los Hermanillos y Sierra del Molar. En estos yacimientos se dan características que son frecuentes en otros de la Región de Murcia como es la presencia de cremación parcial (en los yacimientos ya citados en el apartado dedicado al ritual) y la presencia de vasos en yeso, en tres yacimientos (Cabezo de las Salinas, Cueva de los Tiestos y Cueva de los Hermanillos). Este conjunto de yacimientos abarca un amplio margen cronológico, encontrando desde materiales neolíticos entre los procedentes de la Cueva de los Tiestos a los de Rambla de la Alquería, que permiten fechar este último en el Calcolítico Final.

Especial interés tiene el caso de la Cueva de los Tiestos, a pesar de haber sido publicada sólo parcialmente y plantear problemas en la delimitación de los sucesivos momentos de uso, por la variedad de materiales que ha proporcionado, como cerámicas incisas, peinadas y pintadas así como fragmentos de vasos de yeso. Entre el elevado número de restos cerámicos inéditos del yacimiento, se encuentran la parte superior de un recipiente, con cuello de paredes reentrantes, decoración a base de líneas paralelas incisas en zig-zag y dos asas dispuestas verticalmente con tres perforaciones, paralelizable a cerámicas procedentes del yacimiento Neolítico de la Sierra de la Puerta (Cehegín)[57] y otro fragmento de cuello de vaso de forma similar, sin decoración, conserva un asa biperforada de forma alargada. Para este tipo de asas existen paralelos en yaci-

(56) MARTI OLIVER, B., 1981; BERNABEU AUBAN, J. 1984, págs. 22-23, fig. 36, pág. 68.

(57) MARTINEZ SANCHEZ, C., 1988, fig. 51, n.º 1, pág. 173.

mientos neolíticos[58], como la Cueva del Calor[59]. Hacia el otro extremo del dilatado periodo de uso de la cueva, que es el que más interesa a los objetivos de este trabajo, habría que situar la fecha de C^{14} de 1840 +/- 115 a.C. proporcionada por una muestra de grano carbonizado que según Walker «parece haberse vertido de un gran cuenco carenado de apariencia argárica, por otra parte la única de tales piezas en un conjunto de la Edad del Cobre. Parecía sellar el ajuar funerario»[60]. De este modo, el citado autor se inclina a pensar que la mayoría del ajuar funerario antecede al grano que se tomó como muestra y que esta fecha y otra, que considera posiblemente menos fiable, procedente de una muestra de hueso (1650 +/- 80 a.C.), sean consecuencia de perturbaciones del yacimiento ya en tiempos argáricos. En una publicación posterior opina que de estas fechas es inferible «la posibilidad de una cierta perduración del Eneolítico local»[61].

Los hallazgos metálicos (un punzón y una punta) de la Cueva de los Tiestos, apuntan a un momento avanzado del Calcolítico: el hallazgo de la citada punta de cobre, en un nivel con abundante cereal carbonizado en el mismo testigo donde se tomó la muestra de grano carbonizado «proveniente, según Walker, de una vasija de un nivel superior»[62] (¿Acaso el mismo nivel?), sugiere la existencia en esta cueva de un momento de uso con una cronología próxima a la del yacimiento objeto de este trabajo, es decir, del Calcolítico Final, sobre todo si se tiene en cuenta la escasez de puntas metálicas en ambientes funerarios en la Región de Murcia (tal vez paralela a la escasez de enterramientos fechables en el Calcolítico Final) donde, aparte de las puntas de Rambla de la Alquería y Cueva de los Tiestos, sólo tenemos noticia del hallazgo, en el sepulcro Bagil 2 (Moratalla)[63], de la parte distal de una punta de Palmela, y otra, sin estratigrafía, en la Cueva del Calor (Cehegín). En el País Valenciano tampoco son frecuentes los hallazgos de puntas metálicas: en un estudio de Soler Díaz[64] que recoge 89 cuevas de enterramiento calcolíticas sólo están presentes armas metálicas (incluyendo puntas y puñales) en cinco de ellas; de éstas, para la Coveta de Rocafort es dudosa su pertenencia a este periodo, en la Cova de la Pastora (Alcoi), se documentó una punta de Palmela y en las restantes, Cova Santa (Vallada), Cova del Montgó (Jávea) y Cova de la Barsella (Torremanzanas), se documentan también materiales campaniformes. En estas 89 cuevas no se incluyen la Cueva Oriental del Peñón de la Zorra (Villena), con dos puntas de Palmela (tal vez por que su cronología puede ser de inicios del Bronce) y tampoco las también citadas Sima de la Pedrera (un enterramiento atípico)[65] y la Cova de les Gats (donde también hay materiales del Bronce), ambas con puntas metálicas y materiales campaniformes. Con estos datos parece evidente una relación puntas metálicas —> enterramientos tardíos, si bien hay enterramientos con materiales campaniformes en los que no se documentan puntas metálicas, por lo que no sería una relación biunívoca. Para el caso de la Cueva de los Tiestos, teniendo en cuenta las anteriores consideraciones, no parece problemática por tardía (aunque la desviación stándard si es elevada) la fecha de 1840 a.C. para un momento (o mejor para el final de un momento) de uso del lugar como necrópolis, al que posiblemente corresponda la punta de cobre. Hay que tener en cuenta que existe una fecha similar para la fase II del ya citado Cerro de Virgen (1850 a.C.) y que se trata en ambos casos de fechas en años radiocarbono, que una vez calibradas corresponderían a fechas más antiguas de calendario solar. Finalmente, no hay que descartar que el uso de la Cueva de los Tiestos continuara en el Bronce, lo que sería más acorde con la segunda datación procedente de esta cueva, incluso como necrópolis, pues son conocidos bastantes casos[66].

El horizonte campaniforme es todavía poco conocido en la Región de Murcia. Ayala e Idáñez publican quince yacimientos con muestras reducidas y sin estratigrafía[67]. En todos los casos, la cerámica campaniforme hallada corresponde al tipo inciso, también denominado Ciempozuelos, sin que se documente, hasta ahora, el estilo más antiguo denominado marítimo o puntillado[68]. Los hallazgos campaniformes (o del Calcolítico Final) en la Región de Murcia siguen una distribución ligada en gran medida al sistema fluvial del Segura y las vías naturales del Norte y Noroeste[69].

El nuevo yacimiento que ahora estudiamos, en el que si bien no se documenta cerámica campaniforme, si contamos con elementos del «ajuar campaniforme», sigue también esta pauta, pues la Rambla de la Alquería forma parte de la red hídrica de la Rambla del Judío, caudaloso cauce estacional, en otros tiempos con un carácter más permanente, de la margen izquierda del Segura. Este esquema de yacimientos ligados a vías fluviales también se repite en el País Valenciano[70]. Esta distribución espacial sugiere una estrecha vinculación al comercio, que explicaría la presencia en Rambla de la Alquería, de elementos como las puntas metálicas y el botón perforado en V, que parecen foráneos en un conjunto de cultura material con persistencias de tradiciones anteriores, como la cremación parcial y el empleo de jumillita como desgrasante (quizás en decadencia). Algo similar ocurre con la punta metálica de la Cueva de los Tiestos, que según hemos visto debe corresponder a una fase de enterramientos del Calcolítico Final en esta cueva.

Otros materiales que pueden ser usados como «señalizadores» de rutas comerciales o de «contactos» son los va-

---

(58) MARTI OLIVER, B., 1990, págs. 26-27.
(59) MARTINEZ SANCHEZ, C., 1988, fig. 54, n.º 1, pág. 54.
(60) WALKER, M.J., 1985, pág. 823. La traducción es nuestra.
(61) WALKER, M.J. 1990, pág. 79.
(62) MOLINA GRANDE, M.C., 1990, pág. 58. La autora cita una publicación de Walker distinta a la empleada por nosotros.
(63) EIROA GARCIA, J.J., 1995, pág. 29.
(64) SOLER DIAZ, J. 1990.
(65) Los restos humanos y el ajuar fueron arrojados desde la boca cenital de la sima.(APARICIO PEREZ, J.,1978, pág. 78).
(66) En Murcia, por ejemplo, tenemos el hallazgo de un puñal con dos remaches en la cueva funeraria calcolítica de Los Alcores (Caravaca) (GARCIA DEL TORO, J.R. 1980). En Almería y Granada también se dan hallazgos de materiales del Bronce en sepulturas megalíticas (CHAPMAN, R. 1991, pág. 269). En el País Valenciano se utilizaron también las cuevas con fines funerarios en el Bronce (FERNANDEZ VEGA, A. 1988).
(67) AYALA JUAN, M.M. e IDAÑEZ, J.F. 1987.
(68) MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1987, págs. 159-162.
(69) AYALA JUAN, M.M. e IDAÑEZ, J.F. 1987. El mapa de distribución se reproduce en MUÑOZ AMILIBIA, A.M., 1987, pág. 161, y para Bagil (Moratalla) EIROA GARCIA, J.J. 1995.
(70) BERNABEU AUBAN, J. 1979. Ver mapa de la pág. 31.

sos en yeso. Su distribución, con los datos que se dispone actualmente, no sigue los mismos patrones: salvo los casos de los tres yacimientos jumillanos citados y el poblado costero de Calblanque, el resto se encuentran aproximadamente en las sierras y cuencas occidentales de la Región de Murcia[71]. Aun admitiendo que esta distribución pudiera deberse a distintos factores, como diferente grado de prospección, el «azar» de los hallazgos arqueológicos, etc, la ausencia de vasos de yeso en Alicante, parece apoyar la idea de que este tipo de materiales no traspasan el valle del Segura[72], lo que contrasta con los hallazgos campaniformes a lo largo del curso de este río, como en Verdolay y Puntarrón Chico (Murcia), Campo del Alfarero (Alguazas), Bolbax (Cieza) y Cueva de la Tierra (Calasparra)[73].

Las distribuciones de ambos tipos de materiales se solapan en la mitad occidental de la región, incluso en un mismo yacimiento[74]. En el Término de Jumilla es incluible en ambas distribuciones, con yacimientos como Cabezo de las Salinas y Cueva de los Hermanillos, con vasos de yeso, la Cueva de los Tiestos donde se documentan vasos de yeso y enterramientos del Calcolítico Final; y Rambla de la Alquería que se fecha en este último periodo.

La comparación de estas distribuciones actuales sugiere, teniendo en cuenta que los vasos en yeso son considerados precampaniformes por la mayoría de los investigadores[75], que en el Calcolítico Final se emplean otras rutas (como el cauce del Segura), además de las vías naturales a lo largo de las que aparece anteriormente la cerámica en yeso. Sería interesante conocer que papel juegan en esta dinámica yacimientos donde se documentan punzones de cobre como Loma de los Peregrinos (Alguazas) y Los Realejos (Cieza) situados a lo largo del Segura, y cercanos a yacimientos con materiales campaniformes, y Cueva del Barranco de la Higuera (Fortuna), junto a una rambla de la margen izquierda de este río.

Respecto a estas vías de comunicación Lomba Maurandi y Salmerón Juan, opinan que la introducción de los elementos campaniformes debió hacerse por rutas naturales que no seguían la dirección penibética (SW-NE), predominante durante el Calcolítico Antiguo y Pleno, sino a través de otras perpendiculares a las anteriores, que comunican el interior peninsular, del que provendrían estos elementos, con las áreas litorales y prelitorales, como es el caso del río Segura[76].

Sin negar la importancia del Segura como vía de comunicación en el Calcolítico Final, hay que valorar el importante papel que pudieron desempeñar las «viejas» vías naturales que ponen en contacto la Región de Murcia con Andalucía Oriental. Hay una cierta concentración de hallazgos campaniformes en la Comarca del Noroeste y a lo largo del Guadalentín. Precisamente proceden del valle medio de este último río los dos vasos campaniformes de los enterramientos múltiples de Murviedro (Lorca)[77] y Blanquizares de Lébor (Totana)[78]. Ambos llevan decoración incisa, aunque con motivos que recuerdan el campaniforme puntillado o marítimo, predominando las bandas alternas que se repiten en número elevado, reticuladas en el de Blanquizares y con líneas oblicuas en el de Murviedro. Esta característica los aleja tanto de los tipos de Ciempozuelos como de otras culturas peninsulares del campaniforme avanzado, donde la decoración suele reducirse a tres e incluso a dos bandas[79], a la vez que los acerca a algunos vasos campaniformes del País Valenciano, donde existen bastantes paralelos para ambos vasos[80], cuyos motivos decorativos son extraordinariamente parecidos a los que Bernabeu incluye en el que denomina Estilo Clásico Tardío[81] por sus similitudes con el estilo marítimo. Asimismo, hemos de tener en cuenta la presencia en Murviedro de platos de borde saliente y bisel interior[82], elementos con una estricta distribución meridional y occidental, con paralelos en el Cobre Tardío y Final de los Castillejos (Montefrío) y Cerro de Virgen (Orce), ambos en Granada, y en Les Moreres (Crevillente, Alicante)[83], donde se documentan junto con cerámicas campaniformes[84]. Asimismo, de las Espeñetas (Orihuela), procede el conjunto más importante de campaniforme marítimo (no documentado todavía en Murcia) del sur de Alicante, en el que Ruiz Segura advierte un paralelismo formal de los soportes con el mundo meridional de la Península, cuya presencia en la zona sería, según la autora, el resultado de prospecciones comerciales, siguiendo primero una línea costera para desde ahí penetrar al interior montañoso[85].

Todos estos datos vienen a resaltar, por una parte, la importancia como vía de comunicación en el Cobre Final del Valle del Guadalentín, a lo largo del cual se encuentran otros yacimientos con materiales de este momento como Verdolay y, ya tras su desembocadura en el Segura, Puntarrón Chico. Por otra parte, sin negar posibles influjos meseteños, materiales como los platos de borde saliente y bisel y las citadas decoraciones de la cerámica campaniforme, sugieren un carácter meridional para la cultura material del cobre final murciano.

---

(71) Estos yacimientos son Murviedro y Peña del Aguila (Lorca), y Blanquizares (Totana) en el medio Guadalentín: el Cerro de las Viñas (Coy, Lorca), La Represa (Caravaca), y Cueva Amador, Cueva del Punzón y Poyo Miñano (Cehegín) en el acceso al noroeste y en esta misma comarca. Puede encontrarse bibliografía sobre ellos en SAN NICOLAS DEL TORO, M. 1989, o en LOMBA MAURANDI, J. 1993.

(72) Esto también parece ocurrir con otros tipos de materiales (MUÑOZ AMILIBIA, 1989).

(73) AYALA JUAN, M.M. e IDAÑEZ, J.F. 1987.

(74) Cerámica en yeso y campaniforme se dan conjuntamente en yacimientos como Murviedro (Lorca) y Blanquizares de Lébor (Totana) en el medio Guadalentín; en el Cerro de las Viñas, en el acceso desde este río al Noroeste Murciano; y en esta ultima comarca, en la Sierra de la Puerta (Cehegín) y Cueva de la Represa (Caravaca).

(75) SAN NICOLAS DEL TORO, M. 1989, pág. 200.

(76) LOMBA MAURANDI, J.; SALMERON JUAN, J. 1995, págs. 178-179.

(77) IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. 1987, fig. 7, pág. 99.

(78) LOMBA MAURANDI, J. 1993, fig. 3, pág. 75.

(79) BERNABEU AUBAN, J. 1984, pág. 92.

(80) Recogidos en BERNABEU, 1984, hemos hallado los paralelos siguientes: Para el procedente de Blanquizares, con decoración a base de seis bandas alternas reticuladas que se distribuyen uniformemente por la superficie exterior y una franja final de triángulos rellenos con incisiones horizontales, hay paralelos en vasos campaniformes de Sima de la Pedrera (lám. 7), Cova de les Gats (fig 13, lám 8), Cova del Conill (fig. 31), etc., sin la banda final de triángulos y en Cova del Retoret (fig. 22, lám. 13) y de L'Atarcó (fig. 30, lám. 14) con banda final de triángulos rellenos con líneas oblicuas. Para el procedente de Murviedro, con decoración a base de una línea en zig-zag bajo el borde seguida de once bandas alternas rellenas con líneas oblicuas de sentido alternante hay paralelos en Cova dels Gats (fig. 13) y Cova de Alfons (fig. 19). Estas decoraciones aparecen también en cuencos.

(81) BERNABEU AUBAN, J. 1984, pág. 92. Motivos 1 a 3, fig. 36, pág. 89.

(82) IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. 1987, pág. 100 y fig. 8, pág. 101.

(83) GONZALEZ PRATS, A. 1986, págs. 94-96.

(84) GONZALEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. 1994, pág. 19.

(85) RUIZ SEGURA, E. 1990, pág. 80.

El yacimiento Rambla de la Alquería se encuentra en una zona en la que convergen diversas vías naturales de comunicación: por un lado las que conectan el País Valenciano con Andalucía a través de la Comarca del Noroeste (con la que pueden rastrearse relaciones desde el Neolítico, en los paralelos entre cerámicas de la Cueva de los Tiestos y de la Sierra de la Puerta), y por otro lado, en vías naturales que conectan el Sur de Murcia con la Meseta. Esta situación geográfica se refleja en materiales procedentes del yacimiento, por un lado, contactos con áreas más septentrionales, ya documentados en la Cueva de Pino[86], quedan atestiguados por la cuenta de glóbulos y por otra parte, en otros materiales como el botón piramidal perforado en V, tipo desconocido en el ámbito de Ciempozuelos según Bernabeu[87], y con paralelos en Andalucía y País Valenciano.

CRONOLOGÍA Y CONCLUSIONES

Según hemos visto la mayoría de paralelos para los materiales de Rambla de la Alquería aparecen asociadas a cerámica campaniforme de tipo inciso y las dataciones de radiocarbono sin calibrar se agrupan aproximadamente entre 2000-1800 a.C. Para el campaniforme de tipo marítimo existen fechas más antiguas como la 2120 +/- 150 a.C. de Terrera Ventura (Almería)[88]. El efecto de manejar fechas de radiocarbono sin calibrar, aparte, evidentemente, de ser fechas incorrectas, es que resultan cronologías cortas, de manera que yacimientos como Cueva Sagrada I, sin materiales campaniformes, parecen muy próximos en el tiempo a otros como el Cerro de la Virgen donde de la fase II, con materiales campaniformes, contamos con fechas más antiguas que las de Cueva Sagrada I. Esta aparente contradicción deja de serlo si tenemos en cuenta que el intervalo 2000-1800 a.C. una vez calibrado correspondería a un amplio margen de fechas de calendario solar cuyo límite superior podría incluso rebasar la mitad del tercer milenio A.C., siendo necesarios más datos para poder precisar más estas fechas. De la calibración resultan cronologías largas, de manera que, por ejemplo, los punzones metálicos de Cueva Sagrada I, y su fecha sin calibrar de 1920 a.C., no han de considerarse necesariamente como del horizonte campaniforme, sino que, teniendo en cuenta los efectos de la calibración de fechas, bien pueden pertenecer a un momento intermedio del tercer milenio A.C., y otros yacimientos con materiales del «ajuar campaniforme», tendrían un mejor encuadre cronológico, dentro del amplio margen a que da lugar la calibración del citado intervalo 2000-1800 a.C., hacia el último cuarto del tercer milenio A.C. e incluso inicios del segundo milenio A.C., margen en el que cae la fecha calibrada de 2170 A.C. del nivel B3 del ya citado Cerro de las Víboras (Bagil, Moratalla)[89], y que nos parece aceptable para el yacimiento Rambla de la Alquería.

(86) De esta cueva procede una cuenta de collar de lignito en forma de tonelete, el ejemplar más meridional de los conocidos realizados en esta materia (MOLINA GARCIA, J. y HERNANDEZ CARRION, E. 1986, pág. 112).
(87) BERNABEU AUBAN, J. 1984, pág. 109.
(88) CHAPMAN, R. 1991, pág. 123.
(89) EIROA GARCIA, J.J., 1995, pág. 30.

Tras el estudio de los materiales de Rambla de la Alquería y sus paralelos, que permiten fechar el yacimiento en el Cobre Final, sólo resta examinar algunos de los datos que aporta en relación con las características culturales de esta etapa.

Respecto al ritual funerario, es a lo largo del Cobre Final cuando se produce el paso de los enterramientos múltiples a los individuales, característicos del Bronce Pleno. Como ejemplos del final de este proceso tenemos, entre los yacimientos citados, los enterramientos individuales de Cueva Oriental del Peñón de la Zorra y Cerro de las Viñas. En el caso de Rambla de la Alquería, con materiales como la punta de Palmela y el botón perforado en V, de los que se conocen perduraciones en la Edad del Bronce y podrían estar indicando una cronología avanzada, nos encontramos no solo con la pervivencia de enterramientos múltiples, sino también del rito de la cremación parcial, tan característico de Murcia. Con estas condiciones resulta difícil precisar a que momento, dentro del Cobre Final, pertenece el yacimiento. Podemos estar ante un caso de pervivencia del ritual funerario. Frente al carácter intrusivo de materiales campaniformes en otros yacimientos del Calcolítico, Rambla de la Alquería se puede encuadrar en la fase final de este periodo desde el primer momento de uso del yacimiento.

Otra característica que se ha señalado de este periodo es el proceso de «encastillamiento» que sufren los lugares de hábitat. El yacimiento que estudiamos se haya precisamente junto al Cerro del Castillo, que con Coimbra del Barranco Ancho son los únicos yacimientos en altura del Cobre de la Comarca, aunque de la información que se dispone sobre este momento en ambos yacimientos es escasa, hay que mencionar el hallazgo de superficie, en el segundo, de un brazal de arquero en piedra.

En cuanto a la generalización del utillaje metálico, es elocuente el elevado número de objetos de este material (cinco) documentados en el yacimiento, que además permite suponer para los individuos enterrados en Rambla de la Alquería un elevado poder adquisitivo[90]. Encontramos paralelismos con el citado yacimiento de Cueva Sagrada I (Lorca), con una fecha avanzada y en el que también se documenta cremación parcial, tanto por los objetos metálicos (tres punzones) entre los elementos de su espectacular ajuar[91], como por la presencia de materiales «exóticos» en ambos yacimientos, que pueden interpretarse como signos de prestigio social y de poder, de los que puede deducirse una cierta jerarquización social[92], que de admitirse que se trata de un grupo familiar[93], podría ser hereditaria, al localizarse elementos de prestigio en los sucesivos momentos de uso de Rambla de la Alquería.

(90) De los yacimientos locales sólo podemos comparar los objetos metálicos de Rambla de la Alquería con la Cueva de los Tiestos (1 punzón y una punta). Hubiera sido muy interesante poder estudiar un yacimiento, del que tenemos noticias que aparecían huesos en superficie, situado en el ramblizo contiguo, aguas abajo del que es motivo de este estudio, de aspecto similar y con la misma orientación, que hoy se halla cubierto por el citado Vertedero Municipal de Escombros. El número de elementos metálicos del ajuar también resulta elevado en relación con otros yacimientos murcianos.
(91) AYALA JUAN, M.M. 1987c.
(92) EIROA GARCIA, J.J., 1987, pág. 73.
(93) A grupos familiares pueden atribuirse enterramientos locales de reducido tamaño que suelen formar agrupaciones, como en el caso Rambla de la Alquería (ver nota 90).

BIBLIOGRAFIA

APARICIO PEREZ, J. 1978: «Sima de la Pedrera (Benicull, Poliñá del Júcar) (Valencia).» A.P.L. XV. Valencia, págs. 69-92.

-1995: «Orígenes de Villena». Real Academia de Cultura Valenciana. Serie histórica Nº 14. Valencia.

ARRIBAS, A. y MOLINA, F. 1979a: «El poblado de Los Castillejos en la Peña de los Gitanos (Montefrío,

Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte núm. 1 «. C.P.U.G. n." 3. Granada.

-1979b: «Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la península ibérica. El poblado de los Castillejos de Montefrío (Granada)», en M. Ryan, ed. The origins of Metallurgy in Atlantic Europe. The Stationary Office. Dublin. págs. 7-32.

AYALA JUAN, M.M. 1987a: «El yacimiento argárico de El Rincón de Almendricos (Lorca). Campaña de

excavaciones de 1984». Excavaciones y prospecciones arqueológicas. Servicio Regional de Patrimonio Histórico. Murcia. págs. 105-112.

-1987b: «El cerro de las Viñas, Coy (Lorca). Campaña de excavaciones de 1984». Excavaciones y prospecciones arqueológicas. Servicio Regional de Patrimonio Histórico. Murcia. págs. 113-129.

-1987c: «Enterramientos calcolíticos de la Sierra de la Tercia. Lorca. Murcia. Estudio preliminar.»Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia. 3. 1987. págs. 9-24.

AYALA JUAN, M.M. e IDAÑEZ, J.F. 1987: «Avance al estudio del vaso campaniforme en la Región de Murcia». XVIII C.N.A. Canarias 1985. Zaragoza 1987. págs. 285-300.

BERNABEU AUBAN, J. 1979: «Los elementos de adorno en el Eneolítico valenciano». P.L.A.V. Saguntum 14. Valencia. págs. 109-126.

-1984: «El vaso campaniforme en el País Valenciano». T.V. del S.I.P., 80. Valencia.

-1986: «El Eneolítico Valenciano: ¿Horizonte cultural o cronológico?. El Eneolítico en el País Valenciano. Actas del coloquio de Alcoi. Instituto Juan Gil-Albert. Alicante. págs. 151-164.

CHAPMAN, R. 1991: «La formación de las sociedades complejas. El sureste de la península ibérica en el marco del Mediterráneo occidental». Ed. Crítica. Barcelona.

EIROA GARCIA, J.J. 1987: «Noticia preliminar de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado de La Salud y en Cueva Sagrada I (Lorca). Murcia». Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia. 3. 1987. págs. 53-76.

-1990: «Datación absoluta del poblado eneolítico de La Salud y de Cueva Sagrada I (Lorca). Murcia».Homenaje a Jerónimo Molina. Acad. Alfonso X el Sabio. Murcia. Págs. 39-50.

- 1995: «El Cerro de las Víboras de Bagil. A la búsqueda del Bronce antiguo en Murcia». Revista de Arqueología Nº 165. Enero 1995. págs. 22 - 31.

FERNANDEZ VEGA, A. 1988: «Cuevas de enterramiento de la Edad del Bronce en el País Valenciano». Homenaje al prof. Gratiniano Nieto. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid. 11-12. 1984-1985. págs. 37-46.

GARCIA DEL TORO, J.R. 1980: «Cueva sepulcral eneolítica de 'Los Alcores'. Caravaca de la Cruz (Murcia)». Anales Univ. Murcia. 37. 1-2. págs. 239-259.

GONZALEZ PRATS, A. 1986: «El poblado calcolítico de les Moreres en la Sierra de Crevillente. Alicante». El Eneolítico en el País Valenciano. Actas del coloquio de Alcoi. Instituto Juan Gil-Albert. Alicante. págs. 89-110.

GONZALEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. 1994: «Nuevos datos sobre el poblado calcolítico de Les Moreres. Crevillente (Alicante). (Campañas 1988-1993)». Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia 7-8. 1991/92. págs. 17-20.

HERNANDEZ CARRION, E.; POZO MARTINEZ, I y ZAPATA CRESPO, J. 1995: «Rinconada de Olivares

(Jumilla)». VI Jornadas de Arqueología Regional. Murcia. (en prensa).

IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. 1987: «Informe de excavación de urgencia realizada en la necrópolis eneolítica de Murviedro (Lorca)».Excavaciones y prospecciones arqueológicas. Servicio Regional de Patrimonio Histórico. Murcia. págs. 93-102.

IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. y MUÑOZ LOPEZ, F. 1986: «Algunas semejanzas y diferencias entre el Eneolítico del País Valenciano y la Región de Murcia». El Eneolítico en el País Valenciano. Actas del coloquio de Alcoi. Instituto Juan Gil-Albert. Alicante. págs. 145-149.

JARA ANDUJAR, M.D. 1992: «La industria ósea en Murcia: objetos de adorno eneolíticos». En Verdolay (Revista del Museo de Murcia) nº 4. págs. 21-38.

LILLO CARPIO, P. A. y WALKER, M.J. 1986: «Asentamientos eneolíticos del Sureste en áreas bajas».Historia de Cartagena II. Ed. Mediterráneo. Murcia. Págs. 176 y ss.

LOMBA MAURANDI, J. 1993: «Los Blanquizares de Lébor: lo colectivo y lo individual. Una revisión crítica.».Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia 5-6. 1989/90. págs. 69-80.

-1994: «La cerámica pintada del Eneolítico en la Región de Murcia».Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia 7-8.1991/92. págs. 35-46.

LOMBA MAURANDI, J. y SALMERON JUAN, J. 1995: «El Eneolítico, los comienzos de la metalurgia». En

Historia de Cieza. vol. I. págs. 153-183.

LOMBA MAURANDI, J.; SALMERON JUAN, J. y BAGUENA GOMEZ, J.C. 1995: «Un nuevo enterramiento eneolítico en Murcia: Los Grajos III (Cieza)». Rev. Arqueología, N.º 176. Diciembre 1995. págs. 60-61.

MARTI OLIVER, B. 1981: «La Cova Santa (Vallada, Valencia)». Archivo de Prehistoria Valenciana. XVI. págs. 159 ss.

-1990: «Materiales neolíticos procedentes de Lorca (Murcia) en el Museo de Prehistoria de Valencia».Homenaje a Jerónimo Molina. Acad. Alfonso X el Sabio. Murcia. págs. 23-30.

MARTI OLIVER, B. y GIL SANCHO, J. 1978: «Perlas de aletas y glóbulos del Cau Raboser (Carcaixent, Valencia). (Algunas consideraciones sobre el Eneolítico Valenciano).» A.P.L. XV. págs. 47-70.

MARTINEZ SANCHEZ, C., 1988: «El Neolítico en Murcia». En El Neolítico en España. Ed. Cátedra. Madrid. págs. 167-169.

MOLINA GARCIA, J. y HERNANDEZ CARRION, E. 1986: «Cueva de 'Pino' - Jumilla (Murcia)». MVRGETANA 69. págs. 99-113.

MOLINA GRANDE, M.A. y MOLINA GARCIA, J. 1977: «La 'Jumillita' como desgrasante de la cerámica eneolítica local. Jumilla (Murcia)». MVRGETANA 47. págs. 63-81.

MOLINA GRANDE, M.C. 1990:»La Cueva de los Tiestos (Jumilla, Murcia)». Homenaje a Jerónimo Molina. Acad. Alfonso X el Sabio. Murcia. págs. 51-72.

MOLINA GRANDE, M.C. y MOLINA GARCIA, J. 1973:»Carta Arqueológica de Jumilla». Diputación Provincial de Murcia. Murcia.

-1991: «Carta Arqueológica de Jumilla. Addenda 1973-1990». Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M. 1986: «El Eneolítico en el Sureste». Historia de Cartagena II. Ed. Mediterráneo.

Murcia. Págs. 167-194.

- 1989: «Los caminos durante el neolítico y eneolítico». Los Caminos de la Región de Murcia. Consejería de Política Territorial y Obras Públicas. et al. Murcia. págs. 55-64.

PEDRO MITJO, M.J., De. 1986: «Les coves d'enterrament eneolítiques: la Cova del Pic (Carcaixent, València)».El Eneolítico en el País Valenciano. Actas del coloquio de Alcoi. Instituto Juan Gil-Albert. Alicante. págs. 65-72.

RUIZ SEGURA, E. 1990: «El fenómeno campaniforme en la provincia de Alicante».Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Ayudas a la investigación. 1986-1987. vol. III. págs. 71-81.

SAN NICOLAS DEL TORO, M. 1989: «Los vasos de yeso en el Museo de Murcia». Verdolay 1. Murcia. págs. 197-200.

SHÜLLE, W. y PELLICER, M. 1966: «El Cerro de la Virgen. Orce (Granada)». E.A.E. n." 46. Madrid.

SOLER GARCIA, J.M. 1981: «El Eneolítico en Villena». Valencia.

SOLER DIAZ, J. 1990: «Aproximación al estudio de las cuevas de enterramiento múltiple de facies calcolítica en el País Valenciano».Instituto de Cultura Juan Gil-Albert. Ayudas a la investigación. 1986-1987. vol. III. págs. 49-70.

VICENS PETIT, J.M. 1984: «Eneolítico». Alcoy. Prehistoria y Arqueología (cien años de investigación). Excmo. Ayuntamiento de Alcoy. págs.175-193.

WALKER, M.J. 1985: «El Prado and the Southeastern Spanish Chalcolitic». National Geographics Society Research Reports 20. págs. 799-834.

-1990: «El Prado de Jumilla y el problema de la Cerámica de Cestería del Eneolítico del Sureste Peninsular».Homenaje a Jerónimo Molina. Acad. Alfonso X el Sabio. Murcia. Págs. 73-86.

WALKER, M.J. y LILLO CARPIO, P.A. 1983: «Excavaciones arqueológicas en el yacimiento eneolítico de El

Prado. Jumilla (Murcia)». XVI C.N.A. ZARAGOZA. págs. 105-112.

-1984: «Excavaciones arqueológicas en El Prado. Jumilla (Murcia). Campaña 1980». Anales de la Universidad de Murcia. XLII. n.º 3-4. pág. 3-36.

EL ESTADO ARGARICO

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 97 - 109

Vicente Lull[1]
Roberto Risch[2]

La propiedad privada material,
directamente sensible,
es la expresión material y sensible
de la vida humana enajenada...
C. Marx "*Obras filosóficas*"

El concepto «Estado» define una entidad histórica clave, sujeta a un enconado debate filosófico y político que ha venido desarrollándose en Occidente desde hace más de 2.000 años. El debate siempre tuvo como protagonistas a pensadores, científicos y políticos alineados en sistemas estatales, por lo que las intenciones del mismo nunca resultan estrictamente explicativas y mejor podrían ser consideradas legitimadoras o deslegitimadoras, según los deseos políticos que cada cual pretendía defender.

Las diferentes nociones de Estado han cobrado sentido a la luz de las diferentes ideologías que las han auspiciado y que subyacen en todas las propuestas teórico-políticas, fácilmente reconocibles históricamente desde los modelos clásicos hasta el pensamiento político actual. De todas las perspectivas implicadas en la génesis del concepto destacaremos a continuación las que consideramos determinantes en nuestra percepción de esa específica realidad histórico-política. Más adelante resumiremos el uso del concepto en arqueología y después estableceremos la definición de Estado que defendemos aquí, así como sus implicaciones arqueológicas. Por último, desarrollaremos las evidencias que creemos nos permiten sugerir como estatal una formación económico-social, El Argar, objetivo último de este artículo.

LA NOCION DEL ESTADO DESDE EL PENSAMIENTO CLASICO HASTA LA INVESTIGACION ARQUEOLOGICA

El binomio Orden-Razón constituye el eje de sentido más característico del concepto Estado en el pensamiento occidental. Así, desde *La República o el Estado* de Platón hasta *Filosofía del Derecho* de Hegel, el Estado implica y explica la organización política más racional posible, hasta el extremo de ser considerado una necesidad existencial del ser humano, garante exclusiva de progreso, como queda plasmado en el *Leviathan* de Hobbes. Junto a esta perspectiva que se ha mantenido hasta nuestro días, el sentido de Estado ha ido enriqueciéndose con diversos matices, e incluso nuevas propuestas, que recalcaban que el Estado era, en mayor medida, el producto de una decisión social. Desde Rousseau y su *Contrato Social* hasta Habermas, tal decisión social cobraba lugar cuando no existían otros recursos para mitigar las desigualdades económicas y/o sociales generadas por una determinada evolución de las sociedades humanas.

El último gran modelo político de Estado procede del marxismo, para el que el Estado representa una institución que garantiza y perpetúa la propiedad privada, la existencia de clases sociales y, por tanto, la explotación. Con ello, el sesgo de racionalidad que se quería ver detrás de la institución y que teñía las viejas propuestas entró en crisis.

Estas formas de definir y explicar el Estado perviven todavía, traspasan el pensamiento político actual de forma más o menos explícita y han entrado a formar parte de modelos particulares y disciplinarios subsidiarios propuestos, por ejemplo, desde la sociología, la antropología o la arqueología. Las teorías voluntaristas, integracionistas o de conflicto, junto a otras teorías de cambio endógeno, exógeno o de otro orden[3], continúan destilando, reproduciendo o, en el mejor de los casos, matizando, los mismos modelos básicos, y muestran que el Estado no es sólo un objeto de estudio, sino también, e inevitablemente, un debate ideológico en el que reflexionamos sobre nuestra propia existencia política, social e individual.

Como historiadores o arqueológos creemos que, dado lo expuesto, el único análisis científico posible del Estado

(1) Universitat Autónoma de Barcelona.
(2) Becario Postdoctoral «Batista i Roca» de la Generalitat de Catalunya.

((3) Véanse entre otros los trabajos de Fried (1967), Carneiro (1970), Service (1975), Eder (1980), Haas (1982) y Wason (1994).

debe ser emprendido desde dos campos de actuación. El primero, desde el plano conceptual, debe basarse en una crítica permanente del concepto en dialéctica con la historia que ha ido constituyendo y diseminando su sentido. El segundo, desde un método de análisis social basado en la investigación de la materialidad social[4] de las distintas realidades históricas plegadas al Estado y que, en nuestro caso, efectuaremos desde una perspectiva específica materialista-histórica y sobre un caso concreto, El Argar.

¿Qué ha aportado la investigación arqueológica sobre el concepto Estado? Posiblemente, uno de los mejores ensayos sobre el Estado realizado desde la arqueología continúa siendo el modelo de «Revolución Urbana» desarrollado por Childe (1934, 1936). En él se articulan los factores ecológicos, avances tecnoeconómicos y desarrollos sociales que desembocaron en la aparición de las primeras sociedades de clase del Próximo Oriente. La manera en que son imbricadas las diferentes variables y la forma en que es utilizado el principio de causalidad permiten considerar como modélica esta propuesta de análisis histórico, ya que continúa todavía siendo el punto de referencia para la investigación de los primeros estados orientales.

Después de Childe habrá que esperar hasta la llamada «Nueva Arqueología» anglosajona, para que en nuestra disciplina se retome el debate sobre la problemática acerca del origen de las sociedades estatales[5].

La *Social Archaeology* propuesta por Renfrew (1984) supuso una importante inflexión que hizo derivar el debate hacia nuevos territorios. El objetivo era explicar el funcionamiento socio-político de las comunidades de la prehistoria reciente europea a partir de la premisa de que los «procesos» de occidente nada tenían que ver con el desarrollo oriental. Mientras los palacios minoicos y micénicos suponían formaciones de Estado desde una dinámica europea específica, gran parte de las comunidades del III y II milenio pasaron a ser explicadas a la luz de las nuevas categorías de «sociedades jerarquizadas» y de «jefaturas» y a la sombra de modelos explicativos procedentes de la antropología funcionalista. Según esta propuesta, desde las islas Orcadas hasta Malta o desde Almería hasta Varna se desarrollaría un cúmulo de comunidades que podrían ser clasificadas en un escalón de organización social inferior al Estado y que, en ocasiones, se situaría en la misma «escalera» hacia él. Estas jefaturas responderían a desigualdades sociales más limitadas que quedarían restringidas a cuestiones de prestigio, rango y/o estatus sociopolíticos diferenciados, frente a los procesos de explotación económica institucionalizada, propios de las formaciones estatales.

En los modelos funcionalistas, la organización de jefaturas representa una ventaja adaptativa en términos de «prosperidad» económica y «efectividad» política frente a situaciones de incremento demográfico o dificultades ecológicas. Sin embargo, el propio Jefe, en general, no se beneficiaría económicamente de esta situación, dado que su posición sólo se justifica por conceptos liberales como «prestigio» o «estatus». Su función es organizar, movilizar y distribuir recursos, pero no explotar a la población que los genera. Plantear la formación de la autoridad central como un beneficio para el desarrollo social significa actualizar el pensamiento de Hobbes y su justificación del absolutismo en el siglo XVII. Enfatizar la distribución de bienes como el principal mecanismo para el progreso material de una sociedad, implica obviar, al estilo del economicismo liberal, los costes sociales y medioambientales que supone la producción de los bienes que deben ser distribuidos por autoridad del Jefe. Por último, resulta peligroso defender una probable relación de explotación económica en términos de prestigio o estatus, dado que se confunden legitimación y causalidad de un poder centralizado y personalizado. Se trata de conceptos interesados de la investigación que representan supuestos sobre la psicología del poder intuido en otras sociedades.

En cualquier caso, el modelo de Jefaturas obvia intencionadamente las causas de tal organización política bajo la asunción de las diferencias individuales y evita abordar si tales diferencias tuvieron raiz socioecononómica. Creemos que resulta evidente que si un individuo es elegido para organizar o articular una realidad social determinada, tal decisión es un hecho social que no implica diferencias en la sociedad. Si por contra, los Jefes se autoinstituyen, los mecanismos de coerción preexisten en la desigualdad social que sanciona el hecho diferencial. Sólo en el segundo caso nos encontraríamos ante sociedades disimétricas y de clase que estarían configuradas mediante instituciones que las avalarían y que constituirían inequívocamente entidades estatales. Por ello, resulta necesario diferenciar entre formas de gobierno y estructura social. Una jefatura que se beneficia y/o implementa sistemas de explotación económicos podría ser considerada una forma de gobierno estatal, en cambio, una jefatura sin una apropiación del trabajo social estaría más próxima a sociedades sin clases. El término, por tanto, se ajusta más a un calificativo de las maneras de gobernar que a una definición de estructura social[6].

Si observamos la información empírica, todos los grupos arqueológicos europeos que han sido incluidos bajo ese epígrafe presentan importantes diferencias si se analizan en detalle, con lo que la nueva etiqueta pierde valor por extensión y el modelo cobertor de Jefaturas resulta excesivamente simplista para acometer el estudio de los fenómenos observados.

Por otra parte, la investigación en otros lugares del mundo, como en Africa o Polinesia (p.e. Terray 1979; Earle 1978), ha reconocido formas de organización social que no se ajustaban al modelo de Estado oriental de Childe ni tampoco al modelo antropológico clásico funcionalista de jefaturas[7]. La confusión académica producida por esta en-

---

(4) Manifestaciones físicas concernientes a las condiciones objetivas de la vida social (véase Castro *et al.* 1996).

(5) Por ejemplo, Flannery (1975) o Renfrew (1972).

(6) Creemos que éste es el argumento que explica el origen de la ambigüedad del término y provoca las actuales controversias en arqueología y antropología. Incluso autores como Carneiro (1981) o Service (1975) admiten que las diferencias entre Jefaturas y Estados son básicamente cuantitativas, más que cualitativas. Los rasgos definidos como característicos en las Jefaturas se mantienen con el Estado.

(7) En relación a esta polémica en arqueología véase, por ejemplo, Yoffee (1993).

crucijada entre teorías políticas del Estado, modelos antropológicos y la equiparación arqueológica entre el Estado como entidad y el estado oriental o arcaico como su modelo, intentó resolverse con un nuevo concepto, el de «complejidad social».

En general, 'complejidad social' es una expresión que alude a toda fenomenología transicional que devenga de lo simple definido en un modelo previo tan difícilmente explicable como su propio devenir y que se ha aplicado a un ambiguo y amplio estadio social:

It seems appropiate to designate as 'complex' all forms of society that existed between primitive society and archaic civilisation (Sagan 1985: 20).

Los límites entre lo «complejo» y lo «primitivo», por un lado, y lo «civilizado», por otro, suelen evitarse[8] por lo que la designación de cualquier fenómeno como «complejo» ahorra intencionadamente el esfuerzo investigador y reflexivo necesario para conocer formaciones sociales que no se adaptan a normativas modelizadas de la supuesta sociedad primitiva ni, por supuesto, de los estados arcaicos. Además, continua obviándose la cuestión clave de la desigualdad social.

En cualquier caso, la arqueología sigue careciendo de propuestas teóricas y metodológicas para la investigación de la desigualdad social y de su relación con los conceptos de Estado, Jefatura o Complejidad Social. La relación entre las distintas materialidades empíricas de la prehistoria reciente y los modelos explicativos sigue sin estar axiomatizada, por lo que las hipótesis de sociedades estatales suelen chocar con las hipótesis de jefaturas y/o de sociedades complejas importadas desde la antropología. Todas ellas permanecen en la literatura arqueológica invadiéndose o solapándose y produciendo una investigación arqueológica estéril, redundante y ambigua en su uso académico.

Dado que nuestro deseo es abandonar debates confusos y evitar dudas terminológicas, creemos que el punto de partida para proponer una teoría arqueológica del Estado debe ser el análisis de la desigualdad social y el estudio de las formas que ésta adquiere en las distintas prácticas socio-parentales, socio-económicas y socio-políticas concretas (Castro *et al.* 1996).

A continuación, desarrollaremos sintéticamente el concepto Estado desde una perspectiva materialista y, posteriormente, intentaremos determinar hasta qué punto es posible dar sentido desde la arqueología a dicha entidad histórica, centrándonos en el caso del grupo argárico.

Entendemos el Estado como el resultado de una determinada trayectoria social que se caracteriza por la institucionalización, afirmación y mantenimiento de diferencias socioeconómicas en el seno de la sociedad. El Estado es una manifestación, a la vez que un producto, de la existencia de diferencias *irreconciliables* de intereses en el seno de la sociedad, es decir, la perpetuación de las contradicciones de clase. El Estado aparece en el lugar y el momento en que las contradicciones de parentesco son elevadas a un nivel social global. La primera forma de explotación socio-parental es transformada a la vez que mantenida en una triple explotación económica, social y política propia de los estados.

La función del Estado es, en primer lugar, garantizar los intereses de la clase dominante y frenar la lucha de clases (Engels 1975: 175)[9], a la vez que mantener la diferenciación sexual en el grado que marquen los intereses de clase defendidos. El Estado es una «*máquina* para reprimir la clase oprimida y explotada», una «*fuerza cohesiva* de la sociedad civilizada» (Engels 1975: 179), un *órgano* de dominación de clase y de opresión de una clase por otra, una *fuerza especial* para la represión de la clase oprimida (Lenin 1976: 7 y 19)[10]. Con la aparición del Estado, la clase económicamente dominante también se convierte en la clase políticamente dominante (Engels 1975: 175)[11]. Aunque explotación económica y coerción social existen en multiples sociedades, con la aparición del Estado adquieren formas de expresión específicas, como trataremos de mostrar a continuación. Estas formas específicas son las que justifican considerar el Estado una categoría de análisis histórico y las que nos interesan para entender el devenir y el funcionamiento de nuestro propio sistema social, político y económico.

LA COERCION SOCIAL EN LOS SISTEMAS ESTATALES

La categoría central del Estado es el poder, el cual, frente a otros tipos de poder, se convierte en poder institucionalizado y legitimado, más que monopolizado. El Estado determina qué formas de poder son legítimas en la sociedad y regula el derecho a la coerción social y a la coacción física. Para ello ha expropiado previamente los medios materiales de coacción disponibles. El poder de coacción legítimo, o fuerza pública (que es todo menos «pública»), resulta indispensable para amortiguar las diferencias de clase. Ello significa que no puede haber una población armada, sino destacamentos o segmentos de población especializados de hombres armados que tienen a su disposición cárceles y otros implementos[12]. Para poder mantener esa fuerza o este poder publico *especial* son necesarios los impuestos y la deuda pública (Lenin 1976: 9-11). Estos impuestos permiten mediante *funcionarios* el mantenimiento del poder institucionalizado. En el Estado nos encontramos, por lo tanto, ante una concentración y especialización del poder, de la coacción física y de sus medios materiales. Fuerza pública y fuerza política se convierten en inseparables y conforman, junto al control económico, el poder de clase.

El poder del Estado no sólo se expresa por medio de la explotación económica y su correlato de coerción social,

(8) Son poco frecuentes los trabajos en los que el concepto es definido explícitamente (Chapman 1990) y aplicado de una forma rigurosa.

(9) Engels. *El origen de la Familia, la Propiedad privada y el Estado*; primera edición alemana en 1884.

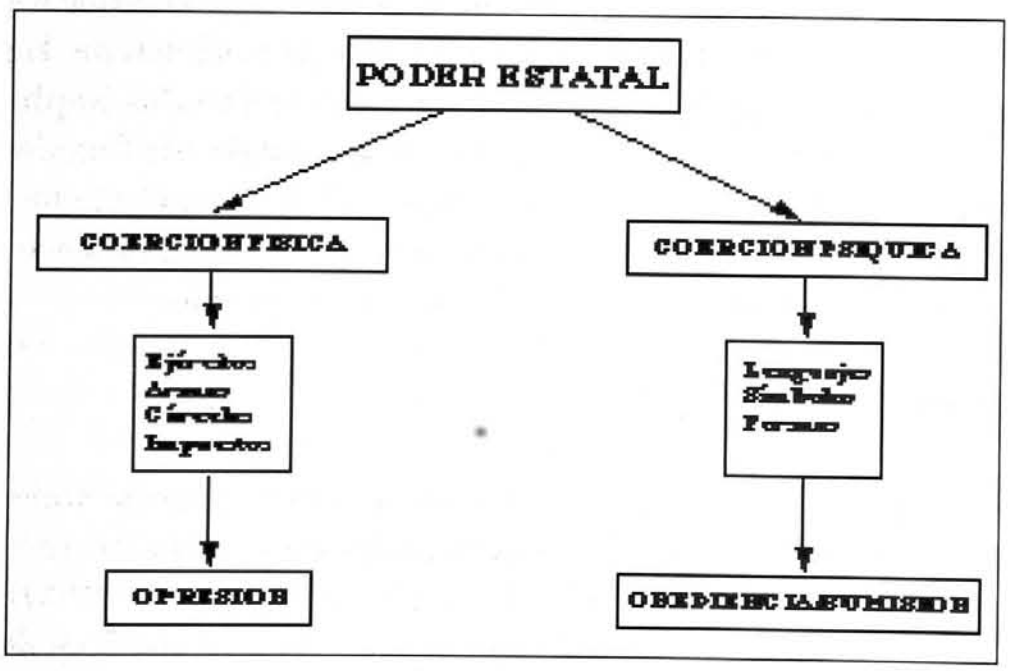
(10) Lenin. *El estado y la revolución*: edición original en ruso 1917.

(11) Vease también Marx. *Crítica de la Filosofía de Estado de Hegel* (1978; manuscritos de 1843 publicados en 1927). Marx. *Crítica del programa de Gotha* (1975a; publicación original en alemán 1891).

(12) O en su defecto, el Estado se arroga el derecho de movilizar oportuna y puntualmente a los segmentos de la población que desee y para los fines que imponga.

sino también por la coacción psíquica que conlleva. Tanto Weber (1944)[13], a partir de su reflexión sobre las categorías de poder y dominación, como Gramsci (1971), en su reconocimiento de la diferencia, a la vez que dependencia entre sociedad civil y sociedad política, abordaron la problemática de que Sociedad y Estado están unidos y a la vez separados. Para Gramsci, abolir el Estado no significa únicamente socializar los medios de producción para superar la sociedad de clase, sino también socializar la vida política. Se trata de reabsorber el Estado por parte de la sociedad civil . Para evitar este desarrollo, una parte importante del Estado la constituye el *aparato de hegemonía*, que implica toda una serie de aspectos ideológicos y culturales estatales, como escuelas, organizaciones culturales, museos, redes de información, instituciones religiosas, y gestión y control de la propia vida de los sujetos. El aparato de hegemonía no se refiere en principio al aparato de Estado, sino más bien a las clases o más precisamente a la lucha de clases. El lugar donde se ejerce la hegemonía es la sociedad civil.

Precisamente, son las consecuencias subjetivas y psicológicas de la formación del Estado, encaminadas a garantizar la obediencia y la sumisión del ser humano por medio del sentimiento de miedo e inferioridad, las que se sitúan en el centro de buena parte de la investigación social más reciente, como la procedente de la escuela de Frankfurt, el Psicoanálisis o el post-estructuralismo. Estas corrientes de pensamiento han mostrado por diferentes caminos que la dominación de Estado está en nuestra mente y, por lo tanto, es reproducida por el individuo. Para que las relaciones de dominación puedan existir y perpetuarse, es imprescindible la obediencia debida, que significa interiorizar que la sumisión es una condición necesaria para la supervivencia.



Gráf. 1: El poder del Estado y sus formas de expresión.

En su forma más física, el poder de Estado instrumentaliza armas y otros medios de represión centralizados y legitimados, como cárceles o estructuras defensivas. Por otro lado, Gramsci (1971), Jung (1976) o Adorno (1966), entre otros, han manifestado desde diferentes perspectivas, que el carácter de la dominación se expresa en la propia materialidad social[14] que produce y rodea la sociedad. Por lo tanto, el Estado, a través del poder que ejerce y de la obediencia/resistencia que produce en las personas, requiere ser analizado a partir de la propia fenomenología de la materialidad social que implementa y sobre la que actúa. La imposición y la normalización del lenguaje, los símbolos y las formas o valores estéticos son medios eficientes para legitimar el poder, someter a la sociedad y ejercer la coacción psíquica del individuo.

LA EXPLOTACION ECONOMICA EN LOS SISTEMAS ESTATALES

La institución central del Estado no es el gobierno, como ha sido malentendido algunas veces, sino la propiedad como factor que niega lo social, es decir, la apropiación y exclusión de los medios naturales y sociales por parte de un segmento de la sociedad.

En un sentido genérico se suele denominar «propiedad privada» a esta negación, aunque en ocasiones aparezca denominada como propiedad publica. La propiedad privada es la expresión más directa de la apropiación desigual del trabajo humano y de su producto resultante, y, por lo tanto, la causa de la existencia de trabajadores/as y no-trabajadores/as o, dicho de otra forma, la causa del desarrollo de una sociedad de clase[15] (Marx 1975a: 423 ss.)[16]. Por ello, la función del Estado es garantizar legal y físicamente la propiedad privada de la clase propietaria, sea esta esclavista, feudal, capitalista, etc. La emancipación del ser humano es la superación de la propiedad privada (Marx 1975a: 444), y requiere, por lo tanto, la abolición del Estado, como garante de la propiedad privada[17].

El análisis de las condiciones objetivas del Estado implica, por lo tanto, la reflexión sobre la aparición de la propiedad privada. Aunque la propiedad privada es un concepto difícil de concretar en una arqueología sin textos, es posible profundizar en sus condiciones objetivas y en sus consecuencias materiales mediante la investigación del plustrabajo y la generación de excedentes.

La apropiación de las fuerzas productivas y su transformación en propiedad privada cobra sentido en la producción y acumulación de riqueza y/o en una exclusión de determinados sectores de la sociedad de los procesos de producción. De esta forma el excedente, entendido como aquella parte de la producción que no revierte en forma alguna en el grupo o individuo que lo ha generado, se convierte en un elemento clave para la investigación de las sociedades de clase y, por lo tanto, del Estado.

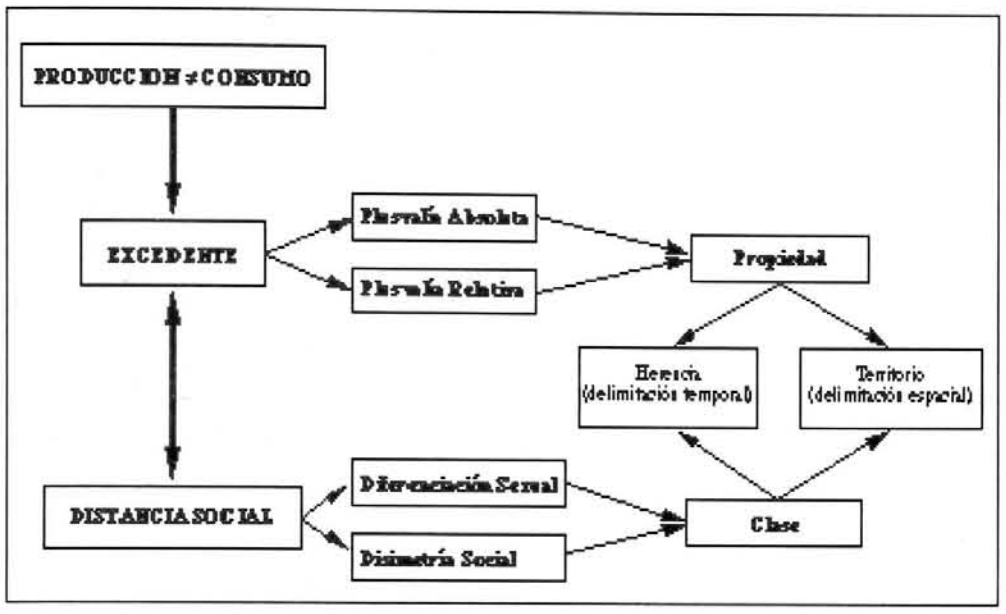
El concepto de plustrabajo y el de excedente como la plasmación material del primero requieren un análisis de la producción (social) y del consumo (individual). Se trata, por tanto, del estudio de la distribución diferencial de

(13) Edición original en alemán en 1922.
(14) Este concepto está desarrollado en Castro *et al.* 1996.
(15) La forma subjetiva de la propiedad privada es el trabajo, su forma objetiva el capital (Marx 1975a: 433ss).
(16) Los *Manuscritos económico-filosóficos* del año 1844 fueron publicados por vez primera en alemán en 1932 .
(17) "Con la desaparición de las clases desaparecerá inevitablemente el Estado" (Engels 1975: 177). "Desde el momento en que ya no exista una clase social que mantener oprimida y cuando se supriman el dominio de clase y la lucha por la vida individual fundada en la antigua anarquía de la producción, los conflictos y los excesos resultantes, no habrá ya nada que reprimir ni hará falta un poder especial de represión, el Estado" (Engels *El Anti-Dühring* (primera publicación alemana como libro en 1878), 1987).

los gastos y los beneficios energéticos y materiales dentro de una sociedad. Marx (1959)[18] mostró que existen dos formas básicas para generar excedentes:

1. La producción de plusvalía absoluta, obtenida por medio de un aumento del tiempo de trabajo bajo condiciones técnicas estáticas.

2. La producción de plusvalía relativa, que no sólo incrementa la producción, sino también la productividad del trabajo gracias a una mejora de las condiciones técnicas de la producción, es decir, por un desarrollo de los medios de trabajo.



Gráf. 2: El excedente y la distancia social en las formaciones estatales.

La generación de excedentes no está vinculada de forma exclusiva a la presencia de un Estado. Así, la explotación económica y el consumo de la producción subsistencial de las mujeres por parte de los hombres está documentada ya en sociedades cazadoras y recolectoras. Sólo cuando el excedente deja de ser un bien de consumo directo y se convierte en un valor que puede ser gestionado, almacenado y transformado en forma de diferentes bienes materiales o servicios que benefician en última instancia a un grupo social determinado, surge la necesidad de un control institucionalizado de la propiedad privada. Si acudimos puntualmente a los modelos antropológicos, un *big man* o una jefatura no estatal suelen caracterizarse por su capacidad de reciprocidad o redistribución con obligaciones que evitan la instrumentalización de excedentes en su propio provecho. En situaciones de Estado, creemos que la manipulación interesada del excedente conlleva el desarrollo de un sistema de contabilidad y una noción abstracta de valor del producto apropiado y gestionado dirigida a obtener beneficios específicos de clase. La gestión de la división social del trabajo y la insistencia en la producción especializada constituyen las formas más sencillas para transformar el excedente e incrementar su valor. Aunque la división social del trabajo, podría mejorar la cohesión de la sociedad, como considera Durkheim (1982)[19], o incrementar la productividad, según el planteamiento de Smith (1994)[20], se convierte inevitablemente en un mecanismo de explotación cuando aparece el Estado, dado que el valor de las cosas puede ser determinado por la clase propietaria[21]. Esta forma de instrumentalización del excedente se concreta materialmente mediante una determinada organización espacial de la producción, la acumulación de la riqueza generada o, incluso, de los medios de producción, estrategias que pueden ser detectadas por medios arqueológicos.

Otra consecuencia de la transformación de excedentes sociales en propiedad es su delimitación temporal y espacial por medio de la herencia y los territorios. En el primer caso la propiedad está vinculada definitivamente a clase social. En el segundo, la especificidad espacial de la propiedad, sobre todo en el caso de la tierra, implica la existencia de territorios estatales. Estos, frente a otros tipos de territorio, constituyen un espacio más o menos delimitado en el que convergen formas de apropiación y formas de poder que tienen como objetivo garantizar la sociedad de clases. De esta manera la «economía nacional», entendida como sistema de producción, y la «ciudadanía», entendida como mano de obra sometida, se convierten en elementos inseparables del territorio de un Estado que evitará toda disensión que proceda tanto del exterior como del interior del mismo.

En suma, podemos sugerir que el Estado representa el desarrollo histórico de una organización política dirigida a mantener la propiedad privada. En él convergen el poder político, el público y el económico, representado por gobernantes, funcionarios y propietarios. La aparición del poder político y público del Estado es consecuencia de una acumulación desigual de los recursos naturales, la fuerza de trabajo o los medios de producción destinada a la generación de riquezas particulares de clase por medio de prácticas socio-económicas dirigidas o, como mínimo, tuteladas. Por lo tanto, el análisis del Estado presenta dos vertientes que suelen ser abordadas de forma separada por las ciencias sociales debido a la carga ideológica del debate. La primera es el análisis del poder, que nos lleva a las implicaciones políticas y subjetivas de las sociedades de Estado. La segunda es el análisis de la propiedad privada o, simplemente, propiedad, que conduce a las implicaciónes económicas y objetivas de estas formaciones sociales.

ARGAR Y ESTADO

El Argar ha sido considerado una de las formaciones económico-sociales más desarrolladas de Europa entre *c.* 2250 y *c.*1500 cal ANE (Lull 1983; Chapman 1990). Mientras que los modelos anglosajones de los años 70 y 80 siempre enfatizaron el carácter «complejo» de esta sociedad relacionado con el desarrollo de «jefaturas» (Mathers 1984a y b; Gilman 1987a y b), las investigaciones realizadas en la Península Ibérica sugirieron que tales jefaturas soportaron diferencias de clase (Lull 1983:456) que se adecúan mejor a un modelo de sociedad estatal o proto-estatal (Lull y Estévez 1986; Schubart y Arteaga 1986)[22].

Gracias a la información obtenida tras varias campa-

(18) Primera edición original en alemán, 1867.
(19) Edición original francesa de 1893.
(20) Edición original inglesa de 1776.

(21) Aunque en nuestra sociedad de mercado es un delito "alterar artificialmente" el precio de las cosas, es sabido que constituye uno de los mecanismos para que unos puedan enriquezerse a costa de otros.
(22) Por su proximidad geográfica, conviene recordar que se ha sugerido la existencia de sociedades estatales en el II milenio en las campiñas del Alto Guadalquivir (Nocete 1989)

ñas de excavación extensiva en el asentamiento de Gatas y a la aportada por otras investigaciones arqueológicas en la zona, como las realizadas en Fuente Alamo (Schubart y Pingel 1995), Cabezo Negro (Ruiz 1990), Almendricos (Ayala 1991) o en la Ciudad de Lorca, todavía inéditas, podemos retomar este debate desde un conocimiento de la materialidad social mucho más sólido que en la década pasada.

Hemos visto cómo las condiciones materiales indispensables para que se produzca la necesidad de una estructura estatal parten de la apropiación socialmente diferenciada de los productos y de la fuerza de trabajo y de la instalación de implementos espaciales y materiales para asegurar la generación de excedentes.

El análisis de las estrategias de plusvalía absoluta y relativa en un sistema económico concierne, en primer lugar, a las fuerzas productivas y a su organización por medio de las relaciones sociales de producción. A través de sus indicadores arqueológicos, los artefactos (en tanto que instrumentos de trabajo o medios de producción), su ubicación en los espacios de producción y la relación entre éstos y los espacios de consumo, podemos dar cuenta de dichas estrategias. Además, los artefactos, como instrumentos de trabajo, son los que mayores posibilidades tienen de conservar su estado material, dado que los recursos naturales y los productos de consumo, como materias iniciales y finales del ciclo de producción, se encuentran en un constante proceso de transformación física y química.

Los instrumentos de trabajo, cualquiera que sea su nivel de desgaste, suelen ser las únicas evidencias arqueológicas que pueden permitir una valoración cualitativa (cómo se ha producido) y cuantitativa (cuánto se ha producido) del sistema económico y, por lo tanto, acceder al factor trabajo no sólo en su forma concreta y útil, sino también en su forma abstracta y productiva (véase Marx 1959: 8 y ss.).

La materialidad social más susceptible de ser utilizada como evidencia empírica para este análisis la forman los artefactos líticos. Su variedad morfométrica, geológica y funcional es considerable, y parece que su importancia en un amplio número de procesos de trabajo fue destacada. En esta dirección apunta también el buen número de estudios etnográficos disponibles. Cualquier actividad que implique percusión, abrasión o pulido, o que necesite un soporte físico, suele requerir de la implementación de artefactos líticos. Estos también pueden servir para perforar, cortar o talar, al igual que los instrumentos de hueso o metal, y también para realizar toda una serie de trabajos especializados de otro orden, como ocurre por ejemplo en los procesos metalúrgicos (p.e. moldes, yunques, martillos, afiladores).

La multifuncionalidad del repertorio lítico choca con la despreocupación casi absoluta que la arqueología ha mostrado por este tipo de artefactos[23], a pesar de que permiten realizar: 1. análisis de procedencia y, por lo tanto, de la explotación de los recursos naturales, 2. estudios del artefacto como resultado de los procesos de producción, y 3. análisis funcionales y técnicos de las actividades en las que participaron como instrumentos de trabajo.

Todos estos factores han sido decisivos para considerar a los artefactos líticos instrumentales un segmento altamente relevante de la base empírica que, junto al resto de las manifestaciones físicas, permite acercarnos más ajustadamente a la organización económica de las sociedades prehistóricas del Sudeste de la península Ibérica[24].

LAS CONDICIONES MATERIALES DE LA PRODUCCION DE PLUSVALIAS RELATIVA Y ABSOLUTA

Como hemos mencionado más arriba, abordar el tema de la plusvalía relativa como forma de generación de excedentes implica determinar si durante El Argar se produjo un aumento de la productividad.

El modelo de división del trabajo de Smith (1994) valoraba la especialización y la mejora de la organización espacial de la producción como los componentes básicos para la mejora de la productividad. Esta hipótesis debe revisarse a partir de Marx (1959), quien enfatizó el papel de los medios técnicos de trabajo.

En relación a épocas precedentes, las condiciones materiales de la producción argárica muestran una mejora de la productividad en la elaboración de los instrumentos de trabajo líticos en términos de costos de producción y transporte, a la vez que a través de un incremento de su efectividad. Este logro técnológico es posible gracias a una combinación de factores.

En primer lugar, la fabricación de herramientas se hace menos laboriosa en términos energéticos gracias a la reducción de los trabajos de acabado y al descenso del volumen de herramientas más elaboradas[25]. Así, la relación media entre producto (artefacto:a) y fuerza de trabajo (horas: h) es de $1a/26.5h$ y $1a/23h$ durante el neolítico y el calcolítico respectivamente, mientras que durante El Argar el índice es de $1a/8.5h$[26]. Tendencias idénticas se observan en la industria lítica tallada y en la ósea. Durante El Argar, esta reducción de costos de producción parece afectar de forma especial a los instrumentos cortantes -hachas, puntas de flecha e industria laminar en especial. La táctica de reducir los costos de producción también afectó a la esfera del intercambio, al quedar prácticamente eliminada la utilización de materiales alóctonos, independientemente de que afectase a la productividad de los instrumentos[27]. Sin

(23) En este panorama sólo destacan los hermanos Siret (1890), tanto por la cantidad de materiales líticos publicados de sus excavaciones, como por la atención prestada a aspectos contextuales, petrológicos y funcionales de estos objetos.

(24) Recientemente este tema de investigación ha sido abordado por uno de nostros (Risch 1995).

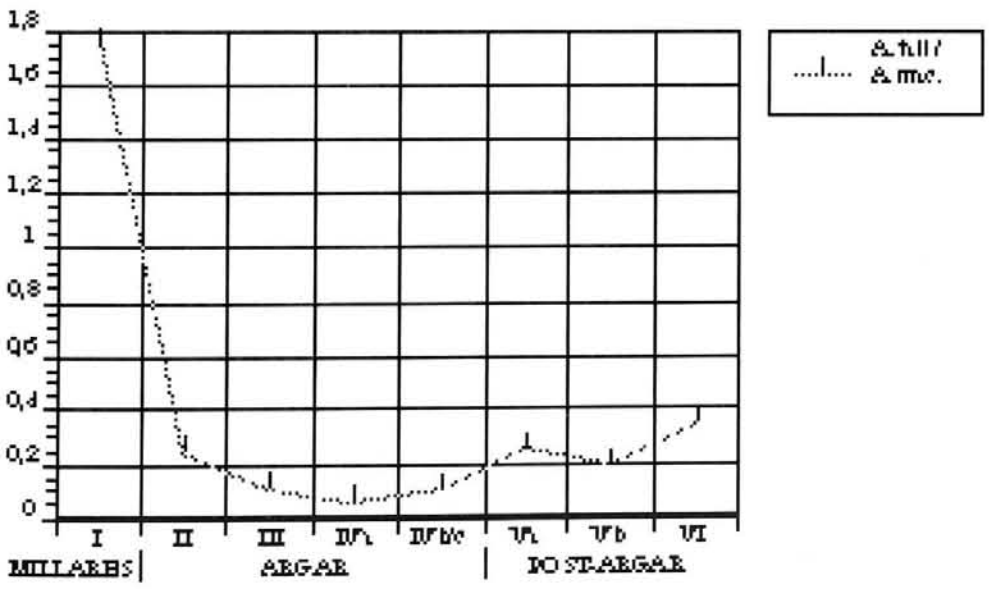
(25) En estos cálculos sólo se han tenido en cuenta los artefactos macrolíticos con huellas de producción (instrumentos biselados, percutores especializados, plaquetas con y sin perforación, moldes, pulidores con ranura, mazas con elementos de enmangue, placas discoidales perforadas y molinos), y no los clastos utilizados en estado natural (la mayoría de los alisadores y percutores). La muestra utilizada ha consistido en todos los artefactos de la prehistoria reciente procedentes de contextos de hábitat del Sudeste publicados hasta el momento (Risch 1995: 118-231).

(26) Esta estimación ha sido realizada a partir de una revisión detallada de la información arqueológica y etnográfica acerca de los tiempos de apropiación de la materia prima, los espacios, los tiempos y las técnicas de producción, así como la función de estos artefactos. Ello permitió determinar los procesos de producción de los distintos tipos de artefactos y establecer sus tiempos de elaboración aproximados. Teniendo en cuenta el volumen total de artefactos macrolíticos publicados hasta el momento se obtiene el tiempo medio de trabajo por artefacto en los distintos periodos.

embargo, en este aspecto también está implicada la estructuración política del territorio y de las relaciones de intercambio, como veremos más adelante.

En segundo lugar y desde la perspectiva de su utilidad, la efectividad de los medios de trabajo mejoró considerablemente con respecto al periodo anterior. En muchos asentamientos se observa una normalización del soporte material de los instrumentos a partir de una mayor estandarización de las rocas utilizadas. La explotación de las materias primas parece ser más selectiva, según las posibilidades regionales de cada asentamiento. Asimismo se ha documentado un mayor grado de estandarización de las superficies activas, lo que indica la existencia de un uso más especializado de algunos instrumentos[28]. Muchos de ellos representan una novedad entre los medios de producción de la prehistoria reciente del Sudeste y parece que estuviesen relacionados con la fabricación o el mantenimiento de herramientas de metal.

Por su parte, la menor importancia de las producciones especializadas de instrumentos líticos cortantes es también indicio de que acontecieron cambios notables en la esfera de la producción metalúrgica. Así, la sustitución de estas herramientas por otras equivalentes de metal ha quedado confirmada en el asentamiento de Gatas, donde se constata que, entre los niveles calcolíticos y los argáricos, la proporción entre artefactos tallados y tipos de instrumentos líticos experimenta un pronunciado descenso (gráf. 3). Por otro lado, la mayoría de los escasos útiles de sílex argáricos documentados se aprovecharon para trabajar materias vegetales no leñosas (en la siega y la trilla[29]). La presencia de huellas de cortes sobre huesos de animales, conchas y rocas, indica el uso de herramientas de filos cortantes de otras materias, probablemente de metal. Todo ello sugiere, en contra de lo que se insinúa en otro lugar (Gilman 1987a: 32), que el metal se utilizó también para confeccionar medios de trabajo, permitiendo un aumento de la efectividad de las herramientas y una mejora de la productividad.



Gráf. 3: Ratio entre artefactos tallados y artefactos macrolíticos por fases de ocupación del yacimiento de Gatas.

La supresión de producciones elaboradas junto a la reducción de los costos de producción, la mejora de las materias primas utilizadas y la mayor especialización y diversificación de los instrumentos de trabajo, permite considerar que nos encontramos ante «valores de uso» que minimizan su posible «valor de cambio». El carácter «especializado» de los instrumentos de trabajo argáricos se manifiesta menos por su aspecto elaborado y su forma estandarizada que por su uso concreto[30]. Esta pauta sólo parece verse invertida en la producción especializada de adornos, armas de metal y determinadas vasijas cerámicas cuyos productos están morfométricamante estandarizados (Lull 1983: 51-208), como comentaremos más adelante.

La especialización, relacionada desde Smith (1994) con el aumento de la productividad, suele manifestarse a través de una eficaz organización espacial y temporal de las tareas. Durante El Argar se han documentado escasos espacios de producción, interpretados en ocasiones como «talleres» de producción de metal[31]. La ausencia de minerales y escorias deja abierta la pregunta acerca de dónde se realizaba la primera fundición. Esta escasez de evidencias directas de producción metalúrgica contrasta con otro tipo de espacios de producción mucho más frecuentes, pero cuya importancia en el sistema argárico no ha sido advertida hasta el momento.

Algunas de las estructuras de ocupación argáricas, como las documentadas en El Argar o El Oficio, destacan por la elevada frecuencia de pesas de telar (Siret y Siret 1890), pero también se encuentran asociadas a evidencias de otros procesos de trabajo. En el sector septentrional de la «casa A» de Lugarico Viejo se identificó una artesa donde se fabricaban pesas de telar. En el mismo sector del poblado se realizaron también otras actividades, como indica la presencia de cinco molinos, un «brazal de arquero» sin terminar, elementos de sílex, cuatro urnas con cereal, etc. (Siret y Siret 1890: lám. 15). La asociación de molinos, ollas de almacenamiento y pesas de telar, además de un gran número de alisadores y percutores, también ha sido documentada en muchas otras estructuras argáricas (Lull 1983: 229-418).

Durante El Argar se documenta un mayor grado de centralización espacial en relación al procesado de productos subsistenciales, concretamente de la cebada. En este sentido cabe destacar el elevado número de artefactos de molienda en la «casa C» de Ifre, diferentes espacios excavados en Fuente Alamo, el espacio 109-210 de la ZC de Gatas, y, posiblemente, en la habitación del corte 1 del Cabezo Negro (Ruiz Parra 1990). En esta última, excavada sólo parcialmente, se encontraron cuatro molinos de micaesquisto granatífero, de características morfométricas casi idénticas, dispuestos sobre una especie de banqueta. Sabemos que en la Bastida, en una sola estructura (departa-

(27) En Fuente Alamo y en Gatas las materias primas utilizadas para la producción de todos los instrumentos de trabajo líticos proceden del bajo Almanzora y del bajo Aguas en un 97% y un 98% respectivamente, viéndose mermada la distribución de sílex para la industria tallada y de rocas volcánicas para la producción de artefactos de molienda.

(28) Es el caso, por ejemplo, de los molinos de micaesquisto granatífero con superficies activas de perfil transversal convexo, de los artefactos abrasivos, tales como los alisadores alargados de pizarra con huellas de uso muy específicas y de los pulidores con ranura, además de los moldes, las mazas de micro-gabro con ranura, las plaquetas con y sin perforaciones, los martillos especializados y los "yunques" de rocas duras.

(29) A partir de los análisis funcionales realizados por Vila, Clemente y Gibaja (1994).

(30) Esta tendencia general se presenta en distintas formas y con diferente intensidad en cada asentamiento y a lo largo del tiempo. Estas disimetrías espacio-temporales existen, pero no serán tratadas en el marco de este trabajo.

(31) Es el caso de El Argar y El Oficio (Siret y Siret 1890), La Bastida (Santa-Olalla *et al.* 1947) o Cobatilla la Vieja (Lull 1983: 335).

mento XVIII), se registraron 17 molinos y en dos estructuras aterrazadas contemporáneas de la ladera Sur de Fuente Alamo se encontraron 19 molinos en estado operativo. Los conjuntos de Gatas antes citados representan un espacio de molienda anexo a una zona de almacenaje de grano, de rocas para la producción de molinos, así como de varios molinos operativos (Castro *et al.* 1994b).

Las evidencias de una acumulación centralizada de instrumentos de trabajo en ciertos depósitos resulta de especial importancia para una economía excedentaria. En este sentido destaca la estructura documentada en el corte 39 de Fuente Alamo, donde se encontraron 22 molinos en estado operativo almacenados en varias pilas. Con tres horas de trabajo estos instrumentos producirían una cantidad de harina suficiente para alimentar aproximadamente a unas cien personas al día, si aplicamos parámetros conocidos por paralelos etnográficos y reproducidos en trabajos experimentales. En la mencionada «casa C» de Ifre ocurría lo mismo con 8 artefactos de molienda (Siret y Siret 1890: lám. 17).

Los instrumentos de trabajo utilizados y acumulados en los espacios de producción ponen de manifiesto que el sistema de producción argárico tuvo un carácter radicalmente diferente del calcolítico. Los talleres especializados destinados a la producción secundaria de bienes de circulación son sustituidos por los grandes edificios o espacios multifuncionales destinados a la producción de bienes subsistenciales y de uso y a la acumulación y mantenimiento de los medios de producción básicos. Mientras que el desarrollo tecnológico es limitado en los primeros, los segundos suponen una enorme concentración de fuerza productiva. La acumulación de los medios de trabajo y la concentración de los procesos de producción muestra que no nos encontramos ante espacios domésticos de comunidades autosuficientes. El potencial de control económico y de dominación social que implican estos edificios es considerable, dado que en estos espacios parece producirse buena parte de los bienes de consumo necesarios para la reproducción material del grupo social. Sin embargo, la abundancia natural de la mayoría de las materias primas y la sencillez de la producción de artefactos, tales como los molinos y las pesas de telar, sugiere que la función de dichas estructuras no residió en el control de estos instrumentos de trabajo, pues también se han documentado en otros espacios interpretados como domésticos. Para determinar el carácter social y económico de estos edificios resulta necesario profundizar en los demás factores económicos y sociales.

En este sentido, cabe analizar los indicios que apuntan hacia la obtención de excedentes por medio de plusvalía absoluta. Si utilizamos de forma indicativa los datos publicados correspondientes a artefactos líticos procedentes de estructuras domésticas, el aumento del volumen de la producción entre el periodo calcolítico y El Argar es de un 300%. Los registros líticos superficiales y sistemáticos realizados en un buen número de yacimientos del III y II milenio cal ANE en la franja litoral de Murcia y Almería incrementarían estos valores. Mientras los restos de instrumentos de trabajo macrolíticos son escasos o están ausentes en los yacimientos calcolíticos, se han contabilizado decenas y hasta centenares de ellos en los asentamientos argáricos de altura (véase también Risch y Ruiz 1995).

Las evidencias procedentes de los yacimientos excavados confirman este cambio cuantitativo de la fuerza de trabajo. Sobre todo en los momentos argáricos avanzados se observa un volumen importante de instrumentos y vasijas relacionadas con el procesado y almacenado de grano. Los cálculos que pueden realizarse con los datos disponibles[32] sugieren que un asentamiento como Fuente Alamo podía haber dispuesto de más de 400 artefactos de molienda en estado operativo. En contextos campesinos autosuficientes estos medios técnicos garantizarían la alimentación de unas 1000 personas (Bartlett 1933; Runnels 1981; Horsfall 1987), mientras que en los molinos estatales mesopotámicos del III milenio estos valores se duplicarían y triplicarían (Grégoire 1992). Asentamientos como Gatas y Fuente Alamo, cuya extensión superficial ha permitido estimar poblaciones de entre 300 y 500 habitantes (Chapman 1990: 152 s.), no se ajustan a cualquiera de estos dos modelos de producción, pero muestran que su capacidad productiva no sólo supera las necesidades de la hipotética población local, sino que incluso pudo requerir de la implementación de fuerza de trabajo externa.

Todos estos factores económicos de carácter cualitativo y cuantitativo indican una producción de excedentes y una división social del trabajo. El desarrollo de las fuerzas productivas, la centralización de un elevado volumen de instrumentos de trabajo y el almacenamiento de productos básicos en determinados espacios de los grandes asentamientos de altura constituyen indicios indirectos de un incremento de la producción de determinados bienes a partir de estrategias de plusvalía relativa y absoluta.

LA FUERZA DE TRABAJO Y LAS RELACIONES SOCIALES DE PRODUCCION

El segundo segmento de la información procede de la relación entre recursos naturales, sistemas de producción subsistencial y fuerza de trabajo.

La ubicación de los asentamientos argáricos con respecto a las zonas potenciales de cultivo muestra una relación claramente inversa entre el tamaño de los asentamientos y los recursos naturales disponibles en el entorno próximo (gráf. 4)[33].

Las mayores distancias que separan los grandes yacimientos de los terrenos de cultivo y la escasez en ellos de determinados útiles agrícolas, como los dientes de hoz, hace dudar si sus habitantes estaban implicados directamente en el primer proceso de producción agrícola. La concentración de medios de producción y fuerza de trabajo por encima de las necesidades y posibilidades de dichos asentamientos, unida a la centralización de una determinada parte de una producción subsistencial obtenida con fuerza de trabajo aje-

(32) Estos cálculos estimativos han sido realizados a partir del análisis de los instrumentos de molienda, teniendo en cuenta la vida de uso y frecuencia de molinos de mano en comunidades autosuficientes no industrializadas, así como el periodo de ocupación de los yacimientos, la parte excavada de ellos y la representatividad de las muestras.

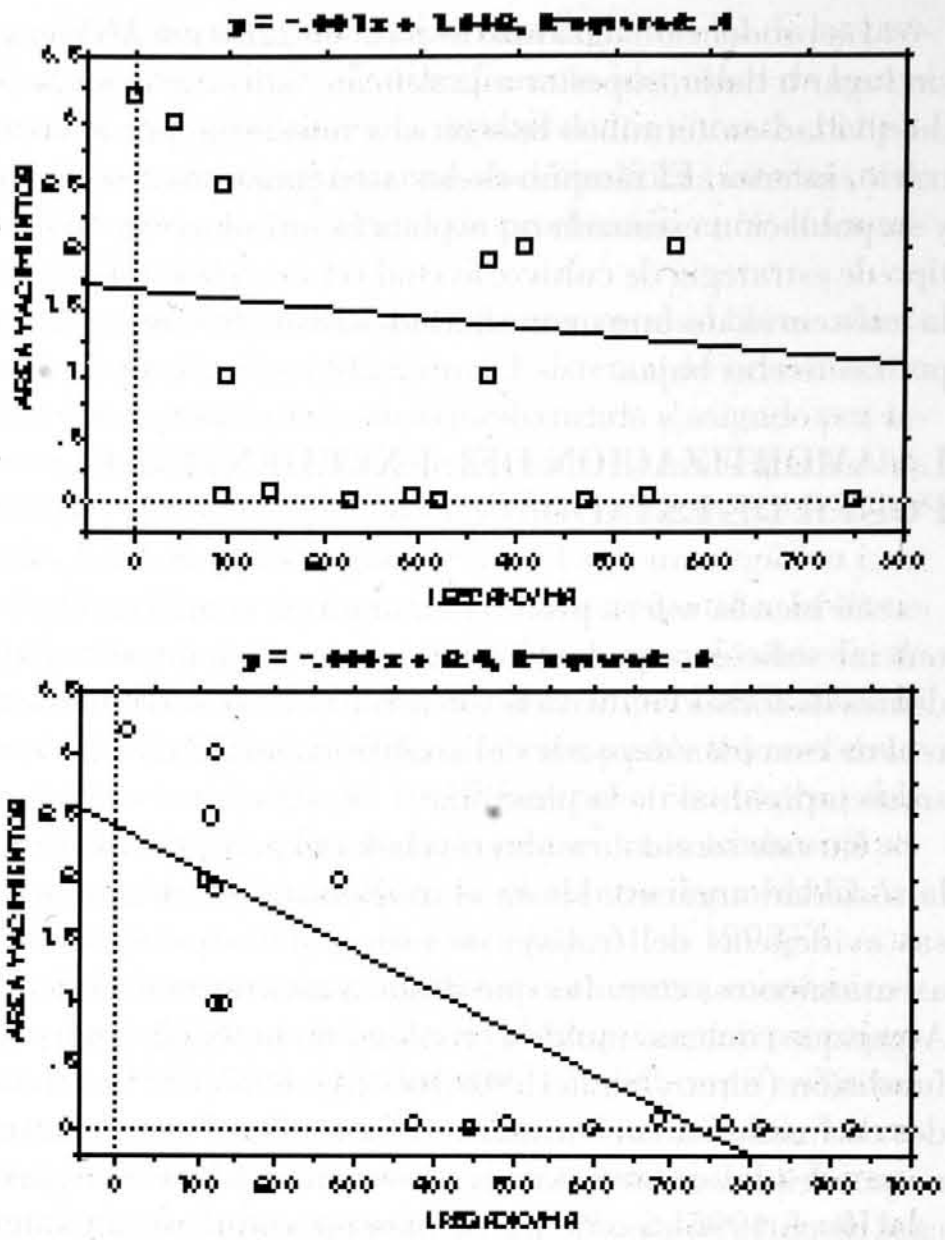
(33) A este respecto, véase Castro *et al.* 1994a

na, sugiere una apropiación de la producción y de la fuerza de trabajo de ciertas poblaciones campesinas por parte de estos grandes asentamientos de altura, los cuales, a su vez, generarían dependencias por medio de esta monopolización de la producción básica y de los medios necesarios para su procesamiento. El transporte de los productos básicos, como el cereal y quizá también el lino, desde las zonas de producción primaria y los pequeños poblados de llanura hasta los asentamientos de altura, supone un sobretrabajo innecesario en términos de una economía subsistencial y autogestionada. A ello se añaden, al menos en el caso de la molienda, los gastos de transporte de las materias primas necesarias para la producción de los instrumentos utilizados para la transformación en productos de consumo de los recursos básicos. Los estudios llevados a cabo en el entorno de Gatas y Fuente Alamo muestran que el volumen de clastos de gran tamaño documentado en estos asentamientos procede de los depósitos de los cauces fluviales del Aguas y del Almanzora respectivamente. Se trata, por lo tanto, del mismo espacio geográfico donde se ubican las zonas de cultivo más idóneas. Limitar el acceso social a los recursos básicos, imponer un desplazamiento espacial importante y promover su transformación centralizada en espacios alejados de las zonas de producción básica, implica una organización estricta de la fuerza de trabajo y una gestión fiable de los recursos disponibles, sobre todo si tenemos en cuenta que la transformación del cereal en un producto comestible es una necesidad diaria en las sociedades agrarias. La realización de tal esfuerzo energético sólo resulta explicable en términos sociopolíticos y tuvo que suponer un beneficio para algún sector de la sociedad.

Este control de bienes subsistenciales y su gestión viene corroborado indirectamente por la probable existencia de un sistema de pesas y medidas. Así, los análisis volumétricos de la cerámica doméstica de Gatas aseguran un patrón de capacidad que está regido por un factor de 4.2 para contenedores de hasta 35,64 litros[34]. Esta normalización refuerza la idea de una transformación controlada de los productos básicos y asegura el uso de una medidas «oficiales» para su distribución o beneficio.

Un escollo para la confirmación de este modelo venía dado por el desconocimiento de la existencia en las tierras bajas de comunidades campesinas dependientes y sometidas a los grandes asentamientos de altura. Sin embargo, las prospecciones sistemáticas en diversas áreas del territorio argárico realizadas durante los últimos años (Mathers 1986; Ayala 1991; Arteaga *et al.* 1985; Castro *et al.* 1994a) han permitido identificar yacimientos argáricos de reducidas dimensiones situados en los llanos y sobre relieves cuaternarios poco estables y próximos a los cauces fluviales.

La reciente proliferación de este tipo de yacimientos hace pensar que se trata de un tipo de asentamiento infrarepresentado hasta el momento en el patrón de poblamiento argárico, susceptible de mantener un número todavía indeterminado de población argárica y que se ajusta, por otra parte, al tipo de estrategia agrícola dominante seguida por el sistema de El Argar.



Gráf. 4: Relación entre el tamaño de los asentamientos argáricos (Ha) de la depresión de Vera y tierras con condiciones ecológicas adecuadas para un cultivo potencial de secano y regadío (Ha) en un radio de 2 km alrededor de los asentamientos (datos según Castro et al. 1994a).

La producción subsistencial durante este periodo se caracteriza por una marcada reducción de la diversidad alimentaria con respecto a épocas precedentes. La caza, la pesca y la recolección representan actividades minoritarias, la ganadería se centra en la cría de ovicápridos y bóvidos, y el principal aporte alimentario procede de la explotación extensiva de los cultivos cerealistas de secano. La dominancia casi absoluta de la cebada en el registro de los grandes asentamientos, como Fuente Alamo (Stika 1988) y Gatas (Clapham, Jones, Reed y Tenas 1994), ha obligado a sugerir incluso la presencia de un monocultivo cerealista más pronunciado, a medida que el propio Argar se desarrollaba (Ruiz *et al.* 1992).

Las ventajas de este tipo de producción extensiva vienen marcadas por la elevada resistencia de la cebada a la aridez y su adaptación a todo tipo de terreno. Con ello se garantizaría una producción subsistencial incluso en años de baja o irregular pluviosidad (<250 mm), en los que fracasarían los cultivos de leguminosas. Por el contrario, las desventajas del cultivo de la cebada son, además de propiciar una dieta desequilibrada, su escasa productividad, entendida como relación entre superficie cultivada y rendimiento energético. La existencia de deficiencias nutritivas durante El Argar ha quedado confirmada por investigaciones de paleonutrición y paleopatología (Buisktra y Hoshower 1994). Las dimensiones y el desarrollo de las semillas de cereal procedentes de Fuente Alamo coresponden a unas condiciones de cultivo extremas (Stika 1988: 36).

(34) Una primera parte de este trabajo ha sido adelantado por Colomer (1995).

La producción agrícola después de 2250 cal ANE era, sin lugar a duda, superior a la del calcolítico, pero su productividad en términos energéticos resultaba, por el contrario, inferior. El tamaño de los asentamientos conocidos y su población estimada no explica la introducción de este tipo de estrategia de cultivo, lo cual refuerza la hipótesis de la existencia de otras comunidades distribuidas también por las tierras bajas.

LA AMORTIZACION DEL EXCEDENTE Y EL PODER DE ESTADO

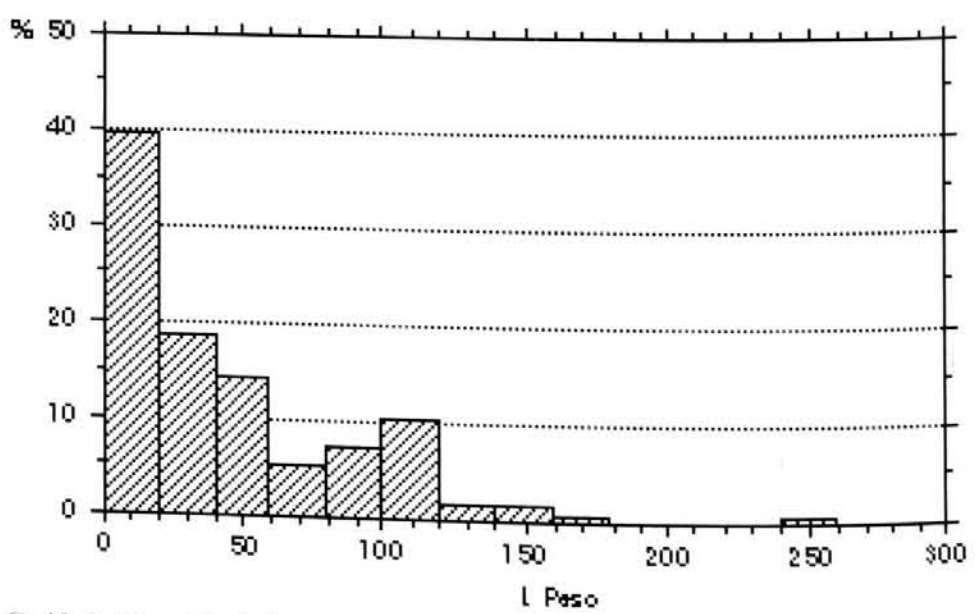
Si bien la esfera productiva argárica contó con el potencial suficiente para garantizar la generación de excedentes de forma controlada y centralizada, la confirmación real de esta idea depende del análisis de las pautas de consumo individual de la plusvalía.

En este sentido, resulta revelador el papel del metal en la sociedad argárica. Hasta el momento, se conocen escasas evidencias del trabajo de esta materia prima en los asentamientos, entre las que destaca una estructura de El Argar que contenía moldes, crisoles y un probable horno de fundición (Siret y Siret 1890: 160 y lám. 27)[35]. Los moldes de fundición encontrados en Gatas o en Fuente Alamo no pueden adscribirse hasta el momento a las fases argáricas (Risch 1995), por lo que, o bien no se han excavado todavía los espacios de producción correspondientes, o bien este tipo de actividades se realizaba en otros asentamientos o espacios. Los resultados preliminares de los análisis de isótopos de plomo indican que el mineral utilizado para los objetos estudiados de Gatas y Fuente Alamo no procede de los afloramientos de la fachada litoral almeriense y murciana. Como probable área de origen se sugiere la zona de Linares (Jaén), aunque todavía no pueden excluirse áreas más occidentales de Andalucía (Stos-Gale, Hunt-Ortiz y Gale 1994). Resulta, por tanto, difícil pensar en una «industria metalúrgica ocasional, pequeña y encajada en un modo de producción doméstico» como opina Gilman, quien sugiere además que «para producir las armas y los aderezos pedidos por los *jefes*[36], de vez en cuando alguna que otra familia organizaría una expedición desde su poblado a una mena cercana» (1987a: 33).

Por su parte, la escasa presencia de artefactos de metal y sílex en contextos domésticos y el fuerte desgaste observado en muchos materiales tallados sugieren un aumento artificial del valor social de determinados productos, con el fin de garantizar el control de la producción y del consumo.

El metal está lejos de representar exclusivamente un valor de uso si exige para su beneficio social la organización y los costos que suponen abastecerse desde fuentes lejanas. No debemos olvidar que la evidencia de contados lugares de producción metalúrgica en los asentamientos argáricos va acompañada por el hecho de que estas mismas estructuras también son utilizadas en prácticas sociales destinadas a otras producciones. De manera mecanicista, podría pensarse que la ausencia de lugares de producción especializados es un correlato de la ausencia de productores especializados y una consecuencia de la inexistencia de una organización de clase con poder de control y gestión sociales. Sin embargo, la solución del problema es de signo opuesto, dado que la estructura social estatal tiene como objetivo dirigir la producción por medio del control de la fuerza de trabajo, hecho que le permite destinarla a las producciones que considera relevantes, según sean las necesidades de la clase dominante. Así, los productos metálicos argáricos participan en un circuito de los valores de cambio restringido a la clase dominante, toda vez que la demanda social de metal, según los intereses de dicha clase, no exigió el incremento significativo de la productividad en términos de plusvalía relativa[37]. En cualquier caso, el volumen de la producción metalúrgica o de cualquier otro tipo de producción no implica necesariamente explotación. Esta reside en la disimetría documentada entre el acceso individual y el volumen de la producción social, sea éste el que fuere. Así sugerimos que no deberían confundirse factores cualitativos relacionales con factores cuantitativos absolutos[38].

En ciertos grupos arqueológicos la evidencia funeraria es una de las pocas formas arqueológicas susceptibles de determinar la esfera de consumo individual. En el caso que nos ocupa, se confirma la distribución desigual de costos y beneficios dentro de la sociedad argárica. La posesión de armas, como espadas, alabardas o hachas, está restringida a determinados hombres, mientras que sólo algunos de los enterramientos femeninos cuentan con ricos adornos de bronce y plata. Este consumo desigual también queda confirmado en términos cuantitativos cuando consideramos de forma estimativa el peso del metal amortizado en las tumbas argáricas (gráf. 5). Además, esta amortización no queda explicada por razones de edad, dado que también existen tumbas infantiles con ajuares destacados. Las diferencias en la riqueza no parecen responder al trabajo real de los individuos o a cuestiones específicas gentilicias, sino más bien a su pertenencia a una clase determinada. Así, sólo ciertas mujeres y ciertos hombres pueden acceder a ajuares de 1ª y 2ª categoría (Lull y Estévez 1986).



Gráf. 5: Cantidad de metal (Indice/Peso) en las tumbas argáricas con adscripción de sexo y edad (datos antropológicos según Kunter 1990).

(35) A este respecto, véase también la nota 20.
(36) La cursiva es nuestra.
(37) Algo similar ocurre en la distribución de productos metálicos de los estados minoico y micénico, que se concentran de manera significativa en las estructuras funerarias o en los palacios. En el Argar, los productos de metal son recurrentes en determinados contextos funerarios.
(38) Véase Gilman (1987a: 32) como un ejemplo de dicha confusión.

Si la delimitación temporal del excedente económico queda apuntada por la existencia de enterramientos infantiles con ajuares ricos, la existencia de un control territorial de la producción puede ser constatada, tanto en el interior del espacio argárico como entre el Argar y su mundo exterior.

A partir del análisis de los sistemas de explotación de materias primas líticas en las regiones litorales de Murcia y Almería se ha podido observar la existencia de barreras extra-económicas impuestas a la producción, que se manifiestan en el espacio por medio de una restricción en el acceso y la distribución de bienes de uso entre grandes asentamientos vecinos. Las pautas observadas sugieren la existencia de unidades territoriales definidas y controladas por los centros de producción y acumulación (Risch 1995).

Además de estas barreras políticas y sociales internas existe una clara delimitación territorial de El Argar hacia el exterior. Tanto desde el punto de vista material como fenomenológico, existe una exclusión en el espacio argárico de todo elemento vecino o simplemente ajeno y, de hecho, sólo continúan empleandose los recursos disponibles en el propio territorio argárico. Por ejemplo, dejan de utilizarse los esquistos sillimaníticos y determinados tipos de sílex alóctonos que durante el periodo calcolítico sí se documentan en el Sudeste para la producción de hachas y cuchillos. Esta exclusión de elementos ajenos también se confirma en la esfera de lo simbólico. Es el caso de los motivos campaniformes en las cerámicas, que continúan siendo utilizados más allá del territorio argárico, como muestran la fechas de C14 disponibles (Castro, Lull y Micó 1996).

El comportamiento coercitivo y unificador del poder argárico a través de sus expresiones materiales también queda plasmado en lo que podríamos denominar la «expansión» del sistema. La distribución espacial de las dataciones absolutas del grupo argárico por el momento sugiere que, en el transcurso de su desarrollo, el territorio argárico se expandió desde un área original localizada entre las cuencas de Vera y del Guadalentín, hasta abarcar, trancurridos quinientos años, un territorio comprendido entre el Sur de la Meseta y el Sur de Levante y las costas meridionales de Almería y Granada (González Marcén 1991). La presencia significativa de enterramientos con espadas o copas argáricas en asentamientos situados en los márgenes de este territorio y a menudo en contextos caracterizados por materiales no argáricos (p.e. Bagil o La Encantada) (Eiroa 1994; Fernández *et al.* 1988) podría estar relacionada con esta expansión y con el control de poblaciones situadas en los límites territoriales de El Argar.

La normalización de las producciones cerámica y metalúrgica y del ritual funerario, junto a la eliminación de elementos decorativos y la negación de la diversidad ajena, pueden ser interpretados como formas de imposición de un poder unificado, en términos de símbolos y formas materiales dirigidos a subyugar a la población mediante la obediencia, evitar la resistencia y obligar a la sumisión hasta niveles formales y subjetivos. Mediante esa uniformización de las expresiones formales en tan amplio territorio, el poder argárico dejó poco lugar a la discrepancia social o individual y relegó a los seres humanos al papel de meros productores y reproductores, tanto sociales como materiales.

En la normalización de la expresión formal de los productos secundarios[39] se manifiesta la identidad de las relaciones de explotación y la unidad de los intereses del poder por encima de las barreras socio-políticas internas y de las diferencias en las formas de producción entre los territorios regionales.

La ausencia de relaciones de intercambio libres, abiertas y generalizadas indica que el sistema de información entre las comunidades estuvo mediatizado y sesgado por intereses de clase. Las escasas evidencias de intercambio disponibles muestran que sólo las élites estaban interconectadas. Ellas eran las responsables del sistema argárico y, en definitiva, las que lo mantenían. En este sentido, la metalurgia desempeñó un papel central en la transformación de excedentes, así como en el control de la población sometida (Lull 1983). En la misma dirección puede leerse el comportamiento espacial del ritual funerario con una posible concentración de enterramientos masculinos adultos no seniles de la Depresión de Vera en el asentamiento de El Argar, al menos en una época avanzada (Micó 1993).

Los elementos característicos del sistema económico y las manifestaciones de poder en el grupo argárico se ajustan a la definición de una sociedad estatal, tanto en los aspectos objetivos como en los subjetivos señalados. La reducción de los tipos de producción subsistencial y la concentración de la fuerza productiva en la elaboración de los bienes de consumo básico, como son la alimentación y los tejidos, constituye una estrategia directa para la apropiación del plustrabajo. Al garantizar las necesidades mínimas de la población, el poder argárico establecería una relación de dependencia, a la vez que se apropiaría de su fuerza de trabajo excedente. Este tipo de organización resulta cualitativamente similar a las estrategias económicas seguidas por formaciones estatales arcaicas como el estado neo-sumerio del III milenio, con la organización de molinos y telares estatales en los que trabajaba un gran número de personas (Grégoire 1992). La presencia de una base subsistencial agrícola cerealista extensiva, la centralización y concentración de los medios de trabajo y productos subsistenciales en ciertos lugares de los asentamientos[40], la importancia de la plusvalía absoluta en la generación de excedentes, la existencia de límites territoriales, la normalización formal de las producciones cerámicas y metalúrgicas y la negación de la expresión subjetiva en la cultura material, definen una infraestructura social sometida a explotación y una superestructura política sustentada en un tipo de dominación y explotación altamente autoritario, eficaz y normativo.

En el Sudeste de la península Ibérica nos encontramos ante un buen número de evidencias que apuntan a la apa-

---

(39) Término que utilizamos en su sentido económico y que nada tiene que ver con los *secundary products* de la arqueología anglosajona (Sherratt 1981) que se ajustan mejor al concepto de "productos derivados".

(40) Aparte de las estructuras citadas anteriormente, cabe recordar aquí las construcciones circulares de Fuente Alamo (Pingel y Schubart 1995) así como la del conjunto 11 de la Zona B de Gatas (Castro *et al.* 1994b) para las que se ha sugerido una función de almacenamiento de grano. Una función de almacenamiento semejante pobría proponerse para los edificios rectangulares de la cima de Fuente Alamo, cronológicamente posteriores (Schubart y Pingel 1995) y que, en cualquier caso, ocupan un posición central y dominante en el asentamiento.

rición de una sociedad estatal probablemente consolidada hacia el primer tercio del II milenio cal ANE y que se desarrolla al margen de los primeros estados orientales. El ejemplo argárico ilustra que lo importante de una estructura estatal no reside en las formas aparentes del poder, pompa y circunstancia en forma de palacios, escritura o lujos exóticos, sino en los sistemas de explotación, extorsión y coacción física y psíquica, que, en cada caso, pueden adquirir formas distintas según las posibilidades del desarrollo social dialécticamente relacionadas con las exigencias de la clase dominante. Es en este sentido que también sugerimos la revisión de otros grupos arqueológicos de Europa central y oriental en los que aparecen elementos estructurales y fenoménicos similares a los observados en El Argar. El énfasis en la inversión diferencial del capital amortizado en los rituales funerarios en cuanto a sexo, edad o clase, el poblamiento en asentamientos de distinto orden, la división social de las actividades productivas o el control y la normalización de las producciones metalúrgicas, constituyen algunos de los rasgos que se identifican conjuntamente en grupos arqueológicos como los de Otomani, Vatya, Sighisoara o Monteoru, mientras que aparecen de forma variable en otros, como Wessex, Unetice, Veterov o Madarovce. Por último, es interesante constatar que el final de estos grupos y, posiblemente también, de una determinada forma de organizar las fuerzas productivas y la explotación social, ocurrió de forma más o menos simultánea entre *c.* 1600-1500 cal ANE. En torno a esta fechas parece producirse una profunda transformación social en gran parte de Europa y de la cuenca mediterránea, que se concreta en un cambio de las fuerzas de producción y en la aparición de nuevas estructuras políticas (González Marcén, Lull y Risch 1992).

La última fase argárica documenta indicios de crisis social, un aumento de la mortalidad infantil, mayores problemas de salud, un posible empeoramiento de la dieta y niveles de incendio generalizados que sellan los últimos espacios de ocupación argáricos. Todo ello sugiere que, al entrar en crisis el poder estatal argárico, tuvo lugar una atomización del mismo y de su territorio. Probablemente en el Sudeste sólo se mantuvieron algunas autoridades que intentaron perpetuar los mecanismos de control económico a la usanza argárica, pero bajo formas políticas diferentes(41). Mientras tanto, el resto de la población inició una andadura de distinto signo, manteniendo fuerzas productivas similares a las argáricas, pero sin las relaciones sociales de producción institucionalizadas del Estado argárico. Al romperse el territorio político estatal, las fronteras anteriores perdieron su significado y se introdujeron en la región nuevos sistemas de producción e intercambio, lo cual se tradujo en un aumento de la movilidad de personas y bienes.

(41) Algunos asentamientos de esta época como Cabezo Redondo reúnen esos requisitos. Mientras los espacios con superficies inferiores a 20 m^2 contenían escasos artefactos, los grandes departamentos, como el número XV/nivel IV, disponían de hasta seis instrumentos de molienda, además de grandes vasijas de cebada, varios hogares, abundante instrumental lítico y óseo, un posible molde de fundición, varios núcleos de silex y un telar (Soler 1987), en un intento de reproducir los talleres de producción centralizada argáricos. Para la problemática de esta época, véase Castro (1992).

Agradecimientos: Estamos en deuda con P. Castro, S. Gili, M. Menasanch, R. Micó, T. Sanz y M.E. Sanahuya por la lectura crítica de este artículo y por las discusiones mantenidas en torno a la problemática de las sociedades estatales. En cualquier caso, la responsabilidad del texto es enteramente nuestra.

BIBLIOGRAFIA

ADORNO. Th.(1966) . *Negative Dialektik*. Suhrkamp. Frankfurt a.M.

ARTEAGA. O.. HOFFMANN. SCHUBART. H. y SCHULZ. H.D. (1985). «Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre los cambios de la línea costera en el litoral de la Andalucía mediterránea». *A.A.A. '85*. II. Sevilla: pp. 117-122.

AYALA. M.M. (1991). *El poblamiento Argárico en Lorca - estado de la cuestión*. Real Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

BARTLETT. K. (1933). *Pueblo Milling Stones of the Flagstaff region and their relation to others in the Southwest*. Museum of Northern Arizona. Bulletin 3. Flagstaff.

BUIKSTRA. J. y HOSHOWER. L. (1994). «Análisis de los restos humanos de la necrópolis de Gatas», en CASTRO *et al.* (1994b). *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c.2500-900 cal ANE*. Memoria de la Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 339-398.

CARNEIRO. R.L. (1970). «A theory of the origin of the State». *Science*, 169: pp. 733-738.

CARNEIRO. R.L. (1981). «The chiefdom as precursor of the State», en JONES. G. y KAUTZ. R. (eds). *The Transition to Statehood in the New World*. Cambridge University Press. Cambridge: pp. 37-79.

CASTRO MARTINEZ. P. (1992). *La península Ibérica entre 1600-900 cal ANE - una situación histórica entre dos mitos: del Argar a Tartésos*. Tesis Doctoral de la Universitat Autónoma de Barcelona. Barcelona.

CASTRO. P.. COLOMER. E.. COURTY. M.A.. FEDEROFF. N.. GILI. S.. GONZALEZ MARCEN. P.. JONES. M.K.. LULL. V.. MCGLADE. J.. MICO. R.. MONTON. S.. RIHUETE. C. RISCH. R.. RUIZ PARRA. M.. SANAHUJA. M.E. y TENAS. M. (1994a). *Temporalities and desertification in the Vera Basin, south east Spain*. ARCHAEOMEDES PROYECT. Vol. 2. Bruselas.

CASTRO. P.. CHAPMAN. R.. COLOMER. E.. GILI. S.. GONZALEZ MARCEN. P.. LULL. V.. MICO. R.. MONTON. S.. RIHUETE. C. RISCH. R.. RUIZ PARRA. M.. SANAHUJA. M.E. y TENAS. M. (1994b). *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c.2500-900 cal ANE*. Memoria de la Junta de Andalucía. Sevilla.

CASTRO. P.. CHAPMAN. R.. GILI. S.. LULL. V.. MICO. R.. RIHUETE. C.. RISCH. R. y SANAHUJA. M.E. (1996). «Teoría de las prácticas sociales», en *Complutum. Homenaje a Manolo Fernández-Miranda* (en prensa).

CASTRO. P.. LULL. V. y MICO. R. (1996). *Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE)*, en prensa.

CLAPHAM. A.J.. JONES. M.K.. REED. J. y TENAS I BUSQUETS. M. (1994). «Análisis carpológico del proyecto Gatas», en CASTRO *et al.* (1994b). *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c.2500-900 cal ANE*. Memoria de la Junta de Andalucía. Sevilla: pp. 633-645.

COLOMER. E.(1995). *Pràctiques social de amnufactura ceràmica, anàlisis morfométriques i tecnològiques al sud-est de la península Ibèrica, 2200-1500 cal ANE*. Tesis Doctoral de la Universidad Autónoma de Barcelona. Bellaterra.

CHAPMAN. R. (1990). *Emerging complexity: The later prehistory of south-east Spain, Iberia and the west Mediterranean*. Cambridge University Press. Cambridge.

CHILDE. V.G.(1934). *New Light on the Most Ancient East:The Oriental Prelude to European Prehistory*. Kegan Paul. Londres.

CHILDE. V.G.(1936). *Man makes himself*. The Rationalist Press Association. Londres.

DURKHEIM. E. (1982). *La división del trabajo social*. Akal. Madrid.

EARLE. T. (1978). *Economic and social organisation of a Complex Chiefdom: The Halea District, Kauai, Hawaii*. Museum of Anthropology. Ann Arbour.

EDER. K. (1980). *Die Entstehung staatlich organisierter Gesellschaften*. Suhrkamp. Frankfurt a.M.

EIROA. J.J. (1994). «Novedades sobre el Calcolítico y Bronce antiguo en Murcia», en CASTRO. L. y REBOREDA. S. (eds) *Edad del Bronce (Actas del curso de Verano de la Universidad de Vigo, celebrado en Xinzo de Limia, 6/8 Julio 1993)*. Concello de Xinzo de Limia. Xinzo de Limia. pp. 155-193.

ENGELS. F. (1975). *El origen de la familia, de la propiedad privada y del estado*. Ayuso. Madrid.

ENGELS. F.(1987). *Anti-Dühring*. Avant. Barcelona.

FERNANDEZ. A.. GALAN. C.. POYATO. C. y SANCHEZ MESEGUER. J. (1988). «El Cerro de la Encantada: Una aportación al conocimiento del Bronce en la Mancha», en *Pueblos y Culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*. Junta de Castilla-La Mancha. Talavera. Tomo III. pp. 113-118.

FLANNERY. K.V. (1975). *La evolución cultural de las civilizaciones*. Anagrama. Barcelona.

FRIED, M. (1967), *The evolution of political society*, Random House, New York.
GILMAN, A. (1987a), «El análisis de clase en la Prehistoria del Sureste», *T.P.*, 44: pp. 27-34.
GILMAN, A. (1987b), «Unequal development in Copper Age Iberia», en E.M. Brumfiel y T. Earle (eds), *Specialization, exchange and complex societies*, Cambridge University Press, Cambridge: pp. 22-29.
GONZALEZ MARCEN, P. (1991), *Cronología del Grupo Argárico. Ensayo de fasificación radiométrica a partir de la curva de calibración de Alta Precisión*, Tesis doctoral inédita, Universitat Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
GONZALEZ MARCEN, P., LULL, V. y RISCH, R. (1992), *Arqueología de Europa, 2250-1200 A.C. Una introducción a la edad del Bronce* , Síntesis, Madrid.
GRAMSCI, A. (1971), *Selections from Prison Notebooks*, Q. HOARE y NOWELL, G. (eds), Lawrence and Wishart, London.
GREGORIE, J.-P. (1992), «Les grandes unités de transformation des céréales: lexemple des minoteries de la Mésopotamie du sud à la fin du IIIe millénaire avant notre ère», en *Prehistoire de l'agriculture: nouvelles approches expérimentales et ethnographiques*, Monographie du CRA, 6, CNRS, Paris: pp. 321-339.
HABERMAS, J. (1976), *Zur Rekonstruktion des Historischen Materialismus*, Suhrkamp, Frankfurt a.M.
HAAS, J. (1982), *The evolution of prehistoric State*, Columbia University Press, New York.
HOBBES, Th.(1991), *Del ciudadano y Leviatán*, Tecnos, Madrid.
HORSFALL, G.A. (1987), «Disign Theory and grinding stones», en B. HAYDEN (ed.), *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*, University of Arizona Press, Arizona: pp. 323-77.
JUNG, C.G. (1976), *El hombre y sus símbolos*, Caralt, Madrid.
KUNTER, M. (1990), *Menschliche Skelettreste aus Siedlungen der El Argar-Kultur*, Philipp von Zabern, Mainz.
LENIN, V.I. (1976), *El estado y la revolución*. Anagrama, Barcelona.
LULL, V. (1983), *La cultura de El Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Akal, Madrid.
LULL, V. y ESTEVEZ, J. (1986), «Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas», *Homenaje a Luis Siret (1934-84)*, Sevilla: pp. 441-452.
MARX, C. (1959), *El Capital, crítica de la economía política-I*, Fondo de Cultura Económica, Méjico
MARX, K. (1975a), «Ökonomisch-philosophische Manuskripte», en FEURBACH, L., MARX, K. y ENGELS, F., *Texte zur materialistischen Geschichtsauffassung*, Ullstein, Frankfurt a.M.: pp. 366-497.
MARX, K. (1975b), «Crítica del programa de Gotha», en MARX, C. y ENGELS, F., *Obras escojidas*, Akal, Madrid, tomo II: pp. 5-30
MARX, K. (1978), «Critica de la filosofía del Estado de Hegel», en *Obras de Marx y Engels, 5*, Critica, Barcelona: pp. 1-160.
MATHERS, C. (1984a), «Linear Regression, inflation and prestige competition: second millennium transformations in southeast Spain», en W.H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite y R.C. Kennard (eds), *The Deya Conference of Prehistory*, B.A.R. Int. Series S 229, Oxford: pp. 1167-1196.
MATHERS, C. (1984b), «Beyond the grave: the context and wider implications of mortuary practices in south-east Spain», en T.F.C. Blagg, R.F.J. Jones y S.J. Keay (eds).*Papers in Iberian Archaeology*, B.A.R. Int. Series S193, Oxford: pp. 13-46.
MATHERS, C., (1986), *Regional development and interaction in south-east Spain (6000-1000 b.c.)*, Tesis doctoral de la Universidad de Sheffield.
MICO, R. (1993), *Pensamientos y prácticas en las arqueologías contemporáneas: normatividad y exclusión en los grupos arqueológicos del III y II milenios cal ANE en el sudeste de la península ibérica*, Tesis Doctoral de la Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
NOCETE, F. (1989), *El espacio de la Coerción: la transición al Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (España), 3000-1500 a.C.*, B.A.R., Int.Ser 492, Oxford.
PLATON (1973), *La Republica o El Estado*, Espasa-Calpe, Madrid.
SANTA-OLALLA, J.M., SAEZ MARTIN, B., POSAC MON, C.F., SORPRENIS SALTO, J.A. y VAL CATURLA, E. (1947), *Excavaciones en la ciudad del bronce mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)*, Ministerio de Educaión Nacional, Comisaría de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias, nº16, Madrid.
RENFREW, C. (1972), *The emergence of Civilization. The Cyclades and the Aegean in the Third Millenium BC*, Methuen, Londres.
RENFREW, C. (1984), *Approaches to Social Archaeology*, Edimburgh University Press, Edimburgo.
RISCH, R. (1995), *Recursos naturales y sistemas de producción en el Sudeste de la Península Ibérica entre 3000 y 1000 ANE*, Tesis Doctoral de la Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
RISCH, R. y RUIZ, M. (1995), «Distribución y control territorial en el Sudeste de la Península Ibérica durante el tercer y segundo milenio a.n.e.», *Verdolay*, 6: pp. 77-87.
ROUSSEAU, J. (1975), *Contrato Social*, Espasa-Calpe, Madrid.
RUIZ PARRA, M. (1990), *El Cabezo Negro: estudio ecoarqueológico de un asentamiento argárico*, Trabajo de investigación presentado en la Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra.
RUIZ, M., RISCH, R., GONZALEZ MARCEN, P., CASTRO, P. y LULL, V. (1992), Environmental exploitation and social structure in prehistoric southeast Spain, *Journal of Mediterranean Studies*, 5.1: pp. 3-38.
RUNNELS, C.N. (1981), *A diachronic study and economic analysis of millstones from the Argolid, Greece*, Ph.D. thesis University of Indiana, Indiana.
SAGAN, E. (1985), *At the Dawn of Tyranny, the origins of individualism, political oppression and the state*, Faber and Faber, London.
SCHUBART, H. y ARTEAGA, O. (1986), «Fundamentos arqueológicos para el estudio socio-económico y cultural del área de El Argar», *Homenaje a Luis Siret (1934-84)*, Sevilla: 289-307.
SCHUBART, H. y PINGEL, V.(1995), «Fuente Alamo: eine bronzezeitliche Höhensiedlung in Andalusien», *M.M.*, 36: pp. 150-164.
SERVICE, E.R. (1975), *Origins of the State and Civilization-the process of cultural evolution*, Norton & Company, New York.
SHERRAT, A. (1981), «Plough and Pastoralism: aspects of the secondary products revolution», en I. HODDER, G. ISAAC y HAMMOND, N. (eds), *Pattern of the Past*, Cabridge University Press, Cambridge: pp. 261-305.
SIRET, L. y SIRET, H. (1890), *Las primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*, Barcelona.
SMITH, A. (1994), *La riqueza de las naciones*, Alianza, Madrid.
SOLER GARCIA, J.M. (1987), *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Ayuntamiento de Villena, Villena.
STIKA, H.P. (1988), «Botanische Untersuchungen in der bronzezeitlichen Höhensiedlung Fuente Alamo», *Madrider Mitteilungen* , 29: 21-76.
STOS-GALE, Z.A., HUNT-ORTIZ, M. y GALE, N.H. (1994), «Análisis elemental y de isótopos de plomo de objetos metálicos de Gatas», en CASTRO *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c.2500-900 cal ANE*, Memoria de la Junta de Andalucía, Sevilla: pp. 470-496.
TERRAY, E. (1979), «Long-distance trade and the formation of the State: the case of the Abron kingdome of Gyaman», en DIAMOND, S. (ed.), *Toward a Marxist Anthropology*, Mouton, The Hague: 291-320.
VILA, A., CLEMENTE, I. y GIBAJA, J.F. (1994), «Análisis de la industria lítica de Gatas», en CASTRO *et al.* (1994b), *Proyecto Gatas: Sociedad y economía en el sudeste de España c.2500-900 cal ANE*, Memoria de la Junta de Andalucía, Sevilla: pp. 426-439.
WASON, P.K. (1994), The Archaeology of Rank, *Cambridge University Press*, Cambridge.
WEBER, M. (1944), Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva, Fondo de Cultura Económica, México.
YOFFEE, N. (1993), «Too many chiefs? (or, Safe texts for the '90s)», en N. YOFFEE y SHERRATT, A (Eds.), Archaeological theory: who sets the agenda? Cambridge University Press, Cambridge: pp. 60-78

APROXIMACION A LAS RELACIONES ENTRE LA MESETA Y EL SURESTE DURANTE LA EDAD DEL BRONCE

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 111 - 115

M.ª Concepción Blasco Bosqued
DEP. PREHISTORIA Y ARQUEOLOGIA.
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

Entre las múltiples publicaciones de la Dra. Muñoz se encuentra la síntesis de la Edad del Bronce del Sureste realizada con motivo del XVI Congreso nacional de Arqueología celebrado en Murcia-Cartagena los días 8 a 11 de enero de 1982 (MUÑOZ, A., 1982, pp. 11-27), pensamos que con este trabajo podemos contribuir a puntualizar algunos aspectos de este tema que hasta ahora quedaban confusos, no tanto por problemas de investigación en la región del Sureste sino, más bien, por la falta de datos en otras zonas, y particularmente en la Meseta, con las que existieron relaciones más o menos fluidas.

Aunque la investigación sobre la Edad del Bronce en la Meseta en general, y sobre el Horizonte Cogotas I en particular, ha avanzado de manera importante en las dos últimas décadas, quedan todavía algunos pasos a recorrer para conocer bien tanto su origen y desarrollo como el mecanismo de sus relaciones, aspectos que tienen muchos puntos en común, por lo que no es posible acercarse a uno de ellos sin abordar, aunque sea de manera tangencial, las otras cuestiones. De entre todas estos temas vamos a tratar aquí, de manera primordial, el problema de las relaciones de la Meseta con otras regiones peninsulares durante la Edad del Bronce, haciendo especial referencia al Sureste, región con la que la Dra. Muñoz ha estado tan estrechamente vinculada durante una larga etapa de su vida profesional.

No vamos a profundizar aquí en la cuestión del origen de la edad del Bronce en la Meseta pero sí conviene apuntar que la pretendida continuidad entre el Horizonte Cogotas I y el Horizonte Campaniforme se desvanece a medida que avanzan las investigaciones, ya que cada vez aparece definido con más personalidad, en el ámbito de la Meseta, un tercer horizonte caracterizado por la presencia de cerámicas lisas con abundantes carenas. Esta etapa podría cubrir un lapso temporal relativamente amplio que abarcaría, al menos, los siglos XVII a XIV a. C. con lo que se cubriría así el momento comprendido entre la liquidación del Horizonte Campaniforme y la consolidación de Cogotas I.

En el área más Meridional de la Meseta dicha facies se inicia en un momento muy antiguo, pues alguna de las motillas han proporcionado fechas dentro del siglo XVIII, concretamente el análisis de C_{14}, realizado sobre una muestra obtenida en la Morra de Quintanar, ha ofrecido una datación de 3670+ 120 B.P; 1720+ 120, (UGRA-78-Q-649-80) para un momento en el que se amortiza una puerta del recinto central, cuya construcción podría «remontar al 1800 a. C.» (MARTIN MORALES, C., 1983). Más alta todavía es la datación obtenida a partir del nivel de tierras grisáceas «en el que estaba excavada la fosa perteneciente a la sepultura 28» del Cerro de La Encantada y que pertenece a su primera fase de ocupación. Dicha fecha es de , 3890+ 25 B.P.; 1940+ 25 a. C., (CSIC- 929) (SANCHEZ MESEGUER, J., 1994, p. 74), estos datos nos permiten suponer que, en estas regiones más meridionales existe un auténtico Bronce Antiguo que se inicia a comienzos del segundo milenio a. C..

Pero lo más importante es que tanto el origen de este Bronce Antiguo de la Meseta Sur, como su posterior desarrollo, se encuentra estrechamente vinculado a las relaciones entabladas con el Sureste, y más concretamente con el círculo argárico, con el que existen fuertes paralelos en los equipos materiales, tanto en los conjuntos vasculares como en la metalurgia. Pero hay más, estos paralelos no se circunscriben a lo estrictamente material, sino que se evidencian también en aspectos más sustanciales de las costumbres y los ritos, como queda patente en la temprana incorporación, por parte de algunos grupos de la Submeseta Sur, de las costumbres funerarias típicas del Argar, así como por algunos rasgos arquitectónicos de las obras defensivas.

No se trata, sin embargo, de la simple adopción de una tecnología y de unas formas de vida, sino más bien de su

adaptación por parte de círculos culturales con personalidad propia, aunque la corriente de intercambios favorece la presencia de no pocos rasgos comunes. En efecto, las investigaciones de las últimas dos décadas han puesto de manifiesto que, en la Meseta Sur, la Edad del Bronce Antiguo y Medio, se caracteriza por la existencia de una importante densidad y variedad de yacimientos entre los que tienen una personalidad más acusada los poblados de altura de las provincias de Ciudad Real y Albacete como el Cerro de la Encantada (Calatrava, Ciudad Real) (NIETO, G. y J. SANCHEZ MESEGUER, 1980) y el Cerro de los Cuchillos (Almansa, Albacete) (HERNANDEZ, M., J.L. SIMON y J. A. LOPEZ MIRA, 1994) y las motillas de las zonas húmedas y bajas manchegas (NAJERA, T., 1984). Tanto las motillas como los poblados poseen una arquitectura en duro aplicada, sobre todo, a obras de carácter defensivo o, al menos, a estructuras de tipo comunal como son las grandes torres centrales de las motillas.

No hay duda de que el temprano surgimiento de la Edad del Bronce en las áreas más meridionales de la Meseta es consecuencia, por una parte de la evolución interna de los grupos allí establecidos y, por otra, de los tradicionales contactos existentes con el valle del Guadalquivir y el Sureste, unos contactos que parecen haber sido especialmente fluidos durante el Calcolítico y, particularmente, durante el Horizonte Campaniforme, tal como se está poniendo de manifiesto a medida que conocemos no sólo aspectos externos de las cerámicas, simo también la tecnología aplicada a todas las facetas industriales (lítica, cerámica y metalurgia).

En el resto de los territorios meseteños el Campaniforme es relevado también por un Bronce caracterizado por el dominio absoluto de las cerámicas lisas, entre las que destacan algunas formas carenadas que muestran un «aire de familia» con el círculo argárico, estas piezas carenadas son algo más frecuentes en los yacimientos del resto de la Submeseta Sur (concretamente en la Cuenca del Tajo), que en la Meseta Norte, un dato que hay que poner en relación con la mayor intensidad de los contactos de esta zona con el sureste. Entre los yacimientos de la Cuenca del Tajo con este tipo de materiales hay que incluir poblados de altura de los que, de momento, no se conocen fortificaciones, y sus correspondientes necrópolis, como es el caso del Cerro de Castilla y el cementerio del cercano Cerro del Obispo (Castillo de Bayuela, Toledo) (GIL PULIDO, J.I. y otros, 1988, pp. 93 a 100) y MENENDEZ ROBLES, M.L., 1988, pp 101 a 111).

Pero, sin lugar a dudas, los hábitats más característicos de esta etapa en la cuenca del Tajo son los situados en bajo o en pequeñas lomas, junto a los cauces de los ríos, siempre desprovistos de murallas o cualquier otro tipo de obras defensivas y de los que no quedan más elementos inmuebles que las fosas o «silos» excavados en el subsuelo. Entre estos yacimientos de fosas o silos destaca, por la información que ha proporcionado, (VALIENTE MALLA, J., 1987 y 1990) la Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara), pero existen muchos más yacimientos como El Tejar del Sastre, (QUERO, S., 1982) o el de la Fábrica de la Compañía Euskalduna (ALMAGRO BASCH, M., 1960), ambos en la cuenca del Manzanares y pertenecientes al municipio de Madrid. La carencia de estructuras en duro aleja a estos establecimientos «de silos» de los patrones urbanísticos más conocidos de los yacimientos en altura del área argárica e, incluso, de las características arquitectónicas de los asentamientos en bajo de este círculo cultural, en los que predominan las estructuras domésticas de planta rectangular (AYALA, Mª M., 1991, pp. 74-98), una circunstancia que puede hacerse extensiva también a las motillas, en torno a las cuales debieron de existir áreas de poblamiento caracterizadas por viviendas dispersas de gran tamaño con planta rectangular u oval (NAJERA, T., 1984, p. 11).

A pesar de estas diferencias entre los tipos de poblados meseteños y los argáricos, tanto las características de sus cerámicas, como las de sus escasos ajuares metálicos tienen una indudable afinidad con los del Sureste, una afinidad que se ve acrecentada por la adopción de un ritual funerario con estrechos paralelos, entre los que hay que destacar la práctica de los enterramientos en las áreas de poblado, la adopción de la inhumación individual o en parejas y la utilización de las tinajas o pithoi para la deposición de los cuerpos, tal como se han documentado en Cerro del Obispo (Castillo de Bayuelas, Toledo) (GIL PULIDO, J.I. y otros, 1988), Cerro de la Encantada (NIETO, G. y SANCHEZ MESEGUER, J., 1980), Loma del Lomo (Cogolludo, Guadalajara) (VALIENTE MALLA, J., 1992), o en algunas de las Motillas como la del Azuer (NAJERA, T., 1984, p. 18). A estos enterramientos en tinajas se suman las tumbas en fosas con nicho lateral ampliamente documentadas en La Loma del Lomo y similares a las localizadas en los cortes 4 y 5 de la zona A de la Cuesta del Negro de Purullena durante la campaña de excavación realizada en 1971 (MOLINA, F. y PAREJA, E., 1975, pp. 19 a 20) y pertenecientes a un momento tardío de la secuencia argárica. A pesar de estos paralelos en los rituales mortuorios, la personalidad de los grupos meseteños se manifiesta en la práctica total ausencia del armamento y la metalurgia entre los ajuares funerarios, en los que lo más destacable es la presencia, en algunos casos, de abundantes restos animales.

También en la Meseta Norte comienza a definirse una Edad del Bronce Antiguo-Medio, a caballo entre el Campaniforme y la fase de formación del Horizonte Cogotas I, que se inicia en una cronología bastante alta, casi sincrónica a la de la Submeseta Sur, si tenemos en cuenta la datación de C_{14} de Santioste: 1830 + 80 A. c. (VIÑÉ, A. y otros, 1991), dicha fase está representada tanto por un conjunto de yacimientos en alto de la cuenca alta del Duero (JIMENO, A., FERNANDEZ, J. J. y REVILLA, Mª L., 1988), como por diversos establecimientos en el área más occidental, caso de Santioste (Villafáfila, Zamora) (DELIBES, G., 1993). Aunque en ellos hay rasgos comunes con la Meseta Sur, con un claro predominio de las cerámicas lisas, todo hace pensar que la influencia y las relaciones con el círculo argárico están mucho más matizadas que en la submeseta Sur , pero no ausentes, según se desprende de los enterramientos en pithoi localizados en los Palomares de Villalmanzo (Burgos) (DELIBES, G., 1971) los cuales cer-

tifican contactos con las regiones más meridionales aunque no sabemos si se trata de unas relaciones directas o, por el contrario, se establecen a través de la Meseta Sur. Lo cierto es que la expansión de los ritos argáricos propios de su etapa de plenitud, invitan a pensar que es a mediados del II milenio, cuando el flujo de contactos entre los diversos círculos peninsulares, adquiere una mayor vitalidad.

Así pues, durante el Argar B existen ya entre la Meseta y el Sureste un volumen de relaciones que se traducen, no sólo en similitudes tipológicas importantes, sino también en la adopción de ritos comunes. Queda por conocer cuál o cuáles son los motores de estas relaciones y si implicaron migraciones de cierto volumen y una circulación intensa de bienes y productos. Se ha hablado del papel desempeñado por las trashumancias de los pastores, de intereses comerciales o de búsqueda de determinadas materias primas, pero es posible que estemos ante una combinación de éstos y de otros factores de interés para ambas partes. Igualmente difícil resulta determinar el mecanismo de las relaciones, pero no parece que el intercambio de productos manufacturados fuera muy intenso, ya que casi todo apunta a que la mayoría de los objetos que componen los equipos materiales de los distintos grupos son de origen local. Por otra parte, cada vez resulta más evidente que estas relaciones no son un fenómeno iniciado en estos momentos sino que hunde sus raíces en etapas previas, como queda perfectamente documentado en el Horizonte Campaniforme, al que ya hemos hecho referencia más arriba.

Tras el horizonte de las cerámicas lisas, en las tierras de la Meseta se asiste al surgimiento del Horizonte Cogotas I que en su primera etapa, ha sido denominado Protocogotas y que se caracteriza por la presencia de cerámicas con decoraciones incisas o impresas creando series repetitivas de zig-zags y motivos de espigas, aunque no faltan los puntillados gruesos y, más excepcionalmente, algunos boquiques que, a veces, adoptan la forma de línea discontinua como si de un ensayo se tratara. La cronología de esta fase hay que situarla, según se desprende de las fechas obtenidas hasta el momento, en torno a los siglos XV- XIII a. C., es decir en sincronía con los últimos momentos de la secuencia argárica, llegando a alcanzar una gran extensión geográfica.

En efecto, cada vez son más los yacimientos conocidos pertenecientes a esta facies, entre ellos hay que destacar el castro de la Plaza de Cogeces del Monte, yacimiento en el que se definió esta primera etapa de Cogotas I (DELIBES, G. y FERNANDEZ MANZANO, J., 1981). Otros hábitats de la Meseta Norte pertenecientes a esta facies, dados a conocer más o menos recientemente, son Zorita de los Molinos (Mingorría, Avila) (GONZALEZ TABLAS, J. y H. LARREN, 1990), La Gravera de Puente Viejo (Avila) (GONZALEZ TABLAS, J., 1984-85), El Cogote (La Torre, Avila) (CABALLERO, J., F. PORRES y A. SALAZAR, 1993), La Venta (Alar del Rey, Palencia) (PEREZ RODRIGUEZ, F.J. y J. Mª FERNANDEZ GIMENEZ, 1993), El Carrizal (Cogeces del Monte, Valladolid) (RODRIGUEZ MARCOS, J. A., 1993), etc.. Algunos otros yacimientos, adscribibles a esta etapa, evidencian una ocupación algo más dilatada ya que, junto a materiales protocogotas, han proporcionado también ajuares característicos de la fase de plenitud de Cogotas I, es el caso de los Tolmos de Caracena (JIMENO, A.,1984 y JIMENO, A y J.J. FERNANDEZ MORENO, 1991). No faltan tampoco los ejemplos de establecimientos de esta facies al sur del Sistema Central como lo demuestran Las Canteras de Zarzalejo (FERNANFEZ VEGA, A., 1980), la Aldehuela (FERNANDEZ OCHOA, C. y RUBIO, I., 1980) o el Caserío de Perales (BLASCO, Mª C. y otros, 1991).

Como es lógico, estos grupos no permanecieron aislados sino que, frente a la idea de hace algunos años de que «la Cultura [de Cogotas I] se mantuvo en esta [primera] etapa sin pasar los pasos del Sistema Ibérico. [Y] tampoco avanzó más allá de los Valles o terrazas de los ríos de la cuenca media del Tajo, pues si hubiera sido así habría colonizado , aunque fuera levemente, los yacimientos de la Cultura de las Motillas que entre 1500 y 1300 estaban en pleno desarrollo «(FERNANDEZ POSSE, Mª D., 1986, p. 481), creemos que mantuvieron los contactos establecidos durante el Horizonte anterior con el área del Sureste así como con otras regiones periféricas y que la ausencia de materiales característicos de esta facies en las Motillas puede ser fruto de una estrategia de ocupación distinta, por lo que los restos de este momento deben de encontrarse en otros lugares de la región manchega.

Una prueba de la expansión y relaciones de los grupos meseteños de la fase Protocogotas nos la ofrece el yacimiento del Cerro de la Encina de Monachil, en cuyo estrato VI del Corte 3, en un ambiente propio del Argar B, apareció un fragmento con espigas incisas (ARRIBAS, A. y otros, 1974, pp. 56, fig. 34, 377 y p. 57), cuyas características son similares a las ornamentaciones de las cerámicas Protocogotas. En el mismo sentido hay que interpretar «las cerámicas decoradas que aparecen en Peñalosa como imitaciones de los estilos típicos de Cogotas» (CONTRERAS, F.,1995, p. 147), ya que se encuentran en contextos fechados en torno a 1400 a. C., lo que nos lleva a considerarlas coetáneas a la fase Protocogotas.

Otro dato que nos permite pensar en la existencia de relaciones entre la Meseta y otras regiones meridionales, como es la cuenca media del Guadalquivir, nos lo ofrece el estrato I del Llanete de los Moros de Montoro donde se ha excavado una fosa con doble inhumación sin apenas ajuar, pero con una gran cantidad de bloques sobre los cuerpos (MARTIN DE LA CRUZ, J.C., 1987, p. 48), todo el conjunto presenta grandes similitudes con las fórmulas funerarias de la fase Protocogotas en la Meseta (BLASCO, Mª C. y otros, 1991), unos paralelos que se ven arropados por los materiales cerámicos ornamentados con abundantes impresiones e incisiones en los labios, muy cercanos a los recipientes comunes protocogotas, aunque estén ausentes las cerámicas finas con decoración de espigas y zig-zags. Asimismo la prueba de contactos entre al Bajo Guadalquivir y la Meseta, durante esta fase , nos la ofrece el yacimiento de La Mesa de Setefilla, en cuyos estratos XV a XII, datados por C14 en 1570 y 1520 a. C., se recuperaron varios fragmentos cerámicos con decoración de zig-zags incisos (AUBET, Mª E. y otros, 1983, pp. 5-77) típicos de las series vasculares finas de la fase Protocogotas.

En estos cuatro yacimientos meridionales a que nos hemos referido (Cerro de La Encina, Peñalosa, Llanete de los Moros y La Mesa de Setefilla), los indicios de contactos con los grupos meseteños de la facies Protocogotas aparecen en un contexto argárico evolucionado que se ajusta bien a las fechas que empiezan a ofrecer los asentamientos Protocogotas del Valle del Duero, como es el caso de Los Tolmos de Caracena (Soria) que ha proporcionado cinco dataciones entre 1430 y 1410 a. C. (JIMENO, A y J.J. FERNANDEZ MORENO, 1991, p. 119) o de «El Cogote» (Avila) del que se han podido datar dos muestras con un resultado de 1380 +35 y 1465 + 40 (CABALLERO, A., F. PORRES y A. SALAZAR, 1993, p. 106), fechas que no se encuentran ya muy alejadas de las obtenidas en La Mesa de Setefilla que, aunque inicialmente se consideraron como excesivamente altas (MARTIN DE LA CRUZ, J. C., 1987, pp. 204-5), empiezan a estar muy cercanas a las de yacimientos protocogotas meseteños, y no sería extraño que pronto empecemos a contar con dataciones dentro del siglo XVI a.C., en alguno de ellos.

Por otra parte, la relación del mundo protocogotiano meseteño con los yacimientos de Peñalosa, Llanete de los Moros y La Mesa de Setefilla, todos ellos con importanmtes evidencias de actividad metalúrgica, quizás no sea un hecho casual y haya que pensar que la metalurgia fuera uno de los factores que pudo avivar estos contactos, sobre todo si tenemos en cuenta que las escasas muestras de metales recuperados en los yacimientos meseteños de esta facies muestran una estrecha vinculación con la metalurgia del círculo argárico.

Aunque la presencia de elementos protocogotas es más evidente en Andalucía que en el resto de las tierras periféricas a las cuencas del Duero y Tajo, parece lógico pensar que, a medida que las investigaciones avancen, se irán documentando nuevos hallazgos en otras regiones de nuestra geografía, al menos, así parece atisbarse en el estrato 6 de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), yacimiento ubicado en la cuenca del río Cabriel (ULREICH, H., Mª A. NEGRETE y E.PUCH, 1994, p. 120) y que podría indicar el camino de conexión entre el Alto Tajo y el Levante, una región en la que, hasta el momento, no hay evidencias claras de contactos durante esta facies.

Por otra parte, visto desde una perspectiva diacrónica no puede extrañarnos la temprana presencia del Horizonte Cogotas I fuera de su área nuclear ya que ello corresponde a la tradición de relaciones establecida entre la periferia y las zonas del interior peninsular desde los inicios de la Prehistoria Reciente, además, no se puede olvidar que la fase Protocogotas es una clara continuación del Bronce Pleno de cerámicas lisas de la Meseta, momento en el que las relaciones con el Sureste pasan por un momento de especial dinamismo. Sin embargo, como en etapas previas, no está claro el mecanismo de estas relaciones y desconocemos si las cerámicas de «estilo protocogotas» halladas fuera de su área nuclear son producto del comercio o, por el contrario, nos encontramos ante piezas de imitación local, posibilidad que parece más probable para la mayoría de los casos, tal como empieza a confirmarlo la analítica para la etapa de plenitud, como luego se verá.

Mucho mejor conocida es la presencia de elementos de la Fase de plenitud de Cogotas I en la mayoría de las tierras periféricas a la Meseta, desde el País Vasco hasta Andalucía y desde Levante y el Valle del Ebro hasta Portugal (DELIBES G., 1983, pp. 88-89), sin embargo esta presencia alcanza una concentración especialmente significativa en el Sureste donde, desde hace ya años, conocemos la existencia de cerámicas de la facies clásica de Cogotas I en niveles superpuestos al desarrollo argárico, como es el caso de La Cuesta del Negro de Purullena (MOLINA, F. y E. PAREJA, 1975) o Fuente Alamo (ARTEAGA, O. y SCHUBART, H., 1980), entre otros muchos. Pero también encontramos estas cerámicas en otros yacimientos del sureste ajenos a la cultura argárica como es el caso del Cabezo Redondo de Villena en Alicante, o de Santa Catalina del Monte, Cerro de Doña Carmen, Las Cabezuelas y La Bastida en Murcia (ROS, Mª M., 1989, p. 65).

A diferencia de la etapa anterior nos encontramos ahora con una mayor cantidad y variedad de cerámicas de ambiente meseteño, esta circunstancia parece indicar que no estamos ante piezas introducidas a través del comercio o de la importación sino más bien fruto de una producción abiertamente asumida por los ceramistas de la región por lo que su existencia habría que justificarla más por el carácter de horizonte panpeninsular que adquiere la fase de plenitud de Cogotas I. Este hecho empieza a estar avalado, en primer lugar, por la personalidad de las decoraciones de las cerámicas de muchos de estos yacimientos, pero sobre todo y más objetivamente, por los resultados de los análisis practicados a algunos fragmentos aparecidos en diversos lugares.

En efecto, la analítica realizada sobre una serie de fragmentos de «estilo Cogotas I» recuperados en el yacimiento zaragozano de Moncín muestra que se trata de productos locales con una forma de elaboración y composición bastante similar a las de las cerámicas comunes no decoradas o a las de «estilo campaniforme» o «Campos de urnas» procedentes del mismo yacimiento, lo que implica que no sólo la materia prima procede del entorno, sino que también la forma de elaboración de estas piezas se inscribe en el marco de una tradición relativamente prolongada (HARRISON, R., G. MORENO y A.J. LEGGE, 1987, pp. 80-83).

Una información similar hemos obtenido a través de la analítica practicada a unas muestras cerámicas procedentes de los yacimientos de Perales del Río (Getafe, Madrid), Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) y Cuesta del Negro (Purullena, Granada)[1] (BLASCO, C., J. G. ARRIBAS y J. C. MARTIN DE LA CRUZ, 1993, pp. 520-525). Los resultados fueron extraídos a través de dos tipos de análisis: por difracción de rayos X y por microscopía de lámina delgada, los cuales evidenciaron una composición y textura de los materiales diferentes en cada yacimiento.

Concretamente se constató que los componentes principales de los fragmentos de Perales del Río eran cuarzo y feldespatos con pequeñas cantidades de biotita, moscovita

(1) Agradecemos al Dr. Fernando Molina el habernos proporcionado las muestras de Purullena para contrastar su analítica con materiales de otras regiones.

y fragmentos de roca cuarcitica, a los que se añaden granos de plagioclasas de forma redondeada. En Montoro los componentes principales son los mismos: cuarzos y feldespatos, pero el tamaño y la distribución del feldespato es diferente al de los ejemplares de Perales, y además contienen fragmentos de rocas y calcitas no presentes en Perales, algunas de las cuales son de clara procedencia local. Especialmente significativa es la presencia en las cerámicas de Purullena de fragmentos de rocas metamórficas procedentes del entorno ya que el yacimiento está situado sobre una formación del Plioceno con arenas y conglomerados de la formación Guadix, caracterizada por una cierta abundancia de granos de rocas metamórficas en sus arenas (BLASCO, Mª C., ARRIBAS, J.G. y MARTIN DE LA CRUZ, J.C., 1993).

La evidencia de que la mayoría de las cerámicas Cogotas I localizadas fuera de su «área nuclear» son de origen local, viene a reafirmar que la intensidad de los contactos llegó a ser mayor de lo que se creía en un principio ya que no son productos exóticos, fruto de un comercio más o menos activo, o de la presencia esporádica de grupos de gentes desplazadas hasta allí, sino más bien consecuencia de una estética y una técnica plenamente asumidas y dominadas que han pasado a formar parte de la cultura material y, en consecuencia, de la actividad industrial propia de estos grupos de la periferia, los °cuales la incorporan a su producción prácticamente desde los primeros momentos, aunque todo parece indicar que abandonan esta estética antes que los grupos de las cuencas del Duero y del Tajo.

Indudablemente, las relaciones de las gentes de la Meseta con la periferia peninsular, durante la Edad del Bronce, tienen muchos matices y direcciones imposibles de analizar en una visión general, pero resulta evidente que los grupos del interior no quedaron ajenos a los grandes estímulos comerciales, ni a las novedades técnicas que se iban produciendo. Sin embargo, estos contactos no impidieron que sus modos de vida, las características de su arquitectura, el emplazamiento de sus asentamientos y el tamaño de sus núcleos poblacionales se mantuvieran sin cambios sustanciales a lo largo de toda la Edad del Bronce, al menos en torno a las grandes cuencas fluviales donde no parecen haberse producirse crisis importantes que obligaran a cambios sustanciales en los modelos sociales y económicos.

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO BASCH, M., 1960: «Hallazgos arqueológicos en Villaverde». *Memorias de los Museos Arqueológicos, XVI a XVIII.* Madrid, p. 5-29.

ARRIBAS, A. y otros 1974: *Excavaciones en el Poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina». Monachil (Granada). (El corte estratigráfico nº 3).* E.A.E., 81. Madrid.

ARTEAGA, O. y H. SCHUBART, 1980: «Fuente Alamo. Excavaciones de 1977». *NAH, 9.* Madrid, pp. 245-292.

AUBET, Mª E., y otros, 1983: *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979.* EAE, 122. Madrid.

AYALA, Mª M., 1991: *El poblamiento argárico en Lorca. Estado de la cuestión.* Murcia.

BLASCO, Mª C. y otros, 1991: «Enterramientos del Horizonte Protocogotas en el Valle del Manzanares». *CuPAUAM, 18.* Madrid, pp. 55-112.

BLASCO, Mª C, J. G. ARRIBAS y J.C. MARTIN DE LA CRUZ, 1993: «Mineralogical and textural analysis of late Bronze Age sherds». *European Ceramic Society third Conference.* Madrid, pp. 520-25.

CABALLERO, J., F. PORRES y A. SALAZAR, 1993: «El campo de fosas de «El Cogote» (La Torre, Avila)». *Numantia, 4.* Valladolid, pp. 93-110.

CONTRERAS, F., 1995: «Peñalosa. Un proyecto de investigación de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir». *Trabalhos de Antropologia e Etnología, vol. 35 (1).* Porto, pp. 143-157.

DELIBES, G., 1971: «Una necrópolis de inhumación individual de la Edad del Bronce en Villalmanzo (Burgos)». *BSAA, XXXVII.* Valladolid, pp. 407-416.

DELIBES, G., 1983: «Grup cultural Las Cogotas I: una visió crítica». *Tribuna d'Arqueología. 1982-1983.* Barcelona, pp. 85-92.

DELIBES, G., 1993: «Sal y jefaturas: Una reflexión sobre el yacimiento del Bronce Antiguo de Santioste, en Villafáfila (Zamora)». *Rrigecio, nº 3,* Benavente, pp. 33-46.

DELIBES, G. y J. FERNANDEZ MANZANO, 1981: «El Castro Proto- histórico de «La Plaza» en Cogeces del Monte (Valladolid) *BSAA XLVII.* Valladolid pp. 65 y ss.

DELIBES, G. y J. del VAL RECIO, 1990: «Prehistoria reciente zamorana: del Megalitismo al Bronce». *Actas del I Congreso de Historia de Zamora, II. Prehistoria y mundo antiguo.* Zamora, pp. 53-100.

FERNANDEZ OCHOA, C. e I.RUBIO, 1980: «Materiales arqueológicos del Bajo Manzanares (término de La Aldehuela, Madrid)». *Rev. de Bibl. Archivos y Museos del Ayuntamiento de Madrid, 6.*, pp.49-88.

FERNÁNDEZ POSSE, Mª D.: «La Cultura de Cogotas I». *Homenaje a Luis Siret (1934-1984).* Madrid, pp. 475-485.

FERNANDEZ VEGA, A., 1980: «Canteras de Zarzalejo (Madrid)». *N.A.H., 10.* Madrid, pp. 41-64.

GIL PULIDO, J.I. y otros, 1988: «Excavaciones en el yacimiento del Bronce Medio del Cerro del Obispo, Castillo de Bayuela (Toledo). *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, vol. III.* Ciudad Real, pp. 93-100.

GONZALEZ TABLAS, J., 1984-85: «Proto-Cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de «Puente Viejo» (Avila)». *Zephyrus XXXVII-XXXVIII.* Salamanca, pp. 267-276.

GONZALEZ TABLAS, J. y H. LARREN, 1990: «Un yacimiento del Bronce Medio en Zorita de los Molinos (Mingorría, Avila)». *Cuadernos abulenses, 6.* Avila, pp. 61-80.

HARRISON, R., G. MORENO y A. J. LEGGE, 1987: «Moncín: Poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I)». *NAH, nº 29.*, Madrid pp. 7-102.

HERNANDEZ PEREZ, M., J.L. SIMON y J.A. LOPEZ MIRA, 1992: *Agua y poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete).* Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha. Toledo.

JIMENO, A., 1984: *Los Tolmos de Caracena (Soria).* EAE, 134, Madrid.

JIMENO, A. y J. J. FERNANDEZ MORENO, 1991: *Los Tolmos de Caracena (Soria). Campañas 1981 y 1982). Aportación al Bronce Medio de la Meseta.* EAE, 161. Madrid.

JIMENO, A. J. J. FERNANDEZ y Mª L. REVILLA, 1988: «Asentamientos de la Edad del Bronce en la provincia de Soria. Consideraciones sobre los contextos culturales del Bronce Antiguo». *NAH. nº 30.* Madrid, pp. 83-118.

MARTIN DE LA CRUZ, J.C., 1987: *El Llanete de Los Moros. Montoro, Córdoba.* EAE, 151. Madrid.

MARTIN MORALES, C., 1983: «Las fechas del Quintanar (Munera, Albacete) y la cronología absoluta de la Meseta Sur». *Homenaje al Prof. Martín Almagro Basch, vol II.* Madrid, pp. 23-35.

MENENDEZ ROBLES, M.L. y otros, 1988: «Tipología del material procedente de la necrópolis del Bronce Medio del Cerro de el Obispo, Castillo de Bayuela (Toledo)». *Actas del I Congreso de Historia de Castilla-La Mancha, vol. III.* Ciudad Real, pp. 101-111.

MOLINA, F. y E. PAREJA, 1975: *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada). Camapaña de 1971.* EAE, 86, Madrid.

MUÑOZ, Ana Mª, 1982: «La Edad del Bronce en el Sureste de España». *XVI Congreso Nacional de Arqueología. Programa y ponencias.* Murcia, pp. 11-27.

NAJERA, T., 1984: *La Edad del Bronce en La Mancha occidental.* Tesis doctorales de la Universidad de Granada, 458.

NIETO, G. y J. SANCHEZ MESEGUER, 1980: *El Cerro de La Encantada. Granátula de Calatrava (Ciudad Real).* EAE 113. Madrid.

PEREZ RODRIGUEZ, J.F. y J. Mª FERNANDEZ GIMÉNEZ, 1993: «Sobre la cocción de cerámica durante la Edad del Bronce. El yacimiento de «La Venta» (Alar del rey, Palencia)». *Numantia,4,* Valladolid, pp. 27-40.

RODRIGUEZ MARCOS, J. A., 1993: «El Carrizal» (Cogeces del Monte, Valladolid): un nuevo yacimiento de facies Proto/Cogotas I». *Numantia, 4.* Valladolid, pp. 61-74.

ROS Mª M., 1989: *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro antiguo en el Valle del Guadalentín.* Murcia.

SANCHEZ MESEGUER, J., 1994: «El Cerro de la Encantada y el Bronce Pleno en La Mancha».En *Arqueología en Ciudad Real.* Patrimonio Histórico-Arqueología Castilla-La Mancha, Toledo, pp. 69-86.

ULREICH, H., Mª A. NEGRETE y E. PUCH, 1994: «Cerámica decorada de Hoyas del Castillo (Pajaroncillo, Cuenca), Corte 4». *BSAA, LX,* pp. 105-137.

VALIENTE MALLA J., 1987: *La Loma del Lomo (Cogolludo Guadalajara) I.* EAE, 152. Madrid.

VALIENTE MALLA, J., 1992: *La Loma del Lomo II, Cogolludo (Guadalajara).* Patrimonio Histórico. Arqueología. Castilla-La Mancha. Toledo.

VIÑÉ, A. y otros, 1991: ««Nuevos datos acerca del yacimiento de Santioste, Otero de Sariegos». *Anuario 1991.* Inst. de Estudios Zamoranos Florián Ocampo. Zamora, pp. 175-191.

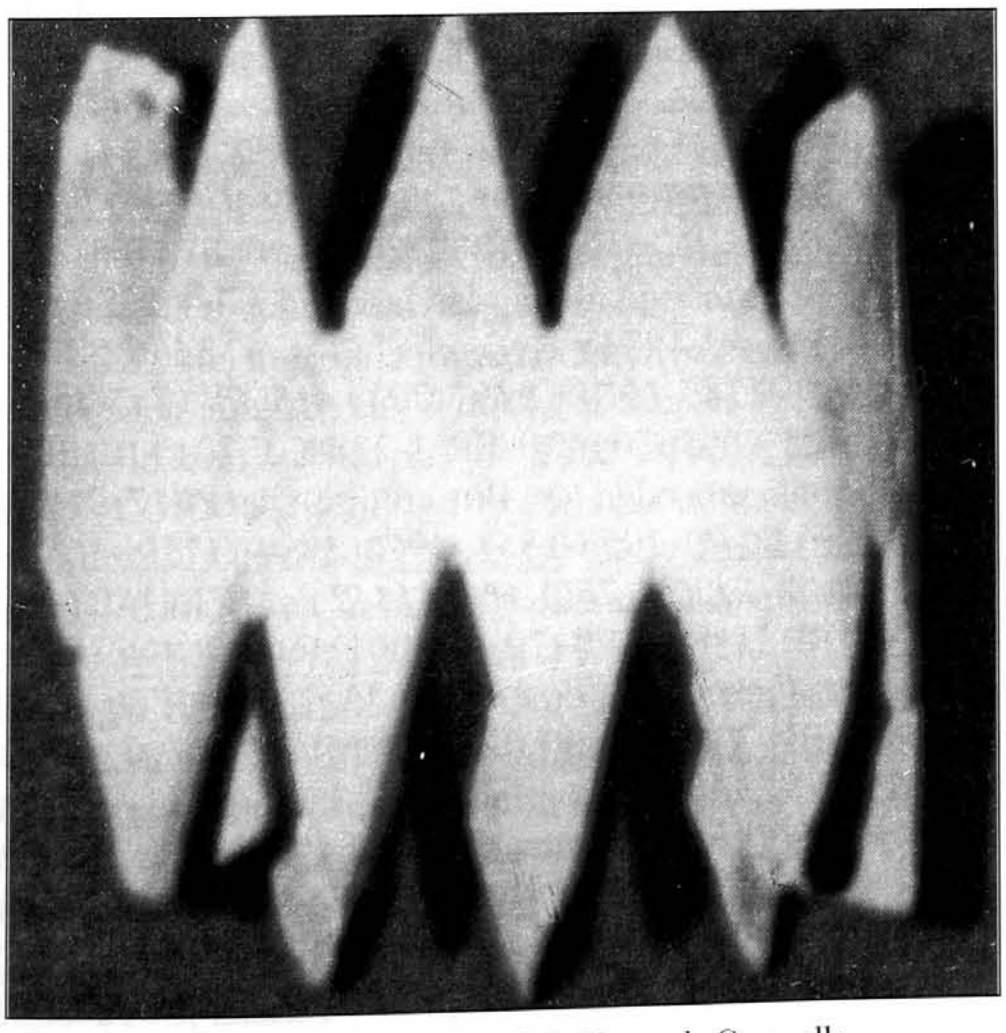
VERDOLAY Nº 6 / MURCIA Págs. 117 - 125

EL SURESTE, MICENAS Y WESSEX: LA CUESTION DE ADORNOS OSEOS DE VARA Y PUÑO

Michael J. Walker, F.S.A.
AREA DE ANTROPOLOGIA FISICA, FACULTAD DE BIOLOGIA
UNIVERSIDAD DE MURCIA

INTRODUCCION

La situación del Sureste español en el contexto de la Prehistoria europea ha sido un constante en la obra de la Profª. Drª. Dª. Ana María Muñoz Amilibia. Este interés fundamental e ineludible nos impulsa hacia la consideración de los tres yacimientos europeos que han proporcionado anillos óseos de forma dentada, considerados como adornos de mango de varas o bastones de mando, o «cetros», del segundo milenio, que son la tumba *iota* del círculo *B* de Micenas, el túmulo del Bush Barrow de la cultura de Wessex y una cista de enterramiento en la Isleta de la Torre de Campello. El ejemplo alicantino (fig. 1; lám. 1), expuesto



Lám. 1. El adorno óseo de la Isleta de la Torre de Campello
(Foto: M. J. Walker)

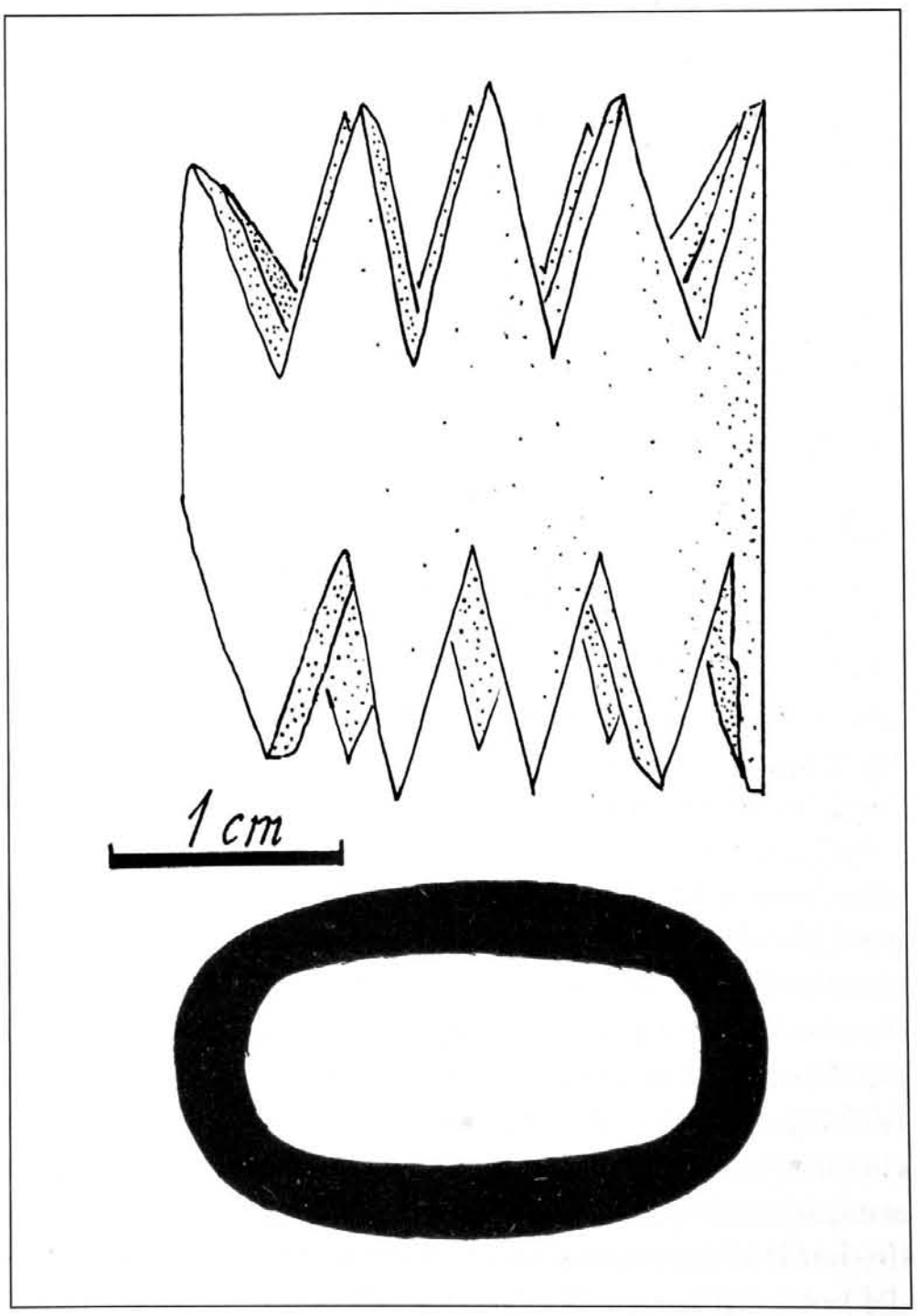


Fig. 1. El adorno óseo de la Isleta de la Torre de Campello
(M. J. Walker)

hace ya 25 años en el Museo Provincial del Palacio de la Diputación de Alicante, estaba acompañado por un esqueleto acuclillado, un puñal metálico, sin nervio longitudinal, cuyo talón trapezoidal ofrece tres perforaciones en línea

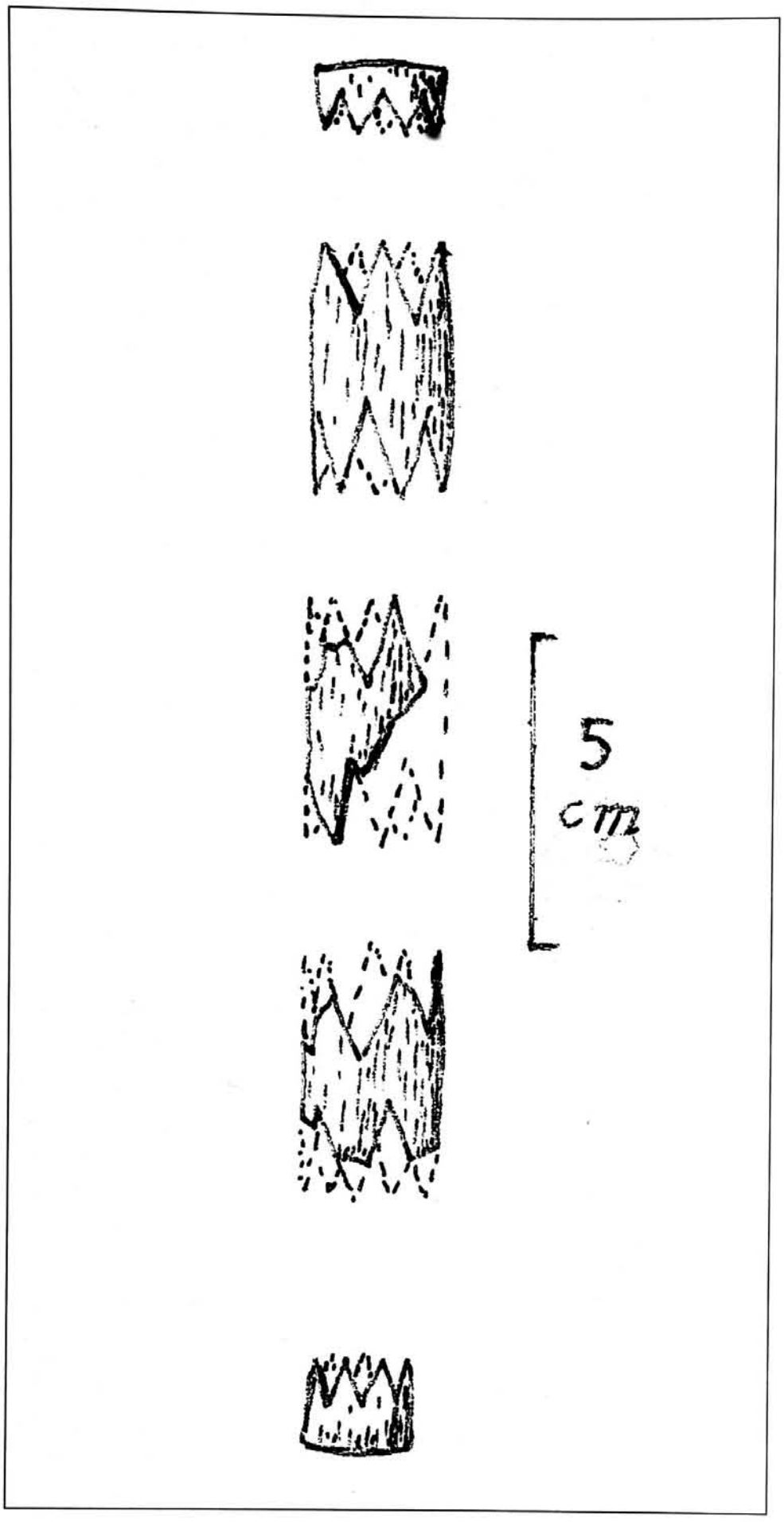


Fig. 2. Los adornos del «cetro» del Bush Barrow (según Megaw y Simpson, 1979).

para los remaches, un punzón metálico y un cuenco cerámico hemiesférico, hecho a mano sin decoración. Otro enterramiento cercano ofreció dos esqueletos, un cuenco sin decoración y un puñal metálico con talón semicircular con cinco perforaciones en forma de arco. El Dr. D. Enrique Llobregat Conesa me comentó que los enterramientos se encontraban próximos a los cimientos del poblado ibérico aunque con separación estratigráfica, y a cierta distancia de donde trabajos anteriores habían registrado hallazgos del bronce (Figueras-Pacheco, 1934, 1950). La pieza ósea de Campello es similar a tres adornos de mango de «cetro» del Bush Barrow inglés (fig. 2) que ofrecen denticulaciones superiores e inferiores, aunque la pieza alicantina ofrece un número mayor de aquéllas además de la forma ovalada en vez de circular, quizás porque adornase un mango de puñal. Los adornos de vara del Bush Barrow están «*exactamente duplicados*» en la tumba *iota* del círculo *B* (Piggott, 1938) cuya cerámica del Heládico Medio implica una fecha de *1600 a.C.* (Piggott, 1965: 134) o entre «*1650 y 1550 a.C.*» (Megaw y Simpson, 1979: 226-229). Es interesante recordar que la tumba *omicron* de Micenas ofrece cuentas de collar cuyos hilos atravesaban separadores de ámbar, que recuerdan los de Upton Lovell y otros yacimientos del Wessex (cf. Burgess, 1980: 108). ¿Podrían haber sido también importados desde el Oeste los adornos óseos de vara de la tumba *iota*? ¿Podrían ser, así, de elaboración *anterior* a la antigüedad de la tumba que, tal vez, recibiría un cetro apreciado y guardado en Micenas durante varias generaciones? La conjetura más sencilla es que los adornos encontrados en los tres yacimientos fueron elaborados en España sobre *2000-1900 a.C.*.

En un artículo que tuvo repercursión singular para la interpretación del bronce inglés, Renfrew (1968) indicó que incluso si el círculo *B* corresponde a *1650 a.C.*, esto «*probablemente no es suficientemente antiguo para Wessex*». La calibración reciente del registro del C^{14} le ha dado la razón, en parte, porque demuestra que el fenómeno de la cultura material de Wessex comenzó varios siglos *antes* aunque, eso sí, perdurase hasta algunos siglos *después*. He podido calibrar el registro con el programa *CALIB3.0.3* según la revisión de 1994 que me fue enviada por la gentileza del propio autor, el profesor estadounidense Dr. Minze Stuiver del *Department of Geological Sciences and Quaternary Research Centre* de la *University of Washington* de Seattle (revisión desarrollada sobre la base publicada por Stuiver y Reimer, 1993; Minze y Becker, 1993; Minze y Pearson, 1993). Las fechas absolutas más probables se ofrecen aquí entre las paréntesis que se sitúan entre los límites de ±1 y ±2 desviaciones estándar, respectivamente. Hoy por hoy, las fechas «*cal BC*» aportan la mejor aproximación científica a fechas absolutas *a.C.*. Para limitar la bibliografía, las fuentes bibliográficas se restringen a aquellas fechas cuyos datos se encuentran contrastados o incompletos por faltar la desviación estándar o el número identificativo de laboratorio.

El ajuar del Bush Barrow ha sido comparado (Burgess, 1980: 106) con el conjunto de Amesbury *39* cuyas fechas de ***2200***-*2128*-*(1960)*-*1789*-***1739*** y ***2289***-*2198*-*(2140)*-*2035*-***1970*** *cal BC* (HAR-1237 3620±90 BP, BM-287 3738±55 BP) corresponden a las fases iniciales de Stonehenge (Burgess, 1974) cuyas fechas son ***2466***-*2276*-*(2030,1990)*-*1785*-***1674*** y ***2197***-*2034*-*(1890)*-*1745*-***1625*** *cal BC* (BM-46 3670±150 BP, I-2384 3570±110 BP). Otras fechas proceden de Buttercump de ***2317***-*2193*-*(2120,2080,2040)*-*1953*-***1881***, ***1973***-*1884*-*(1750)*-*1680*-***1529*** y ***2132***-*1926*-*(1750)*-*1612*-***1442*** *cal BC* (HAR-490 3700±80 BP, HAR-491 3470±80 BP, HAR-488 3460±130 BP) y Earls Farm Down de ***2190***-*2035*-*(1930)*-*1776*-***1686*** *cal BC* (NPL-75 3590±90 BP). Si *2150-1700 a.C.* fue el periodo de la cultura material de Wessex, su fase reciente de *1700-1300 a.C.* es apoyada por las fechas de Stonehenge de ***1683***-*1526*-*(1440)*-*1322*-***1204*** *cal BC* (I-2445 1240±105 BP), Edmonsham de ***1420***-*1398*-*(1375, 1348,1316)*-*1263*-***1168*** y ***1918***-*1878*-*(1750)*-*1691*-***1674*** *cal BC* (BM-708 3069±45 BP, BM-709 3477±52 BP), Great Hove de ***1523***-*1512*-*(1435)*-*1410*-***1326*** *cal BC* (BM-

682 3189±46 BP), Earls Barton de ***1621***-*1522*-*(1500, 1480,1450)*-*1414*-***1322*** y ***1521***-*1501*-*(1420)*-*1399*-***1314*** *cal BC* (BM-681 3214±64 BP, BM-682 3169±51BP), y el pozo de Wilsford de ***1872***-*1733*-*(1610)*-*1513*-***1414*** *cal BC* (NPL-74, 3330±90 BP). Hoy en día, la cultura material de Wessex parece solapada no sólo en su comienzo con la cerámica campaniforme británica, sino con la aparición de las «urnas de collar» sobre *1750 a.C.* que se dan en Snail Down en ***1965***-*1884*-*(1760)*-*1686*-***1618*** *cal BC* (OxA-4179 3480±70 BP) e incluso en Dorchester-on-Thames ya en ***2461***-*2276*- *(2110,2090,2040)*- *1887*-***1699*** *cal BC* (BM-2167R 3690±130 BP), además de hacer acto de presencia en conjuntos tan emblemáticos del Wessex como es aquél de Manton Barrow, aunque quizás llegasen a abundar en época tardía. Por otra parte, se puede contrastar la hipótesis tradicional de la contemporaneidad instantánea entre los enterramientos de Bush Barrow, Manton Barrow y Amesbury *39*, o de la deposición de los elementos del ajuar en cada uno: por ejemplo, las fechas de Amesbury se separan de las de *1600-1500 a.C.* por la dendrocronología de la Mozartstrasse de Zurich cuya cuenta esférica de ámbar envuelta en oro es probablemente de origen inglés por la similitud de las cuentas esféricas de pizarra con envoltura áurea de Manton y Wilsford *G7* (cf. Barfield, 1991).

La fase antigua de Wessex es contemporánea con la presencia en en Sureste español de los puñales con perforaciones para 3 remaches en línea, como aquél encontrado en la cista con el adorno óseo de vara o puño de la Isleta de la Torre de Campello en Alicante. Igual a cistas en sí, tales puñales estuvieron presentes en la fase *A* de la cultura material argárico en Murcia y Andalucía oriental aunque perdurasen hasta la *B* (Blance, 1965: 350 y 1971; Lull, 1983: 177; Ruiz-Gálvez, 1977). Lull arguye que este tipo de puñal podría ser el más antiguo de los 6 tipos admitidos por Blance.

La fase *A* del fenómeno de la cultura material argárica corresponde a la última de las siete fechas –6 corresponden a la fase campaniforme anterior– del Cerro de la Virgen de Orce (Granada) que es de ***2287***-*2197*-*(2140)*-*2034*-***1962*** *cal BC* (GrN-5594 3735±55 BP). Esta fecha es 500 años *antes* de la edad generalmente asignada al círculo *B* micénico. Andalucía oriental y Murcia ofrecen bastantes fechas que atestiguan que el fenómeno argárico había comenzado antes de *2000 a. C.*: El Rincón de los Almendricos de Lorca (Murcia) de ***2392***-*2193*-*(2030)*-*1910*-***1755*** (UGRA-146 3680±100 BP); La Ceñuela de Mazarrón de ***2871***-*2850*-*(2570,2510)*-*2468*-***2404*** (CSIC-140 4050±70 BP); la Cueva del Calor de Cehegín de ***2200***-*2134*-*(2030,2000,1990)*-*1924*-***1784*** *cal BC* (SUA-2832 3660±70 BP: Martínez y San Nicolás, 1993); El Argar de Antas (Almería) de ***2195***-*2132*-*(2020,2000, 1980)*-*1924*-***1787*** (OxA-4965 3655±65 BP); Herrerías de Cuevas de Almanzora (Almería) de ***2273***-*2137*-*(2030,1990)*-*1935*-***1789*** *cal BC* (CSIC-248 3670±70 BP); Fuente Álamo de Cuevas de Almanzora (Almería) de ***2859***-*2577*-*(2470)*-*2337*-***2196***, ***2563***-*2466*-*(2450,2420, 2410)*-*2288*-***2196***, ***2281***-*2179*-*(2110,2090,2040)*-*1953*-***1884*** y ***2277***-*2140*-*(2030)*-*1943*-***1881*** *cal BC* (FA-1372 3970±90 BP, FA-1382 3910±60 BP, FA-775 3690±70 BP, FA-643 3680±70 BP); Gatas de Turre (Almería) de ***2458***-*2393*-*(2280, 2220, 2210)*-*2145*-***2046***, ***2395***-*2281*-*(2190, 2160,2150)*-*2048*-***1948***, ***2277***-*2173*-*(2110,2090,2040)*-*1968*-***1887*** y ***2198***-*2134*-*(2030,1990)*-*1935*-***1826*** *cal BC* (OxA-4962 3825±55 BP, OxA-4963 3775±55 BP, OxA-4961 3690± 65 BP, OxA-4473 3665±65 BP); Las Peñas de los Gitanos de Montefrío (Granada) de ***2453***-*2391*-*(2285)*-*2201*-***2144*** *cal BC* (GrN-7287 3840±35 BP); y el Cerro de la Mora de Moraleda (Granada) de ***2397***-*2200*-*(2130,2080,2040)*-*1943*-***1789*** y ***2329***-*2193*-*(2110, 2090, 2040)*-*1935*-***1780*** *cal BC* (UGRA-262 3710±90 BP, UGRA-217 3690±90 BP).

Para el periodo después de *2000 a.C.* las fechas abundan, especialmente fechas superiores a *1600-1500 a.C.*. De Murcia proceden las siguientes: Cabecico de las Cruces de Cieza de ***2032***-*1936*-*(1880,1830,1790)*-*1745*-***1679*** *cal BC* (SUA-1477 3530±70 BP); La Bastida de Totana de ***2454***-*2137*-*(1890)*-*1677*-***1442*** *cal BC* (SUA-1180A 3560±180 BP); Rincón de los Almendricos de Lorca de ***2135***-*1972*-*(1880,1830,1790)*-*1699*-***1612*** *cal BC* (I-? 3530 BP: Ayala, 1986: 336 «W.O.3-6363-072»); Cabezo Negro de Mazarrón de ***2135***-*1972*-*(1880, 1830, 1790)*-*1699*-***1612*** *cal BC* (I-? 3530 BP: Lull, 1983: 302); La Ceñuela de Mazarrón de ***2135***-*2026*-*(1930)*-*1785*-***1742*** *cal BC* (CSIC-141 3590±70 BP); Cabezo de Ifre de Mazarrón de ***2190***-*2112*-*(1940)*-*1789*-***1742*** *cal BC* (OxA-5049 3610±80 BP); y Zapata de Mazarrón de ***1889***-*1872*-*(1740)*-*1683*-***1621*** *cal BC* (OxA-5048 3455±55 BP). En Almería destacan las siguientes: El Argar de Antas de ***1916***-*1875*-*(1750)*-*1683*-***1617*** y ***1865***-*1738*-*(1680)*-*1531*-***1516*** *cal BC* (OxA-4966 3460±60 BP, OxA-4967 3375±60 BP); El Oficio de Cuevas de Almanzora de ***2175***-*2116*-*(1970)*-*1899*-***1782***, ***1973***-*1914*-*(1878,1833,1825, 1791, 1790)*-*1755*-***41696*** y ***1883***-*1750*-*(1680)*-*1615*-***1518*** *cal BC* (OxA-4970 3635±60 BP, OxA-4968-3530±50 BP, OxA-4969 3405±70 BP); Fuente Álamo de Cuevas de Almanzora de ***2136***-*2036*-*(1975)*-*1916*-***1826***, ***2115***-*2019*-*(1944)*-*1789*-***1745***, ***2130***-*2026*-*(1944)*-*1887*-***1780***, ***2137***-*2031*-*(1940)*-*1789*-***1745***, ***2113***-*1973*-*(1890)*-*1780*-***1742***, ***2033***-*1944*-*(1880)*-*1756*-***1687***, ***1930***-*1884*-*(1872, 1840,1811,1808,1781)*-*1748*-***1695***, ***1967***-*1887*-*(1870, 1840,1780)*-*1739*-***1676***, ***2035***-*1926*-*(1870,1840,1780)*-*1686*-***1538***, ***2031***-*1913*-*(1860,1850, 1770)*-*1683*-***1529***, ***1929***-*1878*-*(1750)*-*1686*-***1624***, ***1883***-*1859*-*(1740,1710)*-*1676*-***1543***, ***1873***-*1748*-*(1737,1714, 1701)*-*1679*-***1623***, ***1936***-*1872*-*(1730,1720,1690)*-*1612*-***1513***, ***1873***-*1742*-*(1680)*-*1612*-***1519***, ***1870***-*1739*-*(1680)*- *1538*-***1517***, ***1743***-*1683*-*(1625)*-*1527*-***1515***, ***1742***-*1674*-*(1520)*-*1450*-***1404*** *cal BC* (OxA-4973 3635±50 BP, FA-1226 3610±40 BP, OxA-4971 3610±50 BP, FA-655 3600±70 BP, FA-744 3570±60 BP, OxA-4972 3545±65 BP, FA-137 3510±40 BP, FA-208 3500±60 BP, FA-229 3500±90 BP, FA-147 3490±90 BP, FA-228 3470±60 BP, OxA-5047 3435±55 BP, FA-1292 3430±40 BP, FA-138 3420±90 BP, FA-179 3390±60 BP, FA-603 3380±60 BP, FA-757 3350±50 BP, FA-599 3290±80 BP); Gatas de Turre de ***2140***-*2112*-*(1970)*-*1890*-*1780*, ***2122***-*1975*-*(1890)*-*1778*-***1739***, ***2035***-*1961*-*(1890)*-*1776*-***1739***, *2020*- ***1927***-*(1880,1830,1790)*-*1748*-***1685***, ***2035***-*1936*-*(1880, 1840,1820,1800,1790)*-

*1739-**1633**, **2179**-2011-(1880, 1840,1820,1800,1790)-1683-**1522**, **1945**-1884-(1860, 1850,1770)-1699-**1673**, **2035**-1893-(1750)-1625-**1513**, **1870**-1739-(1680)-1538-**1517**, **1752**-1732-(1630)-1526- **1511**, **1737**-1674-(1600,1570,1530)-1515-**1434**, **1734**-1671-(1530)-1513-**1428**, **1685**-1623-(1520)-1467-**1420**, **1677**-1606-(1520)-1442-**1408**, **1680**-1606-(1520)-1429- **1395**, **1680**-1606-(1520)-1429-**1395*** y ***1674**-1589-(1510)-cal AD 1955-**1324** cal BC* (OxA-3970 3630±60 BP, OxA-4475 3570±65 BP, OxA-3965 3560±60 BP, OxA-3969 3530±60 BP, OxA-4472 3520±80 BP, OxA-4476 3520±120 BP, OxA-3968 3490±60 BP, OxA-4474 3460±110 BP, OxA-3967 3380±60 BP, OxA-3961 3355±60 BP, OxA-3963 3310±60 BP, OxA-3966 3300±60 BP, OxA-3964 3285±60 BP, OxA-3962 3260±60 BP, OxA-2854 3250±70 BP, OxA-2856 3250±70 BP, OxA-2855 3230±70 BP); El Picacho de Oria de ***1941**-1881-(1750)-1686-**1621**, **2140**-1936-(1740)-1527-**1414**, **1876**- 1744-(1680)-1546-**1517*** y ***1973**-1872-(1680)-1520-**1414** cal BC* (OxA-5051 3475±65 BP, CSIC-156 3450±150 BP, OxA-5050 3390±65 BP, CSIC-157 3390±120 BP); hasta el paso del argárico hacia el bronce reciente en Querénima de Turre sobre ***1613**-1519-(1440)-1407-**1315** cal BC* (OxA-5028 3200±65 BP). En Granada hay fechas similares de Cuesta del Negro de Purullena de ***2115**-2023-(1957)-1915-**1883**, **1523**-1511-(1429)-1404-**1319**, **1512**-1440-(1419)-1402-**1323**, **1493**-1425-(1407)-1328- **1312*** y ***1423**-1406-(1389,1334,1327)-1311-**1262** cal BC* (GrN-7286 3620±35 BP[1], BM-2542 3180±50 BP, GrN-7285 3160±35 BP, GrN-7285 3135±35 BP, (?) 3095±35 BP); Cerro de la Encina de Monachil de ***2127**-2030-(1970)-1915-**1882**, **2393**-2140-(1960)-1772-**1634**, **2281**-2112-(1880)-1686-**1520**, **2137**-1972-(1880, 1840, 1820,1800,1790)-1686-**1527**, **2026**-1872-(1670,1660, 1640)-1450-**1312**, **1884**-1742-(1630)-1515-**1414*** y ***1894**-1736-(1520)-1414-**1226** cal BC* (GrN-6634 3625±40 BP, UGRA-15 3620±120 BP, UGRA-16 3550±140 BP, Ly-2657 3520±110 BP, UGRA-116 3360±150 BP, Ly-2656 3350±100 BP, UGRA-14 3290±140 BP); Terrera del Reloj de Dehesas de Guadix de ***2031**-1973-(1932)-1887-**1786**, **1929**-1881-(1859,1847,1772)-1739-**1679*** y ***1882**-1860-(1740)-1679-**1617** cal BC* (BM-2354 3595±35 BP, BM-2543 3490±50 BP, BM-2354 3440±50 BP); y Cerro de la Mora de Moraleda (cuyas fechas extienden hasta el bronce final, entre ellas 3 del primer milenio excluidas aquí) de ***1878**-1680-(1520)-1396-**1139**, **1515**-1409-(1260)-1116-**926**, **1424**-1381-(1250,1240,1210)-1044-**926**, **1392**-1259-(1120)-943-**847*** y ***1265**-1125-(1000)-901-**813** cal BC* (UGRA-92 3250±140 BP[2], UGRA-143 3030±110 BP, UGRA-263 2990±90 BP, UGRA-218 2920±90 BP, UGRA-264 2850±90 BP).

¿Qué consecuencias deben ser extraídas de la cronología del bronce para el enterramiento de Campello? Materiales de afinidad argárica indiscutible proceden tanto de la Vega Baja alicantina del Segura como del alto Vinalopó en el Cabezo Redondo de Villena, asignado al bronce valenciano, que tiene fechas de ***2033**-1962-(1890)-1780-**1743*** y ***1737**-1675-(1610,1560,1540)-1519-**1449** cal BC* (H-2277/1694 3565±55 BP[3], GrN-5109 3320±55 BP). La segunda fecha solapa con las fechas del cercano yacimiento murciano del Cerro de la Campaña de Yecla de ***1734**-1674-(1605,1557,1541)-1520-**1459**, **1731**-1671-(1597, 1568,1529)-1517-**1449**, **1731**-1671-(1597,1568, 1529)-1517-**1449*** y ***1683**-1626-(1527)-1515-**1441** cal BC* (CSIC-450 3320±50 BP, CSIC-445 3310±50 BP, CSIC-446 3310±50 BP, CSIC-448 3300±50 BP) que tampoco ofrece las características de un yacimiento argárico típico. También en Villena el yacimiento de Terlinques ofrece una fecha temprana de ***2461**-2333-(2200)-2050-**1980** cal BC* (I-? 3800±75 BP: Aparicio, 1976: 78-79 o 3800±115 BP, ibid.: 123). Otro yacimiento del bronce valenciano en el valle del Vinalopó es Catí Foradá de Petrel que ofrece la fecha de ***2200**-2018-(1870,1840,1780)-1625-**1442** cal BC* (Birm-199 3500±50 BP). De la Serra Grossa de Alicante procede otra fecha temprana de ***2555**-2453-(2270, 2240, 2210)-2046-**1946** cal BC* (Bln-947 3815±100 BP). Otra fecha del bronce valenciano viene del Pic dels Corbs de Sagunto en Valencia de ***2135**-1973-(1880,1830,1790)-1701-**1612** cal BC* (Q-? 3531±100 BP: Schubart y Pascual, 1965; Alonso et al., 1978[4]). Las fechas apoyan las inferencias del arranque del bronce valenciano sobre *2000 a.C.* y de su desarrollo posterior, en paralelo cronológico con el fenómeno de la cultura material argárica. Semejante evolución corresponde cronológicamente con la de la cultura material de Wessex también. Tanto en el Sureste como en Wessex, el bronce antiguo comenzó *mucho* antes de *1600 a.C.* –incluso antes de *2000 a.C.*–.

En ambos países, las mismísimas fechas ponen de relieve la larga perduración de diversos yacimientos, hecho por otra parte nada sorprendente y, además, coherente con ciertas apreciaciones arqueológicas. Es obvio que una perduración tardía no implica una atribución única y necesariamente tardía para *todo* un yacimiento. Poca duda cabe de que algunos hallazgos procedentes de las excavaciones en la Isleta de la Torre de Campello publicados por Figueras-Pacheco pertenezcan a la transición del segundo al primer milenio. Ejemplos podrían ser un fragmento de cerámica decorada con arcos subsemicirculares concéntricos y un cuenco esférico decorado con una zona de triángulos conformados por impresiones puntilladas. La colección del Museo Provincial de Alicante guarda un fragmento decorado con un zigzag de puntillados y otro con triángulos rellenos de puntillados y un círculo puntillado. Estos motivos cerámicos ofrecen una trayectoria desde el eneolítico (calcolítico) de Thermi y Malta –en Malta se denomina «cerámica de tipo Thermi»–. Un notable ejemplo español es el vaso decorado de zigzag rellenado con impresiones puntilladas además de motivos de animales y «*oculus*» procedente de la tumba *XXI* de Los Millares (Almagro y Arri-

(1) Publicado también como 3625±35 BP (Arribas, 1976: 155) correspondiente a ***2119**-2027-(1970)-1922-**1885** cal BC* y como 3595±35 BP (Chapman, 1990: 52) correspondiente a ***2031**-1973-(1932)-1887-**1786** cal BC.*

(2) Publicado también como 3240±165 BP (Carrasco y Pachón, 1986) correspondiente a ***1893**-1684-(1510)-1318-**1062** cal BC.*

(3) Publicado también como 3550±55 BP (Vogel y Waterbolk, 1972) correspondiente a ***2027**-1940-(1880)-1774-**1739** cal BC.*

(4) Publicado también como 3516±100 BP (Almagro, 1970: Aparicio, 1976: 79) correspondiente a ***2131**-1949-(1870,1840,1820,1800,1780)-1688-**1532** cal BC.*

bas, 1963: 159). En la Península los motivos persisten en el bronce antiguo y perduran aún en el bronce tardío. La cerámica de Campello fue comparada con la del Cabezo Redondo (Blance, 1971: 136) cuyo propio excavador ha comparado la cerámica ornamentada con arcos colgados de impresiones puntilladas con la decoración repujada de los recipientes de oro del cercano tesoro de la Rambla del Panadero (Soler, 1965) que ofrece similitud a la del casco de plata de Caudete de las Fuentes, generalmente asignado al siglo VII; además, el mencionado tesoro ofrece dos objetos de hierro que implican semejante antigüedad y, si esto no bastara, procede del Cabezo Redondo cerámica decorada, además, por la técnica de Boquique (Soler, 1952, 1987). Por otra parte, las 2 tazas con pezones numerosos aunque sin perforaciones (Soler, 1965, lám. 47,2,5; 1987: 370, Lám. 98,5,6; 254, fig. 101,1; 272 Fig. 119,4) y fragmentos de quizás 6 más (ibid.: 134) recuerdan las «tazas de uvas» del Manton Barrow (que parece tener una única perforación: Childe, 1940: 142, fig. 44 núm. 2) y otros yacimientos del Wessex y en Francia de Er-Mar en Morbihan (Briard, 1979: 88) y Sainte-Anne de Clermont-Ferrand en Puy-de-Dôme (Daugas, 1976). La fecha del Cabezo Redondo de ***2033***-*1962*-*(1890)*-*1780*-***1743*** *cal BC* (H-2277/1694 3565±55 BP[3]) es coetánea con el Wessex; sin embargo, entre ella y el tesoro del siglo VII transcurrían entre 1200 y 1500 años –o 900, al menos, si se acepte la fecha de *1000 a.C.* para el tesoro propuesta por Soler (1965)–. Es sencillamente insostenible conjeturar contaminación de la muestra del C^{14} ya que ésta debería haber causado, lógicamente, una fecha mucho más reciente por la mezcolanza del carbono reciente con el antiguo del bronce; habría que imaginar la quema de material orgánico ya con muchos siglos de antigüedad (por ejemplo, una viga ya muy antigua) para poder cuadrar tal círculo conjetural e incontrastable por naturaleza intrínseca.

Parte de la cerámica del Cabezo Redondo podría calificarse como argárica aunque también abundan formas esféricas y cilíndricas o tronco-cónicas, típicas del bronce valenciano: una «maceta» se parece a otra de Campello publicada por Figueras-Pacheco (op. cit.). A menudo, estas formas son asignadas al bronce tardío: por ejemplo, en Los Saladares oriolanos del siglo VII (Arteaga y Serna, 1973). Por otra parte, macetas troncocónicas ofrecen una trayectoria muy antigua en el Sureste que se remonta al eneolítico (calcolítico) –en yacimientos como Terrera Ventura de Tabernas en Almería o El Prado de Jumilla en Murcia, por ejemplo–. La publicación de fragmentos de cerámica excisa del Cabezo Redondo y de Campello podría indicar tanto el bronce tardío, tantas veces implicado por la misma, como el eneolítico (calcolítico) al que pertenecen fragmentos excisos de la Cueva Ambrosio almeriense (Jiménez, 1962: 29, fig. 10,1) y de la transición campaniforme-argárica del Cerro de la Virgen de Orce (Schüle y Pellicer, 1966: 55, fig. 45), o sea, ligeramente antes de ***2287***-*2197*-*(2140)*-*2034*-***1962*** *cal BC* (GrN-5594 3735±55 BP). En contra de la opinión de Harrison (1977), no *toda* la cerámica excisa tiene que ser tarde simplemente porque *mucha* cerámica campaniforme excisa lo sea: el registro arqueológico del Sureste desmiente tal simplismo reduccionista (Walker, 1973, 1981). Otro fragmento viene de la Cova de les Encantades catalana donde cerámica con asas de botón recuerda la cultura material italiana de Polada de la segunda mitad del segundo milenio (Arteaga y Molina, 1977; Molina y Arteaga, 1976) aunque las fechas de los distintos niveles comienzan en el neolítico y la más reciente es solamente de ***2581***-*2276*-*(1890)*-*1540*-***1316*** *cal BC* (M-1021 3570±250 BP). Blance (1971: 136) comentó un fragmento de cerámica de Campello decorado con un «*oculus*» o «sol con rayos», comparándolo con cerámica similar de muchos yacimientos millarenses (cf. Walker y San Nicolás, 1995) y Castillarejo de los Moros en Valencia (Fletcher y Alcácer, 1958) –yacimiento éste de la transición eneolítico-bronce valenciano que perduró hasta *1700* o *1600 a.C.* (Aparicio, 1976: 56)–. No he visto el fragmento de Campello en la colección del Museo Provincial de Alicante pero conviene recordar que ese tipo de motivo decorativo en el Sureste, bien inciso o pintado en elementos mobiliares de cerámica, hueso o piedra –e inmobiliares en el arte rupestre parietal– comienza en el neolítico y aflora en el eneolítico (calcolítico) pero apenas hace acto de presencia después de *2000 a.C.*. En Murcia un «*oculus*» fue pintado en cerámica de la Cueva de los Tiestos de Jumilla con fechas de ***2558***-*2441*-*(2200)*-*2033*-***1887*** y ***2180***-*2035*-*(1940)*-*1785*-***1739*** *cal BC* (HAR-160 3790±115 BP, HAR-358 3600±60 BP) y en Valencia otro se encuentra inciso en hueso en la Ereta del Pedregal de Navarrés antes de ***3084***-*2870*-*(2460)*-*2038*-***1739*** *cal BC* (M-753 3939±250 BP).

Huesos decorados similares son muy conocidos en Valencia y Alicante en cuevas de enterramiento (Cova de Bolumini de Onteniente, Cova de la Pastora de Alcoy, Cova de El Fontanal de Oñil etc.) y esporádicamente en Almería, Granada y Murcia (San Nicolás, 1986). Un alfiler con cabeza en forma de muleta de la Cova de la Pastora ha sido comparado con formas de la cultura de Únětice (Topp, 1959) aunque también las hay en Anatolia; Pastora ofrece, además, una punta de flecha de tipo Palmela y, como Los Blanquizares, algunos vasos campaniformes. Un colgante óseo denticulado (García del Toro, 1980: 50) que recuerda formas egipcias de la VI dinastía sobre *2300-2250 a.C.* (cf. Brunton, 1928: lám. 128, tipo 58 G,3, item 2102) procede de la Cueva del Calor que tiene una fecha de ***2200***-*2134*-*(2030,2000,1990)*-*1982*-***1784*** *cal BC* (SUA-2832 3660±70 BP). Cabe recordar que en el arte rupestre esquemático motivos denticulados similares son conocidos. Otros elementos óseos frecuentemente encontrados en el neolítico (calcolítico) incluyen falanges de animales, decoradas o no, espátulas o «adornos de cabello», imágenes antropomórficas, plaquetas planas o plano-convexas, piezas tronco-cónicas, suelas de sandalia, botones perforados en V, recipientes cilíndricos y tapas, peines, cucharas, punzones, alfileres y agujas cuyas cabezas, igual a algunos tubos y cuentas, suelen ser segmentadas o acanaladas como las de Thermi en Lesbos (Lamb, 1936: lám. 27, núm. 1-13), cuentas y colgantes especialmente en forma de animal. Colgantes planas –¿anzuelos?– en forma de «ancla doble», que en realidad son conformados por 4 ganchos curvos (con similitud a ciertas pinturas rupestres esquemáticas), proceden de las Cuevas de Los Blanquizares de Lébor de Tota-

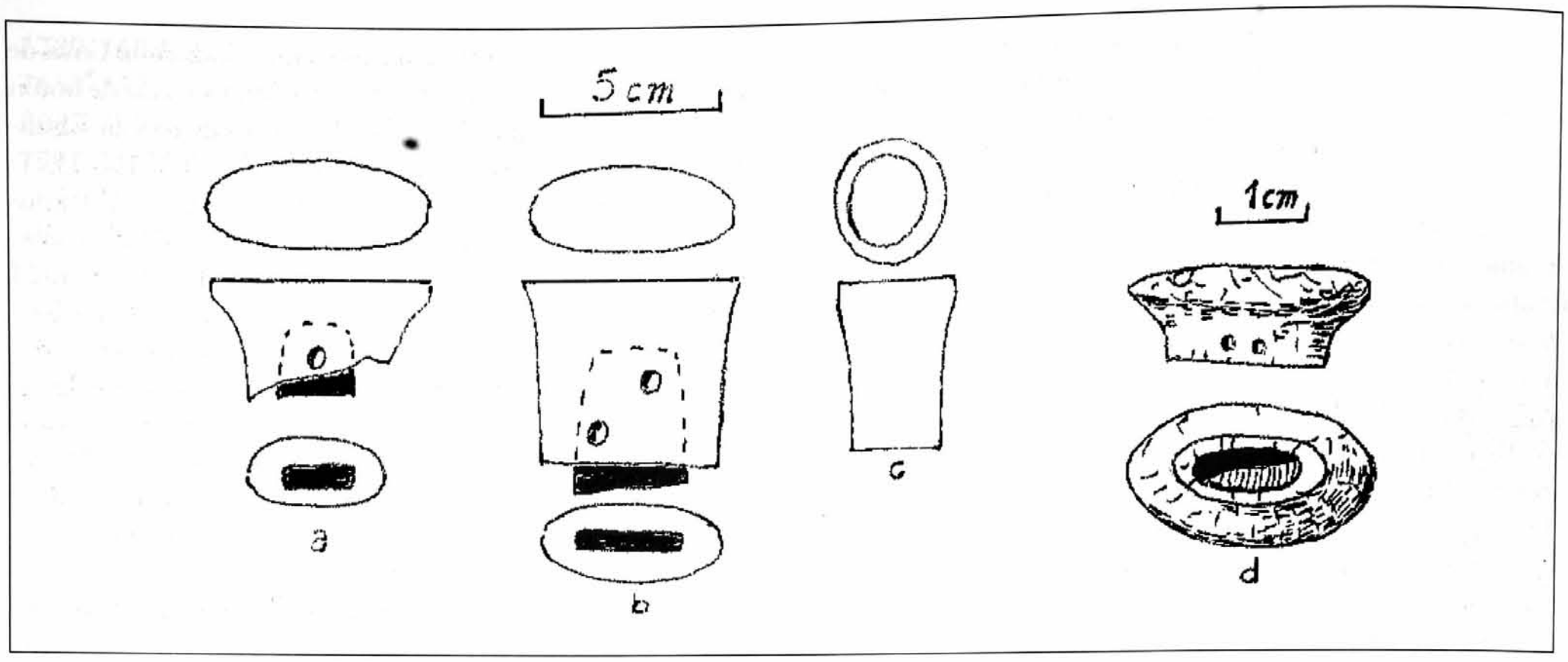


Fig. 3a, b, c. Pomos óseos de San Antón de Orihuela (M. J. Walker) 3d Pomo de ámbar del túmulo de Manton (según Childe, 1940).

na en Murcia (Cuadrado, 1930; Arribas, 1953) y del Monte de la Barsella de Torremanzanas de Jijona en Alicante (Belda, 1929, 1923) la cual aportó también un peine y un botón de marfil, además de un botón con perforación en V, un «puñal» diminuto de cobre (4x3 cm) con tres remaches en distribución triangular de clasificación argárica indiscutible (todos en la serie «superior» de enterramientos según Belda, 1929: 24) y un colgante pequeño de piedra pulimentada, estrecha y alargada, con extremo afilado como de un hacha (en la serie «inferior», ibid.: 10). El «puñal» diminuto recuerda otro igualmente pequeño, con dos remaches, separados entre sí por 1 cm, en el ajuar del Manton Barrow de la cultura de Wessex (Childe, 1940: 139, fig. 41 núm. 1; Piggott: 1938) cuya cerámica lo asigna a la fase antigua del Wessex (Megaw y Simpson, 1979: 214, 227). Una cuenta de ámbar montado en un disco de oro en este ajuar es similar a otra de Cnosos del Minóico Reciente II o III y otro componente singular es un colgante (3x2,5 cm) en forma de diminuta alabarda triangular de bronce «enmangada» en ámbar y oro. Otros colgantes de «alabarda» proceden de Wilsford *G-S* y Hengistbury Head. Aunque las alabardas caracterizan el bronce de Irlanda y no el de Wessex, en Irlanda carecen del tubo de enmangamiento de las europeas del Saale que han sido consideradas como prototipos para los colgantes ingleses(5).

(5) Es posible, incluso, que algunos «puñales» diminutos fuesen montados como alabardas. El problema de la clasificación y evolución de alabardas es viejo. Para la cultura material argárica el ensayo de Lull (1983: 190-201) ofrece coherencia. Sigue no obstante, el problema general al nivel europeo occidental. La desproporción entre la alabarda diminuta y su enmangamiento grande del colgante de Manton permite la conjetura de que en algunos casos hubo alabardas triangulares muy pequeñas quizás con enmangamientos aparatosos, no necesariamente por tubos fundidos de una pieza con el filo. Por otra parte, el esquema controvertido de O'Ríordáin (1937) suscita otra conjetura porque su forma inicial con 4 remaches, ancha con lados casi paralelos que acaban en un extremo curvado o semicircular (cf. Raftery, 1951: 143, Fig. 141) recuerda mucho el «puñal» atípico, de similares características, de las excavaciones de Cuadrado (1935) en La Bastida de Totana, en la colección del Museo Arqueológico de Murcia (Martínez Santa-Olalla et al., 1947: 67, Fig. 6 núm. 10 y Lám. 43; Walker, 1973: Fig. 92,13). También conviene mencionar que puñales de El Argar con múltiples remaches en línea y lengüeta diminuta han sido comparados con formas de Francia e Inglaterra (Evans, 1950: 374; Blance, 1965: 437). Otro viejo problema es él de los puñales de Alemania Francia, Wessex, Irlanda (Ap Simon, 1954; Coles y Taylor, 1971).

Manton, además, proporcionó un pomo de ámbar preparado para una lengüeta de 1 cm de anchura, perforado para 2 remaches finos separados por 0,35 cm (fig. 3d).

Conviene recordar que en Los Millares (tumbas 5 y 7) se conocen miniaturas de marfil o hueso del hacha semicircular egipcia (Leisner y Leisner, 1943: lám. 16 parte primera núm. 72 y lám. 12 parte primera núm. 45). La talla del hueso es abundante y variada en el Sureste. De Los Blanquizares fueron catalogados 145 piezas óseas trabajadas además de 4 colmillos y un cráneo trepanado de un individuo que sobrevivió la intervención. En el Sureste, la trepanación, tanto por taladro como sierra, indica los conocimientos precisos de la talla de hueso. También el trabajo de alabastro (Los Blanquizares otra vez, y otros yacimientos) y marfil importados (por ejemplo, el bloque encontrado en Matarrubilla: Collantes, 1969) implican el dominio de la tecnología necesaria. Piezas óseas en forma de punta de flecha, arpón y sierra escasean en el calcolítico millarense a diferencia de su reconocida incidencia en yacimientos contemporáneos con el fenómeno de la cultura material argárica desde Murcia a Valencia: Cueva de los Tiestos de Jumilla (arpón), Puntarrón del Chico de Beniaján de Murcia (sierra), Laderas del Castillo de Callosa de Segura (punta de flecha, sierra), San Antón de Orihuela (sierra), Cabezo Redondo de Villena (4 puntas de flecha) y Ereta del Pedregal de Navarrés (punta de flecha), incluso la catalana Cova Fonda de Salamó (punta de flecha)(6). Las sierras óseas se asemejan a los «peines de raspar» («*scratch-combs*») del Egipto predinástico y de las primeras dinastías, además de Troya I-II. Los puñales de hueso, por otra parte, ofrecen una distribución espacio-temporal desde el bronce alicantino de la Mola Alta de Serelles de Alcoy y del Cabezo Redondo de Villena hasta el ajuar funerario eneolítico de la Loma de los Peregrinos de Alguazas en Murcia y 10 tumbas de Almería y Granada.

De particular interés son tres pomos de hueso de San

(6) En Francia hay también hay puntas de flecha óseas en la Grotte des Châtaigniers de Ningrau en los Pyrenées-Orientales (Guilane, 1976) y en la Grotte du Noyer, Grotte du Roucadour y Grotte de la Bérgèrie en Lot (Clottes y Constantini, 1976).

Antón de Orihuela (fig. 3a,b,c), cuyas perforaciones acomodaban las lengüetas de puñales o cuchillos, sujetadas en dos de los pomos por uno y dos remaches, respectivamente, quizás del tipo de puñal con lengüeta perforada de El Oficio que fue comparada con los de la cultura material de Terremare por Evans[7] (1950: 371) o similares a algunos del ajuar argárico del sepulcro megalítico granadino de Los Eriales de Laborcillas *Tagebuch 17/14* (Leisner y Leisner, 1943: 154) –otro sepulcro megalítico de Laborcillas, en el Cerro de los Castellones, ofrece una fecha de ***2179***-*1972*-*(1870,1849,1780)*-*1674*-***1513*** *cal BC* (Ly-2653 3500± 130 BP)–. Hace 25 años dibujé cientos de hallazgos de San Antón y Callosa de Segura, guardados en la Biblioteca Municipal de Orihuela, el Colegio de la Inmaculada Concepción de Alicante de los PP. Jesuitas y el Museo Arqueológico de Murcia en el cual se encuentran los pomos en cuestión (Walker, 1973: Fig. 89 núm. 11, 12, 13). Desgraciadamente, fue tarea imposible relacionar lo poco que aún estaba legible en las infrecuentes etiquetas originarias que quedaban, con los hallazgos que figuran en las publicaciones del P. Furgús (1937), las cuales, conviene recordar, muestran la presencia en San Antón tanto de hallazgos del bronce como otros ibéricos. El excavador, sin embargo, comentó haber encontrado brazaletes de hueso en un ajuar del bronce, al menos. Uno de los pomos en el Museo Arqueológico de Murcia es de forma circular y los otros dos de forma ovalada, como la pieza denticulada de Campello. La forma ovalada, o chafada, del mango de un puñal conlleva cierta lógica, para que la cara del filo se complementaría por la del puño. Si se acepta la revisión de Lull, cabe la posibilidad de que los puñales de escasos remaches perteneciesen a la fase argárica *A*. La presencia de botones cónicos con perforación en V (Furgús, 1937) indica, al menos, que parte del conjunto excavado pertenece a dicha fase. El yacimiento ofrece también anillos y pulseras o brazaletes de hueso. Los pomos, anillos y pulseras óseos no caracterizan el eneolítico (calcolítico) del Sureste aunque la extensa tradición de la talla de hueso siguiese evolucionando en el bronce. La abundancia y gran variedad de las piezas óseas en el Sureste alimentarían dicha evolución. No hay especialmente por qué atribuir la pieza denticulada de Campello a ningún taller exótico.

La casi total ausencia del Sureste de importaciones micénicas hace inverosímil considerar como tal la pieza denticulada. Por otra parte, la industria ósea de la cultura material de Wessex ni es comparable en abundancia ni variedad a la del Sureste. Tampoco el Sureste, a diferencia del Egeo, recibió muchas exportaciones del azabache y ámbar del Mar Báltico; las Islas Británicas, además, tendrían acceso a su propio ámbar encontrado en su litoral del Mar Nórdico. El azabache y ámbar se encuentran esporádicamente en el eneolítico (calcolítico) del Sureste, a diferencia del bronce antiguo del que sólo se conoce el ámbar en un único yacimiento villenense. En cambio, el azabache fue hallado en Cova de la Pastora de Alcoy (Tarradell, 1963: 195), un enterramiento cerca de Almizaraque (Leisner y Leisner, 1943: 12) y en Los Millares *7*, *8*, *12* y *18* (ibid.: 27, 52-53, 25, 39). El ámbar procede de Los Blanquizares, la Cova de la Pastora (Tarradell, 1963: 195), Los Millares *7*, *12* y *74* (Leisner y Leisner, 1943: 24-27), Los Millares *8* y *63* (Almagro y Arribas, 1963: 116-122) y Llano de la Teja *B-17* (Leisner y Leisner, 1943: 146). El orígen nórdico-báltico podría ser implicado por el 2% del ácido succinico de una cuenta de ámbar perforada en V de Los Millares *12*. De la catalana Cova del Frare una cuenta de ámbar (Martin, 1980) procede de conjuntos funerarios anteriores a ***2455***-*2276*-*(2130, 2080,2050)*-*1954*-***1785*** y ***2190***-*2035*-*(1930)*-*1776*-***1686*** *cal BC* (I-13052 3720± 100 BP, MC-2295 3590±90 BP), lo que sitúa el empleo del ámbar en un periodo bien temprano y probablemente similar al de los citados yacimientos con ámbar del Sureste. Conviene recordar que en el Sureste el ámbar amarillo fósil hace acto de presencia en sedimentos del Terciario cerca de Agost en Alicante y Moratalla en Murcia (Jiménez de Cisneros, 1936). Por otra parte, el ámbar es escaso tanto en los yacimientos argáricos clásicos como del bronce «valenciano», a excepción singular del «botón» discoidal de ámbar del tesoro villenense de la Rambla del Panadero, que estaba montado en un disco de oro al que lo sujetaba un pasador central (Soler, 1965: 63, lám. 36 núm. 48,49,50), lo que recuerda, quizás, las cuentas discoidales de ámbar montadas en círculos de oro procedentes del Manton Barrow, Amesbury y Normanton (Piggott, 1938) y del Minóico Reciente II/III de Isopata de Cnosos (Evans, 1914). Soler comparó fragmentos de un objeto de pizarra del Cabezo Redondo con las hachas dobles de Cretas (Soler, 1987: 107; 191 fig. 36; 321, lám. 49, núm. 19a,19b), aunque podrían pertenecer simplemente a un aparatoso colgante pectoral o «brazal de arquero» de dimensiones gigantescas.

Una de las consideraciones que favorecía la crítica al vínculo cronológico entre Micenas y el inicio de la cultura material de Wessex fue la consideración de que algunos hallazgos británicos de cuentas de pasta vítrea («*faience*», Stone y Thomas, 1956) tienen una antigüedad superior a la fabricación de similares cuentas en Tel el-Amarna sobre *1600-1500 a.C.* (Newton y Renfrew, 1970). Aunque por su forma es casi seguro que son de fabricación egipcia las 8 cuentas tubulares de vidrio de color azul verdoso de Fuente Álamo (Siret y Siret, 1887: 205 y lám. 68), otras cuentas de vidrio no tienen que serlo porque sí. Entre éstas, hay dos de las cuevas alicantinas de la Pastora (Tarradell, 1963: 195) y del Monte de la Barsella (Belda, 1931), y otras dos, de color oscuro con vetas blancas, de la Cueva *1* del Peñón del Trinitario eldense (Walker, 1973: 384, Fig. 68: 4,5) que se parecen a formas de la IX dinastía (cf. Brunton 1928, Lám. 102, tipo 80 «*fancy barrels*» T,3, ítem 4981 y 5009 y tipo 82 «*fancy spheroids*» K,3, ítem 5010), además de una «de aspecto vítreo» del Cabezo Redondo (Soler, 1987: 107, 348, Lám. 76,21). Un poliedro de vidrio fue encontrado en el sepulcro megalítico malagueño de Viera (de Mergelina, 1922) y una cuenta de vidrio procede de la tumba megalítica granadina del Barranco de la Cuesta de la Sabina *49* (García Sánchez y Spahni,

(7) El célebre Profesor Dr. John D. Evans de la Universidad de Londres participó en las excavaciones de Martínez Santa-Olalla en La Bastida de Totana.

1959). Una cuenta de vidrio fue hallada en el enterramiento en una covacha granadina del Cerro de la Encina de Monachil. Este contexto ofreció, además, una cuenta de serpentina tallada similar a una forma egipcia de la VI dinastía de *2300-2250 a.C.* (cf. Brunton, 1928: lám. 99, tipo A,2). Otros enterramientos cercanos contenían copas argáricas y el poblado argárico en el cerro ofrece fechas entre *2000* y *1500 a.C.* (véanse arriba). El covachuelo es similar a las cuevas «artificiales» de Gatas cuyos enterramientos ofrecen fechas de ***2458***-*2393*-*(2280,2220,2210)*-*2145*-***2046*** y ***2395***-*2281*-*(2190, 2160, 2150)*-*2048*-***1948*** *cal BC* (OxA-4962 3825±55 BP, OxA-4963 3775±55 BP) (aunque los «*dromos*» de Fuente Álamo tienen fechas posteriores).

Dos son las consideraciones fundamentales para delimitar el marco de referencia de la interpretación de las relaciones externas del fenómeno de la cultura material argárico y, por extensión, del bronce antiguo en general: La primera es su escasa evolución desde aproximadamente *2000 a.C.* hasta más o menos *1250 a.C.*[8] y la segunda es la exigua incidencia de las importaciones durante semejante periodo larguísimo. Ambos aspectos representan un cierto contraste con los 750 años anteriores en que se afloraban los fenómenos de las culturas materiales del eneolítico o calcolítico y de conjuntos con cerámica campaniforme –ambos de marcado carácter variado, tanto en los poblados como los contextos funerarios megalíticos y cuevas de enterramiento–, aunque entonces también predominase la elaboración local, e incluso «casera», sobre importaciones de indiscutible procedencia de talleres foráneos, que eran más bien muy infrecuentes (Walker, 1973, 1981; Walker y San Nicolás, 1995). Que la transición hacia el fenómeno de la cultura material argárica no fue nada abrupta se infiere de los enterramientos en covachas y «*dromos*» en Cerro de la Encina, Gatas, Fuente Álamo y Zapata. El solapamiento espacio-temporal de la naciente fase *A* de la cultura material argárica con tradiciones arraigadas, caracterizadas por otra parte por su gran destreza en la talla ósea, sucedía en un periodo aún anterior al círculo *B* micénico. Cuesta creer que la similitud no sea meramente fortuita entre las piezas de la tumba *iota*, del Bush Barrow y de Campello. Si no lo fuera, una conjetura sencilla podría atribuir todas a la elaboración en el Sureste (¿la Vega Baja del Segura?) sobre *2000-1900 a.C.* para adornar puños y varas insertados. Los contextos funerarios de Campello y Bush Barrow bien podrían ser contemporáneos pero ya que la tumba *iota* parece ser algo posterior habría que conjeturar que el implemento apreciado fuese guardado en Micenas durante algunas generaciones.

(8) Por ejemplo, la fecha de Cobatillas la Vieja de Murcia de ***1397***-*1370*-*(1259,1232,1227)*-*1134*-***1058*** *cal BC* (3010±50 BP: Ros, 1985).

BIBLIOGRAFÍA

ALMAGRO BASCH, M. Y ARRIBAS PALAU, A., 1963. *El poblado y la necrópolis megalíticos de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Español de Prehistoria, and Universidad de Madrid, Seminario de Historia Primitiva del Hombre. «Bibliotheca praehistorica hispana Núm. 3».

ALMAGRO GORBEA, M., 1970. Las fechas del C^{14} para la prehistoria y la arqueología peninsular. *Trabajos de prehistoria* 28: 9-43.

AP SIMON, A. M., 1954. Dagger graves in the «Wessex» bronze. Age. *University of London Institute of Archaeology 10th Annual Report*: 37-62.

APARICIO PEREZ, J., 1976. *Estudio económico y social de la edad del bronce valenciano*. Valencia, Ayuntamiento de Valencia, «Serie tercera. Estudios monográficos. Núm. 8».

ARRIBAS PALAU, A., 1953. El ajuar de las cuevas sepulcrales de Los Blanquizares de Lébor (Murcia). *Memorias de los museos arqueológicos provinciales* 14: 78-126.

ARRIBAS PALAU, A., 1976. A new basis for the study of the eneolithic and bronze age in south-east Spain. En Megaw, J. V. S. (Ed.). *To illustrate the monuments. Essays on the archaeology presented to Stuart Piggott, C.B.E., B. Litt., D. Litt., D.H.L., F.B.A., F.S.A., F.R.S.E., Abercromby Professor of Prehistoric Archaeology in the University of Edinburgh on the occasion of his sixty-fifth birthday*: pp. 153-162. Londres, Thames and Hudson.

ARTEAGA, O. Y MOLINA GONZALEZ, F., 1977. Anotaciones al problema de las cerámicas excisas peninsulares. En *Crónica. XIV Congreso Nacional de Arqueología, Victoria 1975*. pp. 565-586. Zaragoza, Universidad de Zaragoza, Seminario de Arqueología. «Congresos Arqueológicos Nacionales».

ARTEAGA, O. Y SERNA, M. R., 1973. Los Saladares, Un yacimiento protohistórico en la región del Bajo Segura. En *Crónica. XII Congreso Nacional de Arqueología. Jaén 1971*. pp. 437-450. Zaragoza, Universidad de Zaragaoza, Seminario de Arqueología. «Congresos Arqueológicos Nacionales».

AYALA JUAN, M. M., 1986. La cultura de El Argar en Murcia. Datos actuales. Un avance para su estudio. En Arteaga, O. (Ed.). *Homenaje a Luis Siret (1934-1984). Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret (1934-1984)» Cuevas de Almanzora, Junio 1984*. pp. 329-340. Madrid, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes.

BARFIELD, L. H., 1991. Wessex with and without Mycenae: new evidence from Switzerland. *Antiquity* 65: 102-107.

BELDA DOMINGUEZ, J., 1929. *Excavaciones en el «Monte de la Barsella». Término de Torremanzanas (Alicante)*. Madrid, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. «Memorias 1928. Núm. 100».

BELDA DOMINGUEZ, J., 1931. *Excavaciones en el «Monte de la Barsella». Término de Torremanzanas (Alicante). Memorias de los trabajos y hallazgos en las excaraciones practicadas en 1929*. Madrid, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. «Memorias 1930. Núm. 112».

BLANCE, B., 1965. *The origin and development of the early bronze age in the Iberian peninsula*. Edimburgo, University of Edinburgh, MS. tésis doctoral.

BLANCE, B., 1971. *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel*. Berlin, Römisch-Germanisches Zentralmuseum. «Studien zu den Anfängen der Metallurgie. Núm. 4».

BRIARD, J., 1979. *The bronze age in barbarian Europe from the megaliths to the Celts*. Londres, Book Club Associates.

BRUNTON, G., 1928. *Qau and Badari. Vol. II*. Londres, British School of Archaeology in Egypt.

BURGESS, C., 1974. The bronze age. En Renfrew, C. (Ed.). *British prehistory. A new outline*. pp. 165-233. Londres, Duckworth.

BURGESS, C., 1980. *The age of Stonehenge*. Londres, J. M. Dent and Sons. «History in the Landscape series».

CABRÉ AGUILO, J., 1922. Una necrópolis de la primera edad de los metales. en Monachil, Granada. *Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria* 1 (*Memorias*): 23-32.

CARRASCO RUS, J. y Pachón Romero, J. A., 1986. La edad del bronce en la provincia de Jaén. En Arteaga, O. (Ed.). *Homenaje a Luis Siret (1934-1984). Actas del Congreso «Homenaje a Luis Siret (1934-1984)» Cuevas de Almanzora, Junio 1984*. pp. 361-374. Madrid, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Dirección General de Bellas Artes.

CHAPMAN, R. W., 1990. *Emerging complexity. The later prehistory of south-east Spain, Iberia and the west Mediterranean*. Cambridge, Cambridge University Press. «New studies in archaeology».

CLOTTES, J. Y CONSTANTINI, G., 1976. Les civilisations de l'âge du bronze dans les Causses. En Guilane, J. (Ed.). *La préhistoire française. Tome II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France*. pp. 470-482. París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.

CHILDE, V. G., 1940. *Prehistoric communities of the British Isles*. Londres, W. and R. Chambers.

COLES, J. Y TAYLOR, J., 1971. The Wessex culture: a minimal view. *Antiquity* 45: 6-14.

COLLANTES DE TERAN, F., 1969. El dolmen de Matarrubilla. En *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jérez de la Frontera, Septiembre 1968*. Barcelona, The William Bryant Foundation y Universidad de Barcelona, Instituto de Arqueología y Prehistoria. «Publicaciones eventuales Núm. 13».

CUADRADO RUIZ, J., 1930. El yacimiento eneolítico de 'Los Blanquizares de Lébor', en la provincia de Murcia. *Archivo español de arte y arqueología* 16: 51-56.

CUADRADO RUIZ, J., 1935. Noticia sobre algunos yacimientos prehistóricos en la provincia de Murcia. *Boletín de la Junta del Patronato del Museo Provincial de Bellas Artes de Murcia* 12 (13): 30-37.

DAUGAS, J-P., 1976. Les civilisations de l'âge du bronze dans le Massif Central. En Guilane, J. (Ed.). *La préhistoire française. Tome II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France*, pp. 506-521. París. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.

DE MERGELINA, C., 1922. La necrópolis tartesia de Antequera. *Actas y memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria* 1 (*Memorias*): 37-90.

EVANS, A., 1914. The «Tomb of the Double Axes» and associated group, and the Pillar Rooms and ritual vessels of the «Little Palace» at Knossos. *Archaeologia* 45: 1-94.

EVANS, J. D., 1950. *The Aegeo-Anatolian and indigenous elements in the cultures of the western Mediterranean in the IInd millennium B.C., with special reference to Malta*. Cambridge, University of Cabridge. MS. tésis doctoral.

FIGUERAS-PACHECO, F., 1934. *Excavaciones en la isla de Campello (Alicante) 1931-1933*. Madrid, Junta Superior del Tesoro Artístico. «Sección de Excavaciones. Memoria 1933. Núm. 132».

FIGUERAS-PACHECO, F., 1950. La isleta de Campello del litoral de Alicante. Un yacimiento síntesis de las antiguas culturas del Mediterráneo. *Archivo español de arqueología* 23: 13-37.

FURGUS, J., 1937. *Col.lecció de treballs del P. J. Furgús sobre prehistòria valenciana*. Valencia. Diputación Provincial de Valencia. Servicio de Investigación Prehistórica. «Trabajos varios Núm. 5»

GARCIA DEL TORO, J. R., 1980. La prehistoria desde el paleolítico al eneolítico. En García del Toro, J. R., Ayala de Juan, M. M., Ros Sala, M., Mas Garcia, J. y Ramallo Asensio, S. (Eds.). *Historia de la región murciana 2. Los primeros hombres y sus culturas. Prehistoria e historia antigua*, pp. 3-53. Murcia. Ediciones Mediterráneo.

GARCIA SANCHEZ, M. Y SPAHNI, J. C., 1959. Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe (Granada). *Archivo de prehistoria levantina* 8: 43-113.

GUILANE, J., 1976. Les civilisations de l'âge du bronze dans les Pyrénées. En Guilane, J. (Ed.). *La préhistoire française. Tome II. Les civilisations néolithiques et protohistoriques de la France*, pp. 522-531. París. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique.

HARRISON, R.J., 1977. *The bell beaker cultures of Spain and Portugal*. Cambridge (Mass.). Harvard University. Peabody Museum. American School of Prehistoric Research. «Bulletin 35».

JIMENEZ DE CISNEROS, D., 1936. Encuentro del succino o ámbar amarillo en las inmediaciones de Agost. *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural* 36: 365-366.

JIMENEZ NAVARRO, E., 1962. Excavaciones en Cueva Ambrosio. *Noticiario arqueológico hispánico* 5 (1956-1961): 13-48.

LEISNER, G. Y LEISNER, V., 1943. *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Erster Teil. Der Süden*. Berlin, Römisch-Germanisches Zentralmuseum. «Römisch-Germanische Forschungen 17».

LAMB, W., 1936. *Excavations at Thermi in Lesbos*. Cambridge, Cambridge University Press.

LULL SANTIAGO, V., 1983. *La cultura de El Argar. (Un modelo para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas)*. Madrid, Akal. «Serie Arqueológía. Núm. 49».

MARTIN COLLIGA, A., 1980. Avance de los resultados obtenidos en las excavaciones de «Cova del Frare» (Matadepera, Barcelona). *Arrahona. Revista del museo de la ciudad de Sabadell* 10: 37-54.

MARTINEZ SANCHEZ, C. Y SAN NICOLAS DEL TORO, M., 1993. La ocupación argárica de la Cueva del Calor (Cehegín). Campaña 1990. En *Memorias de arqueología 4. Primeras Jornadas de Arqueología Regional 21-24 Marzo 1990*, pp. 74-82. Murcia. Comunidad Autónoma de la Región de Murcia. Consejería de Cultura, Educación y Turismo. Dirección General de Cultura. Servicio Regional de Patrimonio Histórico.

MARTINEZ SANTA-OLALLA, J., SAEZ MARTIN, B., POSAC MONS, C. F., SOPRANIS SALTO, J. A. Y DEL VAL CATURLA, E., 1947. *Excavaciones en la ciudad del bronce mediterráneo II, de la Bastida de Totana (Murcia)*. Madrid, Ministerio de Educación Nacional. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas. «Informes y Memorias. Núm. 16».

MEGAW, J. V. S. Y SIMPSON, D. D. A., 1979. *Introduction to British prehistory*. Leicester, Leicester University Press.

MOLINA GONZALEZ, F. Y ARTEAGA, O., 1976. Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica. *Cuadernos de prehistoria de la Universidad de Granada* 1: 175-214.

NEWTON, R. G. Y RENFREW, A. C., 1970. British faience beads reconsidered. *Antiquity* 47: 277-285.

Ó RIORDAIN, S. P., 1937. The halberd in bronze age Europe. *Archaeologia* 86: 195-321.

PIGGOTT, S., 1938. The early bronze age in Wessex. *Proceedings of the Prehistoric Society* 4: 52-106.

PIGGOTT, S., 1965. *Ancient Europe*. Edimburgo, Edinburgh University Press.

RAFTERY, J., 1951. *Prehistoric Ireland*. Londres, B. T. Batsford.

RENFREW, A. C., 1968. Wessex without Mycenae. *Annual of the British School at Athens* 63: 277-285.

ROS SALA, M. M., 1985. El período del bronce final en el conjunto arqueológico de Cobatillas la Vieja (Murcia). *Anales de prehistoria y arqueología* 1: 33-47.

RUIZ GALVEZ, M., 1977. Nueva aportación a la cultura de El Argar. *Trabajos de prehistoria* 34: 85-107.

SAN NICOLAS, M., 1986. Aproximación al conocimiento de los ídolos tipo Pastora: los oculados en Murcia. En Hernández-Pérez, M. S. (Ed.). *El eneolítico en el País Valenciano. Actas de coloquio (Alcoy, 1-2 de diciembre de 1984)*, pp. 165-174. Alicante. Diputación Provincial de Alicante. Instituto de Estudios Alicantinos «Juan Gil-Albert». «Patrimonio 5».

SCHUBART, H. Y PASCUAL PEREZ, V., 1965. Datación por el carbono 14 de los estratos con cerámica cardial de la Coveta de l'Or. *Archivo de prehistoria levantina* 11: 45-51.

SCHÜLE, W. Y PELLICER CATALA, M., 1966. El Cerro de la Virgen, Orce (Granada) I. En *Excavaciones arqueológicas en España Núm. 46*, pp. 1-66. Madrid, Ministerio de Educación Nacional.

SIRET, H. Y SIRET, L., 1887. *Les premiers âges du métal dans le Sud-Est de l'Espagne*. Amberes (publicado por los propios autores).

SOLER GARCIA, J. M., 1952. Villena (Alicante). Poblado del Cabezo Redondo. *Noticiario arqueológico hispánico* 1 (1-3): 38-43.

SOLER GARCIA, J. M., 1965. *El tesoro de Villena*. Madrid, Ministerio de Educación Nacional. Dirección General de Bellas Artes, Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas. «Excavaciones arqueológicas en España. Núm. 36».

SOLER GARCIA, J. M., 1987. *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*. Alicante. Diputación Provincial de Alicante, Instituto de Estudios «Juan Gil-Albert».

STONE, J. F. S. Y THOMAS, L. C., 1956. The use and distribution of faience in the ancient East and prehistoric Europe. *Proceedings of the Prehistoric Society* 22: 37-84.

STUIVER, M. Y BECKER, B., 1993. High-precision decadal calibration of the radiocarbon time scale, AD 1950-6000 BC. *Radiocarbon* 35 (1): 35-65.

STUIVER, M. Y PEARSON, G. W., 1993. High-precision bidecadal calibration of the radiocarbon time scale, AD 1950-500 BC and 2500-6000 BC. *Radiocarbon* 35 (1): 1-23.

STUIVER, M. Y REIMER, P.J., 1993. Extended ^{14}C data base and revised CALIB 3.0 ^{14}C age calibration. *Radiocarbon* 35 (1): 215-230.

TARRADELL MATEU, M., 1963. *El País Valenciano del neolítico a la iberización, ensayo de síntesis*. Valencia. Universidad de Valencia. Anales de la Universidad de Valencia 36 Curso. «Cuaderno Núm. 2».

TOPP, C., 1959. Some Balkan and Danubian influences to southern and southeastern Spain. *Archivo de prehistoria levantina* 8: 115-123.

VOGEL, J. C. Y WATERBOLK, H. T., 1972. Groningen radiocarbon dates X. *Radiocarbon* 14: 6-110.

WALKER, M. J., 1973. *Aspects of the neolithic and copper ages in the basins of the Rivers Segura and Vinalopó, South-East Spain*. Oxford, Oxford University. MS. tésis doctoral.

WALKER, M. J., 1981. Climate, economy and cultural change: the S.E. Spanish copper age. En García-Bárcena, J. y Sánchez-Martínez, F. (Eds.). Miscelánea. *Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. X Congreso. México D.F., Octubre 19-24, 1981*, pp. 171-197. México D.F., X Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas.

WALKER, M. J. Y SAN NICOLAS DEL TORO, M., 1995. En Waldren, W. H., Ensenyat, J. A. y Kennard, R. C. (Eds.). *Ritual, rites and religion in prehistory, IIIrd Deya international conference of prehistory, Vol. 2*, pp. 110-169. Oxford, Tempvs Reparatvm. «BAR International series Núm. S-611(ii)».

ALGUNAS CUESTIONES SOBRE EL ARTE PREHISTORICO PARIETAL DEL SUDESTE DE ESPAÑA A LA LUZ DE LOS ULTIMOS DESCUBRIMIENTOS

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 127 - 132

Antonio Beltrán Martínez
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Queremos asociarnos al justo homenaje que se dedica a la colega y amiga Prof.ª Ana María Muñoz con unas breves digresiones sobre la difusión del arte prehistórico en el área murciana y el papel que a la zona Sudeste de la Península puede caberle en la más remota etapa paleolítica, a la vidriosa cuestión del supuesto hiatus entre el arte paleolítico y el levantino y a la menos debatida de la conexión de las fases finales de éste con el inicio del esquematismo y respecto del llamado seminaturalismo o semiesquematismo. Una síntesis sobre el tema esbozamos en 1984

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El esquema teórico del arte parietal peninsular en general y del Sudeste en particular encaja dentro de las ideas tópicas de una sucesión cronológica sin solución de continuidad desde el arte naturalista de los cazadores paleolíticos que ahora podemos llevar con seguridad hasta el Solutrense por el hallazgo de pinturas y grabados cubiertos por estratos arqueológicos especialmente en cueva Ambrosio de Almería, pero también al aire libre en Foz Côa al Nordeste de Portugal y en Siega Verde, cerca de Ciudad Rodrigo, las grandes figuras de la zona entre Mogente y Cocentaina que su descubridor Mauro S.Hernández llamó «macro-esquemáticas», los signos del llamado estilo «lineal-geométrico» y, en el 12,000 BP. continuados cronológicamente anteriores etapas los apasionantes hallazgos del riparo Villabruna A en la Val Cismon los Dolomitas italianos, que habría que relacionar de algún modo con el reducido grupo de pinturas «macro-esquemáticas», el extendido estilo conocido como «levantino», las figuras que no son levantinas, pero mucho menos esquemáticas, de Peña Rubia de Cehegín o La Higuera de Mazarón, todo el conjunto «seminaturalista» de extensión general y el complejo esquemático que se cerraría por la introducción del arte clásico ya en la II Edad del Hierro (como el Anubis grabado de Foz Côa) con fechas desde el 30,000 que se han asignado a las pinturas más antiguas de la cueva Chauvet en el Ardèche francés.

Los dos grandes problemas básicos son, en primer lugar, el saber si nos hallamos frente a un proceso evolutivo continuo del arte prehistórico, sin «hiatus» alguno cronológico o cultural o si, por el contrario, la expresión plástica de las ideas que significa el arte parietal se realiza en el tiempo y en el espacio por movimientos separados que responden a estímulos concretos y que no enlazan necesariamente entre sí. Es el eterno problema de la difusión y la convergencia y el principio de las ideas elementales que tanto preocupa a los historiadores de la Cultura. El otro problema estriba en determinar si las características del arte de cada zona responden a una evolución en círculo cerrado, es decir a una «comarcalización» de sus manifestaciones, o si los cambios y diferencias se producen por influencias exteriores, determinables o no.

En la zona del Sudeste no teníamos, hasta los descubrimientos de Cieza y de Cueva Ambrosio, más manifestaciones de arte paleolítico que los dibujos de la cueva Fosca de la Vall d'Ebo y la pintura de Reinós y el impresionante conjunto de plaquetas pintadas y grabadas de El Parpalló a los que habria que añadir la figura de caballo al aire libre de Escúllar que encajan perfectamente en la «provincia mediterránea» de P.Graziosi y que habría que relacionar con los hallazgos del Riparo Villabruna A de los Dolomitas italianos con datación radiocarbónica en el 12,000 BP, es decir en el epigravetiense italiano, y con la larga serie de yacimientos azilienses del sur de Francia en los que se han hallado grabados mobiliares de estilo magdaleniense que indican la perpetuación de las formas paleolíticas a través de las etapas epipaleolíticas; tal como ocurre también con manifestaciones análogas del litoral mediterráneo español desde San Gregorio de Falset hasta la Roca y otros yacimientos alicantinos que, aunque no cubren la totalidad del espacio cronológico entre el Mag-

daleniense final y el Epipaleolítico de los principios del arte llamado «levantino», encajan en el arte ni paleolítico ni levantino de la zona de Cocentaina, llamado por Mauro Hernández «macro-esquemático», y con el ampliamente extendido «lineal-geométrico» ambos, sin duda anteriores al arte «levantino» y tal vez el primero remotamente parecido a la fase de «las cabezas redondas» del Sahara. Habría que incluir en estos conjuntos que se salen de los tradicionalmente aceptados, paleolítico y levantino, las pinturas rojas en el interior de cueva de la Peñarrubia de Cehegín y las del covacho profundo de la Higuera, de Mazarrón y plantearse la cuestión del variado y heterogéneo conjunto de manifestaciones plásticas del «arte levantino» y de las diversísimas que, por simple comodidad, situamos bajo la etiqueta de «arte esquemático».

Pero no podemos aislar la zona del Sudeste español del resto de las de arte paleolítico que están produciendo sorpresas como las dataciones hacia el 30.000 de las pinturas de la cueva Chauvet o postulando una datación solutrense por via estilística de buena parte de los grabados de Foz Côa o de Siega Verde y de las pinturas de las cuevas de Jorge y de las Cabras de Lorca, por paralelos con la de cueva Ambrosio de Almería, cubierta por estratos fechados de tal calificación.

NUEVAS APORTACIONES: LAS PINTURAS DE CIEZA

De lo expuesto se deduce la importancia que tiene el descubrimiento de algunas pinturas paleolíticas en Cieza al Norte de la Región Murciana, dadas a conocer por Joaquín Salmerón Juan y su equipo en dos cuevas poco profundas llamadas de Las Cabras que reproducimos: «De Arte Paleolítico cabe destacar las cuevas de Jorge y de las Cabras, de Arte Levantino Los Grajos (con recientes descubrimientos) y Los Pucheros y de Arte Esquemático La Serreta y Las Enredederas» .La cueva de Jorge tiene unos 6 metros de profundidad y las pinturas reciben directamente la luz del día como ocurre en la cueva del Niño (Ayna) mientras que la de las Cabras se extiende en una longitud de más de cien metros, aunque las pinturas que interesan están en la zona vestibular y en circunstancias no muy diferentes al caballo de la cueva de Jorge, aparte del extraordinario interés de la localización de las pinturas paleolíticas por primera vez en la zona murciana es de singular importancia el que en el término municipal se hayan localizado otros núcleos de pintura parietal como Los Arcos, de tipo levantino, como la cabra de la cueva de Los Pucheros y, con estilo seminaturalista las complicadas escenas del barranco de Los Grajos y otras esquemáticas igualmente singulares aunque no paleolíticas magdalenienses que cierren el ciclo que tal etapa pictórica.

En Las Cabras, donde hay líneas y figuras según la nota de J.Salmerón «un bóvido, un cáprido, otro cuadrúpedo y otra figura de difícil interpretación. Además se aprecian otras figuras bajo gruesas capas de concreciones calcáreas en otras zonas de la cavidad»., y un caballo en la cueva de Jorge. Ambas figuras son de color rojo desvaído, trazadas con asombrosa seguridad, sin una sola vacilación, regularidad en el trazo lineal sencillo en el que no se aprecian las interrupciones que debieron producirse para recargar de pintura el pincel o palo de que se sirvieron sus autores. El caballo de la Cueva de Jorge muestra una técnica muy antigua en la más gruesa línea del pecho, consistente en marcar el trazo con «tamponado» luego unido por una línea «babosa» según la terminología de Breuil. Así lo encontramos en la zona Cantábrica en Covalanas y La Haza (Ramales de la Victoria) y en Arenaza (Galdames) y en los grabados picados de Foz Côa. Además de los paralelismos técnicos pueden subrayarse también los aspectos formales con algunos de los caballos de la primera de las cuevas citadas y con la Pasiega. Tiene el cuello ligeramente estrangulado según convencionalismo muy repetido, la transición de cabeza a cuello marcada con una aglomeración de pintura en un trazo más grueso y el remate de la crin muy agudo. El animal está pintado sobre una superficie cóncava (hecho que repite el comprobado en La Pasiega) La dimensión aproximada es de unos 35 cm.. Ninguno de los detalles descritos se aprecian en el toro de la cueva de Las Cabras que tiene los cuernos hacia adelante, como en las figuras más antiguas de La Loja y el trazo continuo y más sencillo y que está pintado sobre una superficie plana y continua, aunque ligeramente craquelada lo que produce la impresión de discontinuidad en el trazo cérvico-dorsal. La figura está completa y presenta una curiosa disposición de la línea del pecho, doble, la exterior de la misma finura que el resto de los trazos y la interior, al parecer postiza o añadida, mucho más gruesa. La inserción de la línea fina en el extremo interno del maxilar es correcta y continúa la curvatura de la cabeza en tanto que la unión con la línea interior gruesa y desigual parece anómala. En cualquier caso nos encontramos ante una modificación, retoque o complementación de la figura, para cuyo caso no faltan ejemplos y la magistral realización de las pinturas contradice las supuestas hipótesis de un proceso evolutivo en busca de la perfección que únicamente podríamos definir como una complicación de la sencillez inicial que estas figuras muestran.

No podemos situar en el mismo momento técnico y formal denunciado por estas dos figuras de Cieza los caballos de Fuente del Trucho (Colungo, Huesca), pero en cambio los paralelismos con los caballos antiguos cantábricos son evidentes. Podrían aducirse el caballo de la Haza, que Breuil describe como de trazo baboso y parcialmente tamponado (exactamente la misma técnica de Cieza), con el cuello muy convexo y también las figuras de Covalanas y los caballos de La Pasiega que Breuil calificó de perigordienses· J. Salmerón y su equipo sitúan estas pinturas apoyándose en los trabajos de Villaverde sobre El Parpalló entre el Solutrense Superior y el Solútreo-gravetiense (19.000 a 17.000) y buscan paralelos en La Pasiega, Trinidad y La Pileta, encajándolas en los finales el estilo III de Leroi-Gourhan

EL CASO PARALELO DE LAS PINTURAS DE LA CUEVA DE AMBROSIO

La cueva Ambrosio (Almería), muy próxima a los abrigos pintados de Lorca y a los de Velez, comunicada por Sergio Ripoll al Congreso de Lérida, en noviembre de

1992, además de una breve noticia en 1994 viene a confirmar los descubrimientos realizados por Javier Fortea en la zona del Nalón, con grabados, entre otros temas de caballos cubiertos por estratos arqueológicos que llegan sobradamente hasta el Magdaleniense medio, pero que tienen debajo los Solutrenses incluso de fase muy antigua, de la misma época que los ya citados, aunque con la diferencia de que en el caso asturiano los santuarios están en abrigos al aire libre circunstancia que se produce tambien en el caballo semejante desde el punto de vista formal de Piedras Blancas en Escullar (Almería) El conjunto de Cueva Ambrosio sirve de referencia para la datación de las pinturas de Cieza y para el planteamiento de que las primeras etapas de la pintura parietal no se monopolizan por los yacimientos pirenaico-cantábricos. Sergio Ripoll da cuenta de que había encontrado ya, fuera de contexto arqueológico, un compresor-retocador con un caballo grabado que se dio a conocer en 1987 y que se dató por razones estilísticas en el Solutrense.y se integraba en el conjunto que, partiendo del Parpalló, permitía asegurar dataciones antiguas para las representaciones naturalistas del litoral mediterráneo. En 1992 apareció un caballo grabado de 29 cm. de largo por 16,2 de alto, acompañado de un pájaro, tal vez una perdiz, la parte delantera de un bóvido y una línea cervico-dorsal de otro équido, aparte de un «tectiforme» cuadrangular y los cuartos traseros de un cuadrúpedo. Importa especialmente el Panel II, con un enorme caballo pintado en ocre rojo oscuro, de 85 cm. de largo por 15,2 de alto, vuelto hacia la izquierda, acompañado de otro caballo, esta vez grabado, de 128,7 cm. de largo y de numerosas líneas. Según expone S.Ripoll: «Las representaciones grabadas en la parte superior del Panel I estaban recubiertas por un nivel epipaleolítico y en parte por el nivel I amarillo esteril que corresponde a la base de un nivel idéntico situado entre las capas del Solutrense superior evolucionado y del Solutrense superior. Puede pensarse, por lo tanto, que estas figuras fueron realizadas a partir del nivel II, atribuido al Solutrense superior evolucionado y fechado en 16,500 BP± 280. Viene enseguida el nivel III amarillo igualmente esteril y finalmente el nivel IV, Solutrense superior. Dado que las pinturas de los Paneles I (parte inferior) y II estaban cubiertos por el nivel I estéril, el nivel II del Solutrense superior evolucionado y una parte del nivel III estéril puede deducirse que estas representaciones fueron realizadas a partir del Solutrense superior, fechado en 16,560 BO ± 280».

Las diferencias de detalle respecto del caballo de la cueva de Jorge, en Cieza, son numerosas, pero la coincidencia con la traza general de la figura es absoluta: sobre todo las orejas, el remate de la crin, la forma de la cabeza, el morro y el maxilar, aunque en el ejemplar de Cieza no aparece el reforzamiento de la pintura en la crin ni en el ejemplar almeriense la técnica de trazo baboso sobre tamponado, pudiéndose asegurar que ambas figuras corresponden a una misma etapa cronológico-estilística.

En cualquier caso es necesario recordar que los nuevos hallazgos en Andalucía han mostrado figuras de una simplicidad muy aproximada a la que presentan las pinturas de Cieza o Cueva Ambrosio independientemente de la datación que se les otorgue y las dificultades para someterlos a unos planteamientos comunes dentro de la «provincia mediterránea» o de una comarcalización del arte paleolítico en las primeras fases de su desarrollo y que las pinturas paleolíticas de Cieza son inseparables del cada vez más numeroso conjunto andaluz extendido desde cueva Ambrosio y Almaceta a Málaga, Granada y Jaén y del que podría calificarse de Mediterráneo levantino con El Toro de Benalmádena, Navarro, Victoria e Higuerón en el Rincón de la Victoria, Nerja, Malalmuerzo de Moclín y el Morrón. En cambio nada tiene que ver con el inédito caballo rojo de la sala I de Escoural cuyos caballos negros tienen una remota semejanza estilística con los demás de la «provincia mediterránea» de Graziosi.

Los hallazgos de todo el litoral del Mediterráneo, las plaquetas de la Roca y las demás estaciones alicantinas con las discrepancias en las dataciones, la datación de los grabados y pinturas de España central, especialmente de Domingo García, Siega Verde y Foz Côa con frecuencia apoyadas en simples planteamientos estilísticos deben hacer reflexionar sobre este problema. Piénsese en temas como el de la potencia del Epigravetiense italiano con el asombroso descubrimiento del Riparo Villabruna A en los Dolomitas, aunque se salga de la época que nos ocupa, con fechas del 12.000 BP o en la tradicional zona cantábrica en la antigua fecha para las manos de la cueva de El Salín.

Cada vez con más frecuencia aparecen dataciones muy antiguas para elementos aislados como las manos de Cosquer o de Salin y para conjuntos como los de Cueva Ambrosio o de los abrigos del Nalón y especialmente las anteriores al 30.000 BP en la Cueva Chauvet. Deja de ser una corriente de moda el rejuvenecimiento del arte paleolítico que, aunque no se haya difundido suficientemente, inició inteligentemente Max Raphael que encerraba todo este arte en un corto periodo entre el 18000 y el 8000 a.C. y ordenó Leroi-Gourhan que concentró la mayor parte del arte parietal en sus estilos III y IV

VIAS DE DIFUSION DEL ARTE RUPESTRE. PALEOLITICO.

Dentro de los sistemas de Breuil y, en cierto modo, de Leroi-Gourhan el núcleo esencial del arte de cazadores nacido en los albores del Paleolítico superior estaba en Francia, esencialmente en la zona Sudoeste, entre la Dordoña, el Ariège y los Pirineos y en España, en Santander con extensiones hacia Asturias y una estrecha vinculación con los yacimientos franceses. Se dibujaba así un camino continental que en el país vecino llegaría por el norte hasta el Loira y por el Este hasta el Ródano y en la Península hasta la Meseta Norte y Extremadura, Guadalajara en la Meseta Sur y Andalucía, desde la Pileta y la zona del Estrecho de Gibraltar hasta las provincias orientales. En Portugal los descubrimientos de Escoural en Montemor o Novo (Evora) y de Mazouco en Freixo da Espada a Cinto integrado éste en el conjunto de más de 17 km. de largo de Foz Côa podían asimilarse a las zonas de Andalucía Occidental y el Duero, respectivamente.

Para tratar de establecer los puntos originales del arte

paleolítico se ha atendido a la repetición de convencionalismos y elementos formales, estableciendo normas evolutivas según los peligrosos conceptos de imitación y difusión, perfeccionamiento o de degeneración y estilización que han llevado a suponer que las zonas perimetrales de la Península dependían de la cantábrica como en Francia ocurriría respecto de las «expansiones» hacia el Norte y el Este. Una carta de distribución tradicional permitiría facilmente buscar los caminos de Norte a Sur por los pasos del Pirineo y los montes Cantábricos, con los primeros contactos en Fuente del Trucho (Huesca), Ojo Guareña, Atapuerca y Penches (Burgos) y el descenso hasta el Duero, y el Tajo con Domingo García y la Griega (Segovia), Piedras Blancas y Siega Verde en (Salamanca), Maltravieso (Cáceres) y Mazouco y Foz Côa desde la confluencia de este río con el Duero y una veintena de kilómetros en el Tajo desde Fratel a Herrera de Alcántara, aunque aquí no existan grabados paleolíticos, con los Casares y la Hoz (Guadalajara) y Mazouco (Freixo da Espada Cinto, Portugal) como puntos extremos en esta zona central, siendo la expansión más alejada hacia el Sur la andaluza, desde Cueva Ambrosio, en Almería hasta la Pileta (Ronda, Málaga) y el Tajo de las Figuras, en la Laguna de la Janda (Cádiz).

EL SUPUESTO CAMINO MEDITERRANEO

Las ideas derivadas de la elaboración general de Breuil, poco discutidas inicialmente, mostraron pronto su debilidad. El descubrimiento de las plaquetas grabados y pintadas de la cueva del Parpalló, en niveles bien fechados, buena parte de ellas en el solutrense, vino a romper la aparente seguridad del esquema de Breuil; por otra parte el hallazgo de Romanelli, también con plaquetas, en el Sur de Italia, al que se añadió el grabado parietal de Romito venían a mostrar que el hallazgo del Parpalló no era un caso aislado dando origen, en cierto modo, a la idea de la provincia mediterránea de Graziosi, con cuya hipótesis trataba de salir al paso de los problemas y perturbaciones del esquema general suscitados por los hallazgos mobiliares citados, incluyendo en la citada serie los andaluces de la Pileta y Ardales, conocidos desde hacía tiempo pero que se habían apartado como cosa excepcional en las construcciones generales. No puede olvidarse que en la zona de Andalucía oriental Cueva Ambrosio y Escúllar (Almería) o el Morrón y Nerja (Málaga) enlazan con la de Cieza y cubren el supuesto vacío geográfico. El descubrimiento de los grabados parietales de La Taverna (Margalef, Tarragona) y de la Cova Fosca de la Vall de Ebo (Alicante) muestra que este camino mediterráneo puede aplicarse tanto al arte mobiliar sobre plaquetas como al parietal con una apreciable presencia cuantitativa aunque se pueden aducir muchas excepciones a la regla estilística general.

La aparición de arte paleolítico en Cuciulat (Transilvania, Rumanía), Kapova (Urales, URSS), Antalia (Anatolia meridional,Turquía) permiten dudar sobre la existencia de rutas más o menos fijas que sirvieran a «invasiones» de modo continuado y postular la permanencia de ideas comunes en amplias zonas. Por otra parte el monolitismo de las hipótesis derivadas de la idea general de caverna y de oscuridad se rompe con los «santuarios al aire libre» entre los que serían de especial interés para nuestro tema los del rio Nalón, en las proximidades de Oviedo y el de Santiago García, el de Piedra Blanca y el de Siega Verde, en Salamanca o el de Mazouco y los de Foz Côa, en Portugal.

Un descubrimiento relativamente reciente que puede cambiar las ideas acerca del hiatus entre el arte paleolítico y el «levantino», con clara afiliación mediterránea, es el de plaquetas en niveles azilienses del sur de Francia o epipaleolíticos de Galdames (Guipúzcoa), San Gregori de Falset (Tarragona), la Cocina (Valencia) o el Barranc y la Roca (Alicante) y Nerja (Málaga) que prolongan el estilo magdaleniense en etapa muy posterior y que podrían arrastrar a pinturas y grabados supuestos magdalenienses porque se creía que tras el Magdaleniense VI el arte naturalista se extinguía para, tras un vacío, ser reemplazado por las pinturas de los cantos azilienses en el Sur de Francia y en el Norte de España y por el «arte levantino» en la zona Oriental de la Península. Al hallarse estas plaquetas del abri Murat de Rocamadour o de Laborie del Rey en estratos fechados postpaleolíticos aseguran tal datación para estas muestras del arte naturalista que postulan la misma datación para formas semejantes parietales. Por lo tanto el camino mediterráneo está garantizado, no sabemos en qué dirección, incluso durante el Paleolítico superior y, desde luego, en las etapas inmediatamente posteriores. No es fácil aceptar que estas circunstancias colmaten el vacío cronológico admitido hasta ahora, pero desaparece el corte brusco del arte paleolítico y la idea de aislamiento o de compartimentos que hasta ahora predominaba.

EL ARTE POSPALEOLITICO DEL SUDESTE Y LOS DESCUBRIMIENTOS RECIENTES EN LA SIERRA DE QUESADA (JAEN).

Es muy difícil separar culturalmente el arte parietal o mobiliar de las actuales provincias de Albacete (en su zona meridional), de Murcia (en su área central) y de la costa y sierras del Sur de Alicante y su prolongación por el litoral mediterráneo hasta Almería y por el interior a través del camino del Alto Guadalquivir hasta la zona de Quesada, en la provincia de Jaén, donde recientes descubrimientos han puesto de relieve la existencia de arte «levantino», «seminaturalista» y «esquemático».

La simple contemplación de una elemental carta de distribución muestra una acusada diferencia de la densidad de yacimientos con arte parietal en la concreta zona que presentamos y los últimos descubrimientos de cuevas con grabados y pinturas paleolíticos en Ayna (Albacete), la cueva del Niño, en la Vall d'Ebo (Alicante), la cueva Fosca y la de Reinós y en la misma comarca en la Vall de Gallinera, la cueva del Aliga, aseguran la continuidad, de la que no deben excluirse las plaquetas valencianas de la cueva del Parpalló (Gandía), Les Mallaetes (Barig), las alicantinas del Barranc, en la Vall de Laguart, Tossal de la Roca en la Vall de Alcalá y Les Cendres (Teulada) y tampoco los trazos magdalenienses pintados sobre hueso en la cueva de del Vocán del Faro (Cullera), dejando aparte los grabados profundos «fusiformes» de discutida cronología, sin que entremos ahora en

detalles acerca de estos yacimientos, desigualmente publicados. Parece claro que se acentúa la continuidad del peculiar arte paleolítico de la región, el de plaquetas epipaleolíticas que no se separan de lo que Graziosi llamó la «provincia mediterránea» y, precisamente en esta comarca, la aparición de los estilos «prelevantinos» del tipo de Petracos y el «lineal-geométrico» para continuar con el «levantino» con su varias fases, añadir en una posición cronológica indecisa las toscas figuras del interior de las cuevas de Peña Rubia (Las Palomas, Las Conchas y el Humo) en Cehegín y del covacho profundo de La Higuera, en Mazarrón, e incluso el cuadrúpedo de Las Arañas del Carabasí en Santa Pola, una veintena de metros al interior, como en la de Peña Rubia y desembocar en todos los seminaturalismos o subesquematismos que vienen a encubrir nuestro desconocimiento de estas fases intermedias y en el «esquematismo» que nuevamente es una etiqueta que aplicamos a las más diversas manifestaciones plásticas de las Edades del metal hasta la llegada del arte clásico en la II Edad del Hierro. Santa Pola como Mazarrón ofrecen ejemplos de pinturas de estilo supuestamente levantino a la orilla del mar, como la figurilla de La Joquera en Borriol (Castellón). El único ejemplo que podría parangonarse con los que constituyen esta continuidad es el discutido y, por desgracia desaparecido, de la Moleta de Cartagena en San Carlos de la Rápita (Tarragona) donde E..Ripoll identificó un bóvido paleolítico junto a unas figuras humanas estilizadas levantina, pero aunque encaje en la idea de la «provincia paleolítica mediterránea» está muy lejos de la comarca que nos ocupa.Y un caso del mayor interés que podría parangonarse con la etapa que en el Sudeste suponen Cehegín y Mazarrón, serían los arqueros de Viveda, en Cantabria, que nada tienen que ver con el arte «levantino», pero menos con el «esquemático».

Resulta así que, independientemente de los vacíos cronológicos que no se cubren por los escasos ejemplos de algunas de las fases citadas, en esta zona del Sudeste español encontramos la secuencia más completa del arte prehistórico en toda la Península. De paso queda de manifiesto la convencionalidad de términos como los de «arte levantino» o «esquemático» cómodos pero ambiguos y comprendiendo muchas variedades quizá determinadas por razones geográficas o de comarcalización de ideas generales.

Las características geográficas otorgan una comunidad a la zona serrana que habría que llevar desde Bicorp (Valencia) a Alpera. Minateda y Nerpio (Albacete), con especial incidencia en Ayna de la Cueva del Niño, paleolítica, y en Cantos de la Visera (Yecla) de una clara superposición del arte levantino sobre pinturas esquemáticas como la gran figura de ave y la extraña significación de la cueva del Peliciego en Jumilla y el peculiar aspecto de muchas de las figuras de la cueva de Los Grajos, en Cieza. Este grupo alcanzaría las figuras naturalistas de la zona de los Vélez, con los grabados solutrenses de Cueva Ambrosio. Otra agrupación geográficamente coherente, también con los ejemplos paleolíticos de cueva Fosca y los de su zona, y los de tipo Petracos desde El Bosquet de Mogente a Cocentaina nos llevaría a la cueva de la Sarga, en Alcoy, con la superposición de figuras lineal-geométricas sobre levantinas, y de este estilo en Benisa o Jalón.

La anterior enumeración permite el establecimiento de un grupo murciano levantino «clásico» con Cantos de la Visera, Cañaíca del Calar, el Milano y La Risca que iría seguido de otro «evolucionado» que podría empalmar con el seminaturalismo con Fuente del Sabuco (Moratalla), Los Grajos (Cieza), El Peliciego (Jumilla), Las Conchas, el Humo y las Palomas (Cehegín) y La Higuera (Cartagena). Un bloque «esquemático» comprendería una larga serie de estaciones como Monte Arabí (Yecla), Cañaíca del Calar (Moratalla), El Pozo, Sierra Molino y Sima de la Serreta (Calasparra), Los Almadenes y Los Paradores (Lorca). La relación es indudable con los abrigos valencianos de Dos Aguas (abrigos del Ciervo, la Pareja y el Cinto de la Ventana, éste de fase muy evolucionada), Els Covarjos, Bicorp (La Araña -con superposición de figuras levantinas sobre zig-zags geométricos-, El Garrofero, Los Gineses-con una fase análoga como en la Araña y en La Sarga o en Marmalo en Villar del Humo y en Los Chaparros de Albalate del Arzobispo-).Charco de la Madera, Balsa de Calicanto -con ciervos naturalistas sobre zig-zags como en La Sarga y Gavidia-), Millares (abrigo de las Cañas), Navarrés (El Garrofero), Quesa (abrigo de Voro), Castell de Castells (Pla de Petracos y muchos otros abrigos), Alcoy (La Sarga, con una espiral tipo Petracos y ciervos sobre temas geométricos), Ayora (Tortosilla y el Sordo), Benisa y Xaló. En Albacete Alpera (La Vieja y el Queso) y Minateda.

Y la misma relación podemos establecer con el grupo de pinturas de la sierra de Quesada, con una figura levantina semejante en técnica a otras de Alpera, La Sarga y otros abrigos de la zona de Valencia y Albacete, en la cueva del Encajero, figuras seminaturalistas de minúsculo tamaño en la cueva de Vallejo y una gran variedad de figuras equemáticas de muy extensa cronología en otros abrigos sin contar con las aún inéditas manos positivas de la cueva de Clarillo que deben ser asignadas a esta época.

La continuidad de los distintos «estilos» desde el paleolítico hasta el esquemático no supone una evolución continua por dinámica interna y son muchos los casos que conocemos de continuidad geográfica sin contaminación estilística o imitación. En principio podríamos plantear la hipótesis de que las nuevas ideas de los metalúrgicos del Eneolítico aprovecharon los abrigos pintados levantinos o seminaturalistas introduciendo algunas figuras en los paneles ya existentes o disponiendo otros contiguos, como hallamos en el ejemplo de Cañaíca del Calar o Monte Arabí. Este fenómeno ya se había producido respecto de los abrigos con pinturas de tipo Petracos o lineal-geométricas por los pintores «levantinos», cosa que no se había producido en relación con los grabados paleolíticos de la zona. No puede excluirse que a los fenómenos de difusión se añadiesen los de evolución en círculo relativamente cerrado. Los artistas levantinos, sin duda, evolucionaron en su estilo con una clara tendencia a la estilización; así en Los Paradores de Lorca, aparece una figura humana esquemática , en color rojo vivo, en forma de doble Y, una de ellas sexuada; en cambio la figura de la cueva del Tio Labrador, de la misma localidad, nos parece de época histórica, con los brazos levantados a modo de orante y la parte inferior del cuerpo triangular. En los abrigos del Pozo (Calasparra), las

figuras seminaturalistas presentan repintados de cuadrúpedos, con presencia de hombres en phi y esquematizaciones humanas y animales; y del mismo tipo son las figuras y esquemas de La Serreta. En Socovos (Albacete) una figura oculada recuerda las incisiones sobre cerámica de los Millares, los grabados sobre hueso o piedra y todo el mundo de la diosa de los Ojos de Tell Brak, extendida su figuración hasta el santuario de Garvão, al Sur de Portugal.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 133 - 143

ASPECTOS PARA LA DOCUMENTACION GRAFICA DEL ARTE RUPESTRE

Miguel San Nicolás del Toro[1]

LA DOCUMENTACIÓN GRAFICA.

La calidad, cantidad y variedad de sitios de arte rupestre en España, incrementado en los últimos años, ha tenido una justa correspondencia con la valoración por parte de la Ley del Patrimonio Histórico Español como Bien de Interés Cultural por ministerio de la citada Ley. A ello se añade la publicación de varios *corpora* de arte rupestre (Cataluña, Valencia, Castilla-León,...) y artículos más específicos que documentan los conjuntos. Los cerramientos y la difusión social mediante parques culturales, contribuye a la protección y disfrute de los mismos.

En este panorama alentador hay también acciones destructivas, principalmente antrópicas, que se suman al proceso natural de cambio de las pictografías y su entorno.

En esta exposición de motivos, la documentación gráfica del arte rupestre se configura como el método más eficaz para la conservación y estudio de nuestro primer arte.

Los avances científicos acaecidos en los últimos años, especialmente en lo concerniente al tratamiento digital de la imagen, viene a dar una nueva e importante ampliación al registro analógico que sigue, por otra parte, en plena vigencia.

En la documentación gráfica se persigue obtener una transcripción no interpretativa del registro arqueológico en su contexto mediato. En la toma de información necesitaremos además de los valores pictóricos, los métricos, etc.

Con frecuencia, la revisión de antiguos calcos ha modificado viejas hipótesis interpretativas, existiendo en la actualidad un fenómeno generalizado, de realizar una nueva documentación más fidedigna con auxilio de las nuevas tecnologías, por parte de investigadores y administraciones.

Igualmente y como consecuencia de una mayor valoración, se atienden en la documentación los aspectos que incide en la protección y que no eran suficientemente contemplados hasta ahora: grietas, formaciones calcíticas, desprendimientos, etc.

Fortea y Clottes (1993) han insistido en la necesidad de publicar el arte rupestre para «salvar» el sitio, idea expuesta en la Mesa Redonda Hispano-Francesa para la protección y conservación del arte rupestre paleolítico. Esta afirmación es especialmente válida para casos tales como el que afecta al abrigo del Mojao (Lorca), destruido parcialmente pocos días después del descubrimiento. Unas fotografías tomadas el mismo día de la visita es el mejor documento que nos queda de este singular conjunto. Para ello es previa la documentación.

Los calcos

Erosión y veladuras son dos de las causas principales que impiden visualizar el arte parietal. La mirada de un experto y una buena fotografía nos permite una mejor visión. Pero la información más evidente nos la proporciona el calco, por el cual el especialista ha interpretado el soporte y el contenido y, a través de una síntesis selectiva de la información, se plasma en el papel el arte rupestre.

Después de más de doscientos años en la obtención de calcos (1783 en Fuencaliente, Ciudad Real), se ha pasado del dibujo hecho a mano alzada a otros de características más precisas y fidedignas.

Siguen fundamentados los calcos en la selección personal de la información por parte de los investigadores, con la parte negativa de que es subjetivo y con la positiva por la excelente capacidad humana de síntesis.

La validez del documento estriba en la recogida lo más fiel del hecho pictórico, en reflejar lo importante y eliminar lo accesorio.

Un serio competidor, aún en fase de experimentación, lo constituye el ordenador que selecciona la información con criterios matemáticos, aparentemente objetivos.

(1) Centro Regional de Arqueología de la Dirección General de Cultura de Murcia. Gran Vía, 42-6.ª, 30005 Murcia.
E-mail: miguel.sannicolas@cult.cult.carm.es

Admitiendo la validez de la copia o calco obtenido por el método *tradicional*, advertimos la escasa bibliografía que trata el modo de obtener calcos de las pinturas. El manejo es desigual por parte de los investigadores, lo cual queda reflejado en las publicaciones y corre paralelo al desarrollo de la investigación y formación de los investigadores.

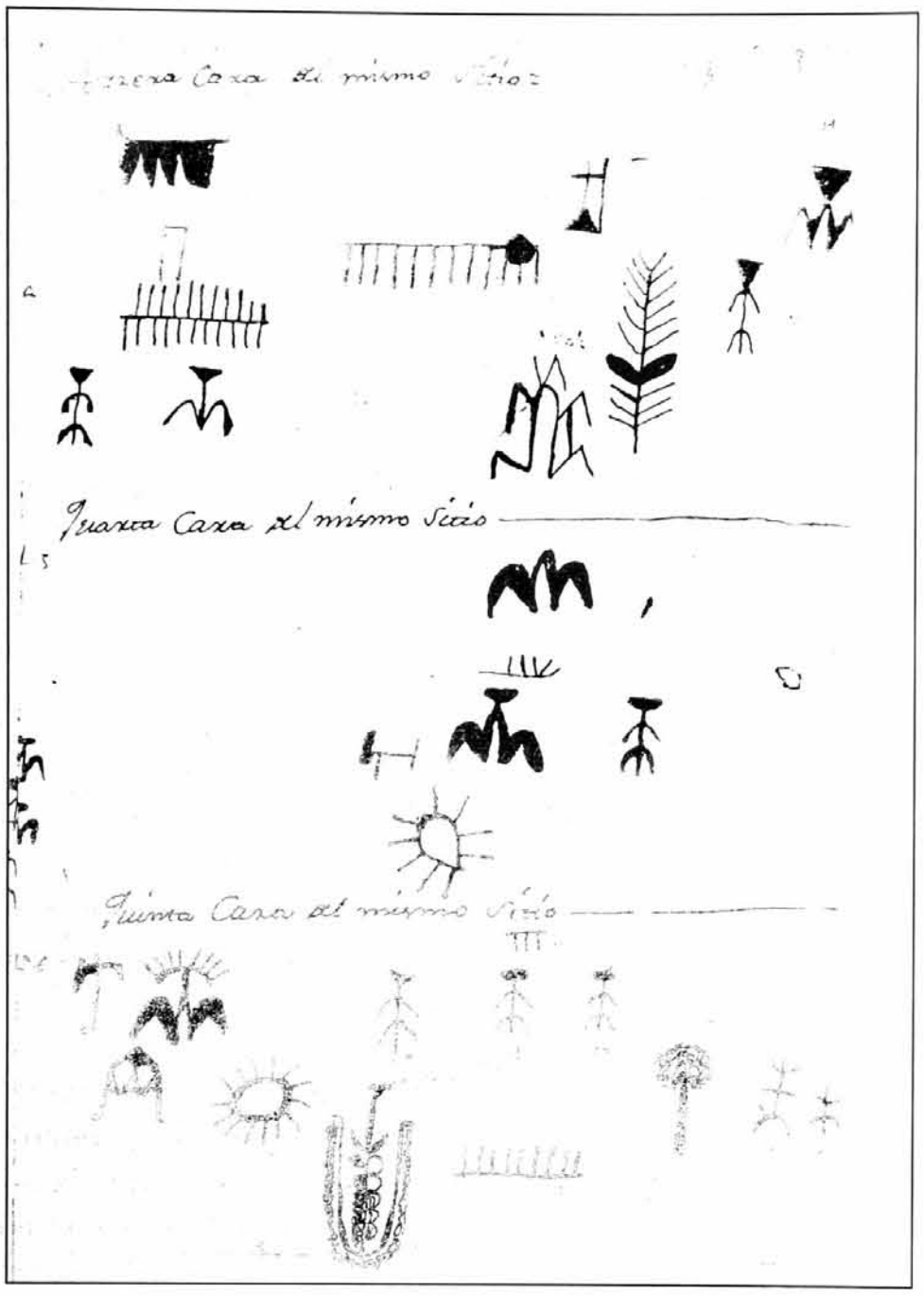


Fig. 1. Copia de las pinturas rupestres de Fuencaliente (Ciudad Real). en 1783.

Distinguimos dos aspectos fundamentales: los estrictamente métricos y la *interpretación* que se produce con el traslado de la realidad al papel.

Mediante el *calco* se registran visualmente los datos de unas pinturas, que conlleva una interpretación de la información de campo, derivada de la selección y manipulación de los datos de una manera subjetiva, dependiendo del autor de los trabajos. Un mismo panel, calcado por distintos autores, producirá siempre resultados igualmente diferentes.

Con el registro de las pictografías y, en general, con el gráfico se documentan las pinturas como si de un texto se tratara. Con él damos la precisa localización de las evidencias, describimos el objeto y lo interpretamos. Es por ello que no debe estar alejado del planteamiento general de la investigación arqueológica, sino que convive con la misma y así se puede apreciar en las publicaciones correspondientes.

Cada universidad e incluso cada investigador posee unos conocimientos concretos y otros comunes para sus pro-

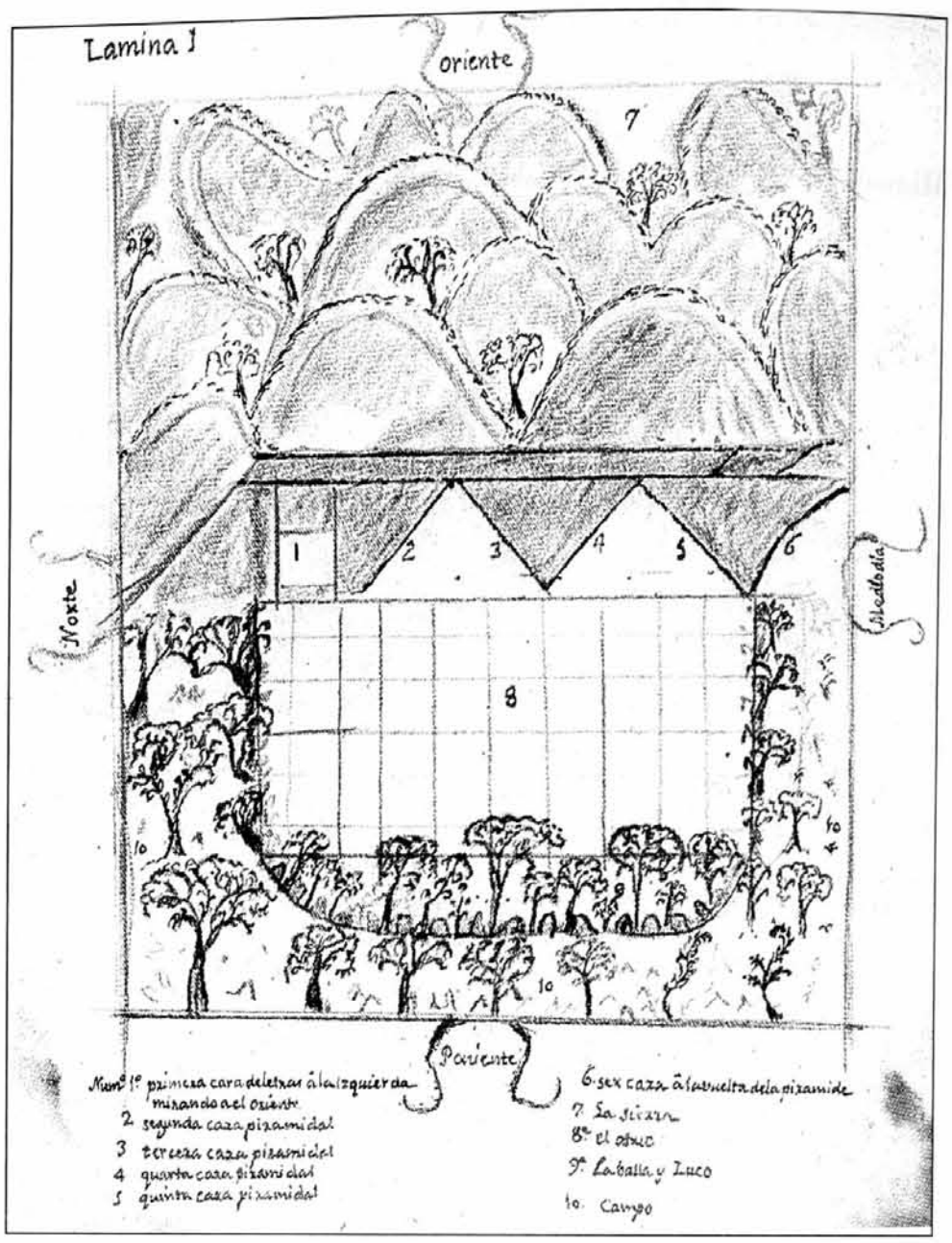


Fig. 2. Plano de situación de pinturas rupestres de Fuencaliente (Ciudad Real). en 1783.

pios trabajos, obtenidos de la *escuela* a la que pertenece y por propia y dura experiencia. Los resultados son de desigual calidad y efectividad. Esta desigualdad parte ya del trabajo de campo, principalmente por el método empleado.

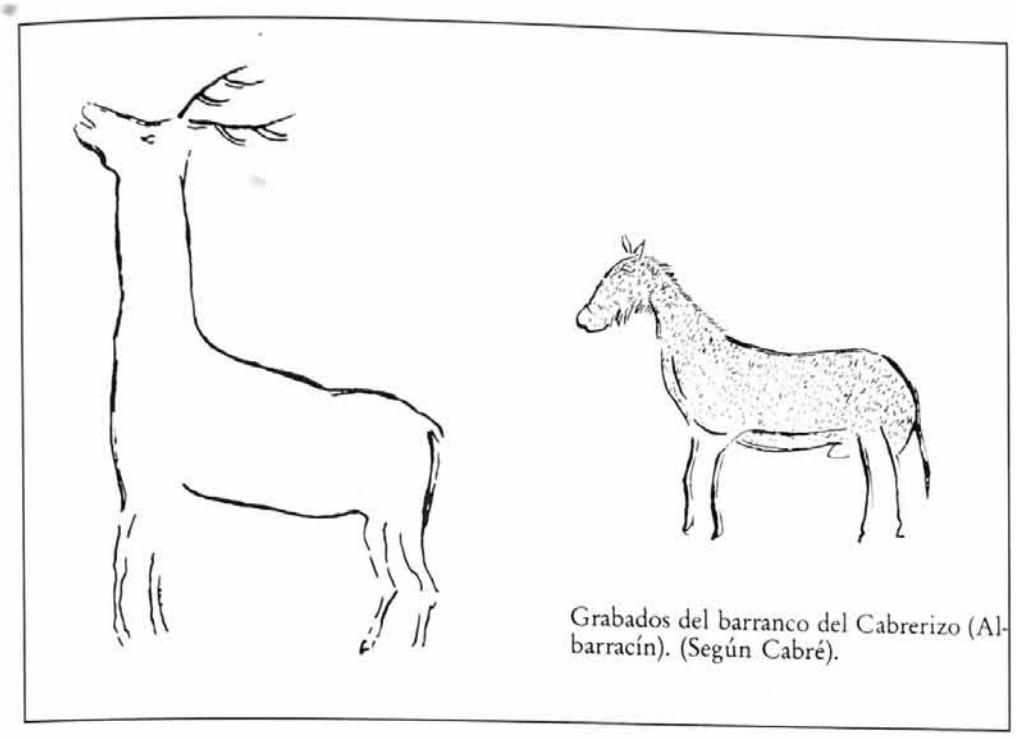
Destacamos el breve pero importante trabajo de J. L. Sanchidrián (1987) que aborda monográfica y prácticamente la documentación del arte rupestre, posterior al que años antes publicara A. Beltrán (1981) y que es específicamente el primero que aborda la *metodología del trabajo sobre el terreno en el arte rupestre*. Tras declarar el primero que la obtención de calcos directos es un auténtico atentado contra el Patrimonio, plantea la necesidad del calco indirecto por suspensión como por fotografía, así como de la fotogrametría.

En el sistema de suspensión, una superficie transparente (tensa y montada sobre un bastidor), se aproxima a la superficie pintada, sin tocarla. Plantea muchos problemas prácticos para asegurar una correcta reproducción de pictografías ubicadas en lugares difíciles.

El calco indirecto mediante la fotografía, se basa en calcar el motivo proyectado desde una diapositiva o copia en papel. Proporciona una buena calidad de interpretación por varios motivos, pero el paso de una proyección ortogonal a otra cónica que supone la cámara fotográfica, produce necesariamente anamorfosis en las figuras.

La corrección óptica de los fotogramas es un tema prioritario para el arqueólogo y se resuelve por varios procedimientos que van desde correcciones artesanales a la fotogrametría.

Con la práctica, y para el arte de la fachada peninsular mediterránea, asistimos a la realización directa de cal-



Grabados del barranco del Cabrerizo (Albarracín). (Según Cabré).

Fig. 3. Grabados del Barranco del Cabrerizo (Albarracín), según Cabré.

cos apoyados en la fotografía. Encontramos buenos calcos de las figuraciones, mientras q
se pueden llegar a errores próximos a 1 m. en un panel de 10 m.

En general, hoy se admite la realización de copias o calcos a escala próxima a 1:1. Para el relleno de color se prefiere el punteado minucioso frente a las tintas planas. La ventaja del primero es que matiza mejor en la definición de bordes y en la intensidad del pigmento. El calco debe tener escala gráfica y numérica, haciendo coincidir la primera con la horizontal. Las figuras llevan un número que corresponde al inventario.

Se presentan paneles completos, aunque las figuras resulten muy pequeñas. La falta de definición se compensa mediante la ampliación de figuras aisladas.

Junto a la realización de los calcos, hay que georreferenciar éstos en relación a la cueva o abrigo, representando éstos en planta y sección, intentando hacer coincidir la última con las pinturas. Esto nos permite situar las pinturas y referirlas espacialmente en su lugar. Igualmente, es conveniente indicar las curvas de nivel y en las secciones tramar con la normalización geológica.

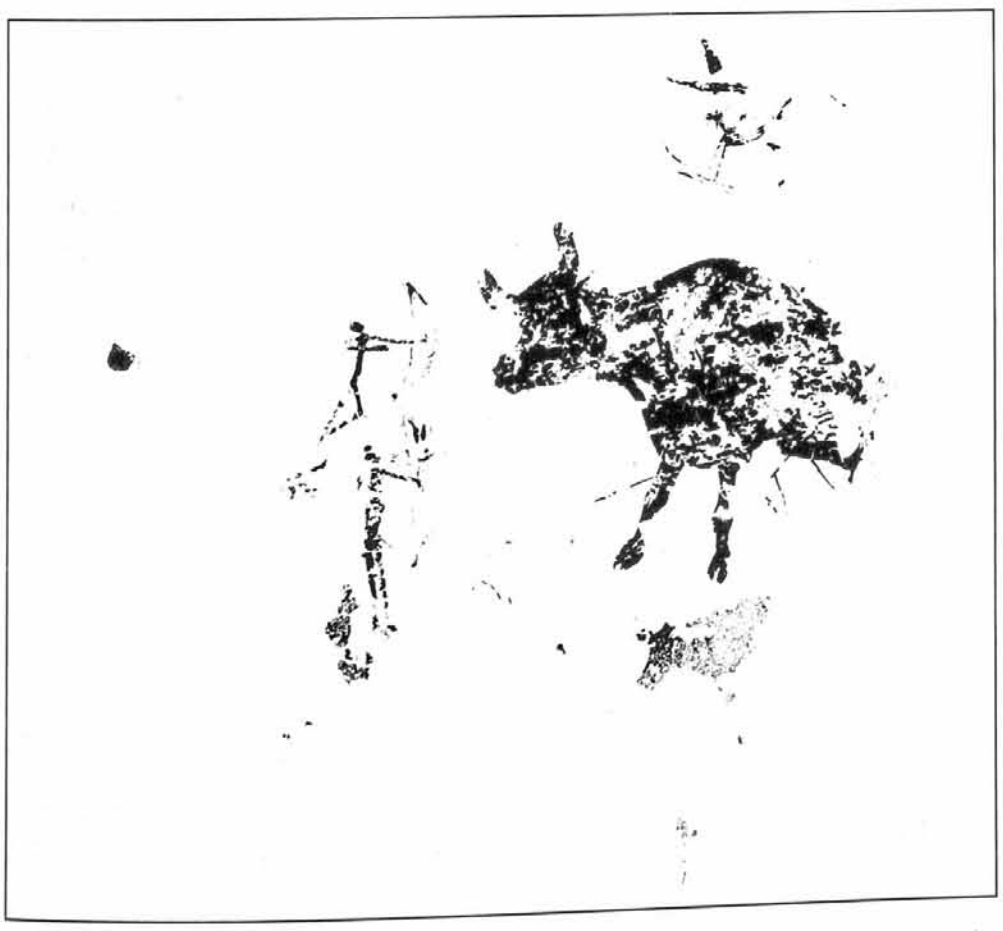


Fig. 4. Calco de Mas d'en Ramón d'en Besso (Montblanc), según A. Alonso.

La fotogrametría

Las posibilidades de los levantamientos fotogramétricos terrestres para el estudio de las pinturas rupestres en Murcia, nos fueron sugeridas a la vista de los trabajos efectuados por A. Llanos y F.J. García Lázaro (1980), del Instituto Geográfico Nacional, durante 1977 en el techo de la sala de las pinturas de la Cueva de Altamira. Hay que considerarla como pionera en este tema en España. Se recogían así las recomendaciones de la UNESCO que considera la fotogrametría como el procedimiento más idóneo para el registro e inventario de bienes culturales.

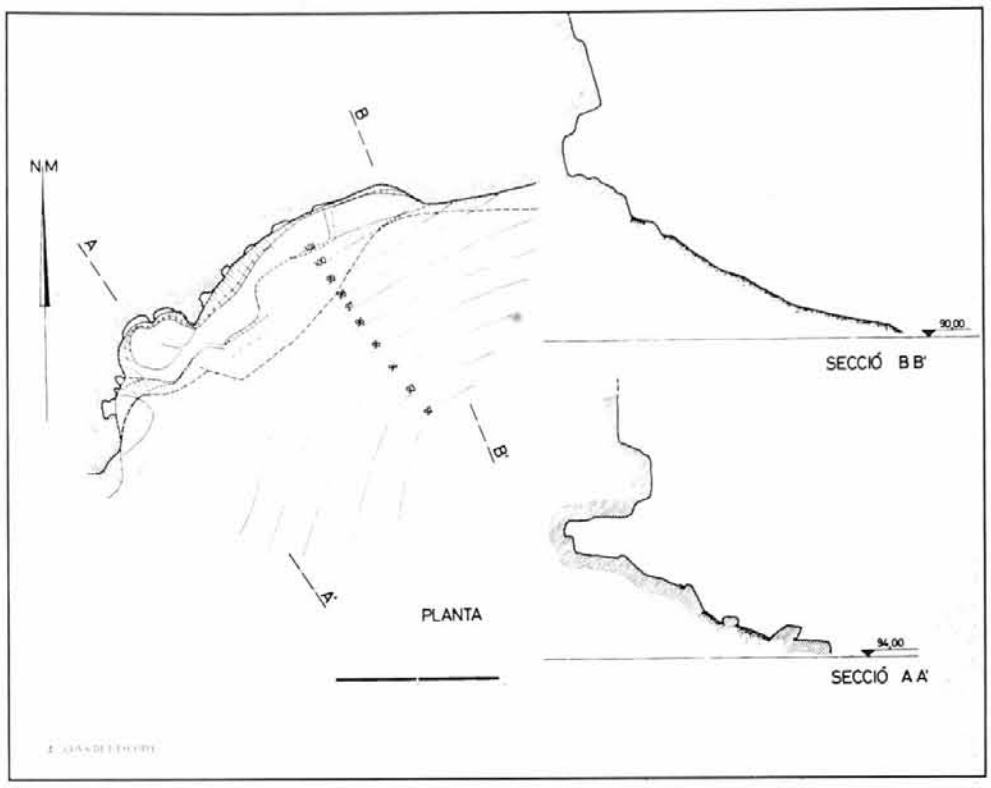


Fig. 5. Planimetría de Mas d'en Ramón d'en Besso (Montblanc), según L. Sant y X. López.

Por nuestra parte, hemos trabajado en la fotogrametría terrestre para el arte rupestre, ofreciendo los primeros resultados en 1989. El acercamiento se produce ante la tarea de recoger documentación acerca del arte rupestre en Murcia. En concreto, nos interesa lo que afecta al registro del pigmento en su contexto espacial. Tras revisar las distintas modalidades de toma de calcos y su representación gráfica, nos pareció que la Fotogrametría era la técnica que ofrecía mayores garantías a ese propósito. En consecuencia presentamos un proyecto al Departamento de Arqueología del I.C.R.B.C. del Ministerio de Cultura que aceptó su financiación.

Un primer ensayo se hizo sobre el panel de arte naturalista de El Milano (Mula, Murcia), siguiendo el método propuesto por Llanos y García e incluso utilizando el mismo tipo de cámara, la costosa, muy precisa y poco manejable UMK 10/1318 F y una 6,6/1381 (empleándose la primera) de Zeiss de Jena en colaboración desinteresada con la Carl Zeiss de España. Para apoyo se usó un teodolito Wild T2. Los pares fotográficos se impresionaron sobre una placa de 18 x 24 cm. en blanco y negro.

La experiencia fue interesante y un primer avance del resultado se ofreció en las Jornadas sobre Metodología Arqueológica de Murcia por Ramón P. García García del Servicio Cartográfico Regional de Murcia (1987). El levantamiento fue a escala 1:1 con una equidistancia entre curvas de 2 mm. y un plano de comparación establecido en

101.00. La restitución se hizo con un equipo digital en Madrid, por un operador ajeno a las labores de campo.

En los Abrigos del Pozo (Calasparra, Murcia), se sustituyó la cámara UMK por su elevado coste y no muy fácil transporte, por otra también métrica.

Para ello se solicitó al Gabinete de Fotogrametría del Ministerio de Cultura (que fundara A. Almagro Gorbea), la colaboración para la toma de modelos, ya que dispone de material especializado y le avala su demostrada experiencia en fotogrametría terrestre.

En un primer intento se ha registrado nuevamente el panel I del Milano para comparar sus resultados con los anteriores, además de los Abrigos del Pozo (Calasparra) y varios paneles de la Cañaíca del Calar y Fuente del Sabuco (Moratalla). Las diferencias estilísticas y de dimensiones de las representaciones y la mayor o menor dificultad de acceso, tanto a ellas como a los propios abrigos, ofrecen la oportunidad de evaluar la resolución de la técnica en cada caso.

La cámara empleada ha sido una P-32 de formato pequeño de 6 x 9 con una focal de 65,98 mm. y película color Kodachrome 76 con soporte en acetato y película blanco-negro sobre placa de vidrio. Se realizaron tomas de cada motivo en ambos tipos. La iluminación fue natural cuando se pudo y en los otros casos se recurrió a la utilización del flash.

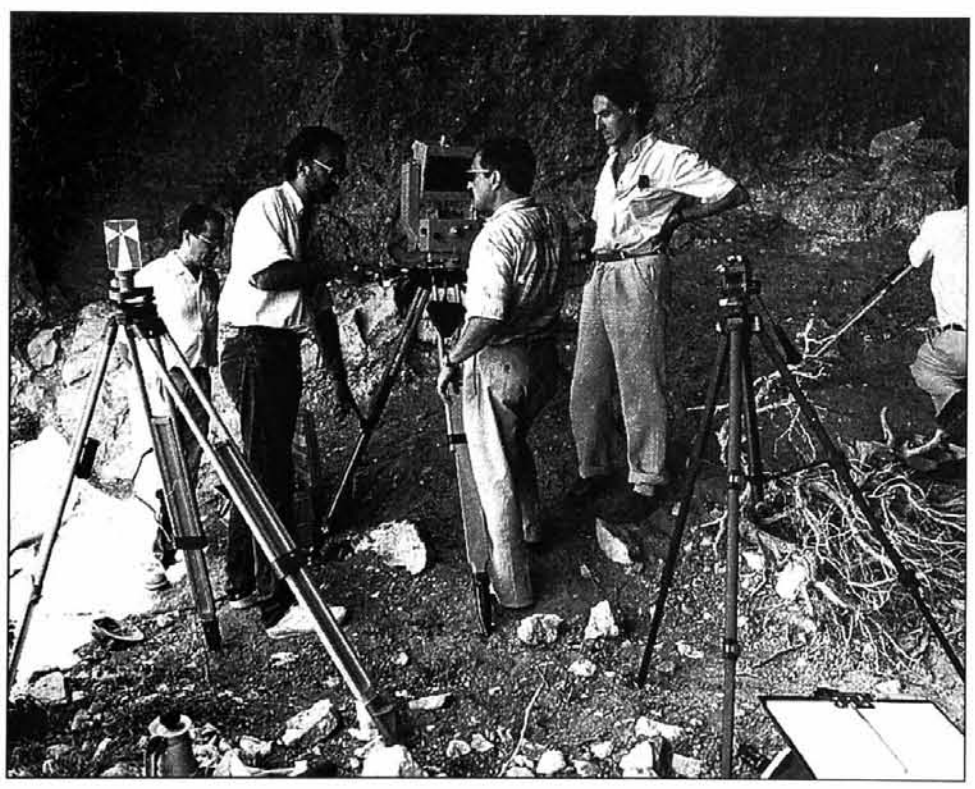


Fig. 6. Equipo de fotogrametría terrestre del Servicio Regional de Cartografía de la Comunidad de Murcia en la Cueva de la Plata (Alhama, Murcia).

Hay que señalar que en la P-32 el centro del objetivo está ligeramente desplazado hacia uno de los lados mayores, con lo que se aprovecha más el fotograma al eliminar zonas muertas que suelen coincidir con el suelo que necesariamente sale al utilizar una focal de gran angular.

Como en la primera experiencia, se ha utilizado un teodolito Wild T2. El apoyo se efectuó por bisección con 6 puntos por par estereoscópico, desde las mismas bases donde se situaron las cámaras.

La ventaja de los negativos color y la diapositiva color respecto a los de blanco-negro es asombrosa a favor de las primeras, tanto para distinguir las tonalidades en el restituidor como para reservar para el futuro un material aprovechable.

El dibujo del plano del panel I de los Abrigo del Pozo se ha efectuado, en un restituidor óptico-mecánico marca Topocart de la Carl Zeiss asistido por antiguo ordenador Cromenco 3102, con una estrecha colaboración entre prehistoriador y operador de fotogrametría. En el trabajo los modelos se formaban a escala 1:5, imponiendo una relación de multiplicación de 2,5:1 entre el modelo y el dibujo para obtener el plano a la escala deseada de 1:2.

El dibujo se ha efectuado en dos soportes transparentes de poliéster superponibles. En el primero ha quedado reflejado el relieve de la pared, representado por curvas de nivel con una equidistancia de 4 mm. y las maestras cada 20 mm. En el segundo se han dibujado tres tipos de información. Primero, se indicaban las grietas naturales con dos líneas cuando el ancho real superaba el milímetro y, con una sola, en caso contrario. Igualmente aparecen la silueta del pigmento para encajar la figura y los accidentes geológicos (coladas, etc.) y botánicos (cianofíceas, etc.).

Una vez obtenidos los originales del restituidor y redelineadas las curvas, se ha procedido a dibujar por el método de puntear las diferentes intensidades cromáticas las distintas figuras recogidas en el plano, apoyados en fotografías en blanco y negro a 1:1 y otras en color. Con el propósito de publicar el material, se ha tomado el color de los pigmentos con las tablas *Pantone Color Formula Guide*.

Una segunda experiencia de levantamientos fotogramétricos sobre arte paleolítico es la efectuada en los paneles grabados de la Cueva de La Llurena en Oviedo dirigida por J. Fortea Pérez. En este caso la documentación ha sido factible administrativamente mediante un convenio suscrito entre la Dirección General de Bellas Artes y el Instituto Geográfico Nacional.

Otro de los aspectos que hemos tenido en cuenta en nuestra investigación es el coste económico del trabajo. Ahora bien, hay que matizar el concepto del gasto ya que lo más costoso es la restitución y lo menos necesario en un primer momento de la intervención. En cambio, los avances en este campo permiten que las tomas fotogramétricas puedan obtenerse ya con una buena cámara de formato igual o superior a 35 mm., siempre que se conozca con precisión la distancia focal. Por nuestra parte, utilizamos la Hasselblad en sus modelos 500C/M y, mejor aún, el SWC con formato 6 x 6 y, en este caso, con un objetivo de 38 mm. que ofrece un ángulo de visión de 90° en diagonal y 72° en horizontal. Este último proporciona unas líneas absolutamente horizontales y verticales sin distorsión con una distancia de enfoque de 0,3 m. a infinito.

	Cámara	Escala	Equidistancia curvas de nivel
Altamira	UMK-10/1318		5 mm.
El Milano	UMK-10/1318	1:1	2 mm.
El Pozo	P-32	1:2	4 mm.

En principio no parecía tener discusión la técnica para mejor documentación del arte rupestre. En la década de los 70-80 la inversión económica era considerable, abaratándose los costos con la introducción de la fotogrametría digital en formatos de 6 x 6 y 35 mm.

Fotogrametría digital.

En lo que respecta al levantamiento fotogramétrico terrestre digital, hemos tenido la ocasión de probar dos sistemas que tienen en común el empleo de cámaras de pequeño formato que recogen pares estereoscópicos o fotografías convergentes con marcas sobre el negativo (fiduciales), que son positivadas y colocadas sobre un tablero digitalizador unido a un ordenador sobre el que se realiza el trabajo y se visualiza en tiempo real sobre un monitor.

El *ECOLVISION 10* es un software que utilizan las cámaras semimétricas Leica y Ricoh provistas de placa reseau de 4/5 marcas fiduciales, formato de 35 mm. y lentes calibradas de 35 a 70 mm. El programa genera ficheros DXF manejables en cualquier sistema CAD. La precisión puede ser milimétrica, según condiciones de trabajo (fotografías cercanas, digitalización sobre ampliaciones,...). Es muy indicado para superficies en las que no se requieran las curvas de nivel. El rendimiento en tiempo respecto del trabajo manual podría situarse en una ventajosa proporción de 1:6.

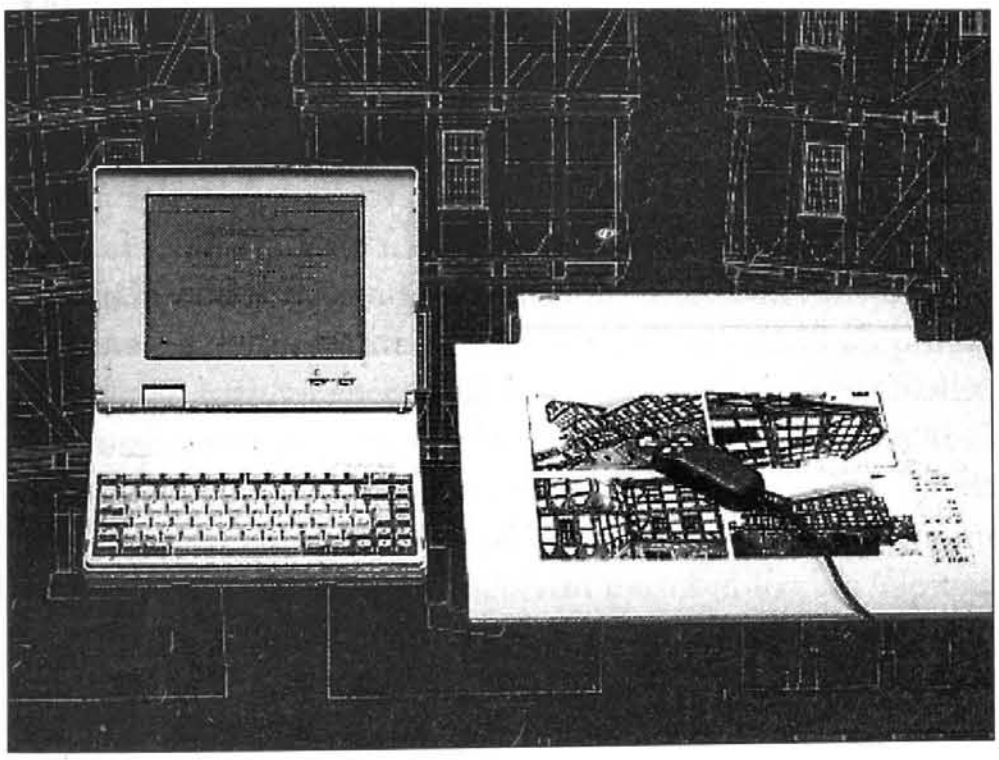


Fig. 7. Estación portátil de fotogrametría digital.

ROLLEIMETRIC parte de cámaras Rolleiflex de formatos 6 x 6 y 35 mm. con óptica calibrada de 40 a 350 mm. y retícula de calibración de hasta 11 x 11. El software específico utilizado es el MR2, que al igual que el anterior no precisa puntos de apoyo y requiere al menos tres fotografías para generar sus coordenadas a través de la intersección de rayos homólogos.

La obtención de pares estereoscópicos de los conjuntos de arte rupestre con apoyo topográfico y, en la medida de lo posible, pasar a la restitución, viene exigida por dos factores interrelacionados. Es el único procedimiento, por ahora, que garantiza una recogida objetiva de la información con posibilidades de futuro. Su generalización permitirá disponer de un catálogo sin los subjetivismos que lastran en la actualidad gran parte de la documentación. Creemos que así el estudio del arte rupestre dejará de ser relegado por los prehistoriadores, no directamente comprometidos en el mismo, convirtiéndose en una información inevitable para abordar cualquier investigación en nuestra disciplina.

LA DOCUMENTACIÓN FOTOGRÁFICA.

La fotografía de arte rupestre tiene, al igual que otras del registro arqueológico, la necesidad de precisión y excelencia técnica, vinculada al conocimiento de las características de la obra que se ha de reproducir. En la obra de documentación no se persigue la belleza de la obra, sino una descripción exhaustiva.

La primera necesidad es la fidelidad a las cualidades físicas del objeto: color, textura, proporción y escala. Esta necesidad de calidad técnica dependerá del uso a que se destine la toma fotográfica. Hay que tener precaución en la *dramatización* de la fotografía, es decir, en la sobresaturación de los colores, escala de tonos, etc. que tienden a provocar distorsiones teatrales para hacer más llamativa e interesante la obra. La imagen debe hablar por sí misma, evitando la manipulación o interpretación del sujeto, especialmente en el arte rupestre que contiene menos elementos directos de referencia. Es necesaria una buena iluminación repartida de modo uniforme y que ponga de manifiesto la pintura y el soporte.



Fig. 8. Macrofotografía de un bóvido de Cantos de la Visera (Yecla).

En cuanto al equipo, para una utilización inmediata es muy adecuada la cámara de 35 mm. Para la documentación es preferible un formato mayor que asegura una mejor calidad, optando por una de 6 x 6 (120/220) por su calidad y facilidad de transporte. Es importante contar con un sólido trípode que nos permita trabajar con velocidades ba-

jas sin temor a vibraciones. En los objetivos hay que evitar, en lo posible, los grandes angulares y preferir focales más largas para evitar las deformaciones por aproximación. En lo que concierne a los filtros, se tratan en otros apartados.

La ubicación, generalmente al exterior, de las pinturas rupestres post-paleolíticas favorecen una suficiente iluminación. A la relativa intensidad de luz se contraponen la variación espacial y la temperatura de color. Siempre que se pueda contar con el suficiente tiempo y medios, preferimos obtener las fotografías con una iluminación artificial y por ello controlada. Las antorchas portátiles halógenas de unos 50 w. proporcionan una iluminación potente de 3.200-3.400 ºK., sin cambiar el equilibrio de color durante su vida. Hay que utilizarlas con reflectores o rebotando la luz sobre pantallas a fin de conseguir una luz difusa. La luz difusa se puede conseguir también mediante una tienda de paredes translúcidas, para obtener una iluminación simple y uniforme, ya que insistimos que se persigue el registro cromático y no la fuerte sensación de relieve que crearía sombras.

En lo que respecta a la percepción del color, conviene recordar que las variaciones de éste pueden ser producidas por cambios estructurales de los materiales o por la observación de estos bajo diversas circunstancias. En el primer caso los cambios más importantes son debidos a alteraciones de las energías radiante, mecánica y química.

El aspecto que más nos interesa ahora, el de la observación, puede existir variaciones por cambio del observador o por cambios del iluminante/radiante. Es frecuente que la observación de las pinturas cambie, debido a la adaptación cromática y de la constancia del color. Este último aspecto de gran importancia (Plaza, 1994) ya que se trata de un proceso síquico que hace que el color percibido de un objeto conocido por el observador no cambie aunque varíe el iluminante o las condiciones de observación.

En los abrigos pocos profundos del Levante peninsular las condiciones de iluminación son muy cambiantes y difíciles de controlar. Las variaciones de luminosidad a lo largo de un día son tan bruscos que pasan de unos 3.000º a 6.000 ºK, con las repercusiones que conlleva para el observador y para la fotografía. Parte de este problema se puede solventar con la colocación discreta de una tira de color, del *tipo KODAK Color Control Patches*, junto al sujeto para su contrastación en el laboratorio.

Entre las aplicaciones directas de la fotografía destinada a la documentación destacamos la macrofotografía estereoscópica. Está destinada a hacer un control y seguimiento de soporte pictórico, que permite obtener documentos comparables a intervalos regulares. Ha sido empleada por P. Vidal en varias cuevas francesas de arte paleolítico y en Altamira (Vidal, 1981). El método se basa en la obtención de pares estereoscópicos con una cámara réflex de 6 x 6 montada sobre un soporte estable e inamovible que permite una gran definición del motivo (con un aumento de unas 20 veces), lo que permite un posterior tratamiento mediante la visualización del modelo en un estereóscopo.

La luz polarizada cruzada es especialmente interesante para el registro del arte rupestre con excelentes resultados (Kurtz, 1987) por cuanto que contribuye a la eliminación de reflejos en las superficies, a la pureza y coherencia del color y saturación de tonos, al registrar fotográficamente un único plano de la luz.

Para ello se procede a colocar un filtro de polarización sobre la fuente de luz, en nuestro caso el flash, y un segundo en el objetivo de la cámara con el eje de polarización a 90° respecto del primero.

El registro analógico de imágenes.

El registro fotográfico constituye hoy el mejor método de reproducción del arte rupestre. Es por ello que exponemos una breve síntesis de las posibilidades de registro que presenta, tanto en blanco/negro y color, en longitudes de ondas visible e invisible. Igualmente se trata del almacenaje del archivo fotográfico, cada vez más importante y a veces la única evidencia de pictografías desaparecidas.

Las emulsiones pancromáticas que se utilizan en la mayoría de las películas de blanco y negro, registran longitudes de onda a partir de los 300 hasta 700 nanómetros (nm). El buen conocimiento que del uso de estas películas tiene el prehistoriador, hace que no tratemos de ellas, excepto en cuanto a la conservación de la mismas. De todos modos hacemos las siguientes observaciones:

- Películas en blanco y negro. Las más adecuadas son las pancromáticas de grano fino, lentas de exposición, aunque contamos con la ventaja de que las pinturas no se mueven.

- Películas en color. Son las más utilizadas por su mayor fidelidad de reproducción. Dependerá de la fuente de iluminación para optar por una película para luz día o artificial, obteniéndose mejores resultados que con la utilización de filtros correctores de la temperatura de color. La película más utilizada es la positiva para transparencia, para la reproducción fotomecánica, conservación y restauración. La limitación más importante es la inestabilidad del color, por lo que en la elección del tipo y marca comercial hay que ser cuidadoso y no escatimar recursos económicos. Una película buena es siempre barata.

En otro orden de cosas, en la toma fotográfica hay que partir de que un objeto situado en un paisaje es visible cuando su tono registrado es distinto al de su fondo. Si son del mismo tono, tanto el objeto como el fondo, será visible y podrá detectarse si produce sombra.

En ocasiones conviene obtener información de la intensidad de iluminación, expresada en luxes, que hay en un determinado abrigo o zona de pigmento para contrastar con otras. Para ello se utiliza el luxímetro, aunque es más normal utilizar el fotómetro de la cámara fotográfica por cuestiones económicas que, por otra parte, es el elemento en el que se basa el anterior medidor de la luz.

A modo orientativo y para quienes pueda serle de utilidad, se puede obtener el valor en luxes a partir de los datos obtenidos con la cámara, colocando un difusor en el objetivo y aplicando la fórmula:

$$E = 25 \frac{f^2}{St}$$

siendo E la iluminación, f^2 el valor del diafragma al cuadrado, S la sensibilidad de la película en grados ASA, t el tiempo de obturación en segundos.

Espectro visible, UV e infrarrojos.

La aplicación de técnicas específicas para la observación en zonas del espectro luminoso fuera del ojo humano, pueden permitir una aportación más a la documentación pre y protohistórica. Hay ocasiones donde esta técnica consigue resaltar algo que ya era visible, pero otras veces genera información gráfica de valor analítico. La respuesta al ultravioleta y al infrarrojo puede ser principalmente y en nuestro caso, el descubrimiento de pigmento o barnices «ocultos» tras una capa visualmente opaca.

La denominación UV responde a las radiaciones ultravioleta, y se encuentran por debajo de los 400 nm. Son muy útiles para examinar arte rupestre puesto que no causan daños a la piel o a la vista en la manipulación, aunque no es recomendable la observación directa de la fuente de iluminación. Las lámparas fluorescentes emiten una luz que vemos de un modo, pero que las fotografías reproducen de manera diferente. Puesto que la luz fluorescente posee poco rojo y emite una cantidad considerable de luz azul y verde, la mayoría de las fotografías en color tomadas sin filtro son deficientes en rojo y poseen un aspecto general azulado-verdoso.

Las fuentes de iluminación son muy variadas y han de utilizarse en la oscuridad. Entre las más asequibles se encuentran los tubos fluorescentes y los flash. Los primeros se pueden adquirir en los comercios, buscando los que poseen la clave BLB y no la BL ya que estos últimos producen luz blanca junto con la UV. También están los flashes ordinarios, si bien es aconsejable extraer el filtro de plástico que recubre la lámpara ya que posee un filtro UV que evita que las fotografías con flash salgan excesivamente azules. Sobre la fuente se colocará un filtro Kodak Wratten nº 18A ultravioleta.

Las películas ordinarias en color están diseñadas para ser usadas con un tipo específico de luz (luz día o tungsteno) y la luz fluorescente se encuentra en una posición intermedia entre ambas. Antes de hacer las tomas fotográficas debemos esperar unos 10 minutos hasta que se caliente el tubo para asegurar la regularidad de la iluminación. Para determinar la exposición correcta será necesario realizar varias exposiciones. A modo orientativo, se indica la colocación de dos tubos con una potencia de 30 w a 30-45cm. del panel y ajustar el diafragma a f/16 y una exposición de 5 seg. para una película de 64 ASA.

Las casas comerciales aportan información adicional de sus películas. Este es el caso para la Ektachrome Profesional E100S.

Si se utiliza fotómetro, el aconsejado es uno que lea la luz reflejada. La lectura se hará colocando el filtro de la cámara delante del fotómetro. Este se acercará a los objetos que más radiación emitan, ya que los fondos suelen ser oscuros. Si se utiliza el fotómetro de la cámara, acercaremos el objetivo a los lugares más luminosos para obtener la lectura.

Al utilizar exposiciones muy prolongadas hay que tener en cuenta el efecto de reciprocidad de la película si éstas superan 1-2 seg. En este caso y a modo orientativo, hay que darle una exposición aproximadamente el doble que la lectura que obtengamos.

El sujeto que produce, refleja o transmite las radiaciones, recibe del exterior la luz solar que aporta radiación infrarroja variable por la neblina y las nubes. Cuando es iluminado se puede utilizar el flash electrónico. Muchas lámparas de flash electrónico emplean xenón y son de gran utilidad para el aprovechamiento de las radiaciones infrarrojas cercanas

En la fotografía infrarroja en blanco y negro la emulsión del negativo es sensible igualmente a la radiación infrarroja, a partir del cual pude obtenerse una copia en positivo con los materiales fotográficos usuales.

Las emulsiones infrarrojas son sensibles a las luces violetas, azul y roja además de la infrarroja. Así pues hay que colocar un filtro delante del objetivo y otras veces delante de la fuente luminosa para impedir el paso de la luz visible. Este filtro deja pasar la radiación infrarroja reflejada o transmitida por el panel.

La emulsión en color se desarrolló a partir de películas aéreas para detectar camuflajes. Las tres capas de emulsión de esta película están sensibilizadas al verde, al rojo y al infrarrojo, en lugar de al azul, al verde y al rojo de las películas normales. En las cámaras se utiliza un filtro amarillo para retener el azul que resulta de tales capas. En el revelado, la capa sensible al verde queda trasformada en una imagen positiva amarilla, el rojo en magenta y el infrarrojo en cían.

Las radiaciones infrarrojas, por el contrario de las UV, permiten observar el otro margen de las radiaciones no visibles entre los 700 y 1.350 nm. Las emulsiones de cloruro de plata pueden recoger la radiación hasta 900 nm.

Durante la fabricación de una emulsión se le puede añadir componentes y hacer que reaccione únicamente a longitudes de onda particulares y su sensibilidad puede extenderse a los infrarrojos cercanos que si bien no son visibles al ojo humano, pueden registrarse en película. El tono resultante de un objeto expuesto al infrarrojo puede ser bastante distinto al producido por luz reflejada. Ahora bien, puede suceder que un objeto que tenga igual tono que el fondo, pueda contrastar en película infrarroja y ser perceptible.

El gran contraste de las imágenes sobre la película infrarroja convierte a ésta en especialmente útil para algunos tipos de lecturas, como hemos tenido ocasión de experimentar en nuestro caso, en las cuevas de Peña Rubia de Cehegín (Beltrán, 1987)

Una de las aplicaciones más sencillas es la que se deriva del que el agua absorbe la radiación infrarroja de forma más efectiva que la luz visible, queda registrada como gris oscuro (o negro) sobre película infrarroja, por lo que la fotografía infrarroja pasa a ser un medio eficaz para la percepción de estructuras ocultas de diferente contenido de humedad. Recordemos aquí las diversas formaciones vegetales que colonizan un abrigo o cueva y que en ocasiones afecta a las pictografías.

Por su parte las películas de infrarrojos en color van ganando posiciones frente al blanco y negro, una vez su-

perada las trabas de costos y poder de resolución. El ojo humano distingue un número limitado de tonalidades de grises, pero puede reconocer diferencias entre un gran número de colores.

Esta película de falso color se diferencia de la convencional en que las tres capas de la emulsión son sensibles al infrarrojo, al verde y al rojo, en vez de serlo al azul, al verde y al rojo. Un objeto que refleja el infrarrojo o el rojo de onda larga aparece como rojo en la impresión final; aquellos elementos que reflejan el rojo visible aparecen como verdes, y aquellos que reflejan la luz verde como azules.

Hay materiales fotográficos que poseen una sensibilidad espectral superior a los 900 nm., como la película Kodak espectroscópica tipo I-Z, muy difíciles de utilizar por su escasa capacidad de manipulación en condiciones ambientales.

Las películas comerciales tales como la Kodak Ektachrome Infrared Film pueden abarcar entre los 700 y los 900 nm. y se utilizan con cámaras y objetivos usuales.

En color, la película Kodak Ektachrome infrarroja no necesita filtro opaco, pero sí un filtro Wratten nº 12 delante del objetivo. Este filtro absorbe el violeta y el azul, ya que todas las capas de esta película son sensibles a éstos. La película tiene una sensibilidad estimada en unos 100 ASA.

Las películas deben cargarse y descargarse en total oscuridad, ya que las ranuras dotadas de fieltro de los rollos no son impenetrables para las radiaciones infrarrojas. Si hemos conservado la película en el frigorífico debemos esperar una hora aproximadamente y si han estado en el congelador una hora y media.

Sensibilidad espectral de varios materiales fotográficos

El equipo necesario es el mismo que el utilizado para fotografías normales. Para blanco y negro que requieren filtros opacos en el objetivo es aconsejable cámaras con visor separados tipo Mamiya de 6 x 6. En este caso hay que desconectar el fotómetro y ajustar la sensibilidad por separado.

En cuanto a los objetivos, la mayoría tienen una corrección de acromatismo para fotografía infrarroja, que permite distinguir entre la localización de los puntos de enfoque infrarrojo y visual. Esta corrección se expresa en un punto o señal roja en el anillo de enfoque. Una abertura de f/11 suele corregir los problemas de enfoque. Aunque el enfoque sea el correcto, la imagen infrarroja no es tan nítida como una imagen pancromática.

Los filtros para blanco y negro que absorben el violeta y el azul son: nº 15 (anaranjado); nº 25 (rojo); nº 29 y nº 70 (rojo oscuro), y nº 87, 88A y 87C (infrarrojo, visualmente opaco).

La iluminación normalmente utilizada en arte rupestre es la procedente de la iluminación diurna y la procedente del flash. Para el caso de una sesión fotográfica nocturna con UV, podemos emplear igualmente la luz fluorescente blanca ya que no proporcionan radiaciones infrarrojas para fotografía por reflexión. El flash es muy recomendable por la ausencia de calor y la brevedad del tiempo de exposición. Como precaución práctica para la fotografía infrarroja al aire libre, la sensibilidad de la película en el fotómetro ha de reducirse a la mitad en tiempo nublado, que supondría un valor aproximado por la menor proporción de infrarrojos.

Siempre que se pueda, intentaremos realizar las tomas fotográficas con iluminación artificial, más controlable que la natural. Independientemente de la fuente de iluminación, su disposición debe ser igual en todos los casos. Para disponer de series de registros comparables, la iluminación debe ser uniforme.

Si la superficie a fotografiar es menor de 1,50 m^2 se puede utilizar la iluminación directa hacia el panel, colocando una fuente a cada lado. Para superficies mayores hay que usar cuatro lámparas, dos a cada lado. En fuentes de iluminación dispuestas a pares, deben poseer igual número de energía lumínica y procurar que estén a la misma distancia del panel. Se recomienda igualmente la colocación de dos focos sobrevoltados con unos reflectores entre 20 y 30 cm. de diámetro. Para evitar reflejos especulares hacia el objetivo, cada foco debe formar un ángulo de 45° con la superficie del panel.

Conservación de la documentación fotográfica.

Hemos señalado al principio la falta de atención o el insuficiente cuidado que, por lo general, se tiene hacia el material fotográfico impresionado.

El material fotográfico acumulado constituye un archivo y queda sujeto así a las inquietudes generalizadas acerca de la conservación del mismo. El problema es de difícil solución en términos absolutos ya que el material fotográfico en sí es inestable. La duración del material va en función de la estabilidad del material utilizado, del tratamiento dado con posterioridad al procesado, y del almacenamiento y uso del material. A la generalidad expuesta hay que confrontar la excepcionalidad de algunos archivos bien acondicionados tales como el del Centro de Arte Rupestre de Albarracín de la D.G. de Aragón.

Uno de los archivos más conocidos de arte rupestre es el llamado de «Gil Carlés» del Departamento de Prehistoria del C.S.I.C., promovido por M. Almagro en la primera mitad de los años 70, concebido como una gran base de datos que se podría publicar. El proyecto quedó inacabado y los fondos guardados hasta los años 90, fecha en la que la citada institución decide difundirlo mediante un proyecto de la CICYT dirigido por J. Vicent, del que tenemos noticia por comunicación personal del autor y por una reciente publicación (Vicent, 1994).

Del proyecto nos interesa destacar la valoración que hace el Departamento de Prehistoria de los fondos, por la calidad y cantidad de los documentos que cuentan ya con 25 años de antigüedad.

La valoración cada vez mayor que las instituciones y particulares tienen de los archivos fotográficos provoca la inquietud por la conservación de los mismos. Las publicaciones en castellano son escasas pero lo suficientemente documentadas como para ser referencia obligada al tratar este aspecto (Coronado, 1994).

La inestabilidad de las fotografías tiene causas endógenas y exógenas. Entre las primeras se encuentran la composición interna de los soportes fotográficos, el procesado y la corrección técnica con la que se ha llevado a cabo.

Como primer paso hay que recordar que la película ya expuesta debe guardarse en lugares secos y frescos, y debe procesarse lo antes posible. Si se prevé que van a transcurrir varios días, hay que guardarlas en frigorífico a unos 4ºC.

Sin despreciar los factores anteriores, nos vamos a centrar en los factores que intervienen en el almacenaje de las fotografías, e igualmente en aquellos otros productos destinados a la conservación.

En lo que concierne a las condiciones medioambientales que rodean al documento, se ha dicho que, exceptuando las causas de destrucción por accidente, las condiciones de temperatura y humedad relativa en el aire suelen ser los causantes directos de más del 75% de los deterioros que sufren las fotografías antiguas (Coronado, 1994). Igualmente, destacan los factores de riesgo provocados por una mala manipulación y los accidentes.

Hay una serie de precauciones a tener en cuenta con el archivo fotográfico, de fácil aplicación (Coronado 1994; Witte, 1986) y que resumidamente podría ser:

- La humedad relativa debe encontrarse entre el 30% y el 50%, aunque lo óptimo está en los 35% y 40% HR. Por encima de 60% pueden aparecer microorganismos y por debajo de 25% se debilitan los registros. Se desaconseja para desecar el empleo de gel de sílice, por ser contaminante.

- Los embalajes deben ser químicamente neutros. Los soportes que estén en contacto directo con las fotografías deben ser de estraza pura. Los envoltorios de plástico presentan las ventajas de poder sellar y aislar de la atmósfera, permitiendo la visión de las imágenes sin la manipulación directa, presentando el riesgo de condensación por lo que se aconseja ventilar periódicamente. En las diapositivas puede darse el efecto *hilo de gotas* por la liberación de ácido clorhídrico a partir del PVC, siendo aconsejables el poliéster, el polietileno, el propileno y el triacetato de celulosa.

- La temperatura aconsejable para el almacenamiento se sitúa entre los 18º y 21ºC. Si han de almacenarse materiales en B/N y color, se recomiendan dos estancias, de unos 15º la primera para b/n y de unos 4ºC para el color. En cualquier caso, por debajo de 24ºC.

- El último factor importante de deterioro surge de la exposición a la luz, especialmente al UV. Los efectos son acumulativos y muchas exposiciones breves de una fuerte luz artificial causan un daño considerable. En las proyecciones de diapositivas, a la luz se le añade el calor, lo que produce craquelados y levantamientos de las capas. Se recomienda hacer un duplicado de los motivos y no exponer uno de ellos a más de 50 lux.

Para el caso específico del color, también se pueden obtener negativos de selección (en blanco y negro), a partir de los cuales será posible conseguir reproducciones en color para su utilización en artes gráficas.

TRATAMIENTO DIGITAL DE IMÁGENES.

Una de las aportaciones más valiosas que el tratamiento informático puede suministrar al registro del arte rupestre es el almacenamiento y posterior procesamiento digital de imágenes.

Los primeros pasos los están dando, entre otros, el Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos del C.S.I.C. que ha comenzado a almacenar en CDs las 7.000 imágenes de arte rupestre de la fachada mediterránea que poseen en soporte trasparente y opaco, con el fin de procurar su conservación y el acceso a los investigadores. Por la singularidad y eficacia del procedimiento seguido lo trataremos más detenidamente.

La Dirección General de Cultura de Murcia ha comenzado el almacenamiento digital de imágenes de arte rupestre en CD, con la edición en 1995 de un primer soporte con los conjuntos de El Milano (Mula), Los Grajos (Cieza) y El Mojao-Gavilanes (Lorca).

Entre los sistemas de almacenamiento masivo de imágenes se encuentra el disco láser (CD) de tipo PhotoCD de Kodak, considerado un estándar que se comercializa en dos orientaciones: la comercial con cinco niveles de resolución y la profesional con seis. En los dos casos las resoluciones oscilan entre los 128 x 192 dpi a los 2.048 x 3.072 dpi. Con la máxima resolución, la apreciación es de 1/4 de micra, más alta de la necesaria, encontrándose un buen nivel de definición en 1/2 de micra con unos 2.000 dpi. Como ejemplo, una diapositiva de 6 x 6 ocuparía unos 18 Mb. La gran cantidad de memoria que se requiere se soluciona, de una parte, con programas de compresión no fractales de imágenes del tipo JP que pueden llegar a una reducción del 80%, y de otra con la grabación de los ficheros en CD.

Conviene recordar brevemente que el proceso digital pasa por la lectura que el ordenador ha de realizar de una imagen y que se denomina *digitalización*. Debido a que las señales originadas por la luz son funciones continuas y analógicas, han de ser transformadas para ser representadas. En Arqueología son aún escasos los trabajos realizados, destacando como pioneros los llevados a cabo por J.J. Storch (1989).

La digitalización se realiza de forma intuitiva. Si consideramos la existencia de una rejilla superpuesta a la imagen real, cada elemento de ésta, considerado como una unidad, representa las propiedades ópticas medias del área que cubre.

Para darse cuenta de la cantidad de información que representa la digitalización, considérese que 256 tonalidades de gris pueden representarse usando un byte; por lo tanto una imagen se almacena en 512 x 512 x 8 = 2.097.152 bits. En nuestro caso particular, partimos de originales a color de 10 x 13 cm. y resolución de 300 dpi, que ocupan unos 6,87 Mb en archivos TIFF.

Para la captura por digitalizador, escogemos la mínima resolución posible para conseguir los resultados esperados en el dispositivo de salida final. En la captura tomamos un valor de 1,5 veces el valor de la lineatura del dispositivo final para escala de grises y el doble para el color. En cuanto a las salidas, éstas pueden ser por impresoras láser (300 ó 600 dpi), impresora del tipo Linotronic (1.200-3.386 dpi) y filmadora de diapositivas.

Además de la captura de imágenes por escáner tenemos las opciones de vídeo y de cámara digital. Estos últimos se basa en el CCD o dispositivo encargado de captar las imágenes digitalmente. Es un circuito integrado formado por puntos sensibles al espectro electromagnético, constituidos a su vez por series de transistores sensibles a los tres colores básicos (rojo, verde y azul). Cada uno de estos puntos se transforma en un pixel en la fotografía final. El espectro de luz captado es el que el ojo humano es capaz de percibir, aunque hay cámaras que llegan al infrarrojo.

En las cámaras, una vez capturada la imagen puede ser almacenada en la propia cámara y transferirla a un ordenador personal mediante el puerto serie. Es recomendable disponer de un PC con un puerto serie basado en una UART 16550 o compatible, que facilite una elevada velocidad de transferencia al ordenador desde la cámara. Las cámaras profesionales almacenan las imágenes en tarjetas PCMCIA (del tamaño de una tarjeta de crédito), por lo que el ordenador debe contar con un dispositivo directo para su lectura o un adaptador de este tipo que se conecta a una ranura ISA o a la controladora SCSI del ordenador.

La resolución de las imágenes obtenidas con las cámaras digitales de gama media no llegan a la calidad requerida para nuestros propósitos (320 x 240 hasta 768 x 512 pixeles). Para ello hemos de contar con las cámaras profesionales de Kodak o Nikon, cuyo precio es unas diez veces superior de las primeras.

Las cámaras de calidad profesional cuentan con un cuerpo semejante a las réflex convencionales, con un *respaldo* que sustituye a la tapa posterior y en donde va alojada toda la electrónica. La óptica es variada y para el caso de Nikon acepta las lentes tipo f, mientras que las cámaras Kodak utilizan cuerpos de Canon EOS-IN. Agfa tiene dos modelos, el portátil Actioncam semejante a los modelos anteriores y el Studiocam. Esta última cámara tiene un formato grande apropiado para estudio y está permanentemente conectada a un ordenador mediante el interface SCSI II, el cuerpo es Agfa y la óptica Nikon, que proporciona una resolución de hasta 4.500 x 3.648 puntos.

Las fotografías se obtienen con 36 bits por punto (12 bits por cada color básico). La resolución varía según el modelo de cámara, y oscila entre 1.524 x 1.012 pixeles y 4.500 x 3.648 pixeles.

La información se almacena en memoria RAM con una capacidad por tarjeta de 15 MB, capaz de almacenar 84 imágenes en modo básico, 43 en normal, 21 en fino y 5 en formato TIFF sin comprimir. Para la compresión se utiliza el algoritmo JPEG.

Cámaras digitales Agfa Actioncam y Studiocam.

El hardware necesario para el manejo de la base de datos de imágenes, consta de un microordenador del tipo 486 o Pentium con una tarjeta gráfica adecuada del tipo SVGA.

A partir de un archivo de imagen, se puede obtener uno nuevo con correcciones geométricas, fotométricas, aumento de contraste, supresión de interferencias aleatorias, acentuación de contornos, etc. Es por ello que se pueden recuperar fotografías en malas condiciones e irrepetibles, mediante la restauración de la misma en pantalla. Este tratamiento tuvo su precedente en la base de datos gráfica del Archivo General de Indias con excelentes resultados.

Una parte del procesamiento de la imagen, igualmente adecuada para el arte rupestre, consiste en extraer la información de la imagen para utilizarla posteriormente en un proceso de interpretación o reconocimiento en el llamado análisis de imagen. Estas técnicas representan los datos analizados de forma cuantitativa. Mediante histogramas se representan las diferentes tonalidades y la frecuencia de éstos en la imagen.

Así pues, el procesamiento digital de la imagen se nos presenta como un instrumento fundamental para el registro de las pictografías, tanto en el espectro visible como en la banda de infrarrojos.

En la actualidad, el tratamiento digital de imágenes es una de las aplicaciones más novedosas y esperadas en el campo del arte rupestre, no tanto porque la técnica sea reciente sino porque su aplicación generalizada comienza ahora, cuando los programas informáticos que antes estaban reservados a equipos Mini llegan a los PCs. El almacenamiento masivo ha experimentado una notable desarrollo al alcanzar ya más de 1 Gb. en equipos domésticos. Por último, las tarjetas de video y los monitores basados en SVGA ofrecen por módicos precios 16,8 millones de colores y 256 gamas de grises.

En nuestro caso particular nos basamos indistintamente en los programas *Adobe Photoshop* o *Photostyler*, que requieren un mínimo de 8 Mb de RAM y una tarjeta de 24 bits para proporcionar 16,8 millones de colores. También se trabaja con buenos resultados con *Photo-Paint* de *CorelDraw v.6.0*.

Por último, hay que tratar de la imagen multiespectral de reciente aplicación en la fotografía aérea y que comienza a utilizarse en terrestre. La aplicación que se nos abre para documentar y estudiar conjuntos con arte rupestre es de las más asombrosas a la que suponemos un gran futuro. Con esta técnica la imagen es captada simultáneamente con dos o más objetivos, cada uno de los cuales con un filtro diferente para la exposición de un tipo distinto de película. Como la exposición se realiza simultáneamente, no existe variación en la iluminación, por lo que se dispone de imágenes que difieren tan solo en las diferentes longitudes de onda utilizadas. En esta línea investigan en el Departamento de Prehistoria del C.S.I.C. con el programa Ilwis de ITC de Holanda, presentando un avance de los resultados aplicado al arte rupestre en el *First Meeting Santiago'95* de la Asociación Europea de Arqueólogos (Vicent et al. 1995).

Se basa fundamentalmente en aplicar el método descrito. Si bien se trabaja en escalas muy diferentes, tienen en común que se trata en ambos casos de una superficie geológica en relieve, con surcos y grietas, colonizada por materia viva y con procesos antrópicos.

Se trata de una técnica no destructiva que puede tener dos aplicaciones inmediatas: el estudio temporal de la evolución de un panel rocoso mediante la comparación de imágenes obtenidas en distintas fechas y el estudio de la propia pintura, pudiendo determinarse aspectos no visibles, correcciones métricas y obtención de calcos.

Uno de los problemas con el que se cuenta de partida, por ahora, son las fotos en color de espectro visible y de infrarrojos, a diferencia de la percepción multiespectral del escáner de los satélites tipo Lansat o Spot que cuentan con 6 bandas.

La captura de imágenes monócromas o en color puede ser vía analógica o digital. Se obtiene un histograma de frecuencia de los niveles de gris con información estadística. La transformación de imágenes se basa en el uso de filtros y convoluciones, con operadores para realce de contornos, lo que contribuye a la mejora y adecuación de la imágenes originales (ruido, halo, brillo, ...). El análisis por teledetección permite la combinación de imágenes, utilizando diversos algorítmos y operadores booleanos para integrar dos imágenes y extraer componentes comunes, no comunes e inversos. Esta operación es muy útil para adecuar y posicionar imágenes de procedencia multitemporal o de múltiples fuentes de información.

BIBLIOGRAFIA.

BARRIUSO, J. (1991): «Aplicaciones del proceso digital de imágenes en Arqueología con los sistemas 'MIP' y 'GEO-JARS' de MICROM». *Complutum*, 1. Págs. 319-323.

BELTRAN, A. (1981): «Metodología del trabajo sobre el terreno en el arte rupestre». *Caesaraugusta*, 53-54. Zaragoza. Págs. 133-137.

CHACON CANO, JOSE M. (1995): «New Technique Of Cave Painting's Reproduction». *Abstracts First Annual Meeting Santiago'95*. European Association of Archaeologist. Santiago. Págs. 108-109.

CORONADO E HIJON, D. (1994): «La documentación de los documentos fotográficos I». *Boletín Informativo* del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, núm. 8. Sevilla. Págs. 42-43.

——- (1994): «La documentación de los documentos fotográficos II». *Boletín Informativo* del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, núm. 9. Sevilla. Págs. 62-65.

——- (1994): «La documentación de los documentos fotográficos III». *Boletín Informativo* del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, núm. 10. Págs. 50-55.

DORRELL, PETER G. (1989): *Photography in archaeology and conservation*, 2ª ed. 1994. Cambridge University Press.

FORTEA PEREZ, J. (1993): «Documentación, investigación, publicación y conservación. La colaboración internacional». *La protección y conservación del arte rupestre paleolítico*. Oviedo. Pág. 169.

GARCIA GARCIA, R.P. (1986): «Aplicaciones de la Fotogrametría en Arqueología». *Jornadas sobre Metodología Arqueológica*. Murcia 1986. Dirección General de Cultura. Edición xerocopiada.

GARCIA, I., STORCH DE GRACIA, J.J., CISNEROS, G. Y VICENTE, A. (1985): «El proceso digital de imagen en la investigación arqueológica». *Anales de Prehistoria y Arqueología* 1. Murcia. Págs. 91-102.

HERNANDEZ, G. Y CASTELLS, J. (1990): «Pintures rupestres. El projecte «Corpus de pintures rupestres a Catalunya». *ESPAIS*, 25. Barcelona. Págs. 46-53.

LLANOS, A. Y GARCIA, F.J. (198..):

NIETO GALLO, G. (1984): *Las primeras copias de Pinturas Rupestres Esquemáticas en España. 1783*. Estudios y Monografías, 11. Ciudad Real.

PLAZA MONTERO, L. (1994): «Variaciones de color: sus causas y su posible recuperación», en *La investigación científica para la conservación de las pinturas rupestres*. X Curso de Verano de Laredo.

SAN NICOLAS DEL TORO, M. (1989): «Trabajos fotogramétricos de arte rupestre en Murcia». *Boletín de la Asociación Española de Arte Rupestre*, 2. Barcelona.

SANCHIDRIAN TORTI, JOSE L. (1987): «Reproducción del arte rupestre». *Arte Rupestre en España*. Madrid. Págs. 123-125.

VICENT GARCIA, J.M. (1994): «La digitalización del archivo de arte rupestre post-paleolítico del Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos (C.S.I.C.). Madrid». *Boletín Informativo* del Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico, núm. 7. Sevilla. Págs. 41-43.

VICENT, J.M., RODRIGUEZ, A. GARRIDO, A., MARTINEZ, Mª.I., CHAPA, T. Y HERNANDO, A. (1995): «Image Digital Procesing and Prehistoric Art: The Digitalizing of the Rock Art Archive at Departamento de Prehistoria del Centro de Estudios Históricos (C.S.I.C.)». *Abstracts First Annual Meeting Santiago'95*. European Association of Archaeologist. Santiago. Pág. 109.

VIDAL, P. (1981): «Apport de la macrophotographie stereoscopique a la conservation du support pictural d'Altamira». *Altamira Symposium*. Págs. 569-577.

WITTE, P. (1986): «La fotografía arqueológica. Historia, posibilidades, técnica y problemas». *Jornadas sobre Metodología Arqueológica*». Murcia 1986. Dirección General de Cultura. Edición xerocopiada.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 145 - 158

EL TRANSITO BRONCE FINAL-PRIMER HIERRO EN EL DUERO MEDIO. A PROPOSITO DE LAS NUEVAS EXCAVACIONES EN EL SOTO DE MEDINILLA (VALLADOLID)

Germán Delibes de Castro
Fernando Romero Carnicero
Julio Fernández Manzano
María Luisa Ramírez Ramírez
Jesús Carlos Misiego Tejeda
Gregorio José Marcos Contreras
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

El yacimiento protohistórico de El Soto de Medinilla, y, en particular, aquel sector del mismo que se corresponde con una serie de poblados superpuestos pertenecientes a la primera Edad del Hierro y que, por servirnos de un término acuñado desde prácticamente su descubrimiento y para diferenciarlo del *oppidum* vacceo, denominaremos Soto «céltico», es, sin lugar a dudas, el más emblemático de los de su época en la Submeseta Norte y, en virtud de ello, punto obligado de referencia en cualquier trabajo sobre el Primer Hierro en el mencionado territorio.

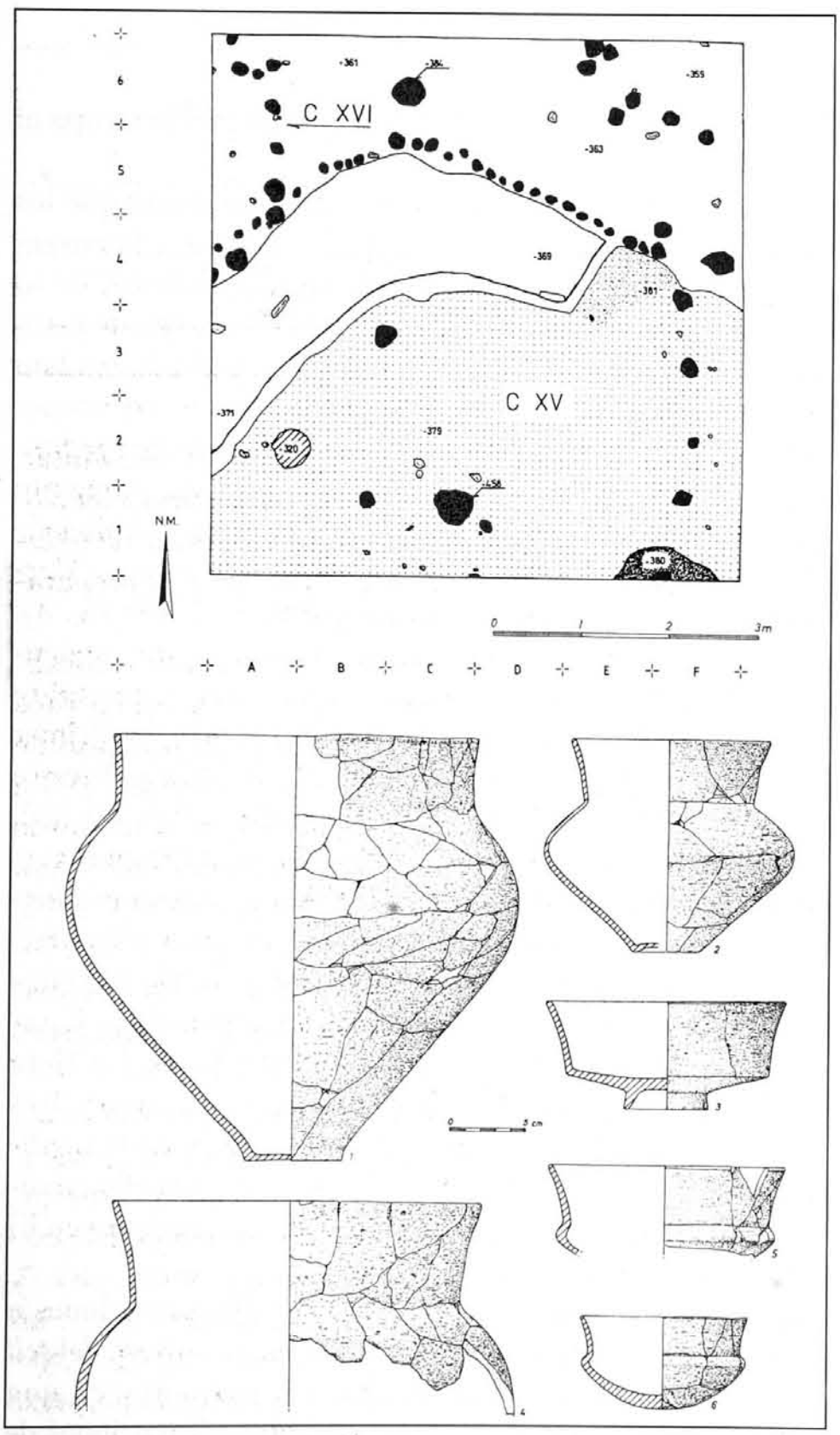
Dado a conocer en los años treinta (Serrano y Barrientos, 1933-1934), fue objeto de excavaciones sistemáticas en las décadas de los cincuenta y sesenta, cuyos resultados, pese a no haberse publicado la correspondiente memoria, quedan recogidos en una serie de artículos (Palol, 1958, 1961, 1963a, 1964 y 1966: 29-31) y, muy particularmente, en la *Carta Arqueológica de Valladolid* (Palol y Wattenberg, 1974: 181-195, figs. 66, láms. XV-XXI). Dichos trabajos, por lo que aquí nos interesa, permitieron identificar un total de cinco poblados superpuestos, correspondientes a dos horizontes distintos –*Soto I*, los dos más bajos, y *Soto II*, los tres siguientes– separados por un potente lecho de incendio; en su conjunto, y pese a lo singular de sus viviendas circulares, dichos poblados mostraban numerosas analogías con los «hallstátticos» de Cortes de Navarra (Palol, 1963b y 1974), publicados por aquellos años (Maluquer, 1954 y 1958a), por lo que fueron atribuidos a gentes foráneas, de origen ultrapirenaico, y calificados de «célticos». Recordaremos, en cualquier caso, que sobre ellos, y andando el tiempo, se habrían instalado los vacceos, permitiendo identificar un tercer horizonte –celtibérico o *Soto III*–; dicha ocupación, que llegó a alcanzar las diez hectáreas, contrastando con las apenas dos del núcleo originario, ha sido objeto también de intervenciones arqueológicas (Wattenberg, 1959: 177-179, tabs. I-XII; Palol y Wattenberg, 1974: 191 y 193-194, fig. 67; Iglesias, 1989; Escudero, 1988 y 1995), si bien su consideración escapa al objetivo de estas páginas.

Ha pasado más de un cuarto de siglo desde que los trabajos mencionados se dieran por concluidos; la envergadura de los mismos y la espera, nunca satisfecha, de su completa publicación han constituido a lo largo de estos años un pesado lastre que sólo otros acontecimientos han permitido superar. Es preciso tener presente, en primer lugar, cómo, a lo largo de este tiempo, El Soto de Medinilla ha dejado de ser el *unicum* que en algún momento representó; buena prueba de ello es la larga nómina de yacimientos de su mismo signo que hoy conocemos (Martín Valls, 1986-87: fig. 3; Gónzalez-Tablas, 1989: fig. 4), lo que ha permitido hablar de una «cultura» que, teniéndole como yacimiento «insignia» y tomando su nombre –*cultura del Soto*–, se identifica con las gentes del Primer Hierro en el Duero medio (Romero, 1985: 88-95; Romero y Jimeno, 1993: 188-200; Delibes *et alii*, 1995: 59-88). Paralelamente, se han emprendido excavaciones en diversos yacimientos durienses, que han proporcionado asimismo amplias secuencias estratigráficas; de entre ellas destacaremos, por cuanto cabe considerarla paralela a la citada de El Soto de Medinilla, la de Los Cuestos de la Estación (Benavente, Zamora) (Celis, 1993) y las de La Mota de Medina del Campo (García y Urteaga, 1985; Seco y Treceño, 1993 y 1995) y Cuéllar (Barrio, 1993), en la medida en que la completan. Y fue a la vista de todo ello cuando creímos conveniente reemprender las excavaciones en El Soto de Medinilla.

En efecto, entre los años 1989 y 1990, procedimos a realizar un sondeo estratigráfico en el sector sureste del *tell* que configuran los poblados célticos y, por tanto, en una zona no muy alejada de la de las antiguas excavaciones de Palol. Con dicho corte, una cata de seis por seis metros, se pretendía obtener una visión de conjunto de la vida del yacimiento, con vistas a establecer la estrategia de futuros

trabajos de más amplia envergadura; era asimismo nuestra intención, teniendo muy presente tanto la secuencia conocida como las recientemente proporcionadas por otros yacimientos del mismo ámbito cultural, replantear los problemas estratigráficos que el yacimiento suscitaba en relación con el entronque de la primera Edad del Hierro con el Bronce Final, por un lado, y con la época vaccea, por otro. El mencionado sondeo, con sus once niveles de habitación, a los que cabría añadir otro más de carácter fundacional, constituye hoy por hoy la secuencia estratigráfica más amplia ofrecida por un yacimiento de índole soteña; no es nuestra intención, sin embargo, ofrecer aquí un avance de la misma, pues de ello nos hemos ocupado no hace mucho en otro lugar (Delibes, Romero y Ramírez, 1995), sino hilvanar, a propósito de la misma, algunas reflexiones sobre el tránsito Bronce Final-Primer Hierro en el centro de la cuenca del Duero.

1. LA SECUENCIA DEL YACIMIENTO Y SU EVOLUCION ARQUITECTONICA



El Soto de Medinilla (Valladolid, sondeo de 1989-90). Planta del undécimo nivel de hábitat y cerámicas recuperadas sobre el suelo de la Casa XV (las piezas núms. 1, 2 y 4 a la mitad en relación con la escala). Según Delibes, Romero y Ramírez, 1995.

Las recientes excavaciones en El Soto de Medinilla han permitido apreciar cómo la arquitectura doméstica se ajustó a dos modelos distintos: por una parte, una *arquitectura de cañas y barro*, que se atestigua en los tres primeros y más antiguos horizontes de la secuencia ocupacional y que ha llegado hasta nosotros en forma de cabañas con perímetro circular de postes en torno a los que se articulaba todo un entramado de ramas y cañas manteado con arcilla; por otra, y sin que ello signifique en modo alguno un abandono definitivo de la madera como material de construcción, una *arquitectura de adobe*, representada básicamente por viviendas de planta redondeada y estructuras cuadrangulares de funcionalidad imprecisa, que será la que, desde el séptimo nivel de hábitat en adelante, se imponga en el poblado. Un panorama, en definitiva, que coincide a grandes rasgos con lo documentado en las viejas excavaciones y que pone de manifiesto el empleo progresivo del adobe como material de construcción.

No parece éste, en cualquier caso, el lugar más indicado para detenernos en un análisis pormenorizado de la arquitectura doméstica, máxime cuando una descripción relativamente detallada de la misma se recoge en el avance citado (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 154-169, figs. 2, 4 y 6, láms. I-VII) o cuando otros trabajos, igualmente recientes, se han ocupado de este aspecto en la primera Edad del Hierro del valle del Duero, en general (Romero, 1992), y en el mundo soteño, en particular (Delibes *et alii*, 1995: 63-66); al objeto de paliar esta deliberada omisión recogemos el cuadro resumen con las características morfoestructurales de las viviendas exhumadas en la última campaña incluido por uno de nosotros en un nuevo estudio, todavía inédito (Ramírez, 1995). No rehuiremos, pese a todo, algunos comentarios generales relacionados con los aspectos aludidos en último término en el párrafo anterior.

Recordaremos así, en primer lugar, que la totalidad de las viviendas identificadas presenta planta de tendencia circular, pudiendo afirmarse que su superficie habitable no supera, salvo en contadas ocasiones, los diez metros cuadrados. Igualmente, que apenas si contamos con indicios en relación con los accesos, ya que solamente en un caso –Casa VIII, correspondiente al cuarto nivel de hábitat– cabría pensar en la presencia de una puerta, orientada al Sureste, y no hemos documentado vestíbulos trapezoidales como los que muestran, con idéntica orientación, algunas de las viviendas excavadas por Palol en el Soto II-3 (Palol y Wattenberg, 1974: 190, fig. 66).

El espacio habitacional, de un único ambiente por lo general, se pavimenta con arcilla –pues tampoco hemos advertido pisos de adobes como los atestiguados por Palol en alguna ocasión (Palol y Wattenberg, 1974: 188 y 189, figs. 64 y 65, lám. XX-35)– y cuenta con un área de cocina en torno al hogar; éste, de planta variada, no parece tener una ubicación determinada. Junto al muro, por el interior, se dispone un banco corrido de adobes o arcilla fuertemente compactada; su presencia se atestigua ya –interesa recalcarlo– en una de las cabañas de cañizo del más antiguo nivel de ocupación, momento desde el cual se inicia, también, la costumbre de aplicar en paredes y bancos revestimientos diversos, de entre los que merecen des-

CASA	DIMENSIONES		ALZADO	ENTRADA	POSTE CENTRAL	PAVIMENTO	BANCO		HOGAR		REVESTIMIENTOS		COMPAR-TIMENT.	INHUM. INFANT.
	Diam. int. (en m.)	Superf. int. (en m^2)					Orien-tación	Material	Posición	Material	Pared	Banco		
Casa I	3	7	Adobe						Central	Placa de barro con preparado de cantos				
Casa II	3	7	Adobe			Tierra	S y E	Tapial y adobe	Central	Placa de barro	Pintura roja	Pintura roja y negra		
Casa III	3.4	9	Adobe			Tierra	NE	Tapial				Pintura roja y negra		
Casa IV			Adobe			Tierra	S?	¿Adobe?	Excéntrico ¿Central?	Huella Placa de barro	Arcilla			
Casa V	2.7	5.7	Adobe			Tierra	S	Adobe	Excéntricos	Placa de barro con preparado de cantos				
Casa VI	2.7	5.7	Adobe			Tierra			Excéntrico	¿Placa de barro?	Pintura roja	Pintura roja y blanca	X	
Casa VII	3.4	9	Adobe			Tierra	S	Adobe	Central	Placa de barro	Pintura roja	Pintura roja y blanca		X
Casa VIII	2	3.1	Adobe	SE		Tierra			Central Excéntrico	Placa de barro con preparado de cantos Placa de barro			X	
Casa IX	3.6	10.1	Adobe			Tierra			Excéntricos	Huellas				
Casa X	5.7	25.5	Adobe			Tierra					Arcilla			
Casa XI	3.4	9	Adobe			Tierra			Excéntrico	Placa de barro con preparado de cantos				
Casa XII	3.6	10.1	Postes, ramas y barro			Tierra								
Casa XIII	+	12.5	Postes, ramas y barro			Tierra								
Casa XIV	2.5	+.9	Postes, ramas y barro			Tierra con base de arenas								
Casa XV	7-8	38.+-50.2	Postes, ramas y barro		X	Tierra con base de arenas	NW	Tapial y adobe	Excéntrico	Placa de barro	Arcilla y pintura blanca	Arcilla y pintura blanca		
Casa XVI	2.+	+.5	Postes, ramas y barro											

tacarse, por su vistosidad, aquellos conseguidos a base de pintura, sólo documentados con anterioridad a partir del Soto II (Palol y Wattenberg, 1974: 188-189).

Habida cuenta el tamaño de las viviendas, se nos antoja lógico pensar que quedara reservado su interior para las actividades culinarias y de descanso. Unicamente parece definirse un ámbito específico de trabajo en el interior de una de las viviendas del tercer nivel de hábitat –Casa V–, allí donde fue hallada una estructura cuadrangular, con signos evidentes de combustión, junto a la cual se disponía un interesante lote de pesas de telar de barro; este último dato nos evocó la identificación de la vivienda de un fundidor, a partir del hallazgo de un conjunto de crisoles, en el vecino poblado de Zorita, en Valoria la Buena (Martín Valls y Delibes, 1978), llevándonos a sospechar que, en nuestro caso, nos encontráramos ante la casa/taller de un tejedor (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 164 y 171, láms. IV y V).

Nos consta, por otra parte, que los lugares de almacenamiento –por más que, como advirtiera Palol, ciertas semillas se guardaran en grandes vasijas en las viviendas del Soto II-3 (Palol y Wattenberg, 1974: 191)– y las estructuras de combustión de cierta entidad se ubicaron al exterior de las mismas. Así, construcciones exentas análogas a las registadas en las excavaciones antiguas a partir del Soto II, que fueron tenidas por graneros o almacenes de setas (Palol, 1963a: 11; Palol y Wattenberg, 1974: 188 y 190, figs. 64-66, láms. XVIII-32 y XIX-33), se documentaron en nuestro sondeo a partir del séptimo nivel de hábitat. Novedosa resulta, en relación con las estructuras mencionadas en segundo lugar, la existencia de un horno, de reducidas dimensiones, destinado, según parece, a la preparación de alimentos (Misiego *et alii*, 1993).

Asimismo por vez primera en el yacimiento se localizaron depósitos faunísticos, que hemos vinculado a ritos fundacionales, y una inhumación infantil bajo el piso de una de las viviendas (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 154 y 162). Aquellos nos eran conocidos en el territorio inmediato, aunque en contexto vacceo (Cuadrado y San Miguel, 1993: 313, 316 y 320, lám. III; San Miguel, 1995: 312, lám. III), y bajo viviendas circulares del Primer Hierro en el alto Duero (Romero y Misiego, e.p.); las inhumaciones infantiles, por el contrario van siendo habituales en ambientes soteños (Delibes *et alii*, 1995: 78 y 79).

Antes de dar fin al presente epígrafe, volveremos sobre la idea, expuesta líneas arriba, de la incorporación progresiva del adobe como material de construcción, puesto que si ello se ha entendido, por un lado, como reflejo del paulatino desarrollo y dominio de las técnicas constructivas y como signo del grado de afianzamiento alcanzado por las gentes soteñas sobre el territorio (Romero, 1992: 209 y 210), no parece que puedan desestimarse hoy, sin perjuicio de las aludidas, otro tipo de implicaciones, cuales son las cronológicas (Delibes *et alii*, 1995: 65). En efecto, si no podemos olvidar que ya Palol llamó la atención sobre la existencia de recintos circulares construidos sólo con esta-

cas en los niveles más bajos de El Soto (Palol y Wattenberg, 1974: 186 y 187, figs. 62 y 63), no deja de sorprender la presencia exclusiva de estructuras de estas características –por más que, como se recordará, una de las viviendas del inferior de los mismos contara con un banco fabricado en parte con adobes– en los tres niveles de hábitat más antiguos detectados en la última campaña; ello da pie a diversas conjeturas (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 169 y 170), aunque nos inclinemos por pensar que los hoyos de poste del Soto I-1 debieron de corresponder a un poblado anterior (Delibes *et alii*, 1995: 85). Abunda en esta impresión el hecho de que sean varios ya en la actualidad los poblados de signo soteño que ofrecen una arquitectura de materiales deleznables en sus niveles iniciales frente a la de adobes de los suprayacentes (Delibes *et alii*: 63).

2. APROXIMACION MEDIOAMBIENTAL Y PALEOECONOMICA

En otro orden de cosas ya, es preciso tener en cuenta que el sondeo de referencia, amén de permitirnos matizar y aun enriquecer nuestros conocimientos sobre la arquitectura de El Soto de Medinilla, tal y como acabamos de ver, ha aportado valiosísima información de cara a la reconstrucción de las circunstancias medioambientales que rodeaban al yacimiento y, por ende, de las actividades económicas desarrolladas por sus moradores. Ello es más importante, si cabe, si tenemos en cuenta el hecho de que los trabajos arqueológicos llevados a cabo en los últimos años han permitido otro tanto en relación con otros cinco yacimientos vallisoletanos de la Edad del Hierro (Delibes, Romero y Morales, eds., 1995), lo cual, además de posibilitarnos contrastar los datos obtenidos para la estación que nos ocupa, ha venido a modificar substancialmente el panorama con que contábamos, en relación con los mencionados aspectos, para un importante sector del Duero medio a lo largo del último milenio a.C. y que, no lo olvidemos, se encontraba en buena medida viciado desde antiguo por la reiterada consideración otorgada a algunos tópicos elaborados, justo es reconocerlo igualmente, a partir de las antiguas excavaciones en el propio Soto de Medinilla (Delibes *et alii*, 1995: 73-77). Y recordaremos, en este sentido, cómo las gentes soteñas eran tenidas, en principio, por las introductoras en dicho territorio del cultivo de las gramíneas, base fundamental de su economía y para lo cual explotarían intensamente los valles de los ríos, y del cerdo blanco centroeuropeo (Palol, 1963a; 1963b: 143 y 150; 1966: 29; Palol y Wattenberg, 1974: 32).

A la hora de encarar el breve comentario que sobre los aspectos anunciados nos proponemos efectuar, parece prudente tener presentes algunos datos. Así, y en primer lugar, que el clima imperante a lo largo del desarrollo del poblado no debió ser distinto del actual, definido como Mediterráneo-frío, tipo que rige en el valle medio del Duero desde los comienzos del periodo climático Subatlántico, cuyo inicio, en torno al 800 a.C., viene a coincidir, *grosso modo*, con el de la vida de El Soto de Medinilla (Calonge, 1995: 530 y 531). No quita ello, sin embargo, para que el entorno del lugar fuera bien distinto al actual, pues no hay que olvidar, por un lado, que el asentamiento, situado en el cuello de un meandro del Pisuerga y en el límite Norte de un importante núcleo urbano –Valladolid capital–, ha sido fuertemente antropizado con el discurrir de los siglos; ni dejar de tener en cuenta, por otro, que el río debía discurrir por aquel entonces entre cinco y diez metros por encima de su actual nivel y que su caudal sería mayor y más irregular que el presente (Calonge, 1995: 531 y 532), lo que unido al hecho, nada desdeñable tampoco, de que el asiento primitivo se situaba cuatro metros como mínimo por debajo de la cima del *tell* que terminaron por configurar las destrucciones y remodelaciones de los poblados sucesivos, nos enfrenta a un ambiente más húmedo y expuesto a posibles y periódicas avenidas que el que contemplamos hoy.

Ilustran cuanto acabamos de señalar los resultados de los análisis polínicos (Mariscal, 1995: 337-345; Yll, 1995) en los que se aprecia un predominio de taxones hidrófilos, herbáceos en particular, propios de ambientes ripícolas. Entre las especies arbóreas destacan *Pinus* y, en menor medida, *Quercus* –ya sean de tipo caducifolio o perennifolio–, aunque el hecho de que la totalidad de los pólenes arbóreos no supere nunca el 30 por 100 permite hablar ya de una elevada deforestación y de un paisaje con abundantes espacios abiertos, entre los que se intercalarían manchas boscosas de pinos y encinas, al tiempo que algunos alisos, olmos, fresnos, etc. se desarrollarían a lo largo del curso del Pisuerga.

La madera de muchas de las especies mencionadas constituyó un recurso habitual, como es lógico y, según parece, indistintamente, tanto como combustible como para fines constructivos; así lo ponen de manifiesto los análisis de los restos recuperados, respectivamente, junto a hogares y hornos o en los hoyos de postes (Uzquiano, 1995: 406-409 y 413-414, cuadro 1). La Antracología ha permitido identificar, entre los taxones mesotermófilos, propios de ambientes húmedos, restos de chopos y sauces, confirma la presencia de distintas especies de *Quercus* –encina, alcornoque, quejigo, melojo– y nos permite hablar de, al menos, una especie de ino –*Pinus pinaster*– y, muy probablemente también, de *P. pinea*. Algunos otros taxones arbóreos –*Juniperus*– y arbustivos –*Rhamnus alaternus*–, generalmente asociados a formaciones boscosas de las especies antes mencionadas, debieron ser empleados como leña; ello parece lógico en el caso de un matorral como el aladierno y se confirma en cuanto se refiere al enebro, utilizado igualmente en las construcciones, al haberse encontrado restos del mismo en el interior del brasero exhumado en la Casa V.

Hay que pensar que la explotación del medio llevara igualmente a las gentes de El Soto de Medinilla al aprovechamiento, para consumo humano y/o animal, de los frutos proporcionados por algunas de las especies citadas, por más que los estudios carpológicos hayan denunciado exclusivamente la presencia de bellotas en un basurero de epoca vaccea. Dichos análisis (Cubero, 1995: 380-383, 385-387, figs. 2 y 6) nos remiten en todos los casos a muestras monoespecíficas y bastante puras de *Triticum aestivum/durum*, que se acompaña, en algunos casos, de escasos res-

tos de *Hordeum vulgare* y *Triticum dicoccum*, así como de ciertas semillas de malas hierbas y plantas ruderales. La presencia de gramíneas –trigo común/duro y cebada– ya nos era conocida en el yacimiento a partir de una muestra procedente de las antiguas excavaciones (Hopf, 1973: 139-141, fig. 2-f a i, lám. 16-b y d a g); en las mismas se recuperó también otra de leguminosas –*Vicia faba*–, de las que no hemos tenido constancia en esta ocasión.

De los datos expuestos cabría deducir que la agricultura descansaba fundamentalmente en el cultivo del trigo y, en particular, en la variedad común/duro que, una vez recolectado y debidamente limpio, se almacenaba en el poblado. La escasa presencia de cebada pudiera explicarse por estar restringido su consumo a los animales, en cuyo caso habría que pensar, además, que su manipulación y almacenaje se hicieran fuera del ámbito habitacional; ello no deja de chocar, en cualquier caso, con la presencia ciertamente habitual en el poblado de determinadas construcciones cuadrangulares, exentas y anejas a las viviendas, que tradicionalmente vienen interpretándose como graneros (p.e. Palol y Wattenberg, 1974: 187-191, figs. 64-66, láms. XVIII-32 y XIX-33), cuyo número y variedad de dimensiones permiten sospechar que sirvieran para guardar productos diversos. Los análisis palinológicos advierten, por un lado, sobre lo improbable de que hubiera habido zonas cultivadas en las proximidades con anterioridad al asentamiento y ponen de manifiesto, por otro, el progresivo aumento del porcentaje de pólenes de gramíneas cultivadas y la acentuación de la deforestación a lo largo de la vida del mismo (Mariscal, 1995: 345). En cualquier caso, y a partir de los mismos también, no parece que pueda otorgarse excesiva importancia a la actividad agraria y sí que deba de pensarse, más bien, en una agricultura de carácter subsidiario y probablemente limitada a la explotación cerealista que, como señalamos con anterioridad, se vería complementada con el aprovechamiento de los recursos forestales silvestres; por contra, la ganadería, relacionada con los cultivos agrícolas, como permiten sospechar los porcentajes de pólenes herbáceos de la familia *Compositae*, y aun a costa del terreno ganado a viejos encinares, habría desempeñado un papel preponderante entre las actividades económicas de las gentes de El Soto de Medinilla (Yll, 1995: 363 y 368-369).

Los estudios arqueofaunísticos confirman, efectivamente, la importancia de la ganadería, pero también de las actividades cinegéticas (Morales y Liesau, 1995). En orden de interés, por lo que a la cabaña doméstica se refiere, figuran el ganado vacuno, el caballo, los ovicaprinos y el cerdo. Predominan entre los bovinos y los ovicápridos los animales adultos, si bien el hecho de que en los momentos iniciales del poblado abunden los individuos infantiles y juveniles habla a favor de una optimización, con el transcurso del tiempo, tanto en el aprovechamiento cárnico como en el de los productos secundarios y, en el caso de los primeros, además, como animales de tiro. Destaca, por otro lado, el significado del caballo, sólo comparable al constatado en Roa (Sacristán, 1986: 68 y 69); ahora bien, mientras que los restos de la estación burgalesa no presentan huellas de descarnado, lo que parece descartar su empleo como alimento, los de El Soto de Medinilla, que ofrecen muestras de manipulación análogas a los de vacuno y corresponden en numerosos casos a machos adultos jóvenes, permiten pensar en una cría controlada y en un cierto excedente dentro de esta cabaña. Por último, el cerdo, al que tanta importancia se otorgó en su día (Palol, 1963a: 12), parece haber jugado un papel muy secundario –lo que no deja de sorprender si recordamos las muy probablemente adecuadas condiciones medioambientales para su explotación–, centrándose el sacrificio en los machos infantiles y juveniles.

Las actividades cinegéticas, tal y como adelantábamos en el párrafo anterior, se encuentran ampliamente atestiguadas, hasta el punto de poder afirmarse que El Soto de Medinilla es, entre los yacimientos del Duero medio, el que ofrece un registro más rico en este sentido y uno de los pocos asentamientos protohistóricos peninsulares con tan amplia y variada gama de especies capturadas (Morales y Liesau, 1995: 492 y 504). No todos los taxones tienen, sin embargo, idéntico significado; en efecto, mientras que el ciervo, en particular en las fases iniciales, y, en menor medida, el conejo y la liebre, parecen haber sido objetivos de caza destacados, otras especies debieron haberse obtenido de forma coyuntural y aun fortuita y no siempre, como resulta obvio, con vistas al consumo. Es el caso, entre los mamíferos, del corzo, jabalí, oso, lobo, lince, gato montés, castor y nutria; e igualmente, del pigargo, la avutarda o la perdiz, entre la avifauna, y del galápago, entre los reptiles. La pesca –salmón, barbo, boga y cacho– y la recolección de moluscos –almeja de río– contribuirían, asimismo, a la dieta, aunque seguramente de forma muy marginal.

Si parece claro que los estudios faunísticos informan, habida cuenta el carácter culinario de los restos recuperados, sobre la dieta de los habitantes de El Soto de Medinilla e incluso, aunque no sin las debidas reservas, sobre las prácticas pecuarias y cinegéticas o piscatorias, no debemos olvidar que lo hacen igualmente sobre algunos otros aspectos, tales cuales puedan ser, por ejemplo, los medioambientales y cronoculturales (Morales y Liesau, 1995: 500-510).

Por lo que tiene que ver con los primeros, la presencia de castor, nutria, galápago europeo, pigargo, salmón y moluscos fluviales –especies algunas de ellas desaparecidas ya hoy no sólo en el valle del Duero sino en la Península Ibérica incluso– viene a abundar en la idea, ya expuesta, de que el Pisuerga fuera durante el Primer Hierro más caudaloso, apunta hacia lo frío y limpio de sus aguas e incide en la importancia de la cobertera arbórea de sus márgenes. La deforestación progresiva del entorno, asimismo aludida, quedaría reflejada, desde este punto de vista, por el retroceso que sufren a lo largo de la Edad del Hierro las especies cinegéticas, en general, o las cabras en favor de las ovejas, y por la importancia que alcanza, en última instancia, la cabaña vacuna; conviene no olvidar, en cualquier caso, las posibles implicaciones culturales en cuanto se refiere al comportamiento de las especies pecuarias.

A destacar, por otro lado, el significado que merece la constatación de restos de faunas comensales –ratón y gorrión domésticos–, y no tanto ya porque su comportamiento parezca corresponderse con fenómenos de coloni-

zación, faunísticamente hablando, cuanto, lo que es más importante en nuestro caso, porque dicha presencia viene a coincidir con la de otras especies alóctonas de alto valor cronocultural. Una y otra especie se han recuperado en el tercer nivel de hábitat y, si ello es importante en relación con el primer punto mencionado, conviene, al objeto de comprender el segundo en todo su sentido, volver la mirada a cuanto se aprecia, en relación con este mismo aspecto, en La Mota (Medina del Campo, Valladolid).

En efecto, en el yacimiento medinense se ha documentado el ratón doméstico en el nivel X del cuadro A, pero también el asno en el nivel VIII del cuadro C y, habida cuenta que este équido fue introducido en la Península Ibérica por los fenicios, recordaremos igualmente, aunque desconozcamos el contexto en este caso, la identificación de una concha de *Hexaplex trunculus*, un caracol productor de púrpura que, al igual que otros moluscos presentes asimismo en la estación que comentamos, se documenta en yacimientos tartésico-fenicios (Morales y Liesau, 1995: 471-472, 499, 504 y 510, fig. 14, tabs. 4, 6 y 38; sobre las equivalencias terminológicas de las unidades de excavación: Seco y Treceño, 1995: 223, nota 3). La llegada a La Mota de las especies citadas puede situarse en un momento avanzado del siglo VII a.C. si tenemos en cuenta que los niveles mencionados se localizan en la base de las correspondientes secuencias estratigráficas y que pueden beneficiarse de la fecha de C_{14} obtenida para el nivel inferior del cuadro D –VIII– del 610 a.C. (Seco y Treceño, 1993: 139; 1995: 235 y 240).

Dichos datos, que apuntan relaciones con el mediodía peninsular, resultan tanto o más interesantes si los contrastamos con la documentación arqueológica y tenemos presente cómo en anteriores excavaciones en La Mota se recuperaron dos fíbulas de doble resorte (García y Urteaga, 1985: 79, figs. 15-8 y 18-9) –un modelo para el que, independientemente de sus precedentes más o menos remotos (Ruiz Delgado, 1989: 106-114; 1991), hay que buscar un origen igualmente meridional en el caso de los ejemplares meseteños (Argente, 1994: 51-58, mapa 7; Delibes *et alii*, 1995: 71-72 y 82)–, así como dos cuchillos de hierro (García y Urteaga, 1985: 77, fig. 10-5 y 11) –piezas que aparecen en el mundo soteño habitualmente asociadas a los imperdibles citados (Delibes *et alii*, 1995: 72) y que constituyen los primeros objetos reconocibles fabricados con el nuevo metal, introducido en el territorio peninsular por manos fenicias (Ruiz Zapatero, 1992; Almagro-Gorbea, 1993)–. Fíbulas y cuchillos proceden del nivel II-2 o, lo que es igual, del poblado La Mota 2, para el que contamos con dos dataciones radiocarbónicas del 630 y 605 a.c. (García y Urteaga, 1985: 133 y 135), y su presencia en La Mota ha de ponerse en relación con la de las especies comensales y otras faunas asociadas, máxime si recordamos que La Mota 1 y 2 se hacen corresponder con los niveles inferiores del cuadro D. (Seco y Treceño, 1993: 170) y, por extensión, de acuerdo con lo arriba señalado, con los niveles de base de las unidades últimamente excavadas.

El asno no se ha documentado en los niveles del Primer Hierro de El Soto de Medinilla –aunque figura, con posterioridad, desde los inicios de la ocupación vaccea, momento en el que parece poder hablarse ya de una cabaña estable, y no de individuos aislados e importados esporádicamente, y en el que se constata asimismo la existencia de gallina, especie de introducción fenicia igualmente (Morales y Liesau: 1995: 481 y 497, tabs. 3 y 36)–, pero su presencia podría inferirse, habida cuenta el carácter de especies asociadas, a partir de la fauna comensal y, en particular, del ratón doméstico. Este se atestigua, como queda dicho, en el tercer nivel de hábitat, un nivel para el que contamos con dos fechas de C 14, no excesivamente coincidentes, del 630 y 505 a.C. (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 165); la primera de ellas viene a coincidir con las proporcionadas para idéntica situación en el caso de La Mota y podría darse por válida si tenemos en cuenta, además, que en el cuarto nivel de hábitat, es decir, en el inmediatamente anterior, datado asimismo por el radiocarbono en el 670 a.C. (Delibes, Romero y Ramírez, 1995 : 162), se recuperó el muelle de una fíbula de doble resorte.

Por último, y con ello finalizamos esta aproximación a la paleoeconomía de El Soto de Medinilla, concluiremos recordando cómo a partir de los estudios arqueofaunísticos cabe deducir que los habitantes de El Soto y en particular los de su fase de plenitud –o, lo que es lo mismo, aquellos que habitaron los poblados más estables de viviendas de adobes– vienen a retratar una sociedad «opulenta» (Morales y Liesau, 1995: 506 y 507), algo que ya advirtiera Palol, en relación con el Soto II, a partir de su propia entidad arquitectónica y, sobre todo, del hallazgo de numerosos graneros y grandes tinajas con restos de cereales (Palol, 1963a: 10 y 11). La presencia de objetos exóticos y faunas alóctonas, documentada desde la séptima centuria a.c., viene a abundar en esta impresión y pone de manifiesto la existencia de relaciones con el Mediodía peninsular a través, sin duda, de la que, andando el tiempo, se conocerá como Vía de la Plata.

3. ALGUNAS ACOTACIONES AL TEMA DE LA METALURGIA

Uno de los factores que, sin duda, más influyeron en la decisión de reexcavar El Soto fue el deseo de puntualizar la atractiva ecuación *Soto céltico = metalurgia atlántica de tipo Baiões-Vénat*, tan manejada en los últimos años. Tres hechos tan significativos como la inexistencia de hierro en los niveles inferiores del yacimiento, como la importancia en ellos de la fundición broncínea –acreditada por la exhumación de un lote de moldes de barro– o como su propia antigüedad, que se presumía del siglo VIII a.c. a través de procedimientos de cronología cruzada, no habían sido suficientes para que Palol reparara, allá por los años sesenta, en las posibilidades de la misma (Palol, 1963a: 11; 1966: 30). Tampoco nos mostramos más perspicaces algunos de nosotros una década después, cuando tuvimos la oportunidad de estudiar el ajuar de un taller de broncista localizado en las inmediaciones de una cabaña del primer horizonte habitacional del *tell* de Zorita, en la localidad igualmente vallisoletana de Valoria la Buena (Martín Valls y Delibes, 1978). Y sólo el hallazgo a comienzos de la década de los ochenta de un nuevo molde de arcilla, esta vez en el poblado leonés de Gusendos de los Oteros, sobre una

de cuyas caras podía distinguirse la impronta de un peculiar modelo de hacha de apéndices laterales, daría propiamente pie a plantear la correspondencia del más viejo Soto con el apogeo de la metalurgia del Bronce Final Atlántico, haciendo complementarios dos fenómenos que hasta entonces se habían tenido por culturalmente independientes (Blas Cortina, 1985; Delibes y Romero, 1992: 243-245).

Hemos de apresurarnos a confesar que las expectativas de contribuir con el resultado de los últimos trabajos de campo a un mejor conocimiento de la referida ecuación Soto=Baiões/Vénat se han visto en gran medida defraudadas. Sí ha logrado retrotraerse el punto de partida del complejo soteño a fechas muy antiguas, dentro del siglo IX a.C., perfectamente acordes con las de otros establecimientos y hallazgos del postrer Bronce Final Atlántico; pero la poquedad de elementos metálicos, ya denunciada con anterioridad por Palol (1963a: 11), ha seguido siendo la tónica dominante en las excavaciones de nuestro yacimiento. No se han producido hallazgos de nuevos moldes, ni se ha tenido acceso a manufacturas tipológicamente significativas, lo cual no será inconveniente para que a través de unos pocos documentos alusivos a la producción de bronce tratemos de aproximarnos a cuestiones tan atractivas como el aprovisionamiento de materias primas o los sistemas de reducción y fundición de los metalúrgicos del poblado.

Haciendo abstracción momentánea de esa imagen de escasez de elementos de metal, que además sería injusto hacer extensiva a la totalidad del establecimiento cuando sólo se ha exhumado una porción mínima del mismo, las excavaciones de 1989/1990 acreditan restos de fundición de bronce desde la base del yacimiento. Del interior de la Casa XV, correspondiente al undécimo y más antiguo horizonte constructivo, proceden, en efecto, dos fragmentos cerámicos con restos de escorias metálicas, que en su momento interpretamos como contenedores de colada. Varios goterones de bronce fundido, un borde de crisol con adherencias metálicas, tipo Zorita, y una serie de fragmentos de torta-lingote, redonda y plano-convexa provienen, por otra parte, de un echadizo artificial interpuesto entre los horizontes décimo y noveno, lo que impide hablar de un lugar de fundición *in situ*, aunque su concentración sí sugiera que el emplazamiento de éste no se hallaba lejos de allí y que correspondía a cualquiera de los dos primeros horizontes constructivos, más probablemente al décimo. Y, como colofón, por hacernos eco de un solo testimonio asociado a la etapa del poblado en el que se impone ya la arquitectura de adobe, en el octavo nivel constructivo fue hallada una punta de dardo tubular, que constituye sin duda el objeto broncíneo de más entidad de cuantos se han recuperado en las modernas excavaciones y que, por su peculiar morfología –de hoja triangular con alerones bastante oblicuos, punta levemente redondeada y cubo más bien angosto– se podría comparar con las jabalinas de tipo Cerro de San Andrés, Cisneros o Bembibre, mejor que con las lanzas, cronológicamente anteriores, del horizonte Vénat (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 172-174).

El hecho de no haberse detectado un solo fragmento de mineral de cobre sin procesar a lo largo de toda la secuencia de El Soto, unido al descubrimiento en la base del yacimiento de parte de una torta metálica circular y plano-convexa, además de invitar a la comparación de esta última con los lingotes de su mismo tipo pero algo mayores, presentes en depósitos tan significativos del último Bronce Final como los de Ervedal (Coffyn, 1976: 13-22) o La Sabina (Almagro Basch, 1967), en Portugal y Formentera respectivamente, proporciona una excelente excusa para reflexionar sobre los sistemas de aprovisionamiento de materias primas de los talleres de fundición del valle medio del Duero. Y la primera e irreprimible reacción en este sentido nos impulsa a enfrentarnos a la realidad de que también en los yacimientos del Cobre y del Bronce de este mismo ámbito en los que se atestiguan indicios de actividad metalúrgica se niega sistemáticamente la presencia de minerales cupríferos. Tal sucede, en efecto, en el establecimiento calcolítico de La Alameda de Peleagonzalo, en el que Sevillano recuperó una nada despreciable concentración de crisoles en una zona de hogares (Martín Valls y Delibes, 1981: 180-184); el hecho se repite en el yacimiento de la plenitud de Cogotas I de Carricastro, en Tordesillas, donde los vestigios reconocidos ilustran prácticamente todo el proceso de producción, incluido el moldeado, pero tomando como elemento de partida unas finas barras-lingote metálicas (Delibes y Fernández Manzano, 1991: 208); e ilustración de situaciones similares no falta en otras estaciones más afines cronológicamente a El Soto, tales como El Castillo de Burgos, donde se recuperaron escorias, vasijas con restos de colada y moldes de barro (Uribarri, Martínez y Leis, 1987: 64), como el castro soriano de El Royo, famoso por su importante lote de moldes de arcilla (Eiroa, 1981), o como el ya mencionado taller de Zorita (Martín Valls y Delibes, 1978), ya que en ninguno de ellos se atestiguan los imprescindibles minerales de cobre. Por el contrario, éstos están presentes, bajo la forma de malaquitas, en un poblado como el calcolítico de Aldeagordillo, en Avila, que, significativamente, se sitúa en las inmediaciones de unos veneros cupríferos, ciertamente de muy escasa consideración en términos económicos actuales, pero rentables sin duda en cuanto a cubrir las limitadas necesidades de las poblaciones prehistóricas (Fabián, 1995: 172).

Tales evidencias aportan base suficiente para preguntarnos si los fundidores de los poblados del centro de la cuenca, alejados como promedio un centenar de kilómetros de los afloramientos de mineral de cobre más próximos –todos ellos, sin ser de una extraordinaria importancia, se concentran, según los mapas del IGME, en la orla periférica montañosa: norte de León y Palencia, Este de Burgos y Soria, Occidente de Zamora y serranías de Avila y Segovia–, no cubrirían fundamentalmente las necesidades de materia prima de sus talleres de bronce con metal reciclado, amortizable, y con lingotes adquiridos al efecto en mercados exteriores, en vez de con mineral sin procesar. En este sentido, exóticos habrían sido en último extremo los mencionados lingotillos de Carricastro; también aquel otro que formaba parte del ajuar de un enterramiento Cogotas I en San Román de Hornija (Delibes, 1978: 246 y 247), por cierto con unos valores llamativamente altos en estaño; y, con respecto al horizonte del Soto, explicación similar exi-

giría la presencia de ese ejemplar redondo plano-convexo en el yacimiento epónimo (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 174), que suscita en última instancia todas estas disquisiciones. Habrá de quedar claro, en cualquier caso, que nuestras dudas se cifran no en si *se fundía* metal en los propios yacimientos, pues es evidente que tal sí sucedía, sino en si *se benefició cobre, in situ*, a través de la reducción de minerales.

Circunscribiéndonos ya al mundo del Soto, existen dos razones, al menos, para no considerar por completo convincente una explicación como la propuesta. Una de ellas, sobre la que no insistiremos más, se refiere a la dificultad de aprovisionarse a gran escala de un tipo de lingote circular plano-convexo cuya circulación no parece haber sido muy grande, a diferencia de lo que sucede durante el Bronce Final en otros sectores de Europa, en la Península Ibérica (Coffyn, 1985: 224; Gómez Ramos, 1993: 90). La otra alude al propio reconocimiento en muchos de los hábitats de documentos arqueológicos que, aunque indirectamente, ilustran una verdadera producción de metal a partir de la reducción de minerales cupríferos: nos referimos a los restos de los denominados «hornos-vasijas» que en el caso concreto de nuestras excavaciones fueron detectados dentro de la vivienda XV y que en realidad no son más que dos fragmentos de cerámica con adherencias de escorias metálicas en su interior. Que uno de ellos corresponda a un vaso común, sin tratamiento alguno, y el otro a un recipiente finamente bruñido no modifica para nada nuestra convicción de que en los dos casos se trata no, como pudimos considerar en su día (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 174), de simples contenedores de pequeñas cantidades de colada sobrantes y «atesoradas» tras el proceso fundidor, sino de las paredes de unos sencillos pero efectivos hornos en los que, mezclados con carbón después de triturados, se procesaron óxidos, carbonatos o sulfuros de cobre, estos últimos, en todo caso, con el requerimiento de un tostado previo para eliminar el azufre.

La viabilidad de los hornos-vasija, defendida inicialmente por Rovira y Montero (p.e. 1994: 160-163), quienes vieron en ella una prueba concluyente de la personalidad de la metalurgia prehistórica del solar ibérico, y analizada luego con mayor exhaustividad por Gómez Ramos (1995), es, por otra parte, una evidencia que hemos de complementar con la falta de documentos sobre el uso de cualquier otro tipo de hornos de reducción más complejos –por ejemplo con depósito, toberas y canales para el sangrado de escorias, como los atestiguados en Timna (Mohen, 1992: 116 y 117)– durante la Edad del Bronce peninsular. Sólo a partir de la Edad del Hierro, pese a mantenerse aquel modelo como auténtica reliquia en determinados lugares, comenzaron a utilizarse hornos de mayor entidad, en los que se conseguían temperaturas suficientes para obtener metal en bruto, mientras que en los hornos-vasija la producción consistía en una pasta viscosa nada fluida, en la que se mezclaban la ganga, el metal –bajo la forma éste de nodulillos, gotas y filamentos que habían de sufrir un ulterior reprocesado– y aún numerosos fragmentos de mineral sólo en parte reducidos (Rovira y Montero, 1994: 161). Las escorias del interior de los hornos-vasija de El Soto, como más ostensiblemente esos minerales sólo parcialmente fundidos procedentes de un poblado culturalmente asimilable como es el Castro, en Gusendos de los Oteros (Gómez Ramos, 1995: 770), demuestran, sin margen alguno para la discusión, que las gentes soteñas no se limitaron a refundir bronce ya procesado bajo la forma de lingotes o de chatarra, sino que también lo produjeron a partir de minerales crudos con los que se cargaron los hornos. Mas, ¿por qué, entonces, habiendo constancia de que aquéllos fueron reducidos, no existe huella explícita de los mismos en estado precocción, como sí se documenta por ejemplo en las parvitas de mineral de Almizaraque (Montero, 1994: 233 y 234)? ¿Cómo se explica que esa misma evidencia se niegue inclusive en un taller metalúrgico tan «amplio» y explícito como el prerromano del Castrelín de San Juan de Paluezas, en la zona de Las Médulas, en el que una vez más menudean los consabidos fragmentos cerámicos de las vasijas-hornos y, todo lo más, ciertos restos de mineral sólo parcialmente procesado (Fernández-Posse *et alii*, 1993)? ¿No será que los metalúrgicos renunciaron deliberadamente a llevar a cabo la transformación mineral/metal en el interior de los poblados, acaso para evitar las nocivas emanaciones resultantes de la misma, y que una vez concluida aquélla, por comodidad en el transporte, los hornos vasija se trasladaran enteros a la oficina «urbana», donde se procedía a partirlos para extraer la masa solidificada en su interior?

Tenemos ciertas sospechas, pues, de que durante el Bronce Final no todos los pasos de la cadena operativa conducente a la producción de elementos metálicos fueron necesariamente dados en el mismo escenario, entreviendo la existencia de sectores especializados en diferentes tareas. Y, al mismo tiempo, nos queda la duda de si la propia actividad fundidora se desenvolvió en espacios cerrados específicos, del tipo de aquel rectangular, con paredes de barro, que habitualmente se atribuye a un fabricante de alfileres, lanzas y espadas de bronce en la Penya Negra de Crevillente, en Alicante (González Prats, 1992). Ciertamente, dada la ingente cantidad de escorias, de goterones de bronce y de moldes procedentes de los vertederos que ciñen exteriormente el mencionado recinto, parece una burda y gratuita provocación discutir su condición de taller metalúrgico (Ruiz-Gálvez, 1990), pero varios detalles alimentan la duda. En primer lugar la falta en su interior de cualquier resto relacionado con la actividad presuntamente desarrollada, lo que se atribuye a una limpieza exhaustiva de la estancia. En segundo término el hallazgo de un conjunto de pesas de barro, hacia su sector central, que sugiere el desarrollo de prácticas textiles. Por último, lo que habría de parecer el argumento más contundente, esto es, la existencia de un horno de barro, a grandes rasgos cónico, hacia uno de los extremos de la dependencia, queda como tal argumento un tanto desvirtuado, de una parte porque su tipología no es la más idónea para la fundición de metal en bruto –antes bien, recuerda a ciertos hornos de pan (?) del propio Soto de Medinilla (Misiego *et alii*, 1993), en los que tampoco hay indicios de vitrificación, reflejo de haber sufrido altas temperaturas– y de otra porque las decenas de fragmentos de hornos-vasija recuperados en las escombreras exteriores de la supuesta casa-taller en que se

ubicaba ilustran bien a las claras cuál fue allí el procedimiento para conseguir su liga con el estaño. Planteamos, por lo tanto, la posibilidad de que el edificio de Penya Negra tan comúnmente declarado factoría metalúrgica, no fuera tal pese a hallarse en las inmediaciones de un área de fundición, y reclamamos alguna atención sobre la correspondencia existente entre sus elementos constitutivos –las paredes, una banqueta, un punto de fuego y un conjunto de pesas de barro– y los de la Casa V de El Soto, ya del tercer nivel de hábitat, con la particularidad de que aquí el número de pesas de telar es mayor –una treintena– y de que la estructura de lo que interpretamos como un brasero, toda ella con innegables huellas de fuego, es rectangular y ha sido construída con adobes (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 164 y 165).

Por último, una brevísima alusión al hierro. Siendo extraordinariamente escaso a lo largo de toda la secuencia de El Soto, no deja de producir sorpresa su presencia –reducida, bien es cierto, a un fragento de forma irreconocible– desde la base del noveno nivel de hábitat que, como veremos más adelante, fue fechado por el radiocarbono en torno al 725 a.C. (Delibes, Romero y Ramírez, 1995: 174). De esta manera, la estación vallisoletana se incorpora a esa lista de yacimientos peninsulares con hierro cuya alta cronología desvirtúa la posibilidad de justificar la presencia del nuevo metal como resultado de préstamos fenicios. Nos referimos, naturalmente, al gran tesoro áureo de Villena, a los depósitos predominantemente de bronces de la Ría de Huelva, Campotéjar, Chans de Tavares y Senhora da Guia (Almagro-Gorbea, 1993), a alguna estación francesa del horizonte Vénat (Gómez, 1980: 81), o al más conflictivo hallazgo, por su presumible asociación a un contexto del grupo Cogotas I y consiguiente antigüedad, de la choza Be 2 del salamantino Cerro del Berrueco (Maluquer, 1958b: 48).

Almagro Gorbea, tomando como referencia el paralelo tipológico que para alguna de las piezas de estos yacimientos suponen determinados materiales del centro y este del Mediterráneo –muy claro, por ejemplo, en el caso de las hachas de Campotéjar/El Berrueco–, se manifiesta partidario de explicar la presencia de estos primeros objetos de hierro en el marco de unas relaciones precoloniales, lo que de alguna manera corroboraría la posición periférica y fundamentalmente costera tanto de Villena como de Huelva o de los depósitos portugueses mencionados. Se decanta abiertamente, además, por la consideración de que en todos los casos se trata de auténticos elementos de prestigio, y no oculta sus dudas sobre si nos encontramos ante importaciones o productos salidos de talleres locales (Almagro-Gorbea, 1993: 88).

Esta situación, que tan extraña ha de resultarnos necesariamente a los arqueólogos españoles tras lustros y lustros atribuyendo la introducción del hierro primero a invasores nortepirenaicos emparentados con el Hallstatt y después a los mercaderes fenicios, en absoluto resulta desconocida sin embargo en las tierras templadas del continente, en las que Pleiner (1981) ha inventariado más de un centenar de piezas fabricadas en *metal negro*, todas ellas de prestigio, correspondientes al Bronce Final. «Aunque todavía raro, el hierro –afirma Pleiner refiriéndose al Ha B3 (Pleiner, 1988: 33)– era conocido en prácticamente toda Europa» y no falta constancia de algunos hallazgos del mismo desde bastante antes en el Mediterráneo central (Delpino, 1988). Pero sin duda el planteamiento más luminoso de dicho autor, aparte de defender la aparición del acero desde el primer momento de la producción del hierro, antes de que ésta consiguiera hacerse regular, radica en proponer que el acceso a su conocimiento surgió con toda probabilidad –sin negar por ello una última influencia del Este del Mediterráneo– en el marco de los propios talleres locales de producción de bronce. Marechal (1988: 26 y 27), inspirándose en Sperl, narra sintéticamente el procedimiento: en el horno, cargado con piritas cupríferas tostadas previamente para retirar el azufre, tras un calentamiento a aproximadamente 1250º, se obtenía un cobre impuro que, colado, dejaba una masa espumosa de escoria que contenía hierro en forma de gránulos. Mientras el cobre era refinado por refundición, la espuma de hierro era purificada mediante forja, transformándose en manufacturas.

Una posibilidad ésta de que el trabajo del hierro pudiera haberse complementado con el del cobre sin duda interesante, y que incrementa su atractivo cuando recordamos el hallazgo de algunos restos de aquel metal en el área de fundición de Penya Negra (González Prats, 1992: 245) o la concentración de «escorias de hierro» acreditada por Eiroa (1981) en el castro de El Royo, justo en la zona en que se halló el lote de moldes de arcilla para colar bronces. Mas sería injusto concebir excesivas esperanzas sobre una posible producción local de hierro en tales condiciones, mientras sigamos sosteniendo que el artefacto empleado para reducir los minerales de cobre durante el Bronce Final y gran parte del Hierro en la Península, era la vasija-horno, esto es un hornillo mal ventilado y sin toberas en el que resultaría difícil superar los 900º. Así deberemos seguir pensando que este primer hierro –«cobre negro del cielo» lo llamaron los egipcios, pese a no tratarse, como en principio se sospechó, de hierro meteórico (Piaskowsky, 1988: 37-43)– hallado en El Soto tuvo un carácter importado, aunque su llegada se produjera casi un siglo antes de lo defendido por Pereira (1987) para el piedemonte meridional de la Sierra de Gredos, tomando como referencia las piezas orientalizantes de Belvís de la Jara.

4. DATACIONES ABSOLUTAS Y DISCUSION CRONOLOGICA

La obsesión por fechar el llamado Soto céltico ha sido una constante en la investigación protohistórica de la Meseta desde el mismo momento en que dicho horizonte cultural fue definido. Buena prueba de ello son los elaborados ejercicios de cronología cruzada que efectuara Palol en los años sesenta y setenta, casi siempre con la secuencia del poblado del Alto de la Cruz, en Cortes de Navarra (p.e. Palol y Wattenberg, 1974: 34), como telón de fondo, o bien la misma preocupación por datar radiocarbónicamente el yacimiento epónimo cuando aún no era ésta una práctica habitual en la arqueología de nuestro país. En todo caso, los resultados de aquellos dos análisis de C_{14}, realizados por Griffin y Jelinek a partir de una muestra de semillas de cereal carbonizado de

El Soto II, produjeron, con sus fechas cortas –entre 225 y 200 a.C.–, tal controversión? (Palol y Wattenberg, 1974: 192) que no podemos negar que la posibilidad de tener acceso a una serie más fidedigna de dataciones absolutas constituyó un incentivo más para replantear las excavaciones a finales de la década de los ochenta.

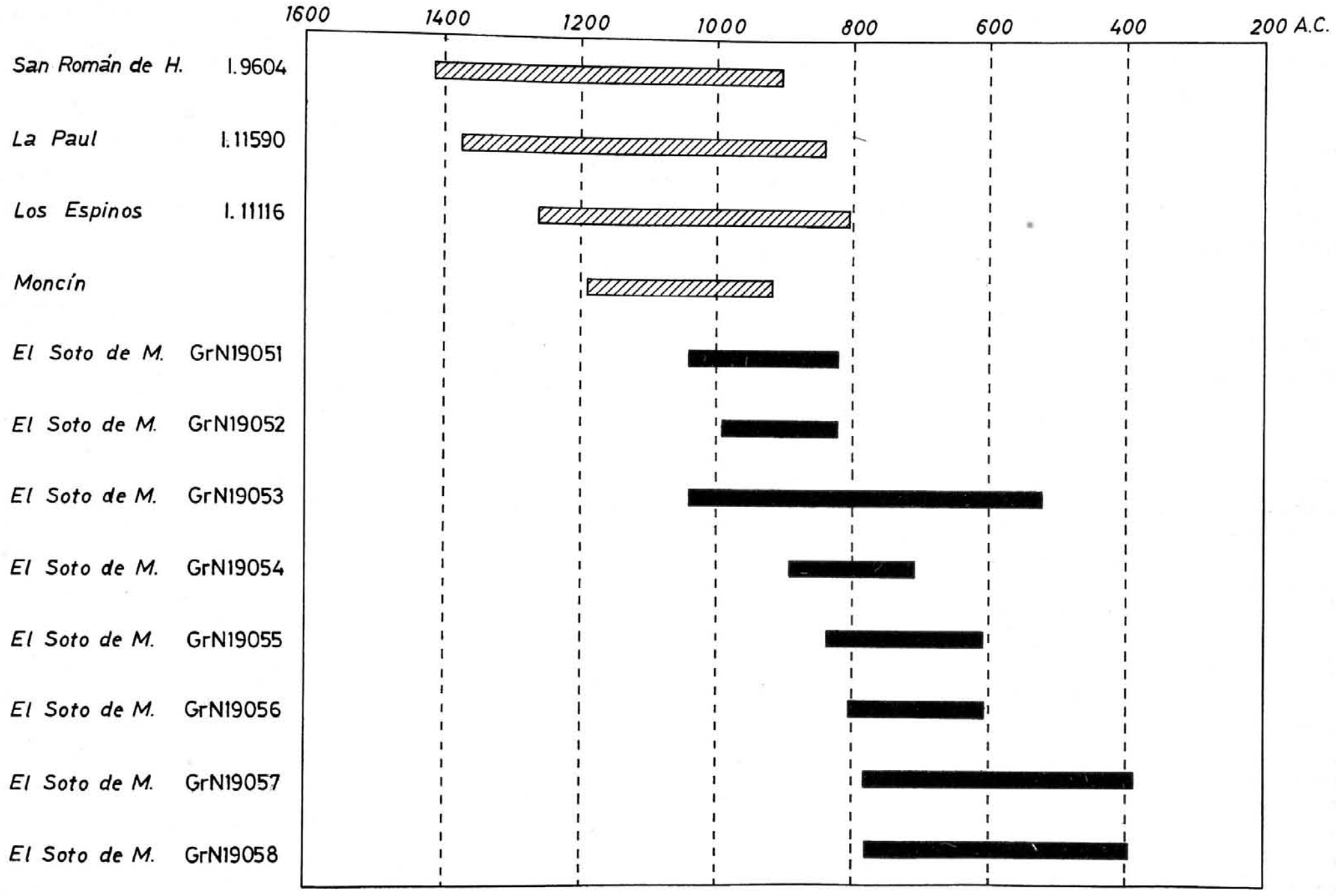
La nueva posibilidad de obtener fechas de C_{14} exigió una actitud de partida por completo diferente a la que se observara en la primera excavación ante idéntica coyuntura. Entonces el muestreo hubo de ser aleatorio; ahora se nos ofrecía la oportunidad de un trabajo sistemático y mucho más complejo, también más ambicioso e interesante, máxime cuando se preveía el reconocimiento de una larga estratigrafía que habría de actuar como instrumento de control a la hora de valorar el grado de coherencia interna de las dataciones obtenidas. No se tenía la pretensión, por tanto, de multiplicar sencillamente el número de fechas absolutas del yacimiento, sino de crear un marco general de referencia en el que cada cronología adquiriera un sentido en función de las restantes. Por otra parte, enseñados de viejos errores que un aleccionador trabajo ha venido crecientemente a enumerar (Fábregas, 1992), no sólo cuidamos a la hora de seleccionar las muestras que las mismas se repartieran estratégicamente entre los distintos niveles habitacionales advertidos, procurando no dejar grandes vacíos en la secuencia, sino que también, en la medida de lo posible, optamos por procesar muestras de cierto volumen y riqueza en carbono para evitar esas inmensas desviaciones *standar* que con frecuencia hacen inútiles tantos esfuerzos de datación. Por último, siguiendo recomendaciones bien conocidas pero no siempre fáciles de cumplir (Mook y Waterbolk, 1985: 49), cuantas veces estuvo a nuestro alcance seleccionamos muestras de vida corta –semillas, en particular–, sabedores de que con ello neutralizábamos hasta cierto punto el riesgo de estar datando materiales –sobre todo maderas– en uso, sí, en las fases de habitación de las que procedían, pero que acaso habían muerto, a efectos de desintegración isotópica, con mucha antelación.

Una relación de los resultados analíticos obtenidos en el laboratorio de Groningen, con alusión a los niveles de los que proceden las muestras y a la naturaleza de estas últimas, es la siguiente:

Muestra N.º	Material	Localización	Nivel de hábitat	Código GrN	Datación BP
1	Madera de pino carbonizada	Casa XV, poste central	undécimo	19051	2795 ± 50
2	Semillas carbonizadas de cereal *(Triticum aestivum)*	Casa XV, sobre el pavimento	undécimo	19053	2675 ± 35
3	Madera carbonizada	Casa XII, techumbre derrumbada	noveno	19053	2675 ± 110
4	Madera carbonizada de pino	Horno doméstico combustible	séptimo al quinto	19054	2640 ± 50
5	madera carbonizada	Casa VII, base del muro	cuarto	19055	2620 ± 50
6	Madera carbonizada	Casa V, anejo oriental	tercero	19056	2580 ± 30
7	Semillas carbonizadas, en su mayor parte de trigo común/duro	Casa V, anejo oriental	tercero	19057	2455 ± 50
8	Madera carbonizada (¿quejigo?)	Hoyo en las inmediaciones de la Casa I	primero	19058	2450 ± 50

Muestra n.º	Código GrN	Datación BP	Reducción AC	Intervalo 2 σ
1	19051	2795 ± 50	919	1041-823
2	19052	2765 ± 35	904	993-823
3	19053	2675 ± 110	816	1041-522
4	19054	2640 ± 50	805	894-769
5	19055	2620 ± 50	801	839-609
6	19056	2580 ± 30	793	806-608
7	19057	2455 ± 50	522	783-398
8	19058	2450 ± 50	519	780-397

La calibración o conversión de estas fechas en años de calendario, con un intervalo de confianza de dos sigma –esto es, a algo más de un 95 por 100 de probabilidad–, ha sido realizada de acuerdo con el Radiocarbon Calibration Program, del Quaternary Isotope Lab de la Universidad de Washington, preparado por M. Stuiver y P.J. Reimer (1993), y con el apoyo igualmente de las tablas de calibración de Pearson y del mismo Stuiver, proporcionando los siguientes resultados:



Dataciones C 14 calibradas (dos sigma) de El Soto de Medinilla en relación con las más modernas del grupo Cogotas I (rayadas).

Un primer aspecto que seríamos partidarios de destacar en este conjunto de dataciones es su gran lógica interna, inclusive sorprendente cuando alguna de las muestras procesadas correspondían a maderas empleadas en construcciones arquitectónicas de entidad –por ejemplo, postes– cuyo reaprovechamiento podría, razonablemente, haber producido desajustes. Sin embargo, la obtenida es una serie con un inalterable ritmo decreciente cuyos límites se sitúan entre finales del siglo X A.C. y el último cuarto del VI. Por otra parte, es interesante asimismo reparar en la coherencia de los resultados de dos pares de muestras, las números 1 y 2, por un lado, y las 6 y 7, por otro, por cuanto aluden a idéntico contexto, con la particularidad de que mientras 1 y 6 eran fragmentos de material lígneo, 2 y 7 estaban constituídas por semillas. Evidentemente, esta duplicación de fechas para un mismo contexto, en modo alguno un capricho, se justifica por el mayor grado de confianza ofrecido por las últimas –las semillas–, en tanto muestras de vida en principio más corta, a la hora de obtener valores de la máxima precisión cronológica. Y las expectativas no se ven defraudadas ya que, en el primer caso al menos, la muestra de trigo carbonizado arroja una datación levemente más joven que la de la madera, la cual, de acuerdo con lo dicho, habríamos de considerar más atinada y convincente que aquélla, pese a no ser la diferencia entre una y otra demasiado amplia.

La serie de fechas C_{14} de El Soto de Medinilla, en segundo lugar, manifiesta también una destacable coherencia dentro del marco de cronología absoluta actualmente disponible para otros horizontes protohistóricos del interior peninsular. En este sentido, salvando unas pocas fechas para contextos de cerámicas excisas y del Boquique, como las más modernas de La Fábrica (2490 ± 95 BP), cuya validez ha sido desestimada a causa de su ostensible aislamiento, aparte de existir otras dataciones más antiguas para la misma estación (Priego, 1986), el bloque cronológico de El Soto constituye un excelente término *ante quem* para el grupo Cogotas I. Desgraciadamente, en las tierras de la Meseta en general no existen series largas que se refieran al citado horizonte, lo que en gran medida se debe a la falta de estratigrafías verticales en los yacimientos de habitación de este signo (Delibes *et alii*, 1995: 55); tampoco facilitan las cosas determinadas fechas con amplia desviación *standard* como las de La Requejada, en San Román de Hornija (p.e. 2820 ± 150 BP); sin embar-

go, las más bajas de Moncín (2880 ± 40 BP) y Los Espinos (2830 ± 95 BP), u otra de La Paul (2900 ± 85 BP), en Zaragoza, Palencia y Alava, respectivamente, se diría que aluden a un momento final de Cogotas I, en torno al 1000 a.C. (véanse, en general, Delibes y Fernández-Miranda, 1986-87; Castro, Micó y Sanahuja, 1995), constituyendo, con las más antiguas del yacimiento que ahora analizamos, la bisagra entre dos mundos bien distintos en cuanto a equipamiento y cultura material, pero seguramente consecutivos, como fueron el de Cogotas I y el del Soto.

Tal vez las fechas iniciales de la secuencia de nuestro poblado llamen la atención por su considerable antigüedad; pero tampoco se trata de dataciones completamente insólitas en el concierto regional, lo que aumenta su credibilidad. Al respecto conviene, de un lado, tener presentes las elevadas fechas C_{14} –GrN 13970 y 13971, 2715 ± 30 y 2660 ± 30 BP, respectivamente, que hacen calibradas 834 y 810 a.C. y, a dos sigma, 910-807 y 840-796– obtenidas para un conjunto cerámico indudablemente post-Cogotas del Cerro de San Pelayo, en Martinamor (Salamanca), del que formaba parte un excepcional recipiente pintado cuya forma no desdice de las del Soto, aunque su decoración haya querido vincularse a cierto estilo tartésico del Bajo Guadalquivir (Benet, 1990). Y, de otro, recordar que en prácticamente todo el cuadrante Noroeste peninsular la secuencia de los castros, ya sean gallegos, como Torroso, o del Norte de Portugal, como Coto da Pena, Barbudo o San Julião (Carballo y Fábregas, 1991), arranca de momentos no posteriores a éste, dándose la circunstancia de que muchos de los ambientes datados muestran alguna afinidad de equipamiento respecto al mundo soteño.

Una de nuestras mayores frustraciones, sin embargo, radica en no haber sido capaces de documentar en cualquiera de los niveles de El Soto de Medinilla materiales auténticamente relevantes a efectos de *cross-dating*. Nos referimos, sobre todo, a objetos metálicos representativos que pudieran asimilarse a las periodizaciones convencionales del Bronce Final y proyectar un poco de luz sobre lo que todavía es un confuso panorama. Ese continúa siendo el gran reto a la hora de construir una trama de cronología absoluta verdaderamente sólida para el postrer Bronce, porque los intentos de forjarla a partir únicamente de la datación de piezas más o menos aisladas –los astiles leñosos de las lanzas de Penha (Almagro-Gorbea, 1977: 528), Penalba (Alvarez Núñez, 1986: 61), San Esteban del Río Sil (Almagro-Gorbea, 1977: 522) y de Baiões (Kalb, 1974-77)–, o inclusive de series de ellas con una contextualización relativa, como las del depósito de la Ría de Huelva (Almagro-Gorbea, 1977: 524 y 525), ofrecen unas posibilidades bastante limitadas. Mucho nos tememos que, mientras no se avance en este terreno, cualquier propuesta de división del Bronce Final o, mejor aún, de ordenación cronológica de las manufacturas metálicas de acuerdo con ella, seguirá mostrando una gran vulnerabilidad y prueba de ello es la titubeante actitud hoy mantenida (Ruiz-Gálvez, 1995: 82 y 83) sobre cuestiones hasta hace pocos años tan firmes como la existencia de un Bronce Final Atlántico IIIb, Baiões-Vénat, ligeramente posterior al Horizonte Ría de Huelva (Ruiz-Gálvez, 1984: 280-284 y 292 ss).

Pero volviendo a nuestro yacimiento, las fechas que manejamos para el inicio de El Soto de finales del siglo IX a.c. o cien años antes si las calibramos, nos transportan a un momento inmediatamente post-Huelva. Podría quedar la duda de si esa metalurgia de bronce del grupo Soto, tan bien representada por un amplio conjunto de crisoles y moldes de arcilla, no pudo ser el exponente de una producción tardía, avanzada cronológicamente, en una región marginal, la Meseta, en la que la introducción del hierro se hubiera producido con un notable retraso. Una imagen, por otra parte, no exenta de atractivo desde la óptica del castro soriano de El Royo, habida cuenta que el lote de moldes de barro para fundir bronce allí recuperado se asimila a un contexto que el C_{14} sitúa contundentemente no antes del siglo VI a.c. (Eiroa, 1981). Pese a que, como apuntábamos páginas atrás, no sólo no hay pruebas del retraso en la incorporación del hierro a la cuenca del Duero, sino más bien de lo contrario, no ha sido sencillo desprenderse del prejuicio anterior, aunque ahora contemos, por fin, con dos argumentos decisivos y complementarios en su contra: las altas fechas absolutas de la base de El Soto ahora aportadas y la comparecencia de esos moldes de arcilla para, por ejemplo, fundir lanzas tubulares, desde el mismo Soto I de Palol, que, aunque denunciada hace tiempo por Rauret (1976: 141), había pasado hasta el momento bastante desapercibida.

Nuestro poblado, por lo tanto, debió iniciar su trayectoria en el Bronce Final III, entre el 1000 y el 900 a.C. Ello debió ocurrir tres siglos después de que la población Cogotas I de Montoro recibiera, vía Mediterráneo, las ya célebres cerámicas micénicas del LHIIIb (Martín de la Cruz, 1988), prácticamente al tiempo que los jefes guerreros chipriotas incluyeran en sus tumbas elementos de ostentación extraídos de talleres atlánticos, como el *obelos* de Amathus (Karageorghis y Lo Schiavo, 1989) y algo menos de un centenar de años antes de que se implantaran en las costas andaluzas las primeras colonias fenicias (Aubet, 1994: 317-323). Esta es la urdimbre, tejida con anclajes cronológicos incontestables, en la que cabe situar la fundación de El Soto, pero en la que también, en nuestra opinión, y como contrapunto, siguen pendientes de aclarar cuestiones de tanto fuste como el posicionamiento exacto de la Ría de Huelva y, más en concreto, sus relaciones iso o diacrónicas con los grandes depósitos del centro de Portugal, tipo Senhora da Guia, en Baiões (Silva, Silva y Lopes, 1984).

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO BASCH, M. (1967): *Inventaria Archaeologica. España*, 7, Madrid.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XIV, Madrid.

— (1993): «La introducción del hierro en la Península Ibérica. Contactos precoloniales en el Período Protoorientalizante», *Complutum*, 4: 81-94.

ALVAREZ NUÑEZ, A. (1986): *Castro de Penalba, Campo Lameiro (Pontevedra). Campaña 1983*. Arqueoloxia/Memorias, 4, Santiago de Compostela.

ARGENTE OLIVER, J.L. (1994): *Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*. Excavaciones Arqueológicas en España, 168, Madrid.

AUBET, M.E. (1994): *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, Barcelona, edición ampliada y puesta al día.

BARRIO MARTIN. J. (1993): «Estratigrafía y desarrollo poblacional en el yacimiento prerromano de la Plaza del Castillo (Cuéllar. Segovia)». en Romero. F.. Sanz. C. y Escudero. Z. (Eds.): 173-212.
BENET. N.. (1990): «Un vaso pintado y tres dataciones de C-14 procedentes del Cerro de San Pelayo (Martinamor. Salamanca)». *Numantia. Arqueología en Castilla y León*. III: 77-93.
BLAS CORTINA. M.A. de (1984-85): «El molde del castro leonés de Gusendos de los Oteros y las hachas de apéndices laterales curvos peninsulares». *Zephyrus*. XXXVII-XXXVIII: 277-296.
CALONGE CANO. G. (1995): «Interpretación de los resultados de las investigaciones medioambientales y arqueológicas y su relación con el pretérito espacio físico vacceo del valle medio del Duero». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 529-539.
CASTRO MARTINEZ. P.V.. MICO PEREZ. R. Y SANAHUJA YII. M.E. (1995): «Genealogía y cronología de la «Cultura de Cogotas I» (El estilo cerámico y el grupo de Cogotas I en su contexto arqueológico)». *BSAA*. LXI. en prensa.
CARBALLO ARCEO. L.X. Y FABREGAS VALCARCE. R. (1991): «Dataciones de Carbono 14 para Castros del Noroeste peninsular». *AEspA*. 64. núms. 163-164: 244-264.
CELIS SANCHEZ. J. (1993): «La secuencia del poblado de la Primera Edad del Hierro de «Los Cuestos de la Estación». Benavente (Zamora)». en Romero. F.. Sanz. C. y Escudero. Z. (Eds.): 93-132.
COFFYN. A. (1976): *L'Age du Bronze au Musée Tabares Provença Junior. Castelo Branco. Portugal*. Castelo Branco.
-- (1985): *Le Bronze Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*. Publications du Centre Pierre Paris. 11. Paris.
CUADRADO BASAS. A. Y SAN MIGUEL MATE. L.C. (1993): «El urbanismo y la estratigrafía del yacimiento vacceo de Melgar de Abajo». en Romero. F.. Sanz. C. y Escudero. Z. (Eds.): 303-334.
CUBERO CORPAS. C. (1995): «Estudio paleocarpológico de yacimientos del valle medio del Duero». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 371-394.
DELIBES DE CASTRO. G. (1978): «Una inhumación triple de la facies Cogotas I en San Román de la Hornija (Valladolid)». *Trabajos de Prehistoria*. 35: 225-250.
DELIBES DE CASTRO. G. Y FERNANDEZ MANZANO. J. (1991): «Relaciones entre Cogotas I y el Bronce Final Atlántico en la Meseta española». en Chevillot. Ch. y Coffyn. A. (Dirs.). *L'Age du Bronze Atlantique. Ses faciès. de L'Ecosse à L'Andalousie et leurs relations avec le Bronze Continental et la Méditerranée. Actes du Ier. Colloque du Parc Archéologique de Beynac*. Beynac. 1990. Beynac: 203-212.
DELIBES DE CASTRO. G. Y FERNANDEZ-MIRANDA. M. (1986-87): «Aproximación a la cronología del Grupo Cogotas I». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Salamanca. 1984. *Zephyrus*. XXXIX-XL: 17-30.
DELIBES DE CASTRO. G. Y ROMERO CARNICERO. F. (1992): «El último milenio a.C. en la Cuenca del Duero. Reflexiones sobre la secuencia cultural». en Almagro-Gorbea M. y Ruiz Zapatero. G. (Eds.). *Paleoetnología de la Península Ibérica*. Actas de la Reunión. Madrid. 1989. *Complutum*. 2-3: 233-258.
DELIBES DE CASTRO. G.. ROMERO CARNICERO. F. Y MORALES MUÑIZ. A. (Eds.) (1995): *Arqueología y medio ambiente. El primer milenio a.C. en el Duero medio*. Valladolid.
DELIBES DE CASTRO. G.. ROMERO CARNICERO. F. Y RAMIREZ RAMIREZ. M.L. (1995): «El poblado «céltico» de El Soto de Medinilla (Valladolid). Sondeo estratigráfico de 1989-90». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 149-177.
DELIBES DE CASTRO. G.. ROMERO CARNICERO. F.. SANZ MINGUEZ. C.. ESCUDERO NAVARRO. Z. Y SAN MIGUEL MATE. L.C. (1995): «Panorama arqueológico de la Edad del Hierro en el Duero medio». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 49-146.
DELPINO. F. (1988): «Prime testimonianze dell'uso del ferro in Italia». en Sperl. G. (Ed.): 45-68.
EIROA. J.J. (1981): «Moldes de arcilla para fundir metales procedentes del Castro Hallstáttico de El Royo (Soria)». *Zephyrus*. XXXII-XXXIII: 181-193.
ESCUDERO NAVARRO. Z. (1988): «Cultura celtibérica en el Soto de Medinilla». *Revista de Arqueología*. 89: 32-41.
-- (1995): «Nuevos estudios sobre el poblado vacceo de «El Soto de Medinilla» (Valladolid)». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 179-217.
FABIAN GARCIA. J.F. (1995): *El aspecto funerario durante el Calcolítico y los inicios de la Edad del Bronce en la Meseta Norte. El enterramiento colectivo en fosa de «El Tomillar» (Bercial de Zapardiel. Avila) en el marco cultural de la prehistoria reciente en el sur de la Meseta Norte española*. Acta Salmanticensia. Estudios Históricos y Geográficos. 93. Salamanca. 1995.
FABREGAS VALCARCE. R. (1992): «¿Tercera revolución del radiocarbono? Una perspectiva arqueológica del C-14». *BSAA*. LVIII: 9-24.
FERNANDEZ-POSSE. M.D.. MONTERO. I.. SANCHEZ PALENCIA. J. Y ROVIRA. S. (1993): «Espacio y metalurgia en la cultura castreña: la zona arqueológica de Las Médulas». *Trabajos de Prehistoria*. 50: 197-220.
GARCIA ALONSO. M. Y URTEAGA ARTIGAS. M. (1985): «La villa medieval y el poblado de la Edad del Hierro en La Mota (Medina del Campo. Valladolid)». *NAHisp.*. 23: 61-140.
GOMEZ. J. (1980): *Les cultures de l'Age du Bronze dans le bassin de la Charente*. Perigueux.
GOMEZ RAMOS. P. (1993): «Tipología de lingotes de metal y su hallazgo en los depósitos del Bronce Final de la Península Ibérica». *CuPAUAM*. 20: 73-105.
-- (1995): *La tecnología de fundición de metales en la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral inédita. Madrid.
GONZALEZ PRATS. A. (1992): «Una vivienda metalúrgica en la Peña Negra (Crevillente. Alicante). Aportación al conocimiento del Bronce Atlántico de la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria*. 49: 243-257.
GONZALEZ-TABLAS SASTRE. F.J. (1989): «Los niveles superiores de Sanchorreja. La primera Edad del Hierro en el borde meridional de la Meseta». *Trabajos de Prehistoria*. 46: 117-128.
HOPF. M. (1973): «Pflanzenfunde aus Nordspanien. Cortes de Navarra-El Soto de Medinilla». *Madrider Mitteilungen*. 14: 133-142.
IGLESIAS MARTINEZ. J.C. (1989): «Castilla-León. Un poblado vacceo en El Soto de Medinilla (Valladolid). en ENAGAS (Coord. y Ed.). *Encuentro con la Historia*. Madrid: 43-46.
KALB. Ph. (1974-77): «Una data de C-14 para o Bronze Atlantico». *O Arqueólogo Português*. Serie III. VII-IX: 141-144.
KARAGEORGHIS. V. Y LO SCHIAVO. F. (1989): «A west mediterranean obelos from Amathus». *Rivista di Studi Fenici*. XVII-1: 15-29.
MALUQUER DE MOTES. J. (1954): *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra. Estudio crítico I*. Excavaciones en Navarra. IV. Pamplona.
-- (1958a): *El yacimiento hallstáttico de Cortes de Navarra. Estudio crítico II*. Excavaciones en Navarra. VI. Pamplona.
-- (1958b): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berrueco (Salamanca)*. Acta Salmanticensia. XIV-1. Salamanca.
MARECHAL. J.R. (1988): «Il passagio della metallurgia del rame a quella del ferro». en Sperl. G. (Ed.): 25-32.
MARISCAL ALVAREZ. B. (1995): «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de El Soto de Medinilla (campaña de 1989-1990) y El Cerro de La Mota en Medina del Campo. Valladolid». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 337-350.
MARTIN DE LA CRUZ. J.C. (1988): «Mykenische Keramik aus Bronzezeitlichen Siedlungs Schichten von Montoro aus Guadalquivir». *Madrider Mitteilungen*. 29: 77-92.
MARTIN VALLS. R. (1986-87): «La segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización». *Actas del Coloquio Internacional sobre la Edad del Hierro en la Meseta Norte*. Salamanca. 1984. *Zephyrus*. XXXIX-XL: 59-86.
MARTIN VALLS. R. Y DELIBES DE CASTRO. G. (1978): «Die Hallstatt- zeitliche Siedlung von Zorita bei Valoria la Buena (Prov. Valladolid)». *Madrider Mitteilungen*. 19: 219-230.
-- (1981): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII)». *BSAA*. XLVII: 153-186.
MISIEGO TEJEDA. J.C.. MARCOS CONTRERAS. G.J.. SARABIA HERRERO. F.J.. MARTIN GIL. J. Y MARTIN GIL. F.J. (1993): «Un horno doméstico de la primera Edad del Hierro de «El Soto de Medinilla» (Valladolid) y su análisis por ATD». *BSAA*. LIX: 89-112.
MOHEN. J.P. (1992): *Metalurgia prehistórica. Introducción a la Paleometalurgia*. Barcelona.
MONTERO. I. (1994): *El origen de la metalurgia en el Sureste peninsular*. Almería.
MOOK. W.G. Y WATERBOLK. H.T. (1985): *Radiocarbon dating*. Handbooks for Archeologists. 3. Strasbourg.
MORALES MUÑIZ. A. Y LIESAU VON LETTOW-VORBECK. C. (1995): «Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el valle Medio del Duero (prov. Valladolid) durante la Edad del Hierro». en Delibes G.. Romero. F. y Morales. A. (Eds.): 455-514.
PALOL. P. DE (1958): «Las excavaciones del poblado céltico de «El Soto de Medinilla»». *BSAA*. XXIV: 182-185.
-- (1961): «Nuevos datos para el estudio de la Edad del Hierro en la Cuenca Media del Duero: Las excavaciones del poblado de «El Soto de Medinilla»». *I Internationaler Kongress für vor-und Frühgeschichte*. Hamburg. 1958. Berlin: 645-648.
-- (1963a): «Trigos prehistóricos en el valle del Pisuerga. El asentamiento céltico de «El Soto de Medinilla»». *Felipe II*: 9-12.
-- (1963b): «Notas para la sistematización de la Primera Edad del Hierro en Castilla la Vieja. Los silos del Barrio de San Pedro Regalado de Valladolid». *A Pedro Bosch-Gimpera en el septuagésimo aniversario de su nacimiento*. México: 135-150.
-- (1964): «La muralla céltica del poblado de «El Soto de Medinilla»». *VIII CNArq.*. Sevilla-Málaga. 1963. Zaragoza: 275-276.
-- (1966): «Estado actual de la investigación prehistórica y arqueológica en la Meseta castellana». *IX CNArq.*. Valladolid. 1965. Zaragoza: 24-35.
-- (1974): «Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro». *Estudios de Arqueología Alavesa*. VI: 91-100.
PALOL. P. Y WATTENBERG. F. (1974): *Carta Arqueológica de España. Valladolid*. Valladolid.
PEREIRA. J. (1987): «Los objetos de hierro más antiguos de la provincia de Toledo». *Carpetania. Revista del Museo de Santa Cruz*. 1: 247-251.
PLEINER. R. (1981): «Die Wege des Eisens nach Europa». en Haefner. H. (Ed.). *Frühes Eisen in Europa*. Schaffhausen. 1979. Schaffhausen: 115-128.
-- (1988): «Investigation into the Quality of the Earliest Iron in Europe». en Sperl. G. (Ed.): 33-36.
PIASKOWSKI. J. (1988): «The Earliest Iron in the world». en Sperl. G. (Ed.): 37-46.
PRIEGO. M.C. (1986): «Datación por el método del C-14: la Fábrica de Ladrillos (Getafe. Madrid)». *Villa de Madrid*. 89-90. 3-4: 132.
RAMIREZ RAMIREZ. M.L. (1995): *La casa circular durante la primera Edad del Hierro en el valle del Duero*. Memoria de Licenciatura leída en la Universidad de Valladolid. inédita.
RAURET DALMAU. A.M. (1976): *La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro*. Publicaciones Eventuales. 25. Barcelona.
ROMERO CARNICERO. F. (1985): «La primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio». en Deli-

bes, G. *et alii*, *La Prehistoria del Valle del Duero. Historia de Castilla y León*, vol. 1. Valladolid: 82-103.
-- (1992): «Los antecedentes protohistóricos. Arquitectura de piedra y barro durante la primera Edad del Hierro», en Báez Mezquita, J.M. (Coord.), *Arquitectura popular en Castilla y León. Bases para un estudio*. Valladolid: 175-211.
ROMERO CARNICERO, F. Y JIMENO MARTINEZ, A. (1993): «El valle del Duero en la antesala de la Historia. Los grupos del Bronce Medio-Final y Primer Hierro», en Almagro-Gorbea M. y Ruíz Zapatero G. (Eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*. Madrid: 175-222.
ROMERO CARNICERO, F. Y MISIEGO TEJEDA, J.C. (en prensa): «Desarrollo secuencial de la Edad del Hierro en el Alto Duero: *El Castillejo* (Fuensaúco, Soria)». *III Simposio sobre Los Celtíberos. El Poblamiento Celtibérico*. Daroca (Zaragoza), 1991.
ROMERO CARNICERO, F., SANZ MINGUEZ, C. Y ESCUDERO NAVARRO, Z. (Eds.) (1993), *Arqueología vaccea. Estudios sobre el mundo prerromano en la Cuenca media del Duero*. Valladolid.
ROVIRA, S. Y MONTERO, I. (1994): «Metalurgia campaniforme y de la Edad del Bronce en la Comunidad de Madrid», en Blasco, M.C. (Ed.), *El Horizonte Campaniforme de la Región de Madrid en el Centenario de Ciempozuelos*. Patrimonio Arqueológico del Bajo Manzanares, 2, Madrid: 137-171.
RUIZ DELGADO, M.M. (1989): *Fíbulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*. Sevilla.
-- (1991): «Il periodo orientalizzante nell sud della Penisola Iberica: origine e diffusione della fibula a doppia molla», *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*. Roma, 1987, vol. III. Roma, 1991: 1205-1209.
RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1984): *La Península Ibérica y sus relaciones con el círculo cultural atlántico*. Universidad Complutense de Madrid, Colección Tesis Doctorales, 139/84, Madrid.
-- (1990): «La metalurgia de Peña Negra I», en González Prats, A., *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante: 317-357.
-- (1995): «Cronología de la Ría de Huelva en el marco del Bronce Final de Europa Occidental», en Ruiz-Gálvez Priego, M. (Ed.), *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final Europeo. Complutum*, Extra 5, Madrid: 79-83.
RUIZ ZAPATERO, G. (1992): «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno de alfarero en el NE. de Iberia», *Gala*, 1: 103-116.
SACRISTAN DE LAMA, J.D. (1986): *La Edad del Hierro en el valle medio del Duero*. Rauda *(Roa, Burgos)*. Valladolid.
SAN MIGUEL MATE, L.C. (1995): «Notas sobre la secuencia y características arqueológicas del yacimiento de la Edad del Hierro de Melgar de Abajo (Valladolid)», en Delibes G., Romero, F. y Morales, A. (Eds.): 307-317.
SECO VILLAR, M. Y TRECEÑO LOSADA, F.J. (1993): «La temprana «iberización» de las tierras del sur del Duero a través de la secuencia de «La Mota». Medina del Campo (Valladolid)», en Romero, F., Sanz, C. y Escudero, Z. (Eds.): 133-171.
-- (1995): «Perfil arqueológico de un poblado de la Edad del Hierro al sur del Duero: «La Mota», Medina del Campo», en Delibes G., Romero, F. y Morales, A. (Eds.): 219-245.
SERRANO, C. Y BARRIENTOS, J. (1933-1934): «La estación arqueológica del Soto de Medinilla», *BSAA*, fasc. V: 213-226.
SILVA, A.C.F. DA, SILVA, C.T. DA Y LOPES, A.B. (1984): «Depósito de fundidor do final da Idade do Bronze do Castro da Senhora da Guia (Baiões, S. Pedro do Sul, Viseu)», separata de Centro de Estudos Humanísticos, Ministerio da Cultura, Delegação R. do Norte, Porto: 73-109.
SPERL, G. (Ed.) (1988): *The First Iron in the Mediterranean. Proceedings of the Populonia/Piombino 1983 Symposium*. PACT, 21, Strasbourg.
STUIVER, M. Y REIMER, P.J. (1993): «Extended 14 C Data Base and Revised CALIB 3.0 14 C Age Calibration Program», *Radiocarbon*, 35-1: 215-230.
URIBARRI ANGULO, J.L., MARTINEZ GONZALEZ, J.M. Y LEIS MUÑOZ, I. (1987): *Primeros asentamientos humanos en la ciudad de Burgos. I. El yacimiento arqueológico del Castillo y Cerro de San Miguel*. Burgos.
UZQUIANO OLERO, P. (1995): «El valle del Duero en la Edad del Hierro: el aporte de la Antracología», en Delibes G., Romero, F. y Morales, A. (Eds.): 395-416.
WATTENBERG, F. (1959): *La región vaccea. Celtiberismo y romanización en la cuenca media del Duero*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, II. Madrid.
YLL, R. (1995): «Análisis polínico de los yacimientos de la Edad del Hierro de Soto de Medinilla, La Era Alta y La Mota (Valladolid)», en Delibes G., Romero, F. y Morales, A. (Eds.): 357-370.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 159 - 176

EL YACIMIENTO DE CANTO TORTOSO (GORAFE, GRANADA): UN ENCLAVE COMERCIAL DEL SIGLO VI A.C. EN EL GUADIANA MENOR

C. González Román
A. Adroher Auroux
A. López Marcos
UNIVERSIDAD DE GRANADA

El desarrollo de la iberización en las altiplanicies granadinas es uno de los aspectos poco conocidos de la Protohistoria de la Península Ibérica. Durante la última década ha sido objeto de una mayor atención por diferentes proyectos de prospección, destinados al estudio del poblamiento de la zona desde la Prehistoria hasta la Antigüedad Tardía. En este contexto, el análisis específico del yacimiento recientemente localizado de Canto Tortoso permite comprender la formación de la sociedad ibérica a partir de la evolución de las poblaciones del Bronce Final y conocer los incipientes cauces comerciales que posibilitaron su eclosión a partir de mediados del siglo V a.C. con el desarrollo de la época plena de la cultura ibérica.

El asentamiento de Canto Tortoso (término municipal de Gorafe, Granada; coordenadas 03° 00' 55"; UTM 30 SWG 04997 41602) fue localizado en el marco de las prospecciones arqueológicas superficiales que se viene desarrollando desde 1988 nuestro grupo de investigación en la comarca de Guadix, y, más concretamente, durante la campaña de 1992, que correspondió al sector Norte del río Fardes y Este del Guadahortuna, en los términos municipales de Villanueva de las Torres, Alicún de Ortega, Dehesas de Guadix y Gorafe.

El área donde se sitúa el yacimiento representa una de las mayores concentraciones de centros ibéricos conocida en las altiplanicies, ya que, en los apenas cinco últimos kilómetros previos de la confluencia del río Fardes en el Guadiana menor se localizan un total de seis yacimientos arqueológicos protohistóricos; entre ellos tenemos uno del Bronce Final, dos necrópolis de época ibérica plena con algunos elementos que pueden hacer pensar que existía desde época antigua, un pequeño asentamiento ibérico en llanura y el *oppidum* de El Forruchu, con pervivencias desde Ibérico Antiguo hasta Ibérico Final, documentado con presencia de Campaniense B, Campaniense C y ánforas itálicas republicanas. El hecho contrasta fuertemente con el casi completo vacío que por el momento parece presentar la zona que corresponde al Guadiana Menor, donde, al menos en el área aproximada de seis kilómetros que visualmente se controla hacia el Sur desde Canto Tortoso, no existe ningún otro tipo de asentamiento contemporáneo.

El yacimiento se encuentra en el cerro de juntas de los ríos Guadiana Menor y Fardes con un amplio control visual tanto hacia el Norte como hacia el Sur. El cerro se encuentra amesetado, con fuerte nivel de acarcavamiento fruto de la erosión que sufre esta zona de tierras blandas (gredas y arcillas de depósitos neógenos cuaternarios), aunque, como posteriormente veremos, este nivel de erosión no es en absoluto reciente. La parte superior del cerro se ha mantenido en gran parte intacta gracias a los efectos de contención de la muralla, que se conserva en las tres quintas partes del perímetro de la meseta.

SECUENCIA OCUPACIONAL Y ESTRUCTURAS ARQUITECTONICAS

Aunque no hemos realizado ningún sondeo que nos permita conocer la estratigrafía del yacimiento y la correspondiente secuencia ocupacional, el estudio de los materiales procedente de la prospección realizada nos permite establecer las siguientes fases de ocupación del yacimiento:

–Canto Tortoso I: corresponde a la Edad del Cobre; espacialmente esta primera ocupación queda restringida a una pequeña meseta que se prolonga hacia el Noreste, abocada al río Guadiana Menor (fig. 1); su cronología se fundamenta básicamente en la caracterización de la cerámica a mano, en la que se aprecia una total ausencia de cuenquecillos de pasta naranja y de fragmentos de cerámica campaniforme, lo que permite pensar en su relación con el horizonte Millares I. En la cerámica destacan fuentes carenadas de labio engrosado saliente, fuentes de perfil continuo y borde divergente, cuencos semiesféricos de superfi-

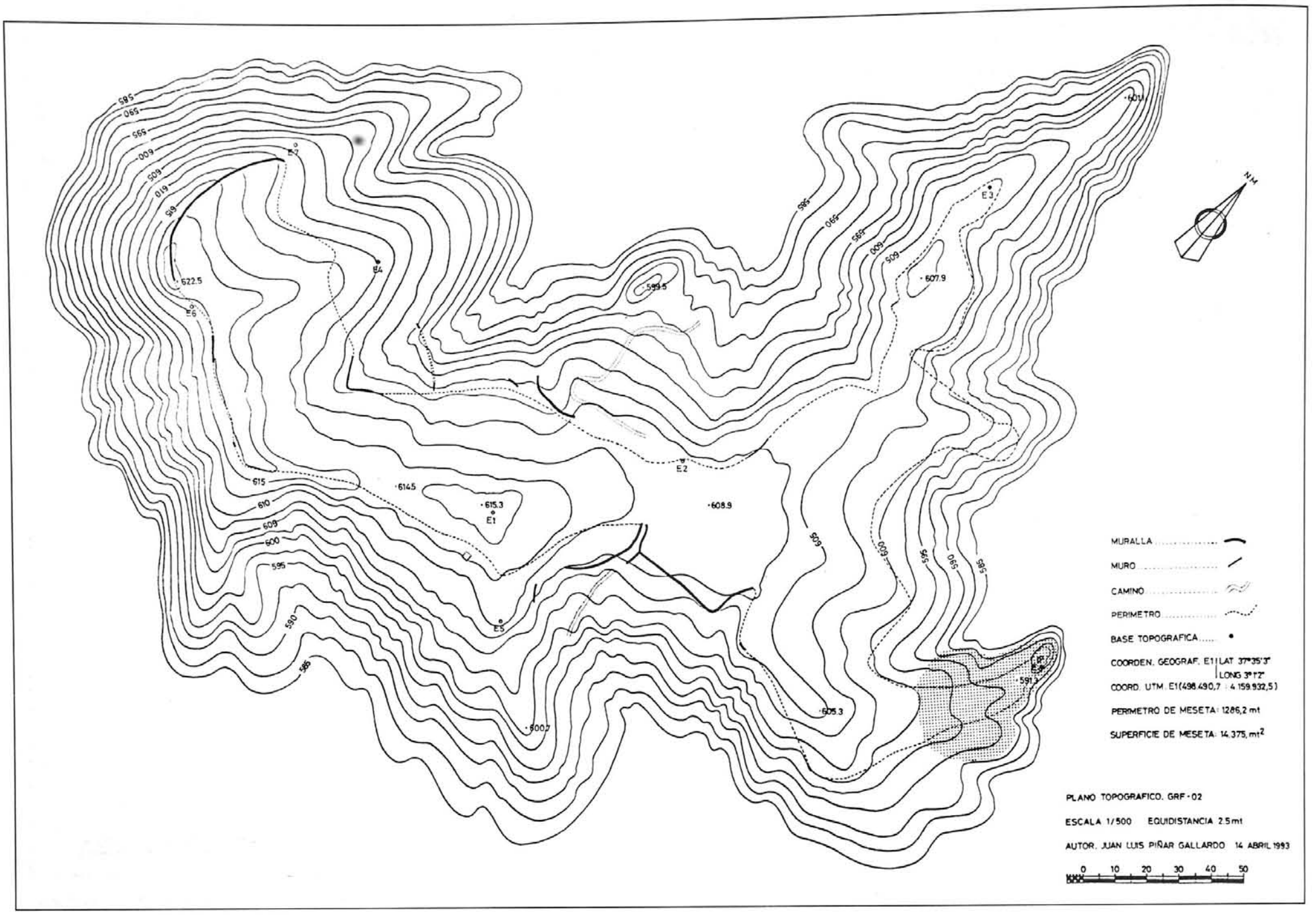


Fig. 1. Plano topográfico del yacimiento de Canto Tortoso (Gorafe, Granada), con la delimitación del perímetro amurallado. La zona sombreada corresponde a la extensión máxima del material calcolítico.

cies negras y bruñidas y ollas de borde curvo divergente. Con posterioridad el yacimiento se abandona trasladándose posiblemente al vecino asentamiento de la Terrera del Reloj (Aguayo y Contreras, 1981).

–Canto Tortoso II: durante el Bronce Final se produce una nueva ocupación del yacimiento; las indicaciones cronológicas están constituidas por algunas piezas aisladas documentadas en el conjunto del yacimiento, como vasitos carenados próximos a los de paredes finas (fig. 12,1) o fondos de pie marcado (fig. 12,3). El paralelo más próximo de esta fase ocupacional está constituido por el cercano yacimiento de Montalegre I (Adroher, López y Barturen, 1993-94, p. 9).

–Canto Tortoso III: corresponde al Ibérico Antiguo; la mayor parte del material está constituido por ánforas, pero también se constatan cerámicas grises, tales como platos de borde engrosado al interior, y pintadas, tanto bícromas como monócromas. De especial importancia son las estructuras conservadas entre las que se encuentran la muralla con camino y puerta de acceso y las habitaciones.

La extensión de la zona amurallada del yacimiento ocupa 14.275 m.^{2}, lo que permite clasificarlo en el contexto del poblamiento ibérico como un *oppidum* de pequeño tamaño. La muralla se construye en piedra seca y su trazado se adapta a la orografía del terreno, aislando su meseta superior. Esta no es completamente plana y se pueden diferenciar dos zonas distintas: la Suroeste (con una superficie de 2.700 m.^{2}), presenta una fuerte inclinación hacia el Norte, mientras que en el resto del asentamiento esta inclinación desaparece para convertirse en una penillanura a poco más de 605 m.s.n.m.

El trazado de la muralla en la zona Norte ha desaparecido por completo, debido a que la erosión ha sido especialmente intensa en esta zona. En los tramos restantes conservado se aprecia la existencia de reestructuraciones. De esta forma, en la zona meridional del yacimiento la muralla hace un quiebro, coincidiendo con la existencia de una rambla, y presenta una segunda línea de muralla treinta metros más abajo sin conexión estructural con la muralla superior (fig. 15). En principio, no hemos documentado resto alguno que nos permita pensar en la existencia de elementos complementarios tales como torreones, contrafuertes o bastiones, que se documentan de forma reiterada en el Alto Guadalquivir en Puente Tablas (Ruiz, Molinos y Choclán, 1991, pp. 114-116), en Atalayuelas (Castro et al., 1987) o en Torreparedones (Cunlife y Fernández, 1987) durante el mismo periodo.

Se aprecia asimismo la existencia de dos caminos de entrada al poblado ubicados respectivamente en la ladera Noroccidental y Suroriental. Su trazado se encuentra acondicionado mediante un pavimento construido con pequeños cantos de río; semejante adecuación puede relacionarse tanto con su hipotética utilización por carros como con su necesaria consolidación frente a la fuerte erosión a la que se ve sometida la zona.

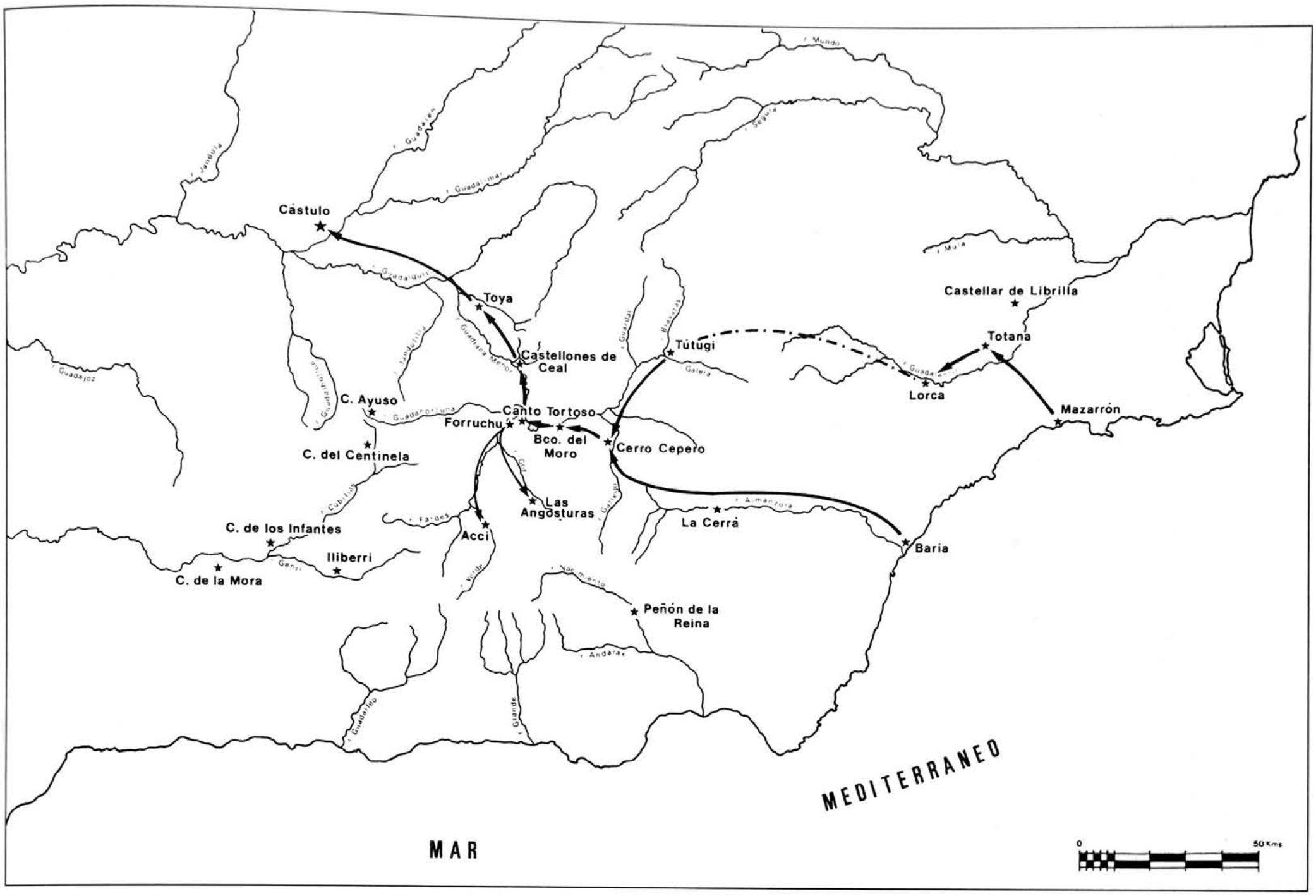


Fig. 2. Mapa con las posibles vías de comercialización en las altiplanicies granadinas durante el Ibérico Antiguo y yacimientos contemporáneos en regiones vecinas.

En clara correspondencia con los accesos se aprecia la existencia de dos puertas; la primera coincide con el camino que actualmente permite la llegada a la parte superior de la meseta, presenta baluartes laterales y se ubica en un quiebro de la muralla; la puerta opuesta presenta mayor complejidad y puede considerarse como la principal del asentamiento (fig. 3, 16 y 17); con una anchura de tres metros, está compuesta por un corredor dispuesto entre dos lienzos paralelos y solapados de la muralla.

Además de la muralla y puertas de acceso se documentan en superficie la existencia de numerosas estructuras que no se relacionan con elementos defensivos, sino con la configuración urbanística del interior del *oppidum*; su mayor concentración se sitúa en la zona Septentrional del hábitat con muros de orientación Norte-Sur, con zócalo de piedra seca, generalmente cuarcitas y micasquitos, de tamaño inferior a 30 cm. de diámetro máximo, dispuestos, en algunas ocasiones, en posición inclinada; dado que el substrato geológico está constituido por arcillas con placas de conglomerados y en menor medida por areniscas, la materia prima debió de extraerse de los aportes fluviales de las dos cuencas hidrográficas que delimitan el asentamiento.

Los restos de muros observables en superficie configuran plantas cuadradas o rectangulares; una de las más reseñables está constituida por una pequeña habitación cuadrada de cuatro metros de lado situada en el SE de la meseta; su construcción y trazado se vincula a la muralla, que en esta zona no está exenta sino que sirve de muro de cierre de la correspondiente vivienda. En las dos áreas donde la concentración de material anfórico es mayor, ubicadas en los extremos Norte y Sur del asentamiento, no se aprecia la existencia de vestigios de estructuras, lo que plantea el problema de la caracterización y ubicación del lugar de almacenamiento.

LA CERÁMICA

El conjunto de la cerámica documentada en la prospección superficial realizada queda catalogado en el siguiente cuadro:

Clase cerámica	N.º Frag.	% Total	N.M.I.	% N.M.I.
mano Bronce	14	05.32	3	01.69
común	50	19.01	39	22.03
pintada	30	11.41	6	03.39
barniz rojo	1	00.38	1	00.56
cocina	12	04.56	11	06.21
gris	22	08.37	13	07.34
ánfora	134	50.95	104	58.76
Totales	263	100.00	177	100.00

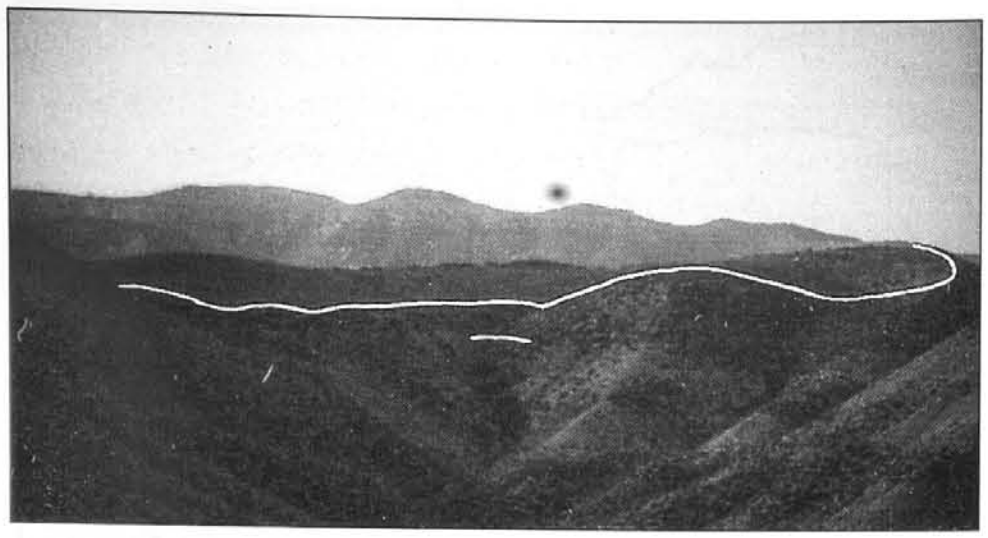


Fig. 15. Vista general de la meseta superior desde el Norte. La línea marca el límite amurallado. Una segunda línea de muralla en la rambla evita el avance erosivo de ésta. Precisamente paralelo a esta rambla discurre el camino de acceso al yacimiento desde el valle del Fardes.

El conjunto del material a torno se asocia a momentos ligeramente más tardíos del horizonte Montalegre I por los perfiles de las ánforas y por la escasez de material a mano. La ausencia del horizonte protoibérico en el desarrollo de Canto Tortoso se constata en la ausencia de materiales coetáneos documentados en otros yacimientos durante esta fase, como ocurre con la fase Protoibérica de El Albaicín (Granada); concretamente están ausente en Canto Tortoso los platos de engobe rojo (Roca, Moreno y Lizcano, 1988, p. 43) o las ánforas tipo Cruz del Negro (Roca, Moreno y Lizcano, 1988, p. 43, fig. 14, f), que suele ser frecuente en otros contextos de Andalucía Oriental como en la fase IIb del Cerro de la Mora (Carrasco, Pastor y Pachón, 1982, fig. 31, 153), o en Pinos Puente. Los niveles del protoibérico reciente del Albaicín (estratos III y IV) presentan materiales algo más antiguos que los de Canto Tortoso y datables en el siglo VI a.C. (desde nuestro punto de vista más en la primera mitad de dicha centuria); ello nos permite proponer como cronología para Canto Tortoso la segunda mitad del siglo VI a.C.

La cerámica pintada de Canto Tortoso, en su mayoría bícroma, presenta alternancia de filetes negros y bandas rojas (fig. 4, 6); a veces estas últimas aparecen enmarcadas por las primeras (fig. 4, 2). Los motivos decorativos incluyen elementos como los círculos concéntricos (fig. 4, 3), o los cuartos de círculos concéntricos que se desarrollan junto a bandas y filetes decorativos horizontales (fig. 4, 2). Las formas que aparecen son, generalmente, urnas de borde vuelto (fig. 4, 1, 4; 11, 1, 10); también se documenta un plato con decoración al borde de filetes oscuros radiales sobre fondo rojo, muy parecido al ejemplar procedente del corte I de Peña Negra (González Prats, 1979, fig. 144, 319).

Una de las piezas interesantes del yacimiento está constituida por el borde de una urna de orejetas (fig. 3, 3), definida por Pereira en su grupo formal 3 (Pereira, 1988, p. 150) y datable entre el siglo V y el III a.C.; posiblemente, debamos asignarle en las depresiones intrabéticas cronologías algo más antiguas (siglos VII al V a.C.), ya que en necrópolis como la de Baza se encuentra completamente ausente (Presedo, 1982) durante el s. IV a.C. (Adroher y López, 1992).

Se ha reseñado la escasez de estas formas en contextos meridionales fenicios en contraste con su presencia en el Levante y Nordeste (Arteaga, 1976-78, p. 56); de hecho, su presencia en Canto Tortoso constituye un puente entre el ejemplar de la tumba 337 de Villaricos y la de Peal de Becero. De hecho, a raíz de la estratigrafía de Los Saladares, debemos de considerar que estas urnas de orejetas no perduran más allá de mediados del siglo V a.C.

Resulta asimismo interesante resaltar la total ausencia de *pithoi* a torno con decoración polícroma y asas geminadas; estos materiales se asocian a niveles ligeramente anteriores, como ocurre en el estrato 17 del Peñón de la Reina en Alboloduy (Martínez y Botella, 1980, fig. 125, 3; 125, 7; 125, 10), datado en el siglo VII a.C.; corresponde a la Variante 1-B-I de Pereira (Pereira, 1988, pp. 145-146), desde el siglo VIII hasta finales del siglo III a.C.; consideramos que de los tres ejemplares incluidos en esta variante pueden ser considerados como verdaderos *pithoi* sólo los ejemplares de Toya (Pereira, 1988, fig. 3,3) y de Ibros (Pereira, 1988, fig. 3,5) de contextos netamente antiguos.

Una pieza poco frecuente en esta época es la que presentamos en la figura 11,8; se trata de una forma globular con cuello muy estrecho que termina en una boca de diámetro igual al cuello. No conocemos el tipo de fondo, pero los otros ejemplares aparecidos en yacimientos coetáneos lo suponen igual a la boca; quizás se trate de un posible filtro o elemento para medir líquidos o para repartirlos (Ruiz et al., 1983, p. 292). Existen paralelos en la fase V del Cerro de la Mora (Carrasco, Pastor y Pachón, 1982, fig. 75,

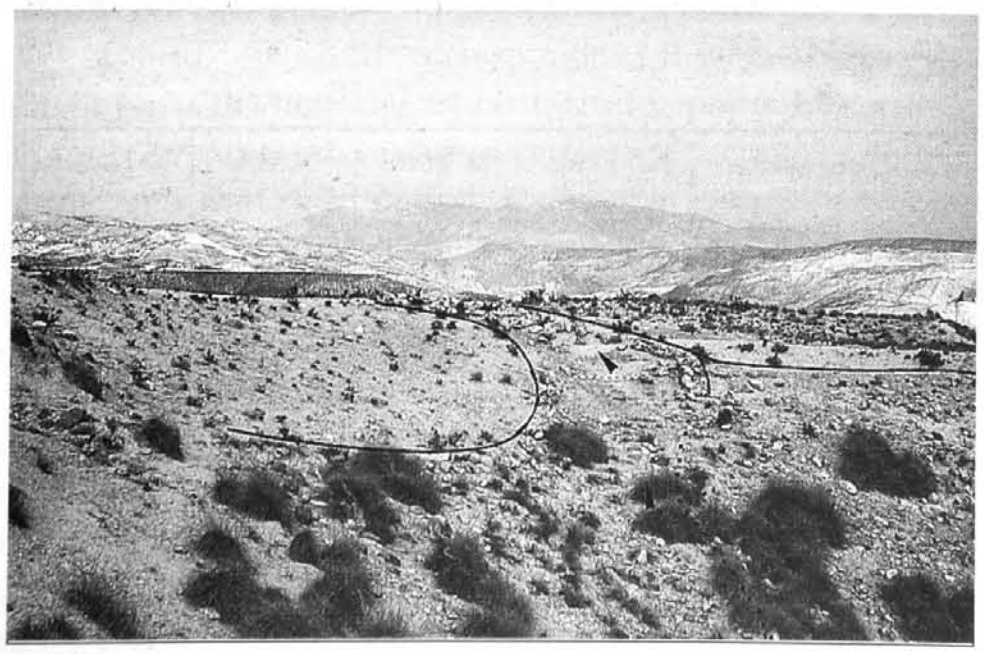


Fig. 16. Vista general de la zona donde se encuentra la Puerta Sur. La línea punteada señala el borde del camino de acceso.

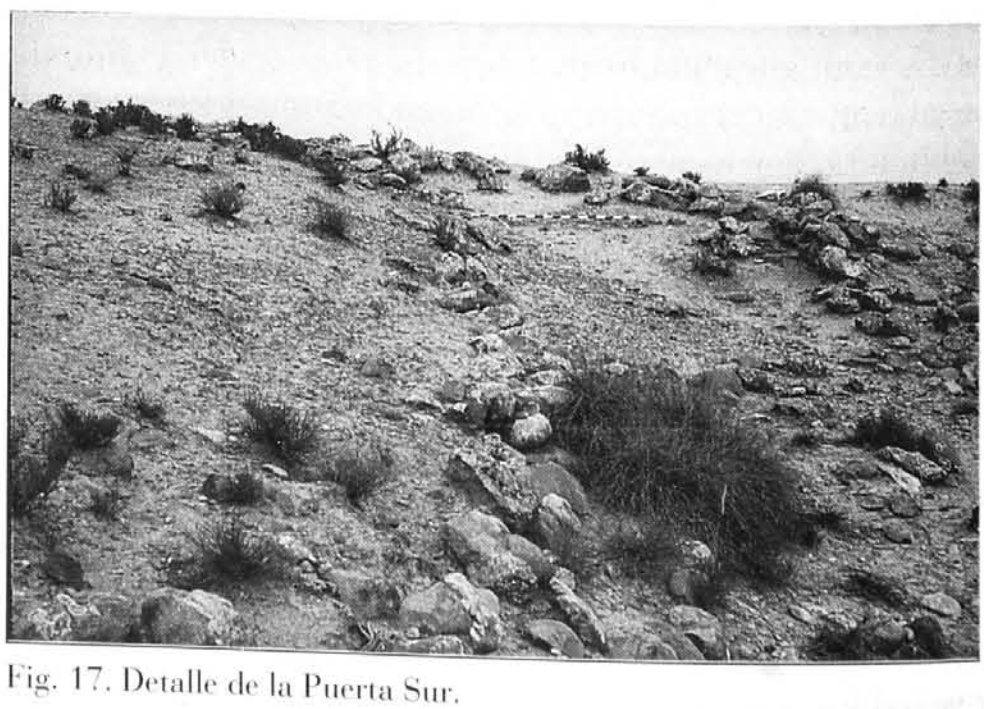


Fig. 17. Detalle de la Puerta Sur.

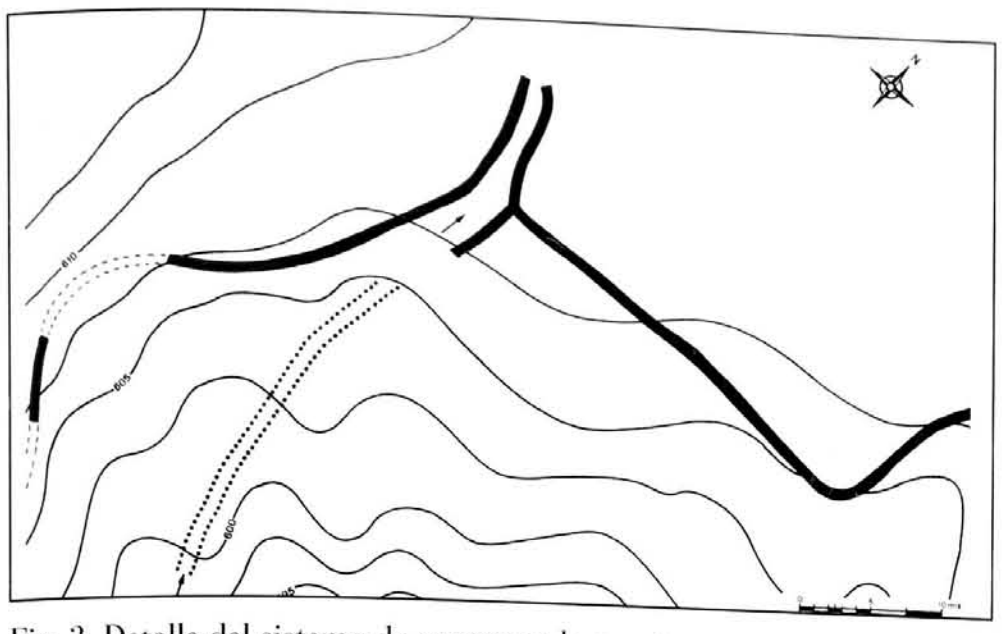


Fig. 3. Detalle del sistema de acceso en la puerta sur.

398; Pastor et al., 1981, fig. 5,31), fechada a mediados del siglo VI a.C. (p. 153), a partir de la asociación con la fase Va, en tanto que la Vb es más bien de finales del siglo VI a.C. (p. 157). Igualmente en el horizonte Ivb de Cazalilla encontramos otro ejemplar completo correspondiente a la última fase de la ocupación ibérica del asentamiento de finales del siglo VI a.C. (Ruiz et al., 1983, p. 292, fig. 7,4).

Un elemento de interés desde un punto de vista funcional está constituido por dos fragmentos de prismas de sección triangular en arcilla, alargados, que aparecen en algunos casos asociados a piroestructuras, como es el caso del horno de alfarero de la fase V de Pinos Puente (Contreras, Carrión y Jabaloy, 1983, fig. 1.j). Estas piezas se documentan también en Castellar de Librilla, donde se les define como piezas prismáticas de sección triangular maciza que, a modo de cuñas o morillos, serían o «soportes» de recipientes en hogares y en hornos o simplemente, sirven como sujeción de recipientes de almacenamiento sobre los suelos o alhacenas de las viviendas (Ros Sala, 1989, p. 297); se trata del tipo denominado VIII.S.5. (Ros Sala, 1989, p. 295), presentes en la fase III y, sobre todo, en la fase Iva. En esta última inicia su actividad un horno cerámico que ha sido identificado como M y cuyas fases de mayor actividad corresponden a la Ivb y V; consideramos que su presencia en estructuras de habitación, en alguna ocasión junto al hogar –casa BG– y en otras en el área próxima a esta zona doméstica como en la casa DM, permite adjudicarle como posibles funciones la de morillos o soporte para grandes recipientes de almacenaje.

Este tipo de piezas también aparece en el yacimiento de Huertas de Peñarrubia (García, Morgado y Roncal, 1995, p. 34), donde están asociados a fondos de cabaña de Bronce Final-Orientalizante, datados entre los siglos VIII y VI a.C.; se trata de prismas macizos de sección triangular, de pequeño tamaño; están fabricados probablemente a molde y cocidos a fuego oxidante. En Los Castillejos de Teba (Málaga) apareció asimismo un fragmento de estos mismos prismas triangulares, que presenta como peculiaridad el estar decorado con incisiones por un lado y con un motivo ramiforme en el otro; su cronología se sitúa igualmente entre los siglos VIII y VI a.C. También se documentan en el yacimiento de Acinipo (Ronda, Málaga), donde P. Aguayo nos informa de su presencia en contextos orientalizantes.

De todos los ejemplares aparecidos, los más antiguos se han documentado en el yacimiento de Montilla en la desembocadura del Guadiaro, donde existe una buena selección de este tipo de material (Schubart, 1986, p. 211, fig. 7): se trata de piezas de cuerpo macizo, de sección triangular, terminando en dos extremos planos; H. Schubart considera que estos soportes tenían una función práctica, tal vez en los alfares para sostener el relleno de un horno, para la explotación de las salinas o en relación con otras actividades. Los ejemplares aparecidos pertenecen al corte 2, estrato 3 (dos ejemplares), al corte 3 estrato 1 (5 ejemplares) y al corte 3, estrato 2 (4 ejemplares). Su contexto cronológico viene marcado por los estratos más modernos que apenas sobrepasan los inicios del siglo VII a.C.

En consecuencia, podemos considerar que este tipo de artefactos aparecen, al menos, desde el siglo VIII a.C. asociados a los primeros contactos entre poblaciones indígenas y fenicias (caso de Montilla); su perduración hasta el siglo VI queda evidenciada por los ejemplares de Castellar de Librilla. No cabe pensar que perduraran con posterioridad, ya que en hornos más recientes como el de Cerro Macareno a mediados del s. V a.C. están totalmente ausentes. Por los contextos a los que se asocian debemos pensar que pueden tener, al menos, tres funciones distintas: una primera relacionada con las actividades de ceramistas (caso de Pinos Puente), otra como de verdaderos morillos usados para sostener algún tipo de pieza encima de un hogar (Castellar de Librilla) y, finalmente, como simples soportes de



Fig. 18. Sector de la muralla que protege el camino de acceso Sur visto desde la puerta.

materiales de almacenamiento (también en Castellar de Librilla); la segunda funcionalidad implica que los ejemplares hayan sufrido algún tipo de alteración por cremación por su relación con piroestructuras domésticas. Los dos ejemplares presentes en Canto Tortoso no debieron servir como morillos (fig. 12,6 y 7); tampoco contamos con evidencias de la existencia de un taller cerámico en relación directa con el asentamiento; en consecuencia, su función más probable es la de soportes.

Las ánforas constituyen el material más documentado; aunque el sistema de recogida de material (completamente aleatorio y no sujeto a ningún modelo de los experimentados para recogida de material de superficie, ya que el nivel de alteración practicado por los excavadores clandestinos es excesivamente alto) no permite realizar estudios valorativos en la analítica de porcentajes, podemos considerar que la presencia tan elevada de material anfórico concentrado en los dos sectores extremos del asentamiento debe responder a una realidad contextual perfectamente tipificable, ya que representan el 50,95% del total de fragmentos y el 58,76% del total de individuos recogidos en superficie.

El estudio del material anfórico permite la siguiente clasificación de sus pastas:

Tipo de pastas	N.º Frag.	% Total	N.M.I.	% N.M.I.
Tipo A	**28**	**20,90**	**23**	**22,12**
Tipo B	21	15,67	18	17,31
Tipo C	28	20,90	20	19,23
Tipo D	4	02,99	4	03,86
Tipo E	3	02,24	2	01,92
Tipo F	10	07,46	8	07,69
Tipo G	11	08,21	11	10,58
Tipo ?	29	21,64	18	17,31
Totales	134	100,00	104	100,00

Concretamente, la descripción de los distintos tipos corresponde a las siguientes características:

1) Pasta A: color beige claro, amarillento; desgrasantes micáceos y algo de pizarra machacada, de granulometría, pasta porosa, con vacuolas; fractura exfoliable; superficie exterior cuidada.

2) Pasta B: color marrón oscura/grisáceo, achocolatado; desgrasantes minúsculos de cuarcita y algo de cal; fractura muy exfoliable; vacuolas muy numerosas; pasta muy erosionable.

3) Pasta C: color rojizo; cocción reductora; desgrasantes en su mayoría de cal y algo de pizarra machacada; fractura recta; poco erosionada.

4) Pasta D: podría considerarse una variante del tipo A al presentar idénticas características técnicas, aunque el color rojizo/anaranjado resulta netamente diferente.

5) Pasta E: color beige/rojizo; desgrasantes gruesos de cuarcita y pizarra; pasta muy erosionable y fractura medianamente exfoliable; presenta algo de vacuolas; quizás habría que situarla en un punto intermedio entre el tipo A y B.

6) Pasta F: color amarillento, casi blanco; gran cantidad de desgrasantes micáceos negros minúsculos y algunos de mayor tamaño pizarroso; fractura recta; pasta bastante porosa aunque no erosionable.

7) Pasta G: color amarillento/rosáceo; desgrasantes minúsculos micáceos con muchas vacuolas; cocción reductora; arcilla bien decantada, muy compactada y de fractura recta; superficie interna grisácea.

En ninguno de los casos documentados podemos afirmar que las ánforas sean de hombro marcado; aunque existen algunos ejemplares en Toscanos que parecen determinar que éstas se dan desde los niveles del siglo VIII a.C., también es cierto que aquéllas perduran hasta finales del siglo VII o principios del siglo VI a.C. como parece demostrarse con los niveles correspondientes del Albaicín o del Cerro de los Infantes. Los hombros han desaparecido en gran parte de los yacimientos indígenas del interior desde finales del siglo VII o, incluso inicios del VI, coincidiendo con los momentos previos a la fase V del Cerro de la Mora. Es precisamente en este momento cuando ya se empiezan a producir con hombros mucho menos marcados, como se observa en el horno del Cerro de los Infantes. Si observamos una de las piezas más completas de la provincia correspondientes a este periodo, la procedente de la cabaña B del Cerro del Centinela (Jabaloy et al., 1983, fig. 19), se constata que el hombro ha desaparecido casi por completo y el diámetro máximo se ha desplazado claramente hacia la base de la pieza. El ejemplar más completo conservado de Canto Tortoso (fig. 8,1) presenta un hombro aún más caído y el diámetro máximo posicionado muy cerca de la base.

El único ejemplar que hemos recogido de fondo de ánfora presenta un pivote bien marcado (fig. 11,5), a diferencia de las que corresponden a niveles de principios del siglo VI donde no existe, ya que el cierre se produce más bien con la simple prolongación de la pared de la misma. El gran conjunto de bordes que se representan permiten afirmar que tienden a una sección triangular en su inmensa mayoría, pero el hombro cae muy rápidamente hacia abajo, a diferencia de los que se presentan en los niveles de finales del VII y principios del VI a.C. Son mucho más próximos los perfiles que observamos en los horizontes IVa (Ruiz et al., 1983, fig. 6,2) y Ivb (Ruiz et al., 1983, fig. 8,5), donde los hombros han sufrido la misma tendencia de bajarse con mayor rapidez que en los periodos antiguos.

Así pues, consideramos que la datación en la segunda mitad del siglo VI a.C. puede rastrearse también en las series de las ánforas, que presentan aún algunos aspectos arcaicos tales como los bordes de perfiles con tendencia triangular junto a otros que son más evolucionados, como la caída de los hombros.

FUNCIONALIDAD DEL YACIMIENTO

El estudio del entorno y la distribución de los principales yacimientos en las altiplanicies de Granada plantea la posibilidad de que Canto Tortoso funcione como escala dentro de la red de intercambios entre el Alto Guadalqui-

vir y la costa levantina (fig. 2), donde se constatan la existencia de una serie de yacimientos en las correspondientes vías naturales: las distancias entre ellos pueden incluso ser consideradas como indicativas de su función como escalas: concretamente, desde Toya a Castellones del Ceal hay unos 20 km.; desde aquí a Canto Tortoso unos 18 km.; a 20 km. de Canto Tortoso por el Guadiana Menor nos encontramos el Barranco del Moro (Marín Díaz, ed., 1992, p. 74): esta misma distancia parece repetirse en relación con Cerro Cepero, aunque nos desviamos de la línea de salida natural hacia el Pasillo de Chirivel; en este mismo sentido, se debe tener en cuenta que en la zona de Las Vertientes ha sido excavado recientemente un yacimiento pre-protoibérico con posibles pervivencias durante el Ibérico Antiguo. El acceso desde el río Almanzora se documenta en yacimiento como La Cerrá (Tíjola), donde se observan en superficie materiales que pueden datarse desde el Bronce Final hasta el siglo II a.C.

La organización de los intercambios, que consideramos que puede documentarse entre los siglos VIII y VI a.C., parece sufrir, hacia finales del siglo VI o principios del siglo V una fuerte reestructuración, con la que se relaciona el abandono de Canto Tortoso. Precisamente, en este mismo contexto se observan en el Alto Guadalquivir cambios importantes que se materializan en la desaparición de algunos de los *oppida* que ocupan la Campiña (Ruiz y Molinos, 1989).

En relación con el carácter del comercio resulta esencial el problema del contenido de las ánforas; ningún indicio se observa en la documentación procedente de Canto Tortoso; tampoco los paralelos parecen conclusivos: en el caso de Cancho Roano han sido utilizadas para contener grano; en el Cerro de la Cruz de Córdoba algunas fueron utilizadas para esta misma función y otras, que aparecieron con un vaso al interior, debieron ser utilizadas para el almacenaje de líquidos (vino?); en este mismo sentido, debemos tener en cuenta que en Alt de Benimaquía en Denia se fabrican ánforas para el transporte de vino (Gómez y Guerin, 1994).

Podemos suponer, en consecuencia, que no existe una función unívoca para estos materiales. No obstante, teniendo en cuenta que las primeras ánforas de origen fenicio debieron haber importado vino desde el siglo VIII y que las primeras documentaciones que existen respecto a su producción y comercialización en la Península Ibérica (el caso de Alt de Benimaquía) son coincidentes, puede aceptarse que su función originaria es la del transporte del vino; cuando se desarrolle el mundo ibérico, parte de la producción pudo relacionarse con el vino en tanto que otra pudo servir para el transporte de otros materiales como el cereal, documentados en los casos de Cancho Roano o el Cerro de la Cruz.

Estos intercambios, dinamizadores del proceso de aculturación de las comunidades indígenas, se encuentran en estrecha relación con la funcionalidad de las cerámicas griegas documentadas en el Sur peninsular. Concretamente, podemos aceptar que las primeras importaciones de cerámicas griega se relacionan con el comercio del vino; tal ocurre con las ánforas de tipo corintio y de tipo etrusco, con las copas tipo kylix, como la de Medellín, con las laconias, con las copas jonias B2, que coinciden cronológicamente con el desarrollo de Canto Tortoso (segunda mitad del siglo VI a.C.), con los cántaros de bucchero. En este sentido, debemos tener en cuenta que durante la segunda mitad del siglo VI a.C. las actividades comerciales griegas parecen proyectarse hacia el Levante y Sureste peninsular (Arteaga, 1976-78, p. 50); de hecho, las copas jonias aparecen con cierta frecuencia en los yacimientos del siglo VI a.C., como ocurre en el caso de Saladares (estrato II-B),en el Albaicín (Adroher, 1991), o en numerosos yacimientos costeros meridionales.

Concretamente, una de las rutas desde las costas del Levante hacia el interior es la que desde Murcia o por la cuenca del río Almanzora desemboca en la Hoya de Guadix-Baza, y desde allí, siguiendo el desarrollo del Guadiana Menor, alcanza el Alto Guadalquivir (Trias 1967, pp. 108-110). Precisamente en su trazado se sitúa el yacimiento de Canto Tortoso.

Durante el siglo VI a.C. se reactivan las relaciones comerciales en el Sureste peninsular y en la zona tartésica en clara relación con las explotaciones de los yacimientos de mineral (Chapa et al., 1984, p. 232); el correspondiente intercambio pudo realizarse con otro tipo de producto, escaso o ausente en el interior, como puede ser el vino, al que se vincula una específica cultura material. En este contexto deben de enmarcarse la presencia en el Sur de diversos materiales griegos; tal ocurre en Almuñécar, Toscanos y Huelva con los *skyphos* protocorintios de principios del siglo VII a.C.: de inicios del siglo VI a.C. tenemos en Villaricos un *aryballo* y dos *skyphos* y un *cothon*; en Morro de Mezquitilla una copa; en Toscanos un alabastro, correspondiente al Corintio Medio junto a dos ánforas corintias tipo A. De Atenas proceden la crátera geométrica de Huelva y un oinochoe protoático en Cádiz. En este contexto se incluyen las ánforas SOS, documentadas en numerosos yacimientos, tales como Toscanos, Morro de Mezquilla, Cerro del Villar, Guadalhorce, Huelva, Aljaraque, Cerro de los Infantes e Ibiza.

Huelva es el único yacimiento que presenta un número importante de cerámicas ática a finales del s. VI a.C.; tal ocurre con el ánfora de Clitias, con un ánfora de cabeza de caballo, con un *skyphos* y copas del Grupo de Comastes, con copas de Gordion, de Siana, de Droop, con copas de bandas, concopas de pie alto de figuras rojas, con copas-*skyphos* de barniz negro; las figuras negras, por el contrario, son poco numerosas; entre ellas se encuentra un *lekanis* del Grupo de Comastes del pintor *KX* en Villaricos; un *skyphos* del Grupo del Cisne en Cerro del Real, un *cothon* en el Cerro del Mar, una copa de los Pequeños Maestros en Málaga, una copa de pie alto en Los Castillones e Gobantes, una copa de pie alto del Cerro de los Infantes y una copa de los Pequeños Maestros en Medellín. La cerámica laconia del siglo VI sólo está presente en Huelva, con dos copas y un aryballos. Existen algunas copas de pájaros de tipo rodio de la segunda mitad del VII en Toscanos y en el Cerro del Villar.

En este contexto, consideramos que debe de enmarcarse la actividad que se desarrolla en Canto Tortoso

durante el Ibérico Antiguo en clara relación con la explotación de los recursos naturales existentes en el Alto Guadalquivir, entre los que adquieren especial valor los metales preciosos necesarios para la economía monetaria de las ciudades griegas. En este sentido resulta relevante el que la primera crisis de las importaciones griegas en el Sur peninsular se produzca a partir de la primera mitad del siglo V a.C., (Rouillard, 1991, p. 28), coincidiendo precisamente con el fin de la corta vida del yacimiento arqueológico que estudiamos.

BIBLIOGRAFÍA

ADROHER, Auroux M., (1991): *Arqueología y registro cerámico. La cerámica de barniz negro en Andalucía Oriental*, tesis doctoral inédita, Granada, 1991.

ADROHER, A.M. y LÓPEZ, A., (1992): «Reinterpretación cronológica de la necrópolis ibérica del Cerro del Santuario (Baza, Granada)», en *Florentia Iliberritana*, 3, 1992, pp. 9-38.

ADROHER, A.M.; LÓPEZ, A. y BARTUREN, F. J. (1993-94): «Los niveles del Bronce Final, Hierro Antiguo y romanos en el yacimiento de Montalegre, Gorafe (Granada)», en *Florencia Iliberritana*, 4-5, 1993-94, pp. 7-50.

AGUAYO, Pedro y CONTRERAS, Francisco, (1981): «El poblado argárico de la Terrera del Reloj (Dehesas de Guadix, Granada)», en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, 1981, pp. 257-286.

ARRIBAS, A.; PAREJA, E.; MOLINA, F.; ARTEAGA, O.y MOLINA, F., (1974): «Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce «Cerro de la Encina», Monachil (Granada). (El corte estratigráfico n.º 3)», en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 81, 1974.

ARTEAGA, Oswaldo, (1976-78): «Problemática general de la iberización en Andalucía Oriental y en el Sudeste de la Península», en *Ampurias*, 38-40, 1976-78, pp. 23-60.

BERROCAL RANGEL, Luis (1994): «Arqueología de las fortificaciones griegas: apareos y elementos», en *Revista de Arqueología*, 164, 1994, pp. 20-35.

CARRASCO, Javier; PASTOR, Mauricio y PACHÓN, Juan Antonio, (1982): «Cerro de la Mora I (Moraleda de Zafayona, Granada). Excavaciones de 1979», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 13, 1982, pp. 7-164.

CASTRO, M.; LÓPEZ, J.; CRESPO, J.; ZAFRA, N. y CHOCLÁN, C., (1987): «Prospección arqueológica con sondeo estratigráfico en el yacimiento de Atalayuelas (Fuerte del Rey, Jaén)», en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 1987, pp. 207-215.

CONTRERAS, F.; CARRIÓN, F. y JABALOY, E. (1983): «Un horno de alfarero protohistórico en el Cerro de los Infantes (Pinos Puente, Granada)», en *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Murcia-Cartagena, 1982, Zaragoza, 1983, pp. 533-538.

CUNLIFE, B. W. y FERNÁNDEZ, M. C. (1987): «Torreparedones (Castro del Río, Baena, Córdoba). Informe preliminar: Campaña de 1987. Prospección Arqueológica con sondeo estratigráfico», en *Anuario Arqueológico de Andalucía*, III, 1987, pp. 193-199.

CHAPA, T.; FERNÁNDEZ, M.; PEREIRA, J. y RUIZ, A., (1984): «Análisis económico y territorial de los Castellones del Ceal (Jaén)», en *Arqueología Espacial*, 4, 1984, pp. 223-235.

GARCÍA, E.; MORGADO, A. y RONCAL, M.ª E., (1995): «Valle del Guadalteba», en *Revista de Arqueología*, 165, 1995, pp. 32-41.

GÓMEZ, Carlos y GUERIN, Pierre, (1994): «Testimonios de producción vinícola arcaica en L'Alt de Benimaquía (Denia)», en *Huelva Arqueológica*, XIII, 2, 1994, pp. 9-32.

GONZÁLEZ PRATS, Alfredo, (1979): «Excavaciones en el yacimiento protohistórico de La Peña Negra, Crevillente (Alicante). (1.ª y 2.ª campañas)», en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 99, 1979.

GONZÁLEZ ROMÁN, C.; ADROHER, A. M.; LÓPEZ, A. y PÉREZ, J.M.; «Prospecciones en la zona Norte del río Fardes y río Guadahortuna (Granada)», en *Anuario Arqueológico Andaluz*, 1992, en prensa.

JABALOY, E; SALVATIERRA, V.; GARCÍA, J. A. y GARCÍA, A., (1983): «El yacimiento preibérico del Cerro del Centinela», en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, 1983, pp. 343-374.

MARÍN DÍAZ, N. (editor), (1992): *Baza y su comarca durante la época romana*, Granada, 1992.

MARTÍNEZ, Catalina y BOTELLA, Miguel, (1980): «El Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería)», en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 112, 1980.

MATA, Consuelo y BONET, Helena, (1992): «La cerámica ibérica: ensayo de tipología», en *Serie de Trabajos Varios del S.I.P.*, 89, 1992, pp. 117-174.

MOLINA GONZÁLEZ, Fernando, (1978): «Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el sudeste de la Península Ibérica», en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, 1978, pp. 159-232.

PASTOR, M.; CARRASCO, J.; PACHÓN, J. A. y CARRASCO, E., (1981): «Cerro de la Mora (Moraleda de Zafayona, Granada). Campaña de 1979», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 12, 1981, pp. 135-158.

PEREIRA, Juan, (1988): «La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir. I. Propuesta de clasificación», en *Trabajos de Prehistoria*, 45, 1988, pp. 143-174.

PRESEDO VELO, Francisco, (1982): «La necrópolis de Baza», en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 119, 1982.

ROS SALA, M. M., (1989): *Dinámica urbanística y cultura material del hierro antiguo en el Valle del Guadalentín*, Murcia, 1989.

ROUILLARD, Pierre, (1991): *Les grecs et la Peninsule Ibèrique du VIIe. au IVe. siècle avant Jésus-Christ*, París, 1991.

RUIZ, Arturo y MOLINOS, Manuel, (1989): «Fronteras, un caso del siglo VI a.n.e.», en *Arqueología Espacial*, 13, 1989, pp. 121-136.

RUIZ, A.; MOLINOS, M. y CHOCLÁN, D., (1991): «Fortificaciones ibéricas en la Alta Andalucía», en *Fortificacions. La problemàtica del l'Ibéric ple: (segles IV-III a.C.)*, Manresa, 1990, Manresa, 1991, pp. 109-126.

RUIZ, Arturo y MOLINOS, Manuel, (1992): *Los Iberos. Análisis arqueológicos de un proceso histórico*, Barcelona, 1992.

RUIZ, A.; MOLINOS, M.; LÓPEZ, J.; CRESPO, J; CHOCLÁN, C. y HORNOS, F., (1983): «El horizonte ibérico antiguo del Cerro de la Coronilla (Cazalilla, Jaén). Corte A y F», en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 8, 1983, pp. 251-300.

SCHUBART, Hermanfrid, (1986): «Hallazgos fenicios y del Bronce Final en la desembocadura del río Guadiaro (Cádiz)», en *Anuario Arqueológico de Andalucía* II, 1986, pp. 200-227.

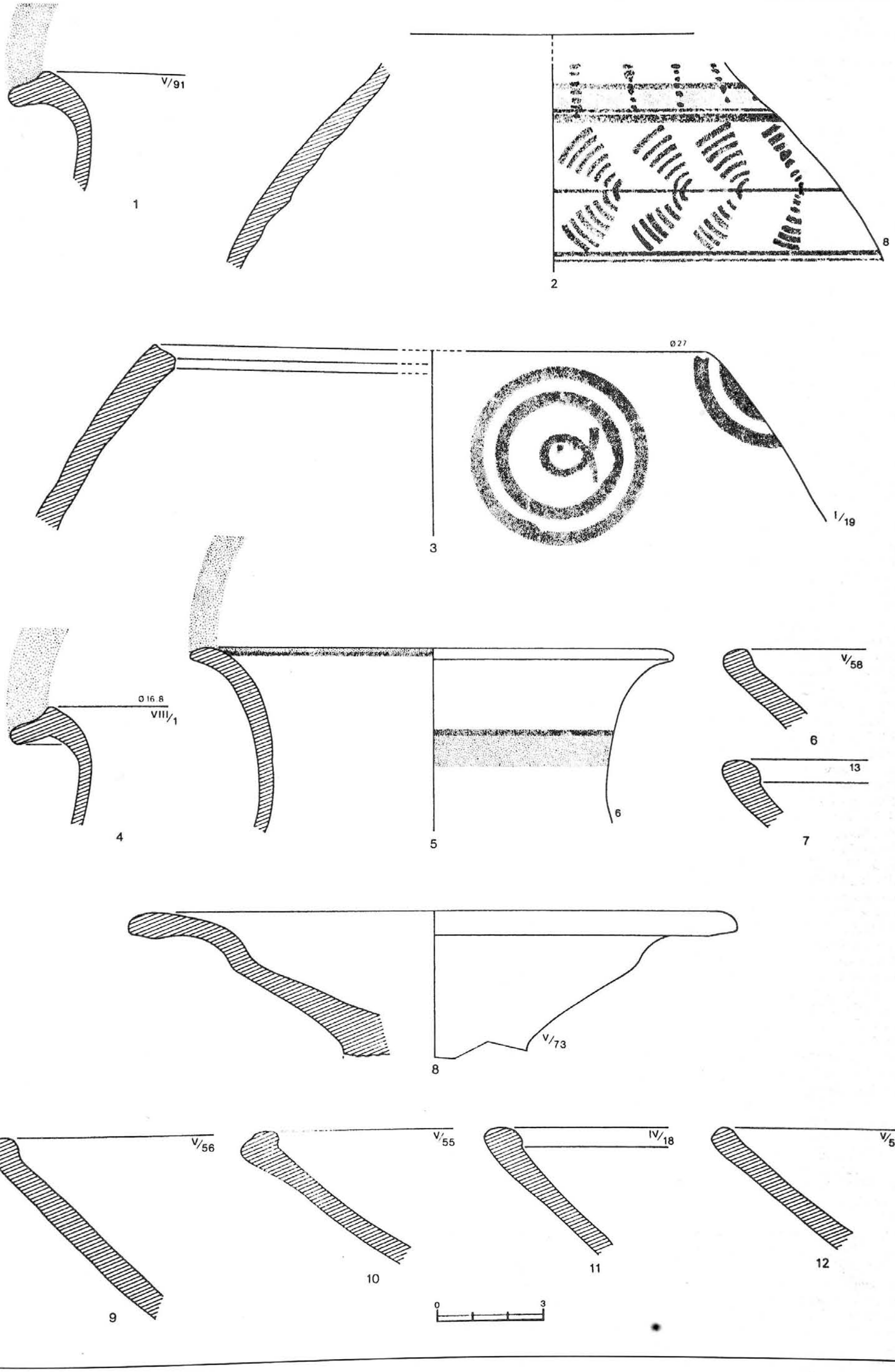


Fig. 4. Cerámica pintada (1-5) y gris (6-12).

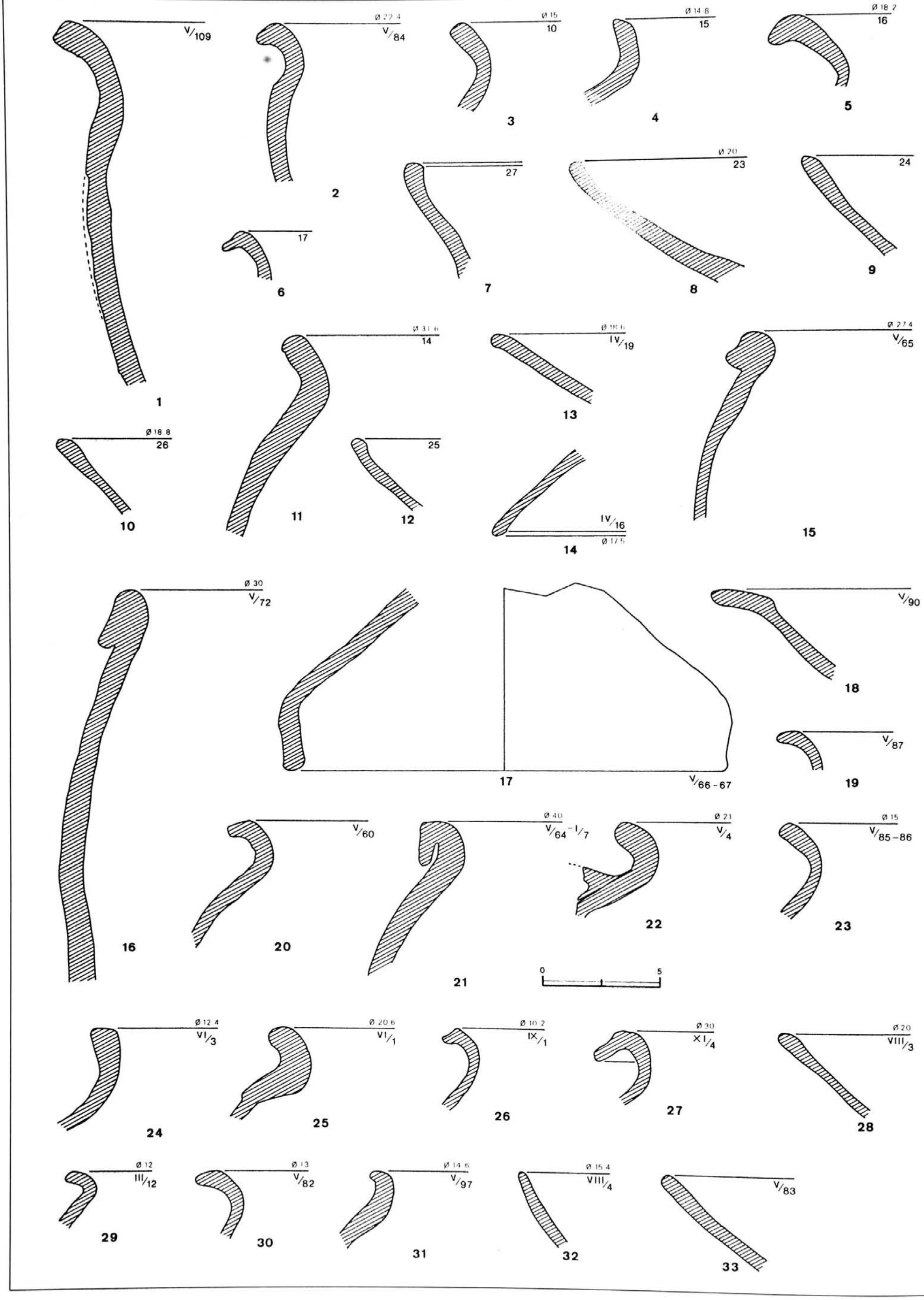
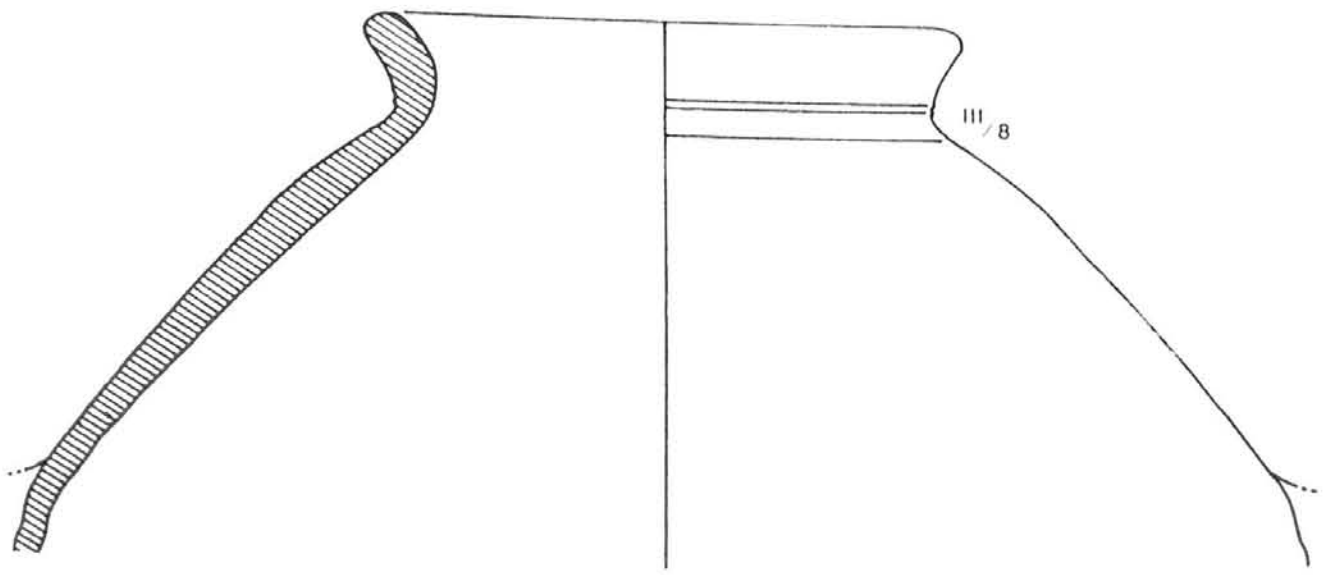
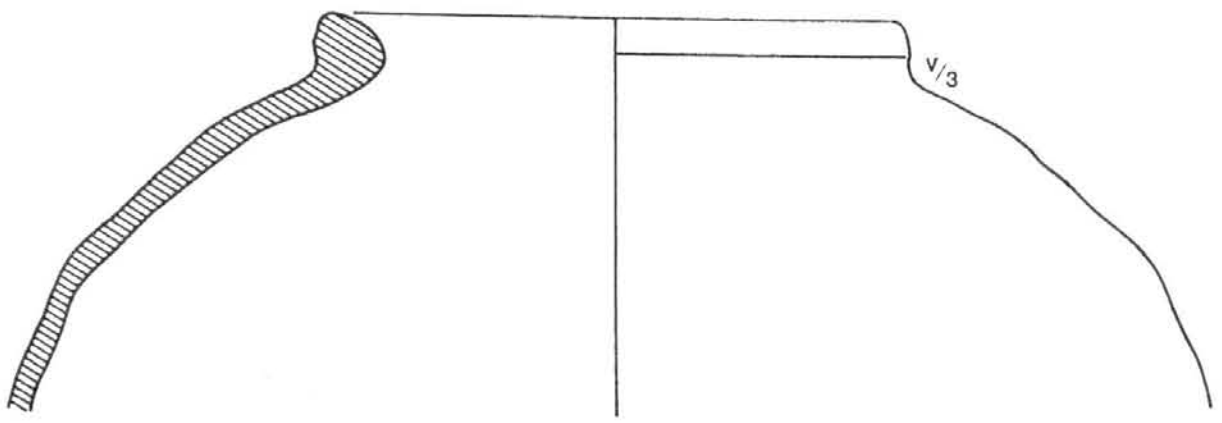


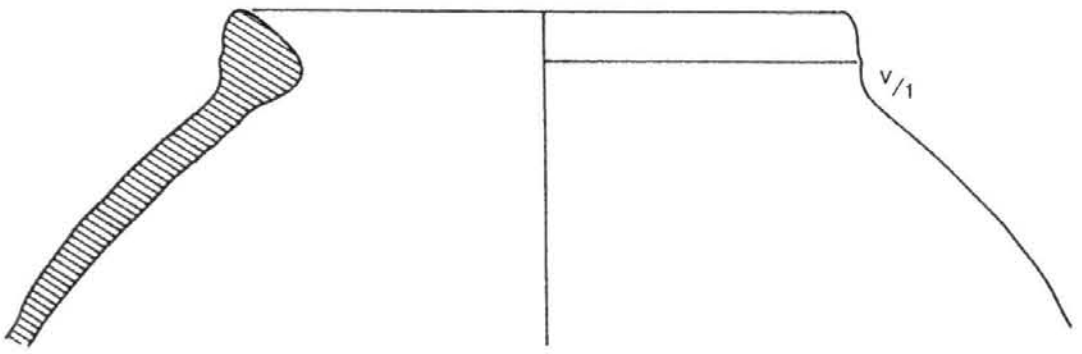
Fig. 5. Cerámica gris (1, 2 y 34), común (3-29) y cocina (30-33).



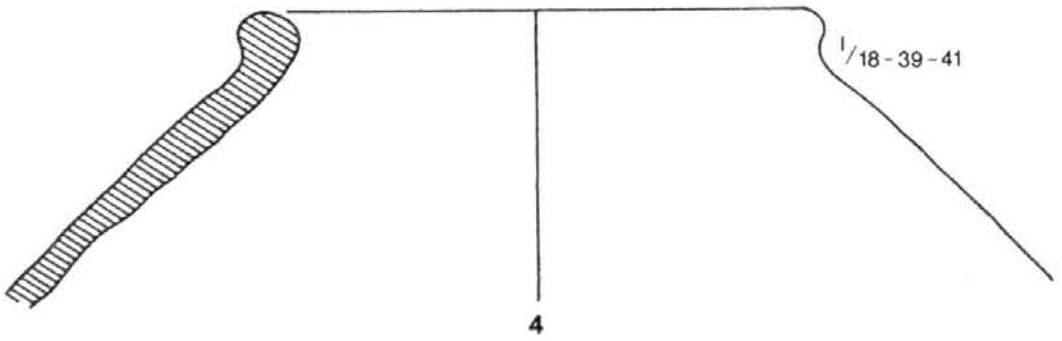
1



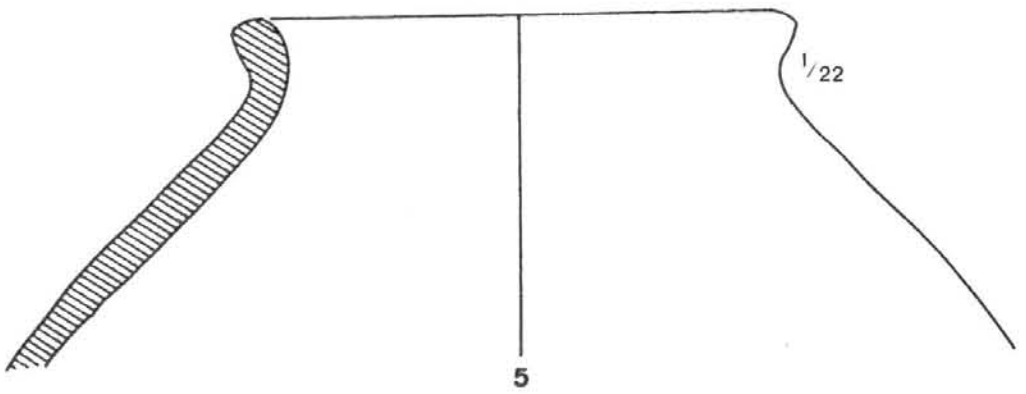
2



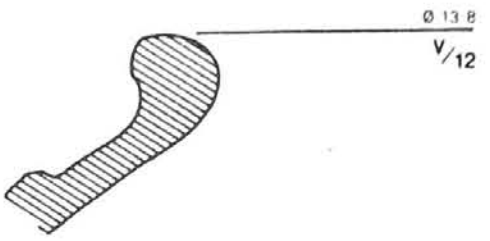
3



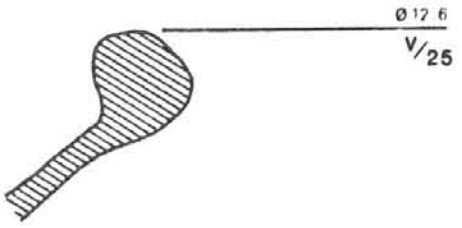
4



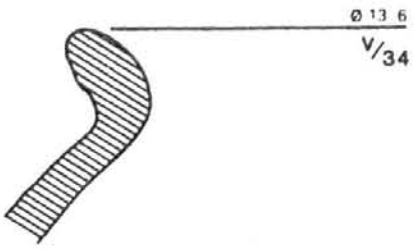
5



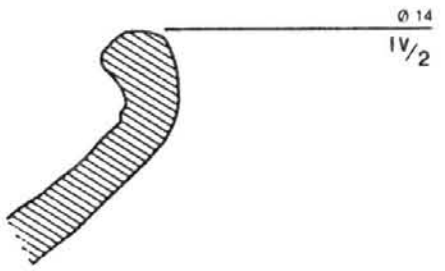
6



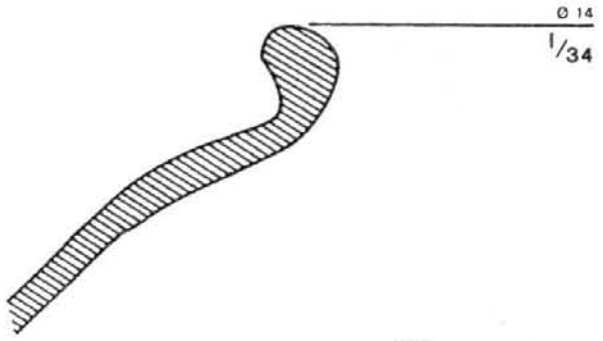
7



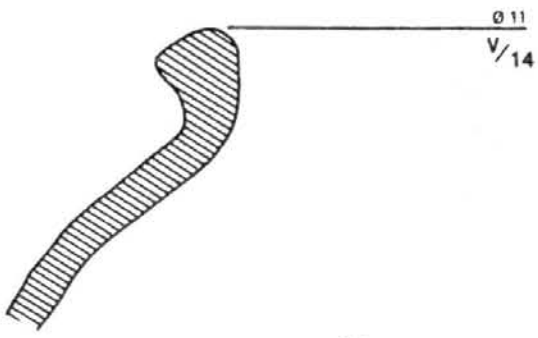
8



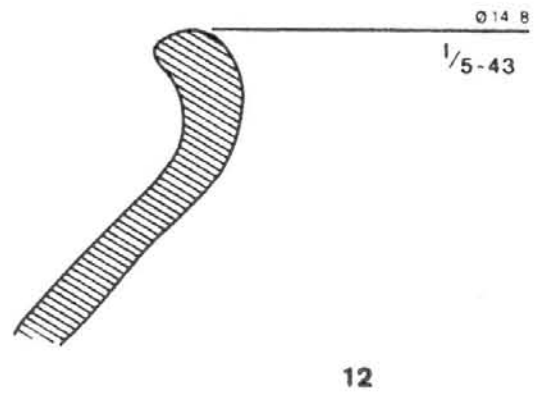
9



10

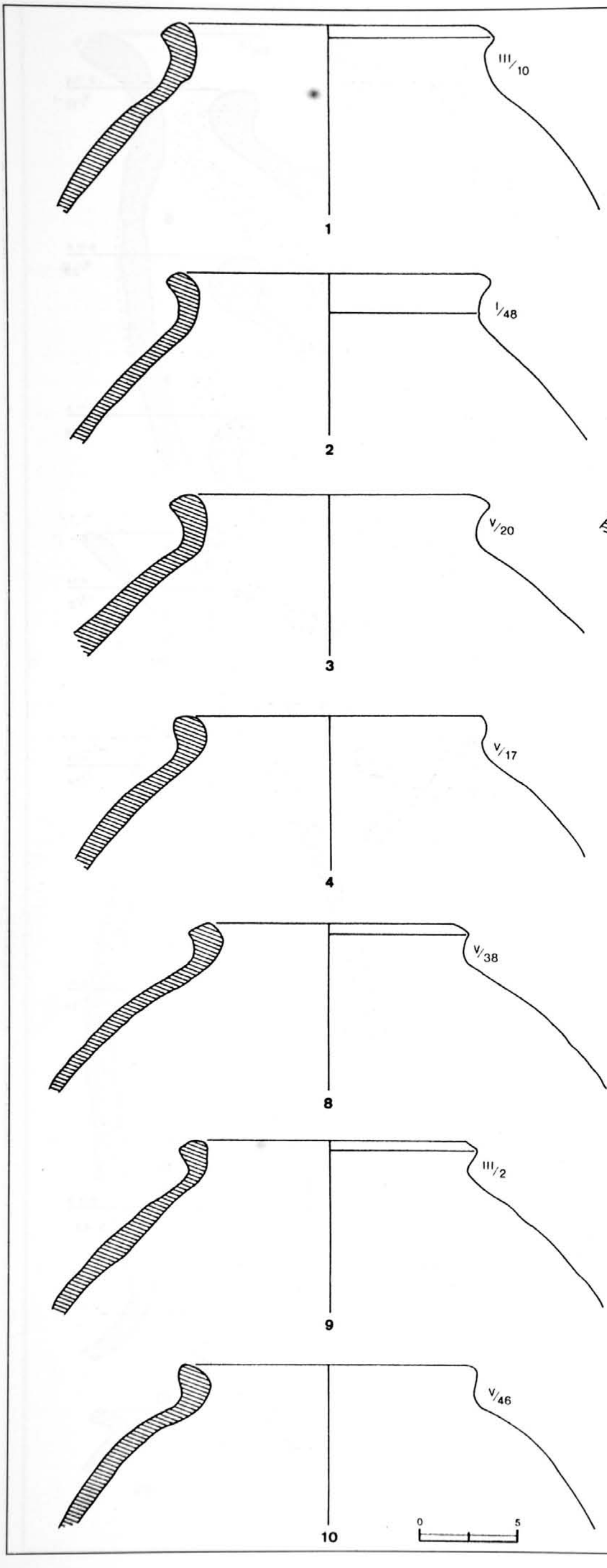


11



12

Fig. 6. Ánforas de pasta tipo A.



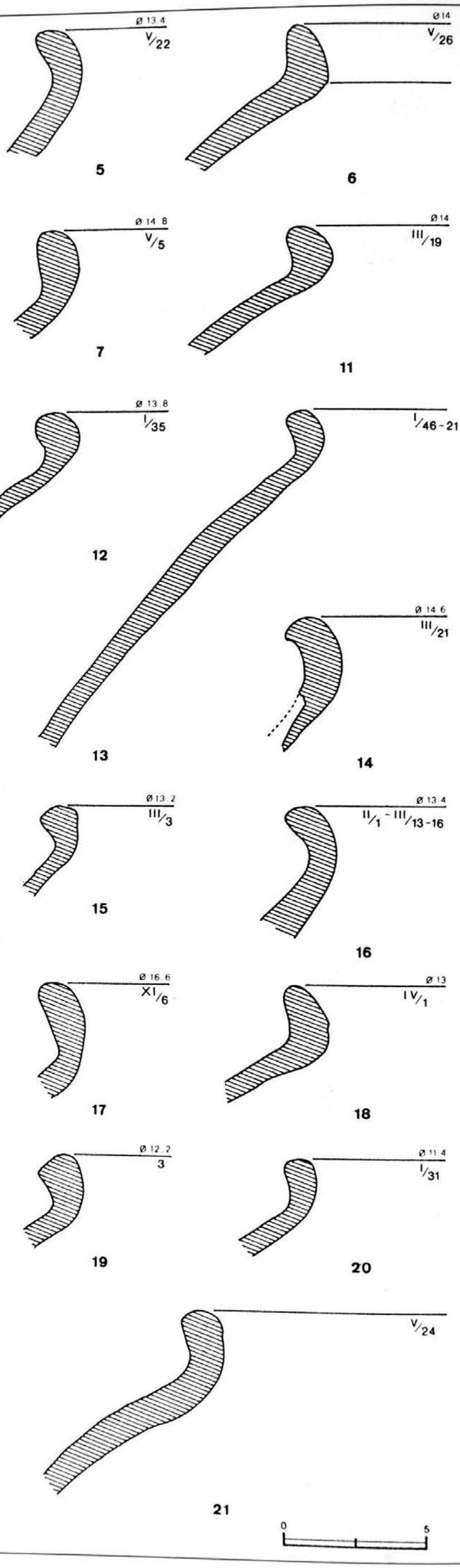


Fig. 7. Ánforas de pasta tipo A (1-7). B (8-16) y C (17-21).

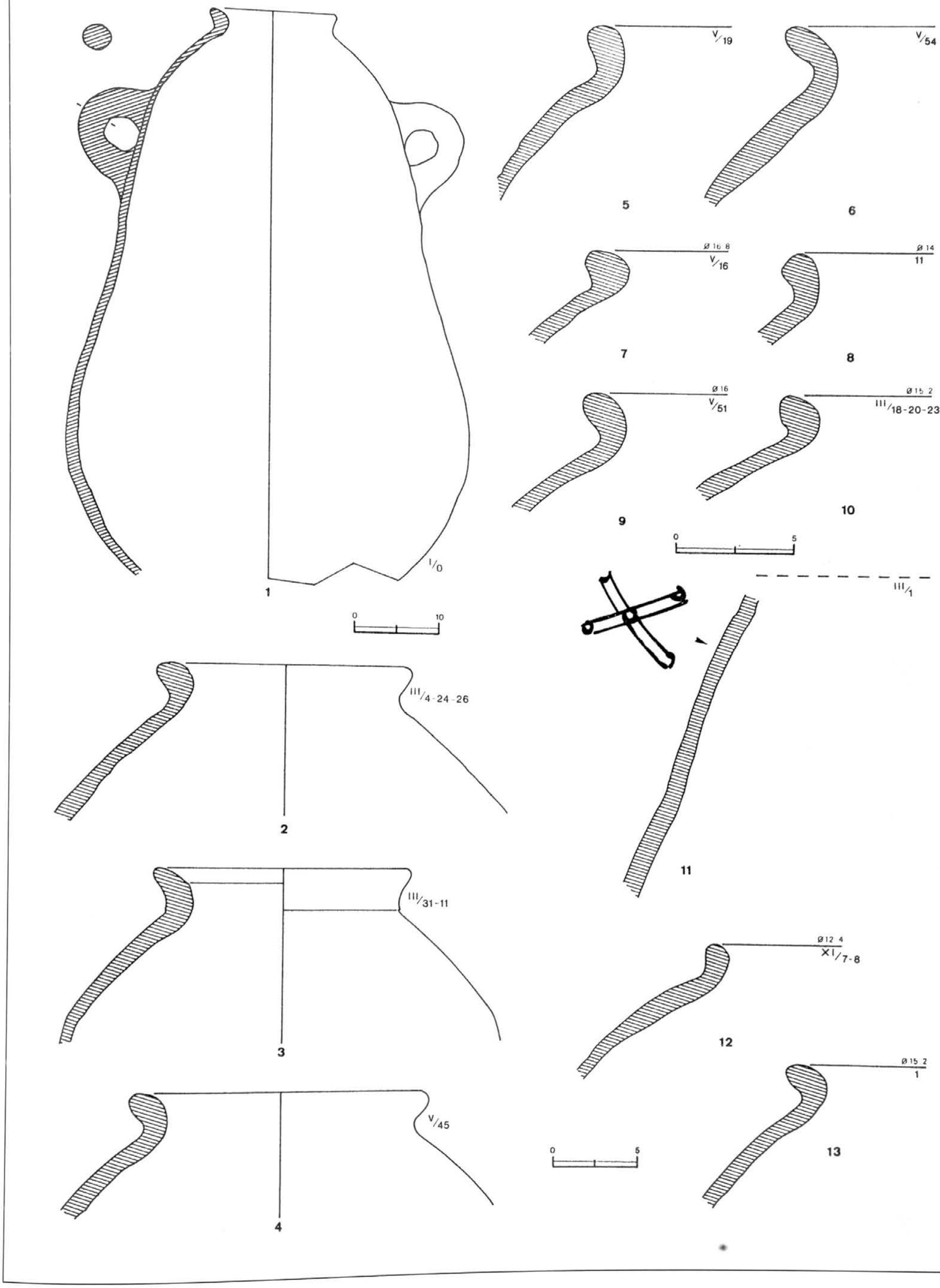


Fig. 8. Ánforas de pasta tipo C.

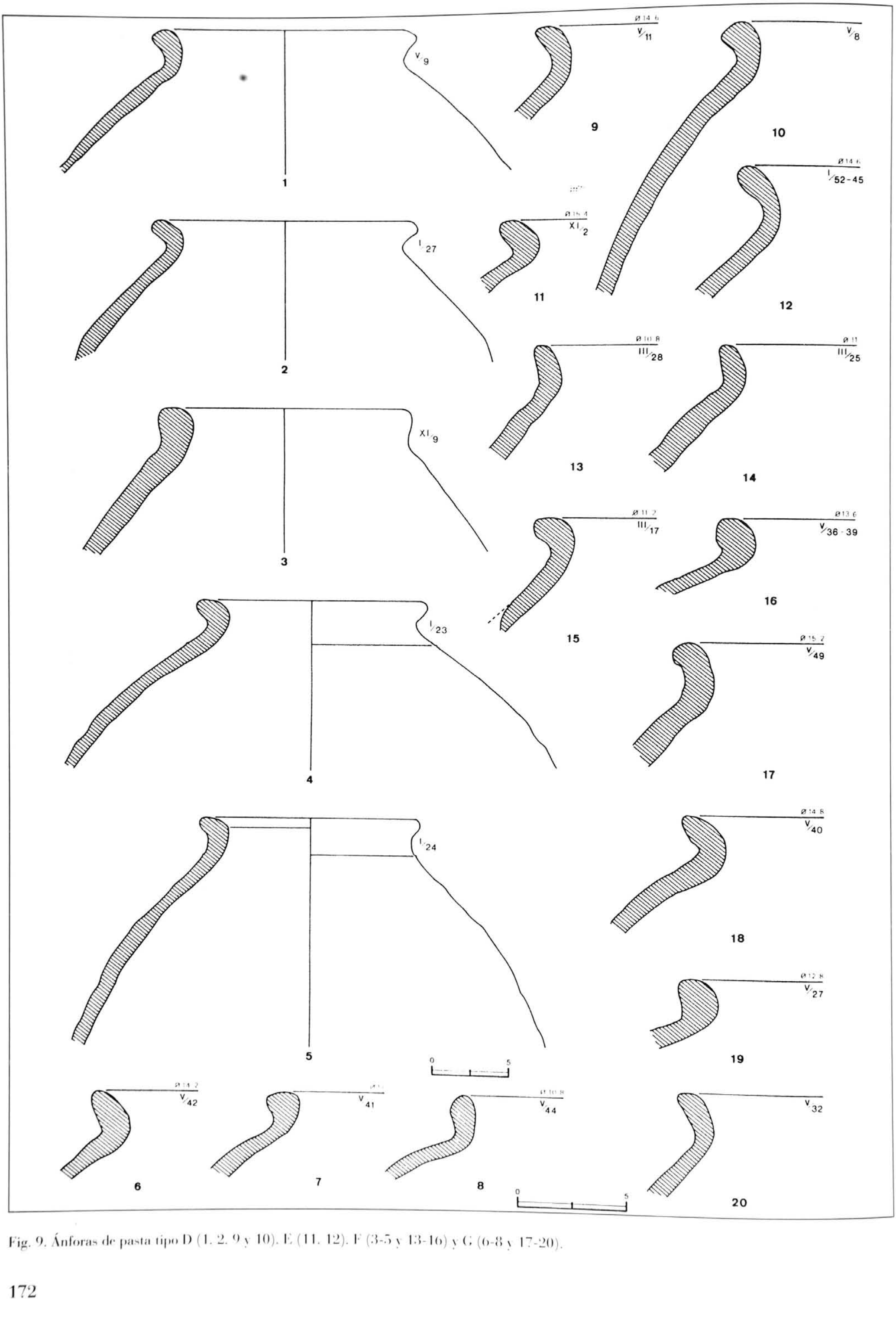


Fig. 9. Ánforas de pasta tipo D (1. 2. 9 y 10). E (11. 12). F (3-5 y 13-16) y G (6-8 y 17-20).

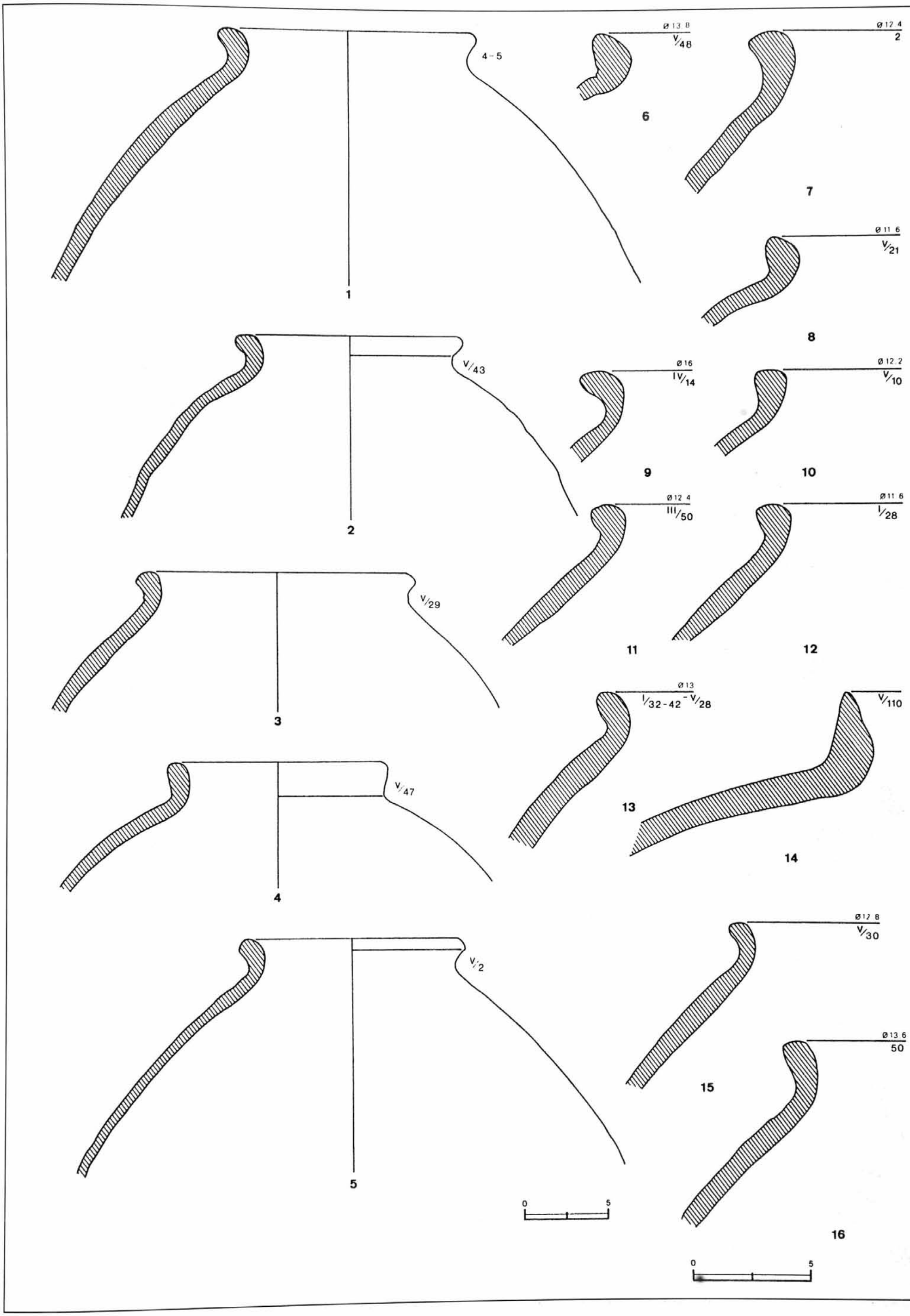


Fig. 10. Ánforas de pasta tipo F (1), G (2-4 y 7) y sin determinar (5, 6 y 8-16).

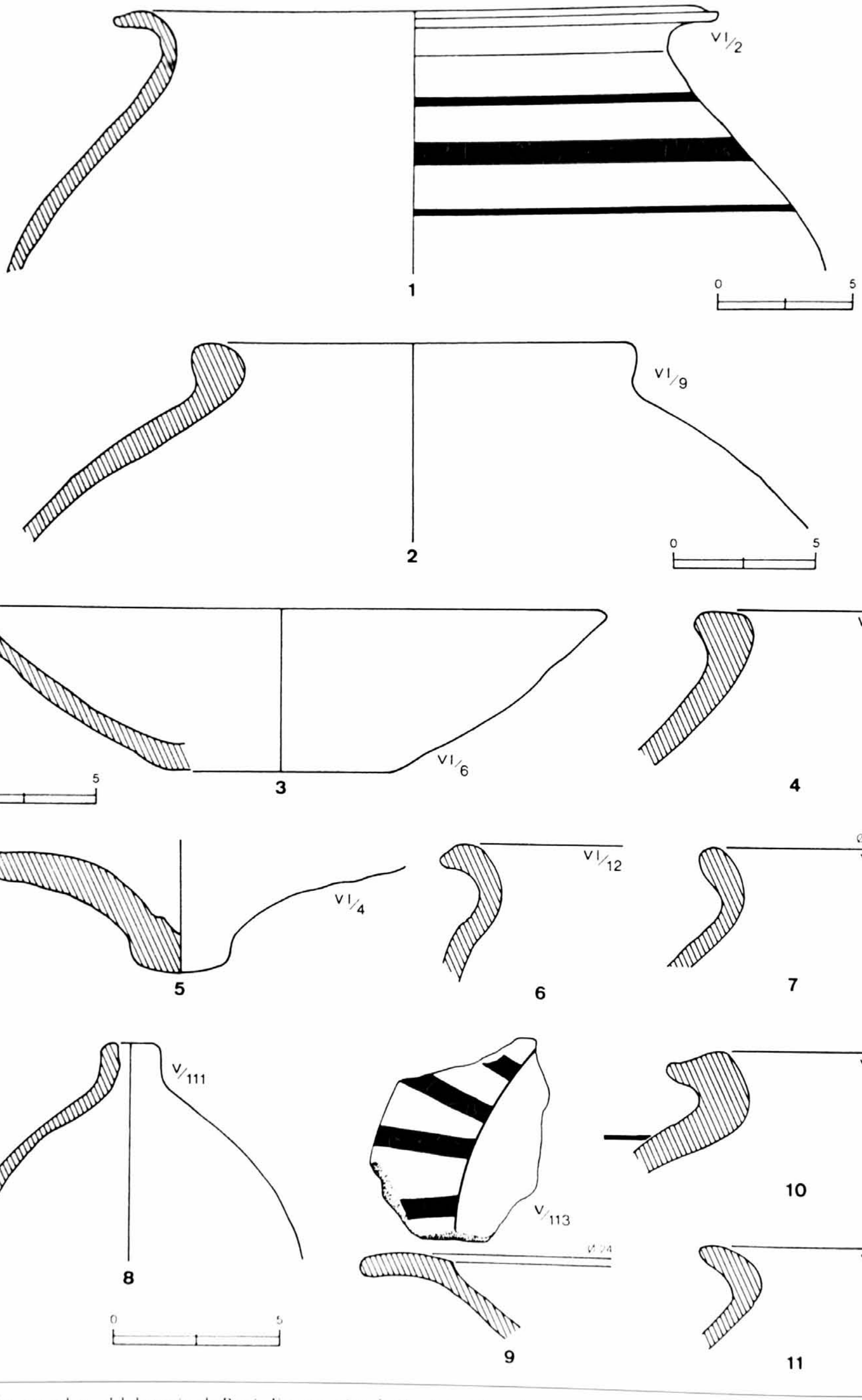


Fig. 11. Cerámica procedente del denominado Barrio Externo: pintada (1 y 10), ánfora de pasta tipo A (2) y sin determinar (4 y 5), común (3, 7 y 11) y gris (6). Las dos piezas restantes corresponden a una pieza relacionada con líquidos (8) y un plato de borde vuelto de imitación fenicia con decoración de bandas transversales en el labio (9).

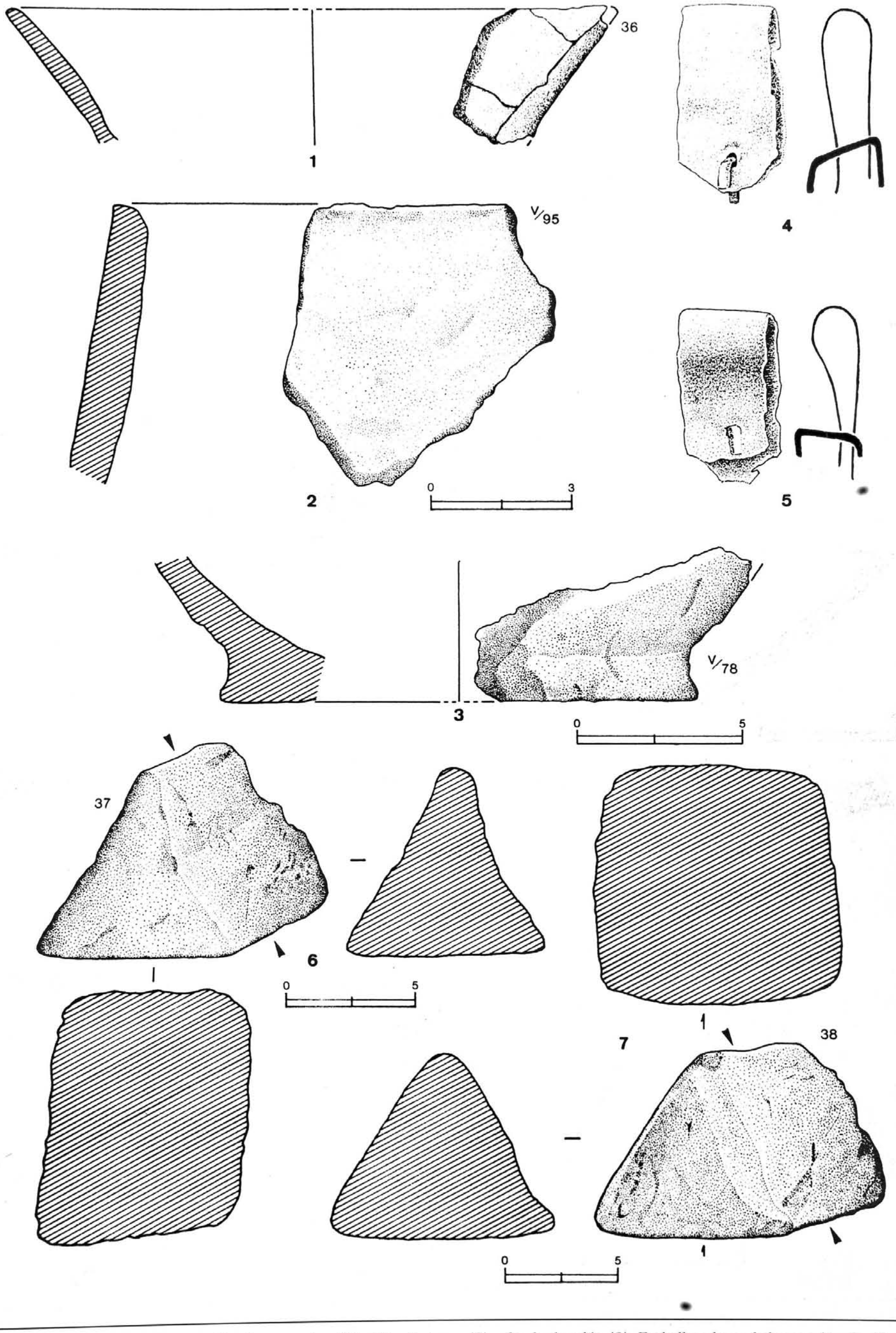


Fig. 12. Cerámica adscribible al Bronce Final: cuenco bruñido (1), olla tosca (2) y fondo de talón (3). Embellecedores de bronce (4 y 5, dibujos de J. Ariza) y morillos de adobe (6 y 7).

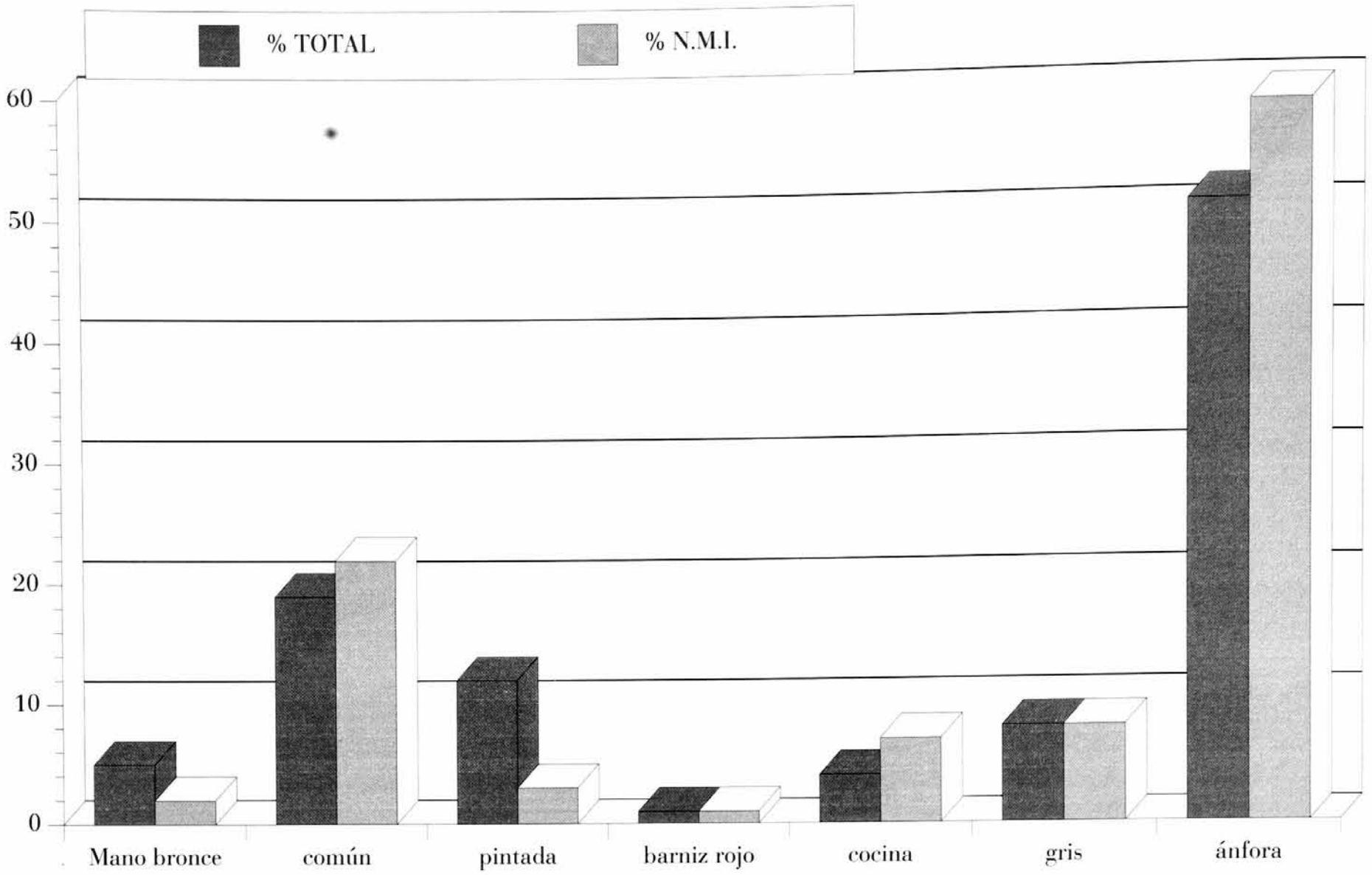


Figura 13. Presencia de materiales cerámicos por clases

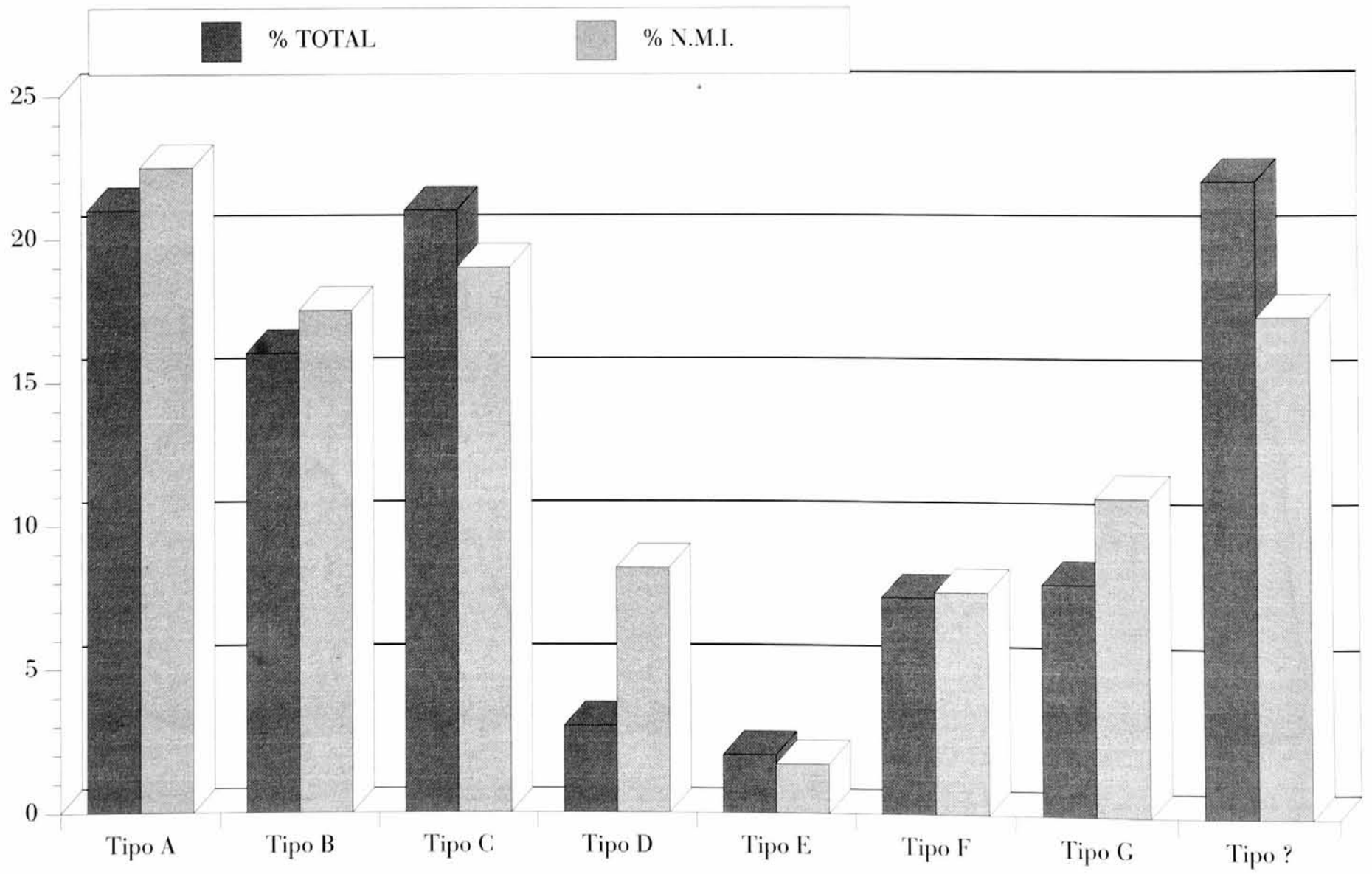


Figura 14. Anforas: Tipos de pastas.

CONSIDERACIONES SOBRE LA ESTRUCTURA DE LOS INTERCAMBIOS COMERCIALES EN LA CULTURA IBERICA.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 177 - 185

Francisco Gracia Alonso
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA, H.ª A. Y ARQUEOLOGIA
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

CONCEPTUACION DEL COMERCIO EN LA PROTOHISTORIA PENINSULAR.

A partir de la síntesis de A. Arribas la evolución del conocimiento e interpretación de la actividad comercial de las comunidades ibéricas ha sufrido una radical transformación en los últimos veinticinco años, pasándose de considerar a los grupos indígenas como meros receptores pasivos a asignarles un papel trascendente e, incluso, predominante en las mismas. Los primeros análisis de conjunto sobre las importaciones grecosemitas en la Península Ibérica incidían en tres aspectos fundamentales: los productos que componían el intercambio (p.e., Cuadrado, 1968), la cronología de las importaciones (p.e. Maluquer de Motes, 1985) y el papel/factor aculturador del comercio colonial sobre la sociedad ibérica (Blázquez, 1971), identificando fósiles directores para determinar lás áreas de penetración comercial (Cuadrado, 1971).

Esta concepción fraguó hasta principios de la década de los ochenta en los estudios de síntesis sobre la cultura ibérica, los cuales reflejaban una concepción del desarrollo de la actividad comercial entre las estructuras sociopolíticas indígenas y los grupos coloniales-comerciales de orígen mediterráneo basada en la asunción de un planteamiento teórico desigual para analizar el papel representado por ambos grupos en los intercambios; de esta forma, se otorgaba el beneficio económico siempre a los agentes mediterráneos (obtención de materias primas), asignándose un rol de baja rentabilidad (receptor de productos manufacturados, más o menos «lujosos») a las élites locales, quienes utilizarían las importaciones como ítems creadores y/o reafirmadores de un status preexistente y/o desarrollado por la actividad comercial.(Balil, 1975), (Blázquez et alii, 1980), (Iniesta, 1989).[1]

La multiplicación de las intervenciones arqueológicas, principalmente en asentamientos indígenas del Levante y Sur peninsular, así como la revalorización y análisis de los conjuntos de importaciones, especialmente griegas, dieron lugar, a principios de la década de los ochenta, a un nuevo auge interpretativo de la actividad comercial, hecho que se transformó en la enunciación de rutas comerciales interiores entre el área de SE. y las cuencas del Guadiana y el Guadalquivir, exponenciadas en los trabajos de J.Maluquer de Motes, como medio para interpretar la problemática de la concentración de producciones áticas documentadas en el palacio-santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) a consecuencia de sus intervenciones en el mismo entre los años 1978 y 1984, en base a una aplicación puntual de los conceptos de la *arqueología del territorio* (mapas de distribución de elaboración previa a la prospección sistemática) (Maluquer de Motes, 1983), (Maluquer de Motes, 1985), (Maluquer de Motes, 1986), (Maluquer de Motes, 1987). El análisis de las rutas interiores fue propugnado paralelamente por J.M. García Cano (García Cano, 1982, pp. 270-274) en el área de Murcia, tras estudiar los conjuntos áticos de la zona y establecer la explotación de los recursos metalíferos del área como motor del comercio[2].

---

(1) Como ejemplo de lo expuesto: «*Lo mismo que los tartesios, los iberos no fueron protagonistas de la actividad mercantil, igual que antes fenicios, griegos y cartagineses, y tal rez etruscos, vinieron a España para hacer buenos negocios. (...). España es, económicamente hablando, un país colonial que exporta materias primas e importa productos manufacturados. Este comercio debió estar en manos de mercaderes orientales que repartían las mercancías en los grandes centros mercantiles de estas ciudades, teniendo en las costas españolas agentes que comerciaban directamente con los indígenas ibéricos». (Blázquez et alii, 1980, pp. 177-178). «Más que un gran comercio debemos pensar en un comercio menudo, efectuado por buhoneros y plateros, y en expediciones ocasionales que alcanzarían las tierras de la Meseta. El gran comercio, singularmente el exterior, era explotado por mercaderes forasteros que facilitaban a los indígenas productos suntuarios». (Balil, 1975, pp. 64-65).*

(2) Las rutas definidas por García Cano son:
a/ siguiendo el curso del río Segura: uniría los centros productores de metal con la costa, a la altura del Molar y Cabezo Lucero.
b/ ruta del río Segura a la altura del Cabecico del Tesoro: por el curso del Guadalentín hacia el Sur por las Cabezuelas de Totana, Coy y Doña Inés para acceder a los centros metalíferos.
c/ ruta de acceso al alto Vinalopó desde los yacimientos de Albacete, descendiendo hasta el Molar o la Albufereta en la costa.

conclusiones reafirmadas posteriormente en ulteriores trabajos (García Cano, 1991), (García Cano & Page, 1994).

De igual forma, J. Blánquez Pérez, al analizar las importaciones de las necrópolis ibéricas del Sureste de la Meseta, reafirmó la hipótesis de las vías de comunicación entre la costa del Levante y la Alta Andalucía/Meseta Sur, tesis que ha desarrollado en sucesivos trabajos (Blánquez, 1990), (Blánquez, 1994). En el mismo sentido deben citarse las aportaciones de P.Cabrera y C.Sánchez sobre la «ruta de los santuarios» y el papel de la misma en los siglos V y IV a.C. (Cabrera & Sánchez, 1994), (Sánchez 1992). Otros investigadores, como P. Sillières (Sillières, 1977), (Sillières, 1982) y R.C.Knapp (Knapp, 1986), han incidido también en la problemática de las rutas, con especial atención a la *Vía Heraklea.*

Un conocido trabajo de B.B. Shefton (Shefton, 1982) había ahondado, a su vez, en la problemática de la distribución de las producciones de figuras rojas y barniz negro ático de los siglos V-IV a.C. en el área de la Alta Andalucía, al tiempo que la publicación de las excavaciones del conjunto de Cástulo, dirigidas por J.Mª Blázquez (Blázquez, 1975), (Olmos 1979) (Blázquez & Remesal, 1979), (Blázquez et alli, 1985), permitían iniciar la evaluación del volumen de material suministrado a esta zona (Sánchez, 1987), recuperando, al mismo tiempo, anteriores trabajos de A. Arribas y F. Molina (Arribas & Molina, 1968-1969), Maluquer de Motes (Maluquer de Motes, 1984) o Blanco Freijeiro (Blanco Freijeiro, 1959) sobre las necrópolis de la zona.

El sistema de distribución de las producciones áticas a partir de las rutas terrestres con origen en el SE. peninsular tuvo una rápida y elaborada réplica por parte de J. Fernández Jurado (Fernández Jurado, 1986a) y P. Cabrera (Fernández Jurado & Cabrera, 1987) (Cabrera, 1988-1989), quienes, tomando como base los trabajos desarrollados en el área de Huelva, determinaron la existencia de una ruta comercial que, a partir del área onubense, suministraría las producciones mediterráneas (y las realizadas en los talleres de los enclaves coloniales de la propia zona Cádiz-Huelva) a los núcleos poblacionales del SO. de Andalucía y Extremadura. Los citados trabajos han demostrado extensamente la importancia de Huelva como punto de comercio griego en una zona atribuida tradicionalmente como exclusiva de la acción comercial semita (Fernández Jurado, 1986a), (Fernández Jurado, 1986b), (Fernández Jurado, Rufete & García Sanz, 1994), (Cabrera & Olmos, 1985), (Cabrera, 1995a), (Cabrera, 1995b), (Cabrera, 1994). En el área del sur peninsular en los últimos años se ha realizado igualmente una exhaustiva valoración de la estructura y componentes del comercio semita, p.e. (Aubet, 1994), (Ruiz Mata, 1995 con bibliografía anterior).

En el Levante y NE., y durante esta fase, los estudios se basaban igualmente en el análisis de conjuntos cerámicos y distribuciones territoriales (Maluquer de Motes, 1968), (Picazo, 1977), (Granados, 1982), (Jully, 1982-1985), (Maluquer de Motes et alii, 1984), (Gracia, 1986), (Rouillard,1991) al tiempo que se analizaban problemáticas estructurales, referidas tanto a Emporion (Ruiz de Arbulo, 1984), (Ruiz de Arbulo, 1992), como a la organización del comercio (Ruiz Zapatero, 1984), (Ruiz Zapatero, 1992) y, más recientemente, a problemáticas territoriales concretas (Sanmartí, 1994).

De forma paralela al desarrollo conceptual del análisis de las rutas comerciales, el interés de los investigadores se centró en una bizantina polémica sobre la «naturaleza étnica» de los comerciantes que efectuaban la distribución de las producciones mediterráneas. Amparados en las cartas de distribución de materiales y, en muchas ocasiones, en una interpretación *strictu sensu* de la letra de los tratados entre Roma y Cartago o las consecuencias de hechos históricos como la batalla de Alalia, (Domínguez Monedero, 1991), se estableció un concepto de exclusividad comercial en dos áreas concretas: comerciantes griegos (léase, focenses, massaliotas y/o emporitanos) al norte del cabo de Palos y comerciantes semitas (léase fenicios, púnicos y/o ebusitanos) al sur del mismo.

La obviedad de la existencia de cargamentos mixtos en el área del Mediterráneo central, el sentido mismo de las estructuras comerciales de los siglos VIII-IV a.C. en toda la cuenca mediterránea e, incluso, la propia distribución de determinadas producciones en áreas «políticamente incorrectas» fueron, en ocasiones, subvaloradas. Deberemos esperar a factores tales como el conocimiento de la coetaneidad de las importaciones en secuencias estratigráficas de áreas tan determinantes como Huelva, Málaga (Gran Aymerich, 1988), Cerro del Villar (Casadevall et alii, 1991), (Cabrera, 1994) o Emporion (Sanmartí et alii, 1986), (Sanmartí et alii, 1990), (Sanmartí et alii, 1991), (Sanmartí et alii, 1995), así como a la sistematización por J. Ramón de las producciones anfóricas semitas (especialmente ebusitanas) y su distribución en la Península Ibérica (Ramón, 1995), para superar este estadio.

EUROPA CENTROOCCIDENTAL: ANALISIS DE LAS ESTRUCTURAS.

De forma paralela, y mientras en la Península Ibérica se profundizaba, a grandes rasgos, en las líneas de investigación citadas, la problemática del comercio protohistórico era abordada en el área de la Europa central bajo una nueva perspectiva: el papel que habían tenido los inter-

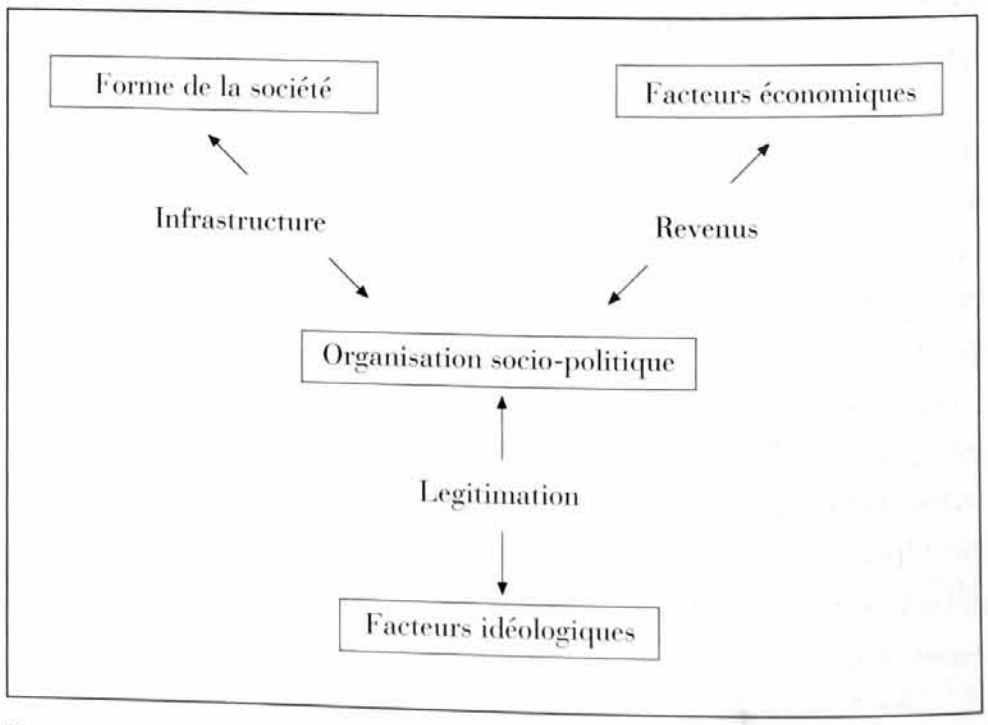


Figura 1. «Complex Interaction Model». Edad del Hierro en Europa (s. Claessen & Van de Velde, 1987).

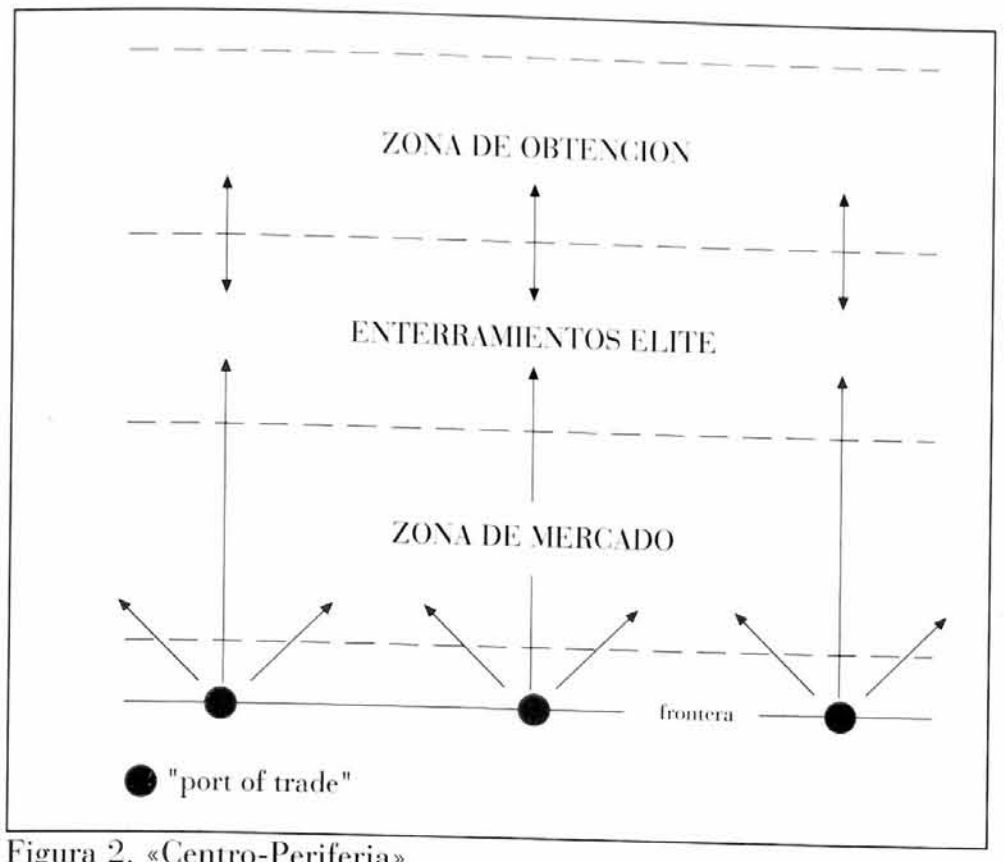


Figura 2. «Centro-Periferia».
Modelo de comercio en la Galia ca. 500 a.C. (s. Cunliffe. 1988)

cambios en la conformación de las estructuras jerarquizadas de carácter preestatal.

A partir de la formulación por W. Kimmig (Kimmig. 1969) (potenciado en: Kimmig. 1983) del modelo organizativo de la estructura social de las comunidades Bronce Final/Edad del Hierro basado en la dualidad *Fürstensitze/ Fürstengräber* (asentamientos principescos/tumbas principescas), se desarrolló una corriente interpretativa centrada en la demostración de la idea de que la evolución de las sociedades complejas durante este periodo era consecuencia del estímulo provocado por el comercio exterior, plasmado en los niveles de riqueza/status identificables en base al material, la concentración de la población en núcleos jerarquizados de control territorial (las bases del sistema oppidum/lugar central) y determinados elementos constructivos (el exponente más repetido son las murallas de adobe de la Heuneburg) que potenciaban el concepto jerarquia/prestigio/estratificación social/ explotación intensiva/ intercambio como elementos de un sistema cerrado. Este modelo explicativo fue extendido posteriormente a otras áreas de la Europa centro/occidental en las que podía reseguirse el impacto/interacción del comercio mediterráneo. (Härke. 1979). (Spindler. 1983). (Brun. 1987). (Olivier. 1988). (Mohen et alii. 1987). (Mohen et alii. 1988). (Wells. 1980).(Wells.1988).

Las transformaciones estructurales citadas se enmarcaron, prosteriormente, en la concepción general de los procesos de la Edad del Hierro, definida bajo el modelo *centro-periferia* enunciado por I.Wallerstein como interpretación de la agricultura europea del siglo XVI (Wallerstein. 1979) y aplicado, entre otros, por P. Brun (Brun. 1987). (Brun. 1988). (Brun. 1992) y B. Cunliffe (Cunliffe. 1988). En relación a la trascendencia de este modelo. G. Ruiz Zapatero (Ruiz Zapatero. 1989) ha presentado un comentario crítico que incide en las vías de análisis futuro necesarias para la investigación de los patrones sociales y los modelos de poblamiento.

No obstante, y en contraposición a la base teórica enunciada supra por la que el comercio es el *motor* del cambio estructural, los planteamientos de W.Kimmig están

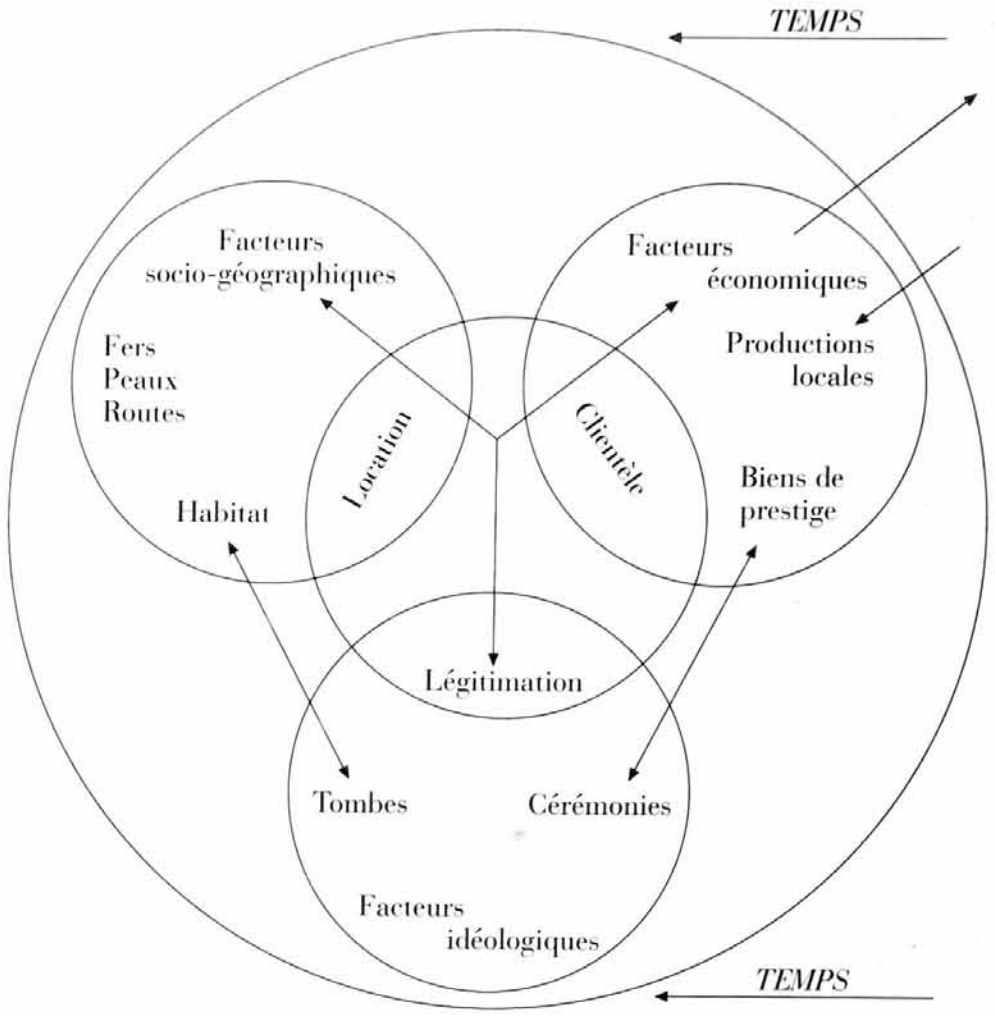


Figura 3. Organización sociopolítica del Hallstatt final (s. Millotte. 1994).

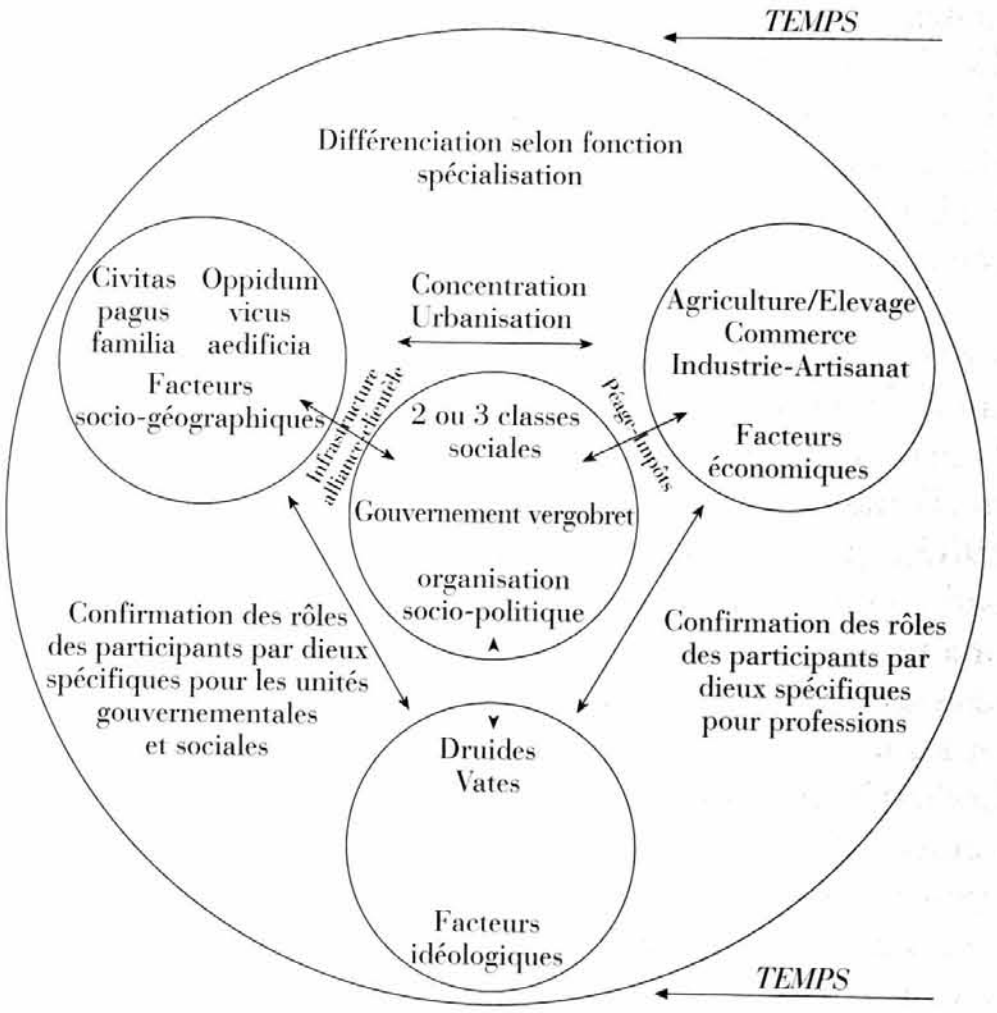
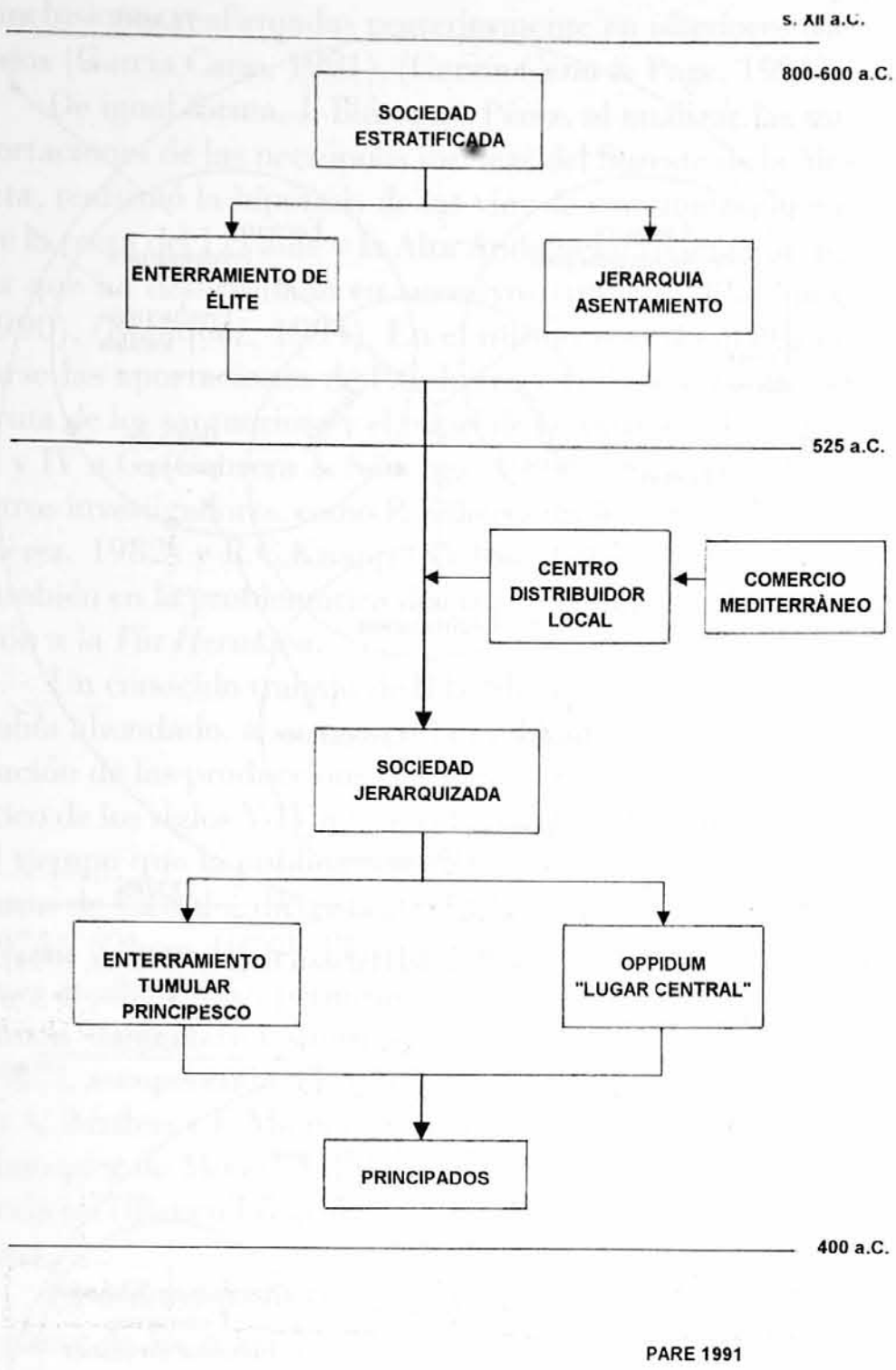


Figura 4. Organización sociopolítica de La Tène final (s. Millotte. 1994).

siendo fuertemente atacados en los últimos años desde el ángulo opuesto: el comercio con los grupos mediterráneos (etruscos y foceos) sólo puede entenderse y/o desarrollarse *después* de que la organización socioeconómica de las comunidades centroeuropeas del siglo VII a.C. se encuentre lo suficientemente desarrollada para permitir la producción excedentaria y la diversificación de roles económicos que los intercambios implican (Eggert, 1989) (Pare, 1991). La necesidad del análisis de las estructuras sociopolíticas y económicas con prioridad a los elementos de intercambio se ha traducido en el denominado «*Modelo complejo de interacción» (Complex Interaction Model)* de H.J.M. Claessen y P.Van de Velde, quienes estudian los procesos de tránsito



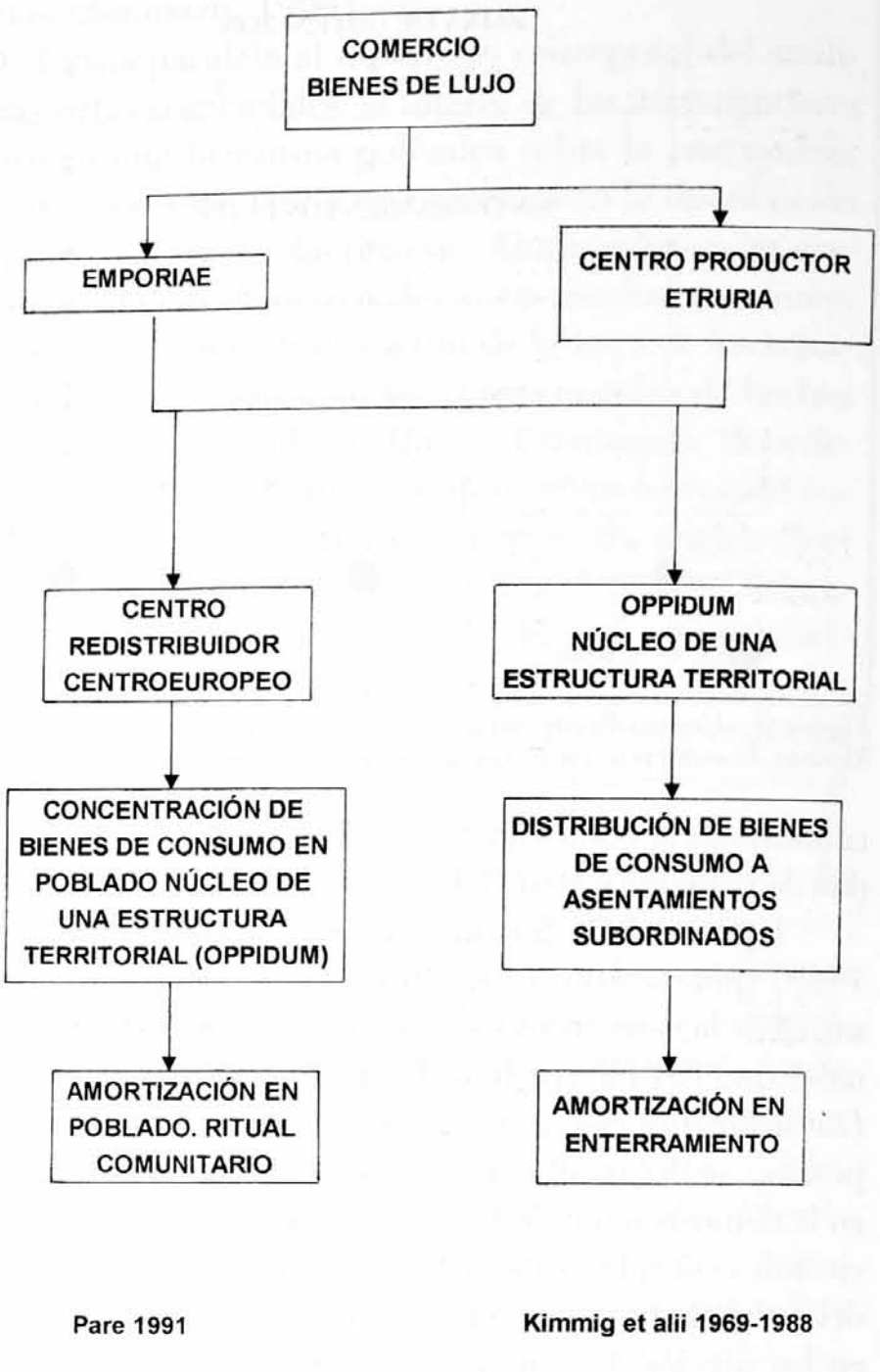


Figura 5. Estructuras de poblamiento en la Europa central según Kimming, 1969; Eggert, 1989 y Pare, 1991.

entre las organizaciones de carácter tribal a las estatales en la protohistoria europea (Claessen & Van de Velde, 1987). El modelo propuesto ha sido aplicado y desarrollado por J.P.Millotte en el área de Borgoña y Franco-Condado para una cronología de la segunda Edad del Hierro (Millotte, 1994).

De esta forma, existe en la actualidad una tendencia, en base a la delimitación territorial y de áreas de infuencia de las estructuras políticas, a conceder un papel fundamental en el comercio y distribución de productos mediterráneos a las comunidades/grupos étnico-sociales centroeuropeos; asentamientos como el oppidum de Bragny, en la confluencia de los ríos Saona y Doubs, desarrollarían un rol de *port-of-trade* interior articulando los intercambios entre dos zonas culturales, sin que el factor focense fuera determinante en el proceso (Pare, 1991) (Munilla, 1996).

PENINSULA IBERICA: APLICACION DE MODELOS TEORICOS EN LA INTERPRETACION DE LAS ESTRUCTURAS DE INTERCAMBIO.

Desde finales de la década de los ochenta puede constatarse una transformación en los planteamientos de análisis de la actividad comercial. Manteniendo el necesario estudio de los conjuntos materiales, se han formulado diversas líneas teóricas como base del estudio económico, pudiendo citarse entre ellas:

SISTEMA PALACIAL.
Desarrollado por M.Almagro Gorbea a partir de la re-

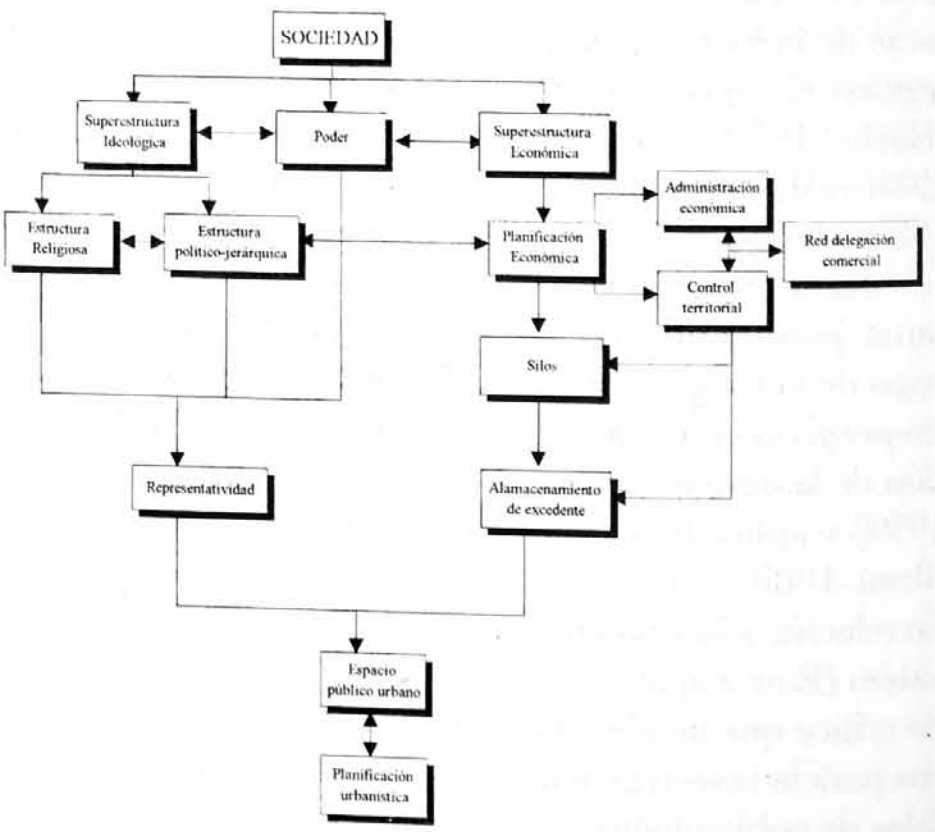


Figura 6. Estructura de la actividad económica en los sistemas jerarquizados ibéricos. (S. Gracia, 1995).

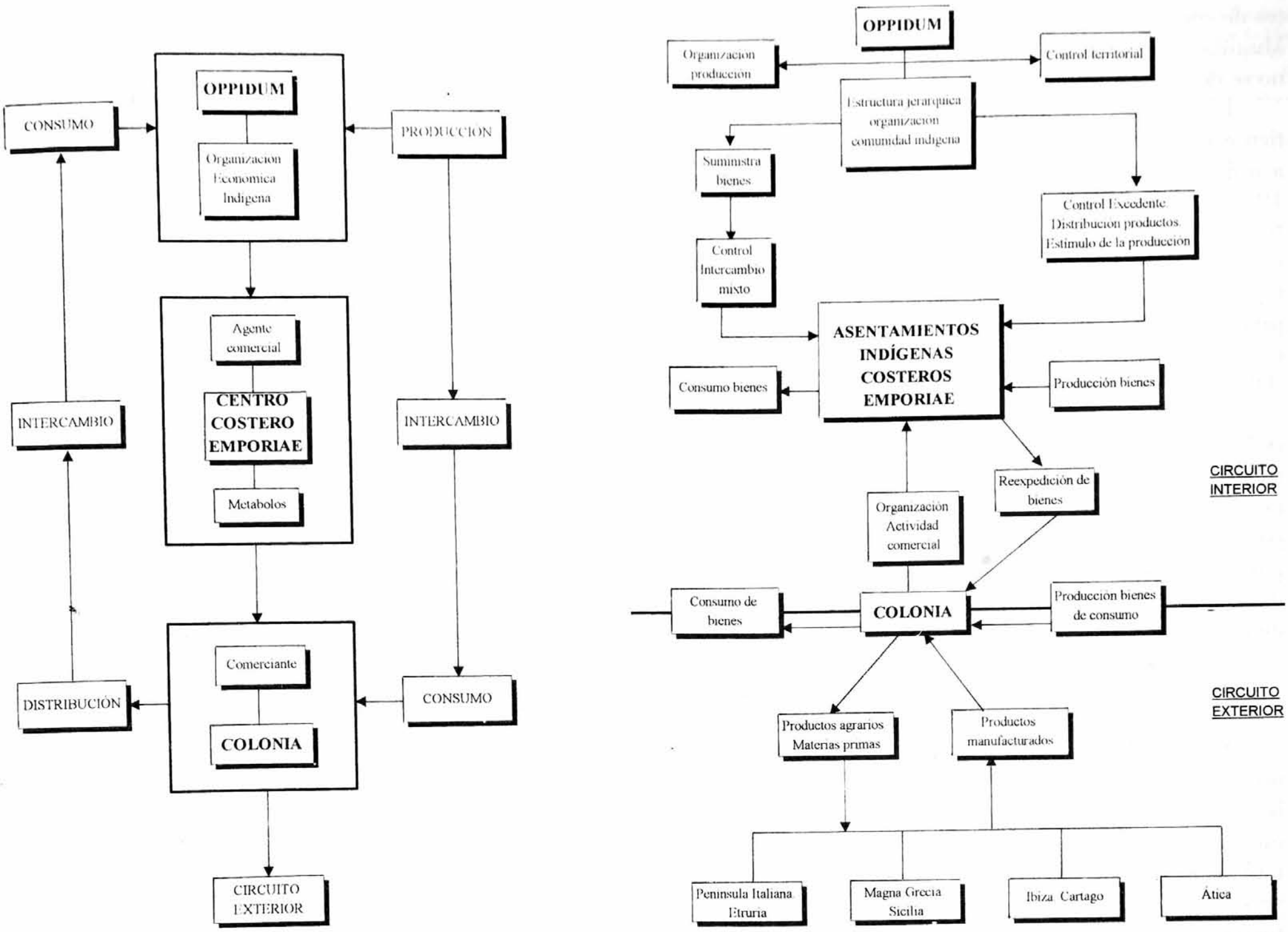


Figura 5. Estructuras de poblamiento en la Europa central según Kimming, 1969; Eggert, 1989 y Pare, 1991.

elaboración e interpretación de los materiales de Cancho Roano publicados por J. Maluquer de Motes (Almagro, 1992), (Almagro, 1994), (Almagro & Domínguez de la Concha, 1988-1989), (Almagro & Domínguez & López, 1990), como aplicación en el Occidente mediterráneo de modelos organizativos propios del Próximo Oriente presentes, asimismo, en otras áreas occidentales durante el primer milenio a.C. (p.e., Etruria, palacios de Murlo y Aquarossa). El modelo, si bien puede corresponderse con la funcionalidad de un palacio-santuario como el de Cancho Roano, entendido como un centro político y/o religioso redistribuidor de mercancías, controlador, al mismo tiempo, de la producción agrícola (Celestino & Jiménez, 1993), y que, en ningún caso, es único, puesto que en el área extremeña pueden citarse también los ejemplos de El Torrejón de Abajo (García-Hoz, 1991) y El Turuñuelo (Jiménez, 1996), es más difícil de aplicar a otras estructuras constructivas del Levante peninsular (¿qué características definen un sistema palacial en el Levante y NE. peninsular?) (Almagro, 1993).

En este sentido, es difícil considerar que estructuras como el templo de Illeta de Banyets-Campello y, fundamentalmente, Aldovesta, correspondan a un sistema palacial; en el primer caso, la tipología constructiva de los edificios se refiere claramente a una concepción templal de carácter centromediterráneo con claros paralelos en el mundo etrusco (vide: LLobregat, 1993, como resumen de la problemática), lo cual significaría, en caso de que siguiéramos la línea indicada por M.Almagro, relacionar los conceptos *economía/comercio* con *estructura de poder de raíz religiosa*, es decir, un componente organizativo próximo a las estructuras próximoorientales basadas en el concepto *karum* y en el papel que tradicionalmente se ha asignado a los templos como garantes de los intercambios semitas.

No obstante, E. LLobregat (Llobregat, 1988) ha apuntado recientemente una interpretación del conjunto de Illeta dels Banyets desde la óptica del *emporion*, aunque sin definir el marco político en el que se organizarían los intercambios; de igual forma, tampoco debe olvidarse que los *edificios representativos* como los templos pueden comprenderse desde la óptica de reafirmación de status de un grupo social en el interior de una estructura de poblamiento (Gracia & Munilla & García, 1994), con raíz probablemente económica, pero sin que en el mismo se ejercieran acciones de transacción.

Por lo que respecta a Aldovesta (vide, sobre la problemática del yacimiento: Mascort et alii, 1991, con bibliografía anterior), las estructuras sociales del curso inferior del Ebro, aun teniendo en consideración la importancia, características y necesidades del comercio semita en esta zona durante los siglos VII-VI a.C. (Aubet, 1993), tan sólo permiten apuntar, en la actualidad, modelos incipien-

tes de concentración/jerarquización territorial (Gracia & Munilla, 1993), (Gracia & Munilla & García, 1996), que no se desarrollarán plenamente hasta el siglo V a.C.

El sistema palacial, entendido como estructuras político-económicas de carácter *principesco*, ha sido tratado, asimismo, por A. Ruiz y M. Molinos (Ruiz & Molinos, 1993), (Ruiz, 1994) bajo el concepto «*sistemas de redistribución avalados por un espacio aristocrático sin relación jerárquica con bloques de viviendas*». En trabajos recientes, el sistema palacial ha sido tomado como patrón interpretativo, p.e., de los poblados del Puig de la Nao de Benicarló y Puig de la Misericordia de Sant Sebastià de Vinaroç (Oliver, 1995), (Oliver & Gusi, 1995).

Por consiguiente, consideramos que el *sistema palacial*, aun y cuando presenta elementos de indudable atractivo conceptual (ritual de enterramiento; arquitectura funeraria; iconografía), debe aplicarse esencialmente a un concepto cronológico/cultural orientalizante, mientras que para el ámbito de la cultura ibérica sería preciso relacionarlo con el sistema oppidum/lugar central resultado del análisis territorial.

SISTEMA DE ANALISIS DE LA POTENCIALIDAD ECONOMICA DEL TERRITORIO.

Partiendo del concepto de la necesaria existencia de una productividad excedentaria como base del intercambio comercial, se han propuesto recientemente diversos modelos de cálculo de la potencialidad agraria, referidos tanto a la *chora* de Emporion (Sanmartí, 1993) como a diversas áreas de poblamiento indígena: Mas Castellar-Pontós (Pons, 1993), (Adroher & Pons & Ruíz de Arbulo, 1993), Moleta del Remei (Gracia & Munilla, 1993) y Alto de Benimaquia (Gómez Bellard & Guerín, 1995); sistemas que han permitido valorar, desde una perspectiva más precisa, los componentes del intercambio desde la óptica de la producción. De esta forma, se configura una estructura en la que determinados núcleos indígenas interiores (p.e., Mas Castellar-Pontós) desempeñan un rol de *port-of-trade o mercado*, aglutinando la producción ceralística de un área extensa (¿bajo qué relaciones económicas, sociales y de jerarquización territorial?) con destino a su venta y posterior comercialización a través de Emporion (¿qué patrones estructurales desarrollan los centros coloniales y cómo se organiza política y económicamente el intercambio?), y redistribuyendo las producciones mediterráneas entre las comunidades indígenas, definiéndose un patrón similar al enunciado por Pare (Pare, 1991) para el oppidum de Bragny como nexo entre el comercio massaliota y las estructuras principescas centroeuropeas (vide supra, punto 2).

Evidentemente, esta línea de análisis ha de relacionarse con el desarrollo de la *Arqueología del territorio* y la modelización de la jerarquización territorial, terreno en el que junto a importantes aportaciones, especialmente por parte de la Universidad de Jaén y el Colegio Universitario de Teruel, restan todavía amplias lagunas en el territorio peninsular.

El estudio del territorio y su potencialidad deriva, de forma inherente, hacia la conceptuación de las estructuras sociales y a la cuestión de si la vertebración de las mismas es lo suficientemente coherente como para desarrollar un control y explotación excedentarios antes del impacto colonial/comercial mediterráneo. En el caso de que pudiera demostrarse que la formación de los estamentos sociales indígenas es anterior a la presencia comercial semita en el Sur (facies tartésica/ orientalizante) (Aubet, 1984), (Aubet, 1990) y etrusco en el Levante y NE. (¿existe un comercio directo etrusco o debemos interpretar los materiales de esta procedencia como redistribuciones?/ focense (¿cuál es la secuencia de los intercambios?, probablemente la seriación estratigráfica de San Martí d'Empúries semita/griego sea aplicable a amplias zonas del NE. peninsular y SE. francés), nos encontaríamos en idéntica perspectiva que las corrientes actuales de interpretación en protohistoria en Europa occidental, con la valoración ponderada de los modelos condicionantes (*centro/periferia*) y de desarrollo (*interacción compleja*). En todo caso, la diversidad que muestra la actividad comercial permite, en este estadio, superar las visiones estructuralmente lineales que se habían enunciado hasta fechas cercanas.

ANALISIS DE LOS TEXTOS COMERCIALES.

El estudio de las cartas comerciales de Emporion y Pech Mahó ha introducido, desde finales de la década de los ochenta, un nuevo componente en el estudio de la organización comercial. La abundante bibliografía y diversas interpretaciones de los textos citados (Sanmartí & Santiago, 1987), (Santiago & Sanmartí, 1989), (Santiago & Sanmartí, 1988), (Santiago, 1988), (Sanmartí & Santiago, 1988), (Santiago, 1990a), (Santiago, 1990b), (Sanmartí, 1991), (Santiago, 1994a), (Santiago, 1994b), (Bats, 1994), (De Hoz, 1994), (Lejeune et alli, 1988), (Cristofani, 1993), (Colonna, 1988), (Ampolo & Caruso, 1990-1991), (Poilloux, 1988), (Cristofani, 1991), (Chadwick, 1990), (Santiago, 1989), (Van Effenterre et alii, 1991), (Lejeune, 1991), (Sanmartí, 1988), (Gracia, 1995) han permitido profundizar en los mecanismos de intercambio, así como, y sobre todo, asignar por vez primera un papel activo a los agentes comerciales indígenas, tal y como demuestra la actividad de Báspedas (carta Ampúrias 1) en el área de Saiganthe y los testigos ibéricos en el *port-of-trade* de Pech Maho (carta Pech Maho 2).

En nuestra opinión, la documentación epigráfica citada, tal y como ya hemos indicado anteriormente (Gracia, 1995), muestra claramente que la actividad comercial se encuentra *en manos indígenas* por lo que respecta a la producción y, cuando menos, una gran parte de la comercialización interior y aun de parte del tráfico marítimo costero (Gracia, 1996), así como que el sistema de intercambio se basa en patrones griegos. No podría entenderse una complejidad tal para una cronología del siglo VI a.C. si las estructuras socioeconómicas ibéricas no estuviesen ampliamente desarrolladas. Por tanto, la interacción y la influencia y/o permeabilidad cultural han de valorarse desde una nueva perspectiva, muy diferente, en todo caso, a los modelos estereotipados aplicados durante la década de los setenta (vide supra).

CONCLUSIONES

El objetivo de este artículo no es trazar un análisis exhaustivo de todas las hipótesis vertidas en relación a la problemática del comercio ibérico, sino, tan sólo, plantear, de forma general, la evolución de las corrientes interpretativas en este sentido. Consideramos que, en la actualidad, las tres vías principales que se utilizan para abordar el problema: *sistema palacial, modelización teórica de la productividad* y *análisis de los textos comerciales* son, al tiempo que complementarias en sus conclusiones, la demostración de la complejidad del problema y las posibilidades de futuro del mismo.

Es evidente que el estudio de una actividad comercial se fundamenta en el conocimiento de las tipologías materiales que la integran, por lo que los estudios parciales sobre conjuntos de materiales de importación no sólo siguen siendo necesarios, sino que deben entenderse como imprescindibles en un momento en que la clasificación tipológica de los mismos permite obtener una información mucho más amplia (p.e., en lo que respecta a centros de producción) que en años anteriores. No obstante, creemos que el sentido de la investigación por lo que respecta a los procesos de comercio debe orientarse hacia los presupuestos del análisis territorial y la jerarquización de asentamientos como resultado de una prospección intensiva y la valoración arquitectónica y espacial de los asentamientos. Consideramos que la modelización teórica de las producciones, efectuando aproximaciones compensadas (arqueología experimental, fuentes clásicas y medievales, análisis micro), permite establecer el *valor correcto* del volumen de intercambios o, lo que es igual, el flujo de los mismos y su finalidad última. La diagramación de los procesos es, por último, un punto de partida indispensable para entender el funcionamiento de las estructuras socioeconómicas de los grupos desde la formulación de una serie de presupuestos clave: ¿existe una estructura compleja del grupo ? ¿se documenta la jerarquización territorial? ¿podemos definir la estructura productiva y sus índices de explotación? ¿cuál es el volumen de los intercambios? ¿existe una variación cronológica y/o conceptual en el flujo de las importaciones? ¿se documenta un cambio en las estructuras sociales como resultado de la actividad comercial?; estos planteamientos, junto con otros que han sido, y son empleados, en la Protohistoria peninsular deberían permitirnos organizar secuencias estructurales los suficientemente amplias para avanzan en la comprensión de la actividad comercial.

BIBLIOGRAFIA:

ADROHER, A.Mª.; PONS, E.; RUIZ DE ARBULO, J. (1993). «El yacimiento de Mas Castellar de Pontós y el comercio del cereal ibérico en la zona de Emporion y Rhode (ss. IV-II a.C.)». *A.Esp.A.*, 66, pp. 31-70.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1992). «La alimentación en el palacio de Cancho Roano». *Homenaje a M.Ponsich*. «Anejos de Gerión». III. pp. 95-114.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1993). «Tarteso desde sus áreas de influencia: la sociedad palacial en la Península Ibérica». En: Alvar, J.; Blázquez, J.Mª. (eds.). *Los enigmas de Tarteso*. Ed. Cátedra. Madrid. pp. 139-161.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1994). «Palacio y organización social en la Península Ibérica». En: Unterman, J.; Villar, F. (eds.). *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*. Ed. Universidad de Salamanca. Salamanca. pp. 21-47.

ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMINGUEZ, A. (1988-1989). «Cancho Roano. El palacio de Cancho Roano y sus paralelos arquitectónicos y funcionales». *Zephyrus*, 41-42. pp. 339-382.

ALMAGRO-GORBEA, M.; DOMINGUEZ, A.; LOPEZ, A. (1990). «Cancho Roano. Un palacio orientalizante en la Península Ibérica». *M.M.*, 31. pp. 251-308.

AMPOLO, C.; CARUSO, T. (1990-1991). «I greci e gli altri nel Mediterraneo occidentale. Le iscrizioni greca ed etrusca di pech Maho: circolazione di beni, di uomini, di istituti». *Opus*. IX.X. pp. 29-56.

ARRIBAS, A.; MOLINA, F. «La necrópolis ibérica del Molino de Caldona (Finca Torrubia). Campaña de excavaciones de 1968». *Oretania*, 28-33, pp. 160-221.

AUBET, Mª.E. (1984). «La aristocracia tartésica durante el período orientalizante». *Opus*, III.2. pp. 445-468.

AUBET, Mª.E. (1990). «El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción». *Cuadernos Emeritenses*, 2. pp. 31-44.

AUBET, Mª.E. (1993). «El comerç fenici i les comunitats del Ferro a Catalunya». *Laietània*, 8, pp. 23-40.

AUBET, Mª.E. (1994). *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*. Ed. Crítica. Barcelona. 386 p.

BALIL, A. (1975). *Historia social y económica. La España antigua (Indígenas y colonizadores)*. Ed. Confederación Española de Cajas de Ahorros. Madrid. 166 pp.

BATS, M. (1994). «Heronoios, metábolos d'Emporion?». *Huelva Arqueológica*, XIII.2. pp. 231-242.

BLANCO FREIJEIRO, A. (1959). «Cerámica griega de los Castellones de Ceal». *A.Esp.A.*, XXXII. pp. 106-112.

BLANQUEZ PEREZ, J.J. (1990). *La formación del mundo ibérico en el sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la Provincia de Albacete)*. Ed. Instituto de Estudios Albacetenses-CSIC. Albacete, 658 pp.

BLANQUEZ PEREZ, J.J. (1994). «El impacto del mundo griego en los pueblos ibéricos de la Meseta». *Huelva Arqueológica*, XIII.1, pp. 319-354.

BLAZQUEZ, J.Mª. (1971). «La colonización griega en España en el cuadro de la colonización griega en Occidente». *Simposio Internacional de Colonizaciones*. Ed. Diputación Provincial de Barcelona. Barcelona. pp. 65-78.

BLAZQUEZ, J.Mª. (1975). *Cástulo I*. «A.A.H.». Madrid.

BLAZQUEZ, J.Mª. ; PRESEDO, F.; LOMAS, F.J.; FERNANDEZ NIETO, J. (1980). *Historia de España Antigua. Protohistoria*. Ed. Cátedra. Madrid. 606 pp.

BLAZQUEZ, J.Mª.; REMESAL, J. (1979). «Necrópolis del Cerrillo de Los Gordos (Campaña de 1971)». En: Blázquez, J.Mª. *Cástulo II*. «E.A.E.». 105 pp.

BLAZQUEZ, J.Mª.; GARCIA-GELABERT, M.P.; LOPEZ PARDO, F. (1985). *Cástulo*. V. «E.A.E.». 140. pp.

BRUN, P. (1987). *Princes et Princesses de la Celtique. Le Premier Age du Fer (850-450 av. J.C.)*. Ed. Errance. París, 219 p.

BRUN, P. (1988). «Les «Résidences princières» comme centre territoriaux: éléments de vérification». En: Mohen, J.P.; Duval, A.; Eluère, C. (eds.). *Les Princes Celtes et la Meditearranée*. Ed. La Documentation Française. Paris, pp. 129-143.

BRUN, P. (1992). «La place du Jura franco-suisse dans l'économie-monde méditerranéene du Premier Age du Fer: essai de modélisation». *Cahiers d'archéologie romande*, 57, pp. 189-206.

CABRERA, P. (1988-1989). «El comercio foceo en Huelva: cronología y fisonomía». *Huelva Arqueológica*, X-XI, pp. 43-100.

CABRERA, P. (1994). «Importaciones áticas del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)». *Huelva Arqueológica*, XIII.1, pp. 97-126.

CABRERA, P. (1995 a). «Comercio internacional mediterráneo en el siglo VIII a.C.» *A.Esp.A.*,nº69/70.

CABRERA, P. (1995 b). «Cádiz y el comercio de productos griegos en Andalucía occidnetal durante los siglos V y IV a.C.». *T.P.*, 51.2. pp. 89-101.

CABRERA, P. (1995). «La comercialización del vino griego en la Hispania prerromana». En: Celestino, S. (Coord.). *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en occidente*. Ed. Consejo regulador de las denominaciones de orígen Jerez-Xerès-Sherry y Manzanilla. Jerez de la Frontera, pp. 137-156.

CABRERA, P.; OLMOS, R. (1985). «Die Griechen in Huelva. Zum Stand der Diskussion». *M.M.*, 26, pp. 61-74.

CABRERA, P.; SANCHEZ, C. (1994). «Importaciones griegas en el sur de la Meseta». *Huelva Arqueológica*, XIII.1, pp. 357-376.

CASADEVALL, J.; CURIA, E.; DELGADO, A.; FIEBER, D.; PARRAGA, M.; RUIZ, A. «El bucchero etrusco del Cerro del Villar (Guadalhorce, Málaga)». En: Musso, O.; Remesal, J. (Coord.). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 383-389.

CELESTINO, S.; JIMENEZ, F. (1993). *El palacio-santuario de Cancho Roano, II. El sector norte*. Ed. B.Gil Santacruz. Badajoz. 261 pp.

CHADWICK, J. (1990). «The Pech Maho lead». *ZEP*, 82, pp. 161-166.

CLAESSEN, H.J.M.; VAN DE VELDE, P. (1987). «Early state dynamics», pp. 1-23.

COLONNA, G. (1988). «L'iscrizione etrusca del piombo di Linguadoca». *Science dell'Antichità*, 2, pp. 547-555.

CRISTOFANI, M. (1991). «Pech Maho». *St.Etr.*, 57, pp. 285-287.

CRISTOFANI, M. (1993). «Il testoi di Pech Maho. Aleria e i traffici del V secolo a.C.». *MEFRA*, 105, pp. 833-845.

CUADRADO, E. (1968). «Corrientes comerciales de los pueblos ibéricos». *I Simposio de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Valencia. pp. 117-142.

CUADRADO, E. (1971). «Penetración de las influencias colonizadoras grecofenicias en el interior peninsular». *Simposio Internacional de Colonizaciones*. Ed. Diputación Provincial de Barcelona. Barcelona. pp. 93-104.
CUNLIFFE, B. (1988). *Greeks, Romans and Barbarians. Spheres of Interaction*. Ed. Batsford. Londres. 243 pp.
DE HOZ, J. (1994). «Griegos e Iberos: testimonios epigráficos de una cooperación mercantil». *Huelva Arqueológica*. XIII.2. pp. 243-271.
DOMINGUEZ MONEDERO, A.J. (1991). «El enfrentamiento etrusco-foceo en Alalia y su repercusión en el comercio con la Península Ibérica». En: Musso, O.; Remesal, J. (Coord.). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 239-274.
EGGERT, M.K.H. (1989). «Die «Fürstensitze» der Späthallstattseit. Bemerlungen zu einem archäologischen konstrukt». *Hammaburg*, 9, pp. 53-66.
FERNANDEZ JURADO, J. (1984). «La presencia griega aracaica en Huelva». *Monografías arqueológicas*.1. pp.
FERNANDEZ JURADO, J. (1986 a). «El poblamiento ibérico en Huelva». En: Ruiz, A.; Molinos, M. 1986. *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el Mundo Ibérico*. Ed. Junta de Andalucía. Jaén. pp. 315-326.
FERNANDEZ JURADO, J. (1986 b). «Fenicios y griegos en Huelva». *Homenaje a Luís Siret*. Ed. Junta de Andalucía. Sevilla. pp. 562-74.
FERNANDEZ JURADO, J. & CABRERA, P. (1987). «Comercio griego en Huelva a fines del siglo V a.C.». *R.H.A.*, LXXXIX, 3-4. pp. 149-156.
FERANDEZ JURADO, J.; RUFETE, P.; GARCIA SANZ, C. (1994). «Cerámicas griegas del solar nº 5 de la c/Méndez Núñez de Huelva». *Huelva Arqueológica*, XIII.1, pp. 67-96.
GARCIA CANO, J.M. (1982). *Cerámicas griegas de la región de Murcia*. «Biblioteca básica murciana», 6. Ed. Editora Regional de Murcia. Murcia. 276 pp.
GARCIA CANO, J.M. (1991). «El comercio arcaico en Murcia». En: Musso, O.; Remesal, J. (Coord.). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 369-382.
GARCIA CANO, J.M.; PAGE, V. (1994). «Panorama actual de las cerámicas griegas en Murcia (1982-1991)». *Huelva Arqueológica*, XIII.1, pp. 217-239.
GARCIA-HOZ, Mª.C. (1991). «Los bronces orientalizantes de «El Torrejón de Abajo». En: Remesal, J.; Musso, O. (Coord.). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. pp. 457-474.
GOMEZ BELLARD, C.; GUERIN, P. (1995). «Los lagares del Alt de Benimaquia (Denia): en los inicios del vino ibérico». En: Celestino, S. (ed.). *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Ed. Consejo regulador de las denominaciones de origen Jerez, Xerry y Manzanilla. Jerez de La Frontera. pp. 241-270.
GRACIA, F. (1986). *Las influencias mediterráneas y el momento de plena formación de la Cultura Ibérica en Cataluña. (Las cerámicas áticas y de barniz negro del poblado ibérico del Molí d'Espígol, Tornabous, Urgell)*. Resumen de Tesis Doctorat. Universidad de Barcelona. 60 pp.
GRACIA, F. (1995). «Comercio del vino y estructuras de intercambio en el NE. de la Península Ibérica y Languedoc-Rosellón entre los siglos VII-V a.C.». En: Celestino, S. (ed.). *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Ed. Consejo regulador de las denominaciones de origen Jerez, Xerès, Sherry y Manzanilla. Jerez de la Frontera. pp. 297-331.
GRACIA, F. (1996). «Producción y comercio de cereal en el NE. de la Península Ibérica entre los siglos VI-II a.C.» *Pyrenae*. 26. pp. 91-113.
GRACIA, F.; MUNILLA, G. (1993). «Estructuración cronoocupacional del poblamiento ibérico en las comarcas del Ebro». *Laietània*. 8. pp. 207-256.
GRACIA, F.; MUNILLA, G.; GARCIA, E. (1994). «Models d'anàlisi de l'arquitectura ibèrica. Espai públic i construccions religioses en medis urbans». *Cota Zero*, 10, pp. 90-101.
GRACIA, F.; MUNILLA, G.; GARCIA, E. (1996). «Els períodes Ibèric I-II a la comarca del Montsià. Organització i explotació del territori». *Gala*. 3-4. pp.
GRAN AYMERICH, J. (1988). «Cerámicas griegas y etruscas de Málaga. Excavaciones de 1980 a 1986». *A.Esp.A.*, 61 pp.
GRANADOS, J.O. (1982). «Las cerámicas de importación de los silos del port (Barcelona)». *Helike*, 1, pp. 163-181.
HARKE, H.G.H. (1979). *Settlement Types and Patterns in the West Hallstatt Province*. BAR. 57. Oxford. 299 pp.
INIESTA, A. (1989). «Los íberos y la Cultura ibérica». En: MONTENEGRO, A.; BLAZQUEZ, J.Mª.; RUIZ MATA, D.; GARCIA CANO, J.M.; INIESTA, A.; FATAS, G.; SALINAS, M.; PASTOR, M. (1989). *Historia de España. 2. Colonizadores y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.)*. Ed. Gredos. Madrid. 275-316.
JIMENEZ AVILA, J.J. (1996). «Material protohistórico de El Turuñuelo. Mérida (Badajoz)». *Pyrenae*. 26. pp. 131-151.
JULLY, J.J. (1982-1985). *Céramiques grecques ou de type grec et autres céramiques en Languedoc méditerranéen, Roussillon et Catalogne (VII-II s. av.C.* C.R.H.A., 46. París. 3 vols.
KIMMIG, W. (1969). «Zum problem späthällstättischer Adelssitze». en: Otto,K.H.;Herrmann,J. (Eds.). *Siedlung, Burg und Stadt. Studien zu ihren Anfängen*. Ed. Akademie Verlag. Berlín. pp. 95-113.
KIMMIG, W. (1983). «Die grieghische Kolonisation im westlichen Mittelmeergebiet und ihre Wirkung auf die Landschaften des westlichen Mitteleuropa». *Jahrbuch des Römisch-Germanischen Zentralmuseums*. 30. pp. 3-78.
KNAPP, R.C. (1986). «La vía Heraclea en el Occidente. Mito. Arqueología. Propaganda, Historia». *Emérita*. LIV.1. pp.103-122.
LEJEUNE, M. (1991). «Ambiguités du texte de Pech-Maho». *REG*. 104. pp. 311-329.
LEJEUNE, M.; POUILLOUX, J.; SOLIER, Y. (1988).»Etrusque et ionien archaïques sur un plomb de Pech Maho (Aude)». *RAN*. 21. pp. 19-59.
LLOBREGAT, E. 1988. «La Illeta dels Banyets (El Campello, Camp d'Alacant) ¿Fou un Emporion?». *Homenatge al Prof. Dr. Miquel Tarradell*. Ed. Curial. Barcelona. pp. 420-428.
LLOBREGAT, E. 1993. «Los diversos factores concurrentes en la configuración del arte y la cultura ibéricos». En: Unterman,J.; Villar, F. (eds.). *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*. Ed. Universidad de Salamanca. Salamanca. pp. 159-188.
MALUQUER DE MOTES, J. (1968). «Cerámica de Saint-Valentin en Ullastret (Gerona)». *Miscelànea Arqueológica*. II. pp. 411-437.
MALUQUER DE MOTES, J. (1983). «En torno al comercio griego terrestre hacia Extremadura». *Estudios en Homenaje a D. Claudio Sánchez Albornoz en sus 90 años*. Vol I. Anexos de Cuadernos de Historia de España. pp. 29-36.
MALUQUER DE MOTES, J. (1984). *La necrópolis de la Loma del Peinado, Casillas de Martos (Jaén)*. «P.I.P.». IV, 39 pp.
MALUQUER DE MOTES, J. (1985). «Comercio continental focense en la Extremadura Central». *Ceràmiques gregues i hel.lenístiques a la Península Ibèrica*. Monografíes Emporitanes. VII. Barcelona. pp. 19-25.
MALUQUER DE MOTES, J. (1986). «La dualidad comercial fenicia y griega en Occidente». *Aula Orientalis*. 4. pp. 203-210.
MALUQUER DE MOTES, J. (1985). «En torno al comercio protohistórico terrestre y marítimo en el sudeste». *VI Coloquio Internacional de Arqueología Submarina*. Cartagena-Madrid. pp. 475-482.
MALUQUER DE MOTES, J.; PICAZO, M.; MARTIN, A. (1984). *C.I.A. Espagne 5. Ullastret.1*. Ed. I.E.C. Barcelona. 48 pp.
MASCORT, M.; SANMARTI, J.; SANTACANA, J. 1991. *El jaciment protohistòric d'Aldovesta i el comerç fenici al curs inferior del riu Ebre*. Ed. Diputación Provincial de Tarragona. 59 pp.
MILLOTTE, J.P. (1994). «Un essai de modélisation du premier et du second Age du Fer en Bourgogne et Franche-Comté». *Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est*. 45.2. pp. 493-499.
MOHEN, J.P.; DUVAL, A.; ELUERE, C. (eds.). (1987). *Trèsors des Princes Celtes*. Ed. Editions de la Réunion des Musées Nationaux. Paris. 266 pp.
MOHEN, J.P.; DUVAL, A.; ELUERE, C. (eds.). (1988). *Les Princes celtes et la Méditerranée*. Ed. La Documentation Française. París. 396 pp.
MUNILLA CABRILLANA, G. (1996). «Modelos sociales y jerarquías durante la Edad del Hierro en la Europa Central». *Pyrenae*. 27 (1996).
OLIVER, A. (1995). *El puig de la Misericordia de Vinaroz*. Ed. Ajuntament de Vinaroç. 215 p.
OLIVER, A.; GUSI, F. (1995). *El puig de la Nau: un poblado fortificado ibérico en el ámbito mediterráneo peninsular*. Ed. Diputación de Castellón. Castellón de la Plana. 359 p.
OLIVIER, L. (1988). «Le tumulus à tombre à char de Marainville-sur-Madon (Vosges). Premiers résultats». En: Mohen, J.P.; Duval, A.; Eluère, C. (eds.). *Les Princes celtes et la Méditerranée*. Ed. La Documentation Française. París. pp. 271-301.
OLMOS, R. (1979). «Estudio sobre la cerámica ática de El Estacar de Robarinas. Cástulo, Jaén». En: Blázquez, J.Mª. *Cástulo II*. «E.A.E.». 105. pp. 396-404.
PARE, CH. (1991). «Fürstensitze, Celts and the Mediterranean World: Developments in the West Hallstatt Culture in the 6th and 5th Centuries BC.». *Proceedings of the Prehistoric Society*. 57-2. pp. 183-202.
PICAZO, M. (1977). *La cerámica ática de Ullastret*. P.E.. 28. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona. 146 pp.
POILLOUX, J. (1988). «Un texte commercial ionien trouvé en Languedoc et la colonisation ionienne». *Scienze dell'Antichità*. 2. pp. 535-546.
PONS, E. (1993). «L'expansió septentrional del món íber: el jaciment de Mas Castellar-Pontós i les seves especialitzacions». *Laietània*. 8. pp. 103-128.
RAMON,J. (1995). *Las ánforas púnicas del Mediterráneo central y occidental*. Ed. Universidad de Barcelona. Serie Instrumenta.2. 661 p.
ROUILLARD, P. (1991). *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIè au IVè siècle avant Jésus-Christ*. Ed. De Boccard. Paris. 466 p.
RUIZ, A. (1994). «Una reflexiò teòrica sobre l'urbanisme ibèric». *Cota Zero*. 10. pp. 147-156.
RUIZ, A.; MOLINOS, M. (1993). *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*. Ed. Crítica. Barcelona. 330 pp.
RUIZ DE ARBULO, J. (1984). «Emporion y Rhode. Dos asentamientos portuarios en el golfo de Roses». *Arqueología Espacial*. 4 pp. 115-140.
RUIZ DE ARBULO, J. (1992). «Emporion. Ciudad y territorio (s.VI-I a.C.)». Algunas reflexiones preliminares». *Revista d'Arqueologia de Ponent*. 2. pp. 59-74.
RUIZ MATA,D. (1995). «El vino en época Prerromana en Adalucía Occidental». En: Celestino, S. (ed.). *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*. Ed. Consejo regulador de las d.O. Jerez,Xerès,Sherry y Manzanilla. Jerez de la Frontera. pp. 157-212.
RUIZ ZAPATERO, G. (1984). «El comercio protocolonial y los orígenes de la iberización: dos casos de estudio, el Bajo Aragón y la Cataluña interior». *Kalathos*. 3-4. pp. 51-70.
RUIZ ZAPATERO, G. (1989). «Centro y periferia: La Europa bárbara y el Mediterráneo en la Edad del Hierro». *T.P.*. 46 (1989). pp. 331-240.
RUIZ ZAPATERO, G. (1992). «Comercio protohistórico e innovación tecnológica: la difusión de la metalurgia del hierro y el torno alafarero en el NE. de Iberia». *Gala*. 1. pp. 103-116.
SANCHEZ, C. (1987). «Algunas consideraciones sobre el comercio de cerámica ática en Cástulo (Linares, Jaén): siglos V y IV a.C.». *R.E.A.*. LXXXIX, 3-4. pp. 161-168.
SANCHEZ, C. (1992). *El comercio de productos griegos en Andalucía oriental entre los siglos V y II a.C.* Tesis Doctoral. Universidad Complutense de Madrid. nº 392.

SANMARTI, E. (1988). «Una carta en lengua ibérica, escrita sobre plomo, procedente de Emporion». *RAN*, 21, pp. 95-113.
SANMARTI, E. (1991). «Una carta comercial hallada en Emporion». En: AA.VV. *Saguntum y el mar*. Ed. Generalitat Valenciana. Valencia, pp. 16-18.
SANMARTI, E. (1993). «Els ibers a Emporion (segles VI-III a.C.)». *Laietània*, 8, pp. 85-102.
SANMARTI, E.; CASTANYER, P.; TREMOLEDA, J.; BARBERA, J. (1986). «Las estructuras griegas de los siglos V y IV a.C. en el sector sur de la Neápolis de Ampurias». *C.P.A.C.*, 12, pp. 141-217.
SANMARTI, E.; CASTANYER, P.; TREMOLEDA, J. (1990). «Les amphores massaliètes d'Emporion du milieu du VIè au milieu du IVè s. av. J.C.». En: Bats, M. (ed.). *Les amphores de Marseille grecque*. «Etudes massaliètes», 2, pp. 165-170.
SANMARTI, E.; CASTANYER, P.; TREMOLEDA, J.; SANTOS, M. (1991). «La presencia comercial etrusca en la Emporion arcaica, determinada a partir de las ánforas». En: Remesal, J.; Musso,O. (Coord.). *La presencia de material etrusco en la Península Ibérica*. Ed. Universidad de Barcelona. Barcelona, pp. 83-94.

SANMARTI, E.; CASTANYER, P.; TREMOLEDA, J.; SANTOS, M. (1995). «Amphores grecques et trafics commerciaux en Méditerranée occidentale au IVè s.av.J.C. Nouvelles données issues d'Emporion». *Etudes Massaliètes*,4, pp. 31-47.
SANMARTI, E.; SANTIAGO, R. (1987). «Une lettre grecque sur plomb trouveé a Emporion (Fouilles 1985)». *ZPE*, 68, pp. 119-127.
SANMARTI, E.; SANTIAGO, R. (1988). «La lettre grecque d'Emporion et son contexte archéologique». *RAN*, 21, pp. 3-17.
SANMARTI, J. (1994). «Algunas observaciones sobre la distribución de cerámicas áticas en la costa central de Cataluña durante el siglo V a.C.». *Huelva Arqueológica*, XIII,1, pp. 33-57.
SANTIAGO, R. (1988). «Una carta comercial en la colonia focense de Emporion». *VII Jornadas de Estudios Históricos Locales*. Palma de Mallorca, pp. 67-76.
SANTIAGO, R. (1989). «En torno al plomo de Pech Maho». *Faventia*, 11,2, pp. 1631-79.
SANTIAGO, R. (1990a). «Encore une fois sur la lettre sur plomb d'Emporion (1985)». *ZPE*, 80, pp. 79-80.
SANTIAGO, R. (1990b). «En torno a los nombres antiguos de Sagunto». *Saguntum*, 23, pp. 123-140.
SANTIAGO, R. (1994a). «Presencia ibérica en las inscripciones griegas recientemente recuperadas en Ampurias y en Pech Mahó».
Huelva Arqueológica, XIII,2, pp. 215-230.
SANTIAGO, R. (1994b). «Enigmas en torno a Saguntum y Rhoda». *Faventia*, 16,2. pp. 51-64.
SANTIAGO, R.; SANMARTI, E. (1988). «Empúries, passat i futur: quan el plomb parla». *Revista de Catalunya*, 11, pp. 41-56.
SANTIAGO, R.; SANMARTI, E. (1989). «Notes additionelles sur la lettre sur plomb d'Emporion» *ZPE*, 72, pp. 100-102.
SHEFTON, B.B. (1982). «Greeks and Greek Imports in the South of the Iberian Peninsula. The archaeological evidence». *Madrider Bäeitrage*, 8, pp. 337-370.
SILLIERES, P. (1977). «Le camino d'Anibal. Itineraire des gobelets de Vicarello, de Cástulo a Saetabis». *Melanges de la Casa de Velazquez*, XIII, pp. 31-83.
SILLIERES, P. (1982). «Une grande route romaine menant à Carthagène:le voie Saltigi-Carthago Nova». *M.M.*, 23. pp. 247-257.
SPINDLER, K. (1983). *Die frühen Kelten*. Stuttgart,
VAN EFFENTERRE, H.; VELISSAROPOULOS-KARAKOSTAS, J. (1991). «Une affaire d'affrètement. A propos du plomb de Pech Maho». *RD*, 69, pp. 217-226.
WALLERSTEIN,L. (1979). *The Capitalist World Economy*. Ed. Cambridge University Press. Cambridge, pp.
WELLS, P. (1980). *Culture contact and Culture Change: Early Iron Age Central Europe and the Mediterranean World*. Ed. Cambridge University Press. 171 p.
WELLS, P. (1988). *Granjas,Aldeas y Ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*. Ed. Labor. Barcelona, 248 p.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 187 - 197

LA CERAMICA ATICA DEL YACIMIENTO DEL TURO DEL VENT (LLINARS DEL VALLES, VALLES OCCIDENTAL, BARCELONA) CONSERVADA EN EL MUSEU MUNICIPAL JOAN PLA I GRAS.

Joan Sanmartí Grego
Ramón Alvarez Arza
David Asensio Vilaró
UNIVERSITAT DE BARCELONA

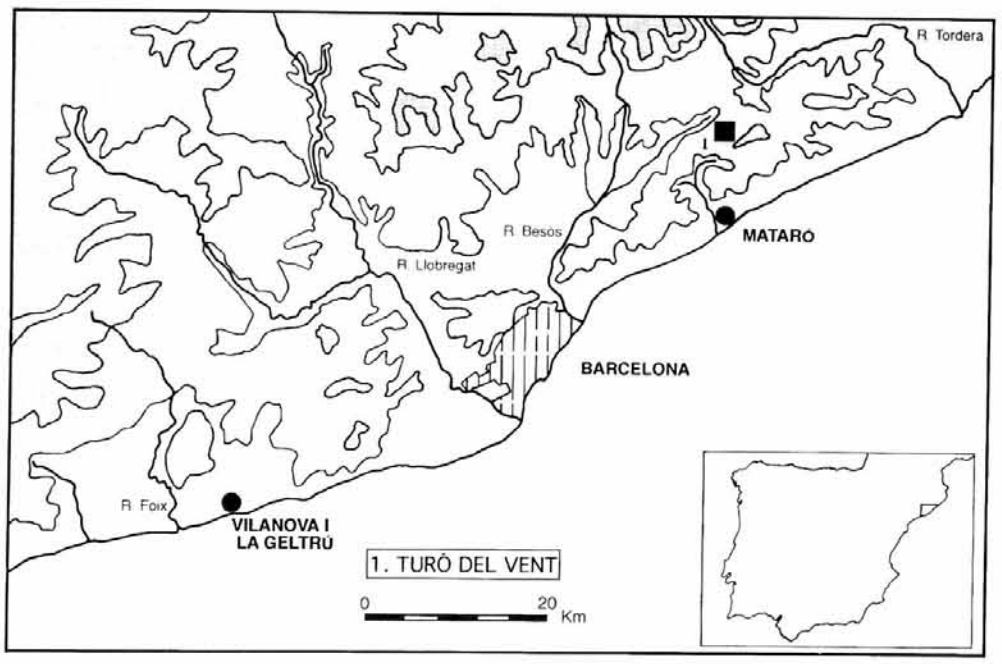


Figura 1

INTRODUCCION

El yacimiento ibérico del Turó del Vent, también conocido como poblado del Far, está situado en el término municipal de Llinars del Vallès, en la comarca del Vallès Oriental (Barcelona). Se trata de un montículo formado por materiales graníticos, de 394 metros de altitud máxima, contrafuerte Occidental de la Sierra de El Corredor, que a su vez forma parte de la Cordillera Litoral catalana (fig. 1). La parte superior de esta elevación está constituida por una gran plataforma estrecha y alargada -unos 150 m de longitud por unos 30 m de anchura máxima-, que se extiende con un suave desnivel en dirección Nordeste a Suroeste. Dicha plataforma queda netamente delimitada por laderas escarpadas, excepto en su extremo Sudoccidental, donde llega actualmente la pista que conduce al santuario de El Far. Esta pista cruza transversalmente el yacimiento y lo ha destruido parcialmente.

El yacimiento ibérico aparece citado por primera vez en la literatura científica por F. Carreras Candi, ya en el año 1903 (CARRERAS CANDI 1903), y posteriormente por J. de C. Serra-Ràfols y por M. Ribas, quienes hacen referencia al mismo en diferentes y bien conocidos trabajos de síntesis sobre el poblamiento ibérico de las comarcas del Maresme y el Vallès (SERRA-RÀFOLS 1928 i 1927-1931; ALMAGRO, SERRA-RÀFOLS i COLOMINAS 1945; RIBAS 1934 i 1952), así como por otros autores (BARBERÀ i DUPRÉ 1984).

Los trabajos de excavación realizados en el yacimiento se limitan a cuatro campañas, desarrolladas de 1980 a 1982 y en 1984. Las dos primeras, dirigidas por A. López, J. Rovira y E. Sanmartí dieron pie a una importante publicación ya en el año 1982 (LÓPEZ, ROVIRA i SANMARTÍ-GREGO 1982). La campaña de 1982, dirigida por J. Arxé y A. López y orientada esencialmente a la delimitación del asentamiento, sigue aún básicamente inédita. Finalmente, en el año 1984, y bajo la dirección de J. Pardo, fueron realizados extensos trabajos, que afectaron a una amplia superficie del yacimiento y de los que sólo se ha publicado alguna breve noticia (BOSCH *et alii* 1986). Estos trabajos permitieron documentar la existencia de una muralla y de un gran número de silos. Con anterioridad a las excavaciones oficiales el yacimiento del Turó del Vent fue objeto de distintas excavaciones incontroladas que proporcionaron abundantes materiales procedentes tanto de silos como de estructuras constructivas y que se encuentran actualmente conservados en el Museu Municipal Joan Pla i Gras de Llinars del Vallès.

A pesar de que la extensión excavada en este yacimiento es considerable, las estructuras constructivas documentadas en el mismo son muy escasas, mientras que existe un número de silos muy elevado. Ello nos ha llevado a suponer que tal vez no se trata de un asentamiento de hábitat típico, sino que pudiera ser un gran centro de almacenamiento fortificado, en el que se podría concentrar buena parte de los excedentes de producción agrícola del área occidental de la comarca del Vallès (SANMARTÍ, 1987). Por lo demás, la

excelente comunicación del yacimiento con la costa y con el gran poblado de Burriac -que posiblemente fue un punto de contacto importante en el comercio colonial- a través de la Riera d'Argentona da aún mayor consistencia a esta hipótesis.

En este trabajo presentamos los materiales áticos conservados en dicho museo y que, pese a carecer de contextos precisos, tienen un gran interés tipológico y cronológico. Dado que estos materiales no tienen indicación precisa de procedencia estratigráfica -y a menudo carecen de toda referencia-, ha sido forzoso considerarlos como un solo conjunto.

ESTUDIO DE LOS MATERIALES

2.1. CERAMICA ATICA DE FIGURAS ROJAS.

La cerámica ática de figuras rojas está representada en el conjunto estudiado por un total de sesenta y nueve fragmentos, de los que treinta y seis corresponden con seguridad o gran probabilidad a cráteras de campana, mientras que otros treinta y uno son de *skyphos* y tan sólo dos puede atribuirse a *kylikes*.. En cuanto al número mínimo de individuos, establecido a partir de los bordes y las bases[1], es de tres cráteras, cuatro *skyphoi* y una *kylix*.

2.1.1. Cráteras de campana.

A juzgar por las dimensiones de las bases y de los bordes se trata de piezas de tamaño mediano o pequeño. En efecto, el borde de la pieza nº 1, que se conserva completo, mide, en su punto más alto, 322 mm, pero el de la pieza nº 2 no sobrepasa los 270 mm. Asimismo, el diámetro de la base nº 5 es de 118 mm, pero en el caso de la pieza nº 6 es de sólo 104 mm.

La decoración subsidiaria responde a los esquemas característicos de este tipo de piezas. Los fragmentos de borde presentan la característica decoración de hojas de laurel o de olivo. En cuanto a las asas, en dos de las piezas conservadas se reconoce la presencia de una palmeta entre los dos arranques; en la pieza nº 1 hay además sendas zonas semicirculares en reserva y decoradas con ovas y puntos en la cara externa de cada uno de los arranques, mientras que en otros dos fragmentos se documenta un esquema algo más sencillo, con simples puntos en lugar de ovas.

En cuanto a la decoración principal, creemos que los temas representados en los anversos son siempre escenas dionisiacas. Esta interpretación es indudable en el caso de la pieza nº 1, donde se reconocen las figuras de dos sátiros, el extremo de un *tyrsos* y un tercer personaje, posiblemente una ménade. Una interpretación análoga nos parece pertinente para la pieza nº 8, donde aparece una figura femenina sentada que sostiene un *tympanon*. La interpretación es ciertamente más difícil para la pieza nº 7, donde sólo se aprecia con claridad una figura femenina vestida con *peplos*. Ahora bien, la existencia de restos de posibles alas, que tal vez pudieran pertenecer a un *eros* -figura frecuente en las escenas dionisiacas-, permite proponer también para este fragmento una interpretación semejante; por lo demás, y atendiendo al número de fragmentos con forma, parece lógico suponer que los fragmentos nº 2, 3, 5, 7 y 8, todos procedentes de la habitación 5, pertenecen a una misma pieza, aunque el grosor de uno de los fragmentos de pared y la dimensiones de una de las asas sugieren la posibilidad de que existieran dos vasos.

La decoración del reverso se conserva únicamente en la pieza nº 1 y está constituida por el característico esquema de tres jóvenes vestidos con *himatia*, uno de los cuales sostiene un estrígilo.

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES

PIEZA Nº 1: Catorce fragmentos que permiten reconstituir la boca completa, la parte superior del cuerpo y las dos asas. Pasta característica. Barniz negro, brillante. ø 322.

Borde decorado al exterior con la típica cenefa de hojas de laurel; dos líneas reservadas en la superficie interna. La zona de unión de las asas se decora con círculos de ovas separadas por puntos. Debajo del asa, una palmeta.

De la cara principal se conserva sólo una pequeña parte. Pese a ello, es fácil reconocer en ella el *thyasos*, o cortejo dionisiaco, tan frecuente en este tipo de piezas durante la primera mitad del siglo IV a.C.. En efecto, a la derecha se observa la existencia de la figura de un sátiro vuelto hacia la izquierda, con la mano derecha levantada sosteniendo un objeto pintado de blanco -posiblemente una cinta ?-. A su izquierda se reconoce parte de la cabeza de un segundo personaje -posiblemente una ménade-, también vuelto hacia la izquierda y con el brazo derecho levantado; junto a éste se conserva la parte superior de un tirso, que posiblemente era sostenido por el mismo personaje. Aún más a la izquierda se conserva la mitad superior de la cabeza de un tercer personaje -probablemente un sátiro-, esta vez vuelto hacia la derecha; entre éste y el tirso, restos de otro motivo (tal vez una mano, o un tirso ?). Los tres personajes van tocados con sendas guirnaldas pintadas de blanco

En el reverso se representan tres jóvenes cubiertos con *himatia*, de los que se conserva aproximadamente la mitad superior. El de la derecha, vuelto hacia la izquierda, tiene el brazo derecho extendido y sostiene un pequeño objeto alargado pintado de blanco, tal vez un estrígilo. Los otros dos aparecen vueltos hacia la derecha. Entre los dos primeros hay, en la parte superior, un semicírculo, y en la parte inferior muy escasos restos de un objeto anguloso, tal vez un altar. Los tres jóvenes tienen el pelo sujeto con sendas cintas pintadas de blanco; los dos de los extremos conservan un punto negro junto a la boca, rasgo que también debió de existir en la figura central.

PIEZA Nº 2: procedente de la habitación 5. Fragmento de borde. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad, aunque muy perdido en la superficie externa. Una línea reservada en la superficie interna; superficie externa decorada con una cenefa de hojas de laurel u olivo. ø 269.

(1) En relación al sistema de cómputo del número mínimo de individuos que se emplea en este trabajo, véase ARCELIN, P., ARCELIN-PRADELLE, Ch. 1981 y PY, M., ADROHER, A.M. 1991

- No reproducido: procedente de la habitación 5. Dos fragmentos de borde con restos de hojas en la superficie externa. Muy semejantes a la pieza anterior.

PIEZA Nº 5: procede de la habitación 5. Fragmento de base. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad, bastante perdido. Reservada una fina banda en el punto de unión con la peana y otra en la parte inferior; una tercera línea en reserva, en el punto de carena, tiene restos de un engobe rojizo que la cubría. ø interior 118.

- No reproducido: dos fragmentos de base iguales a la anterior y de igual procedencia.

PIEZA Nº 3: procedente de la habitación 5. Fragmento de pared y asa. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad. En el exterior restos de un círculo en reserva decorado con puntos.

- No reproducido: Tres fragmentos de pared y asa. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad. Restos de una palmeta en la zona del asa y vestigios de pintura blanca a la izquierda de ésta.

- No reproducido: Fragmento de pared y asa. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad.

- No reproducido: Fragmento de pared correspondiente al punto de unión del cuerpo y la peana. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad.

- Pieza nº 8: Dos fragmentos de pared. Pasta característica. Barniz de color negro profundo, brillante, de buena calidad, pero bastante perdido.

Restos de la parte inferior de una figura femenina pintada de color blanco y con rasgos complementarios de color dorado aplicados sobre la pintura blanca. Se trata de un personaje sedente, vestido con *peplos* y que sostiene un *tympanon* con la mano izquierda. A la derecha se reconoce el brazo de una segunda figura, vuelto hacia abajo y que parece sostener un objeto (collar o corona o *tympanon*) formado por perlas blancas.

- Pieza nº 7: Siete fragmentos de pared y pequeña parte del asa. Pasta característica. Barniz de color negro profundo, brillante, de buena calidad, pero muy perdido, sobre todo en la superficie externa.

Restos de la mitad superior de una figura femenina vuelta hacia la derecha; está vestida con *peplos* adornado y luce una diadema y un collar de perlas de color blanco. A la derecha se conservan dos zonas de pintura de color blanco con trazos rectilíneos dorados; dada la altura del vaso en que aparecen, no parece lógico que se trate de restos de vestimenta, de modo que posiblemente sean los extremos de las alas de un *eros*.

- Pieza nº 4: Fragmento de pared correspondiente a la zona del asa. Pasta característica. Barniz negro, brillante, de buena calidad. En la superficie externa, restos de una palmeta.

- Pieza nº 6: Fragmento de base. Pasta característica, aunque muy alterada por la acidez del terreno. Barniz negro, brillante, bastante perdido. ø 104.

- No reproducido: Pequeño fragmento de pared. Pasta característica. Barniz de color negro profundo, brillante, de buena calidad, bien conservado.

En la superficie externa, restos de decoración no reconocibles.

2.1.2. *Skyphoi*.

La decoración de estas piezas sigue los esquemas característicos del siglo IV a.C. Los elementos subsidiarios están constituidos por una gran palmeta debajo de cada una de las asas y, a los lados de éstas, sendas grandes volutas. La decoración principal se compone, en los dos vasos en que es reconocible, de dos figuras masculinas envueltas en *himatia* y que sostienen -o tienen en su proximidad- un bastón o bien elementos alusivos a la competición atlética, como los aríbalos o los discos con cruz inscrita.

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES

- Pieza nº 18: Procedente del silo 69? Diecisiete fragmentos que dan el perfil completo, excepto el extremo del asa. Pasta característica de color anaranjado. Barniz negro, muy brillante, verdoso en la superficie interna. Fondo externo cubierto con engobe rojizo y decorado con tres círculos concéntricos y un punto central en barniz negro. ø borde: 114; ø base interior: 49 mm.; alt.: 108.

En una de las caras, que se conserva completa, hay dos figuras masculinas afrontadas, envueltas en *himation* y, entre ambas, en la parte superior, un semicírculo. La de la derecha sostiene con la mano un disco con cruz inscrita y puntos en sus cuatro sectores, por debajo del cual aparece un aríbalo. De la cara opuesta se conserva sólo la parte posterior de otra figura envuelta en himation. Por debajo de las asas hay sendas grandes palmetas con volutas que se extienden a los lados de las mismas.

- Pieza nº 19: Cinco fragmentos de borde y buena parte de la pared. Pasta característica de color anaranjado. Barniz negro, con amplias zonas rojas en la superficie interna; amarronado en algunos puntos de la superficie externa. ø 110.

En la única cara conservada hay una figura masculina vuelta hacia la derecha, vestida con himation y apoyado en un bastón que tiene asido con su mano izquierda. Frente a esta figura se conservan escasos restos de la vestimenta de un segundo joven y, entre ambos, un semicírculo. A la izquierda de la primera figura, en la zona del asa, se conserva gran parte de una palmeta y una voluta vegetal.

- Pieza nº 10: Fragmento de borde. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz negro, brillante, amarronado en la superficie externa. ø indeterminable.

En la superficie externa se conserva parte de la cabeza de una figura, probablemente un joven.

- Pieza nº 9: Fragmento de borde. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz negro, brillante, atacado por la acidez del terreno. ø 98.

Restos irreconocibles de decoración en la superficie externa.

- Pieza nº 15: Fragmento de base correspondiente a la zona del asa. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz negro, brillante.

En la superficie externa, restos de una palmeta. Fondo externo decorado con dos círculos concéntricos.

- Pieza nº 12: Fragmento de la parte inferior de la pared correspondiente a la zona del asa. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz negro, brillante.

En la superficie externa, restos de una palmeta

- Pieza nº 11: Fragmento de la parte inferior de la pared correspondiente a la zona del asa. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz de color marrón en la superficie externa y rojo anaranjado en el interior.

En la superficie externa, restos de una palmeta

- Pieza nº 14: Fragmento de la parte inferior de la pared correspondiente a la zona del asa. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz negro, brillante, amarronado en la superficie externa.

En la superficie externa, una palmeta casi completa.

- Pieza nº 13: Dos fragmentos de la parte inferior de la pared. Pasta característica. barniz negro, brillante.

En la superficie externa se conservan restos no interpretables de la decoración.

2.1.3. *Kylikes*.

Los dos fragmentos conservados atribuibles a esta forma no permiten dar precisiones sobre las características de estas piezas.

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES.

- Pieza nº 16: Fragmento de borde. Arcilla característica. Barniz negro, brillante, amarronado en la superficie externa. ø 145 aprox.

En el exterior se conserva el extremo superior de una palmeta; en el interior, dos líneas en barniz negro.

- Pieza nº 17: Fragmento de pared con un resalte en la superficie interna y otro, algo más abajo, en la superficie externa. Barniz de color negro profundo, brillante, de buena calidad; restos de un círculo reservado en la superficie interna.

2.2. CERAMICA ATICA DE BARNIZ NEGRO.

Esta producción está representada en el conjunto estudiado por un total de treinta y tres fragmentos, que corresponden a un número mínimo de diecinueve individuos, concretamente doce *skyphoi*, una *kylix-kantharos*, una *kylix*, dos cuencos forma Lamboglia 21 y tres cuencos forma Lamboglia 22.

2.2.1. Cuencos con borde exvasado forma Lamboglia 22/Morel 2681 (*Bowl, outturned rim*).

Esta forma está representada por sólo tres fragmentos de borde. El diámetro sólo puede ser determinado en dos de estas piezas, que corresponden claramente a módulos de tamaño muy distintos (188 y 300 mm).

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES.

- Pieza nº 23: Tres fragmentos del borde. Pasta característica de color anaranjado. Barniz negro, brillante, con amplias zonas verdosas; hay marcas de pincel visibles en la superficie externa; banda reservada al exterior debajo del labio. ø 188 mm.

- Pieza nº 25: procedente del silo nº 82. Un solo fragmento de borde y buena parte de la pared. Pasta característica de color anaranjado, muy atacada por la acidez del terreno. Barniz negro, poco brillante, bastante perdido en el interior y gastado en la superficie externa, donde aflora una capa inferior de color gris; fina banda en reserva al exterior por debajo del labio. ø 300.

- Pieza nº 22: procedente de la habitación 4. Fragmento de borde. Pasta característica de color anaranjado. Barniz negro, brillante, bastante perdido.

2.2.2. Cuencos con borde reentrante, forma Lamboglia 21/Morel 2771 (*Bowl, incurving rim*).

Este tipo de cuenco está representada por dos fragmentos de borde, de los que sólo uno tiene diámetro determinable y corresponde a un ejemplar de pequeñas dimensiones (130 mm aproximadamente)

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES.

- Pieza nº 20: procedente de la habitación 4. Fragmento de borde. Pasta característica, de color anaranjado. Barniz negro, brillante, con una zona rojiza al exterior. ø 130 aproximadamente.

- Pieza nº 21: procedente de la habitación 4. Fragmento de borde. Pasta característica, de color anaranjado, con amplias zonas grises. Barniz negro, brillante, ligeramente verdoso en el interior, donde son visibles marcas de pincel; muy perdido en la superficie externa. ø indeterminable.

2.2.3. *Skyphoi*, forma Lamboglia 43/Morel 4340.

Se trata, y con mucho, de la forma más ampliamente representada en este conjunto, ya que le pueden ser atribuidos doce bordes y nueve bases. El tamaño de estos vasos, a juzgar por el diámetro del borde, varía considerablemente, ya que los valores de éste se distribuyen de manera bastante uniforme entre 84 mm y 127 mm., con un cierto predominio de las piezas de 120 a 127 mm (cuatro ejemplares), seguidas por las de 100 a 110 mm (dos ejemplares) y por los vasos de 90 a 100 mm y de 80 a 90 mm (un ejemplar cada uno).

Por lo demás, se trata de un material muy fragmentado, lo que hace difícil dar mayores precisiones de orden tipológico y cronológico. Con todo, vale la pena señalar la existencia de algunos fragmentos de borde que presentan una fuerte curvatura y una trayectoria claramente reentrante de la parte inferior de la pared (Piezas nº 26, 28 y 31). Esta piezas deben de fecharse posiblemente a partir de mediados del siglo IV a.C., mientras que otros ejemplares de paredes más rectas corresponden probablemente a la primera mitad de dicha centuria.

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES.

- Pieza nº 28: Tres fragmentos del borde y parte superior del cuerpo. Pasta característica de color anaranjado. Barniz negro, brillante, de muy buena calidad. ø 84.

- Pieza nº 29: Fragmento de borde y arranque del asa. Como el anterior. ø 106.

- Pieza nº 31: Fragmento de borde y arranque del asa. Como los anteriores. Barniz gastado en el labio. ø 87.

- Pieza nº 26: Tres fragmentos. Pasta característica de color anaranjado. Barniz negro, muy brillante, con tonalidades azuladas. ø 127.

- Pieza nº 32: Dos fragmentos de borde y asa completa. Barniz negro, brillante, de buena calidad. ø 95.

- Pieza nº 33: Fragmento de borde. Pasta característica. Barniz negro brillante, bien conservado. ø 120 aprox.

- Pieza nº 30: Fragmento de borde. Pasta característica. Barniz negro brillante. ø 126.

- Pieza nº 36: Fragmento de la parte superior de la pared y buena parte del asa. Pasta característica. Barniz negro, brillante.

- Pieza nº 35: Fragmento de la parte superior de la pared y arranque del asa. Pasta de color gris. Barniz negro, brillante.

- Pieza nº 34: Fragmento de borde y parte del asa. Pasta característica, de color anaranjado con zonas grises. barniz negro, muy perdido en la superficie externa.

- Pieza nº 27: procedente de la habitación 4. Fragmento de borde. Pasta característica. Barniz negro brillante. ø 120 aproximadamente.

- Pieza nº 40: Base completa. Pasta característica, con algunas zonas grises. barniz negro, brillante, de buena calidad: no se conservan círculos pintados en el fondo externo. ø 61 mm.

- Pieza nº 37: Base completa Pasta característica. Barniz de color negro agrisado, muy brillante. Fondo externo decorado con un punto central y dos círculos concéntricos en barniz negro. Lleva incisos los signos ibéricos *ba-r-ka-ke-r*. ø 63 mm.

- Pieza nº 41: procedente del silo 8. Fragmento de base. Pasta característica. Barniz negro, brillante. Fondo externo cubierto con engobe rojo. ø 80 aproximadamente

- Pieza nº 39: procedente del silo 18. Fragmento de base. Pasta característica. Barniz negro, brillante, sobre todo en el exterior. Fondo externo cubierto con engobe rojo, pero sin círculos de barniz conservados. ø 54.

- Pieza nº 38: procedente de la habitación 5. Fragmento de base. Pasta característica. Barniz negro, brillante, rojizo en algún punto de la superficie interna, muy picado en el interior. Fondo externo cubierto con engobe rojizo y decorado con dos círculos y un punto central de barniz amarronado. ø 63.

2.2.4. *Kylikes*.

Esta forma está representada por un solo ejemplar, muy probablemente atribuible a la «clase delicada» y fechable, atendiendo a su decoración incisa, a finales del siglo V a.C.

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES.

- Pieza nº 42: Fragmento de fondo. Pasta característica. Barniz de excelente calidad, de color negro profundo, brillante, espeso; fina banda reservada en la superficie externa, junto al arranque del pie. Decoración incisa en la superficie interna. Se trata posiblemente de una copa de la «clase delicada».

2.2.5. *Kylix-Skyphoi*.

Corresponde a esta forma un único fragmento de borde con labio engrosado fechable en los últimos años del siglo V a.C. o primeros decenios de la siguiente centuria.

DESCRIPCION DE LOS MATERIALES.

- Pieza nº 24: Fragmento de borde con labio engrosado. Pasta característica.barniz negro, brillante en la superficie interna, opaco en el exterior. ø 120 .

CONSIDERACIONES FINALES.

Los materiales que presentamos en este trabajo vienen a añadirse a un pequeño número de piezas áticas halladas en las campañas de 1981 y 1982 y ya previamente publicadas. Se trata de un fragmento de base y tres fragmentos de borde de *skyphos* de barniz negro (LÓPEZ, ROVIRA, SANMARTÍ, 1982, p. 81, fig. 38, nº 3; SANMARTÍ, 1987, lám. 55) y de tres fragmentos de borde de *skyphos* de figuras rojas (LÓPEZ, ROVIRA, SANMARTÍ, 1982, p. 101, fig. 51, nº 7; SANMARTÍ, 1987, lám. 55).

Todos estos materiales, incluyendo los ya previamente conocidos, deben fecharse en el curso del siglo IV a.C., con la única excepción de la posible copa de la «clase delicada» con decoración incisa que presentamos en este trabajo, que debe de remontar a finales del siglo V a.C, .y, tal vez, el borde de *kylix-skyphos* , que podría datarse del mismo momento. No conocemos otros elementos que permitan elevar la datación inicial del yacimiento del Turó del Vent, aunque sabemos de la existencia de una tapadera de urna de orejetas procedente de este yacimiento y que podría ser anterior.

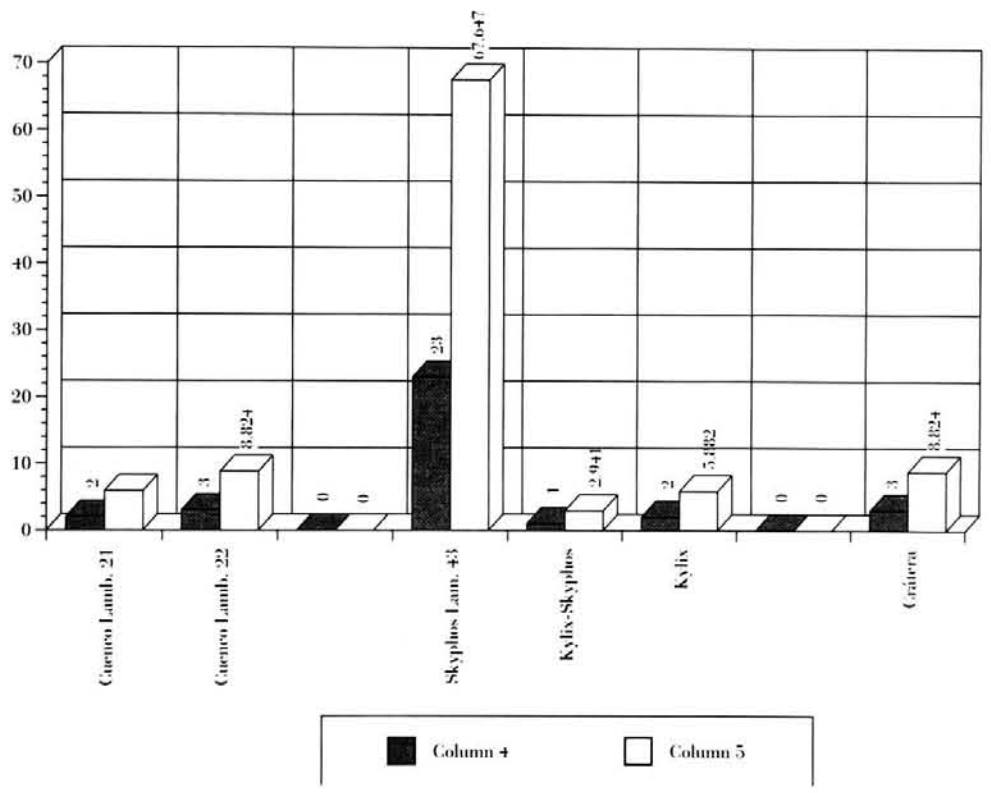
Los vasos barnizados de negro predominan ampliamente sobre los de figuras rojas, con un total de veintitrés individuos, es decir, 67,65% de las piezas. Este porcentaje es comparable con el que se documenta en otros yacimientos próximos, como Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Barcelona) donde los vasos barnizados de negro representan el 71,57% de las cerámicas áticas del siglo IV a.C. En el conjunto de la costa central de Cataluña esta producción es ampliamente predominante durante el siglo IV a.C., con un 77,44% de los vasos, frente a un 22,56% de piezas de figuras rojas (SANMARTÍ, en prensa).

Si, por otra parte, se considera la composición del conjunto de materiales áticos hallados en el Turó del Vent (fig. 2), llama inmediatamente la atención el predominio absoluto de los vasos potorios (26 individuos, lo que representa un 76,47% del total) y, dentro de éstos, de los *skyphoi*, que, con veintitrés individuos, representan por si solos casi el 67% de los vasos áticos conocidos de este yacimiento. A ello debe añadirse el número no desdeñable de cráteras (3 individuos = 8,8 del total), es decir, de un elemento complementario importante en el servicio del vino, mientras que los cuencos forma Lamboglia 21 y Lamboglia 22, que posiblemente eran destinados al consumo de alimentos sólidos, representan tan sólo, con cinco individuos, el 14,7% de los vasos.

Esta situación contrasta claramente con lo que se observa en otros yacimientos próximos situados algo más al Sur. Así, por ejemplo, en el poblado de Alorda Park (Calafell, Baix Penedès, Tarragona) la suma de los vasos potorios del siglo IV a.C. no representa más que el 22'8% de los vasos áticos de esta época (13 individuos) y los *skyphoi* en

concreto el 12,8% (7 individuos); por el contrario, los cuencos forma Lamboglia 21 (15 individuos) y Lamboglia 22 (14 individuos) suponen en 50,88 de los vasos áticos del siglo IV a.C. en este yacimiento. Un panorama semejante se observa en el poblado de La Penya del Moro (Sant Just Desvern, Barcelonès, Barcelona), donde los vasos para beber del siglo IV a.C. constituyen el 18,6% (8 individuos) del total de piezas áticas del siglo IV a.C., mientras que los cuencos forma Lamboglia 21 (14 individuos) y Lamboglia 22 (11 individuos) representan en conjunto el 58,14% de este material.

Observaciones análogas pueden realizarse en relación a otras áreas más alejadas dentro del Mediterráneo Occidental. Así, en el País Valenciano y Murcia los *skyphoi* de barniz negro están casi totalmente ausentes, mientras que son frecuentes, a parte de los cuencos Lamboglia 21 y Lamboglia 22, las pequeñas copas Lamboglia 24 y Lamboglia 21/25 B, así como los *bolsals* Lamboglia 42 B (GARCÍA CANO, PAGE DEL POZO, 1994, pp. 231-235; MOREL, 1994, p. 328-329), forma esta última casi totalmente ausente en los yacimientos ibéricos de Cataluña. Cartago (MOREL, 1994, pp. 330-331), Olbia de Provenza (BATS, 1988, pp. 81-91) o Béziers (UGOLINI, OLIVE, 1995) ofrecen otras «facies de consumo» bien diferenciadas.



Por el contrario, la situación observada en el Turó del Vent es semejante a la que se documenta en Ullastret, donde los *skyphoi* son muy numerosos, tanto en barniz negro como en figuras rojas, y donde los vasos para beber dominan en conjunto ampliamente sobre los cuencos (PICAZO, 1977). En general, los *skyphoi* parecen abundantes en los ibéricos de las comarcas gerundenses (VILÀ, 1979-1980, lámina I; CASAS, 1989, p. 40, fig. 22, nº 1 y 4; p. 43, fig. 24, nº 5; MARTÍN, GENÍS, 1993, p. 27; PONS *et alii*, 1993, p. 322, fig.7, nº 1, 2 y 6), pero, salvo el caso de Ullastret, no se dispone de cuantificaciones precisas que permitan la comparación con los datos disponibles para el Turó del Vent.

De lo que hemos expuesto se deduce, pues, la existencia de zonas claramente diferenciadas en cuanto a la composición de las importaciones áticas, no sólo a escala regional, como han señalado diversos autores (MOREL, 1994; UGOLINI, OLIVÉ, 1995), sino también en ambientes geográficos de extensión reducida. Las razones que expliquen este fenómeno pueden ser, lógicamente, de índole diversa: áreas diferenciadas de distribución, diversidad de gusto de los consumidores o distinto uso de los vasos de importación. Sea como sea, el Turó del Vent parece claramente vinculado desde este punto de vista con los asentamientos ibéricos del Nordeste de Cataluña y, posiblemente, con Ampurias.

Tan sólo una pieza entre los materiales estudiados (Pieza nº 25) presenta signos claros de reparación, aunque la gran fragmentación del material hace difícil la valoración de este dato. Por lo demás, muchos de los fragmentos que hemos examinado tienen un desgaste notable del barniz, pero debe señalarse que la gran acidez del terreno granítico en que se han conservado estas piezas puede en gran medida ser responsable de este hecho. No es, pues, prudente utilizar estos indicios para especular sobre la regularidad del abastecimiento de vajilla ática y la perduración del uso de la misma en el tiempo.

Por último, vale la pena destacar la presencia entre los materiales estudiados de al menos dos cráteras decoradas con escenas de carácter dionisiaco, que vienen a añadirse a algún otro ejemplar del mismo tipo hallado recientemente en la costa de Cataluña (SANMARTÍ, SANTACANA, 1992, p. 73 i p. 72, foto 9) y confirman su popularidad en el mundo ibérico del siglo IV a.C. (TRIAS, 1967-1968, *passim*; GRIÑÓ, OLMOS, 1982; OLMOS, 1984).

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO, M., SERRA-RÀFOLS, J. de C., COLOMINAS, J. (1945): *Carta Arqueológica de España. II. Barcelona*. Madrid.

ARCELIN, P., ARCELIN-PRADELLE, Ch. (1981): «Un problème de méthode: choix des données quantitatives en céramologie». *Documents d'Archéologie Méridionale*, 4, pp. 189-192.

BARBERÀ, J., DUPRÉ, X. (1984): «Els laietans, assaig de síntesi». Fonaments, 4, pp. 31-86.

BATS, M. (1988): *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence (v. 350-v. 50 av. JC.), modèles culturels et catégories céramiques*. Revue Archéologique de Narbonnaise. Suppl. 18. Paris.

BOSCH et alii (1986): «Resultats de les excavacions arqueològiques portades a terme al Turó del Vent (Llinars del Vallès, Vallès Oriental)». *Tribuna d'Arqueologia 1984-1985*, pp. 121-132.

CARRERAS CANDI, F. (1903): «Excursió als orígens de la riera d'Argentona». *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*. XIII, pp. 241-251.

CASAS, J. (1989): *L'Olivet d'en Pujol i Els Tolegassos. Dos establiments agrícoles d'època romana a Viladamat (campanyes de 1982 a 1988)*. Centre d'Investigacions Arqueològiques de Girona. Sèrie Monogràfica, núm. 10.

GARCÍA CANO, J.M., PAGE DEL POZO, V. (1994): «Panorama actual de las cerámicas griegas en Murcia (1982-1991)», en CABRERA, P., OLMOS, R., SANMARTÍ, E. (edd.). *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad. Huelva Arqueológica*. XIII, vol. 1, pp. 217-239.

GRIÑÓ, B., OLMOS, R. (1982): *La pátera de Santisteban del Puerto (Jaén)*. Museo Arqueológico Nacional. Estudios de Iconografía, I. Madrid.

LÓPEZ, A., ROVIRA, J. i SANMARTÍ-GREGO, E. (1982): *Excavaciones en el poblado layetano del Turó del Vent, Llinars del Vallès. Campañas 1980 i 1981. Monografies Arqueològiques*, 3. Barcelona.

MARTÍN ORTEGA, M.A., GENÍS ARMADÀ, M.T. (1993): «Els jaciments ibèrics del Puig de Serra (Serra de Daró). Segles VI-IV a.C.», *Estudis sobre el Baix Empordà*, 12, pp.5-47.

MOREL, J.-P. (1994): «La céramique attique à vernis noir en Ibérie et à Carthage: une comparaison», en CABRERA, P., OLMOS, R., SANMARTÍ, E. (edd.). *Iberos y griegos: lecturas desde la diversidad. Huelva Arqueológica*. XIII, vol. 2, pp. 323-344.

OLMOS, R. (1984): «Interprétations ibériques des vases grecs, IVe siècle av. J.-C.», en BRIJDER, H.A.G. (ed.). *Ancient greek and related pottery. Allard Pierson Series*. V. Amsterdam, pp. 218-223.

PICAZO, M. (1977): *La cerámica ática de Ullastret*. Barcelona, 1977.

PONS, E. *et alii* (1993): «El jaciment protohistòric de Mas Castellar-Pontós (Alt Empordà). Resultats de les campanyes de 1990-1992», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos*, 26, Figuers, pp. 312-335.

PY, M., ADROHER, A.M. (1991); «Principes d'enregistrement du mobilier archéologique», dans PY, M., *Lattara 4. Système d'enregistrement, de gestion et d'exploitation de la documentation issue des fouilles de Lattes*, Lattes, pp. 81-100.
RIBAS, M. (1934); *Orígens i fets històrics de Mataró*, Mataró, 1934.
RIBAS, M. (1952); *El poblament d'Iluro, Memòries de la Secció Històrica-Arqueològica de l'Institut d'Estudis Catalans*, XII, Barcelona.
ROUILLARD, P. (1991); *Les grecs et la Péninsule Ibérique*, París, 1991.
SANMARTÍ, J. (1987); *La Laietània ibèrica. Estudi d' arqueologia i d'història*, Universitat de Barcelona (edició en microfitxes).
SANMARTÍ, J. (en prensa); «Les importations de céramique attique du IVe siècle avant J.-C. sur la cote centrale de Catalogne», *Colloque La céramique attique du IVe siècle au Mediterranée Occidentale*, Arles.
SANMARTÍ, J., SANTACANA, J. (1992); *El poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès), Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 11, Barcelona.
SERRA-RÀFOLS, J. de C. (1928); *Forma Conventus Tarraconensis, Baetulo-Blanda*, fasc. I, Barcelona, pp. 68-69.
SERRA-RÀFOLS, J. de C. (1927-1931); «Llocs d'habitació ibèrics a la costa del Llevant», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VIII, pp. 41-54.
SERRA RÀFOLS, J. de C. (1942); «El poblamiento de la Maresma o Costa de Levante en época anterromana», *Ampurias*, IV, pp. 232-235.
TRIAS, G. (1967-1968); *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, València (2 vols.).
UGOLINI, D., OLIVE, Chr. (1995); «La céramique attique de Béziers (VI^e^-IV^e^ s.). Approche de la diffusion et de l'utilisation de la vaisselle attique en Languedoc occidental», *Sur les pas des Grecs en Occident, Études Masseliètes*, 4, pp. 237-260.
VILA, M^a^ del V. (1979-1980); «Los materiales del silo n° 146 de Ullastret», *Pyrenae*, 15-16, pp. 211-219.

322

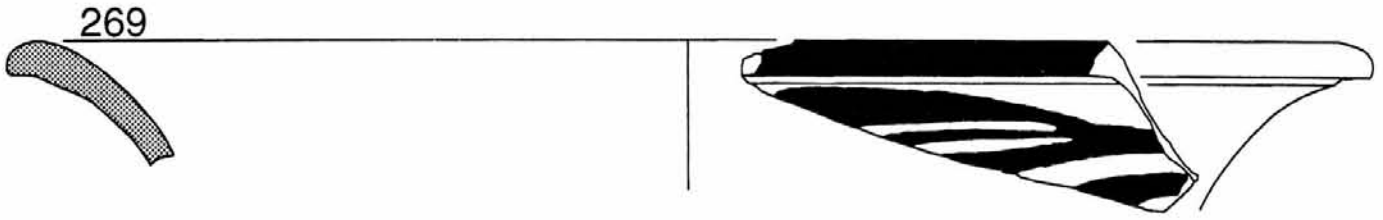


0

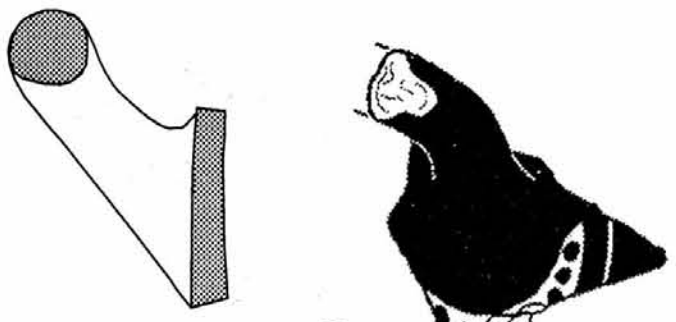
10 cm

1

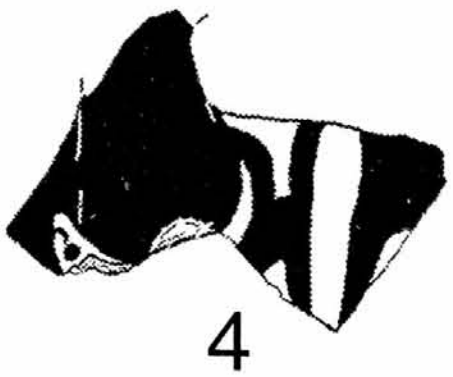
269



2

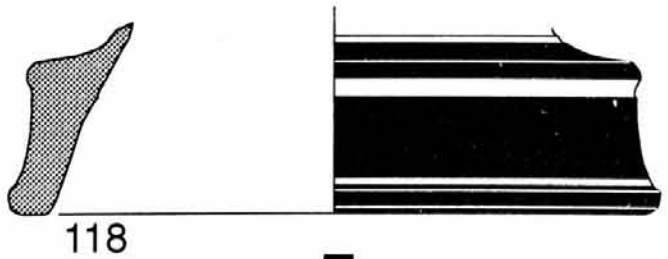


3



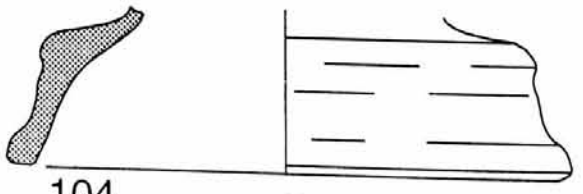
4

118



5

104



6

Figura 3

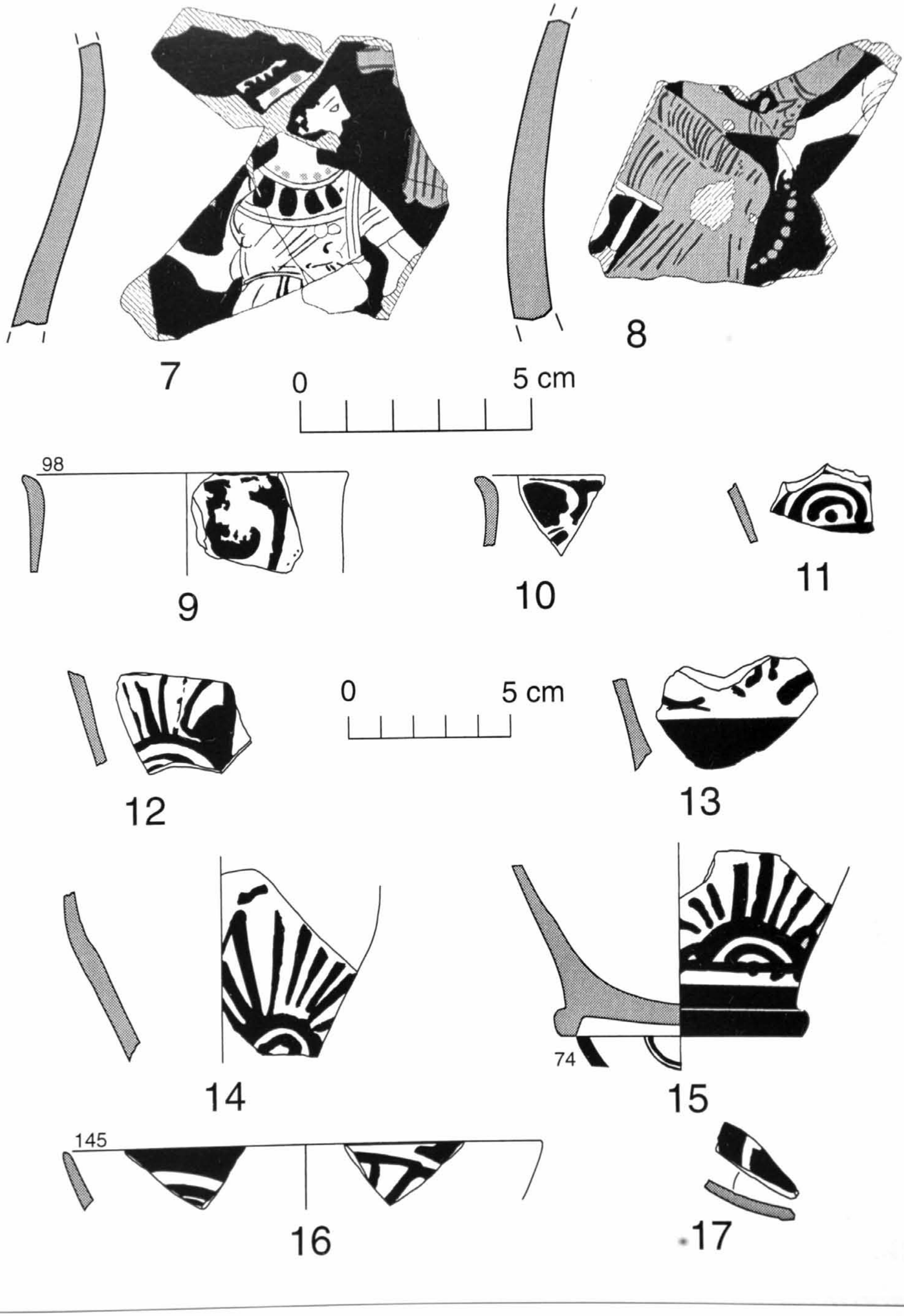
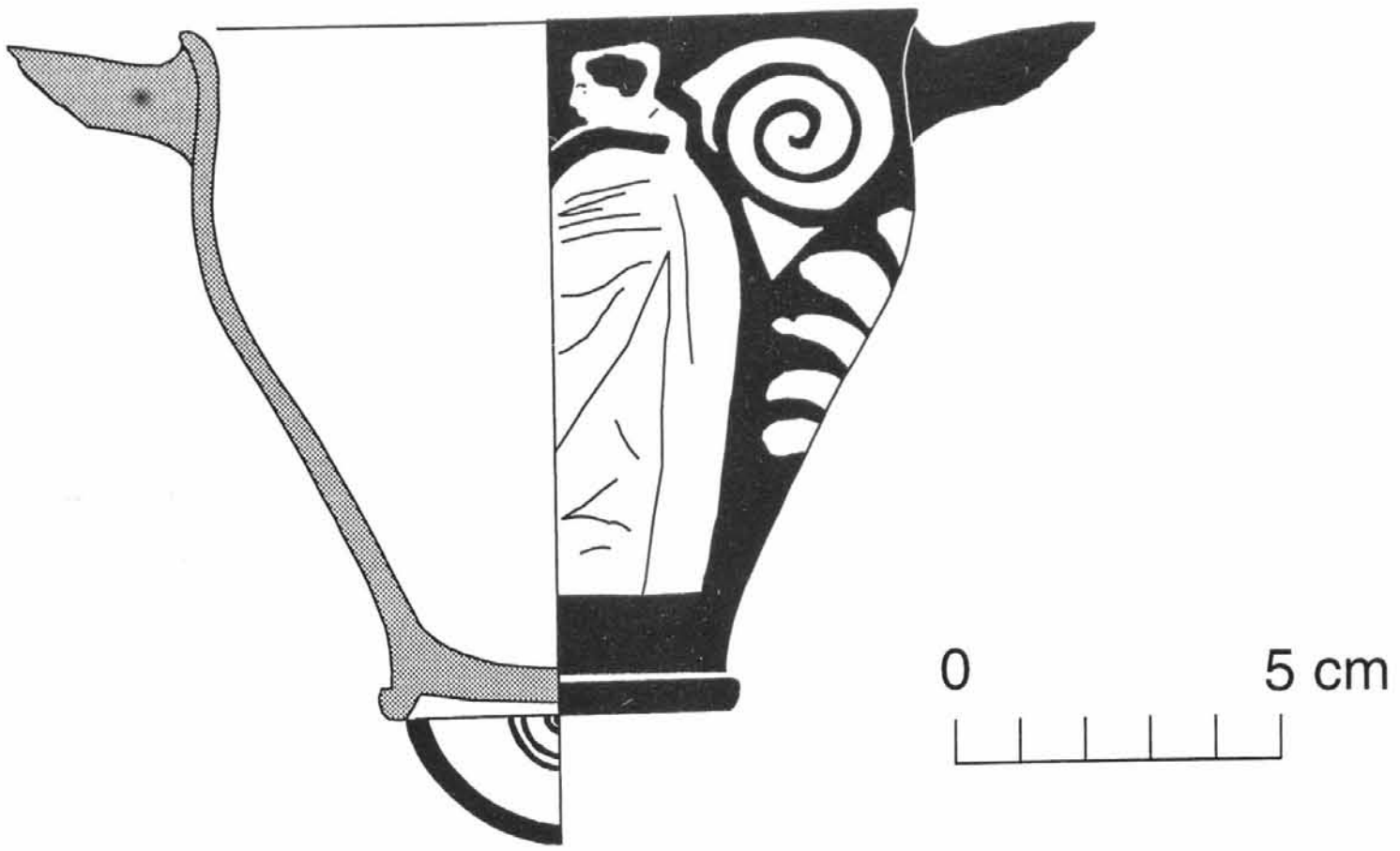
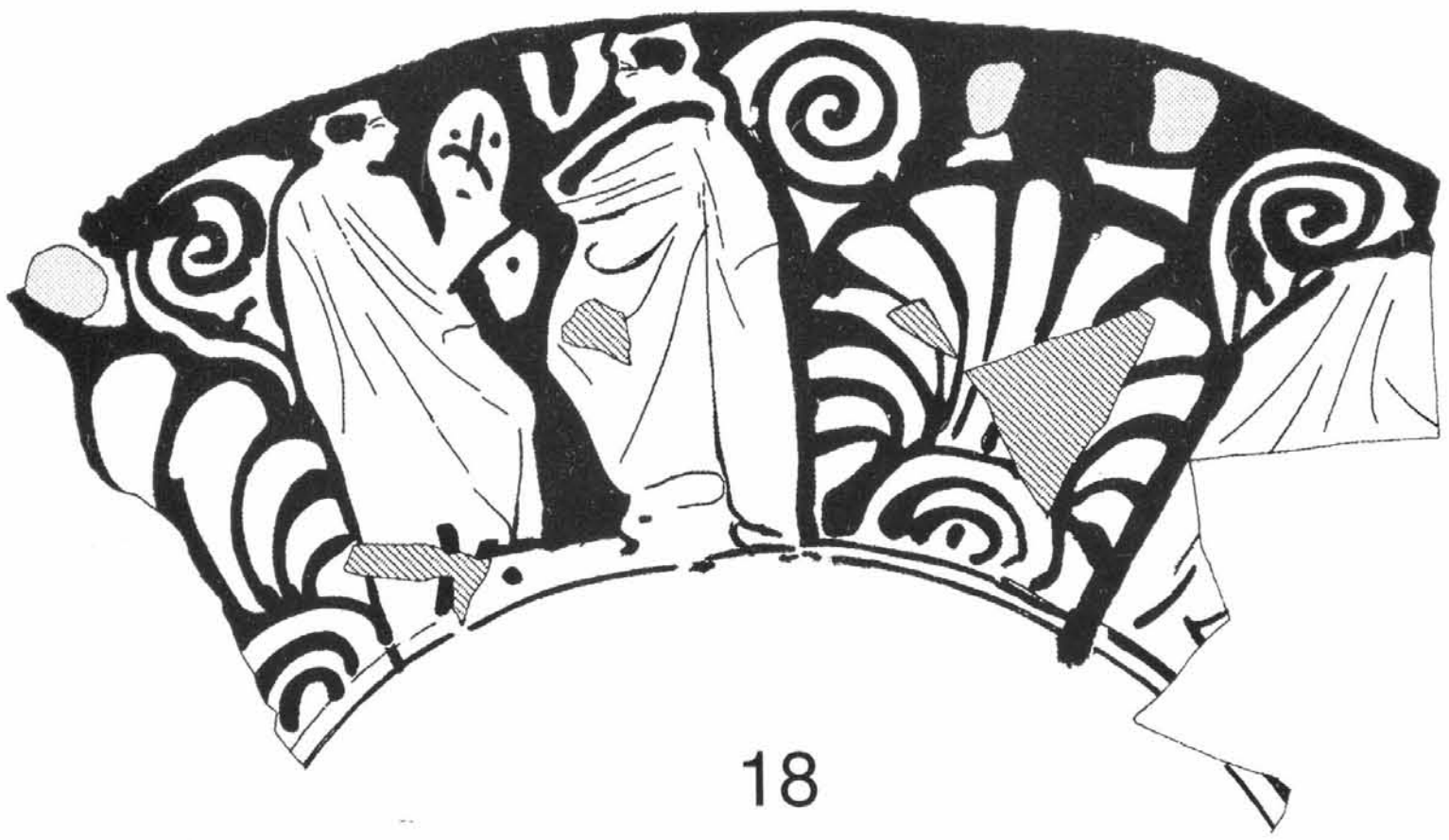


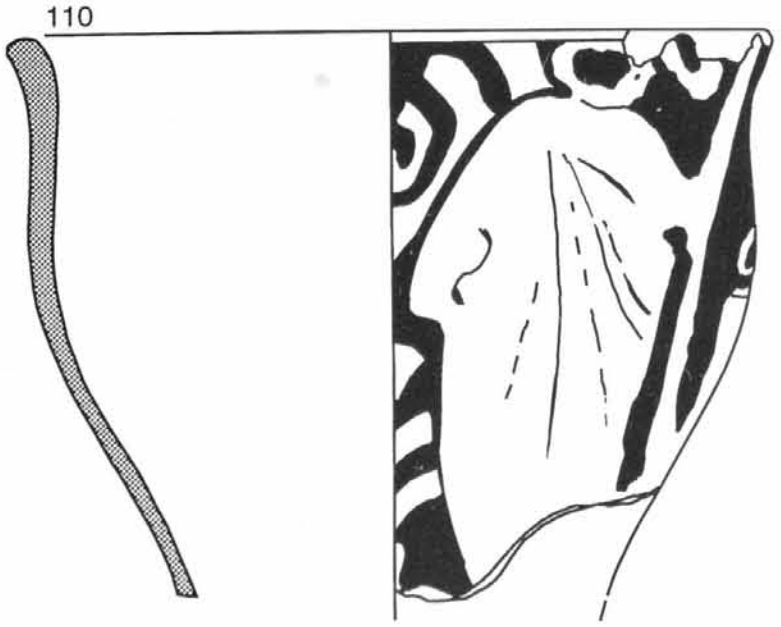
Figura 4



18



110





19

Figura 5

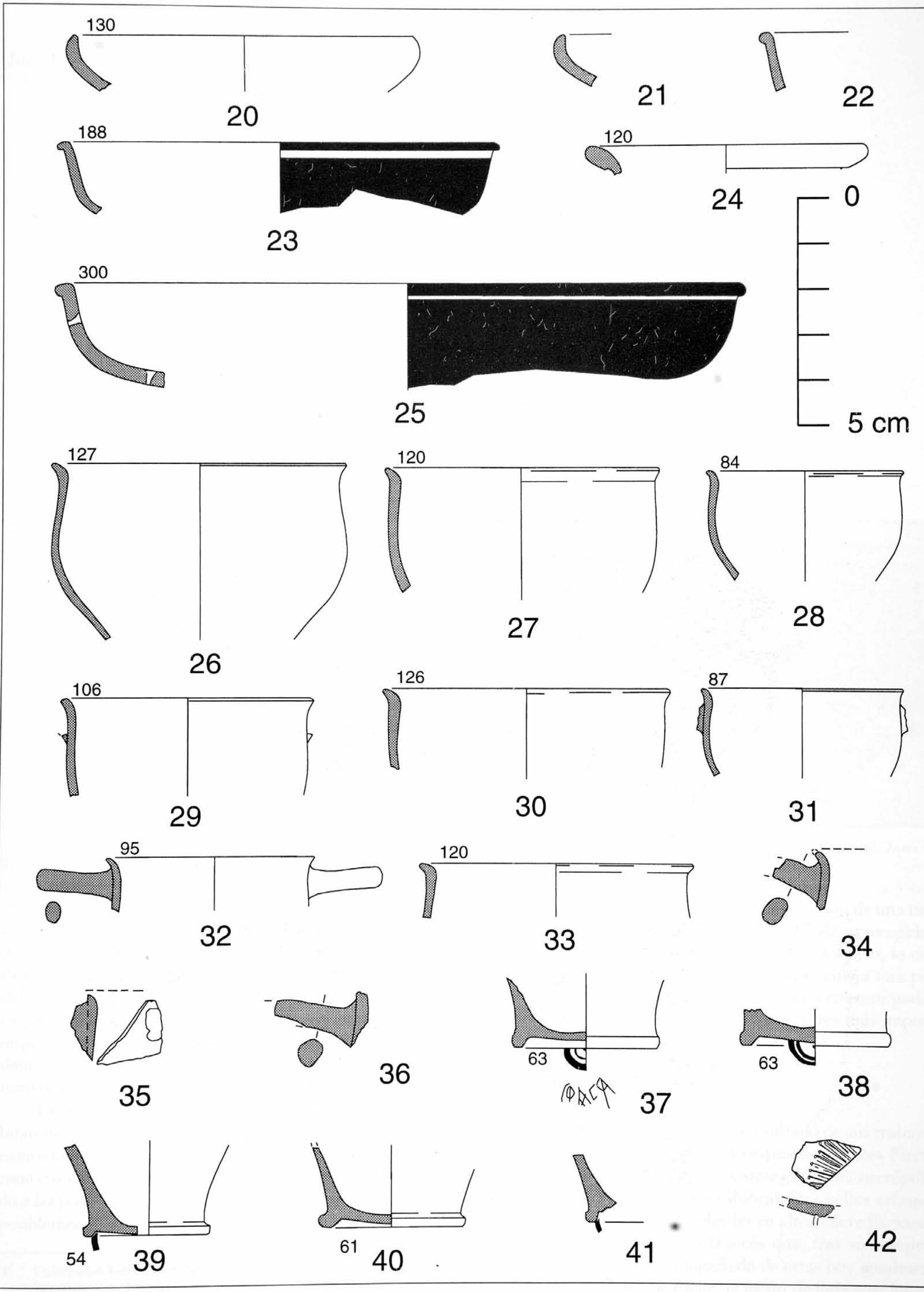

130
20
21
22
188
23
120
24
0
5 cm
300
25
127
26
120
27
84
28
106
29
126
30
87
31
95
32
120
33
34
35
36
63
37
63
38
54
39
61
40
41
42

Figura 6

VERDOLAY Nº 6 / MURCIA Págs. 199 - 208

LA NECROPOLIS TUMULAR IBERICA DE EL SALOBRAL (ALBACETE)

Juan Blánquez Pérez[1]
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID

INTRODUCCIÓN.

A lo largo de 1994 y 1995 ha tenido lugar en la provincia de Albacete la excavación de una necrópolis ibérica ubicada junto a la laguna de El Salobral, de donde coge su nombre. En la actualidad, la citada laguna, está prácticamente desecada pero, con seguridad, en la antigüedad debió ocupar una muy amplia extensión de terreno. La localización y posterior excavación de este yacimiento fue debido al desafortunado desmonte de una pequeña loma destinada a facilitar el cultivo extensivo de maíz. Esta producción es hoy imperante en toda la zona por su alta rentabilidad gracias al regadío por inundación que posibilitan las aguas, hoy subterráneas, de aquella antigua laguna.

La explotación mayoritaria de maíz ha supuesto un profundo cambio en el paisaje agrario de la zona, tradicionalmente volcado en la patata y complementado por el almendro. Pero en los últimos cincuenta años distintas circunstancias coincidentes han acelerado la degradación del entorno. Así, la concentración parcelaria llevada a cabo en la década de los sesenta; o, posteriormente, el paso a escasos kilómetros del trasvase Tajo-Segura, han provocado una fuerte alteración topográfica de este territorio y, con ello, del patrimonio arqueológico que en esta zona, con seguridad, debió ser abundante y rico. En este sentido baste recordar el hallazgo fortuito de Los Torreones (ABASCAL,SANZ 1993,68).

La actual pedanía de El Salobral, con casi 1.200 habitantes, es hoy el único centro poblacional importante cercano a la necrópolis. Sin embargo, las aldeas y cortijos de la zona caracterizan un modelo de hábitat muy bien adaptado a las posibilidades de este territorio endorreico que, muy posiblemente, remonte sus raíces hasta época romana.

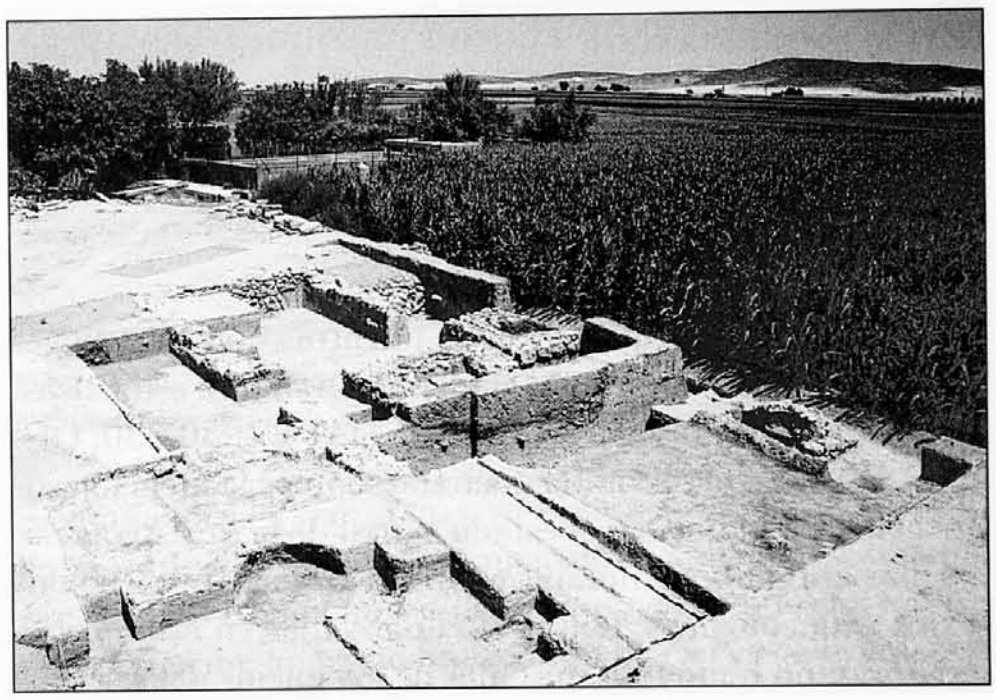


Fig.1: Vista parcial de la necrópolis de El Salobral (Albacete). Zona de los enterramientos tumulares.

El citado desmonte provocó la destrucción de una importante parte de la necrópolis que, por los datos recogidos verbalmente, calculamos en torno al 70%. Así pues, la documentación recogida en la excavación se ciñe a una pequeña parte de la necrópolis aunque, como creemos poder demostrar, corresponde a uno de los sectores más importantes, si no el principal (fig.1).

LOS ANTECEDENTES.

A principios de siglo y como resultado de sus trabajos en tierras albacetenses por el investigador francés Pierre Paris se tenía noticia sobre la existencia de una necrópolis en el paraje denominado El Salobral. Dos bellas esfinges (PARIS 1903,126 y ss.) esculpidas en altorrelieve llamaron la atención del arqueólogo francés que, tras su compra, trasladaría a Francia acompañada de otras hoy igualmente famosas: la *dama* de Elche; la *bicha* de Balazote; los relieves de Osuna; las esfinges de Agost... (GARCIA y BE-

(1) Universidad Autónoma de Madrid. Este trabajo se encuadra dentro de las investigaciones llevadas a cabo por el Proyecto de Investigación *Estudio arqueológico de la escultura ibérica, relaciones entre tecnología, iconografía y contexto*, subvencionado por la DGICYT (PB95-0205)

LLIDO 1943,ix); así como cerámicas de yacimientos también albacetenses, casos de Meca y El Amarejo. Depositadas en el Museo del Louvre con el tiempo la sociedad científica internacional acabaría entendiendo la verdadera entidad de la cultura ibérica.

Una de las dos *esfinges*, asociables con bastante probabilidad a un monumento *turriforme* (ALMAGRO-GORBEA,1983,190), así como la mayor parte de las restantes piezas ibéricas, fueron devueltas a España en 1941 y expuestas en las *salas bajas* del Museo del Prado. Posteriormente, tras su exposición temporal y a excepción de la *dama* de Elche, fueron depositadas de manera definitiva en el Museo Arqueológico Nacional, lugar donde permanece expuesta en compañía de algunas de las esculturas ibéricas más representativas (Sala XX). Su pareja original permanece en Francia, actualmente en el museo de Saint Germain, imposibilitando así una exposición conjunta que facilitaría su comprensión cultural.

De la documentación proporcionada por el investigador francés se sabe que apareció a kilómetro y medio de la casa de Roque García, lugareño de la pedanía de El Salobral, y salvada de su destrucción por la acción de Pascual Serrano, maestro de la cercana localidad de Bonete hacia el año 1899 (PARIS 1903,126; GARCIA y BELLIDO 1943, 153). El actual descubrimiento fortuito de esta necrópolis vecina a la laguna del Salobral planteó la hipótesis inicial de que se pudiera tratar del yacimiento original de las piezas escultóricas.

Sin embargo, una vez realizada las excavaciones, debemos desecharlo. Nos encontramos ante una necrópolis fundamentalmente del s.IV a.C., mientras que las esfinges se han fechado tradicionalmente, por cuestiones estilísticas, en la segunda mitad del s.VI a.C. (CHAPA,1980,330; OLMOS,1996a). No obstante, queremos llamar la atención sobre el hecho de que, en el estado actual de la investigación, los más antiguos ejemplares escultóricos fechables en contextos arqueológicos, por cierto aparecidos en este mismo territorio, no remontan más allá de los inicios del s.V a.C. Son los casos del monumento *turriforme* de Pozo Moro, cuyas cerámicas griegas -un lecito y una copa- se fechan en torno al 500 a.C.(ALMAGRO-GORBEA 1983,188;*IDEM* 1996; OLMOS,1996b) y el guerrero a caballo de Los Villares (Hoya Gonzalo), que por su contexto con cerámicas de Saint-Valentin, hay que fecharlo en torno al 490 (BLANQUEZ,1992a,257; *IDEM*,1995b,126).

Materiales recogidos en superficie por el Museo de Albacete permitieron una primera valoración que, posteriormente, los trabajos de excavación ratificarían. Urnas bitroncocónicas decoradas con pintura rojo-vinosa y motivos geométricos; algunas cílicas griegas de figuras rojas y barniz negro; armas de hierro (falcatas y espadas rectas); fíbulas anulares y, por último, los cuartos traseros de un bóvido, propio de algún enterramiento del tipo pilares-estela configuraban un paisaje funerario típico de una necrópolis ibérica tumular.

Entre los materiales recuperados por el desmonte también destacaba, por su peculiaridad, la parte inferior de una urna cineraria estucada, *a posteriori*, sobre los originales motivos rojovinosos. Sobre ellos se había dispuesto una nueva decoración, esta vez con motivos vegetales, y una policromía del todo inusual a base de rojo, negro y verde. Lamentablemente, la no conservación de la parte superior de la vasija impedía conocer el tema principal de tan original decoración, si bien se podía reconocer con dificultad dos posibles piernas en rojo (BLANQUEZ 1991,27 y ss.). Durante las excavaciones aparecería una segunda urna con estas mismas características, si bien en esta ocasión con el estucado en la zona de la boca. Con posterioridad hemos tenido conocimiento sobre la existencia otra urna cineraria, esta vez completa, aparecida en Cástulo y que permite entender, como hipótesis de trabajo, tan peculiares realizaciones.

Nos encontramos ante una producción específicamente indígena, de claro significado ritual. La escena representada en la pieza de Cástulo representa un conjunto de figuras humanas -masculinas y femeninas- dibujadas en dos planos distintos y con una policromía tan peculiar como el ejemplar de El Salobral. Nos recuerda, de primera mano, el fragmento de caliza con la representación de una «danza bastetana» (NEGUERUELA 1990,96). Todavía en proceso de restauración, su total limpieza permitirá una mayor precisión, tanto de las cuestiones técnicas, como iconográficas.

Así pues, dado todo lo expuesto y teniendo en cuenta la conservación todavía de parte de la necrópolis se consideró la oportunidad de acometer su excavación, tarea que llevamos a cabo a lo largo de dos años (1994-95) dentro de los estudios que, sobre necrópolis ibéricas, venimos acometiendo desde 1992.

III.LA EXCAVACION DEL YACIMIENTO.

El desnivel físico provocado por el desmonte entre los dos bancales había configurado, de manera involuntaria, un perfil aproximado de 1,70 ms. de altura en el que asomaban diversos enterramientos. Estructuras tumulares y tumbas más sencillas cubiertas por adobes, o argamasa. En superficie la extensión del bancal no llegaba a los 60x30 ms., ejes S-N y E-W respectivamente, sobre el que se elevaba una pequeña casa de labor construida en los años treinta y conocida como *la casuta*. Levantada sobre el punto de mayor elevación protegió, a lo largo de este siglo, la conservación de este sector de la necrópolis[2].

En el momento de su construcción y dada la escasa cimentación de este tipo de obra -hecha en mampostería y tapial- la alteración de los niveles arqueológicos fue escaso, tal y como quedaría constatado durante la excavación. No obstante, provocó la aparición de algunas urnas que pasarían a manos del maestro de la localidad y que en la actualidad están en paradero desconocido. De ello sobreviene uno de los nombres con que se conoce este bancal: *la haza de los muertos*; si bien las gentes del lugar también lo denominan *haza de los gañanes*. El desinterés del labrador por lo allí enterrado llegó al grado de cimentar atravesando estructuras tumulares o, en otra ocasión, apoyarse encima de un túmulo de sillares como inmejorable cimentación y, sin embargo, en ningún de los casos rebuscaría en las tumbas buscando posibles «tesoros».

El emplazamiento de *la casuta* en el punto mas alto del bancal permitía el necesario aislamiento de la humedad, fundamental en este tipo de construcciones, dentro de



Fig.6: Vista parcial del *Sector b* con tumbas de cubrición tumular en barro y adobes. A la izquierda la mejor conservada de ellas, la nº.9.

un terreno plantado en su entorno por almendros. Pero dicha altura respondía a una evidencia arqueológica: la existencia de una necrópolis tumular que, con su arrumbamiento, había provocado una elevación artificial dentro de un entorno generalizado de llanura debido a la propia geología del terreno (Llanos de Albacete) y, ya de manera puntual, por la proximidad de la laguna. La constante ritual ibérica de agrupar las tumbas en torno a una pequeña área (BLANQUEZ 1990,409;*IDEM* 1992a,250) provocó una rápida sobreelevación del terreno que, suavizada con el tiempo, perduraría hasta nuestros días favoreciendo la construcción de la *casuta* en la que resguardar su dueño dos mulas y cocinar mediante un pequeño hogar con chimenea hecha en adobes.

El citado desmonte agrícola, que había afectado a casi dos tercios de la loma artificial, configuró un involuntario perfil de unos 55m. de longitud, sentido Norte-Sur, de los que 35m. encerraban niveles arqueológicos. Una vez reperfilados supusieron una secuencia estratigráfica de la necrópolis pendiente, tan sólo, de complementarla con otra perpendicular a la anterior para secuenciar todo el yacimiento. A tal efecto se dispuso una alineación sesgada de cuadrículas que permitió delimitar con precisión su extensión total: un área aproximada de 150 m².

La loma conservada ocupa una extensión de no más 55x27 m. en sus ejes N-S y E-O, respectivamente. La potencia estratigráfica, cuya cota máxima coincide con la construcción de *la casuta*, no sobrepasa los 1,50 m., de los que 1,30 m. corresponde a la parte arqueológica. Sin embargo, tal y como comentábamos con anterioridad, en su momento de uso debió extenderse hacia el Sureste configurando una extensión total de, aproximadamente, el doble de la hoy conservada. Esta observación la podemos deducir de la información suministrada por los dos maquinistas que, directamente, acometieron el desmonte. Así pues y consecuencia de la ignorancia calculamos que fueron destruidas entre 60 y 70 urnas de cremación en hoyo, a éstas habría que añadir 15 estructuras tumulares deducibles de «los tres remolques agrícolas llenados con la piedra sacada durante el desmonte» (fig.1).

La superposición de *la casuta* al yacimiento hizo necesaria su demolición. La construcción ocupaba un área



Fig.2: Vista, en primer término, de la Tumba Tumular nº.4; Tumba nº.5, también tumular, en segundo término. Al fondo el Túmulo nº.2.

rectangular de 7,5x4,5 m. y su basamento, realizado en sillarejo, fue retirado con minuciosidad para poder recuperar posibles fragmentos escultóricos reutilizados en la misma. De hecho, apareció una cabeza de cierva colocada cerca de la esquina Sureste.

La excavación del área arqueológica ha permitido obtener una secuencia estratigráfica en la que leer la evolución temporal y topográfica de la necrópolis. De tal modo que hoy podemos hablar de dos sectores diferenciado (*sectores A y B*). Se han documentado los restos de un total de

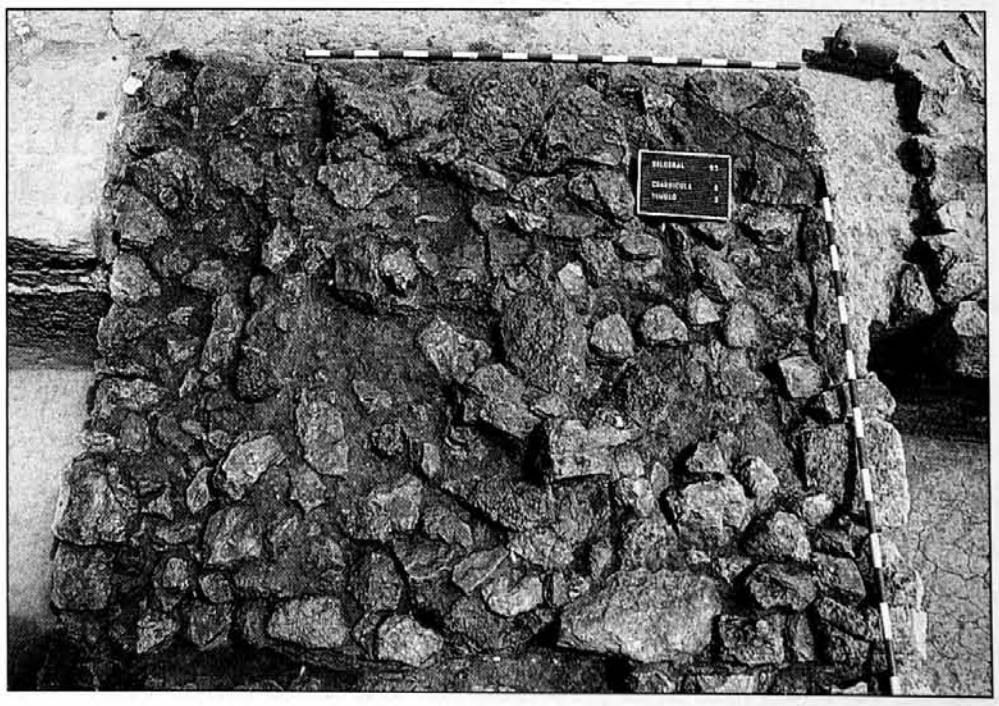


Fig.4: Enterramiento tumular nº.3, de sección escalonada.

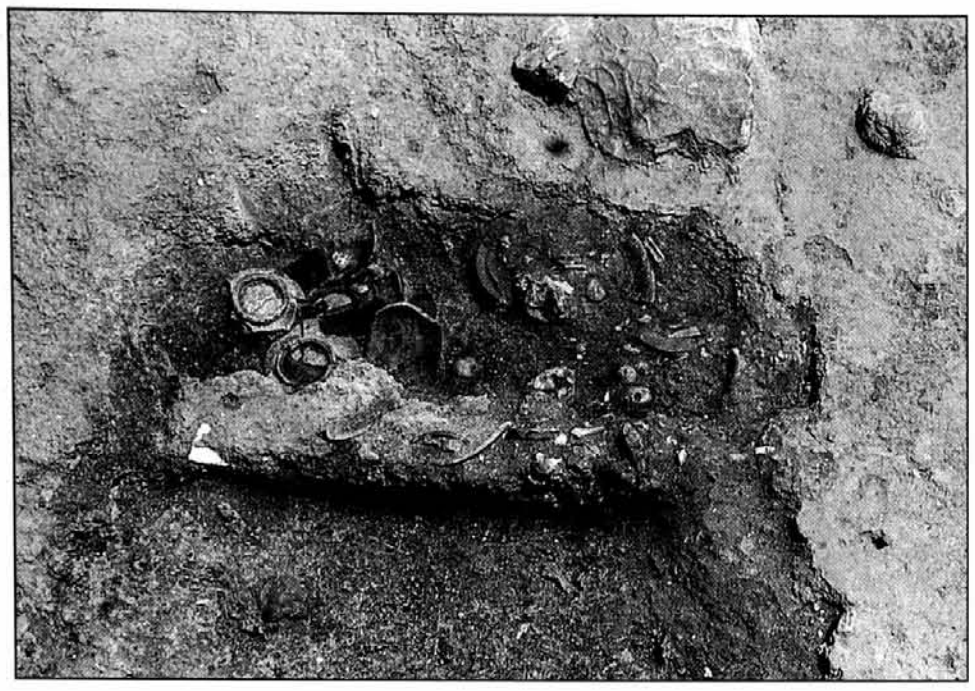


Fig.3: Detalle del ajuar del Tmlo. nº.4.

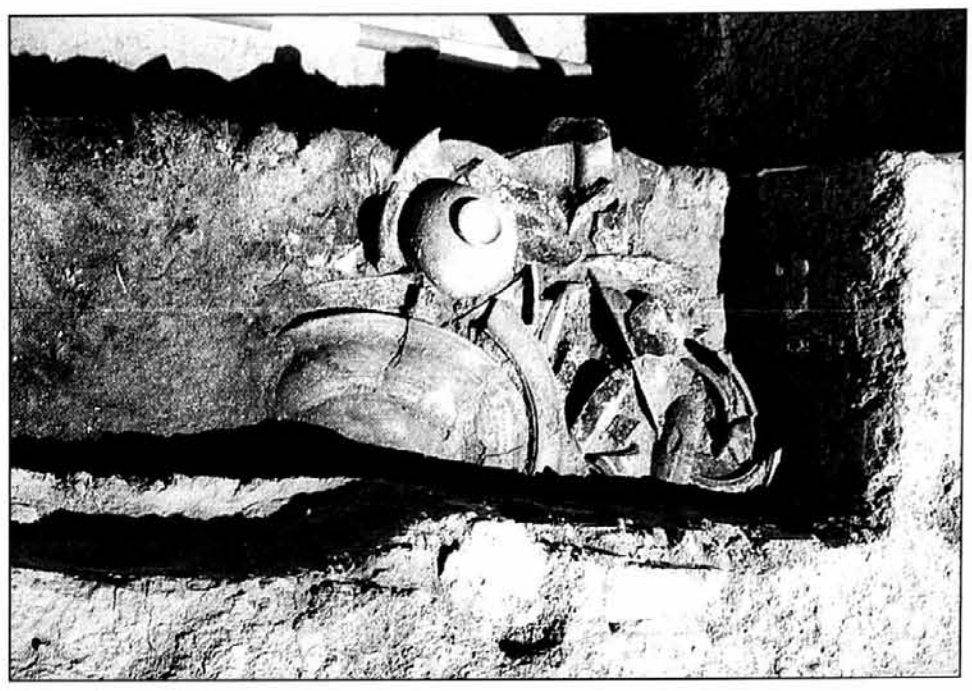


Fig.9: Detalle de la T-5. con el conjunto de cerámicas griegas e indígenas con pintura blanca aparecidas en uno de sus dos ajuares.

4 pilares-estela; 11 estructuras tumulares (5 de mampostería; 1 de sillares y 5 más en tapial y adobes); 33 tumbas de cremación en hoyo y, por último, 18 basureros de época tardorromana fechados gracias a la presencia de cerámica *sigillata*. En conjunto suponen, aproximadamente, una quinta parte del total teórico de la necrópolis ibérica.

Esta diferenciación en 2 áreas la hemos establecido en función de la distribución espacial de determinados tipos de enterramientos. Así, hacia el Este han aparecido la práctica totalidad de las tumbas tumulares; mientras, hacia el Oeste se disponían aquellas otras cubiertas con barro y las demás tumbas sencillas, si es que éstas originalmente no tuvieron superpuesto otro tipo de cierre (fig.6).

LAS TUMBAS TUMULARES.

EL SECTOR A.

Las tumbas tumulares, en sus aspectos tipológicos generales, siguen pautas ya vistas en otras necrópolis albacetenses de similar cronología. Es el caso, por ejemplo, de El Tesorico (Agramón-Hellín), fechable a lo largo de la primera mitad del s.IV a.C. a tenor de sus cerámicas griegas (BRONCANO *et ALII* 1985.175), (fig.2 y 4). Si nos extendemos ya hacia el Sureste peninsular destacaríamos las necrópolis de El Poblado (Coimbra del Barranco Ancho) fechada a mediados de aquel mismo siglo (GARCIA CANO 1985-86, con bibliografía anterior) y en donde apareció, como es sabido, el pilar-estela más completo conocido hasta la fecha (GARCIA CANO 1994); el Cabecico del Tesoro (MESEGUER y QUESADA 1992; GARCIA CANO 1989), con una cronología a partir del inicio del s.IV a.C. y El Cigarralejo (CUADRADO 1987), con un periodo de máxima utilización también en la primera mitad de la centuria.

En la necrópolis albacetense de El Salobral los túmulos son de planta cuadrangular, de entre 2 y 3 m. de lado y sección de doble escalón. Ello daría una altura original de las cubriciones en torno a los 0,80 m., configurando un paisaje funerario sumamente personal. Su construcción fue realizada con piedra del lugar, de no gran tamaño, trabada simplemente con barro, el mismo empleado luego para revocarlos por completo. Como era de esperar éste no se ha conservado al haber dependido su consistencia de la acción combinada de sol y lluvia; tampoco se han detectado restos cromáticos. La piedra utilizada procede en su mayoría de las elevaciones cercanas, al NE. del yacimiento, y en la actualidad finca de los Larios. La geología del entorno hace escaso este material y, de hecho, cuando se levantó *la casuta* de allí también se obtuvieron las piedras necesarias.

En algunos enterramientos tumulares, caso de los Tmlos. 2 y 3 por ejemplo, la plataforma superior de la cubrición fue rota para introducir nuevas urnas cinerarias en un claro deseo de buscar su protección (fig.4). Sin embargo, en todos estos casos la ausencia de ajuares impide cualquier precisión cronológica más allá que su carácter *post quem*.

También en algunas tumbas tumulares han aparecido reutilizados fragmentos escultóricos propios de pilares-estela originalmente fechables al inicio de la necrópolis, en el primer cuarto del s.IV a.C. Dicha reutilización aparece frecuentemente en las construcciones tumulares ibéricas del segundo cuarto del s.IV a.C., si bien se dio en periodos más antiguos, dentro ya del s.V a.C., cuando todavía las tumbas se remataban por nuevas esculturas; caso de Los Villares, por ejemplo. De igual modo, entre los pasillos dejados por los túmulo de El Salobral han aparecido tirados más fragmentos. Unos y otros configuran un nuevo y interesante conjunto escultórico que sumar al ya amplio *corpus* albacetense (SANZ y LOPEZ,1994).

Las plantas de los túmulos aparecen orientadas en relación a los puntos cardinales, pero sin que se pueda establecer si una de las caras funcionaría como preferente. Tampoco en esta ocasión y aun a pesar de la proximidad de los enterramientos, consecuencia de un constreñimiento voluntario, hemos podido precisar de qué manera material delimitarían la necrópolis. Este resultado negativo, aun a pesar de haberse excavado intensamente uno de los extremos naturales de la necrópolis (lado Noroeste) consolida la hipótesis de que, sea cual fuere el sistema a seguido, debió casi siempre acometerse con elementos perecederos[3].

El carácter contextualizado de los materiales de El Salobral, tal y como veremos, ha permitido profundizar en el conocimiento de los rituales funerarios ibéricos de la 1ª mitad del s.IV a.C. Así, la abundancia de cerámicas griegas -pensemos que en tan sólo 4 estructuras tumulares han aparecido más de 18 piezas completas- permite abrir una nueva línea de trabajo al intentar diferenciar entre cerámicas

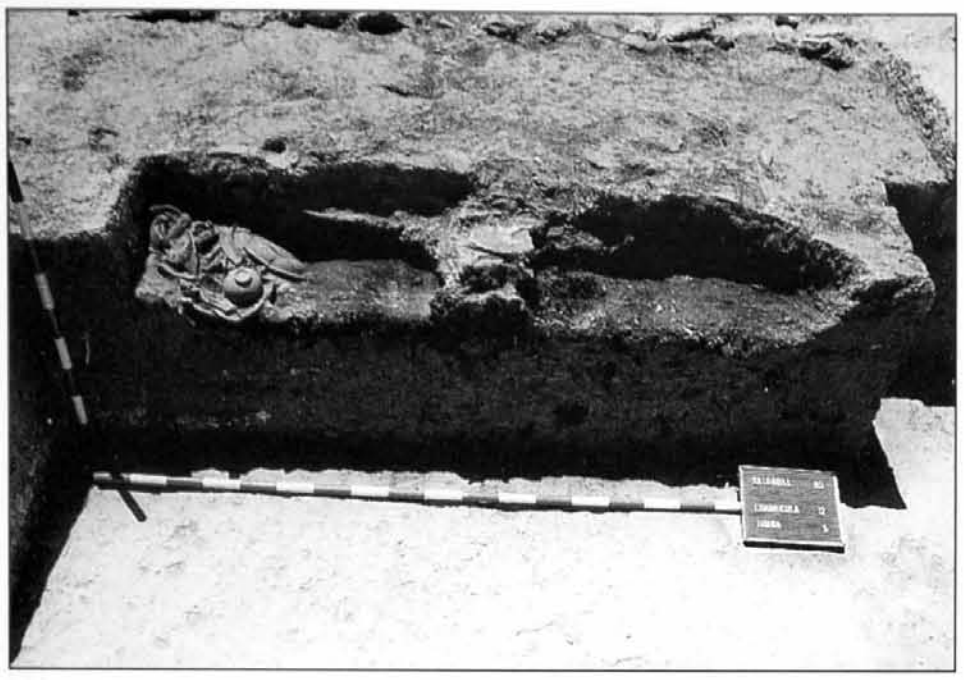


Fig.8: Excavación de la Tumba nº.5, de cubrición tumular y deposición en dos momentos consecutivos.

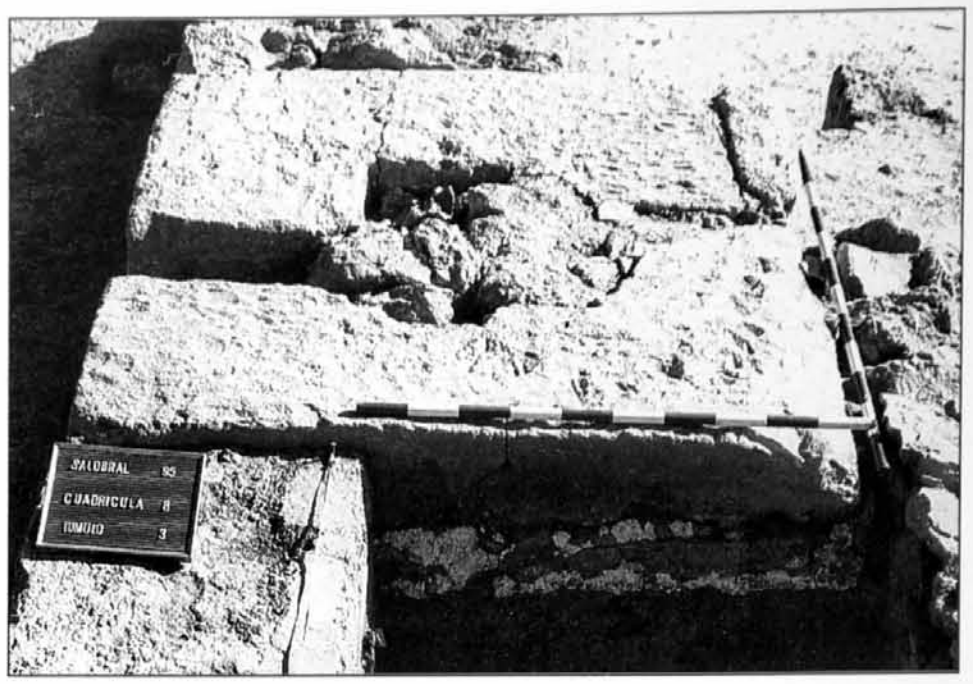


Fig.10: Tumba Tumular realizada con sillares reutilizados, posiblemente de un original enterramiento con pilar-estela.

griegas propias del ajuar personal de aquellas otras mejor encuadrables en el ritual de enterramiento (fig.3 y 9). De igual modo, la presencia de armas en los ajuares funerarios, habituales tan sólo a partir de los inicios del siglo IV a.C. (BLANQUEZ 1992a,260; *IDEM* 1995,259), en compañía de cerámicas de importación permiten una precisión cronológica no siempre fácil de establecer en el armamento ibérico (QUESADA 1992,241).

EL SECTOR B.

Al Suroeste del área descrita se ha documentado otro grupo de tumbas tumulares, en esta ocasión realizadas con adobes y, más frecuentemente, mediante grandes pellas de barro dispuestas a tal fin. Sus plantas cuadrangulares, en torno a los 2,40 de lado, coinciden en tamaño con otras realizadas en sillarejo, lo que externamente daría una aparente uniformidad al *paisaje* de la necrópolis. Sin embargo, la tajante distribución espacial entre los de sillarejo y éstos, apuntan la posibilidad de hacer una lectura un poco más profunda.

Los túmulos de barro no delimitados con adobe son difíciles de documentar, sobre todo al excavarse en planta, o en grandes áreas sin la presencia de testigos. El constante humedecimiento del terreno permite percibirlos con mayor facilidad, pero son notorios cuando sus secciones coinciden con los perfiles de las cuadrículas. La existencia, aparentemente cotidiana en El Salobral, de este tipo de estructura tumular es un dato a tener en cuenta de cara a la reconstrucción del *paisaje* funerario ibérico de la meseta y, muy probablemente, extensible al sureste en el s.IV a.C.(fig.6 y 7).

OTROS ENTERRAMIENTOS.

Los ajuares propiamente dichos de las tumbas tumulares, tanto de sillarejo, como en barro, siempre se quemaron *in situ* definiendo, así, pequeñas albercas de planta rectangular colocados en el centro del enterramiento. Su deposición responde a dos posibilidades formales, introducido en un hoyo excavado en el suelo; o bien sobre el mismo suelo de uso, cercando previamente el contorno con pellas de barro. Ramas de considerable tamaño, actualmente en estudio, constituían la cama sobre la que se colocaba el ajuar que sufriría de manera muy desigual el efecto del fuego[4]. Su cierre se realizaba, en un primer lugar, con barro decantado, desde luego mucho más que la tierra del entorno, funcionalmente suponía la *argamasa de cierre*. De este modo se enrasaba con el suelo de uso del momento para, a continuación, materializar el remate tumular propiamente dicho con nuevas aportaciones de piedra, o barro, según los casos.

Un último aspecto peculiar también documentado, tanto en enterramientos tumulares, como en otros más sencillos, ha sido la deposición del ajuar en dos niveles superpuestos claramente diferenciados. La separación se materializaba mediante un escueto nivel de tierra del entorno que servía, tanto para apagar el quemado de la primera deposición, como de nuevo suelo para depositar la urna y otros objetos.

En una y otra deposición aparecen materiales que, bajo nuestro punto de vista, exigen una interpretación sociocultural diferenciada aunque, en ocasiones, se repitan en una y otra deposición. Un ejemplo de ello son las cerámicas griegas. Aparecen en la deposición inferior, sistemáticamente quemadas, en compañía de sus armas, constituyen el ajuar del difunto propiamente dicho. Por el contrario, la superior deposición se caracteriza por la ausencia de este quemado, hasta el punto que en determinadas ocasiones -Tmlo.nº3- en donde no se dispuso el nivel de tierra intermedio la presencia de piezas quemadas y no quemadas permiten una fácil diferenciación.

LOS MATERIALES.

Dado el corto espacio de tiempo transcurrido desde la finalización de los trabajos de campo el material documentado se encuentra todavía en restauración. De igual modo, la analítica tampoco ha concluido (huesos de las cremaciones; pastas cerámicas y pigmentos cromáticos; columnas polínicas). Así pues, una parte significativa de los datos que a continuación pasamos a exponer tienen un inevitable carácter provisional.

Los ajuares de las tumbas constituyen otro de los aspectos más interesantes de la necrópolis de El Salobral, tan-



Fig.7: Detalle de la excavación de la Tumba nº.25.



Fig.5: Detalle de la excavación del Tmlo.3. con la aparición de la urna y armas. En primer término el *soliferreum*.

to por su originalidad y riqueza, como por las posibilidades de interpretación sociocultural deducibles de carácter contextualizado y cronología precisa gracias a la presencia de las cerámicas griegas. Del conjunto de materiales destacariamos las cerámicas griegas, tanto de figuras rojas, como de barniz negro; las armas, que como conjunto constituyen la panoplia más completa excavada hasta la fecha en la provincia de Albacete; los elementos escultóricos y arquitectónicos, asociables a 4 posibles pilares-estela y, por último,»objetos singulares» de evidente carácter suntuario y significado ritual entre los que destacamos dos cajas votivas, posiblemente en alabastro.

a).LAS CERÁMICAS GRIEGAS.

Las cerámicas griegas han aparecido de forma mayoritaria en los ajuares de tumbas tumulares, aunque también están presentes en tumbas tipológicamente más sencillas. Son un conjunto significativo, tanto cuantitativo, como cualitativamente hablando. Las formas documentadas en El Salobral han sido nueve: cratera; escifos; cílica; cílica-escifo; bolsal; lécito; lecánide; páteras y platos. Suponen cerca de una treintena de piezas que materializan, sin embargo, un reparto tipológico muy desigual: desde un único ejemplar, caso de la lecánide, cratera y lécitos, hasta las cílicas y páteras como formas más repetidas.

La cratera de campana decorada con figuras rojas es la primera pieza de este tipo aparecida en el Sureste meseteño y, lo que es más importante, coexistiendo en la misma necrópolis con crateras de imitación ibérica de demostrable producción seriada (BLANQUEZ,ROLDAN 1995,57). Con ella, por un lado, se rompe un vacío artificial existente en el Sureste meseteño y se plantea, como importante necesidad para aquel periodo, el estudio de las relaciones comerciales entre la zona meseteña, el Sureste Peninsular y Alta Andalucía. Por último, la aparición de cerámicas indígenas imitando, con evidentes indicios de readaptación, las tipologías griegas, en ocasiones copiando elementos decorativos de éstas, amplia la tipología de las imitaciones indígenas de las cerámicas griegas en el área de la Meseta (PAGE 1984,59 y ss.).

Los escifos documentados son, tanto de paredes verticales, como curvados, próximos ya al típico perfil en -S-. De los primeros los hay acabados en barniz negro y, más interesantes, aquellos otros decorados con guirnaldas sobrepintadas en blanco; por lo que respecta a los de perfil curvados sólo se han documentado con barniz negro. Las cílicas del Salobral, tipológicamente, corresponden a diferentes tipos. Las hay de figuras rojas y de barniz negro decoradas, en estos casos, con ruedecilla y palmetas estampilladas. La lecánide de figuras rojas es de notable tamaño, pues con sus 26 cm. en cuanto a diámetro de la tapadera, convierten a esta pieza en uno de los mejores ejemplos documentado hasta la fecha en la península. Por último y a excepción del lécitos decorado con una palmeta en figuras rojas el resto de las piezas griegas presentan un acabado en barniz negro con las típicas decoraciones de ruedecilla y estampillados (cílica-escifo, bolsales, páteras y platos).

Grosso modo y a la espera de un estudio particularizado, de pintores y formas, pensamos que la mayoría de las cerámicas áticas de El Salobral se pueden fechar en torno al 2º cuarto del s.IV a.C., si bien existen algunas piezas más antiguas, caso de la lecánide y algún escifos, que podrían llegar a remontarse hasta los últimos años del s.V a.C. Ahora bien, si tenemos en cuenta las asociaciones documentadas en las tumbas la práctica totalidad de los enterramientos de El Salobral deben fecharse dentro del s.IV a.C.(fig.8 y 9). Su abundancia ratifica el auge comercial que estos materiales experimentaron en nuestra península en estas décadas, peculiaridad recogida con anterioridad en estudios generales (TRIAS 1967, XXXVIII; ROUILLARD 1991,107), así como aquellos otros referidos ya a áreas concretas: zona catalana (PICAZO 1977,133); levantina (SALA 1993,286); del sureste (GARCIA CANO 1981,268 y ss.) y Andalucía Oriental (SANCHEZ 1993,204).

Pero, paralelamente, encontramos otros aspectos a resaltar. Nos encontramos con la posibilidad de establecer una fidedigna proporción entre las piezas de figuras rojas y las acabadas en barniz negro. Dicha cuestión pensamos que, en numerosas ocasiones, ha estado distorsionada a causa de una previa selección de las primeras frente a las «no artísticas» segundas, acabadas simplemente en negro. En este sentido publicaciones antiguas de yacimientos, tantas veces citados, como Galera, Castellones de Ceal, o la propia Toya probablemente sean ejemplos de una artificial preponderancia de las cerámicas griegas decoradas con figuras rojas (CABRE 1925; BLANCO 1959; CABRE y DE MOTOS 1920).

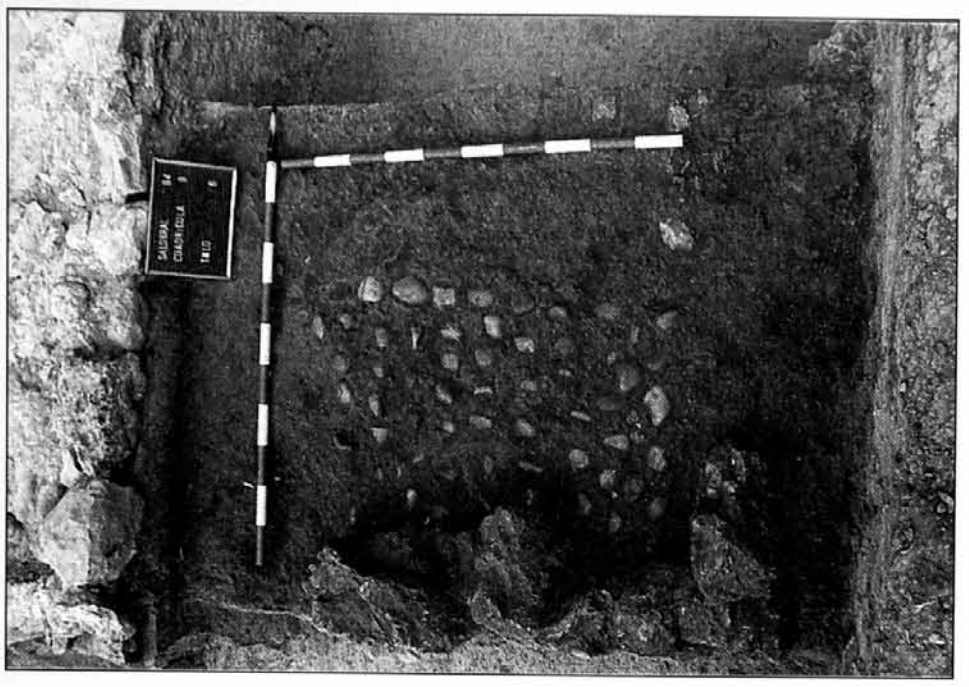


Fig.11: Proceso de excavación de la Tumba Tumular nº.6, con un pavimento de cantos rodados colocados intencionadamente debajo de la cubrición.

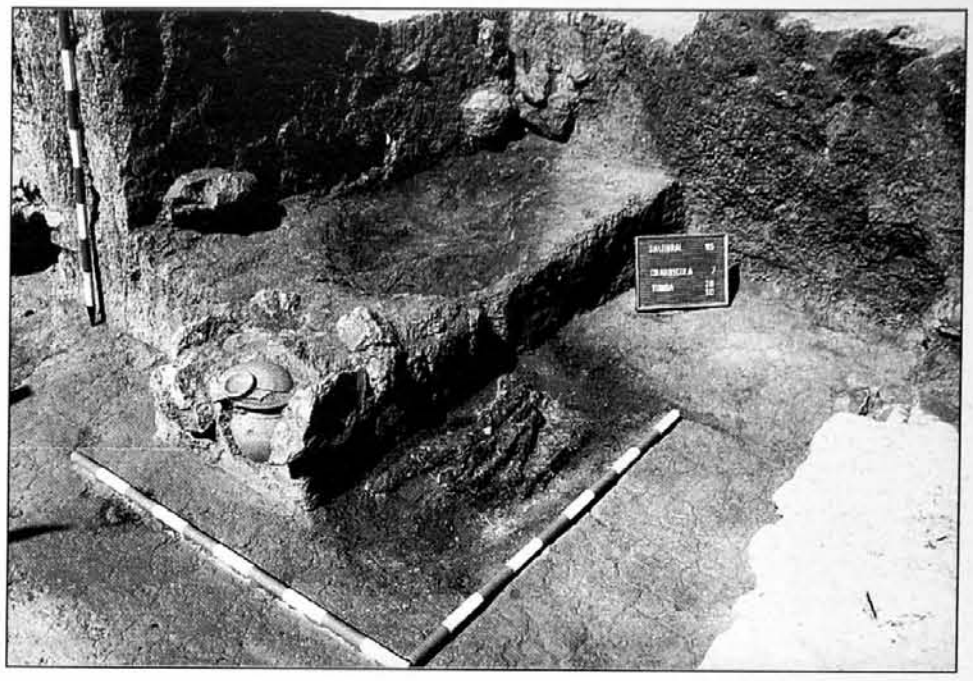


Fig.12: Detalle de la excavación de las tumbas nº.18 y 30. En primer término el ajuar y urna de la nº.28, así como parte del alzado original de su cubrición (junto al jalón vertical).

Dicho fenómeno queda constatado, desde luego, cuando revisamos con minuciosidad los fondos museísticos. Así, dentro de las cerámicas griegas aparecidas en la Hoya de Santa Ana siempre se citan aquellas decoradas con figuras rojas (TRIAS 1967,422 y ss.), aunque proporcionalmente fueran minoritarias dentro del conjunto aparecido y, por cierto, difíciles de estudiar por su peculiar restauración en los años cincuenta (AMITRANO 1988,317). Al tradicional conjunto de 8 cerámicas áticas publicadas, de las cuales 5 eran de figuras rojas (TRIAS 1967,420) y, posteriormente, 11 (ROUILLARD 1991,638) habría que contraponer aquellas otras documentadas tras un exhaustivo inventario (BLANQUEZ 1986) con un total de 19 piezas, más un último pequeño lote recientemente aparecido con fragmentos de barniz negro procedentes de tumbas no recogidas por Sánchez Jiménez a causa de su alto deterioro. Numéricamente estas últimas suponen cerca de una veintena más de piezas que, sumadas a las anteriores, cambia significativamente cálculos estadísticos previos, dado que remontan la cifra de 6 a cerca de 40 piezas.

Así pues, las cerámicas áticas de El Salobral ponen de manifiesto, en primer lugar, la importancia comercial y cultural del Sureste de la meseta a lo largo de la primera mitad del s.IV a.C., en categoría parangonable a la tradicionalmente aceptada para la Alta Andalucía y Sureste Peninsular en aquel mismo periodo. Este protagonismo de las tierras de la meseta, incuestionable en periodos anteriores -ss. VI y V a.C.- (BLANQUEZ 1992a), debemos ahora prolongarlo a la luz de estos nuevos datos a toda la primera mitad del siguiente siglo, como poco.

b).LAS ARMAS.

Las panoplias documentadas en las tumbas de El Salobral tienen un reparto, en cuanto a tipo de tumba, bastante significativo. Han aparecido en la práctica totalidad de las tumbas tumulares, pero su presencia en otros tipos de enterramiento es también frecuente. Su mayor interés reside en haber aparecido, en la mayoría de las ocasiones, acompañadas de cerámicas griegas. Es por ello que, tras su necesaria restauración podrán ser fechadas con notable precisión, circunstancia ésta poco frecuente en este tipo de piezas aun a pesar de los buenos estudios que sobre las mismas se han realizado últimamente (CUADRADO 1989; QUESADA 1989).

La asociación más frecuente es *soliferreum* (en ocho); lanza (punta); falcata (con vaina) y escudo (manilla); a ellos podemos añadir como caso excepcional un posibles casco en la tumba tumular nº2. Tal y como comentábamos al inicio de este trabajo constituyen, como conjunto, la mayor y más completa panoplia albacetense y, probablemente, de los yacimientos castellanomanchegos excavados hasta el momento (fig.12).

Su presencia en estas tumbas de la 1.ª mitad del s.IV a.C. ratifica una pauta ya observada en otros yacimientos ibéricos sobre la introducción de estos objetos como parte del ajuar funerario a partir de este momento (BLANQUEZ 1993), si bien la panoplia ibérica ya estaba totalmente configurada desde un siglo antes como atestiguan, por ejemplo, las esculturas del Cerrillo Blanco de Porcuna esculpidas en torno al 490 a.C. (BLANQUEZ 1992b,130).

c).LAS ESCULTURAS.

El inventario de las piezas escultóricas y arquitectónicas aparecidas en El Salobral, si no muy amplio, es suficientemente significativo. Como características generales destacariamos su pequeño formato; su iconografía, exclusivamente zoomorfa y, por último, su descontextualización dentro de la necrópolis. Aparecieron, bien reutilizados como simple materia prima en la construcción de nuevas tumbas tumulares, al dejar de ser la escultura vehículo material del elevado estatus del difunto; bien simplemente caída entre tumbas tumulares posteriores.

Se trata, por un lado, de 5 fragmentos escultóricos, tres de ellos cabezas completas que, formalmente, corresponden a dos bóvidos, una cierva y un felino. Pero, paralelamente, también se han documentados varios fragmentos más, esta vez arquitectónicos, de dos cornisas diferentes, una decorada con ovas, en la línea del ejemplar nº.2 de Los Nietos (ALMAGRO-GORBEA;CRUZ 1981, 140) y una segunda, esta vez de nacela corrida, con paralelos abundantes en necrópolis albacetenses como Pozo Moro, Los Villares de Hoya Gonzalo y Caudete.

Todos ellos apuntan la existencia de, como mínimo, 4 tumbas tumulares rematadas con pilares-estela, si bien no podemos establecer una relación formal entre las esculturas y los elementos arquitectónicos. Hay, por último, un dato complementario de lo más sugerente. Nos referimos a la existencia de una tumba tumular hecha con sillares reutilizados, estratigráficamente posterior a un túmulo de sillarejo contiguo que reutilizó para su construcción algunos fragmentos escultóricos. Pues bien, dichos sillares modulados podrían corresponder a una tumba tumular anterior rematada con un pilar-estela con alguno de los animales aparecidos.

*d).*EL BARNIZ ROJO INDÍGENA.

Este tipo de cerámica aparece también en los ajuares, tanto de tumbas tumulares, como de sencilla cremación en hoyo. Responden, morfológica y tipológicamente hablando, a las pautas generales apuntadas en su día por E.Cuadrado y, posteriormente, por él mismo revisado (CUADRADO 1991); así como a estudios regionales cercanos a nuestro territorio sobre este tipo de producción (GARCIA CANO e INIESTA 1986; FERNANDEZ 1988). Esta producción indígena en el caso de El Salobral corresponde a cuencos pequeños y platos que cubren las urnas cinerarias. No muy abundante hasta la fecha en los yacimientos albacetenses las piezas de El Salobral suponen una notable ampliación. En este sentido recordemos las necrópolis de la Hoya de Santa Ana, con las tumbas nº.0 (BLANQUEZ 1990,275); El Llano de la Consolación, con la tumba tumular nº.76 (Campaña de 1948), esta vez acompañada de cerámica griega; y, por último en El Amarejo, con similar tipología aun tratándose de un asentamiento en hábitat (BRONCANO y BLANQUEZ 1985,181).

Los hallazgos de este tipo de cerámica en el interior peninsular son escasos y, si bien en ocasiones no ha sido adecuadamente publicada ni diferenciada de las producciones feniciopúnicas (FERNANDEZ 1988,314), su bajo porcentaje no parece que pueda sufrir un vuelco determinante con futuros descubrimientos.

CONCLUSIONES GENERALES.

Agotada la excavación de la necrópolis y a la espera de un estudio en profundidad podemos afirmar, no obstante, que nos encontramos ante una importante necrópolis cuya interpretación cultural va a suponer un notable avance en el conocimiento del mundo funerario ibérico.

La cronología del yacimiento abarca un periodo reducido que se extiende a lo largo de la 1.ª mitad del s.IV a.C. no habiéndose identificado, hasta el momento, tumbas más antiguas ya del s.Va.C. Su estratigrafía arqueológica supone, pues, la continuidad temporal con respecto a otras necrópolis recientemente excavadas en este mismo territorio caso, por ejemplo, de Los Villares (BLANQUEZ 1990,124 y ss.), con las ventajas de lectura estratigráfica que ello supone. De igual modo, coincide con fases representativas dentro de las necrópolis de La Hoya de Santa Ana y El Llano de la Consolación, que tan importante papel jugaron en el Sureste meseteño a tenor de la riqueza de sus ajuares. Todo ello, pues, permitirá a medio plazo matizar cuestiones significativas de estas antiguas excavaciones.

Dentro del territorio albacetense y hasta la década de los 90 la referencia obligada para el estudio de este periodo era El Tesorico (Agramón-Hellín). Sin embargo, la documentación disponible quedaba muy reducida al tratarse de una excavación de urgencia que aprovechó, en su día, el bajo nivel del pantano de Camarillas. Este, además, había causado un deterioro notable de los enterramientos, hasta el punto de que sólo se llegaron a documentar 8 enterramientos completos, dos de ellos tumulares con la cremación *in situ* (BRONCANO *et ALII* 1985,163). Posteriores trabajos, esta vez dentro del *Proyecto Tolmo de Minateda*, han sacado a la luz tres necrópolis más: una Situada al Norte del poblado, la llamada Necrópolis Norte (ABAD; GUTIERREZ;SANZ 1993,150); El Pozo de la Nieve, ubicada a 4 km. del Tolmo (LOPEZ 1995) y, por último, la del bancal del Estanco Viejo, parcialmente excavada por Federico de Motos en 1915, pero inédita hasta este momento (LOPEZ; SALA 1988-89).

La primera de ellas es de época tardía, por lo que aun a pesar de su importancia no interesa a las cuestiones que aquí tratamos. La segunda y tercera, respectivamente, abarcan un periodo cronológico mucho mayor, desde el s.V a.C, hasta la romanización, siendo la del Pozo de la Nieve (*fase II*) la que mayor interés tendrá en un futuro por ciertas similitudes con El Salobral: presencia abundante de estructuras tumulares, tanto de sillarejo, como en adobe; empleo de guijarros, bien para delimitar tumbas tumulares (LOPEZ 1995,268), bien como pequeños pavimentos, etc. Todas, en conjunto, nos permiten disponer para el Sureste meseteño de una estratigrafía arqueológica ceñida al mundo funerario que abarca toda la cultura ibérica, desde finales del s.VI a.C., hasta la romanización con las ventajas de contrastación e interpretación histórica que ello permite son evidentes.

El punto de partida que hemos podido establecer, de cara a una correcta valoración de los datos de El Salobral, ha sido asegurarnos que la parte conservada de la necrópolis era representativa con respecto al área desaparecida. Unido a ello estaba la cuestión cronológica, es decir, si el abanico temporal documentado en el sector excavado correspondería con el real abarcado por el resto de la necrópolis desaparecida y, en ambos casos, todo parece indicar que sí.

La doble estratigrafía -vertical y horizontal- documentada en dos campañas de excavación ha ratificado un mismo marco cronológico: la primera mitad del s.IV a.C. Sabemos que en el mundo ibérico la superficie de sus necrópolis no cambiaba con el tiempo y que éstas, normalmente, nunca tenían grandes dimensiones. Así se explican las típicas superposiciones tumulares, documentadas en las excavaciones, así como el abigarramiento generalizado de los enterramientos. De este modo las, aproximadamente, 80 urnas y las 10 ó 12 estructuras tumulares destruidas a causa del desmonte no serían indicadores de una gran área desaparecida sino, más bien, de un sector algo mayor que el excavado y, como éste, intensamente utilizado. Paralelamente, los materiales recuperados por personal del Mu-

seo de Albacete, con anterioridad a las excavaciones (BLANQUEZ 1991,37 y ss.); o aquellos otros donados por gente de la pedanía ratifican un horizonte cronológico similar al documentado en las excavaciones. Por último, la pronta finalización del inventario definitivo de los ajuares de la necrópolis y la aplicación del método de análisis multivariante (ACL y AF) pensamos que ratificará, enriqueciéndolo, estas conclusiones.

El estudio espacial y tipológico de las tumbas de El Salobral permiten una diferenciación de la necrópolis en dos *fases* sucesivas. De la primera muy poco ha llegado hasta nosotros. Su existencia tan sólo es rasteable gracias a los fragmentos arquitectónicos y escultóricos reutilizados en tumbas posteriores, o abandonados entre éstos al carecer ya de valor social. No se ha documentado ninguna tumba que por su ajuar, globalmente estudiado, pueda fecharse en el s.V a.C., por lo que las tumbas rematadas con pilares-estela, *a priori*, no tiene por qué fecharse en aquel momento. Sin ningún problema estilístico, ni estratigráfico, encajan bien en los primeros años del s.IV a.C., marcando el arranque físico de la necrópolis.

En este sentido han sido útiles las referencias proporcionadas por el Tmlo.nº3, en el que apareció reutilizada una cabeza de felino. El enterramiento se fecha a finales del primer cuarto del s.IV a.C., o inicios del siguiente, gracias a la presencia en el ajuar funerario de cerámicas importadas. A partir de ello varios son los aspectos a tener en cuenta. Por un lado, el enterramiento tumular supone un preciso criterio cronológico *post quem* con respecto a la tumba con la escultura y, por ello, de la primera fase de la necrópolis. Por otro lado, ratifica el momento de destrucción, o abandono, de la escultura ibérica en torno al paso del primero al segundo cuarto del s.IV a.C. (BLANQUEZ 1992a,261), al menos para este territorio.

Pero la reutilización de elementos anteriores, ya como simple materia prima, no acaba con este ejemplo. Así, el Tmlo.nº7, con una posición estratigráfica posterior a los Túmulos nº.3 y 4, está construido con dos sillares reutilizados, claramente modulados, propios de una tumba tumular rematada por un pilar-estela; quizás por alguno de los parcialmente documentados (fig.10). Si bien esta última cuestión nunca podrá precisarse, es verdad que la totalidad de las tumbas tumulares de la *fase II* están levantadas en sillarejo.

Un estudio más preciso es posible realizarlo en la *fase II*. La diferencia tipológica más clara, en relación con el momento anterior, fue el abandono de la arquitectura y la escultura monumental. Dentro de esta segunda *fase* matizaríamos dos *momentos* consecutivos sin solución de continuidad dado por el hecho de que a partir de un momento tardío los tumbas, cada vez más sencillas en sus tipos, se colocaban ya sin ningún orden llegando a romper enterramientos anteriores. No obstante, sus ajuares no acusan cambios notables reflejo de significativas transformaciones sociales. En la *fase II* también se han documentado cenotafios que cumplen todas las características, tipológicas y de ritual, que el resto de las tumbas llegando al caso de incluir la panoplia cremada.

La existencia, entre otros aspectos, de dobles deposiciones en las tumbas es otra cuestión a resaltar. Reflejo de una evidente complejidad ritual funeraria habrá que encajarlo con una supuesta democratización social de los enterramientos, teóricamente deducible por abandono de la escultura funeraria, o la mayor presencia de cerámicas griegas. La acumulación de bienes de prestigio es otra cuestión muy ligada a lo anterior. Así, la Tumba nº.5, con doble deposición, es uno de los ajuares más importantes documentado en la necrópolis con un mínimo de 8 piezas áticas a las que habría que añadir las 5 cerámicas decoradas con pintura blanca que, en algunos casos llegan a imitar la tipología y los elementos decorativos griegos (fig.8 y 9).

Varias son las cuestiones de muy diversa índole que en un futuro inmediato vamos a poder replantearnos gracias a sus materiales. Las relaciones comerciales y culturales del territorio meseteño con la Alta Andalucía y Sureste Peninsular puestas de manifiesto, entre otros elementos, por las urnas con decoración sobreestucada; la utilización de cantos rodados (fig.11); las cerámicas griegas de figuras rojas, etc. Todo ello colaborará, pensamos que de manera inequívoca a la hora de determinar las rutas seguidas en la comercialización de aquellos mismos materiales; el supuesto papel de Villaricos, de Cástulo; la vigencia, o no, de la llamada ruta de los santuarios. Paralelamente, los materiales en su conjunto permitirán profundizar en la estructuración social ibérica, precisando aspectos de sociales, de ritos funerarios... comparándolo con otros yacimientos de la envergadura de El Cigarralejo, Coimbra del Barranco Ancho, o El Cabecico del Tesoro. Todo ello apoyado en el incuestionable ventaja que supone basarse en datos contextualizados recientes.

BIBLIOGRAFIA.

ABAD CASAL,L.; GUTIERREZ LLORET,S.; SANZ GAMO,R.(1993):»El proyecto de investigación arqueológica *Tolmo de Minateda* (Hellín,Albacete): nuevas perspectivas en el panorama arqueológico del sureste peninsular». *Patrimonio Histórico. Arqueología* nº.6 *Arqueología en Albacete*. Toledo.147-176.

ABASCAL PALAZON,J.M.; SANZ GAMO,R.(1993): *Bronces antiguos del Museo de Albacete*. Albacete.

ALMAGRO-GORBEA,M.(1983): «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura ibérica». *Madrider Mitteilungen* 24.177-293.

-ALMAGRO-GORBEA,M.; CRUZ PEREZ, L.(1981): »Los monumentos funerarios ibéricos de Los Nietos (Murcia)». *Saguntum* 16.137-148.

AMITRANO BRUNO,R.(1988):»Un replanteamiento de las restauración de algunas piezas de barniz negro de *Hoya de Santa Ana*, Albacete». *Iº.Congreso de Historia de Castilla-La Mancha*. Tomo IIIº.*Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*. 317-326.

BLANQUEZ PEREZ,J.(1986): *El proceso de iberización en el Sureste de la Meseta*. Tesis Doctoral leída en la Universidad Autónoma de Madrid, inédita.

BLANQUEZ PEREZ,J.(1990): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta. Estudio arqueológico de las necrópolis ibéricas de la provincia de Albacete*. Albacete.

BLANQUEZ PEREZ,J.(1991): «Los iberos». Catálogo de la Exposición *Albacete en su Historia*. Albacete, 27-52.

BLANQUEZ PEREZ,J.(1992a): «Las necrópolis ibéricas en el Sureste de la Meseta». *Congreso de Arqueología Ibérica: Las necrópolis*. (J.Blánquez y V.Antona *Edts.*). *Serie Varia* 1.235-278.

BLANQUEZ PEREZ,J.(1992b): «Nuevas consideraciones en torno a la escultura ibérica». *Cuadernos de prehistoria y Arqueología. Universidad Autónoma de Madrid* 19.121-143.

BLANQUEZ PEREZ,J.(1993): «Caballeros y Aristocracia en el s.V a.C.». Coloquio Internaconal *Iconografía ibérica e iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura*. Roma 1993. *Serie Varia* 3,Madrid 1996 (e.p.).

BLANQUEZ PEREZ,J.(1995):»El mundo funerario en la cultura ibérica». *Arqueoloxía da Morte. Arqueoloxía da Morte na península Ibérica desde as Orixes ata o Mediero*. Xinzo de Limia, 251-276.

BLANQUEZ PEREZ,J.; ROLDAN GOMEZ,L.(1995): Descripción de materiales en la Exposición *El mundo ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000* J.Blánquez *Ed.Cfco.*(1995). Toledo.

BRONCANO RODRIGUEZ,S.; BLANQUEZ PEREZ,J.(1985): *El Amarejo (Bonete, Albacete). Excaraciones Arqueológicas en España* 139.Madrid.
BRONCANO RODRIGUEZ *et ALII*.(1985): «La necrópolis de *El Tesorico* (Agramón-Hellín, Albacete). *Noticiario Arqueológico Hispánico* 20,43-181.
CABRE,J.(1925): «La cámara de Toya». *Archivo Español de Arte y Arqueología* 1,73-
CABRE,J.; DE MOTOS,F.(1920): «La necrópolis ibérica de Túgi (Galera, provincia de Granada). *Memoria* de las excavaciones practicadas en la campaña de 1918». *Junta Superior de Excaraciones y Antigüedades* nºGral:25; nº 4 de 1918.
CUADRADO DIAZ,E.(1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula,Murcia). Bibliotheca Praehistorica Hispana* vol.XXIII. Madrid.
CUADRADO DIAZ,E.(1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia).* Colección *Documentos. Serie Arqueológica* nº.3.Murcia.
CUADRADO DIAZ,E.(1991):»La cerámica ibero-céltica de barniz rojo». *Trabajos de Prehistoria* 48,349-356.
CHAPA BRUNET,T.(1980): «Las esfinges en la plástica ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 37,309-344.
FERNANDEZ RODRIGUEZ,M.(1988): «Estado actual de la investigación de la cerámica de barniz rojo en Castilla-La Mancha». *Iº.Congreso de Historia de Castilla-La Mancha.* Tomo IIIº.*Pueblos y culturas prehistóricas y protohistóricas (2)*.309-316.
GARCIA y BELLIDO,A.(1943): *La dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941*. Madrid.
GARCIA CANO,J.M.(1981):*Cerámicas griegas de la región de Murcia. Biblioteca básica murciana* nº.6. Murcia.
GARCIA CANO,J.M.(1985-86):»Informe sobre la Vª.Campaña de Excavaciones en la necrópolis ibérica de *El Poblado* de Coimbra del barranco Ancho (Jumilla)». *Memorias de Arqueología. Excavaciones y Prospecciones en la Región de Murcia* 2,149-163.
GARCIA CANO,J.M.(1989):»La necrópolis del Cabecico del Tesoro (Verdolay,Murcia). Campaña de 1989». *Memorias de Arqueología* 4,83-91.
GARCIA CANO,J.M.(1994):»El pilar-estela de Coimbra del barranco Ancho (Jumilla, Murcia». *Revista de estudios Ibéricos* 1,173-201.
GARCIA CANO,J.M.; INIESTA SANMARTIN,A.(1986):»Aproximanción a la cerámica de barniz rojo ibero-tartéssica en la región de Murcia». *Congreso Nacional de Arqueología* ,561-569. Zaragoza.
LOPEZ PRECIOSO,J.F.; SALA SELLES,F.(1988-89):»La necrópolis del Bancal del Estanco Viejo (minateda-Hellín,Albacete)». *Lucentum* VII-VIII,133-159.
LOPEZ PRECIOSO,F.J.(1995):»La necrópolis ibérica del Pozo de la Nieve (Torreuchea-Hellín,Albacete)». Catálogo de la Exposición *El Muundo Ibérico: una nueva imagen en los albores del año 2000*. J.Blánquez *Ed.Científico*. Colección *Imágenes y Palabras* 18. Toledo,267-273.
NEGUERUELA,I.(1990): *Escultura ibérica en el Museo de Jaén*. J.L.Chicharro Chamorro *Ed.Ctco.* Linares.
OLMOS ROMERA,R.(1996a): «Signos y lenguajes en la escultura ibérica. Lecturas conjeturales». *Al otro lado del espejo: aproximaciones a la imagen ibérica. Linx* 1,Madrid (e.p.).
OLMOS ROMERA,R.(1996b): «Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico». *Al otro lado del espejo: aproximaciones a la imagen ibérica Linx* 1.Madrid, 99 y ss.
PAGE DEL POZO,V.(1984): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia. Iberia Graeca*. Serie Arqueológica 1, Madrid.
PARIS,P.(1903): *Essai sur L`Art et L`Industrie de L`Espagne Primitive*. T.1º. París.
PICAZO,M.(1977):*La cerámica ática de Ullastret. Publicaciones eventuales* nº.28, Barcelona.
QUESADA SANZ,F.(1989): *Armamento, Guerra y Sociedad en la necrópolis ibérica de «El Cabecico del Tesoro» (Murcia, España). BAR International Series* (502 (I y II).Oxford.
QUESADA SANZ,F.(1992): *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Alicante 1992.
ROUILLARD,P.(1991): *Les grecs et la Péninsule Ibérique du VIIIº au IVº siècle avant Jésus-Christ*. Paris.
SALA SELLES,F.(1993):»La cerámica de importación de los siglos VI-IV a.C. en Alicante y su repercusión en el mundo indígena». *Huelva Arqueológica* XIII.1,275-296.
SANCHEZ,C.(1993):»El comercio de vasos áticos en Andalucía Oriental en el s.IV a.C.. El *taller del pintor del tirso negro. Huelva Arqueológica* XIII.1,201-216.
SANCHEZ MESEGUER,J.L. y QUESADA SANZ,F.(1992):»La necrópolis del cabecico del Tesoro (Verdolay,Murcia). *Serie Varia* 1,349-396.
SANZ GAMO,R. y LOPEZ PRECIOSO,F.L.(1994):»Las necrópolis de Albacete. Nuevas aportaciones al catálogo de escultura funeraria». *Revista de Estudios Ibéricos* 1,203-246.
TRIAS DE ARRIBAS,G.(1967): *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*. Valencia, tomo I.Texto; tomo II (Indices y Láminas) Valencia 1968.

EL USTRINUM 11/126 DE LA NECROPOLIS IBERICA DE CASTELLONES DE CEAL (HINOJARES, JAEN). ESTUDIO DE SUS MATERIALES METALICOS

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 209 - 215

T. Chapa Brunet
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE. MADRID

F. Gómez Bellard
DEPARTAMENTO DE MEDICINA LEGAL.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE. MADRID

P. Gómez
LABORATORIO DE ARQUEOLOGIA. I.C.R.B.C.
MINISTERIO DE CULTURA

S. La Niece
DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS. MUSEO BRITANICO. LONDRES

A. Madrigal Belinchón
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE. MADRID

I. Montero
LABORATORIO DE ARQUEOLOGIA. I.C.R.B.C.
MINISTERIO DE CULTURA

J. Pereira
AREA DE PREHISTORIA.
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA. CAMPUS DE TOLEDO

S. Rovira
DEPARTAMENTO DE CONSERVACION Y RESTAURACION.
MUSEO ARQUEOLOGICO NACIONAL. MADRID

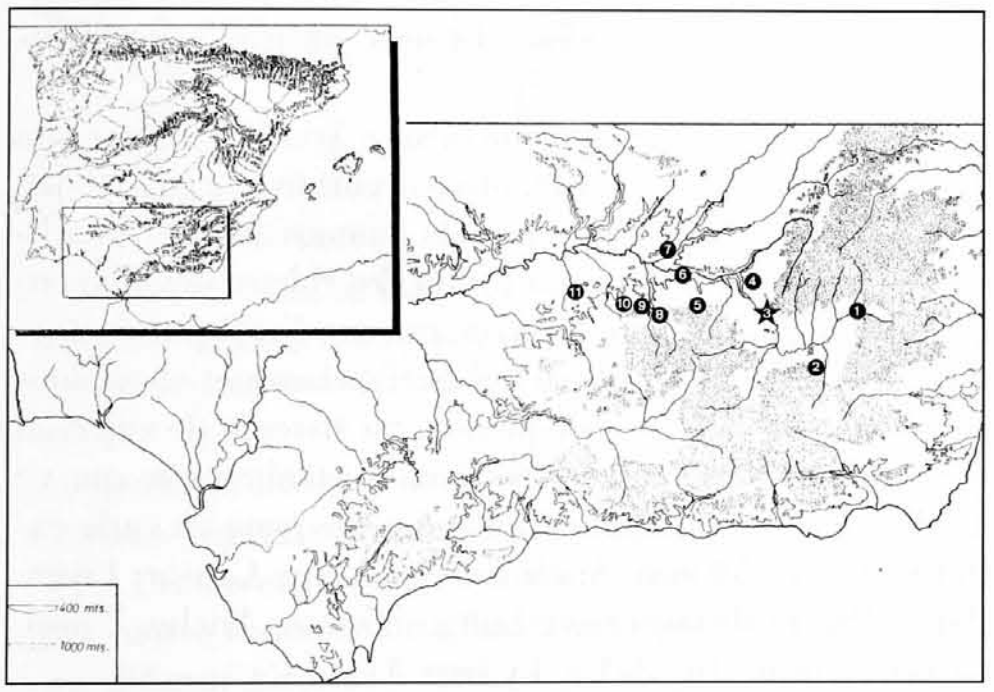


Figura 1.- Principales yacimientos ibéricos de la Alta Andalucía. 1.- Galera. 2.-Baza. 3.- Castellones de Ceal. 4.- Toya. 5.- Cerro Alcalá. 6.- Puente del Obispo. 7.- Cátulo. 8.- La Guardia. 9.- Puente Tablas. 10.- Cerro Villargordo. 11.- Porcuna.

Queremos participar en este homenaje a la Dra. A. M. Muñoz presentando una de las piras correspondiente al cementerio ibérico de Los Castellones de Ceal (fig. 1). El reconocimiento y análisis detallado de estas estructuras de cremación supone un complemento imprescindible en la investigación de toda necrópolis, ya que, como resulta evidente en este caso, el proceso funerario es más complejo de lo que parece cuando se estudian únicamente las sepulturas. La evaluación de los índices de estatus/riqueza entre individuos no tiene en cuenta la posible pérdida de algunos elementos a lo largo del ritual. Este caso puede ser especialmente grave en lo relativo a los elementos de vestido, que se queman y destruyen junto con el cádaver, y cuyo deterioro puede llevar a que sean descartados como parte del ajuar. Esto plantea un problema añadido cuando las piras no se sitúan debajo de las construcciones sepulcrales y, por lo tanto, la vinculación tumba/*ustrinum* es incierta. El caso aquí expuesto es un buen ejemplo de esta problemática, que muestra la complejidad y variabilidad del comportamiento funerario ibérico.

LA ESTRUCTURA DE CREMACIÓN Y EL PROCESO RITUAL

El *ustrinum* 11/126 se situa en el extremo Suroeste del área excavada en los trabajos de intervención en la necrópolis desarrollados por tres de nosotros entre 1985 y 1990 (T.C.B., J.P.S., A.M.B.). Se trata de una fosa excavada en el terreno y revestida de arcilla. Su planta es rectangular,con las esquinas redondeadas, orientada de E. a O. y alineada junto al muro que delimitó el cementerio por el Sur en una fase anterior (Fig. 2). Su longitud máxima E.- O. es 2'30 m., su anchura 1'62 m. y su profundidad 0'50 m. En esta cubeta se procedió a la cremación de un cadáver, de la que quedaban restos de carbones y cenizas mezcladas con vestigios óseos y elementos de vestido. Los bordes de la pira muestran la acción del fuego por el color negro y rojo de la arcilla. Posteriormente cayeron sobre ella adobes encalados, probablemente pertenecientes al muro contiguo; finalmente, un fragmento de molino circular procedente del área superior del poblado se depositó sobre todo ello debido a la erosión de la ladera.

En esta pira se procedió a la cremación de un individuo de sexo no determinable, cuyos restos eran escasos debido a la recogida realizada para su enterramiento. Su estudio (F.G.B.) ha permitido distinguir los siguientes elementos:

Neurocráneo	3 grs.
Esplacnocráneo	1 grs.
Huesos largos	13 grs.
Restos no identificables	39 grs.
Peso total	56 grs.

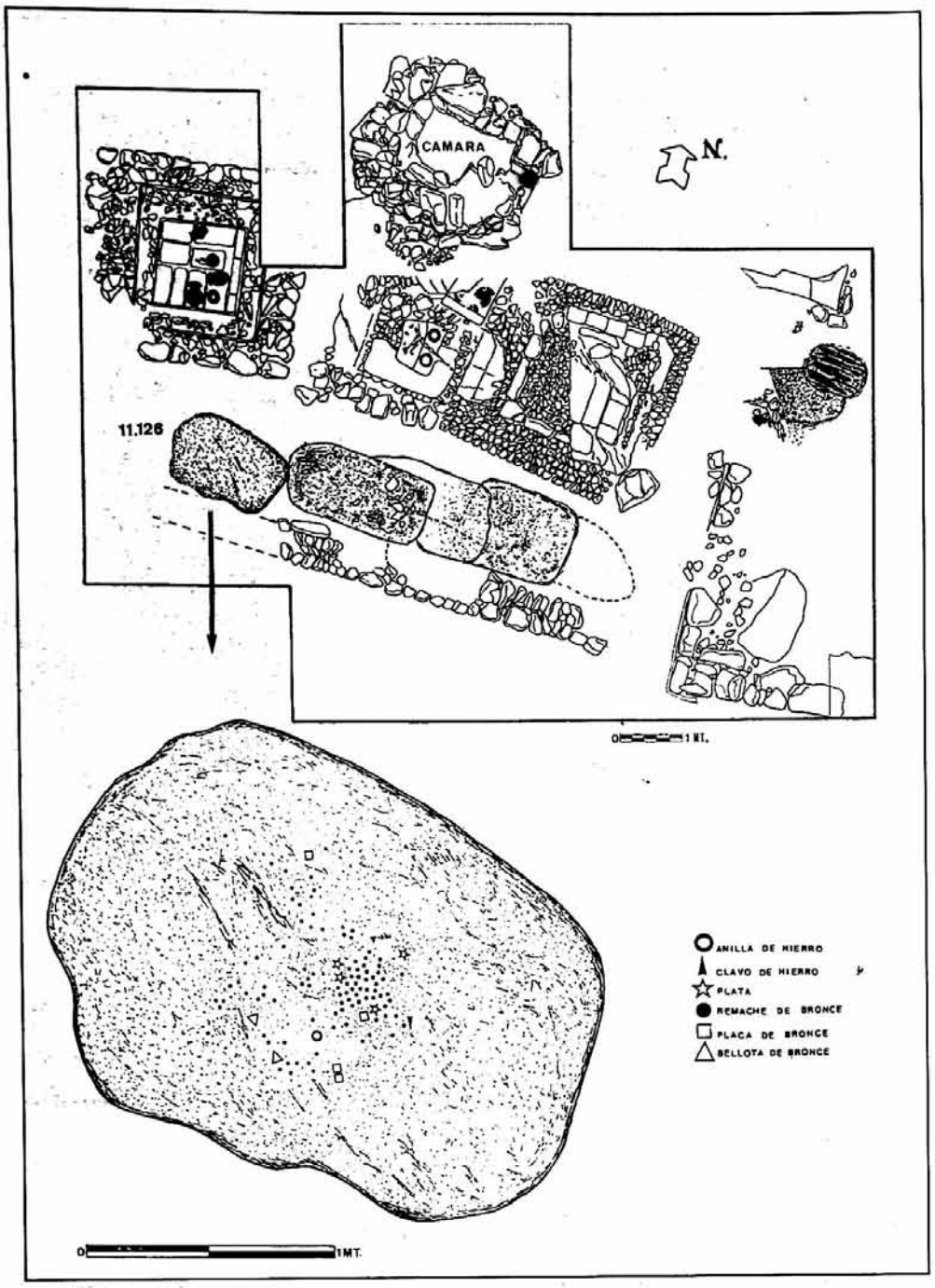


Figura 2.- Estructuras funerarias y *ustrina* de una de las fases de utilización de la necrópolis de Castellones de Ceal (Jaén). Con la planta y distribución de los restos metálicos del ustrinum 11/126.

La coloración de los huesos delata una combustión intensa y prolongada. El neurocráneo que nos ha llegado está constituido por tres fragmentos de calota craneal sin restos de sutura, de un espesor medio de 4 mm., propio de adulto. Los huesos largos, propios también de sujeto adulto, no permiten una diferenciación sexual.

Teniendo en cuenta que las tumbas de este yacimiento presentan siempre los restos quemados introducidos en urnas, y que cada una de ellas contiene una gran cantidad de huesos, podemos concluir que nos encontramos ante los restos de un individuo abandonado en el lugar de la cremación después de la recogida de los vestigios más significativos, que serían trasladados a una sepultura en el interior de un recipiente cerámico. En la pira no se recogieron huesos de animales, pero sí otros elementos que describimos a continuación.

MATERIALES RECUPERADOS EN EL USTRINUM

Fragmento de borde de cuenco liso y quemado. Diám.: 19 cm. Altura: 3'2 cm. Correspondiente al tipo 16-D de Pereira (1988: 169), fechado entre los siglos IV y III a.C. (fig. 3-4).

Clavo de hierro de sección circular. Long.: 30 mm. Diám.: 18 mm. (cabeza) (fig. 3-22).

Clavillo de bronce de sección circular. Long.: 14 mm. Diám.: 7 mm. (cabeza). Grosor: 2 mm. (fig. 3-17).

Anilla de hierro de sección circular. Grosor: 12 mm. Diám.: 38 mm. (fig. 3-23).

472 remaches de bronce de cabeza redonda. Long.: 6'5 mm. Diám.: 6'5 mm. (fig. 3-20).

38 remaches de bronce de cabeza cuadrada. Long.: 6'5 mm. Ancho: 6 mm. (fig. 3-19).

151 apliques hemisféricos huecos de bronce con lámina de plata. Altura: 5 mm. Diám.: 1'2 mm. Grosor: 1 mm. (fig. 3-18).

3 grapillas de bronce. Long.: 13 mm. Ancho: 8 mm. Grosor: 5 mm; formadas por una barrita de sección de cinta, doblada sobre sí misma y con los extremos remachados. Ancho: 4 mm., Grosor: 1'5 mm. (fig. 3-16).

7 apliques circulares de bronce con lámina de plata, tienen el aspecto de botones y presentan una decoración repujada con forma de roseta de cinco pétalos, rodeada de una línea de gránulos. Diám.: 21 mm. Altura: 3 mm. Grosor: 1 mm. (fig. 3-13).

11 apliques circulares, con forma de botón, de plata dorada; decorados con un gran botón central enmarcado por una línea de puntos. Diám.: 18 mm. Altura: 4 mm. Grosor: 1 mm. (fig. 3-14).

5 apliques semejantes a los anteriores pero de dimensiones más reducidas. Diám.: 14 mm. Altura: 3 mm. Grosor: 1 mm. (fig. 3-15).

2 apliques triangulares de bronce, recubiertos por una lámina de plata dorada. El motivo decorativo principal que presentan es una bellota repujada, enmarcada por una línea que en la parte superior forma dos roleos, dejando entre ellos un pequeño conjunto de puntos. En la parte superior aparece una linea de tres pequeños botones alternados por grupos de dos más pequeños. Su sistema de sujeción se realiza mediante una barra situada en el reverso que va unida a la placa mediante dos remaches, uno en cada extremo. Long.: 54 mm. Anch. máx.: 27 mm. Grosor: 1 mm. Para la barra de sujección: Long.: 55 mm. Ancho: 7 mm. Grosor: 2 mm. (fig. 3-1 a 3 y lám. 1).

4 apliques rectangulares de bronce con lámina de plata dorada. Su sistema de sujección se realiza mediante cuatro remaches situados en las esquinas. Presentan una decoración repujada, en sentido apaisado, con motivos difíciles de describir e interpretar a acusa de la fragmentación de las piezas. Sólo se conservan completas dos de ellas, con su superficie muy alterada a consuencia del calor soportado durante la combustión en la pira. La placa completa mejor conservada (fig. 3-5) parece mostrar una escena zoomorfa en la que un bóvido caído en sus cuartos traseros intenta levantarse ante el ataque de un carnívoro que se sitúa sobre él. La escena queda enmarcada por dos metopas con motivos fitomorfos muy estilizados, situadas en los extremos. Altura: 20 mm. Ancho: 35 mm. Grosor máximo: 5 mm. (1 mm. el de la placa). (fig. 3-5 a 8).

Varios fragmentos de una cinta de plata, muy deformados por el calor por lo que no es posible recuperar la escena figurada que muestran, en tres fragmentos unidos (fig. 3-9). Una palmera parece ser el eje de la composición , situándose a su derecha un animal rampante (¿carnívoro?), detrás pueden aparecer motivos vegetales que continuen situando al escena. Otro fragmento presenta los cuartos tra-

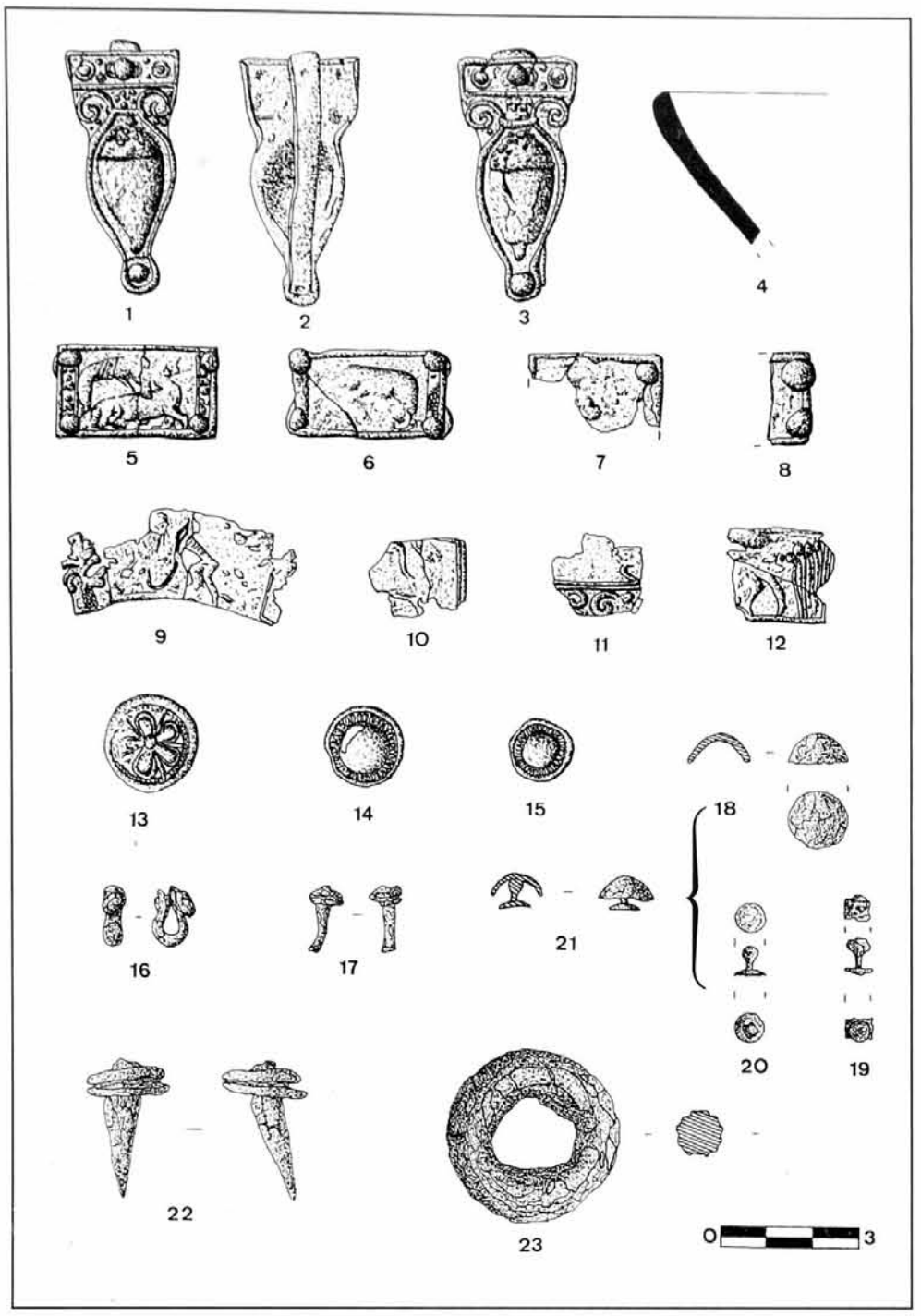


Figura 3.- Selección de los principales elementos de cerámica y metal aparecidos en el *ustrinum* 11/126 de la necrópolis de Castellones de Ceal.

seros de un bóvido detrás de los que aparecen unos elementos vegetales rematados en capullos cerrados (fig. 3-12). Un tercer fragmento muestra dos roleos (fig. 3-11) y un cuarto restos de una figura zoomorfa (fig. 3-10). Altura: 20 mm. Grosor: 1 mm.

ESTUDIO TÉCNICO DE ALGUNOS MATERIALES METÁLICOS

Entre los numerosos objetos metálicos recuperados hay una serie cuyo aspecto indica la aplicación de complejas técnicas de embellecimiento de sus superficies, de los cuales se han seleccionado muestras para determinar con mayor precisión la naturaleza de las mismas. Cuatro tipos de objetos han sido estudiados: apliques hemisféricos, remaches y apliques circulares decorados.

Los análisis se han llevado a cabo en los laboratorios del I.C.R.B.C. (Ministerio de Cultura) (I.M., P.G. y S. R.) y en el Departamento de Investigaciones Científicas del Museo Británico (S. La Niece), mediante la combinación de diferentes técnicas según las necesidades planteadas a lo largo de la investigación: fluorescencia de rayos X (XRF), microscopía de barrido electrónico (SEM), corriente inducida de plasma (ICP) y metalografía microscópica.

a).- Apliques hemisféricos (fig. 3-18). Los primeros análisis cualitativos realizados mediante XRF sobre la superficie exterior, que presentaba una fuerte corrosión y su-

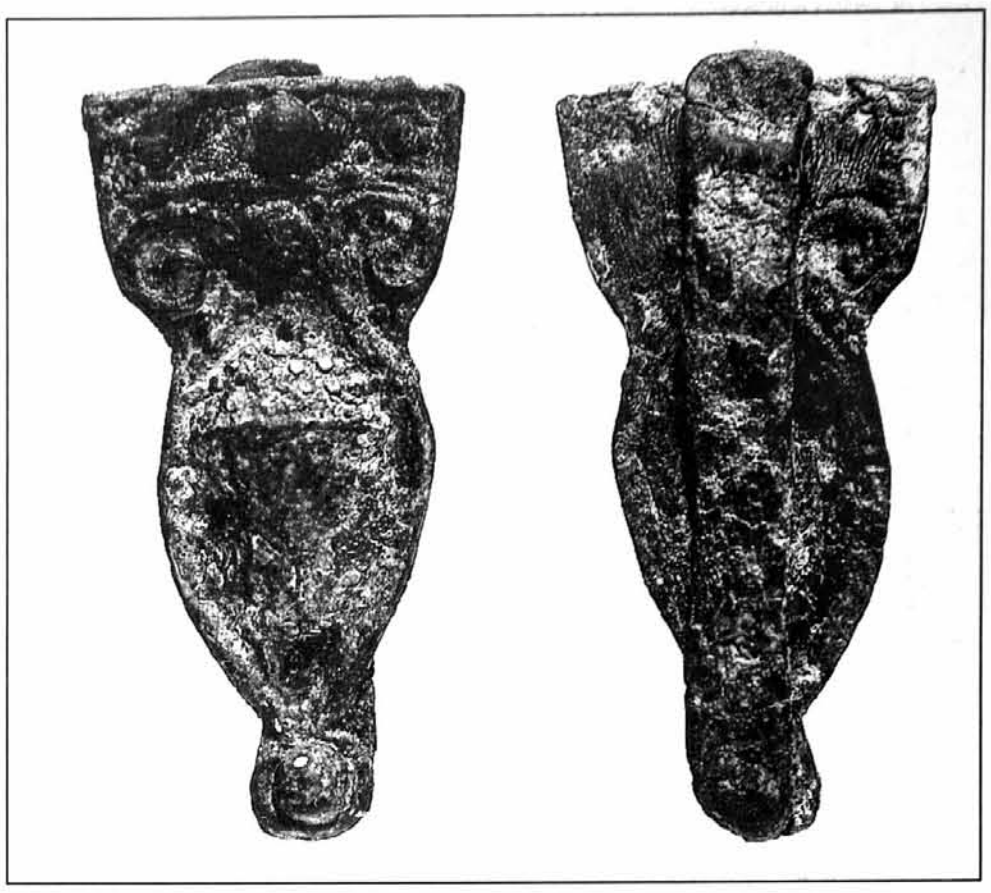


Lámina 1.- Anverso y reverso de uno de los dos apliques apliques triangulares decorados con una bellota.

ciedad, revelaron la presencia de cantidades elevadas de plata y cobre junto con otros elementos en menor proporción como estaño y plomo, y en algunas ocasiones también oro, como muestra la siguiente tabla:

VALORES EXPRESADOS EN CCP

Análisis	Ag	Au	Cu	Sn	Pb
PA5302-1	2355	3,22	71,43	9,78	5,46
PA5302-2	2170	6,16	58,44	15,77	5,73

Esta combinación tan atípica de elementos químicos nos hizo pensar en la posibilidad de que se tratara de objetos de bronce cubiertos con una fina lámina de plata, más que obedecer a una aleación singular. Para confirmarlo efectuamos análisis en la superficie interna de las mismas los cuales revelaron la ausencia de plata demostrando que, en efecto, se trataba de una base o soporte metálico de una aleación ternaria muy rica en plomo, recubierta exteriormente por su cara vista con una lámina de plata. La composición de la aleación de este soporte es la siguiente:

Valores expresados en % en peso

Análisis	Cu	Pb	Sn	Fe	Ni	Sb
PA5302-3	45,3	49,5	4,87	0,14	0,17	0,007
PA5302-4	76,5	17,2	5,62	0,36	0,28	0,013
PA5302-5	79,5	14,7	5,32	0,14	0,27	0,016

La detección de estaño y plomo en los análisis cualitativos realizados en la superficie exterior está, pues, en relación con el cobre y la aleación subyacente a la capa de plata, y sus productos de corrosión se han expandido llegando a emerger a la superficie. Sin embargo, el oro detectado en alguno de estos apliques planteaba dos opciones a confirmar: o se trataba de impurezas presentes en la plata, cosa bastante frecuente en la platería de la Edad del

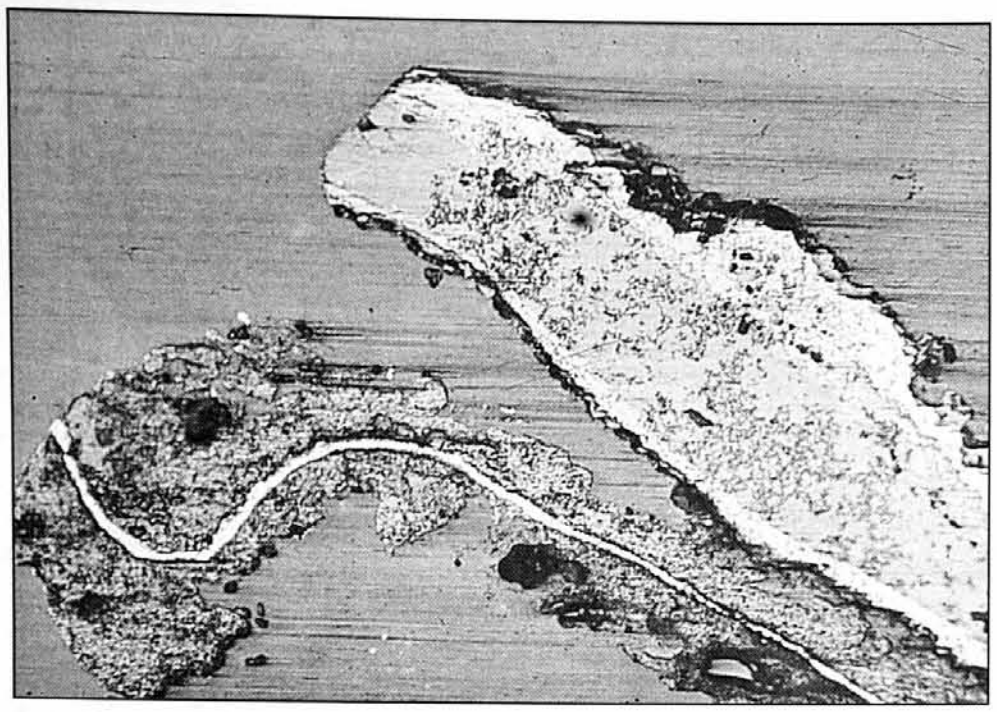


Lámina 2.- Imagen metalográfica de la sección del casquete hemisférico PA5302 correspondiente al borde. La delgada lámina de plata del recubrimiento (color blanco) se encuentra despegada por el efecto expansivo de los productos de corrosión del soporte de bronce (que también se encuentra totalmente oxidado). La curvatura del extremo de la lámina de plata indica que se encontraba doblada abrazando el borde del casquete. 100x.

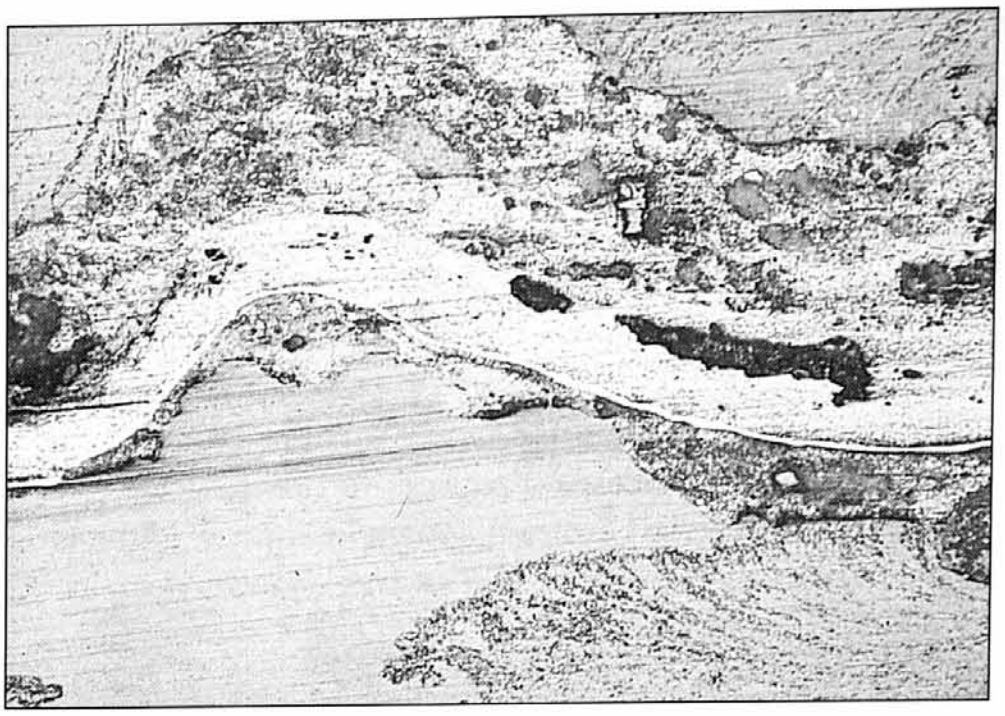


Lámina 3.- Imagen metalográfica de la sección del aplique PA5304. La chapa de plata (banda de color gris claro) se encuentra totalmente mineralizada y esponjosa. Su superficie está recubierta por una fina hoja de pan de oro (color blanco). 100x.

Hierro de la Península Ibérica[1], o eran debidas a un dorado superficial de la plata, técnica también conocida desde antiguo.

El examen detallado de estos apliques con el microscopio electrónico de barrido confirmó la presencia de oro en la superficie procedente de una fina capa de dorado. El espesor de la capa de plata es aproximadamente de 70 micras (0,07 mm.), mientras que la del oro, difícil de precisar, no pasaría de unas pocas micras. La lámina de plata queda sujeta sobre el bronce plomado mecánicamente mediante un dobladillo o pestaña continua que abraza el borde del aplique, como se observa en la imagen metalográfica (lám. 2). Pero en ninguno de los análisis de los dos casquetes estudiados ha sido detectado mercurio, lo que hace desestimar el empleo de la técnica de dorado con amalgama de mercurio[2] para fijar el oro.

La ausencia de mercurio parece corroborar los datos publicados hasta la fecha, en base a los cuales se admite comúnmente que el dorado con azogue no se generalizó antes del siglo II d.C. (Oddy, 1991: 129; La Niece, 1993: 207). Sin embargo hay algunas evidencias anteriores procedentes del mundo céltico, recogidas por Oddy (1993: 178-180), que remontan las fechas hasta el siglo I a.C.[3]

Un texto clásico como la obra *De Architectura* de Vitruvio, escrita en el siglo I a.C., ya menciona de pasada en el Libro VII, Capítulo VIII el procedimiento de dorar con mercurio[4], por lo que nada tiene de particular que fuera una técnica conocida con anterioridad aunque no se empleara con profusión. Como las piezas que estamos estudiando proceden de la necrópolis del poblado podría darse la circunstancia que la fuerte acción térmica a la que pudieron verse sometidas durante la cremación del cadáver de su propietario hubiera provocado la completa evaporación del mercurio. Pero si realmente no es un dorado con azogue, hipótesis muy razonable, ¿cómo se doró la plata?. Lo más probable es que se haya dorado aprovechando la propiedad física que tienen estos metales nobles de interdifundirse en estado sólido a alta temperatura. Según Oddy (1993: 176-177) el método consiste en superponer una hoja de pan de oro a la lámina de plata y calentarlas. En esas condiciones los metales se mezclan sin llegar al estado líquido y, tras pulir la superficie, queda una capa extremadamente delgada de oro. Este procedimiento surgió a finales del II milenio en el Próximo Oriente y fue utilizado con frecuencia por griegos, etruscos y romanos[5].

Se ha revisado una docena de estos apliques hemisféricos y todos ellos responden a la misma técnica general de cubrir con una lámina de plata un soporte de bronce plomado. Sin embargo no en todos ellos ha sido posible detectar oro, bien por el precario estado de conservación de

(1) En la amplia serie de materiales analizados dentro del Proyecto de Arqueometalurgia de la Península Ibérica hemos detectado la presencia de cantidades significativas oro como impureza en la plata de época ibérica y celtibérica, tanto en monedas (Sejas, 1993) como en objetos de adorno; tal es el caso de la placa decorada de El Amarejo (Rovira, Consuegra y Montero, 1992) o de numerosas piezas del Tesoro de Arrabalde (Perea y Rovira, 1995).

(2) En los análisis mediante corriente inducida de plasma efectuados en el Museo Británico el límite de detección para el mercurio, relativo al contenido de oro, ha sido establecido en 0,5 %, cantidad suficiente para revelar su presencia residual en una amalgama oro-mercurio.

(3) A ellas habrá que añadir en su momento cuatro fíbulas ibéricas cordobesas de Cañete de las Torres y Almadenes-Pozoblanco, analizadas por el Proyecto de Arqueometalurgia, doradas con azogue. María Luisa de la Bandera está redactando su estudio. En la revisión que hace algunos años realizaran Angoso y Cuadrado (1981) se sitúan las fíbulas con escenas venatorias dentro del lapso cronológico de los siglos III al I a.C. y bien podrían pertenecer estos ejemplares azogados a las postrimerías del mundo ibérico. Tampoco es ocioso recordar la raigambre céltica de estas piezas, con prototipos en La Tène II y III.

(4) «Sirve el azogue para muchas cosas: en efecto, sin él no se puede dorar bien ni la plata ni el bronce» (Vitruvio, 1980: 188). Oddy, basándose en este texto de Vitruvio y otro de Plinio el Viejo, admite una fase de dorado con mercurio en frío, anterior al dorado a fuego (Oddy, 1993: 1978). Consistía en aplicar por frotación una delgada capa de mercurio sobre el metal de base y sobre él una delgada lámina de oro. El mercurio formaría amalgama con el oro actuando como un pegamento. A los pocos días el mercurio se habría evaporado. Pero esta técnica no es propiamente un dorado sino un chapado. Y, desde luego, no están doradas de ese modo las fíbulas ibéricas mencionadas en la nota anterior.

(5) Conocemos un buen número de vasos, fíbulas, pulseras y otros objetos ibéricos de plata con superficies doradas cuyos análisis no han dado mercurio, lo cual nos hace pensar que este método de dorado era bastante corriente entre los plateros de la época. Los objetos en cuestión forman parte de tesorillos andaluces y no han podido «perder» el mercurio bajo la acción de un fuego intenso. Los análisis, aún inéditos, fueron realizados para un proyecto que desarrolla María Luisa de la Bandera.

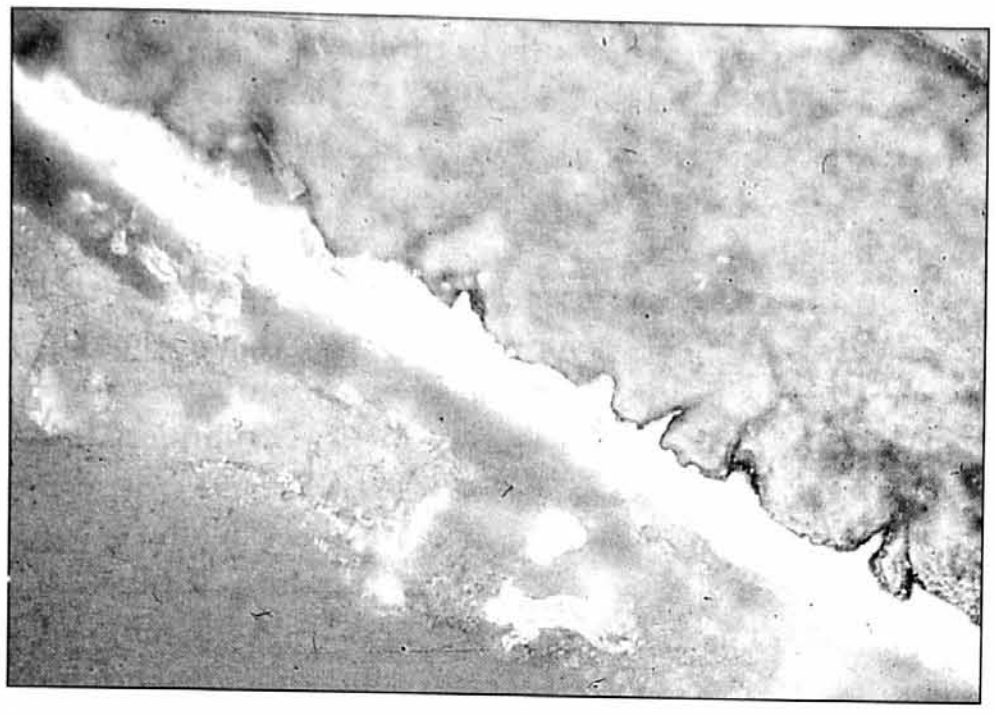


Lámina 4.- Imagen metalográfica de la sección del aplique PA5304. Detalle de la lámina de pan de oro (color blanco) mostrando indentaciones en toda la superficie de contacto con la chapa de plata, formadas por interdifusión de ambos metales, gracias a las cuales tiene lugar la fijación del oro. 1.000x.

los mismos, o bien porque de manera intencionada se estuviera buscando un efecto decorativo cromático combinando piezas plateadas y doradas.

b). Apliques circulares decorados (fig. 3-14). Estos apliques de mayor tamaño presentan en su superficie restos de dorado claramente visibles. En este caso la base es una chapa de plata de un espesor aproximado de 0,4 mm. a la que se ha sobrepuesto una fina lámina de oro de unas 20 micras (0'02 mm.) únicamente en la superficie exterior, y al igual que sucede en los apliques hemisféricos tampoco se ha detectado la presencia de mercurio en los análisis. La plata utilizada es de gran pureza, como la de un anillo de la sepultura 11/145 de esta necrópolis (Chapa *et alii*., 1991: 337), pero en este caso presenta un singular e inusual contenido en estaño[6]:

Análisis	Ag	Cu	Pb	Au	Sn
PA5303B	97.6	tr	nd	nd	2.28
PA5304B	98.1	tr	tr	nd	1.77

La metalografía microscópica permite diagnosticar la técnica empleada para elaborar estos apliques. La lámina 3 muestra la sección del PA5304 y en ella se observa la ancha banda de la plata totalmente mineralizada, recubierta por una de sus caras por la delgada hoja de pan de oro. A mayores aumentos se observan una serie de indentaciones del oro en la superficie de contacto entre ambos metales (lám. 4), que no son otra cosa que el efecto de la interdifusión lograda térmicamente. El procedimiento es el mismo ya descrito para los anteriores apliques, si bien aquí es más fácilmente perceptible gracias al mayor espesor de las capas.

Estos apliques llevan, además, una decoración consistente en una sencilla línea de puntos que ha sido realizada mediante repujado desde el interior.

(6) Podría deberse a contaminación con sales de estaño de algún bronce enterrado cerca. Como se verá a continuación, la plata está totalmente oxidada y porosa, pudiendo haberse impregnado de sales hidrosolubles de los metales vecinos a lo largo del prolongado enterramiento.

c). Apliques circulares decorados con rosetas (fig. 3-13). A diferencia de los anteriores, son de mayor tamaño y no están dorados. Se trata de piezas formadas por una base de bronce plomado recubierta por una fina lámina de plata en la superficie exterior. Esta lamina va fijada mecánicamente mediante una pestaña doblada. La aleación de bronce es similar a la de los apliques hemisféricos, aunque en este caso las aleaciones presentan mayor variación en el contenido de estaño. Los resultados obtenidos en los análisis cuantitativos son:

Análisis	Cu	Sn	Pb	Fe	Ni	Sb
PA5305	48.6	10.4	40.7	0.11	0.12	tr
PA5306	44.0	3.04	52.7	0.19	0.09	0,009

d). Remaches (fig. 3 - 19 y 20). Estas pequeñas piezas ofrecen un composición muy similar en los tres casos analizados. Están fabricados de una aleación binaria cobre-estaño, con presencia minoritaria de plomo pero sin llegar a constituir un tercer elemento en la aleación.

Análisis	Cu	Sn	Pb	Fe	Ag	Sb
PA5307-1	91.0	8.13	0.63	0.11	0,066	nd
PA5307-2	87.3	11.5	0.90	0,24	0,032	0,023
PA5307-3	88.7	9,46	1.24	0.41	0.135	0,047

Estos remaches están elaborados con un tipo de aleación diferente a las observadas en los materiales precedentes, en las que los porcentajes de plomo eran muy superiores. Ahora la aleación es un bronce binario típico con una proporción de estaño en torno al 10 %, que quizás debamos poner en relación con la función de los objetos. Como es sabido, los bronces muy plomados se rompen fácilmente bajo un esfuerzo mecánico enérgico, cosa que no sucede con los bronces sin plomo y con tasas del estaño moderadas. Dado que la sujeción con remaches produce una severa deformación del metal en las cabezas, estos bronces binarios se adaptan mejor a tal requerimiento.

El estudio de laboratorio de estos elementos decorativos del atuendo personal ibérico nos ha permitido conocer las diversas soluciones técnicas aplicadas a la confección de los mismos, especialmente de botones y apliques.

Hemos podido identificar la manera de conseguir un material dorado, consistente en la aplicación de pan de oro fijado por interdifusión térmica, método de uso corriente en otras culturas mediterráneas contemporáneas con las que el mundo ibérico mantiene relaciones. En ningún caso se ha documentado el dorado con amalgama de mercurio, que parece ser una técnica introducida en fechas mucho más recientes.

Los dorados se efectúan siempre sobre plata y ello parece obedecer a condicionamientos técnicos además de los de orden estético. Es evidente que la aplicación de oro sobre un bronce muy plomado puede plantear problemas debido a que los segregados de plomo producirían irregularidades y defectos a la hora de recocer el metal para fijar el oro, pues estos segregados tienen una temperatura de fundición del orden de 327º C[7]. Por otro lado, el color

amarillento mortecino del bronce mataría los reflejos de una capa micrométrica de oro[8]. De ahí que en los ejemplos de Castellones de Ceal se recurriera sistemáticamente a una base de plata para dorar, pues es la que asegura los mejores resultados.

El plateado del bronce se hace siempre fijando mecánicamente una lámina de plata, lo cual indica el desconocimiento de otras técnicas más modernas como la empleada en las monedas forradas del siglo II a.C.

La combinación en este conjunto de piezas doradas, plateadas y broncíneas sugiere interés estético por las combinaciones cromáticas pero, al mismo tiempo, el hecho de utilizar procedimientos para que un material aparente lo que no es introduce matices de índole sociocultural y económica en los que no podemos extendernos ahora pero que sin duda son signos de complejidad moderna.

PARALELOS Y CRONOLOGÍA

Los elementos metálicos recuperados en el *ustrinum* corresponden con toda probabilidad a la vestimenta de la persona que fue quemada en él. No es la primera vez que este tipo de objetos aparecen abandonados entre las cenizas. La necrópolis de Cabezo Lucero (Guardamar, Alicante), presentaba en varios puntos (nº 67, 83, 84, 89 y 91) remaches circulares similares que fueron identificados como adornos de un cinturón (Aranegui et al., 1993: 132). Los paralelos allí ofrecidos van desde los cinturones de Peña Negra y Acebuchal, en los s. VII/VI a.C. al de Castillejo de la Romana, en el s. I a.C. (Aranegui et al., 1993: 133). En efecto, las piezas del entorno orientalizante son varias, ya que se documentan en la tumba 14 de La Joya (Garrido y Orta, 1978: 40) y en el túmulo B de Setefilla (Aubet, 1978: 176), siendo su perduración muy notable.

Los enganches en forma de bellota reproducen un motivo muy popular en el mundo ibérico y que también tiene raíces muy antiguas. Dentro de la iconografía adoptada en el periodo orientalizante, su uso es habitual en joyería, como lo demuestran el tesoro de Baiao (Coelho, 1986: 252), los colgantes de oro de la tumba 9 de La Joya (Garrido, 1970: 46) o, ya en el s. VI a.C., en Segura de León (Almagro Gorbea, 1989: 70). El mundo púnico seguirá fiel a este tema, siendo frecuentes la bellotas como elementos de adorno en los ajuares de Puig des Molins (Ibiza) y de Villaricos (Almería), realizándose tanto en oro como en marfil y otros materiales (Astruc, 1951; Almagro Gorbea, 1980: 121-161).

En el entorno propiamente ibérico los colgantes en forma de bellota se encuentran tanto en ámbitos funerarios como en las representaciones escultóricas y en la decoración de joyería. Del primer caso baste poner como ejemplo los colgantes recuperados de la tumba 29/31 de El Cigarralejo (Mula, Murcia) (Cuadrado, 1987: 130-133), o el de Puente del Obispo (Jaén) (Ruíz et al., 1984: 212-213), en contexo del s. IV a.C. En la iconografía escultórica, y aparte de los collares que forman parte del atuendo femenino, encontramos una clara representación de bellotas en las cintas que sujetan el pectoral del guerrero de La Alcudia de Elche (Ramos Folqués, 1950: 354). Finalmente cabe señalar los tesorillos de Mairena del Alcor (Fernández, 1985) y Puebla de los Infantes (Fernández, 1989: 84-88), de fecha ya tardía. La asociación de la bellota y el lobo se vuelve a repetir en el tesoro de Tivissa (Raddatz, 1969: 72).

El uso alimentario de la bellota es conocido tanto en la Península Ibérica como en el resto del mundo mediterráneo. Esto y su propio ciclo vital la relacionan con la vida y la muerte, cuya simbolización es continuamente repetida en los contextos funerarios y sagrados, donde la muerte es tránsito a la vida. De ahí que su asociación al lobo resulte especialmente complementaria (González Alcalde y Chapa, 1993).

El resto de los objetos recuperados pudiera pertenecer igualmente a un cinturón de cuero, recordemos que placas rectangulares decoradas han sido interpretadas como piezas de cinturones en: el depósito de El Amarejo (Broncano, 1989: 84), la tumba 350 de La Osera (Cabré et al., 1950: 193) y la tumba 120 de El Cabecico del Tesoro (Nieto, 1943-44: 171); o tela, o a otros accesorios, como elementos de madera, de los que tenemos sobradas muestras en necrópolis ibéricas. La distribución de las piezas en la pira apunta, sin embargo, a una posición central, con lo que la propuesta del cinturón o de cintas cruzadas sobre el pecho parece la más plausible. La situación del *ustrinum* nos hace proponer una cronología del s. III a.C.

CONCLUSIÓN

Los elementos metálicos presentados se han considerado desde un punto de vista técnico y funcional. Ambos enfoques nos informan sobre la sociedad indígena, añadiendo interesantes datos acerca del ritual funerario previo al enterramiento. Su consecuencia es la cautela que debe inspirar la formalización de jerarquías sociales en función de los elementos de ajuar depositados en las tumbas. El caso de este *ustrinum* no es único, ya que algunos restos de valor fueron rcuperados ya por C. Fernández Chicarro en sus excavaciones. Parece evidente que la recogida de materiales para formar el ajuar no tenía que ser exhaustiva, y quizás en el caso que nos ocupa pudo considerarse suficiente con la recogida del broche de cinturón. En el área del Sudeste este problema queda minimizado al situarse a menudo las tumbas sobre los lugares de cremación, pero en la Alta Andalucía esta cuestión merece ser tenida en cuenta. Es el mismo caso que se ha planteado ya en otros cementerios de distintas épocas y contextos culturales, tanto en Alemania (Cosak, 1983)[9] como en Gran Bretaña (McInley, 1994).

(7) La solubilidad oro-plomo es buena y forma un eutéctico a 215° C con un 85% Pb. Ello quiere decir que en los puntos de contacto entre el oro y los segregados de plomo la liga fundiría a una temperatura incluso más baja que la de fundición del plomo provocando picaduras en la superficie metálica.
Cuando se populariza el dorado con mercurio en época romana y medieval se dora sobre bronces y latones sin plomo o poco plomados.

(8) Por esta razón en la industria bisutera actual no se suele dorar directamente sobre el cobre o el latón que sirve de soporte sino que primero se da un baño de níquel y sobre él se dora (la plata haría el mismo papel pero es más cara hoy en día). De este modo se consiguen reflejos mucho más espectaculares con espesores de oro incluso menores que una micra.

(9) La excavación detallada de la necrópolis sajona de Liebenau permitió ensamblar objetos fragmentados recuperados en las piras y en los enterramientos, controlándose así la vinculación entre unas y otros.

BIBLIOGRAFIA

ALMAGRO GORBEA. M. J. (1980): *Corpus de las terracotas de Ibiza*. Bibliotheca
Praehistorica Hispana. Vol. XVII. Madrid.
ALMAGRO GORBEA. M. (1989): «Orfebrería orientalizante». El oro en la España Prerromana. *Revista de Arqueología*. 68-81.
ANGOSO. C. y CUADRADO. E. (1981): «Fíbulas ibéricas con escenas venatorias». *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología*. 13: 18-30.
ARANEGUI et alii (1993): *La nècropole ibérique de Cabezo Lucero. Guardamar de Segura, Alicante*. Madrid-Alicante.
ASTRUC. M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*. Informes y Memorias. C.G.E.A. 25. Madrid.
AUBET. M.E. (1978): *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río*. Túmulo B. P.I.P. Vol. III. Barcelona.
BRONCANO RODRIGUEZ. S. (1989): *El depósito votivo de El Amarejo. Bonete (Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España. 156. Madrid.
CABRE. J.: CABRE. E. y MOLINERO. A. (1950): *El Castro y la necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Avila)*. Acta Arqueologica Hispana. V. Madrid.
COELHO FEEREIRA DA SILVA. A. (1986): *A cultura castreja no Noroeste de Portugal*. Paços de Ferreria.
COSACK. E. (1983): *Das sächische Graberfeld bei Liebau 1*. Gebr. Mann. Berlín
CUADRADO. E. (1987): *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana. XXIII. Madrid.
CHAPA. T.. PEREIRA. J. MADRIGAL. A. y LOPEZ. Mª T. (1991): «La sepultura 11/145 de la necrópolis ibérica de Los Castellones de Ceal (Hinojares. Jaén)». *Trabajos de Prehistoria*. 48: 333-348.
FERNANDEZ. F. (1985): «El tesoro turdetano de Mairena del Alcor (Sevilla)» . *Trabajos de Prehistoria*. 42: 149-194.
(1989): «Orfebrería indígena en época prerromana». El oro en la España Prerromana. *Revista de Arqueología*. 82-89.
GARRIDO. J. P. (1970): *Excavaciones en la necrópolis de «La Joya». Huelva*. Excavaciones Arqueológicas en España. 71. Madrid.
GARRIDO. J. P y ORTA. E. M. (1978): *Excavaciones en la necrópolis de «la Joya». Huelva. II*. Excavaciones Arqueológicas en España. 96. Madrid.
GONZALEZ ALCALDE. J. y CHAPA. T. (1993): «Meterse en la boca del lobo. Una
aproximación a la figura del «carnassier» en la religión ibérica». *Complutum*. 4: 169-174.
LA NIECE. S. (1993): «Silvering». En S. LA NIECE y P.T. CRADDOCK (eds): *Metal Plating and Patination. Cultural, technical and historical develpments*. Butterwoth-Heinemann Ltd. Oxford: 200-210.
McINLEY. J. I. (1994): «A pyre and grave goods in British cremation burials: hawe we missed something?». *Antiquity*. 68: 132-134.
NIETO. G. (1943-44): «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro . Verdolay (Murcia)». *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. X: 165-175.
ODDY. W. A. (1991): «Gilding and tinning in Anglo-Saxon England». En W.A. ODDY (ed.): *Aspects of Early Metallurgy*. British Museum Occasional Paper No. 17. Londres: 129-134.
(1993): «Gilding of metals in the Old World». En S. LA NIECE y P.T. CRADDOCK (eds.): *Metal Plating and Patination. Cultural, technical and historical developments*. Butterwoth-Heinemann Ltd. Oxford: 171-181.
PEREA. A. y ROVIRA. S. (1995): «The gold from Arrabalde». En G. MORTEANI y J.P. NORTHOVER (eds.): *Prehistoric Gold in Europe*. Kluwer Academic Publ. Dordrecht: 471-490.
RADDATZ. K. (1969): *Die Sachtzfunde der Iberische Halbinsel von Ende des dritten bis zur Mitte des ersten Jahrhunderts vor Chr. Geb*. Madrider Forschungen. Bd. 5. 2 vols. Berlín.
RAMOS FOLQUES. A. (1950): «Hallazgos escultóricos de la «Alcudia de Elche». *Archivo Español de Arqueología*. 23: 353-359.
ROVIRA. S., CONSUEGRA. S. y MONTERO. I. (1989): «Estudio arqueometalúrgico de piezas metálicas de El Amarejo». En BRONCANO. S.: *El depósito votivo ibérico de El Amarejo. Bonete (Albacete)*. Excavaciones Arqueológicas en España. 156: 100-104.
RUIZ. A. et alii (1984): «La necrópolis Gil de Olid. Puente del Obispo. Baeza». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. 9: 195-234.
SEJAS. C. (1993): «Consideraciones sobre la política monetaria bárquida a partir del análisis de sus monedas de plata». *Rivista di Studi Fenici*. 21(1): 111-136.
VITRUVIO. Marco L. (1980): *Los Diez Libros de Arquitectura*. (Trad. A. Blánquez). Iberia S.A. Barcelona.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 217 - 237

EL CONTEXTO ARQUEOLOGICO DE LAS DOS GRANDES TUMBAS DEL CORRAL DE SAUS (MOIXENT, VALENCIA)(1)

M.ª Isabel Izquierdo Peraile
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA Y ARQUEOLOGIA.
UNIVERSIDAD DE VALENCIA

Queremos sumarnos a este homenaje dedicado a la Dra. Ana María Muñoz Amilibia, mostrando una síntesis de las principales conclusiones de la Tesis de Licenciatura que hemos presentado recientemente (Izquierdo, 1995a), centrada en el estudio del contexto arqueológico de un yacimiento de la Cultura ibérica, destacado y conocido, fundamentalmente, por sus excepcionales hallazgos monumentales: la necrópolis del Corral de Saus (Moixent, Valencia) (fig. 1).

INTRODUCCION

El objetivo de nuestro proyecto de reestudio del yacimiento es tratar de sacar partido en apoyo del/ de los monumento/s funerario/s probablemente existentes en este espacio. El primer e imprescindible paso ha sido el estudio y contextualización cronológico-cultural de los materiales recuperados, así como la individualización de los conjuntos de incineración existentes, tarea que ha supuesto la fase inicial del proyecto de investigación que en la actualidad llevamos a cabo. Este nos ha ofrecido la posibilidad de enfrentarnos a problemáticas planteadas hoy en día en la investigación del mundo ibérico, a través del estudio de un gran conjunto de materiales, la mayor parte inédito, formando parte de los estudios realizados en la línea conocida como *Arqueología de Museo* que trata de dar a conocer conjuntos arqueológicos inéditos, procedentes de antiguas excavaciones, cuyos fondos se hallan depositados en los almacenes de diversos museos de nuestra geografía. Esta revisión de materiales conlleva una árdua labor paralela ya que en numerosos casos -como es el nuestro- confluyen factores negativos tales como la descontextualización estratigráfica y/o espacial de parte de las piezas, la imposibilidad de consulta de los diarios de excavación o la ausencia de información «de primera mano» por parte del excavador sobre su proceso de trabajo en el pasado. A estos factores se unen en Corral de Saus otras problemáticas de diversa índole que han condicionado de manera real nuestra investigación como la remoción de los materiales a causa de las tareas agrícolas, las violaciones o expolios llevados a cabo desde la antigüedad y, unido a ello, el alto índice de fragmentación del material. Asimismo, la necrópolis documenta el complejo y conocido, aunque no agotado, fenómeno de destrucción de restos monumentales, tan destacado en la investigación de la Cultura ibérica.

En esta ocasión, dadas las disponibilidades de espacio, plantearemos, por una parte, la metodología de trabajo seguida, así como una breve síntesis del estudio de materiales y su distribución espacial en el recinto funerario, a excepción de los elementos de arquitectura y escultura. Pensamos que los restos monumentales exigen, dado su interés y excepcionalidad, una presentación individualizada a modo de catálogo tipológico e iconográfico. Así pues, alejándonos de la línea investigadora existente con respecto a esta necrópolis que ha prestado un interés singular al análisis de elementos tales como las esculturas en bulto redondo de sirenas, los restos de nacela de gola decorados con representaciones femeninas, las conocidas «damitas», o la estela con bajorrelieve de jinete, etc., obviaremos su consideración pormenorizada ya que merecen un estudio propio, para centrarnos en la presentación del resto de materiales recuperados, formando parte de los ajuares funerarios depositados. Consideraremos al mismo tiempo, las problemáticas que presenta el contexto arqueológico de las dos grandes tumbas, avanzando una primera hipótesis sobre las dataciones que ofrece el conjunto de materiales analizado.

(1) Este artículo se engloba en el marco del proyecto de investigación: «Tumbas destruidas y esculturas fragmentadas en la Cultura ibérica: el ejemplo del Corral de Saus de Moixent (Valencia)», dirigido por la Dra. C. Aranegui Gascó, que desarrollamos gracias a la concesión de una beca predoctoral de F.P.I., otorgada por la Conselleria de Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana. Se inserta, por otra parte, en el proyecto PB94-0977, subvencionado por la CICYT.

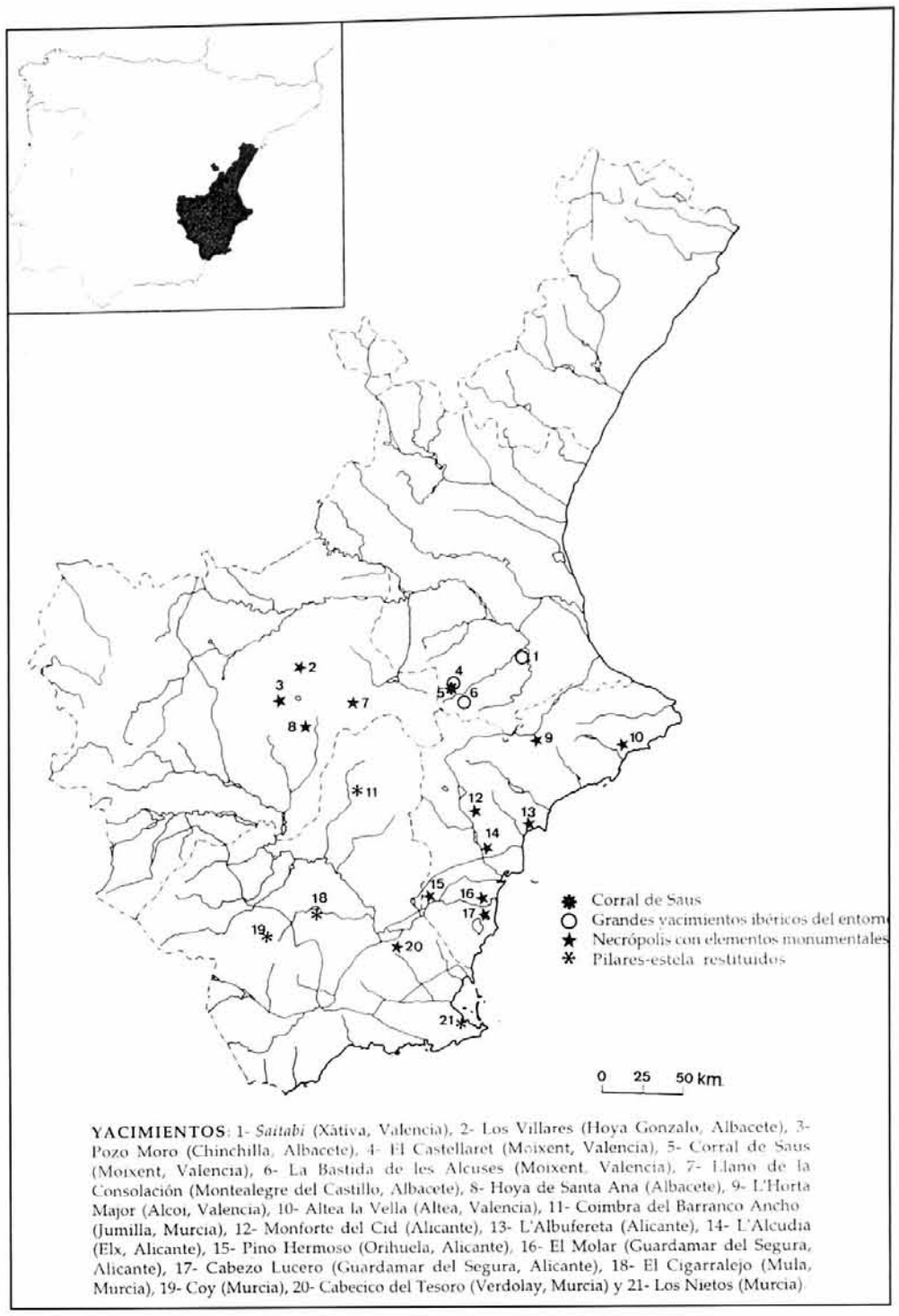
METODOLOGÍA DE TRABAJO

De cara al estudio del yacimiento hemos integrado inicialmente la visión de Corral de Saus en el espacio geofísico en que se inserta, favorable a la ocupación humana por sus características morfodinámicas, hidrológicas y bióticas. Del mismo modo, trascendiendo su especificidad y aumentando nuestra escala de estudio al macroanálisis espacial de la comarca, La Costera, se observa una configuración abierta del territorio, vía natural de comunicaciones desde la Prehistoria a la actualidad. En este sentido, la documentación arqueológica comarcal, a pesar de los grandes vacíos de información existentes, revela interesantes indicios de un poblamiento temprano y continuado en el tiempo. Analizamos, por otra parte, de manera exhaustiva, la escasa[2] bibliografía existente (Fletcher y Pla 1972, 1974 y 1977; Pla, 1976 y 1977 a y b; Aparicio, 1976, 1977, 1982 y 1984), apoyándonos en las memorias publicadas por el Servei d'Investigació Prehistòrica de València tras cada campaña de excavación y procedimos a la realización del inventario del conjunto, ya que la mayor parte del material se hallaba inédito, no cuantificado, ni clasificado, obteniendo para cada categoría material, distintos niveles de información de carácter cualitativo y cuantitativo. Por una parte, elaboramos el llamado inventario de totales o relación numérica de materiales en cada unidad espacial individualizada en el proceso de excavación y, por otro lado, el inventario selectivo de piezas completas y fragmentos que apoyó el estudio de materiales llevado a cabo.

Dado el gran volumen de información existente, consideramos esencial la informatización de los datos, con el objetivo de realizar un tratamiento eficiente de la información y lograr mayor operatividad, teniendo en cuentra el aprovechamiento futuro de los mismos. A tal fin, optamos por la utilización de un sistema de gestión de bases de datos, así como una hoja de cálculo, con buenas prestaciones a nivel de gráficos. Diseñamos de manera individualizada para cada material distintas tablas de presentación de datos en función de sus propios atributos y características, obteniendo diversos modelos, distinguiendo entre los elementos arquitectónicos y escultóricos, la cerámica ibérica, la cerámica de importación, elementos metálicos y otros materiales (hueso, pasta vítrea, terracota, materiales líticos, etc.).

3.- LA NECRÓPOLIS IBÉRICA DEL CORRAL DE SAUS

El yacimiento se sitúa en la comarca de La Costera (subcomarca de La Vall de Montesa, partida de Garamoixent), en el lugar conocido como Les Ventes, por las dos ventas o posadas que todavía existen a esta altura, a ambos lados de la carretera N-430 Madrid-Valencia por Albacete (fig. 1). Se localiza a casi 8 km. al W de la actual población de Moixent, próximo a Fuentelahiguera, en una ladera mediabaja de la Sierra de Enguera, integrado en el valle fluvial del



YACIMIENTOS: 1- *Saitabi* (Xàtiva, Valencia), 2- Los Villares (Hoya Gonzalo, Albacete), 3- Pozo Moro (Chinchilla, Albacete), 4- El Castellaret (Moixent, Valencia), 5- Corral de Saus (Moixent, Valencia), 6- La Bastida de les Alcuses (Moixent, Valencia), 7- Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete), 8- Hoya de Santa Ana (Albacete), 9- L'Horta Major (Alcoi, Valencia), 10- Altea la Vella (Altea, Valencia), 11- Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia), 12- Monforte del Cid (Alicante), 13- L'Albufereta (Alicante), 14- L'Alcudia (Elx, Alicante), 15- Pino Hermoso (Orihuela, Alicante), 16- El Molar (Guardamar del Segura, Alicante), 17- Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante), 18- El Cigarralejo (Mula, Murcia), 19- Coy (Murcia), 20- Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia) y 21- Los Nietos (Murcia).

Figura 1- Localización de la necrópolis del Corral de Saus, en relación con grandes yacimientos ibéricos de su entorno inmediato, necrópolis ibéricas con elementos monumentales del País Valenciano, Murcia y Albacete, así como los principales pilares-estela ibéricos identificados y restituidos.

Canyoles, respondiendo a las siguientes coordenadas geográficas: 2° 51' de longitud E y 38° 51' de latitud N, según la hoja correspondiente del M.T.N., a escala 1:50.000. El poblado que corresponde a la necrópolis es el llamado Castellaret, dada su proximidad y la afinidad cronológico-cultural de los materiales recuperados (Fletcher, 1974, 105; Aparicio, 1976; Fletcher y Pla, 1977, 56; Montesinos, 1982, 78). Se halla en el mismo cerro, posee unas dimensiones considerables y perduración hasta tiempos medievales, aunque en la actualidad se encuentra muy erosionado.

Ya desde 1965, el S.I.P., tuvo conocimiento de hallazgos de material ibérico procedentes del lugar conocido como «Corral de Saus», aparecidos al realizar labores agrícolas de desfonde (Fletcher, 1974, 104). La década de los setenta es testigo de siete campañas sucesivas[3] (1972-1979) de excavaciones ordinarias realizadas por el S.I.P., bajo la dirección de Domingo Fletcher Valls y Enrique Pla Ballester, con la directa intervención sobre el terreno de José Aparicio. Fueron excavados 360 m² en la *necrópolis inferior* (Aparicio, 1976), así denominada por los dos niveles o aterrazamientos, donde se apreciaban restos arqueo-

(2) Escasa -a pesar del aparentemente abundante número de publicaciones- en el sentido de reiterativa, al no ofrecer nuevos datos sobre los diferentes materiales y fenómenos documentados, la hipótetica estratigrafía, la inicial planimetría o la dinámica del yacimiento.

(3) Con la excepción del año 1978, en el que se interrumpen las intervenciones en el yacimiento, reanudándose en 1979, fecha que supuso la última campaña de excavación -breve-, realizada por el S.I.P.

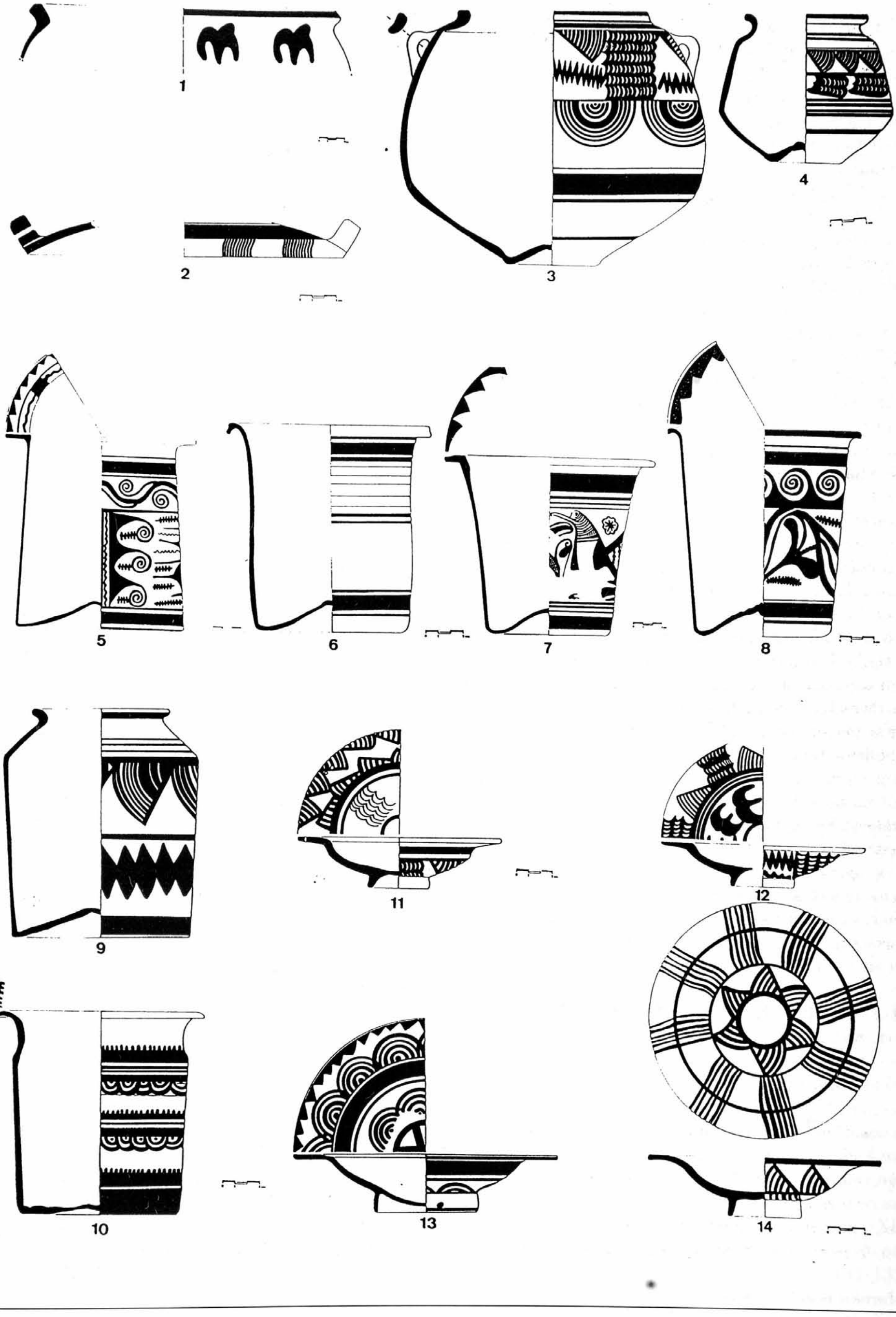


Figura 2- Cerámica ibérica decorada, procedente de la necrópolis del Corral de Saus.

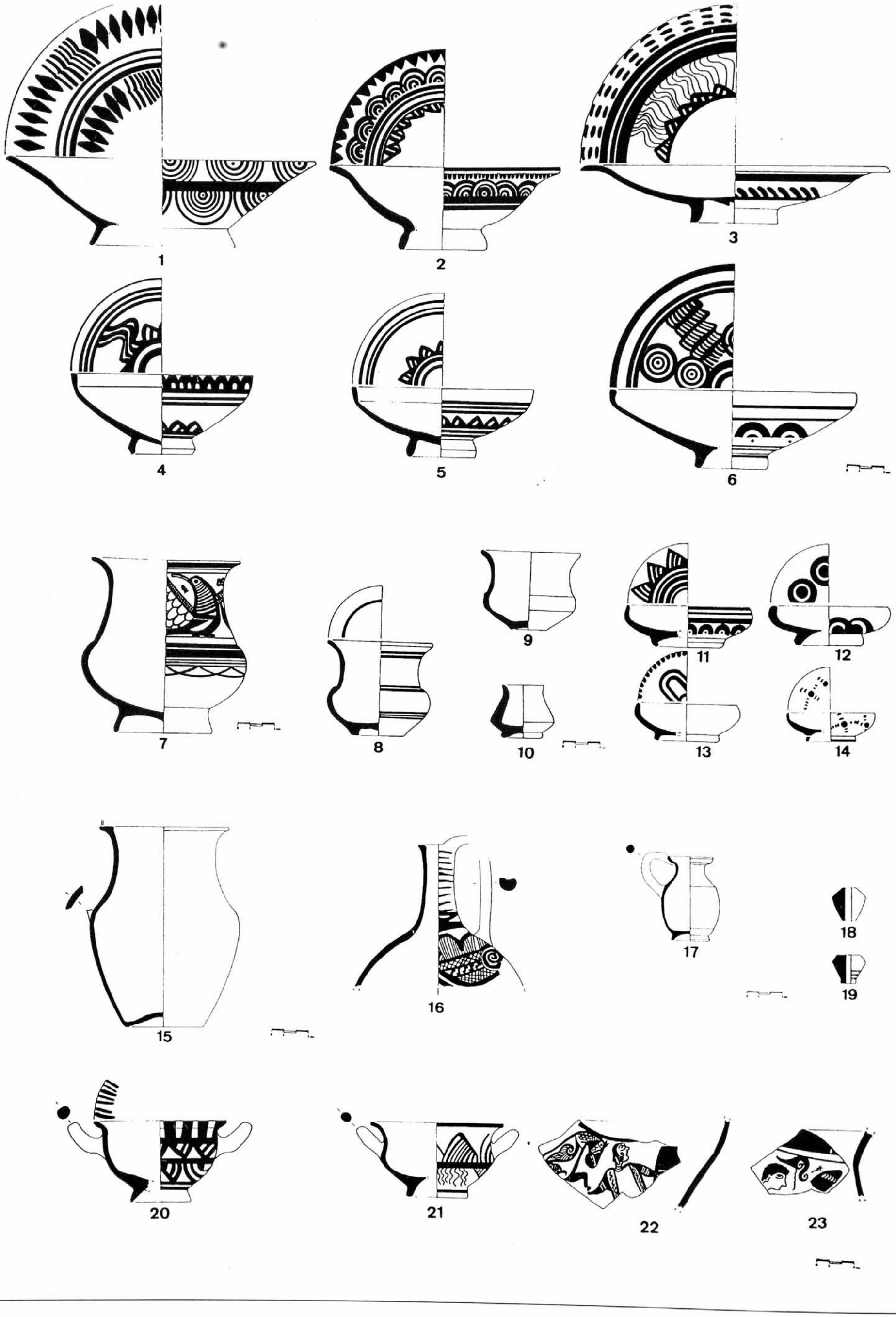


Figura 3- Cerámica ibérica, procedente de la necrópolis del Corral de Saus.

lógicos visibles que definían espacialmente el yacimiento, distinguiéndose una *necrópolis superior*, en el bancal alto, con tan sólo 8 m² de superficie. La citada *inferior*, donde se localizaron la mayor parte de restos conocidos, constituye prácticamente la totalidad del yacimiento .

La temprana aparición de noticias y artículos sobre Corral de Saus hizo posible su difusión desde el momento del descubrimiento, siendo, sin duda, los restos escultóricos y arquitectónicos los que gozaron de una mayor atención informativa e investigadora dada su excepcionalidad. La provincia de Valencia cuenta con escasas esculturas a pesar de su rico panorama ibérico, de modo que estos hallazgos fueron muy bien recibidos. Así, contamos con los ya referidos trabajos de Fletcher, Pla y Aparicio (v. *supra*), quienes realizan una primera valoración de los restos monumentales más destacados, las cronologías o la cuestión del reaprovechamiento de esculturas antiguas en las tumbas descubiertas. Posteriormente, algunos trabajos se hacen eco de sus hallazgos más significativos, incluyéndolos en catálogos sobre escultura ibérica zoomorfa (Chapa, 1980 y 1986) o antropomorfa (Ruano, 1987), sumando la necrópolis al repertorio de las que documentan el fenómeno de destrucción escultórica tan destacado en la bibliografía (Almagro Gorbea, 1983a, b y c; Blázquez y García Gelabert, 1991; Cuadrado, 1986; Chapa, 1993; entre otros). Hemos de destacar la aportación de M. Almagro Gorbea, quien por vez primera plantea la hipótesis de restitución de uno de los monumentos del antiguo paisaje funerario atribuido a este espacio (Almagro Gorbea, 1983b y esencialmente 1987), trabajo que consideramos clave en el sentido del estudio de una serie de restos escultóricos y arquitectónicos, su consideración unitaria dentro de la tipología del pilar-estela, además de la identificación de una serie de pilares-estela, denominados «tipo Corral de Saus», cuya nacela de gola se decora con figuras humanas, localizados en un ámbito geográfico preciso, desde la costa murciana al Corredor de Montesa (Almagro Gorbea, 1987, 228). En este sentido, cabe citar el caso del Prado (Lillo, 1990) y Coimbra del Barranco Ancho (Muñoz, 1987; Iniesta, Page y García Cano, 1987), ejemplo este último destacado por la abundancia de elementos recuperados, pertenecientes al pilar-estela (García Cano, 1994, 178).

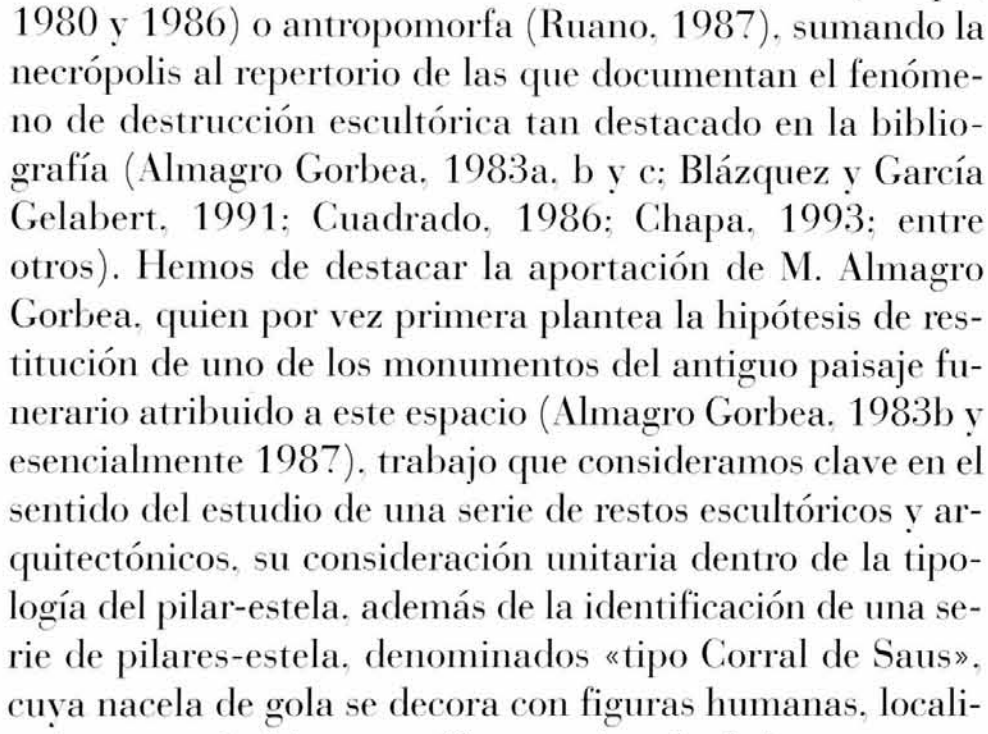


Gráfico 1- Porcentajes totales de los grupos funcionales de cerámica ibérica fina del yacimiento del Corral de Saus.

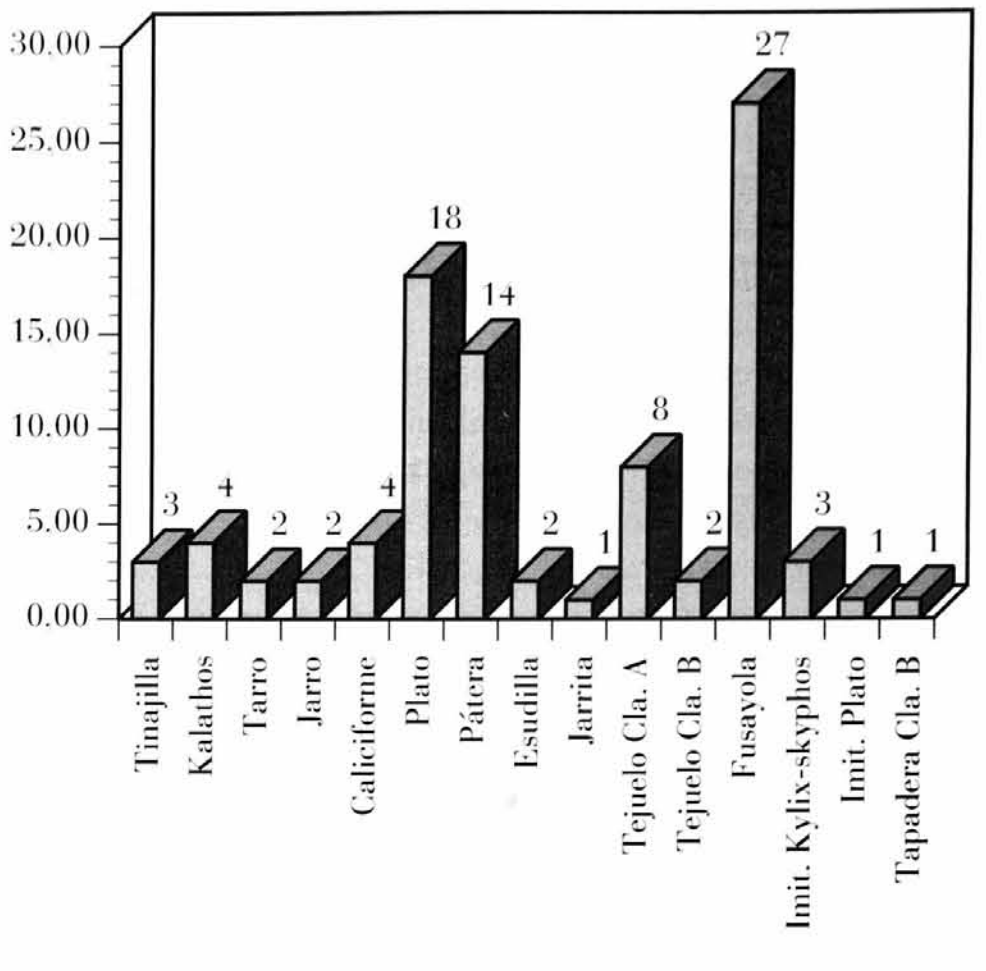


Gráfico 2- Porcentajes de las piezas completas de cerámica ibérica del yacimiento del Corral de Saus.

SINTESIS DEL ESTUDIO DE MATERIALES

1. - CERÁMICA IBÉRICA

Se trata del material más abundante en la necrópolis. Su estudio ha revelado un amplio y rico repertorio formal (gráfico 1) y decorativo (v. *infra*), donde se han identificado 92 perfiles completos (gráfico 2). De cara a su clasificación, seguimos el criterio de Mata y Bonet (1992), diferenciando seis grupos funcionales dentro de la cerámica fina o clase A:

GRUPO I (Recipientes de almacenaje y transporte). No se ha conservado ningún ejemplar completo, mientras que los fragmentos inventariados constituyen el 8,9%(+). Esencialmente se trata de fragmentos pertenecientes a tinajas de borde recto, moldurado o engrosado y un escasísimo conjunto de pequeños fragmentos de ánfora de borde engrosado y recto. De manera excepcional destacamos la aparición en unos fragmentos de tinaja sin hombro de un motivo de flor trilobulada esquemática, en tinta plana, en forma de «M» (fig. 2, 1) con paralelos en platos (fig. 2, 12) y otros fragmentos de galbo, pertececientes a tipos indeterminados. En El Amarejo se ha documentado un motivo similar en el fondo de pateras y un plato (Broncano y Blánquez, 1985, 205-206, fig. 110).

GRUPO II (Recipientes de despensa). En este grupo se incluye el 19,4 % del total, con 9 piezas completas. Contamos con dos *kalathos* del subtipo cilíndrico, variante mediana, uno de los cuales (Fig. 2, 5) ha sido recogido en anteriores trabajos (Aparicio, 1976; *idem*, 1982, lám. XII; *idem*, 1984, fig. 30; Pla, 1977, fig. 4) e incluido en el conjunto de vasos D-2, definido por Conde (1993, 131-132, fig. 23, 4) quien lo atribuye al área del SE, con similitudes

(+) Este porcentaje es el obtenido en relación a la totalidad de registros documentados en el inventario II o inventario selectivo de piezas completas y fragmentos para la cerámica ibérica del yacimiento.

con el estilo de Elx-Archena. El segundo ejemplo (fig. 2, 6), hallado en la «Tumba de las sirenas», presenta una sencilla decoración pintada que combina filetes y bandas pintadas con cinco líneas incisas. Los «sombreros de copa» troncocónicos conservados son igualmente de tamaño mediano y vinculados al grupo del SE, con decoración pintada de estilo simbólico (fig. 2, 7) y floral-geométrico (fig. 2, 8). Otra pieza sin duda excepcional es el vaso denominado «del héroe y la esfinge», al que hemos dedicado un estudio pormenorizado (Izquierdo, 1995b, fig. 2), además de otros ejemplos de tinajilla que presentan la característica decoración pintada geométrica (fig. 2, 3 y 4). Se han documentado asimismo tarros, del subtipo cilíndrico, con motivos geométricos pintados (fig. 2, 9), junto con líneas probablemente esgrafiadas (fig. 2, 10). No podemos olvidar la presencia de fragmentos de recipiente con resalte, tapadera de urna de orejetas (fig. 2, 2), píxide de borde dentado y *lebes*, que amplían -de manera testimonial, al ser muy escasos- el abanico tipológico de este grupo.

GRUPO III (Vajilla de mesa). Es el grupo más representado en la necrópolis (45,3%), con 40 perfiles completos conservados. El conjunto de platos hallado en Corral de Saus evidencia una riqueza tipológica y decorativa, donde abundan los ejemplos con ala plana (fig. 2, 11-14), seguidos de los de ala no diferenciada (fig. 3, 1-2), ala ancha (fig. 3, 3) y labio pendiente, todos con decoración pintada geométrica en sus superficies interior y exterior, formando en ocasiones rosetas centrales (fig. 2, 14), aspas (fig. 2, 13) etc. Su funcionalidad ha de ponerse en relación con su utilización a modo de tapaderas de los vasos contenedores de restos cremados. Las pateras (fig. 3, 6) y escudillas de perfil carenado (fig. 3, 4 y 5) se decoran igualmente con motivos geométricos combinados, al igual que las pateritas (fig. 3, 11-14), que plasman originales combinaciones de temas con aspas (fig. 3, 14), circulitos (fig. 3, 12), etc. Los vasos caliciformes (fig. 3, 7-10) pertenecen al subtipo de cuerpo globular (fig. 3, 7-8) y de perfil carenado (fig. 3, 9-10). Con respecto a los primeros, destaca el ejemplo ya conocido (Aparicio, 1977, lám. XIV; *idem*, 1982, lám. XIII; *idem*, 1984, lám. XIII), decorado con la imagen del ave con alas explayadas de estilo Elche-Archena (fig. 3, 7). Otras formas representadas en este grupo son los jarros de boca trilobulada de perfil globular sobre cuello alto y estrecho, con profusa decoración pintada vegetal y floral (fig. 3, 16) o lisos de boca circular (fig. 3, 15), así como la botella, copa o cuenco, representados a través de pequeños fragmentos.

GRUPO IV (Microvasos). Representa tan sólo el 4,2%, a pesar de incluirse en este grupo piezas de frecuente aparición en las necrópolis. Así, contamos con la jarrita de cocción reductora (fig. 3, 17), asociada al conjunto de incineración FO11, junto con el conocido caliciforme con decoración de un ave (fig. 3, 7), los fragmentos de ungüentario y botellita.

GRUPO V (Artefactos de cerámica). No se trata de un conjunto numeroso (5,6%), aunque las fusayolas se hallan bien documentadas con 27 piezas completas, de las cuales la mayor parte son acéfalas -variante esférica, discoidal decorada, cilíndrica, troncocónica y bitroncocónica (fig. 3, 18)-. Las fusayolas con cabecita son hemicéfalas (fig. 3, 19) y troncocónicas. Igualmente se documentaron diversos tejuelos, además de fragmentos pertenecientes a tapaderas, un mortero, mano de mortero y colador.

GRUPO VI (Imitaciones de formas importadas). Presentamos en esta ocasión algunas piezas destacadas del conjunto, que supone un 6,9% del total, de interés especial desde nuestro punto de vista[5]. Destaca la imitación del plato de peces, uno de cuyos fragmentos decorados es recogido por Page (1984, 112, fig. 16.1.), bajo el nombre del yacimiento «Enguerina» (Aparicio, 1976; *ídem*, 1982, 46, fig. 5). Carece de la característica cazoleta, aunque mantiene el borde pendiente, sumándose -a través del simbolismo marítimo, en el sentido de tránsito- al fenómeno de las representaciones simbólicas o rituales en espacios funerarios ibéricos. Otras piezas imitan formas originalmente áticas como las copas con asas (fig. 3, 19-20) o las cráteras. Es significativa la aparición de platos de la F. 36 Lamb, de vasos plásticos zoomorfos -éstos mejor conectados con los ambientes punicizantes- o un pequeño pomo de tapadera de píxida o lecane posiblemente.

Centrándonos en *las decoraciones*, predominan de manera global las formas decoradas frente a las lisas. La decoración pintada monócroma de estilo geométrico es, sin duda, la más abundante, desde la simplicidad de los filetes aislados -poco frecuentes- hasta la combinación de temas diversos. En general, filetes y bandas enmarcan cenefas o frisos, formados por otros motivos como series de arcos, semicírculos y círculos concéntricos que se combinan con distintos temas: «tejadillos», rombos, ondas, líneas verticales paralelas, motivos repetidos indistintamente en diversas formas cerámicas. Los espacios se ordenan en metopas cuyo esquema inicial es marcado por filetes y bandas creando un ritmo decorativo que en ocasiones se interrumpe por algún elemento vertical, siendo por tanto la repetición y la alternancia los rasgos predominantes de este estilo, que en esta necrópolis afectan frecuentemente a la totalidad del vaso. En algunos ejemplos los temas geométricos se combinan con temas florales o vegetales que surgen a partir de formas geométricas, como p. e. el tema de la roseta central (fig. 2, 14). En síntesis, la cerámica ibérica pintada con decoración geométrica del yacimiento, alejándose del repertorio característico de horizontes antiguos, se enmarca en un contexto del Ibérico pleno, con abundante documentación a partir del s. III a.C., siglo en el que se produjeron unos cambios sustanciales en la forma y disposición de los motivos pintados, manifestados en este yacimiento, así como en numerosos puntos del mundo edetano (Bonet, 1993, 489) o de tierras murcianas como la necrópolis de El Cigarralejo (Cuadrado, 1987, 69), tales como la aparición y gran difusión de series de círculos, semicírculos y segmentos concéntricos pendientes de bandas o filetes, la aparición de «melenas de agua», «tejadillos» o la delimitación de las cenefas o frisos a través de la característica combinación de filete-banda-filete .

Los motivos vegetales, testimonio de la sensibilidad

(5) Preparamos un trabajo puntual sobre las imitaciones en cerámica ibérica halladas en este yacimiento, por lo que no nos extenderemos al respecto en esta ocasión.

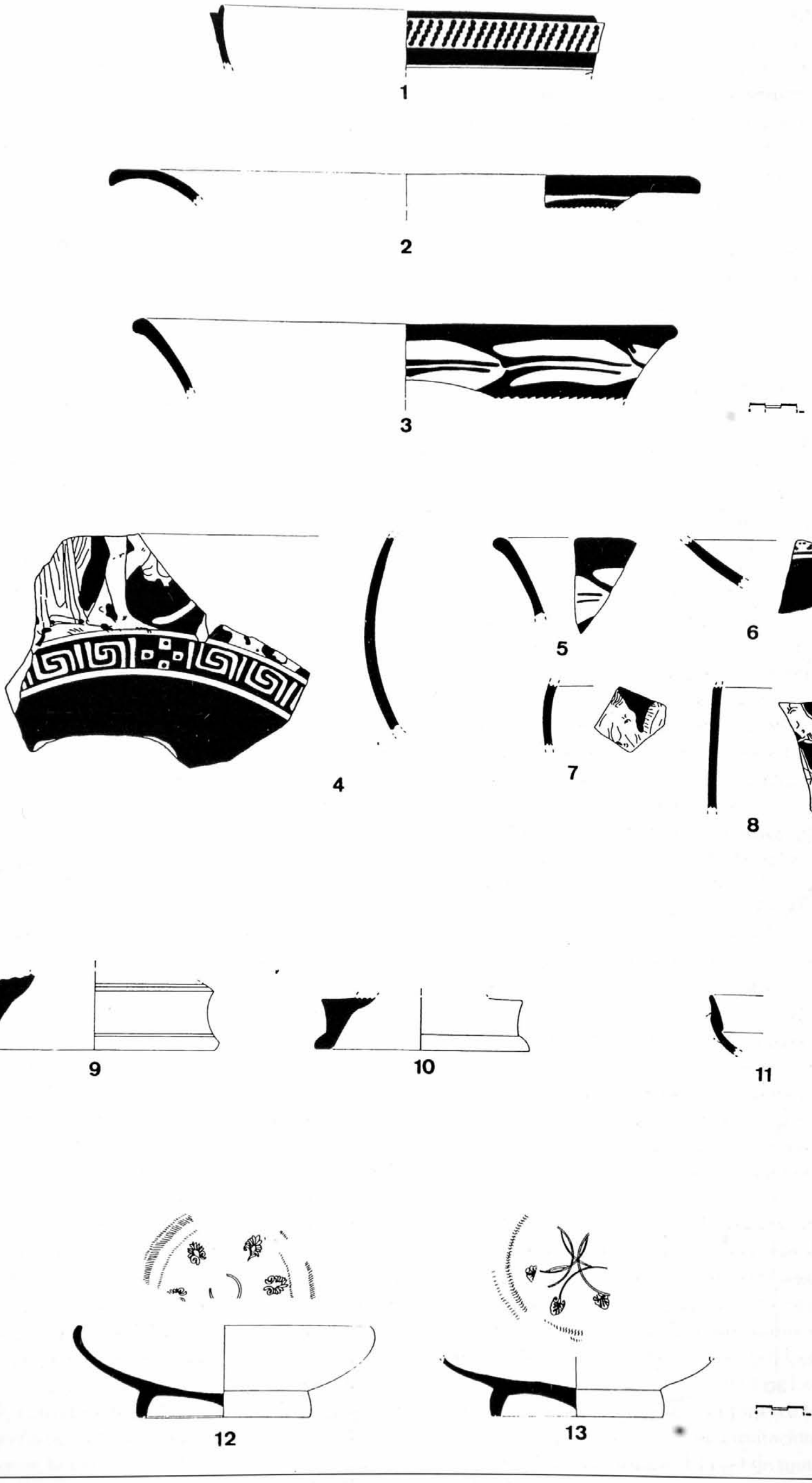


Figura 4- Cerámica importada ática de figuras negras, rojas y de barniz negro, procedente de la necrópolis ibérica del Corral de Saus.

Figura 5- Cerámica importada de barniz negro del s. III a.C. y campaniense A y B, procedente de la necrópolis ibérica del Corral de Saus.

por la plasmación de formas derivadas de la naturaleza de enunciado metafórico, comienzan a emplearse en un momento, todavía impreciso del s. III a.C. en los yacimientos ibéricos (Aranegui, 1975, 50), simultáneamente a las decoraciones con personajes humanos o animales, según se ha visto en un trabajo reciente (Aranegui, Bonet, Martí, Mata y Pérez Ballester, e.p.). A través de los perfiles completos podemos distinguir los temas más característicos que se hallan en los repertorios iconográficos ibéricos: las hojas de forma acorazonadas, las flores trilobuladas, frutos como la granada o la adormidera, brotes, guirnaldas, roleos, rosetas, etc. combinadas con otros temas como series o teoría de eses, «zapateros» que también se enmarcan entre filetes y bandas formando cenefas. Así pues, la distribución de elementos en franjas horizontales es común con el estilo puramente geométrico, aunque los ritmos y las sucesiones en el espacio, aun siendo ordenadas, adoptan una nueva dimensión donde impera la sensación de movimiento a través de líneas curvas con que se representan muchos de los motivos vegetales y florales. Se trata de un universo que imprime movimiento a las representaciones pintadas, integrándose con los clásicos motivos geométricos y otros nuevos que se suman al repertorio existente, con nuevas composiciones más libres y dinámicas, características de vasos de uso reservado a ocasiones destacadas o significativas, como se desprende de su menor frecuencia y convivencia con los decorados con temas complejos.

Las representaciones figuradas zoomorfas y antropomorfas, aun sin ser muy abundantes en el conjunto, muestran ejemplos relevantes. Al denominado estilo simbólico pertenece el caliciforme (fig. 2, 7) o el *kalathos* (fig. 3, 7) con el tema, en ambos casos, del ave ideal que se acompaña de un universo de motivos florales y vegetales, como brotes, flores, espirales o rosetas. Vasos singulares son el ya mencionado del « héroe y la esfinge» (Izquierdo, 1995b) que posee un friso con decoración compleja, cuyo motivo figurado presenta una composición con esquema de tema central repetido en anverso y reverso, limitado por motivos geométricos, muy característico del ambiente de Elche-Archena. El tema principal muestra dos monoescenas, donde se desarrolla un doble certamen individual, en el que un personaje masculino con atributos de guerrero se enfrenta a un ser monstruoso de grandes dimensiones, alado y terrorífico. Otros ejemplos son el que hemos denominado vaso «de los Gigantes», ya conocido (Aparicio, 1977, fig. 5; *idem*, 1982, 46, fig. 6), el vaso con personajes masculinos y caballos, del que presentamos un fragmento (fig. 3, 21), además de otros pequeños fragmentos con decoración figurada (fig. 3, 22), pertenecientes a vasos de tipología indeterminada. La figuración zoomorfa, plasma por otra parte, un repertorio diverso, en el que podemos destacar las aves, los peces o temas acuáticos, los caballos y el jabalí, en un vaso con decoración pintada singular, posible imitación de crátera .

A modo de conclusión del estudio de formas y decoraciones de la cerámica ibérica fina del yacimiento, podemos decir que entre la variedad documentada, la impresión general es que existe una fuerte presencia de vasos de fechas avanzadas, además, formas como los *kalathoi*, ungüentarios funerarios (Cuadrado, 1981) o las piezas que poseen decoraciones complejas, se asocian a unos ajuares de cronología baja.

LA CERÁMICA TOSCA O CLASE B, propia de la vajilla de cocina, posee una tipología muy restringida en relación a los perfiles completos hallados -tapadera y tejuelo-, debido por una parte, al alto índice de fragmentación de las piezas y al reducido repertorio de formas que posee esta clase en general, por otro lado. No obstante, contamos con abundantes fragmentos de ollas lisas y pocos ejemplares presentan decoración -básicamente temas incisos, pequeños baquetones o impresiones-, siendo mucho menos abundantes otros tipos como la jarra -representado a través de fragmentos de borde con asa-. En síntesis, pocas son las conclusiones que podemos extraer dada la escasez y lo fragmentario del material que limita enormemente nuestras valoraciones, a pesar de ello es interesante constatar la presencia -más de un 9% del total seleccionado- de cerámica de cocina, fundamentalmente ollas, como parte de los ajuares funerarios, lo que nos hace reflexionar sobre el papel de este tipo de ofrendas que representan el mundo de lo cotidiano, el ámbito culinario, en los espacios funerarios.

Asimismo, han sido documentadas *producciones cerámicas minoritarias*, en relación al conjunto de la tradicionalmente considerada como cerámica típicamente ibérica en el País Valenciano. En este sentido, el estudio y la publicación de diversos conjuntos (Mata, 1991; Bonet, 1993; Raga, 1994 etc.), unido a su reconocimiento y valoración, ha determinado su consideración como cerámicas ibéricas, aunque de distribución más restringida. En Corral de Saus hay ejemplos -poco numerosos ciertamente en relación con el conjunto cerámico-, de cinco de estas producciones minoritarias (cerámicas impresas, incisas, bícromas/polícromas, grises y de barniz rojo), que someramente citaremos.

Destaca en primer lugar, un pequeño conjunto de fragmentos con decoración impresa sobre clase A, donde se ha identificado la forma de un jarro de boca trilobulada, al que se asociaría gran parte de los fragmentos hallados, cuyas impresiones son simples y estampilladas, de enmarque circular con motivo en eje y radial de roseta, siguiendo el criterio de Ruiz y Nocete (1981). A modo de paralelos contamos con ejemplos similares en Coimbra del Barranco Ancho (Iniesta, Page y García Cano, 1987, 65) o El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 84, fig. 34, Nº 20 y 21). También sobre cerámica tosca, más excepcionales por su escasez, existen ejemplos de estampillas de enmarque circular con motivo en línea curva no cerrada, a modo de voluta o roleo. La incisión por su parte, ha sido documentada en un *kalathos* (fig. 2, 6), además de los fragmentos que presentan una serie de pequeños cilindros incisos, formando una banda o sencillas líneas incisas, tanto sobre clase A como clase B. La bicromía está presente en Corral de Saus con escasos, aunque interesantes ejemplos. Los colores combinados son el marrón oscuro y la pintura blanca en fragmentos de bordes salientes, posibles imitaciones de crateras, además de otros fragmentos. El tipo de motivos representados, así como la técnica aparecen en yacimientos como La Covalta (Raga, 1994, 140, lám. 106). El Tolmo de Minateda

(Abad y Sanz, 1995). El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 99, fig. 42) y su depósito votivo (Broncano, 1989, 156, fig. 103). El color rojizo, a su vez, aparece combinado con el marrón oscuro y el gris en pequeños fragmentos. La policromía tan sólo se ha documentado en una pieza incompleta excepcional, de imitación de cratera, decorada con temas geométricos sacados del repertorio clásico y vegetales[6]. Por su parte, la cerámica fina de cocción reductora plantea en sí misma una problemática propia que la define

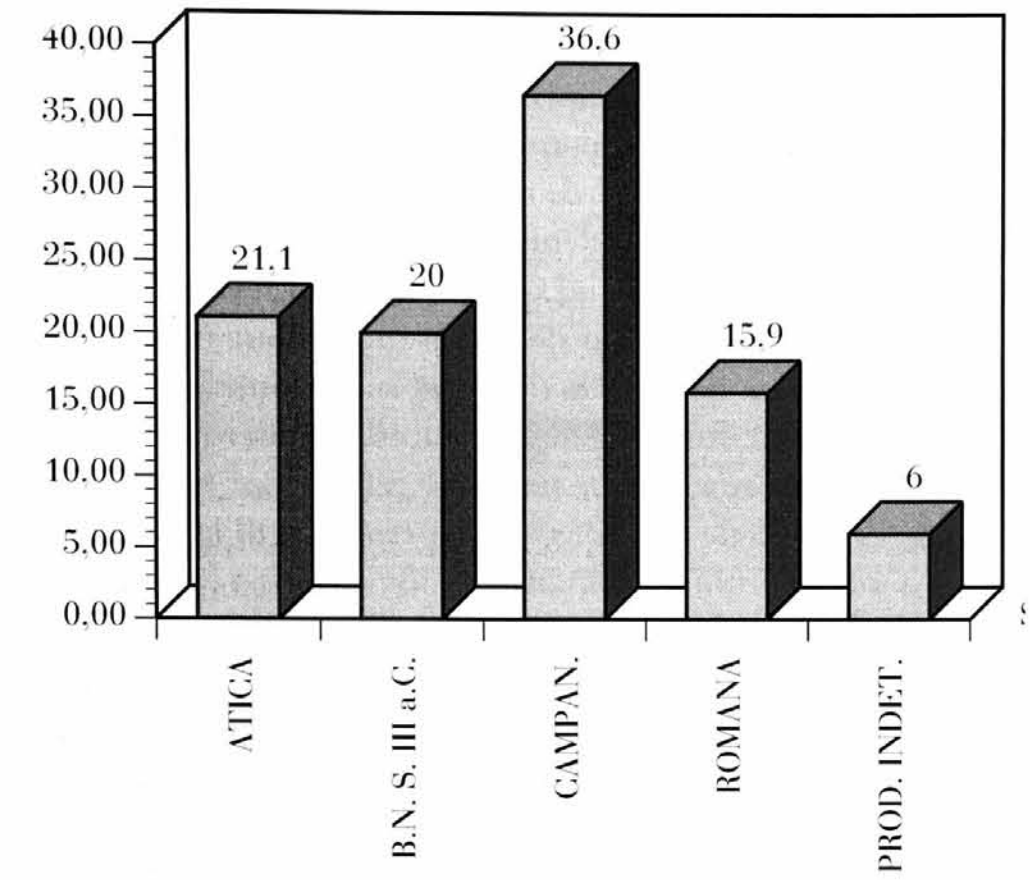


Gráfico 3- Porcentajes totales de las distintas producciones de cerámica importada del yacimiento del Corral de Saus.

como producción minoritaria. Se trata de cerámicas que no suelen ir decoradas, siendo muy escasas en esta necrópolis: tan sólo contamos con una pieza completa (fig. 3, 17), además de un fragmento de jarrita gris ampuritana bitroncocónica con listel en el cuello y fragmentos pertenecientes a distintos tipos como platos de borde exvasado en ala, tinajillas, pateras, etc. Finalmente, la cerámica ibérica de barniz rojo ha sido documentada en Corral de Saus a través de 6 fragmentos de sendos tarritos o botellitas, de los que 5 podrían adscribirse a la característica forma 4, dentro del grupo D, definido por Cuadrado (1987, 81).

2. - CERÁMICA DE IMPORTACIÓN

Consideramos de gran interés el estudio de las cerámicas de importación, puesto que, a pesar de carecer desafortunadamente en numerosos casos de un contexto estratigráfico preciso que feche su deposición en la necrópolis, orientan el establecimiento de sus fases de ocupación y perduración. En el estado actual de nuestro estudio, han sido identificados 4 grandes grupos cerámicos, atendiendo a su origen y cronología (gráfico 3):

Cerámicas áticas.

Representan alrededor del 20%[7]. El testimonio más antiguo documentado es un único fragmento de borde de lécane de figuras negras (fig. 4, 1), con paralelos en la Neápolis ampuritana (Trías, 1967, T.I, 203, nº 680; 1968, T. II, Lám. CXX.1; Rouillard, 1991, Pl. I.4) y el Agora de Atenas (Sparkes y Talcott, 1970, Vol. I, 163-165; Vol. II, pl. 40, nº 1217 y 1221, pl. 41, nº 1224), datado de manera general en el s. V a.C. Más abundante es sin duda la cerámica ática de figuras rojas, representada a través de fragmentos pertenecientes a tipos como la cílica y crátera de campana (fig. 4, 2-10), con dataciones en torno a la primera mitad del s. IV a.C. Completando el conjunto de las producciones áticas, la cerámica de barniz negro cuenta con un repertorio formal mayor: un fragmento de copa de pie bajo, conocida como «Castulo cup» (fig. 4, 11), una patera o copa de borde reentrante, F.21 Lamb/ F-2771 (fig. 4, 12) -único perfil completo conservado de cerámica ática-, además de fragmentos de copa de borde exvasado o F.22 Lamb/ F-2681 y un cántaros, F.40 Lamb / F-3521.

Cerámicas de barniz negro del s. III a.C.

De probado interés en la delimitación de horizontes cronológicos de la denominada «baja época» de la cultura ibérica -entre los que se halla Corral de Saus- y la más temprana romanización (Sanmartí, 1981; García Cano et *alii*, 1989, 117), el porcentaje obtenido es similar a las cerámicas áticas -20%-, aunque en esta ocasión contamos con 2 piezas adscritas a sendos conjuntos de incineración. Se han identificado fragmentos cerámicos vinculados al taller de Pequeñas Estampillas -corrrespondientes a boles F.27 Lamb./ F-2784 (fig. 5, 2-4 y 8)- con cronologías de la primera mitad del s. III a.C. (Sanmartí, 1973, 145-6, fig. 2.4); asimismo, al Taller de Roses o del golfo de León podrían pertenecer diversos fragmentos (fig. 5, 6, 9-10), además de la pieza F.28 Lamb./ F-2648, con palmeta impresa en relieve (fig. 5, 1), perteneciente al conjunto C-12. El resto de cerámicas de barniz negro pertenece a talleres, cuyo origen no ha podido ser precisado. Así, contamos con una pequeña paterita, F.21/25 Lamb/ F-2714 (fig. 5, 7), con estampilla impresa en relieve y asociada al enterramiento B13-14, además de pequeños fragmentos de F. 27 a/b Lamb./ F- 2783/2784, F. 40 Lamb./ F-3520-3540 y F. 42 b Lamb./ F- 4162.

Cerámicas campanienses.

Este horizonte cerámico -donde predomina esencialment0e la cerámica campaniense A media, datada entre el 190/ 180 y el 100 a.C.- es el mejor y mayor representado de las producciones importadas, representando cerca del 40% del total. El material se halla muy fragmentado, tan sólo contamos con una pieza completa, F.36 Lamb./ F-1312 (fig. 5, 11) que desafortunadamente carece de contexto arqueológico, el resto son fragmentos (fig. 5, 12) que documentan además de esta forma, la presencia de F.5 Lamb./ F-2252 (fig. 5, 17), F.23 Lamb./ F-1120 (fig. 5, 13, 15 y 50), F.27b/c Lamb./ F-2984/ 2820 (fig. 5, 14, 16, 33, 37, 39, 43, 44, 48 y 51), F.28 Lamb./ F-2640/2646 (fig. 5, 41 y 52), F.31 Lamb./ F-2950-F.68 Lamb./ F-3131 (fig. 5, 38 y 40), F.34 Lamb./ F-2734/2744 y F.68 Lamb./ F-3131 (fig. 5, 18-22, 28, 29 y 31), así como bases fragmentadas de tipos indeterminados, con la característica roseta impresa en relieve (fig. 5,

(6) Esta pieza, dado su interés, será objeto de un estudio propio, integrado en el trabajo sobre imitaciones de cerámica ibérica que próximamente saldrá a la luz.

(7) Este porcentaje es el hallado en relación al total de registros seleccionados en el Inventario II o inventario selectivo de piezas completas y fragmentos para la cerámica de importación del yacimiento.

23-26) u hojas en hueco (fig. 5, 27). La cerámica campaniense B tan sólo se representa por dos pequeños fragmentos que podrían catalogarse dentro del llamado «círculo de la B» (Morel, 1981, 76) de la F. 2 Lamb./ F-1222/1224, fechados en pleno s. I a.C. (fig. 5, 53).

Cerámicas romanas.

Aunque no son muy abundantes en el repertorio del material cerámico importado -alrededor del 15%-, las cerámicas de una fase claramente romana configuran un conjunto de diversos materiales cuya cronología se escalona entre los s. I a.C. a I/ II d.C. Dentro de la cerámica republicana, hemos podido restituir el tercio superior de un ánfora Dressel 1A (fig. 5, 30), fechada a partir de la segunda mitad del s. II a.C./ I a.C., según Hesnard y Lemoine (1981). Las cerámicas romanas altoimperiales se representan a través de un pequeño lote de *terra sigillata hispánica*, dos pequeños fragmentos de borde de recipientes abiertos, pertenecientes a la familia de paredes finas, así como cerámica romana de procedencia africana -*terra sigillata* y de cocina-. Igualmente, como elemento de datación fechado en una fase romana más tardía, hemos de citar el hallazgo en superficie de una moneda de bronce; se trata de un radiado o antoniniano, correspondiente a una emisión «híbrida» con el tipo de reverso próximo a Galieno, fenómeno común en la ceca de Roma entre el 253 y 270 d.C.

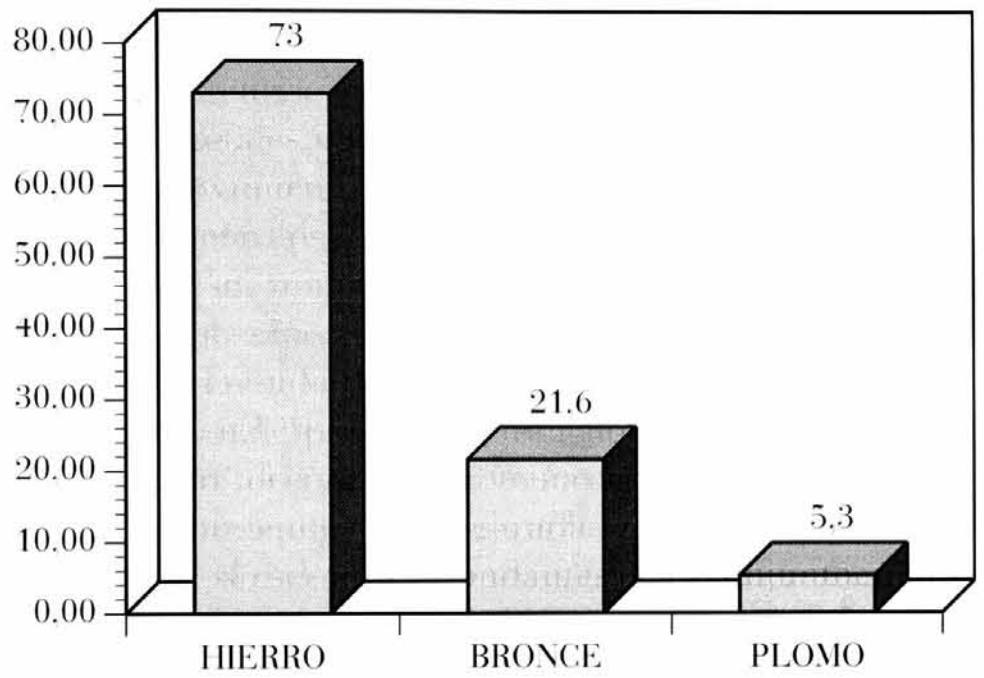


Gráfico 4- Porcentajes totales de los distintos soportes metálicos del yacimiento del Corral de Saus.

3. - ELEMENTOS METÁLICOS

Su estudio se ha visto condicionado por factores como el propio estado de las piezas, influido por la naturaleza del terreno, que ha favorecido su oxidación y corrosión, haciendo en casos puntuales, difícil su catalogación. Por otra parte, la acción humana sobre las tierras -fruto de las faenas agrícolas, las «prospecciones» clandestinas o «recogidas selectivas de material», etc.- ha ocasionado entre otras cosas, la remoción de los estratos, lo que ha contribuido al deterioro de estos elementos, unido a la descontextualización estratigráfica y espacial en algunos casos. En consecuencia, el número de piezas completas conservado es escaso. Los elementos metálicos han sido clasificados según el metal soporte, esto es, hierro, bronce o plomo (gráfico 4), a su vez, cada una de estas categorías ha sido dividida atendiendo a criterios funcionales.

Hierro.

Se trata del soporte más abundante -73%[8]-, en el que hemos distinguido por un lado, las armas, categoría clásica en el repertorio material de las necrópolis, los elementos de vestido -esencialmente dos fragmentos de sendas fíbulas- por otra parte, y una tercera categoría denominada genéricamente *varia*, por contener objetos de funcionalidades diversas, elementos auxiliares de otros útiles o partes de piezas no identificadas como anillas, barras, clavos, ganchos, varillas, láminas, enganches, etc. Con respecto al armamento, únicamente se han hallado testimonios de armas ofensivas: falcatas, lanzas y *soliferrea*. De las falcatas se conservan fragmentos de empuñadura (fig. 6, 1-3), embocadura (fig. 6, 5), guarda basal, botón del tahalí y fundamentalmente de hoja -lisas o con acanaladuras- algunos de los cuales son recogidos por Aparicio (1977, lám. XV; *ídem*, 1982, lám. XIV; *ídem*, 1984, fig. 32) y Quesada (1991, T. III, 2128-9, lám. 415-7); tan sólo se ha documentado una falcata completa, aunque se halla francamente deteriorada en la actualidad. Se conserva igualmente un pequeño fragmento con decoración de damasquinado o ataujía en plata (fig. 6, 4), publicado por Aparicio (1977, fig. 8; *idem*, 1982, fig. 9). Asimismo, se han documentado tres puntas de lanza -2 del tipo 2A u hojas de sauce (fig. 6, 8 y 10) y 1 del 9A sin nervio en la moharra (fig. 6, 9)-, según la tipología de Cuadrado (1989, fig. 30)- además de numerosos fragmentos de punta (fig. 6, 11-14) y regatón (fig. 6, 15-18). No podemos olvidar los restos doblados de *soliferreum* de sección circular, hallados.

Bronce.

Los elementos de bronce suponen más del 21% y recogen una más amplia variabilidad de tipos, sobre todo en objetos de adorno personal e indumentaria -aguja (fig. 6, 36), anillos (fig. 6, 19-27), brazaletes (fig. 6, 34-35), bo-

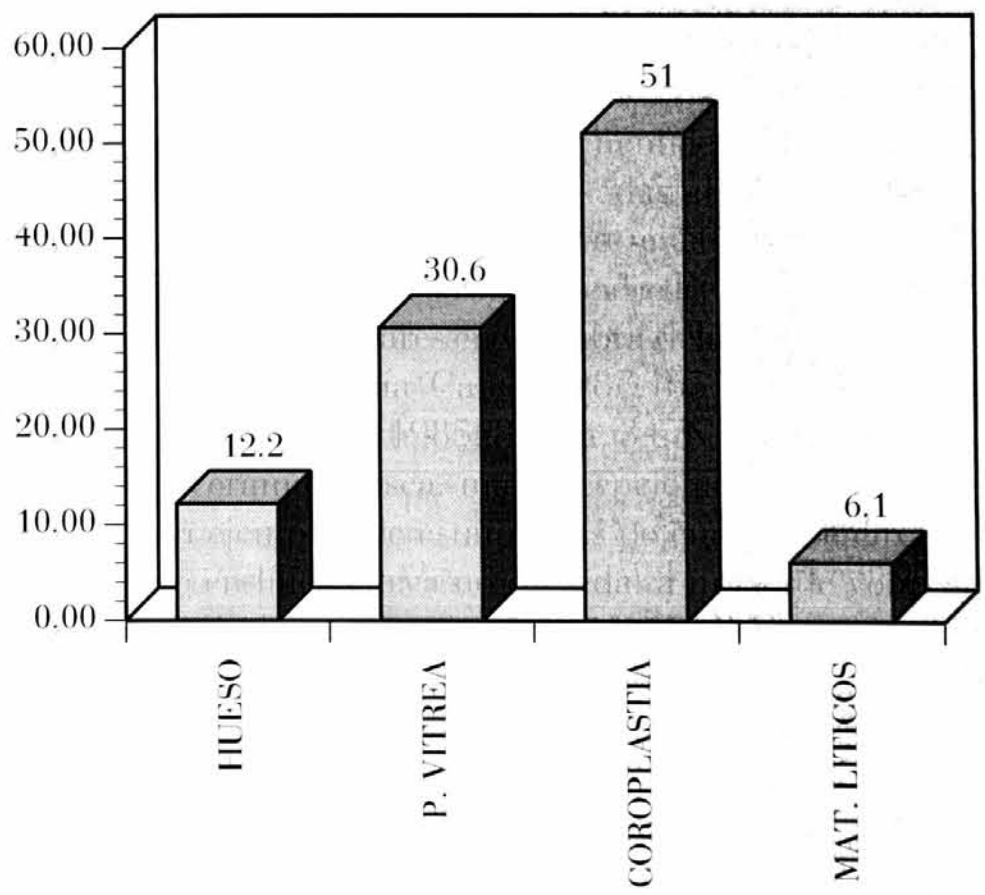


Gráfico 5- Porcentajes totales de otros soportes materiales del yacimiento del Corral de Saus.

(8) Este porcentaje es el obtenido en relación al total de registros seleccionados en el inventario II o inventario selectivo de piezas completas y fragmentos metálicos del yacimiento.

tones, placa, pequeñas hebillas (fig. 6, 28-33) o fíbulas (fig. 6, 37-42)-, instrumental especializado para tareas más delicadas -pinzas (fig. 6, 43-46)-, así como otros elementos -anillas, arandela, barra, bocado de caballo, disco, gancho, lámina, pomo/ peso, una asa de posible sítula, tubito o varilla-. En la categoría de armamento únicamente contamos con la presencia de 2 puntas de flecha (fig. 6, 6 y 7), conocidas tradicionalmente como «de tipo Macalón» o de arponcillo lateral, una de las cuales es recogida por Aparicio (1977, 25, fig. 8; 1982, fig. 9;) y Quesada (1991, T. II, 1159; T. III, Lám. 417, nº 2212).

Plomo.

Se trata de un material escaso, suponiendo aproximadamente el 5,31%. Destacan sin duda las 4 grapas de sujección de bloques monumentales conservadas, fabricadas en plomo -2 en forma de «T», 1 en forma de «Y» y otra en forma de «trípode»-, además de pequeños elementos fragmentados, tipo barrita o lámina de formas diversas -rectangular, circular-, hallados.

4. - OTROS MATERIALES

Bajo esta denominación hemos considerado elementos realizados en soporte óseo, lítico, además del trabajo de la pasta vítrea o la coroplastia: mención aparte merecen los restos antropológicos, testimonio de las cremaciones, antracológicos y faunísticos. De cara a su estudio, clasificamos el material según el propio soporte del objeto (Gráfico 5).

HUESO.

Las piezas de hueso trabajado no son muy abundantes, suponiendo el 12% de los restos considerados[9]. Los tipos identificados son escasos: un fragmento de la cabeza de un alfiler decorado (fig. 6, 52), arandelas de sección elíptica, barritas cilíndricas, además de diversos fragmentos pertenecientes a una placa de hueso perforada (fig. 6, 51), procedente de la «tumba de las damitas».

Pasta Vítrea.

Los objetos de adorno realizados en pasta vítrea suponen el 30% del total, destacando por su abundancia las cuentas de collar de diversos tipos (fig. 6, 53-64) -troncocónico, bitroncocónico, esférico, gallonado, piriforme y de tonelete-, una pequeña plaquita con posible función de colgante, además de escasos fragmentos de vidrio púnico indeterminados.

Terracota.

La coroplastia se halla presente en Corral de Saus, representando el 51%, a través de pequeñas «máscaras» o representaciones de rostros femeninos, en alusión a la representación helenística del rostro de Démeter (fig. 6, 47 y 49-50) -una de las cuales fue publicada por Bonet (1978, 151, lám. IIc)-, una pequeña figurita donde se aprecia la imagen de un personaje masculino desnudo, posible imagen del dios Bes (fig. 6, 48) que podría ser un molde: placas circulares y objetos indeterminados, muy fragmentados ciertamente, además de una serie de *tegulae* fragmentadas, de sección plana, para las que no contamos con referencias espaciales de ningún tipo.

Objetos líticos.

Destacamos únicamente la presencia de tres objetos -un alisador, la parte móvil de un molino en forma de quilla, así como una azuela de piedra pulimentada- que suponen el 6,12%, sin olvidar la aparición de elementos de silex de diversos tipos y calidades.

Varia.

Recogemos en este punto la presencia de otros interesantes materiales que se documentan tales como los restos antropológicos[10], restos antracológicos o faunísiticos, así como pequeños nódulos de ocre.

DISTRIBUCIÓN ESPACIAL DE LOS MATERIALES

Tal y como señalábamos anteriormente, el yacimiento se sitúa sobre 2 niveles, de los cuales es el inferior el que posee las mayores dimensiones -su perímetro dibuja un rectángulo de aproximadamente 32,12 m. en su lado largo 10,9 m. en el corto- y la mayor parte de los restos documentados. Así, nos centraremos en este punto en la denominada necrópolis inferior, que cuenta con un plano de zonas excavadas a lo largo de las campañas de los setenta (Aparicio, 1984, fig. 16), puesto que el nivel superior no posee con una adecuada documentación. En este sentido, la división en sectores del recinto funerario, realizada durante el proceso de excavación, aunque operativa, ha condicionado y limitado nuestro estudio sobre la distribución espacial de los diversos materiales recuperados y referenciados en el espacio.

SECTOR A. (fig. 7)

Definido durante la campaña de 1972 (Fletcher, 1974, 103-108), ocupa las cuadrículas A a J-11 a 16 en el área excavada y posee una extensión de alrededor de 111 m^2, siendo conocido por la primera gran sepultura descubierta o «tumba de las sirenas»[11] (Fletcher, 1975, 109). Como rasgos generales destaca, a partir del recuento y obtención de porcentajes de los materiales hallados, la localización de más de la mitad de los elementos monumentales referenciados en el espacio, concentrados mayoritariamente en la gran tumba, tanto en su interior, como formando parte de su encachado tumular. La abundancia, por otra parte, de piezas y fragmentos de cerámica ibérica -fina sobre todo- muestra su importancia en los ajuares funerarios, así, hemos de tener en cuenta que casi la mitad de las piezas completas conservadas (35) se sitúan en este sector: a nivel general, prácticamente el 40%[12] de toda la cerámica ibérica del yacimiento aparece concentrada en él: asimismo, es significativo el gran número de fragmentos

(9) Este porcentaje es el obtenido en relación al total de elementos de los considerados *Otros materiales*, catalogados en el Inventario II o inventario selectivo de piezas completas y fragmentos.

(10) En la actualidad, en curso de estudio por parte de Matías Calvo.

(11) Proponemos la sustitución del nombre de «Tumba de la sirena», por el de «Tumba de las sirenas», ya que son dos los cuerpos de este animal fantástico asociados a esta estructura tumular. El más conocido fue hallado directamente encajado en el empedrado de la estructura de la tumba (Fletcher y Pla, 1977, fig. 4), y el segundo aparece vinculado a la estructura, tal y como se referencia en las publicaciones del propio excavador de la necrópolis (Aparicio, 1976; *idem*, 1982, 35; *idem*, 1984, 182).

(12) Los porcentajes expresados en el punto sobre la distribución de los materiales van referidos a los totales obtenidos en el conjunto del yacimiento para cada categoría material analizada.

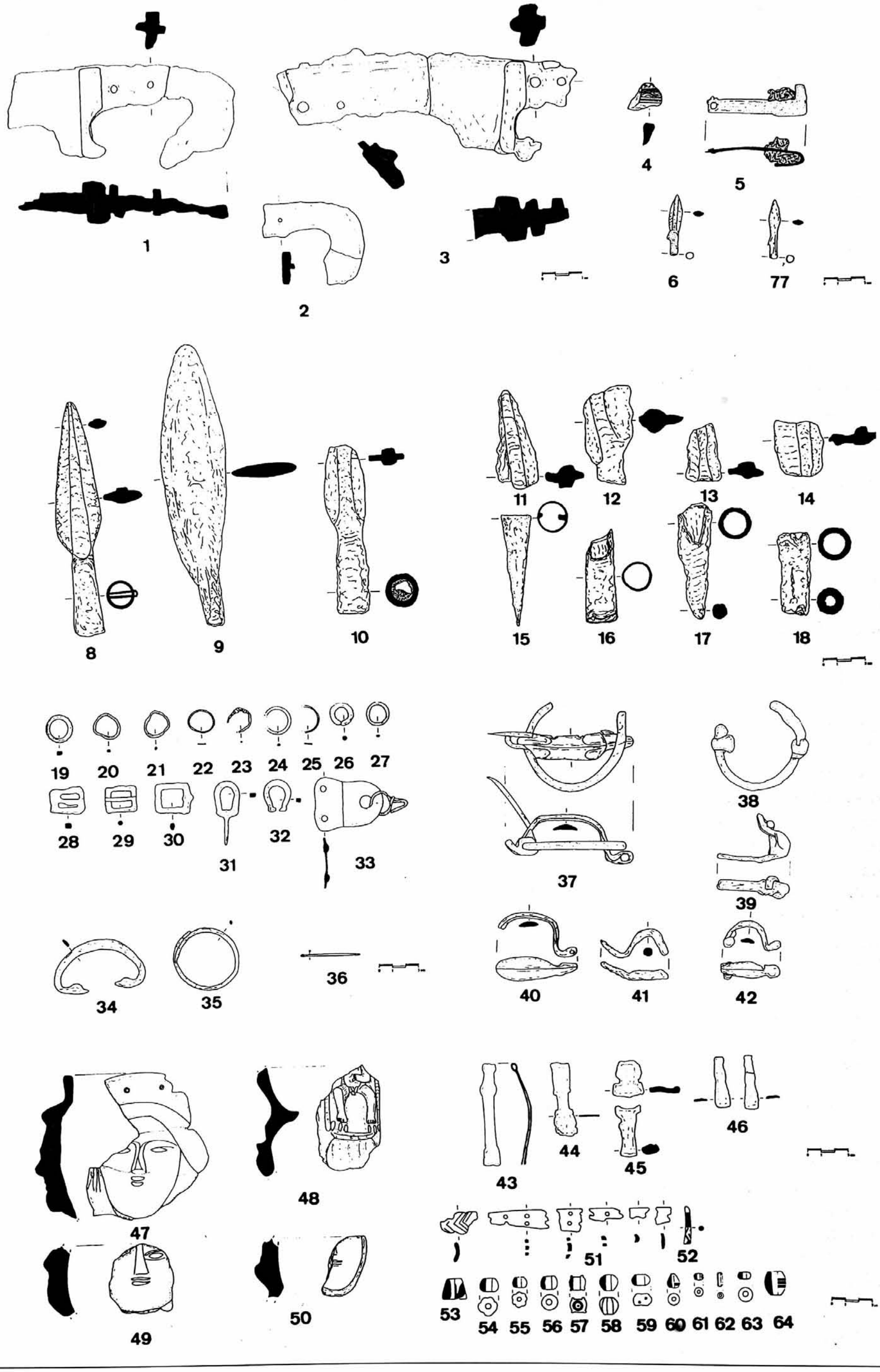
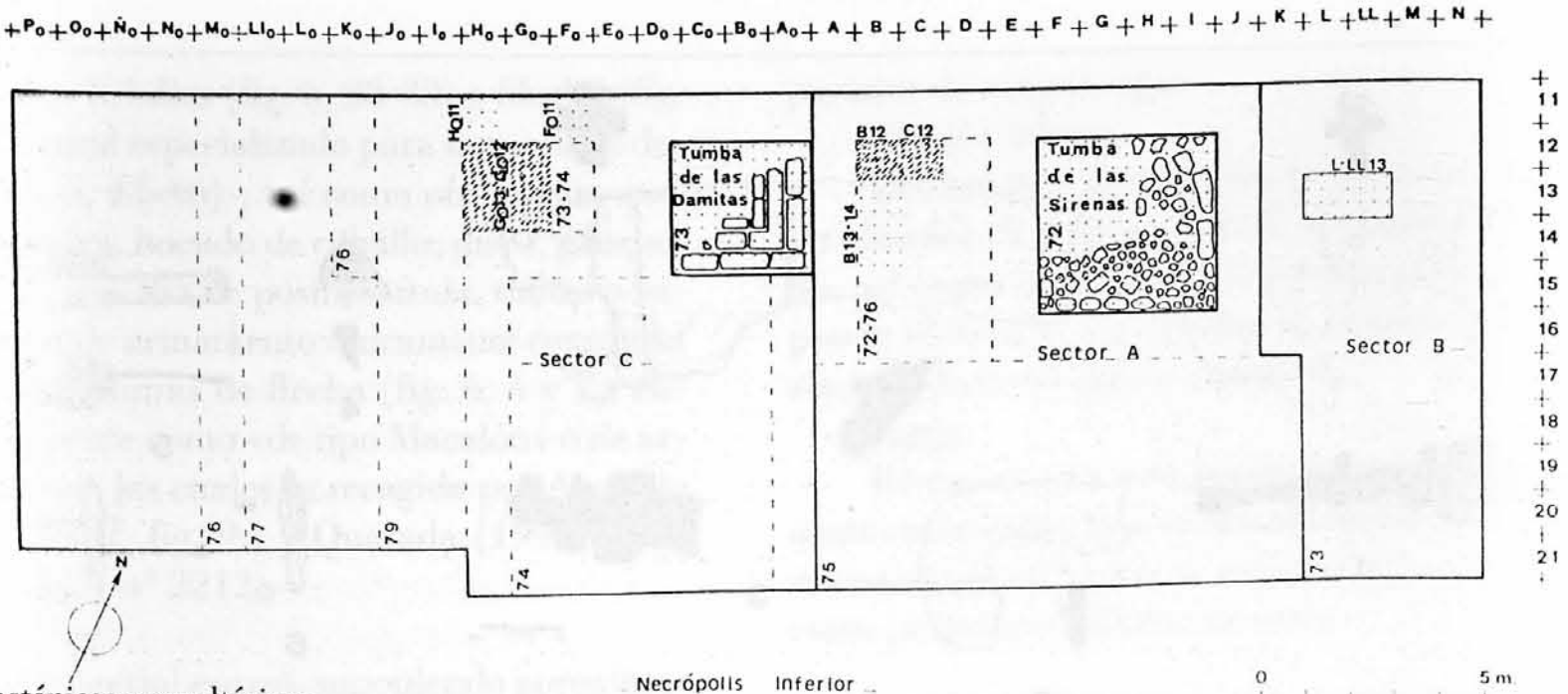
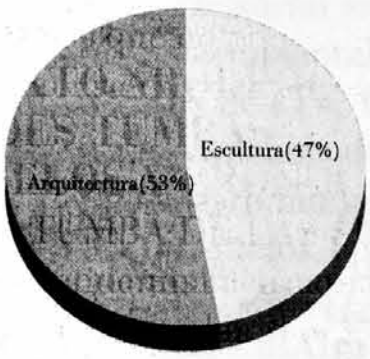


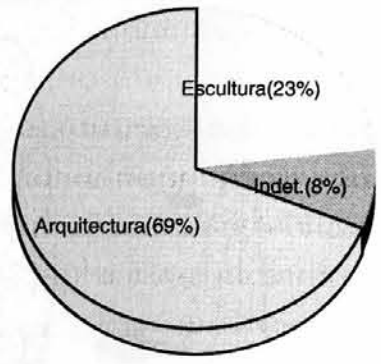
Figura 6- Elementos de metal, pasta vítrea y hueso, procedentes de la necrópolis ibérica del Corral de Saus.



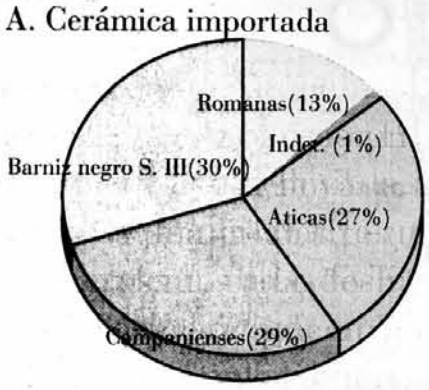
SEC. A. El. arquitectónicos y escultóricos



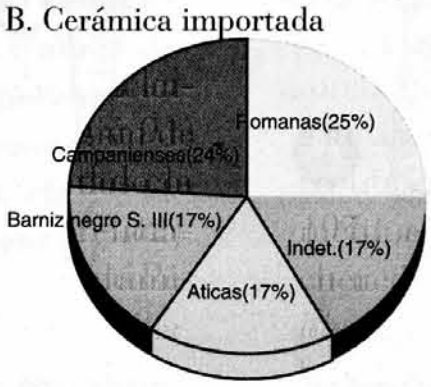
SEC.C. El. arquitectónicos y escultóricos



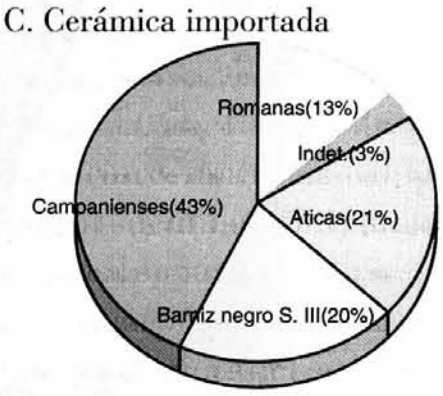
SEC. A. Cerámica importada



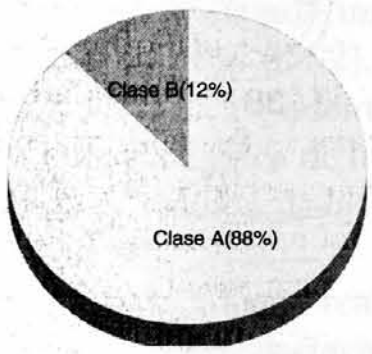
SEC. B. Cerámica importada



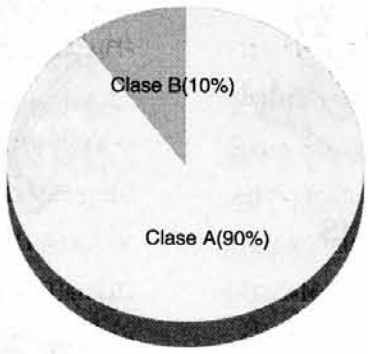
SEC. C. Cerámica importada



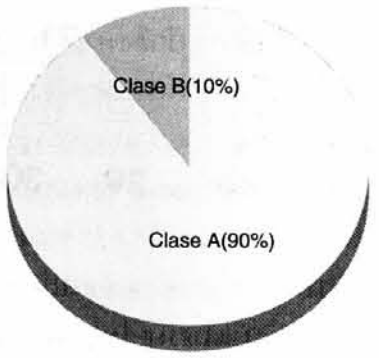
SEC. A. Cerámica ibérica



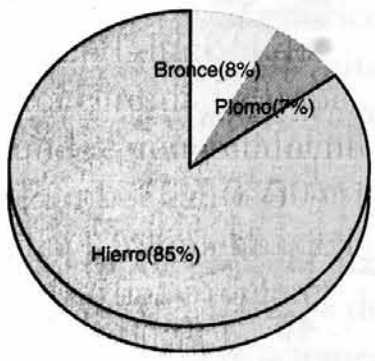
SEC. B. Cerámica ibérica



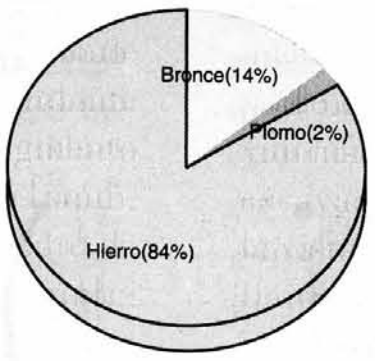
SEC. C. Cerámica ibérica



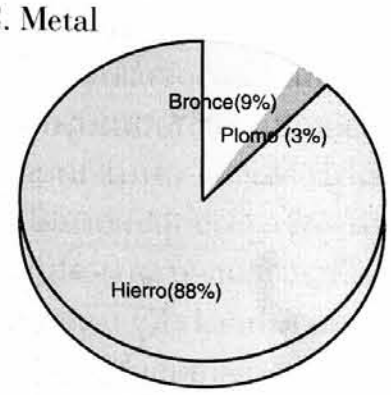
SEC. A. Metal



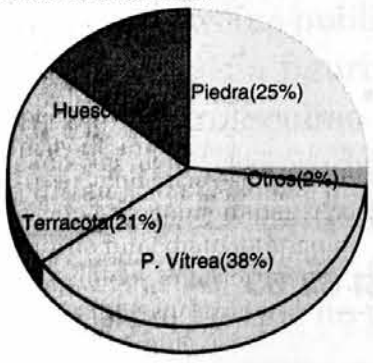
SEC. B. Metal



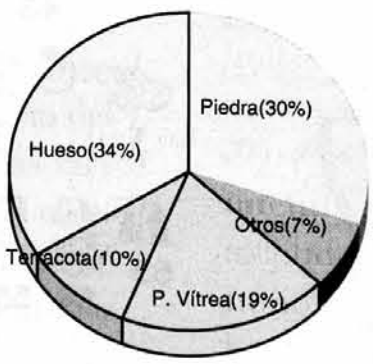
SEC. C. Metal



SEC. A. Otros materiales



SEC. B. Otros materiales



SEC. C. Otros materiales

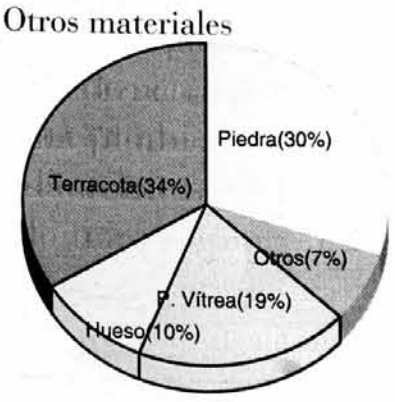


Figura 7- Plano actualizado de zonas excavadas de la denominada *necrópolis inferior* del Corral de Saus (Aparicio, 1984, fig. 16). Porcentajes totales de los distintos materiales en cada sector de excavación.

LOCALIZACION					SIP	PIEZA	FRAG	ELEMENTO	TIPO	DIMENSIONES			MATERIA	GRADO	INSTRUMENTAL	DECORACION	OBSERVACIONES
SEC	CUADRICULA	CAPA	CAM	OTRA						LO.MAX-MIN	AN.MAX-MIN	AL.MAX-MIN	COLOR	FRACTURACION			
A			72	G. SEPUL	13578	N	1	ARQ	BAQUETON	46	28	20	BA	MEDIO	CR / CC / P	ESC-VEG-OV	REUT, ORIF CENTRAL
A			72	G. SEPUL	13576	N	1	ARQ	BAQUETON	54	30	19	BA	MEDIO	CR / CC/ P	PIN-ROJA; ESC-VEG-OV	REUT
A			72	G. SEPUL	13670	N	1	ARQ	CAPITEL	23	20	13	BA	ALTO	CC	ESC-V-ROL	REUT (M.H.A.M.)
A			72	G. SEPUL	13768	N	1	ARQ	CAPITEL	18	16	14	AM	MEDIO	CR/ P	PIN- ROJA	REUT
A			72	G. SEPUL	13583	N	1	ARQ	CIMACIO/PLINTO	67	62	16	BA	BAJO	CR / CC/ P/ R, E?	ESC-VEG-OV,ROS,GEO-ON	REUT
A			72	G. SEPUL	13568	N	1	ARQ	ESTELA	44	38	104	BA	BAJO	CR / CC/ P	ESC-ANTROP-MASC-JINETE	REUT
A			72	G. SEPUL	13549	S		ARQ	SILLAR	24	23	23	CO	MEDIO	P		INSCRIP. IBERICA
A			72	G. SEPUL	13769	N	1	ESC	ZOOM-BOVIDO	25	21	10	BA	ALTO	CC/ P	PIN- ROJA	REUT
A			72	G. SEPUL	13770	N	1	ESC	ZOOM-BOVIDO	13	15	10	BA	ALTO	CR/ P	PIN- ROJA	REUT
A			72	G. SEPUL	13681	N	1	ESC	ZOOM-FELINO	26	19	4	BA	ALTO	CR		REUT (M.H.A.M.)
A			72	G. SEPUL	13570	N	3	ESC	ZOOM-SIRENA	52	19	27	BA	MEDIO	CR / CC / P		REUT
A			72	G. SEPUL	13571	N	1	ESC	ZOOM-SIRENA	42	22	29	BA	MEDIO	CR / CC/ P		REUT
B	L13		73	INCIN	60889	N	1	ARQ	SILLAR	8,5	2	7,2	BA	ALTO			
C			73	G. TUMBA	13581	N	1	ARQ	NACELA	64	57	36	BA	MEDIO	CR / CC/ P/ R, E?	ESC-ANTRO-FEM , PIN-ROJA	REUT
C			73	G. TUMBA	13582	N	1	ARQ	NACELA	59	47	26	BA	MEDIO	CR / CC/ P/ R, E?	ESC-ANTRO-FEM , PIN-ROJA	REUT
C			73	G. TUMBA	13680	N	1	ARQ	REVOQUE	10	10	12	B	MEDIO			INTERIOR (M.H.A.M.)
C			73	G. SEPUL	60987	N	1	ARQ	SILLAR	4	35	1	BA	ALTO			

Tabla 1- Relación de elementos arquitectónicos y escultóricos asociados a las tumbas excavadas en la necrópolis del Corral de Saus.

pertenecientes al grupo III o vajilla de mesa, donde sin duda hemos de subrayar la importancia de platos y pateras. Se trata del sector que cuenta con mayor cantidad de cerámica importada -más del 46%-, en todas las producciones: áticas, barniz negro del s. III a.C., campanienses y romanas, predominando las cerámicas de barniz negro del s. III a.C. -con dos piezas completas conservadas- y las campanienses A, sumando ambas más del 60 % del total de las cerámicas de importación en el sector, porcentaje equivalente al extraído para todo el yacimiento. Los elementos metálicos representan más de la mitad de los existentes en la necrópolis, destacando sobre todo los realizados en hierro. Otros materiales como la pasta vítrea, la piedra, la terracota o el hueso, que en conjunto suponen más del 37% del total, completan el repertorio de materiales.

SECTOR B. (fig. 7)

Abierto durante la campaña de 1973 (Fletcher, 1975, 109), es el sector de menor entidad a todos los efectos. Se sitúa al E de la «tumba de las sirenas» y ocupa las cuadrículas K a N-11 a 16 y L a N-17 a 21, con un área total de alrededor de 47 m^2. A modo de conclusiones, a partir de los datos existentes, podemos señalar que este sector presenta, a diferencia de los dos restantes, una ausencia de monumentalidad muy marcada. La escasez de restos procedentes de los ajuares funerarios es también notable, distinguiéndose de las otras áreas del yacimiento. No obstante, predomina a nivel de materiales -siguiendo la tónica general de la necrópolis- la presencia de la cerámica ibérica -apenas el 7% del yacimiento-, siendo igualmente el grupo tipológico más numeroso el de la vajilla de mesa. Los bajos porcentajes de elementos metálicos -8% del total-, otros materiales -10%-, así como de las cerámicas de importación -algo más del 7%- no hacen más que corroborar los datos anteriores, que señalan una concentración notable de los restos monumentales, así como de los ajuares en los sectores de la «tumba de las sirenas» y la «de las damitas».

SECTOR C. (fig. 7)

También en la campaña de 1973 se procede a la apertura de este sector, donde se descubrió la segunda gran estructura tumular que evidenciaba la reutilización de elementos arquitectónicos y escultóricos: la conocida «tumba de las damitas» (Fletcher, 1975, 110-112; Fletcher y Pla, 1974, 39). Se trata del área de mayores dimensiones, ocupando las cuadrículas denominadas Ao a Po-11 a 21, con aproximadamente más de 190 m^2 de superficie excavada. Hay que señalar el interés que ofrecen los restos monumentales hallados -más del 40% de los referenciados en la necrópolis-, y esencialmente la excepcionalidad de los encontrados en la gran sepultura. Este sector manifiesta asimismo, los mayores porcentajes de la cerámica ibérica, sobre todo fina -más del 52% del total-, con 34 perfiles completos conservados, destacando la presencia del grupo III, aunque también de cerámica tosca. Igualmente, posee buena documentación sobre metales -casi el 40% del conjun-

LOCALIZACION					INVENT	ORIG	PI	FRS	CLASE	TIPO	MEDIDAS			PASTA				DECORACION			OBSERV
											Ø	Ø BASE/		CAR ACT.		D ESGR.		INT	EXT	LABIO	
SECTOR	CUAD	CAPA	CAM	OTRA	SIP						BOCA	POMO	ALT	COL	COCC	PRES	COL	TIPO	TIPO	TIPO	
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	BN S. III a.C.	F. 42 b LAMB			2,3					IN-ES			BASE
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	BN S. III a.C.	F. 5743 MOREL			4								GALBO
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	CAMP A	F. 23 LAMB			2								BORDE
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	CAMP A	F. 27 b LAMB			2,5								BORDE
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	CAMP A	F. 27 c LAMB			3								BORDE
A			72	G. SEPUL	61210	IT	N	1	CAMP A	F. 28 LAMB			1,8								BORDE
A	A-K 18-20	1	75	G. SEPUL	61193	IT	N	2	CAMP A	F. 36											BORDE
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	CAMP A	IND			1,2								
A			72	G. SEPUL	61209	IT	N	1	CAMP B	F. 2 LAMB			4,5								BORDE
A		1	72	G. SEPUL	13765	AT	N	1	FR	CRATERA			7,5						P-FIG		GALBO
A			72	ENC.G.TUMBA	61199	IT	N	2	CAMP A	F. 36											BORDE
A	A-K 21	1	75	ENC.G.TUMBA	61246	IT	N	6	CAMP A	F. 36											BORDE
A		1	72	G. TUMBA	61198	AT	N	1	FR	CRATERA			3,5						P-FIG		GALBO
A		1	72	G. TUMBA	61198	AT	N	1	FR	IND			3,5						P-FIG		GALBO
A	B13-14	3	76	INCIN	59993	IT	S		BN S. III a.C.	F. 21/ 25 LAMB	8	6	2,6	MO	H	E	MO	IM-PAL			Q
A	C12	2	72	INCIN	61280	IB	S		BN ROSES	F. 28C LAMB	14,2	5,7	4,7	MC	H	E	MO	IM-PAL			
C	DO12	3	73	G. TUMBA	61306	AT	N	1	BN	IND			2,4	NA	H						BASE
C	DO12	2	73	G. TUMBA	61359	IT	N	1	CAMP A	IND		4	2,4					IM-ROS			BASE
C	DO12	2	73	G. TUMBA	61358	AT	N	1	FN	LECANE	24		3,8						P-GEO		BORDE
C	DO12	3	73	G. TUMBA	61316	AT	N	2	FR	IND			2,9						P-FIG		GALBO
C	FO11	2	73	INCIN	61292	IB	N	1	BN ROSES	IND			1,3	G	H	E	B	IM-PAL, IN-			BASE
C	DO11-12	2	73		61355	IT	N	1	CAMP A	F. 68 LAMB	9		3,6					PIN-BAN			BORDE
SUP	Nº 4		74	INCIN	61288	IT	N	1	BN P.E.	F. 26 LAMB		4,7	2	NA	H			IM-ROS			BASE
SUP	Nº 4	1	74	INCIN	60999	RO	N	2	IND	ANF			1,1	G-AN	A	E	B				ASA

Tabla 2- Relación de piezas completas de cerámica ibérica asociadas a las tumbas excavadas en la necrópolis del Corral de Saus.

to- y otros materiales como terracota, hueso, pasta vítrea o piedra, que suponen más de la mitad de los elementos inventariados en estos soportes- en sus ajuares funerarios.

A su vez, dentro de los dos sectores de mayor importancia en la necrópolis -A y C-, nos encontramos con un espacio destacado, esto es, el área de las dos grandes tumbas y su entorno más inmediato. Ello se confirma por la propia presencia de las grandes estructuras y el fenómeno de reempleo de restos monumentales documentado; en segundo término, por las concentraciones observadas a partir de la dispersión de las piezas cerámicas conservadas, así como, finalmente, por la distribución en el yacimiento de todas las producciones de cerámica importada que se concentran en este espacio[13].

CONTEXTO ARQUEOLOGICO DE LAS DOS GRANDES TUMBAS

1.- «TUMBA DE LAS SIRENAS» (Sector A)

Se trata de una estructura cuadrada de 4 m. de lado de empedrado tumular, donde se hallaron elementos de arquitectura y escultura (tabla 1)[14], en cuyo centro se encontró un hoyo con restos cremados y parte del ajuar funerario (tablas 2-5) que fue expoliado en el pasado (Fletcher, 1974, 106; Aparicio, 1976). A partir de la revisión de la base documental llevada a cabo, hemos constatado la presencia de materiales pertenecientes a fases diferenciadas. Si atendemos a las fechas que nos marcan las cerámicas de importación que aparecen en esta tumba, observamos un arco cronológico que se extiende desde la primera mitad del s. IV a.C. al s. II o incluso el s. I a.C. La remoción de materiales ha producido el hallazgo conjunto de materiales de importación de orígenes diversos (tabla 2), es decir, producciones áticas, barniz negro del s. III a.C. y cerámicas campanienses -esencialmente campaniense A-. Con respecto a las producciones áticas de figuras rojas, se han documentado 2 pequeños fragmentos de cuerpo de cratera, con la representación del tema de la cuádriga (fig. 4, 6 y 8) y un fragmento indeterminado, datados en la primera mitad del s. IV a.C. Asimismo, dos ejemplos de cerámica de barniz negro del s. III a.C. -un fragmento de base de una F. 42b Lamb./ F-4162 y un fragmento de galbo de F-5743. La cerámica campaniense A es la más abundante en esta tumba, concretamente, contamos con 1 fragmento de F. 23 Lamb. (fig. 5, 50), 1 fragmento de F. 27b Lamb. (fig. 5, 51), 1 fragmento de F. 27c Lamb., 1 fragmento de F. 28 Lamb. (fig. 5, 52) y 4 fragmentos de F. 36 Lamb.; completando el listado, 1 fragmento de galbo de cerámica campaniense B, F. 2 Lamb. (fig. 5, 53).

Con respecto a la cerámica ibérica, la única pieza conservada es el *kalathos* cilíndrico (fig. 2, 6) con decoración pintada e incisa geométrica (tabla 3). A nivel de fragmentos aparecen documentados en clase A las formas de tinaja, tinajilla, *lebes*, caliciforme, *kalathos*, *oinochoe*, plato, patera, cuenco, ungüentario, tapadera, además de fragmentos de bases, asas y galbos con decoración y lisos, de tipos indeterminados, así como de olla y tapadera en clase B. Las formas y decoraciones de los numerosos fragmentos hallados nos señalan cronologías propias de una fase plena o incluso avanzada en el mundo ibérico. Los elementos metálicos (tabla 4) no son muy abundantes, reduciéndose a fragmentos pertenecientes a una falcata de tipo inidentificable, además de una varilla fragmentada de bronce. Una pequeña varilla cilíndrica de hueso (tabla 5) y un fragmento indeterminado de terracota cierra el conjunto asociado a la tumba.

Siguiendo la documentación existente, las primeras consideraciones sobre su cronología, realizadas tras la primera campaña de excavación, apuntaron fechas no anteriores a la segunda mitad del s. III a.C., debidas a la aparición de cerámicas ibéricas con decoración pintada de temas florales y escenas figuradas con representaciones zoomorfas y antropomorfas, que aparecieron encima y alrededor de la sepultura (Fletcher, 1974, 107; Fletcher y Pla, 1972 y 1974, 38; Pla, 1977a, 5). Esta datación es corroborada en informes posteriores, tras la campaña de 1973, en la que fue excavada la segunda gran tumba (Fletcher, 1975, 112). En otra línea se sitúa Aparicio (1976; *idem*, 1977, 30; *idem*, 1982, 42; *idem*, 1984, 202) que adelanta las cronologías, otorgando fechas del s. IV a.C. para la construcción y utilización de las tumbas.

La imagen que proporcionan los materiales nos sitúa ante la problemática de la remoción y hallazgo conjunto de fases diversas. Así, de cara a la cuestión que aquí nos ocupa, hemos de seguir criterios operativos para no dejar en suspenso una orientación cronológica, importante para dar un encuadre cultural a la tumba. En este sentido, una parte de las cerámicas importadas pueden corresponder a «perduraciones», debido al amplio espectro cronológico del yacimiento. Los elementos más antiguos -las cerámicas áticas- pueden aparecer mezclados con niveles y depósitos más recientes por simple «perduración», aunque tampoco podemos descartar que el conjunto arqueológico contenga «intrusiones» por factores de distinta índole. El proceso de excavación debe señalar la diferencia entre estos criterios a la vista de cómo se presentan los materiales y la estratigrafía del yacimiento, pero éste no es, desafortunadamente, nuestro caso. Podemos, en consecuencia, plantearnos cuáles son los elementos de datación más recientes y de forma coincidente, los más abundantes, los que determinan la cronología del momento en que quedó cerrada la tumba y proponer su datación en el s. II a.C., o bien, siendo más prudentes y de acuerdo con las dataciones generales del yacimiento (v. *infra*), de un modo más amplio, en los s. III-II a.C., con la debida cautela y a la espera de realizar un estudio más amplio de los elementos escultóricos que contribuya a orientar mejor la cronología. La existencia de materiales propios de una fase claramente anterior podría por tanto, denotar un momento diferenciado y, a su vez, refle-

---

(13) Al respecto, hemos realizado un estudio puntual sobre la dispersión de las cerámicas de importación, a partir de la información existente, tratando de rastrear tendencias significativas a nivel microespacial. Así, las cuatro producciones documentadas se localizan en el área de las grandes tumbas y su entorno inmediato, otorgando a este espacio, si consideramos también los datos citados anteriormente, una dimensión específica evidente.

(14) En dichas tablas mostramos la relación de los elementos directamente asociados a esta tumba, así como al resto de los conjuntos de incineración individualizados, para cada categoría de material. En el caso de la cerámica ibérica, presentamos únicamente las piezas completas ya que la relación de los pequeños fragmentos hallados es muy numerosa.

INVENTARIO CERAMICA IBERICA

LOCALIZACION					INVENT	PI	FRS	CLASE	TIPO	FORMA			MEDIDAS			PASTA				SUPERFICIES				DECORACION			OBSERV
										LABIO/	BASE/	PREN	Ø	Ø BASE/		CARACT		DESGRAS.		INT		EXT		INT	EXT	LABIO	
SECTOR	CUAD	CAPA	CAM	OTRA	SIP					BORDE	POMO	POS/SEC	BOCA	POMO	ALT	COL	COCC	PRES	COL	COL	TRAT	COL	TRAT	TIPO	TIPO	TIPO	
A			72	ENC. TUMBA	59799	N	1	A.O	¿VI.5?	MO			32													PG	PG	
A			72	G. SEPUL	60652	S		A.O	II.7.1.2	MO	CO		18	13.5	18	N	H	E	B	MC	AL	MC	AL	PG	PG-IN	PG	
A	B13-14	3	76	INCIN	59990	S		A.O	III.8.1.1	AL	AN		18	6		AN-GC	H	E	B	AN	AL	AN	AL	PG	PG	PG	
A	B13-14	3	76	INCIN	59991	S		A.O	VI.2	S	AL	H/C	11	6		MC	H	N		MC	AL	MC	AL		PG	PG	
A	B13-14	3	76	INCIN	59994	S		A.O	III.8.1.1	AL	AN		22	8		GO	H	E	B	MC	AL	MC	AL	PG	PG	PG	2 SUS
A	B13-14	3	76	INCIN	59992	S		A.O	III.8.2.1	AL	AN		28	12		MC	H	N		MC	AL	MC	AL	PG		PG	2 SUS
A	B13-14	3	76	INCIN	59991	S		A.O	VI.2	S	AN	H/C	11	6		MC	H	N		MC	AL	MC	AL		PG	PG	
A	C12	1	72	INCIN	62258	S		A.O	VI.6	PE	AL		26	3	4.9	AN-GC	A	E	B	AN	AL	AN	AL	PS	PG	PG	PLA. PECES
A	C12	1	72	INCIN	62410	N	1	A.O	VI.7	PE	AL		8.4	4.9	2	AN-GC	A	E	B	AN	AL	AN	AL		PG		
A	C12	1	72	INCIN	62065	N	1	A.O	¿VI.5?	S			26		3	AN	H			AN	AL	AN	AL		PB	PG	
C	FO11		73	INCIN	1906	S		A.O	III.4.1.1	S	AL		12	7	14		H	E	B	MC	AL	CR	AL		PS	PG	
C	FO11	1	73	INCIN	13761	S		A.G	IV.5	SD	AN	V/C	4	3	7	MC-GO	H			MC	AL	MC	AL				Q JARRITA
C	FO11-HO12	1	73	INCIN	13707	S		A.O	III.2.2	PL	CO	V/AC	10.5	6	16	AN-GC	A	E	B	MC	AL	MC	AL				
C	GO12	2	74	INCIN S. COPA	1908	S		A.O	II.2.1.1	R		V/A	16	8	21	AN-GC	H	E	B	MC	AL	AN	AL		PG	PG	RES FE
C	GO12	2	74	INCIN S. COPA	13737	S		A.O	II.7.1.2	AL	CO		21	19	21	AN-GC	H	E	B	AN	AL	MC	AL		PG-V	PG	
C	GO12	2	74	INCIN S. COPA	13757	S		A.O	III.8.1.1	AL	AN		17	5	4	AN-GC	A	N		AN	AL	CR	AL	PG	PG	PG	
C	GO12	2	73	INCIN S. COPA	60304	S		A.O	III.8.1.1	AL			24	7	4.5	MC	H	E	B	MC	AL	MC	AL		PG	PG	
C	GO13		74	INCIN	60979	S		A.O	V.8.1.4				3	1	2	GC	H	E	B	GC	AL	GC	AL				Q
C	GO13		74	INCIN	60979	S		A.O	V.8.2.5				2.7	1.5	2.3	GC	H	E	B	GC	AL	GC	AL				Q
C			73	G. TUMBA	60940	S		A.O	V.8.1.1				3	1	2.5	GC	H			GC	AL	GC	AL				
C			73	G. TUMBA	60940	S		A.O	V.8.2.4				2.8	1.2	2.3	GO	H			GO	AL	GO	AL		IN		
SUP	INCIN Nº 4	2	74	J. ALMENDRO	13752	S		A.O	II.2.2.1	S	CO		10	6	12				B	MC	AL	MC	AL	PG	PG	PG	Q
SUP	INCIN Nº 4	2	74	PARTE NE	13759	S		A.O	III.4.3	S	CO		8	3	6	MC-GO	H	E	B	GO	AL	GO	AL				
SUP	INCIN Nº 4		74		60657	S		A.O	VI.2	S	AN	H/C	11	5	7.1	AN	H	E	B	MC	AL	AN	AL		PG	PG	

Tabla 3- Relación de piezas completas y fragmentos de cerámica importada asociados a las tumbas excavadas.

jar una concepción distinta del espacio y el paisaje en la necrópolis. Nada impide, en principio, pensar en reutilizaciones y perduraciones, asimismo, en el caso de los elementos ornamentales monumentales hallados en el encachado tumular de la tumba.

2.- «TUMBA DE LAS DAMITAS» (Sector C)

En este caso nos situamos ante una estructura cuadrangular de dimensiones inferiores a la anterior -3,4 m. de lado-; conserva 3 gradas de sillares, cuya altura es de 0,68 m. (Aparicio, 1976). En su interior, hacia el ángulo NW se localizó un hoyo con restos cremados y parte del ajuar -realmente muy escaso-, que al igual que en el ejemplo precedente, fue expoliado desde antiguo (Fletcher, 1975, 111; Pla, 1976, 391).

También esta tumba acusa la remoción de materiales que denota la «tumba de las sirenas». Así, las referencias de las cerámicas de importación (tabla 2) que se vinculan a esta segunda gran estructura no son claras ni precisas, en este sentido, nos encontramos, por una parte, con el fragmento de borde de lécane ático de figuras negras (fig. 4, 1), hallado en la cuadrícula Do12, el testimonio cerámico más antiguo de la necrópolis, esto es, el s. V a.C. Por otra parte, contamos con fragmentos de borde y cuerpo de una crátera ática de figuras rojas que se vincularon a cuadrículas -concretamente la Eo11- cercanas y en relación con la propia tumba (fig. 4, 2 y 4), aunque ciertamente no se hallaron en su interior; pequeños fragmentos de galbo áticos de figuras rojas de tipos indeterminados o una base ática de barniz negro fragmentada -cuadrícula Do12-, cuyas cronologías se sitúan en la primera mitad del s. IV a.C. Pero también, en estas cuadrículas aparecen cerámicas de fases muy posteriores, tal es el caso de la F. 68 Lamb./F-3131 (fig. 5, 20) de campaniense A media, que nos ofrece fechas de hasta mediados del s. II a.C., hallada en la cuadrícula Do11-12 o la base fragmentada de campaniense A con roseta impresa en relieve (fig. 5, 25), hallada en la misma cuadrícula donde se recogió el fragmento de figuras negras.

Ante estas evidencias que revelan la remoción de fases distintas, es difícil plantear fechas precisas para esta tumba. Por su parte, la cerámica ibérica hallada es escasa, dos fusayolas completas (fig. 2, 18 y 19) (tabla 3), así como pequeños fragmentos que documentan la presencia de la forma de tinajilla, plato, patera, cuenco, botellita, tapadera, mano de mortero, imitación de plato de borde pendiente, además de pequeños fragmentos de base, asa y galbo de tipos no determinados, lisos y decorados. Tal y como relata *La Labor* del S.I.P. de la campaña correspondiente (Fletcher, 1975, 109-112) aparecieron igualmente (tabla 4), unas pinzas de bronce lisas (fig. 6, 46), una gran anilla de bronce abierta por un extremo, un enganche circular, además de fragmentos indeterminados del mismo material; asimismo, se documentó una varilla de hierro de sección circular, una contera de lanza de tipo indeterminado, con restos óseos cremados y de bronce adheridos, un clavo incompleto con cabeza redondeada y pequeños fragmentos indeterminados de hierro. Sobre hueso, se conserva una plaquita perforada muy fragmentada (fig. 6, 51) y una cabeza de alfiler (fig. 6, 52) decorado con motivos geométricos incisos (tabla 5).

Del mismo modo, en este caso, las dos hipótesis que se han planteado en la bibliografía existente a la hora de establecer la cronología de la «tumba de las sirenas», son reiteradas por los mismos autores de cara a precisar las fechas de construcción y vigencia de la de «las damitas». Por un lado, se reafirma la cronología establecida para la primera gran sepultura (Fletcher, 1975, 112) y por otra parte, Aparicio señala que: «*... corresponde al s. IV a. de C., a juzgar por un gran fragmento de una crátera de figuras rojas, datada en el s. IV, y encontrada junto a dicha tumba, de donde debió ser extraída.*» (Aparicio, 1982, 42). Tras el análisis de la documentación existente, observamos que el conjunto se presenta de modo que los bloques esculpidos con los altorrelieves de las «damitas» (tabla 1) están claramente reutilizados en una estructura escalonada, en la que su parte decorativa ya no cumple ninguna función. La problemática de cara a su datación es similar a la planteada en la primera gran tumba. Se trata, pues, de establecer dos propuestas cronológicas: una para la estructura escalonada y otra para el conjunto escultórico, necesariamente anterior. Así, la doble datación del contexto

LOCALIZACION					SIP	PIEZA	FRAG	MATERIAL	OBJETO	TIPO	DIMENSIONES					DECORACION	OBSERVACIONES
SEC	CUADRICULA	CAPA	CAM	OTRA							LO. MAX-MIN	AN. MAX-MIN	AL. MAX-MIN	Ø MAX	Ø MIN		
A			72	G. SEPUL	61087	N	1	FE	E. FALCATA	IND	5.5	2.5	0.5				
A			72	G. SEPUL	61087	N	1	FE	H. FALCATA	IND	6	4.5	1				
B	L13		73	INCIN	61066	N	1	FE	CONTERA	IND	5.8			2	1.4		
C			73	G. TUMBA	61102	S		BR	ENGANCHE	CIRC			0.6	6.6			
C			73	G. TUMBA	61102	S		BR	PINZAS	IND	4	1-0.6	0.15				
C			73	G. TUMBA	61102	S		FE	CLAVO	CA. RED				2.5			
C			73	G. TUMBA	61102	S		FE	CONTERA	IND	9.5			2.2	1.6		FR. HU/ BR ADS
C			73	G. TUMBA	61102	N	3	FE	VARILLA	SE. CIRC	3		1.1				
C			73	G. TUMBA	61102	S		BR	ANILLA	OVAL			0.6	7			ABIERTA
C			73	INCIN	13717	S		BR	PULSERA	IND				4.6			
C	GO12		74	IN. S. COPA	62562	S		BR	H. CINTURON	IND	2.8	2.1	0.5				
C	GO12		74	IN. S. COPA	62562	N	1	FE	CONTERA	IND	5.5			2.1	1.5		
C	GO12		74	IN. S. COPA	61124	N	1	FE	FALCATA	4A Q?	42.5	5.5	3				DETERIORADA
C	GO12	2	74	IN. S. COPA	13715	N	1	FE	H. FALCATA	IND	41	6	1			ACANALAD.	
C	GO12		74	IN. S. COPA	62562	N	1	FE	VARILLA	SE. CIRC	5	0.4	0.5				DOBLADA
C	GO13		74	INCIN	61121	S		BR	AGUJA	IND	4.5	0.1					
C	GO13		74	INCIN	61121	S		BR	ANILLO	SE. CIRC			0.1	0.6		MOT. VEG.	
C	HO11		73	INCIN	61091	S		BR	ANILLO	SE. CIRC		0.1	0.2	2.2			
SUP		1	76	IN. SUPERF	62412	N	1	FE	VARILLA	SE. CIRC	3.5			1.2			

Tabla 4- Relación de elementos metálicos asociados a las tumbas excavadas en la necrópolis del Corral de Saus.

LOCALIZACION					SIP	PIEZA	FRAG	MATERIAL	OBJETO	TIPO	DIMENSIONES					DECORACION	OBSERV
SEC	CUADRICULA	CAPA	CAM	OTRA							LO. MAX-MIN	AN. MAX-MIN	AL. MAX-MIN	Ø MAX	Ø MIN		
A			72	G. SEPUL	60923	N	1	HU	BARRITA	CIL	1.9			0.5		INCISA	
C			73	G. TUMBA	60942	N	1	HU	ALFILER	IND	2.8			0.3		INCISA	
C			73	G. TUMBA	60942	N	6	HU	PLACA	PERFOR	1.2	1.6	0.3				

Tabla 5- Relación de otros materiales -elementos óseos- asociados a las tumbas excavadas en la necrópolis del Corral de Saus.

cerámico podría ser orientativa al respecto, atribuyendo al momento de las cerámicas áticas los altorrelieves de «las damitas» y, a modo de hipótesis, la estructura escalonada al momento definido por la campaniense A media. Cabe preguntarse finalmente, si los dos conjuntos monumentales -sirenas en el sector A y «damitas» en el C- son del mismo periodo y significan la reocupación de un sector funerario del Ibérico pleno, aunque esa es una cuestión que dejamos abierta para el futuro de nuestra investigación.

A modo de conclusión, la impresión que ofrecen gran parte de los materiales asociados a estas estructuras corresponden a los s. III y II a.C., siendo la datación más reciente la correspondiente al s. II a.C., unida al contexto de la campaniense A media, bien documentado en el yacimiento. Así, nuestra propuesta se sitúa en la línea inicialmente planteada por D. Fletcher y E. Pla, quienes dataron la construcción de estas tumbas de una manera general, a partir de la segunda mitad, finales del s. III a.C. o incluso más adelante (Fletcher, 1974, 107; *idem*, 1975, 112; Fletcher y Pla, 1972 y 1974; Pla, 1975, 737; 1977a, 5) como ya hemos señalado.

CONSIDERACIONES FINALES

El conocimiento del mundo funerario en general y el ibérico en particular, ha mejorado notablemente desde las últimas dos décadas. En este sentido, ha sido esencial el «descubrimiento» de un paisaje funerario dotado de arquitectura monumental, complementada con escultura, ligado tradicionalmente a las elites dirigentes, como muestra de su identidad y elevado *status* social (Almagro, 1983a, b y c, sin ánimo de ser exhaustivos). Unido a ello, la investigación ha prestado un gran interés por el conocido tema de la destrucción de elementos monumentales y su posterior reutilización, aunque desde diferentes ópticas, partiendo en gran parte de los casos del concepto de destrucción sistemática[15]. No obstante, una de las principales limitaciones que impiden una adecuada comprensión de estos complejos fenómenos es la cuestión de los contextos arqueológicos, ligados a la cronología. De este modo, si revisamos los diversos catálogos de escultura ibérica publicados hasta la fecha (Chapa, 1980, 1986; Cuadrado, 1984; Ruano, 1987, Castelo Ruano, 1990, entre otros), no se observa una clara evolución lineal interna. A ello sin duda contribuyen las posibles perduraciones o reinterpretaciones de imágenes existentes, pero sobre todo, el citado y controvertido fenómeno de las destrucciones de escultura ibérica. En efecto, la perspectiva actual impone la necesidad de un catálogo de esculturas datadas; en esta línea, podría producirse un avance epistemológico en el hecho excepcional del arte escultórico y monumental en la Cultura ibérica.

La necrópolis del Corral de Saus, en curso de estudio actualmente, plantea numerosas incógnitas debido a factores de diversa índole que ya hemos mencionado y que han hecho que seamos muy prudentes a la hora de establecer conclusiones definitivas sobre la misma. Con todo ello, a pesar de las dificultades y limitaciones que plantea el reestudio de un yacimiento de estas características, pensamos que esta vía de trabajo puede ofrecer resultados positivos, además de dar a conocer un yacimiento olvidado por la investigación. Asimismo, es del mayor interés analizar y valorar fondos materiales antiguos, según premisas actualizadas de acuerdo con los desarrollos alcanzados por disciplinas diversas, que pueden facilitar la comprensión de fenómenos documentados en otros yacimientos. Además, en Corral de Saus contamos con la existencia de datos arqueológicos, lo que por desgracia, no es excesivamente frecuente respecto a una parte de piezas singulares del mundo ibérico.

Efectivamente, como antes mencionábamos, la existencia de contextos arqueológicos fiables es esencial, no sólo de cara a la datación, como en este caso de los restos de arquitectura y escultura, sino también, en síntesis, de cara a la comprensión de la dinámica de la necrópolis y su definición cronológico-cultural. En el yacimiento objeto de nuestro estudio, si bien no podemos olvidar que parte de los materiales se hallan removidos y sin contexto de ningún tipo, contamos por un lado con un gran conjunto material cuyo análisis puede orientar las dataciones o sus límites temporales. Por otra parte, se han documentado una serie de enterramientos, escasos desafortunadamente en relación con la base documental existente, de los que algunos ofrecen fechas precisas de su deposición en el recinto funerario.

Nos centraremos en primer lugar en las dataciones proporcionadas por las tumbas de cremación -en hoyo y cista- con posibilidades de ser precisadas. Estas se escalonan en contextos de los siglos III y II a.C., o incluso el s. I a.C. en un caso. En este sentido, nuestra información es desigual, contamos con ejemplos de la primera mitad del s. III a.C. a través del conjunto B13-14 y del C12, donde se hallaron respectivamente una paterita de barniz negro, F.21/25 Lamb./F-2714 (fig. 5, 7) y una patera completa, F. 28 Lamb./F-2648 (fig. 5, 1), producción esta última posiblemente del Taller de Roses, datadas en la primera mitad del s. III a.C. Asimismo, al conjunto llamado»Incineración nº 4» de la denominada necrópolis superior se asocia el fragmento de base decorada de una F.26 Lamb. (fig. 5, 3), perteneciente al taller de Pequeñas Estampillas, que nos marca fechas de la primera mitad del s. III a.C. En la segunda mitad del s. III a.C./ primera mitad del s. II a.C., se data el bien documentado conjunto Go12 o «incineración del sombrero de copa» (Fletcher, 1976, 120), si atendemos a las formas y decoraciones de las urnas contenedoras de los restos óseos cremados -tinajilla (fig. 2, 3) y *kalathos* (fig. 2, 5)- y sus respectivos platos-tapadera (fig. 2, 11; fig. 3, 3). Tras el análisis de los restos cremados se determinó que correspondían a una cremación individual, sin trituración, con una recogida esmerada y buena combustión de un individuo adulto, de sexo masculino, cuya edad oscila posiblemente entre los 20 y 30 años, según M. Calvo (Izquierdo, 1995a, T. II, 239). De una manera mucho más imprecisa se data el conjunto B12, a partir del s. III a.C., ante la presencia de un fragmento de *kalathos* decorado. Ya en pleno siglo II al I a.C. se fecha el conjunto Fo11, donde se halló el conocido caliciforme con decoración de estilo Elche-Archena (fig. 3, 7) y un jarro de boca circular sin decoración (fig. 3, 15, piezas que nos sitúan en fechas avanzadas.

En cuanto al estudio de materiales llevado a cabo, del que hemos presentado una breve síntesis, las dataciones proporcionadas por las cerámicas de importación, como hemos visto, se extienden desde el s. V a.C. hasta el s. I y II d.C., aunque, sin duda, son los ss. III y sobre todo el II a.C. los mejor documentados, tanto desde el punto de vista de los porcentajes cuantitativos, como por la variedad de los tipos presentes. El siglo II a.C., correspondiente el horizonte de las cerámicas campanienses A, se halla bien representado, tratándose de la producción importada más destacada por su abundancia y variabilidad en las formas, sobre todo la campaniense A media. El análisis de las cerámicas ibéricas, por su parte, ha ofrecido la imagen de un material característico de la fase plena y tardía del ámbito ibérico contestano, aunque con matices propios y originales. Sus formas y decoraciones, en la cerámica fina esencialmente, nos muestra una fuerte presencia de vasos de fechas avanzadas. Los elementos metálicos al no estar contextualizados estratigráficamente de una manera precisa, han de ser

(15) No nos detendremos en la consideración de este complejo tema que merecería un estudio propio y en profundidad. Un trabajo reciente de síntesis con bibliografía sobre el tema puede consultarse en Chapa, 1993

datados a través de los ajuares cerámicos, por lo que pocos son los datos cronológicos que por sí mismos pueden aportarnos, ya que p.e. el armamento hallado -armas ofensivas tipo falcata, lanza y *soliferreum*- aparece en el horizonte antiguo y perdura hasta fechas avanzadas de la cultura ibérica. Otros materiales ofrecen elementos generales de datación, tal es el caso de las máscaras femeninas de terracota con rasgos helenísticos fechadas en los s. III-II a.C. (fig. 6, 47-50).

A modo de conclusión, la impresión general que ofrece todo el conjunto nos muestra un yacimiento de amplia cronología y fases diversas, donde observamos un espacio nuclear, destacado en la necrópolis, cuyo centro son las dos grandes estructuras tumulares, la «tumba de las sirenas» y la de «las damitas», alrededor de las cuales se depositan las cremaciones en hoyo con sus respectivos ajuares funerarios. El contexto arqueológico atribuido a este momento, una vez concluido el análisis y estudio de los materiales procedentes de los ajuares funerarios, nos marca dataciones de los s. III y II a.C., siendo los materiales romanos posteriores a los enterramientos definidos. Nuestra lectura, a partir de los niveles de información existentes, ha de ser, pues, crítica y susceptible de ser matizada en el futuro. En todo caso, muchos son los interrogantes que han quedado planteados y que trataremos de resolver próximamente.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD, L., SANZ, R., (1995): La cerámica ibérica con decoración figurada de la provincia de Albacete: iconografía y territorialidad. *Saguntum-P.L.A.V.*, 29. *Homenaje a Milagro Gil-Mascarell*. Valencia.

ALMAGRO GORBEA, M., (1983a): Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas. XVI *Congreso Nacional de Arqueología* (Murcia, 1981). Zaragoza, 725-740.

IDEM(1983b): Pilares.estela ibéricos. *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*, Vol. III, 7- 20. Madrid.

IDEM, (1983c): Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica. *Madrider Mitteilungen*, 24: 177-293.

IDEM, (1987): El pilar-estela de las «Damitas de Mogente» (Corral de Saus, Mogente, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII, 199-228.

APARICIO, J., (1976): Necrópolis ibérica del Corral de Saus, Mogente (Valencia). *Mogente, Programa Oficial de Fiestas*.

IDEM, (1977): Las raices de de Mogente. Prehistoria y Protohistoria. *Serie Arqueológica* núm. 2: 21-30. Departamento de Historia Antigua, Universidad de Valencia, Valencia.

IDEM, (1982): La necrópolis de Corral de Saus y las evidencias de una primera revolución social. *Papers de la Costera*, 2, 42-45. Xativa.

IDEM, (1984): Tres monumentos ibéricos valencianos: La Bastida, Meca y el Corral de Saus. *Varia III. La Cultura Ibérica*, 145-205. *Homenaje a Domingo Fletcher Valls*. Valencia.

ARANEGUI GASCÓ, C., (1975): Las artes decorativas en la cerámica ibérica valenciana. *Actas del XIII Congreso Internacional de Historia del Arte*, (Granada 1973) Vol. I, 45-64.

ARANEGUI, C., BONET, H., MARTÍ, M.A., MATA, C., PÉREZ BALLESTER, J., (e.p.): La cerámica con decoración figurada y vegetal del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia): una nueva propuesta metodológica. *Iconografía ibérica e Iconografía itálica: Propuestas de interpretación y lectura* (Roma, 1993).

BLÁZQUEZ, J. M. y GARCÍA GELABERT, M. P., (1991): Los Bárcidas en la Península Ibérica. *Atti I Con. Int. Fenici e Punici*, Vol. I., 27-50.

BONET ROSADO, H., (1978): Fragmento de rostro, de terracota, procedente del poblado ibérico del Castellet de Bernabé (Liria). *Archivo de Prehistoria Levantina* XV, Valencia, 147-162.

IDEM, (1993): *El Tossal de Sant Miquel de Lliria: la antigua Edeta y su territorio*. Facultad de Geografía e Historia, Universitat de València. Tesis Doctoral inédita.

BRONCANO, S., (1989): El depósito votivo ibérico de El Amarejo, (Bonete, Albacete). *Excaraciones Arqueológicas en España*, 156. Madrid.

BRONCANO, S., BLÁNQUEZ, J., (1985): El Amarejo (Bonete, Albacete). *Excaraciones Arqueológicas de España*, 139.

CASTELO RUANO, R., (1990): *De arquitectura ibérica. Elementos arquitectónicos y escultóricos de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Murcia, Memoria de Licenciatura.

CONDE, M. J., (1993): Una producció ceràmica característica del món ibèric tardà: el kalathos «barret de copa». *Fonaments*, 8, Barcelona, 117-169.

CUADRADO, E., (1984): Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo. *Trabajos de Prehistoria*, Madrid, 251-290.

IDEM, (1987): La Necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia). *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XXIII, Madrid.

IDEM, (1989): *La panoplia ibérica de «El Cigarralejo» (Mula, Murcia)*. Colección Documentos Serie Arqueológica Nº 3. Consejería de Cultura, Educación y Turismo, Murcia.

CHAPA BRUNET, T., (1980): *La escultura zoomorfa ibérica en piedra*. Editorial de la Universidad Complutense, 2 Vols., Madrid.

IDEM, (1986): *Influjos griegos en la escultura ibérica zoomorfa*. Iberia Graeca, Serie Arqueológica, núm 2, C.S.I.C. Madrid.

IDEM, (1993): La destrucción de la escultura funeraria ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 50, 185-195.

HESNARD, A. y LEMOINE, C., (1981): Les amphores du Cécube et du Falerne. Prospections, typologie, analyses. *M. E. F. R. A.*, 93, 251-255. Roma.

FLETCHER VALLS, D.,(1974): Primera campaña de excavaciones en la necrópolis ibérica del «Corral de Saus», en término de Mogente. *La Labor del SIP y su Museo. 1972*, 97 y 103-108.

IDEM, (1975): Segunda campaña de excavaciones en el «Corral de Saus», de Mogente. *La Labor del SIP y su Museo. 1973*, 109-112.

IDEM, (1976): Tercera campaña de excavaciones en el «Corral de Saus», en término de Mogente. *La Labor del SIP y su Museo. 1974*, 119-121.

FLETCHER VALLS, D., y PLA BALLESTER, E., (1972): La Necrópolis ibérica de Corral de Saus. *Mogente, Programa Oficial de Fiestas*.

IDEM, (1974): Las esculturas en piedra de «El Corral de Saus» (Mogente). *Bellas Artes*, 74, año V, núm. 36, 38-39. Madrid.

IDEM, (1977): Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia). *Revista de la Universidad Complutense*, XXVI, núm. 109 (*Homenaje a García Bellido* III). Madrid, 56-62.

GARCÍA CANO, J. M., (1994): El pilar estela de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *Revista de Estudios Ibéricos*, 1, La escultura ibérica. Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 173-202.,

GARCÍA CANO, C., GARCÍA CANO, J. M. y RUIZ VALDERAS, E., (1989): Las cerámicas campanienses de la necrópolis ibérica del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia). *Verdolay*, 1, Murcia, 117-187.

INIESTA, A., PAGE, V. y GARCÍA CANO, J. M., (1987): *10 Años de Excaraciones en Coimbra del Barranco Ancho. Jumilla*. Consejería de Cultura, Educación y Turismo de Murcia.

IZQUIERDO PERAILE, Mª I., (1995a): *El contexto arqueológico de la necrópolis ibérica del Corral de Saus (Moixent, Valencia)*. Tesis de Licenciatura inédita. Universitat de València.

IDEM, (1995b): Un vaso inédito con excepcional decoración pintada procedente de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Moixent, Valencia). *Saguntum-P.L.A.V.*, 29. *Homenaje a Milagro Gil-Mascarell*. Valencia.

LILLO, P., (1990): Los restos del monumento funerario ibérico de El Prado (Jumilla, Murcia). *Homenaje a Jerónimo Molina García*, Murcia, 134-161.

MATA, C., (1991): Los Villares (Caudete de las fuentes, Valencia). Orígenes y evolución de la cultura ibérica. *Trabajos Varios del S.I.P.* Nº 88. Valencia.

MATA, C. Y BONET, H., (1992): La cerámica ibérica: ensayo de tipología. *Homenaje a Enrique Pla Ballester. Trabajos Varios del S.I.P.* Nº 89, 117-173.

MONTESINOS, J., (1982): Arqueologia ibèrica a la comarca de La Costera (a mode d' introducció exploratòria). En *La Bastida de Les Alcuses. 50º Aniversari Declaració Monument Històric-Artistic Nacional (1931-1981)*. Ajuntament de Moixent.

MOREL, J.P., (1981): *Céramique campanienne: les formes*. Ecole Française de Rome, Roma.

MUÑOZ AMILIBIA, A. M., (1987): La escultura funeraria de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVII-1, 229-255, Valencia.

PAGE DEL POZO, V., (1984): *Imitaciones de influjo griego en la cerámica ibérica de Valencia, Alicante y Murcia*. Iberia Graeca, Serie Arqueológica, 1, Madrid.

PLA BALLESTER, E., (1976): Necrópolis ibérica del Corral de Saus Mogente, (Valencia), 2ª campaña, 1973. *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 5, 385-391.

IDEM, (1977a): Excavaciones en la necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia). *Nota Informativa con motivo del Cincuenta aniversario de la fundación del S. I. P.* Valencia.

IDEM, (1977b): La necrópolis ibérica con sepultura de empedrado tumular del Corral de Saus. *XII Congreso Nacional de Arqueología*., 727-738, Vitoria.

QUESADA, F., (1991): *El armamento ibérico*. Tesis Doctoral Inédita. Universidad Autónoma de Madrid.
RAGA, M., (1994): *Los materiales del poblado ibérico de «La Coralta» (Albaida, Valencia)*. Tesis de licenciatura inédita. Universitat de València.
ROUILLARD, P., (1991): *Les grecs et la péninsule ibérique du VIII au IV ème siècle avant Jésus-Christ*. Paris.
RUIZ, A. y NOCETE, F., (1981): Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6. Granada. 355-383.
SANMARTÍ, E., (1973): El taller de las pequeñas estampillas en la Península Ibérica. *Ampurias*, 35. Barcelona. 135-174.
IDEM, (1981): Las cerámicas de barniz negro y su función delimitadora de los horizontes ibéricos tardíos (III-I a.C.). *La Baja época de la Cultura Ibérica*. (Madrid, 1979). Madrid. 163-179.
SPARKES, B. y TALCOTT, L., (1970): *The Atehnian Agora*, XII. The American School of Classical studies at Athens. Princenton. New Jersey.
TARRADELL, M., y SANMARTÍ, E., (1980): L' état actuel des études sur la céramique ibérique. *Annales Littéraires de l'Université de Bésançon*. Paris. 303-330.
TRIAS DE ARRIBAS, G., (1967-1968): *Cerámicas griegas en la península ibérica*. William L. Bryant Foundation. Valencia.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 239 - 250

UN LOTE DE ARMAS PROCEDENTE DEL YACIMIENTO DE CARRANZA (HUESCAR DE GRANADA) Y LA CUESTION DE LAS VIAS DE COMUNICACION ENTRE GRANADA Y MURCIA.

Fernando Quesada Sanz
UNIVERSIDAD AUTONOMA DE MADRID
Andrés Martínez Rodríguez
MUSEO ARQUEOLOGICO DE LORCA

LUGAR Y CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO.

Presentamos un conjunto de materiales metálicos sin contexto arqueológico preciso, donados al Museo Arqueológico Municipal de Lorca[1] procedentes de un yacimiento, posible necrópolis ibérica, situada en el paraje denominado Carranza (fig.1), a unos 9 km. al norte de Huéscar de Granada y a unos 8 km. al Sureste de la Puebla de Don Fabrique.



Fig. 1.-Ubicación del yacimiento en el mapa del Instituto Geográfico Nacional (1:50.000).

Personados en el supuesto lugar del hallazgo pudimos comprobar *in situ* los restos del hoyo de donde se extrajeron las armas. El agujero estaba localizado en la esquina de un amontonamiento de piedras de forma pseudo-rectangular, donde se aprecia claramente una alineación. Cerca de este posible «encachado» hay otros tres amontonamientos de piedras, así como algunas pequeñas estructuras de piedras medianas agrupadas en forma circular. A simple vista no se aprecia si se trata de fosas de incineracion delimitadas o señaladas por piedras.

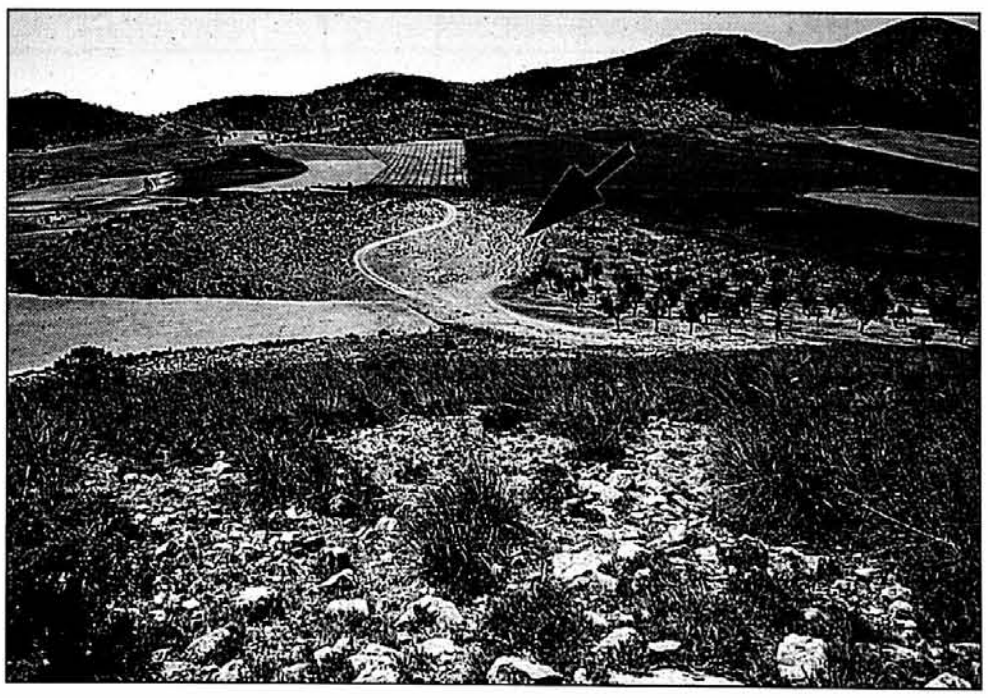


Fig. 2.-Vista del mogote donde está emplazado el yacimiento de Carranza.

El yacimiento de Carranza se encuentra al fondo del Barranco de la Virgen[2], enmarcado por una serie de cerros

(1) Los objetos fueron donados el 14 de abril de 1992 por don J.R. López Hernández. Expediente 10/92 del Museo Arqueológico Municipal de Lorca. Los materiales fueron restaurados por la empresa ARCOREST. S. Coop. con financiación del Excmo. Ayuntamiento de Lorca. Actualmente se exponen en la sala VI del Museo Arqueológico de Lorca.

(2) Las coordenadas UTM son: 37º 54' 15" / 2º 31' 20" en la hoja n.º 930 del mapa del Instituto Geográfico Nacional 1:50.000.

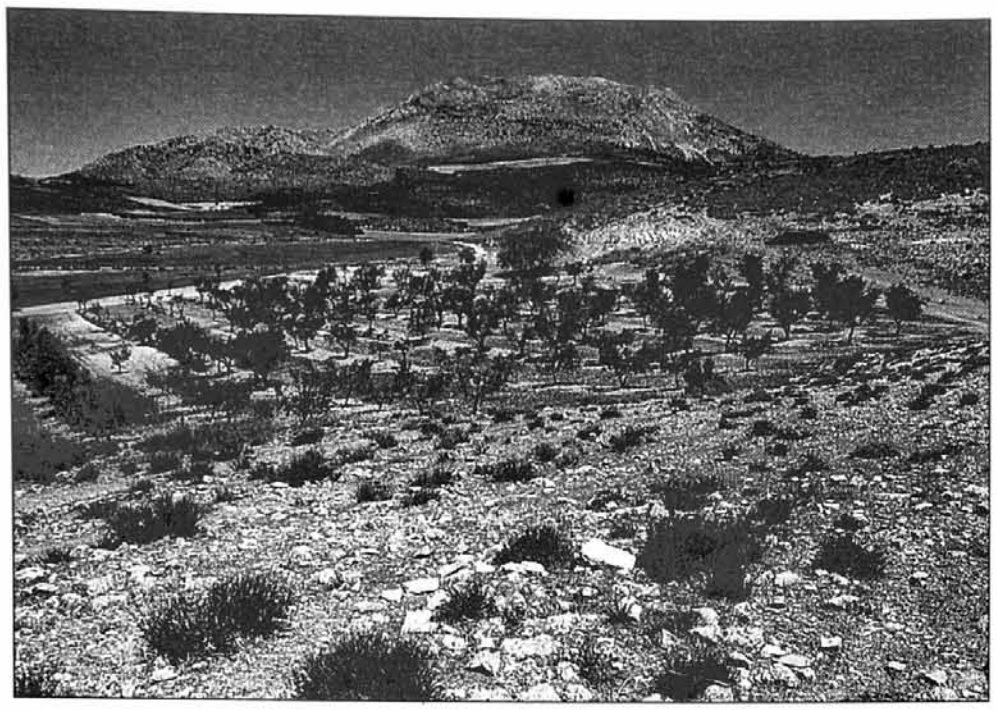


Fig. 3.-Lugar donde se hallaron las piezas métalicas. Al fono el Cerro de la Sagra.

cuyas alturas oscilan entre 1.300 m. y 1.370 m. (fig. 2). La posible necrópolis se ubicó en la parte superior de un pequeño mogote (1200 m. a.s.n.m.) desde el cual se visualiza todo el valle orientado al suroeste y las estribaciones de la sierra de la Sagra (fig.3). A unos 200 m. al norte de este mogote hay un nacimiento de agua en cuyas inmediaciones se encuentran los restos de un enclave altoimperial. bajo cuyas estructuras podía encontrarse el poblado donde habitó el dueño o los dueños de los elementos metálicos

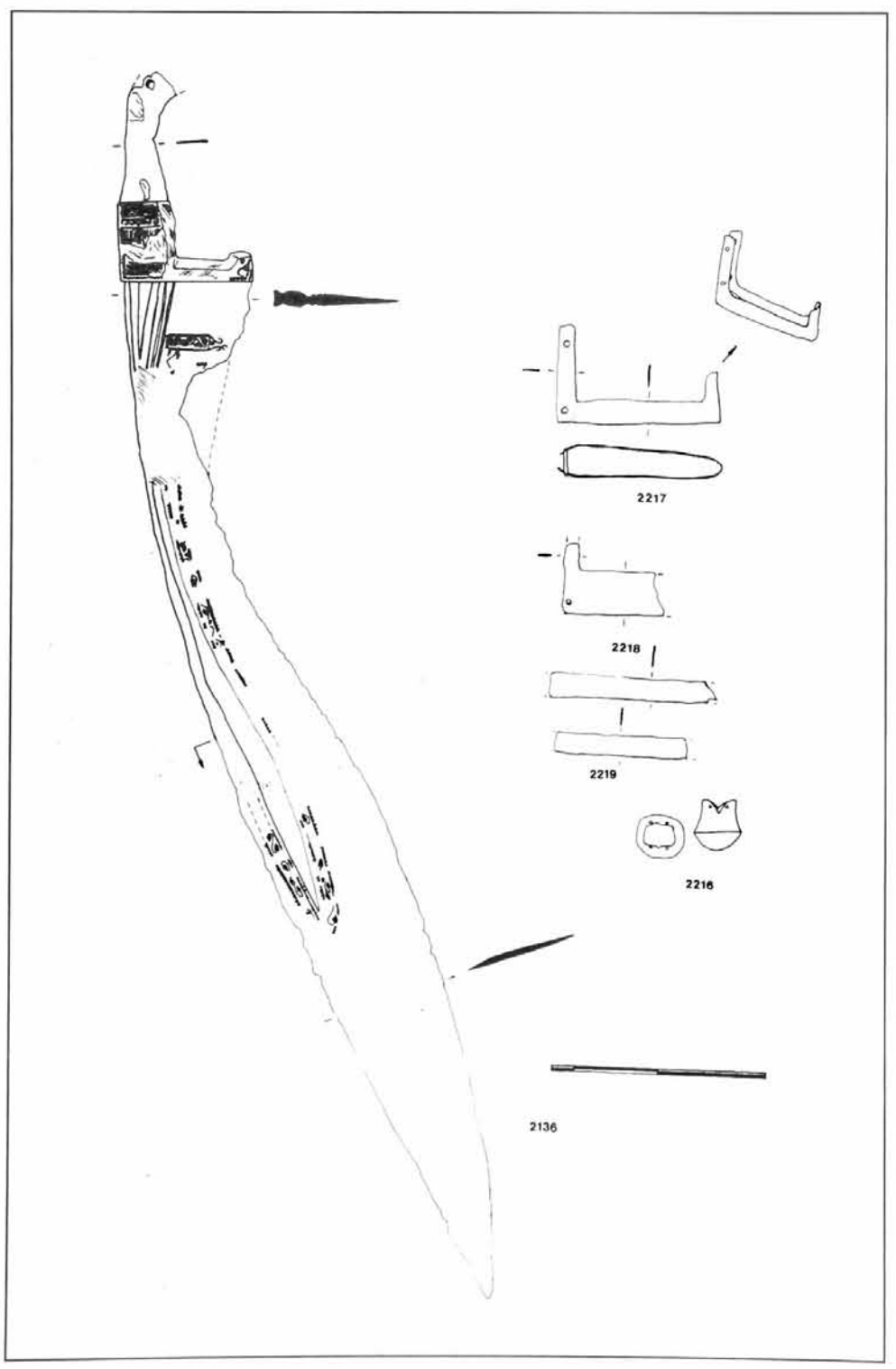


Fig. 4.-Falcata y elementos de vaina.

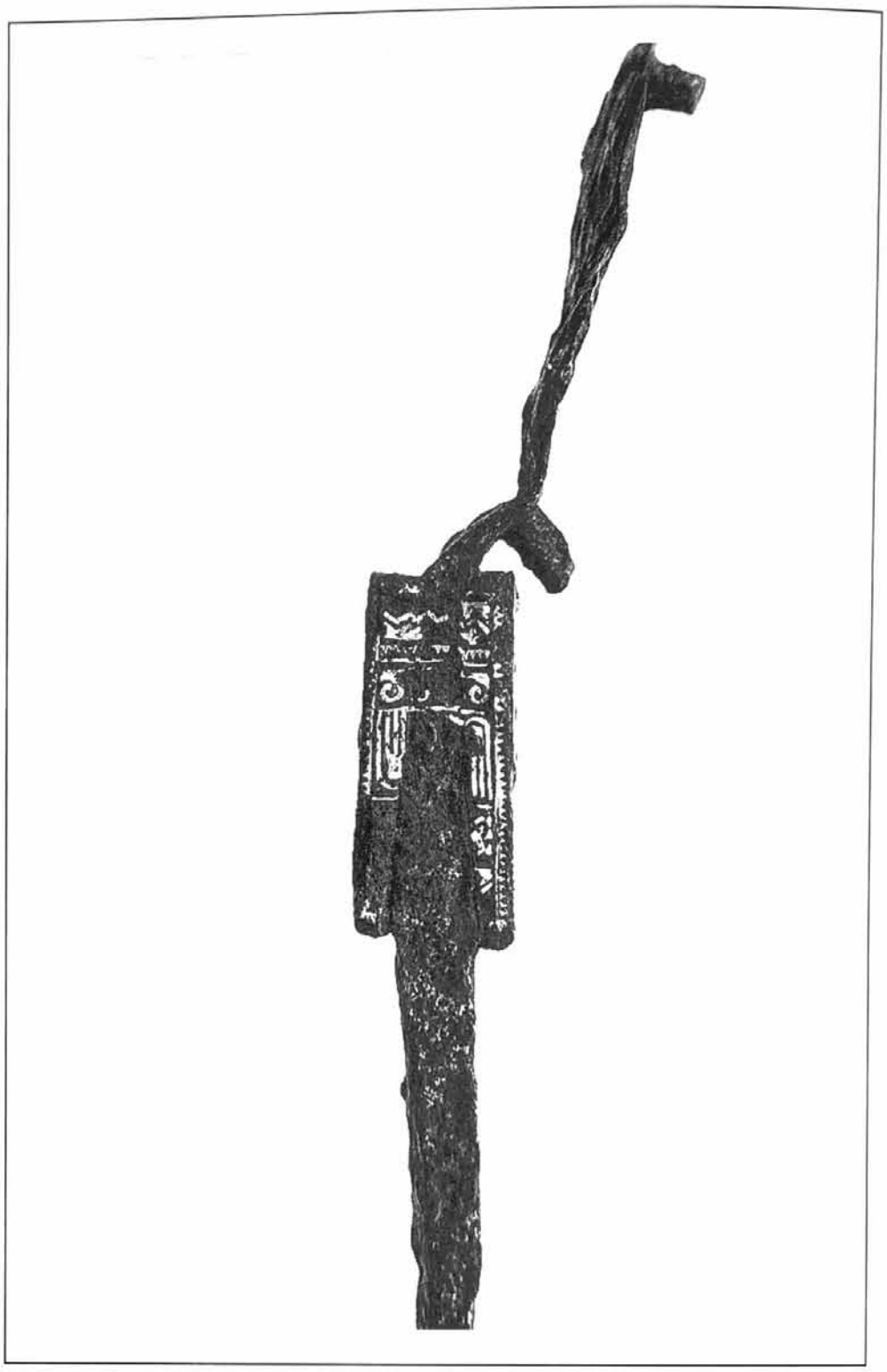


Fig. 8.-Detalle decoración dorso falcata.

objeto de este estudio. Las características del lugar son idóneas para un asentamiento de tipo agropecuario por la existencia de una fuente y la cercanía de tierras aptas para la agricultura y ganadería. Las gentes de este poblado pudieron controlar un pequeño paso en un barranco entre las sierras colindantes (Montilla) que permitiría una comunicación más directa con los poblados situados entorno al río Huéscar y la zona de Tutugi.

La continuidad del poblamiento en los primeros siglos del imperio pudo estar relacionada con la explotación de los recursos naturales de esta pequeña comarca. Los restos de un yacimiento tardorromano en las inmediaciones de la necrópolis (¿?) pueden pertenecer a un pequeño establecimiento de tipo rural o bien militar que controlara el acceso al Barranco de la Virgen.

DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DE LOS MATERIALES.

Nos. INV.2136 (FALCATA), 2216 (CONTERA DE VAINA) 2217, 2218, 2219 (ELEMENTOS DE VAINA). (figs. 4 a 8)

Falcata casi completa a la que le falta el extremo de la empuñadura y las cachas. de modo que no es posible determinar si se trataba de una pieza con cabeza de ave o de caballo. Tampoco es posible determinar si existía o no guar-

da lateral, de cadenilla o maciza (sobre estos criterios, ver Quesada Sanz, 1992:46 ss., especialmente fig. 18). La hoja presenta corrosión superficial que impide seguir bien el desarrollo de las acanaladuras y la decoración. Existen acanaladuras de tipo 1-II, con sección de las acanaladuras de tipo AADD en el arranque de la hoja (Quesada, 1988). Con todo, el estado de conservación puede calificarse de bueno, puesto que se pueden determinar casi todas las dimensiones así como seguir con detalle la decoración.

La falcata presenta señales en el centro de su hoja de haber estado doblada y haber sido enderezada con posterioridad a su descubrimiento. No hay señales, en cambio, de mellado intencional del filo.

Las *dimensiones* del arma son las siguientes: Longitud máxima (estimada): 61 cm.; Longitud de la hoja: 51 cm.; Longitud del filo dorsal: 29.5 cm.; Anchura basal (en el arranque de la hoja): 5.9 cm.; Anchura máxima de la Hoja: 6 cm.; Ancho mínimo de la hoja: 3 cm.; Grosor máximo de la hoja: 0.75 cm.; Angulo axial (índice de la curvatura de la hoja): 70º (hoja algo curva). Distancia entre extremo de la acanaladura y punta del arma: c. 17 cm. (muy elevada).

Se trata de una pieza (fig. 4) de tamaño mediano-grande, muy cerca del valor medio de 60.4 cm. para la lon-

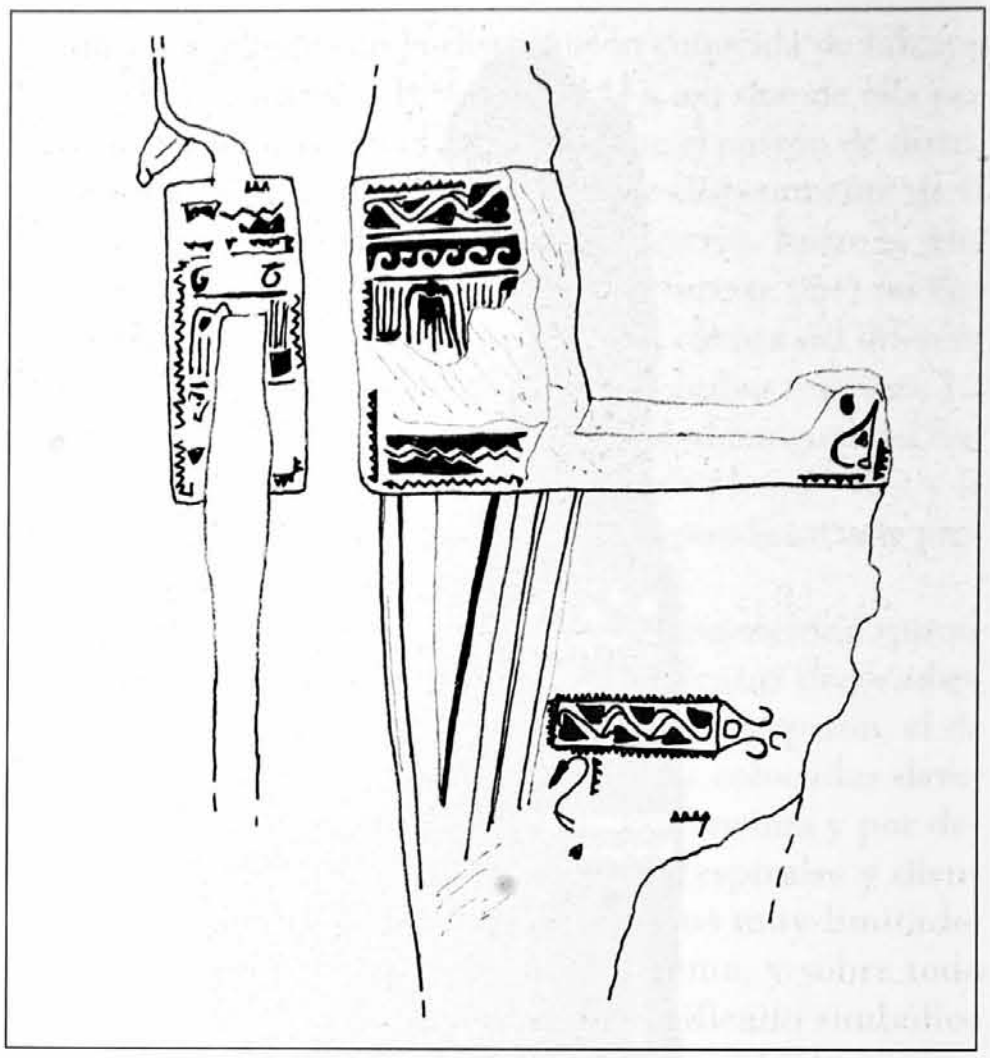


Fig. 5.-Decoración de la empuñadura de la falcata (detalle).

YACIMIENTO	NUM. TUMBA	MUSEO/NUM. INV.	DB	LGMX	LGHJ	ANGAX	T	DESCRIPCION DECORACION	CRONOLOGIA	BIBLIOGRAFIA
ALMEDINILLA	1	CORDOBA, 1068	S		47.6	84	C	DAMASQUINADOS EN CARTELA Y DORSO CARTELA	C.-450/ -150	VAQUERIZO (1989) SCHULE (1969:LAM.75.3). QUESADA (1990:FIG. 6.3)
ALMEDINILLA	1	CORDOBA, 1058		57.7	47.8	68	B	DAMASQUINADOS EN EMPUÑADURA Y DORSO	C.-450/ -150	VAQUERIZO (1989) SCHULE (1969:LAM.75.3). QUESADA (1990:FIG. 6.3)
ALMEDINILLA	1	CORDOBA, 1059	S		47.0	79	C	DAMASQUINADOS EN CARTELA Y DORSO	C.-450/ -150	VAQUERIZO (1989) SCHULE (1969:LAM.75.3). QUESADA (1990:FIG. 6.3)
ALMEDINILLA	1	CORDOBA, 62			50	69	C	CABEZA DE LOBO EN HOJA MIRANDO HACIA LA PUNTA	C.-450/ -150	VAQUERIZO (1989) SCHULE (1969:LAM.75.3). QUESADA (1990:FIG. 6.3)
ALMEDINILLA	1	MAN, 10481	S	62	50.2		C	DAMASQUINADOS EN CARTELA	C.-450/ -150	VAQUERIZO (1989) SCHULE (1969:LAM.75.3). QUESADA (1990:FIG. 6.3)
ALMEDINILLA	1	MAN, 10475	N	59	48	71	B	DAMASQUINADO EN PUÑO Y HOJA. AVE EN PUNTA	C.-450/ -150	CABRE (1934). NIETO (1970). SCHULE (1969: L.75.4)(. QUESADA (1990)
ALMEDINILLA	1	MAN ?, 10480	N				C	DECORACION HIEDRA EN CARTELA	C.-450/ -150	CABRE DE MORAN (1934: FIG. 3.2)
BAZA	42 155	COL. DURAN FARRELL?	?				C	DAMASQUINADOS EN HOJA, SIGUIENDO LAS ACANALADURAS	-400/ -350	PRESEDO (1973:24 Y FIG. 7.2). ADROHER, LOPEZ (1992)
CABECICO DEL TESORO	49 260	MUS. MURCIA, 260/5	S	62.0	52.0		B	JABALI DAMASQUINADO EN CARTELA	-350/ -300	QUESADA (1989a: VOL.II: 174 Y LAM.X)
CABECICO DEL TESORO	49 335	MUS. MURCIA, 335/3	S	70			B	DAMASQUINADOS DE PLATA EN EMPUÑADURA	-250/ -100	NIETO (1943-44: LAM.XVI). QUESADA (1989a:VOL. II:181 Y LAM. XIII)
CABECICO DEL TESORO	49 350	MUS. MURCIA, 350/6					C	DAMASQUINADOS AG EN CARTELA Y DORSO	-415/ -50	QUESADA (1989a:VOL.II:182)
CABECICO DEL TESORO	49 373	MUS. MURCIA, 373/2					C	DAMASQUINADOS EN EMPUÑADURA	-350/ -150	NIETO (1943-4: LAM.XIXa). QUESADA (1989a:VOL. II:189)
CABECICO DEL TESORO	49 409	MUS. MURCIA, 409/4	N		60	72		DAMASQUINADOS EN EMPUÑADURA	-375/ -340	NIETO (1943-44: LAM.XXV). QUESADA (1989a:VOL. II:197 Y LAM. XX)
CABECICO DEL TESORO	49 448	MUS. MURCIA, 448/1	N	67	55.5	68	B	DECORACION PERDIDA EN GUARDA BASAL	-415/ -50	QUESADA (1989a:VOL.II:201)
CABECICO DEL TESORO	49 597	MUS. MURCIA	N	60.3	49.5	72	B	CARTELA. DORSO. FELINO BIFRONTE EN AMBAS CARAS HOJA	s. IV a.C.?	INEDITA
CARRANZA	461	MUS. LORCA, 2136	S	61	51	70	C	RICA DECORACION EN EMPUÑADURA Y HOJA	s. IV a.C.?	QUESADA, MARTINEZ (1995)
CASTELLONES DE CEAL	35 -	MUS. JAEN, 859	N				C	PALMETAS DE CUENCO EN CARTELA. MUY PERDIDA	s. VII-III a.C.	INEDITA
CIGARRALEJO	50 1	MULA, 156	N	71.5	60.4	69	B	DAMASQUINADOS AG EN EMPUÑADURA	-375/ -350	CUADRADO (1989) (1987:FIG. 26.1)
CIGARRALEJO	50 115	MULA, 1019	S	61	51.6	68	C	DAMASQUINADOS DE PLATA EN LA HOJA	-400/ -300	CUADRADO (1989) (1987:FIG. 98.1)
CIGARRALEJO	50 430	MULA, 4456	S	66	55		B	POSIBLES RESTOS DE DAMASQUINADOS	-375/ -300	INEDITA
CIGARRALEJO	50 481	MULA, 5360		70			B	DAMASQUINADOS EN EMPUÑADURA Y HOJA	-375/ -350	INEDITA
CIGARRALEJO	50 98	MULA, 871	N	68.5	58.4	61	B	DAMASQUINADOS AG EN EMPUÑADURA	-375/ -300	CUADRADO (1989) (1987:FIG. 89.1)
COIMBRA B. ANCHO	53 14	JUMILLA (1581,1591)					C	DAMASQUINADOS COMPLEJOS EN LA HOJA	-250/ -175	GARCIA CANO (1994:5334)
COIMBRA B. ANCHO	53 38	JUMILLA 3009,3010,3012					C	RESTOS DE HOJA DAMASQUINADA, CON OLAS ENTRE LINEAS PARALELAS	-400/ -200	GARCIA CANO (1994:5354 ss.)
COIMBRA B. ANCHO	53 47	JUMILLA (1209)	S	64.2	53.2		C	DECORACION COMPLEJA EN CARTELA	-300/ -250	GARCIA CANO (1994:5249)
COIMBRA B. ANCHO	53 48	JUMILLA (4115)	N	66.5	55.5	67	B	DAMASQUINADOS DE AG EN HOJA Y EMPUÑADURA, CABEZA Y PUÑAL	-350/ -325	GARCIA CANO (1994:5135)
COIMBRA B. ANCHO	53 55	JUMILLA (5564)	S	70	58.6		B	RESTOS DAMASQUINADOS DE OLAS EN EXTREMO DE LA HOJA	-225/ -175	GARCIA CANO (1994:5309-5310)
COIMBRA B. ANCHO	53 66	JUMILLA (5710,5711)	N				C	DECORACION GEOMETRICA COMPLEJA EN CARTELA Y HOJA	-325/ -250	GARCIA CANO (1994:5239)
DEHESA DEL ROSARITO	192	MUS. CACERES,2	N		46.8	69	C	DAMASQUINADOS EN HOJA. ONDAS Y DIENTES DE LOBO	ss. III-II a.C.?	ENRIQUE NAVASCUES (1981:48 Y FIG.2)
GALERA	43 27 A	?					C	DAMASQUINADOS EN LA HOJA	s. VI-VII a.C.	CABRE Y MOTES (1920.30-31)
ILLORA	46 -	MUS. CERRALBO, 931	N	59.5	49.5	70	C	DAMASQUINADOS EN EMPUÑADURA	SIN DATOS	ARTIÑANO (1919:21, NUM.94). QUESADA (1990: FIG.4.5)
ILLORA	46 -	MUS. CERRALBO, 1308	N	64	53	69	B	RESTOS DAMASQUINADOS EN EMPUÑADURA	SIN DATOS	ARTIÑANO (1919:20). QUESADA (1990: FIG.4.4)
ILLORA	46 -	MUS. CERALBO, 1306-1307	N	62.7	53.2	68	B	DAMASQUINADOS EN HOJA Y PUÑO ZOOMORFO, CABEZA FELINO MODELADA	SIN DATOS	LENERZ DE WILDE (1981) (1986). QUESADA(1990:FIG.3 Y LAM. IIB-C)
INDETERMINADO	0	SIP VALENCIA	S	71.5	60.5	77	B	DAMASQUINADOS FIGURATIVOS EN HOJA Y PUÑO EPIGR. EKIAR DORSO	SIN DATOS	ARANEGUI, DE HOZ (1992)
LA ALBUFERETA	78 F101	ALICANTE, NA366-67						DAMASQUINADOS AE EN HOJA Y CARTELA	-400/ -175?	FIGUERAS (1956:LAM.VI??). RUBIO(1986:118)
LA ALBUFERETA	78 F132	ALICANTE, NA5369					C	DAMASQUINADOS MINERALIZADOS DE AG EN LA HOJA	-400/ -175	FIGUERAS PACHECO (1956:NUM. 768).RUBIO(1986:140 Y FIG. 54).
LA ALBUFERETA	78 F99	ALICANTE, NA5368					C	DAMASQUINADOS AG EN CARTELA	-400/ -175?	FIGUERAS PACHECO (1956:L. VII, NUM.760).RUBIO (1986:114 Y FG. 38).
LA SERRETA DE ALCOY	88 1	MUS. MUNIC. ALCOY	N	64	53.1	69	B		s. IV a.C.	CORTELL ET AL. (1992:191 Y FIG.11.2)
LA SERRETA DE ALCOY	88 53	MUS. MUNIC. ALCOY					A	DAMASQUINADOS PLATA EN EMPUÑADURA Y HOJA	s. IV a.C.	INEDITA
LOS NIETOS	51	M. MUNIC. CARTAGENA					C	DAMASQUINADOS AG EN EL DORSO DE LA CARTELA	-450/ -180 a.C.	CRUZ PEREZ (1990:FIG.145, 146)
LOS TORVISCALES	2	FUENTE TOJAR, 599-V	?				B	DAMASQUINADOS EN CARTELA. CABEZA FELINO EN EXTREMO GUARDA	c. -500/ -300?	INEDITA



Fig. 6.-Detalle de la decoración de la falcata.

gitud del total de las falcatas (Quesada, 1992:52). Presenta un doble filo de 29.5 cm., rasgo también normal. Las acanaladuras son habituales, dentro de la variante más compleja en que las mismas se abren en abanico junto a la empuñadura y en «D» en el filo, rasgo propio de piezas especialmente elaboradas (Quesada, 1988) y que se da sólo en torno a un 30% de las falcatas (Quesada, 1992:66). La hoja es bastante curva -con un ángulo axial de 70º-, aunque dentro de valores normales (Quesada, 1992:83), dado que es una pieza de tamaño mediano-grande y por tanto tendente a una mayor curvatura.

El elemento más sobresaliente de esta pieza es su rica y bien conservada *decoración* damasquinada en plata (Figs. 5-8). Los elementos que la componen son los siguientes:

-En la empuñadura presentan decoración ambas caras de la cartela, el dorso de la misma y la guarda basal. Por tanto, la decoración es completa. La cartela presenta la combinación de motivos habitual en las falcatas: de arriba hacia abajo frisos horizontales de hojas de hiedra, roleos, palmetas de cuenco estilizadas, otra fila de hiedra y finalmente dientes de lobo afrontados. Todo el conjunto queda enmarcado por una hilera de diminutos dientes de lobo. La decoración de la guarda basal está bastante perdida en ambas caras, pero presentaba también la habitual combinación de espirales enlazadas, enmarcadas en dientes de lo-



Fig. 7.-Detalle de la decoración de la hoja de la falcata.

bo diminutos y terminada en una doble hoja de hiedra. El dorso de la cartela está bastante dañado, pero se puede apreciar una metopa similar a la cartela, compuesta por frisos horizontales: lína quebrada, hiedras, roleos, palmetas de cuenco y quizá otra vez roleos y hiedra.

-Las acanaladuras de la hoja iban realzadas a lo largo de toda su longitud por damasquinados, en concreto una larga banda de hojas de hiedra enlazadas enmarcadas por dientes de lobo. Este es un patrón habitual (La Albufereta, Sep. 101) aunque no único. Las hiedras pueden ser sustituidas por espirales enlazadas, palmetas estilizadas y otros motivos. El estado de conservación de esta decoración es mediocre, puesto que se ha perdido en bastantes tramos.

-Finalmente, en el arranque de la hoja junto a la empuñadura aparece un motivo rectangular similar a un trozo de los motivos que aparecen a lo largo de las acanaladuras, rematado en una especie de palmeta estilizada en el lado corto del rectángulo que mira hacia el filo principal.

El rasgo más llamativo del trabajo decorativo damasquinado en esta pieza es su calidad, que podemos calificar de entre buena y excelente, equivalente a la de piezas como Illora, Albufereta o Almedinilla, y superior a la de muchas falcatas de Almedinilla, Cabecico del Tesoro o Cigarralejo. Pertenecen a un estilo preciosista y miniaturista, sin las arriesgadas incursiones en la decoración zoomorfa o antropomorfa que encontramos en algunas piezas de Coim-

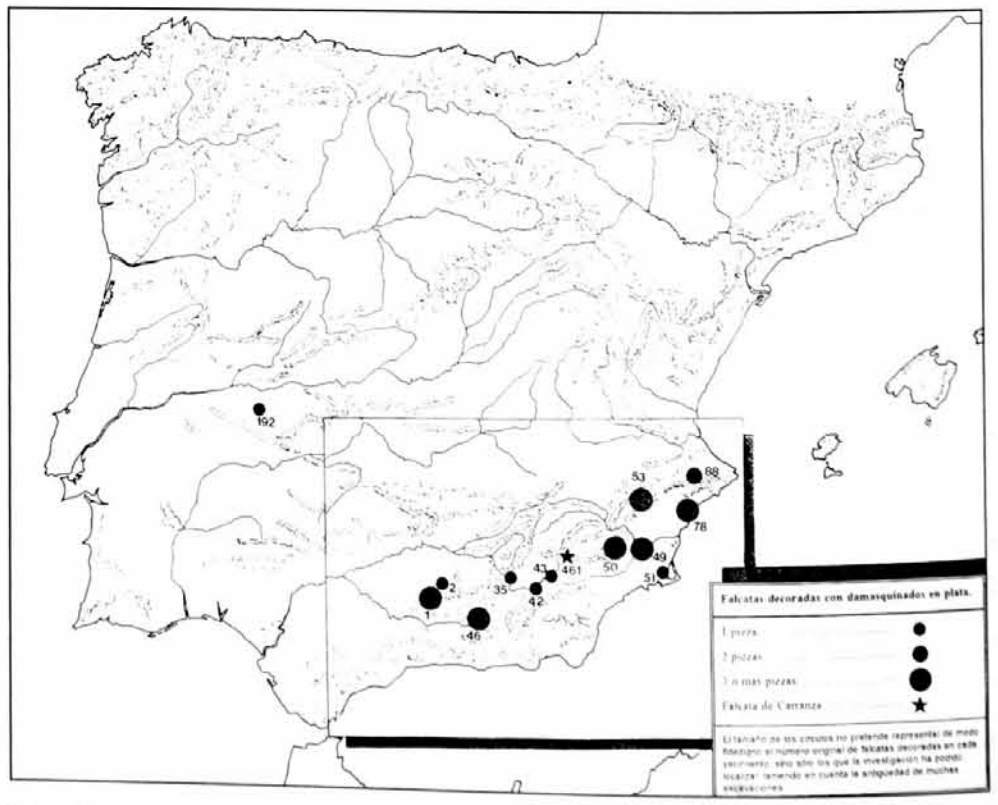


Fig. 9. Distribucion de las falcatas decoradas con damasquinados. Los números de identificación corresponden a los de la Tabla 1.

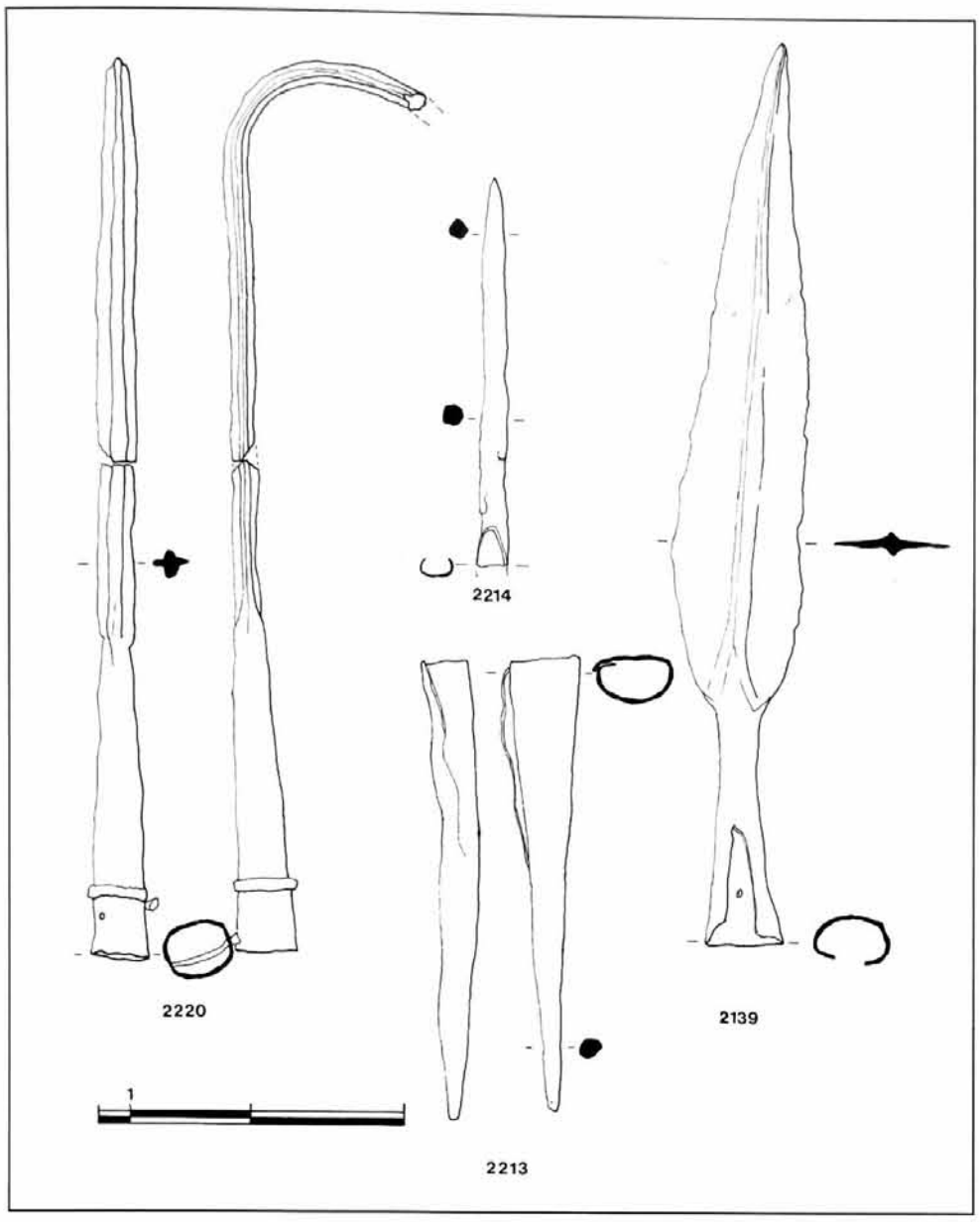


Fig. 11.-Lanzas y regatones.

bra del Barranco Ancho, Cabecico del Tesoro o la falcata del SIP de Valencia.

En la tabla 1 recogemos el repertorio de falcatas damasquinadas que conocemos en estas fechas (finales de 1995), y que sustituye al publicado por uno de nosotros en 1990 (Quesada, 1990:50), que contenía un 33% menos de piezas. Dicha tabla permite comprobar que las falcatas decoradas pertenecen a un amplio rango de tamaños diferentes, que pueden o no aparecer dobladas en las tumbas, y que abarcan una muy amplia cronología. El único rasgo sorprendente es que la mayoría son de tipo de cabeza de caballo, salvo un ejemplar de La Serreta que es de ave. Sin embargo, como más de un 50% de las piezas ha perdido esta parte, no cabe extraer conclusiones definitivas.

La fig. 9 recoge el mapa de distribución actualizado de falcatas con damasquinados. Se aprecia con claridad la fuerte concentración en Alta Andalucía y Sureste, plena-

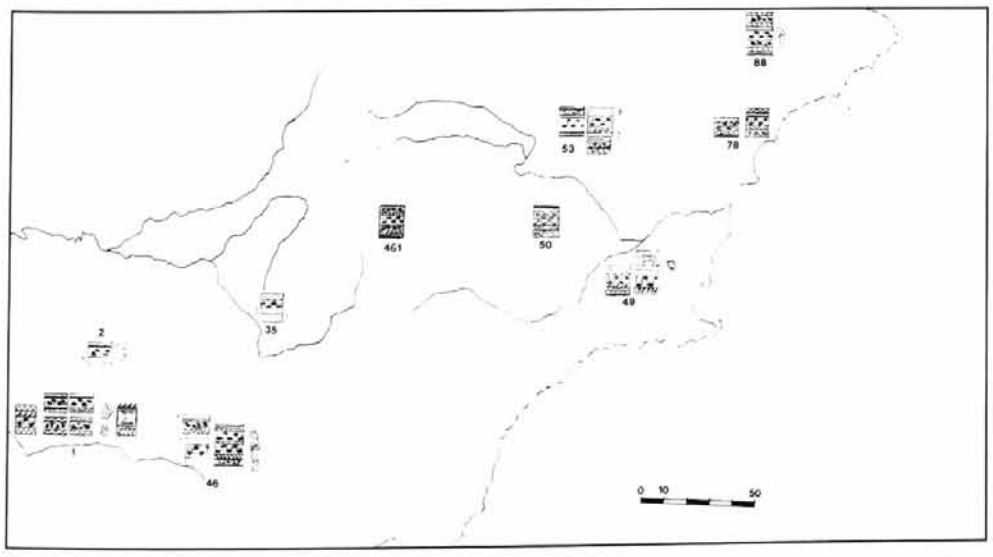


Fig. 10.-Mapa de distribución de las distintas cartelas en la empuñadura de falcatas decoradas. También se incluyen las cabezas de felino en empuñaduras. Los números de identificación corresponden a los de la Tabla 1.

mente coincidente con la distribución conocida de falcatas en general (Quesada, 1992:130-131), sin que de ella podamos extraer otra conclusión sino que el patrón de distribución de falcatas decoradas depende directamente de la distribución del total, sin sesgo significativo. Entre la Alta Andalucía (15 piezas decoradas) y el Sureste (24) no hay una desproporción significativa habida cuenta del diferente tipo y fecha de las investigaciones en ambas regiones. La falcata del SIP de Valencia procede probablemente del Sur y no de Valencia o Teruel (Aranegui y de Hoz, 1992), y la de Extremadura es una excepción correspondiente a la propia rareza de la falcata en dicha región.

La fig. 10 muestra la notable homogeneidad que se produce en todas las cartelas de las falcatas decoradas. El motivo principal y central es, casi sin excepción, el de las palmetas de cuenco muy estilizadas colocadas derechas e invertidas de forma alterna. Por encima y por debajo se colocan cortos frisos de roleos, espirales y dientes de lobo, en un repertorio de motivos muy limitado. Probablemente la constancia del esquema, y sobre todo del motivo principal, tenga algún significado simbólico que se nos escapa hoy. Probablemente también, y como ya hemos propuesto (Quesada, 1990, 1992) la repetición no sólo de los motivos sino de su sintaxis decorativa se deba bien a la existencia de talleres que abastecían a un mercado mucho más amplio que el comarcal o regional -tentativamente podríamos suponerlos en localidades como Ilici o Castulo-, o bien, incluso con más probabilidad, a la existencia de artesanos itinerantes que ofrecían sus servicios a quienes pudieran demandarlos y pagarlos, desarrollando su delicada artesanía sobre piezas de formas, tipos y tamaños diferentes, pero manteniendo un patrón constante en la elección y disposición de los motivos decorativos.

Se conservan además en el lote de materiales que estudiamos bastantes elementos metálicos de una vaina compuesta por un armazón metálico y vaina propiamente dicha de cuero. Se conserva casi completa la embocadura de la vaina (Num. Inv. 2217) que corresponde a un tipo Ib de Cuadrado bastante desarrollado (Cuadrado, 1989:23), la contera arriñonada con orificios para sujeción al cuero (Núm. Inv. 2216) y otros fragmentos de las abrazaderas o guarniciones (nos. 2218, 2219). Con todo, la pieza 2218 es muy ancha y podría corresponder a otra embocadura de vaina diferente. Cabe por ello pensar que la falcata se depositó completa en el ajuar funerario, posiblemente desenvainada. Quizá se depositó otra vaina perteneciente a otro arma, perdida.

NÚM. INV. 2139. MOHARRA DE LANZA.
(figs. 11 y 12)

Punta de lanza de hoja relativamente ancha y corta. Buena conservación, aunque muestra señales de haber estado doblada en el tercio distal de la punta y haber sido enderezada. El cubo está ligeramente aplastado y abierto. Presenta una perforación para un pasador de sujeción del astil, hoy perdido. Sus dimensiones son: Longitud máxima: 30.4 cm.; Longitud de la hoja: 22.4 cm.; Anchura máxima de la hoja: 4.4 cm.; Indice de elongamiento (Indice 1)

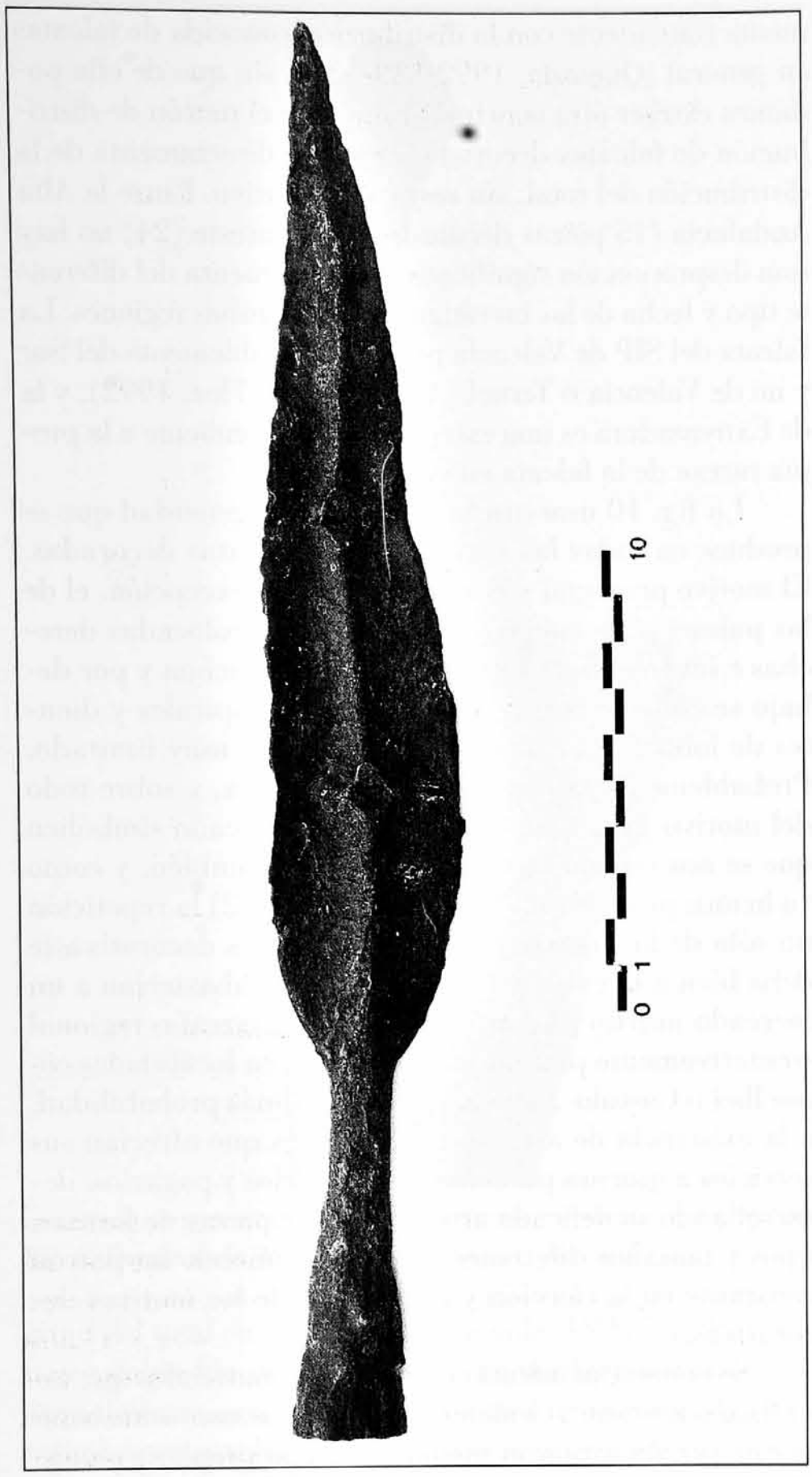


Fig. 12.-Lanza.

(Long. Max. Hj./An.Mx.Hj.):5.1. Se trata por tanto de una pieza de mediano tamaño.

Corresponde al tipo VIB de nuestra clasificación, casi en el límite con el VIC de hoja muy ancha (Quesada, e.p.). Es una forma bastante extendida por toda la Península, y particularmente en el Sureste (Cigarralejo, Ascoy, La Bastida, Puntal de Salinas, La Albufereta, Cabezo Lucero, etc.) y Alta Andalucía (Almedinilla, Los Torviscales, Mirador de Rolando, Tozar...). El rasgo más notable de esta pieza en concreto es su perfil bastante ancho combinado con un nervio aristado de sección romboidal, muy poco habitual en yacimientos ibéricos y más habitual en la Meseta (Quesada, e.p.). Con esto no queremos decir que se trate de una pieza importada o capturada, porque una muestra de una pieza no es significativa. En todo caso, contrasta con el resto del conjunto, claramente ibérico. De manera especulativa casi nos sentiríamos inclinados a creer que esta lanza fuera más tardía que el resto del conjunto, aunque de nuevo una sola punta no es dato realmente significativo.

NÚM. INV. 2138. TROZO DE ¿FALARICA? O ASADOR DE SECCIÓN CUADRANGULAR.

(Figs. 13 y 14).

Punta metálica de sección cuadrada, aguzada en un extremo, enrollada formando un bucle. Incompleta. Buena conservación del metal. Longitud conservada: 47 cm. Grosor: 0.9 cm. máximo en sentido diagonal.

Se trata de una pieza cuya adscripción a la categoría de 'arma' nos plantea algunas dudas. Su sección claramente cuadrada en toda su longitud nos inclina a descartar su adscripción como '*soliferreum*', porque no conocemos otros ejemplos en los que toda la longitud del astil tenga esta sección (Quesada, 1993). Por otro lado, conocemos *pila* tardíos en algunos yacimientos, sobre todo el Cabecico del Tesoro, en los que la sección es también cuadrada (por ejemplo, Cabecico del Tesoro, Seps. 1, 69, Quesada, 1989, vol. II pp.138, 148), y nos inclinamos a considerarlo por tanto *pilum* o *falarica* (sobre este término, Quesada, 1989,I:296) de tipo sencillo, o sea, nuestro Tipo III (Quesada, e.p.). Sin embargo, a pesar de sus cerca de 50 cm. de longitud, la pieza de Carranza no muestra señales del arranque de un cubo para enastar. Dicha ausencia no es decisiva, sin embargo, porque conocemos *pila* de este tipo con hasta 108 cm. de longitud de punta metálica en Cabrera de Mar (Barce-

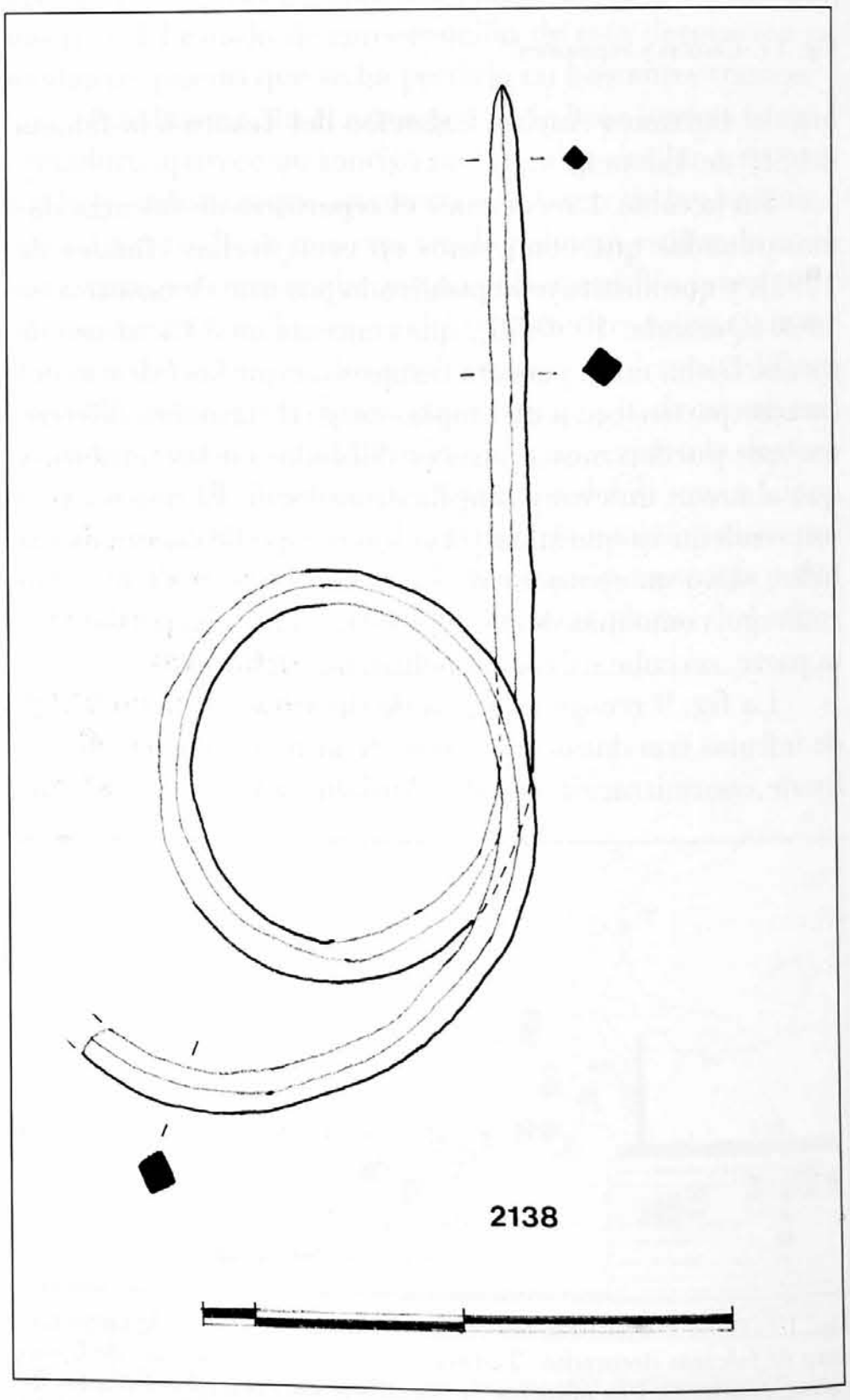


Fig. 13.-Fragmento de posible asador o *pilum*.

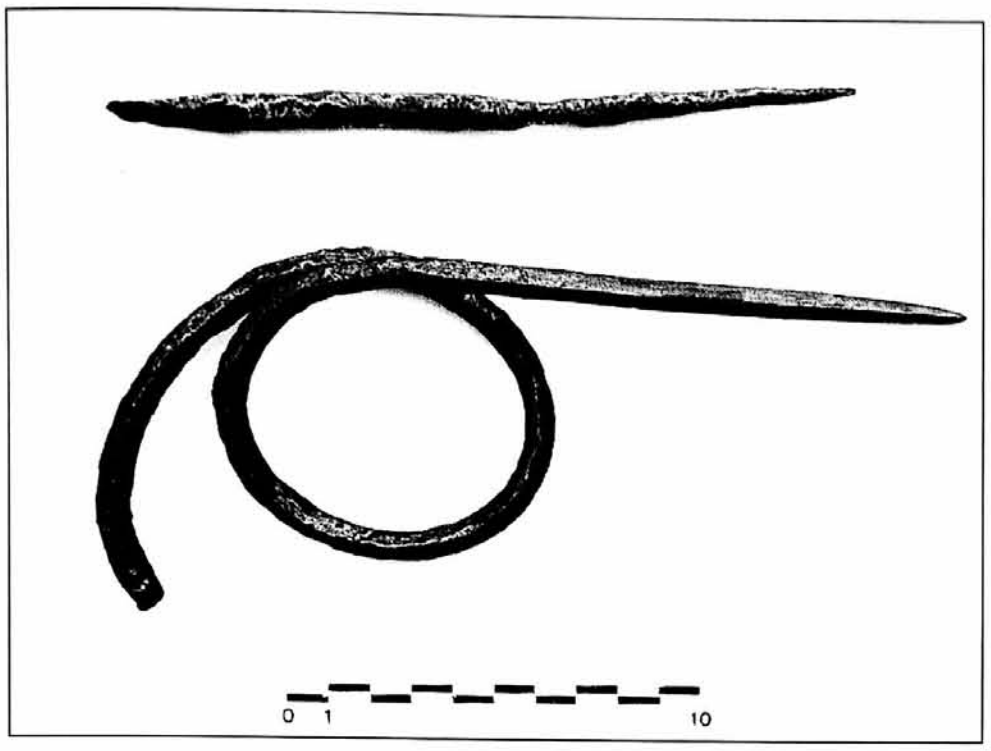


Fig. 14.-¿*Pilum*?.

lona) (Barbera, 1968) o en Illora (Granada) (Artiñano, 1919:20). Los paralelos arqueológicos disponibles para este tipo presentan una muy amplia cronología, desde el s. VI a.C. hasta época romana republicana.

Por otro lado, se conocen en necrópolis ibéricas largas varillas de hierro o bronce de sección cuadrada, de hasta más de 65 cm., asociadas a tumbas con armas, y cuyo tipo podría perfectamente ser el que tenemos aquí. Es por ejemplo el caso de la pieza de la Sep. 44 de La Senda, en Jumilla, Murcia (García Cano, 1994:fig. 23S). Estas piezas, aunque carentes de mango definido como sus predecesoras del periodo Orientalizante, podrían identificarse como asadores.

NÚM. INV. 2215. FRAGMENTO ¿SOLIFERREUM? O PUNZÓN. (fig.18)

Framento de varilla de hierro con múltiples marcas de golpes de forja. Sección irregular tendiendo a circular. Muy exfoliado. Longitud conservada: 18 cm. Ancho en el punto central: 0.9 cm. Ambos extremos parecen aguzados.

No creemos que este fragmento corresponda a la pieza anterior, ni por su estado de conservación, ni por su ausencia de curvatura, ni, sobre todo, por su sección. Tampoco parece parte de un *soliferreum*. Nos inclinamos, más bien, a considerarlo un instrumento de tipo punzón, taladro o similar para tareas como carpintería u otras. Este tipo de objetos tan sencillo y susceptible de degradación del metal no es, lógicamente, clasificable con facilidad como una hoz o un pico (p. ej. Pla Ballester,1969) pero no cabe duda de que utensilios sencillos de esta forma serían multifuncionales.

II.E.-Núm. Inv. 2214. Punta de jabalina o regatón estrecho. (fig. 18)

Punta de hierro con cubo para enmangue en regular estado de conservación, de sección aproximadamente circular. Está completa, aunque pueden faltar unos mm. en la parte del cubo. No doblada. Longitud conservada: 13 cm.; Diámetro del cubo: 1cm.

El pequeño diámetro del cubo de esta pieza descarta clasificarla como lanza o incluso como regatón. Los cubos de lanza se mueven uniformemente en torno a un diámetro

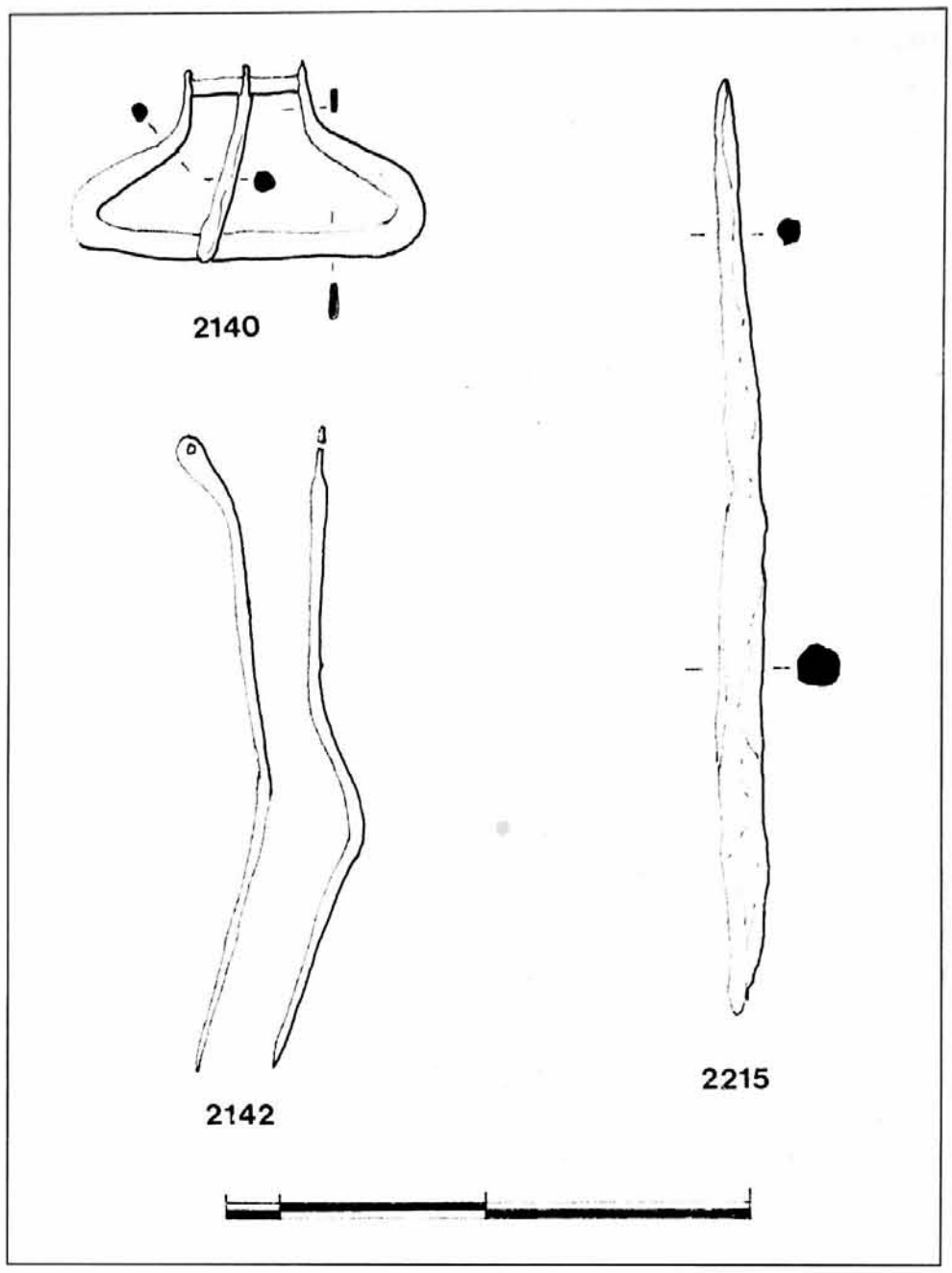


Fig. 18.- Elementos metálicos: aguja, punzón, hebilla.

de 2 cm.; y los de regatón entre 1.5 y 2 cm. En consecuencia, si hemos de clasificar esta pieza como un arma -y no hay demasiadas alternativas- debemos considerarla como una punta de jabalina muy sencilla, de un tipo poco habitual aunque no desconocido en yacimientos ibéricos. Por ejemplo, el El Cabecico del Tesoro, Cigarralejo y Museo de Priego de Córdoba conocemos piezas de tamaño y peso similar aunque de punta cuadrada más elaborada, que corresponden sin duda a puntas de jabalina de época ya avanzada, en torno al s. II a.C. Esta pieza no responde a ese tipo concreto, pero su tamaño y peso corresponderían sin problemas con una función similar.

II.F.-NUM. INV. 2220. MOHARRA DE LANZA. (fig. 11)

Punta de lanza larga. Doblada en ángulo recto en el tercio distal. Falta el extremo de la punta. Partida en dos trozos. La longitud conservada es de 35 cm., pero la punta debió medir en torno a los 40: es por lo tanto una pieza muy larga. La hoja es muy estrecha, con sólo 1.4 cm. de anchura máxima, que se alcanza en su arranque. Mesas muy estrechas y rectilíneas. Nervio de sección circular peraltada, muy grueso. Cubo con un anillo de refuerzo cerca de la base y pasador -conservado- para asegurar la sujeción del astil. No conserva restos de madera en el interior del cubo.

Esta lanza corresponde sin duda a nuestro tipo Ia, en el que el rasgo más característico de unas puntas siempre muy largas y estrechas es la forma en que las mesas arrancan del cubo casi en ángulo recto, alcanzando su anchura

máxima ya en la base (Quesada, e.p.). Consideramos que este es el tipo de lanza más antiguo del mundo ibérico-y también del Celtibérico-, puesto que encontramos ejemplares de esta tipología ya en el s. VI a.C., perdurando hasta quizá los primeros años del s. IV a.C. Es el tipo de lanza característico de las fases antiguas de El Molar o Cabezo Lucero en Alicante, o Los Villares en Albacete, así como de algunos yacimientos andaluces como Illora. Este es el tipo de lanza que esperamos hallar -y encontramos- en el monumento de Porcuna, fechado en torno a comienzos del s. V a.C. En conjunto, resulta algo chocante encontrar esta lanza asociada a la punta de lanza o a la de jabalina estudiadas anteriormente, que tipológicamente parecen muy posteriores.

NÚM. INV. 2213. REGATÓN CON EL CUBO APLASTADO.

(fig. 11)

Regatón formado por una lámina de hierro plegada y doblada sobre sí misma. Factura tosca (las partes que se unen no lo hacen limpiamente, como es habitual, sino que se superponen. El cubo aparece aplastado. No aparece perforación para pasador de sujeción. La longitud del regatón es de 15 cm. No es posible determinar con precisión el diámetro del cubo, pero debió esta en torno a los 2 cm.

Los regatones no son piezas muy expresivas ni desde el punto de vista funcional, ni desde el tecnológico o cronológico. En concreto, esperaríamos hallar con una lanza como la descrita en el subapartado anterior un regatón más largo, en torno a los 20 o incluso 25 cm., pero incluso en necrópolis antiguas es normal documentar regatones como éste e incluso menores. Por tanto, este regatón podría asociarse a cualquiera de las dos lanzas que hemos estudiado hasta ahora.

NOS. INV. 2221 A 2233. FRAGMENTOS DE UNA GRAN MANILLA DE ESCUDO.

(Figs. 15 a 17)

Conjunto de piezas muy fragmentadas que corresponden probablemente a una gran manilla de escudo, aunque en una primera impresión pudiera parecer que había dos. Cuando tuvimos ocasión de examinar los fragmentos conservados, la pieza había sido parcialmente restaurada

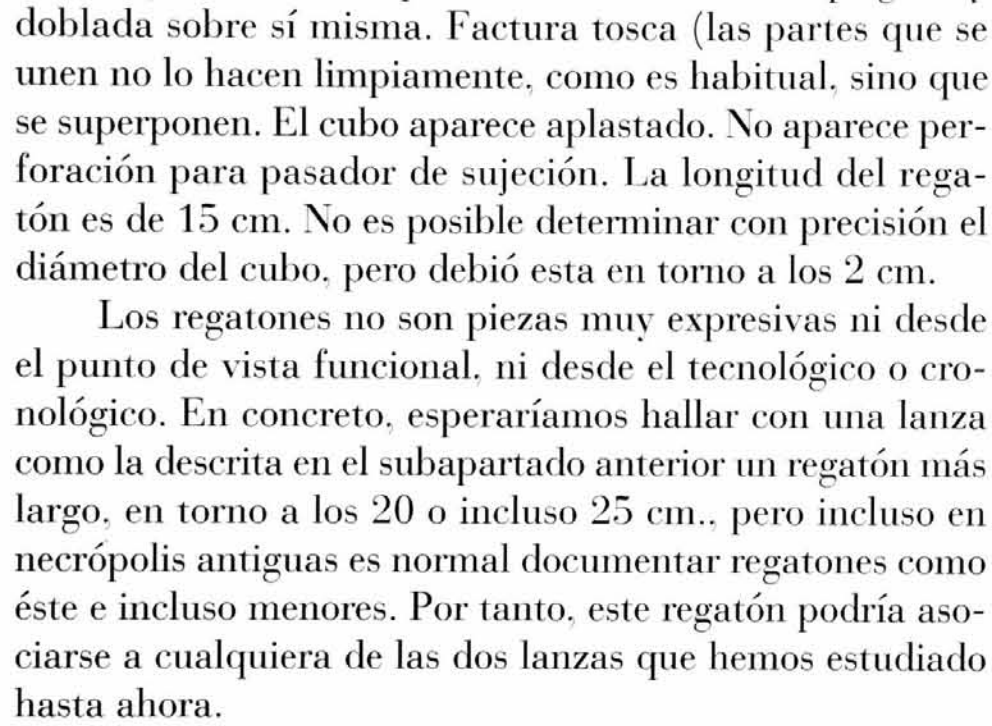


Fig. 15.-Elementos de manilla de escudo.

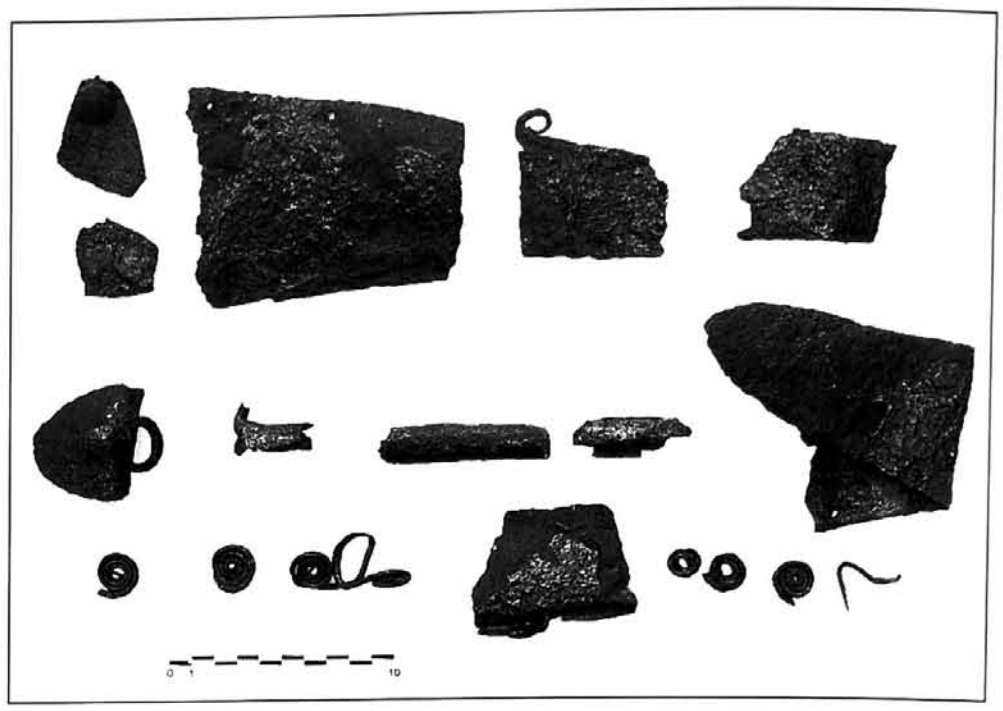


Fig. 16.-Elementos de la gran manilla de escudo.

con una serie de restituciones, algunas de ellas discutibles y difícilmente distinguibles de los trozos originales, sobre la base de la existencia de dos piezas. Esto impidió plantear sobre los trozos propiamente dichos hipótesis alternativas de reconstitución, por lo que ésta ha debido realizarse sobre dibujos y fotografías.

Creemos con todo que nos encontramos ante los restos de una gran manilla de entre 65 y 80 cm. de longitud estimada, del tipo IIB3 de nuestra clasificación (Quesada e.p.). Este tipo de manillas corresponde sistemáticamente a escudos de gran tamaño, siempre superior a los 45 cm. de diámetro, caracterizadas por grandes aletas con dos o cuatro anillas de suspensión y seis clavos de sujeción al cuerpo del escudo, dos en los lados del arranque de cada aleta y otro en el extremo. Piezas similares serían las de las Sepulturas 41 de la necrópolis del Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (63 cm. longitud) o la Sep. 55 (69 cm.) (García Cano, 1994), o una gran manilla de Los Torviscales (Fuente Tójar, Córdoba) de más de 75 cm. de longitud. Otras piezas similares del Cigarralejo tienen en torno a 50-60 cm. de longitud. Uno de los fragmentos de la manilla (num. inv. 2223), que corresponde al extremo de una aleta con un clavo de sujeción, está doblado sobre sí mismo, como si en origen hubiera abrazado el extremo del cuerpo del escudo, que habría tenido en ese punto un espesor de chapa de madera de unos 8 mm. Este mismo doblez del extremo de la manilla se documenta también en otros escudos ibéricos, como en el de la Sep. 1 de La Serreta de Alcoi (Alicante) (Cortell *et al.* 1992:102), una gran pieza de 70 cm. que nos proporciona así el diámetro del escudo original al que perteneció.

Esta manilla presenta, sin embargo, al menos dos rasgos inéditos en el *corpus* arqueológico conocido. Por un lado, el mayor fragmento de aleta (num. inv. 2222a) presenta en el borde conservado dos orificios en lugar de uno. Puesto que estos orificios corresponden habitualmente a los clavos de sujeción al cuerpo del escudo, cabe pensar que cada aleta tendría no tres clavos como es habitual, sino cinco al menos: dos a cada lado y uno en el extremo. Sin embargo el estado de fragmentación de la pieza hace imposible confirmar esta peculiar configuración. El otro rasgo notable es el de los llamados *gusanillos* correspondientes al sistema de sujeción del *telamon* o correa de cue-

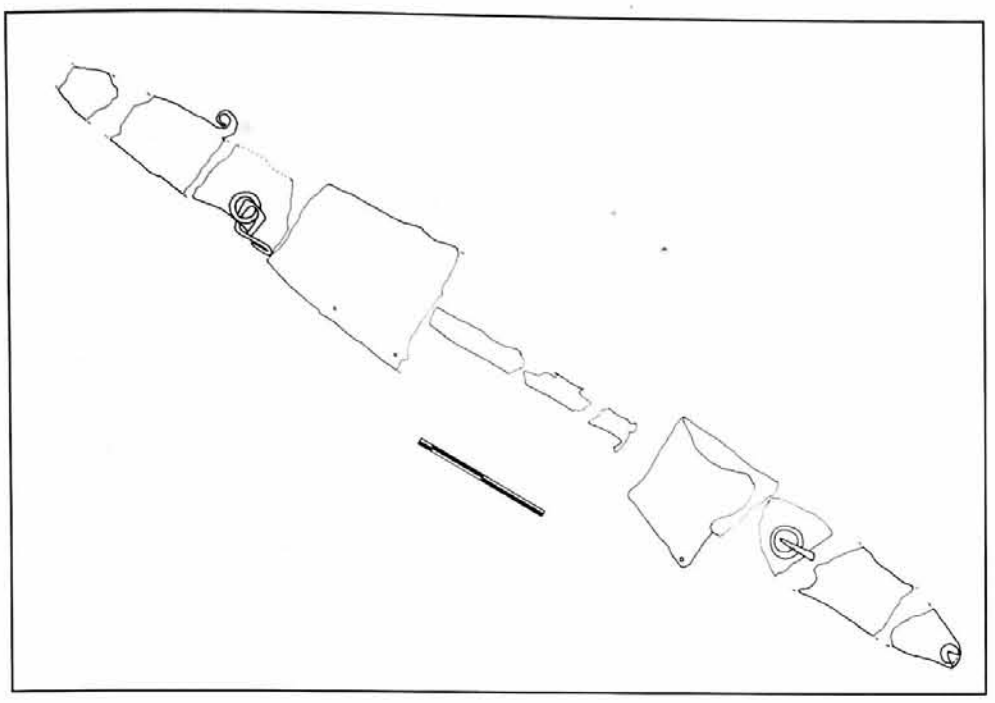


Fig. 17.-Ensayo de reconstrucción hipotética de la organización de los fragmentos de la manilla de escudo.

ro que permitiría colgar el escudo del hombro, como se observa perfectamente, por ejemplo, en las esculturas del conjunto de Porcuna. Estos gusanillos no tienen la sencilla doblez habitual, sino un sistema de espirales muy cerradas que es inusual, y que se aprecia claramente en el fragmento doblado núm. 2225.

Pese a su gran tamaño creemos que estas piezas corresponden a manillas de escudo circular grande (Quesada, 1989:vol. II, 10-14) y no a *scuta* ovales (como cree Cuadrado, 1987:92; 1989:89). La argumentación que hemos desarrollado en otro lugar se puede resumir así: no todos los escudos ibéricos eran pequeños, sino que muchos de ellos eran mayores de 60 cm. de diámetro; además los escudos ovales llevan la manilla horizontal, lo que en el caso de la manilla que nos ocupa obligaría a pensar en un escudo oval de entre 65 y 80 cm. de anchura, tamaño a todas luces excesivo, hasta casi el doble de su anchura normal.

NÚM. INV. 2140. HEBILLA.
(fig. 18)

Gran hebilla de hierro para un cinturón de sección plana, de un tipo poco habitual. No tiene nada que ver en estructura y tipología con los habituales broches de cinturón. No se dan en abundancia paralelos directos o al menos cercanos en los grandes yacimientos de plena época ibérica del entorno. Sin embargo, que el modelo de hebilla con aguja recta era conocida en época ibérica es seguro. En las necrópolis de Coimbra abundan pequeñas hebillas rectangulares de este tipo en hierro o bronce (García Cano, 1994), lo mismo que en la Sep. 350 del Cabecico del Tesoro o en la F-4 de La Albufereta (Rubio 1986:47). Formas que García Cano (1994:364) denomina 'tulipiformes', y que se asemejan vagamente a la nuestra aparecen en las Seps. 41,53 y 66 del Poblado en Coimbra, que abarcan entre el s. IV y el II a.C. Son mucho más redondeadas y menos 'aplastadas' que la de Carranza, pero su estructura básica es similar, y, en el caso de la de la Sep. 4, casi idéntica, al igual que la hebilla de la Sep. 138 de El Cigarralejo (Cuadrado, 1987:289).

En La Albufereta de Alicante hay numerosas hebillas de bronce con formas onduladas que, sin ser paralelos directos de nuestra pieza también presentan un 'aire de familia' (Rubio Gomis, 1986:301, fig. 124). Estas piezas, sin embargo, carecen de procedencia concreta y contexto preciso.

Con todo, la pieza de Carranza, de lámina plana y hebilla muy ancha, parece un tipo muy evolucionado que habría de considerarse muy tardío, ya en época romana.

NÚM. INV. 2142. AGUJA.
(fig. 18)

Aguja de hierro de sección circular y un extremo aplanado y perforado. Completa. Longitud máxima: 12.6 cm.

Corresponde a un tipo muy estandarizado bien documentado en yacimientos ibéricos, como recoge Pla Ballester en diversos trabajos (Pla, 1968:189, fig. 38, 1969:332). Se fabricaron tanto en hierro como en bronce, y Pla las consideró adecuadas para coser tejidos de diverso grosor según su tamaño. Aparecen desde yacimientos del s. IV como la Bastida (Mogente, Valencia) a contextos de fines del III como El Amarejo en Albacete.

ESTUDIO DEL CONJUNTO. CRONOLOGÍA.

Si el lote analizado corresponde a un solo conjunto, presenta cierta coherencia desde el punto de vista de la combinación de materiales (Quesada, 1989:I, cap. V). Tendríamos un completo ajuar de guerrero con falcata, dos lanzas, un regatón, una jabalina (?), un asador (?), una hebilla de cinturón y una aguja. El conjunto no es incoherente, y la presencia de un instrumento como una aguja no nos llama la atención, porque la asociación de armas e instrumentos es bastante habitual. Por poner un solo ejemplo, en el Cigarralejo se asocian armas y diversos instrumentos (hoces, chiflas, podones, tijeras, pesas, punzones) en muchas sepulturas, como las tumbas 74, 79, 161, 190, 204, 209, 333, etc. (Cuadrado, 1987).

Sin embargo la posible datación de los elementos individuales plantea algunos problemas. Hoy por hoy no es posible precisar la datación de ejemplares individuales de armas con precisión, de modo que son necesarios conjuntos más amplio que el que ahora tenemos para poder llegar a una conclusión. Sin embargo, sí es posible realizar alguna aproximación. La lanza estrecha y larga núm. 2220 corresponde a un tipo antiguo como se ha dicho, habitual en contextos de los ss. VI-principios del IV a.C. y rarísmo más adelante. En cambio, la hebilla, la lanza ancha de nervio aristado y la posible punta de jabalina se ajustarían mejor, en lo que por ahora conocemos, a un contexto de Baja Epoca, en torno al s. II a.C. La gran manilla de escudo y la falcata decorada, e incluso la aguja, estarían igualmente cómodas en el s. IV o a fines del III a.C., aunque hay una clara tendencia a que falcatas como ésta, y manillas de gran tamaño como la estudiada, se daten habitualmente mejor en el s. IV a.C. que más adelante, aunque no sería imposible una perduración.

En consecuencia, no estamos convencidos de que el lote pertenezca a un solo conjunto, y conviene al menos plantear la posibilidad de que nos hallemos ante los restos de dos ajuares, quizá depositados muy cerca uno del otro o in-

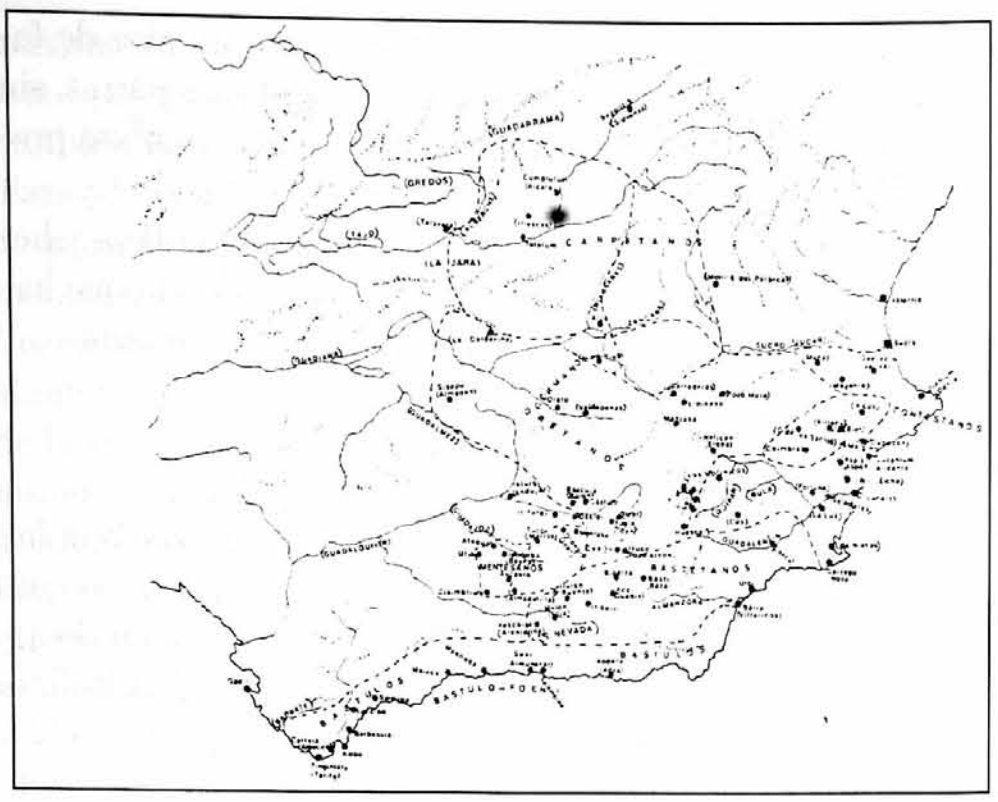


Fig. 19.- Mapa del Sureste de la península ibérica con la localización del yacimiento de Carranza en el contexto de los pueblos prerromanos que habitaron esta zona. Extraido de Iniesta (1989: 335).

cluso mezclados por intrusión de una tumba tardía sobre otra más antigua.

EL POBLAMIENTO IBÉRICO EN LA VÍA CARAVACA-HUESCAR DE GRANADA.

Las principales vías de comunicación entre la Alta Andalucía y el Sureste no pasan por esta zona. Por el Norte, la 'vía Heraclea' o 'camino de Aníbal', al Norte de las sierras de Cazorla y de Segura, a lo largo del valle del Guadalén, entre Montealegre y Castulo. (Blánquez, 1990:58 ss.).

Por el Sur, la 'vía Augusta', desde Cartago Nova (Cartagena)-Eliocroca (Lorca)-Chirivel-Cullar-Basti (Baza), esto es, en línea E-W por la N-342 (Sillieres, 1988:22), entre la Sierra de María y la Sierra de Las Estancias.

Aunque las principales vías romanas no pasaran por este punto, y aunque hoy en día esta ruta esté casi en desuso, no cabe duda de que en épocas anteriores el corredor Caravaca-Puebla de Don Fadrique-Huéscar-Galera, que alcanza además cierta anchura en la zona de Almaciles-María (llano de la Puebla), fue una zona de paso natural de importancia, como muestra por ejemplo el que entre el s. XVI y el XVIII esta ruta fuera importante, mucho más transitada que la antigua Vía Augusta, a juzgar por diferentes itinerarios de 1546 y 1757 (Selva, Jordán, 1988:97). Tanto es así que una variante algo más al Sur de este corredor entre Caravaca y Huescar ha sido conocido como 'El Paso' (Muñoz Muñoz, Martínez López, 1988:109; Fernández Palmeiro, Serrano Várez, 1993:89).

El eje Caravaca-Almaciles-Puebla de D. Fadrique-Galera-Baza en medio de las dos vías anteriormente expuestas, conectaba directamente dos zonas de gran importancia en época ibérica: la de Túgi/Galera y Baza, conocida desde antiguo, con la de la Encarnación, donde trabajos re-

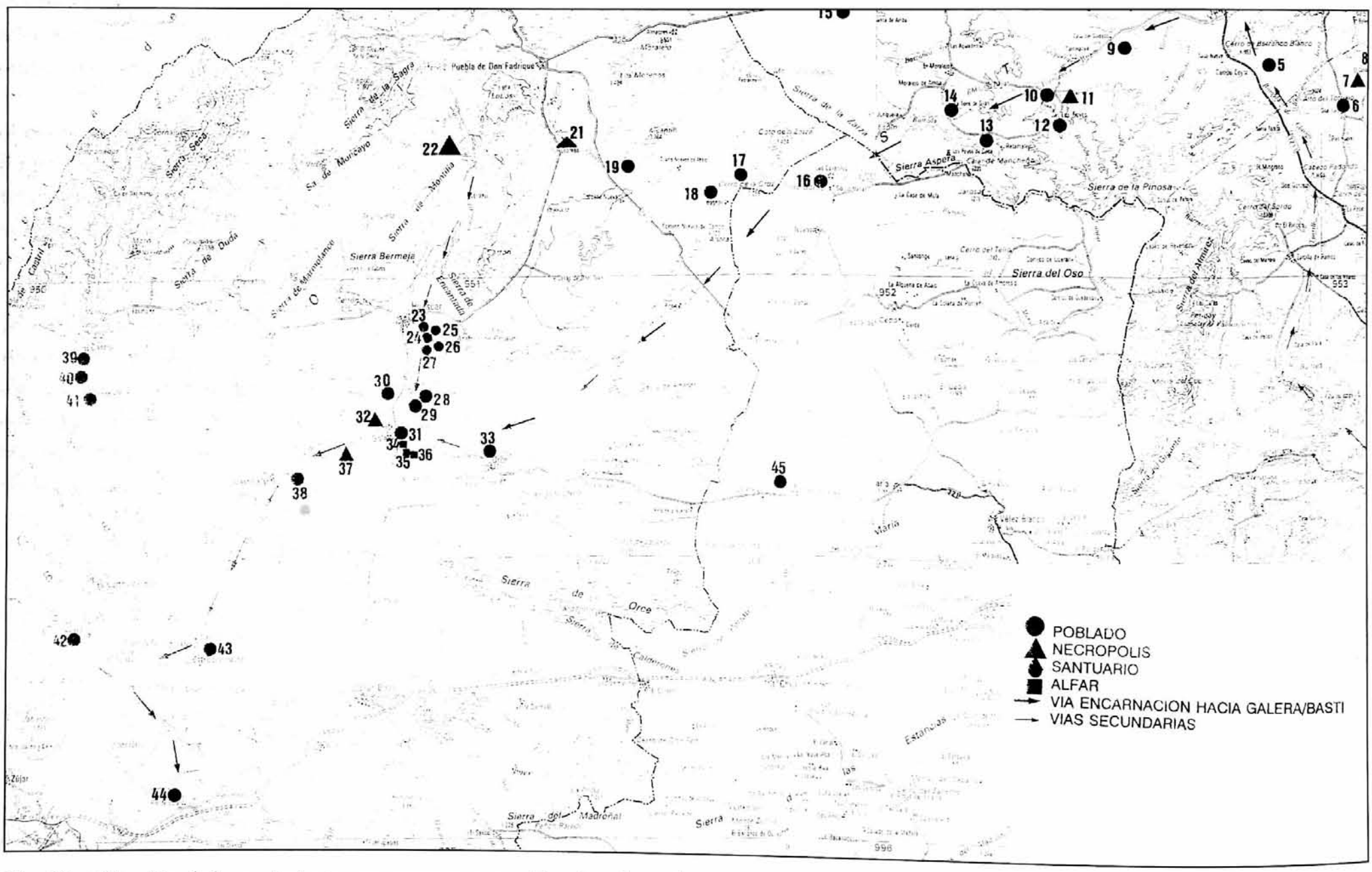


Fig. 20.- Ubicación de los yacimientos prerromanos conocidos situados en las inmediaciones de la vía que comunicaría la zona de La Encarnación (Caravaca) con Galera/Basti. **Listado de yacimientos**.1. Villaricos.2. Los Villares.3. Santuario de la Encarnación.+. Puente de la Almudena.5. Campo-Coy.6. Los cantos de Dª Ines.7. Fuentecica del Tio Garrulo.8. El Lomo.9. Cerro de la Cueva.10. Casa de los Morales.11. La Poza.12. Los Royos.13. Loma de la Ventica.14. La Chopera.15. Fuente del Moral.16. Macián.17. Cerro de la Cruz.18. Bugejar.19. Alcantín.20. Almaciles.21. Lobrega.22. Carranza.23. HU.17.24. HU.15.25. HU.16.26. HU.13.27. HU.7.28. Cueva de Peroles.29. Cucuruji.30. Cerro de los Roncos.31. Cerro del Real.32. Necrópolis de Tutugi.33. Cueva de Morillas.3+. GR.GA.21.35. GR.GA.22.36. GR.GA.23.37. GR.GA.5.38. GR.GA.10.39. Cortijo del Escribano.40. Los Mallorquines (GR.CST/7).41. Los Mallorquines (GR.CS.11).42. Las Cucharetas.43. Benamaurel.++. Cerro Cepero.45. La Alfahuara.

cientes han descubierto un importante santuario iberorromano (Ramallo, 1992) en una zona donde también hay yacimientos ibéricos de importancia conocidos desde antiguo (Nieto Gallo, 1944-45).

El mayor problema para definir las características e importancia del poblamiento ibérico en esta región Nororiental de Granada y Occidental de Murcia es la ausencia hasta fechas recientes de trabajos sistemáticos al Norte de Galera o al Sur de Caravaca. Tanto es así que desde el lado granadino, P. Aguayo y V. Salvatierra apenas podían hacer otra cosa que lamentarse en 1985 (Aguayo, Salvatierra, 1987:229). Sólo en fechas recientes el panorama comienza a despejarse con descrubrimientos como los de Almaciles (Quesada, 1992b), o los más significativos de Puebla de Don Fadrique, Cerro de la Cruz o Macián (Fernández, Serrano, 21993, 1993b; Muñoz, Martinez, 1988). Este panorama viene a enriquecerse estos últimos años con la documentación de nuevos yacimientos o la revisión de los anteriormente conocidos a partir de prospecciones selectivas (Martínez; Muñoz 1990), prospecciones sistemáticas[3] y proyectos de investigación[4] . Con todo, nuestros conocimientos son precarios y derivan sobre todo de trabajos de prospección o salvamento, no de excavaciones sistemáticas. Es sobre todo la calidad de los hallazgos (sobre todo en el campo de la cerámica ática y de las armas decoradas como las que aquí presentamos) lo que hace que en el futuro deba atenderse con más cuidado a la arqueología de esta comarca.

El yacimiento de Carranza se encuentra ubicado dentro de la zona de influencia de esta vía secundaria que comunicaba la zona caravaqueña con la andalucía bastetana (fig. 19). El trazado de este camino (fig. 20) se inicia en el Estrecho de la Encarnación, paso flanqueado por los poblados de Villaricos y de Los Villares (Brotons, 1995), así como del interesante santuario de La Encarnación (Ramallo, 1992). La vía continúa por el valle del río Quipar hasta la Almudena (Melgares, 1994), donde conectaría con la ruta que hacia el sur comunica con el importante valle del río Guadalentín. Proseguiría por la rambla de Tarragoya y el paraje de Los Royos (Melgares, 1994: 106), con dirección hacia Macián, Cerro de la Cruz y Bugejar, para llegar por el suroeste a las tierras granadinas de Orce y Galera. La distribución de los poblados situados al noroeste de Bugejar (Alcantín y Lobrega) podían indicar otra vía secundaria que comunicara la zona de la Puebla de Don Fabrique y Almaciles hacia el sur con Galera/Baza y hacia el este con La Encarnación.

Actualmente se posee mayor documentación sobre la densidad del poblamiento ibérico entorno al Cerro del Real (PELLICER; SCHÜLE 1962) y la necrópolis de Tutugi (Galera), a partir de ciertas prospecciones arqueológicas en los cauces de los ríos Galera (FRESNEDA *et alii* 1991: 51-56) y Huéscar (FRESNEDA *et alii* 1993: 185-190). Otras prospecciones en ambas márgenes del río Castril (SOLER *et alii* 1991: 110-113; FRESNEDA *et alii* 1991: 114- 117) completan el actual panorama sobre la investigación del poblamiento vinculado a la vía prerromana que llegaría a Basti.

CONCLUSIONES.

Del análisis de los materiales presentados, así como de su procedencia, pueden extraerse brevemente algunas conclusiones. Por un lado, el lote de piezas, al carecer de contexto preciso, presenta problemas de agrupación y cronología. En conjunto, pudiéramos encontrarnos ante materiales pertenecientes a dos conjuntos, uno datable en una fase antigua del s. IV a.C. (lanza 2220 sobre todo, y quizá falcata, manilla de escudo y posible asador o fragmento de *pilum*), y otro mucho más tardío, quizá dentro del s. II a.C. incluyendo la lanza 2139, punta de jabalina, hebilla, punzón y -quizá- el posible pilum. Si se probara que todos los metales pertenecen al mismo conjunto, entonces al menos la lanza 2220 sería una perduración de momentos muy anteriores, mientras que la falcata y la manilla podrían tener una cronología de fines del s. III a.C. sin forzar los elementos conocidos de datación. El elemento más notable del conjunto, además de la gran manilla, es sin duda la falcata decorada. Llama la atención la gran calidad de su trabajo, no tan habitual en las armas ibéricas damasquinadas, y la sintonía de sus motivos decorativos con los que conocemos tanto en el Sureste como en Andalucía.

Es al ubicar geográficamente este conjunto cuando los datos alcanzan su mayor significado, puesto que la zona limítrofe entre Murcia, Almería y Granada es una importante vía natural de paso entre la zona de Caravaca y la de Galera/Baza (fig.20), ambas con importantísimos yacimientos ibéricos correspondientes a ámbitos culturales diferentes aunque muy emparentados. Sin embargo los datos arqueológicos cada vez más frecuentes de esta zona, junto con este hallazgo y otros como el casco de Almaciles o yacimientos del área de La Puebla de Don Fadrique-Huescar con importantes materiales áticos, permiten poner en valor esta zona y augurar importantes resultados para el futuro.

(3) Agradecemos a don Juan Carlos Verdú Bermejo director de la prospección arqueológica en la cuenca alta del río Quípar, efectuada en 1993-1994, los datos facilitados sobre el yacimiento ibérico de La Chopera (s. IV d.C.).

(4) Dentro del Proyecto de Investigación «El ager carthaginiense. Paisaje centuriado, economía y población agrarios en el mundo romano, financiado por la Dirección General de Educación y Universidad de la Comunidad Autónoma de la Región de Murcia, se encuadra la prospección en el curso alto del río Quípar publicada por don Francisco Brotóns Yagüe en el artículo «El trabajo sobre 'El poblamiento romano en el valle alto del Quípar (rambla de Tarragoya), Caravaca de la Cruz-Murcia'».

BIBLIOGRAFÍA

AGUAYO DE HOYOS, P.; SALVATIERRRA, V. (1987) «El poblamiento ibérico en las altiplanicies granadinas» *Iberos. Actas de las I Jornadas sobre el mundo Ibérico. Jaén 1985.* Jaén, pp. 229-238.

ARANEGUI GASCO, C.; DE HOZ, J. (1992) «Una falcata decorada con inscripción ibérica. Juegos gladiatorios y venationes. Estudio epigráfico». Homenaje a E. Pla Ballester. SIP. Trabajos Varios 89, pp. 319-344.

ARTIÑANO Y GALDACANO, P.M. (1919) *Catálogo de la exposición de hierros antiguos españoles.* Madrid.

BARBERA FARRAS, J. (1968) «La necrópolis ibérica de Cabrera de Mar (Colección Rubio de la Serna)». *Ampurias*, 30, pp. 97-150.

BLANQUEZ PEREZ, J. (1990) *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta.* Albacete.

BROTONS YAGÜE, F. (1995) «El poblamiento romano en el valle alto del Quipar (Rambla de Tarragoya), Caravaca de la Cruz (Murcia)». *Poblamiento rural romano en el sureste de Hispania*, pp. 247-274. Murcia.

CABRE DE MORAN, M.E. (1934) «Dos tipos genéricos de falcata hispánica». *AEspAA* 20, pp. 207-224.

CORTELL, E. *et alii* (1992) «La necrópolis ibérica de La Serreta: resumen de la campaña de 1987» *Estudios de Arqueología ibérica y romana. Homenaje a E. Pla Ballester.* Valencia, pp. 83-116.

CRUZ PEREZ, M.L. (1990) *Necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia)*. EAE 158. Madrid.
CUADRADO, E. (1987) *La necrópolis ibérica de 'El Cigarralejo' (Mula, Murcia)*. Bibliotheca Praehistorica Hispana, XXIII. Madrid.
CUADRADO, E. (1989) *La panoplia ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Murcia.
ENRIQUEZ NAVASCUES, J.J. (1981) «Dos falcatas ibéricas y un puñal de la provincia de Cáceres en el M.A.P. de Badajoz». *Revista de Estudios Extremeños* 33.1, pp. 47-54.
FERNANDEZ PALMEIRO, J.; SERRANO VAREZ, D. (1993) «Un importante yacimiento ibero-romano en la Cortijada del Duque (Puebla de Don Fadrique, Granada)». *Verdolay* 5, pp. 89-107.
FERNANDEZ PALMEIRO, J.; SERRANO VAREZ, D. (1993b) «El Cerro de la Cruz: un yacimiento entre Almería y Granada». *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana* 70, pp. 15-38.
FIGUERAS PACHECO, F. (1956) *La necrópolis ibero-púnica de La Albufereta de Alicante*. Valencia.
FRESNEDA PADILLA, E.; RODRIGUEZ ARIZA, Mª O.; PEÑA RODRIGUEZ, J.M.; LOPEZ LOPEZ, M. (1991) «Prospección arqueológica superficial del río Galera, desde Galera a Castillejar. Campaña 1989». *AAA'-89 II*, pp. 51-56. Sevilla.
FRESNEDA PADILLA, E.; RODRIGUEZ ARIZA, Mª O.; PEÑA RODRIGUEZ, J.M.; LOPEZ LOPEZ, M.; ARROYO PEREZ, E. (1991) «Prospección arqueológica superficial de la margen izquierda del rio Castril desde Castril a Cortes de Baza. Campaña 1990». *AAA'-90 II*, pp. 114-117. Sevilla.
FRESNEDA PADILLA, E.; RODRIGUEZ ARIZA, Mª O.; PEÑA RODRIGUEZ, J.M.; LOPEZ LOPEZ, M.; ALEMAN AGUILERA, Mª I.; RODRIGUEZ AGUILERA, A. (1993) «Prospección arqueológica superficial del río Huescar desde Huescar a Galera. Campaña 1991». *AAA'-91 II*, pp. 185-190. Sevilla.
GARCIA CANO, J.M. (1992) «Las necrópolis ibéricas en Murcia». *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*. Madrid, pp. 313-347.
GARCIA CAÑO, J.M. (1994) *Las necrópolis ibéricas en Murcia*. Tesis Doctoral inédita. Murcia.
GARCIA LOPEZ, M.; BUENDIA, M.; LLINARES, J. (1989) «Aportación a la carta arqueológica de la región de Murcia: el índice de yacimientos». *Verdolay* 1, pp. 7-47.
INIESTA SANMARTIN, A. (1989) «Pueblos del cuadrante sudoriental de la península ibérica». *Colonización y formación de los pueblos prerromanos (1200-218 a.C.*, T. II, pp. 318-345. Madrid.
LENERZ DE WILDE, M. (1981) «Keltische FUnde aus Spanien». *Arch. Korr.* 11, pp. 315-319.
LILLO CARPIO, P. (1981) *El poblamiento ibérico en Murcia*. Murcia.
MARIN DIAZ, N.; GENER BASALLOTE, J.Mª. (1991): «Informe de limpieza y consolidación de los restos arqueológicos situados en el yacimiento ibero-romano de Basti (Cerro Cepero). Baza-Granada». *AAA'-90 III*, pp.187-194. Sevilla.
MARTINEZ LOPEZ, C.; MUÑOZ MUÑOZ, F. (1990) «Memoria sobre las prospecciones arqueológicas de superficie de los yacimientos ibéricos y romanos de la comarca de los Vélez. Fase III: Los altiplanos de Topares». *AAA'-87 II*. Sevilla.
MELGARES GUERRERO, J.A. (1994) «EL entorno arqueológico del Centauro de los Royos del M.A.N. *Anales de Prehistoria y Arqueología* 7-8 (1991-1992), pp. 103-106. Murcia.
MUÑOZ MUÑOZ, F.A.; MARTINEZ LOPEZ, C. (1988) «Vías de comunicación romanas entre el Levante y el Sur peninsular a través del norte de Almería». *Vías Romanas del Sureste. Actas del symposium celebrado en Murcia del 23 al 24 de Octubre de 1986*. Murcia, pp. 109-112.
NIETO GALLO, G. (1943-4) «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia). Cuarta campaña de excavaciones». *BSAA* 10, pp. 165-175.
NIETO GALLO, G. (1944-45) «Dos importantes yacimientos arqueológicos en la provincia de Murcia». *BSAA* 11, pp. 190-197.
PELLICER, M.; SCHÜLE, W. (1962) *El Cerro del Real, Galera (Granada)*. E.A.E. 12. Madrid.
PLA BALLESTER, E. (1968) «Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana». *M. Tarradell (ed.) Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona, pp. 143-190.
PLA BALLESTER, E. (1969) «El instrumental metálico de los obreros ibéricos». X *CNA*. Mahón 1967. Zaragoza, pp. 306-337.
PRESEDO VELO, F. (1973) *La Dama de Baza*. Madrid.
QUESADA SANZ, F. (1988) «Las acanaladuras en las hojas de las falcatas ibéricas». *CuPAUAM* 15, pp. 275-299.
QUESADA SANZ, F. (1989) *Armamento, Guerra y sociedad en la nercópolis ibérica de EL Cabecico del Tesoro (Murcia, España)*. BAR International Series 502, I-II. Oxford.
QUESADA SANZ, F. (1990) «Falcatas ibéricas con damasquinados en plata». *Verdolay* 2, pp.45-59.
QUESADA SANZ, F. (1992) *Arma y símbolo: la falcata ibérica*. Alicante.
QUESADA SANZ, F. (1992b) «El casco de Almaciles (Granada) y la cuestión de los cascos de tipo 'Montefortino' en la Península Ibérica». *Verdolay* 4, pp.65-73.
QUESADA SANZ, F. (1993) «Soliferrea de la Edad del Hierro en la Península Ibérica». *Trabajos de Prehistoria* 50, pp. 159-183.
QUESADA SANZ, F. (e.p.) *El armamento ibérico*. Madrid.
RAMALLO ASENSIO, S. (1992) «Un santuario de época tardo-republicana en La Encarnación, Caravaca, Murcia». *Cuadernos de Arquitectura romana* 1, pp. 39-65.
RUBIO GOMIS, F. (1986) *La necrópolis ibérica de la Albufereta de Alicante*. Valencia.
SCHULE, W. (1969) *Die Meseta Kulturen der Iberischen Halbinsel*. I-II. Berlin.
SELVA INIESTA, A.; JORDAN MONTES, J.F. (1988) «Notas sobre la red viaria romana en la comarca de Hellín-Tobarra (Albacete)». *Vías Romanas del Sureste. Actas del symposium celebrado en Murcia del 23 al 24 de Octubre de 1986*. Murcia, pp. 85-99.
SILLIERES, P. (1988) «La vía Augusta de Carthago Nova a Accis». *Vías Romanas del Sureste. Actas del symposium celebrado en Murcia del 23 al 24 de Octubre de 1986*. Murcia, pp. 17-22.
SOLER CERVANTES,M.; MARTINEZ FERREIRO, I. (1991) «Prospección arqueológica superficial en la margen derecha del río Castril (Castril-Cortes de Baza. Granada). Campaña de 1989. *AAA'-90 II*, pp. 110-113. Sevilla.
TRIAS DE ARIBAS, G. (1968) «Economía de la colonización griega». *Estudios de economía antigua de la Península Ibérica*. Barcelona, pp. 99-115.
VAQUERIZO GIL, D. (1989) «Armas de hierro procedentes de la necrópolis ibérica de 'Los Collados' (Almedinilla, Córdoba)». *Saguntum* 22, pp. 225-266.
VERDU BERMEJO, J. (e.p.) «Arqueología en la cuenca alta del río Quipar. Memoria de la prospección 1993-1994». *Memorias de Arqueología*. Murcia.

UN POSIBLE ABRIGO-SANTUARIO EN MECA (AYORA, VALENCIA)

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 251 - 258

Martín Almagro-Gorbea
Teresa Moneo (1)
DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA.
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

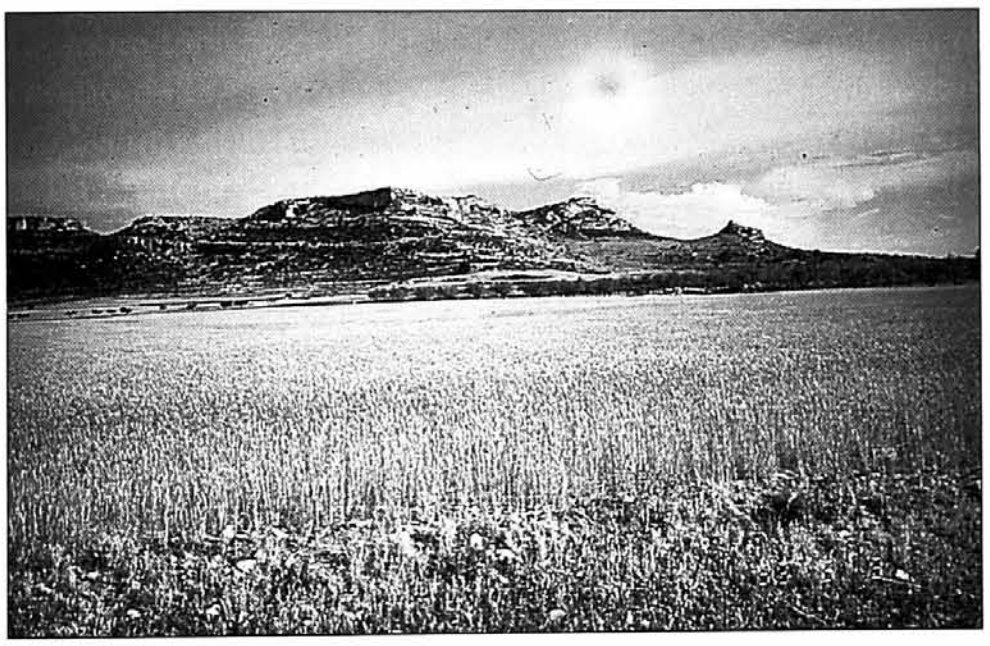


Fig. 1. Vista general desde el Noroeste de la ciudad de Meca con la «Cueva del Rey Moro» abierta al Oeste.

La ciudad ibérica de El Castellar de Meca se encuentra situada sobre el monte Mugrón, en el límite entre Valencia y Albacete, entre las localidades de Alpera, Almansa y Ayora (Broncano 1986: 15 s.). Ocupa una elevada muela de conglomerados y calizas miocenas que se eleva más de 100 m. sobre su entorno inmediato, controlando un amplio territorio hacia el Norte y Oste, ya que el monte Mugrón, del que constituye el extremo Noroeste, limita la visibilidad por el Sureste (fig. 1). Su superficie se aproxima a unas 15 ha., lo que permite considerarla como una de los mayores poblaciones ibéricas conocidas (Almagro-Gorbea 1986; Almagro-Gorbea y Dávila e.p.), hecho explicable por controlar un amplio territorio y las vías de comunicación del Sureste de la Meseta con las áreas costeras (Blánquez 1990).

En una visita al yacimiento, al analizar su interesante topografía, en especial su impresionante acceso occidental que aprovecha una vaguada en forma de gran teatro natural (figs. 1 y 2), se advirtió lo que pudiera ser un posible santuario rupestre que por su interés parece conveniente presentar a discusión.

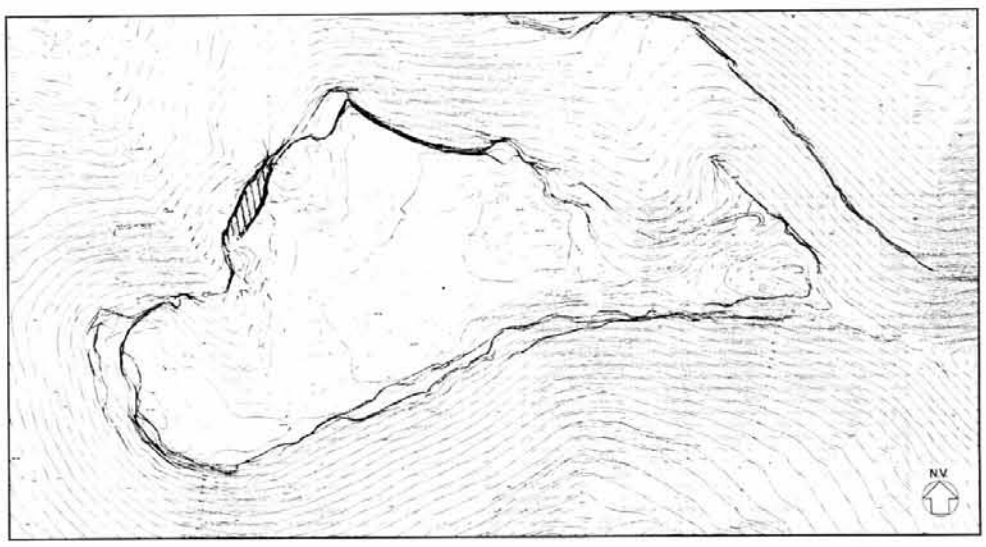


Fig. 2. Plano de Meca (Ayora, Valencia) con la localización de la «Cueva del Rey Moro» (según Broncano 1986).

Dicho santuario se halla situado entre dos cejas formadas en la pared de la muela que ocupa la población al erosionarse las formaciones de conglomerados que ofrecen una disposición aproximadamente horizontal y ligeramente buzada un 3% hacia el Suroeste (fig 3). Esta formación ha facilitado la aparición de un gran abrigo conocido localmente como la «Cueva del Rey Moro» (Broncano 1986: f. 4). Este lugar es muy estratégico, pues domina el impresionate camino de acceso a la población y, más concretamente, una de las tres entradas a este gran poblado, precisamente la más occidental, que pudo ser la principal y más importante (figs 1 y 2). En efecto, dicho acceso es el más cercano a la Fuente de Meca, donde debió abastecerse de agua la población, así como a la parte más occidental de la muela en la que, a juzgar por su topografía y por los restos observables, debió estar situada el *arx* de la población (Broncano y Alfaro 1990: f. 1).

En este lugar el cerro se corta verticalmente ofreciendo un relieve de fuerte pendiente en la base que acaba en

(1) Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. E-28040 Madrid. Fax: 34 (9) 1 - 3946008. Conste nuestro sincero agradecimiento a don Santiago Broncano, director de las excavaciones de Meca, por las facilidades dadas para este trabajo y por los útiles comentarios críticos que han permitido su mejora.



Fig. 3. Cantil occidental de la muela donde se asienta Meca. Se aprecia la «Cueva del Rey Moro» en su parte superior y la abrupta senda que lleva a ella.

un primer cantil que da a una serie inferior de abrigos. Sobre éstos, se alza un segundo cantil de más de 30 m. de altura en el que se abre otra serie de abrigos entre los que destaca la «Cueva del Rey Moro». A ellos se accede por cejas horizontales, ya que quedan separados de la población asentada sobre la muela por la continuación del cantil existente sobre ella. El abrigo de la «Cueva del Rey Moro» quedaría situado, por tanto, fuera de la población y debajo de la misma, pero ya dentro del perímetro de lo que sería su recinto fortificado, lo que parece apoyar su posible función de santuario urbano de entrada.

El acceso al santuario ofrece notable dificultad. A él se llega a lo largo de una pequeña senda que corre sobre las cornisas que cortan horizontalmente la muela y a la que se accede desde la plataforma situada sobre la actual escalera de acceso a esa parte Occidental del poblado (fig 3). El abrigo queda protegido por un saliente rocoso, situado a unos 100 m. al Noreste de dicha escalera, por lo que queda oculto a la vista desde el acceso al poblado. Además, antes de llegar a él es preciso atravesar un estrecho paso situado sobre la cornisa del cantil vertical que en ese punto ofrece la muela, la cual queda prácticamente colgada sobre el vacío.

Atravesado ese punto, la ceja se abre en un gran abrigo, la «Cueva del Rey Moro», de más de 10 m. de alto por unos 75 m. de largo (fig. 4). El extremo meridional, el más inmediato al acceso y el más profundo del gran abrigo que constituye la «Cueva del Rey Moro», conforma una oquedad o abrigo menor, de forma ovalada ligeramente horizontal, de unos 6 m. de ancho por más de 2 m. de alto y otros 2 m. de profundidad rehundida en la pared del abrigo mayor (fig. 5). Este parece haber sido el emplazamiento del posible santuario a juzgar por las estructuras que ofrece. En efecto, en la pared vertical del citado abrigo se observa una salida natural de agua, actualmente seca, que vertería a una cubeta rectangular labrada en el suelo justo delante de ella (figs. 6 y 7). Además, en la pared, a 0.35 m. del suelo y aproximadamente coincidiendo con el centro de la citada cubeta situada bajo ella, aparece un escalón de forma alargada tallado en la roca, de 0.15 m de ancho por 0.12 m de profundidad y 0.25 m de alto. Aproximadamente a 1 m. de altura sobre la base del escalón aparece un agujero de la roca dentro de una oquedad natural de 0.25 m de alto por 0.30 m de an-

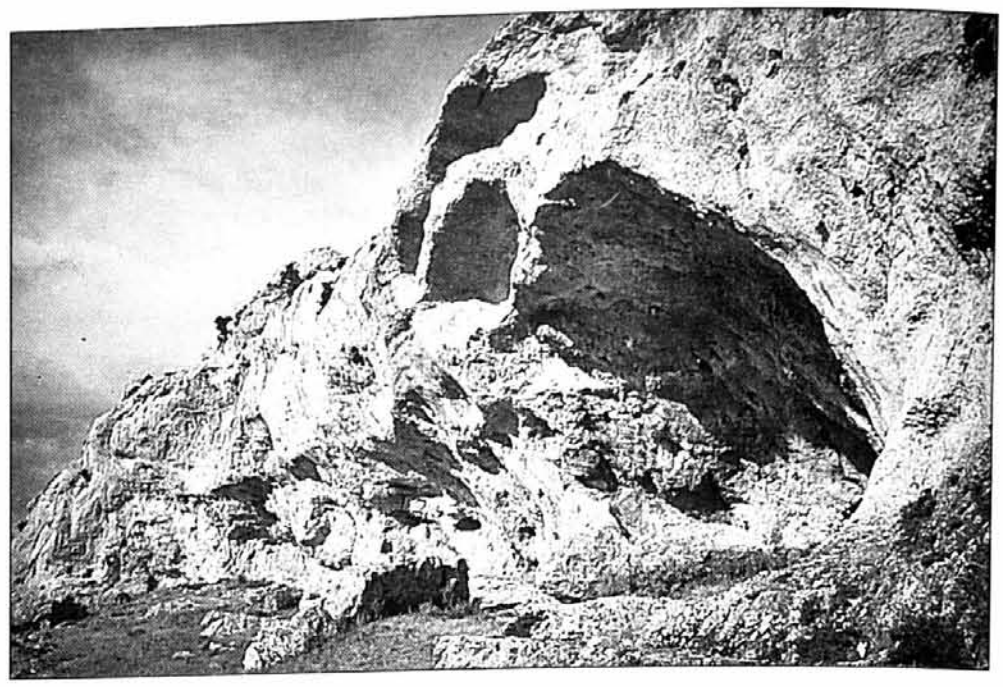


Fig. 4. Vista general de la «Cueva del Rey Moro» desde su acceso por la parte occidental. El posible santuario se ubica en la covacha más inmediata.

cho, pudiéndose apreciar también los restos de otros tres agujeros a ambos lados, uno al Norte y otros dos al Sur, respectivamente, que dan a estas formaciones cársticas cierto aspecto antropomorfo. Además, según S. Broncano (comunicación personal), H. Breuil observó en este abrigo la existencia de una serie de puntuaciones de Arte Rupestre Esquemático, actualmente muy difíciles de localizar.

La cubeta queda situada aproximadamente a 1 m. de la pared. Sus lados miden respectivamente 1.20 m., el Este; 0.53 m., el Norte; 1.06 m. el Oeste y 0.54 m. el Sur. La cubeta alcanza una profundidad máxima de 0.45 m. en su ángulo Sureste y, además, ofrece en su lado Oeste un corte, a modo de rebosadero, situado a 0.35 m. del ángulo Noroeste.

Es interesante señalar que la orientación de la línea perpendicular al manantial es de c. 340º NM centesimales, orientación que coincide con el promedio de la que se deduce de los lados de la cubeta situada a sus pies, 340º el lado Norte, 335º el Sur y 80º el Este. Esta orientación, aunque imprecisa por la falta de regularidad de la estructura, parece coincidir prácticamente con el ocaso de verano, que en la latitud de Meca, aproximadamente de 38º 57', se puede calcular en torno a los 334º.

Este conjunto de elementos que ofrece la «Cueva del Rey Moro» plantean su posible carácter ritual y hacen pensar en la existencia de un probable santuario rupestre to-



Fig. 5. Vista de la covacha dentro de la «Cueva del Rey Moro» que constituye el posible santuario.



Fig. 7. Detalle lateral del manantial y la cubeta cavada delante del mismo.

pográficamente relacionado con la entrada a la ciudad ibérica de Meca. A favor de esta hipótesis apunta su difícil acceso, su ubicación apartada y casi oculta a la entrada de la población, pero fuera del área ocupada por las estructuras domésticas y su relación con un posible manantial y una cubeta, así como su evidente orientación al ocaso. Todos estos detalles permiten comparar este abrigo con el interesante santuario de la Umbría de Salchite, en Moratalla, Murcia (Lillo 1983). Dicho santuario, como ocurre en este caso de Meca, es un abrigo más que una cueva e, igualmente, está situado en un escarpado lugar de difícil acceso y ofrece, entre otros elementos rituales, una serie de cubetas naturales como dispositivo para recoger el agua que manaba de la pared del abrigo (Lillo 1983: 171). El santuario de Salchite estaba asociado al parecer a ritos de iniciación, como lo evidencia los materiales en él aparecidos (Lillo 1983; González-Alcalde y Chapa 1993; Almagro-Gorbea e.p.), entre los que cabe destacar un canino de lobo usado como colgante y, en especial, un interesante vaso del siglo II a.C. con la representación de una divinidad posiblemente femenina? tal vez puesta de pie sobre un brasero? y cuyos brazos acaban en cabezas de lobo. Dicha figura queda rodeada de figuras de este animal y en torno a ella aparecen aves, posiblemente gallináceas. Esta figura de divinidad se ha interpretado como de carácter primordial, celeste e infernal al mismo tiempo, equivalente a un Hécate (Lillo 1983; Almagro-Gorbea e.p.). La topografía, la dificultad de acceso y la asociación cueva-agua-lobo-fuego (brasero), son elementos característicos de ritos de iniciación, lo que permite interpretar la funcionalidad de este curioso santuario de Sanchite (González-Alcalde y Chapa 1993; Almagro-Gorbea e.p.), cuya semejanza con la Cueva del Rey Moro de Meca resulta muy sugestiva.

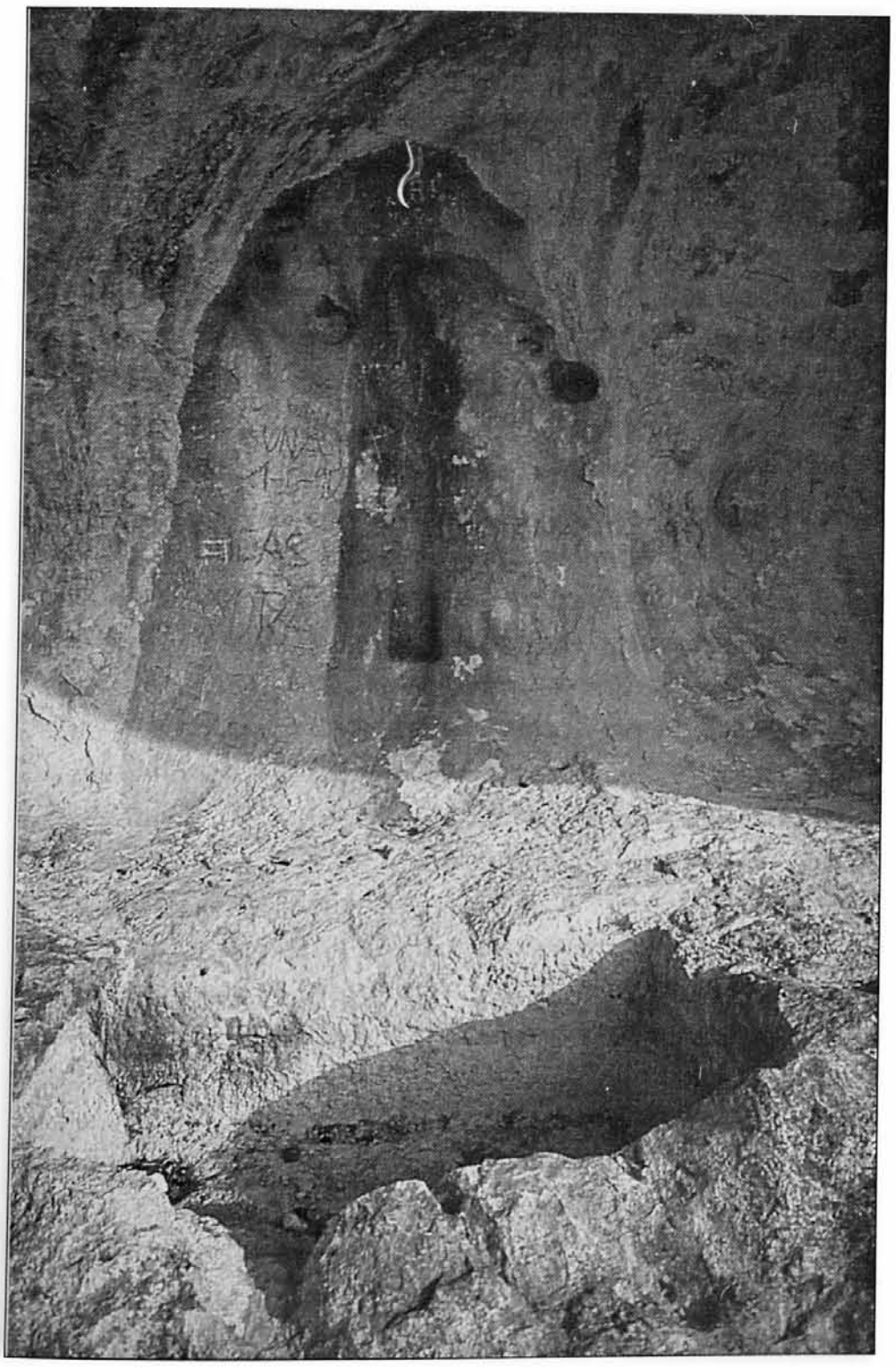


Fig. 6. Vista frontal del manantial con un entalle en la roca y de la cubeta cavada delante del mismo con el rebosadero en primer término.

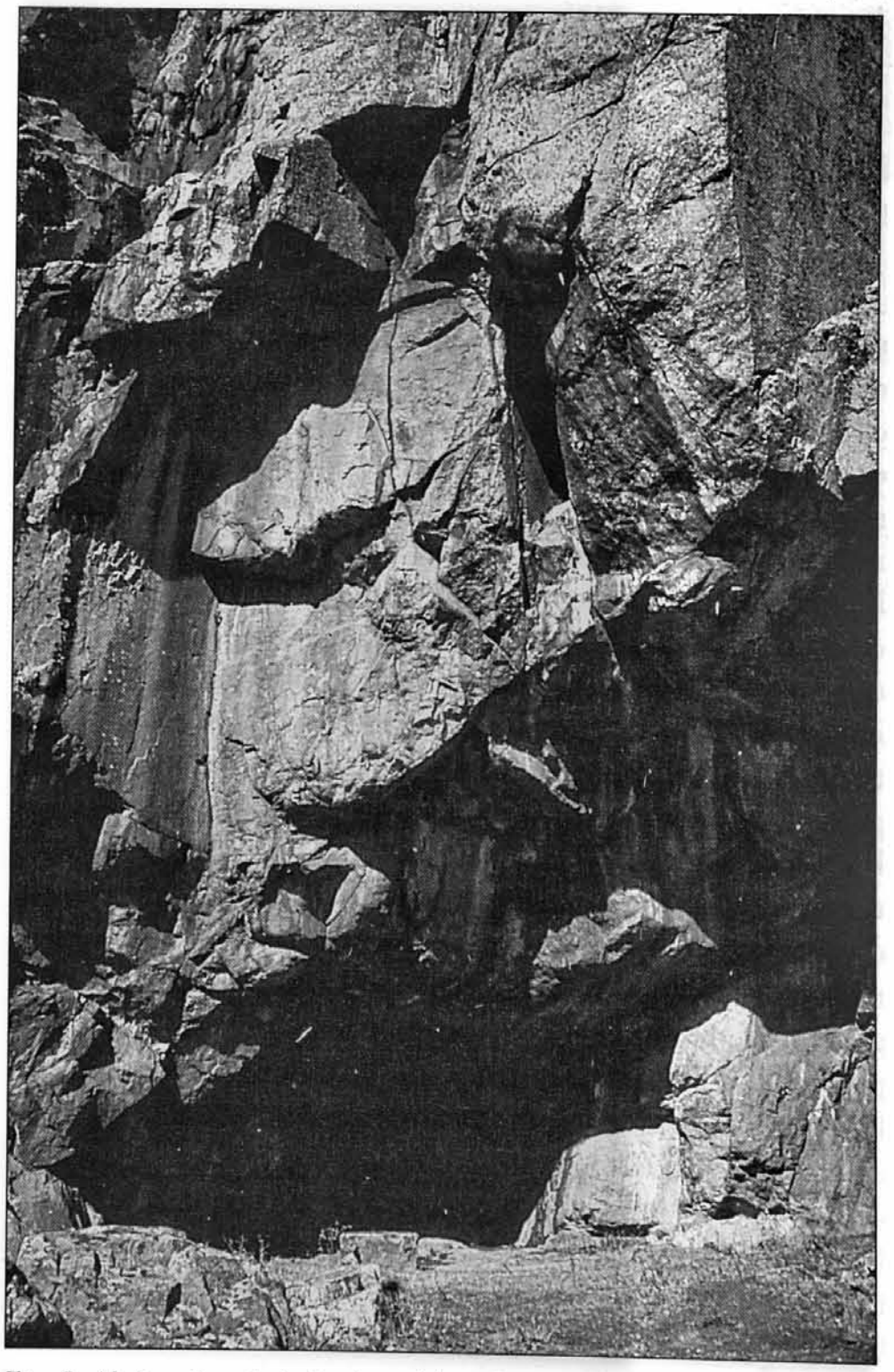


Fig. 8. Abrigo situado bajo el *oppidum* de Magacela (Badajoz).



Fig. 9. Abrigo del Peñón del Pez (Peñalsordo, Badajoz).

Por otra parte, también cabría valorar la situación topográfica del santuario, caracterizado por estar ubicado en un abrigo, lo que aumenta su verosímil asociación a ritos iniciáticos. Este hecho también permitiría relacionar la Cueva del Rey Moro de Meca con otros abrigos de posible carácter ritual recientemente valorados en la Cultura Ibérica, como los atestiguados por inscripciones «votivas» y muchos de ellos en lugares escarpados de difícil acceso generalmente relacionados con agua (Pérez-Ballester 1992), que se extienden principalmente desde Cataluña hasta el Sur de Valencia. Además, aunque la funcionalidad y significado de estos abrigos resultan aún muy imprecisos, alguno de ellos están asociados a poblaciones, como los de la Camareta, Hellín (González-Blanco et alii 1983; Pérez-Ballester 1992: 294). En este sentido, es interesante señalar otros poblados prerromanos asociados topográficamente a abrigos situados al pie de los mismos, en su falda o en la base del monte en que se asientan, y generalmente también orientados al ocaso. El mejor ejemplo pudiera ser el bien conocido santuario de la Cueva del Collado de los Jardines, Jaén, que, aparentemente, estaba relacionado con una fuente próxima y que queda situado bajo el cantil donde se levantaba la población (Nicolini 1969: 37, fig. 1, pl. 35-6). Este tipo de oquedades cársticas asociadas a poblados prerromanos se encuentra también en el Molón de Camporrobles, Valencia (De la Pinta et alii 1994), poblado que por su topografía, aunque de proporciones mucho más reducidas, es muy semejante al de Meca, lo que hace pensar

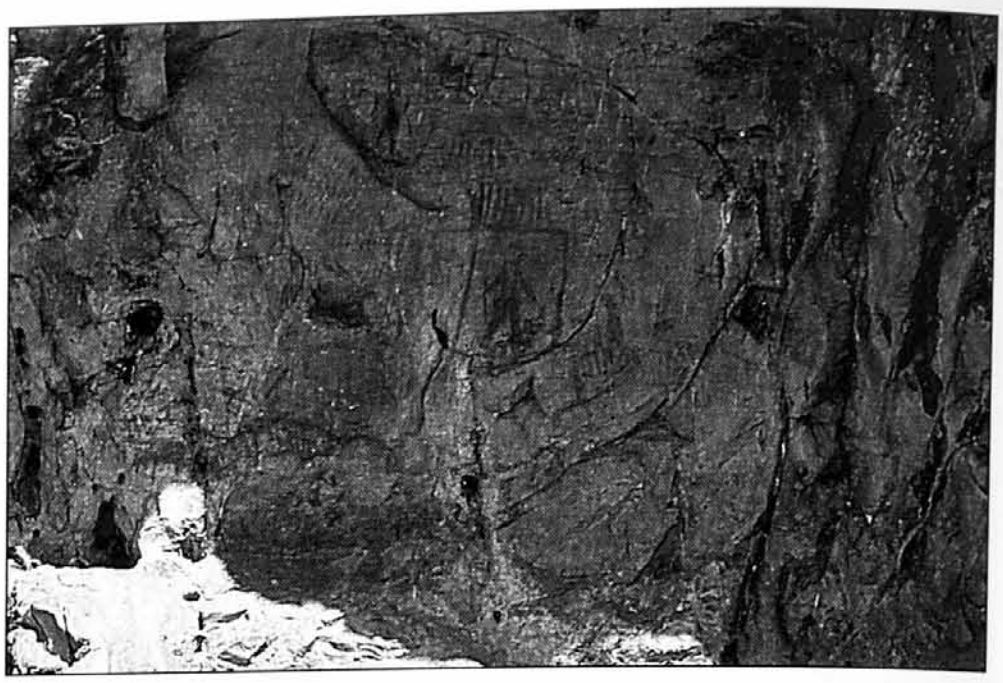


Fig. 10. Detalle de la figura humana en un recuadro del abrigo del Peñón del Pez (Peñalsordo, Badajoz).

en posibles influjos. Otros casos aducibles de abrigos de hipotética función ritual al pie de poblaciones podrían ser los de Magacela y el Peñon del Pez, ambos en Badajoz, dos *oppida* prácticamente inéditos construidos sobre destacados espolones cuarcíticos, como ocurre en el caso conocido del abrigo de Montfragüe, Torrejón el Rubio, Cáceres (Ribero de la Higuera 1975; Pérez-Ballester 1992: 297). En Magacela, en la parte baja occidental de la elevación de cuarcitas sobre la que se asienta el poblado, existe una pequeña cueva abierta al Suroeste que incluso está asociada a un pequeño manantial (fig. 8). Igualmente, bajo los farallones sobre los que se eleva el *oppidum* del Peñón del Pez, en Peñalsordo, existe un pequeño abrigo (fig. 9) con representaciones de arte rupestre de tipo «esquemático». Junto a éstas se advierte una figura humana dentro de un rectángulo, quizás interpretable como una divinidad en un naiskos orientalizante (fig. 10). En Montfragüe, la cueva se abre hacia el Occidente y sobre ella se han documentado restos de la Edad del Hierro (Pérez-Ballester 1992: 297). También una cueva se ha señalado al pie de Ulaca, Avila (Alvarez Sanchís, comunicación personal).

Estos casos y otros que cabría aducir permiten pensar que este tipo de posibles santuarios en abrigo relacionados con poblados, aunque de estructura muy simples, lo que hace que pasen fácilmente desapercibidos, pudieran ser más frecuentes de lo que las evidencias arqueológicas conservadas dejan advertir. Además, conviene recordar finalmente a este propósito las «pedras fermosas», ya que son construcciones semi-hipogeas excavadas en grandes canchos o en la tierra, relacionadas con fuentes y ubicadas a la entrada de los castros, seguramente por estar relacionadas con ritos iniciáticos (Str. 3,3,6) y, quizás, de lustración (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993), en los que tendrían una función ritual el agua, el fuego y estos antros subterráneos, dada la creencia de que el agua y, particularmente, las fuentes y manantiales eran un elemento de paso relacionado con el Más Allá, hecho perfectamente atestiguado en el mundo céltico (Almagro-Gorbea y Gran Aymerich 19921: 219 s.; Marco-Simón 1994: 363).

FUNCION Y PARALELOS.

Todos los elementos señalados apuntan hacia la idea de que el conjunto de Meca pudiera tal vez interpretarse co-

mo un santuario de entrada seguramente vinculado a ritos de paso, como ceremonias de iniciación o ritos de purificación o lustración, lo que explicaría su estrecha relación con el agua y el ocaso solar, aunque sea muy difícil esclarecer esta hipótesis dada la falta de hallazgos arqueológicos que permitieran documentar mejor la funcionalidad de este conjunto.

Desde esta perspectiva, cabría relacionar este santuario con los indicios de ritos iniciáticos guerreros documentados en la Península Ibérica, no sólo entre poblaciones célticas (Almagro-Gorbea y Alvarez-Sanchís 1993), sino también en el mundo ibérico, donde existieron ritos parecidos (Almagro-Gorbea e.p.), que se consideran documentados por cuevas con ofrendas que han sido repetidamente analizadas (Aparicio 1976; Gil-Mascarell 1975; González-Alcalde 1993 a; González-Alcalde 1993 b). Además, existen otros indicios de ritos iniciáticos en cueva, como en la Cueva del Puente, en Orduña, Burgos, donde a 300 m. de la entrada una inscripción alude a un *dux* que penetró con *X viri fortes*, esto es, con una decuria, mientras que a 400 m. otra inscripción alude al *dux* y a sólo *IX viri fortissimi* (Abásolo - Mayer, e.p.) lo que evidencia la desaparición de uno de los miembros durante el proceso de este aparente rito iniciático. También los calderos del Bronce Final Atlántico depositados en cuevas pueden considerarse testimonio de tales ritos (Almagro-Gorbea e.p. a), explicables por el significado del caldero en la mitología indoeuropea (Renard 1954; Harmand 1970: 122; Le Roux y Guyonvarc'h 1982: 103; Almagro-Gorbea y Gran Aymerich 1991: 221), en ocasiones asociados a cuevas como en el Monte Ida o en el Licaón (Gernet 1982; Dacosta 1991: 12 s.).

Este tipo de ritos en cueva ofrecen conocidos paralelos protohistóricos y en el mundo clásico, por proceder de una común tradición ancestral, por lo que resultan de gran interés para profundizar en la interpretación social e ideológica del mundo ibérico. Ritos semejantes, vinculados a fratrías de jóvenes guerreros, se atestiguan en diversos pueblos indoeuropeos y documentan la extensión de tales costumbre por amplias zonas de Europa desde fechas muy remotas, precisando la estrecha relación de las cuevas con los ritos de iniciación.

Cabría suponer, a modo de hipótesis, que esta función iniciática de las cuevas, como otros elementos míticos y rituales ancestrales que perduraron hasta el mundo clásico (Burkert 1981), se procediera de culturas paleolíticas, pues cabría intuir un carácter ritual iniciático en algunas cuevas con arte paleolítico, aunque actualmente sea prácticamente imposible determinar esta función.

En todo caso, cuevas vinculadas a ritos iniciáticos se documentan por el Mediterráneo y el Egeo seguramente ya desde el Neolítico. En la Península Ibérica se conocen, concentrados fundamentalmente al Norte de la provincia de Alicante una serie de pequeños abrigos, no muy profundos, situados en lugares a veces muy escarpados y en ocasiones bajo poblados del Bronce Pleno como el abrigo I de Tollos, Alicante, en cuyo interior aparecen pinturas con motivos del denominado arte macroesquemático (Hernández y C.E.C. 1982; C.E.C. 1994). Dichos motivos, situados en el centro de la pared o en la parte más significativa del abrigo, reproducen figuras humanas o antropomorfas a veces rodeadas por barras verticales y motivos geométricos como se ha documentado en los casos del abrigo II de La Sarga, en Alcoi (Beltrán-Martínez 1974), o en el abrigo V de Pla de Petracos, Castell de Castells (Aparicio 1980). Estos motivos igualmente se documentan en el arte mueble, como ocurre con los vasos hallados en la Cueva de l'Or, Beniarrés, Valencia o en la cueva de la Sarsa, en Bocairente, Valencia (C.E.C. 1994: 87 s.) e incluso en algunas «inscultu-ras» de la Edad del Hierro del país valenciano (Mesado y Viciano 1994). Dichos abrigos, fechados en el Neolítico Antiguo (1994: 90), se han interpretado como santuarios ligados a las primeras comunidades de agricultores y ganaderos, en los que las figuras representadas asumirían el papel de ídolos (1994: 77 s.) o serían, más bien, representación de la divinidad. En todo caso, la ubicación de este «ídolo» y su disposición con los brazos abiertos recuerda la de la «diosa de los lobos» de la Umbría de Salchite, dejando abierta la posibilidad de que pudieran ser considerados como un posible precedente.

Más seguras y conocidas son las evidencias en Creta a cultos en cueva desde época prepalacial (Faure 1964: 196), alguno de ellos claramente vinculados a rituales iniciáticos, como los de la cueva del Monte Ida, relacionados con fratrías y clases de edad (Faure 1964: 81 s.; Dacosta 1991: 12 s.), sede de la fratría de los Curetes como compañeros de Zeus niño (Jeanmarie 1939), lo que evidencia su carácter ancestral. De este modo se explica que estos ritos de iniciación a fratrías guerreras se asocien frecuentemente a cuevas y antros con fuego y agua. En este sentido, también es muy conocido el caso del Licaón, cueva situada en el alto del monte Licaón asociada a ancestrales ritos canibálicos y de licomancia (Gernet 1982; Burkert 1981: 74 s.). Otro ejemplo aducible sería una cueva-santuario dedicada a *Hermes* y *Herakles* bajo el santuario de Apolo *Karneios* en la isla de Thera, donde una fratría de jóvenes dorios dedicó un *'aleiptérion* a (Apolo) *Lykaios* (Hiller von Gaertringen 1904: 52, 114 s.; **IG** XII, 3, 398; supl. 1314). *Hermes* y *Herakles* son divinidades ctónicas asociadas a la formación de jóvenes en la palestra y a ritos de iniciación y Apolo *Lykaios* seguramente tuvo esa misma función en el paso a la efebía en fratrías originariamente guerreras (Jeanmarie 1939: 559 s.; Brelich 1969: 113 s.; Alföldi 1974: 96 s.; Burkert 1975; Gernet 1982: 201 s.; Ulf 1982: 137 s.; Costa 1982; Wathelet 1986: 285-297), cuando empezaba el duro entrenamiento militar dorio conservado entre los espartanos (MacDonwell 1986: 164).

También santuarios de función similar parecen haber existido en Atenas, aparentemente vinculados a Pan. Un santuario de Pan había en una cueva bajo la Acrópolis (Walter 1980: 46 s., f. 29-31) y cabe aducir otro caso en Maratón, donde, en la vertiente Norte de la acrópolis de Oivón, existía otra cueva próxima a una fuente también dedicada a Pan, de acceso angosto y con una serie de baños en su interior (Paus. 32,5,7); En ella han aparecido materiales desde el Neolítico hasta el siglo V a.C. (Daux 1958: 681 s.; id. 1959: 587 s.), lo que hace suponer que se trate de un santuario iniciático. También en la cueva zeríntica, en Samotracia, existían ritos de iniciación en los que se sa-

crificaba un perro a Hécate para purificar a los iniciados (Wilamowitx-Moellendorff 1973: 166). Igualmente, En este sentido, es interesante mencionar también los baños de Cirene, situados al SW. de la vía sacra bajo la terraza consagrada a Artemis (Chamoux, 1953: 316 s.). Su carácter religioso iniciático lo evidencia una inscripción del siglo IV a.C. (*SEG* IX, 72,14-17) que los denomina como *nympheion* y que prescribe la purificación de las jóvenes, lo que evidencia su relación con ritos de iniciación.

De este modo se comprende que la forma de *tholos* de los baños griegos (Ginouvés 1962: 138 s. y 190 s., f. 157 s.) derivase de su carácter ritual y su posible origen en cuevas, hecho patente en los casos citados de Thera, Cirene o Maratón, lo que explica el origen y función, real y simbólica, del *laconicum* de las termas romanas (Delorme 1949; Kretschmer 1961; Rebuffat 1991) y de las «saunas» castreñas (Almagro-Gorbea y Alvarez 1991), pues responde a concepciones ideológicas ctónicas como *Kósmos* o *Mundus* (Pfuhl 1905: 366; Almagro-Gorbea y Gran Aymerich 1991: 224), tal vez por proceder de cavernas vinculadas a ritos iniciáticos, ya que estas prácticas pudieron tener su origen en fuentes termales sulfurosas (Moltó 1992) y en cuevas naturales (Vitr. 2,6,2), ambiente imitado en «saunas» y *laconica* como escenario de paso al Más Allá de acuerdo con la ideología indoeuropea.

También en Italia se documenta la estrecha relación de cuevas y ritos de iniciación. Los *lupercales* de Roma (Alföldi 1974: 86 s.; Ulf 1982) representan una tradición ancestral de ritos iniciáticos a fratrías guerreras asociada a una fuente y una cueva, el *Lupercal*. Esta cueva estaba situada justo bajo la pendiente occidental del Palatino, principal núcleo originario de la ciudad de Roma. Dicha cueva se consideraba de carácter cósmico y ctónico por ser entrada al Más Allá, lo que explica su relación con fratrías guerreras asociadas al lobo, los *luperci* o *lupercales* (Binder 1964: 111; Blázquez 1977: 143 s.). Igualmente, los *Hirpi Sorani* (Verg. *Aen.* 11,785-788; Serv. *Ad Aen.* 11,785; Plinio *N.H.* 7,19), otra fratría iniciática que bailaba sobre brasas siguiendo un rito relacionable con el fuego (Otto 1913), tenían por sede una cueva con aguas sulfúreas (Serv. *Ad Aen.* 7, 563 s.) considerada acceso al Más Allá, siendo esta asociación lobo-cueva-fuego comparable a los citados ritos de iniciación dorios, a los ritos de las saunas lusitanas y al rito que parece evidenciarse en la Cueva de la Umbría de Salchite. Otro antro relacionado con ritos iniciáticos era el *Tarentum*, santuario de las divinidades gentilicias de los *Valerii*, situado fuera del *pomerium* en el *Campus Martis* (Coarelli 1968), con un altar enterrado dedicado a divinidades ctónicas, *Ditis* y *Proserpina*, a las que alude la inscripción arcaica de Satricum que documenta un sodalicio guerrero asociado a Marte (Versnel. 1980: 108 s.; Coarelli 1984: 62).

Todos estos santuarios relacionados con ritos de iniciación cabe considerarlos de función semejante al santuario de Salchite y, presumiblemente, al de Meca y otros casos identificables del mundo ibérico, aunque en estos casos se trate de abrigos en vez de cuevas. Pero dichos ritos, al menos en el caso de Meca, deben interpretarse como perduración de tradiciones ancestrales de clases de edad originarias de fratrías de guerreros-pastores de la Edad del Bronce. Como evidencia la tradición de los *lupercales* en Roma o de la *filé* doria documentada en Thera, estos ritos perduraron y pasaron al mundo urbano, pero ya descontextualizados de su función al haber perdido parcialmente su sentido originario (Alföldi 1974: 114 s.), aunque mantendrían su significado de purificación guerrera y de iniciación a la *iuventus*. Este es el hecho que explica que, generalmente, tales santuarios quedaran a la entrada de la población y, quizás incluso, separados de la zona estrictamente urbana, ubicación topográfica a la entrada de la población que es característica de los ritos de purificación guerrera e iniciación, como documenta en Roma el *Tigillum Sororium* (Dumézil 1977: 528; Coarelli 1983: 116).

Si tanto en los *laconica* dorios originales, como en el *Lupercal*, en los ritos de los *Hirpi Sorani*, etc., existe una clara asociación al agua, en Roma, baños colectivos por clases de edad también revelan una tradición ancestral preurbana de baños iniciáticos entre *iuvenes* y *humiliores* asociada al culto a *Fortuna Balnearis* (Champeaux 1982: 375 s., 405 s.; Torelli 1984: 82 s.), divinidad relacionada con baños iniciáticos por su vinculación al agua y a ritos de paso. Ritos comparables debieron existir también entre los Celtas, como evidencian las «saunas» castreñas o el triple baño de *Cüchulainn* (Dumézil, 1989: 79) tras su combate iniciático, que explica la función de las «saunas» castreñas (*vid. supra*). Este hecho explicaría la asociación a un manantial y a cubetas para agua en los santuarios de Salchite y Meca, así como, muy probablemente, la estrecha relación con una divinidad primordial, la cual, con el paso del tiempo, pudo acabar adquiriendo carácter urbano al convertirse en la divinidad poliádica de la población (Almagro-Gorbea y Moneo, e.p.).

Por consiguiente, baños iniciáticos asociados a agua hirviente, a fuego, a cuevas y, muchas veces al lobo (Almagro-Gorbea e.p.) se deben relacionar con los documentados por gran parte de Europa, muy a menudo relacionados con fratrías guerreras pregentilicias. Estas prácticas serían frecuentes en sociedades indoeuropeas preurbanas, aunque tenderían a abandonarse en sociedades gentilicias y urbanas. Sin embargo, en algunos casos debieron perdurar parcialmente, como ocurrió en los ejemplos aducidos de Grecia y Roma, pues tales ritos fueron perdiendo su sentido al estar asociados a clases de edad y a una organización social ancestral opuesta a la sociedad aristocrática gentilicia.

Este contexto ideológico y social permite descubrir en la Cultura Ibérica un posible proceso ideológico de gran interés semejante al señalado, para cuya comprensión es esencial la interpretación de estos santuarios de tipo Salchite-Meca. Sus características y su contexto evidencian ritos iniciáticos originarios de cofradías guerreras de la sociedad ibérica ancestral, característicos de una sociedad de clases de edad propia de la Edad del Bronce (Almagro-Gorbea e.p.). A esta fase de la sociedad ibérica incluso pudiera aludir la referencia a los *curetes* de Justino (++.+). Dicho pasaje de este interesante mito tartésico, a veces puesto en duda (García Moreno 1979: 130; **contra**, Bermejo 1982 y Almagro-Gorbea 1983: 221), cabe interpretarlo co-

mo referencia a la existencia en Tartesssos de fratrías de jóvenes guerreros, esto es, de fratrías iniciáticas guerreras que vivían al margen de la sociedad (Jeanmarie 1939) y que según dicho relato mítico habrían sido los primeros habitantes del *saltus Tartessorum*. Esta idea expresa una oposición naturaleza/ciudad, ya que se refiere a tiempos anteriores al reinado de Habis y a su labor de imponer la ley y el orden en Tartessos (Bermejo 1982: 73).

Por tanto, este pasaje mítico y los ritos correspondientes pertenecen a un substrato muy primitivo del mundo ibérico, de raiz lógicamente anterior a las monarquías sacras orientalizantes y a las primeras organizaciones urbanas gentilicias que caracterizan la fase inicial de la Cultura Ibérica (Almagro-Gorbea 1992). Pero, como en otros ámbitos mediterráneos (*vid. supra*), tales ritos debieron perdurar adaptándose al proceso evolutivo de la social ibérica, llegando a perdurar como ritos urbanos (Gernet 1982; Torelli 1990). Aunque el contexto del santuario de Salchite se desconoce, el de Meca puede considerarse de tipo urbano, por lo que sus ritos iniciáticos serían un ejemplo de pervivencia de estos ritos hasta una cultura plenamente urbana, siendo testimonio de una larga evolución socio-ideológica.

La misma evolución se refleja parcialmente en otros lugares, como *Illici* o *Saguntum*, donde la documentación arqueológica permite comprender la evolución posterior a estas fases ancestrales preurbanas, que dió lugar a una monarquía de tipo sacro orientalizante y, posteriormente, a cultos gentilicios que acabaron transformándose en cultos urbanos a partir del siglo III a.C., cuando se generaliza la cerámica con iconografía alusiva a la divinidad alada de Elche y a sus símbolos (Menéndez 1988; Ramos 1991), cuya iconografía cerámica quizás aluda a estos ritos ya enmarcados en un ambiente urbano en el que pudieron revitalizarse estos ancestrales ritos iniciáticos de la *iuventus*.

Otro caso de pervivencia de estos ritos parece ser el de *Saguntum*, donde la existencia de estas fratrías se atestigua por un *collegium saliorum* bien conocido pero sólo recientemente valorado por Pérez Vilatela (1992: 63 s.), atestiguado por 7 epígrafes de Sagunto (Beltrán 1980) que se han relacionado con Liber Pater (Pérez-Vilatela 1992). Aunque se le ha supuesto un origen romano (Martínez Pinna 1981: 131; Vázquez Hoys 1981: 44), no parece posible que en época tardorrepublicana se extendiera un culto ancestral y anacrónico a penas comprensible para los romanos de esa época (Pérez Vilatela 1992: 64). Por lo tanto, resulta más lógico interpretarlo como prueba de la existencia en Sagunto, como en Tartessos y en otros lugares de la Hispania prerromana, de cofradía guerreras que los romanos asimilaron a los salios de Roma, al menos en Sagunto, el único caso documentado con seguridad (Almagro-Gorbea e.p.).

En conclusión, el abrigo de la «Cueva del Rey Moro» situado a la entrada de la ciudad ibérica de Meca, resulta muy similar por sus características al santuario de la Umbría de Salchite. Este tipo de santuarios parece documentar y ayuda a comprender en la Cultura Ibérica la existencia de ritos iniciáticos de la *iuventus* guerrera, seguramente asociados a una divinidad femenina primordial, celeste y ctónica al mismo tiempo, que acabaría convirtiéndose en una divinidad poliádica, al menos en casos como el de Meca asociados a una ciudad. Dichos ritos iniciáticos deben considerarse procedentes de un sustrato ideológico muy antiguo, que teóricamente remontaría al menos a la Edad del Bronce, y que, por lo tanto, debe considerarse anterior al origen de la Cultura Ibérica. Pero, como en otras culturas mediterráneas, tales creencias debieron perdurar hasta un momento tardío, ya plenamente urbano, hecho en el que radica su gran interés.

BIBLIOGRAFIA

ABASOLO, J.A. Y MAYER, M. (e.p.). La Cueva del Puente, Orduña (Burgos). *Saxa scripta. Simposio Internacional sobre epigrafía rupestre prerromana y romana de España, Portugal e Italia. Santiago de Compostela, 1992* (en prensa).

ALFÖLDI, A. (1974): *Die Struktur der vorrömischen Römerstaates*. Heidelberg.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1986): Bronce Final y Edad del Hierro. *Historia de España* I. Prehistoria. Madrid: 341-532.

ALMAGRO-GORBEA, M. (1992): Las necrópolis en su contexto mediterráneo. *Congreso de Arqueología Ibérica: las necrópolis*. Madrid, 1991: 37-75.

ALMAGRO-GORBEA, M. (e.p.): Lobo y ritos iniciáticos en el mundo ibérico. *Coloquio Internacional sobre «Iconografía ibérica e iconografía itálica: propuesta de interpretación y lectura»*. Roma 1993. (en prensa).

ALMAGRO-GORBEA, M. (e.p. a): Sacred places and cults of the Late Bronze Age tradition in Celtic Hispania. *Archäologische Forschungen zum Kulgeschehen in der Jüngeren Bronzezeit und frühen Eissenzeit Alteuropas. Regensburg, 1993*. (en prensa).

ALMAGRO GORBEA, M. Y ALVAREZ SANCHIS, J. (1993): La «sauna» de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico. *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 1: 177-253.

ALMAGRO-GORBEA, M. Y DAVILA, A. (e.p.): El tamaño de los *oppida* en la Hispania «Céltica». *Complutum* 6, 1995 (en prensa).

ALMAGRO GORBEA, M. Y GRAN AYMERICH, J. (1991): *El Estanque Monumental de Bibracte (Complutum Extra 1)*. Madrid.

ALMAGRO-GORBEA, M. Y MONEO, T. (e.p.): *Santuarios urbanos en el mundo ibérico* (en prensa).

APARICIO, J. (1976): El culto en cuevas en la Región Valenciana. *Homenaje a García Bellido* I. Madrid: 9-30.

APARICIO, J. (1980): El primer arte valenciano. Nuevos hallazgos (1977-1980). *Archivo de Arte Valenciano*: 98-100.

BELTRAN MARTINEZ, A. (1974): Las pinturas rupestres prehistóricas de La Sarga (Alcoy), El Salt (Penáguila) y El Calvari (Bocairente). *S.I.P.* 47.

BERMEJO, J. (Ed.) (1982): *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*. Madrid.

BINDER, G. (1964): Die Aussetzung des Königskindes Kyros und Romulus. *Beiträge zur klassische Philologie* 10. Meisenheim.

BLANQUEZ, J. (1990): *La formación del mundo ibérico en el Sureste de la Meseta. (Estudio arqueológico de las necrópolis de la provincia de Albacete)*. Albacete.

BLAZQUEZ, J.M. (1977): *Imagen y mito. Estudios sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Cristiandad. Madrid.

BRELICH, A. (1969): *Paides e parthenoi*. Roma.

BRONCANO, S. (1986): El Castellar de Meca (Ayora, Valencia). *E.A.E.* 147.

BRONCANO, S. Y ALFARO, M.M. (1990): Los caminos de ruedas de la ciudad ibérica de «El Castellar de Meca» (Ayora, Valencia). *E.A.E.* 162.

BURKERT, W. (1975): Apellaia und Apollon. *Rheinisches Mitteilungen* 118: 1-21.

BURKERT, W. (1981): *Homo necans* (Trad.) Torino.

C.E.C. [Centre d'Estudis Contestans] (1994): *L'art macroesquemátic. L'albor d'una nova cultura*. Cocentaina.

CHAMPEAUX, F. (1982): *Fortuna. Recherches sur le culte de la Fortune à Rome et dans le mond romain des origines à la mort de César*. Rome.

COARELLI, F. (1968): Navalia, Tarentum e la topografia del Campo Marzio meridionale. *Quaderni dell'Istituto di Topografia della Università di Roma* 5: 27-37.

COARELLI, F. (1983): *Il Foro romano* I. Roma.

COARELLI, F. (1984): *Roma sepolta*. Roma.

COSTA, G. (1982). Hermes dio delle iniziacioni. *Civiltá classica e cristiana* 3: 277-295.

DACOSTA, Y. 1991. *Initiations et sociétés secrètes dans l'antiquité gréco-romaine*. Paris.
DAUX, G. (1958): Chronique des fouilles et découvertes archéologiques en Grèce en 1957: Attique. Egine. Mégaride. *Bulletin de Correspondance Hellénique* LXXXII: 671-692.
DAUX, G. (1959): Chronique des fouilles et découvertes archéologiques en Grèce en 1958: Attique. *Bulletin de Correspondance Hellénique* LXXXIII, 2: 582-603.
DE LA PINTA, J.L.; ROVIRA, J. Y GOMEZ, R.: *Yacimientos arqueológicos de Camporrobles (Plana de Utiel, Valencia) y áreas cercanas: una zona de contacto entre la Meseta y las áreas costeras*. Excmo Ayuntamiento de Camporrobles.
DELORME, J. (1949): Etude architecturale sur Vitruve, V, 11, 2. *Bulletin de Correspondance Hellenique* 73: 407-413.
DUMEZIL, G. (1977): *La religione romane arcaica*. Roma.
DUMEZIL, G. (1989): *Escitas y Osetas*. Mexico.
FAURE, P. (1964): *Fonctions des cavernes crétoises (Ecole Française d'Athènes 14)*. Paris.
GERNET, L. (1982): *Anthropologie de la Grèce antique*. 2 ed. Paris.
GIL MASCARELL, M. (1975): Sobre las cuevas ibéricas del País Valenciano. Materiales y problemas. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia* 11: 281-333.
GINOUVES, R. (1962): *Balaneutikè. Recherches sur le bain dans l'antiquité grecque*. Editions E. de Boccard. Paris.
GONZALEZ ALCALDE, J. (1993): *Las Cuevas Santuario Ibéricas en Levante*. Tesis de Licenciatura. Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense. Madrid.
GONZALEZ ALCALDE, J. (1993): Las cuevas santuario ibéricas en el País Valenciano. Un ensayo de interpretación. *Verdolay* 5: 67-78.
GONZALEZ ALCADE, J. Y CHAPA, T. 1993. «Meterse en la boca del lobo». Una aproximación a la figura del «carnassier» en la religión ibérica. *Complutum* 4: 169-174.
GONZALEZ BLANCO; A.; LILLO CARPIO, P.; SELVA INIESTA, A.; JIMENEZ FRUCTUOSO, J.; CARMONA GONZALEZ, A. Y PASCUAL MARTINEZ, L. (1983): La cueva de «La Camareta», refugio ibérico, ermitorio cristiano y rincón misterioso para los árabes y foráneos hasta el día de hoy. Sus grafitos. *XVI C.N.A.*, Murcia-Cartagena 1982. Zaragoza 1983: 1023-1040.
HARMAND, J. (1970): *Les Celtes au Second Age du Fer*. Paris.
HERNANDEZ PEREZ Y C.E.C. (1982): Consideraciones sobre un nuevo tipo de arte rupestre prehistórico. *Ars Praehistorica* 1: 179-187.
HERNANDEZ PEREZ, M.; FERRER, P. Y CATALA, E. (1988): *Arte rupestre en Alicante*. Alicante.
HERNANDEZ PEREZ, M.; FERRER, P.; CATALA, E. y C.E.C. (1994): *L'Art Macroesquemàtic. L'albor d'una nova cultura*. Exposició organitzada pel Centre d'Etudis Contestans y el M.I. Ajuntament de Cocentaina. 1994.
HILLER VON GAERTRINGEN, F.F. (1904): *Stadtgeschichte von Thera III*. Berlin.
JEANMARIE, H. (1939): *Couroi et Couretes. Essai sur l'éducation spartiate et sur les rites d'adolescence dans l'Antiquité hellénique*. Lille.
KRETSCHMER, K. (1961): Die Enwickulgsgeschichte des antiken Bades und das Bad auf dem Magdalensberg. *Carinthia* 151: 253-276.
LILLO CARPIO, P.A. (1983): Una aportación al estudio de la religión ibérica: la diosa de los lobos de la Umbría de Salchite (Moratalla, Murcia). *XVI C.N.A.*, Murcia-Cartagena 1982. Zaragoza 1983: 769-787.
MARCO SIMON, F. (1994): La religión indígena en la Hispania indoeuropea. *Historia de las religiones de la Europa Antigua*. Madrid: 313-400.
McDONWELL, D.M. (1986): *Spartan Law*. Edimbourgh.
MENENDEZ, M. (1988): *La cerámica ibérica de estilo Elche-Archena. (Colección Tesis Doctorales de la Universidad Complutense 332/1988)*. Madrid.
MESADO, N. Y VICIANO, J.I. (1994): Petroglifos en el septentrión del País Valenciano. Archivo de Prehistoria Levantina XXI: 187-276.
MOLTO, L. (1992): Aguas minero-medicinales en los yacimientos termales de Hispania. *Les eaux thermales et les cultes des eaux en Gaule et dans les Provinces voisines. Caesarodunum 26*: 117-132.
NICOLINI, G. (1969): *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*. Paris.
OTTO, W.F. (1913): Hirpi Sorani. *Paulys Real-Encyclopädie der Klassisches Altertumwissenschaft*. 8: 1934-1935.
PEREZ BALLESTER, J.M. (1992): El abrigo de Reiná (Alcalá del Júcar). Ensayo sobre un nuevo modelo de lugar de culto en época ibérica. *Homenaje a E. Pla Ballester*. Valencia: 289-300.
PEREZ VILATELA, L. (1992). Epifanía de Liber Pater en Montaña Frontera. *Epoca ibérica. Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana* (2ª época) 53, nº 70: 45-82.
PEREZ VILATELA, L. (1993). El disco pectoral lobuno del busto fragmentario de La Alcudia de Elche: Paralelos e interpretación. *Pobla. Elche* 15: 1-10.
PFUHL, E. (1905): Zur Geschichte der Kurvenbaus. *Mitteilungen des Deutschen Archäologischen Instituts Athenische Abteilung* 30: 331-374.
RAMOS FERNANDEZ, R. (1991): *Simbología de la cerámica ibérica de La Alcudia de Elche*. Elche.
REBUFFAT, R. (1991): Vocabulaire thermal. Documents sur le bain romain. *Les thermes romaines. Actes de la table ronde organisée par l'Ecole Française de Rome*. Rome: 1-32.
RENARD, M. (1954): Du chaudron de Gundestrup aux mythes classiques. *Latomus* 13: 384-389.
RIBERO DE LA HIGUERA, M.C. (1975): La inscripción ibérica de Montfragüe (Torrejón el Rubio, Cáceres). *XIII C.N.A.*, Huelva 1973. Zaragoza 1975: 687-692.
LE ROUX, F. Y GUYONVARC'H, CH.J. (1982): *La civilisation celtique (Celticum 24)*. (2 ed 1990). Rennes.
TORELLI, M. (1984): *Lavinio e Roma. Riti iniciatici e matriminio tra Archeologia e Storia*. Roma.
TORELLI, M. (1990): Riti di pasagio maschili di Roma arcaica. *Mélanges de l'Ecole Française de Rome* 10 2-1: 93-106. Ulf, Chr. (1982): *Das römische Lupercalienfest*. Darmstadt.
VERSNEL, H.S. (1980): Historical implications. C.M. Stibbe et alii (Eds.) *Lapis Satricanus. Archeologische Studiën van het Nederlands Institutte Rome. Scripta Minova* 5: 95-127.
WALTER, H. (1980): *Pans Wiederkehr*. München.
WATHELET, P. (1986): Homére, Lykaon et le rituel du mont Lycée. *Les rites d'initiation. Actes du Colloque Liège-Louvain 1984*. Louvain 1986.
WILAMOWITX-MOELLENDORFF, U. VON, (1973): *Der Glaube der Hellen* (reed.). Darmstadt.

EL DEPARTAMENTO B DE LA LOMA DEL ESCORIAL (LOS NIETOS, CARTAGENA)

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 259 - 269

Carlos García Cano
MUSEO ARQUEOLOGICO MUNICIPAL DE CARTAGENA

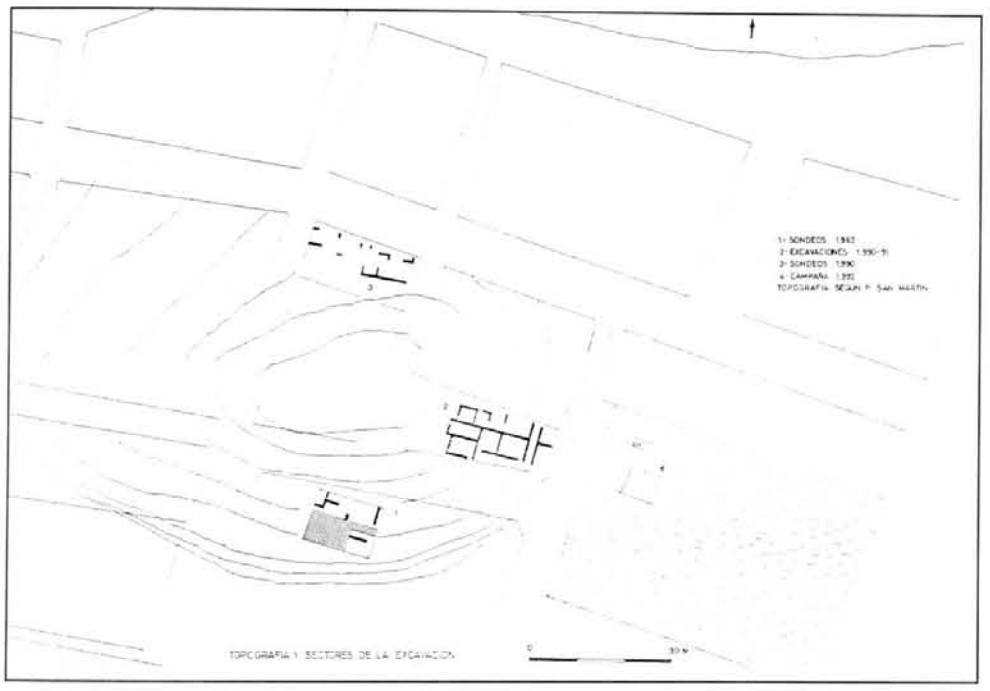


Fig. 1: Topografía y sectores de la excavación



Lámina 1: Vista general del departamento B en proceso de excavación: urna de plomo, vaso con baquetones (n.º 194) y pátera de cerámica ibérica lisa (n.º 187)

El poblado ibérico de Los Nietos se encuentra junto a la orilla Meridional del Mar Menor, en la margen izquierda de la desembocadura de la rambla Carrasquilla. Es conocido a partir de las publicaciones de San Martín, Schubart y Diehl como La Loma del Escorial, aunque en la actualidad este paraje es más conocido como La Lengua de la Vaca, topónimo que hace referencia al delta existente en la desembocadura de la rambla Carrasquilla. Este poblado se encuentra en una pequeña elevación de unos cinco metros de altitud máxima, al Este de la citada localidad cartagenera, en gran parte cubierto por construcciones modernas de carácter veraniego. En realidad esta pequeña elevación está constituida por la acumulación del sedimento arqueológico que ha formado un pequeño «tell» artificial (fig.1).

Desde 1990 hemos desarrollado cuatro campañas de excavación, la primera de ellas con carácter de urgencia al ser promovida la construcción de un edificio en la parte central del poblado; en estas actuaciones nos ha sido posible identificar por el momento tres grandes fases sucesivas, que se pueden fechar entre el s. V a.C. y finales del s. III o quizás los primeros años del s. II a.C. De estas tres fases la que mejor conocemos es la intermedia, pues la fase inicial apenas ha podido ser estudiada en un pequeño sondeo, mientras la fase final al ser la más superficial y haber estado expuesta a un largo proceso de abandono nos ha llegado en peores condiciones de conservación. No es este el caso de la Fase II que cuenta con un espléndido estado de conservación con muros cuyos alzados en algunos casos alcanzan el metro y medio de altura. En el sector I del yacimiento ha podido definirse una amplia extensión del entramado urbano con ocho departamentos de planta cuadrangular y dos calles con ejes perpendiculares. Estos departamentos son abandonados todos ellos en la primera mitad del s. IV a.C. quedando en el interior de algunos numerosas piezas completas aplastadas contra el pavimento, así como algunas evidencias de fuego que podría indicar

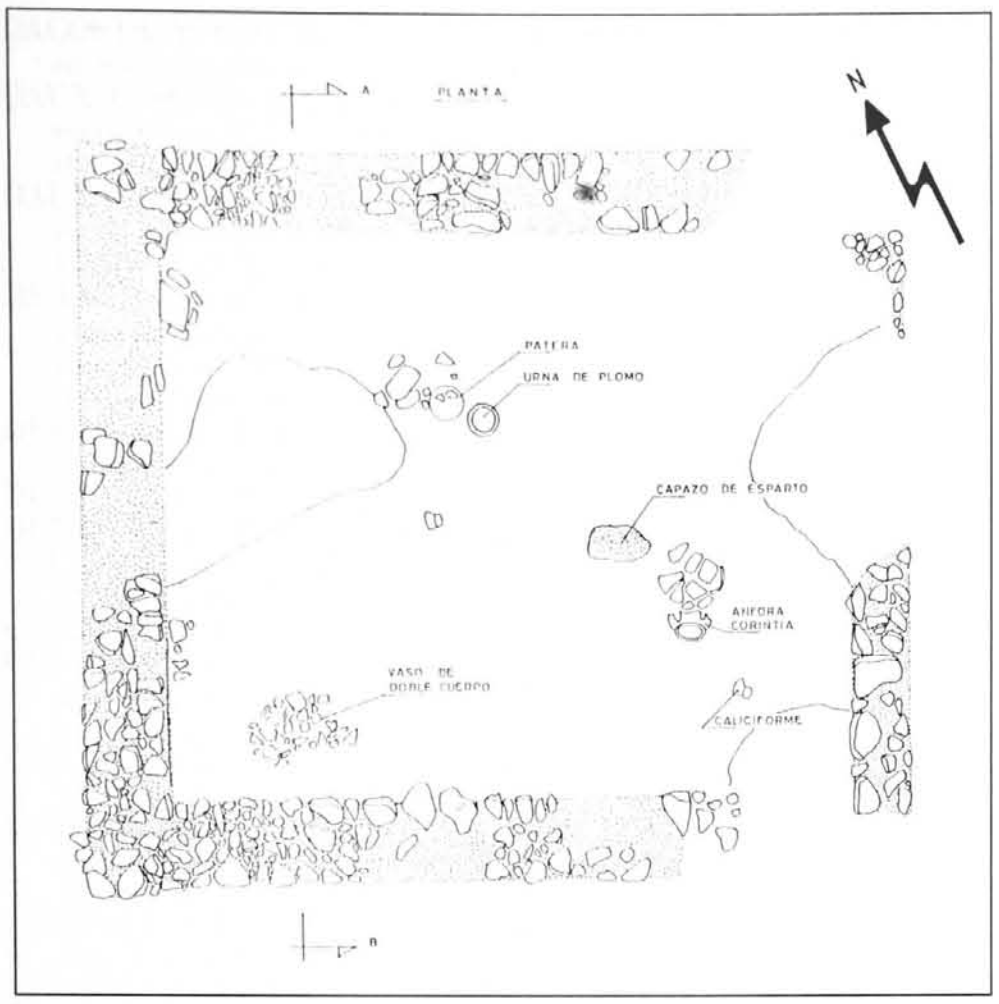


Fig. 2: Habitación B, planta y sección

una destrucción. En el presente trabajo damos a conocer el contenido del Departamento B, muy ilustrativo de los contextos cerámicos de la llamada Fase II de este poblado. La excavación se desarrolló durante el mes de junio de 1990, y fue posible gracias a C.Pérez Moñino, J.M. Pérez Puche, E. Ruiz Valderas, L. Suárez Escribano y J.López Amorós, a quienes debo agradecer el gran esfuezo que realizaron.

EL DEPARTAMENTO B. CARACTERISTICAS CONSTRUCTIVAS Y ESTRATIGRAFIA

Se encuentra en la parte central del área excavada en el Sector I del yacimiento; está delimitada por la Calle 2 por su lado Oriental, y por la llamada Calle 1 por la Meridional desde la cual se abre el único acceso que ha podido ser detectado; la anchura exacta del acceso no ha podido precisarse al estar roto el muro en esta parte. Por el Oeste limita mediante un muro medianero con el departamento A, el cual también tiene su acceso por la «Calle 1»; en este departamento fueron hallados, entre otros materiales, ocho cráteras áticas de figuras rojas, ánforas griegas y púnicas que han sido objeto de otros trabajos (C. G.ª Cano y J. M. G.ª Cano 1992; C. G.ª Cano e.p.).

El departamento B tiene forma rectangular, con una longitud de 5,30 m. de Este a Oeste por una anchura de 4,30 m. de Norte a Sur lo que da una superficie de 22,79 m². El alzado medio conservado es de 0,80 m., excepto en el muro oriental que sólo alcanza 0,25 m. al haber quedado afectado por un profundo foso realizado en la Fase final del yacimiento (fig.2). La técnica constructiva es la típica de la cultura ibérica a base de sucesivas hiladas de piedras de tamaño regular, que dejan numerosos huecos entre sí que son rellenados con ripios y abundante barro lo que proporciona cierta fragilidad a la construcción y produce rotos en algunos sectores donde los muros se desmoronan desde la base. El material más empleado es la piedra caliza muy abundante en todo el entorno inmediato del poblado y especialmente en el área de la necrópolis localizada a unos 700 m. hacia el Oeste. El resto del alzado estaba realizado con adobes, los cuales al deshacerse han formado una espesa capa arcillosa; el pavimento, hallado a la cota 2,15 m. s.n.m., está formado por una capita gris a base de arena, conchas trituradas y un chinarrillo muy fino que cubrían a una capa uniforme de yeso, similar al observado en otros departamentos excavados.

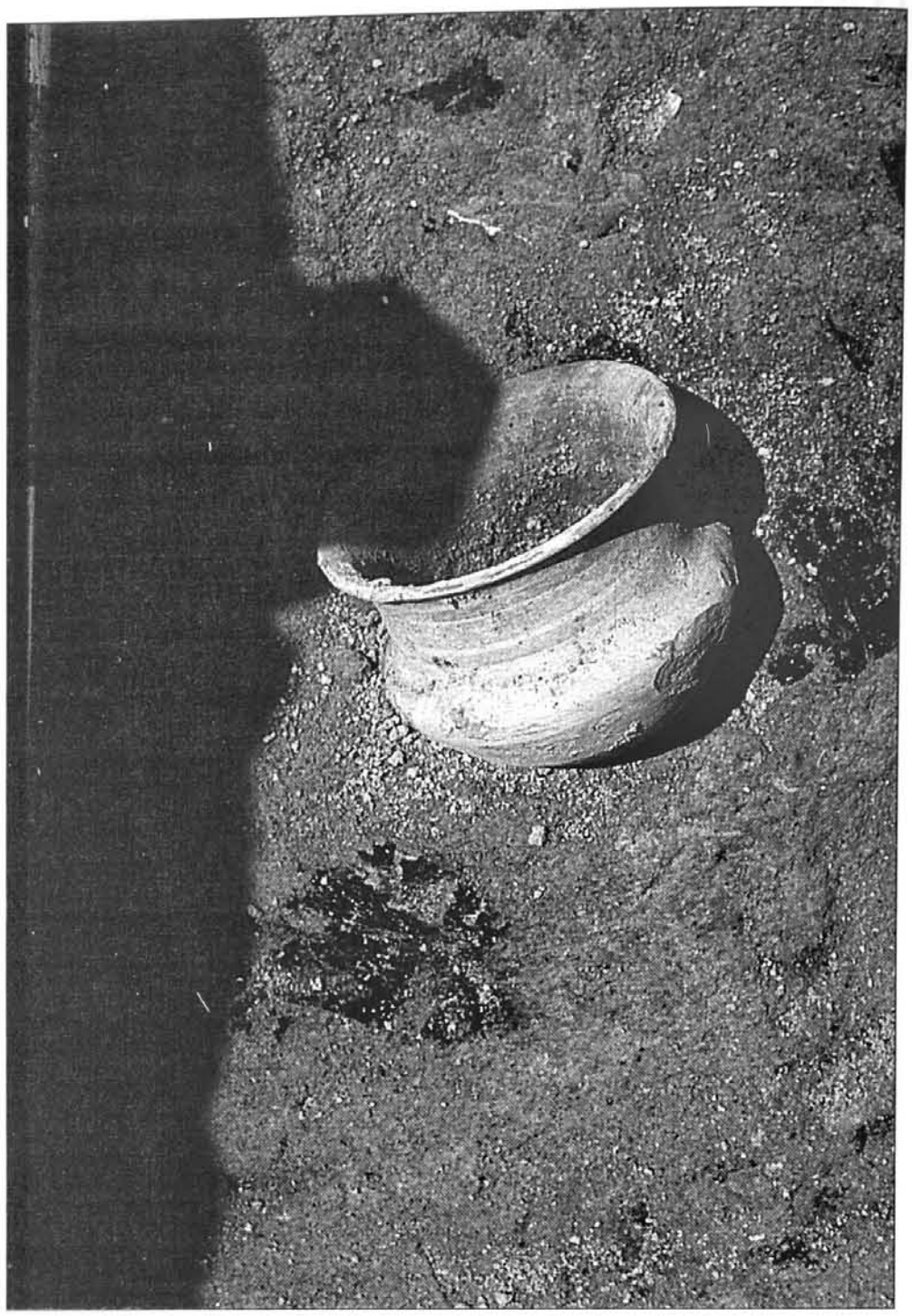


Lámina 2: Vaso caliciforme (n.º 189).

El sedimento excavado en el interior de este departamento corresponde a los materiales que formaban parte del alzado de los muros y del techo, que al derrumbarse lo han colmatado, aplastando los enseres que quedaban en su interior contra el pavimento. En la excavación han podido in-



Lámina 3: Vaso de doble cuerpo (n.º 193).

dividualizarse diferentes unidades estratigráficas cuyos componentes permiten establecer su procedencia. Sobre el pavimento (U.E 6110) localizamos un estrato heterogéneo (U.E 6108) caracterizado por tierra rojiza suelta con cenizas y carbones relativamente abundantes y con diferentes concentraciones dentro del estrato; también aparecen algunos fragmentos de lajas de pizarra violácea y adobes ligeros con improntas vegetales de troncos, de una piña y de hojas de palmito; todo ello creemos que corresponden a los materiales que formaban la cubierta del departamento, la primera en caer sobre el suelo chafando los objetos en el lugar que ocupaban en ese momento: un vaso ibérico con baquetones en el ángulo Noroeste, un vaso de doble cuerpo junto al ángulo Suroeste, un ánfora probablemente corintia, un capazo de esparto y un fondo completo de una pátera ática de barniz negro próximos a la entrada; un plato de cerámica ibérica, un vaso de plomo y otro vasito caliciforme en la parte central.

Sobre este estrato se documentó una capa rojiza muy suelta con sectores donde existía una mayor concentración de piedras procedentes de partes de muro desmoronados en su base. En este estrato también hallamos materiales arqueológicos, especialmente en la zona de contacto con el estrato anteriormente descrito. Cubriéndolo todo se generaliza una espesa capa arcillosa muy compacta y homogénea de color rojo, que conservaba fibras vegetales en su interior y carecía de materiales arqueológicos (U.E.6107). Esta unidad presentaba un ligero buzamiento desde las zonas próximas a los muros hacia la parte central; lo interpretamos como una potente colada de disolución de adobes que completaban la parte superior de los muros que viene a sellar la deposición. Sobre este estrato localizamos otra unidad (U.E.6106) de tierra muy limosa, amarillenta, bastante suelta, que colmata la depresión central formada por la unidad anterior. Pensamos que corresponde a una deposición posterior a la caída de los muros y de la total colmatación del departamento (fig.2).

ESTUDIO DE LOS MATERIALES

CERAMICA ATICA

En total se han recuperado en el interior de este departamento fragmentos correspondientes a siete piezas diferentes, entre ellas un fragmento de kylix de figuras rojas, mientras las otras seis pertenecen a platos (L.22 y 23) y un cuenquecito (L.21/25) de cerámicas de barniz negro.

Figuras rojas. El único fragmento de kylix de figuras rojas corresponde al borde (fig.3.183); en el interior del labio se aprecian los característicos tallos y hojas en pintura blanca sobrepintada, motivo muy repetido en la decoración subsidiaria de este tipo de copas, con un estilo poco cuidado. En la cara externa se observa la parte superior de un manto, probablemente correspondiente a la espalda de un efebo envuelto en un himation, cuyos pliegues están señalados por varias líneas de barniz negro diluido. A la derecha aparece parte de un disco colgado en la pared esquemáticamente representado. Lo reducido del fragmento nos impide afirmar con total certeza el taller al que debe pertenecer, pero los rasgos descritos lo aproximan al Grupo de

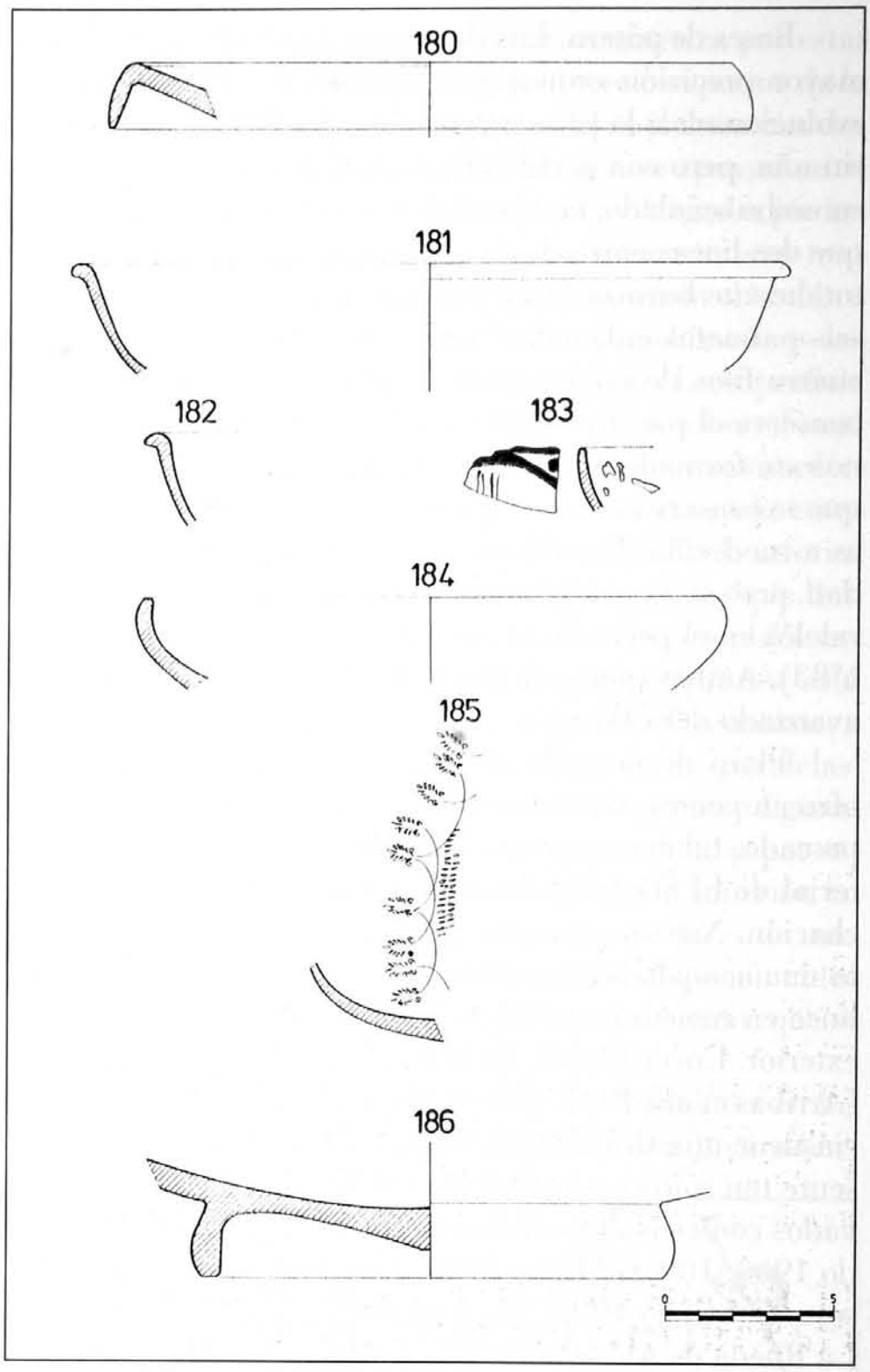


Fig. 3: Cerámica ática

Viena 116 definido en su día por Beazley (ARV, 1526-1527). En el exterior suelen representarse dos efebos enfrentados envueltos en sus himatia, cuya anatomía está representada de manera muy sumaria. También pueden aparecer dos cabezas o bien una cabeza y un efebo (Rouillard 1975, 26-32). Estas piezas aparecen en contextos de la primera mitad del s.IV a.C., como por ejemplo en las tumbas 200 y 380 del Cigarralejo (Cuadrado 1987). Rouillard que estudió su difusión en Andalucía propone una cronología en el segundo cuarto del s.IV a.C. (Rouillard 1975, 37-39) esta cronología es aceptada más recientemente por Trías quien estudia 53 ejemplares del pecio del Sec y reune los hallazgos realizados en los últimos años (Arribas et alii 1987, 72-89).

Barniz negro. Las cerámicas recuperadas en este departamento son un borde de un plato de pescado, otro borde de un cuenquecito L.21/25, dos bordes de platos L.22 y dos fondos de platos decorados con palmetas enlazadas y ruedecilla.

Páteras L.22. Contamos con dos fragmentos de borde, uno de ellos posee un diámetro superior a los 20 cm. (fig.3.181), puede enclavarse dentro del grupo de tamaño grande distinguido por Cuadrado en El Cigarralejo (Cuadrado 1963, 109) en donde se fechan de manera predominante a principios del s. IV a.C., disminuyendo su tamaño a lo largo de esta centuria (Cuadrado 1963, 137).

Bases de pátera. Las dos bases decoradas ofrecen una mayor precisión cronológica, ambas con características evolucionadas; la primera de ellas (fig.3.186) tiene el pie sin uña, pero con perfil convexo y el fondo externo acaba en umbo señalado; la superficie de apoyo en reserva al igual que dos líneas entre el pie y la pared, con el fondo externo totalmente barnizado. El fondo interno está decorado con seis palmetas enlazadas, muy borrosas, circundadas por cuatro filas de estrías a ruedecilla. La segunda pieza no conserva el pie (fig.3.185); la decoración del fondo interno está formada por palmetas enlazadas por tallos, de las que se conservan nueve, que envuelven a dos filas de estrías a ruedecilla. El estilo de las palmetas es de buena calidad, pero se ha perdido la impresión de su interior, con paralelos en el pecio de El Sec (Arribas et alii 1987, fig.31, nº83). Ambas piezas deben fecharse en el segundo cuarto avanzado del s.IV a.C.

Plato de pescado (fig.3.180). Las otras dos piezas ofrecen peores datos cronológicos; por ejemplo el plato de pescado, tal como apunta D. Cerdá en su estudio del material de El Sec se ha resistido a todos los intentos de fechación. Nuestro ejemplar pertenece al borde que presenta una acanaladura en reserva en su parte superior y otra línea en reserva en la unión entre la pared y el labio por el exterior. Encontramos un borde muy semejante en El Sec (Arribas et alii 1987, nº 166, fig.45); en la Región de Murcia tiene una distribución bastante limitada, estando presente tan sólo en aquellos yacimientos que han sido excavados con cierta intensidad como El Cigarralejo (Cuadrado 1963, 109; G.ª Cano 1982, 178-179), Cabecico del Tesoro (G.ª Cano 1982, 76) y un fragmento en el Cabezo de La Rueda de Alcantarilla (G.ª Cano 1982, 90), todos ellos fechados en la primera mitad del s. IV a.C.

Cuenco L.21/25 (fig.3.184). El otro borde pertenece a un cuenquecito L.21/25; al carecer de la base no podemos encuadrarla con seguridad dentro de ninguno de los dos subtipos diferenciados sin embargo los mejores paralelos pertenecen al subtipo B, siendo imposible determinar si corresponde al grupo I o al II de los establecidos por Cuadrado. En cualquier caso estas piezas se suelen fechar dentro ya del segundo cuarto del s.IV a.C., como en el pecio del Sec (Arribas et alii 1987, fig.53h; fig. 54, n.º 220, 223, 226) y en otros yacimientos de nuestra región (Cigarralejo, Coimbra, Molinicos, Cabecico del Tesoro, Bolbax, Ascoy, Cobatillas, Cabezo del Tío Pío y Castillico de las Peñas; Cf.GªCano 1982).

CERAMICA IBERICA PINTADA

Hemos agrupado en este apartado las piezas de producción local a torno pintadas; en el interior del Departamento B se han localizado cuatro piezas completas: dos vasitos caliciformes, una botellita de perfil quebrado y un vaso de doble cuerpo. Se caracterizan en general por arcillas duras, bien depuradas, homogéneas de color rojizo, salvo el vaso de doble cuerpo con núcleo gris claro y filos rosados. La superficie exterior está recubierta de un fino engobe de color blanquecino, con una suave gradación hacia el gris claro o el amarillo. Los motivos decorativos son siempre geométricos, simplemente bandas lineales en los vasos

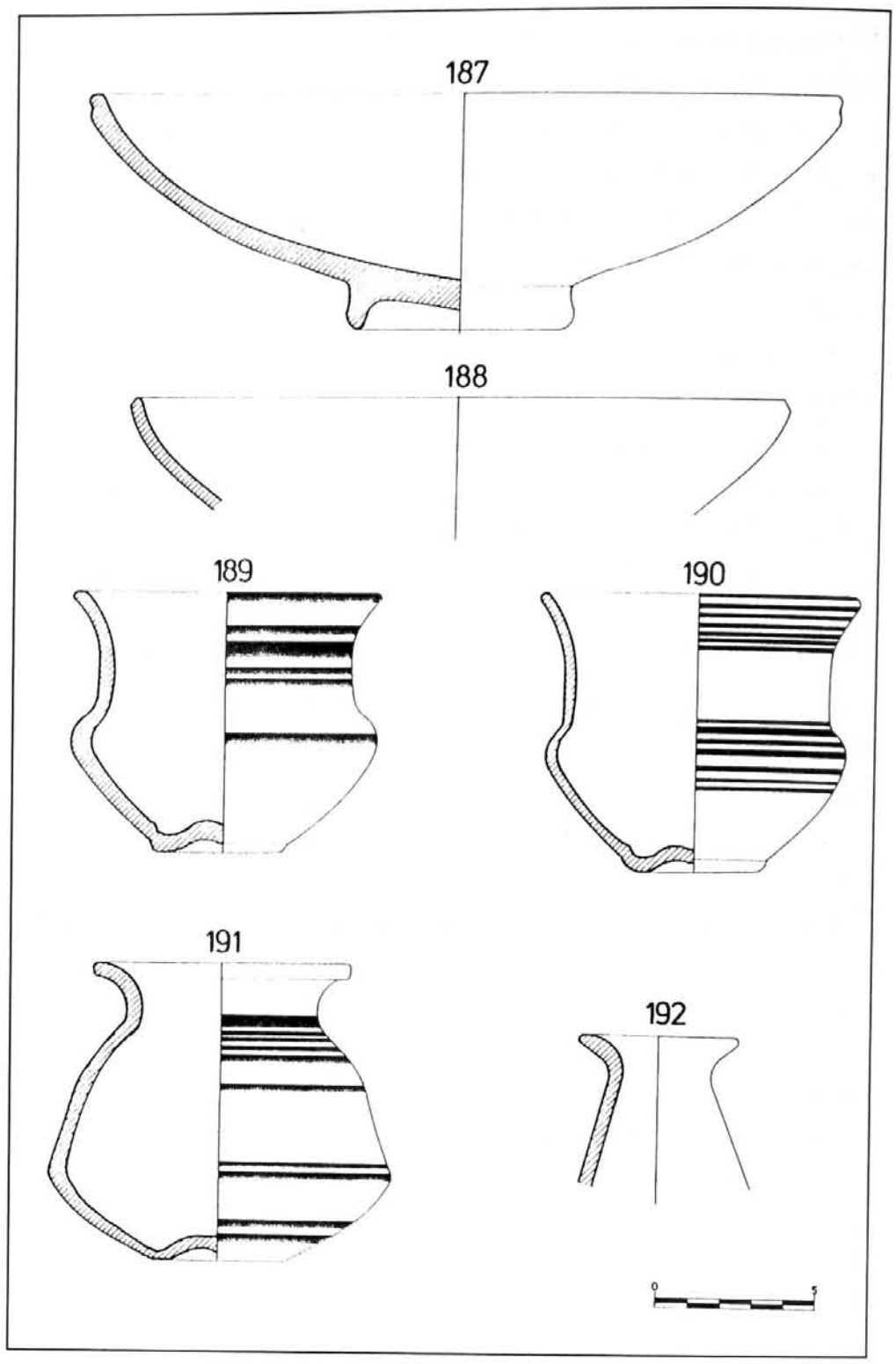


Fig. 4: Cerámica ibérica

pequeños, en tanto que en el vaso de doble cuerpo, donde la superficie decorativa es mayor, se combinan sectores circulares y semicírculos concéntricos.

Vasos caliciformes. Los dos vasos caliciformes de este departamento responden a una morfología, una decoración y unas dimensiones muy similares; se caracterizan por contar con un cuello muy destacado, separado del cuerpo por una inflexión muy marcada. Este tiene forma globular con clara tendencia hemisférica, en tanto el labio sigue la apertura de las paredes levemente abierto hacia el exterior, siendo su diámetro un poco mayor que en la carena. El pie está sólo indicado, con el fondo externo umbilicado. En cuanto a la decoración uno (fig.4.189) presenta una banda en el labio, otras cuatro en el cuello, y finalmente otra a la altura de la carena; el segundo vaso (fig.4.190) cuenta con una decoración a base de líneas más estrechas y más agrupadas siete entorno a la carena y otras siete bajo el labio, dejando un espacio liso entre ambas agrupaciones. En la sepultura nº247 de El Cigarralejo encontramos el paralelo más próximo de nuestros vasos, sepultura que es datada por su excavador en la primera mitad del s. IV a.C. (Cuadrado 1987, fig. 189); otras piezas similares proceden de Coimbra del Barranco Ancho (Molina et alii 1976, fig.18, 12 y 15). Son asimilables al tipo 22 de Cuadrado en donde este autor agrupa las variantes de caliciformes y en el grupo III subtipo 4.3 de la clase A de Mata y Bonet. (Re-

cientes estudios sobre este tipo de vasos en Martí Bonafé 1990, 141-171; Martínez Perona 1992, 261-276).

Botellita de perfil quebrado (fig.4.191). La tercera pieza localizada en este departamento es una botellita rechoncha, con unas dimensiones similares a las de ambos caliciformes. Su rasgo más definitorio es la presencia de dos carenas que conforman el perfil quebrado que la caracteriza; la carena superior forma un hombro muy señalado que da lugar a un cuello estrecho y un labio vuelto al exterior. En la carena inferior se encuentra el diámetro máximo de la pieza, lo que le da aspecto piriforme; la transición hacia la base se realiza mediante una pared casi rectilínea que remata en un pie apenas señalado y fondo interno cóncavo. Se corresponde con el subtipo 19 a2 de Cuadrado, y con el grupo IV subtipo 1.2 de la clase A de Mata y Bonet. Aranegui y Pla lo incluyen en la forma 6 a B, ejemplar procedente de La Bastida y la consideran una derivación de la forma 3d de barniz rojo de Cuadrado (Aranegui, Pla 1981, 81). Es igualmente asimilable al grupo 6B II de Pereira, que se encuentra especialmente difundido en la Alta Andalucía en el s. IV a.C., Almedinilla, Toya, Peal y Castellar de Santisteban, con decoraciones a base de bandas paralelas y motivos geométricos, como en nuestro caso (Pereira 1988, 157 fig. 9, 6). Según la clasificación sobre Almedinilla establecida por Vaquerizo, nuestra pieza es paralelizable con el tipo V, variante A-2 (Vaquerizo 1988-89, fig.3, n.º 178).

Vaso de doble cuerpo (fig.5). Se caracteriza por estar formado por dos cuerpos unidos en el tercio superior de la pieza en el que sale un reborde ancho del cual arrancan dos pequeñas asitas geminadas verticales que se apoyan en el cuerpo inferior. Este tiene forma globular alargada, pie indicado y fondo umbilicado. El cuerpo superior tiene tendencia entrante, una carena pronunciada señala el hombro y da paso a un estrechamiento en el cuello; el borde es saliente con el labio acabado en pico de ánade. La superficie está cubierta por un engobe de color crema sobre el cual se dibujan los motivos decorativos en color rojo vinoso. Esta consta, en el cuerpo superior, de una banda en la carena con dos líneas encima y otras dos debajo. En la inferior de todas se apoya un friso de sectores circulares que dan la vuelta completa al vaso; el labio y el reborde también están decorados con sendas líneas. El cuerpo inferior está compartimentado en dos franjas por tres bandas anchas; a cada lado de éstas se disponen dos o tres líneas paralelas. En la faja superior, que es la más ancha, hay cinco figuras geométricas bien separadas entre sí; están formadas por semicírculos concéntricos apoyados en la banda superior, en cuyo perímetro se situan cuatro sectores circulares de manera consecutiva. En la segunda franja se disponen cinco grupos de tres o cuatro sectores circulares invertidos que se apoyan en la banda intermedia.

Se trata de una clase de vasos poco frecuentes en los yacimientos ibéricos, que sin embargo están bien docu-

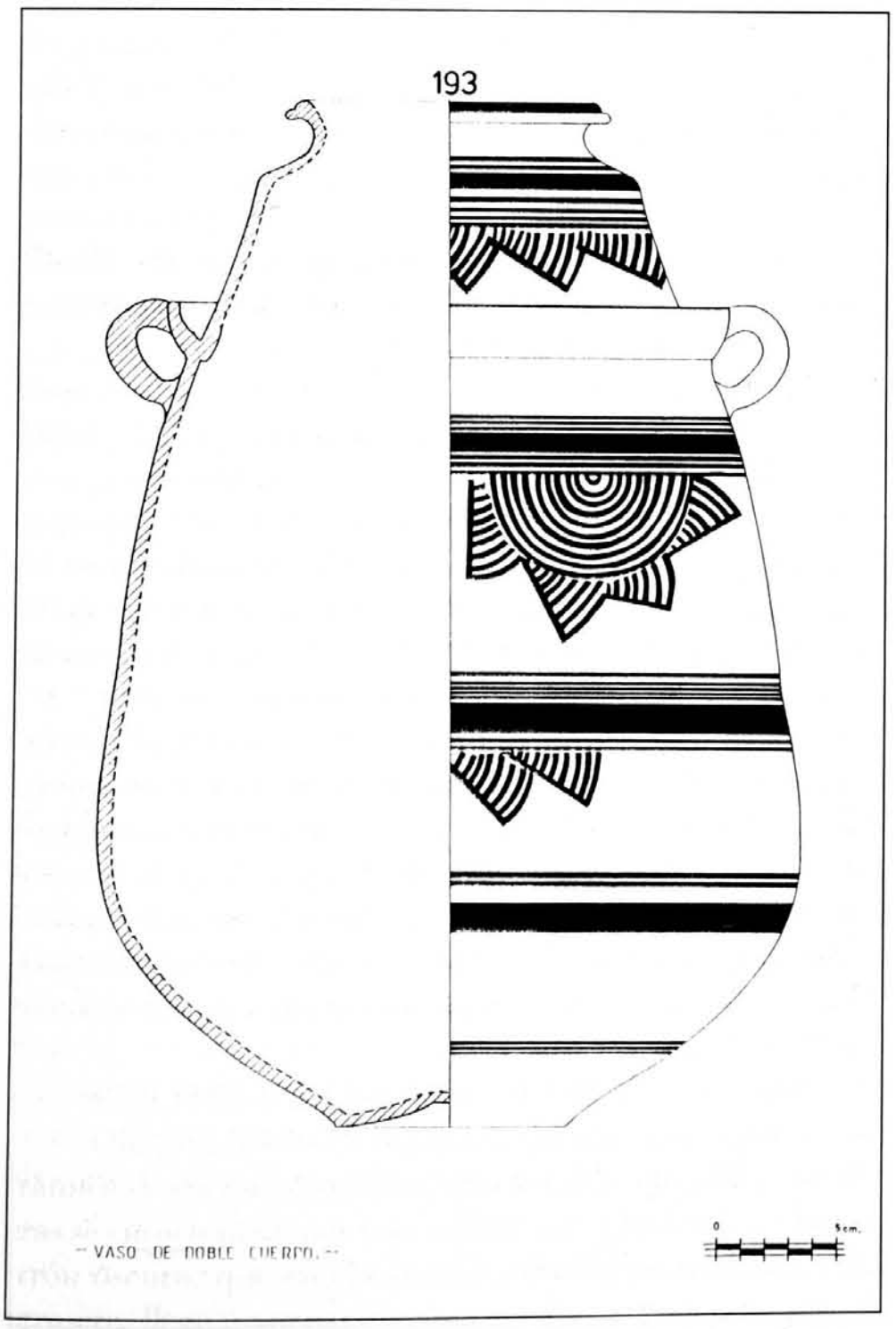


Fig. 5: Vaso de doble cuerpo

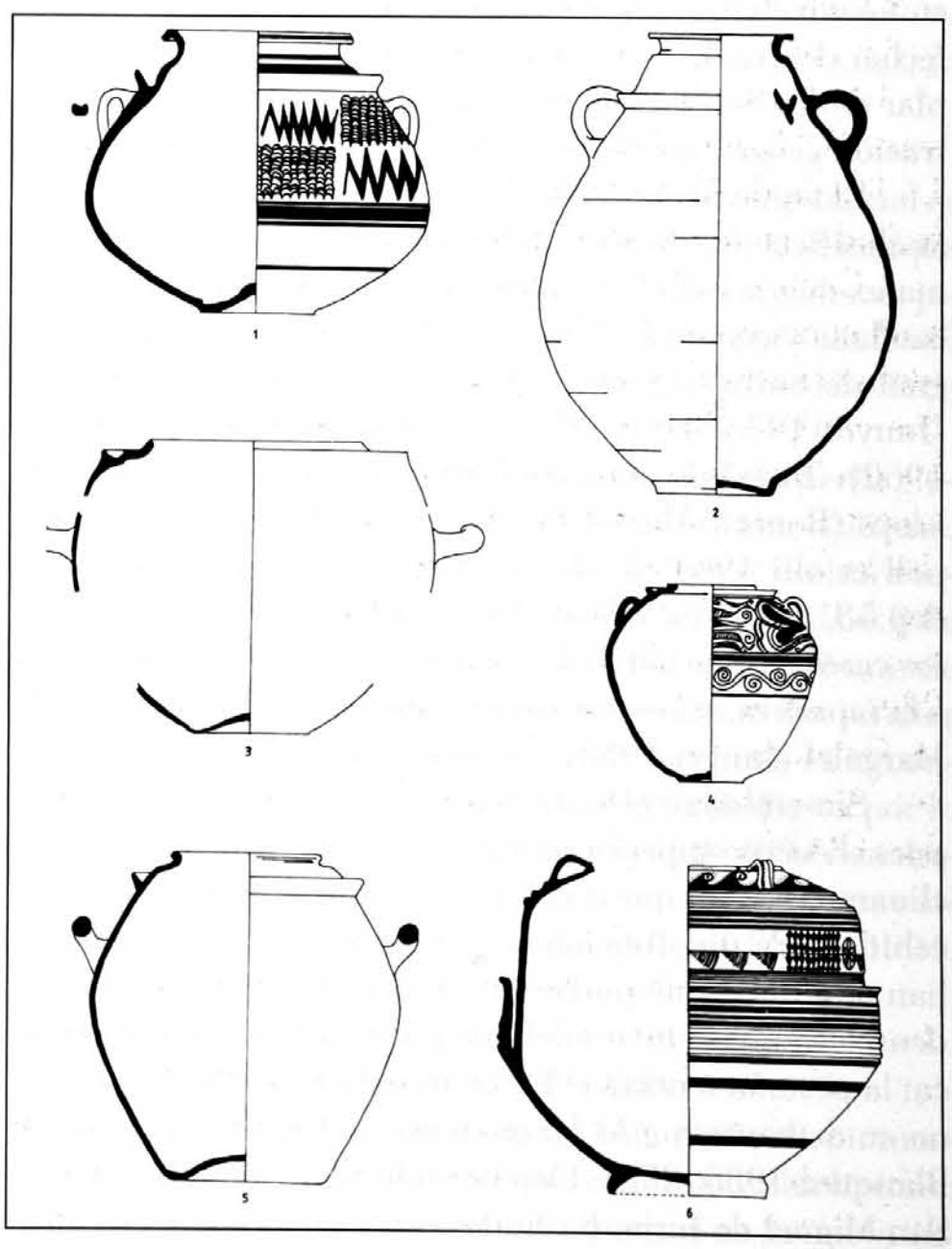


Fig. 6:
1.- Serreta (Alcoy); según Nordstrom (1973). 2.- Bolbax (Cieza); según Lillo (1981). 3.- San Miguel (Valromanés,Barcelona) según Ripoll et al.(1964). 4.- Azaila (Teruel) según Pellicer (1962). 5.- El Margalef (Lérida) según Junyet (1973). 6.- San Miguel de Liria; según Aranegui y Plá (1981).

mentados en todo el área ibérica, especialmente en el Sureste y Levante; si bien su tipología es variada se pueden distinguir dos grandes grupos, ya diferenciados en la clasificación de Aranegui y Plá; en el primero de ellos el resalte se sitúa en el tercio superior del vaso, a partir del cual arrancaría un auténtico segundo cuerpo con tendencia cerrada (forma 3b de Aranegui y Plá 1981), en tanto que en el segundo el resalte se dispone en la proximidad de la boca conformando más bien un segundo reborde (forma 3a de Aranegui y Plá 1981). Ambos quedarían encuadrados en el grupo II tipo 1 de la clase A de Mata y Bonet, denominados recipientes con resalte; nuestro primer grupo se correspondería con el subtipo 1.1, con resalte en el cuello, y a él adscribimos el ejemplar de Los Nietos y a sus mejores paralelos, especialmente el vaso de Bolbax (fig.6.2) (Lillo 1981, 253), Necrópolis de los Patos de Cástulo (Blázquez 1975, 42), El Amarejo (Broncano y Blánquez, 1985, 101-102), y también aunque bastante más achatado el de La Serreta de Alcoy (Nordstrom 1973, 230). Salvo este último, de menor tamaño, en todos ellos las dimensiones son parecidas; presentan decoraciones geométricas entre las que predominan las bandas, líneas, semicírculos concéntricos. El ejemplar de La Serreta cuenta con motivos más evolucionados (fig.6.3): líneas quebradas y onduladas. En cuanto a la cronología el ejemplar de Cástulo es fechado entre finales del s. V a.C. y principios del s.IV a.C; el de Los Nietos en la primera mitad del s. IV a.C, estando ausente en los niveles posteriores. En los restantes casos se deben fechar dentro del s.IV a.C., o quizás poco posterior el ejemplar de La Serreta. Llama también la atención la concentración geográfica de este grupo en el área surestina.

El segundo grupo no tiene correspondencia directa en la clasificación de Mata y Bonet; son vasos de menor tamaño, más achatados, su concentración es mayor en el área catalana y con una cronología algo más avanzada: San Miguel de Sorbas (Serra Vilaró 1922, 19-20) El Margalef (Junyet 1973, 100), Alcalá de Azaila (fig.6.4) (Pellicer 1962), Tossal de Tenalles (Cabré 1944, 18), Puntal dels Llops (Bonet y Mata 1981, 27), San Miguel (fig.6.3) (Ripoll et alii 1964, 7), La Bastida (Fletcher et alii 1969, dep.58, nº3), Los Villares (Mata 1991, fig.30, nº4). En estos casos su funcionalidad podría ser la de servir de apoyo a la tapadera, tal como propone Junyet para el ejemplar de Margalef (Junyet 1973).

Sin embargo esta idea no es aplicable a nuestro vaso pues el cuerpo superior ocupa un volumen excesivo. Nos inclinamos a creer que una forma tan original debió ser concebida para una función muy específica; algunos autores han apuntado que pudieron servir para contener líquidos densos como aceite o miel que podrían escurrir por la boca; la pestaña tendría el fin de recoger lo que se escapase y no se derramase a lo largo de todo el vaso (Broncano y Blánquez 1985, 273); Fletcher refiriéndose al ejemplar de San Miguel de Liria, basándose en ejemplos contemporáneos de la huerta valenciana sugirió que la pestaña podría servir para ser rellenada de agua, con el fin de refrigerar el contenido o más bien aislarlo del alcance de algunos insectos (Fletcher 1953,91). Es destacable su presencia casi exclusiva en poblados, con la excepción del ejemplar hallado en la necrópolis de Los Patos de Cástulo, en la sepultura 1 cuya excavación en parte se realizó de manera no controlada (Blázquez 1975).

CERAMICA IBERICA LISA

Entre las cerámicas lisas halladas en este departamento se encuentran una pátera completa, el borde de otra muy similar y un gran vaso con baquetones en el cuello al cual le falta el borde. Se caracterizan por arcillas grises amarronadas, con gradación hacia el color rojizo o al gris, blanda y porosa, con abundantes vacuolas, que en ocasiones se aprecian en la superficie; cuentan con algunos desgrasantes de mayor tamaño de color blanco. El acabado exterior está bruñido, el color de la superficie no es uniforme oscilando igualmente entre el rojizo y el marrón grisáceo. Estas características técnicas de la arcilla y el acabado son muy similares a las de las urnas de orejetas detectadas tanto en el poblado como en la necrópolis, siempre en contextos anteriores a mediados del s.IV a.C., lo que nos permite intuir que se trata de una misma producción.

Páteras (fig.4.187 y 188). Las páteras son profundas, se caracterizan por labios que siguen casi sin variación la tendencia exvasada de las paredes y cuyo perfil general describe una curvatura muy suave. La base es anular, bastante maciza. En cuanto a la forma esta clase de platos tienen un larga vigencia dentro del repertorio tradicional ibérico; lo encontramos tanto en contextos antiguos, como los niveles III y IV de Los Villares (Mata 1991, fig.48, 15 y 22), en El Oral (Abad y Sala 1993, fig.163, P1A y P1C) y en la primera mitad del s.IV a.C. en Los Molinicos (Lillo 1993, lam. XXXIV, 10-14); también lo encontramos en niveles del s. III a.C. en el poblado de El Amarejo (Broncano y Blánquez 1985, fig. 24, nº 134) y en su depósito votivo (Broncano 1989, fig. 155, nº 258), e incluso en el s. II a.C. en la ciudad de Cartagena (Ros Sala 1989, fig.42, forma

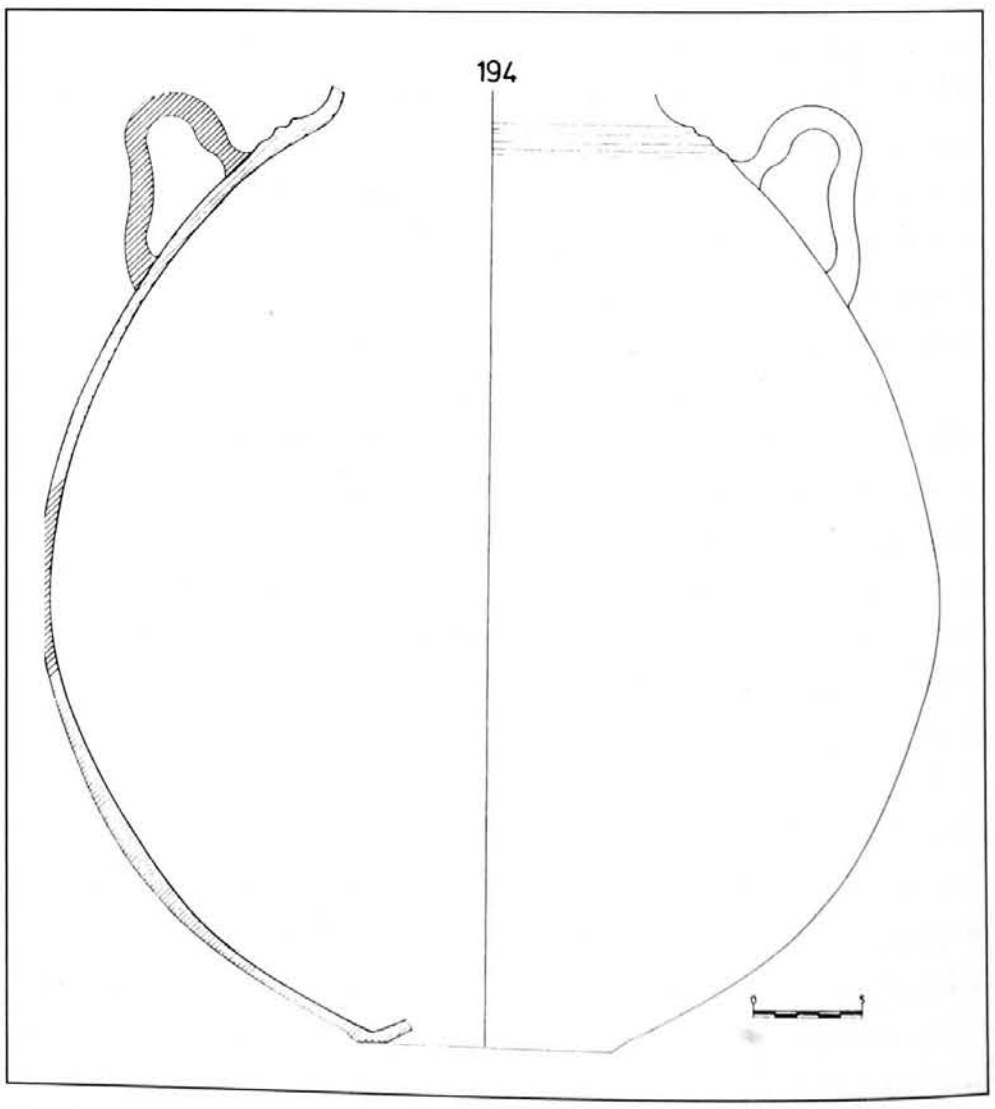


Fig. 7: Vaso con baquetones.

tipo IX). Puede encuadrarse en el tipo III, 8.3.1 dela clase A de Mata y Bonet. En la necrópolis de Los Nietos una pátera de esta clase está presente en la T.115/88 en donde se encuentra asociada a una botellita de barniz rojo encuadrable en los subtipos 4 d-0 y d-1 (Iniesta et alii 1987, 28-29), cuyo mejor paralelo lo hallamos en la tumba 157 de la necrópolis de Baza fechada en el s.IV a.C (Presedo 1982, 217, fig. 178, 1 y 2).

Vaso con baquetones en el cuello (fig.7). Es un tipo de vaso que se encuentra presente en casi todas las estancias de la Fase II excavadas hasta ahora, así como en varias sepulturas de la necrópolis donde sirvieron como urnas cinerarias. El ejemplar del departamento B es el de mayor tamaño y también el más completo de los hallados en el poblado, sin embargo le falta la boca. Se carateriza por un perfil globular, con el diámetro máximo en la parte media-inferior del cuerpo; en la parte del hombro tiene una serie de pronunciados baquetones que caracterizan esta producción, horizontales y paralelos, muy bien terminados, separados por estrechas acanaladuras; estos baquetones dan paso a un cuello bastante estrecho, tras el cual se abre la boca, con el borde vuelto al exterior, siguiendo la tendencia de la pared. El presente ejemplar conserva dos asas geminadas de sección circular que arrancan desde la base de los baquetones hacia abajo en forma de oreja. La base es cóncava acabada en umbo, mientras que el pie tan sólo está indicado.

En la necrópolis ha sido encuadrada en el tipo B por L. Cruz (1990, 105, fig.87); sus características coinciden plenamente con nuestro ejemplar pero sus dimensiones son algo menores, entre 9 y 11 cm de diámetro, en tanto en nuestro caso se acerca a los 20 cm; estas urnas aparecen asociadas a cerámicas áticas de barniz negro, en concreto en la sepultura 8 aparece con una kyilx stemles inset lip y una tapadera de urna de orejetas y en la sepultura 19 con un cuenquecito forma 109 de Morel fechable en el primer cuarto del s. IV a.C. (Cruz Pérez 1990, 48-49, fig.31 y 32.2). En el poblado de Los Molinicos hallamos una pieza con proporciones y características técnicas muy similares a nuestro vaso (Lillo 1993, lam XVII, 9, 150); apareció en el mismo contexto que los morillos cerámicos, junto con fragmentos de kantharoi de la clase St Valentin, datable en la segunda mitad del s. V a.C. (Lillo 1993, 46, nº1).

Debemos subrayar finalmente que este tipo de vasos, al igual que las páteras lisas y las urnas de orejetas no aparecen documentados en la fase siguiente del poblado, y tampoco aparece entre los ajuares de las sepulturas más recientes de la necrópolis, por lo que proponemos una cronología anterior a mediados del s.IV a.C. para todos ellos. Coincidimos con Lillo en la hipótesis de que estas piezas no sean de origen estrictamente local.

CERAMICA IBERICA DE COCINA

Olla (fig.8.196). Contamos con una sola vasija de cerámica de cocina, completa, sólo le falta el fondo; estas piezas se caracterizan por una arcilla muy porosa de color marrón oscuro, que en el exterior, con un acabado bastante grosero, llega a ser negro, con una abundante presencia de desgrasantes gruesos y medianos de color blanco que facilitan su exposición directa al fuego. Su repertorio formal es muy sencillo con un fuerte predominio de las ollas, aunque existen también en menor medida cazuelas, tapaderas, jarras, etc., que fueron clasificadas en su día por Cuadrado (1952) y más recientemente encuadrados en la clase B de la tipología de Mata y Bonet.

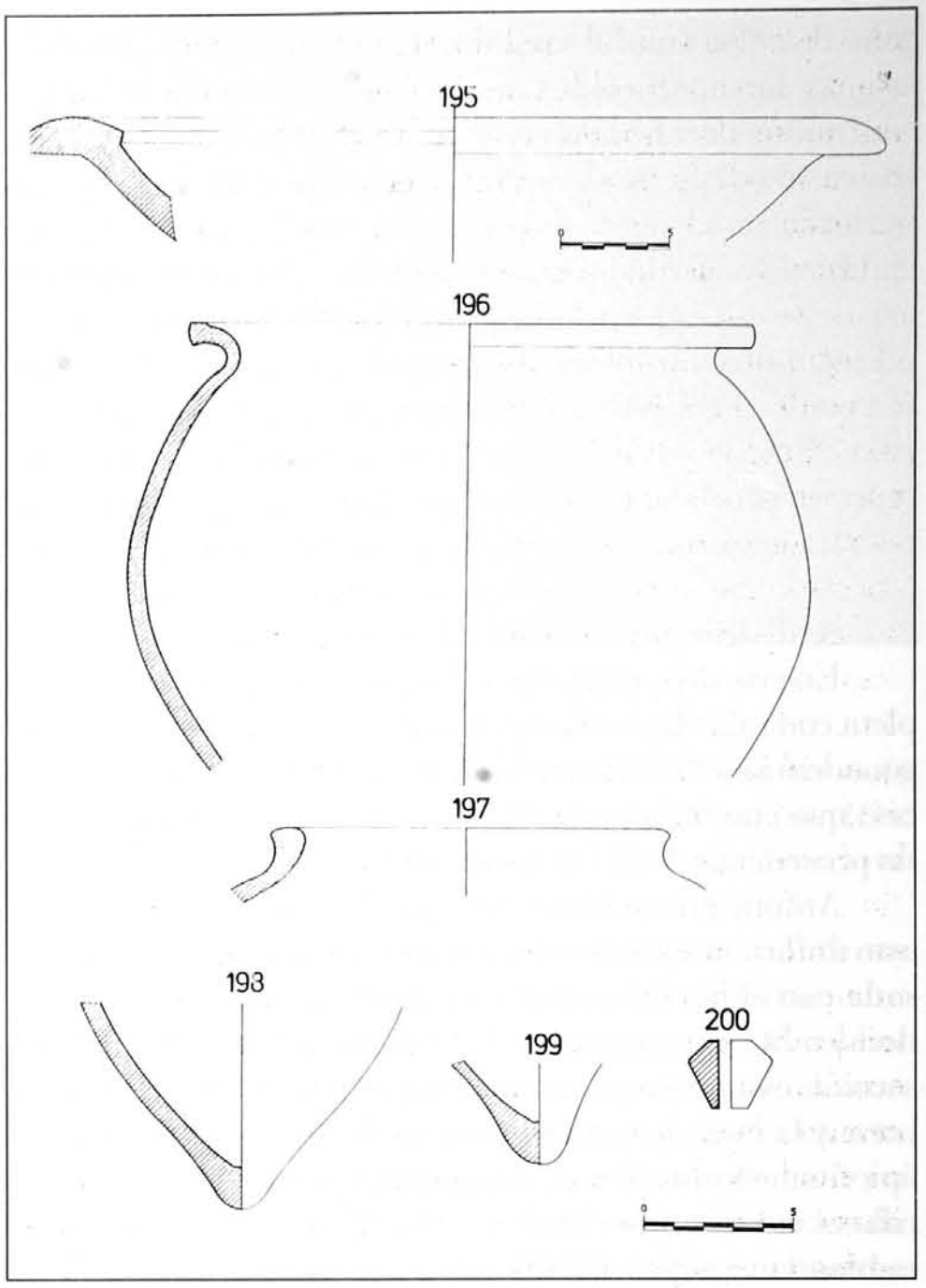


Fig. 8: Mortero, cerámica de cocina, ánfora ibérica, ánforas ibicencas, fusayola

La olla del departamento B cuenta con un perfil globular, cuello indicado que da paso a un labio saliente, apuntado. El diámetro de la boca es superior a la altura total de la olla; se encuadra en el subtipo 1.2 de la clase B de Mata y Bonet, ollas medianas al no superar los 20 cm. de altura. En cuanto a paralelos y cronología, hay que señalar que el carácter funcional de este tipo de piezas es el causante de una escasa evolución formal y tecnológica por lo que encontramos ejemplares similares desde el Ibérico Antiguo hasta la Baja Época. Una pieza con un borde muy similar al nuestro se encuentra en Los Villares (Mata 1991, fig.58, 7 y 12).

CERAMICA COMUN IMPORTADA

Incluimos en este apartado un fragmento de un mortero, con el borde vuelto al exterior, en forma de alerón, con un escalón muy pronunciado en el interior en la unión entre el labio y la pared (fig.8.195). Su arcilla es homogénea y porosa, con el núcleo de color rosado y filos tendentes al amarillo; desgrasantes muy abundantes de color rojo, y en menor medida blancos de tamaño medio, que le dan un aspecto granuloso. La superficie está recubierta por un en-

gobe de color amarillo pálido, de aspecto poroso que deja asomar en superficie los desgrasantes de la arcilla. No encontramos paralelos precisos para esta pieza, pero dadas sus características técnicas podemos descartar un origen norteafricano, siendo más probable un origen suritálico o en las islas del Mediterráneo central (agradecemos las sugerencias de nuestro amigo M.Martín Camino sobre esta pieza). Labios próximos existen en el pecio del Sec (Arribas et alii 1987, 516, fig. 3.3) aunque con arcillas muy alejadas. En este sentido es más cercano a nuestro ejemplar un mortero procedente de Na Guardis (Guerrero 1984, 123, 64.9), aunque en un contexto bastante más tardío.

ANFORAS IMPORTADAS

En este departamento se ha localizado un ánfora completa con una clara adscripción tipológica en el ámbito griego; además se hallaron otros dos fragmentos de sendos ápices, que con toda probablidad pertenecen a producciones de procedencia púnico-ebusitana.

Anfora griega (fig.9). El perfil general del cuerpo de este ánfora es ovoide, con el cuello alargado y boca exvasada con el borde vuelto al exterior y labio de sección redondeada, muy agudo; consta de dos asas verticales, de sección ovalada, que arrancan desde la propia base de la boca a la cual deforman, y reposan sobre los hombros. El ápice tiene forma de botón hueco, apenas destacado. La arcilla es color crema claro, con el núcleo gris claro, verdoso; es blanda y porosa, siendo visibles partículas de color rojizo, gris y marrón. La superficie también es de color crema, algo más amarillento que la arcilla, apreciándose algunas grietas y las mismas partículas de la arcilla.

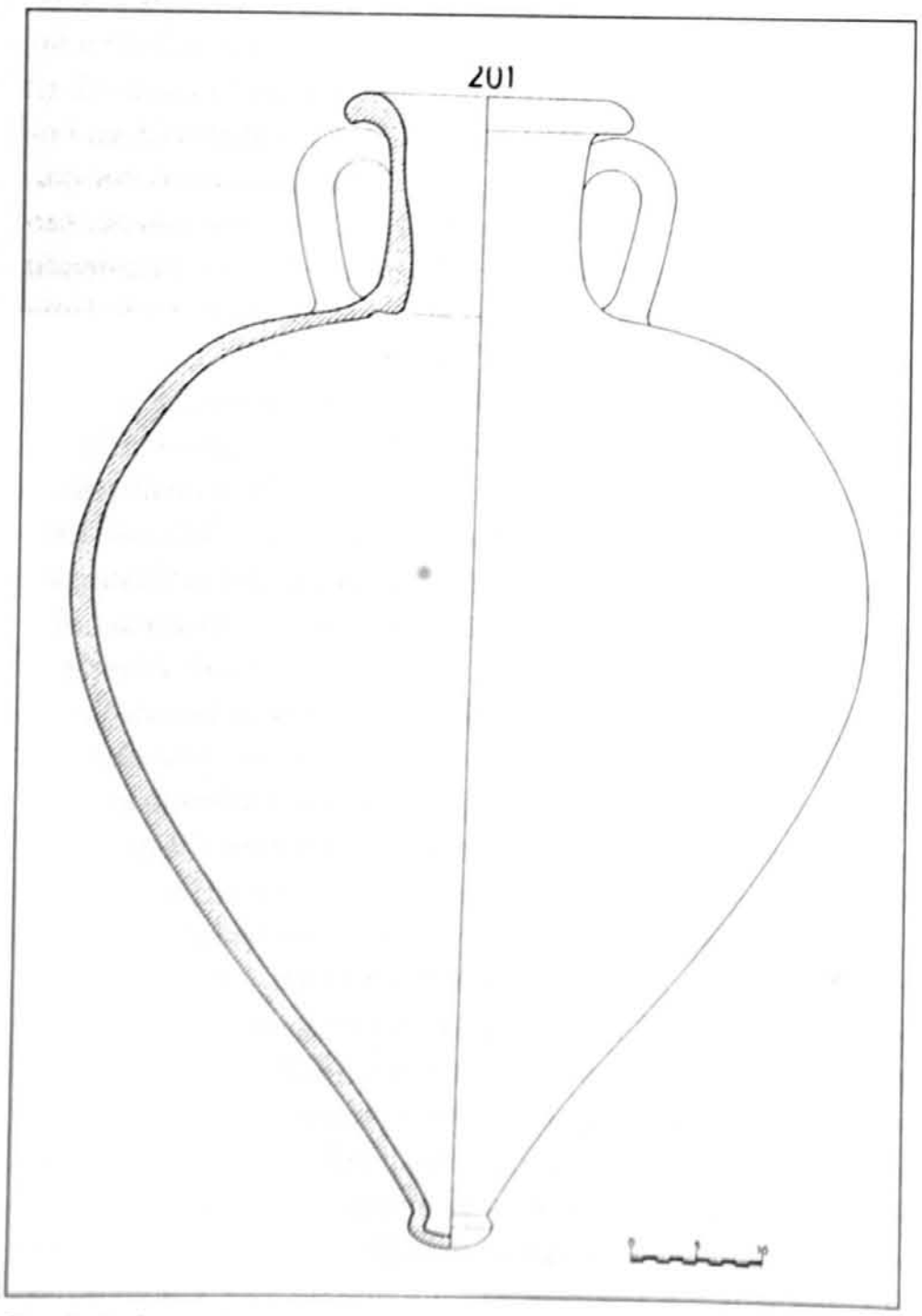


Fig. 9: Anfora griega

No hemos encontrado paralelos suficientemente precisos que nos permitan establecer una adscripción geográfica segura (por ejemplo, un ápice del mismo tipo, de procedencia corintia en Grandjean 1992, fig. 3.21). Sin embargo tanto el perfil general de la pieza, como las características de su arcilla con unas peculiares inclusiones rojizas, gruesas, nos inducen a considerar como bastante probable una procedencia corintia. Estas ánforas han sido sistematizadas por Koehler quien estableció dos grandes tipos, A y B, distinguiendo en el primero un subtipo A', caracterizado por un labio ancho y agudo, a bisel, y cuerpo ovoide (Koehler 1978, 1981). Estas ánforas comienzan a ser frecuentes desde el segundo cuarto del s.V a.C., con un periodo de máximo apogeo entre la segunda mitad de este siglo y la primera mitad del s.IV a.C., periodo de tiempo en el que sustituyen de manera casi total a las ánforas del tipo A. Creemos que nuestro ejemplar debe ser la evolución de este tipo de corintia A' ya avanzado el s.IV a.C., según se desprende de la forma más esbelta de su cuerpo que la de los ejemplares fechables dentro de la segunda mitad del s.V a.C. (di Sandro 1981, Pontecagnano T.350, fig. 1; Cavalier 1985, Pl.III a y b, Pl.IV c; agradecemos sus valiosas sugerencias sobre esta pieza a E.Sanmartí y J.Ruiz de Arbulo). Por otra parte Koehler estableció dos tipos de arcillas una con numerosas partículas gruesas de color rosado, y otra anaranjada más cuidada y depurada correspondientes a los tipos A y B respectivamente (Koehler 1981, 451). En cambio di Sandro en su trabajo sobre las ánforas de Gosetti (Pitecusa) opina que esta diferenciación no es exacta pues ambas clases de arcillas se pueden encontrar indistintamente en cada tipo de ánfora (di Sandro 1986, 22).

Anforas ibicencas (fig.8.198 y 199). Se han recuperado dos fragmentos correspondientes a sendos ápices de ánforas ibicencas; ambos fragmentos presentan arcilla de color marrón claro, depuradas, con algunas partículas blancas visibles. Ambos deben clasificarse dentro del tipo PE 14 establecido por Ramón, quien lo data dentro del s. IV a.C., aunque conoce algunas perduraciones que alcanzan incluso el s. II a.C. (Ramón 1981, 102). Guerrero reitera esta cronología dentro del s. IV a.C., aunque su presencia en algunos niveles de Ullastret y en el pecio de Binisafuller permite fechar dichos ejemplares en los primeros decenios del s. III a.C. (Guerrero y Roldán 1992, 63; acerca de la datación de este pecio cf.Gómez Bellard 1993). La difusión de este tipo ha sido recientemente realizada por estos autores (Guerrero y Roldán 1992, 61-62) destacando la presencia en Baleares y en Ampurias y su hinterland catalán. En el Sureste conocemos un ejemplar procedente del Dragado del Puerto de Mazarrón (Martín Camino y Roldán 1989, fig. 1, nº6), conservado en el Museo Nacional de Arqueología Marítima junto a otro ejemplar de procedencia incierta (Guerrero y Roldán 1992, fig.20, nº 20), a los que se deben añadir un ejemplar completo hallado en Castillico de las Peñas (Lillo 1981, fig.XII.5; Martín Camino 1994, 309-310) y dos fragmentos de borde hallados en el departamento C de La Loma del Escorial.

OTROS MATERIALES

Cesto de esparto. Fue localizado en la parte central del departamento, completamente carbonizado y aplastado contra el suelo, en un estado de conservación bastante malo. Se puede observar el cuerpo realizado a base de esparto trenzado, y dos asas realizadas con sendos cordones, de sección circular, también de esparto, cosidos al cuerpo en ambos laterales. Su forma recuerda mucho a los capazos de esparto que han estado vigentes en nuestra región hasta fechas muy recientes.

Vaso de plomo. Se localizó en la parte central del departamento, cercano al capazo de esparto, igualmente aplastado contra el pavimento, y asociado a una fuerte concentración de cenizas. Su estado de conservación es bastante malo; tan sólo podemos intuir una posible forma globular.

Fusayola (fig.8.200). Señalar la presencia de una sola fusayola de perfil bitroncocónico que pensamos que se trata de un hallazgo aislado y no puede considerarse indicio de la existencia de telar en este departamento.

Finalmente destacar que durante el proceso de la excavación de este departamento fueron recogidos numerosos fragmentos de litergirio, esto es un óxido de plomo, muy duro y pesado, resultante de la copelación de la plata, que demuestra la actividad minero-metalúrgica de este emplazamiento al menos desde mediados del s. IV a.C.

CONSIDERACIONES FINALES

El estudio de los materiales del departamento B permite aproximarnos a la datación del momento de destrucción del mismo. Para ello la información más precisa y segura la ofrecen las importaciones áticas de barniz negro y de figuras rojas; hay que destacar que la gran mayoría de los ejemplares recogidos en este departamento se deben datar dentro del segundo cuarto del s.IV a.C. (kylix de figuras rojas, dos bases de pátera, cuenquecito L.21/25B); nosotros preferimos una datación avanzada dentro de este periodo, más bien hacia la mitad del s. IV a.C., dado el estado extremadamente fragmentado de algunos ejemplares, o las intensas huellas de uso detectadas en otros. Esta datación está en perfecta concordancia con la que aporta el resto de los materiales, tanto las ánforas púnico-ebusitanas PE-14, como el ánfora griega, así como el conjunto de las cerámicas ibéricas. Así contamos con un vaso de baquetones y una pátera de cerámica ibérica lisa que no se vuelven a documentar en los niveles posteriores del poblado, y que en la necrópolis siempre se asocia a enterramientos datables dentro del s.IV a.C. Igualmente sucede con la cerámica ibérica pintada, pues el vaso de doble cuerpo y el vaso de perfil quebrado no aparecen ya en los niveles posteriores al s.IV a.C.

En general, esta datación también es coincidente con la proporcionada por los contextos cerámicos de los restantes departamentos colindantes de la misma fase II; entre ellos destacaríamos el lote de ocho cráteras áticas de figuras rojas halladas en el departamento A (C.García Cano, J.M.García Cano 1992, 3 y ss.) y las cuatro cráteras inéditas del mismo estilo halladas en el departamento I. Esta datación coincidente en todos estos departamentos, junto con



Lámina 4: Anfora griega (n.º 201).

la constatación de incendio en varios de ellos, con los vasos destruidos in situ, y su colmatación y abandono posterior, parecen poner en evidencia la destrucción simultánea de todo este sector del poblado.

Por otra parte, la posición del departamento B dentro del área excavada y sus relaciones con los departamentos colindantes y con los espacios abiertos nos permiten plantear algunas ideas. En primer lugar tenemos que el muro Norte de este departamento, medianero con el departamento J, se prolonga hacia el Oeste sirviendo de linde entre los departamentos A y E-F, y más al Oeste entre los departamentos D y G (fig.1). Esto implica que la construcción de todo este área fue realizado de manera simultánea y siguiendo un plan previamente trazado, tal como ha sido estudiado recientemente en el poblado de El Oral (Abad y Sala 1993). Centrándonos en el departamento B ya comentábamos que no mantiene comunicación directa con ninguno de los dos departamentos con los que limita, tan sólo dispone de un acceso abierto a la «calle 1»; se pueden plantear dos posibilidades, bien formaba por si sola una unidad doméstica o bien formaba parte de un ámbito más amplio y complejo. Relacionado con esta cuestión se plantea cual es la verdadera función de la llamada calle 1; sus dimensiones parecen excesivas, más de 2,5 m. de anchura, siendo su límite sur desconocido al quedar debajo del perfil de la excavación. Más bien podría tratarse de un gran patio al cual se tendría acceso desde los departamentos A, B, C e I, y desde la calle 2, o quizás una posible plaza que dispondría de un lugar muy centrado dentro del poblado.

Otro aspecto muy significativo de este departamento extrapolable a los restantes de esta misma fase es la abundancia de importaciones de diferentes ámbitos geográficos; así de procedencia helénica, además de los vasos áticos de barniz negro y figuras rojas, omnipresentes en los poblados ibéricos del Sureste y Levante en toda la primera mitad del s. IV a.C. hay que añadir un ánfora corintia completa que forma parte de un importante conjunto de ánforas griegas halladas en otros departamentos, algunas de adscripción concreta muy complicada (procedencia egea, y al menos tres ejemplares de Corfú, agradecemos a nuestro colega J.Ch. Sorisseau la identificación de estas últimas). El ambiente púnico también está representado por las ánforas púnico-ebusitanas PE 14, también presentes en el depar-

tamento C; dentro de este ambiente púnico podría encuadrarse, aunque con reservas el mortero (fig.8.1). Otras importantes regiones púnicas están presentes en los deprtamentos adyacentes al B: un ánfora Mañá C1a y cuatro Mañá A-4 del área del Estrecho en el departamento A. y en menor medida cerámicas comunes púnicas (García Cano. e.p.). En suma. el conjunto de las importaciones estudiadas en Los Nietos en esta fase nos sugiere un ambiente comercial muy similar al que se observa en el pecio del Sec en donde las producciones helénicas y las púnicas aparecen yuxtapuestas: vajilla fina ática, ánforas griegas y púnicas y en menor medida cerámicas comunes púnicas: en este sentido creemos que la isla de Ibiza debió ejercer un importante papel como intermediario al menos desde estos años centrales del s.IV a.C. gracias a su posición intermedia entre el Golfo de Rosas y el Sureste. y en el extremo Occidental de la tradicional ruta de las islas.

INVENTARIO DE LOS MATERIALES

Nota: en primer lugar hemos respetado el número de catálogo que se corresponde con nuestra tesis de licenciatura; le sigue el número de inventario de la excavación. formado por la sigla del yacimiento (LE) seguido de la unidad estratigráfica y el número de orden.

180. LE 6107-17. Cerámica ática de barniz negro: L.23. Arcilla anaranjada. depurada: barniz negro brillante. un poco cuarteado. Acanaladura en el borde en reserva; también en reserva la unión entre pared y labio exterior.

181. LE 6108-19. Cerámica ática de barniz negro: L.22. Arcilla anaranjada. depurada: barniz negro brillante. espeso.

182. LE 6108-177. Cerámica ática de barniz negro: L.22. Arcilla anaranjada. depurada: barniz negro brillante. un poco desprendido en el labio.

183. LE 6108-13. Cerámica ática de figuras rojas: kylix L.42 a. Arcilla naranja claro. depurada: barniz negro brillante; en el interior restos de pintura blanca.

184. LE 6108-178. Cerámica ática de barniz negro: L.21/25. Arcilla anaranjada. depurada: barniz negro brillante. con tonos oliváceos.

185. LE 6108-20. Cerámica ática de barniz negro: base de pátera. Arcilla anaranjada. depurada: barniz negro brillante. con reflejos rojizos. Decoració de dos filas de estrías a ruedecilla y palmetas enlazadas y agrupadas de tres en tres.

186. LE 6108-176. Cerámica ática de barniz negro: base de pátera. Arcilla anaranjada. depurada: barniz negro brillante. en reserva dos líneas en la unión entre el pie y la pared. y la superficie de apoyo: en el fondo interno decoración muy borrosa: seis palmetas enlazadas y cuatro filas de estrías a ruedecilla.

187. LE-6108-reg.3351. Cerámica ibérica lisa: pátera. Arcilla gris amarronado. compacta. blanda. con partículas blancas. Exterior idem. con restos de bruñido.

188. LE-6108-104. Cerámica ibérica lisa: pátera. Arcilla rojo claro. compacta. Exterior rojizo. con líneas de bruñido horizontales.

189. LE-6108-reg.3348. Cerámica ibérica pintada: caliciforme. Arcilla rojiza. dura. bien depurada: exterior color crema. con decoración de líneas horizontales de color rojizo.

190. LE-6108-reg.3350. Cerámica ibérica pintada: caliciforme. Arcilla rojiza. dura. bien depurada: exterior color crema. con decoración de líneas horizontales de color rojizo.

191. LE-6108-reg.3353. Cerámica ibérica pintada: vasito de perfil quebrado. Arcilla rojiza. dura. bien depurada: exterior cubierto por engobe de color blanquecino y decoración de líneas de color rojo.

192. LE-6107-106. Cerámica ibérica. Arcilla de color marrón claro con pequeñas partículas blancas. Superficie idem.

193. LE-6108-reg.3354. Cerámica ibérica pintada: vaso de doble cuerpo. Arcilla rosaa al exterior y gris claro al interior: dura. bien depurada: exterior cubierto por engobe de color crema y decoración a base de motivos geométricos de color rojo vinoso.

194. LE 6108-156. Urna de baquetones globular. Arcilla gris claro al interior. rojiza al exterior con algunas partículas blancas gruesas: superficie color rojizo con restos de engobe y bruñido.

195. LE 6108-108. Mortero de cerámica común. Arcilla marrón claro con abundantes partículas de color marrón. gris. blaco. rojizo. Superficie con engobe amarillo. poroso. parcialmente quemado.

196. 6108-1. Olla de cerámica de cocina ibérica. Arcillarojiza. porosa. con abundantes partículasblancas duras: exterior quemado y parcialmente descascarillado.

197. 6107-123. Cerámica ibérica. Arcilla anaranjada. superficie idem.

198. LE-6108-47. Apice de ánfora púnico-ebusitana. Arcilla marrón claro. con algumos puntos de mica y de color negro. Superficie idem.

199. LE 6108-46. Apice de ánfora púnico-ebusitana. Arcilla marrón claro. con algumos puntos de mica y de color negro. Superficie marrón claro con fino engobe blanquecino.

200. LE-6107-155. Fusayola bitroncocónica. Arcilla gris oscuro.

201. LE-6108-82. Anfora griega. derivda de corintia A'. Arcilla con núcleo gris claro. un poco verdoso. filos color grema pálido: blanda y porosa. con escass partículas de color blanco. Superficie marrón claro mu pálido.

BIBLIOGRAFÍA

ABAD L., y SALA, F.: 1993. *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Serie de Trabajos Varios del S.I.P., Valencia 1993.

ARANEGUI, C. y PLA, E. (1981). «La cerámica ibérica», en *La Baja Epoca de la Cultura Ibérica* (Madrid 1979). Madrid 1981: 73-114.

ARRIBAS, A., TRIAS, G., CERDA, D., DE HOZ, J.: 1987. *El barco de El Sec*. Mallorca 1987

BEAZLEY, J.D.: 1942. *Attic red-figure vase painters*. Hacker Art Book. N.York 1984 (reimpresión de la II edición).

BLAZQUEZ, J.M.: 1975. *Castulo I*. Acta Arqueológica Hispana nº8. Madrid 1975

BONET, H., y MATA, C.: 1981. *El poblado ibérico del Putal dels Llops (El Colmenar, Olocau, Valencia)*:Serie de Trabajos Varios del S.I.P. nº71. Valencia 1981

BRONCANO, S.: 1989. *El depósito votivo de El Amarejo (Bonete, Albacete)*. E.A.E. nº160. Madrid 1989

BRONCANO, S. y BLANQUEZ, J.: 1985. *El Amarejo (Bonete, Albacete)*: E.A.E. nº 139. Madrid 1985.
CAVALIER, M.: 1985. *Les amphores du IV au II siècle dans les fouilles de Lipari*. Cahiers des amphores archaïques et classiques. 1. Cahiers du Centre Jean Bérard. Naples 1985.
CRUZ PÉREZ L.: 1989. *La necrópolis ibérica de Los Nietos (Cartagena, Murcia)*. E.A.E. nº 158. Madrid 1989.
CUADRADO E.: 1952. «La cerámica ibérica tosca con collar con impresiones y su origen céltico». *II C.N.A.*, Cartagena 1952. 269-281.
CUADRADOE.: 1963 «Cerámica ática de barniz negro de la necrópolis de El Cigarralejo (Mula, Murcia). *A.P.L.* vol. X. 97-164.
CUADRADOE.: 1987. *La necrópolis ibérica de El Cigarralejo (Mula, Murcia)*. Biblioteca Prehistórica Hispana vol.XXIII. Madrid 1987.
DIEHL, E., SCHUBART, H., SAN MARTIN, P.: 1962. «Los Nietos. Ein Händelplatz des 5 bis 3 Jahrhunderts an der Spanische Levanteküste». *Madrider Mitteilungen* 3. 1962. 45-84.
FLETCHER, D. : 1953 «Una nueva forma de la cerámica ibérica de San Miguel de Liria (Valencia)». *Zephyrus II*. Salamenca 1953. 187-191.
FLETCHER D., PLA, E., ALCACER, J.: 1969. *La Bastida de Les Alcuses (Mogente, Valencia)*: Trabajos Varios del S.I.P., nº 25. Valencia 1969.
GARCIA CANO, C. (e.p.). «Los inicios de la presencia púnica en Los Nietos». *II Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*. Cádiz 1995.
GARCIA CANO, C.; GARCIA CANO J.M.: 1992. «Cerámica ática del poblado ibérico de La Loma del Escorial (Los Nietos, Cartagena)». *A.E.A.* nº65. Madrid 1992. 3-32.
GARCIA CANO J.M.: 1982. *Cerámicas griegas de la Región de Murcia*. Murcia 1982
GARCIA CANO, J.M., PAGE DEL POZO, V.: 1988. «La cerámica ática de figuras rojas de la Necrópolis de La Senda, Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla).» *Anales de Prehistoria y Arqueología* nº4. Murcia 1988. 125-135.
GOMEZ BELLARD, C.: 1993. «Relaciones comerciales en las islas Baleares entre los siglos VII y II a.C.»*Cuadernos de Arqueología Marítima*nº4.Cartagena 1993
GRANDJEAN, Y.: 1992. «Contribution à l'établissementd'une tipologie des amphores thassiennes. Le material amphorique du quartier de la porte du Silène».*Bulletin de Correspondance Héllénique* CXVI.1992. 541-584.
GUERRERO, V.: 1984. *Asentamiento púnico de Na Guardis*. E.A.E. nº133. Madrid 1984.
GUERRERO, V., ROLDAN, B.: 1992. *Catálogo de las ánforas prerromanas. Museo Nacional de Arqueología Marítima*. Cartagena 1992.
INIESTA, A., PAGE, V., GARCIA CANO, J.M.: 1987. *Excavaciones arqueológicas en Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla). La sepultura 70 de la necrópolis del Poblado*. Murcia 1987.
JUNYET, E.: 1973. «Los materiales del poblado ibérico de El Margalef, en Torregrosa (Lérida)». *PYRENAE* nº8. 89-132.
KOEHLER, K.: 1979. *Corinthian A and B Transport Amphoras*. Princeton 1979
KOEHLER, K.: 1981. «Corinthian developments in the study of trade in the fifth century». *HESPERIA* nº50. 4: 449-458.
LILLO CARPIO, P.: 1981. *El poblamiento ibérico en la provincia de Murcia*. Murcia 1981.
LILLO CARPIO, P.: 1993. *El poblado ibérico fortificado de Los Molinicos (Moratalla, Murcia)*. Murcia 1993
MARTI BONAFE, Mª A.: 1990. «Las cuevas del Puntal del Horno Ciego. Villagordo del Cabriel (Valencia).» *SAGUNTUM* 23. Valencia 1990. 141-171.
MARTIN CAMINO, M.: 1994. «Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia». *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. Biblioteca Básica Murciana, extra 4. Murcia 1994.
MARTIN CAMINO, M., y ROLDAN BERNAL, B.: 1991. «Aportación al conocimiento de la presencia fenicia y púnica en el litoral del Sudeste peninsular». *XX C.N.A.*, Santander 1989, Zaragoza 1991. 355-360.
MARTINEZ PERONA, J.V.: 1992 «El santuario ibérico de la Cueva de Merinel (Bugarra). En torno a la función del vaso caliciforme». *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana: Homenaje a E. Plá Ballester, Trabajos Varios del S.I.P.*nº89. Valencia 1992. 261-276
MATA PARREÑO, C.: 1990. *Los Villares: Origen y evolución de la Cultura Ibérica*. T.V. del S.I.P. nº 89. Valencia 1990.
MATA PARREÑO, C. y BONET ROSADO, H.: 1992. «La cerámica ibérica: Ensayo de tipología». *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana: Homenaje a E. Plá Ballester, Trabajos Varios del S.I.P.* nº89. Valencia 1992. 117-145.
MOLINA GARCIA, J. y MOLINA GRANDE, M.: 1977. *Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)*. Trabajos Varios del S.I.P. nº51. Valencia 1977.
NORDSTROM, S.: 1973. *La céramique peinte de la rovince d'Alicante*, Estocolmo 1973.
PELLICER, M.: 1962. «La cerámica ibérica del Valle del Ebro». *CAESARAUGUSTA* 19-20. Zaragoza 1962.
PEREIRA SIESO, J.: 1988. «La cerámica ibérica de la cuenca del Guadalquivir I. Propuesta de clasificación».*TRABAJOS DE PREHISTORIA 45*, Madrid 1988.143-173
PRESEDO VELO, F.: 1982. *La necrópolis de Baza*. E.A.E. nº 119. Madrid 1982.
RAMON TORRES, J.: 1981. *La producción anfórica púnico-ebusitana*. Ibiza 1981.
RIBAS, M., LLADO, J.: 1977-78. «Excavació d'unes habitacions pre-romanes a Burriac (Cabrera de Mataró).» *PYRENAE* 13-14. Barcelona 1977-78. 169-ss.
RIPOLL, E., BARBERA, J., MONREAL, J.: 1964. *El poblado prerromano de San Miguel (Valromanés-Montornés, Barcelona)*. E.A.E. nº28. Madrid 1964.
ROS SALA, M.: 1989. *Dinámica urbanística y cultura material del Hierro Antiguo en el Valle del Guadalentín*, Murcia 1989.
ROUILLARD, P.: 1975. «Les coupes attiques à figures rouges du IV s. en Andalousie»: *Mélanges de la Casa de Velázquez*, tomo XI. Paris 1975. 21-51.
SANDRO, N. di: 1981. «Appunti sulla distribuzione delle anfore commerciali greche in Campania tra l'VIII sec. e il 273 a.C.». *Archeologia e Storia Antica, Annali di Semminario di Studi di Mondo Classico*, III, Napoli 1981, 1-14.
SANDRO, N. di: 1986. *Le anfore arcaiche dallo scarico Gosetti, Pithecusa*. Cahiers des Amphores Archaïques et Classiques. 2. Cahiers du Centre Jean Bérad. XII. Naples 1986.
SAN MARTIN MORO, P. : 1964. «Primer informe sobre la excavación de la Loma del Escorial. Los Nietos (Cartagena)». *NOTICIARIO ARQUEOLOGICO HISPANICO*, nº6. Madrid 1964. 157-161.
SERRA VILARO, J.: 1922. «Poblado ibérico de San Miguel de Sorbas (Barcelona)». *Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas*, nº44. Madrid 1922. 19-20.
SPARKES, B. y TALCOTT, L.: 1970. *The athenian Agora. Black and Plain Pottery*. The American School of Classical Studies at Athens. Princeton 1970.
VAQUERIZO GIL, D.: 1988-89. «Ensayo de sistematización de la cerámica ibérica procedente de la necrópolis de Almedinilla, Córdoba». *LUCENTUM*, VII-VIII. Alicante 1988-89. 103-132.

DE NUEVO SOBRE PONDERALES IBERICOS

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 271 - 275

Domingo Fletcher Valls
Luciano Silgo Gauche
SIP. VALENCIA

I

La aparición, en las excavaciones realizadas en los primeros decenios de este siglo en la región valenciana, de ciertas piezas de bronce o plomo con formas características y pesos regulares hizo nacer entre los investigadores la idea de que se trataba de pesas, idea confirmada por ciertos hallazgos que, sin lugar a dudas, podían calificarse de *ponderaria*, al encontrarse series completas de estos ponderales agrupados y unidos por varillas o en relación a platillos de balanza. Se debe a Don Isidro Ballester el primer estudio de estos ponderales ibéricos, hallados en las excavaciones de Covaltà, la Bastida de les Alcuses y otros yacimientos[1]. Don Isidro Ballester, con su minuciosidad habitual, expuso los hallazgos ordenando las piezas según su peso, absteniéndose de formular hipótesis acerca del patrón utilizado, aunque le parecía probable la existencia de una unidad de peso cercana a los 4 gramos. Presentamos a continuación el cuadro elaborado por D. Pío Beltrán (ver infra) con las series en que D. Isidro Ballester agrupó los ponderales y que coinciden con nuestros propios cálculos con la comprensible variación en los pesos medios:

Cuadro I

	a	b	c	d	e	f	g	peso medio
A	1	5/3	2.1/2	5	10	12.1/2	25	208'87
B		1	1.1/3	3	6	7.1/2	15	123'28
C			1	2	4	5	10	83'17
D				1	2	2.1/2	5	40'50
E					1	1.1/4	2.1/2	20'86
F						1	2	16'27
G							1	8'48

(1) I. BALLESTER: «Los ponderales ibéricos de tipo covaltino», comunicaciones al IV Congreso Internacional de Arqueología. Tirada aparte de Cuadernos de Cultura Valenciana III-IV. Valencia 1930.

Basándose en el trabajo anterior Karl Lehmann-Haupt opinaba en 1931 que los ponderales de Bastida y Covalta seguían el modelo de la (media) mina de oro de la norma de los dáricos, con la unidad base de 8 gramos equivalente al ciclo babilónico de esa norma[2].

Don Pío Beltrán, al examinar más tarde esta misma serie partió también del valor G, lo que daría una mina de 497'2854 gramos, si bien rechazaba que el sistema se basase en el dárico de oro, pues éste se refiere a una mina de 50 piezas o a una doble mina de 100 piezas, habiéndose basado Lehman en las piezas de media mina de oro. Para él la mina covaltina sería equivalente, por exceso o por defecto, de la mina común (491'175 gramos) o de la real ligera (504'818 gramos) babilónicas. Recuerda también este autor que las monedas cartaginesas se ajustan a 1 dracma que es de 135 piezas en la mina real babilónica débil y que 4/3 de ese dracma serían 4'9872 gramos y una mina de 100 de dichas piezas pesaría 498'72 gramos[3].

La reedición de este trabajo en 1972 mereció la atención de Leandro Villaronga, quien puntualizaba que la dracma cartaginesa a la que aludió Don Pío Beltrán era de 3'6 gramos y 140 en mina, teniendo las dracmas antiguas de Rhode y Emporion un peso medio de 4'76 gramos lo que supone 105 en mina. Señalaba también Villaronga, la coincidencia de los bronces de Gades de peso medio de 8'33 gramos con la serie G de Ballester, lo que le llevaba a admitir como hipótesis de trabajo que la coincidencia entre los ponderales ibéricos mencionados y las monedas hispano-cartaginesas obedecía a un sistema existente en el Mediterráneo occidental y común con el de Sicilia y Sur de Italia, donde hubo monedas del mismo patrón de 8/9 gramos. Como ejemplo mencionó Villaronga el bronce de Hieron de

(2) Karl LEHMANN-HAUPT: «Die (halbe) Goldmine der Dareikennorm als Gabrauchsgewicht im alten Iberien». Forschungen und Fortschritte, 7 Jahrgang, nr. 30, pág. 34, Berlín 20-X-1931.

(3) P. BELTRÁN VILLAGRASA: «El ponderarium de Covalta y la 'mina covaltina'», 1948 = Obra Completa I, págs. 233-241, Zaragoza 1972.

17'75 gramos con reverso de jinete lancero, que es el doble del de 8'49 de las de tridente, cuya mitad a su vez son las monedas de 4'17 gramos de peso y con motivo de caballo. A éstas agregaba los bronces acuñados por Hieronymos de Siracusa en 215-214 con 8'63 gramos de peso, las emisiones de los mamertinos de 282-210 de 16/17 gramos con sus divisores y las de los Brutti de 8'74 y 17'5 gramos acuñadas después de Pirro. Este patrón coincidía con la státera del sistema euboico de 8'74/8'42 gramos[4].

En un trabajo más reciente Josep Pellicer i Bru piensa que en los sistemas ponderales de uso en España durante la Edad Media subyace un sistema prerromano con una mina de 408-816 gramos para la plata y otra de 489'6-979'2 para el cobre[5].

Cuadrado, estudiando los ponderales aparecidos en el Cigarralejo y en otros yacimientos concluye que el sistema de pesas ibérico debió basarse en uno de los griegos en uso en el s. VI a.C., tal vez en la mina presoloniana de 873'2 gr., ya que 1/4 de ésta son 218'3 gr. lo que la aproxima al valor de la serie A de Ballester, siendo ésta a su vez 25 veces el valor de la serie inferior de algo más de 8 gr.[6].

En el trabajo dedicado por D. Fletcher y C. Mata a los ponderales éstos se estudiaban tomando la dracma ática de 4'36 gramos como unidad base[7].

II

Por otra parte está atestiguada la existencia en inscripciones de una serie de signos, equivalentes a letras ibéricas, que aparecieron primero en el cuenco de La Granjuela (H.5.1) y en el de Santisteban del Puerto (H.3.2), siendo objeto el primero de interpretaciones –que pueden considerarse fallidas– por A. Tovar[8] y Solá Solé[9]. Domingo Fletcher señaló la existencia de esos mismos signos en la publicación del plomo Orleyl III (F.9.3) y más tarde, en colaboración con Vicente Pascual, en el plomo Serreta VI (G.1.6) llegando a la conclusión de que indicaban cantidades[10]. Han aparecido más tarde en el plomo Orleyl X (F.9.8) así como en los Yátova (Pico de los Ajos I/ II/ III - F.20.1/2/3) y en otros dos de procedencia desconocida (C.0.1, C.0.2). La serie, ordenada de manera decreciente, es **a - o - ki** y, en los plomos de Yátova y de procedencia desconocida acabados de citar se añade una unidad de orden inferior representada por la letra **e**[11].

F. J. Oroz[12] intentó identificar los valores de **a, o, ki** en el cuenco de la Granjuela, suponiendo que se basaba en un sistema sexagesimal semejante al de la libra romana, y obtenía valores próximos a los de la libra, el sextans y la duella como resultado de dividir el peso de la vasija, 568'2 gramos, entre las unidades existentes en la inscripción (A **I: O** IIII: **KI** IIII). Los paralelos aducidos para las letras ibéricas en otros alfabetos no son lo mejor de este trabajo. La conclusión principal: una equivalencia entre las tres unidades de 1: 6: 36 ha sido admitida por Javier de Hoz[13]. Por el contrario Pellicer i Bru parte de una libra de 425 gramos, representando las tres letras ibéricas a una libra, cuatro onzas y cuatro escrúpulos, cuyos valores teóricos a partir de la unidad de 425 gramos son ligeramente adaptados para acercarlos al peso real del recipiente[14].

III

Los ponderales hallados hasta el momento muestran una gran variabilidad, ya sea efecto del distinto grado de conservación, ya sea resultado de diferencias locales o temporales en el patrón metrológico; por esto, lo más efectivo será partir de hallazgos cerrados que ofrezcan series que puedan suponerse relacionadas entre ellas y cuya **ratio** pueda establecerse con razonable grado de seguridad a pesar de variaciones casuales. Examinamos a continuación cinco de estos hallazgos:

Cuadro II*

Bastida, dpto. 100	Bastida, dpto. 16	Bastida, dpto. 118
I 19'9 >x4 II 82'3 >x1'5 III 123'8 >x1'5 IV 208	I 8'7 >x2 II 16'7 >x1'5 III 21'6 >x2 IV 41'1 >x2 V 82'61 VI 85'1 >x1'5 VII 124'3 >x1'5 VIII 209	I 2'45 >x1'5 II 3'3 >x1'5 III 4'5 >x2 IV 8'3 V 8'5 >x2 VI 16'7

Orleyl, sepultura II	Covalta, depto. b
I 7'77 (rota) II 22'92 >x2 III 43'7 >x2 IV 92'62 x1'5 V 132'88	I 42'2 >x2 II 81'8 >x1'5 III 122'25 >x1'5 IV 209'5

* El peso está expresado en gramos, los números romanos son la numeración de las pesas de acuerdo con el trabajo de Fletcher-Mata, 1981.

(4) Leandro VILLARONGA: «Sobre nos ponderales ibéricos». Ampurias 33-34, págs. 297-298. Barcelona 1971-1972.

(5) Josep PELLICER I BRU: «Los ponderales antiguos de la Península Ibérica». Nummus IV-V-VI, págs. 293-306. Porto 1983.

(6) E. CUADRADO: «Sobre ponderales ibéricos». VIII Congreso Nacional de Arqueología (Sevilla-Málaga 1963), págs. 339-352. Zaragoza 1964.

(7) D. FLETCHER Y C. MATA: «Aportación al conocimiento de los ponderales ibéricos». Saguntum 16, págs. 165-175. Valencia 1981.

(8) A. TOVAR: «Notas epigráficas sobre objetos del Museo Arqueológico Nacional: Inscripción Ibérica en una gamella del tesoro de La Granjuela». Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos LXI, 2, págs. 580-583, Madrid 1955.

(9) J. J. SOLÁ SOLÉ: «Assaig d'interpretació d'algunes inscripcions 'ibèriques' mitjançant el fenici i púnic». Oriens Antiquus 7-2, págs. 223-244, 1968.

(10) Domingo FLETCHER VALLS: «Un plomo escrito de Vall d'Uxó (Orleyl III) (Castellón de la Plana)». X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón 1967), págs. 338-340, Zaragoza 1969. En este trabajo discrepa Fletcher de las valoraciones que diera Tovar a los signos de La Granjuela, y establece, de acuerdo con serreta VI, una gradación en la que el primer signo (**a**) es el de mayor valor; el segundo (**o**) valdría, como máximo, nueve veces menos que el primero, y el tercero (**ki**), cinco veces menos que el segundo.
D. FLETCHER y V. PASCUAL: «Cuatro inscripciones ibéricas del Museo de Alcoy». XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971), págs. 469-476, Zaragoza 1973.

(11) D. FLETCHER: «Los plomos ibéricos de Yátova». Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica n.º 66, Valencia 1980.

(12) F. J. OROZ ARIZCUREN: «El sistema metrológico de la inscripción ibérica del cuenco de La Granjuela», Actas del II Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen 1976), págs. 283-370, Salamanca 1979, propone a = 319'6125, o = 53'269 grs., ki = 8'878 grs. con sistema sexagesimal (libra, sextante y binae sextullae).

(13) J. DE HOZ: «Algunas precisiones sobre textos metrológicos ibéricos». Archivo de Prehistoria Levantina XVI, págs. 475-486, Valencia 1981.

(14) J. PELLICER I BRU: «Volúmenes y pesos prerromanos de la Península Ibérica. Sobre el epígrafe del cuenco de La Granjuela», Numisma, año XLIII, n.º 232, págs. 61-90, Madrid, Enero-Julio 1993.

Puede verse que cada pieza de orden superior es habitualmente o bien el doble de la anterior o bien el resultado de la suma de las dos piezas anteriores, que hemos expresado por 1'5. Se trata, como bien vio D. Pío Beltrán[15] de la serie de Fibonacci que se forma sumando cada dos consecutivos para obtener el siguiente.

La existencia de tres de estos hallazgos en La Bastida de les Alcuses de Mogente permite establecer una escala de 10 series en las cuales integrar los hallazgos realizados en superficie cuya relación se presenta más problemática. La existencia entre los ponderales de esta última procedencia de piezas no clasificables aumentará las series a 13. Debemos tener en cuenta para la clasificación de las piezas superficiales que el peso de cada serie debe ser el doble del anterior o la suma de los dos anteriores pero difícilmente más grande. Por otra parte el material superficial, por su origen, es de menor fiabilidad que el proporcionado por los hallazgos cerrados y se presta más a variaciones de diferente origen.

Cuadro III. Bastida de les Alcuses

Superficial dpto. 16		dpto. 100	dpto. 118	Media
a	2'5 (I)		2'45 (I)	2'5
b	2'9 (II)		3'3 (II)	3'07
	2'99 (III)			
	3'1 (IV)			
c	4'3 (V)		4'5 (III)	4'7
	4'8 (VI)			
	5'2 (VII)			
d	6'1 (VIII)			6'1
e	8'5 (IX)	8'7 (I)	8'3 (IV)	8'73
	8'8 (X)		8'5 (V)	
	8'8 (XI)			
	9 (XII)			
	9'3 (XIII)			
f	10'85			10'85
g		16'7 (II)	16'7 (VI)	16'7
h	18'1 (XV)	21'6 (III)	19'9 (I)	21'8*
	21'5 (XVI)			
	24'2 (XVII)			
i	34'2 (XVIII)	41'1 (IV)		39'5
	37'1 (XIX)			
	39'9 (XX)			
	39'9 (XXI)			
j	68'4 (XXII)	82'6 (V)	82'3 (II)	82'3***
	79'2 (XXIII)	85'1 (VI)		
k	102 (XXIV)	124'3 (VII	123'8 (III)	125'4****
	102'4 (XXV)			
	128'1 (XXVI)			
l	193'3 (XXVII)	209 (VIII)	209 (VIII)	208'16*****
	206'5 (XXVIII)			
m	493'3 (XXIX)		493'3	

* No se tiene en cuenta el n.º XV-superficial.
** No se tiene en cuenta el XVIII-superficial.
*** No se tiene en cuenta el XXII-superficial.
**** No se tiene en cuenta el XXIV y XXV-superficiales.
***** No se tiene en cuenta el XXVII-superficial.

Hemos considerado además las piezas halladas en otros yacimientos del área contestana, que como puede verse en el cuadro IV se integran sin dificultad en las series que hemos deducido para La Bastida.

Cuadro IV

Bastida (media)	Cigarralejo	Verdolay	Covalta-sup.	Covalta-b	Otros
a 2'5	1'98 (I)	2'04 (I)	1'9 (I)		
b 3'07	3038 (II)	4 (II)	3'7 (II)		
c 4'7	5'01 (III)	4'48 (III)			
d 6'1		6'05 (IV)			
e 8'73	7'4 (IV)	8'64 (V)	8'2 (III)		7'91 (Cabeço de Mariola)
f 10'85					12'86 (Cabeço de Mariola)
g 16'7	15'83 (V)		15'7 (IV)		16'65 (Cabeço de Mariola)
				15'9 (V)	
				16'4 (VI)	
h 21'8	20'48 (VI)	19'5 (VI)	20'3 (VII)		21'12 (Cabeço de Mariola)
			20'15 (VII)	20'7 (VIII)	20 (Serreta)
i 39'5	41'46 (VII)	36'25 (VIII)	39'1 (IX)	42'2 (I)	40'71 (Serreta)
			39'44 (IX)	40 (X)	35 (Charpolar)
j 82'3	81'65	82'87 (X) (VIII)	78'5 (XI)*	81'8 (II)	
k 125'4	125 (IX)	123'93 (XI)	123'3 (XII)	122'25 (III)	
				132'5 (XIII)*	
l 208'16	208'45 (X)	197'5 (XII)	210'5 (XIV)	209'5 (IV)	
			209'5 (XIII)		
m 493'3					

* De hierro, la n.º XIII con fuerte oxidación. Tampoco se tienen en cuenta para las medias la de peso de 35 gr. de Charpolar y la XII de Verdolay.

En el cuadro V se ofrecen las medias de los yacimientos contestanos y el peso de los ponderales hallados en la sepultura II de Orleyl, los procedentes del poblado ibérico de Serra de l'España[16] y los publicados por Arribas, de origen desconocido aunque ofrecidos a la venta en Barcelona[17]. Desgraciadamente no podemos servirnos de los publicados por Morilla y Morales, su origen heterogéneo a la vista de las marcas y fuera de todo contexto imposibilitan su adecuada clasificación[18]. Puede observarse a primera vista que los ponerales de Orleyl, aunque dentro del mismo sistema, pertenecen a un patrón más pesado que el de la Contestania.

Cuadro V

Serie	Media	Orleyl	Capsanes	Barcelona
a	2'1			
b	3'54			
c	4'73			
d	6'07			
e	8'176			
f	11'855		12'5	
g	16'196	7'7 (I), rota		
h	20'55	22'92 (II)	22	
			25	
				30'3
i	39'82	43'7 (III)		
			53	
j	81'143	92'62 (IV)		
k	123'97	132'88 (V)		140
l	209'22	*225'5	285	280
				285
m	493'3		445	
				890

* Resultado de sumar los dos anteriores para obtener el peso de la serie siguiente.

Puede aceptarse que el patrón metrológico usado en la

(15) P. BELTRÁN VILLAGRASA: op. cit. nota 3.

(16) Luisa VILASECA BORRAS: «El poblado ibérico de Serra de l'Espasa, Capsanes. Materiales arqueológicos». Instituto de Estudios Tarraconenses Ramón Berenguer IV, Centro Comarcal de Reus, Reus 1958.

(17) A. ARRIBAS: «¿Ponderales ibéricos zoomorfos?». Zephyrus XIV, págs. 96-98. Salamanca 1963.

(18) Ignacio MORILLA y Andrés MORALES: «Comentarios sobre ponderales hispánicos antiguos de la zona de «Los Alcores» (Sevilla)». Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología n.º 11 y 12, págs. 69-76. Madrid 1981.

Contestania en la segunda mitad del siglo IV a.C. y principios del III respondía a una mina de peso algo inferior a los 500 gramos. Hay también otros patrones, el de Orleyl, más pesado, y el de Capsanes y los caballitos de Barcelona que coinciden en una mina de 445 gramos. Partiendo de el peso de la mina hallada en Bastida y única conocida hasta el momento resulta:

Cuadro VI

Contestania			
peso teórico		**serie**	**peso medio**
493'3	1	m	493'3
205'5	5/12	l	209'22
123'32	1/4	k	123'97
82'216	1/6	j	81'143
41'10	1/12	i	39'82
20'55	1/24	h	20'55
16'44	1/30	g	16'196
10'96	1/45	f	11'855
8'22	1/6	e	8'176

Capsanes y Barcelona		
peso teórico		**peso medio**
890	2	890
445	1	445
278'125	5/8	282'5
139'062	2'5/8	140
55'625	1/8	53
29'66	1/15	30'3
24'72	1/18	25
22'25	1/20	22
12'714	1/35	12'5

Volviendo ahora al cuenco de La Grajuela se observará que una unidad «m» sumada a cuatro unidades teóricas de la serie «g» y cuatro de peso medio de «a», según el patrón de la Contestania resultan 567'46 gramos, muy cerca del peso real que es de 568'2.¡:

1 «m»	493'3
4x16'19	64'78
4x2'1	8'4
Total	566'48

Esto ofrece una buena base para relacionar las series «m», «g» y «a» con los signos ponderales ibéricos **a, o, ki**, aunque no puede excluirse que se trate de una casualidad. Hay que señalar también que hemos partido del peso de la pieza de 493'3 gramos para deducir los teóricos del resto de las series, pero que un conjunto mayor de piezas, las de la serie «l» daría un peso de la mina de 502'128 gramos, que tal vez esté más cerca de la realidad (y hay que preguntarse, también, si la inscripción refleja con plena exactitud el peso del cuenco y la variación que este peso ha sufrido en el tiempo).

Es notable que un resultado muy parecido se obtenga sumando una unidad de la serie «l», 4 de la serie «j» y 4 de la «e»:

1 unidad serie «l»	290'22
4x81'143	324'57
4x8'176	32'7
Total	566'49

Pero el hecho de que cuatro unidades o valgan más que la unidad superior, **a**; y que en La Serreta VI (G.1.6), o sea seguido por 8 barras, respetando verosímilmente ocho unidades **o**, lo que implica que la unidad de peso superior sea, por lo menos, nueve veces **o**, restan verosimilitud a este último cálculo, a pesar de que la elección de las series «e» y «l» como unidades ponderales encontrarían paralelos en el mundo clásico: la primera se acerca al valor de la estátera corintia y del shekel fenicio —las unidades ponderales más extendidas en el Mediterráneo, mientras que la segunda se acerca a la libra etrusca pesada de 204'66 gramos y a la libra sícula de 218'3 gramos (que es, a su vez 1/120 del talento euboico o 1/100 del talento ligero fenicio de plata de 21.830 gramos). Por ello, y aún repitiendo que creemos más verosímil que, **a, o, ki** equivalgan a los valores dados en la primera hipótesis, damos las equivalencias entre las series «a», «e», «j» y «l», que sólo pueden ser teóricas dado lo heterogéneo del material y los errores estadísticos acumulados:

Cuadro VII

Serie	Peso Medio	«a»	«e»	«j»	«l»
a	2'1	1	1/4	1/40	1/100
b	3'54	2	1/2	2/40	2/100
c	4'73	2'5	12'5/20	2'5/40	2'5/100
d	6'07	3	15/20	3/40	3/100
e	8'24	4	1	1/10	4/100
f	10'85	5	5/4	1/7'5	1'25/20
g	16'16	8	2	1/5	2/20
h	20'65	10	2'5	1/4	1/10
i	39'39	20	5	1/2	2/10
j	81'39	40	10	1	4/10
k	125'4	60	15	1'5	6/10
l	207'55	100	25	2'5	1

Para la identificación de las unidades ponderales ibéricas habrán de tenerse también en cuenta las marcas que llevan las pesas: una de Bastida de 39'9 gramos (n.º XXVI en el trabajo de D. Isidro Ballester) lleva dos gruesos puntos incisos simétricamente colocados a ambos lados del orificio central. Otra del mismo yacimiento (n.º XXXIII del mencionado trabajo), de peso 8'5 gramos, lleva 5 puntos triangulares en una de sus bases, confirmando, creemos, lo que venimos exponiendo: la pieza contiene cinco unidades de la serie inferior, aquí con peso de 1'6 gramos, semejante a nuestra serie «a», y esto contribuye a la identificación de tal serie con el valor **ki** del sistema ibérico. Es curioso, estadísticamente, que 1'6 sea también 1/300 del peso real de la pieza de Bastida de peso de 493'3 gramos que representaría a la «mina».

Tomando en cuenta todo lo anterior resulta posible que el sistema ponderal, o uno de los sistemas ponderales, usado en la Contestania y que encuentra su reflejo en la inscripción del cuenco de La Granjuela (cuyos signos se repiten en otras inscripciones ibéricas), respondiese a una mi-

na simbolizada por la letra ibérica A, cuya 1/30 parte estaría representada por la letra **O** y una última unidad, identificada por la letra **KI**, que es a su vez 1/10 y 1/300 del peso de las dos anteriores.

IV

Resumimos brevemente las consideraciones precedentes:

1. Varios autores opinan que el sistema de pesos ibérico se basaba en una mina de alrededor de 500 gramos. Nuestro propio estudio, aun reconociendo variaciones locales en los pesos, está de acuerdo con esta conclusión.

2. La base de los intercambios en época ibérica, anteriormente a la utilización de la moneda, según testimonian los documentos epigráficos del siglo IV a.C., se basaban en la plata y bronce al peso, seguramente conviviendo con el trueque...

3. Aunque pueda ser una simple casualidad, habrá que tener en cuenta la coincidencia que se da entre el valor de ciertas unidades ponderales en uso en la Contestania y el peso y la inscripción del cuenco de La Granjuela, cuya explicación siempre será más segura contando con los datos que los propios ponderales ibéricos suministran.

4. Hace tiempo que los numismatas han apreciado la existencia de patrones metrológicos especiales usados en la Península Ibérica antes de la Segunda Guerra Púnica, así Richard y Villaronga[19] ponen de manifiesto la existencia de una unidad monetal de bronce de alrededor de 8'7 gramos, aunque en el caso de las monedas, como nos indican los profesores Leandro Villaronga y Pere Pau Ripollés[20] hay que tener en cuenta la devaluación del valor de la moneda y la existencia de patrones más reducidos en las monedas que en el sistema ponderal real, por causas diversas.

5. Con todo, no deja de ser interesante comparar la letra **ki**, del sistema ponderal, con las leyendas **kitar, kiterter** de las monedas de Sagunto estudiadas por Pere Pau Ripollés[21], leyendas que se encuentran en relación paradigmática con las de **etar, eterter** de las monedas de bronce de Undica. Es tentador ver en **ki-** y **e-** abreviaturas y, más concretamente, considerar a **ki** como abreviatura de la palabra **kidei**, de relativa frecuencia en las inscripciones sobre plomo, asociada tanto a numerales (**kidei bors**: «cinco kieis», aceptando **bors** = vasco *bor(t)z)* como al conocido lexema **s'alir** patrón metrológico esta relación epigráfica, por su parte bastante evidente.

Y una última reflexión sobre temas epigráficos: de El Monastil de Elda procede una pesa de bronce hallada fuera de contexto y con dos letras leídas **KA KA** por sus publicadores, que las consideraron ibéricas[22]. Esta inscripción ha figurado desde entonces en los diversos repertorios ibéricos, tanto de Llobregat[23], Siles[24], Untermann[25], como de nosotros mismos[26]. Nos atrevemos a pensar ahora que la semejanza entre la letra A de los alfabetos latinos y griego con el signo **KA** ibérico ha podido causar una confusión y que tanto la pesa como el letrero sean en realidad bizantinos. Una pieza bizantina, del todo semejante a ésta, con las letras AA, figura en el Catálogo de la Exposición «Ponderales desde la Antigüedad al sistema métrico decimal» [27] y se interpreta como «un as» (A = «1», y también abreviatura de «as»). El peso de la pieza de El Monastil, 330 gramos, entra dentro de los márgenes admitidos para la libra o as, que en el ejemplar de la exposición es de 340 gramos, confirmando de esta manera nuestras sospechas.

---

(19) J. C. M. RICHARD y L. VILLARONGA: «Recherches sur les étalons monétaires en Espagne et en Gaule du Sud antérieurement a l'époque d'Auguste». Mélanges de la Casa de Velázquez IX. pág. 127. París. 1972.

(20) Agradecemos de todo corazón a los Dres. Leandro Villaronga y Pere Pau Ripollés, así como a Jünger Untermann, las interesantes sugerencias que nos han hecho llegar para la redacción de este trabajo.

(21) P.P. RIPOLLES ALEGRE: «Arseetarkiterter: nueva leyenda monetal de Arse». Arse 27, págs. 7-18. Sagunto 1992-1993. «Les Dracmes d'Arse amb anvers Atenea». Homenatge al Dr. Leandre Villaronga. Acta Numismática 21-22-23, págs. 117-132. Barcelona. 1993.

(22) CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE: «Carta Arqueológica del Valle de Elda». Archivo de Prehistoria Levantina XIII, pág. 205, lám. VIII-6. Valencia. 1972.

(23) E.A. LLOBREGAT: «Contestania Ibérica», pág. 125, n.º 14. Alicante, 1972.

(24) J. SILES: «Léxico de inscripciones ibéricas», pág. 147. Madrid, 1985.

(25) J. UNTERMANN: M.L.H. G.11.1.

(26) L. SILGO: «Textos ibéricos valenciano», vol. Y, pág. 114. Tesis doctoral leída en la Universidad de Valencia. Valencia 1992.

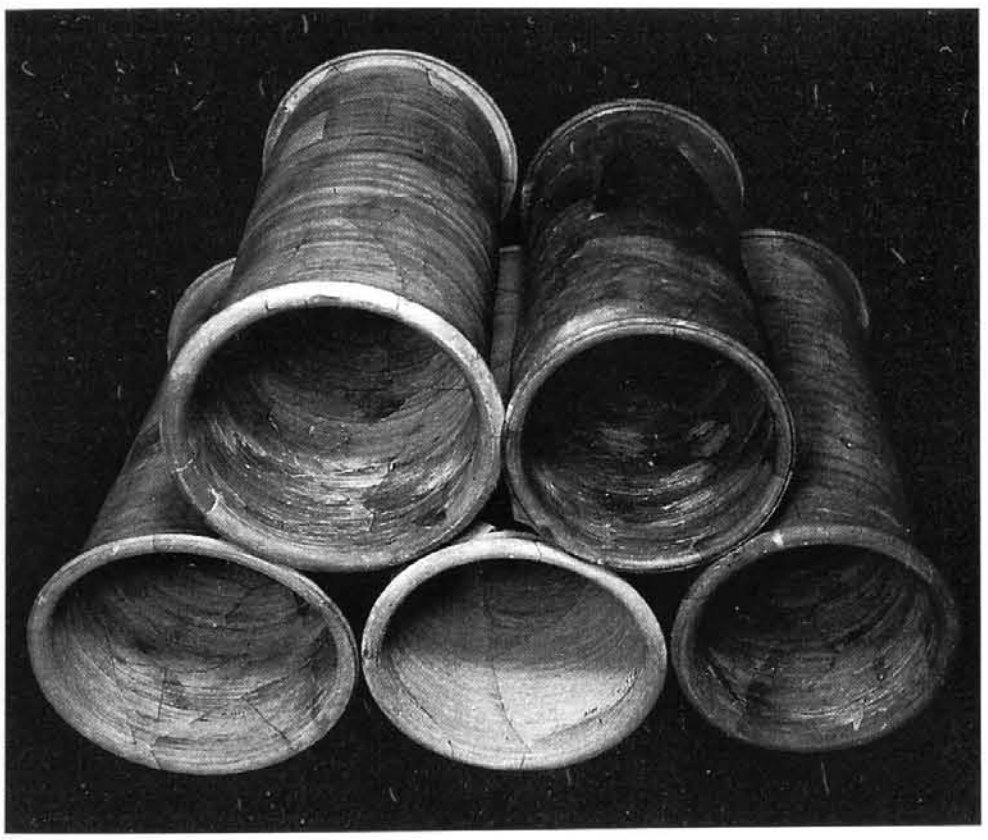
(27) Gaceta Numismática 4.ª época, n.º 117, junio 1995, págs. 18-19. Debemos el conocimiento de esta importante publicación a la exquisita amabilidad del Dr. Leandre Villaronga.

TESTIMONIOS DE APICULTURA EN EPOCA IBERICA

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 277 - 285

Helena Bonet Rosado
SERVEI D'INVESTIGACIO PREHISTORICA.
DIPUTACIO DE VALENCIA

Consuelo Mata Parreño.
DEPARTAMENT DE PREHISTORIA I ARQUEOLOGIA.
UNIVERSITAT DE VALENCIA



Lám.I: Colmenas ibéricas. Museo de Prehistoria de Valencia.

Los griegos y romanos debieron de conocer la caña de azúcar en su lugar de origen, en Asia Meridional e India, aunque solamente en la Edad Media, y a través de los árabes, se extendió por Occidente (Saglio, 1900, t.IV-II, p. 931). Por tanto la miel era el único producto utilizado para endulzar alimentos y bebidas en el Viejo Mundo. Sus propiedades nutritivas, energéticas y antisépticas son muy importantes, atribuyéndose también a la miel propiedades curativas que no siempre están probadas pues, en muchos casos se hacen derivar de las plantas de las que proceden (Mateu et alii, 1993, 45- 46).

Desde la Prehistoria, la miel ya se recolectaba de forma habitual como queda reflejado en la pintura rupestre de la Cueva de la Araña en Bicorp; sin embargo, las evidencias más antiguas sobre la apicultura, es decir la producción de miel como una actividad más del calendario agrícola, proceden del antiguo Egipto (Crane, 1983, p. 35-39). Pero habrá que esperar a los autores clásicos para tener una mayor documentación sobre la miel y sus usos, así como del proceso y calendario de la recolección, colmenas, precios, etc.

Si bien son numerosas las citas literarias sobre la apicultura en la Antiguedad, no lo son tanto los hallazgos arqueológicos relacionados con ella, siendo excepcionales las excavaciones, como la villa griega de Cave of Pan en Vari, el Agora de Atenas, la Torre de Sounion, Marathon, Corintio o Trachones, donde se han hallado colmenas (Jones et alii, 1973; Crane, 1983, p. 45, fig. 26).

Para el homenaje a la Dra. Ana M.ª Muñoz, presentamos un conjunto de colmenas de cerámica cuya identificación ha sido posible gracias a paralelos arqueológicos y etnográficos (Mata y Bonet, 1992, p. 136). Los piezas completas proceden de las excavaciones del Puntal dels Llops (Olocau), la Monravana (Llíria) y el Tossal de Sant Miquel (Llíria) y están expuestas en el Museo de Prehistoria de Valencia (lám. I). A ellas hay que añadir los fragmentos recogidos durante las campañas de prospección realizada con motivo del proyecto de investigación dedicado al territorio de Edeta-Llíria (cuadro 2 y lám. V), así como otras piezas procedentes de la Plana de Utiel, inéditas, y del término de Alcublas (Fernández Aragón, 1992 y 1994) (fig. 2).

LA MIEL EN LA ANTIGÜEDAD

La miel es el principal producto extraído de la actividad apícola, aunque no hay que olvidar el polen, la jalea real y la cera. Como ya hemos indicado, en la Antigüedad, la miel jugó un papel esencial por sus múltiples aplicaciones pues se utilizaba como producto básico de la alimentación para endulzar alimentos, elaborar bebidas como la hidromiel y el vino de miel, en los perfumes y, gracias a sus propiedades antisépticas, se usaba como

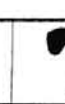
BORDES / YACIMIENTOS	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12
Yesar de Masero		1										
El Remolino	1	4										
La Seña	1	5	2									
Masía de las Dueñas		1									1	
Collado de Gabarda												
La Torrecilla I												
Peña Ramiro			2									
La Hoyata			1									
Loma de la tía Soldá		1										
La Cùa		1										
Herbasana I	1											
Bardinal												
Castellet de Bernabé	3			1	2							
La Monravana	1											
La Monravana, ladera SE		2										
El Castellar			2									
Puntal dels Llops	10	5										
Aqüeducte de Portacoeli	1											
Casilla Gatell												
Monteolivé		1	1									
Navajo Puerta				1								
Corral Quemado I		3	1	3								
El Castillejo		1										
Ermita de Sant Roc	1		1									
Torre Seca	7	8	1	1								
Cabèçol												
Corral de Pomer		1										
Tossal de Sant Miquel	10			3	13							
Cerro de S. Cristóbal												
La Marjuela												
Ermita Sant Roc/Els Clots	1		1							1		
Lastras del tío Perico	3	1	2									
La Creu		2	2	2								
Corral de Ajau	7	5	4	1								
La Torzuela												
Calvo												
Casa de Camp, parte baja	1	1			1				1			
Concordia	1	1		1								
El Terç			1		2				1			
El Marugán		1	2									
La Foia												
Cabeç Roig	2	4	4						2	2	1	
Corral d'Albert	4	4	5	1	1				1	2	1		1	
La Foia II				1								
Masía Castell/Edeta	2											
Mas de Torres	12	17	4	10	1	1	4		1		3	5		2
Tacons/Corral Roig												
Umbría Negra o Casita de Elías	8	11	4	8								
El Quemado			1									
Pozo Viejo	1											
Corral Huerta o Borreguillo II	2	7	3	1								
Corral Pieza Roya									1		1	
Corral de Mateu o La Balsilla	3			2								
Suertes												
Los Casales I	1	1		2								
Aljub Nou o Corral Costera	5	4	4	3								
El Petillo I												
Bassa dels Pasquals	1		1									
Castellet Bernabé, parte baja	1	2	1	1								
El Manoll, parte baja	2	1			1							
L'Ametllar		1		1								
Mas de Moya		1							1			
Moncatí	3	1		1			2					
Santa		4	16	1		1								1
Casa Palau	1	1										
Sant Josep			1									
Partida de Diago	3			1	1								1	
Rascanya														1
Torralba			1									
El Carrascal	1											
Corral del Sec	1											
Cañada Baile	1									1				1
Casinos N	1	1	1									
Orán												
Pla de los Collados		1										
La Castela	1			1								
La Castela 2													2	
Mas d'Agustí												

Cuadro 2. Tipología de bordes e inventario.

conservante, como un ingrediente más de los medicamentos o, incluso para embalsamar cadáveres. También se empleaba en los rituales mágico-religiosos y, en los textos antiguos, se pone en relación con los dioses y reyes (Vázquez Hoys, 1991, 64- 70) como Justino (44, 4) que atribuye al mítico rey tartésico Gargoris el invento de recoger la miel.

Al igual que en la actualidad, se conocían muchas clases diferentes de mieles según las plantas de donde las abejas hubiesen libado, la época del año en que se hizo la recolección, o según el país productor. La miel del Atica era la más preciada, seguida de Creta, Rodas, Chipre, Africa, Córcega y determinadas regiones de Italia y España (Saglio, 1900, p. 1704). Para Varrón (de rust., III) estos países meridionales, con terrenos áridos y poco apropiados para el cultivo, eran idóneos para la cría de abejas y así, por ejemplo, Córcega aparece como una región productora importante pues pagaba a los Etruscos un tributo anual de miel y cera (Diod., V, 13).

La producción de miel debió de ocupar un lugar destacado en la economía doméstica dado el espacio dedicado por los tratadistas romanos a las abejas y su cuidado. Columela recoge en el IX de sus Doce Libros de Agricultura los aspectos relacionados con la cría de las abejas; y Virgilio, en sus Georgicas, dedica un canto de cada cuatro a

BORDES / YACIMIENTOS														Informes
Yesar de Masero														
El Remolino														
La Seña		1												
Masía de las Dueñas														
Collado de Gabarda														
La Torrecilla I														
Peña Ramiro									1					
La Hoyata														
Loma de la tía Soldá														
La Cúa										1				
Herbasana I														
Bardinal														
Castellet de Bernabé														6
La Monravana														
La Monravana, ladera SE														
El Castellar												1		
Puntal dels Llops														
Aqüeducte de Portacoeli														
Casilla Gatell														
Monteolivé							1							
Navajo Puerta														
Corral Quemado I														
El Castillejo														
Ermita de Sant Roc														
Torre Seca														
Cabèçol											1			
Corral de Pomer														
Tossal de Sant Miquel														
Cerro de S. Cristóbal														1
La Marjuela												1		
Ermita Sant Roc/Els Clots														
Lastras del tío Perico														
La Creu														
Corral de Ajau														
La Torzuela														
Calvo														1
Casa de Camp, parte baja			1											3
Concordia					1							1		
El Terç								1						
El Marugán						1								
La Foia														1
Cabeç Roig			1									1		
Corral d'Albert		2						1	1			1		
La Foia II														
Masía Castell/Edeta														
Mas de Torres	4			5	1	1	4			1	5			
Tacons/Corral Roig											1			
Umbría Negra o Casita de Elías					1						1			
El Quemado											1		1	
Pozo Viejo														
Corral Huerta o Borreguillo II									1		1			
Corral Pieza Roya														
Corral de Mateu o La Balsilla														
Suertes														1
Los Casales I														
Aljub Nou o Corral Costera											1			
El Petillo I														1
Bassa dels Pasquals														
Castellet Bernabé, parte baja														
El Manoll, parte baja														
L'Ametllar														
Mas de Moya														
Moncatí														
Santa														
Casa Palau														
Sant Josep														
Partida de Diago											1			
Rascanya														
Torralba	1													
El Carrascal														1
Corral del Sec														
Cañada Baile														
Casinos N														
Orán											1			
Pla de los Collados														
La Castela														
La Castela 2														
Mas d'Agustí								1						

Cuadro 2. Tipología de bordes e inventario. (Continuación)

la apicultura y apunta que un colmenar puede llegar a aportar tanto como un viñedo.

La colmena es, precisamente, la pieza que permite distinguir la apicultura de la simple recolección de la miel. Existían varios tipos de colmenas dependiendo del material con que estaban elaboradas y casi todas ellas se han seguido usando hasta nuestros días (Crane, 1983). Las de corcho eran las más aceptadas; las de mimbre trenzado eran muy frecuentes en Egipto; las colmenas de ladrillo tenían el inconveniente de no poderse desplazar; las de madera, a modo de cajones, eran muy similares a las actuales; las colmenas hechas de estiércol de vaca no eran aconsejables por ser inflamables; y finalmente, las de cerámica, tubos de arcilla de 1 m. de largo por unos 20 cm. de diámetro y abiertas por ambos extremos, se apilaban las unas sobre otras horizontalmente (Saglio, 1900, p. 1701). Aunque los autores clásicos señalan que las colmenas deben de construirse de acuerdo con las condiciones de cada región, consideran que las de cerámica, aquí estudiadas, son las peores de todas, pues « se encienden con los calores del estío y se hielan con los fríos del invierno» (Columela, Agr. IX,VI). Esta advertencia no ha sido óbice para que se utilizaran en la Antigüedad, se hayan usado hasta hace poco tiempo en Andalucía (Martín Morales, 1981, p. 57, fig. 97) y Mallorca (Roselló, 1966, p. 34 y 74, sala



Lám. V: Fragmento de borde con estriado en la superficie interna.

VI) y se sigan utilizando en Grecia, Chipre, Egipto o Jordania (Crane, 1983, p. 71-72), probablemente porque los inconvenientes térmicos citados pueden solventarse fácilmente, protegiendo las colmenas con ramas, esparto o estiércol, y cuenten con otras ventajas como la mayor duración o facilidad de transporte. Además, este consejo entra en contradicción con la buena calidad de la miel del Atica, país donde precisamente se han documentado colmenas de cerámica.

Para obtener una buena recolección de miel, el colmenar exigía unos cuidados específicos en los que los autores siempre insisten. Así, el lugar idóneo para ubicarlo debe estar próximo a la vivienda, resguardado del frío y del calor y en los alrededores debe haber agua, plantas aromáticas y árboles frutales. El agricultor deberá tener siempre colmenas nuevas en reserva para poder capturar nuevos enjambres o dividir los ya existentes.

También hacen hincapié en el calendario del apicultor y el tipo de trabajo que requiere la colmena en cada estación. Paladio, que escribe su Tratado de Agricultura en forma de anuario, recoge tareas relacionadas con la producción de la miel y la elaboración de productos derivados durante ocho meses al año. Desde la primavera hasta el otoño las colmenas necesitan cuidados regulares para conseguir una buena cosecha tanto en calidad como en cantidad. Así pues, deben limpiarse, como mínimo, dos veces al año- en primavera y al final del otoño- eliminando los panales viejos o enfermos y toda la suciedad que se haya podido acumular; hay que vigilar los enjambres para controlar su crecimiento y evitar la transmisión de enfermedades; castrarlas generalmente, dos veces al año a finales de la primavera (junio) y en otoño (octubre); y se aconseja que nunca debe recogerse toda la producción en la primera castrazón para así estimular la recolección de otoño, ni tampoco después de ésta con el fin de dejar alimento para el invierno.

Los panales cortados se echan a cestos de mimbre situados sobre vasijas de boca abierta. La primera miel que fluye es la de mejor calidad y debe separarse; después, estos mismos panales se exprimen para que terminen de extraer toda la miel. Esta se coloca en recipientes cerámicos abiertos con el fin de que las impurezas queden en la parte superior y se puedan eliminar fácilmente.

LA MIEL Y LA APICULTURA ENTRE LOS IBEROS

Los escasos documentos gráficos y escritos de la Antigüedad muestran, a pesar de las diferencias cronológicas y geográficas, muchas coincidencias en la práctica de la apicultura; tampoco es diferente el panorama mostrado por los paralelos etnográficos, tanto de zonas próximas como alejadas (Crane, 1983; Gregori et alii, 1985 51- 61; Molina García, 1989). Con todo ello, no resulta difícil realizar una reconstrucción de esta actividad para el mundo ibérico.

Las referencias literarias sobre la apicultura en la Península Ibérica (Plinio XXI, 74; Estrabón, III, 6) se limitan a citar la buena calidad de la miel y de la cera de este país, sobre todo los productos procedentes de la Bética que se exportaban ya en época republicana (Blázquez 1968, 249). Para la etapa prerromana sólo podemos estar seguros de la práctica de la apicultura pero no de la comercialización de sus productos a larga distancia. Pero incluso la dificultad de hallar restos arqueológicos, orgánicos o inorgánicos, que confirmen la producción de la miel en época ibérica es un handicap para corroborar esta práctica. En este sentido ha sido definitiva la identificación de colmenas con piezas que tradicionalmente se habían clasificado como soportes tubulares (Mata y Bonet, 1992, p. 136).

TIPOLOGIA DE LAS COLMENAS CERAMICA

Tal y como se recoge en la tipología sobre cerámica ibérica elaborada por nosotras hace unos años, las colmenas (A.V.3) son piezas cilíndricas, entre 24 y 29 cm. de diámetro y una altura entre 53 y 58 cm. (cuadro 1 y fig. 1), con bordes diferenciados y superficie interior estriada (Mata y Bonet, 1992, p. 136). De acuerdo con las dimensiones medias proporcionadas por las piezas enteras, estas colmenas tienen una capacidad de 47'8 litros, lo que se ajusta a la capacidad calculada para las colmenas romanas y otras de carácter tradicional (Crane, 1983, table, 2, p. 17). Ejemplares muy semejantes, aunque cerrados por un lado, se utilizaban en el Atica en el siglo IV. a.C. (Jones et alii, 1973, p. 397-413, fig. 79d, 80a). Estas piezas tienen en común con las de la zona de estudio su interior estriado que sirve para que se adhieran, con mayor facilidad, los panales (lám. II, IV y V). Las estrías no son marcas de torno sino profundas incisiones hechas con un instrumento, antes de la cocción, que deja unos bordes muy pronunciados y

Yacimiento	n.º inv.	Ø sup.	Ø inf.	alt.
Tossal de St. Miquel Dpto. 61	2585	27,5	26	59
La Monravana	4950	28	26	55,5
Puntal dels Llops Dpto. 2	7511	27,7	29,5	57,2
Puntal dels Llops Dpto. 2	7512	25	24	53,8
Puntal dels Llops Dpto. 2	7513	26,5	26,5	58
Puntal dels Llops Dpto. 2	7514	29	29	54,5

Cuadro 1. Medidas de las colmenas completas.

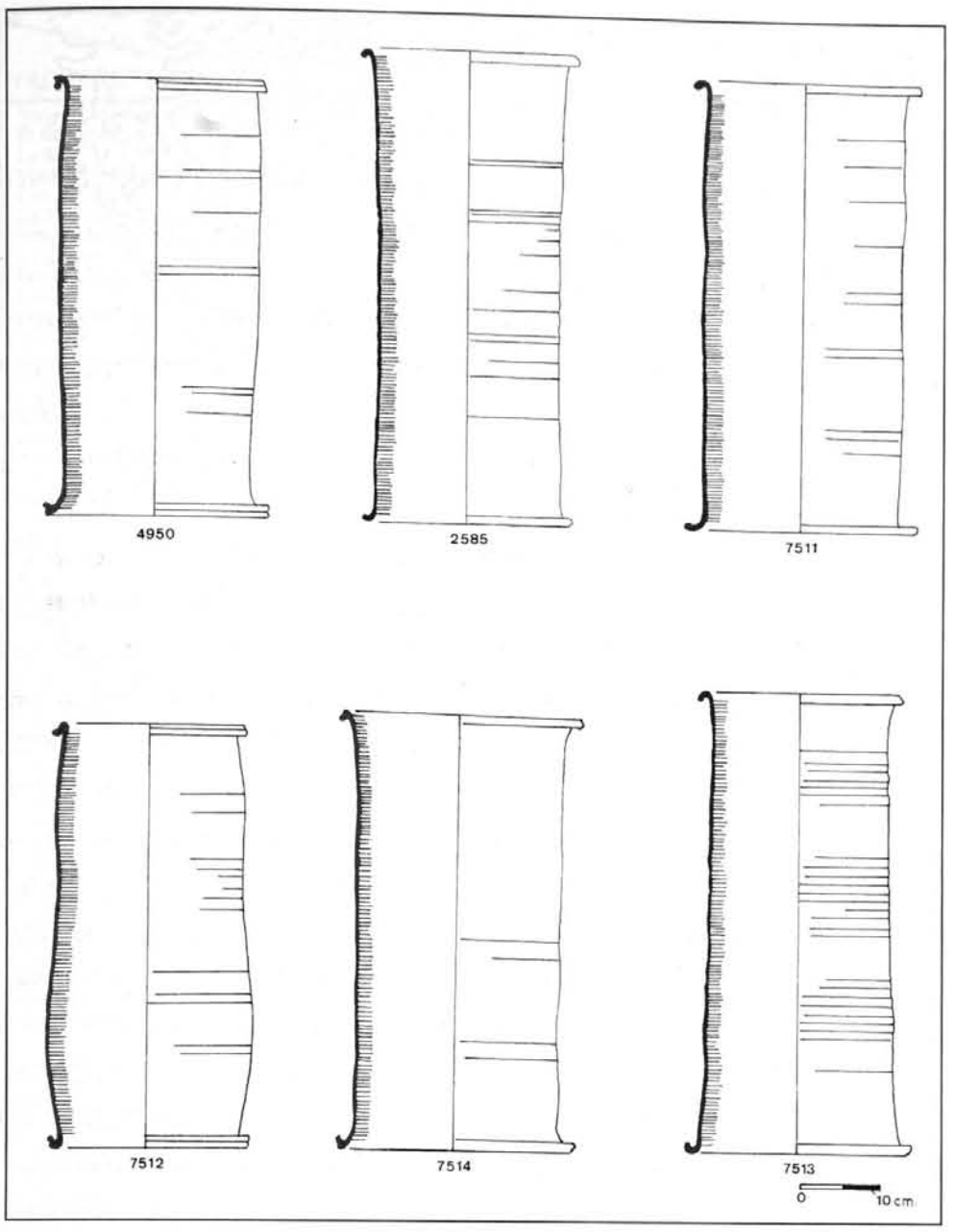
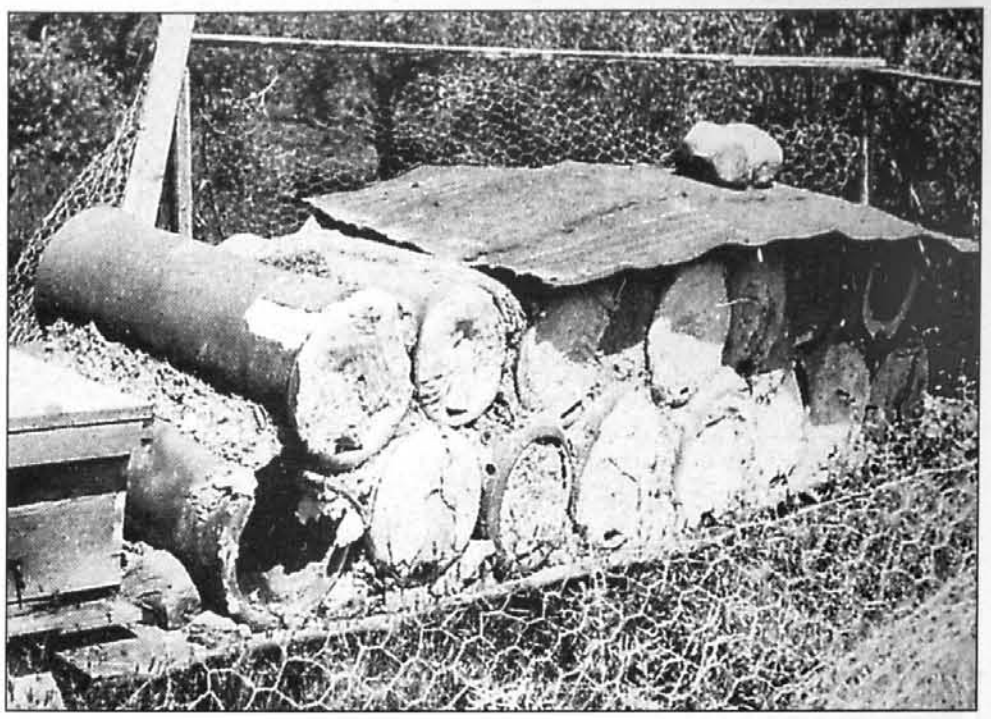


Fig. 1. Colmenas: Puntal dels Llops, núms. 7511, 7512, 7513, 7514; Tossal de Sant Miquel, núm. 2585; La Monravana, núm. 4950.

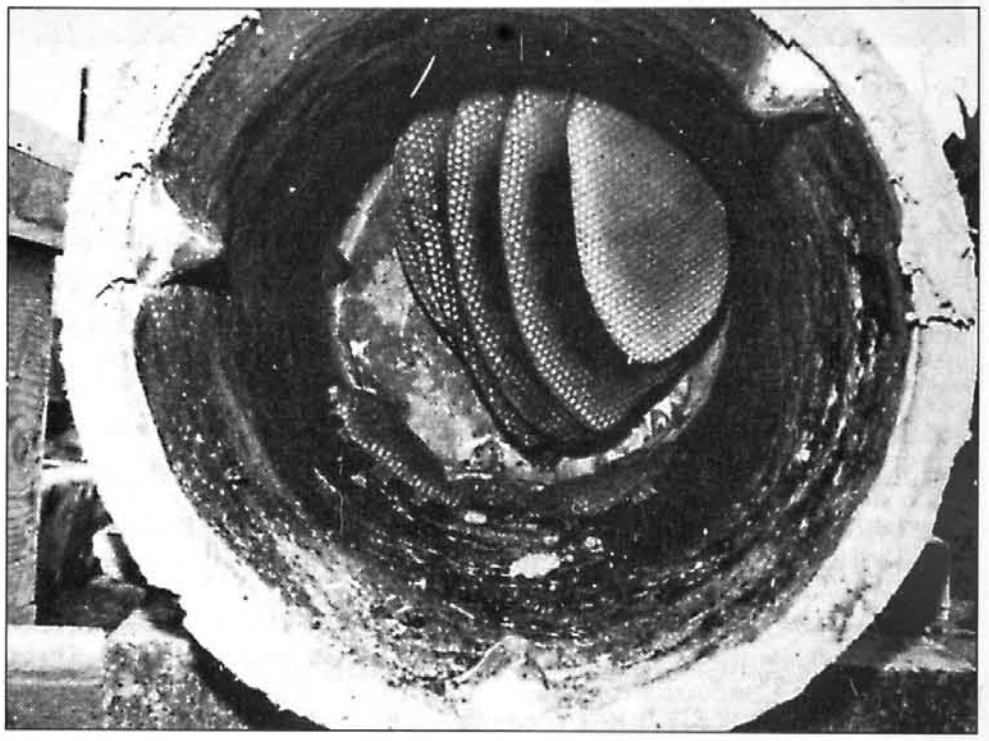
hasta cortantes. Esta particularidad es esencial para diferenciar las colmenas de los soportes cilíndricos que no llevan este acabado interior, como ocurre con ejemplares de la misma zona (Ballester et alii, 1954, lám. XI; Bonet, 1995, fig. 104) o de Murcia (Lillo, 1981, p. 373 y 375)).

Este tipo de colmenas son fijas puesto que las abejas construyen los panales en su interior (Mateu et alii, 1993, p. 14). Se disponen horizontalmente aisladas o apiladas (lám. I y III) directamente sobre el suelo o sobre una murete; las bocas se cierran con tapones de corcho, madera, cerámica o barro a los que se practica un orificio para que puedan entrar las abejas (lám. III). Las juntas se sellan, bien con barro bien con estiércol, para evitar que se abran y que entren insectos u otros animales. Al estar abiertas por ambos extremos, es posible limpiarlas sin necesidad de destruir todos los panales, así como ensartar varios tubos y ampliar su capacidad si fuera necesario (Crane, 1983, p. 48).

No existen variantes métricas ni formales que permitan una división en subtipos, pero sí que presentan una gran variedad en cuanto a la forma de los bordes (cuadro 2). A pesar del gran número de piezas clasificadas no se puede establecer ninguna relación entre los diferentes bordes y la cronología, puesto que en el mismo yacimiento nos podemos encontrar varios tipos tal y como puede verse en el Cuadro 2. De cualquier forma sí que se observa que en los poblados del Ibérico Pleno, como el Tossal de Sant Miquel, Castellet de Bernabé, La Monravana o el Puntal dels Llops (fig. 1), se dan exclusivamente los bordes molduradados y salientes, mientras que en los yacimientos iberorromanos la variedad es mucho mayor.



Lám. III: Colmenas cerámicas actuales de Chipre. (según Jones et alii)



Lám. IV: Detalle del interior de una colmena con el panal. Chipre. (según Jones et alii)

UBICACION DE LAS COLMENAS

Según la fuentes escritas, el colmenar debe estar próximo a la vivienda para facilitar el acceso al mismo. Los ejemplos históricos y etnológicos nos muestran colmenares construidos como un anexo más de la casa rural; también, excepcionalmente, las colmenas se hayan colgadas o embutidas en las paredes de las viviendas (Crane, 1983, pp. 49-50 y 69-70) o colocadas en las terrazas (Jemma-Gouzon, 1989, p. 132); además están los colmenares situados en zonas más alejadas de los lugares de hábitat.

En cuanto a la apicultura ibérica, no tenemos datos sobre su ubicación, pues todas las colmenas halladas en excavaciones proceden del interior de departamentos, entre el derrumbe de las paredes con el resto de materiales. Las posibilidades de interpretación son varias y ninguna de ellas es, hoy por hoy, excluyente. Aunque pueden aparecer embutidas en las fachadas de las viviendas como en Kashmir (Crane, 1983, fig. 34), son mucho más frecuentes los ejemplos de colmenas situadas en las terrazas. Así, en los pueblos del Aurés (Argelia) cada familia tiene, para uso doméstico, entre 4 y 8 colmenas que instalan en las terrazas superiores, y menos transitadas, de los edificios (Jemma-Gouzon, 1989, p. 132). También, hasta no hace muchos años, la colocación de colmenas de troncos en las terrazas

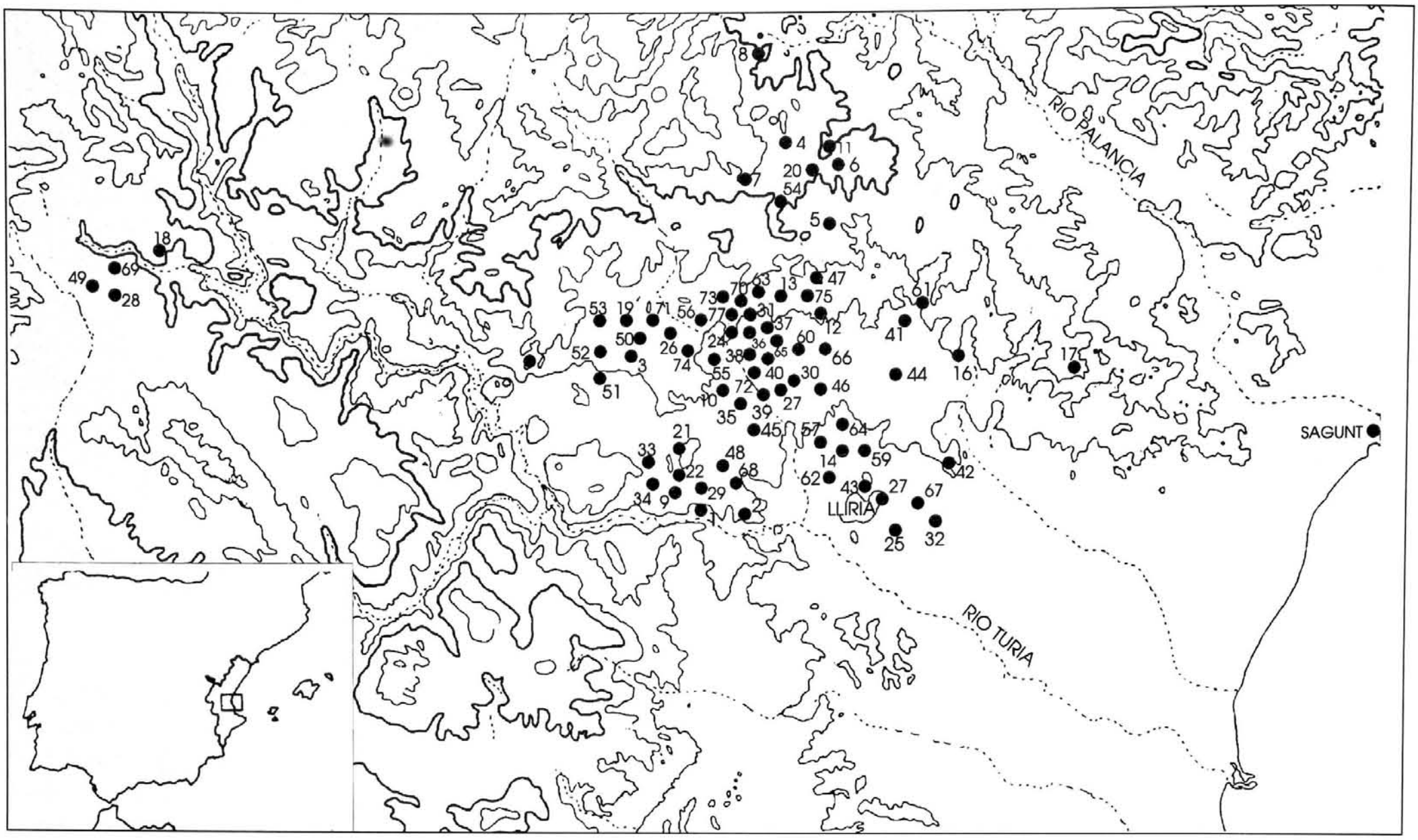


Fig. 2. Mapa de repartición de yacimientos con colmenas: 1. Yesar de Masero (Bugarra). 2. El Remolino (Pedralba). 3. La Seña (Villar del Arzobispo). 4. Masía de las Dueñas (Alcublas). 5. Collado de Gabarda (Altura). 6. La Torrecilla (Altura). 7. Peña Ramiro (Andilla). 8. La Hoyata (Begís). 9. Loma de la Tía Soldá (Bugarra). 10. La Cúa (Casinos). 11. Herbasana I (Jerica). 12. El Bardinal (Llíria). 13. Castellet de Bernabé y parte baja (Llíria). 14. La Monravana y Ladera Sureste (Llíria). 15. El Castellar (Losa del Obispo). 16. Puntal dels Llops (Olocau). 17. Aqüeducte de Portacoeli (Serra). 18. Casilla Gatell (Sinarcas). 19. Monteolivé (Vilar del Arzobispo). 20. Navajo Puerta (Alcublas). 21. Corral Quemado I (Bugarra). 22. El Castillejo (Bugarra). 23. Ermita de Sant Roc (Casinos). 24. Torre Seca (Casinos). 25. El Cabèçol (Llíria). 26. Corral de Pomer (Casinos). 27. Tossal de Sant Miquel (Líria). 28. Cerro de San Cristóbal (Sinarcas). 29. La Marjuela (Bugarra). 30. Els Clots/Ermita de Sant Roc (Casinos). 31. Lastras del Tío Perico (Casinos). 32. La Creu (Benisanó). 33. Corral de Ajau (Bugarra). 34. La Torzuela (Bugarra). 35. Calvo (Casinos). 36. Casa de Camp (Casinos). 37. La Concordia (Casinos). 38. El Terç (Casinos). 39. Marugán (Casinos). 40. La Foia (Casinos). 41. Cabeç Roig (Llíria). 42. Corral d'Albert (Llíria). 43. La Foia II (Llíria). 44. Masía Castell/ Edeta (Llíria). 45. Mas de Torres (Llíria). 46. Tacons/Corral Roig (Llíria). 47. Umbría Negra (Llíria). 48. El Quemado (Bugarra). 49. Pozo Viejo (Sinarcas). 50. Corral de la Huerta/El Borreguillo (Villar del Arzobispo). 51. Corral de la Pieza Roya (Villar del Arzobispo). 52. La Balsilla (Villar del Arzobispo). 53. Suertes (Villar del Arzobispo). 54. Los Casales I (Alcublas). 55. Aljub Nou/Corral de la Costera (Casinos). 56. Petillo I (Casinos). 57. Bassa dels Pasquals (Llíria). 58. Parte baja del Castellet de Bernabé o Tabaira, ver núm. 13 (Llíria) . 59. Parte baja de la LLoma de Manoll (Llíria). 60. L'Ametllar (Llíria). 61. Mas de Moya I (Llíria). 62. Moncatí (Llíria). 63. Santa (Llíria). 64. Casa Palau (Llíria). 65. Sant Josep (Casinos). 66. Partida de Diago (Llíria). 67. Rascanya (Llíria). 68. Torralba (Pedralba). 69. El Carrascal (Sinarcas). 70. Corral del Sec (Llíria). 71. Cañada Baile (Casinos). 72. Casinos Norte (Casinos). 73. El Orán (Casinos). 74. Pla de los Collados (Casinos). 75 y 76. La Castela y La Castela II (Llíria). 77. Mas de Agustí (Casinos). 78. Ladera Sureste de la Monravana, ver núm. 14.

de las viviendas era una práctica habitual en la isla de Ibiza. Por otro lado, la solución de cubiertas planas y terrazas que venimos proponiendo para la construcción ibérica (Bonet, Guérin y Mata, 1994, p. 122, fig. 2) es compatible con estos paralelos etnológicos y podría explicar la presencia de tanta colmena en el interior de los poblados ibéricos.

Por otro lado, el estudio de los ajuares de las distintas dependencias del Puntal dels Llops asocia las colmenas con ánforas, soportes, morteros, manos de mortero, cuencos y vasos candiotas interpretándose como actividades de almacén (Bernabeu et alii, 1986, p. 330), siendo posible que estuvieran almacenadas mientras no se usasen[1].

Respecto a las piezas recogidas en prospección no es posible especificar la localización. De todos los yacimientos estudiados sólo uno de ellos no es un asentamiento: en la Ladera Sureste de la Monravana se recogieron exclusivamente fragmentos de cuerpo estriados y bordes de colmenas. Aunque el material es muy escaso, podría ser un colmenar de la Monravana dado el aislamiento y, a la vez, proximidad al poblado.

DISPERSION Y CRONOLOGIA

En la actualidad, tenemos 78 yacimientos catalogados en donde se han recogido colmenas cerámicas, la mayoría de ellos se encuentran en el Camp de Túria, Los Serranos y el Alto Palancia (fig. 2). En la Plana de Utiel se han prospectado un centenar de yacimientos y sólo en cuatro (fig. 2, núms. 18, 28, 49 y 69), casi lindantes con la comarca de Los Serranos, se han hallado colmenas cerámicas[2]. Parece ser, por tanto, que se trata de un tipo propio del territorio edetano y áreas inmediatas, aunque no dudamos que una prospección más amplia y sistemática de las zonas limítrofes, así como la identificación de estas piezas por otros investigadores, aumentará considerablemente el número de yacimientos. Pero lo que es evidente que en otras áreas más elejadas no se han documentado, es-

(1) En este trabajo, todavía no habíamos identificado las colmenas por lo que éstas fueron clasificadas como soportes (variable 8 del cuadro 1).

(2) Estas campañas de prospección se enmarcan dentro del proyecto de investigación «El poblamiento ibérico en la Plana de Utiel» dirigido por C. Mata, subvencionado por la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació (1992-1993), por la Universitat de València (1994) y por la Conselleria (1995).

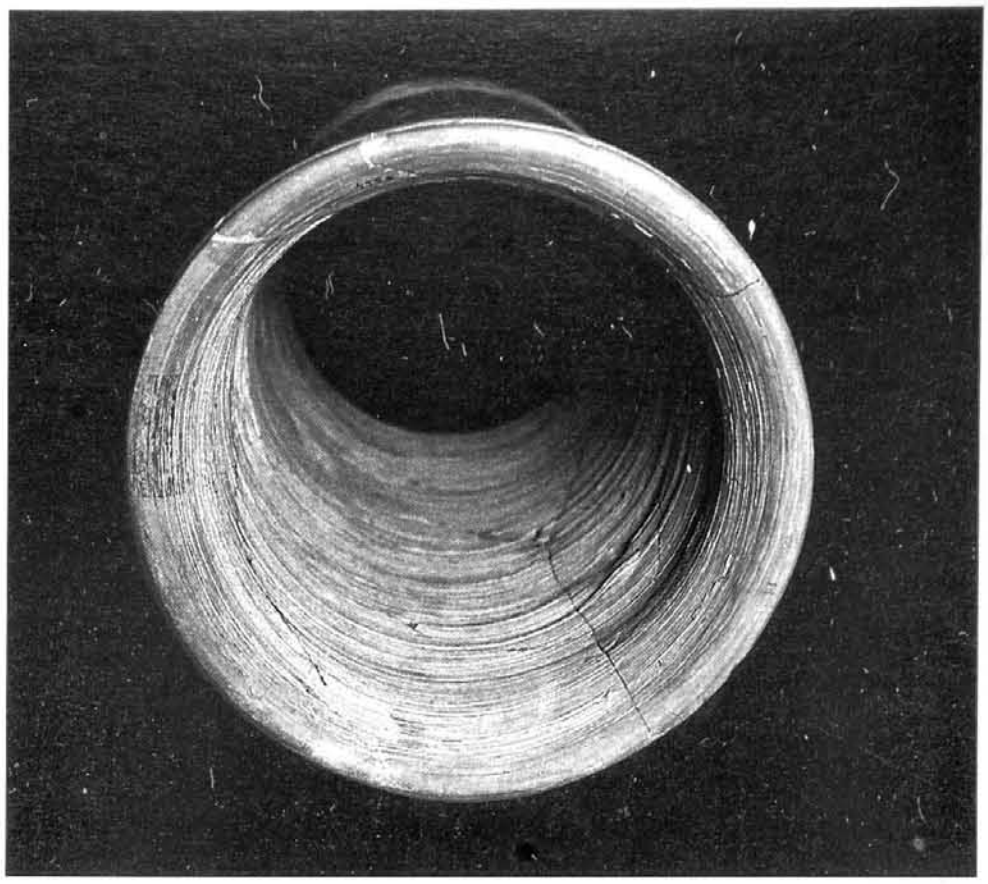
YACIMIENTOS \ FASES	Antiguo	Pleno	Iberorrep.	Imperial
Yesar de Masero				
El Remolino				
La Seña				
Masía de las Dueñas				
Collado de Gabarda				
La Torrecilla I				
Peña Ramiro				
La Hoyata				
Loma de la tía Soldá				
La Cúa				
Herbasana I				
Bardinal				
Castellet de Bernabé				
La Monravana				
La Monravana SE				
El Castellar				
Puntal dels Llops				
Aqüeducte de Portacoeli				
Casilla Gatell				
Monteolivé				
Navajo Puerta				
Corral Quemado I				
El Castillejo				
Ermita de St. Roc				
Torre Seca				
Cabèçol				
Corral de Pomer				
Tossal de St. Miquel				
Cerro de S. Cristóbal				
La Marjuela				
Ermita de St. Roc/Els Clots				
Lastras del tío Perico				
La Creu				
Corral de Ajau				
La Torzuela				
Calvo				
Casa de Camp, parte baja				
Concordia				
El Terç				
El Marugán				
La Foia				
Cabeç Roig				
Corral d'Albert				
La Foia II				
Masía Castell/Edeta				
Mas de Torres				
Tacons/Corral Roig				
Umbría Negra o Casita de Elías				
El Quemado				
Pozo Viejo				
Corral de la Huerta oBorreguillo II				
Corral de la Pieza Roya				
Corral de Mateu o La Balsilla				
Suertes				
Los Casales I				
Aljub Nou o Corral de la Costera				
El Petillo I				
Bassa dels Pasquals				
Castellet de Bernabé, parte baja				
El Manoll, parte baja				
L'Ametllar				
Mas de Moya				
Moncatí				
Santa				
Casa Palau				
St. Josep				
Partida de Diago				
Rascanya				
Torralba				
El Carrascal				
Corral del Sec				
Cañada Baile				
Casinos N				
Orán				
Pla de los Collados				
La Castela				
La Castela 2				
Mas d'Agustí				

Cuadro 3. Cronología de yacimientos con colmenas.

tando ausentes en Sagunt, El Solaig (Betxí), el Puig de la Nau (Benicarló), Puig de la Misericordia (Vinaròs), la Bastida de les Alcuses (Moixent), Los Villares (Caudete de las Fuentes), La Serreta (Alcoi) o El Oral (San Fulgencio). De momento, tampoco se han identificado en otras áreas peninsulares.

Los datos cronológicos que aportan los yacimientos estudiados son significativos (cuadro 3). Las piezas procedentes de excavaciones (Puntal dels LLops, Monravana, Tossal de Sant Miquel y Castellet de Bernabé) (fig. 1) confirman el uso de colmenas cerámicas, y por tanto, la práctica de la apicultura desde, por lo menos, finales del siglo III a.C. En los niveles del Ibérico Antiguo (s. VI-V a.C), de la Seña o el Tossal de Sant Miquel no hay colmenas (Bonet, 1988 y 1995). Tampoco se han documentado ni en Los Puntalicos Blancos (Gátova), asentamiento del siglo VI a.C., ni en la LLoma de Manoll (Llíria) cuyo nivel de ocupación se fecha en los siglos V- IV a.C[3]. El resto de ya-

(3) En el yacimiento de la LLoma de Manoll, hay que distinguir, como ocurre en el Castellet de Bernabé, el poblado del Ibérico Pleno, situado en la cima de la loma, del asentamiento iberorromano y romano-imperial localizado en la parte baja y en el llano circundante.



Lám. II: Detalle del estriado interno de una colmena ibérica.

cimientos con materiales de cronología antigua, o bien perduran hasta el ibérico Pleno o bien presentan un «hiatus» hasta época iberorromana (9 yac.) por lo que los fragmentos de colmenas recogidos en superficie no pueden adscribirse con seguridad a un periodo u otro, aunque todo parece indicar que pertenecen al Ibérico Pleno o Final. En los yacimientos del Ibérico Pleno (19) y, sobre todo, en los iberorromanos (23) son muy frecuentes. Sin embargo, este tipo de colmena apenas perdura en época imperial, pues sólo aparece en cinco yacimientos con esta fase de ocupación exclusivamente. La disminución de colmenas cerámicas en época altoimperial no significa el abandono de la apicultura en una zona en la que tuvo tanto auge, sino, probablemente, la adopción de otra clase de colmena más acorde con las recomendaciones de los tratadistas latinos.

El resto de yacimientos tienen una ocupación variable resultando imposible afirmar si pertenecen al Ibérico Pleno, Tardío o, incluso, si son de época imperial.

INSTRUMENTOS RELACIONADOS CON LA APICULTURA

Los objetos relacionados con la apicultura son difíciles de identificar, puesto que en su mejor parte son de material perecedero como los cestos de mimbre sobre los que se exprimen los panales, o son objetos multifuncionales, como las vasijas donde se almacena la miel. Sin embargo, ha habido intentos de identificar determinados instrumentos con la apicultura.

La castradera es uno de los objetos que Pla (1968, p. 151), en su estudio sobre el instrumental ibérico, atribuyó a esta actividad. A pesar de las dudas expresadas por el autor, su funcionalidad no ha sido rebatida hasta el momento. La descripción que Columela hace sobre los instrumentos para castrar la miel (un cuchillo largo de dos filos con un tranchete curvado en el extremo, herramienta plana por un lado y muy afilada y otra con la punta encorvada) nos indica que no son objetos necesariamente específicos, pues sólo necesitan ser alargados y cortantes.

El «kalathos» es el recipiente ibérico que Cuadrado (1968, p. 129) consideró idóneo para el contenido de la miel no sólo por su boca abierta, sino porque es la cerámica ibérica más exportada durante los ss. II y I a. C. Aunque tiene cierto parecido con el envase de paredes rectas, casi cilíndrico, utilizado en Roma para contener la miel (Fernández Uriel, 1988, 190), lo cierto es que no existen evidencias contrastadas sobre su utilización con este fin. Por el contrario, Conde (1992, p. 138) no comparte la hipótesis de que se trate de un recipiente utilizado como envase de un producto comercializado, sino que se vendía o compraba por sí mismo. Por nuestra parte, creemos que existen argumentos a favor de que se trate de un recipiente contenedor de un producto, aunque éste no fuera necesariamente la miel. En primer lugar, hay que considerar su difusión fundamentalmente costera y su aparición en pecios como un elemento más de la carga (Fernández Izquierdo, 1995); en segundo lugar, es poco probable que, entre la gran variedad de cerámicas ibéricas, se exportasen masivamente los «kalathoi» del área catalana como piezas de valor comercial y sólo excepcionalmente los del área del Sureste. Todo ello nos lleva a considerar que la difusión mediterránea de los «kalathoi» responde a una producción industrial de este vaso, fabricado para contener un producto específico de la zona que se exportaba dentro de los círculos comerciales romanorrepublicanos, (Guérin, 1986, p. 52, nota 56 y 1993, p.89).

El embudo de forma cónica terminado en apéndice alargado y hueco (tipo A.V.6.1.) (Mata y Bonet, 1992; Bonet, 1995, figs. 6 y 91) se ha relacionado también con el proceso de prensado y trasvase de la miel desde los panales cortados a los contenedores. Hasta fechas muy recientes, en la zona de Jumilla-Yecla, se prensaba la miel sobre un embudo, actuando el tapón de esparto como filtro de las impurezas que acompañaban a la miel al extraerla de los panales (Molina, 1989). La presencia de restos de fibras de esparto en embudos de Coimbra del Barranco Ancho en Jumilla (Page et alii, 1987, p. 18 y 19) confirmaría esta función. De cualquier forma, el embudo es una pieza poco frecuente en el repertorio ibérico aunque aisladamente aparece en todo el territorio ibérico desde Andalucía (Vaquerizo, Quesada y Murillo, 1992, p. 76, fig. 11f), hasta el valle del Ebro (Atrián, 1966, p. 157, fig. 2).

3. CONSIDERACIONES GENERALES.

La apicultura es una actividad que sólo requiere conocimientos sobre las costumbres de las abejas y cierta habilidad en su manejo, pero poca especialización y ningún instrumental específico, por lo que puede desarrollarse perfectamente en el ámbito doméstico. Hasta la introducción de la moderna apicultura, con cajas de bastidores móviles, no era una actividad especializada y un buen número de campesinos se dedicaba a ella, sobre todo los que vivían en caseríos y masías aisladas (Gregori et alii, 1985, p. 53; Jemma-Gouzon, 1989, p. 132).

Los datos aportados por los yacimientos excavados (inventarios inéditos de los informes de excavaciones) parecen indicar que nos hallamos ante una actividad desarrollada en el marco doméstico, de carácter familial. Así, en el Puntal dels Llops se han documentado colmenas en 12 de los 17 departamentos; en el Castellet de Bernabé los fragmentos de colmenas se hallan practicamente en todas las habitaciones (Guérin, 1995); lo mismo puede decirse de La Seña (sondeos A, M, N, Ñ y dpto. 1); la ausencia de fragmentos de colmenas, excepto un ejemplar completo, en el Tossal de Sant Miquel se explica por la selección de material que se hizo en las excavaciones de los años 30 y 50, puesto que, en la campaña de restauración de 1994, aparecen igualmente en casi todos los departamentos (dptos. 15, 42, 43 y 46).

En estos mismos yacimientos, se han documentado estructuras destinadas a la transformación y elaboración de alimentos como el aceite, el vino o la harina, que, por el tamaño de las instalaciones y la tecnología empleada, no parecen estar destinadas a una producción a gran escala (Bonet et alii, 1994, pp. 124, 126 y 127; Pérez Jordà, 1993, p. 89-90). Estos datos apoyarían la hipótesis de que, durante el Ibérico Pleno, en los yacimientos edetanos existía un sistema de producción doméstico basado esencialmente en el autoabastecimiento, con relaciones comerciales de carácter local o comarcal. Sin embargo, para la etapa iberorromana, el elevado número de colmenas que se ha recuperado en casi todos los asentamientos permite intuir que, además del autoconsumo, parte de la producción de miel, y productos derivados, se comercializaba a larga distancia, aunque las fuentes sólo nombren la miel y la cera de la Bética (Blázquez, 1968, p. 249)

Concluyendo, las colmenas de cerámica del área edetana, fechadas a partir del siglo III a.C., son los primeros documentos arqueológicos que se pueden atribuir con seguridad a la explotación apícola, si bien no se puede descartar su conocimiento en épocas anteriores dado que la mayoría de las colmenas conocidas están elaboradas con materiales perecederos. Por otro lado, la producción de la miel debió de tener una importante incidencia en la economía familiar ibérica no sólo por ser un complemento alimenticio sino, también, por los ingresos que podía aportar como producto de comercialización.

BIBLIOGRAFIA

ATRIAN, P., 1966: Excavaciones en el poblado ibérico El Castelillo (Alloza, Teruel). Cuarta y Quinta campañas. *Teruel*, 36, Teruel, pp. 155-207.

BALLESTER I., FLETCHER, D., PLA, E., JORDA, F., ALCACER, J., 1954: *Cerámica del cerro de San Miguel de Liria*, Corpus Vasorum Hispanorum, Madrid.

BERNABEU, J., BONET, H., GUERIN, P., MATA, C., 1986: Análisis microespacial del poblado ibérico del Puntal dels Llops (Olocau, Valencia). *Arqueología Espacial*, 9, *Coloquio sobre el Microespacio*, 3, Teruel, pp. 321-337.

BLAZQUEZ, J.M., 1968: Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto. *Estudios de economía de la Península Ibérica*, ed. Vicens Vives, Barcelona, pp. 191-269.

BONET, H., 1988: La Seña, Villar del Arzobispo, els Serrans. *Memòries Arqueològiques a la Comunitat Valenciana, 1984-1985*, València, pp. 253-257.

BONET, H., 1995: *El Tossal de Sant Miquel de Llíria, la antigua Edeta y su territorio*, Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia.

BONET, H. Y MATA, C., 1981: *El poblado ibérico del Puntal dels Llops (El Colmenar) (Olocau, Valencia)*, Trabajos Varios del S.I.P., 71, Valencia.

BONET, H., GUERIN, H., MATA, C., 1944: Urbanisme i habitatge ibèrics al País Valencià. *Cota Zero*, Barcelona, pp. 115-130.

COLUMELA, 1959: *Los doce libros de agricultura*, vol. II, ed. Iberia, col. Obras Maestras, Barcelona.

CONDE, M.J., 1992: Una producció ceràmica característica del món ibèric tardà: el kalathos «barret de copa». *Fonaments*, 8, Barcelona, pp.117-169.

CRANE, E., 1983: *The archaeology of beekeeping*. Ed. Duckworth, London.
CUADRADO, E., 1968: Corrientes comerciales de los pueblos ibéricos. *Estudios de Economía Antigua de la Península Ibérica*. Ed. Vicens Vives, Barcelona, pp. 117-142.
FERNANDEZ ARAGON, M., 1992: Santa (Llíria, València). Notícia i estudi d'un jaciment ibero-romà basat en materials de superficie. *Lauro*, 6, Llíria, pp. 33-43.
FERNANDEZ ARAGON, M, 1994: Datos para el estudio del poblamiento antiguo- Bronce, Ibérico Tardío y Romano- en torno al Castellet de Bernabé (Llíria, València). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXI, Valencia, pp. 135-153.
FERNANDEZ IZQUIERDO, A., 1995: Presencia de kalathoi en yacimientos submarinos valencianos. *Saguntum*, 29, Valencia, pp. 123-129.
FERNANDEZ URIEL, P., 1988: Algunas anotaciones sobre la abeja y la miel en el Mundo Antiguo. *Espacio, Tiempo y Forma*, serie II, 1, Historia antigua, Madrid, pp. 186-208.
GREGORI, J., CUCO, J., LLOP, F., CABRERA, M.P., 1985: *Bosc i muntagna, industria tradicional, comerç i serveis*, temes d'Etnografía Valenciana, vol. III, col. Politécnica, 20, Valencia.
GUERIN, P., 1986: Le problème de la difussion des céramiques ibériques peintes dans le sud de la Gaule: l'exemple de Ruscino. *Revue Archeologique de Narbonnaise*, 19, Paris, pp. 31-35.
GUERIN, P., 1993: El «sombrero de copa»: quelques résultats récents. *Documents d'Archéologie Méridionale*, 16, Lattes, pp. 88-92.
GUERIN, P., 1995: *El poblado del Castellet de Bernabé (Llíria) y el horizonte ibérico pleno edetano*. Tesis doctoral, Universitat de València.
JEMMA-GOUZON, D., 1989: *Villages de l'Aurés, archives de pierre*, ed. L'harmattan, Paris.
JONES, J.E., GRAHAM, A., SACKETT, L.H., 1973: An attic country house below the Cave of Pan at Vari. *British School at Athens*, 68, London, pp. 355-452.
LILLO, P., 1981: *El poblamiento ibérico en Murcia*. Universidad de Murcia, Academia Alfonso X el sabio, Murcia.
Martín Morales, C. (coord), 1981: *Cerámica popular de Andalucía*, Sevilla.
MATA, C. Y BONET, H., 1992: La cerámica ibérica: ensayo de tipología. *Trabajos Varios del S.I.P.*, 89, Homenaje a E. Pla, Valencia, pp. 117-173.
MATEU ANDRES, I., BURGAZ MORENO, M., ROSELLO CASELLES, J., 1993: *la apicultura valenciana. Tradicíon y aprovechamiento*. Sèrie Divulgació Tècnica, 23, València.
MOLINA GARCIA, J., 1989: Nuevo tipo cerámico en el ajuar ibérico para miel (consideraciones arqueológico-etnográficas). *Murgetna*, 78, Murcia, pp. 11-18.
PAGE, V., GARCIA CANO, J.M., INIESTA, A., RUIZ, M.J., 1987: *10 años de excavaciones en Coimbra del Barranco Ancho, Jumilla*. Catálogo de exposición, Murcia.
PALADIO, 1990: *Tratado de Agricultura. Medicina veterinaria. Poema de los Injertos*, ed. Gredos, col. iblioteca Clásica, 135, Madrid.
PEREZ JORDÀ, G., 1993: *La producció d'oli al món ibèric: l'exemple del Camp de Túria*. Tesi de llicenciatura, Universitat de València.
PLA, E., 1968: Instrumentos de trabajo ibéricos en la región valenciana. *Estudios de Economía Antigua de la Peninsula Ibérica*, ed. Vicens Vives, Barcelona, pp. 143-190.
ROSELLO BORDOY, G., 1966: *Museo de Mallorca. Sección Etnológica de Muro*. Guías de los Museos de España, XXVIII, Madrid.
SAGLIO, E., 1900: *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, vol. IV, II, Paris.
VAQUERIZO, D., QUESADA, F., MURILLO REDONDO, J.F., 1993: Estudio de materiales arqueológicos del Cerro de la Cruz (1991). *Anuario Arqueológico de Andalucía*, 1991, II, Sevilla, pp. 127-135.
VAZQUEZ HOYS, A.M., 1991: La miel, alimento de eternidad. *Gerión*, anejos III, Madrid, pp. 61-93.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 287 - 291

UN FRAGMENTO CRANEAL TREPANADO PROCEDENTE DE LA NECROPOLIS IBERICA DE COIMBRA DEL BARRANCO ANCHO (JUMILLA)

Mariona Portí Durán
Miguel Martínez Andreu
MUSEO ARQUEOLOGICO MUNICIPAL DE CARTAGENA

INTRODUCCION.

Al redactar esta contribución queremos adherirnos, de un modo muy entrañable, a la iniciativa del Museo de Murcia para homenajear la fecunda labor desarrollada desde la cátedra de Arqueología de la Universidad de Murcia por la Dra. Ana M.ª Muñoz Amilibia, con quien además del respeto y la admiración que como discípulos sentimos ante su tarea docente, nos unen los lazos de una amistad que se prolonga ya veinte años, los mismos que de su mano iniciábamos nuestra andadura por la Arqueología.

El paso de uno de nosotros como estudiante por el yacimiento de Coimbra del Barranco Ancho durante la campaña de 1979, que entonces dirigía la Dra. Muñoz, supuso en aquel tiempo no sólo una enriquecedora experiencia formativa, sino también una buena terapia para desintoxicar aquellas ansias que por la disciplina paleolítica sentíamos desde los primeros cursos de la Universidad, y que la doctora Muñoz se había encargado de alentar siempre con renovada ilusión.

Los vínculos de otro de nosotros con la zooarqueología ha sido la causa de que bastantes años después de aquel episodio, casi sin quererlo, nos halláramos por encargo de los actuales directores del yacimiento ante los materiales óseos de algunas sepulturas de la necrópolis del poblado de Coimbra, entre los que se encontraba el fragmento craneal que centra el presente estudio.

Sabiendo lo mucho que este yacimiento ha supuesto para la Dra. Ana M.ª Muñoz, y tratando de buscar una contribución que tuviese conexión con uno de los campos científicos a los que más tiempo ha dedicado en su dilatada trayectoria, dimos por buena la ocasión; eso sí, asumiendo las limitaciones con las que por razones obvias partimos ante un tema que estamos seguros requerirá otras contribuciones futuras de mayor alcance.

Queremos hacer expreso nuestro agradecimiento a los directores del actual equipo de excavaciones de Coimbra, especialmente al Dr. José Miguel García Cano, que puso a nuestra disposición todo el acopio documental y su inestimable colaboración.

Al Dr. Emilio Pérez Pujol, director del Instituto Anatómico Forense de Cartagena, y al Dr. Domingo Campillo, profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Barcelona por sus esclarecedores comentarios.

A los doctores Miguel Pérez-Guillermo García, jefe de Servicio de Anatomía Patológica del Hospital Santa María del Rosell de Cartagena, y Manuel Nombela López, del departamento de Neurofisiología, que han tenido la paciencia de escuchar muchos de los problemas que este trabajo nos ha planteado, así como a los técnicos de Anatomía Patológica Angela Rivera Prado y María Angeles Alemán Campillo, del mismo Centro.

CONTEXTUALIZACION DEL HALLAZGO

El yacimiento de Coimbra del Barranco Ancho está situado en las estribaciones de la Sierra de Santa Ana, a poco más de 4 km. del centro urbano de Jumilla (Murcia). Se trata de un importante conjunto de época ibérica que cubre un amplio margen cronológico, desde finales del siglo V hasta principios del II antes de JC. y del que forman parte, además del poblado, un santuario y tres necrópolis asociadas a él.

Los resultados de las distintas campañas de excavaciones que han tenido lugar, iniciadas en 1956 por Jerónimo Molina, director del Museo de Jumilla, y continuadas más tarde por un equipo de la Universidad de Murcia encabezado por la Dra. Ana María Muñoz, se hallan recogidos en un extenso repertorio bibliográfico (MOLINA,J. & MOLINA,M.C. & NORDSTROM, S., 1976), (LILLO,P., 1981) (MUÑOZ,A.M., 1983, 1987) (GARCIA

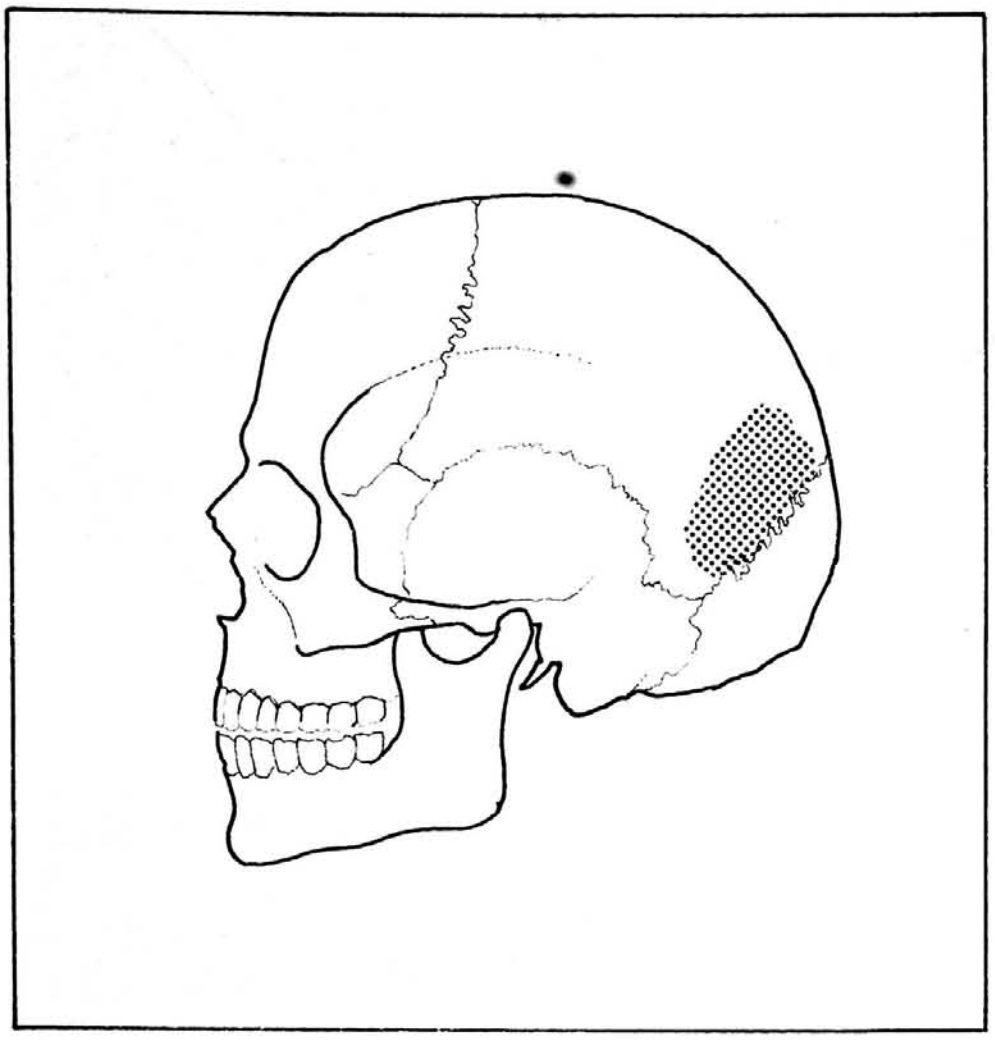


Figura 1. Localización anatómica del fragmento óseo.

CANO,J.M., 1985, 1991a - 1991b) (MOLINA,J. & MOLINA,M.C., 1991) (INIESTA,A. & PAGE,V. & GARCIA CANO,J.M., 1987), (PAGE,V. & GARCIA CANO,J.M. & INIESTA,A. & RUIZ,M.J. 1987), al que desde aquí remitimos, para centrarnos en aquellos aspectos que de un modo directo se relacionan con los objetivos del presente estudio.

El fragmento craneal humano fue hallado en las excavaciones programadas de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (zona B), durante la campaña de 1981. Se hallaba asociado al contenido de la tumba 10, cuadro 2-3-N-S., estrato I, que aparece descrita por J.M. García Cano como una fosa cubierta por barro y adobes de color amarillo que presenta un nicho de 145 x 80 cm., de forma ovoide hecho con barro amasado y posteriormente enlucido, que alcanza una profundidad media de casi 40 cm.

La tumba conservaba gran cantidad de madera carbonizada y un escueto ajuar del que pudieron recuperarse algunos elementos metálicos (un pequeño fragmento laminar de hierro de uso indeterminado y numerosos fragmentos laminares de bronce probablemente correspondientes a un vaso, tal vez un *oinochoe* trilobulado), y el extremo de un afilador de piedra.

El ajuar se encontraba depositado directamente en el fondo del nicho y carecía de urna cineraria. Junto a los carbones se hallaron numerosos restos óseos y astillas con evidentes síntomas de cremación, pudiendo identificar los siguientes:

- 2 Fragmentos de bóveda craneal.
- 3 Fragmentos de epífisis distales de falanges.
- 2 Fragmentos de epífisis proximales de falanges.
- 1 Raíz de canino de individuo adulto.
- 1 Raíz de premolar.
- Diversos fragmentos y astillas indet. (101 grs.).

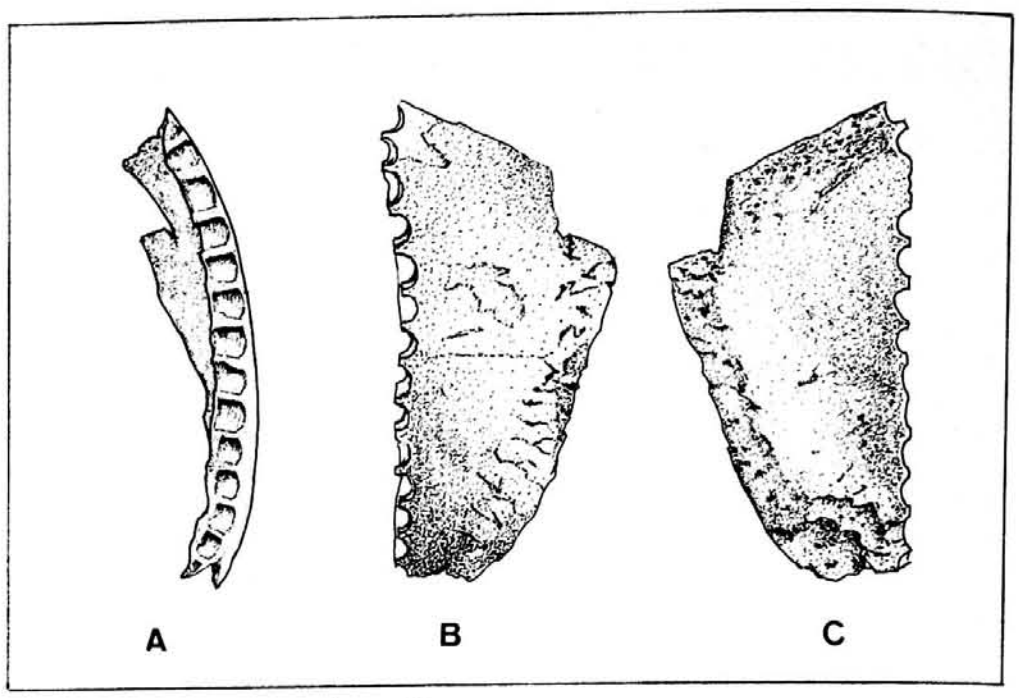


Figura 2. Representación gráfica.
A: Perfil. B: Cara exocraneal C: Cara endocraneal.

DESCRIPCION DEL FRAGMENTO CRANEAL MANIPULADO

La situación anatómica de la pieza se corresponde con la región parietooccipital, y comprende una pequeña porción perteneciente al ángulo postero-medial del hueso parietal izquierdo. (fig. 1)., apreciándose parte de la sutura lambdoidea. La anchura máxima del fragmento conservado es de 31 mm. y su longitud de 62 mm, siendo el espesor de 43 mm en la porción más engrosada y de 36 mm. en la más delgada. (fig. 2).

La cara exocraneal presenta de manera local delgadas concreciones calcáreas adheridas, y erosiones de escasa entidad que afectan a la superficie, que en general se muestra con un aspecto ligeramente acerado. Todo el fragmento tiene una tonalidad gris blanquecina y se halla algo deformado, especialmente en las porciones más delgadas y en uno de los extremos de la sutura lambdoidea, donde ha llegado a desunir la soldadura iniciando una leve separación de las placas, sin duda resultado de la cremación y los efectos de dilatación y contracción derivados de ella.

A 25 mm. de la sutura presenta una alineación de perforaciones con el mismo diámetro (3,2 mm.) separadas entre sí por una distancia de 1 mm. La profundidad alcanzada por el taladro en el diploe del fragmento craneal no es igual en todas y cada una de las horadaciones, oscilando entre 1.8 mm. en la menor, y 4 mm. en la mayor.

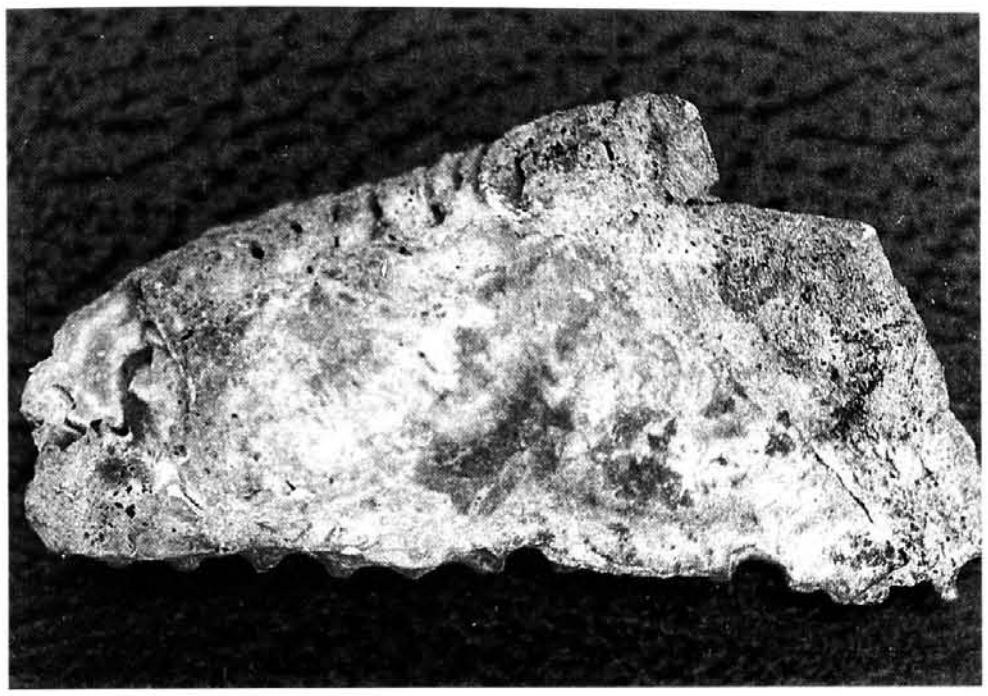
De las 14 contabilizadas, en dos casos el taladro ha llegado a traspasar ligeramente la tambla externa y la interna. No obstante, no hay duda de que en la ejecución de la intervención se ha tenido un especial cuidado en no alcanzar la placa del endocráneo, tal como se aprecia en las doce perforaciones restantes. En esta delgada superficie que quedó en la calota es donde precisamente se produjo el quebranto del hueso, en dos mitades, de la que sólo una nos ha llegado conservada con ese aspecto festoneado que ahora presentan los taladros. (láms. Ia/Ib).

DIAGNOSTICO Y CARACTERISTICAS

Tratándose de un conjunto funerario en el que los restos óseos presentes acusan la destrucción habitual en el rito de la incineración, no cabía esperar el hallazgo de piezas de fácil diagnóstico, aunque tanto desde el punto de vista



A

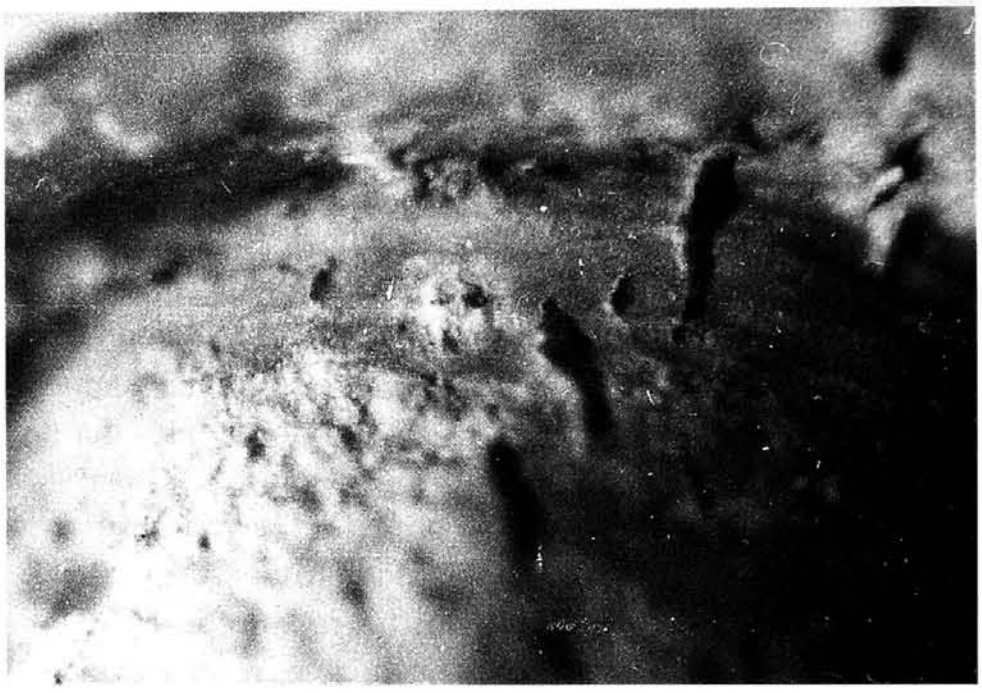


B

Lámina I
a: Fotografía del fragmento trepanado. Cara exocraneal. En la parte superior se aprecia una parte de la sutura lambdoidea. y en la inferior el contorno festoneado dejado por los taladros.
b: El mismo fragmento fotografiado en la superficie endocraneal. En el margen izquierdo se aprecia la sutura desligada tras la deformación provocada durante la cremación.



A



B

Lámina II. a: Fotografía de detalle tomada con lupa binocular. En los orificios se observa la precisión en la ejecución de los trépanos, de sección cilíndrica. así como la ausencia de signos de regeneración ósea.
b: Ampliación puntual de uno de los orificios practicados. La textura dejada tras la acción del barrenado pone en evidencia el filo y la rotación del instrumento con el que se realizó. Las celdillas del diploe, en el centro de la fotografía. aparecen limpias y sin compactaciones óseas de nueva formación.

cultural como desde el anatómico las evidencias contabilizadas nos muestran claramente que se trata de un enterramiento humano.

Aparte del fragmento que acabamos de describir, se encontró en la misma sepultura otro sin intervención alguna, también perteneciente a la bóveda craneal, y que se identifica con la escama del temporal izquierdo. Este fragmento conserva muy marcada en la cara endocraneal la impronta de la arteria meníngea media. Tanto este fragmento como el trepanado presentan unos aspectos externos semejantes y los mismos tipos de alteraciones y erosiones, lo que hace pensar que podrían pertenecer a una misma persona. Las impresiones digitales endocraneales del fragmento trepanado, visibles aunque ligeramente atenuadas, nos inducen a pensar que se trata de un individuo adulto joven, de sexo no determinado.

DISCUSION

Tal vez el primer aspecto que se debe reseñar en el fragmento de cráneo intervenido sea el hecho mismo de su intencionalidad. Es evidente que no nos encontramos ante un caso de traumatismo accidental ni tampoco ante una lesión producida por armamento bélico. El caso que nos ocupa responde a un indudable deseo de actuar sobre esta parte anatómica, independientemente de la finalidad con la que se practicara o si ésta fue en vida o póstuma.

Se trata, pues, de un ejemplo claro de trepanación, entendiendo por tal el simple acto de perforar el cráneo intencionadamente, aunque como señala D.Campillo, es conveniente desligar de este concepto a la moderna cirugía craneocerebral, que utiliza la trepanación como un medio para permitir el acceso al endocráneo y nunca como un fin en sí misma. (CAMPILLO, 1994).

La segunda cuestión es la relativa a la limitación que impone el estado fragmentario del hueso en el que se practicó. No sabemos cuales son los límites precisos del área topográfica craneal que pudo estar afectada, la amplitud y su completa delineación, de la que sólo conocemos un tramo recto de 62 mm. en el que se intercalan las horadaciones, el que ha llegado hasta nosotros.

Los casos de trepanaciones prehistóricas ocupan hoy ya un extenso repertorio bibliográfico que se inicia a mediados del siglo pasado (BROCA, P., 1874) (PRUNIERES, L., 1874). En ese tiempo se sentaron las bases de las primeras clasificaciones y tipos a partir de ejemplos descubiertos en Mesoamérica, que pronto se ampliarían a otras zonas de Europa occidental y Norte de Africa. En la actualidad, el conocimiento de casos prehistóricos se extiende a amplias zonas de Europa, Asia, y América, persistiendo aún esta práctica entre algunas sociedades de Africa y las islas del Pacífico.

En España se conocen alrededor de 70 casos de los que 44 han sido estudiados por Domingo Campillo (CAMPILLO, 1994), con una distribución geográfica algo irregular, más concentrada en las Islas Baleares, Cataluña y Levante peninsular, estando igualmente testimoniados en las Islas Canarias. En cuanto a la amplitud cronológica, existe constancia de su práctica desde el Neolítico, si bien la mayor difusión se alcanza durante las edades del Bronce y del Hierro.

El trepanado del fragmento craneal de la necrópolis ibérica de Coimbra del Barranco Ancho puede considerarse un caso raro dentro del contexto tecno-tipológico de las trepanaciones peninsulares, donde predominan las técnicas incisas frente a las que, como es el ejemplo que nos ocupa, constituyen una variante de lo que se ha convenido en llamar «barrenado en corona de ebanista», técnica muy extendida en algunas zonas de América latina, y que consiste en practicar varios orificios por barrenado, uno junto a otro formando un círculo que permite extraer un disco. (CAMPILLO, 1994:45).

El caso más cercano a Coimbra, un cráneo de época eneolítica con una pseudo-trepanación localizada en el frontal, hallado en el yacimiento de Los Blanquizares de Lébor (Totana, Murcia) (MUÑOZ, A.M., 1986:153), se aleja técnica y tipológicamente del que aquí tratamos.

Muchas más semejanzas encontramos en cambio entre algunos de los estudiados por TEJERINA (1972) y CAMPILLO (1977) de época talayótica, procedentes de la necrópolis mallorquina de Son Real (cráneos 9-67/ 36-4/ 43-4/ 46-1, y especialmente el identificado con las siglas 36-4, con siete orificios dispuestos en dos hileras realizados de manera póstuma en el hueso frontal de un individuo infantil), junto con el hallado en la necrópolis del Barranc d'Algendar (Menorca), perteneciente a un individuo joven, y que presenta cinco orificios circulares póstumos realizados sobre el parietal izquierdo.

Efectivamente, entre los modos más frecuentes asociados a lo que Campillo denomina técnicas básicas se encuentran la técnica de barrenado, empleada en algunos de los ejemplos de las Islas Baleares que acabamos de señalar, y que permite conseguir orificios relativamente grandes, de sección cónica o troncocónica; la técnica de rascado o abrasión, con la que se consiguen orificios frotando el cráneo hasta su desgaste y perforación, generalmente de contorno elipsoidal, y finalmente la técnica incisa, aplicada con un punzón o un cuchillo, y que dependiendo de la morfología que adopten se describen como lineales, poligonales y circulares.

Entre otras técnicas que se citan como secundarias o mixtas se halla la ya mencionada de corona de ebanista, la que nosotros encontramos más próxima al fragmento de Coimbra en lo que a su ejecución respecta, aunque en el caso de Jumilla no tengamos más que un solo tramo conservado y de delineación recta en lugar de curva. Es posible que su contorno completo fuese cuadrado o rectangular, pero de ser así habría que admitir que la línea festoneada con los taladros correspondería a uno de los lados, por lo que resultaría en su conjunto una trepanación ciertamente grande.

Dejando al margen esas irritantes dudas que el estado fragmentario de la pieza nos plantea, es evidente que nos encontramos ante un caso de gran precisión y meticulosidad. Frente a las técnicas de barrenado simple, que dejan orificios de perfil cónico o troncocónico, aquí nos hallamos con unas secciones completamente cilíndricas (lám. IIa), tal como correspondería al empleo de una pequeña barrena semejante a las que actualmente se emplean en trabajos de carpintería metálica, con la punta en espiral, aunque es difícil saber si portaría uno o dos extremos cortantes.

Los estigmas que la fricción ha dejado en el diploe muestran claramente una rotación limpia sin resaltes perceptibles, lo que hace pensar en un filo extremadamente cortante (lám. IIb) que penetra en el hueso justo lo necesario para hacer respetar la tambla interna, con un espesor tan ligero que una simple presión bastó para producir el quebranto de la calota.

En cuanto a la intervención en sí, hay que señalar que pertenece a las que BROCA (1874) denominaba póstumas, esto es, practicada después de la muerte, o a lo sumo en vida con una supervivencia muy breve. El examen de la pieza permite apreciar que los bordes no están cicatrizados, y que alrededor de los taladros tampoco se observan señales de necrosis, como hubiese sido normal como paso previo a una virtual regeneración osea.

Desde luego, no es fácil determinar si se trata de una intervención de tipo quirúrgico a la que el individuo no sobrevivió, o bien una práctica de tipo ritual llevada a cabo *Post-mortem*, mucho más cuando otras hipótesis alternativas tienen cabida dentro del terreno de las conjeturas en el que ahora nos movemos, como por ejemplo la posesión de ciertas partes anatómicas, especialmente partes craneales, procedentes de destacados enemigos que hubiesen podido formar parte del ajuar, y más tarde incineradas con el difunto.

La probabilidad de que se tratara de una lesión intencionada con el fin de obtener tatuajes por cicatrices queloideas, práctica común en algunas poblaciones primitivas actuales, queda prácticamente descartada habida cuenta de que no existen señales de supervivencia. En todo caso, mucho más plausible que la idea de un amuleto obtenido a partir de la bóveda craneal de otro individuo, en la que no terminan de encajar demasiado bien el cuidado y la extrema precisión de la intervención que la pieza presenta, nos parece la hipótesis más sencilla, es decir, que el fragmento de bóveda craneal pertenezca a la misma persona que fue incinerada. Otra cosa será explicar la finalidad con la que se practicó, si respondía a fines terapéuticos, mágicos o religiosos, para la que obviamente no tenemos respuesta.

BIBLIOGRAFIA

BROCA, P. (1867): La trépanation chez les Incas. **Bull. de l'Academie de Méd.** nº 32. pp. 866-871.

BROCA, P. (1874): Sur les trépanations préhistoriques. **Bull. de la Soc. d'Anthropologie.** (X-e Série.) IX. Paris.

CAMPILLO, D. (1977): **Paleopatología del cráneo**. En Cataluña, Valencia y Baleares. ed. Montblanc-Martín. 630 págs. Barcelona.

CAMPILLO, D. (1994): **Paleopatología. Los primeros vestigios de la enfermedad**. Colección Histórica de Ciencias de Salud. nº 5. (2 vols.). Fundación Uriach. Barcelona.

GARCIA CANO, J.M. (1985): Informe sobre la V campaña de excavaciones en la necrópolis de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho. Mayo-abril 1985. **Memorias de Arqueología**. Murcia.

GARCIA CANO, J.M. (1991a): Informe sobre la VI campaña de excavaciones en la necrópolis ibérica de El Poblado de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla). Septiembre 1986. **Memorias de Arqueología**. nº 2. Comunidad Autónoma. Murcia.

GARCIA CANO, J.M. (1991b): Las necrópolis ibéricas en Murcia. **Congreso de Arqueología Ibérica**. Las necrópolis. Serie Varia 1. pp. 313-347. Madrid.

GERMANA, F. & FORNACIARI, G. (1992): **Trepanacioni, craniotomie e traumi cranici in Italia**. ed. Giardini. Pisa.

INIESTA, A. & PAGE, V. & GARCIA CANO, J.M. (1987): **Excavaciones arqueológicas en Coimbra del Barranco Ancho. La sepultura 70 de la necrópolis del Poblado**. Editora Regional. Murcia.

LILLO, P.A. (1981): **El poblamiento ibérico en Murcia**. Academia Alfonso X El Sabio- Universidad de Murcia. Murcia.

LISOWSKI, F.P. (1967): Prehistoric and early historic trepanation. En Brothwell, D. & Sandison, A.T. (Eds.) **Diseases in Antiquity**. pp. 651-672. Springfield.

MOLINA, J. & MOLINA, M.C. & NORDSTROM, S. (1976): Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia) . Trabajos Varios del S.I.P. nº 52. Valencia.

MOLINA, J. & MOLINA, M.C. (1991): **Carta Arqueológica de Jumilla**. Adenda 1973-1990. Ayuntamiento. Jumilla.

MUÑOZ, A.M. (1983): Cipo funerario ibérico decorado con esculturas. **XVI Congreso Nacional de Arqueología**. Murcia-Cartagena. 1982. Zaragoza.

MUÑOZ A.M. (1986): El Eneolítico en el Sureste. **Historia de Cartagena**. Vol. II. De. Mediterráneo. pp. 142-162. Murcia.

MUÑOZ, A.M. (1987): La escultura funeraria de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia). **Homenaje a Domingo Fletcher**. Archivo de Prehistoria Levantina. XVII. pp. 229-255. Valencia.

NEMESKERI, J. (1986): Rekonstruktions untersuchungen an zwei neolithischen trepanierten schädeln aus Börnecke, Kr. wernigerode. **Nachr. Niedersachs Urgesch**. 45. pp. 1-29.

PAGE, V. et alii. (1987): **Diez años de excavaciones en Coimbra del Barranco Ancho, (Jumilla Murcia)**. Murcia.

PIGGOTT, S. (1940): A trepanned skull of the beaker period from Dorset and the practice of trepanning in prehistoric Europe. **Proc. Prehist. Soc.** E. Angl. 6. pp. 112-132. London.

PRUNIERES, L. (1874): Sur les crânes artificiellement perforés à l'époque des dolmens. **Bull. et mémoires. Soc. d'Anthropologie.** (Série 2). IX. pp. 185-205. Paris.

STEWART, T.D. (1958): Stone age skull surgery. A general review with emphasis on the New World. **Smithson Inst. Rept.** 1957. pp. 469-491.

TEJERINA, J.M. (1968): La trepanación prehistórica en Mallorca. **Asclepio** XX. pp. 191-219. Madrid.

TEJERINA, J.M. (1972): **La medicina antigua en Mallorca**. Fascículo 1. V. 192 pgs. Palma de Mallorca.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 293- 314

ENSAYO DE INTERPRETACION ETNOARQUEOLOGICA DE LOS EXVOTOS DE LOS SANTUARIOS IBERICOS: MANOS, GESTOS RITUALES Y ANDROGINOS EN LA CULTURA IBERICA

Juan Francisco Jordán Montes
José Miguel García Cano
Anselmo Sánchez Ferra
MUSEO DE MURCIA

INTRODUCCION

JUSTIFICACION.

El presente trabajo es tan sólo un modesto adelanto y una mínima parte de un libro, ya concluido pero aún inédito, que el equipo ha estado elaborando durante varios años al amparo del Museo Arqueológico de Murcia. La razón fundamental es que nos es especialmente grato entregar este preludio en homenaje a la que fue nuestra profesora en la Universidad de Murcia, la Dra. Dña. Ana María Muñoz Amilibia.

Rogamos pues a los lectores y colegas investigadores que comprendan lo parcial que puede resultar la lectura del presente artículo. A la vez, lo novedoso de sus planteamientos (estudio de la androginia, relaciones entre gestos litúrgicos y sexo o entre gestos y figuras vestidas y desnudas, tablas de estadísticas,... etc) provocará acaso sorpresa e incredulidad inicial. Es nuestro firme propósito promover el debate para reafirmar nuestras teorías, matizarlas o bien desestimarlas.

ANOTACIONES BREVES.

La observación detenida de los exvotos de bronce de los diferentes santuarios ibéricos, depositados en museos y colecciones, permite intuir que el gesto de las manos en la cultura ibérica alcanzó especial relevancia en la religiosidad y en la liturgia de los centros sagrados de la Protohistoria peninsular.

Tras el estudio y análisis de las diversas colecciones en España y en Europa, elaboramos una tabla de posibilidades de gestos humanos, con el fin de determinar la secuencia estadística. Del mismo modo, trabajamos en la frecuencia de aparición de los hombres o de las mujeres en los exvotos o en el porcentaje de desnudos y vestidos. Concedimos especial relevancia a los andróginos detectados en los exvotos de metal, aspecto historiográfico obviado hasta el presente en las publicaciones sobre el mundo ibérico.

El trabajo mayor, que esperamos vea la luz próximamente, consta de una amplia serie de capítulos que resumimos para orientar al lector y que nos es totalmente imposible sintetizar en tan reducido espacio.

En una primera parte, presentamos una breve exposición sobre los estudios de las manos realizados en diferentes épocas de la prehistoria y etnografía europea. A continuación procedemos a una somera visión en perspectivas amplias de los valores de las manos en las diferentes culturas mediterráneas y del Próximo Oriente, desde el Paleolítico hasta la época Clásica. Así, el recorrido abarca las Venus del Paleolítico y alcanza hasta Egipto, Mesopotamia (en sus diferentes civilizaciones : Sumer, Acad, Babilonia y Asiria), Anatolia (Hititas), Fenicia, Cartago, Persia y Etruria.

Una segunda parte versa sobre la historia de la investigación de los aspectos más íntimamente relacionados con la etnoarqueología y antropología del mundo ibérico. Un amplio cuerpo de notas nos evita ser prolijos en ese sentido e invita al lector a recorrer las diferentes vías propuestas por la infinidad de investigadores consultados y citados.

Una tercera parte es una aproximación interpretativa de la antropología subyacente a los santuarios y a los exvotos ibéricos, con especial referencia a los trabajos pioneros de LANTIER, NICOLINI y BLAZQUEZ, pero también a los más recientes de PRADOS TORREIRA y RUANO RUIZ. En este apartado analizamos el significado de los santuarios y su localización, los exvotos, los personajes y divinidades representados, la desnudez y el sexo, las ofrendas, los miembros sueltos y la indumentaria (cordones, cinturones, trenzas, tonsuras, cascos, velos, mantos, armas, adornos y joyas).

Una cuarta parte se centra en la liturgia y simbolismo de los mismos aspectos citados en el apartado anterior,

inspirándonos en obras y artículos de marcado contenido antropológico, sin descuidar las referencias estrictamente arqueológicas, pero que pertenecen, estas últimas, a la tercera parte ya señalada. Un elevado y seleccionado conjunto de notas antropológicas y etnológicas de calidad nos permite sustentar con fiabilidad, así lo creemos, las hipótesis allí defendidas.

La quinta parte, la más original y la que más contribuciones aporta al conocimiento de la cultura ibérica, es la que con más intensidad pretendemos compendiar aquí. Consiste en un análisis pormenorizado de cada gesto y un comentario sobre sus posibles significados. Un conjunto de tablas estadísticas ilustra nuestras propuestas. Añadimos un ensayo de interpretación de las figuras andróginas que aparecen entre los exvotos.

LOS GESTOS EN LOS EXVOTOS DEL MUNDO IBERICO

COMENTARIO DESCRIPTIVO DE LA CLASIFICACION PROPUESTA

PREAMBULO

Aunque es evidente que a partir de la clasificación elaborada y ofrecidas como modelo teórico, es prácticamente imposible deducir un significado concreto para cada posición y modelo, ni un conocimiento preciso y exacto del ritual ibero, también es verdad que surgen de cada gesto de las figuras de bronce, atisbos para aproximarnos a la mentalidad y religiosidad de dicho pueblo indígena.

El análisis estadístico y cuidadoso de miles de figuras de exvotos, revela una amplia serie de coincidencias entre expresiones gestuales y sexo, indumentaria u ofrendas y armas. No hay nada azaroso. Esto anima a pensar que, efectivamente, en las creencias de los iberos, existió un ritual y unas ceremonias organizadas y establecidas por la costumbre, el derecho consuetudinario, la tradición oral, los santones de los santuarios u otros factores a determinar.

Nos sorprende el número tan elevado de las actitudes y gestos descubiertos, la variedad de los vínculos que se establecen entre los devotos y los objetos y, en fin, los múltiples matices que se encuentran escondidos en los gestos más sencillos, en apariencia, y que han pasado desapercibidos para la investigación hasta la fecha.

COMENTARIOS PARTICULARES A LOS GESTOS Y A LOS EXVOTOS

EL GRUPO 0. TIPO O.

a) Las figuras minúsculas.

Numerosos centenares de figuritas minúsculas de metal se resistieron, pese a nuestros desesperados intentos, a integrarlos en grupos con suficientes garantías. La erosión del bronce y lo reducido de su tamaño, nos aconsejaron crear un grupo común donde situar a los inclasificables por el momento.

En otras ocasiones la propia iconografía nos presentaba otra barrera adicional tan insalvable como las dos citadas, la de la destrucción de las piezas y su tamaño. Con frecuencia, las figuritas, tanto masculinas como femeninas, ocultaban su anatomía y sus posibles gestos bajo las vestiduras amplias y gruesas, siendo imposible determinar a qué grupo pertenecían. La sobriedad de la composición o del detalle incrementaba aún más el problema. No se trataba de figuras esquemáticas ya que se apreciaban con increíble calidad las facciones de los rostros, los adornos de las ropas, los abalorios, los pies, las calidades de los tejidos,...

Con el transcurso del tiempo, optamos por considerar que esa actitud hierática ante la divinidad del santuario, enfundada en los pliegues y telas, sin mostrar del cuerpo más que el rostro, era una postura en sí misma.

Era un grupo de devotos que manifestaba de forma nítida la humildad, el sometimiento ante lo sagrado, el temor ante las fuerzas que brotaban de los recintos y espacios sagrados y los sentimientos más íntimos.

Acaso podemos suponer que los exvotos que esconden a los seres humanos tras las ropas, conservan o manifiestan gestos y las posturas establecidas por nosotros en la tabla. Si así fuera la intención de los fieles que acudieron al santuario, sería lógico pensar que eligieron, a tenor de la posición firme e inmóvil que manifiestan, la postura correspondiente al GRUPO A, tipo A0, con sus variantes concretas.

No obstante, a veces, por el modo de estar cerrados los mantos y los velos, y según las señales y relieves que los pliegues confeccionan sobre los cuerpos y sus siluetas, las manos denotan los gestos A1, A2 o incluso el A15. Pero al carecer de la posibilidad de desnudarlos o de usar los rayos X, nos vemos obligados a iniciar el análisis con un conjunto de devotos ocultos (y rebeldes a nuestra intenciones) bajo sus ropajes, sin postura determinada fiablemente.

En definitiva, consideramos que este GRUPO 0, TIPO 0 refleja una disposición sentida y admitida entre los pueblos ibéricos y que adquirió una personalidad y trascendencia propias. El aislamiento total del cuerpo humano ante el entorno sagrado se configura como una actitud más idónea para participar de la liturgia de los santuarios.

Con ella, presumiblemente, se expresaba la meditación, el recogimiento y la sumisión humilde del devoto. Esto es corroborado por las restantes figuras. En multitud de casos, como posteriormente comprobaremos, otras posiciones evidencian igualmente una intencionalidad de ocultar la mayor parte posible del cuerpo humano. En estos casos, asoman las manitas entre los pliegues y cierres de las ropas. Pero lo suficiente para que gesticulen y establezcan una postura concreta de la tabla ideal.

Creemos poder apreciar cierto predominio de figuras femeninas en este GRUPO 0, acaso por una mayor vinculación cultural de la mujer con el recato y la humildad. También observamos que en el resto de los grupos y tipos, son las mujeres las que con mayor frecuencia se resguardan bajo los ropajes y las vestiduras cuando se presentan ante la divinidad.

El resultado numérico de este GRUPO 0 es: Hombres: 62 Mujeres: 120

b) El grupo de las «varillas».

De modo similar, las denominadas varillas nos complicaron la clasificación pretendida y aún hasta la validez de la misma.

No sabíamos si incluirlas dentro del GRUPO 0, ya que nada se apreciaba en cuanto a gestos y posturas a causa de su rigorista esquematismo y porque sus cuerpos quedaban inmersos en sus ropas.

Sin embargo, observamos que había una aparente diferencia fundamental respecto al GRUPO 0. No se distinguía un especial interés, por parte del toreuta o del oferente, en detenerse en detalles de facciones, vestimentas, objetos,... Tal abocetamiento impedía deducir con nitidez una pretensión, por parte del devoto, de alcanzar la soledad espiritual bajo las prendas. Esa idea no era por completo descartable pero quizás el problema se debía plantear con criterios económicos más que religiosos.

Suponíamos que, acaso, el esquematismo y la pobreza artística de dichas varillas, obedecía a una piedad carente de recursos materiales y que tal piedad se expresaba con medios más modestos y limitados. Lo rudimentario de la ejecución en estas varillas, lo impreciso de sus rasgos y contornos, la duda incluso de su mismo sexo y, aún más, su hipotética desnudez, a veces casi imposible de determinar, sugieren severas dificultades del fiel para alcanzar un producto de consumo.

Si a ello añadimos que con suma frecuencia se aprecia que dichas varillas están confeccionadas con materiales reaprovechados, procedentes de fíbulas o restos de otros utensilios de metal, la deducción parece lógica. Se trataría de exvotos muy poco elaborados, presentados por los fieles de condición y situación muy modesta. Tales dificultades implicaban imprecisiones y tosquedad, rasgos ausentes en el resto de los grupos de exvotos.

El resultado numérico es: Hombres 417; Mujeres 236 y Sexo dudoso 236.

c) Los «indeterminados».

Otro conjunto de piezas que irremisiblemente no son interpretables y resultan indescriptibles para nuestra tabla ideal. La razón es porque carecen de un brazo de los dos. Salvo raros casos, en los que la comparación de las vestimentas, objetos y rasgos de estos «indeterminados» con los de los pertenecientes a exvotos completos y perfectos, es aventurado suponer, aun conociendo el sexo, la postura y el gesto que presentaban en su momento de fabricación. Por este motivo hemos preferido prescindir de ellos y los incluimos en este subapartado.

El resultado numérico es: Hombres: 54; Mujeres: 20

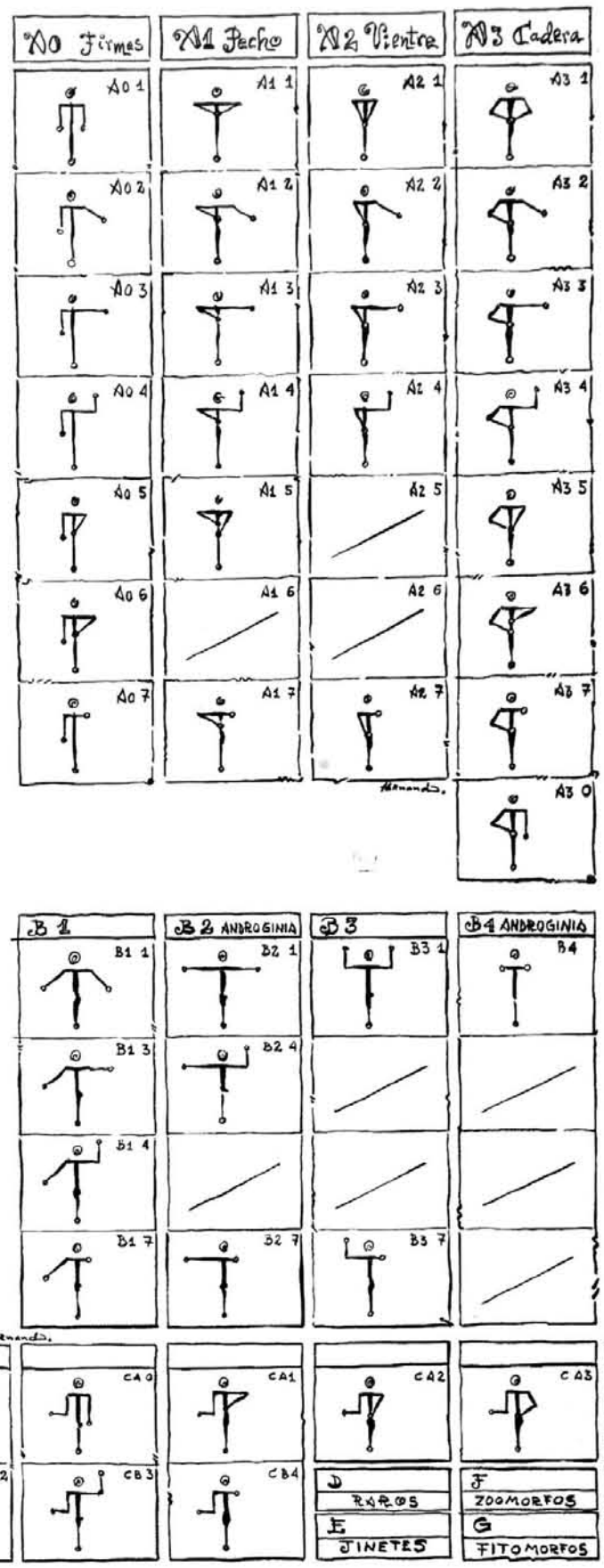
GRUPO A. TIPO A0. Variante A01.

Subvariante A01-I.

-Sin ofrendas-.

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Generalmente y superando la actitud hierática, si estas figuras se presentan desnudas, lo hacen con prominentes falos y testículos. Ocasionalmente también se representan los ombligos. En aquellos casos en los que se pretendía destacar la sexualidad del individuo, aun cuando portara ropas, las túnicas o los faldellines son insuficientes para cubrir sus atributos masculinos, lo que evidencia una intencionalidad manifiesta para solicitar fecundidad y potencia viril.



Suelen aparecer con los cráneos rapados o bien cubiertos con velos o con cascos. Los vestidos que portan estos personajes son sencillos: túnicas, mantos y, en raras ocasiones, trajes que se pueden considerar de cierto rango. Algunos varones adornan sus cinturas con fajas o cinturones de briche de placa.

Es interesante señalar cómo, aunque la posición sea de firme, los pulgares destacan nítidamente del resto de los dedos y o son raros los pulgares desmesurados en tamaño, seguramente indicando con ello una superior relevancia de este minúsculo miembro y un gesto litúrgico ante la divinidad.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Son muy escasos los ejemplos de mujeres desnudas en esta posición, al contrario que los abundantes ejemplos de desnudo que ofrecen los hombres. Cuando las figuras femeninas aparecen desnudas, además, nunca es una desnudez absoluta, tal como acontece entre sus compañeros masculinos. Lo normal es que entre los personajes femeninos, los ropajes rituales cubran sus cuerpos, añadiendo velos y mitras. Los varones aparecen desnudos por completo, sin

complejos ni recatos, salvo escasísimas excepciones de faldellines de muy corto desarrollo.

Por lo general, las mujeres visten mantos y velos y en la cabeza se observan mitras y tocados de muy diversas formas. Ocasionalmente, el manto cubre por completo la figura femenina, dejando tan sólo libre el rostro, acaso buscando la máxima protección para la devota ante la divinidad y el mayor recogimiento en el ritual.

Son de destacar en algunas figuras femeninas unos collares y pectorales de suma riqueza. Sugerimos que su función pudo ser similar a la que desempeñaban las fajas y los cinturones entre los personajes masculinos: la protección ante la divinidad.

Cuando las manos femeninas son visibles, se aprecia un gran desarrollo y separación intencionada de los pulgares. En ello coinciden plenamente con los varones.

- Con ofrendas y/o armas-

Las figuras masculinas y femeninas del A01-I con ofrendas son sumamente escasas, lo que evidencia que no se trataba de una postura propia de oferentes sino que estaba destinada, fundamentalmente, a la presentación humilde del devoto ante la divinidad.

Si hay ofrendas, éstas parecen ser frutos esféricos y, en algún caso, armas. En cualquier caso la representación es tosca.

III.- HERMAFRODITAS.

Se pueden considerar algunos casos posibles de andróginos en los que los falos y los senos coinciden en su anatomía. Planteamos la posibilidad de que aquí se trate de defectos de fabricación. Pero cuando esta situación se repite en posturas distintas, como demostraremos y comprobaremos posteriormente, y es reiterada hasta la saciedad en algunos gestos concretos, hay que pensar necesariamente en una intencionalidad del artesano y del devoto que encargó la figura allá donde aparezca.

Un mito o una creencia muy peculiar se escondió detrás de esos andróginos como más tarde desarrollaremos también.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A01.
SUBVARIANTE A01-II.
-Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Las características son semejantes a la subvariante anterior, lo cual nos permite, en efecto, deducir que nos hallamos ante un mismo ritual para este conjunto amplio de figuras: desnudos con falos destacados, a veces marcadas las tetillas de los varones, pulgares extendidos y muy gruesos, ropas cortas,...etc.

Las manos de estas figuras son desmesuradamente grandes, expresando con ello la importancia que se le concedía en esta subvariante y el poder que residía en dicho miembro. Sugerimos dos posibilidades no incompatibles. Primero que las manos sirvieran para impregnarse de sacralidad al ser orientadas hacia la divinidad. Segundo que las manos simbolizaran el ofrecimiento y entrega espiritual del devoto, aunque este no portara ninguna ofrenda. Sería un gesto compensatorio.

Es digno de reseñar que entre los varones vestidos, casi la mitad se adornan con fajas o cinturones de placa, en una clarísima intencionadidad litúrgica.

En consecuencia, aunque la subvariantes A01-I y II se mueven dentro del mismo universo, integran matices diferenciadores: mayor tamaño de las manos y superior presencia de las fajas y cinturones entre los varones; con todos los significados posibles que de ambas circunstancias puedan desprenderse o deducirse.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

El número de éstas es sensiblemente inferior al de los varones. Su desnudez es absoluta, contrastando con ello con la subvariante anterior A01-I, la cual mostraba una desnudez mitigada por velos y mitras. De nuevo, al igual que ocurría con los varones, en las mujeres también apreciamos rasgos litúrgicos diferenciadores entre las dos subvariantes, que quedan así plenamente justificadas y que garantizan que el estudio de los gestos y de las posiciones de las manos es válido para adentrarnos en el conocimiento de la mentalidad ibera.

Hay que considerar otro aspecto no menos importante. A veces, las mujeres desnudas de este modelo se asemejan bastante a las que pertenecen al modelo B11. Es probable que haya que pensar en un mismo grupo o en una variación deducida por nosotros pero no real para los iberos. Es asunto para profundizar.

Las mujeres vestidas son más numerosas y es digno de reseñar la presencia en ellas de fajas en sus cinturas, equiparándose en ello a los compañeros masculinos.

Del mismo modo, los pulgares aparecen nítidamente separados del resto de los dedos, remarcando así, su trascendencia.

-Con ofrendas y/o armas-

Coincidiendo con el modelo A01-I, las figuras masculinas y femeninas con ofrendas son minoría en el conjunto, lo que confirma de nuevo que nos hallamos no ante un gesto para expresar ofrecimiento y entrega de objetos o de bienes, sino ante un actitud de entrega personal del individuo ante la divinidad.

Cuando aparecen ofrendas se trata de frutos geminados y de armas.

III.- HERMAFRODITAS.

Están relativamente bien representados y ya no se pueden considerar como un error del toreuta o de la fundición. Los senos coinciden en las figuras con la existencia de falos descomunales. Unos pocos de estos andróginos portan fajas y cinturones. Y uno solo presenta una ofrenda de un posible fruto esférico en su mano izquierda.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A01.
SUBVARIANTE A01-III.
- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Las características son semejantes a las subvariantes previas, I y II, lo que nos confirma en la deducción de que nos hallamos ante un grupo de relativa homogeniedad. Es de destacar que prácticamente todos se presentan vestidos, lo que descarta, en principio, una intencionalidad referente a la fecundidad o a las potencias genésicas.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Es una postura en la que parece existir un ligerio predominio de la presencia femenina, acaso por ser éste un gesto peculiar de recogimiento de las manos cerca del sexo. Es importante constatar cómo no hay ningún caso de mujer desnuda en esta posición. Todas ellas aparecen incluso con exceso de ropajes, permitiendo la expresividad del rostro y la manifestación de las manos. Este último detalle en favor de los miembros superiores es signo inequívoco de que la mano era útil en la liturgia de los sacrificios o de la recepción de las infuencias benéficas emanada de lo sagrado.

El carácter de fertilidad no parece estar vinculado a este gesto, al igual que ocurría con los varones. Por el contrario, debemos pensar en gestos de consagración personal ante lo divino y de captación de sus bienes y dones concedidos. El exceso de ropajes probablemente haya que entenderlo como una actitud defensiva ante las energías brotadas del santuario o de la divinidad.

- Con ofrendas y/o armas.

No se constata ningún caso, ya sea en hombres o en mujeres.

III.- HERMAFRODITAS.

No se constatan.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A02.

No se constatan figuras de este modelo hasta el presente.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A03.

No se constatan figuras de este modelo hasta el presente.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A04.

- Sin ofrendas-

I. FIGURAS MASCULINAS.

Es un conjunto muy interesante, tanto por su neta diferencia respecto a las variantes descritas del A01, como por sus propias peculiaridades. En su inmensa mayoría aparecen vestidos y, en algún caso aislado, con sus armas de guerrero.

En casi la mitad de los casos los hombres presentan cinturones de placa, con todo el valor mágico y simbólico inherentes a ese objeto.

Pero es de sumo interés que todos los hombres, desnudos o vestidos, armados o sin armar, con trajes rituales o militares, levanten únicamente la mano derecha como saludo o presentación ante la divinidad del santuario.

Y es más sugerente todavía que únicamente los hombres que portan cinturón de broche de placa, separen los pulgares del resto de los dedos, mientras que el resto de los varones no expresan esa necesidad o gesto litúrgico, ya que todos sus dedos se reunen y abren en un mismo plano, sin separación ostensible.

Esto nos está indicando que hay un gesto muy especial y específico destinado un determinado ibero que porta el mágico cinturón de broche de placa y que sólo él realizaba por razones desconocidas.

Volviendo a la cuestión de la mano diestra, suponemos que la izquierda, en consecuencia, estaba vetada para ser elevada en solitario en acción de gracias o para percibir emanaciones sagradas de lo divino dentro de los santuarios ibéricos.

II. FIGURAS FEMENINAS.

Es destacable que todas ellas vayan vestidas, lo que elimina en este gesto cualquier intencionalidad propiciatoria de la fecundidad humana. Sin embargo, en algunos casos, y pese a la evidente vestidura, los senos femeninos han sido intencionadamente señalados y aún remarcados.

Hay que destacar un exvoto(AO 66) con una mano descomunal que nos afianza más en la creencia de que es un gesto de percepción o de salutación ante lo sagrado; o ambas cosas a la vez ya que no son excluyentes entre sí ambas intenciones.

Como entre los varones, la única mano digna de ser elevada ante las divinidades era la derecha. Ni una sola mano izquierda viola esa estricta norma, establecida por el uso y la tradición. Este tipo de detalles nos reafirma en la idea de que las posturas y los gestos constituían un patrimonio costumbrista, cultural y litúrgico común entre los iberos y que era respetado.

Un caso no menos atractivo es el de la figura AO 2323, en la que la mujer coge con la mano izquierda un repliegue de su prolongado velo. Este gesto encuentra interesantes paralelos en el mundo antiguo de las culturas de Oriente.

Los pulgares, al igual que entre sus compañeros masculinos, suelen aparecer separados del resto de los dedos, aunque es verdad que este detalle no es tan frecuente entre las damas. A su vez, tal observación nos anima a pensar más en una élite entre los hombres que portaban o presentaban el derecho de portar cinturón y que se expresaban con el pulgar de forma bien ostensible.

- Con ofrendas-

No se constatan figuras masculinas o femeninas que en este modelo presenten ofrendas. Tampoco parece una postura idónea para dicha actitud. Ni tampoco, como indicábamos anteriormente, parece tratarse de un gesto propiciatorio de la fertilidad. Nos inclinamos, en consecuencia, a considerar tal postura o modelo como señal de salutación a la divinidad y de percepción de los dones emanados de ella.

III.- HERMAFRODITAS.

Sólo se constata un posible caso: Germain-32.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A05.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Es destacable en primer lugar que se trata de un gesto predominantemente masculino, en el que se impone, además, el cuerpo vestido sobre el desnudo.

La mano que se deposita sobre el vientre puede ser tanto la derecha como la izquierda, lo que confiere a esta postura un significado diferente al de la salutación y presentación propio del modelo A04.

En los casos en los que la mano derecha descansa sobre el vientre, y siendo hombres vestidos, aparecen algunos guerreros que custodian sus armas o que las presentan ante la divinidad.

El predominio de los varones vestidos en esta postura no parece favorecer la idea de una actitud propiciatoria o suplicatoria de la virilidad y de la fertilidad masculina. Si bien vemos aparente obscenidad y erotismo en algunas manifestaciones en este gesto, bajo los vestidos.

¿Es una contradicción?. ¿O podríamos estar ante un caso de magia de protección del sexo masculino y los hombres, aun deseando la potencia fecundante de sus miembros, no se atreven a exhibir sus atributos por temor a las emanaciones de lo sagrado?

Si tal situación existió, los hombres, a la vez que solicitaban su potencia genésica, resguardaban su aparato reproductor de forma conveniente y decorosa detrás de las telas. Tal vez un pudor natural masculino se apoderaba de los varones cuando permanecían de pie ante lo sagrado e impedía la desnudez absoluta. Sólo en la intimidad de la presencia divina, el devoto se atrevía entonces a palpar o tocar sus órganos sexuales, sin necesidad de destapar su anatomía.

Insistiendo en la cuestión de la derecha y de la izquierda, apreciamos una neta diferencia y separación entre los modelos de A04 y A05 que hacen referencia a los contenidos litúrgicos y simbólicos. Si en la variante A04 era imprescindible para el devoto levantar la mano derecha de forma reverente para recibir las gracias o saludar a la divinidad, en A05 el hecho de utilizar la mano derecha o la izquierda parece más elección libre del fiel que norma establecida por la tradición y las costumbres. No obstante, hubo algún motivo en la mente de los iberos para optar por una mano u otra y cuyo sentido hoy en día se nos escapa. La proporción es aproximadamente del 50% lo que, quizás, nos conduce hacia la casualidad.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Sólo se han detectado dos casos de figuras femeninas. Esto es indicio bien evidente de que nos hallamos ante una postura eminentemente varonil.

- Con ofrendas y/o armas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Entre los desnudos es digna de mención una pieza excepcional: AO 541. Esta se masturba con tranquila naturalidad ante lo divino mientras que presenta un posible fruto en la mano izquierda, acaso impetrando, por magia de semejanza, la fecundidad y la potencia. Muestra a la divinidad el surgimiento del semen y reclama de ella el fruto de forma real. Se trata de una excepción ya que ninguna otra figura del modelo ofrece o presenta frutos.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

No se constatan.

III.- HERMAFRODITAS.

Un solo caso dudoso. Esto revela que nos hallamos también ante una postura muy distinta a A01-II, por ejemplo.

GRUPO A. TIPO A0. VARIANTE A06.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Se observa un ligero predominio de los varones sobre las mujeres. Los personajes masculinos vestidos son muchos más abundantes que los que permanecen desnudos, lo que indica que tampoco es un gesto propiciatorio de la fecundidad.

Algunos hombres presentan los pulgares separados del resto de los dedos.

El llevar la mano al pecho puede ser interpretado como signo de sinceridad y de sometimiento ante la divinidad. O, al mismo tiempo, de recoger del ambiente sagrado del santuario, los poderes benéficos y de impregnar con ellos el cuerpo humano y el corazón espiritual del fiel.

Es digno de mención el hecho de que de nuevo encontramos el predominio de la mano derecha respecto a la izquierda, si bien, no es tan acusada esa preeminencia como ocurría en el modelo A04, en el que todas las manos levantadas eran las diestras. Mas al mismo tiempo estamos alejados del 50% detectado en la postura y modelo A05. La proporción aquí, en A06, se puede establecer en un 60% de movimientos al pecho de la mano derecha y un 40% para el mismo gesto de la mano izquierda.

Sin duda este gesto aproxima más el modelo A06 al A05 y probablemente ambos estuvieron emparentados por su apariencia externa. Por el contrario A04 parece indicar otro contexto litúrgico y otras intenciones religiosas o mágicas.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Su número es bastante reducido en comparación con los varones. Aun así, conservan sus cualidades: prácticamente todas aparecen vestidas con pesados ropajes y mitras y existe entre ellas un leve predominio del uso de la mano derecha sobre la izquierda.

Esta doble coincidencia entre hombres y mujeres (acudir vestidos al santuario de forma mayoritaria y utilizar la mano derecha en un leve predominio), anima a pensar que efectivamente hubo una coincidencia entre ambos sexos en los deseos expresados con este gesto.

- Con ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Algunos varones aparecen armados o mostrando a modo de ofrenda sus armas. En algún caso se puede identificar un fruto, pero ello es una excepción. No parece, como indicábamos, un gesto de fecundidad.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

No se constatan.

III.- HERMAFRODITAS.

No se constatan.

GRUPO A. TIPO AO. VARIANTE A07.

Hemos considerado como casos posibles dos ejemplos, uno de ellos con cinturón de broche de placa. Ambos son hombres y aparecen vestidos. Se trata del AO 305 y del AO 1600.

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A11.

SUBVARIANTE A11-I.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Sin duda se trató de un gesto eminentemente femenino, muy probablemente por el contacto directo de las manos con los senos maternales. Los hombres apenas si alcanzan un 25% del total. Entre ellos destaca el predominio del vestido sobre el desnudo.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Con casi total seguridad esta postura estuvo reservada a las mujeres y a sus intenciones en el mundo ibérico. Prácticamente todas ellas se presentan vestidas, aun cuando la posición de las manos pudiera significar petición de fecundidad. No nos parece una postura de sensualidad primitiva sino de maternidad fecunda.

El gesto manifiesta recogimiento y temor reverente.

Es notorio reseñar que cuando las manos se posan sobre los senos, con frecuencia los pulgares se separan del resto de los dedos, con una intencionalidad evidente pero cuyo significado exacto no alcanzamos.

Algunas mujeres portan fajas o cordones en la cintura, acaso el equivalente a los cinturones de broche de placa entre los hombres.

Habitualmente estas mujeres se cubren con densos y pesados ropajes, velos, mantos,... y cubren sus cabezas con mitras. Todo el conjunto de aderezos y abalorios que les adornan, incrementa aún más esa sensación de acumulación. Tales añadidos de joyería a la indumentaria se puede explicar, acaso, como incorporación de amuletos que protegieran a la devota.

- Con ofrendas y/o armas.

Sólo se distinguen algunos casos excepcionales, tanto en hombres como en mujeres. Algunos varones llevan animales domésticos a la altura de su pecho, en lo que parece una acción clara de ofrenda o presentación de primicias.

Por esta escasez de ofrendas y por la ausencia de sentido sensual y erótico, creemos que esta postura y modelo estuvo destinada a que las mujeres iberas presentaran su devoción íntima a la divinidad venerada en el santuario y que suplicaran u oraran por razones de maternidad y de fecundidad como esposas.

III.- HERMAFRODITAS.

No se constatan.

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A11.
SUBVARIANTE A11-II.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Su número es muy escaso.

II. FIGURAS FEMENINAS.

Es, sin duda, otro gesto de carácter femenino. Las manos y los brazos suelen esconderse bajo el manto y las ropas; o al menos, así hemos interpretado una franja abultada situada inmediatamente debajo de la línea de los pechos femeninos, igualmente representados.

Este hecho revela de nuevo el temor a exhibir y a exponer las partes más delicadas o apreciadas del cuerpo humano, pero en este caso en el ámbito femenino. Sólo se expone el rostro, para ver y oir a la divinidad; pero nada más.

Deducimos entonces también para esta postura y modelo, en el que se trata de ocultar casi todo el cuerpo humano, que no se reclamaba fertilidad ni deseo de bienes. Hemos de pensar en otras motivaciones más intimistas y trascendentes: presentación humilde del devoto; súplica de gracias y dones; oración personal; permanencia venerante ante lo divino;...etc. Pero siempre a cubierto de las emanaciones de sus poderes.

Destacamos por su originalidad la figura AO 706(700), con los brazos cruzados sobre el pecho y la Germain 323, con dos círculos engarzados a la altura del ombligo y cuyo significado intuimos pero que es imposible de concretar.

De todos modos, hemos de manifestar ciertas dificultades a la hora de adscribir piezas a este modelo, ya que con relativa frecuencia las A11 son de reducidas dimensiones y a veces resulta complicado determinar con precisión el sexo.

- Con ofrendas y/o armas.

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Aunque muy escasos los hombres, aparecen con sus armas o bien con objetos alargados de difícil identificación.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

En muy pocas ocasiones aparecen las figuras femeninas con ofrendas. Si así lo hacen, suelen ser palomas o frutos, situados junto a los senos. Tal vez se pueda entender como una súplica de fecundidad maternal, por magia de semejanza.

III.- HERMAFRODITAS.

Un solo caso y dudoso.

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A11. SUBVARIANTE A11-III.

Son piezas de difícil adscripción. Consideramos como tales la AO 27 (mujer con palmas, a la altura de los hombros, vueltas hacia la divinidad). La AO 26 (semejante a la anterior). La AO 1053 (mujer vestida con mano derecha tocándose el cuello). La Germain 221 (mujer desnuda con las palmas, a la altura de los hombros, vueltas hacia la divinidad).

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A12.

No se constata.

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A13.

Sólo un posible caso de mujer vestida: AO 161. La mano derecha queda adosada inmediatamente bajo los senos, mientras que la izquierda porta un objeto fusiforme.

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A14.

Algunos posibles casos, como el AO 1582 (mujer), el AO 2330 (mujer), el Germain 21 (hombre), el Germain 23 (hombre). Son de difícil catalogación. Quizás se pueda incluir en el grupo a la dama de la colección Martí Esteve (M.M. Valencia).

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A15.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS Y FEMENINAS.

Es de destacar el extraordinario equilibrio que existe en los datos estadísticos referentes a varones y hembras en este modelo, lo que indica con nitidez que el sentido y la liturgia de este gesto era compartido por ambos sexos y que los comprendían y aceptaban por igual.

La postura parece reflejar dos intenciones simultáneamente. Al tocarse los exvotos simultáneamente el tórax o los senos y el vientre o el sexo, sugieren que tratan de alcanzar un doble objetivo o petición.

Algunos exvotos con la mano en el pecho vuelven la palma hacia la divinidad, en un gesto que anatómicamente es difícil (mas no imposible) por la distorsión que implica para las articulaciones reales del ser humano pero que refleja, sin duda, una intencionalidad simbólica y ceremonial. Constituye tal gesto de la palma orientada hacia lo santo, a la vez, una salutación y una captación de las emanaciones de lo sagrado.

En otros casos, la palma toca el pecho del fiel, quizás depositando así mejor las emanaciones sagradas.

Es posible que nos hallemos también ante dos fases sucesivas y complementarias dentro del mismo ritual y que se representan en un mismo exvoto: impregnación e introducción de las fuerzas genésicas y fecundantes del santuario.

Predominan las figuras vestidas sobre las desnudas, en una proporción notable. No obstante, las mujeres suelen presentar muy marcados los senos. Los ropajes son en su mayoría densos.

Sin embargo, en ocasiones, las manitas de las figuras, y sus dedos, se atreven a asomarse al exterior y coger los extremos o los bordes de los mantos y telas. Su propósito parece ser el de cerrar herméticamente el cuerpo humano del contacto exterior e impedir que penetren hasta la piel las manifestaciones poderosas que anidan en el recinto sagrado, a través de una inadvertida abertura.

Este detalle es común tanto en hombres como en mujeres y anima a insistir en que ambos sexos compartían unas mismas preocupaciones litúrgicas en este gesto y modelo y unas intencionalidades religiosas similares.

Mas, a su vez, la posición de las manitas asomadas, aún cuando sea evidente la pretensión de proteger con las telas a la figura que ase esconde y oculta tras ellas, revela también el deseo y la necesidad de expresar el gesto concreto, el A15. Un gesto mágico que consistía en llevar de forma combinada y acompasada, como hemos expresado, una mano al tórax y la otra al vientre.

En algunas figuras se aprecia que los pulgares destacan del resto de los dedos y que se separan nítidamente de ellos.

Hemos de preguntarnos sobre otras cuestiones de no menor entidad. ¿Hubo alguna intencionalidad en la alternancia de la mano derecha o iquierda en el tórax o en el vientre? ¿Fue sólo una cuestión casual y fortuita, de elección no premeditada? Teóricamente creemos que aun cuando existiera una petición concreta del devoto-cliente, habría en la mentalidad del ibero poderosas razones, tanto consuetudinarias como personales. Las causas para optar por una posibilidad y rechazar la opuesta, es difícil de establecer ya que la estadística muestra otra vez un increíble equilibrio. Esto nos hace dudar sobre lo aleatorio o azaroso del caso. Sobre todo si además observamos tal equilibrio estadístico entre los hombres y las mujeres, entre los personajes desnudos y los vestidos.

En consecuencia, nos inclinamos a pensar que era indiferente para la liturgia ibérica de los santuarios que el devoto o el peregrino posara su mano derecha o izquierda en el tórax o en el vientre. En este modelo o gesto, el uso de la derecha o de la izquierda no alteraba el significado del ritual ni la validez del mismo.

- Con ofrendas-

Sólo se ha detectado un caso de mujer vestida.

Esto nos conduce directamente a pensar que la postura A15 no estaba destinada a presentar ofrendas sino, como habíamos adelantado antes, a demandar y rogar por la salud, la fertilidad humana y la paz interior.

III.- HERMAFRODITAS.

No se constatan.

GRUPO A. TIPO A1. VARIANTE A17.

Tan sólo dos posibles casos AO 214 (hombre con armas) y AO 531 (hombre desnudo).

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A21.

SUBVARIANTE A21-I.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Aunque se observa un ligerísimo predominio de mujeres sobre hombres en este modelo, el importante grupo de figuras con sexo dudoso, nos aconseja simplemente apuntar un equilibrio de sexos en esta postura.

Existe igualmente un claro equilibrio entre varones desnudos y vestidos, lo que permite intuir que la propiciación de la fertilidad masculina era uno de los objetivos de este gesto, mas no el único ya que no parece radicalmente trascendente la desnudez masculina para obtener garantía de éxito o atención ante la divinidad.

Las manos dirigidas al vientre o al sexo avalan, de todos modos e inevitablemente, que el sexo y la fecundidad humana eran cuestiones importantes aquí. Añádase a ello que los penes de los hombres alcanzan en esta postura dimensiones realmente envidiables, descomunales en ocasiones. Y que, aun siendo una visión desconcertante y esperpéntica, aparecen guerreros que no se han despojado de su casco, conservando una mínima señal y símbolo de su aspecto, y carácter bélico, pero que muestran su falo plenamente erecto.

En un caso muy peculiar, el Germain 5, el soldado presenta la falcata en sentido transversal, sobre el sexo desnudo. ¿Solicita el piadoso y valiente guerrero trasladar la potencia del arma a su falo? ¿O a la inversa, de su miembro viril al arma? El exvoto es extraordinariamente sugerente.

También hemos de suponer, en general, que la desnudez entre los varones y la palpación de sus penes o testículos, implicaba entre ellos un juramento o promesa sobre lo más sagrado, vital y prometedor de sus personas.

II. FIGURAS FEMENINAS.

Es interesante constatar cómo la desnudez entre las mujeres es mínima y dudosa incluso. Las figuras femeninas aparecen vestidas totalmente, aunque sus manitas cierran con intención gestual toda abertura por donde pudiera penetrar la irradicación poderosa del santuario y las fuerzas allí acumuladas. Pero, y eso es importante, las manitas reproducen el gesto correspondiente al modelo que tratamos, el A21-I

Entonces, pensamos que no es para las mujeres un gesto con grandes contenidos eróticos, aunque soliciten fecundidad maternal, salud para las criaturas que portan en sus senos o facilidades en el parto.

- Con ofrendas y/o armas-

El único caso con ofrendas en este modelo es el ya citado Germain 5.

III.- HERMAFRODITAS.

No se constatan.

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A21.

SUBVARIANTE A21-II.

Existen pocos casos, muy raros en su aspecto, que cruzan los brazos: AO 438 (hombre desnudo); AO 476; 477 y 1154 (todos ellos hombres vestidos9.

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A21.

SUBVARIANTE A21-III.

Es también reducida en número y sospechamos defectos de fundición o de enfriamiento de las piezas ya que se pueden confundir perfectamente con el modelo CC. Como ejemplo, AO 1438 (hombres desnudo) y A0 10 y 15 (mujeres vestidas).

Todas estas figuras presentan ofrendas: frutos sostenidos por ambas palmas abiertas o bien entre el índice y el pulgar, gesto también muy interesante y con paralelos en las culturas del Próximo Oriente.

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A22.

No se constata.

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A23.

Se halló una interesante figura de guerrero desnudo que sujeta con su mano derecha una falcata a la altura de la cintura: AO 196.

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A24.

Es una brevísima serie de guerreros. En algún caso parecen ejecutar una serena danza ante la divinidad, ya que flexionan una de las rodillas. Van vestidos con faldellín corto y portan al cinto la falcata. En la mano izquierda cogen el umbo del escudo, por fuera del mismo. La mano derecha la elevan, acaso para portar una lanza (AO 197 y 1732).

El hecho de coger el escudo por el umbo lo consideramos del mayor interés. Es un gesto que ante todo pretende indicar a la divinidad que sus intenciones son absolutamente pacíficas, ya que el umbo fue siempre ofensivo (si bien también defensivo para desviar los proyectiles y evitar el impacto frontal de las armas arrojadizas). No es, ciertamente, una actitud defensiva ante lo divino ni ofensiva de un ritual propiciatorio de la fuerza y del vigor del guerrero.

Tal vez, aprehender el escudo por el umbo es mostrarse vulnerable ante lo divino, coger el arma por la parte más resbaladiza e incómoda; inaprensible. Es un gesto de inocencia e inofensivo para permanecer en el espacio sagrado del santuario.

Es, en suma, un gesto de humildad y de sometimiento sincero ante las divinidades que habitan el recinto y una señal de que se acudía a áquel en paz y sin ánimo de perturbar la quietud de lo sagrado.

Si a esto añadimos que la falcata aparece enfundada en su estuche de cuero y que se presenta en horizontal, el significado parece más evidente.

Recordemos, no obstante, la posible identificación del umbo del escudo con un ombligo u ónfalos mágico y poderoso, un centro genésico y benefactor. El guerrero ibero solicitaría a la divinidad que le proporcionara las virtudes y los poderes que brotan siempre de esos centros mágicos y extraordinarios.

Insistimos por último en que estos guerreros parecen representar escenas de danzas militares previas a entrar en combate.

GRUPO A. TIPO A2. VARIANTE A27.

Probablemente se deba insertar en este gesto a la mujer desnuda de AO 169. Porta un objeto fusiforme en la mano derecha, la que proyecta hacia la divinidad, mientras que la izquierda reposa en el vientre.

Considerar que se trata de un objeto fálico o de un cuerno de la abundancia con los que reclama fecundidad, acaso sea arriesgado, mas no desestimable del todo.

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A31.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Se aprecia un amplio dominio del sexo masculino.

Predominan de forma incuestionable los desnudos sobre los personajes vestidos. Aunque estos últimos porten faldellín y el pecho se cubra con ropas, el falo y los testículos se muestran espléndidos, incluso en plena erección y con el glande al aire.

El carácter sensual y de fertilidad parece en esta postura y modelo evidentes.

Las piernas suelen estar abiertas en tijera, detalle exclusivo de esta postura y que aumenta el factor erótico de la misma.

Los brazos se abren en jarra y reposan las manos sobre las caderas, con una abertura y posición muy peculiar que identifica perfectamente a estas figuras.

A veces adornan sus cinturas, muy estrechas, con fajas (no con cinturones de broche de placa).

Algunos, por el contrario, muestran ombligos muy señalados y otros pulgares tremendamente separados del resto de los dedos. Ambos rasgos son también muy característicos de esta postura y modelo.

El modelo A31, a simple vista, se podría confundir con el A01-I. Pero hemos considerado A31, y no A01.I, a todas aquellas figuras cuyas manos, aunque con actitud hierática y de firmes, se quedaban a la altura de las caderas, en una posición levemente más elevada. El matiz se distingue con facilidad y no creemos que sea defecto del toreuta.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Se trata de un gesto viril ya que las mujeres apenas si aparecen en esta postura y las que lo hacen o son dudosas en la identificación de su sexo o son muy extrañas en su aspecto: por ejemplo, AO 1358, la cual presenta el brazo derecho firme y el izquierdo en jarra.

El gesto violento, viril, orgulloso de A31, convierten a esta postura en un modelo netamente masculino.

- Con ofrendas-

Un solo caso de varón.

Esto nos obliga a pensar que no fue una postura para presentar ofrendas ante la divinidad, sino para impetrar fecundidad o virilidad masculina.

III.- HERMAFRODITAS.

Tan sólo dos casos, pero resulta significativa su presencia.

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A32.

No se constata.

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A33.

Un guerrero como posible representante de este gesto y modelo: Germain 16. Igualmente la figura SIAM Valencia 3118 (hombre desnudo).

Consideramos muy significativo resaltar que este gesto A33 se diferencia del A24, en que el modo de coger el escudo en A33 es en actitud defensiva, por las asas. En A24, lo recordamos, el guerrero cogía el escudo en el interior del santuario por el umbo y se ofrecía, así, sumiso, obediente, vencido ante la divinidad. Aquí, en A33, la intencionalidad del exvoto o del ibero es bien diferente: reclama potencia y vigor en el combate.

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A34.

Dos posibles ejemplos: AO 380 y 537, ambos hombres vestidos.

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A35.

Tres posibles casos: AO 529(hermafrodita), 550(hombre desnudo) y 2340(mujer vestida).

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A36.

Dos figuras: SIP Valencia 2172 (mujer vestida) y SIAM Valencia 3116 (hombre desnudo).

GRUPO A. TIPO A3. VARIANTE A37.

No se constata.

GRUPO B. TIPO B1. VARIANTE B11.

- Sin ofrendas-

1.- FIGURAS MASCULINAS.

Aunque el predominio de los hombres es evidente en este modelo, en absoluto se puede considerar como abrumador y se ha de admitir que esta postura podía ser elegida, y lo fue ampliamente, por las mujeres.

Prácticamente la totalidad de las figuras masculinas portan cinturón de broche de placa, como un distintivo inalienable del personaje que opta por este gesto. Probablemente esta postura exigía en la liturgia ibérica el uso de tal prenda sagrada.

Debemos añadir que también prácticamente todos los varones extienden el pulgar, de forma muy ostensible y exagerada, respecto al resto de los dedos, pretendiendo resaltar ese miembro por algún significado y causa que no alcanzamos aún a comprender.

Nos planteamos si los hombres que lucían ese cinturón tan especial y característico, tenían reservada para sí esa postura ceremonial dentro del rito. También si tales cinturones eran prestados o proporcionados por el templo o el clero (si lo hubiere) para ciertos devotos de especiales características sociales, con el fin de que pudieran realizar de modo apropiado la liturgia, de acuerdo siempre con su rango y condición. O si dichos cinturones eran portados y lucidos desde sus patrias de origen por determinados miembros de la sociedad ibérica.

Los hombres, en su inmensa mayoría, y salvo dudosas excepciones, van vestidos. Y aunque llevan por lo general faldellín corto, como muchos otros varones de otros modelos y posturas, nunca muestran sus testículos o falos. Sí mostraban sus atributos sexuales con todo su esplendor los varones de los modelos A21 y A31, posturas con elevado contenido erótico y de exigencias fecundantes. Pero esta postura B11 se nos muestra recatada y pudorosa y, es evidente, que no suplica virtudes genésicas a la divinidad porque no necesita mostrar su sexo.

La actitud de B11 nos parece abierta, de sometimiento, con las palmas extendidas hacia la divinidad, generosa en la recepción de la voluntad celestial.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Aun cuando la presencia masculina duplica a la femenina, la figura de las mujeres constituye un conjunto fundamental.

Al igual que los varones, las damas muestran en todos los casos y de forma nítida, la separación del pulgar respecto a los otros dedos.

Todas las mujeres (salvo dudosos casos de desnudez testimonial), se cubren los cuerpos con mitras, mantos y velos e infinidad de adornos complejos complementan el atuendo. Quizás haya que ver en ello el poder y el esplendor de una clase social acomodada, bien diferenciada del resto de la sociedad ibérica. Su buena apariencia y presencia coincide con la manifestada y expresada por sus compañeros de postura masculinos.

El exceso de indumentarias y vestimentas y abalorios, elimina toda intención erótica o impetradora de la fertilidad humana. En ello también coinciden con la castidad de sus compañeros de postura masculinos.

Pensamos que es indudable que nos encontramos ante un gesto litúrgico intimista y trascendente y acaso correspondiente a una élite social, más refinada y menos ostentosa.

-Con ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Los varones portan ofrendas (frutos, otras u objetos fusiformes) o también armas (jabalinas o arcos primordialmente).

Pero siempre las armas son presentadas en la mano izquierda ya que importaba más la expresión gesto que la ofrenda en sí del arma (si es que era ofrenda y no un distintivo de clase o de condición en la sociedad).

El hecho de que los varones hagan gala de su armamento en la mano siniestra y no en la diestra lo consideramos de primordial importancia y nos introduce en cuestiones similares a las observadas ya en la figura y modelo A24,

cuando los guerreros cogían los escudos por los umbos. Es decir, nos encontramos de nuevo con un gesto que pretende transmitir a la divinidad del santuario la idea de que el oferente o el devoto acuden y penetran en el recinto sagrado con intenciones pacíficas; con armas porque su dignidad o su condición social les impiden desprenderse de ellas, siquiera ocasionalmente. Pero la mano izquierda, como miembro que transporta los instrumentos bélicos, nos advierte que accede al santuario sin ánimo violento.

Salvo que los exvotos de B11 fueran todos zurdos, no hay otra forma de entender ese gesto de la izquierda.

A su vez, los fieles y los peregrinos consideran la mano derecha como elemento primordial e imprescindible para garantizar el éxito y la validez del gesto litúrgico. El pulgar aparece generalmente separado del resto de los dedos.

Hemos de indicar también que encontramos serias dificultades para un numeroso grupo de figuras que oscilan, en sus posturas, entre el modelo A01 y el presente B11.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

No se constatan.

III.- HERMAFRODITAS.

Dos casos únicamente.

GRUPO B. TIPO B1. VARIANTE B13.

No se constata.

GRUPO B. TIPO B1. VARIANTE B14.

No se constata.

GRUPO B. TIPO B1. VARIANTE B17.

No se constata.

GRUPO B. TIPO B2. VARIANTE B21.

- Sin ofrendas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Predominan levemente los hombres sobre las mujeres.

El desnudo se impone con claridad sobre los personajes vestidos. La exposición de la sexualidad y las peticiones relacionadas con ello, son bien patentes en este gesto.

Es interesante desvelar cómo la desnudez parece corresponder en buena medida a la ausencia de armas, mientras que los cinturones de broche de placa o las fajas en las cinturas de los exvotos, se vinculan a hombres armados.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Aunque equiparables en número con los varones, quedan algo por debajo en la estadística.

El desnudo femenino duplica al masculino, lo que incrementa las posibilidades de que este gesto y modelo implique conexiones intensas con la sensualidad y la solicitud de fecundidad de los seres humanos.

Dentro de las damas hay subgrupo de extremo interés. Son sin duda seres femeninos por su sexo y sus senos, muy marcados y resaltados en el bronce. Pero, a la vez, disponen de un voluminoso y prominente ombligo. Ello las hace muy próximas en su fisonomía con los hermafroditas que describiremos posteriormente. Estos seres «androginizantes» pero con tendencia o proclividad hacia lo femenino, son: AO 171, 172, 174, 1306 y Germain 206. De hecho, coinciden con los andróginos con «tendencia masculina» (permítasenos estas expresiones de momento) en que portan armas cortas y objetos fusiformes, tanto en la mano izquierda como en la derecha.

Las diferencias radican en que los andróginos con «tendencia masculina» llevan las armas en la derecha. ¿diferencia real o casualidad?

- Con ofrendas y/o armas-

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Los hombres portan armas cortas en sus manos izquierdas mientras que en sus derechas, pequeñas rodelas en actitud defensiva (u ofensiva según la interpretación posible de la actitud).

No hay, por tanto, aquella sumisión consciente y deseada, que comprobamos se manifestaba en A24.

Consideramos de la mayor importancia la aparente inversión de las armas ofensivas-defensivas, situadas, en este modelo B21, en manos que en teoría no les corresponden. De nuevo, salvo que todos los devotos representados fueran zurdos, no se entiende que el arma ofensiva se sostenga en la izquierda y que la defensiva sea blandida en la derecha (ello si lo que consideramos un arma es tal cosa).

De todos modos, destacamos que los iberos concedieron especial trascendencia a la inversión de los valores y de los conceptos en este gesto. Si a todo ello adelantamos que los hermafroditas adoptan muy frecuentemente esta postura (un tercio del total), comenzamos a comprender todas estas aparentes permutaciones y dislocaciones de la lógica convencional del armamento.

B21 es un gesto y modelo afectado por unas ideas y una liturgia cuyo contenido y significado se nos escapa. Pero que contuvieron una cuidadosa valoración de lo inverso, como modo y recurso de acceso a la divinidad y a otros mundos ocultos o intuidos por la religiosidad y el folklore ibérico.

Estos varones que portan armas, visten fajas o cinturones de broche de placa, lo que incrementa su agresividad o su protección personal ante los efluvios de lo sagrado en el interior del recinto del santuario.

Todos los hombres están, sin excepción, desnudos, resaltando así los valores genésicos.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Hay un pequeño grupo de damas que portan frutos como posibles ofrendas.

A la vez visten fajas en las cinturas, lo que les identifica todavía más con los varones, tal y como courre con las damas sin ofrendas.

III.- HERMAFRODITAS.

Estamos sin ningún género de duda en B21, ante una postura y modelo reservado a los seres andróginos. Ya hemos comprobado que tanto hombres como mujeres de B21 añadían a sus anatomías o rasgos peculiares, detalles que les iban acercando al grupo de hermafroditas que ahora mismo tratamos.

El número de hermafroditas computados en B21 es equiparable al de los hombres y levemente superior al de las mujeres. No se trata ya de una referencia casual o de una presencia testimonial o errática como ocurría en las otras posturas de la tabla. Nos encontramos ante una pos-

tura y modelo destinado casi con exclusividad para que la religiosidad ibérica expresara el concepto y las creencias de los andróginos.

Estos seres andróginos suelen ir armados con instrumentos cortos en la izquierda y rodela en la derecha, igual que los varones descritos. De nuevo la inversión total de valores y de comportamientos lógicos o racionales.

Aún añadimos más confusión: mientras que el escudo está en posoción de combate, defensivamente, la supuesta arma corta está invertida, es decir, vuelta hacia abajo y, en consecuencia, escasamente operativa. ¿Otra señal para indicar a la divinidad que sólo se pretende proteger al ser humano de las emanaciones potentes de lo sagrado y que no se intenta agredir o ser violento en el interior del espacio santo?

Pero lo más extraordinario de todo este conjunto es que a la vez que falos muy desarrollados, erectos, los exvotos andróginos muestran, con absoluta nitidez, la turgencia perfecta de unos senos femeninos jóvenes y vigorosos. Y aún más: hay siempre ombligos señalados con cuidadosa precisión y detalle.

Nos hallamos, en consecuencia, ante tres elementos que identifican a estos andróginos: falos prominentes, senos espléndidos y ombligos bien representados y salientes. Esta trilogía no puede ser casual bajo ningún concepto y sólo se encuentra al completo en el modelo presente, el B21.

Las piernas de estos hermafroditas están abiertas en tijera, algo similar a lo que ocurría en la postura A3, modelo con algunas concomitancias con el presente B21.

Hay un detalle muy clarificador. Los hermafroditas de B21 no portan nunca la faja o el cinturón característicos de sus compañeros varones en esta postura.

Este rasgo se puede comprender muy bien ya que si los andróginos se adornaran con el broche de placa ocultarían irremisiblemente su magnífico ombligo. Es deducible, por esta razón, que en la postura B21, el ombligo es algo fundamental para los hermafroditas y que adquiere una importancia primordialísima, insustituible para la mentalidad del ibero y la liturgia del santuario.

GRUPO B. TIPO B2. VARIANTE B24.

I. FIGURAS MASCULINAS.

Es una postura netamente masculina, sin que haya aparecida una sola mujer en ella.

Los varones muestran sin excepción un aspecto belicoso y aproximadamente la mitad de ellos son guerreros armados con casco, escudo en posición de combate (entiéndase en su mano iquierda, en la mano lógica), falcata al cinto y, probablemente, lanza, desaparecida hoy en día en el exvoto. esta lanza fue blandida en su momento en la derecha, la mano hábil para el combate.

Todos estos rasgos nos indican que hemos salido de la magia de la inversión observada en las posturas B21 en la que predominaban los andróginos. Ahora, en B24, sólo encontramos la expresión de unos guerreros que acuden a los santuarios para suplicar por sus necesidades castrenses y su vida azarosa, pero en absoluto con los complicados recovecos de los simbolismos.

De todos modos, los varones de B24 muestran aún ciertos valores comunes con los andróginos de B21: muestran su sexo aun cuando visten faldellines o ropajes más o menos complicados.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

No se constatan. Indudablemente la mujer fue excluida de este gesto ritual.

III.- HERMAFRODITAS.

Dos posibles casos únicamente, con similares características que las de los varones.

GRUPO B. TIPO B2. VARIANTE B27.

No se constata.

GRUPO B. TIPO B2. VARIANTE B31.

I. FIGURAS MASCULINAS.

Pese a la posible semejanza formal y gestual de esta postura con B21 y B24, es sin embargo distinta en su significado y en sus rasgos diferenciadores.

Todo ello nos está confirmando la validez de la tabla que proponemos aun cuando no podamos de momento penetrar excesivamente en la comprensión de la mentalidad ibérica y nos conformemos con apreciar matices y tonalidades que proclaman la riqueza litúrgica y de ideas de los primitivos iberos.

Los hombres aparecen vestidos en proporción doble a los desnudos. Es la primera diferencia neta con las figuras correspondientes a B21 y B24.

La segunda diferencia estriba en que no presentan armas ni que tampoco parecen militares o guerreros, pese a lo aparatoso de su gesticulación, con los dos brazos y manos levantados. Mas bien se entiende una disposición confiada, abierta, generosa, que capta las emanaciones fecundantes o benéficas del santuario y de sus divinidades.

Existe, por añadidura, un rasgo peculiar. Los hombres desnudos portan un extraño ocho vertical que recorre su pecho y su vientre y que sin duda constituyó un símbolo con un significado que hoy nos es desconocido. ?Pintura corporal? ¿Tatuajes rituales? ¿Signo de identificación tribal o de clan?

Los hombres vestidos, en cambio, incluyen en su indumentaria cordones en hombros y pechos y cinturones o fajas en las cinturas. Es muy probable que esas disparidades fueran entendidas y aceptadas por cotidianas en la liturgia de los devotos. Mas hoy apenas si somos capaces de atisbar indicios de protección por medio de nudos, sogas o de círculos cerrados en torno a la anatomía humana. Esos nudos, cuerdas y círculos que adornaban a estos devotos también podrían significar la materialización de vínculos entre los seres humanos y los dioses o potencias cósmicas.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Superan en más del doble a los hombres. Nos encontramos, por tanto, en una postura reservada para las mujeres por razones no comprendidas hoy.

En ellas predomina el desnudo sobre el vestido, lo que le confiere matices eróticos o de fecundidad.

Coinciden las damas con los varones en el rasgo del ocho vertical trazado sobre pecho y vientre. Ello induce a pensar en una coincidencia de pretensiones religiosas para

ambos sexos en este gesto. La cuestión del ocho vertical acaso haya que entenderla desde una perspectiva no simbólica. Tal vez era un traje ceremonial, idóneo para el gesto B31 o para algunos devotos particulares en su condición u origen. No es descartable, sin embargo, un emblema.

Una de las mujeres porta una ofrenda de paloma y otra luce un cinturón.

III.- HERMAFRODITAS.

Pese a la similitud con la postura y modelo B21, no se constata en B31 ningún caso, por lo que pensamos que, pese a la semejanza, ambas posturas reflejan actitudes y aspiraciones diferentes de los fieles ante la divinidad.

GRUPO B. TIPO B3. VARIANTE B37.

Sólo se constata un caso de mujer desnuda.

GRUPO B. TIPO B4.

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Los hombres duplican a las mujeres en la estadística. En su mayor parte los varones aparecen desnudos, lo que es interpretado como un acto de entrega y de propiciación de la fecundidad. A su vez, las manos y los brazos extendidos hacia adelante, sugieren la presentación de ofrendas o de súplicas ante la divinidad.

La posición B4, hay que advertirlo, ofrece serias dificultades en ocasiones y no siempre es fácil diferenciarla con precisión de otras como la B11 y a veces la CC.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Su número es sensiblemente inferior al de los hombres.

Surgen además claras diferencias respecto a sus compañeros ya que existe un equilibrio entre las mujeres vestidas y las desnudas. Por otra parte, sí muestran ofrendas, cuando sus compañeros masculinos, con el mismo gesto, no las presentaban.

Se observa una posible dualidad: si las mujeres aparecen desnudas, sus ofrendas son objetos fusiformes o esferoides; si se disponen vestidas, con mitras, velos y mantos, se acompañan de frutos. Dado el reducido número de exvotos, sólo apuntamos esa posibilidad.

Apuntamos otra observación importante relacionada con el gesto: cuando las damas presentan ofrendas lo hacen con una actitud extremadamente respetuosa, cogiendo el objeto o el presente sólo con los dedos índice y pulgar. Sin duda es un gesto para preservar de toda impureza humano las ofrendas que son depositadas o entregadas ante la divinidad. Es un gesto que confiere a la liturgia ibérica una complejidad y una sensibilidad exquisita ante lo sagrado.

III.- HERMAFRODITAS.

Es de destacar el elevado número de hermafroditas que aparecen en B4. Y aunque no alcanza su estadística el tercio de la totalidad, como sí ocurría con los andróginos de B21, sí se aproxima al quinto del conjunto, cifra nada despreciable cuando en otras posturas y modelos el hermafroditismo es tan sólo testimonial.

GRUPO C. TIPO CC.

I.- FIGURAS MASCULINAS.

Se observa que nos encontramos ante una postura con ligero predominio de lo femenino.

La actitud del modelo CC es especialmente propicia para la presentación de ofrendas o de primicias, pues ambas manos se extienden en paralelo y en horizontal hacia la divinidad. En efecto, el número de ofrendas en esta postura es realmente elevado en comparación con otros gestos y el porcentaje de exvotos oferentes alcanza un tercio del total.

Las ofrendas visibles (ya que no hay que desestimar la presentación simbólica de ofrendas, sin materialización iconográfica), son armas y frutos.

Los varones que portan armas adoptan actitudes belicosas, tanto en la presentación de los puñales como en el manejo de los escudos.

Un tercio de los varones llevan cinturón de faja.

Los hombres vestidos predominan sobre los desnudos en un elevado porcentaje, lo que nos confirma que la sensualidad y la petición de fecundidad, no eran los motivos fundamentales en esta postura.

A veces los pulgares se representan muy separados del resto de los dedos.

Algunos hombres se adornan con trenzas y cordones que recorren pechos y hombros. ¿Insignias de devoción? ¿Amuletos?

II. FIGURAS FEMENINAS.

Las mujeres son casi el doble que los caballeros, lo que nos confirma que fue una postura casi reservada para ellas y para que expresaran su religiosidad y sus sentimientos dentro de los santuarios.

Las ofrendas que portan son mucho más variadas que las de los hombres y, lógicamente, sus significados y simbolismos se pueden multiplicar: peces, palomas, vasijas, frutos, tortas,...

Es interesante reseñar que las vasijas sólo las presentan las damas vestidas, al estilo de lo que sucedía en el santuario del Cerro de los Santos en Albacete. Si esto es así ¿hemos de pensar en una corriente de fieles hacia el valle del Guadalquivir, procedente de La Mancha, aportando su liturgia y sus gestos?

El elevado número de ofrendas, un tercio del total de los exvotos femeninos, es igual al porcentaje deducido de los hombres y anima a pensar que, en efecto, es una postura idónea para la entrega de primicias.

Algunas mujeres sujetan la ofrenda únicamente con el pulgar y el índice, al igual que sucedía con la postura y modelo B4. Con ello se expresaba devoción, respeto, deseo de pureza, humildad,...

III.- HERMAFRODITAS.

Se han detectado tres casos.

GRUPO C. TIPO CA0.

I - FIGURAS MASCULINAS.

Se observa un ligero predominio masculino.

El porcentaje de los hombres vestidos es superior al desnudo.

Los hombres suelen presentar ofrendas en dos tercios de las ocasiones, lo que es un porcentaje realmente elevado y significativo. En ello se asemeja a la postura CC, de la que muy posiblemente deriva y con la que, acaso, pudo configurar un conjunto. Ambas figuras son pues los gestos de presentación de primicias y de ofrendas.

Los hombres desnudos suelen presentar frutos, objetos fusiformes o con aspecto de piñas, siempre con la mano derecha, la mano apta para entrar en contacto con la divinidad.

Por el contrario, los hombres vestidos muestran sus armas: lanzas, falcatas y escudos; a veces algún vaso o algún fruto. También es la derecha la que hace el acto de entrega o de ofrenda. La excepción a esta norma la constituye la figura custodiada en el Museo Episcopal de Vic, la cual emplea la mano iquierda.

Encontramos, por tanto, dos pretensiones religiosas en el mismo gesto.

Son frecuentes entre los varones las fajas y los cinturones de broche de placa.

II.- FIGURAS FEMENINAS.

Su número es sensiblemente inferior al de los hombres.

Destacan algunas damas con los pulgares muy separados del resto de los dedos.

Aunque ninguna porta ofrendas, su actitud es inconfundible y recuerda sin remedio al modelo CC.

III.-HERMAFRODITAS.

Se constata un caso.

GRUPO C. TIPO CA1

Se han detectado muy pocos casos.

Es la mano izquierda, la que siempre descansa en el pecho, tanto hombres como en mujeres.

El brazo derecho es el que se pliega en ángulo recto por el codo y hace avanzar su mano como para presentar una ofrenda o primicia ante la divinidad.

En consecuencia, es un acto de entrega acaso derivado del modelo CC.

GRUPO C. TIPO CA2.

Igualmente su número es muy reducido y lo consideramos como CA1, una simple variación del modelo CC. CA1 y CA2 parecen añadir a CC, algún significado complementario (humildad, impregnación y ofrecimiento a la divinidad si posa su mano en el tórax-CA1-; fecundidad si la posa en el vientre-CA2-).

Pero a tenor de los resultados estadísticos no tuvieron que resultar modelos muy atractivos; o simplemente hay que estimarlos también como derivaciones de los modelosA06 y A05, respectivamente.

Las ofrendas son frecuentes, tanto en hombres como en mujeres: frutos y armas. Ello se inserta perfectamente en el universo del modelo CC.

Siempre es la izquierda la que descansa sobre el vientre, tanto en hombres como en mujeres, mientras que es la derecha la que se mueve para presentar la primicia o la ofrenda. Ello es importante porque coincide con los planteamientos indicados en CA1 y nos está reflejando el mantenimiento permanente del ritual y de los gestos litúrgicos de las manos en todas las condiciones y situaciones.

En efecto, la extraordinaria coincidiencia entre CA1 y CA2, nos indica con absoluta nitidez que los rituales dentro de los santuarios ibéricos, estaban plena y perfectamente establecidos por la tradición y que eran aceptados por los visitantes de cualquier región que procedieran. La mano izquierda se reservaba, en estos casos, para describir el gesto litúrgico, indicar los matices y efectuar la petición o demanda que el devoto planteaba a la divinidad. La mano derecha, por el contrario y al mismo tiempo, era la idónea para presentar las primicias o las ofrendas, entrar en contacto directo con la divinidad y percibir de modo real la presencia de lo sagrado.

Nada de lo expuesto puede ser fruto de la casualidad o de la improvisación o de las apetencias personales. La liturgia, las súplicas, los gestos y otros detalles de las ceremonias, obedecían a unos arquetipos de origen incierto pero severamente respetados y siempre comprendidos por los indígenas.

Los hombres de esta postura CA2 portan fajas o cinturones de broche de placa. También las mujeres, las cuales, además pueden llevar cordones en torno al pecho y a los hombros, con todos los significados posibles de amuletos o insignias devocionales que ya hemos expresado anteriormente.

GRUPO C. TIPO CA3.

Se constata un solo caso: SIAM Valencia 3143. Es un hombre desnudo y armado con un puñal en su izquierda y apuntando hacia abajo.

GRUPO C. TIPO CB1.

No se constata.

GRUPO C. TIPO CB2.

No se constata.

GRUPO C. TIPO CB3.

Se trata de un grupito muy interesante en el que únicamente nos encontramos con hombres vestidos y armados. Ni un solo caso de mujer.

Los hombres presentan todos una ofrenda con su mano izquierda: frutos, objetos cilíndricos. Con la derecha, por el contrario, blanden un arma corta o una espada ¿Podemos considerar que se impetraba la efectividad de las armas a cambio de las ofrendas? ¿Se pretendía transmitir la potencia del fruto al arma? ¿Esta postura es reflejo de una condición social?

Independientemente de todos esos planteamientos, CB3 es, sin duda, una postura con pensamientos litúrgicos diferente a CA1 y CA m donde era la mano derecha la que ofrendaba a la divinidad y la izquierda la que precisaba el matiz y el gesto. Aquí es a la inversa y la causa de ese cambio se nos escapa. ¿La condición de guerrero pudo ser un factor?

Todos los varones visten con faja o cinturón de broche de placa.

GRUPO C. TIPO CB4.

No se constata.

GRUPO D. LOS RAROS.

Existe un variado y nutrido grupo de figuras que si bien por sus gestos, excesivamente peculiares u originales, son de difícil encuadre e identificación dentro de nuestra tabla ofrecida. Muestran posturas que no consideramos que

constituyan tipos y variantes, sino que aparecen como apax o ejemplos singulares y curiosos que merecen un comentario individualizado.

Es difícil aquí considerar si tales gestos obedecieron a la casualidad, a la iniciativa personal de unos pocos individuos o a una causa antropológica o religiosa extremedamente peculiar de uno de los devotos que acudieron al santuario.

Describimos a continuación los diferentes grupitos o figuras aisladas:

I.- Personajes se tapan la boca mientras presentan una ofrenda: AO 127 (mujer vestida) y AO 1656 (hombre desnudo).

Un caso concreto se lleva la mano al ano y a la boca al mismo tiempo, acaso en un intento de obturar, por respeto o temor, todas las salidas naturales ante la divinidad: la boca por donde emana el aliento corrompido, las malas e imprudentes palabras, la mentira, la obscenidad,...; y el ano de donde cae todo lo pútrido y muerto.

El ejemplar apareció en Jumilla y es recogido por Juan Lozano en su Historia Antigua y Moderna de Jumilla

II.- Personajes que llevan su mano derecha a la cabeza, mientras que la izquierda sujeta el escudo (AO 1359, hombres desnudo) o un fruto(?) (AO 521, hombres desnudo). También incluimos aquí el AO 2384, hombre desnudo.

III.- Personajes que portan la falcata al cinto y que la sujetan con la mano izquierda, mientras que con la derecha se tocan el cuello o el rostro, acaso tapándose la salida del aliento por la boca por respeto a la divinidad. Quizás en esa mano portaran en su día una segunda arma: una lanza.

Este gesto se aproxima sin duda al modelo A24 y creemos que puede tratarse de una simple subvariante. Coinciden en su carácter de guerrero y en esa especie de danza bélica que comentábamos en A24.

El tocar la falcata creemos que sugiere una petición muy concreta, seguramente de necesidad militar.

Todos los ejemplares son varones vestidos: AO 1766; Colección Particular Lillo; Santuario de la Luz en Murcia; M.A. Barcelona; SIAM, Valencia 3005.

IV.- Personajes que blanden una lanza cruzada sobre el pecho: AO 220 (hombres desnudo).

V.- Personajes con arco: AO 1436.

VI.- Personajes con las piernas flexionadas. Ya observamos en algunos casos de modelos diferentes esas características.

Citamos como ejemplo a AO 577 (hombre desnudo) y AO 1434 (una placa con representación humana).

VII.- Personajes sentados: AO 1661. Por su gesto este caso podría ser un CC.

VIII.- Personajes con una cabeza descomunal, asentada sobre un cuerpo cilíndrico apenas esbozado: AO 575 (hombre); cabeza de la colección Hallemans de Madrid; SIAM Valencia 3027; Museo de Jaén 2380 y 2381.

Pensamos que tales desproporciones obedecen a peticiones muy concretas, quizás relacionadas con enfermedades.

IX.- Personajes muy próximos a CC pero con las manos levemente elevadas y con las palmas orientadas a tierra: Museo de D. Juan de Valencia 16 (hombre desnudo).

GRUPO E. LOS JINETES.

Su número no es elevado y este dato lo consideramos del mayor interés si atendemos a los miles de exvotos depositados en los santuarios de Andalucía y del SE Peninsular, en los que predominantemente el peregrino o el devoto se muestran de pie ante la divinidad (salvo la notabilísima excepción del AO 1661, el cual aparece sentado).

La presencia de jinetes guerreros en el interior de santuario ¿refleja una élite en la sociedad ibera a la que se le permitía el acceso con sus armas y su fiel animal?

La presencia de togados romanos, de trajes ricos y complicados en nativos romanizados o no, de preciosos adornos y joyas en las damas, de armamentos costosos en otros guerreros que aparecen de pie, la suntuosidad de personajes envueltos en mantos, la sencillez y sobriedad de millares de varillas,... etc, nos habla de una variedad incesante de posibilidades y de pertenencia a varios estratos dentro del mundo indígena.

Planteamos el problema desde otra perspectiva. El escaso número de caballos como montura de un guerrero ¿se podría explicar porque no estaba permitido acudir y penetrar en el santuario con ellos para respetar la sacralidad de su espacio?

Tal vez esto adquiere sentido cuando recordamos que entre los exvotos no aparece ningún caso de sacrificio sangriento con animales vivos (salvo algún aislado y posible caso de inocente paloma o desafortunada cabra; y nunca representando la escena e instante de la muerte).

El terror reverencial y religioso a derramar sangre de animales que pudiera perturbar la paz del santuario, los gritos y sentimientos fuertes de las víctimas inmoladas o las manchas procedentes de los líquidos de los cadáveres o de los seres asesinados violentamente, crearon seguramente un tabú ante la presencia de los animales. Se prefería preservar el recogimiento y las plegarias intimistas y trascendentes de los devotos humanos que penetraban al abrigo de las cuevas, al arrullo de los manantiales y al rumor de los bosquecillos.

¿Cómo explicar entonces la presencia de algunas decenas de jinetes con sus monturas? Primero hay que considerar que su número es inferior aún al de los andróginos y que tal vez el número de iberos con caballos disponibles para la guerra era realmente reducido y mínimo.

Pensemos después en una segunda posibilidad. Acaso algunos individuos, tras cursar peticiones muy particulares y por súplicas que denotan perentoria necesidad, pudieron ser admitidos con sus animales (¿enfermos? ¿en marcha a la guerra para preservarles de heridas y de muerte?)

En consecuencia pensamos que los santuarios ibéricos, al menos donde aparecen los exvotos que hemos tratado, fueron concebidos fundamentalmente para las necesidades humanas. Habría santuarios muy excepcionales dedicados quizás a las necesidades de los équidos, como por ejemplo el del Cigarralejo en Mula(Murcia). Allí sí podrían sus dueños rogar por la salud de los animales de guerra, tiro y car-

ga, por su fecundidad y reproducción y por otras cuestiones alusivas a ellos.

El número de jinetes descubiertos hasta ahora se acerca a los 40. Muy escaso pese a la importancia que las fuentes escritas, la escultura ibérica o la iconografía en la pintura vascular, le conceden.

El noble animal siempre aparece sometido a las bridas y riendas del jinete, es decir, no es el protagonista principal o exclusivo del devoto. En efecto, aparece únicamente como montura del guerrero y ello le reduce aún más su trascendencia en el interior del espacio sagrado, si bien, es cierto, que realza la figura de su dueño y le otorga la importancia social.

No aparecen amazonas lo que confirma una desvinculación entre la mujer y el caballo en la vida cotidiana del mundo ibero, si bien es cierto que hay diosas protectora y benefactoras de estos animales.

Nos hemos abstenido de confeccionar una clasificación rigurosa de los caballos o de los jinetes, debido a su reducido número. Por otra parte, los caballeros suelen reproducir sobre sus monturas esquemas y posturas similares a las de los exvotos de a pie, lo que muestra aún más lo relativo de la presencia del caballo cuando va guiado por el jinete; no cuando se presenta solo y libre.

Pese a todo, sí se aprecian diferencias en algunos rasgos que permiten establecer al menos dos grupos de jinetes.

I.- GRUPO A.

Caballeros que únicamente sujetan las riendas y contemplan a la divinidad en actitud tranquila, sometida, abierta, casi en éxtasis.

A veces las armas, escudos y falcatas, penden de la espalda, ocultas.

Este rasgo lo consideramos del mayor interés ya que el devoto escondía todo aquello que pudiera perturbar la paz del santuario o incomodar a la divinidad; pero sin perder por ello su condición y carácter de guerrero. Portar las armas a la espalda era mostrar una actitud indefensa, de paz, de reverencia ante la divinidad. Este rasgo de respeto y paz ya lo hemos observado en figuras de modelos en pie: A24.

Para incrementar todavía más esa sensación de total y pacífica entrega del fiel, a veces sus brazos caen inermes a lo largo del cuerpo, quedando el caballo sin gobierno. Mayor entrega del peregrino guerrero era imposible.

De este grupo hemos contado hasta 22 ejemplares, entre los que destacamos Germain 1, 2, 3 y 4 o bien AO 600 y 611 (jinetes que sujetan las riendas de sus caballos con las manos); München 1 (jinete que deja caídos brazos y manos a lo largo del cuerpo):

II.- GRUPO B.

Caballeros que muestran unas armas descomunales (falcatas, escudos o lanzas). En este caso, dado el tamaño desproporcionado de la panoplia, consideramos que más que una actitud y gesto de misticismo, hay un deseo de mostrar las armas a la divinidad para que las convierta en invencibles en el campo de batalla, poderosas ante los enemigos e impregnadas de virtudes especiales en sus metales. Es una forma de evitar que en ellas se incorporen maleficios o aojamientos.

De este grupo hemos contado sólo unos 11 ejemplares, lo que nos indica de nuevo que en los jinetes que acudían a los santuarios, aun siendo guerreros, predominaba el recogimiento y la paz espiritual.

Entre los casos citamos algunos ejemplares del santuario de La Luz en Murcia, del Museo Prov. de Barcelona, del Museo D. Juan de Valencia, del Museo Arqueológico de la misma ciudad, del Louvre (procedente del Salobral), de la colección de Calzedilla de Badajoz, ...etc.

Se puede añadir algún ejemplar raro, como el AO 1614, un personaje con las piernas extremadamente separadas y abiertas como si hubiera perdido su montura.

GRUPO F. ZOOMORFOS.

La presencia de algunas decenas de animales como exvotos plantea nuevas perspectivas para la explicación de los santuarios.

Numéricamente son muy escasos en comparación con los devotos humanos que se cuentan por miles. Esto nos indica que, indudablemente, los santuarios ibéricos de Sierra Morena o del SE español estaba dedicados, preferentemente, a la atención de las demandas y súplicas de los fieles humanos. Allí se impregnaban de lo sagrado, reflexionaban en intimidad y entregaban sus ofrendas o se entregaban asimismo en actitudes sumisas y reverentes. La liturgia ibérica está muy humanizada en los santuarios elegidos.

Sin embargo, en santuarios concretos, las plegarias se podían complementar con impetraciones para obtener la salud, la fecundidad natural de los animales de labranza, leche, carne o transporte.

La presencia de los animales en los santuarios, no obstante, nos permite plantearnos preguntas de interés. Creemos que hay dos opciones:

–¿los animales introducidos en los recintos sagrados se impregnaban de las potencias genésicas emanadas de sus rocas o brotadas de sus aguas?

–¿O acaso hay que pensar en sacrificios y ofrendas de sangre y carne, no representados en sus escenas más dramáticas?

Opinamos que la primera posibilidad es más pausible, sobre todo si la comparamos con las tradiciones folklóricas de nuestros pueblos rurales cuando curaban, protegían y fecundaban a los animales domésticos haciéndoles girar en torno a las hogueras o alrededor de ermitas e iglesias.

Otra observación es igualmente importante: las 3/4 partes de los animales representados corresponden a los caballos, sueltos, sin jinetes. Ello nos conduce a una doble conclusión:

–Los équidos son los animales más apreciados dentro de los santuarios ibéricos. El caballo era arma de guerra, signo de prestigio, instrumento de trabajo, medio de transporte y, en las tumbas, psicopompo benéfico y celestial.

–Los santuarios no eran, en efecto, el lugar propicio para el culto, sanación, protección o fecundación de los animales cotidianos; salvo que existiera alguno dedicado exclusivamente a ello. Habría, pues, santuarios para seres humanos y santuarios para animales.

Los resultados estadísticos, muy ilustrativos, que hacen referencia a los animales son:

Caballos 39
Cánidos 1
Cápridos 5
Ovidos 1
Jabalíes 1
Gallos 3

GRUPO G. FITOMORFOS.

No se constatan momentáneamente.

GRUPO H. OBJETOS.

I.- ARMAS.

Se han descubierto casi un centenar de pequeñas falcatas depositadas en los santuarios como exvotos. Su significado ritual ya ha sido demostrado por otros excavadores e investigadores y los resultados ya los hemos comentado al comienzo de la obra.

II.- PARTES ANATOMICAS.

Las partes anatómicas del cuerpo humano las consideramos aquí como objetos en tanto en cuanto constituyen piezas de devoción (al menos en los santuarios rurales de nuestro mundo).

Pero se nos plantea problemas de difícil resolución: ¿todos los miembros sueltos lo fueron en realidad para indicar que la divinidad había sanado tal parte de la anatomía humana o fueron piezas desprendidas por el azar y la erosión de exvotos completos y con su gesto y significado correspondiente? ¿Una vez desgajados de sus piezas originales, pudieron reconvertirse en exvotos anatómicos?

De todos modos, no dudamos que el depósito de manos, pies, brazos o piernas, constituyó una parte de las actividades y de la liturgia de los santuarios.

Por orden de importancia (recordando que muchas miembros sueltos pudieron corresponder a exvotos completos) aparecen en mayor número las piernas y los pies, seguidas de los brazos y manos. A continuación, pero muy por debajo en cantidad, hay ojos, dentaduras, falos, senos, intestinos,... y hemos creído distinguir hasta un par de matrices femeninas.

El exvoto anatómico es una señal de que el fiel no ha olvidado el favor otorgado por la divinidad. Así, tras ser sanado por ella, curado o protegido, manifiesta ante la comunidad que ha cumplido su promesa cuando estaba enfermo o impedido. Con ello evitaba toda posible rectificación de la concesión divina. Es posible pensar, incluso, si comparamos la realidad ibérica con la de nuestra España rural, que hubiera algún espacio en el interior del santuario reservado y destinado a la exposición de tales miembros sueltos, para evidencia de los milagros y poderes de las divinidades del santuario y del prestigio de éste.

De este modo, se iban creando fuertes vínculos entre el santuario ibérico y los habitantes del entorno o de las tierras y ciudadelas lejanas. La fama del santuario corría pareja a la del número de exvotos, símbolos de los poderes allí custodiados.

LOS ANDROGINOS EN LOS EXVOTOS IBERICOS. UN CASO SINGULAR.

Una presencia no detectada.

La problemática planteada por las colecciones de exvotos ibéricos no se agota con su clasificación ni con su interpretación. Por el contrario, se abren continuamente nuevos ámbitos de reflexión a medida que especulamos sobre la propia existencia de las figurillas de forma más intensa y profunda.

Nos referimos ahora a la presencia de andróginos en los exvotos de bronce hallados en los santuarios ibéricos, aspecto que ha permanecido silenciado o marginado, aunque resultara evidente, en la investigación. Y no es de extrañar ya que con frecuencia lo especialmente llamativo queda oculto por la maraña de otros detalles.

En efecto, algunas decenas de figuras ofrecen caracteres sexuales y anatómicos realmente paradójicos para nuestra mentalidad: junto a atributos viriles descomunales en un cuerpo humano, aparecen senos espléndidos y ombligos prominentes y remarcados. Esta circunstancia, es justo reconocerlo, ya fue advertida por Hübner(1) quien calificó estas piezas de andróginas sin extenderse en consideraciones que justificasen tal atribución. Sólo Nicolini(2), recogió el eco de esta cuestión y de forma marginal, tanto como para no añadir ni una palabra o para aprobar o desestimar la opinión y observación del investigador alemán. Después de ellos dos, hasta hoy, el silencio más absoluto.

Se podría pensar que la falta de atención prestada a esta cuestión por los historiadores de las religiones de los pueblos prerromanos hispanos, se debe a una observación poco minuciosa de las piezas o, mejor, que se trata de un defecto de observación al apreciar en la conjunción de rasgos masculinos y femeninos en las figuras, un simple problema técnico y de ejecución por parte de los artistas y artesanos indígenas.

No creemos nosotros y de ello estamos plenamente convencidos, que los artesanos del metal cometieran errores de ese calibre. Consideramos, por el contrario, que hubo una intencionalidad expresa y consciente para resaltar la conjunción de rasgos anatómicos de los dos sexos distintos por cuestiones religiosas, mágicas o de creencias espirituales.

Del conjunto de exvotos que designamos como andróginos, los hay con diferente actitud, pero todos, salvo una excepción en la que el torso aparece cubierto parcialmente con una túnica corta sin ceñir (AO 535), presentan en común una desnudez casi absoluta, levemente matizada en algunos casos por cinturones y cascos (AO 201; 215; 351; 1626). Esta ausencia de vestido, además de permitir el descubrimiento intencionado de la peculiar naturaleza sexual del personaje, es un indicador de la actividad o intencionalidad ritual.

La variedad gestual de estos exvotos coincide en ocasiones con la morfología general descrita en esta obra. Pero,

---

(1) HÜBNER, E.: *Die Antiken Bildwerke in Madrid*, Madrid, 1862.

(2) NICOLINI, G.: *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques*, Paris, 1969. Apenas unas líneas en la nota 3 de la página 20 y fundamentalmente aprovechando esos singulares rasgos para identificar las piezas que Hübner describió en su obra como «andróginos desnudos».

a veces, ofrece peculiaridades que no nos permiten adscribir una actitud determinada al esquema que detallamos anteriormente.

Es por ello que, aun a riesgo de fatigar al lector, presentamos en el libro una sucinta tipología referida exclusivamente a los exvotos andróginos[3] que aquí omitimos.

Significados posibles de los andróginos en los exvotos ibéricos.

Iconográficamente, la combinación del pene con los senos femeninos es, sin duda, la forma más sencilla y rudimentaria, a la vez que eficaz, de sugerir la androginia. Con la presencia de andróginos en la estatuaria de bronce de la escultura ibérica, se demuestra y evidencia que en el contexto ideológico de la religiosidad de los pueblos prerromanos, el mito-dogma del hermafrodita ocupó un puesto de relativa importancia, al menos en el ángulo Sureste de la Península Ibérica, marcado por los jalones de Despeñaperros y el Mediterráneo.

A. LA COSTUMBRE DE LA COVADA.

Iniciamos el comentario con la constatación de que en el Norte Peninsular existió, desde la Protohistoria al menos, un ritual relacionado con la covada [4], descrito de forma breve pero muy ilustrativa por Estrabón *(III 4 17)*. Era, en realidad un símil del parto realizado por los varones en el momento del nacimiento, recibiendo ellos, además, los solícitos cuidados y atenciones que deberían estar dedicados a la madre que acaba de experimentar, tras múltiples fatigas y entre dolores y sufrimientos, el nacimiento de su hijo. Por el contrario, las mujeres reanudaban inmediatamente sus labores habituales mientras sus esposos permanecían postrados en el lecho y transidos de aparente dolor y contorsiones, imitando a una parturienta.

La costumbre fue recogida por las fuentes clásicas entre los primitivos pueblos de la cornisa cantábrica. Reproducimos el texto de Estrabón:

«Estas cultivan la tierra. Apenas han dado a luz, ceden el lecho a sus maridos y los cuidan. Con relativa frecuencia paren en plena labor y lavan al recién nacido inclinándose sobre la corriente de un arroyo, envolviéndole después».

[Cita recogida de SANTOS YANGUAS, N.: *Textos para la historia antigua de la península ibérica.*]

Según Bachofen, la costumbre se mantuvo hasta el mundo contemporáneo[5] y los naturales, siguiendo al citado investigador, afirmaban que «... el contacto amoroso del padre con el hijo recién nacido es provechoso para la salud de este último,...»

El nacimiento constituye, sin duda, un momento crucial y se convierte en un rito de tránsito por excelencia: el nuevo vástago pasa del no ser al ser y todo alumbramiento constituye una reactualización de la cosmogénesis.

Si recordamos a Mircea Eliade, los ritos orgiásticos y la androginización alcanzan su pleno sentido cuando se ofrecen como garantía de un inicio.

En consecuencia, no nos parece aventurado suponer que la citada covada pretendía traspasar al bebé el incremento de potencias y valores que el varón padre experimentaba a causa del ritual de androginización que tan magníficamente interpretaba en el lecho de la madre. Simbólicamente se metamorfoseaba en mujer parturienta y así duplicaba su esencia: macho y hembra en un mismo instante y lugar y en un solo ser. De este modo, el recién nacido montañés del mundo cantábrico y vasco, no era considerado sólo hijo de mujer o de hombre, mortales, sino de un andrógino, ser perfecto en cuanto signo que representaba la conciliación poderosa de los contrarios y misterio de la totalidad sagrada, celeste, cosmogónica.

El andrógino en los exvotos de bronce de los santuarios ibéricos.

Pero hemos de recurrir al estudio fundamental de DELCOURT[6], quien nos desvela los diferentes significados del andrógino a través de la mitología clásica, de sus dioses y héroes humanos y de sus festividades. A ella remitimos para la descripción de las escenas hierofánicas y para la comprensión global del problema. No obstante, destacamos los comentarios que nos parecen sustanciales para una posible comprensión de los exvotos andróginos del mundo ibérico.

Delcourt indica que en ocasiones ciertos ritos de tránsito (de muerte, matrimonio o nacimiento) requieren el uso de determinadas vestimentas, así como el intercambio de ropas, vestidos y otros rasgos (rapados, barbas postizas, p.e.) entre los dos sexos, en una inversión ritual. Serían ritos funerarios de ocultación del alma fallecida para evitar todo daño en su caminar hacia la Eternidad; o bien ritos profilácticos destinados a la protección del recién nacido o de los recién casados, ante la amenaza posible de determinados espíritus maléficos y hostiles que tratan de alterar la fortuna y el destino de los seres humanos. La inversión o el travestismo en el uso de las ropas vuelve irreconocible, de forma momentánea o pasajera, al difunto, al niño o a los esposos y les permite, a cada uno de ellos en su circunstancia concreta, iniciar su nueva existencia, ya sea en el Paraíso, en la vida terrena o en el amor conyugal. Se trata, pues, de un cambio de sexo temporal, concertado en

---

(3) Son andróginos AO 201; 206; 209; 211; 212; 215; 280; 282; 283; 314; 324; 351; 352; 359; 364; 529; 532; 535; 541; 549; 1347; 1352; 1363; 1373; 1626; 1629; 1761.

(4) Una joya bibliográfica en: CASAS, E.: *La covada y el origen del totemismo*, Madrid, 1926. El asunto de la covada fue también excelentemente tratado por BACHOFEN, J.J.: *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica*, Cap. VI. Madrid, 1987. 244-253.

(5) La cita que menciona Bachofen es CHAHO, *Voyage o Navarre*, 390-391 (Cf. Nota 30 del cap. VI de Bachofen, p. 252). No hay constancia de la fecha de impresión de este trabajo.

(6) DELCOURT, M.: *Hermaphrodite. Mythes et rites de la Bisexualité dans l'Antiquité Classique*. Paris, 1958. La autora realiza una investigación sobre el significado de los dioses dobles y de los héroes con cambios temporales de sexo (pp. 28 ss.) pero también sobre el culto a Hermafrodita (pp. 65 ss.)
También analiza las creencias sobre el hermafroditismo en las escuelas filosóficas. Por último recala en el significado del ave Fénix y en la Alquimia. Para el análisis de las diferentes narraciones y leyendas mitológicas, remitimos a los libros clásicos y a las obras grecolatinas, donde disfrutar de la androginia de Agdistis, fruto de la polución nocturna de Zeus que fecundó la tierra o de Hermafrodito, hijo de Afrodita y de Hermes.

toda la comunidad[7]. Delcourt afirma también que Hermafrodita fue considerado como divinidad protectora de las uniones matrimoniales y sexuales y de todas las fuerzas genésicas en general[8].

Con esta plausible interpretación, basada en diferentes fuentes y leyendas, proponemos que dentro del mundo ibérico nos encontraríamos con unas ceremonias complejas en las que se pretende, acaso, alterar o disimular la auténtica identidad de algunos oferentes que participan en ritos de tránsito.

Pero también es cierto que la combinación de los elementos de ambos sexos, proporciona al individuo que se beneficia de tal unión, todas las virtudes y potencias de ambos mundos, alcanzando la perfección absoluta en los valores y un estado especialmente elevado, próximo o inmediato a la divinidad[9].

Así, en una segunda posible interpretación de los exvotos, proponemos que algunos fieles iberos, pudieron representar ciertos arrebatos místicos personales o de comunicación sacral, mediante la iconografía de un andrógino. El andrógino simbolizaría, con la yuxtaposición de ambos sexos, la culminación de la perfección espiritual y el acceso a las esferas celestes, prescindiendo de todo valor sensual y de demanda de fertilidad humana y física. Se trataría de entrar en contacto íntimo con la divinidad, a la que se consideraba perfección absoluta y, en consecuencia, poseedora de todos los valores. El devoto ibérico se equiparaba de forma ritual y por la iconografía, con la divinidad, en un instante mítico, breve, esplendente. En ese instante, hablaría con la divinidad, demandaría el cumplimiento de sus anhelos y esperanzas, oraría de forma directa, cara a cara con Dios, y, en definitiva, sería un ser humano heroizado y elevado en los cielos.

Pero a las observaciones atinadas de Delcourt, hemos de añadir las previas de Mircea Eliade[10], que ya comentamos inicialmente. El ser humano considera siempre, según las leyendas y las tradiciones antiguas, una tragedia la dualidad entre ambos sexos y pretende la reintegración mutua y completa como forma y método para alcanzar la perfección espiritual y divina, el Paraíso perdido y la felicidad del pleno conocimiento.

Siguiendo a Eliade, proponemos que, en efecto, determinados fieles ibéricos poseían una sensible percepción de los conceptos de la divinidad que para ellos sería bisexual, es decir pletórica de plenitud y de totalidad en todos los sentidos. Esta divinidad estaría integrada por los valores opuestos que existían separados en el mundo terrenal. Representar al devoto con un exvoto andrógino, significaría recrear un ritual por el que el fiel deseaba integrarse en el espacio celestial y alcanzar la inmortalidad, la plenitud y la perfección espiritual absoluta.

Esa integración del ser humano en el mundo divino era, lógicamente, temporal y breve: Pero al ibero le servía para captar o retener, en esa visita y condición fugaz, todas las energías revitalizadoras celestes que luego, en el mundo terrestre, servirían al fiel para proseguir con renovado vigor su existencia humana y mortal. El acceso del andrógino, símbolo de las esperanzas del devoto ibero, al mundo divino por medio del santuario, permitía al devoto restaurar sus fuerzas caducas y recuperar su espiritualidad agotada por la vida diaria.

También es cierto que la representación del andrógino significa un regreso al estado, tiempo y espacio primordiales, perfectos, autárquicos, antes de la separación de los sexos y de la pérdida consecuente de la perfección y de la totalidad del cosmos[11]. Es la añoranza de la unidad primigenia y sagrada.

Ese retorno simbólico al inicio primordial, representado por la imagen del andrógino, permite precisamente al exvoto y al devoto identificarse y reintegrarse en lo divino.

La Divinidad primordial, en el mundo celeste, es también andrógina, pues en ella se manifiestan todas las potencialidades de diverso signo, en una unidad indiferenciada y absoluta. Ese estado ideal, idóneo, es el que pretende alcanzar, mediante la representación del andrógino, el fiel que acude al santuario y deposita una estatuilla referente al asunto. Y el devoto aprovechará esa condición andrógina para realizar sus plegarias y presentar sus humildes peticiones.

Sólo la androginia permite acceder de forma plena a las virtudes y potencias, a la divinidad y a la restauración de un estado, caótico pero perfecto. Y ese parece haber sido entonces el objetivo de algunos iberos aunque parezca, para su mentalidad, una complicada elaboración litúrgica. Toda transgresión de los límites de ambos sexos y su fusión ritual, es sinónimo de acceso al mundo sobrenatural[12]. Las mutaciones o metamorfosis rituales de los devotos por medio del exvoto andrógino, conferiría al suplicante o al orante un carácter sobrehumano, perfecto para alcanzar la unión mística con lo sagrado. Así, el devoto recuperaba un equilibrio en su ofrenda y en su petición, equilibrio perdido por su condición humana y por su nacimiento impuro y mortal[13].

Una figura andrógina, suma expresión de lo perfecto y de la unidad cósmica, era garantía además de poder, de salud y de prosperidad[14]. Con dichas figuras el devoto podía alcanzar la plenitud de sus cualidades y virtudes, sumirse en las fuerzas originarias del cosmos y de la especie y, en consecuencia, ser restaurado por ellas, revitalizado, regenerado en salud, renovado en sabiduría y vigor: « La restauración simbólica del caos, de la unidad no diferenciada que precedía a la creación, y este retorno a lo

---

(7) DELCOURT, M.: *Hermaphrodite*. Op. Cit. pp. 5 ss.
(8) DELCOURT, M.: *Hermaphrodite*. Op. Cit. p. 93 y 98.
(9) DELCOURT, M.: *Hermaphrodite*. Op. Cit. pp. 26-27 y 65.
(10) MIRCEA ELIADE: *Mefistófeles y el andrógino*. Barcelona. 1984. Especial. pp. 131 ss. Pero sin olvidar las referencias a la androginia en la literatura moderna y antigua, así como en la filosofía, de las diferentes culturas y civilizaciones. Destacamos la idea de la fraternidad primordial de Dios y del Diablo, cuya asociación resulta imprescindible para la cosmogonía y su consustancialidad sugerida o afirmada rotundamente. La oposición irreconciliable para el profano resulta una *coincidentia oppositorum* para el iniciado en las estructuras del mito del andrógino. Mircea Eliade recuerda la dialéctica existente entre Indra, héroe solar cosmogónico por excelencia y Vrtra, personificación del Caos primigenio. O bien las potencias de la luz, los Devas, frente a las potencias de las tinieblas, los Asuras.
(11) MIRCEA ELIADE: *Mefistófeles y el andrógino*. Op. Cit. pp. 145 ss.
(12) ESTRELLA DE DIEGO. *El andrógino sexuado. Eternos ideales, nuevas estrategias de género*. Madrid. 1992. pp. 15-18.
(13) ESTRELLA DE DIEGO. *Op. Cit.* p. 52.
(14) Marie DELCOURT. *Hermaphrodite. Mythes et rites de la bisexualité dans l'Antiquité classique*. Paris. 1958. p. 36.

indistinto, se traduce por una suprema regeneración, por un acrecentamiento prodigioso de la potencia»[15].

En suma, esa tendencia a representar la bisexualidad, indicaba un deseo humano de superación, elevación y transformación, que le otorgaba alcanzar la vitalidad suprema y la unión mística[16]. Ello implicaba igualmente un ingreso en el mundo celeste, paradisiaco, ideal en cuanto a realización y virtudes[17], abandonando toda condición mortal, cotidiana, humana. Alcanzar la androginia permitía al ser humano lograr el estado perfecto, la inmortalidad tras la pérdida del Paraíso y la comunión con lo divino[18]. Estimamos que el devoto se autosacralizaba en un ritual muy personal y sutil, sofisticado.

Apuntemos todavía más. Todos los andróginos detectados presentan ombligos prominentes, además de los correspondientes senos del sexo femenino y falos del masculino. Ya hemos indicado previamente los valores del ombligo, del ónfalos, relacionados con las fuerzas primigenias de la creación. Sin duda no hay nada casual sino causal en todas las representaciones iconográficas de los iberos ya que su mundo estaba impregnado de religiosidad y de creencias en el más allá.

Los exvotos con instrumentos y rasgos militares, nos permiten, sin duda, abundar más en la teoría. El soldado ibero que acudía al santuario y se «androginizaba» mediante el exvoto de bronce correspondiente con rasgos anatómicos de ambos sexos y su postura gestual elegida, consideraba, seguramente, que su valor y su fuerza en el combate se iba a multiplicar hasta alcanzar los límites del héroe o de la divinidad más excelsa. Reunía así en sus brazos y armas, todo el vigor del cosmos. No hemos de descartar ritos de iniciación castrenses entre los jóvenes varones iberos por medio de la androginia.

Sabemos que las explicaciones que hemos proporcionado y aportado aquí y ahora, pueden ser consideradas como arriesgadas[19], sobre todo advirtiendo que ningún investigador de la historia de las religiones indígenas prerromanas, había situado el mito del andrógino en nuestra Península, acaso procedente del Mediterráneo Oriental o, simplemente, ya coexistente en nuestro territorio. Y ello cuando numerosos estudios han demostrado las vinculaciones de cultos semíticos o helénicos, y su importancia, con creencias de la península Ibérica. No nos adentramos ahora en las inseguras propuestas de autoctonía o sincretismo en los campos de las religiones o de los mitos.

Simplemente afirmamos, estamos plenamente convencidos de ello, que en el mundo ibérico de la península existió el mito del andrógino, que hubo representaciones figuradas de él y que, muy probablemente, se desarrollaron creencias y rituales complejos relacionados con tal mito.

CONCLUSIONES DIVERSAS.

De todos estos datos acumulados, deducimos una serie de observaciones que consideramos de especial interés resaltar en sucesivas tablas (en el presente artículo no se encuentran todas) que simplifican y facilitan la percepción de la mentalidad ibérica a través de las diferentes posturas.

ESCALA DE LAS POSTURAS Y GESTOS SEGUN EL NUMERO DE EXVOTOS

Por el número de figuras la secuencia muestra un predominio de las posturas de sumisión/entrega, ofrenda y de solicitud de fecundidad, por ese orden. Exponemos otra sencilla tabla orientativa:

. A01: 603 piezas (20'23%).	A01III.: 54 piezas (1'72%)
. CC.: 231 « (7'36%).	A06: 42 « (1'33%)
. A01II: 158 « (5'03%).	A15: 39 « (1'24%)
. B11: 155 « (4'94%).	B4.: 36 « (1'14%)
. A21I.: 150 « (4'78%).	CA0: 31 « (0'98%)
. A11II: 111 « (3'54%).	A04: 28 « (0'89%)
. A31: 81 « (2'58%).	A05: 25 « (0'79%)
. B21: 77 « (2'45%)	
. A11I.: 71 « (2'26%)	
TOTAL:1892 (60'35%)	

Este dato nos indica que hay una postura fundamental para la mentalidad ibérica, la AO1, que incrementa su hegemonía al añadir sus variantes I, II y III, además del Grupo O que después expresaremos en cifras. Sólo parecen destacar dos posturas más aunque a evidente distancia: la de ofrendas CC y la B11, similar en ocasiones. El resto, según la estadística, resulta testimonial. Sin embargo, su presencia y su variedad, nos habla de una intencionalidad y utilidad de dichos gestos en la liturgia ibérica que no pueden ser desdeñadas.

El resto de las figuras, en las posturas menores, suman un total de 75 piezas (2'39%), distribuidas así:

B31.: 13 piezas .	A07.: 2 piezas
B24.: 12 «	A17.: 2 «
CA2.: 7 «	A24.: 2 «
CA1.: 6 «	A33.: 2 «
CB3.: 6 «	A34.: 2 «
A14.: 5 «	A36.: 2 «
A21II.: 4 «	A13.: 1 «
A21III: 3 «	A23.: 1 «
A35.: 3 «	A27.: 1 «
CA3.: 1 «	
TOTAL.: 75 PIEZAS	

No se constatan las siguientes posturas y por tanto no hay exvotos de ellas:

. A02 . A03 . A12 . A22 . A32 . A37 . B13 . B14 . B27 . CB1 . CB2 . CB4

Muy probablemente fueron posturas no estimables en la liturgia ibérica. Y así creemos que han de ser considera-

---

(15) MIRCEA ELIADE. *Mefistófeles y el andrógino.* Barcelona. 1984. p. 144.
(16) MIRCEA ELIADE, *Op. Cit.* p. 148.
(17) MIRCEA ELIADE, *Op. Cit.* p. 154.
(18) FRIEDRICHSMEYER, S. *The Androgyne in Early German Romanticism.* Berna, N. York, 1983. p. 30.
(19) La covada, por ejemplo, no es explicable sólo por cuestiones de androginia. Los investigadores que han abordado el asunto, refieren otras posibles interpretaciones. En un primer caso la covada podría significar la reafirmación de la legítima paternidad del varón. En otra opción, se puede pensar que hay una defensa de la mujer que está pariendo. Y ello gracias al disfraz femenino que momentáneamente adopta el padre, el cual atrae sobre sí, por su indumentaria de otro sexo, por sus quejidos de parturienta y por sus extraños movimientos, la atención y los maleficios de los malos espíritus que acechan el nacimiento del bebé. La madre real y el recién nacidos quedan, de este modo, libres de todo daño.

das las otras posturas que no sobrepasan los 5 ejemplares. Deformaciones técnicas en la fundición u otras causas inimaginables, pudieron propiciar su presencia meramente testimonial.

Hemos de añadir, empero, unas 23 piezas consideradas raras o de muy difícil adscripción que significan el 0'73% del total.

Hay que advertir además que otras circunstancias o gestos presentan un elevado número de figuras importantes que han de ser tenidas en cuenta en el momento de la estadística general:

. Grupo O; Tipo O: 182 (M: 62; F: 120)= 5'80%

. Grupo de Varillas: 889 (M: 417; F: 236; dudosas: 236)= 28'35%

. Indeterminados.: 74 (M: 54; F: 20)= 2'36%

El elevado porcentaje de las varillas, muchas de ellas, como indicamos, reaprovechamientos de fíbulas y otras piezas metálicas de uso cotidiano, nos indica, teóricamente, una presencia importante de gentes humildes en los santuarios, junto a gentes de categorías sociales y económicas superiores.

TOTAL:1.145 (36'52%)

El total absoluto son pues 3.135 piezas (100%).

(Para la estadística de las posturas y los porcentajes correspondientes, no contabilizamos ni los jinetes, ni los animales, ni tampoco los miembros sueltos, ya que consideramos que representan otras cuestiones litúrgicas).

POSTURAS Y GESTOS SEGUN EL SEXO.

Existen posturas que por el porcentaje del sexo, se han de considerar de uso predominante, según los casos, entre las mujeres o entre los hombres del mundo ibérico. Una sencilla tabla nos permite visualizar con facilidad la cuestión:

–Posturas casi EXCLUSIVAMENTE MASCULINAS (75-70% al menos):

. AO5: M: 92'00; F: 8'00 (A: 0'00; I: 0'00)

. A31: M: 82'70; F: 9'90 (A: 2'50; I: 4'90)

. AO6: M: 76'20; F:19'00 (A: 0'00; I: 4'80)

En consecuencia, detectamos que en el mundo ibérico las posturas casi exclusivamente masculinas son aquellas cuyos gestos indican una posición parcial de firme y reposando una de las manos en el pecho o el vientre. También es un gesto predominantemente varonil el de las manos en las caderas, en jarras, y las piernas abiertas en tijera.

–Posturas MASCULINAS, con notable o ligero predominio de los varones. Presencia importante de la mujer (al menos el 20-25%):

. CAO: M: 71'00; F:25'80 (A: 3'20; I: 0'00)

. A01II: M: 69'60; F:22'15 (A: 8'25; I: 0'00)

. A04: M: 67'85; F:28'55 (A: 3'60; I: 0'00)

. B11: M: 65'80; F:30'30 (A: 1'30; I: 2'60)

. AO1I.: M: 63'50; F:32'85 (A: 0'65; I: 3'00)

. B4.: M: 61'10; F:25'00 (A:13'90; I: 0'00)

–Posturas MIXTAS, con una oscilación entre sexos inferior al 10-15%:

. AO1III.: F: 55'55; M:42'60 (A: 0'00; I:1'85)

. A15: M: 51'30; F:48'70 (A: 0'00; I:0'00)

. B21: M: 36'35; F:23'40 (A:31'15; I:9'10)

–Posturas FEMENINAS, con notable o ligero predominio de las mujeres. Presencia importante del hombre (al menos el 20-25%):

. A21I.: F: 46'66; M:34'66 (A: 0'66; I:18'00)

. CC.: F: 57'60; M:39'40 (A: 1'30; I: 1'70)

. A11II: F: 60'40; M:17'10 (A: 0'90; I:21'60)

–Posturas casi FEMENINAS EXCLUSIVAMENTE (75-70% al menos)

. A11I.: F: 77'50; M:17'00 (A: 0'00;I: 5'50)

La postura femenina por excelencia, por tanto, es aquella que lleva ambas manos a los senos maternos.

–Posturas ANDROGINAS. Con una presencia de andróginos significativa (en torno al 10% o más).

.B21: Andróginos: 31'15; M: 36'35; F:23'40.
(I: 9'10)

.B4.: Andróginos: 13'90; M: 61'10; F:25'00
(I: 0'00)

.AO1II.:Andróginos: 8'25; M: 69'60; F:22'15
(I:0'00)

Observamos que la postura elegida por los iberos para la representación del andrógino es, fundamentalmente, aquella que sostiene ambos brazos en cruz o ligeramente arqueados, portando objetos con preferencia.

–El resto las consideramos posturas NO APTAS para estadísticas, ya que presentan en torno a 10 figuras o menos.

POSTURAS Y GESTOS SEGUN LAS OFRENDAS Y/O ARMAS QUE PORTAN LOS EXVOTOS.

Por la presencia de ofrendas o armas en las figuras, la sucesión de posturas queda así en la siguiente tabla:

. CA0: .....56'66%
. B21: .....30'40%
. CC.: .....26'35%
. B4.: .....16'10%

La postura que más ofrendas muestra a la divinidad es aquella que en posición de firme el exvoto, pliega un brazo en ángulo recto y en su palma correspondiente se encuentra el fruto o el objeto. Del mismo modo resulta la postura con ambos brazos en ángulo recto. La intrusión de la postura de los andróginos, B21, es comprensible, ya que casi ellos portan en gran porcenta, armas u objetos fusiformes. B4 o la postura de ambos brazos extendidos hacia adelante se explica igualmente por los mismos motivos de la androginia

. B11: .....6'70%
. A11I.: .....6'00%
. A11II: .....5'80%
. A05: .....4'00%
. A01II: .....3'45%
. A15: .....2'60%
. A06: .....2'50%
. A01I.: .....1'90%
. A31: .....1'33%
. A01III.: .....0'00%
. A04: ..... «
. A21I.: ..... «

POSTURAS Y GESTOS SEGUN EL DESNUDO.

El desnudo presenta cierta importancia en determinadas figuras y por el siguiente orden en la tabla que ofrecemos:

. A31: .....80'00%
. B21: .....76'10%
. B4.: .....71'00%

La postura de manos en las caderas (A31) y las dos más importantes de la androginia (B21 y B4), son por tanto las más proclives a expresar el desnudo. Y ello es comprensible por los significados sugeridos.

. CA0: .....36'66%
. A01II: .....33'10%
. A01I.: .....30'00%

Estos tres gestos parecen ocupar una posición intermedia; El primero es gesto de ofrenda y los otros contemplativos.

. A21I.: .....22'20%
. A15: .....20'50%
. B11: .....19'50%
. CC.: .....18'80%
. A06: .....15'00%
. A11I.: .....14'90%
. A05: .....12'00%
. A11II: .....9'30%
. A04: .....7'40%
. A01III.: .....3'75%

BIBLIOGRAFIA

ALVAREZ OSORIO.F.: *Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos.* Madrid. 1941.

ARRIBAS PALAU.A. : «En torno al arte ibérico. Catálogo de la colección de exvotos ibéricos Richald de Bruselas». *Homenaje al Conde de la Vega de Sella.* Oviedo, 1956. pp. 255-278.

AA.VV.: *Les sanctuaires celtiques et le monde méditerranéen.* Paris. 1991.

BACHOFEN. J.J.: *El matriarcado. Una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica.* Madrid 1987

BERMEJO BARRERA. J.C. : *Mitología y mitos de la Hispania prerromana.* Madrid. 1986.

BLAZQUEZ MARTINEZ. J.Mª. : «Cinturones sagrados en la península Ibérica». *Homenaje a Martín Almagro Basch.* Vol. II. Madrid. 1983. pp. 411-418.

BLAZQUEZ MARTINEZ. J.Mª.: *Religiones primitivas en Hispania. I: Fuentes literarias y epigráficas.* Madrid. 1962. 286 pp. Del mismo autor su célebre *Diccionario de las religiones prerromanas de Hispania.* Madrid. 1975. 173 pp.

BLAZQUEZ MARTINEZ J.M.:ª *Imagen y mito. Estudio sobre las religiones mediterráneas e ibéricas.* Madrid. 1977.

BLAZQUEZ MARTINEZ. J.Mª.: *Primitivas religiones ibéricas. II: religiones prerromanas.* Madrid. 1983.

BRUN. J.: *La main et l'esprit.* Paris. 1963.

CABRE AGUILO. J.: «La tonsura ibérica». *Memorias de la Sociedad Española de Antropología. Etnología y Prehistoria.* I. Madrid. 1921-22. pp. 163-170.

CASAS. E.: *La covada y el origen del totemismo.* Madrid. 1926

DELCOURT. M. : *Les grands sanctuaires de la Grèce.* Paris. 1947 (reedición. 1992).

DELCOURT. M.: *Hermaphrodite. Myths and Rites of the Bisexual Figure in Classical Antiquity.* Londres. 1961.

DELPORTE. H.: *La imagen de la mujer en el arte prehistórico.* Madrid. 1982.

ESTRELLA DE DIEGO: *El andrógino sexuado. Eternos ideales, nuevas estrategias de género.* Madrid. 1992

FRIEDRICHSMEYER. S.: *The Androgyne in Early German Romanticism.* Berna, Nueva York. 1983

GOUDINEAU. C./ FAUDUET.I. / COULON. G. (dir.). *Les sanctuaires de tradition indigène en gaule romaine.* Actes du colloque d'Argentomagus (1992). Paris. 1994.

GUTIERRE TIBON: *El ombligo como centro cósmico. Una contribución a la historia de las religiones.* México. 1981.

HERTZ. R.: «La préeminence de la main droite. Etude sur la polarité religieuse». *Mélanges de sociologie religieurse et de folklore.* Paris. 1928. (Publicado en castellano en HERTZ. R. *La muerte y la mano derecha.* Madrid. 1990. pp. 103 ss.).

HÜBNER. E.: *Die Antiken Bildwerke in Madrid.* Madrid. 1862

LANTIER.R.: *Bronzes votifs iberiques.* Paris. 1935.

LEROI-GOURHAN. A.: «Las manos de Gargas. Introducción a un estudio de conjunto». En *Símbolos, artes y creencias de la Prehistoria.* Madrid. 1984. pp. 493-510.

LILLO CARPIO. P. : «Los exvotos de bronce del santuario de la Luz y su contexto arqueológico(1990-1992)». *Anales de Prehistoria y Arqueología.* nº 7-8 (Murcia. 1991-92). pp. 113 ss.

LILLO CARPIO.P.: «Un singular tipo de exvoto: las pequeñas falcatas». *CuPAUAM. Homenaje al Prof. Gratiniano Nieto. Vol. II.* (Madrid. 1986-87). pp. 33-46.

LOZANO SANTA. J.: *Historia Antigua y Moderna de Jumilla.* Murcia. 1800. Edición facsimil Murcia. 1976

MARIÑO FERRO. X.J. : *Las romerías/peregrinaciones y sus símbolos.* Vigo. 1987

MIRCEA ELIADE: *Tratado de historia de las religiones. Morfología y dinámica de lo sagrado.* Madrid. 1981.

MIRCEA ELIADE: *Mefistófeles y el andrógino.* Barcelona. 1984.

NICOLINI.G.: *Les bronzes figurés des sanctuaires ibériques.* Paris. 1969.

NICOLINI. G. : «Gestes et attitudes cultuels des figurines de bronze ibériques». *Melanges de la Casa de Velázquez.* Tom. IV. 1968. pp. 27-50.

PARIS. P.: *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive. Vol. II.* Paris. 1904.

PIVETEAU. J.: *La main et l'hominisation.* Paris. 1991.

PRADOS TORREIRA. L. : *Exvotos ibéricos de bronce del Museo Arqueológico Nacional.* Madrid 1992.

PRADOS TORREIRA. L.: «Los exvotos anatómicos del santuario ibérico del Collado de los Jardines (Sta. Elena. Jaén)». *Trabajos de Prehistoria.* 48. (Madrid. 1991). pp. 313-332.

PRADOS TORREIRA. L.: Los santuarios ibéricos. Apuntes para el desarrollo de una arqueología del culto.» *Trabajos de Prehistoria.* 51. nº 1. (Madrid. 1994). pp. 127-140.

PRADOS TORREIRA. L. :»Gesto y comunicación en la toréutica ibérica». *La sociedad ibérica en el espejo de su imagen.* Madrid._

ROUX. J.P.: *La sangre. Mitos, símbolos y realidades.* Eds. Península. Barcelona. 1990.

RUANO RUIZ. E.: *La escultura humana de piedra en el mundo ibérico.* Madrid. 1987. 3 tomos.

RUIZ BREMON. M. : «Escultura votiva ibérica en piedra». *Revista de Arqueología. Monográfico Escultura Ibérica.* (Madrid. 1988). pp. 68-81. De la misma autora. *Los exvotos del santuario ibérico del Cerro de los Santos.* Albacete. 1989.

SAHLY. A. : *Les mains mutilés dans làrt préhistorique.* Túnez. 1966.

SOPEÑA GENZOR. G. : *Dioses, ética y ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos.* Zaragoza. 1987.

THIEFFRY. S. : *La main de l'homme.* Paris. 1973.

WOLFF. Ch.: *La main humaine.* Paris. 1952.

DELFINES SIN MAR. EN TORNO A UNA TEMATICA PICTORICA DE BAJA EPOCA IBERICA EN EL VALLE DEL SEGRE.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 315 - 319

Ignasi Garcés i Estallo
UNIVERSITAT DE BARCELONA

PROCEDENCIA DE LAS REPRESENTACIONES DE DELFINES PINTADOS

Hasta la presente hemos identificado cinco ejemplares sobre vasos ibéricos tardíos procedentes de la antigua *Ilerda* y su zona de influencia. Uno proviene del poblado ibérico de Gebut (Soses), a unos veinte kilómetros al Sudoeste de Lleida, y los otros cuatro de la propia ciudad, en concreto de la excavación urbana del Antiguo Portal de Magdalena.

Gebut es un poblado ibérico de cierta entidad que aprovecha una elevación rocosa en la primera terraza de la margen derecha del río Segre. Fue excavado en los años 1941-42 por J.A. Tarragó, del Instituto de Estudios Ilerdenses, dejando al descubierto el urbanismo de su cima, pero existen indicios de poblamiento también en las laderas. Solamente se publicó una breve nota (ANONIMO 1943, 107-109; para más detalles: CAS 1988, 344-345), y no hay datos suficientes para recomponer la secuencia estratigráfica. Por ello se ignora cuando comienza el hábitat, aunque hay diversos tipos de cerámicas a mano, las importaciones áticas de figuras rojas indican un momento de funcionamiento cuando menos desde finales del s. V a.C. Por la misma razón tampoco podemos precisar el cese de su actividad, que debió ser de forma paulatina y en fechas bastante avanzadas, pues a sólo unos doscientos metros al sur y en terrenos más llanos se emplazó un conjunto romano, Gebut B, tal vez una *villa*, igualmente conocida de una forma muy puntual, con horizontes republicanos y alto-imperiales (GONZALEZ y RODRIGUEZ 1977, 7-10; AS 1988, 346-347).

El Antiguo Portal de Magdalena -popularmente Plaza Magdalena- corresponde a un gran espacio en el extremo norte del casco antiguo de Lleida, a los pies del Turó de la Seu Vella, importante acrópolis natural. Entre los años 1984-87 se efectuó una ingente excavación de urgencia, que detectó un nivel antrópico del s. I a.C. cubierto por un gran edificio alto-imperial, al que suceden construcciones de las grandes etapas históricas de la ciudad hasta el s. XVIII, momento en que se abandonó la superficie. El volumen de información arqueológica muestra una gran complejidad estratigráfica, que no siempre permite precisar la cronología de los materiales ibero-romanos, muchos aparecen en remociones posteriores (JULIÀ et al. 1989, 203-226; LORIENTE y OLIVER 1992).

CATALOGO DE MATERIALES.

1. Poblado de Gebut (Soses). Depósito: Instituto de Estudios Ilerdenses, nº registro: L-816. Jarra bitronco-cónica con dos asas de sección doble, carece de la base original y no son muy fiables los gruesos de su galbo, debido al proceso de restauración seguido. Superficie anaranjada y pintura vinosa. La decoración ocupa casi todo el exterior, excepto la porción inferior. Sobre el borde hay una serie de trazos oblicuos, en el cuello tres finas bandas horizontales -la central de defectuoso trazado-, la parte superior del cuerpo está dividida en dos registros separados por tres finas líneas; en el primer registro una línea en zigzag divide dos series de triángulos complementarios, los superiores aparecen rellenos de trazos desigualmente aplicados –cuatro o cinco–, la hilera inferior contiene un motivo incierto, a modo de espiral o rúbrica, por impericia todos estos motivos exceden el espacio reservado; en el segundo registro se observa una serie de delfines que miran a la derecha, constan de cabeza redondeada y en algún caso se ha representado el morro, y siempre una extremidad inferior más o menos marcada y la característica aleta dorsal; el cuerpo, muy alargado y estrecho, termina en una cola en forma de «v»; en algún caso la cabeza o la cola parecen vacilar en su traza, con pintura más suave a su alrededor. Una línea mas gruesa cierra el conjunto. La parte media del vaso contie-

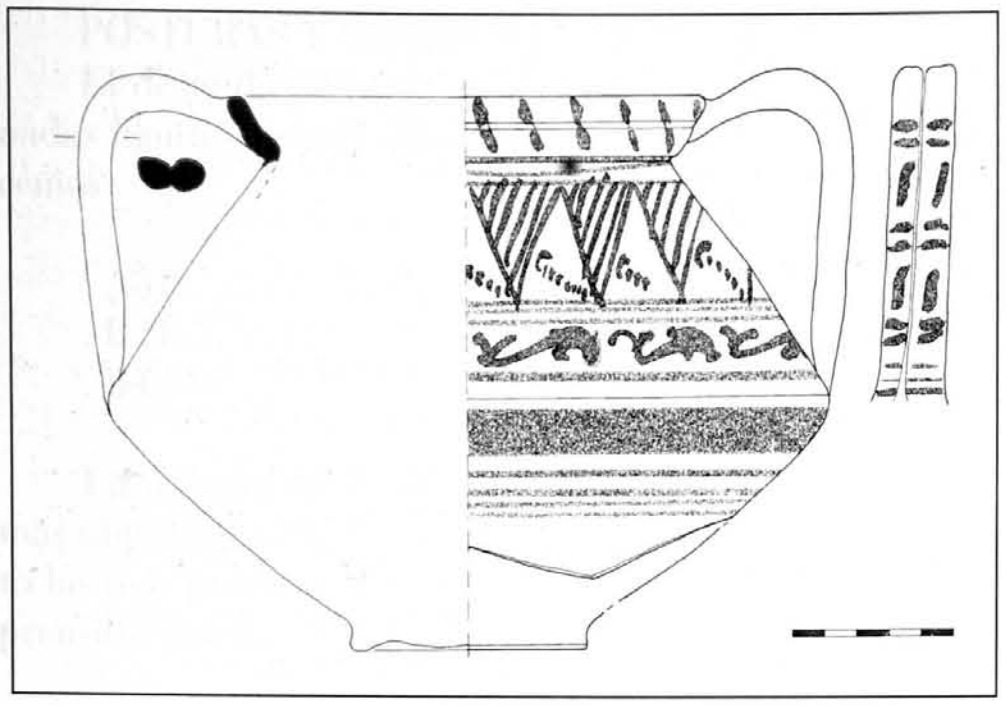


Figura 1.

ne una banda horizontal muy gruesa y cuatro filetes en la misma disposición. Las asas presentan alternancia de dos parejas de trazos verticales enmarcados por tres grupos de cuatro trazos horizontales. (GARCES 1992a, 643 y fig. 242; 1992b, 88), fig. 1.

2. Lleida. Portal de Magdalena, u.e. 1156, asociada a materiales alto-imperiales (TSI, TSG, TSH o TSC). Dos fragmentos de la parte superior de un vaso cerrado. Pasta de color anaranjado, dura, con algunas partículas micáceas, la fractura es recta. Decoración con pintura rojo vinosa intensa. El borde exterior presenta una fina línea horizontal, que en ciertas partes se subdivide por defecto del pincel; el cuello también presenta dos líneas horizontales, aunque por el defecto aludido, éstas pueden aumentar de número según el segmento pintado. El cuerpo del vaso estaba dividido en registros horizontales, separados por bandas, pero únicamente se conserva el primero: una serie de delfines que miran a la derecha, de tosco trazado; se conserva parte de uno y el extremo final del precedente; se caracterizan por una cabeza redondeada, la extremidad inferior claramente marcada, y la superior mediante un punto próximo al dorso, las colas muy grandes en «v», de trazo inseguro. La superficie exterior está recubierta por un intenso y brillante engobe anaranjado, que también afectó la parte superior de la cara interna, chorreando dentro de ésta. (GARCES 1992a, 567 y fig. 196,3), fig. 2,1.

3. Lleida. Portal de Magdalena, u.e. 291, material antiguo removido en época andalusí. Fragmento del borde de un bol de labio redondeado con dos surcos acanalados en la cara exterior, por lo que recuerda afinidades con la forma Lamb. 1 de barniz negro (LAMBOGLIA 1952, 143-144). Pasta marrón con alguna partícula micácea, dura, se fractura de forma recta y presentando aristas. Pintura de color vinoso. La decoración exterior consiste en una banda horizontal que recubre los dos surcos acanalados, por debajo una serie de delfines que miran a la derecha, conservándose uno prácticamente entero y el extremo final del precedente; en el ejemplar más conservado la cabeza es redondeada y posee el morro y la aleta ventral bien trazados, en cambio la aleta dorsal aparece mal definida; el cuerpo serpenteante y estrecho termina en una cola levantada en forma de «v»; el interior del vaso también está pintado con una serie de largos triángulos sesgados entre trazos transversales, por debajo se aprecian hasta tres bandas horizontales. Como en el caso anterior, se recubrieron las superficies con una engobe anaranjada, en este caso menos brillante y de tono algo marronoso. (GARCES 1992a, 613 y fig. 224,6; 1992b, 87), fig. 2,2.

4. Lleida. Portal de Magdalena, u.e. 1321, con material datable alto-imperial: TSI y TSG. Fragmento informe aunque por su grueso debía de corresponder a un gran vaso. Pasta beige tostada, con partículas micaceas, dura, se fracturó en aristas marcadas. Pintura rojo vinosa. Conserva una línea fina del enmarcado horizontal superior y en el centro del registro una serie de delfines que miran a la derecha. Un ejemplar deja apreciar con claridad la cabeza redondeada, con los detalles propios de morro, aleta dorsal y aleta ventral, el cuerpo, hasta donde se conserva, se alarga y adelgaza en exceso; del delfín precedente se conserva parte de su cola. Por debajo hay una amplia banda flanqueada por un ribete fino en cada lado. La superficie exterior está recubierta con un engobe rojizo. (GARCES 1992a, 583 y fig. 208,6), fig. 2,3.

5. Lleida. Portal de Magdalena, u.e. 711, estrato romano: paredes finas y TSH. Fragmento informe. Pasta anaranjada, algo rosada, con partículas micaceas, dura, de fractura recta. Pintura roja vinosa. La porción conservada

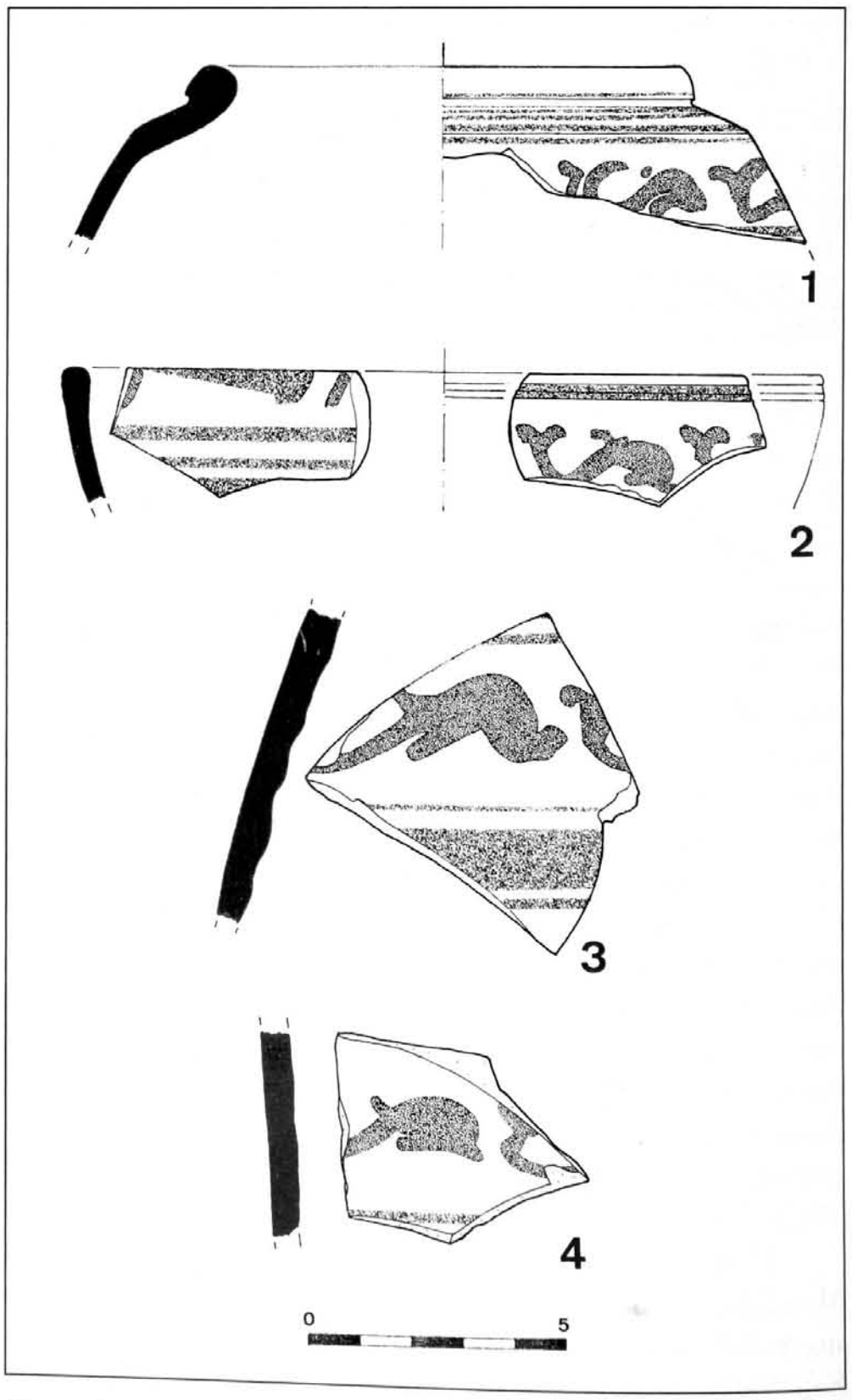


Figura 2.

representa una serie de delfines que miran a la derecha; se distingue la cabeza redondeada de uno, con su morro y aletas ventral y dorsal bien conseguidas, pero con un cuerpo muy adelgazado; de su precedente sólo se observa parte de la cola levantada; por debajo de la hilera de cetáceos hay una fina banda horizontal. La cara exterior está cubierta por una compacta aguada anaranjada rojiza, bastante subida de tono. (GARCES 1992a, 540 y fig. 183,5), fig. 2,4.

CRONOLOGÍA Y TALLER DE LAS REPRESENTACIONES PICTORICAS DE DELFINES.

La primera matización es que los ejemplares reunidos carecen, lamentablemente, de una adscripción estratigráfica precisa. Indirectamente ésta puede deducirse de forma aproximada por los perfíles de los vasos, las técnicas cerámicas y los paralelos de composición pictórica.

Dos formas (1 y 3) merecen comentarios cronológicos, pues el ejemplar nº 2 poco puede decir hoy por hoy. El ejemplar nº 3 posiblemente esté influido por la forma Lamb. 1 de barniz negro campaniense (LAMBOGLIA 1952, 143-144; MOREL 1981 series 2300), de confirmarse esta hipótesis, sus fechas oscilarían entre la segunda mitad del s. II a.C. y en especial durante la primera mitad del s. I a.C. El vaso procedente de Gebut corresponde a una jarra, forma que está atestiguada en Magdalena y en otros puntos de la misma ciudad, como Paeria, desde el segundo tercio del s. I a.C. (GALLART et al. 1985, 25-38) o en la fase final del Molí d'Espígol de Tornabous asociada a campaniana B y de fechas análogas (CURA y GARCES 1990, 299-304).

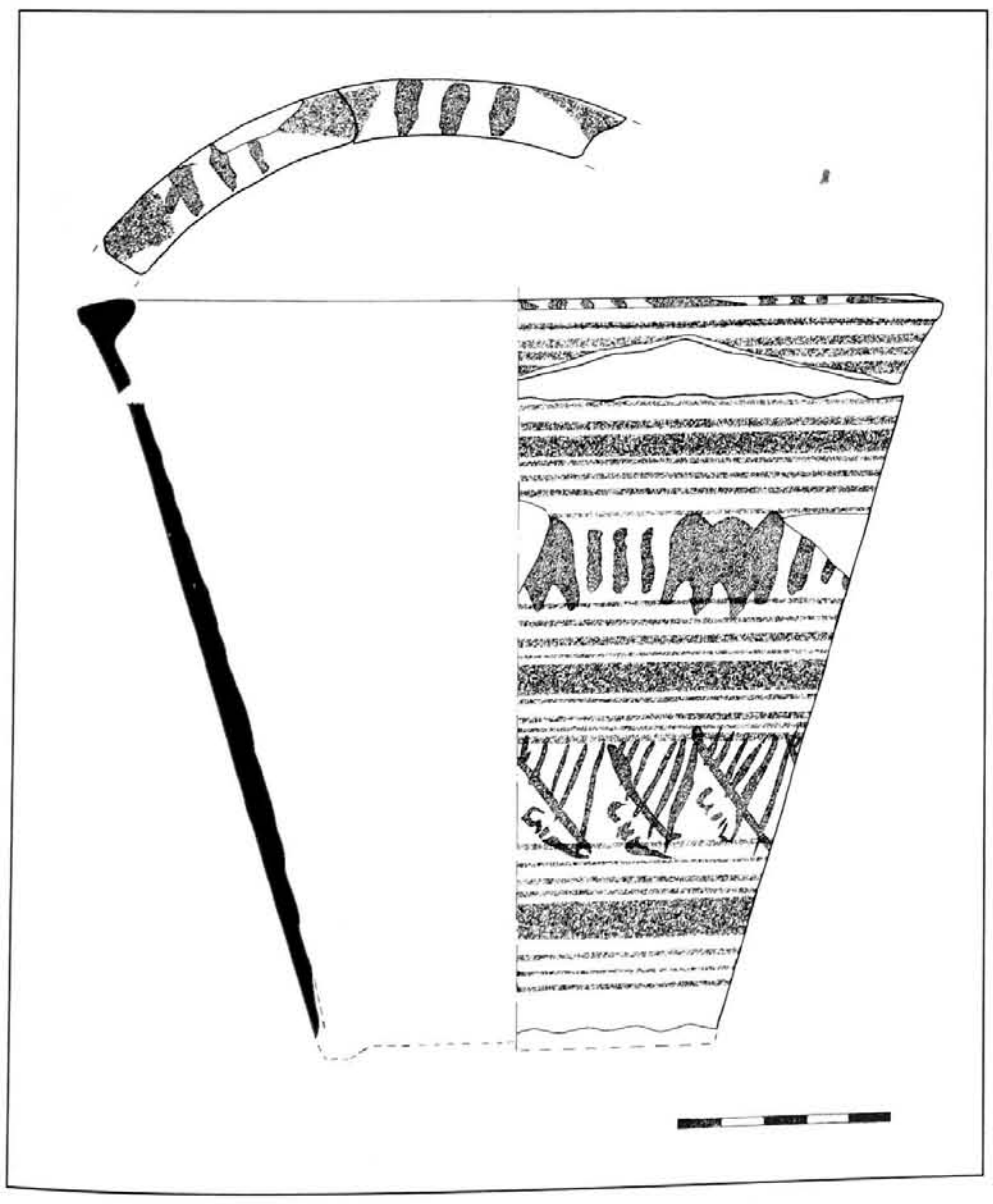


Figura 3.

En lo que concierne a las técnicas cerámicas se ha de señalar que todos los ejemplares de Magdalena poseen una aguada más o menos anaranjada-rojiza, aplicada muy diluida y seguramente con posterioridad a la pintura vinosa, cuando ésta había perdido parte de su humedad antes de entrar el vaso en el horno. En la estratigrafía de Paeria esta técnica es presente en el segundo tercio del s. I a.C. con ejemplares marronosos al estilo de nuestro nº 2, pero en ese horizonte todavía predomina una solución anterior, consistente en pintura vinosa sobre anchas franjas de fondo blanquinoso-amarillento, técnica algo más antigua, seguramente desde finales del s. II a.C. (GARCES 1992b, 78-90). El engobe rojizo no parece utilizarse en contextos tan antiguos, en cambio abunda en la segunda mitad del s. I a.C. y primeros años después de la Era; quizás en su momento final adquiere los tonos naranja brillante y carmesí opaco, mientras se generalizan las cerámicas comunes engobadas en tonos rojizos en la porción central del Valle del Ebro. Para los contextos más tardíos como Raïmat, fechable en torno a Claudio/Nerón por las sigillatas (GARCES 1988, 15-46), se puede apreciar que la preparación blanquinosa es ya insignificante, pero el engobe rojizo aún cubre la mitad de los ejemplares pintados, mientras la otra mitad vuelve a poseer el aspecto tradicional ibérico.

Finalmente se pueden aducir motivos estilísticos. El ejemplar de Gebut junto a los cetáceos muestra una serie de triángulos rellenos con trazos, alternando con un motivo espiraliforme parecido a una rúbrica. Esta misma composición aparece en un *kalathos* tardío hallado en la Plaza Magdalena (fig. 3). Estilísticamente parecen realizados por un círculo de pintores muy próximo, y casi nos atreveríamos a sospechar que por la misma mano. La fecha de uno y otro vaso no debe de diferir mucho. Aunque sin registros estratigráficos definitivos, comienza a ser posible establecer la seriación de los *kalathoi* tardíos. Son vasos de marcado sentido troncocónico, los ejemplares claudio-neronianos de Raïmat y seguramente muchos de sus análogos de Magdalena, presentan un labio muy inclinado, y el motivo sobre el ala consiste invariablemente en largos triángulos entre cuatro trazos, con predominio de galbos únicamente rallados, ya sin registros. El ejemplar de Magdalena (fig. 3) parece prefigurar ese mundo: ala aún muy horizontal pero ya totalmente reentrante, tres y no cuatro trazos, contiene registros en el galbo, etc. En los horizontes republicanos finales, como Paeria, aún no han hecho su aparición, perviviendo auténticos *kalathoi* de alas medianamente reentrantes, decorados a lo sumo por triángulos entre sólo dos trazos y muy finos, o incluso sólo por triángulos largos, versión tardía de los antiguos «dientes de lobo». A pesar de lo frágil del método todo parece apuntar a una fecha entre los sondeos de Paeria y Raïmat, es decir posterior al 40/30 a.C. y anterior al 50 d.C., ello apuntaría a los tiempos de Augusto/Tiberio.

En resumen, la datación de los delfines, a falta de mejores precisiones estratigráficas, sería posible a partir de inicios del s. I a.C., aunque con mayor probabilidad desde la segunda mitad del s. I. a.C. hasta Tiberio, sin llegar a corresponder a una producción ilerdense pintada final, hoy por hoy situable en los tiempos de Claudio/Nerón.

Respecto al centro de producción poco podemos decir con seguridad. Su aparición centrada en *Ilerda* apunta a talleres en esa misma zona o en la de su influencia. La cerámica pintada tardía ilerdense es, en líneas generales, muy homogénea en cochura, formas y decoraciones. Las grandes semejanzas entre el *kalathos* tardío de la Plaza Magdalena y la jarra de Gebut recuerdan estilísticamente a un mismo pintor o a grupos de pintores que trabajan muy próximos; esta vía de identificación a penas ha comenzado entre la cerámica ibérica, por su gran dificultad, pero las producciones de baja época reúnen variables factibles de poder trazar los primeros esbozos. En cualquier caso se configura la concentración en pocos talleres, quizás trabajando intensamente dentro de las características de la producción de las cerámicas romanas de tradición autóctona (ABASCAL 1986, 274-282). Aunque a este respecto falta mucho por precisar y el comportamiento de concentración puede venir de más antiguo. Aplicando una sencilla distribución en el mapa y algunos análisis químicos, Emili Junyent ha sugerido un posible centro único productor de la cerámica de barniz rojo ilergete, una serie también muy homogénea; ese centro de nuevo apunta a las cercanías de Lleida *(Iltirta)* en fechas de finales del s. III y gran parte del s. II a.C. (JUNYENT y ALASTUEY 1991, 9-45).

LA TEMATICA DEL DELFIN EN LOS AMBITOS IBERICO Y ROMANO DEL N.E. PENINSULAR.

En la zona ilerdense se pueden identificar auténticas representaciones seriadas del contorno de los delfines, un motivo claramente desvinculable de las llamadas «eses delfiniformes» de algunos autores, que poco tienen que ver con estos animales (GARCES 1992a, 787). Los cinco casos recogidos invariablemente miran a la derecha, quizás una peculiaridad intencionada. El posible carácter apotropaico del delfín parece decaer en beneficio de constituir un puro motivo ornamental, seriado. Las formas sobre las que se representa son variadas, y en nada especiales respecto a las que soportan otros motivos.

La fuente original para representar esos cetáceos puede proceder de diversos campos estéticos, se lleva buena parte de la sospecha las monedas ibéricas inspiradas en las griegas de *Emporion*, primeras introductoras cronológicamente de esta temática en el Valle del Ebro, pero sin descartar totalmente mosaicos, estelas u otros objetos menores, incluso peribles.

Las monedas de Iltirta en sus emisiones ya del s. II a.C. (VILLARONGA 1978) presentan delfines, normalmente tres, rodeando una cabeza humana; un motivo directamente tomado de las dracmas de *Emporion* y que tendrá profunda influencia en el Valle del Ebro: Kelse, Secaisa, Beligio, Eso, Otobesen, Salduie, Seteisken y hasta la extrema Turiasu, entre otras cecas, adoptaran esta temática. El prestigio monetal debía ser muy fuerte, recuérdese, por ejemplo, que condiciona toda la epigrafía ibérica en otros soportes en su fase final. Por el mismo motivo los símbolos representados en las monedas pudieron jugar un papel muy importante en el proceso de transmisión iconográfica. Las acuñaciones ibéricas suelen representar unos delfines muy desproporcionados y contorsionados en relación a sus precedentes griegos, parecidos a las representaciones que aquí nos ocupan.

La musivaria es asimismo sospechosa. La casa de Likinete en Caminreal (Teruel), floreció en un periodo muy breve entre finales del s. II a.C. y primer tercio del s. I a.C.; aunque se ubica en la celtiberia sigue formas itálicas, impulsada por un personaje que se expresaba en lengua vernácula y que dejó constancia de su nombre iberizado en un mosaico del tipo *opus signinum*; en el mismo aparecen con claridad delfines (VICENTE et al. 1993, 751). La temática es habitual en muchos pavimentos teselados blanquinegros, por ejemplo en la propia Ampurias con el conocido medallón central de la casa romana n. 1 fechable en la refacción del s. I d.C. (SANMARTI y NOLLA 1988, 39-41), o el de la Casa de la Calle Lladó de *Baetulo* Badalona, que mostraba delfines en diversas combinaciones, aunque en su controvertida datación siempre se han señalado fechas tardías (s. I-II d.C.) (GUITART 1976, 81-83 y 87-88). En todos los casos citados los delfines aparecen flanqueando los medallones centrales, ocupando los espacios libres que resultan de inscribir un círculo en un cuadrado. Como suele suceder, el paralelo temáticamente más cercano es también el más próximo geográficamente. El *opus signinum* del cubículo n. 8 de la Casa C en su fase III B-1 de Celsa (también conocida como «Casa de los delfines», puesto que el *tablinum* n. 6 vuelve a reproducir delfines entorno a un medallón central), presenta una disposición muy diferente: en el centro de la habitación un rectángulo central separa dos partes, y en dicho registro hay dos grupos de tres delfines consecutivos que flanquean un motivo floral central. El conjunto tiene unas fechas anteriores a la crisis de esa ciudad a mediados del s. I d.C. (BELTRAN LLORIS et al. 1984, figs. 52 a, b y c).

Incluso en el ámbito funerario ibérico aparecen delfines. En el s. XIX en Barcelona se halló una estela ibérica que se volvió a utilizar como material de construcción. El dibujo disponible, de Esteve Pahissa, ya fue considerado fiel y minucioso por J. Puig i Cadafalch. La decoración consistía en una estrella de ocho puntas inscrita en un círculo en la parte superior, debajo dos delfines enfrentados, una representación lunar, la inscripción ibérica de once signos y dos registros decorados, uno de ajedrezado y otro de triángulos (CARRERAS CANDI s/a, 40; PUIG i CADAFALCH 1934, 33 y fig. 36; RODÀ 1977, 80-81). Sobre el valor apotropaico que pueden simbolizar en las estelas, como compañeros y guía en el viaje de las almas (MARCO 1978, 53), no parece transmitirse a unos vasos de uso cotidiano, donde su fin parece ser modestamente ornamental.

El motivo del delfín no es del todo ajeno a la cerámica ibérica en el Valle del Ebro, y parece tener su eco en Azaila donde también se pintaron delfines sobre un *kalathos* del s. I a.C. (CABRE 1944, lám. 3, fot. 4 y 6; BELTRAN LLORIS 1976, 258), con una factura mucho más esquemática que los ejemplares ilerdenses, caracterizados por el intento constante, más o menos conseguido, de representar los principales rasgos anatómicos definidores del animal.

LA TEMATICA DEL DELFIN EN EL PROCESO HISTORICO DE ROMANIZACION.

Desde un punto de vista estricto la adopción de la temática del delfín constituye, en propiedad, una característica de helenización, ya que los orígenes iconográficos de este sociable animal hunden sus raíces en el mundo helénico, desde las pinturas murales de la Edad del Bronce de Santorini y Cnossos hasta su plasmación monetal en época clásica. El mundo griego tenía en alta consideración a estos simpáticos cetáceos; por ejemplo Heródoto cuenta de Arión, poeta que vivió en la corte del cipsélida Periandro y al que se atribuye la invención del ditirambo, la más maravillosa aventura sucedida a un mortal: arrojado al mar durante un viaje por unos codiciosos marineros, que se apoderaron de sus riquezas, fue salvado y conducido a puerto a lomos de un delfín (Hér. I, 23-24). El arte romano tomó la temática del delfín del arte griego. Pero en la época y lugar que nos ocupa la helenización avanza unida al brazo romano.

Particularmente nos interesan más otro tipo de observaciones. Por ejemplo la constatación de unos pintores ibéricos que reproducen motivos iconográficos presentes en la vida cotidiana, pero que no siempre proceden de la observación directa de la naturaleza, aspecto que no es ni mucho menos insignificante. El fenómeno de «pintar de referencias», sin acudir a las fuentes originales, se palpa en los motivos vegetales más tardíos, contemporáneos a la representación de delfines: las hojas se estereotipan, los trazos de los tallos se descuidan y llegan a perder su función original convirtiéndose en dibujos sin pericia. De hecho, ya desde el s. II a.C. con las representaciones de avecillas al estilo del Tossal de les Tenalles y yacimientos próximos (recogidos en PEREZ 1990, 207-212), se comienza a adoptar la versión esquemática del animal, y lo mismo sucede con algunos motivos fitomorfos del Valle del Ebro identificables en el repertorio botánico sólo con gran dificultad, no tanto por impericia como por representar una imagen estereotipada.

En definitiva con el delfín se introduce un motivo alóctono, pero se hace desde una mentalidad productiva y cultural integrada en esquemas y símbolos romanos. El cambio principal no es la temática en sí, sino la decidida voluntad de adoptar nuevos elementos en una dirección determinada. La seriación del delfín es una buena muestra iconográfica del sincretismo cultural que se debía estar operando entonces, con la adopción de fórmulas romanas y el progresivo abandono de las autóctonas y que, por encima de la pintura de vasos, debía de abarcar todos los ámbitos de la sociedad, la lengua, la religión y la forma de concebir el mundo.

BIBLIOGRAFIA

ABASCAL 1986. Juan Manuel Abascal: *La cerámica pintada romana de tradición indígena en la Península Ibérica, centros de producción, comercio y tipología*. Madrid.

ANONIMO 1943. Atribuible a J.A. Tarragó: «Investigaciones arqueológicas». *Dos años de labor MCMXL-MCMXLII*. Diputación Provincial de Lérida. págs. 107-109.

BELTRAN LLORIS 1976. Miguel Beltrán Lloris: *Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Monografías arqueológicas. XIX. Institución Fernando El Católico, Zaragoza.

BELTRAN LLORIS et al. 1984. M. Beltrán Lloris; A. Mostalac y J.A. Lasheras: *Colonia Victrix Iulia Lépida-Celsa. Velilla de Ebro, Zaragoza*. Monografías I. Museo de Zaragoza.

CABRE 1944. Juan Cabré: *Corpus Vasorum Antiquorum: cerámica de Azaila*, C.S.I.C., Madrid.

CARRERAS CANDI s/a. F. Carreras y Candí: *La ciutat de Barcelona*, Ed. Albert Martín. Barcelona.

CAS 1988. *Carta Arqueológica del Segrià* (II vols.). Generalitat de Catalunya, Barcelona.

CURA y GARCES 1990. Miquel Cura-Morera y Ignasi Garcés: «A propósito de la cronología final del poblado ibérico del Molí d'Espígol (Tornabous, Lleida)». *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie Prehistoria y Arqueología, 3, págs. 299-304.

GALLART et al. 1985. J. Gallart; E. Junyent; A. Pérez y N. Rafel: *L'arqueologia a la ciutat de Lleida (1975-1985)*, Col.lecció La Banqueta, n. 5, Ajuntament de Lleida.

GARCES 1988. Ignasi Garcés: «La ceràmica ibèrica pintada», en PEREZ ALMOGUERA, Arturo (dir.): *Els materials del jaciment romà de Raïmat, Lleida*. Institut d'Estudis Ilerdencs, Lleida, pp. 15-46.

GARCES 1992a. Ignasi Garcés: *Assimilació, resistència i canvi a la romanització en el món ilerget*, tesis doctoral microfichada, nº 1422, Universidad de Barcelona.

GARCES 1992b. Ignasi Garcés: «Elements per a una sistematització de les ceràmiques ibèriques pintades a les terres de Lleida (s. I a.C.-I d.C.)». *Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya romana*, Dossier n. XII, Societat Catalana d'Arqueologia, Barcelona, págs. 78-90.

GONZALEZ y PEREZ 1977. Juan Ramón González y José Ignacio Rodríguez: «Un *lacus* en la villa romana de Jebut (Soses)». *Ilerda*, XXXVIII, págs. 7-10.

GUITART 1976. J. Guitart: *Baetulo. Topografía arqueológica. Urbanismo e Historia*. Ayuntamiento de Badalona.

JULIÀ et al. 1989. M. Julià; P. Lázaro; C. Lorencio; A. Loriente; A. Oliver; M. Plens y F. Puig: «Excavacions d'urgència a l'Antic Portal de Magdalena, Lleida (Segrià)». *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 9, Generalitat de Catalunya, Barcelona, págs. 203-226.

JUNYENT y ALASTUEY 1991. Emili Junyent y Andrés Alastuey: «La vaixella ilergeta de vernís roig». *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 1, págs. 9-45.

LAMBOGLIA 1952. Nino Lamboglia: «Per una classificazione preliminare della ceramica campana». *Atti del I Congreso Internazionale di Studi Liguri, 1950*, Bordighera, págs. 139-206.

LORIENTE y OLIVER 1992. Ana Loriente y Anna Oliver: *L'antic Portal de Magdalena*. Monografies d'Arqueologia Urbana, n. 4, Ajuntament de Lleida.

MARCO 1978. Francisco Marco: *Las estelas decoradas de los conventos Caesaraugustano y Cluniense*, en *Caesaraugusta*, 43-44, Zaragoza, 1978.

MOREL 1981. Jean Paul Morel: *Ceramique Campanienne. Les formes*, Bibliotheques de les Ecoles Françaises d'Athenes et Rome, Roma.

PEREZ 1990. Jordi Pérez: «El kalathos del ave del Pla de les Tenalles, Granyanella (Lérida)». *Verdolay*, 2, pp. 207-212.

PUIG i CADAFALCH 1934. Josep Puig i Cadafalch: *L'arquitectura romana a Catalunya*. Barcelona.

RODÀ 1977. Isabel Rodà: «La dispersión del poblamiento en el término de Barcelona en la época anterromana». *Cuadernos de Arqueología e Historia de la Ciudad*, XVII, Barcelona, págs. 47-92.

SANMARTI y NOLLA 1988. Enric Sanmartí y Josep Mª Nolla: *Empúries, guia itinerària*. Diputació de Barcelona.

VICENTE et al. 1993. J. Vicente; M.P. Punter; C. Escriche y A.A. Herce: «Las inscripciones de la 'Casa de Likine' (Caminreal, Teruel)», en UNTERMANN, J. y VILLAR, F. (eds.): *Lengua y cultura en la Hispania romana. V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la península ibérica*. Universidad de Salamanca, pp. 747-772.

VILLARONGA 1979. Leandro Villaronga: *Las monedas ibéricas de Ilerda*, A.N.E.-C.S.I.C., Barcelona.

SOBRE LA CECA DE ILTIRKESKEN Y SU PROBABLE UBICACION EN EL BAJO EBRO

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 321 - 325

Arturo Pérez Almoguer
UNIVERSITAT DE LLEIDA

INTRODUCCION

No pretendo con las presentes notas en homenaje a la profesora Muñoz Amilibia sino apuntar posibles soluciones, que por otra parte no son estrictamente nuevas en algunos puntos, a uno de tantos interrogantes que nos plantea la numismática antigua hispana y, en concreto, la que atañe al Nordeste peninsular en la etapa republicana, y ello desde un planteamiento ajeno al propio de los especialistas en numismática, en función de la tantas veces mencionada necesidad de una mayor colaboración entre éstos y los historiadores de la Antigüedad.

Las primeras acuñaciones según módulos romanos pero con caracteres ibéricos, prescindiendo de toda otra serie de problemas que plantean, se relacionan claramente en la zona aludida con la más antigua organización territorial que los conquistadores promueven tras la pacificación catoniana de 195 a.C., momento en que se procede también a la división provincial. Hay sin embargo unos precedentes monetarios: las dracmas y divisores de imitación ampuritana también con caracteres ibéricos que probablemente se emiten durante la Segunda Guerra Púnica (algunas -tipo denario- también en torno a 180 a.C.; Garcla Bellido, M.P., 1993 a, 333), que en el caso que nos ocupa, hemos de considerar por cuanto, creo, representan un antecedente de la ceca que tratamos. Sabido es que las monedas del Nordeste, además de presentar una iconografía y unas características comunes frente a la diversidad que ofrece la Ulterior, tienen dos tipos de leyendas: las que se refieren a unas *ciuitates* concretas o las que, con la leyenda *-sken*, parecen referirse a *populi*. Así por ejemplo *ausesken*, según ese planteamiento, correspondería al *populus* de los *Ausetani*, pero resulta que observando las restantes cecas nos encontramos con otras como el caso de *baikula* o *eustibaikula*, -*Baikoula* según Ptolomeo (II 6,69)-, que son ausetanas y presentan nombre de ciudad. Es más, la ceca de *ausesken* emite plata en un momento dado, lo que no ocurre con la otras, y este sólo hecho, se acepta, significa capitalidad regional; por lo tanto *ausesken*, aunque se refiriera a un *populus* debía contar con un centro emisor principal que ejercería una suerte de papel de localidad-rectora. Pero también puede simplemente estar aludiendo a los habitantes de una localidad llamada *Ausa* o *Auso* (Untermann, J., 1992, 25), que sería la actual Vic, y ese es nuestro parecer en concordancia con la opinión de Untermann, pues los diversos *populi* tienden a aceptar la capitalidad de un núcleo que suele ostentar un nombre derivado de los mismos (Abascal, J.M.-Espinosa, U., 1989, 17). De hecho, son cuatro las cecas catalanas que en el siglo II a.C. presentan leyenda terminada en *-sken*: la citada *ausesken*, *untikesken*, *laiesken* e *iltirkesken*. Tradicionalmente se han venido considerando respectivamente como las de los ausetanos, indiketes, laietanos e ilergetes. Como en el caso ausetano, podemos admitir que las de indiketes y laietanos se refieran también a los habitantes de unas ciudades concretas. Sin embargo, en lo que toca a *iltirkesken*, surge la primera aparente contradicción cuando observamos que hay otra ceca, *iltirta*, antecesora de la romana *Ilerda*, que ostenta un nombre claramente derivado de los ilergetes, cuyas monedas se refieren inequívocamente a una *ciuitas* que resulta ser la más rica y prolífica del interior catalán en cuanto a emisiones. Además, por si ello no bastara, en la primera mitad del s. II a.C. acuña en plata. ¿Cómo explicar otra ceca -se acepta que es otra distinta- que presenta un etnónimo y que no es el centro principal del *populus* a que se dice pertenece?. Veremos las distintas posturas ante ello, pero avancemos que es opinión casi unánime que las monedas con leyenda *iltirkesken* se refieren, como se infiere de lo expresado, a los ilergetes. Considero, sin embargo, que la cosa dista mucho de resultar clara.

LAS MONEDAS DE ILTIRKESKEN Y SU DISTRIBUCION

Nos encontramos ante una ceca de larga duración: con un precedente de imitaciones de dracmas y divisores -aunque en realidad por los tipos podrían ser denarios, no por la metrología, lo que implica una posible fecha de 180 a.C. para éstas-, comienza sus acuñaciones en bronce con módulos romanos (no emitirá más en plata) en la primera mitad del siglo II a.C. y concluye ya bien entrado el siguiente (Villaronga, L., 1979 a, 130, 210, 224). Esta propia duración indirectamente nos está hablando de una cierta pujanza durante un dilatado periodo de tiempo.

Dentro de la serie de imitaciones de dracmas y divisores que emiten inmeditamente antes o durante la Segunda Guerra Púnica (la cuestión cronológica es debatida), aparecen algunas de difícil lectura, pero otras presentan, en caracteres ibéricos perfectamente legibles, nombres de cecas que en su mayoría continuarán emitiendo después en plata o bronce con módulos ya romanos. No son muchos los ejemplares conservados, pero los que han llegado a nosotros nos dan importantes informaciones sobre cuales eran las más destacadas localidades del Nordeste peninsular en aquellos momentos. Se conserva un ejemplar de dracma, en el Cabinet de Medailles de París, y algunos pocos divisores, con la leyenda *iltirkesalir* (y en el reverso *ban*), que por cierto, aparte de su buena ejecución, podría en alguna forma considerarse el antecedente de las monedas posteriores con módulos romanos, por cuanto en el anverso se representa la característica cabeza masculina y en el reverso el no menos característico jinete ibérico. Ha sido lógicamente considerada como el antecedente de las de *iltirkesken* en bronce (García Bellido, M.P., 1993 b, 114), pero lo importante es que si, como parece posible *-salir* significa «plata» y *-ban* es un numeral (Villaronga, L., 1978 b, 13), el *iltirke* se refiere a una ciudad (no a un pueblo). El único ejemplar de dracma conocido fue durante mucho tiempo considerado como falso, lo que justifica su ausencia en la capital obra de Untermann, pero su importancia se ha revalorizado tras un estudio de Villaronga (Villaronga, L., 1979 b), quien por su calidad la creyó de mediados del s.III a.C., lo que parece difícil de admitir, siendo más oportuno, como hace M.P. García Bellido, considerarla más tardía, contemporánea a las otras dracmas catalanas con leyenda ibérica (en concreto del grupo tardío). A diferencia de lo que ocurre con *iltirta* y otras, nuestra ceca no emitirá despues denarios que constituyen un símbolo evidente de capitalidad, pero si que lo hará en bronce, ya desde el la primera mitad del siglo II a.C. (Guadan, A.M. de, 1980, 131), a veces con buen arte y en otras ocasiones menos. Va a ser por tanto una de las más tempranas: sus monedas son contemporáneas de las de *iltirta*, *kese*, *laiesken*, *untikesken*, *ausesken*, *ilturo* y *eustibaikula*. Las acuñaciones llegan hasta bien entrado el siglo siguiente, y presentan las lecturas *iltirkesken* o *iltirkes*. Untermann llamó la atención sobre la similitud que guarda el nombre con los ilergavones, con una hipotética latinizada *Ilerga* o *Ilerca* y también con *iltiraka* (Untermann, J., 1975, A-19, 206), una ceca de la Ulterior sobre la que ya tratamos en otra ocasión (Pérez, A.-Soler, M., 1993).

La distribución de las monedas de *iltirkesken* se centra en la Cataluña interior y en la Narbonense y, en menor número, también en el valle del Ebro y en la zona costera catalana (Martín Valls, R., 1967, 49; Ripollés, P.P., 1982, 24, 34, 63, 64, 67, 71, 72, 83, 85, 87, 89, 91, 98, 103, 108, 113, 145, 147, 160, 162, 164, 188). En lo que respecta a Cataluña, es de destacar su presencia en el hallazgo de Balsareny con sesenta y cinco ejemplares (Villaronga, L., 1961), en Els Prats de Rei con diecisiete (Fernández Redondo, R., 1989, 43) y otro buen número en Tona (Molas, M.D. et al., 1994, 49). En lo que hace al sur galo, se trata de la ceca más representada en Vielle-Toulouse tras las importantes de *kese*, *untikesken* e *iltirta*; sus monedas incluso fueron objeto de imitación en esa zona (Villaronga, L., 1978 a). Todo ello en conjunto nos lleva a observar una línea que desde el Ebro se dirige a las Galias -seguramente a través de la Cerdanya-, y otra, por lo hoy conocido menos intensa, que sigue el curso del río desde la costa hasta el valle Medio. Añadamos, como dato quizás significativo para nuestra argumentación posterior, que en lo que se supone fue territorio de los *lacetani*, vecinos orientales de los ilergetes, las monedas documentadas hasta hoy corresponden en su mayoría a nuestra ceca además de a las omnipresentes principales, pero también las hay de otras ribereñas de Ebro y sus afluentes (*kelse*, *sekaisa*, *seteisken*; Fernández Redondo, R., 1989, 43-45).

INTERPRETACIONES SOBRE SU UBICACION Y NUEVAS PROPUESTAS

Untermann la considera ceca ilergete (Untermann, J., 1975, A-19, 206), y recoge la idea de su posible situación en un lugar marginal, como pudiera ser el Solsonés. Villaronga precisamente es quien propuso la ubicación de la ceca en esta última comarca o quizás en la Segarra, es decir, en regiones orientales verosimilmente ilergetes, pero marginales (Villaronga, L., 1979 a, 130, 210; id., 1982, 169), que tuvieron un desarrollo diferente del de los occidentales aglutinados en torno a *iltirta*. Es evidente que el estudio del área de dispersión nos proporciona un importante indicio de cara a la ubicación de la ceca, pero hay que tener en cuenta otros factores, pues este puede resultar engañoso. Por ejemplo, a este respecto es gráfico el caso de *ieso* ceca correspondiente al que sería municipio imperial de *Iesso*, hoy Guissona (Lérida), a la cual Villaronga, por sus hallazgos y también por su tipología, creería en la costa si no es porque la evidencia epigráfica la sitúa en la citada localidad del interior (Villaronga, L., 1982, 179; Pérez, A., prensa a). Una variante es, basándose en lo mismo, que nos encontraríamos ante una ceca vecina a los lacetanos (Padró, J.- Sanmartí, E., 1992, 193), lo que difiere poco de la postura anterior. Si admitimos una ubicación ilergete extremo-oriental, el problema se nos plantea a la hora de concretar el núcleo o lugar de emisión. Ciertamente ninguno hay que podamos considerarlo candidato firme. Ante nuestro desconocimiento del posible tejido ciudadano en la región propuesta durante el siglo II a.C., no podemos sino referirnos a las noticias que empezamos a tener a partir del siguiente: en la zona presumible sólo sabemos de la ante-

cesora del municipio de *Iesso*, fundada a inicios del s. I a.C. en territorio lacetano, pero ésta ya emite moneda con el nombre de *ieso*, lo que la excluye. También parece, ya más al Sur, que contamos con antecedentes del también municipio altoimperial de *Segarra* o *Sigarra* (actual Els Prats de Rei) que precisamente, se supone, ha dado nombre a la actual comarca de la Segarra. Su nombre en cualquier caso, que parece de raíz indígena, no se asemeja en nada al etnónimo que aparece en las monedas como es bien palpable, y ningún dato hay que nos ligue la localidad con éstas si no es la aparición de monedas iltercenses en ella. Por otro lado los datos poblacionales alusivos a Els Prats de Rei sólo los conocemos a través de unos breves sondeos que muestran la ocupación del lugar al menos desde el s. III a.C. con continuación posterior, sin que pueda precisarse mucho más (Castellé, J. *et al.*, 1986), pero sabemos de la aparición de 17 monedas de la ceca de *iltirkesken* a las que ya me he referido, lo que representa un número notable. Sin embargo relacionado con *Segarra* hay un dato que a veces no ha sido tenido en cuenta: su inclusión, por parte de Ptolomeo, entre las localidades ilercaonas (II, 6, 63) aunque tradicionalmente, basándose en criterios de una pretendida lógica geográfica, ha sido considerada como lacetana. No obstante, admitamos que por los datos de Ptolomeo, la situación de *Sigarra* habría que suponerla al Sur del Ebro y, en principio, pudiera pensarse que se trataría de otra homónima, pero el caso es que también al Sur del río se encontraria según ello *Dertosa* y, aún más, *Iessos* a la que adscribe a los lacetanos. Por tanto, admitiendo errores de latitud de bulto, podemos convenir en que se trata de la nuestra. Prescindiendo del valor que en el siglo II d.C. pudieran tener estas atribuciones -desde luego ninguno político- es interesante la relación del historiador alejandrino por cuanto nos está señalando no sólo cuales eran los principales *populi* durante la república, sino también el área máxima de expansión que cada uno de ellos alcanzó. Y aunque en absoluto considero que *Segarra* fuera la *iltirka* de las monedas, lo curioso es que un momento dado fue localidad ilercaona o ilergavona, el *populus* vecino de los ilergetes -seguramente incluso emparentado con el mismo- situado a grandes rasgos en la zona baja del *Iberus*, donde tuvo su centro principal.

Y es precisamente en la región de la desembocadura del Ebro, donde las cosas comienzan a cuadrar, tanto en el terreno histórico como en el filológico, en lo que hace a la posible ubicación de nuestra enigmática ceca. En efecto, situando sobre un mapa las cecas republicanas, uno de los primeros detalles que se observa es que esta rica región, se supone de entrada que con importante demografía por sus especiales características agrícolas, que además sirvió desde la protohistoria de camino natural de penetración a través del río y de su cuenca con el interior peninsular, carece de cecas. Esto en principio contrasta con lo que sucede en las situadas al Norte del río. Es cierto que en la provincia Ulterior se constata el hecho de que ciudades importantes no emiten numerario mientras si lo hacen otras que lo son menos y que en algunas zonas importantes de la Citerior -caso de Contestania- tampoco hay cecas, pero ello no ocurre en el Nordeste en estos primeros tiempos de presencia romana, donde la uniformidad de la iconografía y la escritura, parecen hablarnos de una planificación por parte de los conquistadores (Garcia Bellido, M.P., 1993 b), en la que juegan un papel importante las ciudades principales o los embriones de tales potenciadas por la administración romana. Otra fuente altoimperial, Plinio, viene a abundar en la importancia de la zona a que nos estamos refiriendo: menciona la *regio Ilergaonum* (III, 21) y es de interés señalar que aparte de ésta sólo cita la *Cessetania* y la *Ilergetum* en lo que hace al ámbito catalán. Aunque no resulte del todo claro qué se esconde tras la denominación de *regiones*, lo que no hay duda y aquí nos interesa, es que se refiere a los territorios principales y quizás más extensos, con posibles connotaciones históricas que no responden a una realidad oficializada del momento. El que no aparezcan como tales otros *populi* conocidos y lo hagan sólo, además de los ilercaones, los centrados en torno a *Tarraco* e *Ilerda*, las ciudades más importantes de la costa y el interior respectivamente, equipara de alguna forma el Sur del Ebro con los dos principales.

LOS ILERCAONES Y DERTOSA

Así pués, la región del Bajo Ebro aparece poblada en el momento de la conquista por los ilercaones, ilergavones o ilercavones que se expandieron también por el norte de la vecina provincia de Castellón (Fernández Nieto, F.J., 1968-1969) y, por lo que se infiere de Ptolomeo (II 6, 63), parte de la de Barcelona en su vecindad con la de Lérida; incluso es posible que también parte de la última. Su propio nombre ya nos sugiere una relación con los ilergetes, pueblo que se encontraba, Ebro arriba, básicamente en la zona entre el Segre y el Cinca, que se había expandido hacia el Alto Aragón en fechas recientes al parecer, y que tuvo su centro principal en *iltirta*, como hemos visto. No es una novedad el considerar que ambos pueblos puedan tener unos ancestros comunes, que se han supuesto los *ilauraugatai*, que en torno al 500 a.C. según Hecateo vivían en torno a la desembocadura del río del mismo nombre (el Ebro seguramente) según nos transmite Esteban de Bizancio en el s. VI d.C. (FHA I, 188; VIII, 429); en algún momento se escindirían siendo los *Ilergetes* los habitantes del interior y los *Ilercaones* los costeros. Es evidente que, aunque el papel principal en la Segunda Guerra Púnica lo van a llevar los primeros, los segundos tampoco van a quedar al margen.

Analizando los textos de Livio referidos a la conflagración romano-cartaginesa y a los decenios posteriores es fácil observar como, siendo pocos los *populi* que menciona como pobladores de la actual Cataluña -sólo cinco en total, incluye entre ellos a los *Ilergauonenses* (22,21,6), donde en 217 a.C. estaba situado un campamento cartaginés, y en otra ocasión vuelve a referirse a los *Ilurcaonum gentem* (91,1) en época de las campañas sertorianas. Que se trata de uno importante parece certificarlo el que otros dos, los *Lacetani* y los *Bergistani* aparezcan sólo en momentos muy concretos, quedando en lugar destacado, además del nuestro, sólo *Ilergetes* y *Ausetani*, sin duda los más destacados en el momento de la llegada de los romanos (Pérez, A., prensa b).

Aunque nunca se haya afrontado el problema en profundidad, no es ninguna novedad el llevar la ceca de *iltirkesken* hasta la región de la desembocadura del Ebro. Así lo hicieron Mateu Llopis, Beltrán (en su conocido manual de numismática) o Martín Valls (Martin Valls, R., 1967, 49, 108) y más recientemente Fatás (Fatás, G., 1992, 226). Tal ubicación explicaría mejor la notable presencia de sus monedas en el Sur galo, siguiendo el camino natural del Ebro y su afluente principal el Segre. Por lo demás, su difusión en el interior de Cataluña (algo menos, pero también en la costa) y parte del valle del Ebro, sigue cuadrando bien con la ubicación en la zona de la desembocadura del río. Anteriormente nos hemos referido a la abundancia de ejemplares en Els Prats de Rei en la comarca barcelonesa del Anoia en su vecindad con la Segarra. En principio pudiera parecer que se trata de un argumento más para ubicarla en la zona donde propuso Villaronga, pero volvemos a recordar aquí que Ptolomeo incluye *Sigarra*, la antecesora de la misma, entre las localidades ilercaonas. Menos fácil de explicar es la presencia de varios ejemplares recientemente documentada en el yacimiento de El Camp de les Lloses en Tona, no lejos de Vic, pero quizás hayamos de ponerlo en relación con la vía que se dirigía a las Galias documentada ya en 120-110 a.C. (miliarios de Manio Sergio) que tras atravesar las tierras de los ausetanos, se dirigiría por el Sur hacia las tierras ilergetes y la Celtiberia.

Es posible suponer más concretamente la ubicación de la ceca en atención a que, en principio, parece que ha de tratarse de la localidad principal de la zona por cuanto tiene un nombre que entronca con el *populus* que la habita. Durante época imperial, como por lo demás en las posteriores hasta llegar a nuestros días, es *Dertosa*, la actual Tortosa, la que ejerce la capitalidad. Es mencionada por vez primera por Estrabón (III, 4,6) y es de señalar que será con *Tarraco*, *Ilerda* y *Emporiae* una de las cuatro cecas catalanas que acuña con leyenda latina, ya en época transicional pre-augústea y luego bajo Tiberio. Pudiera en principio pensarse en un antecedente de la misma, cuyo núcleo urbano no necesariamente ha de coincidir con el del posterior *municipium* o *colonia*. Este último es un debatido problema en el que aquí no vamos a entrar por ir más allá de los fines que nos hemos propuesto (Tovar, A., 1989, C-564, 433), pero del que en todo caso apuntaremos que hay suficientes razones como para sospechar que no fue *colonia* (Pena, M.J., 1993). En la ciudad de Tortosa no contamos con niveles arqueológicos claros anteriores a la etapa augustea. Tan sólo se ha hecho referencia a *alguns vestigis déepoca republicana* (sin especificar de que tipo y cronología, pero sabemos que son tardíos) *sempre associats a restos posteriors* (Genera, M., 1993, 140). Por tanto parece que hemos de pensar en una antecesora posiblemente situada algo más al interior del río que Tortosa. Hay dos candidatas si atendemos a las escasas noticias que en este aspecto nos proporcionan las fuentes escritas, y es posible que ambas en realidad sean la misma, cosa que creo bastante probable: *Hibera*, nombre evidentemente relacionado con el rio *Hiberus*, citada por Livio (23,28,10) que, indica, en 215 a.C. era la más rica de la comarca -*opulentissima*- y en cuyas inmediaciones tuvo lugar una señalada victoria romana sobre Asdrúbal -cerca de la desembocadura se había dado otra victoria naval en 217-, y la *Tyrichae* que menciona como la más rica de la zona Avieno (O.M. 498-503). La primera aparece también en la titulatura de la ciudad altoimperial *Mun(icipium) Hibera Iulia Ilercaonia* según el testimonio numismático -en época de Tiberio aparece con el sobrenombre *Dertosa* (Villaronga, L., 1979 a, 250)-, la segunda permite otro tipo de consideraciones. Tanto *Hibera* como *Tyrichae* han contado con defensores para la identificación con Tortosa. En lo que hace a *Tyrichae*, M.J. Pena recientemente, basándose en la posibilidad de que el poema de Avieno no se inspirara en un antiguo periplo masaliota como se ha venido sosteniendo, sino en uno fenicio, propone que tenga algo que ver con Tiro (literalmente significaría «la Tirica»), lo que apoyaría el hecho de la más que notable presencia de elementos arqueológicos fenicios que se han documentado en el último decenio en la comarca (Pena, M.J., 1989; Id., 1993, 584; T.H.A. I 146). Lo que en efecto puede admitirse es que la antecesora de *Dertosa*, y quizás de *Hibera* pués ésta aparece más tarde que *Tyrichae*, pudiera encontrarse en otro lugar, quizás más al interior, y ello no obsta para considerarla la misma en lo que se refiere a su papel preponderante en la región.

LOS DATOS DE LA LINGÜISTICA

Antes nos hemos referido a que si por razones histórico-geográficas parece más lógico que la ceca se ubicara en el Bajo Ebro que en la Segarra o el Solsonés, también desde el punto de vista filológico ocurre otro tanto. Untermann ya llamó la atención de que en el paso de los topónimos indígenas al latín se produce la pérdida de la dental *-t*, que probablemente fuera muda, mientras la *i* se convierte en *e*, (Panosa, M.I., 1992, 210; curiosamente, aunque sigue considerándola como ceca ilergete, basándose en la opinión de Untermann se refiere a la evolución de *iltirkesken* en *Ilercauonia*). Así vemos como *iltirta* se convierte en *Ilerda* e *ilturo* en *Iluro*. Aplicando lo mismo al caso de *iltirka*, nos daría en latín una lectura, *Ilerca*, que parece en efecto referirse a la principal ciudad de los *ilercaones*, *ilercauones* o *ilergauones* que ostenta un nombre derivado del del *populus*. La leyenda de las dracmas indicaba que, en efecto, se trataba de una localidad.

CONCLUSION

Creo que hay bastantes datos como para pensar seriamente en la posibilidad de que las monedas que emiten con el nombre de *iltirkesken* fueran acuñadas en la localidad que ejerció la capitalidad de los ilercaones, ilergaones o ilercavones. Ya hemos visto cómo ello es posible tanto a través de lo que puede desprenderse de la lectura de la propia moneda por lo que conocemos del comportamiento de la escritura ibérica en su paso a la latina, como de lo que es dado esperar de una importante región que sorprende por su injustificada ausencia de cecas en un momento en que están emitiendo todas las localidades y pueblos del mundo ibérico catalán que tuvieron, según las fuentes escritas, un destacado papel en los momentos de la conquista y en los inmediatamente posteriores.

BIBLIOGRAFÍA

ABASCAL, J.M.-ESPINOSA, U., (1989): *La ciudad hispano-romana privilegio y poder*, Logroño.

CASTELLE, J. *et al.*, (1986): *Campanyes déexcavacions arqueol≥giques a Els Prats de Rei (1972-1975)*, Els Prats de Rei.

FATAS, G., (1992): «Para una etnogeografía de la cuenca media del Ebro». *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum*, 2-3, Madrid, 223-232.

FERNANDEZ NIETO, F.J., (1968-1969): «Beribraces, edetanos e ilercaones (pueblos pre-romanos en la actual provincia de Castellón)».*Zephyrus*, XIX-XX, Salamanca, 115-142.

FERNANDEZ REDONDO, R., (1989): «Els lacetans, interpretació a través de les fonts cléssiques, arqueol≥giques i numismétiques. Estat de la qéestió». *Estrat*, 1, Igualada, 25-51.

GARCIA BELLIDO, M.P., (1993 a): «El proceso de monetización en el Levante y Sur hispánico durante la Segunda Guerra Púnica». Untermann, J. - Villar, F. (eds.), *Lengua y cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, 317-347.

GARCIA BELLIDO, M.P., (1993 b): «Origen y función del denario ibérico», *Sprachen und Schriften des antiken Mittelmeerraums, Festschrift fér Jérgen Untermann zum 65. Geburtstag*, Innsbruck, 97-121.

GENERA, M., (1993): «Dertosa: una ciutat romana», en *La ciudad en el mundo romano. Pre-actas XII Congreso Nacional de Arqueología Clásica*, II, Tarragona, 140.

GUADAN, A.M. de, (1980): *La moneda ibérica. Catálogo de numismática ibérica e ibero-romana*, Madrid.

MARTIN VALLS, R., (1967): *La circulación monetaria ibérica*, Valladolid.

MOLAS, M.D. et al. (1994): «El Camp de les Lloses, un establiment auseté de la segona meitat del segle II a.C.». *Llibre de Tona*, Tona, 43-50.

PADRO, J.- SANMARTI, E., (1992): «Areas geográficas de las etnias prerromanas en Cataluña». *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum*, 2-3, 185-194.

PANOSA, M.I., (1992): «Algunes qéestions hist≥riques sobre léepigrafia de les llegendes monetals ibériques». *Studia Palaeohispanica et Indogermanica J. Untermann ab amicis hispanicis oblata*, Barcelona, 199-212.

PENA, M.J., (1989): «Avieno y las costas de Cataluña y Levante I. Tyrichae, TYPIKAI, éla Tiria?». *Faventia*, 11/2, Bellaterra, 9-21.

PENA, M.J., (1993): «Algunas precisiones sobre el estatuto jurídico de Dertosa». *II Congreso Peninsular de Historia Antigua*, Coimbra, 581- 596.

PEREZ, A., (prensa a): «Dos posibles cecas pirenaicas y la ordenación territorial romano-republicana», Madrid.

PEREZ, A., (prensa b): «Iltirta y Auso, dos capitales regionales en la Hispania republicana», *Anales de Prehistoria y Arqueología*, Murcia.

PEREZ, A.-SOLER, M., (1993): «Les seques déIltirta i Iltiraka i el llop ibéric». *Revista déArqueologia de Ponent*, 3, Lleida, 151-175.

TOVAR, A., (1989): *Iberische Landeskunde, 3 Tarraconensis*, Baden-Baden.

UNTERMANN, J., (1975): *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, Wiesbaden.

UNTERMANN, J., (1992): «Los etnónimos de la Hispania antigua y las lenguas prerromanas de la Península Ibérica», en *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum*, 2-3, Madrid, 19-33.

VILLARONGA, L., (1961): «El hallazgo de Balsareny», *Numario Hispánico*, X, 9-102.

VILLARONGA, L., (1978 a): «La influéncia de les monedes ibériques de Iltirkesken i de Iltirta en el Llenguadoc occidental». *Els pobles pre-romans del Pirineu, 2on. Col.loqui Internacional déArqueologia de Puigcerdé*, Puigcerdé, 257-263.

VILLARONGA, L., (1978 b): *Las monedas ibéricas de Ilerda*, Barcelona.

VILLARONGA, L., (1979 a): *Numismática antigua de Hispania*, Barcelona.

VILLARONGA, L., (1979 b): «Le drachme ibérique iltirkesalir et les rapports avec la Grande Gréce au IIIe s. av. J.C.», *Revue Numismatique*, 43-55.

VILLARONGA, L., (1982): «Les seques ibériques catalanes: una síntesi», *Fonaments*, 3, Barcelona, 135-183.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 327 - 338

EL SANTUARIO DE ASKLEPIOS Y LAS DIVINIDADES ALEJANDRINAS EN LA NEAPOLIS DE AMPURIAS (S. II-I A.C.). NUEVAS HIPOTESIS

Joaquín Ruiz de Arbulo
UNIVERSITAT DE TARRAGONA

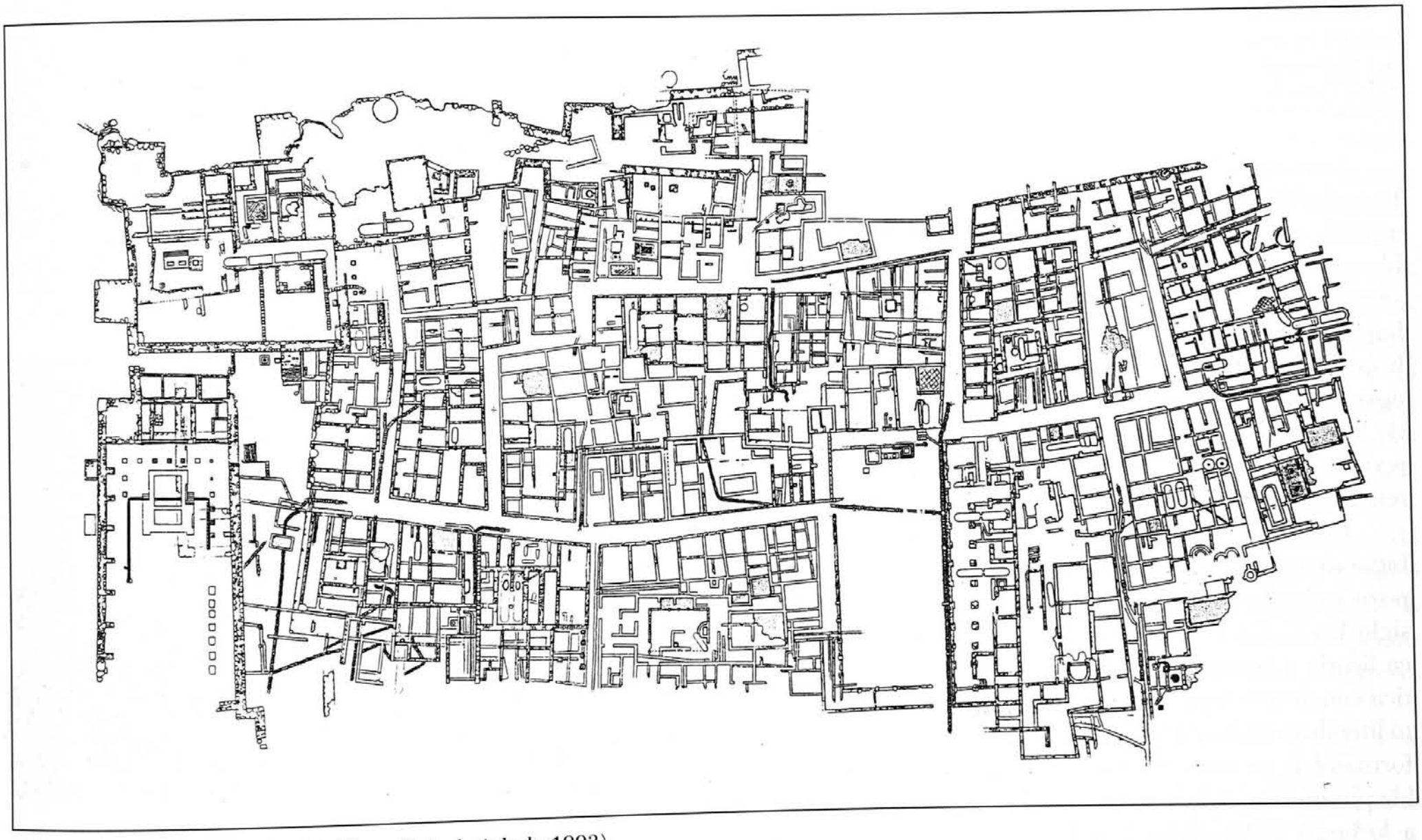


Fig. 1. - Planta de la Neapolis (de Mar y Ruiz de Arbulo 1993).

En otro trabajo hemos propuesto una nueva interpretacion para el denominado "santuario de Serapis" de la Neápolis de Ampurias. Las evidencias arquitectónicas y una nueva valoración de los hallazgos epigráficos nos han permitido sugerir que este recinto fue en realidad un gimnasio construido en el siglo II a.C. y transformado en época augustea en un probable santuario de culto imperial(1). Esta atribución nos obliga a buscar una nueva sede para el templo de las divinidades alejandrinas citado en la epigrafía(2). Como vamos a intentar demostrar a continuación debe tratarse en realidad de una reforma en el santuario hasta ahora considerado un *Asklepieion*(3).

1) Ruiz de Arbulo en prensa.

(2) Ruiz de Arbulo en prensa.

(3) Es para mí muy grato poder unirme así en homenaje a la Pr. Ana María Muñoz, cuya docencia en la Universidad de Murcia tan buen recuerdo ha dejado en varias generaciones de arqueologos murcianos, a los que siempre he oido hablar de ella con respeto, admiración y cariño, mientras compartíamos momentos entrañables de excavación en torno al río Quípar y al bar Zaian de Caravaca de la Cruz. A estos compañeros va tambien dedicado este trabajo.

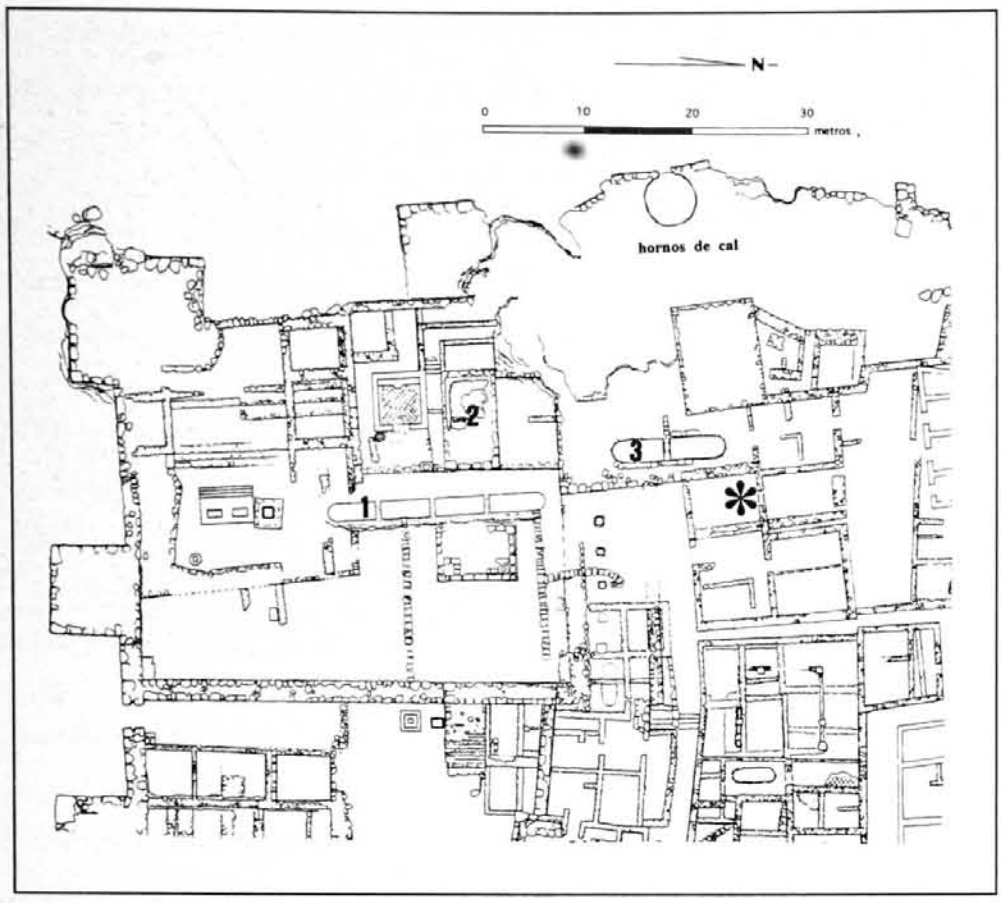


Fig. 2. - Planta del santuario realizada en 1983 (de Mar y Ruiz de Arbulo 1993) con indicación del lugar de aparición de los distintos elementos citados en el texto.
1. Parte superior de la gran estatua masculina.
2. Conjunto de mármoles: ara circular, cuerpo de la estatua anterior, fragmentos de serpiente, pies de una estatua entronizada, garra, cabeza, pies y plinto de una estatua de menor tamaño.
3. Fragmento b. del epígrafe grecolatino de Numas.
*. Depósito de anforas.

Como en el caso anterior, hemos publicado junto con Ricardo Mar una restitución de las fases de este santuario a partir del dibujo e interpretación de las estructuras visibles realizado entre 1981 y 1985(4). Sin embargo, todo este sector ha sido intensamente excavado en fechas posteriores bajo la dirección de E. Sanmartí, P. Castanyer y J. Tremoleda (1986-1992) con numerosos hallazgos e importantes novedades referidas a las fases más antiguas(5). En espera de la publicación detallada de estos nuevos trabajos, la revisión y nuevas propuestas que ahora efectuamos se refieren únicamente a la fase más reciente del santuario.

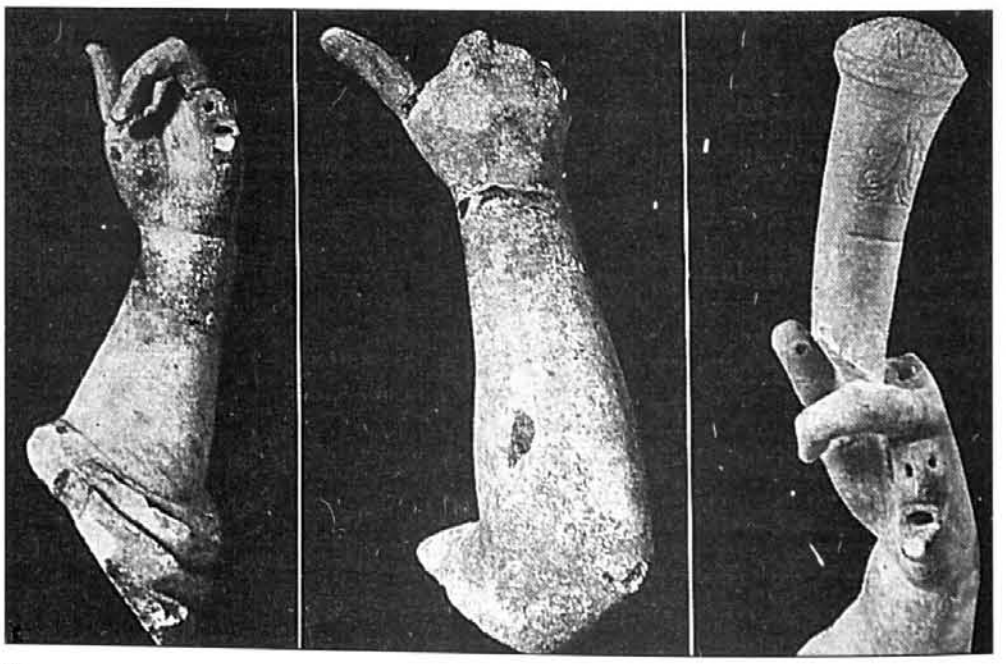
De forma resumida, esta secuencia corresponde a un lugar sacro en posición suburbana, que nace en torno a un pozo rodeado por altares y un probable templo ya en el siglo V a.C. En el siglo II a.C. una gran reforma urbanística ligada a la construcción de una nueva muralla megalítica con acceso monumental flanqueado por torres, sepultó literalmente las estructuras y altares del santuario, transformándolo en una gran plaza elevada intramuros, accesible por una escalera situada al Este. Por lo que conocemos, a lo largo de los siglos II y I a.C., el recinto tuvo como estructuras de culto un gran altar situado al Sur, dos pequeños templos gemelos situados al Oeste y un pórtico de doble nave que formaba la fachada Norte. Bajo el pavimento y ante los templetes se situó una gran cisterna de tres

(4) Mar y Ruiz de Arbulo 1993, 171-183. En esta obra se encontrarán referencias a la historia de las excavaciones y trabajos anteriores sobre este recinto. Recordaremos no obstante el estudio inicial de sus estructuras publicado por Puig i Cadafalch en 1912; la secuencia estratigráfica presentada por Cazurro y Gandía en 1914 y la propuesta esquemática de seriación de Bosch Gimpera 1945, figs. 38-43.

(5) Sanmartí, Castanyer, Tremoleda 1988; 1990. Amplias referencias en Sanmartí 1990; 1992.



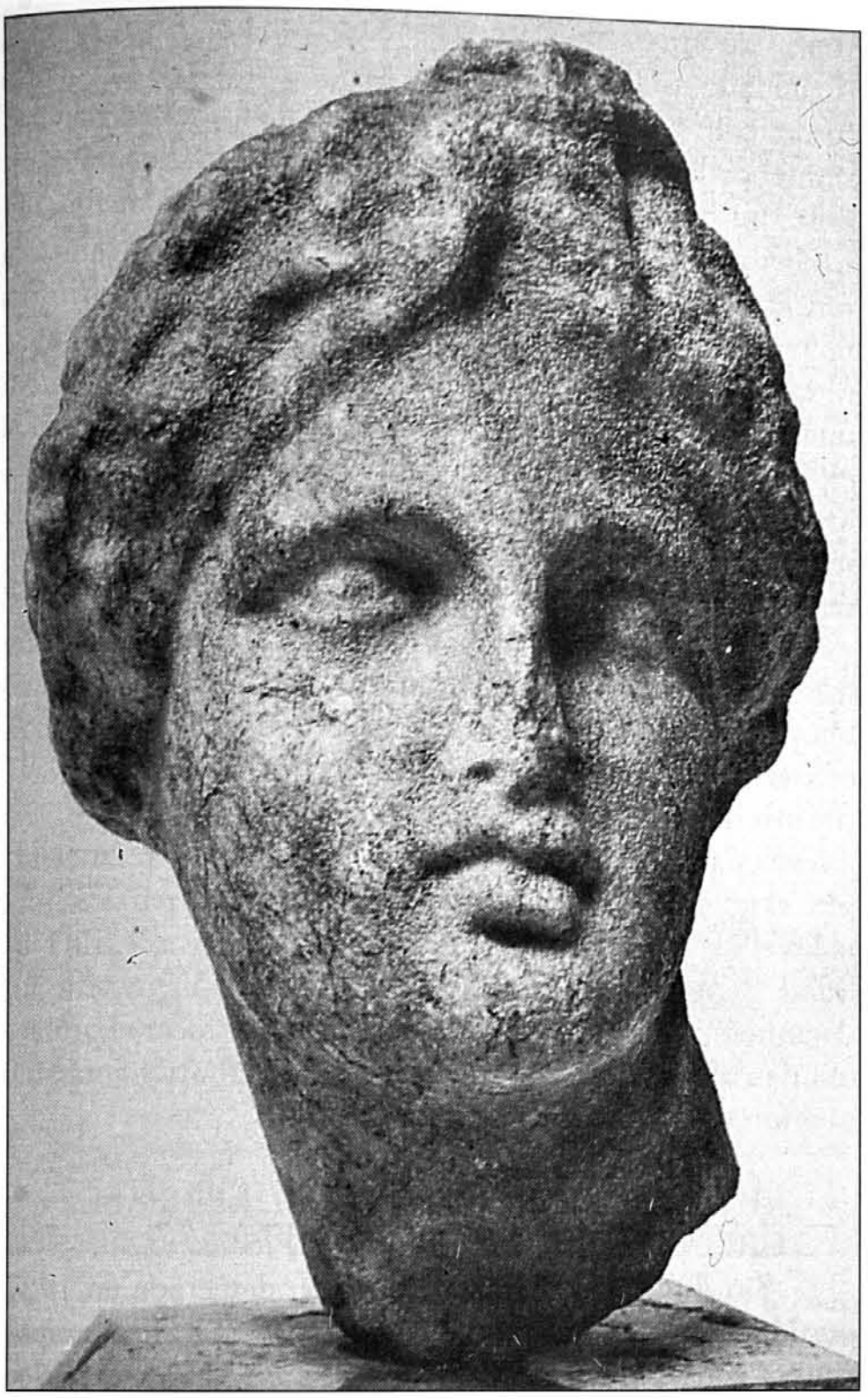
A



B

Fig.3. a- Gran estatua masculina ensamblada en dos partes (busto y cuerpo) tradicionalmente identificada con Asklepios (MAB. foto extraida de M.Mayer -ed-. *Roma a Catalunya*, Barcelona, 1992).b.- Brazos y extremo de báculo o cornucopia (MAB. foto extraida de Almagro, Kukhan, 1958)

departamentos. Los restos del pórtico Norte están muy arrasados pero su posición puede restituirse gracias a la conservación *in situ* de algunas de las basas de su columnata interior, indicando su nivel de circulación, y por el dibujo de Gandía de la canalización que circulaba ante su fachada llevando las aguas a la gran cisterna situada bajo la plaza. El muro trasero de este pórtico ha desaparecido totalmente, pero su trazado puede reconstruirse de forma



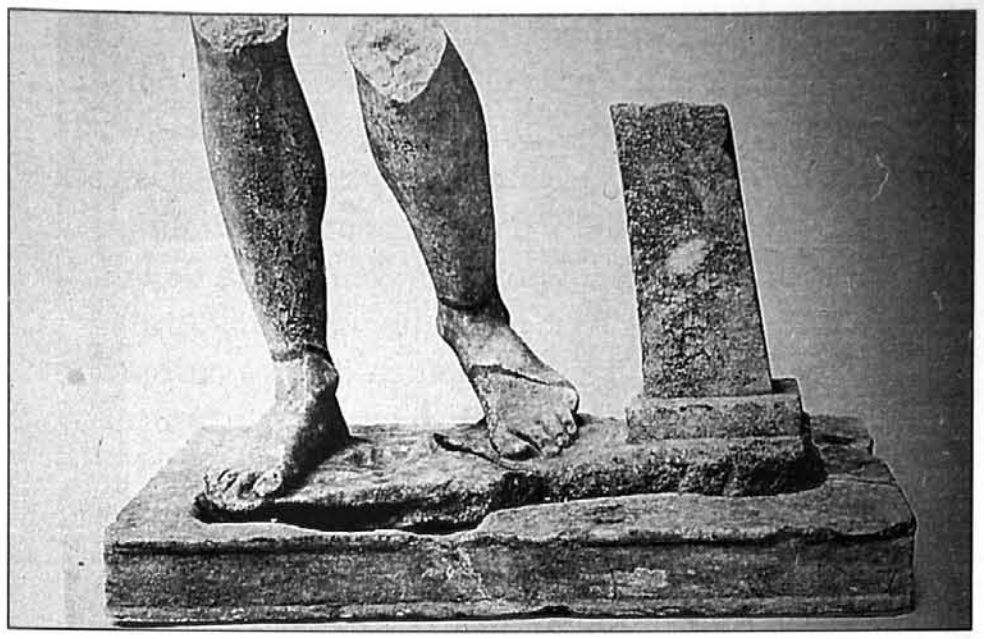


Fig. 4. a y b.- Cabeza y pies de una estatua de medianas dimensiones representando según S. Schröder a Apolo Liceo (MME. fotos extraidas de Bosch Gimpera 1937).

aproximada sobre los restos de un gran muro anterior que le serviría de cimentación. En último lugar, se añadió al lado de los templetes un tercer templo de mayor tamaño, en la actualidad casi totalmente arrasado.

EL LOTE DE MARMOLES DEL TEMPLO M.

La atribución de este santuario procede como es sabido del hallazgo de una estatua de mármol blanco representando al dios Asklepios aparecida en la campaña de excavaciones de 1909. La parte superior de esta estatua se encontró caída en el interior de la gran cisterna[6], mientras que el cuerpo, junto a fragmentos de brazos y manos, una serpiente enroscada y el aparente extremo de un báculo lo fueron entre un lote de 200 fragmentos de mármol aparecidos en la *cella* del llamado templo M, en compañía de un ara circular marmórea, los pies de otra estatua masculina entronizada, una garra, junto a fragmentos de basa, pies y cabeza de otra estatua de menores dimensiones. Se trata probablemente de un lote de mármoles amontonados en época medieval o moderna con destino a un horno de cal situado a poca distancia[7].

La gran estatua drapeada ha sido tradicionalmente identificada con Asklepios, el dios de la medicina, pero su datación ha sido más cuestionada[8]. El último estudio sobre la misma, realizado por I. Rodà, señala los diferentes mármoles empleados (torso en mármol pentélico, cuerpo en mármol pario y serpiente en mármol pirenaico), considerándola una obra helenística, objeto de restauraciones ya en la Antigüedad y fechable originariamente en el siglo IV a.C.[9]. Por su parte, la pequeña cabeza ladeada y los pies desnudos han sido relacionados con el gesto joven característico de Artemis o Afrodita[10]. Sin embargo, S.F. Schröder ha identificado recientemente la estatuilla como una figura masculina: una copia del Apolo Liceo de Praxíteles (336-335 a.C.), con el característico gesto de la mano derecha sobre la cabeza, datable en la segunda mitad del siglo II aC.[11] La ambigüedad del rostro y gesto apolíneos en época helenística y su similitud con los rostros femeninos habrían permitido esta confusión que un examen detenido de la parte superior de la cabeza ha permitido corregir.

El resto de mármoles presentes no habían sido valorados hasta que en fecha reciente E. Sanmartí ha propuesto relacionar los pies y la garra aquí aparecidos como fragmentos de una estatua entronizada de Serapis flanqueado por Cerbero[12], siguiendo el modelo de la estatua de culto realizada por Briaxis para el *Serapieion* alejandrino, de la que conocemos diversas copias de época romana dispersas por todo el Mediterráneo[13]. Se trata de una propuesta

(6) Esto ocurriría en un momento posterior al abandono del santuario y correspondiendo no a un fin ritual sino al saqueo de las estructuras, ya que la caída del fragmento estatuario al interior de la cisterna debió ir precedido necesariamente de la desaparición de la cubierta de la misma.

(7) Todo el proceso de hallazgos se encuentra recogido en los Diarios de Excavación de E. Gandía, comentados en Mar y Ruiz de Arbulo 1993, 62 y ss, 172 y ss. Ver tambien referencias ilustradas en Lletja 1984 y Sanmartí 1992 b.

(8) La documentación gráfica más completa sobre la estatua se verá en Almagro y Kukhan 1958.

(9) Rodà 1985; ver tambien presentación esquematica en Rodà 1992.

(10) Roda 1985 se inclina por Artemis; Lletja 1989 propone Afrodita por los pies desnudos frente a la habitual iconografía calzada de la cazadora.

(11) Schröder 1993; v. sobre el modelo original Schröder 1986. Agradecemos a Stephan Schröder por comunicarnos esta propuesta cuya publicación nos había pasado por alto.

(12) Sanmartí 1991.

(13) Se utiliza como paralelo en la estatua de mármol aparecida en 1750 en el macellum de Puteoli, conservada en el Museo de Napoles y reproducida tradicionalmente (cf. p.e. DA s.v. Serapis). El analisis descriptivo y estilístico de esta estatua , datada en el siglo II dC, puede verse en Tran Tam Tinh 1972, num. IS. 1. El tipo de Serapis entronizado flanqueado por Cerbero es un modelo repartido por todo el Mediterraneo en epoca romana, con copias conocidas en Roma, Ostia, Sarsina, Salamina de Chipre (Museo de Cambridge), Pergé, Seleucia y Khirbet Ramadan (elenco y biblografía en Tran Tam Tinh 1972, 50 nota 1). Que estas imagenes reproducen el original de Briaxis para el Serapeo de Alejandría, obra y autor mencionados por las fuentes escritas, ha sido un tema polémico desde su planteamiento por Brunn en 1889, tanto sobre la autoría de Briaxis, como por la cronología de la estatua copiada.

valiente, dada la exigüidad del material de partida (tan sólo dos pies y una garra), pero que se inserta en un tema polémico: la cronología del original alejandrino del que proceden las copias conocidas de época romana, que Castiglioni propuso considerar un original de epoca antonina[14]. De aceptarse la hipótesis emporitana, se trataría de la primera copia prerromana de esta célebre obra maestra[15].

Aceptando que los fragmentos de pies corresponden a una estatua entronizada, el debate debe centrarse sin embargo sobre la garra anexa. Si consideramos esta garra como perteneciente a un animal emblemático que acompaña a la estatua entronizada, debemos preguntarnos de que animal se trata. Un perro, Cerbero, sería la primera posibilidad, pero no la única. Una estatua de Poseidón en la Gliptoteca Ny Calsberg de Copenhage representa al dios joven y desnudo, en posición erguida y flanqueado por un tritón marino bicéfalo, con cuerpo escamado y patas delanteras acabadas en garras[16]. Una variante entronizada de Poseidón pudo tambien por tanto representar al dios acompañado de un tritón de este tipo[17]. Menos probable es que la garra correspondiera a la pata decorada de un escabel como el que utiliza para apoyar sus pies la estatua entronizada, también de Poseidón, del grupo estatuario marmóreo del siglo II d.C. procedente del ágora de Esmirna[18].

No obstante la dificultad por deducir una referencia iconográfica concreta con tan escasos fragmentos hemos de reconocer el mérito de la propuesta de Sanmartí, ya que la opción de Serapis (considerando el paralelo formal con el Serapis de Puteoli como meramente orientativo) tendría a su favor el venir acompañada por un documento epigráfico de excepción al que nos referiremos acto seguido.

La identificación tradicional del santuario como un *Asklepieion* a partir tan sólo de la estatua del dios no resulta suficiente. Sabemos que en un santuario grecorromano una estatua nunca puede utilizarse como prueba para mantener un culto único, por cuanto las asociaciones eran fórmula corriente y casi obligada (basta con leer a Pausanias). Una estatua de Asklepios tanto puede proceder de un santuario propio, como ser un exvoto ofrendado en un santuario de Apolo, de Demeter y Koré, de Isis y Serapis etc., divinidades todas ellas con ciclos relacionados de una u otra forma con el de Asklepios. La misma consideración deberíamos aplicar al resto de fragmentos estatuarios, buscándoles un lugar y advocación convenientes. La atribución tradicional del pequeño templo M[19] a Asklepios apoyada únicamente en el hallazgo en su *cella* del lote de mármoles no resulta suficiente y mucho menos la atribución del templo anexo (P), para el que se ha insinuado de forma laxa una advocación a Hygea, la Salud, hija de Asklepios en el ciclo de Epidauro y frecuentemente asociada al dios en su iconografía[20], pero que aparece provisto en su cabecera de una pequeña tarima corrida para sostén no de una estatua única sino de un pequeño grupo estatuario.

Hemos de tener en cuenta, además, que en la última fase edilicia se construyó junto a los anteriores un nuevo templo, de mayores dimensiones, del cual tan sólo se han conservado escasos restos de sus cimentaciones. En nuestra interpretación de las fases del santuario (antes de las nuevas y muy intensas excavaciones) veíamos en este templo, el cimiento del gran altar, la cisterna y el pórtico Norte las evidencias de una última fase constructiva[21]. En realidad, como veremos a continuación, disponemos de un documento complementario que permite enfocar el problema desde una nueva óptica y que hasta ahora había sido mal interpretado por la investigación.

EL LUGAR DE HALLAZGO DEL EPIGRAFE GRECOLATINO A ISIS Y SERAPIS

Sin duda, la espectacular unión detectada en 1987 por M.Mayer e I.Rodà de dos fragmentos epigráficos emporitanos conservados respectivamente en el MAN y el Museo de Ampurias[23] representa un avance fundamental para el estudio del santuario de las divinidades alejandrinas. Lo que hasta ese momento se habían considerado dos epígrafes independientes han resultado ser un único *titulus* bilingüe grecolatino, realizado sobre una placa de mármol gris, datable por su paleografía latina a mediados del siglo I a.C. y que ha sido restituido del modo siguiente:

[ISIDI SARA]PI AEDEM / [SIMULACR]A PORTICUS / [NUMAS N]UMENI F(ilius) / [ALEXANDRI]NUS / [DEVOT]US FACIU / [NDUM CUR(avit)] / [ΕΙΣΙΔΙ Σ]ΑΡΑΠΙ / [ΝΑΟΝ ΞΟ]ΑΝΑ / [ΣΤΟ]ΑΝ ΝΟΨΜΑΣ / [ΝΟΨΜΕ]ΝΙΟΨ ΑΛΕ / [ΞΑΝ]ΔΡΕΨΣ / [ΕΨΣ]ΕΒΕΣ ΕΠΟΕΙ. "A Isis, a Sarapis. Numas, hijo de Numenio, de Alejandría, por devoción, ha hecho construir este templo, estatuas y pórtico".

Esta lápida se compone de tres fragmentos. El fragmento *a* que incluye las cuatro primeras líneas del texto latino fue un hallazgo anticuarial del siglo XIX en el área de la Neápolis regalada a la Academia de Historia de Madrid[24]. Los fragmentos *b* y *c* aparecieron al poco tiem-

---

(14) Castiglioni 1958, seguido por Jucker 1960, pero contestado por otros autores. Cf. Tran Tam Tinh 1972, 50, nota 1 y con mayor detalle en Tran Tam Tinh 1984, 1713 y ss. La caracteristica iconografica de este original antonino correspondería a las mechas del pelo en torno a la frente, incomprobables aquí.

(15) Aunque los fragmentos proceden de un vertedero de mármoles post-antiguo, el contexto del santuario emporitano sería forzosamente anterior a fines del siglo I d.C., cuando la Neápolis entró en una fase de recesión, v. nota 1. Las copias datables con seguridad en epoca helenistica de este modelo de Serapis entronizado recopiladas por Tran Tam Tinh 1984, nota 19 son escasísimas: una estatuilla en Serapeum B de Delos, del siglo II a.C. y los relieves de Rodas (s. II a.C.) y Tigani (Samos, s. I a.C.).
Como sintesis más reciente puede consultarse el LIMC, VII, 1994, s.v. Sarapis (G. Clerc, J. Leclant), en el que se recuerda (p.690) que los originales conocidos en epoca prerromana, por ejemplo la citada estatua entronizada de Delos (ant. al 166 a.C.) o las terracotas egipcias de los siglos II y I a.C. no responden a la imagen "canonica" del original alejandrino.

(16) Se trata de un lote comprado en 1894 de cinco estatuas marmóreas procedentes de Roma representando dioses griegos (Zeus, Helios, sátiro con Dyonisos niño, Heracles y Poseidón), con las firmas de Flavius Zenon y Flavius Chryseros, artistas de la escuela de Afrodisias, v. Moltesen 1990,139-142, figs. 11-12.

(17) Poseidon aparece probablemente representado en una cábeza de mármol emporitana conservada en el Museo de Girona de tamaño algo menor del natural, v. Bosch Gimpera 1937, Fig. 10; cit. Marcet y Sanmartí 1989, 87. Sobre la iconografía del dios se verá ahora el LIMC, VII, 1994 s.v. Poseidon.

(18) Nauman, Kantar 1950, v. fot. en Akurgal 1986, lams. 49-50.

(19) Seguimos las denominaciones de Puig i Cadafalch 1912.

(20) Cf. Edelstein, E.J. y L., 1945. La atribución emporitana, sin refrendo epigráfico o textual, es una simple propuesta a falta de datos más concretos.

(21) Mar y Ruiz de Arbulo 1993, 178-179.

(22) Este capítulo aparece también incluido en nuestro trabajo dedicado al gimnasio (Ruiz de Arbulo en prensa). Pedimos perdón al lector por esta repetición pero se trata de un argumento vital para la comprensión de ambos artículos y de esta forma se facilita su lectura independiente.

(23) Almagro 1952 (IAGIL), 18-19 y 89-90; IRC III, num. 15.

(24) Fita 1883, CIL II, 6185.

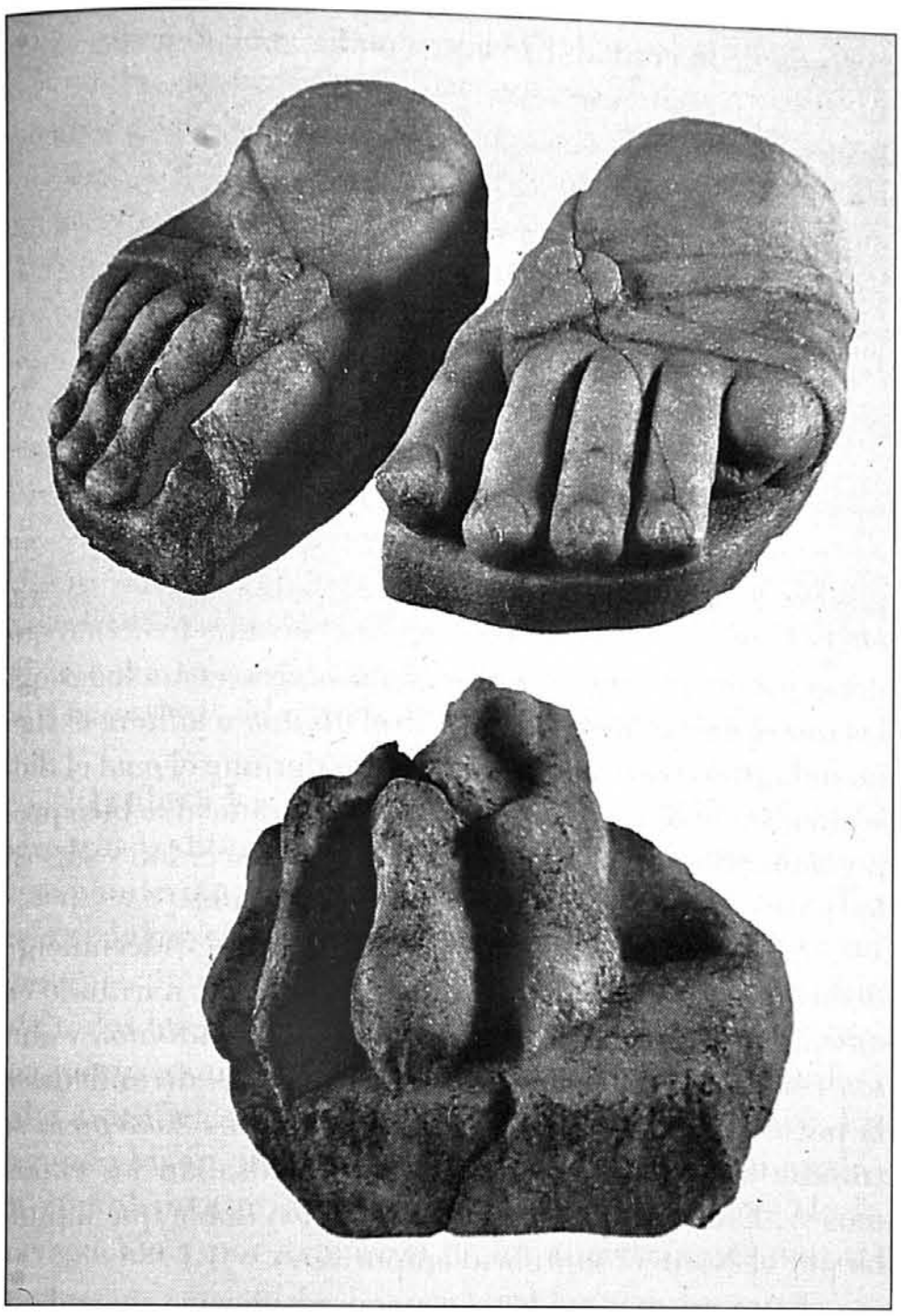


Fig. 5.- Pies y garra puestos en relacion por E. Sanmartí(1992 b) como parte de una estatua sedente de Serapis (MME. foto extraída de M.Mayer -ed-, *Roma a Catalunya*, Barcelona. 1992)

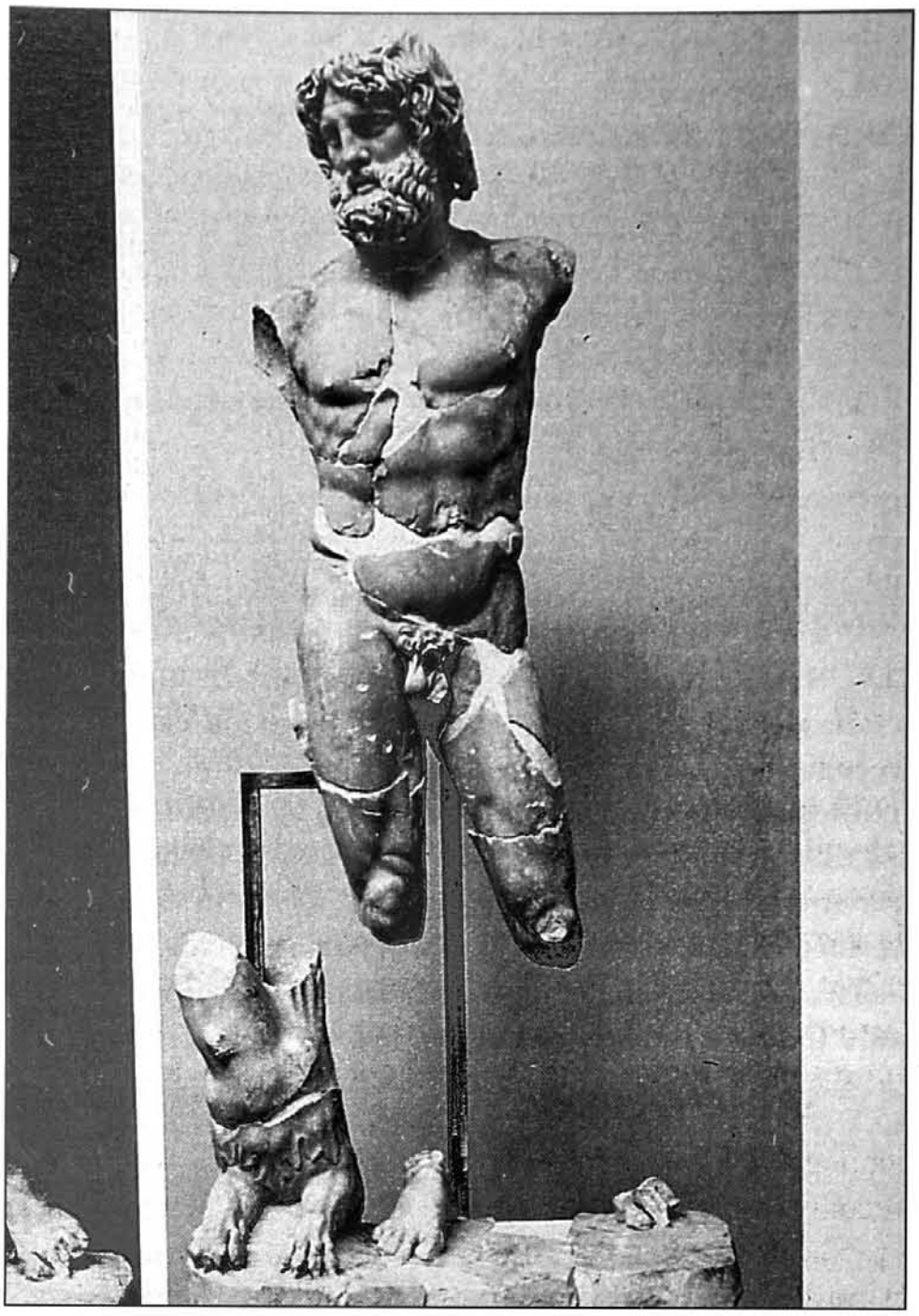


Fig.6.- Estatua de Poseidón de la Glyptoteca Ny Calsberg de Copenhage acompañado de un tritón (de Moltensen 1990).

po de comenzar las excavaciones de la Neápolis y son citados ambos en los Diarios de E. Gandía. Almagro cita en su ficha de las *IAGIL* que fueron hallados "el 29 de octubre de 1908, la parte mayor entre las tierras bastante superficiales a los lados del emplazamiento del citado templo de Zeus Serapis...seguramente se halló a la vez o próximo el pequeño...Es la lápida que simplemente citan Cazurro y Gandía al describir un corte estratigráfico de la muralla Sur...[25]". Esta afirmación ha condicionado toda la investigación posterior, permitiendo mantener como correcta y refrendada epigráficamente la atribución inicial propuesta por Puig i Cadafalch en 1912[26]. Sin embargo, nuestra revisión en 1984 de los Diarios de Gandía nos ha mostrado que esta referencia de Almagro es errónea.

Al narrar la primera campaña de excavaciones de la Junta de Museus en Ampurias, en el año 1908, Gandía cita en su diario (1908-1, 132) el hallazgo en el exterior de la puerta de entrada a la Neapolis, del fragmento inferior de la lápida (*c*) con letras *NIOΨ / PEΨΣ / BEΣE*. Por último, el fragmento *b*, de mayor tamaño, atestiguando el carácter bilingüe del texto y permitiendo la unión de los dos fragmentos anteriores no apareció en el área del templo de Zeus Serapis como afirma Almagro. El diario de Gandía es explícito al describir la aparición de un fragmento de lápida grecolatina en mármol gris en el suelo inferior de una cisterna situada "junto a la muralla griega"[27]. El día anterior habían ya aparecido en la misma cisterna dos jarros de bronce, hierros y "cerámica saguntina" (terra sigillata)[28]. En 1908, las únicas cisternas excavadas eran la gran cisterna de tres arcos del *Asklepieion* y la cisterna de un arco situada inmediatamente al Norte, junto a la llamada "Torre Atalaya"[29]. La descripción de Gandía no deja lugar a dudas: la lápida apareció en esta segunda cisterna, junto a la muralla Oeste de la Neápolis, inmediata al santuario que venimos describiendo.

Si nos atenemos de forma estricta a los hallazgos arqueológicos vemos que disponemos de un documento epigráfico que nos recuerda *en este sector* la construcción, reforma o añadido de un templo, estatuas y pórtico dedicado a Isis y Serapis, epígrafe complementado con los hallazgos estatuarios antes descritos. Estamos pues obligados a valorar de forma conjunta todas las evidencias.

ASKLEPIOS, ISIS Y SERAPIS.

En nuestra tesis doctoral de 1985 veíamos como los restos conservados en este recinto cuadraban bien con un

(25) IAGIL, num. 2, p. 19.
(26) Seguida en todas las síntesis posteriores de García y Bellido 1956 y 1967, Vidman 1969 (SIRIS), Wild 1984 y Fabre, Mayer y Rodà (IRC III).
(27) Diario de Gandía 1908-2,24. *día 29 de octubre*. Cf. Mar y Ruiz de Arbulo 1993, 61.
(28) Diario de Gandía 1908-2, 21-22. *día 28 de octubre*
(29) Ver planta en Puig i Cadafalch 1908

santuario curativo dedicado a Asklepios[30]. La primera característica radica en el propio origen sacro del lugar: un enclave suburbano nacido en torno a un pozo de 13 m. que buscaría, como otros pozos vecinos, el manto freático existente bajo la colina emporitana por encima del nivel marino. No en vano un elemento común a los santuarios curativos helénicos fue la asociación agua/ gruta/ serpiente/ oráculo. Asklepios, como dios ctónico, debía siempre expresarse desde las profundidades. No obstante recordemos que ignoramos que divinidades eran veneradas en la primera fase del santuario suburbano de culto poliado y que Asklepios tan sólo se incorporaría al culto en una fecha posterior.

En la gran transformación arquitectónica del siglo II a.C. el pozo quedó incluido en la *pronaos* del templo P, adecuándose en su parte superior una pequeña cisterna que recogía el agua de lluvia (Gandía 1909, 29 de nov.), probablemente porque el caudal del pozo ya no era suficiente. Al mismo tiempo, la reforma del santuario incluyó bajo la pavimentación de la plaza la construcción de la gran cisterna alargada de tres arcos que recogía el agua del pórtico norte. De esta cisterna partía un sumidero que alimentaba una fuente situada en el exterior del santuario, junto a la

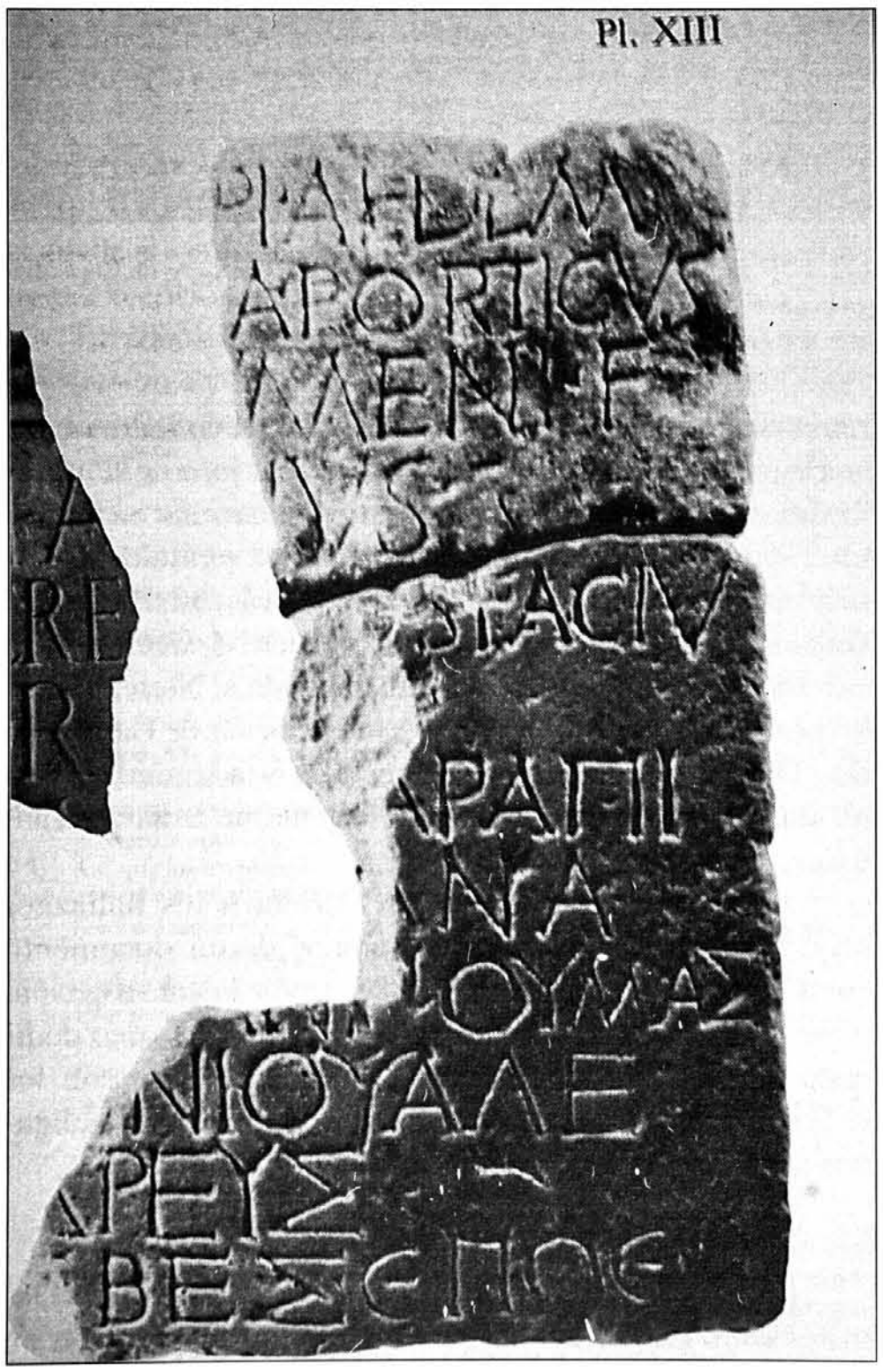


Fig.7.- Epigrafe grecolatino del alejandrino Numas, roto en tres fragmentos y restituido por M. Mayer e I. Rodà (de IRC III 1991, pl. XIII).

(30) Mar y Ruiz de Arbulo 1993, 171-183.

entrada de la ciudad. El viajero podía aliviar en ella su sed y refrescarse con una agua sacra mediante la cual la ciudad recibía al visitante. El devoto podía realizar en ella las abluciones previas al acceso al *témenos* por la escalera anexa.

Ya en el interior del santuario, el devoto debía realizar la ablución o aspersión que precedía al sacrificio en el altar, requisito imprescindible para comunicarse con la divinidad. Para ello se disponía una vez más del agua recogida en el interior de la gran cisterna, accesible por bocas de pozos.

Si estos dos ritos son de alguna forma comunes para todos los santuarios, el ritual de la incubación (*incubatio*) en los *Asklepieia* precisaba de una tercera prueba: el cumplimiento de ritos específicos que asegurasen la mentalización del devoto y lo preparasen para el contacto divino que debía producirse durante el sueño nocturno en un lugar que las inscripciones describen como el *abaton o aditon*; el sueño milagroso realizado por el devoto durante el cual el dios se manifestaba, bien logrando una cura radical, o bien proporcionando pautas que permitían a los sacerdotes sugerir los pasos necesarios destinados a su curación.

El devoto testimoniaba entonces su agradecimiento dedicando un ex-voto o, como en Epidauro, narrando en un epígrafe su curación. Aunque los términos *abaton* y *aditon* corresponden en los santuarios de otras divinidades a la parte más sagrada de los templos, en los *Asklepieia* se trataba de simples pórticos donde reposaban los enfermos[31]. Esta sería la función del pórtico doble que limitaba por el Norte el santuario emporitano.

Estas mismas evidencias pueden aplicarse sin embargo a un santuario dedicado a las divinidades egipcias donde se practicaban identicos ritos curativos. En el trabajo sobre la Ampurias romana antes citado nos hemos ocupado ya brevemente de explicar el origen de ambos cultos y su difusión. Ahora nos interesa remarcar que sincretismos pueden surgir para considerar ambos ciclos integrados en un mismo santuario.

La asociación resulta diáfana y en realidad ya se ha tenido en cuenta para explicar la proximidad de ambos santuarios emporitanos en la interpretación tradicional de los mismos[32]. El culto de Isis y Serapis se popularizó en época helenística desde el Egipto dominado por Ptolomeo Soter, como una hábil mezcla de tradiciones egipcias reinterpretadas para servir a las nuevas necesidades políticas. Desde Alejandría, al ciclo milenario de Isis y Osiris se unió la figura de un nuevo dios ctónico, sanador y oracular, creado segun Plutarco y Clemente de Alejandría por directa inspiración del monarca que habría mandado transportar desde Sínope una estatua monumental de Hades a la que se habría dado una nueva atribución.[33]

(31) Edelstein J. y L. 1945, 145 y ss; Graf 1993, 186-88 y 200-201.

(32) García y Bellido 1956; 1967. En ultimo lugar Padró y Sanmartí 1993, con interpretación de la primera fase del supuesto Serapicion como un *abaton* ligado al santuario de Asklepios. En Ruiz de Arbulo en prensa exponemos las razones que nos llevan a una diferente interpretación de ambos recintos. Como mencionamos anteriormente el supuesto Serapicion es para nosotros un gimnasio más tarde transformado en templo de culto imperial.

(33) Origen de Serapis: Stambaugh 1972; El culto de Isis y Serapis puede estudiarse de forma cómoda y amplia gracias a la recopilación epigráfica de Vidman (SIRIS); el estudio global de Dunand 1973 (3 vols.) y el catálogo de Wild 1984 sobre la arquitectura de sus santuarios. Para Isis (y Serapis) en el Egipto ptolemaico v. Dunand 1973, vol. I. Su iconografía es ahora comodamente consultable en el *LIMC*, vol. V, 1990 s.v. Isis y vol. VII, 1994, s.v. Sarapis.



Fig. 8.- Vista del santuario. En primer término, cisterna donde apareció el fragmento b. del epígrafe de Numas (foto autor, 1982).



Fig.9.- Vista del depósito de ánforas (foto autor, 1993).

El culto a Isis precedió a Serapis en su expansión(34), pero tras la difusión de este último ambos se asociarían y se expanderían desde dos ópticas complementarias. En primer lugar como pareja regidora del destino vital: un concepto universal de diosa, la "gran señora" adorada por todos los pueblos mediterráneos bajo una u otra forma, junto a un dios oracular y sanador que se manifestaba a sus fieles siguiendo el ritual de la *incubatio*(35). En segundo lugar, ambos actuaron también desde una esfera complementaria como los dioses protectores de la navegación y por extensión de los comerciantes marítimos.

Sin duda esta segunda opción es la que explica su rápida dispersión por los puertos mediterráneos: Atenas, Eretria, Tesalónica, costa jonia, Delos e islas del Egeo, Levante, Africa o Campania(36). No en vano, durante toda la Antigüedad, la fiesta del "barco de Isis" (*Ploiaphesia* o *Navigium Isidis*) señalaba el 5 de marzo el inicio de la época de navegación(37).

Los sincretismos tradicionales contemplan en Isis la imagen egipcia del ciclo agrario de muerte y resurrección (ligado a las actividades de siembra y cosecha) que representan en el mundo helénico las también "grandes diosas" Demeter y Koré; mientras que Serapis como dios subterráneo sería Hades. Las variantes sin embargo amplían de forma considerable esta imagen. Nos interesa detenernos aquí en la variante "salutífera" o "salvadora" que convierte a Isis y Serapis bajo los epítetos de *Soteira* y *Soter*, en dioses sanadores.(38)

Aparentemente las devociones a Asklepios e Isis y Serapis actuaron desde ópticas diferenciadas. Serapis no aparece de forma explícita y abundante en Epidauro, Pérgamo u otros *Asklepieia* celebres, mientras que Asklepios no dejó huellas evidentes (con excepción del egipcio Imuthes) en el Egipto helenizado(39). Sin embargo, es evidente que ambos ciclos curativos alcanzaron un rápido auge de forma coetánea, en el siglo II a.C., y que más tarde, ya en época imperial avanzada, formaron parte de un ciclo común. Elio Aristides (*Orat.*, 26, 105) se manifiesta devoto común de ambos al afirmar: "es ahora cuando los graciosos favores de Asklepios y de los dioses egipcios han sido plenamente concedidos a la humanidad". Un repaso a la documentación epigráfica muestra como las asociaciones entre ambos cultos resultan sino numerosas, sí frecuentes.

En Melos, una placa-exvoto con figuras de pie y oreja (simbolizando la aparición y escucha de la divinidad) menciona probablemente a Serapis, Isis e Higea(40). Otra lápida de Melos une a Serapis con los asklepiadas Paion y Panacea(41). Vidman recuerda para este último epígrafe su aparición en el mismo lugar de una estatua de Asklepios.(42)

---

(34) Un decreto del Pireo del 333 a.C. (SIRIS 1) autorizaba a los mercaderes de Kition a levantar un templo a la Afrodita chipriota recordando que los mercaderes egipcios ya habían recibido idéntica autorización para levantar un templo a Isis. Una asociación de Serapiastas se documenta en Atenas en el siglo III a.C. (SIRIS 2), probablemente por influencia directa de Ptolomeo Filadelfo y su mujer Arsinoe. De fines del III a.C. es ya una dedicatoria conjunta a Isis, Serapis, Anubis y Arpócrates (SIRIS 3), cf. Dunand 1973-II, 1-21. Más adelante nos referiremos al *Isieion* levantado en las faldas de la Acropolis inmediato al *Asklepieion*. En Eretria, Isis es recordada por "los egipcios" en los inicios del siglo III a.C. (SIRIS 73), pero a su *Iseon* pronto se asociaría Serapis en un culto colegial que alcanzó rapidamente una gran popularidad (Dunand 1973-II, 21 y ss; Bruneau 1975. Tambien en Delos el primer epígrafe conocido de inicios del siglo III a.C. es un altar dedicado a Isis por una mujer con nombre egipcio, Taessa, lo que testimonia la presencia de un primer *Isieion*. En torno al 220 a.C. se levantaría un *Serapieion* (A) independiente del que conocemos por un epígrafe todos los detalles de su introducción (SIRIS 63). Sería obra del sacerdote Apolonios, cuyo abuelo, sacerdote egipcio, habría llegado a Delos con la estatua y los objetos de culto del dios. Al cabo de poco tiempo surgirían dos nuevos *Serapieia* (B y C) ya activos a fines del siglo III a.C. (Bruneau 1970; Dunand 1973-II, 85 y ss.)

(35) Estudio monográfico en Dunand 1973; v. tambien Burckert 1987.

(36) Para Oriente v. Dunand 1973; para Campania v. Tran Tam Tinh 1972.

(37) Las *ploiaphesia*, características de la época imperial romana, se celebraban ya en Eretria en el siglo I a.C. como recuerda el título de navarca (*navarchein*) que ostentaba el romano T. Septimius Ptolemaios (SIRIS 82) y la lista de 95 nombres de otros fieles, hombres y mujeres, que habían ejercido la misma funcion (ver ésta y otra documentacion en Dunand 1973-III, 223-230). Una plástica descripción de la ceremonia vigente en el siglo II d. C. se encuentra en Apuleyo, *Met.*, XI, 5. Por su parte Elio Aristides salvado por Serapis durante una tempestad, lo recuerda como "el dios que despeja los cielos, apacigua los vientos, envía la luz a los marinos sacudidos por las olas y conduce los navíos a puerto" (Ae.Arist. *In Serapidem*, 33, cit. Tran Tam Tinh 1972, 21). Isis, bajo los epitetos de *Pharia*, numen del faro de Alejandría y *Pelagia*, dueña de los mares, acompaña a Serapis sobre proas de barcos en numerosas lucernas, entallos o exvotos votivos (Tran Tam Tinh, *ibid.*).

(38) Dunand 1973-III, 258-261.

(39) Stewart 1984.

(40) SIRIS 143: —-z / -[Sara]pi / [kai Isi k]ai Y[ge]ia / [E]uchu. La restitucion no es del todo segura, dadas las lagunas.

(41) SIRIS 144: Paihoui kai / Panak[eia-- / Sar]api. PEYS / TWN---SRW

(42) La situación en Melos, planteada por Dunand 1973.III.259, nos resulta indicativa: "La fonction guerisseuse des dieux egiptiens est sans doute a l'origine du culte qui leur etait rendu a Melos: mais on ne peut savoir si le culte etait practiqué dans un sanctuaire qui leur fut propre ou s'ils étaient associes avec dieux guerisseurs grecs dans un temple que pouvait etre un Asklepieion"

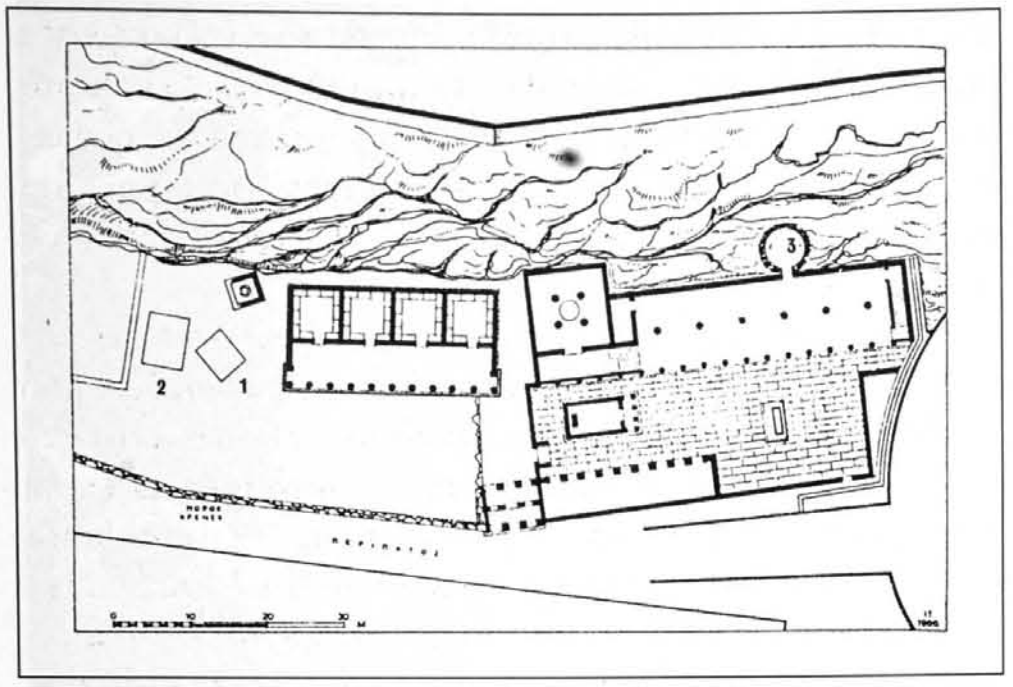


Fig.10 - Planta del *Asklepieion* ateniense (derecha) y del *temenos* adyacente de Isis (1) y Themis (2), situados en el flanco de la acrópolis, sobre el teatro de Dyonisos. Ver detrás del pórtico utilizado como *abaton*, la sala tallada en la roca (3) con dispositivo hidráulico (de Lauter 1986).

En Atenas, un pequeño *Isieion* fue levantado en las faldas de la Acrópolis junto al *temenos* de Asklepios, en época tardohelenística. Ya funcionaba a mediados del siglo I a.C. cuando se levantó en el mismo una ancha basa de mármol de Himeto con estatuas de Hermes, Afrodita, Pan, las Ninfas e Isis(43). El paralelo ateniense resulta importante para la asociación de cultos vigente en el santuario emporitano. En primer lugar, la epigrafía del *Isieion* ateniense atestigua en este sentido la presencia de esculturas significativas. En el siglo II d.C., el epígrafe SIRIS 17 recuerda la consagración en el *Isieion* de una estatua de Asklepios. En segundo lugar, aunque el *temenos* de Asklepios aparece en Atenas claramente definido, su gran propilón de acceso es compartido con los vecinos templos de Isis y Themis, atestiguando claramente la relación existente entre ambos cultos(44).

Pausanias documenta la asociación de los dioses curativos egipcios y griegos en la propia Epidauro y en Boiai de Laconia. En Epidauro, el viajero dice ver una capilla dedicada a Higea, Asklepios y Apolo "con sus nombres egipcios". En Boiai, menciona como las *naoi* de Serapis e Isis están junto a la de Asklepios. En el puerto de Egira, (Achaia), estatuas marmóreas de Serapis, Isis y Asklepios se situaban juntas en el templo de Apolo. La asociación entre ambos cultos existente en el Peloponeso durante la época imperial se corrobora en Mantinea, donde los sacerdotes de Asklepios participaban en las cenas isíacas(45).

La vertiente sanadora de Isis está ya presente en la Delos republicana. Los inventarios de la isla citan entre las ofrendas a la diosa la presencia de exvotos anatómicos(46). Por su parte, tanto el culto de Isis como el del ciclo de Asklepios están presentes en el gran santuario de Apolo en Cirene. Entre las reformas realizadas en este santuario en la segunda mitad del siglo IV a.C. se detecta la construcción de un pequeño *Isieion* en forma de templete *in antis* en el que la diosa era venerada en su vertiente salutífera(47).

(43) SIRIS 7, sobre esta asociación de divinidades v. Dunand 1973-II;
(44) Excavaciones en el Isieion: Walker 1979; sintesis en Wild 1984, 1839-140. Planta conjunta en Lauter 1986, 2b.
(45) SIRIS 44. Todos los ejemplos han sido extraídos de Dunand 1973-II y III.
(46) Roussel num. 124, cit en Dunand 1973, III, 259.
(47) Ensoli 1992,178 y ss, espec. 190



Fig. 11.- Vista del tercer templo, de mayores dimensiones, unido a los templos M y P (foto autor, 1982)

En el mismo momento tambien eran veneradas en el interior del recinto las hijas de Asklepios, como atestigua un altar dedicado a Hécate, Hygea, Panacea y Herakles(48).

La asociación es por lo demás característica de la época imperial romana. En el *Asklepieion* de Lebena, en Creta, un epígrafe datable en época tardía (s. III-IV d.C.) se dedicó conjuntamente a los dioses Serapis y Asklepios(49). Con idéntica fecha, una estela de Leptis Magna con texto consagrado a Esculapio muestra sin embargo como imágenes la serpiente *agathos daimon* y el busto de Serapis(50). El ejemplo más esclarecedor procede de *Legio VII*, en la propia Hispania. Se trata de una estela reutilizada en la muralla de la ciudad dedicada conjuntamente a *Esculapius*,

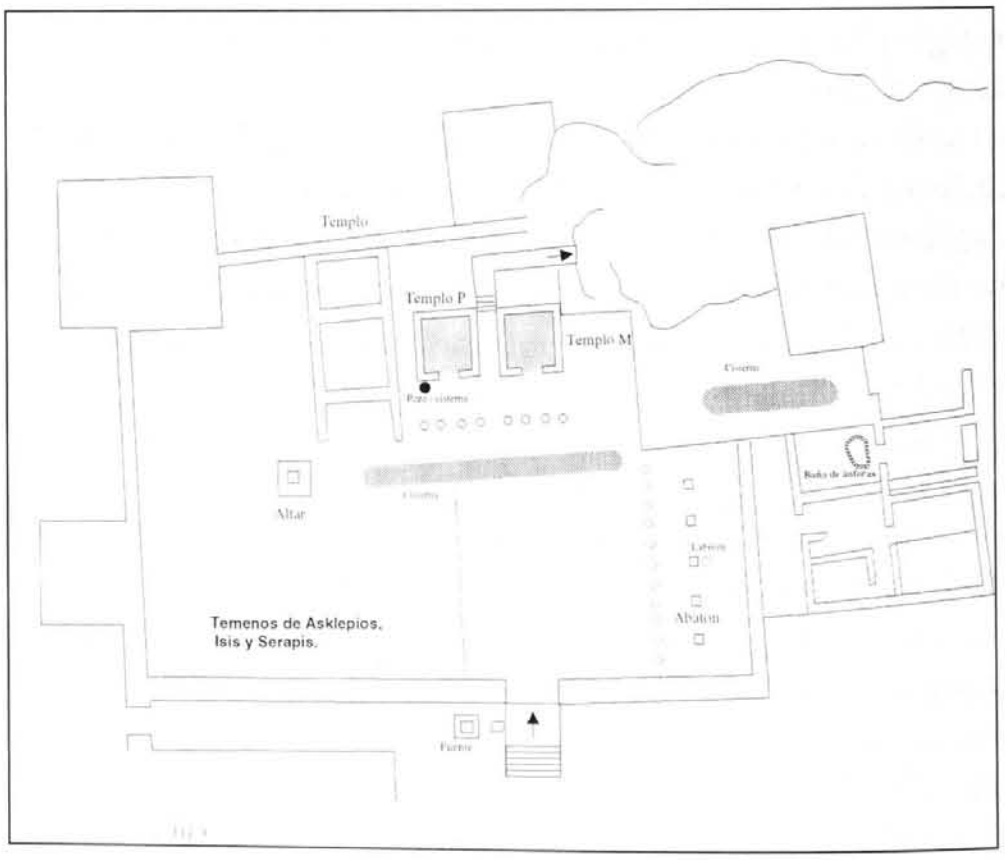


Fig.12 - Restitución del santuario en el siglo I a.C.

Salus (la Hygea latina), *Serapis* e *Isis* por dos importantes miembros de la *gens* Cassia a fines del II d.C.(51). En Kale-

(48) Parisi 1992, 148-149, fig. II.2; tambien 157 y ss. Asklepios (o Iatros) y Iaso poseyeron tambien un edificio de culto reconstruido en época de Néron.
(49) SIRIS 161
(50) Ciotti 1945, cit. en Nieto 1972, fig. 3.
(51) *Aesculapio/ Saluti/ Serapi Isidi/ L. Cassius Paullus/ Augustanus Alpinus/ Bellicius Soller/ et M. Cassius Agrippa/ Sanctus Paullinus/ Augustanus Alpinus*. "A Esculapio, a la Salud, a Serapis, a Isis (dedican este ara) L. Cassius Paullus Augustanus Alpinus Bellicius Soller y M. Cassius Agrippa Sanctus Paulinus Augustanus Alpinus" SIRIS 769 a; Rabanal 1982, 176.

cik (Galatia) un nuevo epígrafe de época imperial identifica a Isis con Hygea[52].

La conclusión de este elenco se impone. Si la similitud de cultos había permitido hasta ahora entender la proximidad entre los dos santuarios de Asklepios y Serapis, los datos arqueológicos sobre los lugares de hallazgo de estatuas y epígrafe, prueban que ambos cultos debieron coexistir en un mismo *témenos*. Como acabamos de ver, esta posibilidad queda confirmada por asociaciones e incluso sincretismos documentados en un amplio espectro espacial y cronológico.

EL BAÑO DE ANFORAS

Queremos ahora referirnos a un curioso elemento aparecido en 1909 en una de las habitaciones anexas a la parte Norte del santuario. Se trata de un depósito formado por un círculo de ánforas púnicas Mañá D, situadas en posición vertical y unidas entre sí con argamasa. Restaurado *in situ*, este depósito es un elemento característico de la visita turística a las ruinas, pero prácticamente no existen referencias bibliográficas sobre el mismo[53].

El círculo de ánforas se inserta en el interior de una habitación contigua al muro de cierre del pórtico que limita el lado Norte del santuario de Asklepios. La habitación se adosa al muro de aterrazamiento de una serie confusa de estructuras en torno a la llamada "torre atalaya", un bastión que ocupa el punto más alto de la carena sobre la que se situó la muralla Oeste de la Neapolis. Sobre la habitación se sitúa la cisterna de dos departamentos, accesible desde el recinto de Asklepios por un pasillo situado entre los templos M y P y donde apareció el fragmento de lápida antes citado.

El depósito estaba formado por un total de veintitrés ánforas púnicas de tipo Mañá D (veintiuna en la presentación actual). Son, como sabemos, ánforas cilíndricas, destinadas probablemente a contener salazones, producidas en las costas del Africa púnica en los siglos IV-III a.C.[54]. En Emporion, las ánforas eran a menudo reutilizadas para realizar canalizaciones, sumideros y filtros de entrada de agua a las cisternas domésticas[55]. También en Pompeya se documenta ampliamente la reutilización de ánforas como bajantes de agua o desagües de servicios situados en plantas superiores. No obstante, el depósito emporitano no fue realizado con ánforas de un modo casual o por abaratar su costo. Su característica más significativa es que todas las ánforas que lo componen fueron utilizadas como filtros de entrada al mismo, ya que disponen de los agujeros característicos para tal fin recortados con forma circular en el tercio inferior de los envases.

Debemos por tanto suponer que el llenado de este depósito se efectuaba de una forma sutil y compleja por medio de las ánforas que formaban su perímetro. Si tenemos además en cuenta que el depósito no está enterrado sino realzado sobre el pavimento circundante podemos concluir que nos encontramos ante una extraña pila de baño o abluciones. El agua debía ser traída desde el exterior, lógicamente desde la cisterna de dos departamentos situada justo encima de la habitación. Todas estas características y lo insólito de esta instalación nos llevan a relacionar su presencia con el inmediato santuario.

En su magnífico libro sobre el baño en la antigüedad griega, R. Ginouvés llamaría la atención sobre instalaciones de baño que aparecen en los *Asklepieia* dispuestas junto a los pórticos/dormitorio. En Corinto, el pórtico que servía de *abaton* limitaba inicialmente con una sala tallada en la roca provista de un profundo estanque. Este dispositivo, que intentaba recrear una gruta natural con manantial, fue sustituido en el siglo III a.C. por una fuente al aire libre[56]. En el *Asklepieion* ateniense, el pórtico destinado a *abaton*, limitaba con una pieza circular interior de 5 m. de diametro, tallada en la roca, con cubierta de cúpula y la entrada limitada por un cancel. En esta sala manaba el agua por un conducto que rodeaba el local. Si se cerraba el conducto de salida, la sala se transformaba en un estanque[57]. Un dispositivo semejante existía también en Epidauro y en Gortys de Arcadia, el agua llegaba a una fuente de depósito exterior después de atravesar canalizada el *abaton*[58] .

La necesidad del baño o aspersión ritual antes de la *incubatio* adquiría un carácter más sofisticado y escenográfico en el gran *Asklepieion* de Pérgamo. Aquí, la gran *tholos* provista de subterráneo situada en una esquina del recinto, comunica con la fuente sagrada del santuario por medio de un pasillo subterráneo que atraviesa el patio central. Esta fuente es un pequeño estanque situado a un nivel inferior al que se accedía por una escalera descendente. Bajo el piso del pasillo, el agua era transportada por conductos en dirección al subterráneo de la *tholos*, identificable con el *abaton* del santuario[59].

Estos ejemplos debían pues responder a una necesidad común: "*ainsi est-on conduit à supposer que le bain preparatoire à l'incubation pouvait prendre plusieurs formes: avant de passer dans le portique pour s'y coucher, on devait se laver à des fontaines d'un type qui parait assez stable, les fontaines à bassin, dont les dimensions ne permettaient guere le bain par immersion, et ou l'eau devait*

---

(52) SIRIS 337

(53) La única cita que recordamos es una breve mención de Cintas (1976-II.86-87 y lám. LIV) que al describir construcciones de Utica y Cartago realizadas con ánforas (muros, pozos, etc) recuerda este "círculo de ánforas" emporitano, reconociendo no entender su uso pero recordando las *gourbis* tunecinas, pequeñas chozas con techo de cañizo y paredes realizadas con vasijas unidas con tierra. Es evidente sin embargo que esta funcionalidad nada tiene que ver con el dispositivo emporitano, enmarcado por la arquitectura de un medio urbano.
Este conjunto de ánforas apareció durante la segunda campaña de excavaciones de la Junta de Museos en Ampurias, entre las construcciones situadas junto a la muralla oeste de la Neápolis. E. Gandía, responsable de los trabajos, recoge en su Diario el hallazgo de la estructura el 2 de junio de 1909 realizando una breve descripción de la misma como un conjunto circular de ánforas unidas con hormigón. Su posición quedaría reflejada en una planta incluida en el primer informe de excavaciones de Puig i Cadafalch (1909).

(54) Cintas 1950, n. 315; Ramon 1981, 12 y *passim*

(55) Mar, Ruiz de Arbulo 1993, plano: casas 42,57 y 83; filtro de entrada en casa 78.

(56) Roebuck 1951; Ginouvés 1962, 352 y fig. 137; Lang 1977

(57) Martin y Metzger 1949; Ginouvés 1962, 354; Aleshire 1989

(58) Ginouvés 1962, 353-54 y fig. 139

(59) Ginouvés 1962, 354-55; Radt 1988.

etre puisee pour des ablutions plus ou moins importantes"[60].

En Emporion, la cisterna de dos departamentos situada sobre el porticado y el depósito de ánforas emplazado detrás del mismo deberían formar parte de un dispositivo común: un estanque o baño donde el devoto pudiera realizar la purificación preliminar a la *incubatio*. Por sus características, no parece que los devotos llegaran a introducirse totalmente en el receptáculo formado por las ánforas. El acceso sería francamente incómodo y los bordes se erosionarían con facilidad. Más bien, como en el resto de casos mencionados, parece tratarse de un depósito sacralizado, llenado con ritos específicos cuya escenografía sirviese de iniciación purificadora al devoto, y en torno al cual pudieran realizarse las abluciones.

¿UN BAÑO CURATIVO?

Por tener en cuenta todas las posibilidades, no podemos desdeñar en esta instalación otros usos algo más sofisticados. Aunque, como hemos mencionado anteriormente, los enfermos/devotos confiaron siempre ciegamente en los poderes divinos, los colegios sacerdotales encontraron en su experiencia cotidiana la solución de buen número de problemas. Lentamente, el razonamiento científico de tipo médico impulsado desde la escuela de Kos complementaría los meros rituales supersticiosos. Algunos *Asklepieia* fueron incorporando a sus instalaciones dispositivos de hidroterapia. Nuevos recursos terapéuticos basados en la dieta, remedios naturistas o farmacéuticos, ejercicios y baños termales, unidos a las propiedades minerales de determinadas surgentes sustituyeron a los milagros y a los "intérpretes de sueños" en los remedios de curación[61].

Una sala de baños (*balneion*) es mencionada en Epidauro en los siglos IV-III a.C. y en época romana las termas invadirían el santuario[62]. En el *Asklepieion* de Gortys de Arcadia ha podido estudiarse una de las pocas instalaciones conocidas de baño termal helénico (s. IV a.C.) con sala para baño de vapor y estancia con bañeras llenadas con agua caliente[63]. Una inscripción del siglo II a.C. grabada en el *abaton* del *Asklepieion* de Lebena en Creta menciona entre distinto instrumental quirúrgico, 5 cubas (*skaphai*), destinadas a las abluciones de los enfermos[64]. En el *Asklepieion* de Kos, C. Stertinius Xenophon incorporaría en los inicios de la dominación romana una nueva fuente, depósitos y una fila de bañeras y cuvas destinadas a baños minerales procedentes de la cercana surgente de Kokkinero[65]. En Corinto, el *Asklepieion* incluía en torno al patio porticado grandes depósitos y un conjunto de 4 baños individuales[66].

El depósito de ánforas emporitano pudo quizás inscribirse en esta trayectoria de ritos específicos que caracterizaban la vida cotidiana de cada santuario y cuyos detalles desgraciadamente ignoramos. Su forma y características peculiares no pueden ser casuales. Con el agua procedente de la cisterna superior, una pila labrada o un pequeño depósito formado por canceles podía haber realizado la misma función de forma más simple. La utilización voluntaria para conformar el depósito de ánforas utilizadas como filtros prueba que su llenado se complicaba voluntariamente con una escenografía que debía favorecer la sugestión del devoto. Estas consideraciones pueden efectuarse de igual forma para los rituales alejandrinos, que tenían también la *incubatio* como eje central de consulta a la divinidad[67].

Desgraciadamente, resulta imposible con los datos disponibles diferenciar ambos ritos en el recinto emporitano. Recordemos no obstante que el papel del agua en los ritos alejandrinos era fundamental. Los santuarios de Isis y Serapis debían incluir en primer lugar instalaciones relacionadas con el agua sagrada del Nilo, normalmente criptas y depósitos subterráneos[68]. Los baños de los fieles formaban parte de los rituales iniciáticos como prueban la bañera del *Isieion* de Eretria, o el baño introductorio en una termas mencionado por Apuleyo (*Met.*.XI), pero además los ritos se ampliaban al lavado cotidiano de las estatuas de culto. La sítula se convertía así en la pieza esencial del ajuar isíaco. Desgraciadamente, en ausencia de documentación epigráfica más precisa, debemos limitarnos a plantear las diversas posibilidades existentes sin poder concretar con mayor precisión.

LAS FASES DEL SANTUARIO Y LA OFRENDA DE NUMAS

Podemos intentar una explicación global para la secuencia arquitectónica evidenciada en este santuario, pero el estudio detallado de sus fases iniciales deberá ser realizado a partir de las nuevas excavaciones de los años 80 todavía parcialmente publicadas[69]. Existió en *Emporion* un primer santuario suburbano de culto poliado, levantado junto a un pozo sacro ya en el siglo V a.C., cuyas advocaciones restan todavía por definir. Los nuevos trabajos han localizado no tan sólo importantes elementos arquitectonicos de esta primera fase sino tambien exvotos de terracota representando miembros anatómicos y un conjunto de vasitos en miniatura que los excavadores datan en el siglo III a.C. y cuya publicación y posición estratigráfica resultan de gran importancia para entender la evolución del recinto sacro[70].

El santuario fue totalmente reformado a principios del siglo II a.C. y convertido en un santuario intramuros. A este nuevo santuario corresponden instalaciones (cisternas, *abaton*) correspondientes a un santuario curativo. En su última fase, a fines del siglo II o inicios del I a.C., este santuario incorporó un nuevo templo de Isis y Serapis sufragado por el alejandrino Numas. Este acto de evergetismo,

---

(60) Ginouvés 1962.355.
(61) A la bibliografía citada sobre el tema se unirán las actas del reciente congreso de París (Ginouvés, Guimier, Jonanna 1994) que no hemos podido consultar.
(62) Ginouvés 1962, 358, n. 4 y 359
(63) Ginouvés 1958
(64) Ginouvés 1962, 361
(65) Herzog y Schazmann 1932.55; Ginouvés 1962.360 y 370.
(66) Roebuck 1951, 99-102; Ginouvés 1962, 359.
(67) Dunand 1973
(68) Wild 1983
(69) v. nota 5.
(70) Conjunto de vasitos votivos: Marcet y Sanmartí 1989, 90. Materiales expuestos en el MMF.

mencionando la introducción como imágenes de culto de *xoana o simulacra*, es decir estatuas de madera de probable factura egipcia, recuerda en cierta forma la introducción del culto en Delos e implica necesariamente la llegada con ellas como mínimo de un sacerdote que presidiera el culto. Ahora bien ¿por qué un alejandrino dedicó un templo en *Emporion* a sus divinidades nacionales? Existen varias respuestas posibles.

En primer lugar pudo tratarse del exvoto de navegación de un particular. Un rico *negotiator* que temió por su vida durante una travesía peligrosa y a su llegada a puerto mostró su agradecimiento con una importante donación hacia los dioses patronos y protectores de la navegación. Otra posibilidad radica en imaginar que esta ofrenda persiguiera un objetivo más amplio: la fundación de un colegio aglutinante de la actividad comercial en *Emporion* de otros *negotiatores* alejandrinos u orientales. Recordemos que la actividad colegial de los negociantes marítimos instalados en puertos extranjeros es característica del helenismo tardío. En la Delos del siglo II a.C., convertida por Roma en puerto franco y principal mercado de esclavos del Egeo, los hombres de negocios amparaban sus afinidades étnicas o comerciales bajo fórmulas colegiales religiosas de advocaciones variadas: Poseidoniastas, Hermaistas, Herakleiastas, etc.[71] Sus sedes actuaban no tan sólo como santuarios sino también como residencias, bancos y lonjas de contratación[72]. Desgraciadamente queda fuera de lugar con la escasa documentación escrita disponible profundizar en estas cuestiones.

En último término, y fuera cual fuese el motivo que originó su construcción, es evidente por las instalaciones conservadas que este santuario actuaría ante todo como un sanatorio al que acudían enfermos o indigentes en busca de remedio, cobijo o protección, amparados en las actividades cotidianas que caracterizaban el ritual de los santuarios egipcios.

En conclusión, el recinto sacro situado al Oeste de la puerta de entrada a la Neápolis emporitana fue en el siglo I a.C. un santuario curativo de culto poliado, resultado final de una historia larga y compleja, en el cual se integraban por igual y con matices de difícil definición los cultos de Asklepios, Isis y Serapis.

Addenda 30-4-95.

Redactado ya este trabajo, hemos escuchado en la *II Reunión de Escultura Romana en Hispania* (Tarragona, 30/III-1/IV, 1995) un nuevo estudio de Stephan F. Schröder titulado "El 'Asclepio' de Ampurias ¿Una estatua de Agathos Daimon del 130-120 aC?". El autor ha tenido la gentileza de dejarnos consultar su manuscrito original en el que razona los convincentes criterios iconográficos y estilísticos que le llevan a proponer un cambio en la cronología e identificación de la gran estatua drapeada, portadora no de un báculo sino de una cornucopia y siendo la serpiente (diferencia de mármol, ausencia de lugar en el plinto) un elemento independiente.

El lector confrontará por tanto esta nueva hipótesis con los argumentos esgrimidos en nuestro trabajo. Aunque la interpretación general de la ultima fase del santuario no resulta afectada en lo esencial (templos, *ábaton*, baño, etc.), el acento queda marcado con mucho mayor énfasis en el entorno cultual de las divinidades alejandrinas.

(71) Ver por ejemplo el epígrafe CIL I.2. 2504. (113 a.C.). estela bilingüe dedicada por seis hombres libres y seis libertos *magistreis Mirquri. Apollini. Neptuni. Hercolei.* (reprod. fotog. en Gordon 1983. 13). Para la actividad comercial de romanos e itálicos en la Delos tardorepublicana v. Cassola 1971. En una fecha anterior y tambien en Delos. la lápida CIG 2271. dedicada a Patron por los Heracleiastas de Tiro. muestra las formalidades que tuvo que seguir esta asociación. desplazándose Patron a Atenas para obtener autorizacion para delimitar y consagrar un terreno. Antes de ello la asociacion se reunía en el templo de Apolo. Tomamos la cita de DA. s.v. temenos. nota 7 (S. Dorigny)

(72) Para la sede de los Poseidoniastas de Beritos v. Bruneau 1978. Datable en el 110 a.C.. el edificio incluía un peristilo dórico. con cisterna inferior. salas de almacén. gran sala de reuniones y en un lateral una estructura de culto con cuatro capillas dedicadas a Herakles/Melkart. Afrodita/Astarté. Poseidón y la Diosa Roma.

BIBLIOGRAFÍA.

- ALESHIRE. S.B. (1989): *The Athenian Asklepieion. The people, their dedications and the inventories*. Amsterdam.
ALMAGRO. M. y KUKHAN. E. (1958): El Asklepios de Ampurias, *Ampurias*, 19-20. 1 y ss.
AQUILUE. J.. MAR. R. y RUIZ DE ARBULO. J.. (1983): Arquitectura de la Neapolis ampuritana. Espacio y funcion hacia el cambio de Era, *Informació Arqueologica*. 40. 127-137.
ARGAUD. G. (1987): L´utilisation medicale de l´eau en Grece et le plan des sanctuaires d´Asclepios. *Archeologie et Medicine. VII encontres internationales d´archeologie et d´historie d´Antibes* 1986. 531-536.
BOSCH GIMPERA. P. (1937): *L´Art grec a Catalunya*. Barcelona.
(1945): *El poblamiento antiguo y la formacion de los pueblos de España*, Mexico (reed. *Paletnología de la Peninsula Iberica*. Graz. 1974).
BRUNEAU. Ph. (1970): *Recherches sur les cultes de Delos ä l´epoque hellenistique et à l´epoque romaine*, París.
(1975): *Le sanctuaire et les cultes des divinités egyptiennes à Eretrie*, Epro. 45, Leiden.
(1978): Les cultes de l´etablissement des Poseidoniastes de Berytos à Delos, *Hommages à Maarten J. Vermaseren*. I. 160-190.
BRUNEAU. Ph.. DUCAT. J.. (1966): *Guide de Delos*, París.
BURKERT.W. (1987): *Ancient Mystery Cults*, Londres.
CASSOLA. F. (1971): Romani e italici in Oriente. *DdA*. IV-V. 2-3. 305-329.
CASTIGLIONI. L. (1958): La statue de culte hellenistique du Serapieion d´Alexandrie. *Bull. du Musee national des Beaux Arts*. Budapest. 12. 17-39.
CAZURRO. M. y GANDIA. E.. (1914): La estratificacion de la ceramica en Ampurias y la epoca de sus restos. *Anuari del IEC*. 1913- , 664-686.
CINTAS. P. (1950): *Ceramique Punique*. Tunez.
(1976): *Manuel d´Archeologie punique*, París.
DA: *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines*
D´OLWER N.. (1912): Cronica de les excavacions d´Empuries. Inscripcions, *Anuari del IEC*. 1911-. 675-678.
DUNAND. F.. (1973): *Le culte d´Isis dans le bassin oriental de la Mediterranee*, vol. 1. *Le culte d´Isis et les Ptolomees*: vol. 2. *Le culte d´Isis en Grece continentale*: vol. 3. *Le culte d´Isis en Asie Mineure. Clergé et rituel des sanctuaries isiaques*. Epro. 26. Leiden.
EDELSTEIN. E.J.y L. (1945): *Asclepius. A collection and interpretation of the testimonies*. I-II. Baltimore.
FITA. F. (1883): El templo de Serapis en Ampurias. *Boletin de la RAH*. 3. 124-129.
FRISK. H. (1960): *Griechisches etymologisches Wörterbuch*. Heidelberg.
GARCIA Y BELLIDO. A. (1956): El culto a Serapis en la Peninsula Iberica. *BRAH*. 139. 293-355.
(1967): *Les religions orientales dans l´Espagne romaine*. Epro. 5. Leiden.
GINOUVES. R. (1958): *L´etablissement thermal de Gortys d´Arcadie*. París.
(1962): *Balaneutiké. Recherches sur le bain dans l´Antiquité Grecque*. París.
GINOUVES. GUIMIER. JOUANNA. (1994): *L´eau. la santé et la maladie dans le monde grec* (París 1992). BCH. suppl. 28. París.
GORDON. A.E. (1983): *Illustrated introduction to latin epigraphy*. UCAL Press.
GRAF. F. (1993): Heiligtum und Ritual. Das Beispiel der griechisch-römischen Asklepieia. AAVV. *Le Sanctuaire Grec* (Ginebra 1990). Entretiens sur l´Antiquité Classique de la fondation Hardt. Ginebra. 159-199.
HERZOG. R. y SCHAZMANN. P. (1932): *Kos.I. Das Asklepieion*, Berlín.
IAGIL: ALMAGRO. M.. (1952): *Las Inscripciones ampuritanas griegas, ibericas y latinas*. Barcelona.
IRC III: FABRE. G.. MAYER. M. RODA.I. (1991): *Inscriptions Romaines de Catalogne III. Gerone*, París.
LANG. M. (1977): *Cure and cult in ancient Corinth*. Princeton.
LAUTER. H. (1986): *Die Architektur des Hellenismus*. Darmstadt.

LA ACTIVIDAD COMERCIAL Y EL REGISTRO ARQUEOLOGICO EN LA CARTHAGO NOVA REPUBLICANA. LOS HALLAZGOS DEL AREA DEL ANFITEATRO

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 339 - 349

José Pérez Ballester

CARTHAGO NOVA EN LA HISPANIA REPUBLICANA

Tras la conquista de Qart Hadsht por Escipión en el 208, la ciudad se convertirá en un centro estratégico ahora romano de recepción y redistribución de suministros (Estr. III, 4,6). Desde el punto de vista administrativo y militar, Carthago Nova será sede de los campamentos de invierno de Escipión junto o alternativamente con Tarraco, con un *Praefectus* al frente y pasará a ser probablemente una ciudad estipendiaria (Ramallo, 1989, 44).

Los historiadores que han tratado el tema entienden que durante los primeros años inmediatos a la conquista de Hispania (206-194) Roma administró la nueva provincia con un mínimo de organización, *cum imperio* pero *sine magistratu;* la división de Hispania en Citerior y Ulterior no tuvo hasta bien entrada la 2ª mitad del s. II unos límites geográficos claros; posiblemente tuvo su origen en la primera división estratégica de un territorio controlado por dos ejércitos, al mando de los cuales deja Escipión en el 206 cuando tiene que marchar a Roma, a dos lugartenientes: M. Junio Silano y L. Marcio, uno para cada área geográfica de actuación. Por su influencia en el Senado logra después en el 205, el nombramiento de dos personajes de su confianza, que pasando por encima del *cursus honorum* fueron investidos con el *imperium* proconsular: L. Léntulo para la Hispania Citerior y L. Manlio para la Ulterior.

La llegada de Catón parece organizar algo mejor la administración de Hispania, con la institución a partir del 195 de los primeros impuestos sobre la obtención y producción de riqueza por particulares, *vectigalia*, aplicados especialmente sobre la plata, el hierro y la sal (Richardson, 1986, 90-91). Posiblemente gran parte de estos impuestos están hechos pensando en las minas cartageneras, que no habrían sido objeto de explotación sistemática desde la conquista en el 208, momento desde el cual Carthago Nova se convierte en una plaza militar y de recibo de suministros que por mar llegarían para la manutención de los ejércitos, dejando en un segundo término, o hasta la pacificación total de la zona, la explotación sistemática de las minas, como piensa C. Domergue (1990, 183-184). De hecho, por las noticias que nos facilitan las fuentes, los ingresos de oro y plata para sostener el ejército o aportado al erario de Roma en *triumphiy ovationes*, procede en estos primeros años en su mayor parte de los botines obtenidos más que de los impuestos y rendimientos de la producción, tendencia que se irá invirtiendo con el paso de los años por razones comprensibles.

No consideramos de vital importancia el tratar aquí temas como la presunta capitalidad de la Hispania Citerior, Tarraco o Carthago Nova, a la que recientemente dos investigadores han dedicado interesantes trabajos, con puntos de vista no tan diferentes como en una primera lectura podría parecer (Ruiz de Arbulo, 1992; Gimeno, 1994). Nos quedaremos con la imagen de que ambas ciudades tuvieron una gran importancia económica, que fueron las dos al menos hasta el fin de la presencia de Escipión en Hispania, sedes y campamentos de invierno del ejército, lugar donde se impartía justicia y desde donde se iniciaban campañas militares. La pronta organización en ambas ciudades de *Conventvs Civium Romanorum* o asambleas de itálicos y romanos, debieron ser claves a la hora de planificar operaciones comerciales entre itálicos e indígenas y entre estas ciudades y Roma, implicándose también en el abastecimiento a las legiones. La fuerte inmigración itálica a Hispania durante la República es un elemento más de estos procesos a tener en cuenta, pero que no vamos a analizar aquí (Knapp, 1977, 151).

Ambas ciudades serán distinguidas, ya como colonias en la 2ª mitad del s. I a.C., con el término VRBS (Gimeno,1994, 59; Ramallo *et alii*, 1992); las dos también, aunque efectivamente con más notoriedad Tarraco (véase el

Foro Provincial, junto al Imperial), jugarán a partir de Augusto un importante papel como centros de culto imperial, argumento habitualmente vinculado a la capitalidad provincial (Ruiz de Arbulo, 1992, 428 y Gimeno, 1994, 72-75); la posterior organización administrativa con Diocleciano en *Con ven tus Carthaginensis y Tarraconensis* no hacen más que confirmar esta dualidad que existió desde el principio entre las dos ciudades.

EL COMERCIO DEL VINO ITALICO Y CARTHAGO NOVA: EL REGISTRO ARQUEOLOGICO

Son cerámicas las principales categorías de objetos que nos ayudan, desde el registro arqueológico, a documentar los intercambios que se producen especialmente entre la península Itálica y Carthago Nova desde los inicios del s. II a.C. Llegan por mar: ánforas y vajilla de mesa o cocina, constituyendo el testimonio de una actividad muy concreta, la comercialización del vino itálico, del que las ánforas son sus envases y las otras cerámicas una mercancía de acompañamiento.

Sabemos, por los numerosos estudios monográficos (destacamos sólo Tchernia, 1986 y Carandini, 1989), que la aparentemente súbita exportación masiva de vino itálico a las provincias tiene detrás toda una transformación del *ager* itálico costero, con un proceso de concentración de tierras en pocas manos, la introducción de la producción esclavista de forma organizada, cambios en hábitos de consumo de alimentos y fin de una inestabilidad política interna.

Estos cambios no son repentinos; en el 218 a.C., la Lex Claudia que prohíbe ya a los senadores poseer navíos de más de 300 ánforas de capacidad, nos está mostrando dónde está la concentración de la tierra, y quien tiene ya la capacidad para comerciar; el estudio de las marcas y *tituli picti* en ánforas greco-itálicas y Dressel 1, confirman este punto (Manacorda, 1989). El aprovisionamiento de esclavos, sobre todo a partir de las campañas en Oriente, proporcionaban mano de obra barata y abundante; la llegada masiva de cereal de Sicilia y Cerdeña, permitía la dedicación de la tierra a cultivos extensivos distintos. Este hecho favoreció la paulatina sustitución de la *puls* por el pan de trigo, más barato ahora, y el vino, promocionando una fórmula alimenticia, «pan y vino», que arraigará en el Mediterráneo latino durante siglos. Junto a ello, la incipiente demanda de vino por los ciudadanos y soldados de ultramar y la institución del *portorium* de Putteoli en el 199 a.C., tras la salida de Aníbal de Italia, serán factores que favorecerán el inicio de la exportación masiva de vino desde los comienzos del s. II a.C.

PRECEDENTES COMERCIALES EN EL S. III A.C.

Los restos materiales anteriores a la 2ª Guerra Púnica que denotan intercambios marítimos con Cartagena son en su inmensa mayoría de filiación púnica (Martín Camino, 1994) lo que habla a favor de unas relaciones con Carthago y en general con el Sur del Mediterráneo anteriores a la «fundación» bárcida por Asdrúbal. Desde fines del s. IV y durante el s. III se documentan en Cartagena algunas cerámicas de barniz negro procedentes de Italia Central y del Sur. Se trata de piezas de los talleres de Pequeñas Estampillas y sobrepintadas de Gnathia. En el primer caso (media docena de fragmentos) serían productos del entorno de Roma propios de la la mitad del s. III y anteriores a la la Guerra Púnica; en el segundo (una treintena de fragmentos), una producción apula, del área de Tarento o de la vecina península salentina, con un *floruit* entre el último cuarto del s. IV y el primer cuarto del s. III a.C.[1].

Es nuestra opinión (Pérez Ballester, 1994) que nos encontramos ante el testimonio de un comercio marítimo que se desenvuelve ya en esta época dentro de una esfera punicizante que afecta a la mitad sur del Mediterráneo Central y Occidental, mejor que a un comercio mediatizado desde el área marsellesa-emporitana, como tradicionalmente se piensa.

LOS MATERIALES DE FINALES DEL S. III AL TERCER CUARTO DEL S. II A.C.

LAS ÁNFORAS GRECO-ITÁLICAS

Los inicios de las exportaciones itálicas corresponde a la primera mitad del s. II a.C., representada por el ánfora greco-itálica. No está muy claro su origen, aunque la pasta de muchas de estas ánforas nos remite ya al área campana más que a Sicilia (Hesnard *et alii*, 1989). Sabemos que hacia el cambio de siglo III a II a.C. estas ánforas no son muy frecuentes en el Midi francés, circunscribiéndose a los lugares costeros; en Ampurias y su área de influencia las más antiguas están presentes, aunque en proporciones menores que las massaliotas (vinarias) o las púnico-ibicencas, numerosas en los niveles de fines del s. III/inicios del s. II a.C.

A partir del 190/180 aproximadamente, y debiendo coincidir con la política pacificadora y ordenadora de Catón, se aprecia en el área catalana un gran volumen de ánforas greco-itálicas evolucionadas (Nolla y Nieto, 1989), que seguirían una ruta septentrional: costa de Campania, costa de Etruria, golfo de León, Cataluña. Los contextos cerámicos asociados a las ánforas son allí similares a los que podemos ver en el pecio del Grand Congloué antiguo (Long, 1987, 11-12): las 7.000 piezas de Campaniense A, con un amplio abanico de formas: Lamb. 23, 25, 27b y c, 28, 31, 33, 34, 36, 45, 68, más algunas otras minoritarias, que son características de esta primera mitad del siglo. Este repertorio se irá reduciendo conforme se avanza hacia

(1) Habría que añadir un pequeño fragmento de crátera de cáliz de taller etrusco, posiblemente de Malacena que luego comentaremos, así como otras tres piezas descontextualizadas con seguridad también centroitálicas y que pertenecen a vasos cerrados, sítulas (F-6500) o jarros (F-5830) con pico vertedor (dos de ellas con aplique figurado). Cerámicas de barniz negro pertenecientes a los Talleres de Rosas, aparecen esporádicamente asociados a niveles de último tercio del s. III en Cartagena; su amplia cronología que abarcaría todo el s. III (Principal, 1993,94-95) hace que no los incluyamos entre las producciones anteriores a las Guerras Púnicas, no siendo tampoco características de los años inmediatamente anteriores al s. II a.C.

el s. I a.C., introduciéndose a la vez durante el s. II unas pocas formas en relación con la Campaniense B etrusca (forma Lamb. 6, por ejemplo).

Idénticos contextos cerámicos de un momento muy próximo (hacia el 2º cuarto del siglo) son los que encontramos en Ampurias: Neápolis (Ruiz de Arbulo, 1993), Templo Republicano y niveles inferiores de las Cisternas 2 a 5 (Aquilué *et* alii,1984, 243-245 y 428-430). Es interesante, en cuanto al barniz negro, la presencia también allí de algunos fragmentos de la denominada por J.P. Morel clase Byrsa 661, que creemos pueden responder perfectamente a una producción calena media (M) que se extiende en el tiempo hasta el 3er cuarto del s. II (Pedroni, 1984 y 1986; Escrivá, Marín y Ribera, 1992; Pérez Ballester, 1992; Ruiz Valderas 1995). En estos primeros momentos llegarían a la península también las escasas piezas de cerámica calena de relieves, sobre todo *phialai*, si no son incluso anteriores, que encontramos especialmente en Cartagena y su área de influencia, pero también esporádicamente en Alicante, Sagunto, Tarraco y Emporion.

Las ánforas grecoitálicas evolucionadas son en este momento ya predominantes en Cataluña, con porcentajes similares a los de ánforas ibéricas antiguamente denominadas Mañá B. La relación de estos envases con un comercio exportador de cereal desde la costa catalana se conoce desde bastante antes, como muestra el pecio de Binisafúller (Guerrero, Miró y Ramón 1989; Guerrero 1993, 182-184). El barco de El Lazareto en Mahón (Fernández Miranda y Belén 1977; Nicolás, 1979) aunque muy expoliado, parece sin embargo muy similar en cargamento al del Grand Congloué, con ánforas greco-itálicas mayoritarias y algunas del Egeo; la presencia de cerámicas de barniz negro Campaniense A formas Lamb. 27b y c, 31, 34, 36 y 45, ilustran lo que debió ser su carga secundaria.

En Cartagena disponemos de un material abundantísimo procedente de nuestras excavaciones en el área del anfiteatro y la contigua plaza del Hospital, que arrojan información sobre un antiguo hábitat de la 1ª mitad del s. II, amortizaciones y basureros posteriores, y por último grandes aplanamientos realizados para la reordenación del área urbana ya desde época de Augusto en relación al menos con la edificación del Anfiteatro, utilizando tierras procedentes de zonas urbanas contiguas ricas en materiales de época republicana (Pérez Ballester, San Martín y Berrocal, 1995). La estratigrafía general del área puede resumirse en las siguientes fases:

1) Restos de pequeños depósitos *in situ*, fechables en el último tercio del s. III a.C. (Pérez Ballester y Martín Camino, en prensa).

2a) Fase de hábitat que se abandona durante la la mitad del s. II a.C., de momento con pocos materiales asociados.

2b) Niveles de colmatación inmediatos a esa fase de hábitat, con *terminus ante quem* de 130/125 a.C.

3), 4) y 5) Diversos momentos de deposición de basureros y niveles de aplanamiento, con fecha *ante quem* respectivas de 80/60 a.C., 40/30 a.C. y 60/70 d.C., esta última coincidente con el momento final de construcción del anfiteatro[2].

Utilizaremos las primeras de estas fases para intentar ver el desarrollo de las importaciones cerámicas durante el s. II. Citaremos también los datos procedentes del examen de las ánforas de época republicana (más de 1500) extraídas fuera de contexto de las obras realizadas en la colina de El Molinete en el centro de la ciudad. Esta información ha sido proporcionada por C. Berrocal y G. Pascual, que con J. Molina preparan un trabajo sobre el tema. También contrastaremos puntualmente nuestros datos con los aportados por G. Pascual, referentes a los pecios de época republicana de la costa cartagenera, cuyos materiales se encuentran depositados en el Centro Nacional de Arqueología Marítima de Cartagena.

A través de los trabajos de prospección y recuperación que desde hace años desarrolla dicho Centro Nacional, conocemos la existencia de una treintena de lugares con hallazgos submarinos de época republicana entre S. Pedro del Pinatar, en el límite norte del Mar Menor y el propio puerto de Cartagena, la mayoría pecios, pero también hallazgos dispersos y fondeaderos. Es interesante comprobar que una parte importante de los mismos se encuentran en las escolleras situadas a la entrada del Mar Menor, identificándose igualmente fondeaderos y hallazgos dispersos en el interior de esta gran laguna por la que se tenía fácil acceso a la zona minera de Cartagena. La caracterización de los yacimientos viene dada por la presencia de ánforas Dr.1 en su mayoría campanas, en algún caso ánforas apulas Lamb.2, así como de cerámica de barniz negro de los tipos Campaniense A y Beoide. Sólo un yacimiento parece ser algo anterior: el pecio de El Capitán en la isla de Escombreras, frente al puerto de Cartagena, con un cargamento de ánforas grecoitálicas evolucionadas.

Debemos aquí hacer sin embargo una llamada acerca de la relatividad de los datos cuando no están suficientemente contrastados: la proporción de 29 a 1 para los yacimientos submarinos de fines del s II y 1ª mitad del s. I frente a los de la 1ª mitad del s. II en el área de Cartagena no refleja la realidad del comercio y del volumen de intercambios que tuvo lugar en esta ciudad en los dos primeros tercios del s. II. Lo hemos comprobado al comparar los por-

---

(2) Las Fases 2a y 2b aparecen claramente diferenciadas no sólo por la posición relativa de sus UEs., sino también por el predominio de distintos tipos de ánforas (grecoitálicas en la 2a y de Dr.1 en la 2b), así como por la distinta frecuencia de formas de cerámica campaniense y la ausencia en la 2a de campaniense del tipo B que no sea la etrusca de mejor calidad, vinculada aquí a la producción de «Anses en Oreille».
Las Fases 3 y 4, con abundantes materiales tardorrepublicanos entre los que destacan las cerámicas Beoides, se han diferenciado únicamente en base a la presencia o no de algunas cerámicas de barniz rojo: sigillatas orientales y lucernas a molde con decoración de «perlitas». Sin embargo, la amplia cronología de estas lucernas hace que sea posible que estos depósitos se formaran en un mismo momento «proto-augusteo» que coincidiría con la primera fase de construcción del anfiteatro.
La Fase 5 viene definida por la presencia mayoritaria en sus UEs., de materiales de época augustea y alto-imperial: ánforas Pascual 1, Dressel 2-4 y Haltern 70; sigillatas gálicas abundantes, más frecuentes las formas Drag.17, Drag.24/25 y Ritt-9; también Drag.8/31 y Drag.27. No se encuentran sigillatas africanas, y sólo algún fragmento de hispánica. Las cerámicas de paredes finas son de época augustea y julio-claudia: Mayet XXIV, XXXII y XXXIV (cáscara de huevo), ésta muy frecuente; también otras de cronología más amplia, como Mayet XXXVII a XXXIX. Los hallazgos numismáticos de esta fase no sobrepasan las acuñaciones de época de Claudio.

centajes de ánforas en las dos zonas de hallazgos más importantes de la ciudad: el anfiteatro y el Molinete. El número total de las halladas en las excavaciones del anfiteatro nos muestra, para el periodo fines del s. III-mitad del s. I a.C., y dentro de las producciones itálicas, una proporción de casi 5 a 1 para las Dr.1 sobre las grecoitálicas (fig. 1); esta proporción se invierte sin embargo en los hallazgos del Molinete a favor de las greco-itálicas, por dos razones: El Molinete fue «excavado» prácticamente hasta la roca base en un 70% de su superficie, y además se documentó, en algún caso, la existencia de una ocupación antigua (Ruiz Valderas, 1995B, 48) que sería generalizada en toda la colina. El anfiteatro y la plaza del Hospital, aún documentándose esta ocupación de fines del s. III y 1ª mitad del II a.C. (fases 1 y 2a del yacimiento) sólo se ha llegado a ella en zonas puntuales que no alcanzan el 10% de la superficie total excavada. En la figura 2, donde se relacionan las ánforas de la Fase 2a del anfiteatro, se confirma el alto volumen que representan las ánforas greco-itálicas, así como la presencia de un ánfora Dr.1A, que confirma la ocasional aparición temprana de este tipo de envase, como ya se vio en Carthago (Lancel 1982, 27, fig. 19).

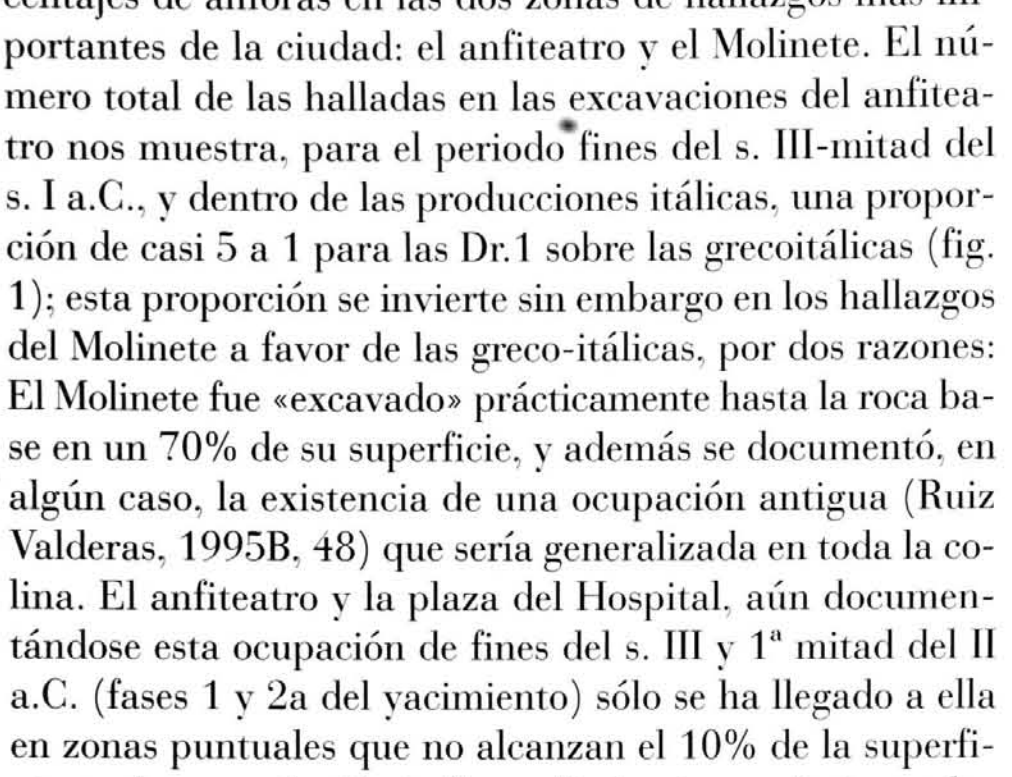


Figura 2.

LAS ÁNFORAS PÚNICAS

Entre las ánforas no itálicas de estos conjuntos, merece la pena mencionar a las ánforas de tipología púnica. En los escasos niveles del anfiteatro de la 2ª mitad del s. III (fase 1) encontramos ánforas Mañá D, Mañá Pascual A-4 evolucionadas, Merlin Drapier III (Martín Camino y Roldán, 1994) o incluso Mañá C1 y alguna PE 16, propias de contextos anteriores al 175 a.C., y que reflejan un ambiente comercial similar al que podemos encontrar en Ibiza (fig. 3).

Este momento inmediatamente anterior a la toma de la ciudad por Escipión, ha sido ya bien documentado por Martín Camino y Roldán (1986 y 1991) en la excavación de la «casa púnica» de la C/ Serreta, con un 60% de cerámicas de origen púnico: ánforas Mañá C1b, C1/2, Mañá D1a y b de Carthago; Mañá-Pascual A4 evolucionadas del círculo del Estrecho; ebusitanas PE-16, 17 y 22, y abundante cerámica común de las mismas procedencias. Junto a ellas, un ánfora greco-itálica y fragmentos de Campaniense A antigua, formas Lamb.23, 27, 28, 33 y 36, así como un fragmento residual de cerámica de Gnathia.

A partir del primer cuarto del s. II, cuando comienza la llegada de vino itálico de forma masiva, los envases púnicos mantendrán aún su presencia en Carthago Nova, pero en una proporción constante de uno a tres con respecto a los envases itálicos. En el área del anfiteatro (fig. 1) el ánfora Mañá C de Carthago (figs. 3, n.º 5; 4, nºs 5 y 6), habitual contenedor de salazón desde el 2º tercio del s. II a la mitad del s. I a.C., comparte protagonismo con los envases del tipo CCNN (fig. 4, nºs 1 y 2) (Sanmartí, 1985). Parece probado el origen tipológico de este ánfora en la zona del Estrecho, más concretamente en la bahía de Cádiz (Muñoz Vicente, 1987) aunque el número de piezas: 75 entre el anfiteatro y el Molinete, y la gran uniformidad en los detalles del borde, nos hacen pensar, a falta de análisis de laboratorio, en la posible procedencia local de los de Cartagena. Su contenido sería probablemente el producto de los primeros excedentes de salazón de Carthago Nova. Igualmente significativa nos parece la presencia de las ánforas PE 16 y 17 (fig. 4, nºs 3 y 4), posible envase de aceite ebusitano dentro de una corriente de intercambios que rastreamos también en los numerosos vasos barnizados del mismo origen, que luego veremos. El papel de Ebussus como puerto intermediario y redistribuidor del comercio púnico

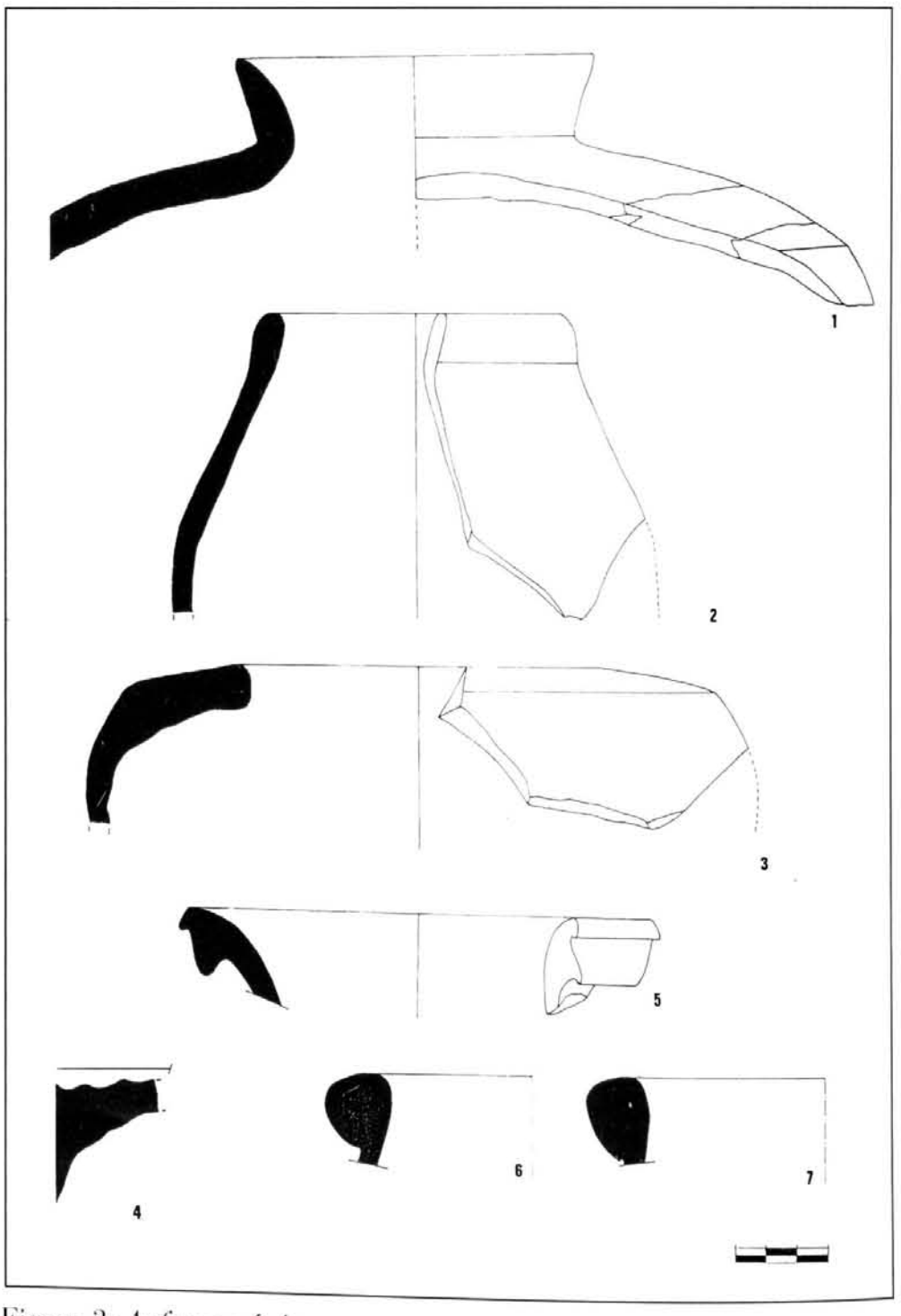


Figura 3: *Anforas púnicas.*
Nº 1. ánfora Merlin-Drapier 3: anfiteatro. Fase 1. Nº 2. ánfora Mañá-Pascual evolucionada: anfiteatro. Fase 2. Nº 3. ánfora Mañá D 1B: anfiteatro. Fase 1. Nº 4. ánfora Mañá D 1A: anfiteatro. Fase 2. Nº 5. ánfora Mañá C-1b: anfiteatro. Fase 2a. Nºs 6 y 7. ánforas púnico-ebusitanas PE-16. anfiteatro. Fases 1 y 3.

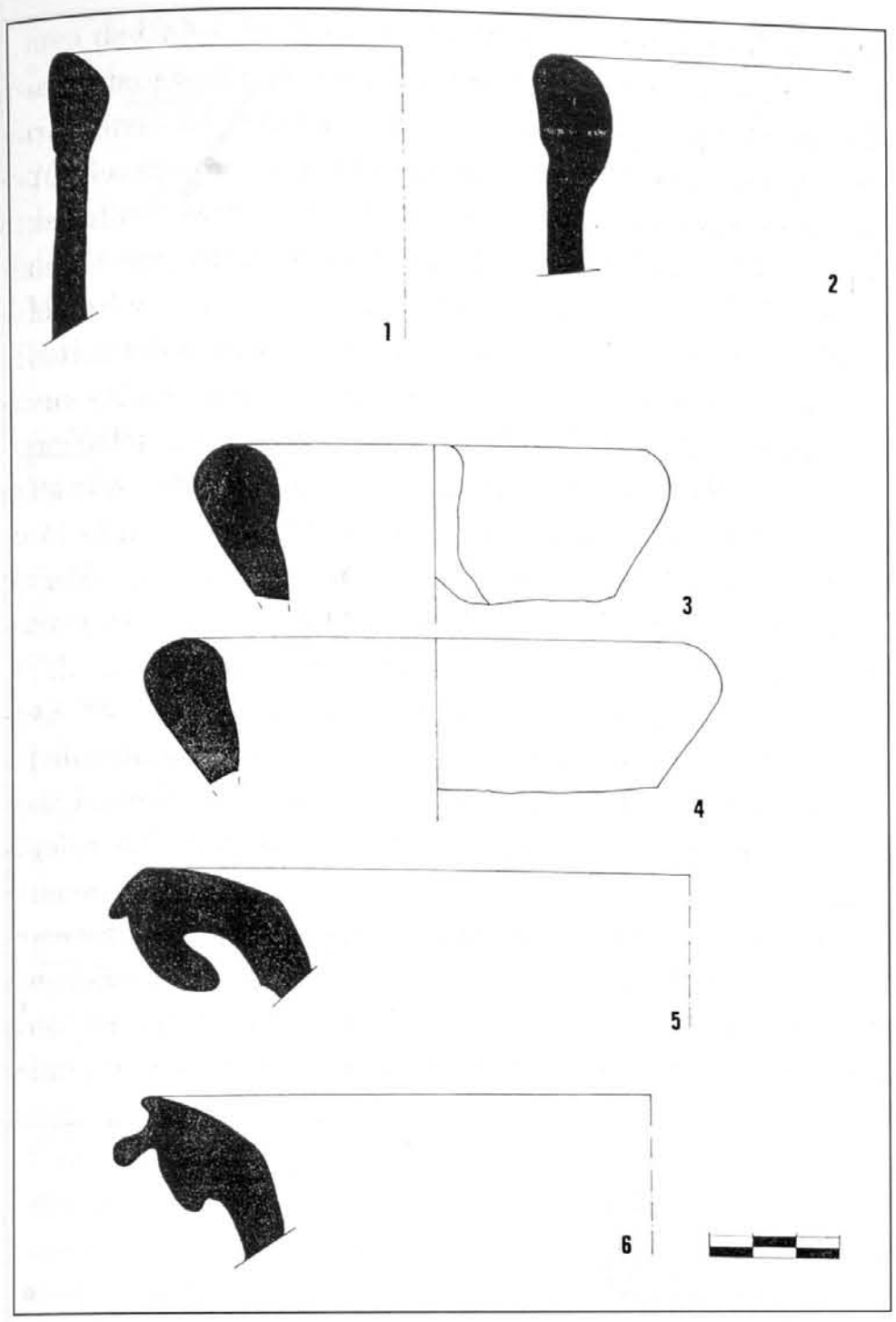


Figura 4: *Anforas púnicas.*
Nos 1 y 2, ánforas CC.NN.; anfiteatro, Fases 2-4. Nos 3 y 4, ánforas PE-17; anfiteatro, Fases 3-4. Nos 5 y 6, ánforas Mañá C-2; anfiteatro, Fases 3-4.

ya se ha mencionado aquí, y es puesto de relieve igualmente para la costa catalana por J.M. Nolla y J. Nieto; también allí las abundantes ánforas ebusitanas del s. III son superadas en la 1ª mitad del s. II por las de vino itálico, conservando sin embargo aquellas porcentajes aún mayores que en Cartagena: entre un 11% y 17%.

LA CERÁMICA DE BARNIZ NEGRO(3)

El resto de los materiales y en especial la cerámica de barniz negro nos ofrece, para este período de la primera mitad/mitad del s. II anterior a la comercialización de los vinos campanos de finales de ese siglo, un panorama en Carthago Nova muy similar a la de otros contextos de Emporion, Tarraco o incluso Carthago de la misma época, con matices que señalaremos.

Siempre a través de las excavaciones del anfiteatro (cerca de 3000 piezas con forma hasta el momento) encontramos en Cartagena todo el repertorio de la Camp. A. En los escasos niveles bien documentados de la la mitad del s. II, fase 2a del yacimiento (fig. 5) vemos representadas las formas que ya encontrábamos en el Grand Congloué, con predominio de las Lamb.27b, 28a, 36 y 31/33. La ausencia del plato de pescado (Lamb.23) no es muy significativa en este gráfico, dado lo escaso de la muestra; pero tampoco es una forma abundante en el conjunto del yacimiento, contrariamente a lo que podría parecer, dada su frecuencia en ambientes púnicos (sólo 16 piezas, escasamente el 1'5% del total). No debe extrañar la presencia, en momentos tan tempranos, de formas que tradicionalmente se habían asociado al repertorio de la Camp.B como son las páteras Lamb.5 y Lamb.6, que también encontramos en Carthago antes del 146 a.C. (Morel, 1990, 62). El grupo de cerámicas de barniz negro de Cales (calenas medias) que encontramos aquí es significativo, mayoritariamente con «versiones» o «interpretaciones» de formas propias del repertorio de la Camp. A: Lamb. 27b, 27c o 27B grande (F-2820), 55 (F-2234 ó F-1643/46), 31b (F-2950), 36, F-2860 0 F-2940 o incluso de la Camp.B: Lamb.3 (F-751 0) y 8 (F-2555/F-2566), a las que habría que añadir alguna base con estampillas de los tipos «cuoricino» y otras de pequeño tamaño bien identificados como producciones calenas (Pedroni,1986, 375-377; 1990, 167-69; Escrivá *et alii*, 1992,462464) (figs. 6 y 7). La Camp.B aparece representada casi exclusivamente por páteras de asas horizontales etruscas del grupo de Anses en Oreille, así como por una pieza de la forma Lamb.6 (fig. 7, nos 5 a 11).

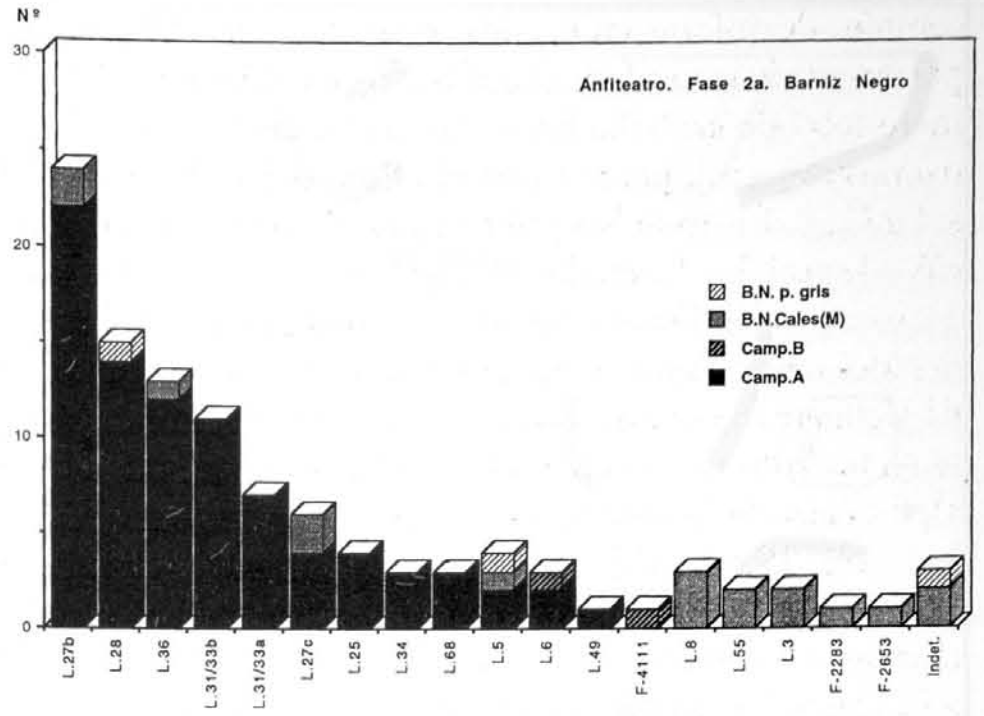


Figura 5.

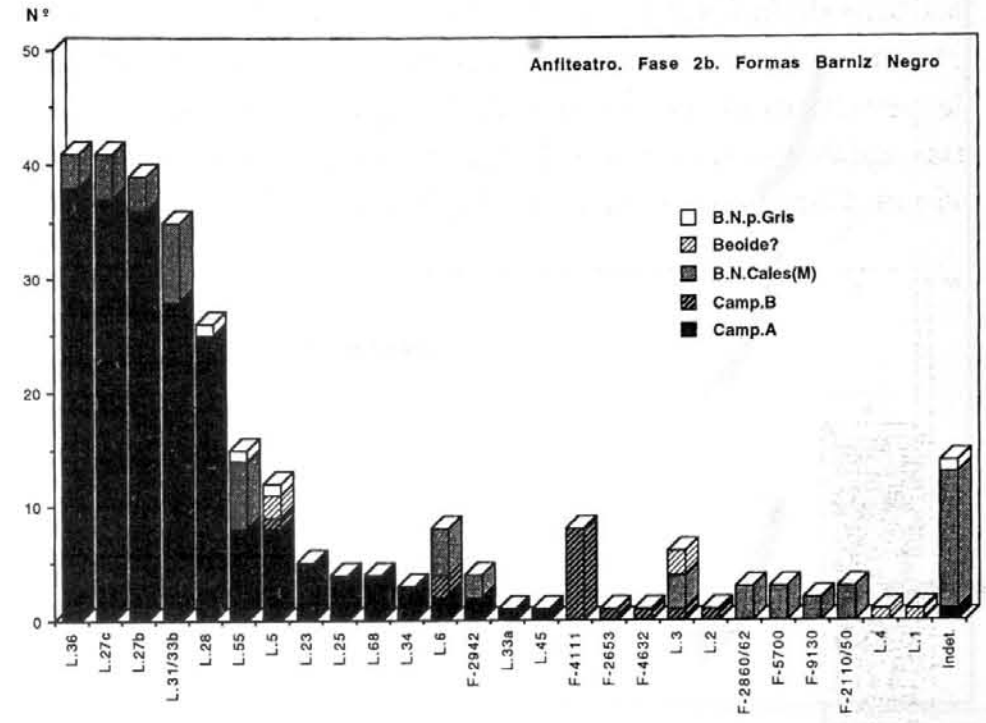


Figura 8.

(3) Las referencias sobre la cerámica de barniz negro se refieren a los resultados del estudio de las campañas ordinarias de 1971 y 1975 (menos corte I), 1979, 1980, 1983, 1984, 1985,1990 y 1992. No se han contabilizado los hallazgos de la campañas de INEM 1990/91 y 1991/92.

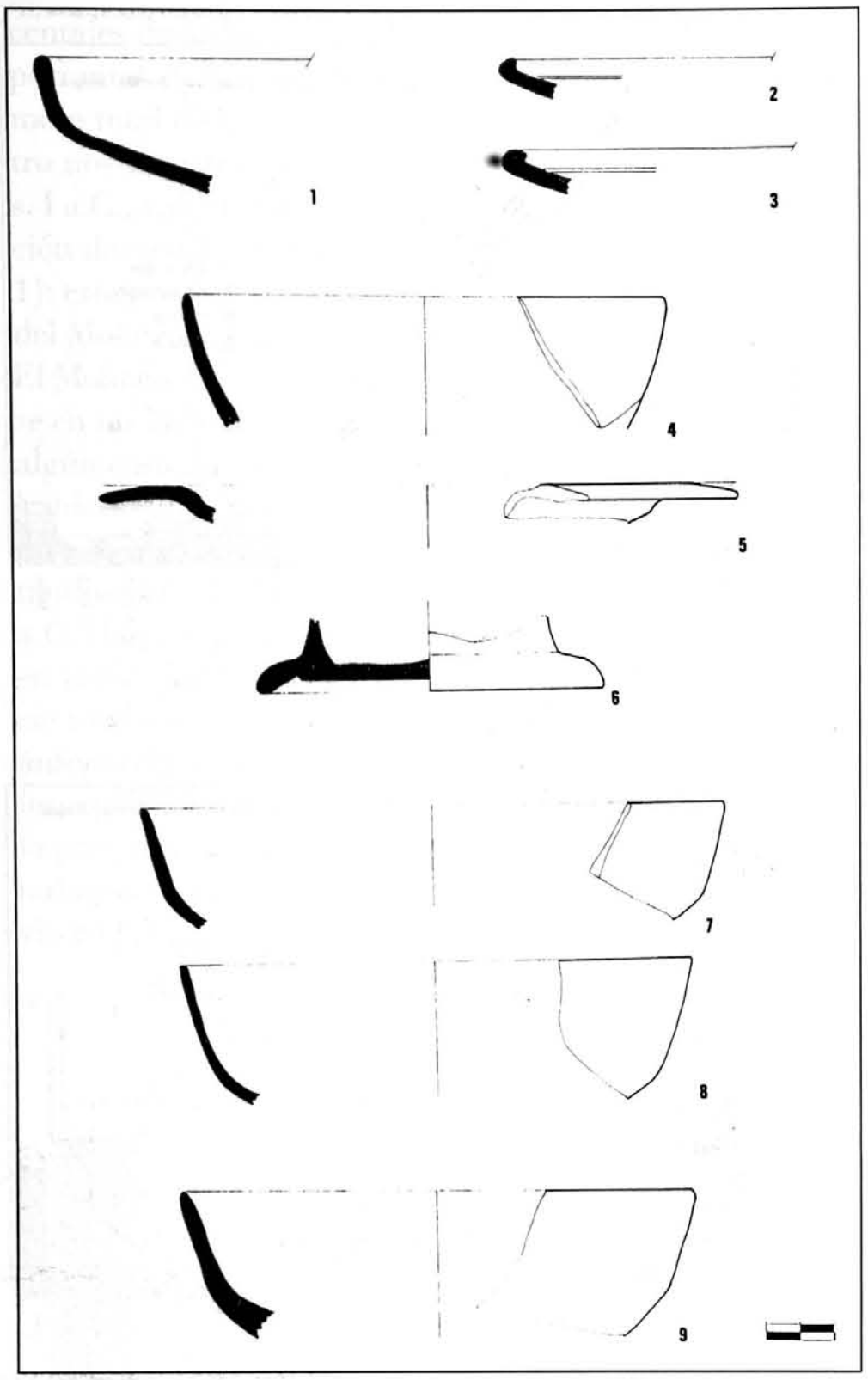


Figura 6: *Cerámica campaniense de Cales Media. Fase 2b (Plaza del Hospital, U.E. 1255).*
Nº 1, Lamb.27c (F-2820). Nºs 2 y 3, Lamb.55 (F-2234). Nº 4, Lamb. 31b (F-2950). Nº 5, Lamb.36 (F-1270/1320). Nº 6, Lamb.3 (F-7510). Nºs 7, 8 y 9, F-2860 o F-2940.

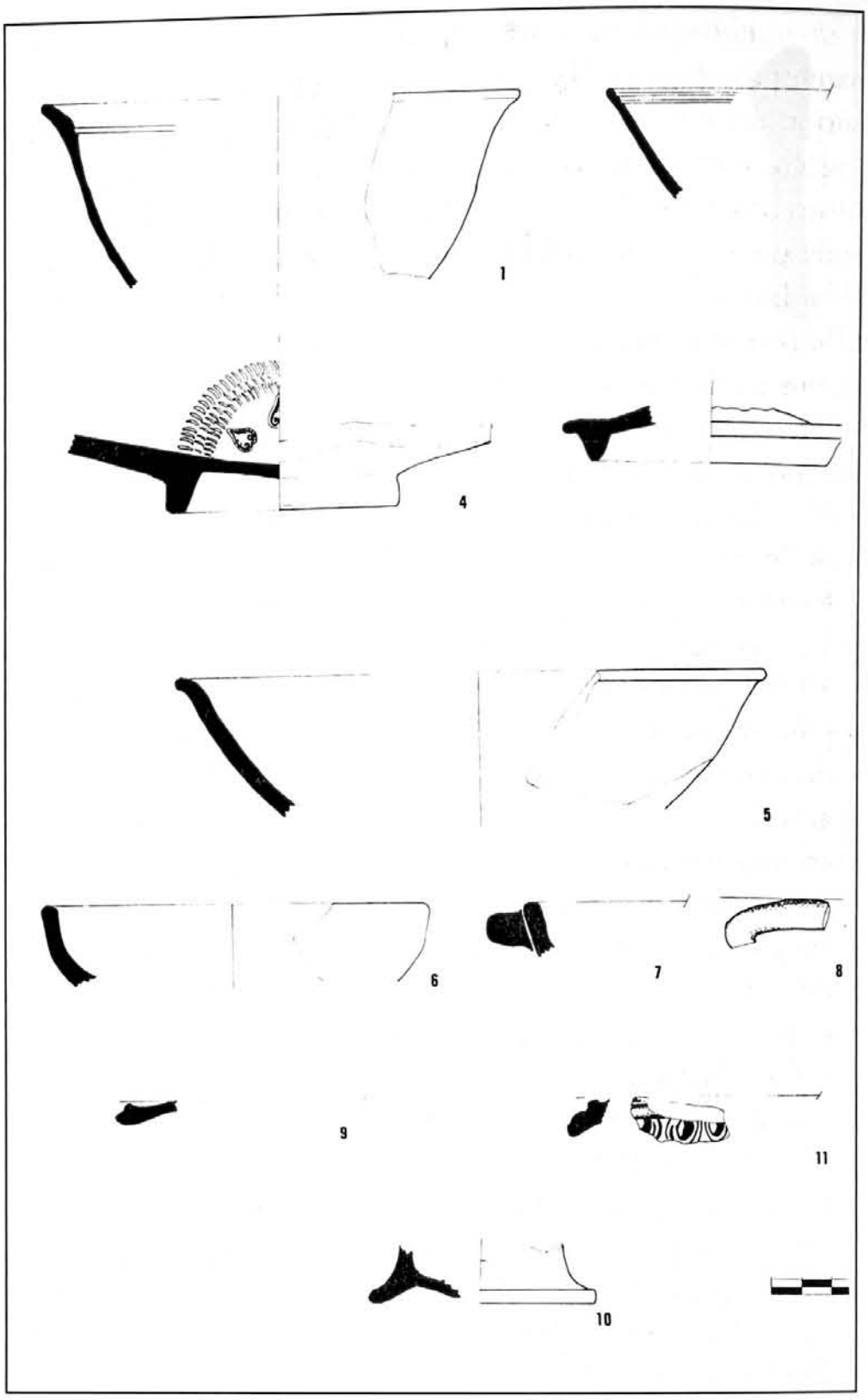


Figura 7: *Cerámica campaniense de Cales Media (Plaza del Hospital, Fase 2b).*
Nº 1, F-2110/20. Nº 2, F-2153. Nº 3, F-9130. Nº 4, Base con decoración de estrías y estampillas «a cuoricino».
Cerámica campaniense B etrusca.
Nº 5, F-2653. Nºs 6, 7 y 8, F-4111. «Anses en Oreille». Nº 9, Lamb.6. Nº 10, Lamb.3. Nº 11, F-4632.

El gráfico de la figura 8 nos muestra la cerámica de barniz negro de la Fase 2b del yacimiento, con *terminus ante quem* de aprox. 125 a.C., y comprende materiales contemporáneos y posteriores a los de la Fase 2a. El comportamiento de la Camp. A difiere muy poco del que veíamos en la figura 5; destacamos únicamente el predominio ahora de la pátera Lamb.27c, con presencia poco destacada en la Fase 2a, y la constatación de formas propias de la 1ª mitad del siglo como las Lamb.23 y 55, que no aparecían antes seguramente por el menor volumen de material, según opinión ya justificada en el párrafo anterior. Entre la campaniense de Cales media reconocemos ahora, junto a las formas ya mencionadas anteriormente, otras tan significativas como la jarrita con boca «a cartoccio» F-5740, la tapadera F-9130, que a partir de un ejemplar de Sagunto se convirtió en la forma 14 de la Campaniense B de Lamboglia, y boles profundos ápodos F-2110/20 y 2153, frecuentes en Cales (Pedroni, 1986, 360) (fig. 7, nºs 1 a 3). Algunos fragmentos de las formas Lamb.1, 3, 4 y 5, podrían considerarse ya producciones del Círculo de la B o Beoides, que a nuestro parecer provienen ya de la misma

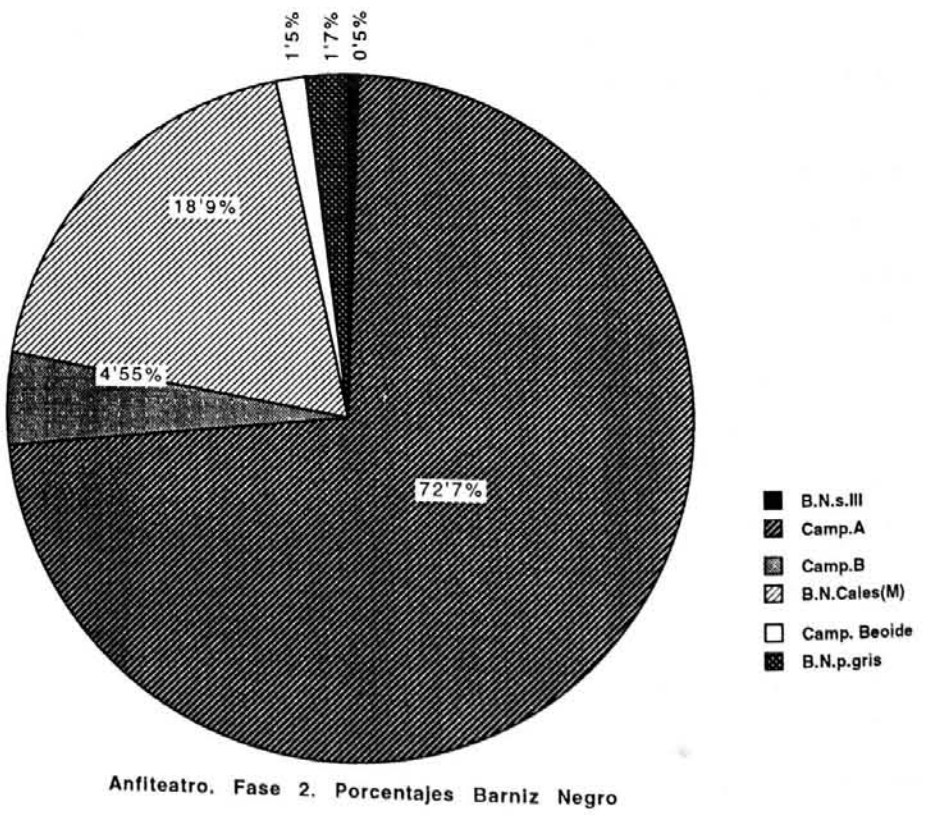


Figura 9.

área de Cales. La Campaniense B está ahora mejor representada, añadiéndose a las que vimos en el apartado anterior, otras formas tan típicas del área etrusca como la F-2653 o el fragmento de borde perteneciente a una crátera de cáliz F-4632, de barniz negro espeso y brillo acharolado de excelente calidad, probablemente de los talleres de Malacena (fig. 7, n.º 11); este último sería el ejemplar de barniz negro etrusco más antiguo que hasta ahora conocemos en Cartagena, y entraría en la categoría de objetos importados que llegan a la ciudad antes de la Primera Guerra Púnica, mencionados en el apartado 2.1.

Los porcentajes entre los distintos tipos de cerámicas de barniz negro en niveles anteriores al 125 a.C. en el anfiteatro (fig. 9) arrojan, para un total de 297 piezas, un 72'7% para la Camp.A, 4'5% para la Campaniense B, 18'9% para la Campaniense de Cales Media, y un 3'7% para otras producciones, donde se cuentan los fragmentos de Beoide mencionados anteriormente, algunos de pasta gris de las formas Lamb. 55, 28 y 5, así como dos fragmentos residuales de cerámica de Gnathia.

Este panorama es similar al que conocemos para otros conjuntos de la misma época, como el de Tarraco estudiado por X. Aquilué (1993), o los de Ampurias (Ruiz de Arbulo, 1993). Allí, algunos contextos de la primera mitad del siglo reúnen a las formas Lamb. 23, 25, 27b, 31 y 36 de Camp. A, siempre dentro de esa variedad de la serie media/antigua, constatándose entre las ánforas un predominio repartido entre grecoitálicas e ibéricas de base puntiaguda, con presencia notable de púnicas tipo Mañá C. En Carthago, justo antes de la destrucción del 146 a.C. (Lancel, 1982; Morel, 1989, 61-63) encontramos un numeroso y variado repertorio de la Camp. A, similar al mencionado para Cartagena, debiendo hacer notar la mayor presencia de la forma Lamb. 55. Junto a ellas, algunas cerámicas calenas medias (tipo Byrsa 661), las primeras campanienses B etruscas, entre las que la Lamb.6 es la más frecuente, junto a las Lamb. 2, 3, 5, F-2653 y alguna del tipo Anses en Oreille, F-4111, como en nuestro yacimiento.

LAS CERÁMICAS «PSEUDO-CAMPANIENSES» EBUSITANAS

Otros materiales de importación son las llamadas cerámicas pseudo campanienses ebusitanas (fig. 10). Aparecen «barnizadas» predominantemente en color rojo anaranjado pero también en gris oscuro y corresponden a las formas 23, 28, 26/27 y sobre todo 27 (Guerrero, 1980); precisamente es esta forma la menos «campaniense» de toda la vajilla ibicenca, con claros precedentes y paralelos en el entorno púnico (Guerrero, 1980, 174, lám. 4; Lancel, 1987, 107-108, lám. 8, F-211 y F-271). Completan el panorama de la vajilla de mesa, llegando, en algunos niveles de la primera mitad del siglo (p.e. Corte C, estr. XII y XIII) a igualar y sobrepasar en número a las cerámicas de barniz negro. Estos vasos, más de dos centenares de piezas sólo en el área del anfiteatro, son más escasos al Norte del río Segura y acentúan la idea de las estrechas relaciones comerciales que debieron existir entre Ebussus y Carthago Nova a lo largo del siglo 11 a.C. Quizás se puede poner en relación este hecho con la noticia de Tito Livio sobre la firma de un *foedus* con Roma en el 217 a.C., tras el primer asedio romano a la ciudad.

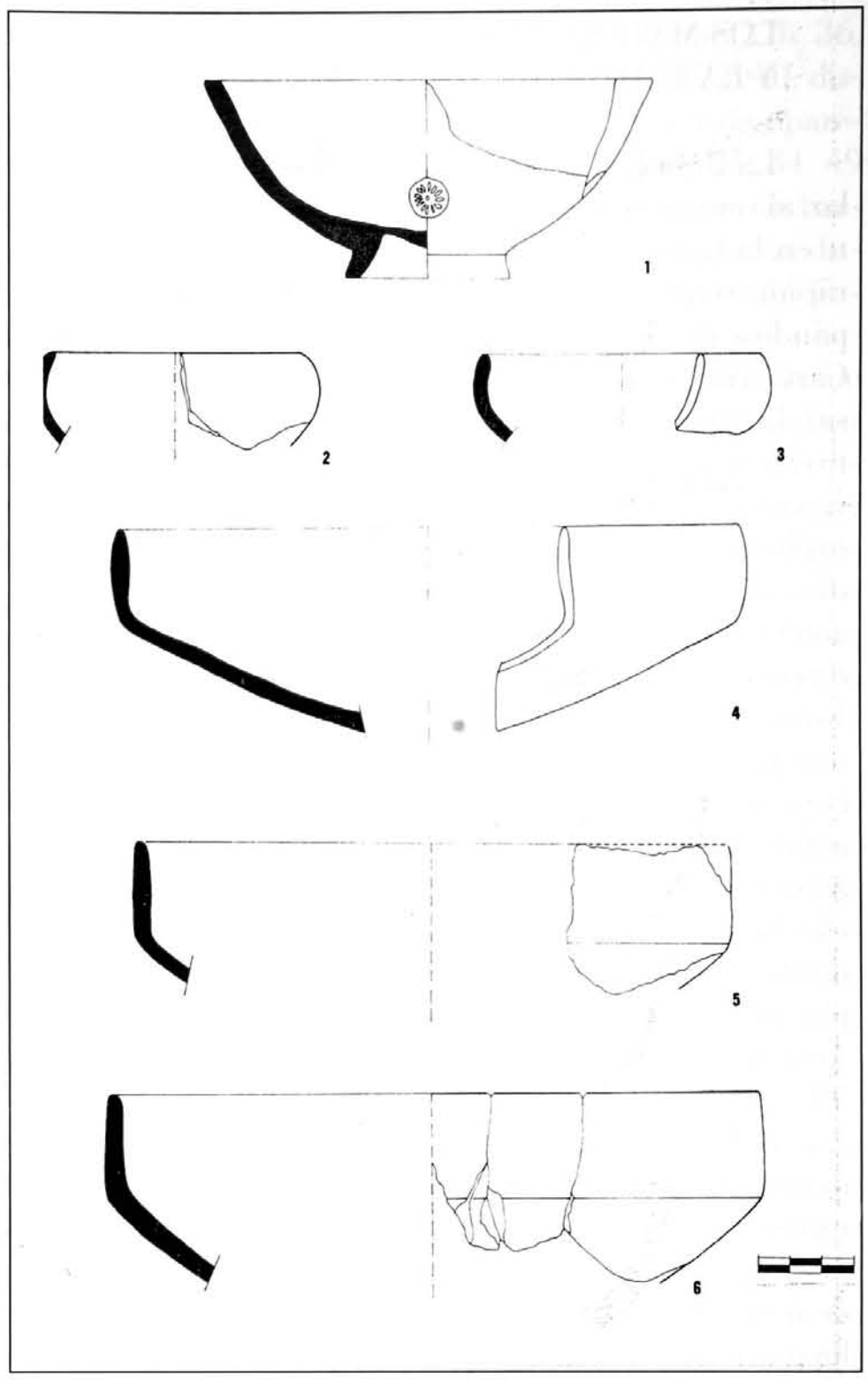


Figura 10: *Cerámicas barnizadas ebusitanas.*
Nº 1, forma 28; anfiteatro, Fase 1. Nos 2 y 3, forma 26/27; anfiteatro, Fase 2. Nos 4, 5 y 6, forma 27; anfiteatro, Fase 2.

LA CERÁMICA DE COCINA

Entre las cerámicas de cocina importadas encontramos ya en esta Fase 2, ollas itálicas de las formas Vegas 1 y Vegas 2, algunos platos/tapadera forma Vegas 16 y las primeras cazuelas de fondo plano y borde bífido engrosado al exterior, siendo muy escasas las de borde bífido liso. Aparecen también numerosas ollas o «marmites» *(caccabal)* de tipología púnica y origen cartaginés forma Hayes 194, con amplio escalón interno para apoyo de la tapadera; así como algunas lopades y cazuelas planas, todas con la típica factura de pasta color rojo castaño o rojo ladrillo, y la superficie externa de color gris ceniza (Pérez Ballester, Borredá y Cebrián, 1995). Aunque todavía predomina la olla local, se va anunciando la inversión de la tendencia que hacia el último cuarto de siglo hará que los principales puertos de la península y en especial Carthago Nova, se vean inundados por una avalancha de cerámica común itálica, en especial cazuelas de borde bífido simple y platos/tapadera, como luego veremos.

LOS MATERIALES DE FINES DEL S. II Y LA 1ª MITAD DEL S. I A.C.

La llegada masiva de vino itálico al sudeste peninsular, al contrario de las motivaciones esgrimidas para su éxito en la Galia, estaría evidentemente en relación con: una rápida romanización alrededor de Carthago Nova, ocupándose desde fechas tempranas la comarca del Campo de Cartagena (Ruiz Valderas, 1995A; Berrocal, 1995, en prensa); la conversión de Carthago Nova en un importante centro de recepción y redistribución de mercancías, por tierra y por mar; en tercer lugar, por ser el momento de máxima explotación de las minas, como sabemos a través del estudio de la frecuencia y dispersión mediterránea de los lingotes de plomo procedentes tanto de la Sierra de Cartagena como de Mazarrón, dependientes de la misma Carthago Nova, que generarían una gran riqueza. Recientemente hemos podido ser testigos de la importancia de los personajes cuyo nombre aparece en estos lingotes al descubrirse en una colina situada junto al puerto de Cartagena, al Este, en la zona más próxima a las minas, un pequeño santuario fechado en el s. I a.C., con una inscripción en *opus signinum* donde el liberto de uno de ellos, M. *Aquinio*, dedica el templo a *Iupiter Stator*. (en estudio por M.A. Pérez Bonet, M. Amante y M. Martín, citado en Ramallo y Ruiz, 1994, 98-99)

Sabemos también que la ciudad manifiesta en estos momentos un urbanismo plenamente organizado al modo romano, que se va desvelando poco a poco (Berrocal y De Miquel, 1994): existe una trama vial ortogonal alrededor de un eje Este/Oeste que está marcado por una amplia calle porticada (4,5 mts.), que quizás desde época bárquida pondría en relación la puerta principal de la ciudad al Este, con el área portuaria, delimitando manzanas de 30 mts. de amplitud que se pliegan a la configuración de las laderas, con un espacio foral que afortunadamente se va poco a poco documentando, y que podría coincidir con el posterior de época augustea. La presencia de abundantes y ricos pavimentos de *signinum*, (Ramallo, 1985 y 1994); la documentación al menos en el área del anfiteatro de reciembrimientos parietales del Primer Estilo Pompeyano: la existencia de restos de *domi* de época republicana en el centro de la ciudad, van poco a poco aclarándonos el panorama de la Carthago Nova Republicana, donde además, a fines del s. II o inicios del s. I a.C. se levantará en la colina del Molinete un pequeño santuario a la diosa oriental *Atargatis*, que tuvo una especial devoción en Delos primero y luego en Roma ya como *Dea Syria* (Ramallo y Ruiz, 1994).

LAS ÁNFORAS

En el último tercio del s. II e inicios del s. I, el fósil director del comercio romano va a ser el ánfora vinaria Dr.1, en gran parte de origen campano. Sin llegar a los centenares de miles de envases calculados en la desembocadura del Saona al Ródano, al Sur de Lyon, o los millones de ánforas estimadas para la costa del Midi francés, especialmente para el Golfo de León (Tchernia, 1986, 78-86), hemos visto en las comparativamente más modestas cantidades de nuestro gráfico (fig. 1) como se disparaban los totales correspondientes a estos envases. Son ellos también los que tapizaban las laderas de las minas de la Sierra Minera de Cartagena, como recogía hace unos años C. Domergue, y como muy recientemente hemos podido aún comprobar nosotros, a pesar del daño que a las instalaciones mineras romanas han producido las modernas explotaciones a cielo abierto. El absoluto predominio entre las ánforas Dr.1 de la variante A sobre la B o C (fig. 1) en el anfiteatro no puede llevarnos en el estado actual de nuestros conocimientos, a interpretaciones de tipo cronológico sobre el momento álgido de las importaciones de vino hacia Carthago Nova, ya que nuestros datos no podemos aún hacerlos extensivo a toda la ciudad, a la espera de la publicación de resultados en otras zonas importantes, como El Molinete. En el ámbito marítimo, conocemos al menos un pecio cargado con ánforas Dr.1B y campaniense Beoide: El Ferreol (Mas,1985) de cronología en torno al 80-50 a.C.

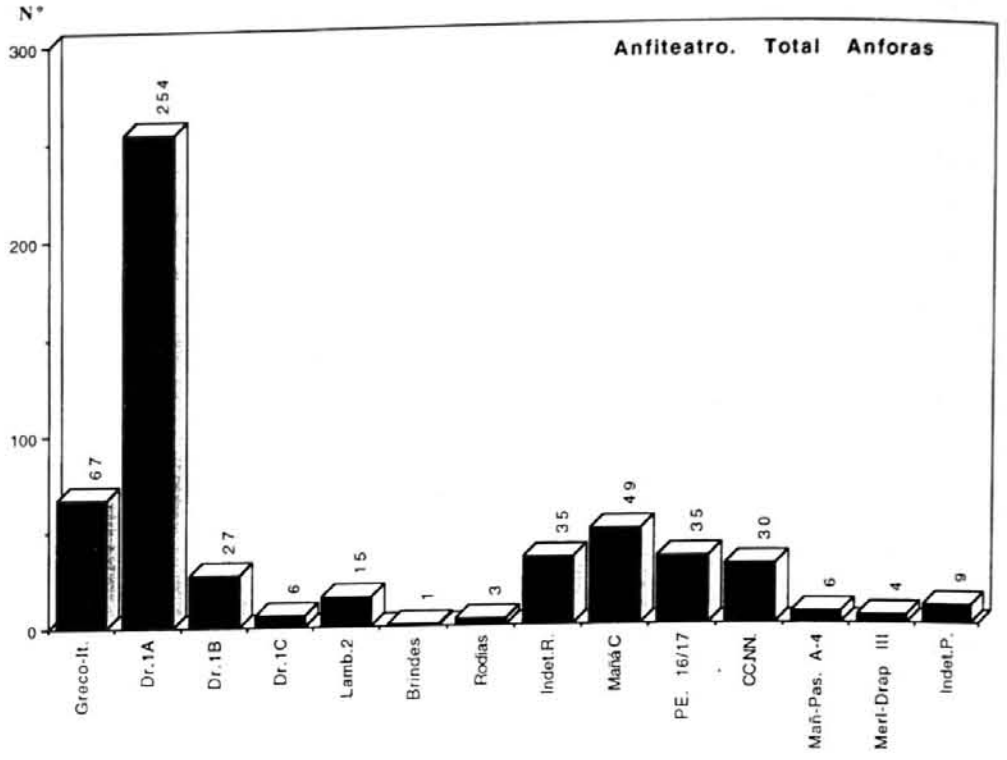


Figura 1.

Es interesante sin embargo destacar un hecho «particular» del área de Carthago Nova, y es la desacostumbrada presencia, tanto en las minas (Cabezo Agudo de La Unión, Fernández de Avilés, 1942) como en la ciudad (Molinete) de un alto porcentaje de ánforas vinarias Lamb.2, de procedencia adriática, que desde finales del s. II a.C. se destina fundamentalmente a introducir el vino itálico en los mercados del Mediterráneo Oriental, seguramente a través de Corinto y Delos (Tchernia 1986, 68-74 y 100-122; Empereur y Hesnard, 1987, 33-34; Liding Will, 1989, 301-303). Junto a ellas, documentamos también, aunque en número mucho menor, la presencia de ánforas ovoides «brindisinas» y Dr.1 adriáticas. En el Mediterráneo Occidental, conocemos varios pecios con ánforas Lamb.2 (Tchernia, 1986, 51-53), casi siempre en escaso número y acompañando a un cargamento campano de Dr.1, como vemos por ejemplo en el de Albenga (Lamboglia 1952). Cerca de Cartagena, el pecio de Punta de Algas en La Manga del Mar Menor, con un cargamento exclusivo de Lamb.2, es de nuevo la excepción en este panorama (Más 1971). Es este un hecho, el de la comercialización en Occidente del vino adriático, cuya importancia debe ser cada vez más tenida en cuenta por los investigadores, una vez que se han dado los primeros pasos en la caracterización de las produccio-

nes, iniciados a partir del Congreso de Siena (AA.VV., 1989).

Entre los envases de tipo púnico, encontramos en los niveles de las Fases 3 a 5 del anfiteatro el ánfora Mañá C2, así como la ausencia entre las púnicoebusitanas, de la PE-16. La presencia residual de ánforas CC.NN., Mañá C1/2, Mañá C2a y otras de cronología más antigua, hay que explicarla por el carácter de basurero y depósitos secundarios que tienen estos niveles.

LA CERÁMICA DE BARNIZ NEGRO

Entre la cerámica de barniz negro que llega acompañando a los cargamentos de ánforas itálicas, encontramos los vasos de Campaniense «Beoide» del área de Cales (T), que en las excavaciones del anfiteatro han proporcionado más de 500 piezas con forma identificada (fig. 11). En su repertorio formal destacan las Lamb. 1, 3, 5 y 6 y en menor medida la 2, 4, 7 y 10. Además de este repertorio tradicional, hemos de mencionar la presencia más testimonial de la F-2940 o F-2860 (19 fgtos.), y de la copa con asas F-3121 (M.P.127) (11 fgtos.). También sigue llegando a Carthago Nova la Campaniense A, con muchas de las mismas

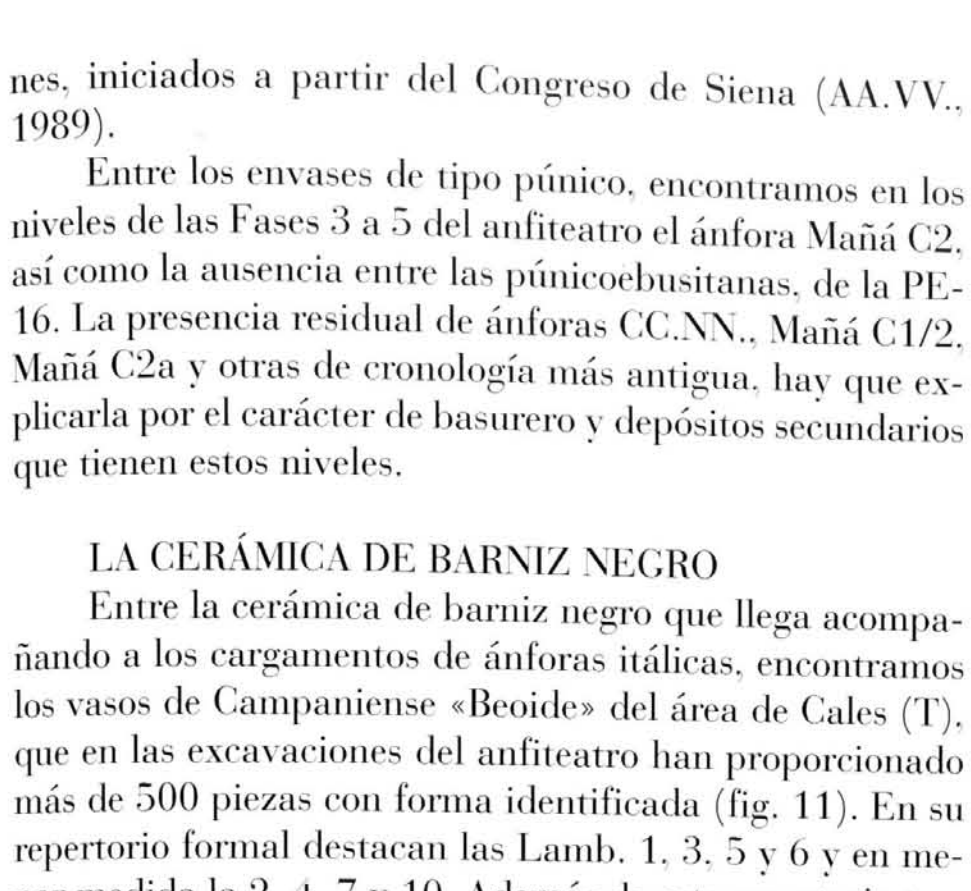


Figura 11.

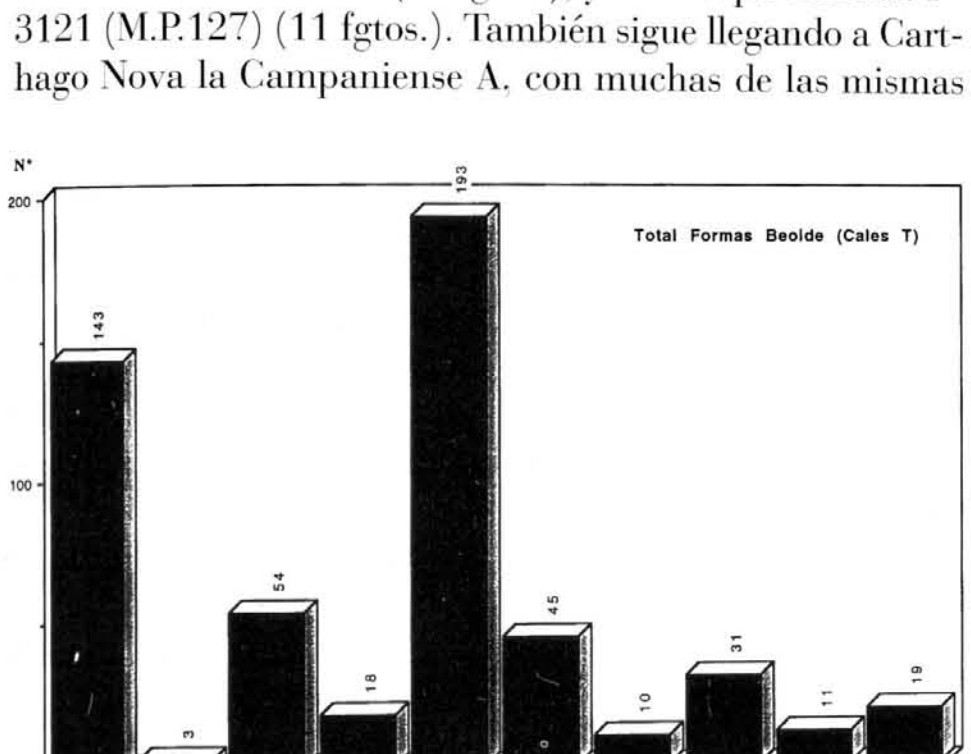


Figura 12.

formas del periodo anterior aún frecuentes: Lamb.27b, 36, 31 y 33b, 5 y 6, a las que se añade de nuevo la F-2940, disminuyendo el número de las Lamb. 27c y 28, y desapareciendo desde inicios del s. I a.C. las Lamb. 23, 25, 34, 49 y 68, entre otras menos frecuentes. En la cerámica de barniz negro de Cales media (fig. 12), notamos una gran disminución entre las cantidades de la Fase 2 y las de las Fases 3-5, aun teniendo en cuenta que estas últimas contienen también materiales de la 1ª mitad del s. II a.C., como confirma la presencia en ellas de cuencos profundos con surcos y listeles junto al borde F-2972 y F-2575, claramente más antiguos. Destacamos, entre los vasos que de momento no aparecen antes del 125 a.C. en el área el anfiteatro, los fragmentos de jarritas provistas de un asa vertical F-5210/13, y las fuentes decoradas con ovas en el borde y asas aplicadas F-4753, confirmándose, al menos de manera provisional, una datación tardía para este tipo de recipientes (Pérez Ballester, 1992).

En las Fases 3 a 5 encontramos además cerámicas centro-itálicas del grupo de las Aretinas de Barniz Negro, siendo la mejor documentada la pátera Lamb.7, junto a bases decoradas con estampillas cuadrangulares de diseño esquemático y con dos «C» opuestas (Pérez Ballester, 1986, 45).

LA CERÁMICA DE COCINA

El 90% de las algo más de 2.000 piezas con forma de cerámica de cocina itálica del anfiteatro, se datan en niveles posteriores al 125 a.C., de las fases 3 a 5. Es el momento de las cazuelas de fondo plano y borde bífido y las de engobe rojo interno, los platos tapadera y las ollas de borde almendrado, formas que llegan hasta época alto-imperial (Pérez Ballester, Borredá y Cebrián, 1995, cuadros 2 y 3). Los altos porcentajes que observamos todavía en ollas locales para fuego, nos llevan a pensar en la coexistencia de dos tradiciones culinarias a fines del s. II y sobre todo durante el s. I a.C.: una local, de cocción en abundante agua sobre fuego o brasas, y otra foránea más romana, de cocción en cazuelas planas con menos agua y más salsas (grasas), sobre brasas o parrilla, y también al horno. (Idem., 196-197).

Estamos seguros que estas piezas llegan por mar, dentro de un comercio deliberado como el que afecta a la cerámica campaniense. Su presencia masiva en naves con cargamentos de ánforas vinarias no está atestiguada en publicaciones; pero sabemos de pecios como La Madrague de Giens (AA.VV., 1995, 95), del que fueron recuperadas centenares de piezas de estas características.

OTRAS CERÁMICAS DE ORIGEN ORIENTAL

Encontramos también en Carthago Nova, y a partir igualmente de la Fase 3, un conjunto de producciones del Mediterráneo Oriental, minoritario frente a las importaciones anteriores pero muy destacado en relación con hallazgos semejantes en el Mediterráneo Occidental, cuyo nexo de unión es también el vino: cuencos o boles de relieves que imitan formas metálicas y de presumible origen jonio; *lagynoi* o jarras de alto cuello pintadas a pincel con motivos de tipo dionisíaco sobre fondo blanco, y cuyo origen es Asia

Menor, posiblemente Pérgamo o Efeso; por último, ánforas de vino procedentes del Egeo, sobre todo de la isla de Rodas, y que aparecen en proporciones muy pequeñas en comparación con los envases itálicos, como hemos visto en alguno de los gráficos.

Cartagena es, hasta el momento, el puerto del Mediterráneo Occidental donde tanto los boles de relieves como los lagynoi se encuentran en mayor cantidad, dentro de una aparición igualmente escasa en todas las costas de nuestro mar: casi un centenar de fragmentos de los primeros y unos cuarenta de los segundos, pertenecientes a vasos distintos. La cronología de estas cerámicas se sitúa entre la mitad del s. II y la mitad del s. I a.C., con una mayor concentración entre el 120 y el 70 a.C. Su presencia, junto a algún otro objeto oriental, siempre nos llamó la atención, y sobre todo su frecuencia: conocemos ejemplares aislados de Elche, Valencia, Sagunto, Tarraco y Emporion, pero en ningún caso una clara asociación. El estudio de los contextos orientales, especialmente los de los puertos de Corinto y Delos, nos muestra a ambos tipos de vasos depositados en bodegas y almacenes en gran número junto a ánforas de vino griego, dentro siempre del periodo cronológico mencionado. En algunos pecios occidentales los encontramos siempre en pequeño número (de uno a cuatro vasos), siempre con algún ánfora griega (Rodas, Cos, Quíos), y siempre dentro de cargamentos principales de vino campano (ánforas Dr.1) (Pérez Ballester, 1995).

Es nuestra opinión que Delos será el puerto clave para explicar la redistribución de estos objetos, dentro de unas redes comerciales seguramente esclavistas, y por mediación de los comerciantes itálicos establecidos en la isla griega. Pensamos, dentro de una argumentación más compleja que no cabe aquí, que estos vasos llegarían desde los puertos de Asia Menor a Delos desde donde se expenderían, acompañando a vino griego, a puertos itálicos como el de Putteoli. Allí se distribuirían como una vajilla «exclusiva, exótica y específica» para el consumo de vino —evidentemente griego—, formando parte también de los envíos de vino itálico donde, sin un motivo hasta ahora claramente explicado, suelen aparecer también algunas ánforas griegas y estos vasos orientales asociados. La idea de un «juego» o «servicio» para el consumo del vino griego, su exportación y presencia en Carthago Nova, encajan perfectamente con el anteriormente mencionado culto oriental en la ciudad de época tardorrepublicana donde hay afincados un importante número de itálicos, y, como hemos visto, una intensa relación comercial con puertos campanos de primer orden o principales como Putteoli. Una necesaria revisión prosopográfica de la epigrafía cartagenera se hace urgente para dar luz a estas estrechas relaciones entre itálicos de Carthago Nova, itálicos de Campania e itálicos de Delos que cada vez se nos hacen más patentes a través de los restos arqueológicos de la ciudad.

BIBLIOGRAFIA

AA.VV., 1989: *Amphores Romaines et Histoire Economique*, Coll. Ec. Fr. Rome 114, Paris.

AA.VV, 1995: *Ceràmica comuna romana d'època alto-imperial a la península Ibèrica. Estat de la qüestió. Monografies Emporitanes*, VIII. Empúries.

AQUILUE, X. *et alii*, 1984: *El Forum Romà d'Empúries. Monografies Emporitanes* VI. Barcelona.

AQUILUE, X., 1993: Un conjunt ceramic d'época tardorrepublicana procedent de la part alta de Tarragona. *Homenatge a M. Tarradell*, 587-602. Barcelona.

BERROCAL CAPARROS, C. (en prensa): Ocupación romana de la Sierra Minera de Cartagena-La Unión. *XVIII Congr. Arq. Nal.*, Elche, 1995.

BERROCAL CAPARROS, C., DE MIQUEL, L., 1994: El trazado viario de Carthago Nova. *Anales de Prehist. y Arqueología* 7-8, 189-198, Murcia.

CARANDINI, A., 1989: *L'economia italica fra tarda Repubblica e medio Impero considerata dal punto di vista di una merce: il vino*, en *Amphores Romaines...*, 505-521.

DOMERGUE, C., 1990: *Les mines de la péninsule Ibérique dans l'Antiquité Romaine*, Coll. Ec. Fr. Rome 127, Paris.

EMPEREUR, Y., y HESNARD, A., 1987: Les Amphores Hellénistiques, en *Céramiques Hellénistiques et Romaines*, Univ. de Besançon, 9-74.

ESCRIVÁ, V., MARIN, C., RIBERA, A., 1992: Una producción minoritaria de barniz negro en Valentia durante el siglo II a.C., *Homenaje a E. Plá, Trabajos Varios del S.I.P.* 89, 443 ss., Valencia.

FERNANDEZ DE AVILES, A., 1942: El poblado minero ibero-romano del Cabezo Agudo en La Unión. *A. Esp. A.* 46, 136-152.

FERNANDEZ MIRANDA, M., BELEN, M., 1977: *Arqueología Submarina en Menorca*, Fundación March, Madrid.

GIMENO, J., 1994: Plinio, Nat. Hist. 3.21: reflexiones acerca de la capitalidad de la Hispania Citerior. *Latomus* 53, fasc. 1, 39-79.

GUERRERO, V., 1980: Las cerámicas pseudo-campanienses ebusitanas en Mallorca. *Archéologie en Languedoc* 3, 169-194.

GUERRERO, V., 1986: Una aportación al estudio de las ánforas púnicas Mañá C. *Archaeonautica* 6, 147-186.

GUERRERO, V., MIRO, J., RAMON, J., 1989: L'épave de Binisafuller (Minorque). Un bateau de commerce punique du III siècle av. J.C., en *Punic Wars, Studia Phoenicia* X, 115-127, Leuven.

HESNARD, A. *et alii* 1989: Aires de production des Greco-Italiques et des Dr. 1, *Amphores Romaines...*, 21-65.

KNAPP, R.C., 1977: *Aspects of the Roman Experience in Iberia, 206-100 B.C.*, Anejos de *Hispania Antiqua IX*, Valladolid.

LAMBOGLIA, N., 1952: La nave romana di Albenga, *Riv. Studi Liguri* 18, 24, 131-236.

LANCEL, S., 1987: La céramique punique d'époque hellénistique, en *Céramiques Hellénistiques et Romaines*, vol. II, Univ. de Besançon, 99-137.

LANCEL, S., director, 1982: *Byrsa II*, Coll. Ec. Fr. Rome 41, Paris.

LIDING WILL, E., 1989: Relazione mutue tra le anfore romane. I ritrovamenti in Orienti alla luce dei dati ottenuti nell'Occidente, en *Amphores Romaines...*, 297-309.

LONG, L., 1987: Les épaves du Grand Congloué. Etude du journal de fouille de F. Benoit, *Archaeonautica* 7, 9-36.

MARTIN CAMINO, M., 1994: Colonización fenicia y presencia púnica en Murcia, en *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Bibl. Básica Murciana, vol. extra 4, 293-324, Murcia.

MARTIN CAMINO, M., ROLDAN, B., 1986: Aspectos arqueológicos y urbanísticos de la Cartagena púnica, en *Historia de Cartagena*, vol. IV*, Ed. Mediterráneo, Murcia.

MARTIN CAMINO, M., ROLDAN, B., 1991: Púnicos en Cartagena, *Rev. de Arqueología* 124, 18-24, Madrid.

MARTIN CAMINO, M., ROLDAN, B., 1994: Un tipo de ánfora púnica centromediterránea en Occidente durante época bárcida, Merlin-Drappier 3, en *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Bibl. Básica Murciana, vol. extra 4, 465-476, Murcia.

MAS, J., 1971: La nave romana de Punta de Algas, *Not. Arq. Hispánico* XIII-XIV, Madrid, 402-427.

MAS, J., 1985: Excavaciones en el yacimiento submarino de San Ferreol (Costa de Cartagena), *II Congreso Intern. de Arqueología Submarina*, (Cartagena 1982), Madrid, 189-224.

MOREL, J.P., 1981: *La Céramique Campanienne: Les Formes*, Bibl. Ec. Fr. Ath. et Rome 244, Paris.

MOREL, J.P., 1990: Aperçus sur la chronologie des céramiques à vernis noir aux II et I siècles av. C., *Table Ronde Gaule Interne et Gaule Mediterranéénne aux II et I siècles av. C. Confrontations chronologiques*, Suppl. 21 à *Rev. Arch. Narbonnaise*, 55-72.

MOREL, J.P., 1992: Les échanges entre la Grand Grèce et la Gaule du VII au I siècle av. J.C., en *Atti XXX Convegno sulla Magna Graecia*, 247 ss., Taranto.

MUÑOZ VICENTE, A., 1987: Las ánforas prerromanas de Cádiz (informe preliminar), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, vol. 2, 471-478, Sevilla.

NOLLA, J.M. y NIETO, J., 1989: La importación de ánforas romanas en Cataluña durante el periodo tardo republicano, en *Amphores Romaines...*, 367-391.

NICOLAS, J. de, 1979: Nave romana del puerto de Mahón, en *Cuadernos del C.I.S.M., Arqueología Clásica en Baleares 1*, Menorca.

PEDRONI, L., 1986 y 1990: *Ceramica a vernice nera da Cales*, vols. I y II Liguori ed., Napoli.

PEREZ BALLESTER, J., 1986: Las cerámicas de barniz negro «campanienses»: estado de la cuestión, *Boletín del Museo Arqueológico Nacional*, IV, 27-45.

PEREZ BALLESTER, J., 1992: El vaso crateroide de barniz negro decorado con ovas F-4753, una probable producción calena, *Saguntum* 25, 119-132.

PEREZ BALLESTER, J., 1994: La cuestión de las importaciones itálicas al sur del Ebro anteriores a las Guerras Púnicas. A propósito de un vaso de Gnathia procedente de Ibiza, *Saguntum* 27, 189-196.

PEREZ BALLESTER. J.. 1995: Asociaciones de lagynoi. boles helenísticos de relieves y ánforas rodias en contextos mediterráneos. Actas del Simposion «*Iberos y Griegos: lecturas desde la diversidad*» (Ampurias 1991). *Huelva Arqueológica* XIII. 2. 346-366.
PEREZ BALLESTER. J.. BORREDA. R.. CEBRIAN. R.. 1995: La cerámica de cocina del s. I d.C. en Carthago Nova y sus precedentes republicanos. *Cerámica Comuna Romana d'època alt-imperial en la península Ibèrica. Estat de la qüestió. Monografies Emporitanes*. VIII. 187-199. Empúries.
PEREZ BALLESTER. J.. SAN MARTIN MORO. P.A.. BERROCAL CAPARROS. C.. 1995: El Anfiteatro Romano de Cartagena (1967-1992). *El Anfiteatro en la Hispania Romana*. 91-118. Mérida.
PEREZ BALLESTER. J.. MARTIN CAMINO. M. (en prensa): Los niveles púnicos de Carthago Nova. *III Congrés International d'Etudes Phéniciennes et Puniques*. Tunis. 1991.
PRINCIPAL i. PONCE. J.. 1993: La ceràmica de vernís negre del Tossal de les Tenalles (Sidamon-Pla d'Urgell). *Gala*. 2. 89-142.
RAMALLO. S.. 1985: *Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior)*. Murcia.
RAMALLO. S.. 1989: *La ciudad romana de Carthago Nova: la documentación arqueológica*. Univ. de Murcia. Murcia.
RAMALLO. S.. 1994: Pavimentos republicanos de Cartagena. en *Anales de Prehistoria y Arqueología*. 7-8. 199-230. Murcia.
RAMALLO. S.. ROS. M.. MAS. J. MARTIN. M.. PEREZ BALLESTER. J.. 1992: Carthago Nova. en Actas Congr. «*Conquista Romana y modos de intervención en la organización urbana y territorial*». *Dialoghi di Archeologia*. 1-2. 105-118.
RAMALLO. S.. RUIZ VALDERAS. E.. 1994: Un edículo republicano dedicado a Atargatis en Carthago Nova. *A. Esp. A.*. 67. 79-102.
RICHARDSON. J.S.. 1986: *Spain and the developement of Roman imperialism. 218-82 B.C.*. Cambridge Univ. Press.
RUIZ DE ARBULO. J.. 1992: Tarraco. Carthago Nova y el problema de la capitalidad en la Hispania Citerior Republicana. *Homenaje a J.M. Recasens*. 115-130. Tarragona.
RUIZ DE ARBULO. J.. 1993: Contextos cerámicos de la 1ª mitad del s. II a.C. en la Neápolis ampuritana. *Homenatge a M. Tarradell*. 629-646. Barcelona.
RUIZ VALDERAS. E.. 1995A: El poblamiento rural romano en el área oriental de Carthago Nova (Cartagena). en *El poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania* (Jumilla. 1993). 153-182. Murcia.
RUIZ VALDERAS. E.. 1995B: La cerámica de barniz negro de Cales en la 1ª mitad del s. II en el cerro del Molinete (Cartagena). *Rev. d'Arqueología de Ponent*. 4. 47-66. Lleida.
SANMARTI. E.. 1985: Sobre un nuevo tipo de ánfora de época republicana. de origen presumiblemente hispánico. *Ceràmiques gregues y helenístiques a la península Ibèrica* (Empúries 1983). *Monografies Emporitanes* VII. 133-142.
TCHERNIA. A.. 1986: *Le vin de l'Italie romaine*. Bibl. Ec. Fr. Rome 261. Paris.

EL NOMINATIVO SINGULAR EN -I DE LOS GENTILICIOS LATINOS EN LA EPIGRAFIA DEL AREA DE CARTHAGO NOVA. EL CASO PARTICULAR DE LA GENS AQUINIA

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 351- 356

Rafael González Fernández
UNIVERSIDAD DE MURCIA

EL NOMINATIVO SINGULAR EN -I[1]

Los nominativos en singular con la desinencia *-i* de los gentilicios latinos son, a veces, difíciles de distinguir porque ésta puede ser confundida no sólo con la desinencia del genitivo singular sino también con la del vocativo singular[2]. Los nombres propios de tema en *-io* hacen su vocativo singular en *-i* e igualmente pueden ofrecer un genitivo de singular de forma contracta *-i* (<*-ii*). Sin embargo, en las inscripciones el problema se plantea generalmente entre el nominativo y el genitivo, aunque como veremos en alguna ocasión el conflicto se ha extendido al vocativo e incluso a la desinencia de nominativo plural[3]. A menudo es fácil distinguir la desinencia del nominativo de la de genitivo, o viceversa, en los gentilicios porque el *cognomen* aparece desarrollado en el caso correspondiente, pero en otras muchas ocasiones no hay manera de distinguir un nominativo de un genitivo en los *nomina* de tema en *-io* de la flexión temática.

Tenemos ejemplos de inscripciones funerarias en las que, con mucha frecuencia, por su concisión no podemos saber si se hizo en nominativo o en genitivo. En las inscripciones sobre instrumentos domésticos siempre se había hecho hincapié en los «genitivos de pertenencia», pero como tendremos ocasión de comprobar muchos de estos objetos fueron grabados en nominativo, unas veces con la desinencia normal de nominativo **-ius** y otras en **-i**, con lo que podriamos hablar de un «nominativo de pertenencia». También en las monedas[4], es muy habitual la aparición de nominativos en **-i**[5].

LAS HIPÓTESIS SOBRE EL ORIGEN DE LA FORMA

El tema de los nominativos en **-i** ha sido poco estudiado. Leumann fue uno de los primeros en dedicarle algunas líneas en su ya clásica gramática latina[6] y ya más modernamente ha sido tratado más ampliamente por el finlandés J. Kaimio[7]. En alguna ocasión se ha hecho alusión al hecho pero sin profundizar en él[8].

---

(1) El nominativo en -i de la segunda declinación de los temas en o aunque es aceptado por muchos filólogos y epigrafistas plantea todavía muchos problemas de difícil solución. Lo que sí es claro es que la explicación de «abreviatura» no sirve en absoluto para aclarar el problema.

(2) Como decimos aparte del genitivo, la forma en *-i* puede confundirse con el vocativo en las inscripciones funerarias. Sin embargo, el nombre del difunto está prácticamente indocumentado en este tipo de inscripciones, excepto en los *carmina epigragphica*. Sobre un caso concreto de confusión véase *infra* nota 12.

(3) Véase *infra* nota 30.

(4) Sobre que las formas en -i de las monedas republicanas no pueden ser genitivos estamos totalmente de acuerdo con las explicaciones de M. J. Pena: «Observaciones sobre los nombres de los magistrados monetales», *Anejos AEspA* XIV, 1995, pág. 276: «*Hay que tener en cuenta que estas formas en -i tienen apariencia de genitivo singular y sin embargo no cabe esta solución por dos razones: porque alternan con formas que son sin ninguna duda nominativos bien sea en -us bien sea de otro tipo... y porque es difícil imaginar, por no decir imposible, que se pueda acuñar en nombre de un magistrado*».
Sin embargo como veremos en las marcas de los lingotes sí se plantean dudas entre el nominativo y el genitivo.

(5) Este tipo de nominativos aparece en monedas ibéricas de *Undicescen*-Ampurias en las que aparecen los nombres de los monetales con nominativos en -i: *ti.be.ri* y *lu.ci.* cuando la forma lógica hubiera sido la desinencia ibérica -e, utilizada por el ibérico para sustituir la desinencia -os del nominativo singular de los temas en -o. Sobre el tema vid. Siles, J.: «Iberismo y latinización: nombres latinos en epígrafes ibéricos», *Faventia* 3/1, 1981, págs. 97-113.

(6) Leumann, Manu; Hofmann, J. B., Szantyr, A.: *Lateinische Grammatik. Lateinische Laut- und Formenlehre.* Erster Band. C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, Handbuch der Altertumwissenschaft II.2.1. München 1977 (Neuausgabe 1977 der Formenlehre»), pág. 42, párr. 352.2: *Dekl. Singular. Nominativ..., Zusätze. a) Inschr. -i in Gentilnamen auf -ius ist abgekürzte Schreibung, als -i(us) wiederzugeben, nicht etwa Lautschreibung für -i(s), vgl. im Praeskript des SCBacch. als Gentilnamen die der Konsuln Marcius und Postumius, die der Schreiber aber Claudi Valeri Minuci, oder auch -ius neben -i D 267.*
Anteriormente este fenómeno fue constatado también por E. Ernout: «Le parler de Préneste d'après les inscriptions», *Mémoires de la Société de Linguistique de Paris* 13, 1905-1906, 341-343.

(7) J. Kaimio: «The Nominative Singular in -i of Latin Gentilicia» *Arctos* 6, 1969, págs. 23-42.

(8) Con referencia a CIL 3433 C. Belda Navarro: *El proceso de romanización de la provincia de Murcia.* Academia Alfonso X el Sabio. Murcia 1975, pág. 158: «*A ellos queremos añadir una particularidad de este tipo de epígrafes y en general de todo el latín arcaico. Se trata de un tipo de nomi-*

Sin embargo esta forma no ha sido explicada de una forma suficiente por ninguna teoría. Lo importante es que su práctica no sólo se desarrolló durante el periodo republicano, sino también durante el Imperio en no pocas inscripciones. Y ello debido a que al ser una forma que abreviaba las palabras podía ser usada en los limitados espacios de las lápidas, de las monedas y de otros objetos, o incluso por razones estéticas que hacían aconsejable el poder acortar los nombres. Incluso su parecido con la forma de genitivo en las inscripciones funerarias pudo contribuir a su desarrollo.

Para J. Kaimio este fenómeno tuvo posiblemente un origen fonético, habiendo sido la tradición epigráfica la causante de la pérdida de la -s en la terminación del gentilicio. La terminación -i puede ser entendida en este mismo sentido no pudiendo entenderse plenamente los factores que han influido en su desarrollo, concluyendo que esta forma pertenecería a la tradición de cierto grupo cerrado de inscripciones[9].

Jorma Kaimio en su trabajo sobre los nominativos en -i estudia las posibles explicaciones de este particular fenómeno: explicación fonética, explicación morfológica, interferencia etrusca, tendencia a la abreviación y la explicación sintáctica[10].

En cuanto a la explicación fonética habría dos posibles desarrollos:

1) *-ios > -is > -i.*
2) *-ios > -io > -i.*

Respecto a la morfología, cree este autor que se podría considerar el caso como un viejo *casus indefinitus* de un nombre individual, que habría adquirido la función de genitivo en los dialectos itálicos[11].

Es necesario también el recurso al estudio de la influencia etrusca ya que un gran número de inscripciones con nominativos en -i provienen de regiones donde la influencia etrusca es evidente.

Otras veces esta «dudosa abreviación» podría explicarse por la falta de espacio en los soportes epigráficos, como es el caso de las monedas, o, a veces, razones estéticas harían aconsejable acortar los nombres largos. Pero esto correspondería a un uso secundario ya que parece evidente que aunque la desinencia de nominativo **-i** se usó muchas veces a causa de su brevedad y adecuación a espacios pequeños, hace falta además una explicación filológica que explique su origen[12]. Realmente la explicación de la abreviatura no se entiende en inscripciones como CIL II 3408 dedicada al *genio opPidi* de Carthago Nova en la que junto a dos *nomina* en -ius (*L. Baebius* y *L Taurius*) aparece uno en -i (*L. Cati*). Por tanto esto sólo se puede explicar por algo totalmente distinto a una abreviatura o a una necesidad de ahorrar espacio[13].

La explicación sintáctica vendría dada por el estudio del gentilicio de los libertos y esclavos. El tipo primero correspondería a la forma *Eros Aureli(us) L. s.;* después el genitivo comenzó a aparecer en el siglo I a.C., lo que haría que el nombre del patrono invirtiera su posición, siendo la forma normal durante el Imperio: *Eros L. Aureli(us) s.* La explicación dada a esta teoría es que el genitivo se dio por una confusión con la forma abreviada de nominativo en *-i*, que explicaría la inversión del más antiguo tipo de genitivo. Esta teoría consideraría que la forma en *-i* habría influido en el desarrollo de la fórmula en genitivo de las inscripciones funerarias, incluso antes de la aparición de los epitafios construidos a partir de las palabras *ossa, monumentum...*, si bien esto es muy difícil de demostrar.

CRONOLOGÍA DE LA FORMA

A la espera de nuevos hallazgos que nos amplíen la cronología debemos decir que ésta ya es bastante amplia de por sí[14]. Tenemos una serie numerosa de inscripciones en diversas zonas del mundo romano que van desde finales del siglo IV a.C. a la primera mitad del siglo III d.C. En Hispania no llegan más allá de la primera mitad del siglo II d.C. En el ámbito de *Carthago Nova* la cronología de los epígrafes con desinencias de nominativo singular *-i* se sitúa entre el siglo I a.C. y el siglo I d.C., siendo el grupo más numeroso de cronología tardorrepublicana, aunque como veremos la inscripción más antigua, por el momento, sea la del liberto *M. Aquini Andro* fechada en función de criterios arqueológicos a finales del siglo II o inicios del siglo I. De todos modos la cronología se verá mejor al hablar de cada epígrafe.

Aunque en principio sean las monedas las que nos dan una cronología más precisa tenemos un numeroso grupo de inscripciones fechadas con exactitud. Otras, por el contrario, no pueden ser fechadas o sólo puede hacerse muy relativamente.

---

nativo en I, influido por diversos dialectos itálicos, donde es frecuente encontrar SEXTI por SEXTIUS, ROSCI por ROSCIUS. Algunas de estas formas suelen estar construidas sobre modelos oscos: Pakis=Pacius; o umbros=FISIM=FISIUM.
Esta es la correspondencia que encuentran los nominativos del texto de este yacimiento, al que sobran testimonios para encuadrarlo dentro de época republicana: POPLICI (Poplicius), CERII (Cervius), CAEICI (Caecicius), TALEPI (Talepius), TONGILI (Tongilius), PAQII (Paquius), VERATI (Veratius), PONTILI (Pontilius), CLAUDI (Claudius). En inscripciones funerarias de Cartagena se da también este nominativo en I».
Modernamente algunos trabajos, además de los ya citados, han incidido sobre este asunto. Vid. E. Campanile: «Elementi dialettali nella fonetica e nella morfologia del latino», SSL XXIV, 1961, pág. 12; M. J. Pena: «Algunos rasgos dialectales del latín de Hispania», *Faventia* 12-13, 1990-1991, págs. 389-400; J. S. Hernández Fernández: «Tito Livio XLIII, 3 y los *nomina* de los magistrados monetales de Carteia», *Faventia* 16/2, 1994, págs. 83-109; M. J. Pena: «Algunas observaciones sobre la forma de los nombres de los magistrados monetales en época republicana», *Anejos AEA*, XIV: *La moneda hispánica. Ciudad y territorio*, 1995, 275-279.

(9) J. Kaimio: «The Nominative... *op. cit.*», pág. 42.

(10) Kaimio, J.: «The Nominative... *op. cit.*», págs. 26-41.

(11) En términos parecidos habla M. Crawford: *Roman Republic Coins*, vol. I, pág. 305, cuando se refiere a «que la mayor parte de las leyendas monetales republicanas están en caso indeterminado».

(12) Con respecto a CIL II 3433 (CIL I² 2270) M. J. Pena propone una revisión (*Faventia* 12-13, 1990-1991, págs. 393-394) en la que expone que los *nomina* están en nominativo. Sobre esta revisión A. U. STILOW en *Hispania Epigraphica* 565 argumenta que «más que nominativos oscos en -i, parece tratare de la frecuente abreviatura republicana, en -i, de *nomina* en -ius.

(13) M. J. Pena: «Algunos rasgos dialectales del latín de Hispania», *Faventia* 12-13, 1990-1991, pág. 391: «Estos nominativos singulares en *-i* son relativamente abundantes en la Península Ibérica, aunque con frecuencia no se les reconoce como tales sino como nominativos en *-ius* abreviados.

(14) A este respecto M. J. Pena: «Algunos rasgos dialectales del latín de Hispania», *Faventia* 12-13, 1990-1991, pág. 394, opina que la forma -i no tiene ningún valor cronológico, ya que las formas en -i y en -ius coexisten y se alternan. Coincide en esta idea con M. Mayer e I. Roda: «La epigrafía republicana en Cataluña. Su reflejo en la red viaria», *Epigrafía hispánica de época romano-republicana*, Zaragoza 1986, págs. 157-170.

El grupo de inscripciones más antiguo en el que se conservan desinencias de nominativo *-i* son los *cippi* de Praeneste (CIL I² 64-357, 2445-2483) fechados por criterios artísticos y arqueológicos a finales del siglo IV a.C.(15). Otros ejemplos de inscripciones perfectamente fechados son CIL I² 607 de 217 a.C.: *M. MINVCI C F DICTATOR:* el *Senatus consultum de Bacchanalibus* del año 186 a.C. en CIL I² 581; CIL I² 12 del 167 a.C.; también el célebre bronce de Áscoli CIL I² 709, del año 89 a.C.; CIL I² 658: 122 a.C.; CIL I² 661: 117 a.C. De las más tardías podemos citar: *AEpig.* 1, 1975, n.º 170: 211-222 d.C.; *AEpig.* 1, 1977, n.º 265: es una lista de miembros de un colegio de fines del siglo II o inicios del III.

Generalizando podemos decir que son más normales en época republicana, sin embargo al no poder fechar con exactitud muchas de las inscripciones no se puede llegar a conclusiones definitivas. Para Hispania las fechas irían desde finales del siglo II a.C. al siglo II d.C., y, en concreto, para el área de *Carthago Nova* la cronología no va más allá de finales del siglo I d.C.

LAS INSCRIPCIONES

La desinencia de nominativo singular *-i* no tiene un campo concreto de utilización en la epigrafía sino que aparece en cualquier tipo de soporte como vamos a ver a continuación.

LOS EPÍGRAFES DE LAS MONEDAS(16)

En cuanto a las monedas hemos de decir que el nombre de los *monetales* se construye muy a menudo con la desinencia *-i*(17). De las monedas de Carthago Nova(18) con desinencia *-i* tenemos una serie cronológica que va del 57 a.C., poco antes de la refundación como colonia, hasta el 39 d.C.:

Número 2:	52 a.C.	A: *C. CAEDI Y T. Popili*
Número 13:	27 a.C.	A: *C. MAECI*
		R: *L. APPULEI RUFUS*
Número 14:	27 a.C.	A: *C. MAECI*
Número 25:	2 a.C.	A: *HELVI POLLI*
Número 32:	19 d.C.	A: *P. TURULLI*
Número 33:	19 d.C.	R: *P. TURULLI*
Número 34:	19 d.C.	R: *P. TURULLI*

LOS LINGOTES DEL ÁREA DE CARTHAGO NOVA

De los lingotes pertenecientes a Carthago Nova en la clasificación de Claude Domergue(19) hemos de tener en cuenta que no sólo se utiliza el genitivo llamado de pertenencia sino que el nominativo también suele ser utilizado(20). El problema de reconocer si el gentilicio está en genitivo o en nominativo en *i* sólo nos es aclarado en la mayor parte de las ocasiones cuando aparece el *cognomen* completamente desarrollado en el caso correspondiente. Que el nominativo es utilizado se ve claro en el n.º 1.054: *C. VTIVS C. F.* en el que aparece el nominativo del gentilicio completamente desarrollado. Del resto, son genitivos con seguridad los números:

1014:	*M. DIRI MALCHIONIS*
1025:	*C. NONI ASPRENATIS*
1033:	*C. PONTILIENI M. F.*
1037:	*M. RAI RUFI FER*
1051:	*Q. VARI HIBERI*

Sin embargo en el caso del lingote número 1.048: *P. TVRVLLI LABEON* tenemos un caso claro de nominativo en *-i*, ya que el *cognomen* no admite duda.

Pero desgraciadamente la mayor parte de los casos no son tan claros ya que en la filiación no aparece el *cognomen* y por tanto no podemos determinar si se trata de un genitivo o de un nominativo en *-i*. Se trata de los siguientes lingotes:

1003:	*C. AQVINI M. F.*
1004:	*M. AQVINI C. F.*
1015:	*C FIDVI C. F.*
	S. LVCRETI S. F.
1018:	*C. INGVLEI C. F.*
1022:	*LAETILI FERM.*
1023:	*C. MESSI L. F.*
1028:	*L. PLANI L. F.*
1035:	*T. POPILLI N. F. GALEN*
1049:	*P. TVRVLLI M. F. MAI*
1052:	*C. VTI C. F. MENEN*

Si en el caso de las monedas parece claro que las formas en *-i* son claramente nominativos como hemos visto más arriba en el caso de los lingotes no está tan claro ya que alternan formas completas de nominativo y/o genitivo y

(15) Estos nominativos aparecen también con frecuencia en los *cippi* de Caere, alrededor de 300, así como en las *ollae* de San Cesáreo (CIL I² 1015-1195) de la segunda centuria a.C.

(16) Vid. M. P. García Bellido y C. Blázquez: «Formas y usos de las magistraturas en las monedas hispánicas», *Anejos AEspa* XIV, 1995, págs. 381-428, en donde se ofrecen un *corpus* de magistraturas monetales hispanas con entrada por cinco conceptos distintos. La entrada de *nomina* y *cognomina* de magistrados respetando casos gramaticales es la que nos interesa para el presente trabajo. En esta lista podemos tener una visión de conjunto de los *nomina* en -i sin necesidad de recurrir a las variadas monografías de las distintas cecas.
En el quinto índice se recogen los magistrados honoríficos y patronos de las ciudades hispanas. No se ha querido completar los nombres pues, atendiendo a los estudios de M. J. Pena, la variedad de formas onomásticas pudo ser grande y una homologación en *-us* claramente gratuita.

(17) Otros conjuntos monetales de las ciudades de Carteia, Valentia, Saguntum, Calagurris presentan algunos *nomina* en -i. Vid. M. J. Pena: «Los magistrados monetales de Valentia», *Saguntum* 20, 1986, 151-164; M. Ruiz Trapero: *Las acuñaciones hispanorromanas de Calagurris*, Barcelona 1968; L. Villaronga: *Las monedas de Arse-Saguntum*, Barcelona 1967.

(18) A. Beltrán: «Las monedas latinas de Cartagena», *Anales de la Universidad de Murcia*, curso 1948-49, segundo trimestre, págs. 149-186. La numeración de las monedas corresponde a esta obra.
Los mismos ejemplos pueden ser estudiados en el último trabajo sobre las emisiones romanas de Carthago Nova: M. M. Llorens Forcada: *La ciudad de Carthago Nova: Las emisiones romanas*, Murcia 1993.

(19) CL. Domergue: *Les mines de la Peninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*, École Française de Rome, Palais Farnèse, Rome 1990, pág. 254, tabla X. En una publicación anterior, «Les lingots de plomb romains du musée Archéologique de Carthagène et du Musée naval de Madrid», en *Archivo Español de Arqueología*, 39, 1966, págs. 41-72.
En adelante los números de referencia de los lingotes son los de la obra de 1990 de Domergue.

(20) Otros lingotes considerados por Domergue como no pertenecientes a la zona de Carthago Nova presentan un nominativo normal como el 1.050: *M. VALERIVS ABLON.* o como el caso del 1.006, un nominativo en *-i*: *Cn. ATELLI(us) CN L BULIO.* Por el contrario también hay genitivos claros, el 1.011-1.012: *L. CARULI L. F. HISPALI MEN*; o el 1.036: *P. POSTIMI RUFI.*

por tanto las formas en -i no desarrolladas podrían ser tanto una forma como otra.

LAS INSCRIPCIONES DE CARTHAGO NOVA Y SU ENTORNO[21]

De las inscripciones que han aparecido bien en la propia Cartagena, bien en sus alrededores, tenemos varios ejemplos de nominativos en *-i*, así como otros varios dudosos. La cronología de la mayor parte de este tipo de inscripciones en *Carthago Nova* se remontan a época republicana:

3408: *L. CATI M. F.*
3409: *L. AVI L. L.*
3433: *C. POPLICI C. F.; L. CERVI L. F.; M. CAEICI N. C. L.; L. TALEPI A. L.; CN. TONGILI PVL. L.; L. PAQVI LON[G]I L. SIL (VANUS?); Q. VERATI CIS (SVS?); Q. CLAUDI POS (POR?)*

HEpig. 1 (1989) 486: *L ARGENTARI NICANDER / SALVE*

Esta inscripción[22] de cronología entre el siglo I a.C. y el siglo I d.C., aparecida en Mazarrón en 1981, presenta otro nominativo en -i, aunque en principio fue interpretado como un vocativo[23]:

L(uci) ARGENTARI NICANDER/SALVE

Si bien los anteriores gentilicios están claramente en nominativo los siguientes, de inscripciones funerarias, podrían estar tanto en nominativo como en genitivo[24]:

3455: *C. CAEDI P.F. SCAP[—-]*
3457: *L. CAPRI L. L. LVCRION*
3462: *T. DIDI*
3473: *M. LAETILI M. L. FAVST [—-]*
3474: *M. LAETILI M. L. NIC [—-]*
HAE 39: *C. CLODI*
HAE 111: *N. PAQVI NONI L. SIL [—-]*
HAE 121: *SEPTVMI W*(scil. mulieris) *L. SCVTI[A]*

(21) Si no se indica lo contrario la numeración corresponde al CIL II. Las abreviaturas *HAE* y *HEpig.* corresponden, respectivamente a *Hispania Antigua Epigraphica* e *Hipania Epigraphica.*

(22) *Hispania Epigraphica* 1, 1989, n.º 486; *Hispania Epigraphica* 2, 1990, n.º 507.

(23) M KOCH: «Neue römische Inschriften aus Carthago Nova III», *Madrider Mitteilungen* 28, 1987, pág. 130 refiriéndose a esta inscripción dice: «*Dies ist der erste Fall einer Grabinschrift im Einzugsgebiet von Neukarthago, auf der der Verstorbene eindeutig im Vokativ angesprochen wird*». Sin embargo ya A. STILOW planteó en *Hispania Epigraphica* 2, 1990, pág. 153, n.º 507, una nueva interpretación y refiriéndose al desarrollo de M. Koch dice: «El autor interpreta el caso del nombre como vocativo. Sin embargo la abreviatura -y de gentilicios en nominativo era frecuente en época tardorrepublicana, hasta en la misma Cartagena, cf. *CIL* II 3443= *ILLRP* 777».
No obstante, queremos hacer una precisión a lo dicho por Stilow en el sentido de que la cronología de los nominativos en *-i* llega incluso a época altoimperial, e incluso hay ejemplos bajoimperiales.

(24) A estas inscripciones debe aludir C. Belda Navarro: *El proceso de romanización de la provincia de Murcia*, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia 1975, pág. 158, sin embargo tampoco se puede descartar que la construcción fuese de genitivo.

Inscripción del ***sacellum*** *de* ***Iuppiter Stator***

Uno de los últimos descubrimientos arqueológicos en Cartagena, en la zona del barrio de Santa Lucía, ha sido el *sacellum* de *Iuppiter Stator* con la inscripción musiva[25] por cuya importancia es objeto de un tratamiento aparte:

M(arcus) AQVINI M(arci) L(ibertus) ANDRO/ IOVI STATORI DE SVA P(ecunia) QVR(auit)/ᵝ L(ibens) M(erito)

INSCRIPCIONES SOBRE OBJETOS DIVERSOS

Sobre objetos de madera

Hay cinco inscripciones procedentes del Coto Fortuna de Mazarrón, descubiertas a finales del siglo pasado e inicios de éste en el interior de galerías romanas[26], de las que tres podrían ser nominativos en *-i*. Dos de ellas estaban inscritas en las vigas que servían de soporte en el entibado de uno de los túneles:

1.— *S. MARI*
2.— *C. LAEVI*

La otra apareció sobre una plaquita de madera, que formaba parte del atalaje utilizado para transportar los esportones, donde se depositaba el material, una vez extraído, y que era llevado sujeto a la cabeza:

1.— *L. MINUTI*

Otros objetos

Sobre un cepo de ancla tenemos la marca *Ageili*[27].

OTROS NOMINATIVOS EN -i FUERA DE LA ZONA

1355: *C. APPLEI*
2029: *ACILI PLE(cusa)*[28]
2373: *S. ARQVI*
2974: *C. ATILI*
3302: *M. FOLVI GAROS*
4975 (18): *DOMITI*
5112: *Q. VIBI*
6257 (219): *C. VOLUSI*
HEpig. 1.1989, 356 *Q. SERTORI PROCOS*

HEpig. 2.1990: *L ASELLIVS / NIGER VETERAN /ᵝ ANIENSIS CAES/ARAVGVSTANVS / H(ic) [S(itus)] E(st) /ᵟ PVBLI CANINI ET/ OPTATA PVBLI<i> / CANINI<i> LIBERTA /ᵟ D(e) [S(ua) P(ecunia) F(aciendum)] C/urauerunt)*

(25) M. Amante Sánchez *et alii*: «El *sacellum* de *Iuppiter Stator* en Cartagena». *Antigüedad y Cristianismo* XII, 1995, págs. 533-562.

(26) G. Gossé: «Las minas y el arte minero de España en la antigüedad». *Ampurias* 5, 1942, pág. 53.

(27) C. Belda Navarro: *El proceso de romanización...*, *op. cit.*, pág. 358.

(28) *P MAGNIO Q F QVIR RVFO / MAGONIANO TR MIL IIII /ᵝ PROC AVG XX HER PER HISP BAET / ET LVSITAN ITEM PROC AVG / PERBAETIC AD FAL VEGET /ᵟ ITEM PROC AVG PROV BAET AD / DVCEN ACILI PLEC AMICO OPTIMO / ET BENE DE PROVINCIA /ᵟ SEMPER MERITO D D.*
Este personaje femenino, *Acilia Plecusa*, es conocido por otras inscripciones: CIL 2016-2020.

Esta inscripción de la segunda mitad del siglo I o del siglo II d.C. merece un comentario para aclarar una posible confusión de la desinencia de nominativo plural con la de singular. Esta inscripción, publicada por P. Palol y J. Vilella[29], es corregida por J. Mangas en el desarrollo de la línea 6 en los siguientes términos: «El singular reconstruido de la l. 6 es erróneo. Debe entenderse un nominativo del plural *Publi Canini*, los Publios Caninios como libertos de Publio Caninio, quienes dedican junto con una liberta del mismo patrón»[30].

Nosotros creemos que la inscripción puede explicarse perfectamente según el desarrollo establecido por Palol y Vilella, interpretando el *praenomen* y el *nomen* como nominativo singular en *-i*.

HEpig. 1.1989, 307: *VIBI VASCO / RUS* (Siglos I-II).
HEpig. 3.1993, 362: *AEMILI MATER/[nus/ i]*

EL CASO PARTICULAR DE LA *GENS AQVINIA*

El descubrimiento de una nueva inscripción en Cartagena ha llevado a replantearnos hechos que se daban por seguros hasta este momento[31]. Por un lado hemos de precisar la constatación de una nueva *gens* en el área de *Carthago Nova*, y por otro y como consecuencia de esto mismo el tratar de demostrar que algunos personajes que se adscribían a la *gens Aquina*, representada en *Carthago Nova* por el duumviro monetal *Caius Aquinus Mela*, documentado en algunas monedas fechadas en torno al año 42 a.C.[32], pertenecían en realidad a la *gens Aquinia*, si es que en realidad no formaban todos parte de una misma familia[33].

En primer lugar hemos de corregir tomando como base a otros autores la inscripción CIL II 3448: *AQVINA / STRATONIC[E] / SALIE*. Esta inscripción, al parecer vista y leída por Hübner, fue leída por Abrahan Bibrano en el siglo XVII leyendo el gentilicio como *AQVINIA*[34]. También Lumiares en el siglo XVIII da la lectura *AQVINIA*[35]. La lectura, sin embargo, fue corregida por Hübner[36] como *Aquina* por comparación con la inscripción monetal del duumviro *Caius Aquinus Mela*, documentado en algunas monedas como ya hemos visto[37]. Beltrán da una lectura distinta a Hübner, manteniendo la lectura de Bibrano y Lumiares en cuanto al gentilicio[38]. El hallazgo de la inscripción dedicada a *Iuppiter Stator* permite retomar la lectura de Bibrano como válida. Por tanto la lectura de CIL II 3448 debería quedar con la interpretación de Beltrán.

Nosotros ya hemos planteado en el artículo citado incluir dentro de la *gens Aquinia* a los firmantes de los lingotes de plomo números 1003 y 1004 de Claude Domergue[39], tradicionalmente incluidos dentro de la *gens Aquina*. Son dos los personajes que aparecen sobre lingotes de plomo en el área de Cartagena: *C. AQVINI M. F. y M. AQVINI C. F.* Considerándolos nominativos en *-i* tendríamos por tanto dos miembros más de la *gens Aquinia*[40].

Por otro lado, aunque podríamos considerar la forma *Aquinus* del duumviro como una variación del tipo de la del poeta *Aquinus-Aquinus* de Cicerón y Catulo, creemos que es preferible, dado el estado actual de la investigación, considerarlo otra *gens* distinta de la que nos ocupa[41]. De he-

---

(29) P. Palol y J. Vilella: *Epigrafía romana de Clunia*. 1987.
(30) J. Mangas: *HEpig*. 2. 1990. n.º 155.
(31) El estudio epigráfico de la inscripción dedicada por el liberto *Marcus Aquini Andro* en el *sacellum* de *Iuppiter Stator* se puede ver más ampliado en *Antigüedad y Cristianismo* 12. 1995. págs. 533-562 en donde dimos la primera noticia de su hallazgo.
(32) A. VIVES: *La moneda hispánica*. Real Academia de la Historia. Madrid 1926. lámina 30. n.º 5; A. Beltrán: *Las monedas latinas de Cartagena*. Murcia 1949. págs. 27-29; L. Villaronga: *Numismática antigua de Hispania. Iniciación a su estudio*. Barcelona 1979. pág. 246. fig. 915.
M. J. Llorens en su estudio sobre las monedas de Carthago Nova hace esta serie de *Aquinus Mela* posterior al año 31 a.C. Vid. M. J. Llorens Forcada: *La ciudad de Carthago Nova: Las emisiones romanas*. Murcia 1993. pág. 57.
(33) El duumviro quinquenal *Caius Aquinus Mela* podría pertenecer a una *gens* totalmente distinta, aunque es posible que sea un caso más de abreviación del sufijo -ius en -us, como ocurre con el Aquinio-Aquino, poeta, citado por Cicerón (Tusc. 3.63) como Aquinius y por Catulo (14.18) como Aquinus. Vid. los términos *Aquinius* y *Aquinus* en *Thesaurus Lingvae Latinae*. Volumen II: AN-Byzeres, col. 379; lo mismo en *Lexicon Totius Latinitatis*. Tomo V. *Onomasticon* A-I. págs. 151-152.
Otras veces, la abreviación del sufijo puede responder a otra serie de razones, como ocurre en la Eneida con Iulus en vez de Iulius. Citado en LEUMANN. *Op. cit.*, pág. 129, párrafo 138.4: «*Die Namensform des Stammvaters der gens Iulia Iulus (-) bei Verg. Aen. 1. 288 muss aus griechischer Tradition stammen*».
Sin embargo es posible que con Julio César hubiera una unificación de criterios como plantea M. J. Pena en una modélica hipótesis de trabajo en la que destaca que César sostiene los principios de la escuela analogista, que proclama la uniformidad en la pronunciación, en la flexión de las palabras y por tanto en la grafía. Aunque no hay noticias de la puesta en práctica de sus teorías gramaticales plantea la autora que César hubiera puesto fin a un cierto caos en las grafías de los nombres de los monetales y las adecuara todas a la realidad de la época. A esta hipótesis de trabajo ha llegado por la coincidencia de la desaparición de las formas en *-i* con la época cesariana. Vid. M. J. Pena: «Observaciones sobre los nombres de los magistrados monetales en época republicana». *Anejos AEspA* XIV. 1995. págs. 278-179.
(34) Vid. *CIL* 3448. pág. 471.
(35) Conde de LUMIARES: *Inscripciones de Carthago Nova, hoy Cartagena, en el reino de Murcia*. Madrid 1796. pág. 130.
(36) *CIL* 3448. pág. 471: «*AQVINIA Bibr. male. Extant nummi Carthagini probabiliter tribuendi, qui ita inscripti sunt C. AQVINVS MELA IIVIR cum signis militaribus duobus...*».
(37) Véase nota.
(38) A. Beltrán: «Las inscripciones funerarias en Cartagena», en *Archivo español de Arqueología* 81. 1950. pág. 390. n.º 11: *AQVINIA/STRATONICE. I/SALIE*.
(39) CL. Domergue: *Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine*. École Française de Rome. Palais Farnèse. Rome 1990. pág. 254. tabla X. En una publicación anterior. «Les lingots de plomb romains du musée Archéologique de Carthagène et du Musée Naval de Madrid», en *Archivo Español de Arqueología* 39. 1966. págs. 41-72, los lingotes de *M. AQVINI C.F.* corresponden a los números 1-10 y los de *C. AQVINI M.F.* a los números 16 a 26.
(40) Un argumento más a favor de esta tesis sería la cronología tanto de la inscripción que nos ocupa como la de los lingotes anteriores, todos de época republicana. La cronología de los lingotes la situó Domergue en un principio entre el 140 a.C. y la época de Augusto. (CL. Domergue: «Les lingots de plomb romains du musée archéologique de Carthegéne et de musée naval de Madrid» en *Archivo Español de Arqueología* XXXIX. 1966. págs. 61-63) aunque posteriormente la datación propuesta para los lingotes de plomo firmados por los *AQVINI* comprende los últimos años del siglo II a.C. y la primera mitad del I a.C. (CL. Domergue: *Les mines... Op. cit.*, págs. 265-266). La cronología que proponemos para la inscripción, basada en los datos proporcionados por la excavación del templo, puede situarse entre el último cuarto del siglo II a.C. y los primeros años del I a.C. En esta banda cronológica, por tanto, habría que situar a los tres miembros de esta familia: los dos ciudadanos romanos conocidos por los lingotes y el liberto edicante del templo, cuyo patrono, Marco, pudo ser tanto el firmante de los lingotes como el padre de uno de ellos, o bien otro personaje totalmente distinto.
(41) El origen tanto de una familia como de otra se puede situar en *AQVINVM*, en Mazio. Para Schulze (W. SCHULZE: *Geschichte Lateinischer Eignnamen*. Berlin 1933. págs. 526 y 540) *Aquinus* deriva del nombre de la ciudad de los volscos, *Aquinum*, aunque apunta que no todos los *Aquini* son originarios de esta ciudad y es difícil atribuir este gentilicio a una región determinada de Italia: Kajanto opina, sin embargo, que derivaría de étnicos no conservados (I. Kajanto: *The Latin Cognomina*. Roma 1982 (reimpr.). pág. 184).
El profesor Juan Manuel Abascal Palazón plantea dos gentilicios distintos: *AQVINIVS/A* frente a *AQVINS*. Vid. J. M. Abascal Palazón: *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*. Anejos de Antigüedad y Cristianismo II. Murcia 1994. pág. 84.

cho, todos los investigadores han interpretado hasta ahora a los *negotiatores* de los lingotes de plomo como pertenecientes a la familia *Aquina*, si bien *Aquinus* está mejor atestiguado como *cognomen* que como *nomen*. En este sentido M.ª Amalia Marín Díaz(42), cuando habla sobre los *Aquini negotiatores*, dice que *el gentilicio Aquinus está atestiguado en Carthago Nova en dos monedas de finales de la República que llevan el nombre de un duumviro quinquenal, Gaius Aquinus Mela, Aquinus está testimoniado también como cognomen, pero, en este caso, si lo comparamos con las dos monedas citadas que llevan el cognomen Mela, parece claro que en los lingotes Aquinus debe ser un nomen*»(43). Por otro lado la forma latina correcta del gentilicio derivado de la ciudad de *Aquinum* sería una forma sufijada en *-ius*(44).

En definitiva creemos que la aplicación de criterios filológicos al estudio de la epigrafía ha servido en este caso para ayudarnos a mejorar la lectura de los *nomina* de los miembros de una familia del área de *Carthago Nova*, de la que no teníamos noticia hasta ahora, o mejor dicho sí la teníamos pero fue desechada por Hübner: la *gens Aquinia*.

En este trabajo pretendemos llamar la atención sobre la posibilidad de no completar con lecturas y homologaciones los nominativos en *-i* o aquellos *nomina* que planteen la duda, fundamentalmente entre nominativo o genitivo, como hemos visto a lo largo del trabajo, ya que la variación de formas onomásticas pudo ser grande y, por tanto, esta homologación en *-us* claramente gratuita.

En último lugar queremos decir que hemos constatado que la forma de nominativo en -i es claramente mayoritaria en Carthago Nova respecto al resto de Hispania y esto viene a confirmarnos una vez más las particularidades de la romanización-latinización de esta ciudad respecto al resto de ciudades de Hispania y que por otra parte nos puede servir de ayuda al estudiar el origen de los inmigrantes itálicos.

---

(42) M. A. Marín Díaz: *Emigración, colonización y municipalización en la Hispania republicana*. Universidad de Granada. Granada 1988. pág. 62.

(43) Respecto a esto hemos de decir que *Aquinus* es considerado como cognomen, que evidentemente puede haber dado lugar pasado el tiempo a un gentilicio. Los testimonios que tenemos son en su mayoría referidos a *cognomina*, pero aparte del duumviro de Cartagena tenemos otro testimonio numismático de *M. Aquinus*, legado de *C. Cassius* en las luchas del triunvirato en el que *Aquinus* parece ser también un *nomen*. Vid. Pauly término *Aquinus*, col. 344: término *Aquinus* en *Lexicon Totius Latinitatis*, pág. 152: *Thesaurus*, col. 379.

(44) Sobre la formación de gentilicios con sufijación en ius puede verse Leumann: *Op. cit.*, pág. 288, párrafo 273 c): Sobre la construcción de los nombres («*Stammbildung des Nomens: Von Personennamen: die lat. Gentilicia auf -ius*»).

EL CONJUNTO ESCULTORICO CONSAGRADO POR EL «DISPENSATOR ALBANUS» (II). CONSIDERACIONES PARA SU ESTUDIO EPIGRAFICO E HISTORICO-ARQUEOLOGICO (*)

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 357 - 373

José Miguel Noguera Celdrán
AREA DE ARQUEOLOGIA. UNIVERSIDAD DE MURCIA
Francisco José Navarro Suárez

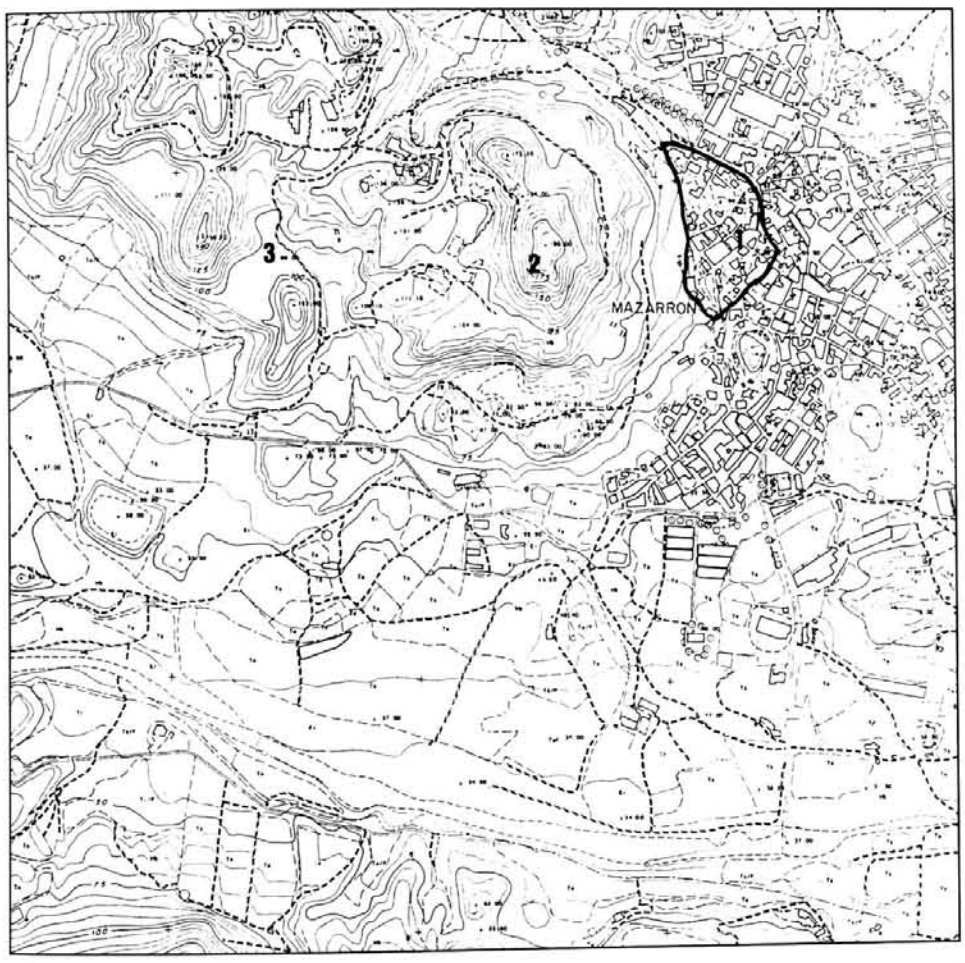


Lámina 1. 1: Ubicación aproximada del barrio de la Serreta en el actual casco urbano de Mazarrón: 2: Cabezo de San Cristóbal: 3: Cabezos de los Perules. Mapa topográfico Regional. 1: 5.000. hoja n.º 976-5-4 (C.A.R.M.).

INTRODUCCION

En el volumen 4 de la revista *Verdolay*; uno de nosotros publicó un análisis de algunos de los caracteres técnicos, estilísticos e iconográficos de un interesante grupo de esculturas, consagradas por el liberto *Albanus*, de profesión *dispensator*, a la *Mater Terrae* y a sendos *genii* (fig. 1) (1) En aquella ocasión quedó pendiente un segundo estudio relativo a los epígrafes del conjunto votivo y al contexto histórico-arqueológico en que poder encuadrarlo. Por ello, en las páginas que el lector tiene entre sus manos, sincero y cariñoso homenaje a nuestra maestra la Pfra. A. M.ª Muñoz Amilibia, exponemos y proponemos diversas hipótesis de interpretación de dichos textos, de un lado, y de otro algunos datos relativos a su encuadre histórico e ideológico.

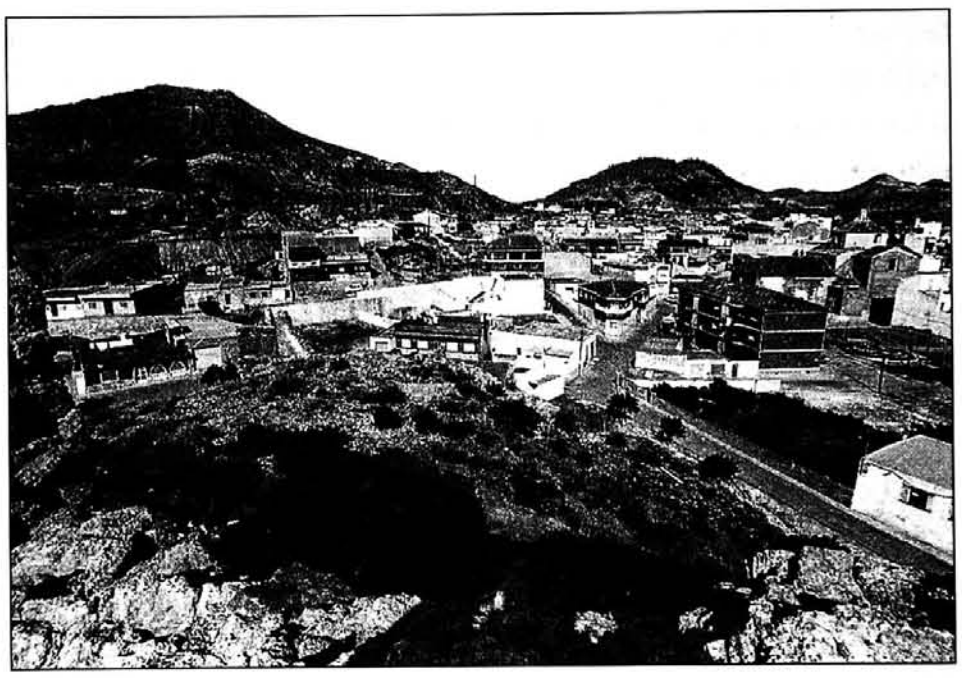


Figura 1. Vista el barrio de la Serreta, al pie de la ladera Oriental del Cabezo de San Cristóbal, desde el Cerro del Castillo (Mazarrón) (neg. A. López Cánovas).

Las inscripciones contienen elementos -tales como el nombre de la divinidad a quien se otorga parte de la ofrenda (pedestal n.º 1) o el *cognomen* y oficio del oferente, que no plantean considerables dificultades. Más complicado es desentrañar la identidad de los *genii* a quienes se dedica-

* Nuestro más sincero agradecimiento a la Dra. Francisca Moya del Baño, al Dr. Juan Manuel Abascal Palazón, a D. Saturnino Agüera y a D. Domingo Beltrán, por la lectura crítica del manuscrito original y sus valiosas ideas y sugerencias, que han contribuido a enriquecerlo; asimismo al Dr. José Miguel García Cano, Director del Museo Arqueológico de Murcia, por las facilidades prestadas para el estudio de los pedestales epigráficos; a Dña. Mª. Cruz Cabeza Sánchez-Albornoz, Directora de la Biblioteca General e Histórica de la Universidad de Valencia, por la información que nos ha facilitado en relación al desaparecido manuscrito del Conde de Lumiares (infra); y a los Drs. Guadalupe López Monteagudo y Santiago Montero por su amabilidad al hacernos llegar una copia del trabajo de L. Chioffi (cit. n. 89). Este trabajo se inserta en el proyecto de la DGICYT. PB 93-0883 - C 03-03.

(1) J. M. Noguera. El conjunto escultórico consagrado por el "dispensator Albanus" (I). Algunas puntualizaciones para su estudio iconográfico y estilístico. Verdolay. 4. 1992. 75-98.



Figura 3. Pedestal n.º 1. Epígrafe dedicado a la *Mater Terrae* (neg. A. López Cánovas).

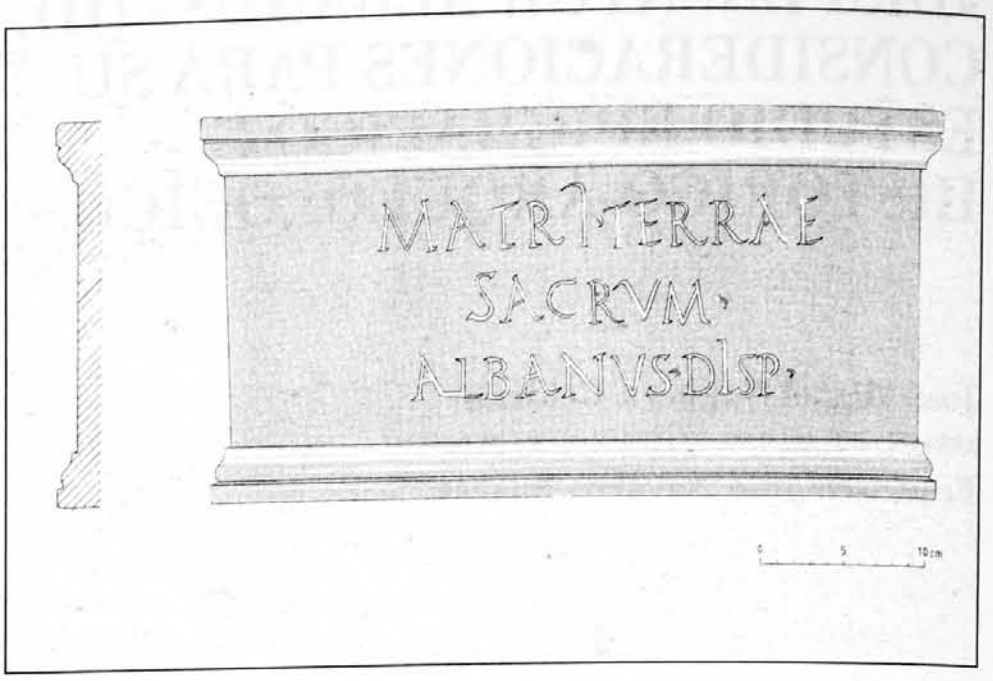


Lámina 2. Calco del epígrafe y sección del pedestal n.º 1 (dib. A. Martínez Ortega).

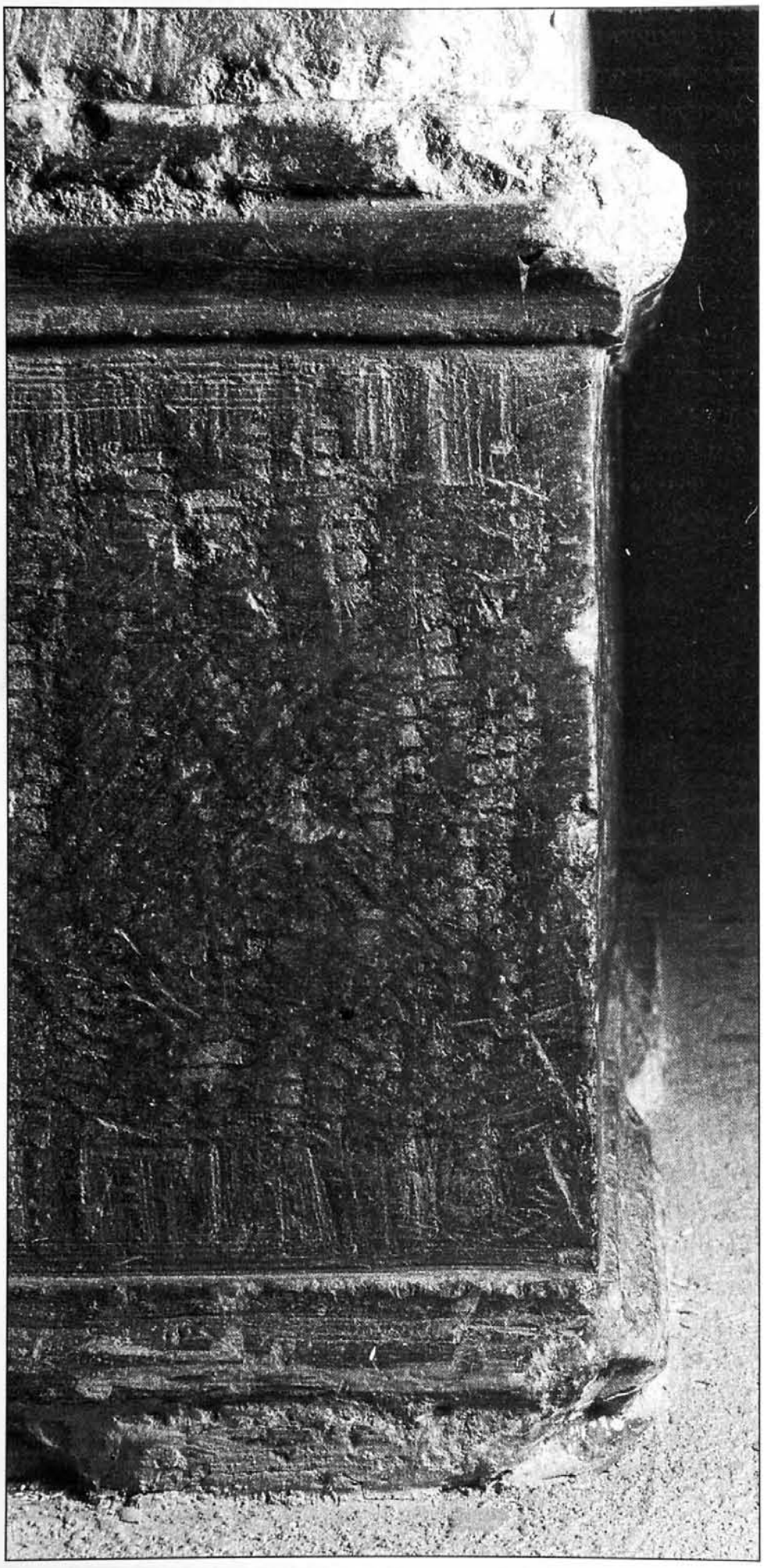


Figura 4. Pedestal n.º 1 Detalle de las molduras superior e inferior en el lateral derecho (neg. A. López Cánovas).

ron las dos estatuas togadas. Uno de ellos es un *Genius loci*, aunque es necesario determinar el caso en que está declinado el adjetivo dispuesto a continuación del sustantivo en dativo (pedestal n.º 2). De desarrollo muy complejo son las siglas *S.M.F.* que acompañan al segundo *Genius* (pedestal n.º 3). Los autores que se han ocupado de estos problemas trataron de resolverlos desde ópticas muy diferentes, aunque con el paso del tiempo una de las ideas más afianzadas propugna -en función de los textos de los pedestales n.º 2 y 3- la existencia, en el siglo I y bajo el actual casco urbano de Mazarrón, de una *ciuitas* con rango jurídico de *municipium*. Sin embargo, la información histórico-arqueológica que actualmente poseemos plantea serias dudas acerca de esta consideración, por lo que es necesario prescindir de las tradiciones historiográficas preexistentes y proponer otras lecturas para estas complejas siglas.

LOS PEDESTALES Y SUS EPIGRAFES.

N.º 1. Pedestal de estatua de la *Mater Terrae* (= *Verdolay*, 4, 1992, n.º 3, 86-93, figs. 3-6, láms. V-VII) (figs. 3-4, lám. 2).

Museo de Murcia. Sección de Arqueología.
n.º de inventario: 0/1.090/2 [2]

CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO
Y ESTADO DE CONSERVACIÓN.

Las tres labras y sus correspondientes pedestales fueron hallados el 24 de marzo de 1776 en el barrio de La Serreta (también llamado de la Palmera), Parroquia de San Andrés, al norte de Mazarrón (fig. 1, lám. 1). Al día siguiente, Gerónimo de Puente notificó a Pedro de Leyba que el grupo fue encontrado de manera casual, tirado sobre «*un arga/mason mui firme, que por las paredes / delos lados indica haver servido de / balsa o baño*»[3] Las estatuas de los genios aparecieron a derecha e izquierda de la *Terra Mater*. Uno de los

(2) Catálogo Topográfico: n.º 4.564.
(3) 25-III-1776. Mazarrón. Carta de Gerónimo de Puente a Pedro de Leyba, comunicándole el hallazgo casual en Mazarrón de tres esculturas y sus correspondientes pedestales (Mazarrón. Noticias e inscripciones. RAcHist. Mn. 57/15. Leg. 4).



Figura 5. Pedestal n.º 2. Epígrafe dedicado al *Genius loci Ficariensi* (neg. A. López Cánovas).

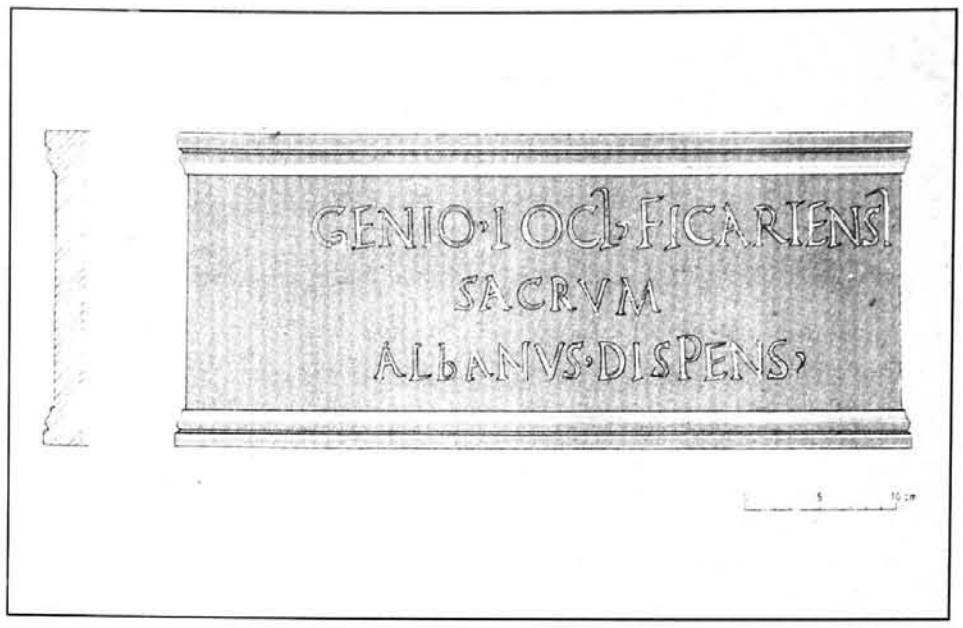


Lámina 3. Calco del epígrafe y sección del pedestal n.º 2 (Dib. A. Martínez Ortega).

togados, sin pies y con ambos brazos, sostenía en la mano derecha una *patera* y en la izquierda un *volumen;* el otro -correspondiente al *Genius S(---) M(---) F(icariensi)*- no tenía las extremidades, aunque sí el calzado. De la diosa no sólo se recuperó el cuerpo, sino también la cabeza, de cuarcita, la mano diestra y el brazo izquierdo con la cornucopia,

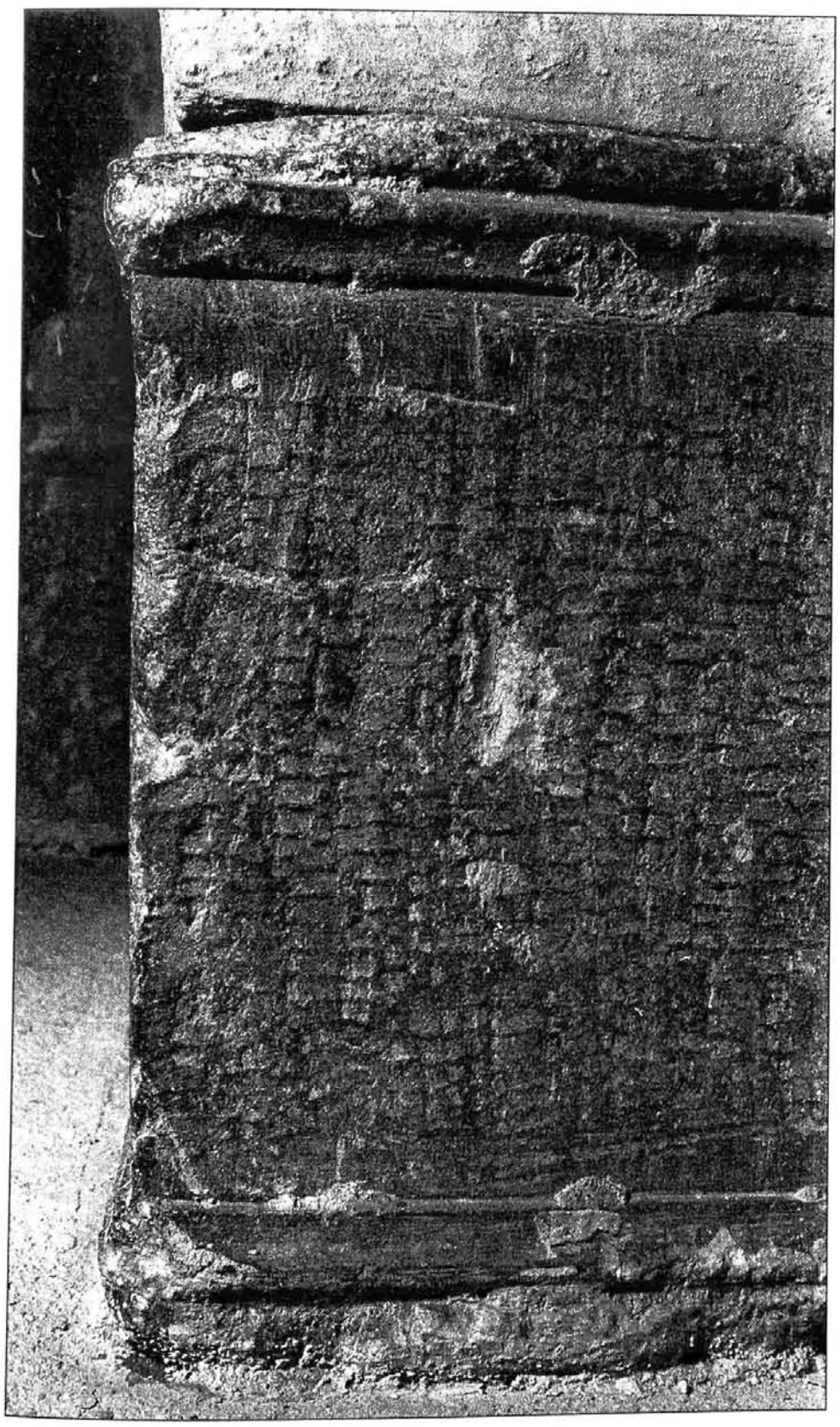


Figura 6. Pedestal n.º 2. Detalle de las molduras superior e inferior en el lateral izquierdo (neg. A. López Cánovas).

rota en varios fragmentos y de la que faltaban los extremos[4] Poco después, el Concejo de la Villa emitió un riguroso informe en que especificaba cómo el hallamiento se produjo en el sector septentrional del citado barrio. Entre otros muchos detalles, reseña que la balsa donde se encontró tenía «*20 palmos de largo y 16 de ancho*», así como «*quatro palmos de alto*». Del togado que conservaba los pies se indica que aunque «*algo desfigurada la cara / tiene entera la cabeza, que le cubre la toga por detras de las / orejas echandoles estas acia delante el pelo cortado y caido so/bre la frente y el cuello descubierto*». En cuanto a la *Mater Terrae*, se describe cómo sostenía una p*atera* en su mano derecha y que «*la Cabeza / se encuentra separada del cuerpo y partida por enmedio y es de Marmol mas fino que / la estatua a la que estaba unida con una especie de estuco de / bastante consistencia. El peinado empieza por un partido en la / frente que hace una raia en la cabeza (...) forma dos bucles a un / lado y aotro que se unen sobre la espalda en forma de punta. Demuestra bastante hermosura en sus facciones*»[5] Unos años después, el 11 de mayo de 1782, F. Pérez Báyer, camino de tierras andaluzas, visitó Almazarrón y, tras una serie de averiguaciones, concluyó que aparecieron en la referida balsa, sin contexto alguno, ni cerámicas, vidrios o monedas que pudieran datarlas [6] Poco más sabemos de las circunstancias en que se produjo el descubrimiento, ya que el resto de autores de los siglos XVIII y XIX que estudiaron o citaron el conjunto votivo se limitaron a repetir los anteriores da-

(4) Ibidem.

(5) 1776. Mazarrón. Informe de Fernando Vivanco y Matías Lardín de Paredes, escribanos del Rey del ayuntamiento de Mazarrón al Conde de Campomanes. Fical del Concejo y Cámara, en que se detallan las circunstancias del hallazgo y se describen las esculturas y los epígrafes de sus pedestales (Mazarrón. Noticias e inscripciones, RAcHist, Mn. 57/15, Leg. 5).

(6) Diario del viaje que el Dr. Francisco Pérez Báyer hizo desde Valencia a Andalucía y Portugal en 1782, escrito por el mismo, 1782 (RAcHist, Mn. 9/5498). Dicho autor, en su obra Numorum hebraeo-samaritanorum vindiciae. Valencia, 1790. 35-36, no aporta dato alguno en relación con este tema; no obstante, señala: "Maii semidiei itinere versus Occasum ad oppidum non ignobile quatuor passuum millibus Ö mari dissitum Almazarrïn. Ö soli atque agni Arabibus vocatum, quod hodie nomen retinet. Id autem olim Ficariensem locum et Ficariense fortasse Municipium, veteribus Geographis prorsus incognitum, Romanorum aevo appellatum fuisse liquet ä ternis elegantissimis statuis ä subfusco marmore ante paucos hos annos inibi detectis et in publicis aedibus hondie exstantibus, in quarum alterius basi Genius Loci Ficari apertissime legitur; in alia vero sub singularibus literis S.M.F. Salutarem Municipii Ficari Genium contineri non improbabiliter existimo. Eas antem cum in privatum usum accurate depingi fecerim atque in Ephemeridas retulerim, hoc loco Eruditis insidere religio fuit. Eccillas".



Figura 7. Pedestal n.º 3. Epígrafe dedicado al *Genius S(---). M(---). F(icariensi)* (neg. A. López Cánovas).



Lámina 4. Calco del epígrafe y sección del pedestal n.º 3 (dib. A. Martínez Ortega).



Figura 8. Pedestal n.º 3. Detalle de las molduras superior e inferior en el lateral derecho (neg. A. López Cánovas).

tos o no aportan luz alguna en relación con la cuestión. El mencionado barrio de La Serreta ocupaba parte del actual casco antiguo de Mazarrón (fig. 1; lám. 1), se extendía por el declive inferior de la pendiente oriental del Cabezo de San Cristóbal y quedaba cerrado al Sur/Sureste por el Cerro del Castillo. Limitaba al Oeste con las denominadas «minas», un elevado número de cotos mineros y fundiciones metalúrgicas extendidas por la totalidad del promontorio de San Cristóbal y los cabezos adyacentes de Los Perules, explotadas intensamente al menos desde época púnico-romana -cuando no desde tiempos más antiguos- hasta los inicios de nuestra centuria[7] El conjunto escultórico parece que se encontró amortizado en el interior de una especie de pequeña pileta o piscina de *signinum* y por sus caracteres intrínsecos es improbable que proceda de un lugar alejado. Por tanto, podemos suponer sin grandes temores a errar que los pedestales y las esculturas consagradas por *Albanus* -quizá dispuestas en un *sacellum*, como más adelante veremos- se ubicaron en el siglo I en la parte baja de la ladera Este del Cerro de San Cristóbal, prácticamente al pie de las explotaciones mineras contemporáneas.

DESCRIPCIÓN

Pedestal paralepipédico de cuarcita. 22'4 cm x 40'2 cm (incluidas molduras) x 42'8 cm. El anverso está pulimentado y el reverso y laterales trabajados en basto, apreciándose en ellos las huellas del instrumento de labra. Excepto por detrás, está enmarcado por una serie de molduras que constan de una *fascia* -a manera de ábaco-, un ángulo entrante de sección curva y una *cyma* (o gola reversa), en su parte superior; y en la inferior de una *cyma* (o gola reversa inversa), un ángulo entrante de sección curva y una faja a manera de plinto[8] Roturas múltiples en las molduras -la inferior prácticamente desaparecida-, y leves saltados y rozaduras en el frontal.

El campo epigráfico mide 15'7 cm x 39'6 cm. La *ordinatio* es la mejor de los tres pedestales, aunque el texto está levemente desplazado hacia la derecha. Las letras son capitales caligráficas, con ligera tendencia a la libraria y están

(7) Véase recientemente S. F. Ramallo y Mª. C. Berrocal, Minería púnica y romana en el Sureste peninsular: el foco de Carthago Nova. Minería y metalúrgia en la España prerromana y romana (D. Vaquerizo, coord.). Córdoba. 1994. en especial 103-118. con la bibliografía anterior.

(8) Véase sobre el uso convencional de estos términos J. N. Bonneville. Le monument epigraphique et ses moulurations. Faventia. 2/2. 1980. 84 y 91.



Figura 2. Conjunto escultórico consagrado por el *dispensator Albanus*, procedente de Mazarrón (neg. A. López Cánovas).

incisas mediante la técnica llamada de pico de pájaro, probablemente con un *scalprum* o cincel. Su trazado, fino y elegante, es poco profundo. La paginación del texto debió realizarse sin líneas guías, aunque con un dibujo previo de las letras, lo que explica la calidad de la composición. Refuerzos curvos en los pies y remates de muchas letras (por ejemplo en A y R). Trazos curvilíneos en los travesaños de las letras T y E (L.1) y en el rabillo de la R (L. 1 y 2). Interpunciones desiguales en forma de *uirgula*. El texto dice:

Matri Terrae
sacrum
Albanus disp(ensator).

L.1. *I longa* (con refuerzo curvado hacia la izquierda)
L.3. *I longa* (con pequeño remate curvo)

La altura de las letras de la línea superior oscila entre 2'5 y 3 cm; la *I longa* mide 3'8 cm. Las de la segunda línea -que está ligeramente inclinada hacia la derecha-, varía entre 2 y 2'7 cm, mientras que las de la tercera tienen entre 2'3 y 2'6 cm (menos la *I longa*, de 3'3 cm). Los espacios interlineales son irregulares; el primero mide entre 1'5 y 2'1 cm y el segundo entre 1'6 y 2'1 cm.

BIBLIOGRAFÍA

Como ya hemos indicado más arriba, las esculturas y sus pedestales se encontraron de manera casual en 1776. La primera referencia al evento corresponde a una breve carta que, un día después de producirse, envió Gerónimo de Puente a Pedro de Leyba[9]. Posteriormente, el 3 de abril, Saurín remitió un escueto informe a Francisco Ros en que analizaba algunos caracteres de las figuras y sus epígrafes, aunque solicitaba unos dibujos más exactos de los mismos -que él pagaría- al objeto de poder precisar su examen[10]. Ese mismo año, el Concejo de la Villa de Mazarrón notificó detalladamente el hallazgo al Conde de Campomanes[11]. El 11 de mayo de 1782, F. Pérez Báyer, con ocasión de un viaje por el Sureste, Andalucía y Portugal, visitó Mazarrón y en su diario anotó las descripciones de los pedestales y de las esculturas[12]. Por otro lado, una de las primeras ediciones de estos epígrafes y estatuas corresponde a Antonio Valcárcel Pío de Saboya y Moura, Conde de Lumiares (, quien sabemos que escribió un manuscrito titulado *Ilustración a las Inscripciones y Estatuas antiguas que se hallaron en la villa de Almazarrón, reino de Murcia, en el año de 1776;* desgraciadamente, ignoramos su fecha de redacción y su paradero actual es desconocido[14]. Además de estas noticias, existen otros documentos relativos a las estatuas y sus pedestales, cuya exégesis y edición crítica -que no entran en los límites del presente análisis- serán objeto de un próximo trabajo.

Pérez Báyer, F., N*umorum hebraeo-samaritanorum vindiciae*, Valencia, 1790, 35-36 (lám. entre ambas páginas) (*Cfr.* Reinach, S., *Répertoire de la statuaire grecque et romaine*, II, París, 1897, 258, n.º 3: *Mater Terrae;* 504, n.º 4-5: *genii)*; Lozano, J., *Bastetania y Contestania del Reyno de Murcia*, Murcia, 1794, 202-203; De Masdeu, J., *Historia crítica de España y de la cultura española*, Madrid, 1800, tomo XIX, 516; Hervás, L., *Preeminencias, y dignidad, que en la militar orden de Santiago, tienen su Prior eclesiástico, y su matriz, llamada Convento de Santiago de Ucles*, Cartagena, 1801, 111; Céan, A., *Sumario de las Antigüedades que hay en España: en especial, las pertenecientes a las Bellas Artes*, Madrid, 1832, 46; Hübner, E., *CIL*, II, 3.525-3.527 (*Cfr.* Toutain, J., *Les cultes païens dans l'Empire Romain*, París, 1907, 457; F. Fita, *BAcHist*, LII, 1908, 508; Rink, E., *Die bildlichen Darstellungen des römischen Genius*, Gießen, 1933, 23 (pedestal n.º 2); *DEAR*, II, 1.920, s. v. *Dispensator* (N. Vulic); *DEAR*, III, 465, s. v. *Genio* (L. Cesano); Vives, J., *Inscripciones latinas de la España romana*, Barcelona, 1971, n.º 382, 546-546a; Ramallo, S. F., *La romanización en la costa meridional de la provincia de Murcia. El Municipio de Mazarrón*, Universidad de Murcia, 1980 (Tesis de Licenciatura inédita); i*d.*, *Historia de la Región Murciana*, II, Murcia, 1980, 296; i*d.*, *La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio*, Murcia, 1989, 140, nota 12; 149; Abascal, J. M., *Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania*, Murcia, 1994, 264); Fuentes y Ponte, J., *Diario de Murcia*, 22 de

(9) Vid. supra n. 3.
(10) 3-IV-1776. Murcia. Carta de Saurín a Francisco Ros, con breve estudio referente a las esculturas y pedestales de Mazarrón (Mazarrón. Noticias e inscripciones. RAcHist. Mn. 57/15. Leg. 6).
(11) Vid. supra n. 5.
(12) Vid. supra n. 6.
(13) El Conde de Lumiares fue un gran conocedor de las "antigüedades" hispanas, especialmente las del Levante y Sureste. Ante la desidia y falta de respeto que el pueblo español manifestaba -entre otros- por los epígrafes latinos, en 1787 expuso a la aprobación del Conde de Floridablanca un proyecto para la elaboración del corpus Tesoro de inscripciones y colección de las antigüedades de España (1787. Expediente sobre publicación de una obra titulada Tesoro de inscripciones y colección de las antigüedades de España, de que acompaña prospecto impreso de 3 fols.: AHN, Sección de Estado, leg. 3.241, exp. 31). Fruto de su vasto trabajo fueron sus estudios sobre los epígrafes de Cartagena y del antiguo Reino de Valencia. Viajó con asiduidad por todo el país y es muy probable que viese directamente las estatuas y pedestales de los que ahora tratamos.
(14) Hemos documentado la existencia de este manuscrito en la recopilación bibliográfica de autores valencianos publicada por A. Pastor en 1830 (Biblioteca Valenciana, II, Valencia, 1830, 313, n.º 11), aunque tras intensas pesquisas en los archivos Histórico Nacional, de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando -de las que Valcárcel fue miembro- no hemos obtenido noticia alguna en relación con el paradero actual del documento. Tampoco en la Biblioteca General e Histórica de la Universidad de Valencia consta la existencia del manuscrito de Lumiares, aunque quizá nunca sabremos a ciencia cierta si llegó a depositarse en esta institución, cuyos fondos fueron destruidos por una bomba del ejército francés el 7 de enero de 1812.

marzo de 1891; Fita, F., *BAcHist*, XVIII, 1891, 368-370; González Simancas, M., *Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia* (Mn. del CEH del CSIC), Madrid, 1905-1907, 358-367; García y Bellido A., *Esculturas romanas de España y Portugal*, Madrid, 1949, 157-158, n.º 169, fig. 169, y 188, nota 1 (Cfr. Balil, A., *RGuimar*, LXX, 1-2, 1960, 123; Kunckel, H., *Die römischer Genius*, Heidelberg, 1974, 99; Presedo, F. J., *EAE*, 119, Madrid, 1982, 321; Vermaseren, M. J. *Corpus Cultus Cybelae Attidisque*, V, Leiden, 1986, 72-73, n.º 195, lám. LIV: *Mater Terrae)*; Espín Rael, J., *La Piedra Miliaria Augustal y la Lápida Sepulcral de L. Rubellius, de Lorca*, Murcia, 1952, 30-32; *id.*, *Murgetana*, 5, 1953, 34-36; *EAA*, III, 812, s. v. *Genio* (Fuchs, W.) (pedestal n.º 2); Belda, C., *El proceso de romanización de la provincia de Murcia*, Murcia, 1975, 268, lám. 20 (Cfr. Blázquez, J. Mª., *Homenaje al Padre Tapia*, Almería, 1988, 89; id., *Urbanismo y sociedad en Hispania*, Madrid, 1991, 288); Ferrándiz, C., *Almazarrón en la época ilustrada*, Mazarrón, 1981, 47-60; Muñoz, A. Mª., *RivStLig*, XLVI, 1983, 177-183; Noguera, J. M., *Verdolay*; 4, 1992, 77-98; González, R. y Amante, M., *Verdolay*; 4, 1992, 99-105; Ramallo, S. F. y Berrocal, Mª. C., *Minería y metalurgia en la España prerromana y romana* (D. Vaquerizo, coord.), Córdoba, 1994, 103-118. Véase también Sobejano, A., *Museo Arqueológico Provincial de Murcia. Catálogo de sus Fondos y Colecciones*, Murcia, 1924, 18-19; Fernández de Avilés, A., *MemMusA-Provinc*, II, 1941, 110 y 112; Jorge, M., *Museo Arqueológico de Murcia*, Madrid, 1956, 55; Pérez, A. E., *Murcia-Albacete y sus provincias*, Barcelona, 1961, 121 (sólo fotografía); Capel, H., *Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, 1961-1962, 236; Pérez, A. E. *et alii*, *Murcia*, Madrid, 1976, 144; Melgares, J. A., *Diario Línea*, 23 de julio de 1980; Bernal, F. y García, C. (coords.), *Museo Arqueológico. Murcia*, Murcia, 1993, 57; Ramallo, S. F. y Ros, Mª. M., *Itinerarios Arqueológicos de la Región de Murcia*, Murcia, 1993, 206; *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia*, 6, Murcia, 1995, 101, s. v. *Mazarrón (resumen arqueológico)* (Ramallo Asensio, S. F.).

N.º 2. Pedestal de estatua de genio togado (= *Verdolay*; 4, 1992, n.º 2, 82-86, fig. 2, láms. II, 3-3; III, 1-2; IV, 3-4) (figs. 5-6, lám. 3).

Museo de Murcia. Sección de Arqueología.
n.º de inventario: 0/1.090/1[15].

CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO.
Supra n.º 1.

DESCRIPCIÓN.

Pedestal prismático de cuarcita. 21'3 cm x 45 cm x 32 cm.[16] El pulimento del anverso -visible en la moldura superior- está muy degradado por acción de la erosión; el reverso y laterales están trabajados en basto, distinguiéndose las huellas del útil de labra. Carece de decoración, a excepción del anverso y laterales enmarcados por molduras integradas por una *fascia* con función de ábaco, un ángulo entrante de sección curva y una *cyma* o gola reversa, la superior; y una *cyma* o gola reversa inversa, un ángulo entrante de sección curva y un plinto en forma de faja, la inferior[17]. Las aristas y molduras (en especial las inferiores) están muy degradadas; abundantes saltados y desperfectos en todas las superficies.

Las dimensiones del campo epigráfico son de 15'5 cm x 44'4 cm. El texto se distribuye en tres líneas, la superior desplazada hacia la derecha[18]. Las letras son capitales caligráficas, irregulares en relación unas con otras, de trazo profundo, e incisas a pico de pájaro. En contra de lo que sucede en el n.º anterior, la paginación debió de ser a mano alzada. Refuerzos curvos en los pies y remates de algunas letras (destaca la A de L.1). Trazos curvilíneos en los travesaños de las letras E y F (L. 1 y 3) y en el rabillo de la R (L. 1 y 2). L de L.1 con travesaño inferior a manera de amplio refuerzo. Interpunciones desiguales en forma de *uirgula*. El texto es el siguiente:

Genio loci Ficariensi
sacrum
Albanus dispens(ator).

L.1., 2 y 3 *I Longa*

La altura de las letras de la primera línea oscila entre 2'7 y 3'4 cm; las de la segunda entre 2'3 y 2'5 cm y en las de la tercera entre 2'1 y 3'1 cm; las *I longae* miden 4'1 cm y 3'8 cm, respectivamente. Los espacios interlineales miden entre 1'1 y 1'9 cm, el superior; y entre 1'8 y 2 cm, el inferior.

BIBLIOGRAFÍA.
Supra n.º 1.

N.º 3. Pedestal de estatua de genio togado (= *Verdolay*; 4, 1992, n.º 1, 75-82, fig. 2, láms. I; II, 1; III, 3; IV, 1-2) (figs. 7-8, lám. 4).

Museo de Murcia. Sección de Arqueología.
N.º de inventario: 0/1.090/3[19].

CIRCUNSTANCIAS DEL HALLAZGO.
Supra n.º 1.

DESCRIPCIÓN.

Pedestal paralepipédico de cuarcita. 16'9 cm x 34'4 cm x 32'75 cm.[20] El anverso -que está ligeramente abombado hacia el exterior- está pulimentado y el reverso y laterales trabajados en basto, apreciándose las huellas del instrumento de labra. Carece de decoración, a excepción de las molduras del anverso y laterales formadas por un ábaco -integrado por una faja-, un ángulo entrante de sección curva y un talón o *cyma* reversa, la superior; y por un *cyma* o gola reversa inversa, un ángulo entrante de sección curva y una *fascia* con función de plinto, la inferior[21]. Las aristas y molduras del pedestal (en especial las inferiores) están muy degradadas. Abundantes desperfectos en los latera-

(15) Catálogo Topográfico: n.º 4.565.
(16) Sus dimensiones son ligeramente menores a las del n.º 1 (1'1 cm de alt. y 10'8 cm de gr. menos), aunque su anchura es un poco mayor (4'8 cm más).
(17) Véase J. N. Bonneville, op. cit. (n. 8), 84 y 91.
(18) Comienza a 6 cm de la arista derecha y termina a 0'9 cm de la opuesta.
(19) Catálogo Topográfico: n.º 4.563.
(20) Sus dimensiones son considerablemente más reducidas que las del resto del conjunto, en especial el n.º 1.
(21) Véase J. N. Bonneville, op. cit. (n. 8), 84 y 91.

les y, sobre todo, en el anverso, que está picado y saltado en parte, por lo que apenas se conservan las L. 2 y 3.

El campo epigráfico mide 9'5 cm x 32'9 cm. La primera línea está ligeramente descentrada hacia la derecha. Las letras son capitales caligráficas, de trazo rehundido y poco cuidado, realizado a pico de pájaro. Como en el anterior pedestal, la paginación debió de ser a mano alzada. La línea inferior está prácticamente borrada, aunque todavía es posible su lectura de visu. Pequeños refuerzos en los pies y remates de las letras (destaca en L. 1 la letra N). En L. 1, trazado curvilíneo hacia arriba en los travesaños inferior y superior de la E y en el superior de la F. Interpunciones triangulares apuntadas hacia abajo en L. 1 y 2, y en forma de *uirgula* en L. 1 (tras la M) y 3. El texto dice:

Genio S(---) M(---) F(icariensi)
sacrum
Albanus disp(ensator).

La altura de las letras de la L. 1 -que está ligeramente inclinada hacia la derecha-, oscila entre 2'8 y 3'3 cm; en la L. 2 miden aproximadamente 2'5 cm y en la L. 3, prácticamente desaparecida, 1'5 cm. El espacio interlineal superior es de 0 cm en algunas zonas y de 0'2-0'7 cm en otras, mientras que el inferior es inapreciable, aunque igualmente muy reducido.

BIBLIOGRAFÍA.
Supra n.º 1.

TRADICION HISTORIOGRAFICA E HIPOTESIS DE INTERPRETACION DE LOS EPIGRAFES

En las páginas siguientes planteamos algunas consideraciones relativas al dedicante y su ocupación, y algunas hipótesis de interpretación de los textos *Genio loci Ficariensi* y *Genio S(---) M(---) F(icariensi)*, inscritos en los pedestales n.º 2 y 3, respectivamente.

EL OFERENTE: *ALBANUS, DISPENSATOR.*

Según el texto de los tres pedestales de que -al menos por lo conservado- constaba el conjunto votivo, la totalidad de la ofrenda fue consagrada[22] por un acaudalado liberto privado, de *cognomen Albanus* y de oficio *dispensator*, del que no conocemos ningún otro testimonio en Mazarrón. El *cognomen* es de origen controvertido[23] y está ampliamente repartido por todo el Imperio[24], documentándose en *Hispania* en diversos puntos de su geografía[25]. Uno se cita en un epígrafe tradicionalmente considerado como procedente de *Carthago Noua*[26], aunque recientes estudios de J. M. Abascal lo atribuyen al ámbito epigráfico de la región jienense[27].

Cuestión difícil de esclarecer es la posible ascendencia itálica, directa o indirecta, de los hispanos que usaron este *cognomen*. En casi todos los casos, aparecen referidos únicamente mediante su *cognomen* y sólo en dos inscripciones se indica explícitamente su estatus social: liberto en la de Sayatón (*Albanus Clousocum [Ca]ii et Man[lii libe]rtus)* y siervo en la de Tardemézar (*Albanus M(arcii) Valeri Pilae ser(uus))*[28].

En relación con los menesteres del *dispensator*, autores clásicos como Cicerón y Varrón explican que su misión era la de administrador, intendente y mayordomo[29]. Sin embargo, el término encierra un significado más complejo y variado. De forma genérica, el *dispensator* estaba relacionado con el control e inspección de diversos tipos de actividades económicas desarrolladas en distintos niveles, ya sean de la gestión imperial, provincial o local, de *collegia* y *corpora* profesionales, o de carácter doméstico y privado[30]. En las distintas administraciones públicas, el empleo de *dispensator -annonae, fisci castrensis, summarum*, etcétera- era desempeñado por individuos que ejecutaban su trabajo en las carreras inferiores, tanto en Roma como en las provincias, y ejercían el control de las finanzas, siempre bajo la supervisión de un *procurator*,

(22) Como se desprende del manejo de la fórmula sacrum (J. M. Iglesias, Las fórmulas en las inscripciones latinas votivas de la Hispania romana: ensayo lógico estadístico, HispAnt, XVII, 1993, 279-320, y especialmente 291-303).

(23) Un interesante grupo de cognomina derivan de nombres de etnias, pueblos, tribus, regiones y ciudades, siendo de menor importancia los que se inspiran en términos geográficos -montañas, ríos, etcétera-. Etimológicamente, el cognomen Albanus podría ponerse en relación con la población lacial de Alba Longa, actual Castel Gandolfo, cerca de Roma, con lo que derivaría de la denominación de una entidad urbana. Esta ciudad fue destruida en época republicana, pasando su nombre a denominar los vecinos lacus y mons Albanus. Pero el cognomen no es de origen republicano y queda pendiente por resolver si surgió en memoria de la antigua y desaparecida Alba Longa o si se inspiró en la toponimia de los referidos lago y monte (DEAR, I, Roma, 1961, 287, s. v. Albanus (E. de Ruggiero); I. Kajanto, The Latin Cognomina, Helsinki, 1965 (2ª ed. Roma, 1989), 44; H. Solin y O. Salomies, Repertorium nominum gentilium et cognominum Latinorum, Hildesheim, 1988, 290.

(24) Véase, por ejemplo, en el repertorio de H. Dessau, ILS, los n.º 911, 1634, 1729, 1773, 2023, 2096, 2160, 2509, 2581, 2886, 3207, 3208, 4274, 4275, 5125, 5279, 6520, 8263, 9207.

(25) Lisboa (CIL, II, 191), Vila Boim (Elvas, Portalegre, Portugal) (HAE, 1.521; J. D'Encarnaáao, Inscriáoes romanas do conventus Pacensis, Coimbra, 1984, 597), Coria (Cáceres) (F. Fita, Nuevas inscripciones romanas, BAcHist, LXVI, 1905, 76-77, n.º 1), Mérida (Badajoz) (CIL, II, 600), Medina de las Torres (Badajoz (CIL, II, 1.026), Lebrija (Sevilla) (CIL, II, 1.294), Cabezas de San Juan (Sevilla) (CIL, II, 1.302), Sayatón (Guadalajara) (J. M. Abascal, Los nombres personales en las inscripciones latinas de Hispania, Murcia, 1994, 264), Saelices (Cuenca) (CIL, II, 3.100) y Tardemézar (Zaragoza) (AE, 1967, 263).

(26) MAN, n.º de inv. 2.821/7; CIL, II, 5.940; M. Fernández-Villamarzo, Estudios gráfico-históricos de Cartagena desde los tiempos prehistóricos hasta la expulsión de los árabes, Cartagena, 1905, 17; M. González Simancas, Catálogo Monumental de España. Provincia de Murcia (Mn. del CEH del CSIC), Madrid, 1905-1907, 337, n.º 297 (hallado en la zona del antiguo malecón); A. Beltrán, Las inscripciones funerarias en Cartagena, ArchEspA, XXIII, n.º 81, 1950, 431 y 433, n.º 110; J. M. Abascal, op. cit., (n. 25), 264.

(27) J. M. Abascal y S. F. Ramallo, La Epigrafía, Serie La ciudad romana de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio, 3, Murcia, e.p. Se trata de una especie de pequeño cipo o estela funeraria, de 35 cm x 30 cm, perfilado con una ancha moldura y con la parte superior redondeada. El epígrafe, grabado con letras de buena calidad datables en el periodo flavio-antonino, reza de la siguiente manera :

N(onio) Vineio
N(onii) f(ilio) Gal(eria tribu)
Albano

L.1. I I Longa

Por el momento, es la única inscripción que documenta la existencia de la gens Vineia en Hispania (J. M. Abascal, op. cit., (n. 25), 248).

(28) Vid. supra n. 25.

(29) A. Blánquez, Diccionario latino-español, español-latino, I, Barcelona, 1988, 537; véase asimismo Plinio, NH, XXXIII, 145; Petronio, Satyr., 30; Cicerón, Ad Att., XI, 1. En este sentido, Espín Rael interpretó a Albanus como encargado o comisario designado para la erección del monumento (J. Espín, La Piedra Miliaria Augustal y la Lápida Sepulcral de L. Rubellius, de Lorca, Murcia, 1952, 32).

(30) Véase recientemente J. Muñiz, Officium dispensatoris, Gerión, 7, 1989, 107-119, con la bibliografía anterior sobre el tema.

generalmente de orden equestre. Esta función de índole económica también la cumplieron en el seno de las asociaciones profesionales y, sobre todo, en los *collegia urbium singularum* o corporaciones locales de trabajadores ocupados en una misma profesión(31). En estas asociaciones, era un funcionario que, junto con el *repunctor*, estaba encargado de revisar las cuentas, controlar la contabilidad e inspeccionar las finanzas(32). En el ejército, el *dispensator legionis* tenía asimismo encomendados los pagos. Por último, este oficio también fue desempeñado como intendente o administrador de simples particulares(33). El cargo requería un elevado grado de confianza por parte de la comunidad o persona a la que servía, razón por la que era ostentado habitualmente por los más considerados y preparados de entre los individuos de baja extracción social, en su mayoría *serui ordinarii*(34), aunque también se atestiguan algunos *liberti*(35) Están ampliamente acreditados en todo el Imperio, y en *Hispania* aparecen repartidos por diversos puntos de su territorio(36). En cuanto al estatus jurídico de *Albanus*, el hecho de que sólo mencione su *cognomen* es indicio de su condición de liberto(37) y no de siervo o esclavo, en cuyo caso especificaría su nombre particular(38). La simple utilización del *cognomen*, además de una condición jurídica, denota una cierta familiaridad con el entorno en que se inserta su ofrenda.

(31) Por ejemplo, como se deduce de un epígrafe procedente de Dertona donde se refiere la existencia de un [dis]pensator co[llegiorum] Dert[orensium].

(32) Ocupaba un rango menos elevado que el repunctor y, en opinión de Waltzing, reemplazaba las atribuciones del tesorero de la corporación (quaestor), desembolsando las cantidades necesarias para el funcionamiento de la institución; para ambos funcionarios véase J.-P. Waltzing, Étude historique sur les Corporations Professionelles chez les romains depuis les origines jusqu'a la chute de l'Empire d'Occident, Roma, 1968 (2ª ed.), I, 419; II, 387.

(33) Por ejemplo: CIL, III, 2.935 y 8.832; VI, 6.267-6.279 y 9.310-9.372.

(34) De condición servil son los documentados en el Portus Ilipensis (Alcalá del Río, Sevilla) y en el Cortijo Viejo (Cañete de las Torres, Córdoba) (vid. infra n. 36).

(35) En este sentido, García y Bellido realizó una lectura errónea de una inscripción del Portus Ilipensis (Alcalá del Río, Sevilla) y señaló que el dispensator en ella mencionado ostentaba el rango de uir perfectissimus, categoría que, en realidad, tenía el individuo al que el referido administrador dedicó la lápida (vid. infra n. 36).

(36) Por ejemplo, en Portus Ilipensis (Alcalá del Río, Sevilla) (CIL, II, 1.085. Para esta población J. Millán León, Ilipa Magna, Alcalá del Río, 1989 (con bibliografía anterior); para la citada inscripción 176, n.º V). Santacrís (Eslava, Navarra) (A. García y Bellido, Novedades epigráficas, Inscripciones romanas de Córdoba, Navarra, Extremadura, Portugal, Cádiz, Ciudad Real, Málaga y Murcia, BAcHist, CLXVIII, 1971, 189; C. Castillo, J. Gómez-Pantoja y Mª. D. Mauleón, Inscripciones romanas del Museo de Navarra, Pamplona, 1981, 95-96, n.º 67). Corduba (CIL, II, 2.234; R. Portillo, P. Rodríguez y A. U. Stylow, Porträthermen mit inschrift im römischen Hispanien, MM, 26, 1985, 198; P. Rodríguez, Materiales arqueológicos y epigráficos para el estudio de los cultos domésticos en la España romana, Actas del VIII Congreso Español de Estudios Clásicos, III, Madrid, 1994, 20). Balsa (Tavira, Algarve, Portugal) (CIL, II, 5.164). Hispalis (Sevilla), de donde proceden dos (CIL, II, 1.197-1.198) y de una hipotética uilla rustica ubicada en el Cortijo Viejo, en el término municipal de Cañete de las Torres (Córdoba) (J. F. Rodríguez, Aportaciones epigráficas, I, Habis, 14, 1983, 170-173; R. Portillo, P. Rodríguez y A. U. Stylow, op. cit. (en esta nota), 192-193, n.º 10, lám. 39 b-c (con más bibliografía); P. Rodríguez, op. cit. (en esta nota), 20).

(37) J. Toutain señaló a comienzos de siglo que Albanus debió de ser un liberto privado o imperial (Les cultes païens dans l'Empire Romain, París, 1907, 457); posteriormente, fue considerado por N. Vulic como privado (DEAR, II, Roma, 1961, 1.920, s. v. Dispensator).

(38) Así ocurre, por citar algún ejemplo, con el dispensator Princeps de Cañete de las Torres (Córdoba), cuyo nombre -un adjetivo sustantivado- infiere su condición servil o, incluso, de uerna (vid. supra n. 35). Para los libertos en Hispania véase J. Mangas, Esclavos y libertos en la España romana, Salamanca, 1971; y, más recientemente, J. M. Serrano, Estatus y promoción social de los libertos en Hispania romana, Sevilla, 1989.

LAS DIVINIDADES RECEPTORAS DE LA OFRENDA

La más importante de las divinidades a las que se consagró el conjunto es la *Mater Terrae*, Madre de la Tierra, protectora del campo, de las cosechas y de la fertilidad de la tierra. Las otras dedicaciones son a sendos *genii*, cada uno de los cuales tiene una advocación particular, reflejada con más o menos claridad en los epígrafes. Los genios romanos eran divinidades, fundamentalmente de origen latino, bajo cuya tutela se encontraban todos los hombres (hasta el propio emperador), las instituciones y colectividades, los lugares y las ciudades (Roma, sus regiones, barrios y edificios), las casas y, en general, todo aquello que había y se hacía sobre la faz de la tierra. A decir de Censorio (*De re Natura*, 3, 1) *genius est deus cuius in tutela ut quisque natus est uiuit*(39).

GENIO LOCI FICARIENSI.

Las ofrendas al *genius loci* son frecuentes en la religión romana y, en particular, en la esfera de los cultos de raigambre netamente latina. Sabemos por *Seruius* (*Ad Georg.*, I, 302) que ... *nullus locus sine Genio*, o sea, que todo lugar tenía su propio genio tutelar. El *genius loci* era la deidad que custodiaba y santificaba determinados lugares, a la par que concedía su ayuda y protección a quienes le invocaban y sentían cercano. Se le otorgaban las ofrendas de costumbre: estatuas(40), aras y edículas(41). Son innumerables los epígrafes destinados a esta semidivinidad repartidos por todas las provincias del Imperio, aunque abundan en especial en Bretaña(42), Germania Inferior y Superior y las dos Panonias; regiones cuyo carácter fronterizo y militarizado, se tradujo en numerosas ofrendas por parte de comandantes, oficiales, suboficiales, soldados y veteranos de las legiones allí acantonadas, que invocaban el favor de los *genii* tutelares de aquellos lugares(43). En *Hispania* conservamos algunos testimonios de este género como, por ejemplo, los de Poza de la Sal (Burgos)(44) y Mazarrón. Los genios locales se dividen en dos grupos, a saber: los de luga-

(39) Sobre los genii en el mundo romano véase, en general, RE, VII, 1, 1.155-1.170, s. v. Genius (W. F. Otto); A. Negrioli, Dei geni presso i Romani, Bologna, 1900; E. Rink Die bildlichen Darstellungen des römischen Genius, Gießen, 1933, passim; EAA, III, Roma, 1960, 812, s. v. Genio (W. Fuchs); DEAR, III, Roma, 1962, 449-481, s. v. Genio (L. Cesano); DS, II, 2, 1969, 1.488-1.494, s. v. Genius (J. A. Hill); H. Kunckel, Die römischer Genius, Heidelberg, 1974, especialmente 78-133. Para Hispania véanse sendas estatuillas togadas procedentes de Mérida e Itálica, respectivamente (A. García y Bellido, Esculturas romanas de España y Portugal, Madrid, 1949, 188, n.º 216-217, figs. 216-217, quien ya las relacionó con los togados de Mazarrón).

(40) E. Rink, op. cit., (n. 39), 28-32, con una lista de 20 ejemplares de estatuas de genii evocados en actitud juvenil. Para el autor, la escultura de Mazarrón es la única representación togada de genius evocado como un anciano, aunque no parece que conociera directamente la pieza, de la que señala que era de bronce.

(41) Sobre el genius loci véase L. Cesano, op. cit., (n. 39), 462-467.

(42) En esta provincia, cuya romanización no llegó a ser tan intensa como en las meridionales, hay documentadas, al menos, 21 dedicatorias a los genii locorum (J. P. Alcock, The Concept of Genius in Roman Britain, Pagans Gods and Shrines of the Roman Empire, Oxford, 1986, 116-117).

(43) J. Toutain, op. cit., (n. 37), 456-459.

(44) F. Fita, Antigüedades romanas de Poza de la Sal, partido de Briviesca, provincia de Burgos, BAcHist, LXIX, 1916, 206-208; J. Vives, Inscripciones latinas de la España romana, Barcelona, 1971, 556; G(enio) loci/Atil(ius) Fr(aternus)/u(otum) p(osuit) l(ibens) m(erito).

res específicamente denominados (el más importante el *Genius Urbis Romae)* y aquellos otros designados con la fórmula genérica *genius loci*[45]. Dentro de este apartado, en algunas ocasiones se menciona el topónimo del *locus*, apartado éste en que podríamos incluir nuestro caso.

En el pedestal n.º 2 tenemos el texto *Genio loci Ficariensi. Ficariensis* es un adjetivo gentilicio[46], derivado del adjetivo *ficarius*[47] Numerosos autores y tratadistas clásicos resaltan en sus escritos la excelencia de los higos producidos en la fachada mediterránea de la península Ibérica, sugiriendo la existencia de plantaciones (tal vez *fundi)* afanadas en su cultivo y, quizá, posterior manufacturación. Según Estrabón (*Geogr.*, 3.4, 16) la costa mediterránea de *Iberia* estaba abundantemente proveída de olivos, viñas, higueras y plantas similares; Catón (*De re rustica*, VIII, 1) menciona la excelencia de los higos del Norte de Africa, Herculano y Sagunto, en la costa levantina de *Hispania*, y según Plinio (*NH*, XV, XXI, 82) los mejores y más grandes higos crecían en la isla de Ibiza[48]; a decir de Columela (XII, XV, 5), cuando los higos estaban bien secos por el calor del mediodía, eran recogidos y, según costumbre entre los africanos e hispanos, se apretaban y se les daba forma de estrellas y pequeñas flores, se volvían a secar de nuevo al sol y se almacenaban en recipientes para su consumo[49]. Que los higos se conservaban en ánforas u otro tipo de envases se deduce asimismo del nombre que Plinio y Catón dan a dichos contenedores: *uasa ficaria*[50]. Los tratadistas modernos de los siglos XVI al XIX también evocan la importancia que la producción de higos tuvo durante esta época en Mazarrón[51]. Entre otros, destacan los testimonios de J. Lozano[52], J. de Masdeu[53], P. Madoz[54] y, ya a fines de la pasada centuria, de J. Fuentes y Ponte[55]. En fin, muchos lugareños y ancianos de las inmediaciones todavía recuerdan la extensión de estos higuerales y la calidad de sus cosechas. Por consiguiente, no sería de extrañar que la abundancia de higueras y sus frutos fuera en la antigüedad un rasgo peculiar de las tierras de la actual Mazarrón, dando ello origen a la apelación del lugar con el referido topónimo.

Los dos primeros términos de la línea superior son claros; *genio* declinado en dativo y *loci* en genitivo nos sitúan ante uno más de los epígrafes votivos destinados al *genius* de un *locus*[56]. El problema surge al analizar *Ficariensi* que, «en principio», podría parecer un dativo concordante con *genio*, lo que implicaría una consagración «al genio ficariense del lugar». Sin embargo, la explicación -a nuestro juicio más coherente- sería la de leer *Ficariensi* como un genitivo calificativo del *locus*. Esta dificultad de lectura (dativo-genitivo) ya fue apuntada por algunos de los primeros autores que se ocuparon de la inscripción. La mayoría de ellos, de manera consciente o no, han leído o transcrito el vocablo en genitivo. En 1790, F. Pérez reseñaba «*Genius Loci Ficariensis apertissime legitur*»[57] y, unos años después, hacia 1794, J. Lozano tuvo al texto por una dádiva al «*genio del pueblo ficariense*», añadiendo a continuación que «*en dicha inscripción se ve la decadencia de la latinidad, pues el genitivo Ficariensis quedó en dativo*»[58]. De Masdeu, sin indicarlo de forma explícita, se acogió a esta exégesis pues -decía- el «*lugar llamado Ficaria (...) tomaría* (el nombre) *tal vez de la abundancia o de la buena calidad de sus higos*»[59]. Para L. Hervás, un descuido del lapicida podría ser la causa de que en el texto no se leyera *Genio loci Ficariensis*, o sea, «*al Genio del sitio ficariense; esto es al Genio tutelar del higueral*», aunque no sin advertir que «*si la inscripción no está errada, dirá: al Genio higuero de este sitio*»[60]. Más tarde, E. Hübner indicó igualmente que el adjetivo parecía declinado en dativo, aunque sin dar una solución a la disyuntiva planteada[61]. La consideración como genitivo, que ha persistido hasta nuestros días[62], propició una tradición historiográfica que identificaba en Mazarrón, no ya sólo un *locus Ficariensis*, sino también un *M(unicipium) F(icariensis)* a partir de las siglas *M.F.* del pedestal n.º 3. Los últimos investigadores que han retomado la cuestión se decantan por la lectura «al genio

---

(45) También tenemos documentados al genius montis, saltus, fluminis, fontis, aquae, area frumentariae, macelli, fori, curiae, thermarum, theatri, campi, uillae, tabulari, stationis, etcétera (L. Cesano, op. cit., (n. 39), 464-465).

(46) DEAR, III, Roma, 1962, 72, s. v. Ficariensis (E. de Ruggiero). Véase también la hipótesis de E. Rink, posteriormente retomada por W. Fuchs, según la cual la dedicatoria estaría referida a la isla de Ficaria, emplazada en el golfo de Cagliari (E. Rink, op. cit., (n. 39), 23; EAA, III, Roma, 1960, 812, s. v. Genio (W. Fuchs)).

(47) Thesaurus Linguae Latinae, VI, 1, s. v. Ficarius, a, um, 646; E. de Ruggiero, op. cit., (n. 46); y también DEAR, III, Roma, 1962, 73, s. v. Ficus (E. de Ruggiero).

(48) .... in Ebuso insula praestantissimas amplissimasque.

(49) .... quas deinde bene siccatas meridianis temporibus, cum calore solis emollitae sunt, colligunt, et, ut est mos Afris atque Hispanis inter se compositas comprimunt in figuram stellarum floculorumque, vel in formam panis redigentes; tum rursus in sole assiccant, et ita in vasis recondunt.

(50) Plinio, NH, 15, 34; Catón, De re rustica, 99; también E. de Ruggiero, op. cit., (n. 47), Ficus.

(51) En el siglo XVII, en el término de Lorca -al que perteneció Mazarrón hasta el seiscientos- también era importante la producción de determinados árboles frutales, sobre todo las higueras (G. Lemeunier et alii, Murcia en el siglo XVII: una sociedad en crisis, Historia de la Región Murciana, VI, Murcia, 1980, 48).

(52) Quien escribió que "la grande abundancia y exquisita calidad de los higos, no menos que su magnitud, influyeron de positivo en la apelación de Ficaria. Actualmente se disfruta la magnitud, y calidad noble, de las producciones de la higuera, mas ya, cesó la abundancia" (J. Lozano, Bastetania y Contestania del Reyno de Murcia, III, Murcia, 1794, 204-205).

(53) J. de Masdeu, Historia crítica de España y de la cultura española, XIX, Madrid, 1800, 516, quien consideraba que el adjetivo que con probabilidad calificaba al locus debió derivar "tal vez de la abundancia o de la buena calidad de sus higos".

(54) Reseñó que en el municipio de Mazarrón "críanse gran cantidad de higos en razón a la abundancia de estos árboles, pues la tierra se presta ventajosamente para su vegetación..." (P. Madoz, Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar, Madrid, 1845-1850, s. v. Mazarrón, 112).

(55) El autor reflexionaba, en un artículo periodístico, sobre el destacado papel que desempeñaban las higueras en la economía de Mazarrón, a la que denominaba con el topónimo de "Comarca de las Higueras" (J. Fuentes y Ponte, Antigüedades Ficarienses, en Diario de Murcia, 22 de marzo de 1891).

(56) Supra y L. Cesano, op. cit., (n. 39), 462-467.

(57) F. Pérez Báyer, op. cit., 1790, (n. 6), 35-36.

(58) J. Lozano, op. cit., (n. 52), 203.

(59) J. de Masdeu, op. cit., (n. 53), 516.

(60) L. Hervás, Preeminencias, y dignidad, que en la militar orden de Santiago, tienen su Prior eclesiástico, y su matriz, llamada Convento de Santiago de Ucles, Cartagena, 1801, 111.

(61) CIL, II, 3.525-3.527.

(62) Véase, por ejemplo, H. Capel, Ultimos estudios de arqueología murciana, Homenaje al Profesor Cayetano de Mergelina, Murcia, 1961-1962, 236; L. Cesano, op. cit., (n. 39), 465; C. Belda, El proceso de romanización de la provincia de Murcia, Murcia, 1975, 268, lám. 20; S. F. Ramallo, La Romanización y cristianización de la Región, Los pueblos Germánicos, Historia de la Región Murciana, II, Murcia, 1980, 296; A. Mª. Muñoz, Un posible Genius Senatus de Mazarrón (Murcia), RivStLig, XLVI, 1983, 177-183; S. F. Ramallo, La documentación arqueológica, Serie La ciudad romana de Carthago Nova: Fuentes y materiales para su estudio, 2, Murcia, 1989, 140, n. 12; 149; J. M. Noguera, op. cit., (nota 1).

ficariense del lugar»[63], para lo cual aducen como posible paralelo una inscripción procedente de Brougham Castle (Gran Bretaña), cuyo desarrollo podría ser: *I(oui) O(ptimo) M(aximo)/ Genio/ loci/ Br(ouonacensi)/ S(eptimius) Ap/ollina/ris prin/cep(s) ce(nturiae)*[64].

Recapitulando, la crítica ha barajado dos posibles interpretaciones en relación con el texto *Genio loci Ficariensi:* de un lado, leer el adjetivo en dativo, con lo que calificaría al objeto de la dedicación -el *genius loci*-, y de otro, tenerlo como un genitivo, lo que le vincularía a *locus*. En cuanto a la primera, si *Ficariensi* definiera al *genius* estaríamos ante un «genio higuero», lo que podría tener sentido si considerásemos la abundancia de higueras que con seguridad hubo en la comarca en la antigüedad, de una parte, y, por otra, que los propios clásicos valoraron el árbol y sus frutos -junto con la vid y el olivo (por ejemplo, Plutarco, *V. P. Teseo*, XXII)-, como símbolos de la abundancia vinculados a la fertilidad y los ritos de fecundación[65]. Desde este enfoque, el genio higuero sería la encarnación del culto a la naturaleza generadora de vida, tan ligado al de la *Mater Terrae*.

En cuanto a la segunda, en algunas inscripciones a los *genii locorum* figura el nombre del lugar en cuestión, por ejemplo, mediante una forma adjetivada derivada de un topónimo. A nuestro juicio, es posible una explicación del término como genitivo, dado el carácter excepcional del adjetivo gentilicio *Ficariensis*, irregular y sólo constatado en este caso. Nuestra hipótesis podría sustentarse, entre otras explicaciones, en los cambios de declinación acaecidos en el latín «corriente» (no literario) y en la inclinación a unificar y reducir las declinaciones en aras de la claridad; así, la tendencia a utilizar la declinación temática, nom.-*us*, para el género masculino, y la llamada 1ª declinación, nom.-*a*, para el femenino, puede avalar la posibilidad de leer *Ficariensi* no como un dativo de la 3ª, ni como un genitivo al que le falta la *-s*, sino simplemente como un genitivo singular del adjetivo **Ficariensius*, evolucionado al latín popular frente a la forma clásica *Ficariensis*. En este sentido, la declinación del adjetivo en genitivo por la 2ª aclara y justifica plenamente la *I longa* del final de palabra[66]. Esta posibilidad nos parece más coherente que la primera.

Otro aspecto a considerar es la identificación del *locus* con un territorio concreto, caracterizado por uno o más rasgos distintivos, que en nuestro caso parece ser la existencia de higuerales. A decir de Ulpiano (*Dig.*, 50, 16, 60) un *locus* es parte de un *fundus* agrícola y, además, suele ser un área sin construcciones edilicias[67] Nuestro *locus* debió abarcar un ámbito específico, emplazado en la antigüedad en los alrededores del prominente Cabezo de San Cristóbal y del actual casco urbano de Mazarrón -y quizá también en parte de su término municipal-, sin que podamos precisar con mayor exactitud con los datos de que disponemos, ni su extensión, ni sus límites. La zona se caracterizó por la intensa actividad de las explotaciones y fundiciones mineras y por las labores agrícolas, entre ellas muy probablemente el cultivo y recolección del fruto de las abundantes higueras. *Locus Ficariensis(*-us)* recuerda -salvando las distancias- a *Carthago Spartaria*, que debió su apelativo a la abundancia y calidad del esparto en una extensa área del Sureste peninsular[68].

GENIO S(---) M(---) F(ICARIENSI).

Las propuestas de lectura de las tres *sigla* del texto *Genio S.M.F.* del pedestal n.º 3 son diversas. Por analogía, es legítimo suponer que la última esté relacionada con el adjetivo *Ficariensis* documentado en el pedestal n.º 2 y que, por consiguiente, pueda tener un desarrollo similar[69]. Más compleja es la explicación de *S.M.*, aunque un elevado número de autores coinciden en la interpretación *M(unicipium)* para la segunda[70]. En cuanto a la primera, a fines de la pasada centuria, J. Fuentes sugirió la traducción «*al Genio del Senado y Municipio Ficariense o de Ficaria*»[71], hipótesis que, en 1983, retomó A. M.ª Muñoz, quien propuso la lectura «*Genio S(enatus) M(unicipi) F(icariense)*»[72] Unos años antes, C. Belda avaló la existencia de un *M(unicipium) F(lauium)*[73], defendido también después por J. Mª. Blázquez[74]. No obstante, la crítica ha propuesto otras explicaciones, aunque son poco convincentes[75].

Las consagraciones a genios de entidades de diverso *status* jurídico (*genius ciuitatis, oppidi, municipii, coloniae, patriae*, ...) son bien conocidas. Este culto está constatado con especial intensidad en *Hispania* y en las provincias africanas, donde el auge de la vida urbana tuvo especial relevancia[76], y son un signo de autoafirmación local frente al centralismo del poder imperial representado por la propia

(63) R. González y M. Amante. El conjunto epigráfico de La Serreta (Mazarrón, Murcia). Aclaraciones sobre las inscripciones y el entorno arqueológico. Verdolay, 4. 1992. 99-105.

(64) CIL. VII. 302. No obstante, como ya advirtiera L. Cesano, el desarrollo podría hacerse en genitivo, o sea, Br(ouonacensis) (op. cit., (n. 39), 465); el problema se agudiza si consideramos que, según Hübner, las letras Br podrían ser un añadido posterior.

(65) J. Chevalier. Diccionario de los símbolos. Barcelona. 1986. 567-568; y también F. Flores. Fiestas de Pueblo. Murcia. 1990. 61-62.

(66) J. V. Rodríguez. Usos de la I longa en el CIL II. Emerita. XXXIX. 1. 1971. 159-168. Como apoyo a nuestra hipótesis bastaría recordar el elevado número de términos que se entendieron como masculinos o femeninos según la forma que tuviesen (por ejemplo, los nombres de árboles - femeninos en -us), o que se añadía -us/a para aclarar el género masculino o femenino (socerus/socera). A la vez, en cuanto a los sufijos de formación de adjetivos, existe un elevado número de ellos terminados en -us (-eus, -ius, -neus, -ceus), que podrían haber influido analógicamente. Además, podemos pensar en una doble sufijación nsi(s) + ius.

(67) RE. XIII. 1. 957-964. s. v. Locus (Kübler).

(68) J. R. García del Toro. Carthago Spartaria. Estudio Histórico-Arqueológico de la industria espartera en el Sureste. Murgetana. 58. 1980. 23-46.

(69) J. M. Noguera. op. cit. (n. 1). 95.

(70) Ya en 1790, F. Pérez propuso la restitución S(alutarem) M(unicipii) F(icariensis) (F. Pérez Báyer. op. cit., 1790. (n. 6). 35). Esta argumentación -propia de una etapa en que la historiografía manejaba las fuentes epigráficas y arqueológicas como argumento de la antigüedad de las ciudades y villas de la época- pronto generó una tradición que identificaba el supuesto municipio ficariense con Mazarrón. Después J. Lozano creyó ver en el pedestal una consagración al Genio del Pueblo Ficariense (J. Lozano. op. cit. (n. 52). 204-205) y J. de Masdeu completó el epígrafe como Genio S(ancto) M(unicipii) F(icariensis) (J. de Masdeu. op. cit., (n. 53). 516).

(71) J. Fuentes y Ponte. op. cit. (n. 55).

(72) A. Mª. Muñoz. op. cit. (n. 62). 177-183.

(73) C. Belda. op. cit., (n. 62). 268. lám. 20.

(74) J. Mª. Blázquez. La Romanización en el Sureste hispánico. La aportación de los mosaicos. Homenaje al Padre Tapia. Almería. 1988. 89; y posteriormente en id., La Romanización en el Sureste hispánico. La aportación de los mosaicos. Urbanismo y sociedad en Hispania. Madrid. 1991. 288.

(75) L. Hervás sugirió Genio S(acrae) M(atris) F(ilio) (L. Hervás. op. cit. (n. 60). 111) y E. Hübner apuntó, con cierta incertidumbre, la lectura S(anctae) M(emoriae).

(76) Para estas cuestiones J. Toutain. op. cit. (n. 37). 450-455, quien señala un origen provincial hispano-africano para este culto; una lista de ejemplos hispanos en 450 y 453.

Roma[77]. Por ello, aunque la gran mayoría de las dedicatorias a los genios municipales constan del formulario *genio municipii* seguido del nombre de la entidad urbana[78], la lectura *S(---) M(unicipii) F(icariensi)* no puede descartarse *a priori*; y tendría algunos paralelos en epígrafes hispanos como los de Arva (Alcolea del Río, Sevilla)[79], Carpio[80] e Iponoba (ambos en Córdoba)[81]. En cuanto al desarrollo *Genio S(enatus) M(unicipii)*, la iconografía de la escultura correspondiente al pedestal n.º 3 (= *Verdolay*; 4, 1992, n.º 1, 75-82, fig. 2, láms. I; II, 1; III, 3; IV, 1-2) muestra rasgos paralelizables a los de las que evocan al *Genius Senatus*[82], ya que la toga corta y los *calcei senatorii* son dos elementos esenciales de su indumentaria[83]; sin embargo, la fórmula *Genio S(enatus)* es poco usual en la epigrafía local, donde la Asamblea se denomina *ordo decurionum*[84], lo que nos conduce a descartar un juicio de este tipo.

Además de estas consideraciones, existen otros aspectos a tener en cuenta en relación con la lectura *Genio S(---) M(unicipii) F(icariensi)*. Nuestra actual información arqueológica no avala la existencia de una entidad urbanística en la ladera oriental del Cabezo de San Cristóbal, donde fueron exhumadas las estatuas y sus pedestales. Pero el panorama dibujado, entre otras, por la *Lex Irnitana*, perteneciente a un pequeño enclave ni siquiera citado en la descripción pliniana de *Hispania*, indica que la creación de los municipios latinos a partir del Edicto de Latinidad de Vespasiano (*c.* 74 d. de C.) no implicaba la existencia de un núcleo destacado, produciéndose en muchas ocasiones la creación de municipios o entidades administrativas menores a partir de un pequeño asentamiento de condición jurídica no privilegiada[85]; tipo éste de enclave que está presente en la zona de Mazarrón, cuando menos, en los poblados mineros como, por ejemplo, el atestiguado en las pendientes del Cerro del Castillo, en Coto Fortuna, a unos 8 Km al Oeste de Mazarrón (siglos I a. de C.-VI d. de C.) (*infra*)[86]. La epigrafía atribuida a este coto minero apunta en esta misma dirección. Y parece razonable pensar que en el entorno de los Cabezos de San Cristóbal y los Perules existiera, en épocas tardorrepublicana e imperial, un poblamiento similar, destinado al hábitat de los trabajadores de las minas. El hallazgo de un posible epígrafe funerario en Los Escoriales de Perdigueras y los restos de un presunto poblado, todo ello en las cercanías del Cabezo, podría avalar esta hipótesis[87]. En cualquier caso, como más adelante veremos, no parece posible que con el Edicto de *c.* 74, estos asentamientos alcanzaran el rango municipal, sino que debieron de obtener un cierto grado de autonomía, en especial administrativa, aunque quedando siempre en el *territorium* y bajo la órbita de la vecina *Carthago Noua. M(unicipii)* sería tanto más inverosímil si pretendieramos establecer una relación directa *dispensator* = *municipium*, ya que nunca encontramos al primero gestionando la eco-

(77) R. Etienne, Le culte imperial dans la Péninsule Iberique, d'Auguste a Diocletien, París, 1974, 308.

(78) Por ejemplo, genio municipi Nescaniensis (Nescania, Málaga) (J. Vives, op. cit. (n. 44), 565 y 566), genio municipii Florentinorum (Sacro Monte, Granada) (ibidem, 569), genio municipii Antik(---) (Antequera, Málaga) (ibidem, 570) y genio municipii Laminitani (ibidem, 571).

(79) Genio/M(---) F(lavii) A(ruensis)/ L(ucius) Coranius Tuscus [t(itulum) o t(estamento)] p(oni) i(ussit) (CIL, II, 1.060; J. Vives, op. cit. (n. 44), 564).

(80) Gen(io)/ M(unicipium) M(unicipii) M(artialium)/sacrum (CIL, II, 2.186; J. Vives, op. cit. (n. 44), 573).

(81) Genio/M(unicipium) M(unicipii) Flauie(nsi)s (A. Mª. Muñoz, Excavaciones en Iponoba, Segovia y la Arqueología Romana, Barcelona, 1977, 279-283).

(82) Dion Cassio (LXVIII, 5, 1) describe, en el sueño de Trajano, al Genius Senatus de Roma como un hombre viejo y barbado, con túnica y toga corta, orlada de púrpura, stephane en la cabeza y anillo en el dedo, iconografía que se aprecia en algunas monedas donde el personaje aparece denominado con su propio nombre (Bernhart, Handbuch für münzkunde der römischen Kaiserzeit, lám. 63, 8 (Antonino Pío); H. Kunckel, op. cit., (n. 39), 129-131, con lista de 28 monedas con evocación del Genio del Senado). En la mano izquierda suele portar un cetro y, a veces, un volumen. Esta iconografía es marcadamente occidental, pues en las provincias senatoriales de Asia el genio de la asamblea popular muestra un aspecto diferente, representado a la manera helenística, como un joven, vestido con himation y de rasgos dulcificados, que alude al concepto de Boule o Consejo de la ciudad (R. Bianchi-Bandinelli, Sarcofago da Acilia con la designazione di Gordiano III, BdA, XXXIX, 1954, 203; y también P. Veyne, Ordo et Populus, génies et chefs de file, MEFRA, LXXIII, 1961, 264-265; también G. Forni, IEPA e ÕEOC CVNKAHTOC, Un capitolo dimenticato nella storia del Senato romano, MemLinc, V, 3, 1953, 83-159, con un elenco de 539 monedas procedentes de 117 ciudades de la pars Graeca del Imperio, datables de Augusto a Galieno, en cuyos reversos aparecen las representaciones del genio del Senado Romano).

(83) Representado de esta forma aparece, por ejemplo, en los frisos A y B de los relieves del Palazzo de la Cancelleria de Roma y en una larga lista confeccionada por F. Magi; se datan entre la segunda mitad del siglo I y los inicios del IV, aunque con especial profusión en el II y curiosamente casi siempre figurados en relieve (F. Magi, I rilievi flavi, 1945, 77, láms. III, V, VIII, XV, 2, y XXII, 1; para los relieves de la Cancelleria: 79-80; para la lista de representaciones del Genio del Senado romano; el elenco fue posteriormente completado con tres nuevas representaciones por H. Kunckel, op. cit. (n. 39), 80-82, láms. 19, 2.-28. Para la fecha flavia de los relieves de la Cancelleria y su discusión véase, además de la obra citada, A. Rumpf, Römische historische Reliefs, BJb, 1955/56, 112-119, láms. 17-20 y 22 (130-140 d. de C.); F. Magi, Sui Rilievi della Cancelleria, BJb, 1957, 309-310 (época domicianea); A. M. McCann, A re-dating of the reliefs from the Palazzo della Cancelleria, RM, 79, 1972, 249-276, láms. 111-122 (época adrianea); F. Magi, Brevi osservazioni su di una nuova datazioni dei rilievi della Cancelleria, RM, 80, 1973, 289-291 (reafirma su datación domicianea); J. Béranger, Les Genies du Sénat et du Peuple romain et les reliefs flaviens de la Cancelleria, Collection Latomus, LXX, Hommages à Jean Bayet, 1964, 76-88). En monedas también fue frecuente su representación durante época imperial, con especial frecuencia bajo los Severos, Gordiano Pío, Filippo el Arabe, Galieno y los emperadores de la primera mitad del siglo III (R. Bianchi-Bandinelli, op. cit., (n. 82), 203). Los senados municipales eran una adaptación del Senado de Roma, tenían similares normas de comportamiento y una serie de funciones semejantes, aunque a escala local. En opinión de P. Veyne las alegorías del genio del senado local son un equivalente municipal a las del Senado de la metrópoli (P. Veyne, op. cit., (n. 82), 229). El genio del senado local de la ciudad norteafricana de Thugga evocado como un anciano que porta la misma indumentaria y atributos que el de Roma -a excepción de la corona que lo diferencia de éste último-, es buen exponente de esta asimilación. En el templo de Saturno de la ciudad estaban dispuestas, en la cella central, la imagen del dios (para ésta C. Poinssot, Statues du temple du Saturne (Thugga), Karthago, VI, 1955, 32-37, lám. I, figs. 5-7), en la emplazada al Sur la ya citada representación del Ordo (Genius Ordinis) (ibidem, 49-74 y 75-76, sobre la pyxis o cajita que portaba en la mano derecha, láms. VI-VII, figs. 20-25) y en la Norte la figura del Genius Populi de la ciudad como un individuo joven (para esta tercera evocación L. Carton, Le sanctuaire de Baal-Saturne à Dougga, Rapport sur les fouilles exécutées à Dougga en 1893, Nouvelles archives des Missions Scientifiques et littéraires, VII, 1897, 386-388, fig. 9; y también C. Poinssot, op. cit., (en esta nota), 74-75, lám. V, figs. 16-19).

(84) A. Mª. Muñoz recoge algunos documentos, especialmente bronces jurídicos, en que se menciona expresamente al senatus populusque de diversas ciudades hispanorromanas (A. Mª. Muñoz, op. cit. (n. 62), 182-183). No obstante, se trata de formularios propios de la epigrafía jurídica heredados de época republicana (véase M. Crawford, Roman Statutes, Londres, 1996).

(85) J. M. Abascal, La Ley Flavia Municipal y las ciudades de Carpetania: algunas reflexiones, Toledo y Carpetania en la Edad Antigua, Simposio celebrado en el Colegio Universitario de Toledo, 6 al 8 noviembre 1986, Toledo, 1990, 129-139.

(86) P. Paris, Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive, I, París, 1904, 26-27; M. González Simancas, op. cit. (n. 26), 375ss.; S. F. Ramallo y R. Arana, La minería romana en Mazarrón (Murcia), Aspectos arqueológicos y geológicos, AnMurcia, 1, 1985, 56-57; C. Domergue, Catalogue des mines et des fonderies antiques de la Péninsule Ibérique, II, Madrid, 1987, 400 (con bibliografía); S. F. Ramallo y Mª. C. Berrocal, op. cit. (n. 7), con la blibliografía anterior.

(87) S. F. Ramallo y R. Arana, op. cit., (n. 86), 56; P. Lillo, La inscripción epigráfica de Los Escoriales de Mazarrón (Murcia), Estudios Románicos (Homenaje al profesor Luis Rubio, III), 6, 1987-88-89, 1.681-1.685; AE, 1987, 658. Para la gens Argentaria en Hispania vid. infra n. 114.

nomía del segundo, tarea que era competencia de las correspondientes curias que delegaban en los *arkarii*, adscritos siempre a los *serui publici* de la localidad[88]. Por tanto, aunque no nos parece muy probable el desarrollo *M(unicipium)*, la prudencia y la escasez de testimonios arqueológicos que poseemos nos impide pronunciarnos contundentemente en relación con esta cuestión.

En otro orden, Hübner recoge la opinión de Th. Momsemm según la cual podríamos estar ante un *tria nomina*. No obstante, una ofrenda al *genius* de un desconocido *dominus*, propia de un ambiente doméstico, no mostraría, según la regla habitual, el *praenomen*, *nomen* y *cognomen* tan abreviados y, al menos, habría apuntado, entero o en parte, el gentilicio. Tampoco se ciñe al resto de normas fundamentales que caracterizan este género de dones votivos, tan abundantes en los *hermae*[89] Sin embargo, en nuestra opinión no descartaríamos del todo esta posibilidad ya que en *Carthago Noua* tenemos documentado un lingote de plomo con la marca *S.S.F.*, leída por M. Koch como *S(extus)* o -más plausible- *S(purius) S(---) f(ilius)*[90]. Otras propuestas de investigación derivan de un atento análisis de la epigrafía relacionada con las actividades mineras y con las invocaciones a los genios de montes, de algunos de los cuales sabemos incluso su nombre. Advertimos en las inmediaciones del Cabezo de San Cristóbal la existencia de un l*ocus Ficariensi(*-*us)*, de un lado, y de otro que el uso de topónimos para las elevaciones montañosas de este área son frecuentes, como bien indican los lingotes de plomo con sellos de la *Societas Argentariarum Fodinarum Montis Ilucro(nensis?)* y por la *Societ(as) Mont(is) Argent(arii) Ilucro(nensis?)*, procedentes de la cumbre del ya señalado Cabezo del Castillo, en Coto Fortuna[91], o una placa plúmbea descubierta en el Cabezo del Moro, próximo al de San Cristóbal, con el distintivo *Mont(is) Argent(arii)*[92]; lo que nos induce a pensar en un posible desarrollo de nuestro epígrafe como *Genio S(---) M(ontis) F(icariensi)*, que podría asimilarse al Cerro de San Cristóbal. Las consagraciones al *genius montis* no son desconocidas en la epigrafía latina[93] Así, de Herculano procede una inscripción en que se alude al *Genius/huius loci/montis*[94], en Aïn Mtirschu (Numidia) hay un posible *Genio Mon[tis? —-]/Rutinaesi[—-]/...*[95] y de las inmediaciones de Anzia (Mauritania Caesarensis), tenemos un voto al *Genio Mont[is]/ Pastoria[nen]/sis...*[96]. De unas canteras cercanas a Simitthus (Africa Proconsular) procede un sillar de piedra, datado en el año 183 d. de C., con la leyenda *n. CCCV, of(ficina) Genii Montis/...*[97].

Ahora bien, podríamos llegar aún más lejos y proponer una lectura *Genio S(ocietatis) M(ontis) F(icariensi)*. La explotación de las más importantes minas de *Hispania* fue otorgada por el Estado, al menos ya desde la segunda mitad del siglo II a. de C., a un buen número de *Societates Publicanorum*, bien atestiguadas durante el periodo republicano por impresiones epigráficas, en especial las de los lingotes de plomo[98]. Del distrito de Cástulo procede la marca *S.C.*, completado por C. Domergue como *S(ocietas) C(astulonensis?)*[99], de la mina de Santa Bárbara, en Córdoba, tenemos un sello de plomo para señalar sacos con las siglas *S.Ba.*, leídas como *S(ocietas) Ba(etica?)* o *Ba(edronensis?)*[100], mientras que otro de la mina de Castuera (Badajoz) con la estampilla *S.B.A* ofrece una doble explicación: *S(ocietas) Ba(etica?)*, *Ba(eculanensis?)* o *Ba(edronensis?)*[101], de un lado, y *S(ocietas) B(aetica?)/B(aedronensis?) A(rsensis?)/A(rtigensis?)/ A(rgentifodinarum?)*, en función de la consideración de la última letra como perteneciente a un topónimo y a la cercanía de dicha mina a *Arsa* y *Artigi*[102]. También del Cerro de las Cruces (Hornachos, Badajoz) proviene un lingote plúmbeo, fechado a fines del siglo II o durante el I a. de C., con una cartela rectangular en que figura el letrero *S.F.B.*, argumentada por F. J. Jiménez como *S(ocietas) F(ornacensis?) B(aetica?)*, en razón de los testimonios aludidos más arriba y a la identificación del cercano yacimiento de Hornachuelos con la ciudad de *Fornacis* mencionada por Ptolomeo[103] Por último, cabría destacar el temprano aprovechamiento (siglo II a. de C.) de las minas de Mazarrón por estas *societates*, como bien ilustran las improntas anteriormente citadas. En base a estas consideraciones, a la similitud del texto *S.M.F.* con algunas de las referidas marcas y a la procedencia de nuestro epígrafe de una zona claramente enclavada junto a explotaciones y fundiciones mineras, podriamos proponer la ya aludida lectura *Genio S(ocietatis) M(ontis) F(icariensi)*. Aunque, ya que el conjunto escultórico debió ubicarse en el interior de un pequeño templete o *sacellum*, tampoco sería imposible un desarrollo *Genio S(acelli) M(ontis) F(icariensi)*[104]. En

(88) J. Muñiz. op. cit. (n. 30). 119.
(89) E. Shields. Juno: A Study in Early Roman Religion. Northampton. 1926: H. Wrede. Consecratio in forma deorum. Vergöttliche Privatpersonen in der römischen Kaiserzeit. Mainz am Rheim. 1981. 99. 130. 258: R. Portillo. P. Rodríguez y A. U. Stylow. op. cit.. (n. 35). 185-217 (con más bibliografía): A. U. Stylow. Más hermas. Anas. 2-3. 1989-1990. 195-206: L. Chioffi. Genius e Iuno a Roma. Dediche onorarie e sepolcrali. Miscellanea greca e romana. XV. Roma. 1990. 165-234: P. Rodríguez. op. cit.. (n. 35). 5-40.
(90) M. Koch. Las "grandes familias" en la epigrafía de Carthago Nova. Actas del Primer Congreso peninsular de Historia Antigua. II. Santiago de Compostela. 1988. 405. Mientras que en Hispania, en las dedicatorias hermaicas al genius y a la iuno prevalece la indicación, en primer término, de la onomástica en dativo, habitualmente seguida del posesivo noster (R. Portillo. P. Rodríguez y A. U. Stylow. op. cit.. (n. 35). 214-216), en Italia, al menos en los ambientes extraurbanos, las dedicatorias consisten básicamente en una invocación al genius, en dativo, seguido del nombre del personaje honrado, en genitivo (L. Chioffi. op. cit.. (n. 89). 165-166). Ello, unido a la ascendencia itálica de buena parte de los propietarios asentados en Carthago Noua y todo su territorium, y a otros detalles como el cognomen Albanus que porta el consagrante, podrían llevarnos a pensar en una transposición de usos y costumbres propiamente itálicas hacia algunas de las regiones más fuertemente romanizadas de la Península Ibérica.
(91) CIL. XV. 7.916: AE. 1907. 365. n.º 135: C. Domergue. Les lingots de plomb romains du Musée Archéologique de Cartagène et du Musée Naval de Madrid. AEspA. XXXIX. 1966. 41-72: id.. op. cit. (n. 86). 400: id.. Les mines de la Péninsule Ibérique dans l'Antiquité romaine. Roma. 1990. 260.
(92) C. Domergue. op. cit. (n. 86). 392: id.. op. cit.. 1990. (n. 91). 260. n. 12.
(93) L. Cesano. op. cit.. (n. 39). 464-465.
(94) CIL. IV.1.3. 1.176.
(95) CIL. VIII. 17.763.
(96) CIL. VIII. 9.180.
(97) CIL. VIII. 14.588.
(98) C. Domergue. op. cit.. 1990. (n. 91). 260-263; 268-270, en especial 269.
(99) C. Domergue. El Cerro del Plomo. Mina "El Centenillo". Jaén. NotArqHisp. XVI. 1971. 349-353; C. Domergue. op. cit.. 1990. (n. 91). 261-263.
(100) C. Domergue. op. cit.. (n. 99). 350; id.. op. cit.. 1990. (n. 91). 261-262. 269 y 275.
(101) C. Domergue. op. cit.. (n. 99). 356; id.. op. cit.. 1990. (n. 91). 261-262. 269 y 275.
(102) F. J. Jiménez. Notas sobre la minería romano-republicana bajoextremeña: las explotaciones de plomo de la Sierra de Hornachos (Badajoz). Anas. 2-3. 1989-1990. 126; también C. Domergue. op. cit.. 1990. (n. 91). 262.
(103) F. J. Jiménez. op. cit. (n. 102). 123-134.
(104) En 1776, ya se propuso la lectura del epígrafe como una "Dedicación de Albano al Genio del Sacellum o capilla / de los Manes Ficarienses" (Mazarrón. Noticias e Inscripciones. RAcHist. Mn. 57/15. Leg. 8). Véase en H. Dessau. ILS. n.º 5.428, la alusión a un sacellum montis Oppii.

todo caso, huelga advertir que cualquier hipótesis de interpretación suscita fundadas dudas, de donde la cautela con que es obligado pronunciarse.

CONTEXTO HISTORICO-ARQUEOLOGICO DE LA CONSAGRACION.

El área costera centromeridional de la Región de Murcia, en torno al actual término municipal de Mazarrón, experimentó ya desde las primeras etapas de la romanización una intensa fase de ocupación y explotación del territorio, debido fundamentalmente a la extraordinaria abundancia mineral de su subsuelo, donde destacan las afloraciones de plomo-plata y, en mucha menor medida, de cobre, hierro y estaño(105) En época tardorrepublicana e inicios del Imperio, estos trabajos estuvieron favorecidos por su cercanía a la ciudad portuaria de *Carthago Noua*, lo que le pudo propiciar la obtención de beneficios y privilegios, de un lado, y de otro que su historia discurriera de forma paralela a la de la futura *colonia*. La explotación minera alcanzó una fase de apogeo en torno a los últimos decenios del siglo II e inicios del I a. de C., etapa en que se evidencia el máximo dinamismo extractor y de transformación en la mayoría de los cotos mineros. La explotación de estos importantes recursos estuvo en manos, sobre todo, de itálicos emigrados -como advierten los *nomina* y las tribus inscritos en los lingotes de plomo-, que encontraron en estas actividades una forma rápida y cómoda de enriquecimiento, convirtiéndose con el tiempo en parte de la élite rectora de la cercana *colonia*(106)

Esta riqueza minera fue un potente factor natural de dinamismo comercial en Mazarrón, y en general en todo el Sureste peninsular, que perduró durante el siglo I a. de C. y, al menos, época julio-claudia. No obstante, los dragados realizados en el Puerto de Mazarrón, en los que se ha recuperado *terra sigillata* tardo-itálica y sudgálica (algunas de éstas últimas datables incluso en época neroniana y flavia), sugieren que la laboriosidad extractora y productiva, así como los intercambios comerciales, perduraron durante casi todo el siglo I. Desde el periodo flavio se observa un acusado declive de las explotaciones mineras y de las fundiciones, que desaparecen de manera paulatina y casi total a lo largo de la segunda centuria(107).

Esta fuente de fortuna y bienestar económico, fue complementada con el aprovechamiento de los recursos agrícolas, salineros y pesqueros, así como con las industrias afines a estos últimos aplicadas en la obtención de *garum* y salazones, cuyos restos arqueológicos jalonan la costa del Levante y Sureste hispano(108). Durante el periodo en que estuvieron a pleno rendimiento las minas, en el Campo de Mazarrón -que se extiende desde la costa hasta el actual municipio, entre las sierras de las Moreras, Algarrobo y Alto- constatamos un intenso poblamiento rural dedicado a la explotación agrícola al objeto de abastecer las necesidades de una comarca con elevada densidad de población. Algunos asentamientos vecinos a los Cabezos de San Cristóbal/Los Perules pudieron tener este carácter, aunque su proximidad a los centros mineros plantea dudas sobre su correcta adscripción funcional(109). Núcleos con restos de actividades agrícolas se constatan en El Espinar, Finca Petén -a unos cientos de metros al Este del actual Mazarrón-, Cabezo Vulcano -junto a la carretera Mazarrón-Aguilas-, Loma de Sánchez y el Castillico, al Sureste del Cabezo de San Cristóbal. En el paraje llamado Los Ceniceros -también en el Campo de Mazarrón(110)-, documentamos igualmente un prolijo poblamiento rural agrícola, con restos de diversa entidad (molinos para grano, etcétera) cuya vida se prolongó desde los siglos III-II a. de C. al IV-V de nuestra Era(111).

---

(105) Los restos de cerámicas de barniz negro recuperados en yacimientos como la Loma de Sánchez y Coto Fortuna, revelan una importante actividad extractora en las ricas minas argentíferas de la comarca ya desde el propio siglo II a. de C. Esta actividad no se redujo sólo a las explotaciones de los afloramientos de plata, sino que también se extrajeron otros minerales como el alumbre (Charco de las Pedreras). Paralelamente, surgieron enclaves dedicados a la metalurgia, como bien se deduce de los lingotes de plomo, con epígrafes latinos, procedentes del entorno de la Loma de las Herrerías. Aquí se recuperaron, durante una campaña de excavación de urgencia, gran cantidad de escorias de fundición y los fragmentos de un pavimento de teselas blancas del tipo opus signinum -datable en el primer tercio del siglo I a. de C.-, con restos de un epígrafe. Su lectura e interpretación permitieron a S. F. Ramallo suponer la existencia en el lugar de un collegium y, en concreto, en razón del tipo de asentamiento en que se encontraba, de un collegium metallorum o, incluso, un collegium argentariorum. Para el yacimiento y las características básicas del horno de fundición en él excavado véase S. F. Ramallo, El horno de Fundición de la Loma de Herrerías (Mazarrón, Murcia). I. Estudio histórico-arqueológico. XVI CNA. (Murcia-Cartagena, 1982). Zaragoza, 1983, 925-936; id. y R. Arana, op. cit., (n. 86), 49-67; J. Lancha, Les mosaïstes dans la vie économique de la Péninsule Ibérique. Du Ier. au IVe. siècle: ètat de lai question et quelques hypothèses, MelCasaVelázquez, 20, 1984, 48-51. El referido epígrafe es el siguiente:

---]un. fac.
heisce. mag.cur.sele[---
Caeli[---

Ramallo propuso una doble lectura para el texto: [aedifici]um fac(iendum)/heisce Mag(istris) cur(auerunt) Sele(ucus)/Caeli[us]) o [aedifici]um fac(iendum)/heisce Mag(istri/ei) cur(arunt) Sele(uco)/Caeli[o]). La abreviatura Mag. es interpretada, bien como Mag(istris), bien como Mag(istri/ei) -sería más correcta la primera posibilidad-, lo que permite suponer la existencia de un collegium de trabajadores del metal. El autor no propone el desarrollo Mag(istrati) pues ello supondría la aceptación de una población con estatuto jurídico en el primer tercio del siglo I a. de C. (S. F. Ramallo Asensio, Inscripciones sobre pavimentos de época republicana en la Hispania romana. Reunión sobre epigrafía hispánica de época romano-republicana. Zaragoza, 1983, 183-186, n.º 1; para el mosaico véase especialmente J. Mª. Blázquez, Mosaicos romanos de Sevilla, Granada, Cádiz y Murcia, Corpus de Mosaicos de España, IV, Madrid, 1982, 67, n.º 63, lám. 24 (fines del siglo II o inicios del I a. de C.); S. F. Ramallo, Mosaicos romanos de Carthago Nova (Hispania Citerior), Murcia, 1985, 79-82, n.º 67, lám. XXXVI, fig. 13).

(106) S. F. Ramallo, op. cit., 1983, (n. 105), 925-936; id. y R. Arana, op. cit., (n. 86), 49-67; C. Domergue, L'exploitation des mines d'argent de Carthago Nova: son impact sur la structure sociale de la cité et sur les dépenses locales à la fin de la République et au début du Haut Empire, L'Origine des richesses depensées dans la ville antique, Aix, 1985, 197-217; y también Gran Enciplopedia de la Región de Murcia, 6, Murcia, 1995, 100-101, s. v. Mazarrón (resumen arqueológico) (S. F. Ramallo); S. F. Ramallo y Mª. C. Berrocal, op. cit. (n. 7), 103-120.

(107) S. F. Ramallo y R. Arana, op. cit., (n. 86), 67.

(108) S. F. Ramallo, op. cit., (n. 62), 136-147 (con bibliografía anterior); para la costa andaluza véase J. Martínez, El litoral del S.E. peninsular en época romana. Algunas cuestiones entorno a su explotación económica y comercial, Gerión, 12, 1994, 210-212.

(109) S. F. Ramallo y R. Arana, op. cit., (n. 86), 60-61.

(110) En el margen derecho de la carretera que conduce al Puerto de Mazarrón.

(111) C. Belda, op. cit., (n. 62), 180-182. El desarrollo del poblamiento de la zona no parece que decayera en el siglo III sino que, al contrario, se benefició de la práctica de un rico comercio, sobre todo con el Norte de Africa, basado fundamentalmente en la elaboración y venta de las citadas conservas y salazones de pescado (para estas cuestiones A. Balil, Un estudio sobre el garum, ArchEspA, XXVI, 1953, 183; M. Ponsich y M. Tarradell, Garum et industries antiques de salaison dans la Méditerranée occidentale, París, 1965, 93-98, para la pesca, 98-99, para el garum, 100-101, para la sal, y 101-102, para otras industrias afines; R. Etienne, A propos du "garum sociorum", Latomus, XXIX, 1970, 297-313; C. Belda, op. cit., (n.

Los operarios y trabajadores destacados en las diversas minas de la comarca debieron vivir, con seguridad, en pequeños poblados mineros, de rango y estatuto jurídico indeterminados (peregrino ?), como el del Cabezo del Castillo, en Coto Fortuna, donde se constatan una serie de estancias, más o menos regulares y adosadas unas a otras, que forman hileras dispuestas en las laderas del promontorio(112). Al pie de la elevación apareció una inscripción funeraria, con el texto [---]*Nica[nder---]/sita e[st---]/leu[is---]*(113). Del Coto Fortuna proceden asimismo algunas lápidas sepulcrales, como la de la difunta A*lexandra: Alexandra/hic sita est/L(ucius) Rubellius/Philodamus/filius de suo f(aciendum) c(urauit)*(114), y, quizá, aunque no es cosa segura, la de su marido: *L(ucius) Rubellius/Philostratus/hic (s)itus est/L(ucius)/Rube(ll)ius/Philodamus/filius de suo f(aciendum) c(urauit)*(115). Debieron corresponder a las necrópolis de los pequeños poblados que serían el hábitat de los operarios de las minas u otros tipos de establecimientos industriales ligados a ellas. El poblado del Cabezo del Castillo no debió ser el único existente en esta amplia zona de cotos mineros, a juzgar por los testomonios arqueológicos y epigráficos que poseemos. En concreto, al pie del Cabezo de San Cristóbal y a mitad de pendiente de Los Perules, en la mina de San Antonio de Padua, González Simancas observó las ruinas de lo que parecían ser viviendas de escaso tamaño y planta rectangular(116). A unos centenares de metros al Oeste de Mazarrón, cerca del citado Cabezo, en Los Escoriales de Perdigueras, apareció, en el transcurso de unas tareas agrícolas, un fragmento de elemento arquitectónico con el epígrafe *L(ucius) Argentari(us) Nicander/salue*, de carácter sepulcral y datable a finales del siglo I a. de C. en función del formulario epigráfico(117). Encontramos este tipo de asentamiento en enclaves cercanos, destinados a tareas extractoras, como el del Cabezo Agudo (La Unión)(118).

Las tres esculturas y sus pedestales fueron encontradas de forma casual, amortizadas en el interior de una balsa de argamasa y mampostería, emplazada junto a otras ruinas antiguas de las que nada se especifica. Las noticias que poseemos advierten de la presencia de «*muchas rui/nas antiguas*» en el lugar del hallazgo, aunque también de una total falta de contexto arqueológico. El lugar donde se descubrieron, el antiguo barrio de La Serreta, corresponde a parte del actual casco antiguo de Mazarrón y se ubica en el declive inferior de la vertiente Oriental del Cabezo de San Cristóbal, en un espacio de aproximadamente 350 m. x 150 m. Huelga decir que esta extensión impide la propuesta de un lugar concreto para el descubrimiento. Tanto en este cerro, como en los cercanos de Los Perules, se ubican un elevado número de antiguas minas y fundiciones metalúrgicas, hoy día abandonadas, en las que, en la antigüedad, se desarrolló una intensa labor extractora y de producción, al menos desde época cartaginesa, aunque es muy probable que esta explotación pueda remontarse a etapas protohistóricas. Por tanto, parece clara la vinculación del conjunto votivo a las referidas instalaciones mineras o a un pequeño poblado relacionado con ellas, y, en concreto, a una pequeña capilla o *sacellum* que tal vez servía de lugar de culto(119). Dicha área religiosa debió de alzarse en las inmediaciones de los mencionados puntos de beneficio de mineral, incluso quizás en las cercanías de un enclave para la preparación y manufacturación del mismo. La balsa en que estaban arrojadas las estatuas, de «*20 palmos de largo y 16 de ancho*», sugiere la existencia de piletas de decantación revestidas de *signinum* y empleadas en el lavado del mineral. Este tipo de instalaciones industriales están bien documentadas en el distrito minero de Cartagena-Mazarrón, por ejemplo, en Coto Fortuna, con depósitos escalonados de mampostería(120), en La Paloma(121) y en Rambla Boltada, datables estas últimas entre los siglos II a. de

62), 110-112; J. Más, El puerto de Cartagena, Cartagena, 1979, 98; J. R. García del Toro, Garum Sociorum. La industria de pescado en la Edad Antigua en Cartagena, Anales de la Universidad de Murcia. Letras. XXXVI, 1-2, 1977-1978, 27-57; M. Ponsich, Aceite de oliva y salazones de pescado. Factores socioeconómicos de Bética y Tingitania, Madrid, 1988, 31; S. F. Ramallo, op. cit., 1989, (n. 62), 136-144). A estas importantes relaciones comerciales se adscribe la ingente cantidad de materiales cerámicos recuperados en los dragados del Puerto de Mazarrón, que reflejan la llegada al lugar de productos procedentes del resto del mundo romano, sobre todo, durante los siglos III al VI d. de C. (Mª. A. Pérez, La economía tardorromana del Sureste peninsular. El ejemplo del Puerto de Mazarrón (Murcia), Antigüedad y Cristianismo, V, 1988, 471-501). Un resumen sobre nuestros conocimientos de la arqueología tardorromana del área de Mazarrón puede verse en R. González y M. Amante, op. cit., (n. 63), 104-105). Ya para un periodo tardío, destaca la existencia de una importante necrópolis de inhumación en el actual Puerto: emplazada en el paraje de La Molineta y encuadrada entre los siglos IV y V d. de C. -con prolongaciones en el VI-, es el fiel reflejo de un núcleo de población del que, por el momento, desconocemos su estatus jurídico, y que debió de dedicarse a las actividades de la pesca y las conservas (M. Amante y L. A. García, La necrópolis tardorromana de La Molineta. Puerto de Mazarrón (Murcia). Calle Sta. Teresa, núms. 36-38, Antigüedad y Cristianismo, V, 1988, 449-469; y también M. López y M. Amante, La necrópolis de La Molineta: aproximación a la historia social y económica en el Puerto de Mazarrón (Murcia) durante la Antigüedad Tardía, Antigüedad y Cristianismo, VIII, 1991, 471-494).

(112) Vid. supra n. 86.

(113) F. Fita, Inscripciones romanas y griegas de Cartagena, Almazarrón, Priego, Valera, Herramélluri, Córdoba, Vélez Rubio y Vera, BAcHist, LII, 1908, 507-508; AE, 1987, 658; sobre el cognomen Nicander véase J. M. Abascal, op. cit., (n. 25), 438.

(114) HAE, 490. Sobre la gens Rubellia y el cognomen Philodamus en Hispania véase J. M. Abascal, op. cit., (n. 25), 211 y 456, respectivamente.

(115) CIL, II, 3.530. Aunque conservada en el ayuntamiento de Lorca y atribuida a la necrópolis de Elicroca, Espín Rael la propuso como procedente de Coto Fortuna por sus paralelismos con la mencionada lápida de Alexandra (J. Espín, op. cit., (n. 29); id., La Piedra Miliaria Augustal y la Lápida Sepulcral de L. Rubellius, de Lorca, Murgetana, 5, 1953, 9-37). Más recientemente, se ha planteado su posible procedencia de la necrópolis iberromana de La Corredera, en Lorca (A. Martínez, La necrópolis de Eliocroca. Revisión de los hallazgos y estudio de los materiales conservados, AnMurcia, 5-6, 1989-1990, 151, lám. VI, 1). Para el cognomen Philostratus J. M. Abascal, op. cit., (n. 25), 457.

(116) M. González Simancas, op. cit. (n. 26), 370. Aunque no puede descartarse su interpretación como parte de un complejo industrial destinado a actividades metalúrgicas.

(117) Sobre el uso de la expresión salue en la zona de Cartagena y su cronología tardorrepublicana véase M. Koch, Neue römische Inschriften aus Carthago Nova, II, MM, 19, 1978, 254-255; para el epígrafe en cuestión véase S. F. Ramallo y R. Arana, op. cit., (n. 86), 56; P. Lillo, op. cit., (n. 87), 1.681-1.685; AE, 1987, 658. Para la gens Argentaria en Hispania véase S. Dardaine, La gens Agentaria en Hispania, MelCasaVelázquez, 1983, 5-15; J. M. Abascal, op. cit., (n. 25), 84.

(118) A. Fernández de Avilés, El poblado minero ibero-romano del Cabezo Agudo, en La Unión, ArchEspA, 1942, 136-152; S. F. Ramallo, op. cit., 1989, (n. 62), 57-58; Gran Enciplopedia de la Región de Murcia, 2, Murcia, 1992, 254, s. v. Cabezo Agudo (J. M. Noguera); E. Ruiz, Poblamiento rural romano en el área oriental de Carthago Noua, Poblamiento rural romano en el Sureste de Hispania (Actas de las Jornadas celebradas en Jumilla del 8 al 11 de noviembre de 1993), Murcia, 1995, 155.

(119) Recuérdese en este sentido el posible desarrollo del texto del pedestal n.º 3 como Genio S(acelli).

(120) F. B. Villasante, Criaderos de hierro de España, Criaderos de la provincia de Murcia, Memorias del Instituto Geológico de España, I, Madrid, 1913, 164, fig. 3; J. Mª. Luzón, Instrumentos mineros de la España antigua, La minería hispana e iberoamericana, Contribución a su investigación histórica, León, 1970, 237.

(121) E. Ruiz, op. cit., (n. 118), 157-158.

C. y I d. de C.[122]. En la segunda plataforma del Centenillo (Jaén) hay también lavaderos de mineral, aunque es difícil determinar el tipo al que se adscriben[123]. Además, sorprende el hecho de encontrar en una de estas instalaciones mineras, en concreto en Rambla Boltada, una dedicatoria votiva similar a la efectuada por *Albanus*. Se trata de un altar de piedra con el epígrafe: *Sex(tus) Numisius L(ucii) s(eruus) Larib[us]/et signa et aram facium[dum]/coirauit et eisdem dedic(auit)*[124]; debe datarse en el siglo I a. de C. -lo más seguro en época cesariana, en razón del formulario epigráfico- y consiste en la consagración de un esclavo, o ocaso mejor un liberto, miembro de la *gens Numisia*, tal vez la arrendataria de la explotación[125]. Ambos testimonios parecen revelar la costumbre de brindar dones votivos a determinadas divinidades tutelares por parte de los encargados de las explotaciones mineras, a pesar de que entre ambas debió mediar más de un siglo, lo que igualmente es indicio de la persistencia de dicho hábito. La más antigua se realizó a los Lares y la de Mazarrón a la *Mater Terrae* y a dos *genii*, a los que sin duda se pedía protección y abundancia. Se trata de expresiones «personales», en que se mezclan *officium* y religión.

En cuanto a la incógnita del *status* jurídico del asentamiento al que pudo ligarse la ofrenda de *Albanus*, directamente relacionado con la lectura *Genio M(unicipii)* del pedestal n.º 3, conviene recordar que durante los siglos II y I a. de C., los poblados mineros -puede que de estatuto peregrino- debieron ubicarse en el *territorium* controlado, de forma más o menos directa, por *Carthago Noua*. Una inscripción de la ciudad sufragada por varios individuos al *genius oppidi*[126] , fechable en época cesariana o de inicios del Principado por el empleo de la forma verbal *coirauerunt*[127], sugiere que era un *oppidum* y, como tal, la *sedes ciuitatis* (Isidoro de Sevilla, *Ethym.*, XV, 2, 5-6), de la que ignoramos su condición jurídica con anterioridad a su conversión en *colonia* (*municipium, ciuitas foederatae, stipendiariae)*[128]. De hecho, parece lógico que toda la actividad minera (extractora, transformadora y exportadora) y agrícola de este vasto territorio estuviera regulada y administrada desde este importante enclave portuario. En el siglo I, estas aldeas mineras presumiblemente continuaban vinculadas al *territorium* de la *ciuitas*, aunque no podamos establecer su rango jurídico (*pagus, vicus, castellum)*[129]. Es difícil aceptar la existencia en el entorno de Mazarrón de una *urbs* o *ciuitas* con estatuto de *municipium;* pero nunca puede descartarse la posibilidad de que, con el Edicto de Latinidad de Vespasiano (*c.* 74), los referidos poblados se unieran y constituyeran un ente urbano de categoría superior al anterior, aunque siguiera formando parte de *Carthago Noua*. De esta forma, probablemente el territorio de Mazarrón debió de alcanzar un cierto grado de autonomía, en especial de gestión y administración. Un caso similar ocurrió con dos pequeños *pagi* que, seguramente en época flavia, se unieron para formar una aglomeración de mayor entidad, que en todo caso continuó formando parte del *municipium Contributa Iulia*[130]. En cualquier caso, ya hemos reseñado más arriba la enorme cantidad de nuevos municipios -hoy día anónimos- surgidos a partir del citado Edicto, dotados de sus correspondientes magistraturas y órganos de gobierno, por lo que esta posibilidad aplicada a nuestro caso no puede descartarse radicalmente.

Un interesante punto de debate gira también en torno a la definición del distrito minero del Sureste peninsular. Estas jurisdicciones no se correspondían con las demarcaciones provinciales, y su estructura administrativa se organizó de conformidad a sus propias necesidades. Las ricas afloraciones mineras de la Sierra de Cartagena y Mazarrón/Pedreras Viejas/Coto Fortuna debieron conformar una única circunscripción, a pesar de la configuración geográfica de la zona, con una estrecha barrera orográfica que separaba las explotaciones de Mazarrón del resto. En época republicana y en los inicios del Imperio, el suelo provincial, que era propiedad estatal, fue arrendado a *Societates Publicanorum* y *negotiatores* que se encargaron de la explotación de los distintos cotos. Sabemos por los letreros de los sellos los nombres de algunas de estas empresas o particulares[131], aunque la carencia de fuentes epigráficas nos limita el conocimiento sobre el organigrama adminis-

(122) Mª. C. Berrocal. Piletas excavadas en la desembocadura de la rambla de la Boltada. Portmán. La Unión. Memorias de Arqueología (Comunidad Autónoma de la Región de Murcia). 4. Murcia. 1993. 140-147 (quien las considera destinadas a un uso relacionado con la industria del esparto); también E. Ruiz. op. cit., (n. 118), 157-158, fig. 1.

(123) C. Domergue. op. cit., 1990 (n. 91). 346-347.

(124) A. Beltrán. Las lápidas latinas religiosas y conmemorativas de Cartagena. AEspA. XXIII. 1950. 257-259. n.º 2.

(125) M. Koch. op. cit. (n. 90). 406; también E. Ruiz. op. cit. (n. 118). 157-158.

(126) El epígrafe está actualmente en paradero desconocido; CIL. II. 3.408; M. Fernández-Villamarzo. op. cit., (n. 26). 29; A. Beltrán. op. cit., (n. 124). 261-262. n.º 4. Igualmente tenemos un epígrafe dedicado al genius castell(i) (AE. 1931. 8) por C. Voconius Phoebus, aunque quizá no venga de la propia Cartagena, sino de sus inmediaciones. Para el genius oppidi en Hispania véase A. U. Stylow. Decemviri. Ein Beitrag zur Verwaltung peregriner Gemeinden in der Hispania Ulterior. Ciudad y comunidad cívica en Hispania (Siglos II y III d. C.). Madrid, 1993, 37-46.

(127) Mª. del M. Llorens. Las emisiones romanas. Serie La ciudad de Carthago Nova: fuentes y materiales para su estudio. 6. Murcia. 1994. 19.

(128) Algunos autores, en base a la interpretación de este epígrafe, han considerado que la ciuitas tenía, con anterioridad a su conversión en colonia, el estatuto de municipium (A. García y Bellido. Las colonias romanas de Hispania. Anuario de Historia del Derecho Español. XXIX. 1959. 470; id., Las colonias romanas de Valentia. Carthago Nova. Libisosa e Ilici. Aportaciones al estudio del proceso de romanización del S.E. de la Península Ibérica. Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina. Murcia. 1961-1962. 370; H. Galsterer. Untersuchungen zum römischen Städtwesen auf der Iberischen Halbinsel. Berlín. 1971. 29. n. 131. y 70; R. C. Knapp. Roman Cordoba. Berkeley. 1983. 29). Esta hipótesis es rechazada por S. F. Ramallo. op. cit., 1989. (n. 62). 54. y Mª. del M. Llorens. op. cit., (n. 127). 19, quienes consideran que no es posible determinar el régimen jurídico de la ciudad con anterioridad a la deductio de la colonia. En nuestra opinión, antes de época cesariana, el oppidum de Carthago Noua debió ser la capital de una ciuitas o territorium (en que estarían incluidos otros entes menores de población), dotado de una forma de gobierno autónomo en lo que respecta a sus asuntos internos. En este sentido, bien pudo tratarse de un municipium, aunque no hay seguridad alguna al respecto y de momento queda abierta la solución al problema (recientemente, J. M. Abascal. La temprana epigrafía latina de Carthago Nova. Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente (F. Beltrán LLoris, ed.), Zaragoza. 1995. 146-147); véase también A. Jiménez. Precisiones sobre el vocabulario latino de la ciudad: el término oppidum en Hispania. HispAnt. 1993. 215-225.

(129) Sobre este tipo de entidades de población véase L. A. Curchin. Vici and Pagi in Roman Spain. REA. 87. 1985. 327-343; Mª. L. Cortijo. Algunos aspectos sobre el medio rural en la Bética romana: pagi y vici. HispAnt. XVII. 1993. 197-214 (con más bibliografía).

(130) CIL. II. 1.401; U. Espinosa y L. M. Usero. Eine Hirten Kultur im Umbruch. Untersuchungen zu einer Gruppe von Inschriften aus dem conventus Caesaraugustanus. Chiron. 18. 1988. 447-504; A. Jiménez. op. cit., (n. 128). 223-224.

(131) C. Domergue. Les Planii et leur activité industrielle en Espagne sous la République. MelCasaVelázquez. 1. 1965. 9-25; id., op. cit., (n. 91). 41-72; id., op. cit., (n. 100). 197-217; A. Boninu. Un lingotto dei "Plani" della costa orientale della Sardegna. VI CIAS. (Cartagena. 1982). Madrid. 1985. 451-452.

trativo (y su correspondiente jerarquización, si la hubo) que, a nivel provincial o desde la propia Roma, regularía la concesión de arrendamientos, evitaría los fraudes, controlaría los plazos de pago al Fisco, etcétera[132]. Según las indicaciones de las fuentes literarias, hacia mediados del siglo I las minas del área de Cartagena pasaron a propiedad imperial; ello habría supuesto la explotación directa de estos recursos, de acuerdo con esquemas bien estudiados en otros distritos mineros, como los de *Vipasca* (Badajoz)[133] y los del Noroeste hispano[134]. Sin embargo, en esta época las minas del Sureste vivían una etapa de fuerte declive, lo que nos induce a pensar que su explotación continuó en manos de particulares, al objeto de abastecer necesidades locales o provinciales, pero no imperiales: el Fisco debió albergar pocas pretensiones sobre unas agotadas y poco rentables minas de plomo argentífero. Por tanto, no parece improbable la existencia de compañías y particulares que durante la segunda mitad del siglo I continuaran la explotación de los cotos mazarroneros. En el área de Cartagena no se constatan sociedades de publicanos en el siglo I, pero sí de particulares, conocidas por las estampillas de los lingotes que produjeron (*Soc(ietatis) L(ucii) Cargilii. T(iti) f(illi)* y *M(arci) Laetilii M(arci) f(illii); Societ(atis) S(---) T(---) Lucretiorum; Soc(etatis) M(---) C(---) Pontilienorum M(arci) f(illii)*)[135]. *Albanus* pudo ser *dispensator* de uno de estos *negotiatores*, quizás afincado en la cercana *Carthago Noua.*

ALGUNAS CONSIDERACIONES E INTERROGANTES

Según se desprende de la documentación manuscrita conservada en el Archivo de la Real Academia de la Historia, el conjunto consagrado por el *dispensator Albanus* fue descubierto de manera casual el 24 de marzo de 1776, en un lugar impreciso del antiguo barrio de La Serreta que, al Norte de Mazarrón, se extendía al pie de la ladera oriental del Cabezo de San Cristóbal, prominencia en que están atestiguadas un elevado número de minas y fundiciones de épocas romano republicana y altoimperial. Las tres esculturas y sus pedestales estaban amortizados en el fondo de una especie de piscina construida con fuerte mampostería (y quizá revestida de *signinum)*, que recuerda las balsas de decantación descubiertas no sólo en diversos cotos del distrito minero de Cartagena-Mazarrón, sino también en otras explotaciones repartidas por la geografía peninsular. Dichas instalaciones estaban destinadas al lavado del mineral, siendo más que verosímil que en el sector del descubrimiento existiera un complejo de este tipo, formando parte de una fundición.

Los caracteres iconográficos y estilísticos de las obras que componían la ofrenda ya fueron examinados[136], razón por la que nos hemos centrado en el análisis de sus textos, grabados en tres pedestales de cuarcita de estructura y molduración muy similar, aunque de tamaños diferentes en función de la dimensión de la peana de las estatuas que sustentaban. El epígrafe de mayor calidad técnica alberga una dedicatoria a la *Mater Terrae* (n.º 1); el menos conseguido es el aplicado al *Genius S(---) M(---) F(icariensi).* La mejor *ordinatio* corresponde a los pedestales n.º 1 y 2; en el primero, las letras -de las que se hizo un dibujo previo- están centradas, aunque con una ligera desviación hacia la derecha; en el segundo, grabado sin dibujo y a mano alzada, este desplazamiento es más acusado, llegando el extremo de la L. 1 al límite del campo epigráfico. En ambos el tamaño de las letras guardan siempre una proporción; no obstante, en el n.º 3 sorprende la desigualdad entre la L. 1 y las L. 2 y 3. La altura de la primera -con la invocación al *Genius*- es casi doble que la de las dos restantes, lo que muestra una clara intención de resaltar al receptor de la ofrenda; el nombre del oferente queda muy reducido en relación a como aparece en las otras peanas. También destaca el acabado final de las caras de los pedestales: la frontal pulimentada y las laterales trabajadas en basto, mostrando las huellas del instrumento de labra de la piedra. Estos caracteres incitan a pensar en un lapicida diestro en el dibujo y grabado de las letras (n.º 1), aunque acaso un poco inhábil y confiado a la hora de la paginación de los pedestales n.º 2 y 3, que debió ejecutar sin dibujo previo, lo que propició los referidos «errores» de *ordinatio.*

En cuanto a la cronología de la ofrenda, los puntos esenciales sobre los que basar nuestra argumentación son dos, a saber: los caracteres estilísticos e iconográficos de las esculturas, y la paleografía y ciertos elementos internos de los textos. Las tres labras son el producto de un taller local, quizás emplazado en las inmediaciones de la actual Mazarrón, cuando no en la propia *Carthago Noua.* Sin embargo, algunos de sus rasgos formales e iconográficos sugieren una data laxa, comprendida en la segunda mitad del siglo I, con probabilidad en su tercer cuarto, pudiéndose considerar como testimonios de la transición del decorativismo lineal julio-claudio al colorismo del periodo flavio. La paleografía también revela algunos datos interesantes. La forma de las letras, con trazos finos, líneas curvadas y pies reforzados en la mayoría de los casos, sugieren asimismo una cronología similar o, incluso, de inicios del siglo II. La tendencia a las letras librarias (en especial en el pedestal n.º 1), que en la provincia de *Baetica* se constata desde época tiberiana en la epigrafía fune-

(132) Sobre la administración de las minas romanas, tanto las arrendadas como las gestionadas por la autoridad imperial, véase J. Mª. Blazquez, Fuentes literarias griegas y romanas referentes a las explotaciones mineras de la Hispania romana, La Minería Hispana e Iberoamericana, León, 1970, 116-150; id., Administración de las minas en época romana. Su evolución, Minería y Metalurgia en las antiguas civilizaciones mediterráneas y europeas, Madrid, 1989, 119-132; P. Le Roux, Procurateur affranchi in Hispania: Saturninus et l'activité minière, MM, 26, 1985, 218-233; D. Capanelli, La explotación de las minas ibéricas y el comercio de metales en la época romana: unas cuantas reflexiones más, Gerión, 8, 1990, 227-239; C. Domergue, op. cit., 1990 (n. 91), en especial 229-316, con la bibliografía al respecto.

(133) C. Domergue, La mine antique d'Aljustrel (Portugal) et les tables de bronze de Vipasca, París, 1983.

(134) Sobre las minas de oro de esta zona peninsular véase C. Domergue y Th. Martín, Minas de oro romanas en la provincia de León. I. EAE, 93, Madrid, 1977; id. e id., Minas de oro romanas en la provincia de León. II. EAE, 94, Madrid, 1977; C. Domergue, Mines d'or romaines d'Espagne: le district de la Valduerna (León), Toulousse, 1978; F. J. Sánchez y A. Orejas, La minería de oro del Noroeste peninsular. Tecnología, organización y poblamiento, Minería y metalurgia en la España prerromana y romana (D. Vaquerizo, coord.), Córdoba, 1994, 147-233.

(135) C. Domergue, op. cit., 1990, (n. 91), 264-268, y especialmente 265.

(136) J. M. Noguera, op. cit. (n. 1), 75-98.

raria[137], avala esta propuesta. Las letras «pintadas» del pedestal n.º 1 sugieren una datación de finales del siglo I o del II: por ejemplo, el refuerzo superior de la A en L. 1 o los trazos curvos de los remates de algunos caracteres (como la M). No obstante, estos elementos ya se observan en epígrafes neronianos y de inicios del periodo flavio. También los travesaños apuntados hacia arriba en las letras E, F y T son muy abundantes en la segunda centuria, aunque no faltan ejemplos de época claudio-neroniana y vespasiana. En cuanto a la *I longa*, su utilización se fecha -como regla general- en la primera centuria, aunque existen muchos casos de inobservancia de dicha norma. Las *I longae* a final de una palabra parecen indicar una fecha avanzada, pero su uso en mitad de ésta (pedestal n.º 1: L. 3) remite al siglo I. Las interpunciones en forma de *uirgulae* sugieren un ambiente neroniano-flavio en adelante; las triangulares apuntadas hacia abajo un momento anterior, como ocurre en Cartagena. Por otro lado, la ausencia del término *libertus* en los tres pedestales podría sustentar una cronología en torno a mediados del siglo I, puesto que su uso generalizado se puede establecer a partir de su segunda mitad; la fórmula verbal *sacrum* nos conduce a partir de los años centrales del I. Por consiguiente, no parece comprometido proponer para el grupo una datación inserta en la segunda mitad del siglo I, tal vez alrededor de su tercer cuarto.

En cuanto al oferente, se trata de un liberto privado que con bastante seguridad ejerció su oficio de *dispensator* en una explotación minera[138]. La raíz latina de su *cognomen* sugiere su posible ascendencia itálica. El tipo y caracteres intrínsecos del monumento (dimensiones, material, etcétera) advierten sobre la elevada disponibilidad económica de que gozó[139]. Su triple consagración es un magnífico testimonio de los *sacra priuata* destinados a obtener la protección y el beneficio de las divinidades tutelares de determinados lugares y trabajos. *Albanus* invocó el auxilio de sendos *genii* particulares y específicos de la zona donde vivía y trabajaba, a la par que no olvidó a la *Mater Terrae*, divinidad de más amplia difusión y propiciatoria de los favores y fecundidad de la Tierra. La explotación que gestionaba debía de estar arrendada a una desconocida *societas* o *dominus*, quizá residente en la vecina *Carthago Noua*. En todo caso, el negocio generaba el suficiente dinamismo y rendimiento económico como para necesitar de la intervención de un administrador de este tipo. En épocas neroniana y flavia, en que las minas de Mazarrón estaban inmersas en un periodo de crisis y decadencia, es difícil aceptar que las explotaciones hubieran pasado a ser gestionadas directamente por el Estado, preocupado por obtener la mayor cantidad de metal precioso para las acuñaciones monetarias y pingües beneficios destinados al evergetismo imperial y al lujo de la *domus Augusta*.

En cuanto a los epígrafes de los pedestales n.º 2 y 3, parece claro que *Ficariensi* ha de entenderse como genitivo ligado a *locus*, careciendo de sentido una lectura «genio ficariense del lugar». En cuanto al texto *Genio S.M.F.*, por analogía podemos completar la última sigla como *F(icariensi)*; difícil es aceptar un desarrollo de las dos primeras como *S(enatus) M(unicipii)*, ya que el término corrientemente empleado en la epigrafía altoimperial para la denominación de la Asamblea local es *ordo decurionum* u *ordo decurionalis*. Una valoración de la segunda sigla como *M(unicipii)*, aún no siendo imposible ni descartable *a priori*, es igualmente dudosa. El área de Mazarrón, integrada en un único distrito minero Cartagena-Mazarrón, formó parte durante épocas republicana y de inicios del Imperio del *territorium* de *Carthago Noua*, de cuya cercanía indudablemente se benefició. Aunque no es del todo improbable la conversión de los poblados mineros mazarroneros -existentes en torno a las grandes afloraciones y explotaciones, como Coto Fortuna o San Cristóbal- en uno o varios *municipia* a partir del Edicto de Latinidad de Vespasiano (*c.* 74), acaso debamos pensar mejor en la obtención por parte de estos núcleos de un cierto grado de autonomía administrativa, por ejemplo a través de su transformación en *pagi* o *uici*, aunque sin desligarse de la *colonia*. En esta dirección, son expresivos casos como los acaecidos en el *municipium Contributa Iulia*.

Existen otras posibilidades de interpretación de las siglas *S.M.F.*, a nuestro juicio más coherentes. Aunque podríamos considerarlas como abreviaturas de un nombre personal, quizás el del arrendatario de la explotación minera en que trabajaba *Albanus*; más sugestiva nos parece una aplicación del topónimo Ficariense al Cabezo de San Cristóbal (e incluso a Los Perules), con lo que podríamos estar ante una evocación al *Genius S(---) M(ontis) F(icariensi)*, de las que no faltan ejemplos en otras regiones del Imperio. Por último, la existencia en Mazarrón de *Societates Publicanorum* (época republicana) y privadas (siglo I) que sellaban sus lingotes de metal con cuños en que aparece la sigla *S(ocietas)* sugiere un posible desarrollo *Genio S(ocietatis) M(ontis) F(icariensi)*. De hecho, en el cercano Coto Fortuna esta documentada una *Societas Argentariarum Fodinarum Montis Ilucro(nensis?)* y una *Societ(as) Mont(is) Argent(arii) Ilucro(nensis?)*, mientras que del Cabezo del Moro, próximo al de San Cristóbal, procede la marca *Mont(is) Argent(arii)*[140]. A pesar de que el momento de auge de estas compañías fue el periodo republicano y augústeo, no sería extraña la persistencia de algunas de ellas en la primera centuria, aunque con una producción y un mercado mucho más restringido que en épocas precedentes. En todo caso, el recurso a las *sigla S.M.F.*, no debió eximir al texto abreviado de la coherencia y comprensión que debía tener ante sus potenciales lectores. Expuestas estas consideraciones, huelga advertir que todo análisis de las siglas suscita fundadas dudas, de donde la prudencia con que es obligado exponer cualquier hipótesis. Además, queda patente la escasez de información arqueológica bien sistematizada que poseemos en relación con las actividades mineras en Mazarrón en la antigüedad, que sólo será saldada mediante proyectos de investigación planificados, serios y rigurosos.

(137) A. U. Stylow. Los inicios de la epigrafía latina en la Bética. El ejemplo de la epigrafía funeraria. Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente (F. Beltrán LLoris. ed.). Zaragoza. 1995. 221.

(138) La administración de los fundi y uillae estaba a cargo de los uilici. lo que nos conduce a descartar un contexto de este tipo para Albanus.

(139) Sobre el nivel económico de algunos dispensatores véase J. Muñiz. op. cit.. (n. 30). 114.

(140) C. Domergue. op. cit.. (n. 86). 392; id.. op. cit.. 1990. (n. 91). 260. n. 12.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 375 - 383

CIRCULACION MONETARIA DE EPOCA TARDORROMANA EN LA REGION DE MURCIA: LOS HALLAZGOS DE LA VILLA DE LA FUENTE DE LAS PULGUINAS (CIEZA, MURCIA)

Manuel Lechuga Galindo
CENTRO REGIONAL DE ARQUEOLOGIA

Las excavaciones de urgencia que durante los años 1986-87 se llevaron a cabo en la *villa* romana de la Fuente de las Pulguinas, situada en las afueras de la población de Cieza, junto a la estación de ferrocarril de dicha localidad, han proporcionado un buen número de hallazgos monetarios que suponen, hoy en día, uno de los testimonios más completos de circulación monetaria de que disponemos en nuestra región. Igualmente, el hecho de que buena parte de esos hallazgos se inscriban en contextos arqueológicos fiables acrecienta aún más su interés. Con el presente artículo pretendemos, pues, dar a conocer un avance de los mismos, al tiempo que nos sumamos al merecido homenaje que el Museo de Murcia rinde a la tarea investigadora de la Dra. Muñoz Amilibia, con el reconocimiento propio de quienes tuvimos la suerte de disfrutar de su labor docente durante los años consagrados a la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Murcia.

El conjunto numismático recuperado procede en su mayor parte del área termal de la *villa*, cuadrículas E-7 (sectores 3-4) y F-7 (sectores 1-4), zona en la que se centraron las excavaciones de manera especial[1]. En base a ellas, este establecimiento agrícola parece iniciarse en torno a los inicios del s. II d. C. y pervive sin grandes cambios hasta comienzos del s. V d.C. La existencia en el lugar, hasta fechas bien recientes, de la fuente que da nombre al yacimiento, de carácter termal, y su proximidad a la vía romana *Carthago Nova-Saltigi*, constituyeron sin duda razones decisivas en la instalación del mismo y su largo desarrollo.

COMPOSICION Y ANALISIS DEL CONJUNTO

En total, se han recuperado 97 monedas, de las que 90 han podido ser identificadas, aunque la mayoría presentan un alto grado de desgaste. Creemos, por tanto, que teniendo en cuenta el carácter limitado de la actuación arqueológica, supone una muestra aceptable a la hora de efectuar un breve análisis de sus características en el marco de la circulación monetaria del período en que se insertan (ss. III-IV d.C. fundamentalmente). Su distribución cronológica a grandes rasgos sería la siguiente:

S. II a.C. - 192 d.C.	9
193 d.C. - 306 d.C.	21
307 d.C. - 395 d.C.	56
Inciertas (ss. IV-V d.C.?)	7
España (ss. XVII-XIX)	4
Total	**97**

Resulta evidente, como suele ser habitual en la mayoría de los asentamientos hispánicos de la época, el predominio de los ejemplares correspondientes al s. IV y, de manera muy concreta, de los acuñados entre los años 335-361 d.C (fig. 1). De entre ellos, tres emisiones marcan de forma clara la diferencia en los porcentajes de aprovisionamiento: las series *Gloria Exercitus* y *Victoriae dd augg q nn*, hasta el 348 d.C. (8 ejemplares cada una), y, por supuesto, la serie del jinete caido, *Fel Temp Reparatio* (23 ejemplares), a partir de esa fecha.

El origen del numerario, de entre el total de cecas identificadas (19) viene a reflejar también una cierta normalidad en la muestra si lo comparamos con el tipo de suministro monetario peninsular. Así, la ceca de *Roma* es la más representada (6 ejemplares), seguida por los talleres galos (*Treveri* y *Arelate*, con 3 ejemplares cada uno). Junto a ello se aprecia una cierta variedad en el aporte oriental: *Cyzicus* (3), *Constantinopolis* (2), *Tesalonica* y *Alexandria* (1 cada uno).

(1) Un breve resumen de la excavación puede verse en: Salmerón Juan, J. y Jiménez Lorente, S.: «Los niveles arqueológicos de la villa romana de la Fuente de las Pulguinas (Cieza)». *Memorias de Arqueología. 3 (1987-88). Servicio de Patrimonio Histórico*. pp. 232-237.

Otro hecho destacable es la importancia, en lo que al aporte monetal se refiere, de los *antoniniani* de Galieno y Claudio II, muchos de los cuales, como veremos más adelante, aparecen en niveles fechados a fines del s. IV d.C. - comienzos del s. V d.C, repitiéndose así un fenómeno de pervivencia que no por frecuente deja de ser digno de reseñar.

Si bien aún no se ha llevado a cabo un estudio pormenorizado de los materiales cerámicos recuperados, todo parece indicar que el asentamiento de la Fuente de las Pulguinas conoce un brusco final en los inicios del s. V d.C.[2] Ello explicaría en parte el acusado descenso que presentan las emisiones de época valentiniana y teodosiana (tan solo 7 ejemplares), aunque de sobras es conocida la crisis en el aprovisionamiento de numerario que se constata a fines del s. IV d.C.[3], de tal forma que un conjunto como el que nos ocupa no se diferencia en gran medida de otros bien fechados a lo largo del s. V d.C. Éstos, si bien incluyen algunas piezas de esa época, poseen en su mayoría un elevado porcentaje de emisiones de los años 335-361. Más significativo, en cambio, a este respecto, es la escasez de AE2 recuperados en el yacimiento murciano. Tan solo 5 piezas corresponden a ese módulo, por lo que si aceptamos esa fecha de inicios del s. V d.C. para el final de la actividad de la *villa*, estaríamos tal vez ante una prueba más del fenómeno que supone la retirada tanto "oficial" (años 354 y 395 d.C.) como "particular" (aunque con intenciones bien distintas) de este tipo de nominal, tras su desmonetización, para ser reintroducido en un período más tardío[4]. Es de destacar, además, que 3 de las piezas recuperadas corresponden a ejemplares antiguos (tipo *Fel Temp Reparatio*) y solamente 2 (Magno Máximo, tipo *Reparatio Reipub* y Arcadio, tipo *Gloria Romanorum*) pertenecen a la reforma de Graciano.

Todo parece indicar, pues, que nos encontramos ante un panorama dominado por una evidente residualidad, confirmada por el análisis de algunos de los contextos arqueológicos fiables que veremos más adelante. Así, son los *nummi* y AE3 constantinianos (24 y 22 ejemplares respectivamente) los mejor representados, seguidos por los viejos antoninianos (21 en total). Sorprende también, en este sentido, la escasa presencia de AE4 (4 en total), bien documentados en otros hallazgos de nuestra región[5]. Sin duda alguna, la analogía en cuanto a módulos e incluso a pesos de los citados *nummi* debió facilitar su utilización como complemento dentro del nuevo sistema.

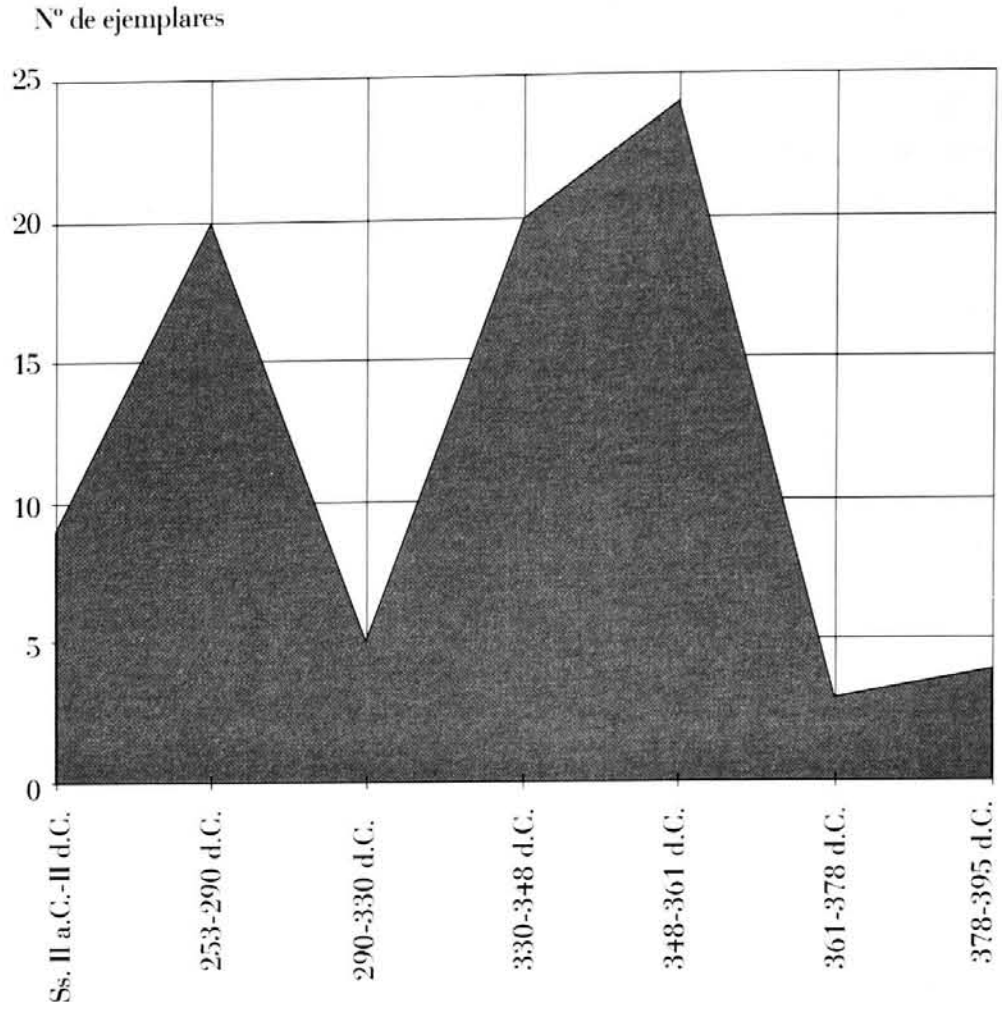


Fig. 1. Distribución del total de hallazgos según períodos cronológicos

Por último, en lo que se refiere a las monedas anteriores a los ss. III-IV d.C., hay que destacar el hallazgo, en un mismo nivel, y bajo el *rudus* de una de las habitaciones, de un pequeño conjunto integrado por 1 as romano-republicano, 3 ases de Adriano y 1 dupondio de Antonino Pío, todos ellos con un alto grado de desgaste.

HALLAZGOS MONETARIOS Y CONTEXTO ARQUEOLOGICO

Ya hemos señalado la carencia, hasta el momento, de un estudio pormenorizado del abundante material cerámico recuperado, que nos impide llevar a cabo una mayor precisión en lo que a relación con el contexto arqueológico se refiere. No obstante, creemos que merece la pena exponer la composición de 3 conjuntos de hallazgos (entendiendo como tales aquellos producidos en un mismo nivel), com una clara muestra de ese carácter residual al que nos hemos venido refiriendo, y que reflejamos en el cuadro de la fig. 2.

El primero de ellos (E7/3. Niv. II), sobre el pavimento de una de las balsas (la nº 5), cuenta con cerámicas comunes como único material asociado. Por otra parte, la presencia de una capa de cenizas y carbones podría fechar el abandono del sector, o incluso de la propia *villa*, y en este sentido cuenta con una de las piezas más tardías: un AE4 de Arcadio con victoria en reverso. De este mismo nivel procede también un *minimus* de imitación, del cual poco podemos decir, más que señalar su epigrafía irregular y su peso de 0,95 g., al no poder identificar el tipo imitado en el reverso. Esta clase de emisiones, bien documentadas en las

(2) Salmerón Juan, J. y Jiménez Lorente, S.: «Pervivencia de cerámicas de tipo ibérico en niveles romano imperiales y tardoimperiales de la villa rústica de la Fuente de las Pulguinas en Cieza (Murcia)». *Antigüedad y Cristianismo, V (1988)*, p. 622; Id.: «Una gran marmita a torno decorada con tetones de cronología tardorromana en la Fuente de las Pulguinas de Cieza (Murcia)». *Antigüedad y Cristianismo, V* (1988), p. 629.

(3) Ver, por ejemplo, los datos y la bibliografía aportada por M. Campo: *Las monedas de la villa romana de La Olmeda*. Palencia, 1990, p. 37. Por contra, lugares como el *Portus Illicitanus* las Baleares no parecen acusar tanto este fenómeno: Abascal Palazón, J.M.: *La circulación monetaria del Portus Illicitanus*. Valencia, 1989, pp. 77-87; Gurt, J.M. y Marot, T.: «Estudi dels models de circulació monetària a les Balears: Pollentia (Alcúdia, Mallorca)». *III Reunió d'Arqueologia Hispànica, Maó (1988)*. Barcelona, 1992, p. 227.

(4) Marot T.:«Monedas procedentes de la *Porta Decumana* de *Barcino:* un ejemplo de circulación monetaria tardorromana» *IX C.N.N.* (Elche, 1994), p. 205 y n. 10.

(5) Se trata, por ejemplo, de los conjuntos de Singla (Caravaca) y el Peliciego (Jumilla), situados más al interior y más aislados que el asentamiento que nos ocupa (Lechuga Galindo, M.: «Numismática tardorromana de la región de Murcia. Ocultaciones y conjuntos monetarios». *Antigüedad y Cristianismo, II* (1985), pp. 202 ss.).

zonas costeras[6], no parecen haber tenido una especial repercusión en zonas del interior, y en nuestra región tan solo conocemos otro ejemplar fuera de contexto[7].

Del nivel de desagüe de la balsa nº 1 procede el segundo conjunto (E7/4. Niv. Iva), asociado a cerámicas africanas en T.S.C. D y que presenta, como ejemplar más tardío, un AE2 de Magno Máximo. Éste y un posible AE4 de fines del s. IV d.C. suponen, sin embargo, un pobre porcentaje en relación a las 18 piezas comprendidas entre los años 253-361 d.C.

Finalmente, en un último nivel, al exterior de las balsas (F7/1. Niv. 2), que podría indicarnos un área de circulación, se recuperaron 7 monedas emitidas de Galieno a Juliano II.

Conjunto	Antoniniani (253-270 d.C.)	Nummi (330-387 d.C.)	AE2 (383-387 d.C.)	AE3 (348-361 d.C).	AE4	Minimi
E7/3. N.II (Galieno a Arcadio)	5	4		6	2	1
E7/4. N.IVa (Galieno a M. Máximo)	4	6	1	7	2	
F7/1. N.II (Galieno a Juliano II)	2	5		1		

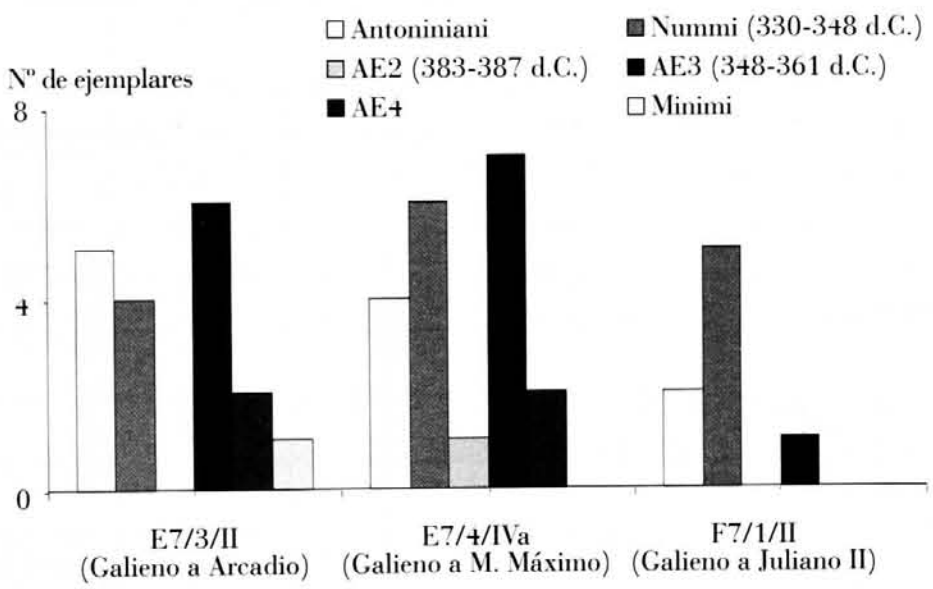


Fig. 2. Composición. por tipos de nominal. de los conjuntos monetarios analizados

berio y 3 nuevas piezas de Adriano. Surge, pues, la hipótesis, de considerar el momento inicial del asentamiento (o, al menos, de ese área termal de donde provienen la mayoría de los hallazgos) en torno a un momento avanzado del s. III d.C. En cuanto a su abandono y/o destrucción, ya hemos señalado la relativa fiabilidad que a este respecto nos ofrece el conjunto de hallazgos, dada la paralización que se produce en el aporte monetario a fines del s. IV d.C.-comienzos del s. V d.C. y que sólo acusan en menor medida algunos núcleos costeros levantinos e insulares.

La situación de la *villa* junto a la tradicional vía de comunicación de la entonces capital del *conventus* con el interior del mismo, no le facilitó, por otra parte, un proceso de renovación del numerario, del que están prácticamente ausentes los numerosos AE2 emitidos desde la reforma de Graciano (aunque, por las razones apuntadas, éstos quizás pertenezcan ya más bien a una circulación de pleno s. V d.C.), así como los AE4 que marcan el final de ese aporte monetario. El papel de estos últimos, no obstante, debió ser desempeñado sin demasiados problemas por los abundantes *nummi* constantinianos mantenidos en circulación.

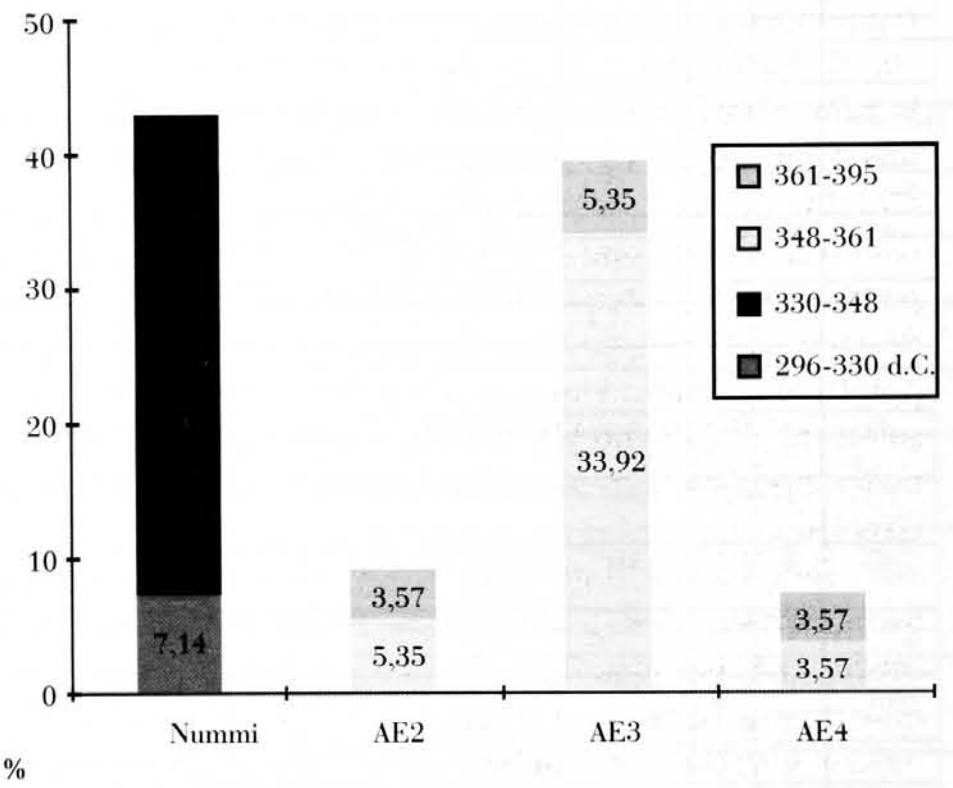


Fig. 3. Nominales representados. por períodos. en el total de hallazgos del s. IV d.C.

CONCLUSIONES

Como hemos podido ver, los datos numismáticos parecen reflejar, con respecto a la vida de este establecimiento, un destacado auge en torno a los ss. III y, sobre todo, IV d.C. Si bien en otras zonas del yacimiento se han recuperado materiales de etapas anteriores (T.S. Sudgálica, Hispánica y producciones africanas en T.S.C. A), el material numismático más antiguo sólo está compuesto, además de por ese curioso ¿depósito? del s. II d.C. hallado bajo el pavimento de una de las habitaciones, por un denario de Ti-

(6) *Barcino. Tarraco*. Grau Vell y Levante (Marot. T.. *op. cit.* en nota anterior. p. 205. con la correspondiente bibliografía).

(7) Lechuga Galindo. M.: «Una nueva aportación para el conocimiento de las numismática tardía (ss. IV-V d.C.) del *Conventus Carthaginensis*». *Anales de Prehistoria y Arqueología*. 1 (1985). p. 75. Hay que insistir. no obstante. en las dificultades que para su identificación supone el péximo estado de conservación de la mayoría de estas piezas.

CATALOGO

Presentamos a continuación un catálogo resumido en dos tablas. La primera muestra el total de los ejemplares recuperados, ordenados cronológicamente, mientras en la segunda se relacionan las piezas integradas en los conjuntos mencionados en el texto, incluidos en contextos arqueológicos fiables. Las abreviaturas utilizadas son las siguientes:

Nº de inventario (Nº inv.)
Lugar (lugar de hallazgo: corte/sector/nivel)
Valor (valor nominal):
Denario (Den.)
Dupondio (Dp)
Sextercio (Sex.)
Antoniniano (Ant.)
Fracción nummus (F.num.)

Nummus (num.)
Tipos de anverso y reverso:
Busto (B)
Cabeza (C)
derecha (d)
izquierda (i)
Dirección de cuños (D.C.)

Referencias bibliográficas (Ref.):

RIC: AA.VV.: *The Roman Imperial Coinage*, IX vols. Londres, 1926-1981.

LRBC: Hill, P.V., Kent, J.P.C., Carson, R.A.G.: *Late Roman Bronze Coinage. A.D. 324-498*.Londres, 1960.

N.º inv	Lugar	Valor	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
5	F1/1/1	As	Siglos II-I a.C.	C. de Jano bifronte (perdida)	Proa de nave a d. (ro)M(a)	Roma	22.07	31.9		
6	F7/1/1	Den	Siglos I-II d.C. (¿Tiberio?)	B. togado. ¿laureado?. a d. (...)SAR(...)	Fig. masculina? a d. (...)		2.35	18.65		
19	F1/1/1	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada. a d. (...)	F (...)	Roma	8.95	24.9		
9	C6/4/1	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada a d. (hadrian)VS AVGVS(tvs)	Diana ?. de pie a i. COS (...). A ambos lados: S/C	Roma	12.45	28.15	6	
11	F1/1/1	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada a d. (...)	Salus. de pie a i.. con vara. sacrificando en altar (...). A ambos lados: S/C	Roma	11.78	26.5	6	
22	F1/3/2	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada. a d. (...)	Figura femenina. de pie. a i.. con cornucopia (Fortuna?) (...)	Roma	11.46	26.95	6	
15	F1/1/1	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada. a d. (...)	F (...)	Roma	9.22	26.55		
4	F7/1A/3	Sex	Hadriano (117-138 d.C.)	B. togado. laureado a d. HADRIANVS AVG COS II(...)	Fortuna. de pie a i.. con timón y cornucopia (...) VG. A ambos lados: S/C	Roma	23.53	31.45	6	
24	F1/1/1	Dp	Antonino Pío (138-161 d.C.)	C. radiada a d. (ant)ONINVS AVG (p)IVS (...)	Figura femenina. de pie. a i. (...)	Roma	9.56	26.75	5	
84	E7/3/2	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Victoria a i.? (...)		2.21	17.2	5	
51	E7/3/2	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (...)	(...). En campo: X]	Roma	2.19	18.45	10	
41	F7/1/2	Ant	Galieno (267-268 d.C.)	C. radiada a d. (g)ALLIENVS AVG	Grifo marchando a i. (apollini c)ONS AV(g)	Roma	2.48	18.35	5	RIC 166
83	E7/3/2	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (gal)LLIENVS AVG	Abundantia. de pie. a d.. con cornucopia. ABVNDANTIA A(vg) En campo: B]	Roma	2.38	19.2	12	RIC 157
42	E7/3/1	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Sol de pie. con globo en mano i. (orien)S (avg)		1.12	20	2	RIC 251 ?
2	C4/1/1	Ant	Galieno (267-268 d.C.)	B. radiado a d. (ga)LLIENVS AVG	Ciervo? marchando a d. (dianae cons avg) En exergo: ϵ	Roma	2.17	21.2	6	RIC 177
39	F7/1/2	Ant	Mediados s. III d.C.	B. radiado. togado a d. (...)S AVG	Figura femenina de frente. con rama y ¿cornucopia? HIL(aritas avg)?		1.01	19.65	12	
64	E7/4/3	Ant	Galieno (259-268 d.C.)	C. radiada a d. (g)ALLI(envs avg)	Fig. fem. (Fortuna?). de pie a i. con cornucopia (...)		2.08	18	6	
63	E7/4/4	Ant	Galieno (267-268 d.C.)	C. radiada a d. (i)MP GALLI(envs) AVG	Grifo andando a i. (apollini cons) AV(g) En exergo: $\bar{\Delta}$	Roma	2.85	21.6	12	RIC 165
1	C3/4/1	Ant	Claudio II (268-270 d.C.)	B. togado. radiado. a d. (...)	Fortuna? de pie. a i.. con pátera y cornucopia (fortv)NA AVG	Cyzic-us?	1.58	18.85	11	RIC 231?
60	F7/4/1	Ant	268-270 d.C.	B. radiado. togado a d. (...)	Fig. fem. (Providentia?). de pie. a i. . con vara y cornucopia (...)		2.26	22.25	6	
7	F7/3/2	Ant	Claudio II (268-270 d.C.)	C. radiada a d. (i)MP C (clavd)IVS A(vg)	Genius. de pie a i.. con pátera y cornucopia (gen)IVS EX(erci)	Roma	2.23	21.3	1	RIC 48
85	E7/3/2	Ant	Claudio II (268-270 d.C.9	B. radiado a d. (i)MP C CLAVD(...)	Genius. de pie. con pátera y cornucopia (gen)IVS a(vg)	Roma	1.81	19.25	12	RIC 45
67	E7/4/4	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (divo clav)DIO	Aguila de frente. mirando a d. (conse)CR(atio)		2.47	17.55	6	RIC 266
66	E7/4/4	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Aguila de frente. mirando a d. (c)ONSE(cratio)		0.92	14.35	6	RIC 266
65	E7/4/4	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Altar (co)NSEC(ratio)		1.61	16.35	11	RIC 261
17	F7/3/2	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Altar (...)		1.09	12.45	6	RIC 261
13	F7/3/2	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (divo clavdio)	Altar (consecratio)		1.67	16.7	12	RIC 261
86	E7/3/2	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (divo clavdi)O	Altar CONSEC(rat)IO		1.17	16	12	RIC 257
46	C4/1/1	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (di)V(o c)L(avdio)	Altar CONS(ecrat)IO		1.56	18.3	1	RIC 261?
87	E7/3/2	F.num	Maximino (296-297 d.C.)	B. radiado. togado y con coraza. a d. (...)XIM(in)VS NOB CAES	Emperador recibiendo victoriola (c)O(n)CO(rdia milit)V(m). En campo: Δ En exergo: A(..)	Alejan-dría	2.29	20.55	12	RIC 48b
82	E7/4/4	F. num	Constantino ?	C. laureada. a d.? (...)	F (...)		1.61	18		
12	F7/1/2	F. num	Licinio (316 d.C.)	B. laureado. togado. con coraza a d. IMP LICIN(iv)S P F A(v)G	Genius. de pie a i.. con pátera y cornucopia GE(nio po)P ROM. A ambos lados: T/F En exergo: BT(r)	Trier (2ª of.)	2.55	20.35	12	RIC 120
16	F7/1/3	F. num	Constantino (317-318 d.C.)	B. laureado. togado. con coraza. a d. IMP CO(nsta)NTINVS P F AVG	Sol. de pie a i.. con globo en mano i. (soli inv)I(cto) CO(m)IT(i) A ambos lados: C/S	Arlés (2ª of.?)	2.7	21.4	12	RIC 145
14		Num	Constantino (para Constancio II) (324-330 d.C.)	B. laureado. con coraza y paludamentum. a i. FL VAL CONSTANTIVS NOB C	Puerta de campamento con dos torres PROVIDENTIAE CAESS En exergo: RWQ	Roma (4ª of.)	2.05	18.1	12	LRBC 519
70	E7/4/4	Num	Constantino. Series urbanas (330-335 d.C.)	B. a i. con casco y coraza. (vrbs) ROMA	Loba y gemelos. Encima. dos estrellas En exergo: (t)RS*	Tréve-ris (2ª of.)	2.36	15.75	5	LRBC 70
88	E7/3/2	Num	Constantino. Series urbanas (330-335 d.C.)	B. laureado. con casco. a i. (...)	Victoria sobre proa. a i.		1.79	16.6	6	
68	E7/4/4	Num	Constancio II (330-335 d.C.)	B. laureado. togado y con coraza. a d. (fl i)VL CONSTANTIVS NOB C	Dos soldados y 2 estandartes (glo)RIA EXERCITV(s) En exergo: CONS(..)	Const-antino-pla	2.03	16.7	11	LRBC 1012
18	D'6/3/1	Num	Constantino (330-335 d.C.)	B. diademado. togado a d. CONSTANTIN(...)	Dos soldados y 2 estandartes GLOR(ia exercitvs) En exergo: RFP	Roma (1ª of.)	1.97	17.2	7	LRBC 531

N.º inv	Lugar	Valor	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
89	E7/3/2	Num	Constantino. Series urbanas (330-337 d.C.)	B. laureado, con casco, a i. CONSTANTI(n)OPOLIS	Victoria sobre proa, a i. En exergo: R*(..)	Roma	1.11	17.95	6	LRBC 557
23	F7/1/1	Num	Constancio II (335-337 d.C.)	B. diademado, togado a d. (...)	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exercitvs) En exergo: (s)MK(..)	Cyzico	1.66	17.05	1	LRBC 1265
69	E7/4/4	Num	Constancio II (335-337 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)TIVS AVG	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exerci)TVS		1.69	13.8	6	
28	F7/1/1	Num	335-337 d.C.	B. diademado, togado, a d. (...)	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exercitvs)		1.41	13.8	12	
52	E7/3/2	Num	335-337 d.C.	B. diademado, togado, a d. (...)	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exer)CITVS En exergo: TRS	Tréveris (2ª of.)	1.4	14.1	12	
25	F7/2/1	Num	Constantino II (337-340 d.C.)	B. diademado, togado a d. VIC CO(nstantinvs ...)	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exercitvs)		1.61	13.8	12	
20	F7/1/1	Num	Constancio II (337-341 d.C.)	B. diademado, togado a d. (dn fl) CONS(t)AN(tivs avg)	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exerc)ITVS En exergo: R*S	Roma (2ª of.)	1.56	17.25	6	LRBC 614
21	F7/3/2	Num	Constancio II (341-348 d.C.)	B. diademado, togado a d. (...)	Dos victorias afrontadas (victoriae dd avgg q nn)		1.56	13	6	
31	F7/1/1	Num	Constancio II (341-348 d.C.)	C. diademada a d. (dn cons)TAN(tivs) P F AVG	VOT/XX/MVLT/XXX en laúrea En exergo: SMALA	Alejandría (1ª of.)	1.26	16.9	6	LRBC 1474
30	F7/1/2	Num	341-348 d.C.	B. diademado, togado a d. (cons)TAN(...)	Dos victorias afrontadas (victoriae dd avgg q nn)		1.6	14.4	6	
29	F7/1/2	Num	341-348 d.C.	B. diademado, togado a d. (...)	Dos victorias afrontadas VI(ctoriae dd avgg q nn)		0.62	14.9	12	
49	F7/1/2	Num	Constancio II (341-348 d.C.)	B. diademado, togado a d. (cons)TAN(...)	Dos victorias afrontadas (victoriae dd avgg q nn) En exergo: RyT	Roma (3ª of.)	0.9	14.25	6	LRBC 641
72	E7/4/4	Num	Constancio II? (341-348 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Dos victorias afrontadas (v)ICTO(r)IAE D(d avgg q nn)		1.78	14.2	12	
71	E7/4/4	Num	Constante (341-348 d.C.)	B. diademado, togado, a d. CO(ns)TANS P F AV(g)	Dos victorias afrontadas (vict)OR(iae dd a)VGG Q (nn)		1.48	16.85	12	
59	F7/4/1	Num	341-348 d.C.	F (...)	Dos victorias afrontadas? (victoriae dd avgg q nn)?		1.7	15		
48	F7/1/2	Num	Constancio II (341-348 d.C.)	B. diademado, togado a d. CO(ns)TAN(...)	Dos victorias afrontadas (victor)IAE DD AVGG Q NN		1.15	15.25	12	
32	F7/3/1	AE2	Constancio II (348-350 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Emperador con labarum y victoriola, en galera conducida por Victoria (fel temp reparatio)		4.68	21.45	6	
43	E7/3/1	AE4	Constancio II (351-354 d.C.)	B. diademado, togado a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp repara)TIO (fh-3) En exergo: CONSBΣ	Constantinopla (2ª of.)	2.72	12.8	12	LRBC 2041
90	E7/3/2	AE3	Constancio II (351-354 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)IVS (...)	Soldado y jinete caido (fel te)MP (rep)ARA(tio) (fh-3). En campo: A] En exergo: SMT(..)	Tesalónica	2.01	17.4	12	LRBC 1681
76	E7/4/1	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		2.38	16.6	6	
75	E7/4/4	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	C. diademada, a d. (...)TIVS P F AV(g)	Soldado y jinete caido (fel) TE(mp reparatio) (fh-3)		2.52	15.9	12	
74	E7/4/4	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. DN CONSTAN(...)	Soldado y jinete caido FEL TEMP RE(paratio) (fh-3). En campo: A]		1.62	15.5	6	
93	E7/3/2	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...) F AVG	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		2.5	15.9	12	
77	E7/4/4	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		1.88	19.6		
78	E7/4/4	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (d) N C(on)STAN(...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		1.96	16.65	12	
91	E7/3/2	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		2	16.9	4	
92	E7/3/2	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3). En campo: *]		1.77	16.25	12	
79	E7/4/4	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (d n const)AN(...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		2.37	18.45	6	
54	E7/3/2	AE3	Constancio II ?(348-361 d.C.)	B. diademado, togado, a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		1.58	18.55	12	
3	E7/4/4	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. togado, diademado a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		1.25	17.6		
34	F7/3/1	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado a d. (dn cons)TA(ntivs p f avg)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		2.3	20.25	6	
53	E7/3/2	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. togado, diademado a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp r)EPARATIO		1.75	16.7	12	
35	F7/1/1	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		2.65	15.4	6	
36	F7/1/1	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado, togado a d. (dn const)ANTIVS (p f avg)	Soldado y jinete caido (fel temp) REPA(ratio) (fh-3)		1.45	19.45	11	

N º inv	Lugar	Valor	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
37	F7/2/1	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		1.98	17.1	12	
8	C4/1/1	AE3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. togado. diademado a d. D(n) C(on)S(tantivs p f avg)	Soldado y jinete caido (fel temp re)PA(rati)O En exergo: SMKA(ó Δ)	Cyzico (1ª ó 4ª of.)	2.9	17.7	11	LRBC 2496 ó 2498
33	F7/2/1	AE2	Constancio II (352-354 d.C.)	B. diademado. togado a d. Detrás: B (d)N CO(n)STAN(tiv)S (p f) AVG	Soldado y jinete caido (fel temp re)PA(ratio) (fh-4). En campo: È Ô	Roma	2.4	21.25	11	LRBC 662
73	E7/4/4	AE3	Constancio II (355-360 d.C.)	B. diademado. togado. a d. D N CONSTA(...)	Soldado y jinete caido FEL (temp reparatio) (fh-3). En campo: M] En exergo: (..)CO(..)	Arlés	1.98	16.5	6	LRBC 458
38	F7/1/2	AE3	Juliano II (355-361 d.C.)	B. togado a d. D N IVL(...)	Soldado y jinete caido (fel temp) RE(p)ARATIO (fh-3)		2.67	16.85	6	
80	E7/4/4	AE4	Constancio II? (355-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Virtus con globo y lanza (spes reipvblice)		2.11	15.35	11	
47	E7/4/3	AE3	364-378 d.C.	B. diademado. togado a d. (...)	Victoria marchando a i. con palma y corona (secvritas reipublicae)		1.58	17.6	6	
44	E7/3/1	AE3	364-378 d.C.	B. diademado. togado a d. (...)	Victoria marchando a i. con palma y corona (secvritas reipublicae)		1.23	16.15	12	
40	F7/1/1	AE3	Valentiniano I (364-378 d.C.)?	B. diademado. togado a d.	Victoria marchando a i. con palma y corona SECV(ritas reipublicae)		2.84	17.75	12	
56	E7/3/2	Minimus	Fines s. IV d.C.	... (...)	(...) En exergo: C(...)		0.95	13.8	9	
81	E7/4/4	AE2	Magno Máximo (383-387 d.C.)	B. diademado. togado. a d. D N MA(g maxi)MVS (...)	Emperador con victoriola. dando la mano a mujer arrodillada (re)PARATIO (reip)VB En exergo: P(c)ON	Arlés (1ª of.)	3.78	23.35	6	LRBC 554
94	E7/3/2	AE4	Valentiniano II ? (383-387 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Dos victorias. frente a frente. llevando coronas (vict)ORIA AV(ggg)		1.18	12.8	6	
55	E7/3/2	AE4	Arcadio (fines s. IV d.C.)	B. diademado. togado. a d. D N AR(...) AVG	(victoria avg)?		0.79	13	12	
45	F7/2/1	AE2	Arcadio (393-395 d.C.)	B. diademado. togado a d. (...)VS P (f) AVG	Emperador. de pie a d.. con globo y estandarte (gloria) ROMANORVM En exergo: (s)MKA	Cyzico (1ª of.)	4.45	20.15	6	LRBC 2572-73
10	E7/4/4	AE4?	Fines s. IV ?	F (...)	F (...)		1.40	13.6		
26	F7/2/1			F (...)	F (...)		1.85	15.7		
27	F7/4/1			F (...)	F (...)		2.28	18.3	12	
58	E7/3/2			F (...)	F (...)		3.49	21.55	6	
57	E7/3/2			F (...)	F (...)		1.08	12.15		
50	F7/1/2			F (...)	F (...)		1.09	17.9		
95	D'6/3/2	Num ?	Ss. IV-V d.C. ?	F (...)	F (...)		1.51	15.2		

Composición por conjuntos situados en contextos arqueológicos fiables

E7/3/2

N º inv	Lugar	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
51	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (...)	(...). En campo: X]	Roma	2.19	18.45	10	
84	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Victoria a i.? (...)		2.21	17.2	5	
83	Ant	Galieno (253-268 d.C.)	C. radiada a d. (gal)LLIENVS AVG	Abundantia. de pie. a d.. con cornucopia. ABVNDANTIA A(vg) En campo: B]	Roma	2.38	19.2	12	RIC 157
85	Ant	Claudio II (268-270 d.C.)	B. radiado a d. (i)MP C CLAVD(...)	Genius. de pie. con pátera y cornucopia (gen)IVS a(vg)	Roma	1.81	19.25	12	RIC 45
86	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (divo clavdi)O	Altar CONSEC(rat)IO		1.17	16	12	RIC 257
87	F.num	Maximino (296-297 d.C.)	B. radiado. togado y con coraza. a d. (...)XIM(in)VS NOB CAES	Emperador recibiendo victoriola (c)O(n)CO(rdia milit)V(m). En campo: Δ En exergo: A(..)	Alejandría	2.29	20.55	12	RIC 48b
88	Num	Constantino. Series urbanas (330-335 d.C.)	B. laureado. con casco. a i. (...)	Victoria sobre proa. a i.		1.79	16.6	6	
89	Num	Constantino. Series urbanas (330-337 d.C.)	B. laureado. con casco. a i. CONSTANTI(n)OPOLIS	Victoria sobre proa. a i. En exergo: R*(..)	Roma	1.11	17.95	6	LRBC 557
52	Num	335-337 d.C.	B. diademado. togado. a d. (...)	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exer)CITVS En exergo: TRS	Tréveris (2ª of.)	1.4	14.1	12	
90	AE 3	Constancio II (351-354 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)IVS (...)	Soldado y jinete caido (fel te)MP (rep)ARA(tio) (fh-3). En campo: A] En exergo: SMT(..)	Tesalónica	2.01	17.4	12	LRBC 1681
91	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		2	16.9	4	
92	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3). En campo: *]		1.77	16.25	12	
54	AE 3	Constancio II ?(348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		1.58	18.55	12	
53	AE 3	Constancio II ?(348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp r)EPARATIO		1.75	16.7	12	
93	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...) F AVG	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		2.5	15.9	12	
56	Minimus	Fines s. IV d.C.	... (...)	(...) En exergo: C(...)		0.95	13.8	9	
94	AE 4	Valentiniano II ? (383-387 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Dos victorias. frente a frente. llevando coronas (vict)ORIA AV(ggg)		1.18	12.8	6	
55	AE 4	Arcadio (fines s. IV d.C.)	B. diademado. togado. a d. D N AR(...) AVG	(victoria avg)?		0.79	13	12	
58			F (...)	F (...)		3.49	21.55	6	
57			F (...)	F (...)		1.08	12.15		

E7/4/4a

N° inv	Lugar	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
63	Ant	Galieno (267-268 d.C.)	C. radiada a d. (i)MP GALLI(envs) AVG	Grifo andando a i. (apollini cons) AV(g) En exergo: D	Roma	2.85	21.6	12	RIC 165
67	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (divo clav)DIO	Aguila de frente. mirando a d. (conse)CR(atio)		2.47	17,55	6	RIC 266
66	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Aguila de frente. mirando a d. (c)ONSE(cratio)		0.92	14.35	6	RIC 266
65	Ant	Claudio II (post. 270 d.C.)	C. radiada a d. (...)	Altar (co)NSEC(ratio)		1.61	16.35	11	RIC 261
82	F. num	Constantino ?	C. laureada. a d.? (...)	F (...)		1.61	18		
70	Num	Constantino. Series urbanas (330-335 d.C.)	B. a i. con casco y coraza. (vrbs) ROMA	Loba y gemelos. Encima. dos estrellas En exergo: (t)RS*	Tréveris (2ª of.)	2.36	15.75	5	LRBC 70
68	Num	Constancio II (330-335 d.C.)	B. laureado. togado y con coraza. a d. (fl i)VL CONSTANTIVS NOB C	Dos soldados y 2 estandartes (glo)RIA EXERCITV(s) En exergo: CONS(..)	Constantin-opla	2.03	16,7	11	LRBC 1012
69	Num	Constancio II (335-337 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)TIVS AVG	Dos soldados y 1 estandarte (gloria exerci)TVS		1.69	13,8	6	
72	Num	Constancio II? (341-348 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Dos victorias afrontadas (v)ICTO(r)IAE D(d avgg q nn)		1.78	14,2	12	
71	Num	Constante (341-348 d.C.)	B. diademado. togado. a d. CO(ns)TANS P F AV(g)	Dos victorias afrontadas (vict)OR(iae dd a)VGG Q (nn)		1.48	16.85	12	
75	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	C. diademada. a d. (...)TIVS P F AV(g)	Soldado y jinete caido (fel) TE(mp reparatio) (fh-3)		2.52	15.9	12	
74	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. DN CONSTAN(...)	Soldado y jinete caido FEL TEMP RE(paratio) (fh-3) En campo: A]		1.62	15.5	6	
77	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		1.88	19,6		
78	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (d) N C(on)STAN(...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio) (fh-3)		1.96	16,65	12	
79	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (d n const)AN(...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		2.37	18,45	6	
3	AE 3	Constancio II (348-361 d.C.)	B. togado. diademado a d. (...)	Soldado y jinete caido (fel temp reparatio)		1.25	17.6		
73	AE 3	Constancio II (355-360 d.C.)	B. diademado. togado. a d. D N CONSTA(...)	Soldado y jinete caido FEL (temp reparatio) (fh-3). En campo: M] En exergo: (..)CO(..)	Arlés	1.98	16.5	6	LRBC 458
80	AE 4	Constancio II? (355-361 d.C.)	B. diademado. togado. a d. (...)	Virtus con globo y lanza (spes reipvblice)		2.11	15,35	11	
81	AE 2	Magno Máximo (383-387 d.C.)	B. diademado. togado. a d. D N MA(g maxi)MVS (...)	Emperador con victoriola. dando la mano a mujer arrodillada (re)PARATIO (reip)VB En exergo: P(c)ON	Arlés (1ª of.)	3.78	23,35	6	LRBC 554
10	AE 4?	Fines s. IV ?	F (...)	F (...)		1.40	13,6		

F7/1/2

N° inv	Lugar	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
41	Ant	Galieno (267-268 d.C.)	C. radiada a d. (g)ALLIENVS AVG	Grifo marchando a i. (apollini c)ONS AV(g)	Roma	2.48	18,35	5	RIC 166
39	Ant	Mediados s. III d.C.	B. radiado. togado a d. (...)S AVG	Figura femenina de frente, con rama y ¿cornucopia? HIL(aritas avg)?		1.01	19,65	12	
12	F. num	Licinio (316 d.C.)	B. laureado. togado. con coraza a d. IMP LICIN(iv)S P F A(v)G	Genius. de pie a i.. con pátera y cornucopia GE(nio po)P ROM. A ambos lados: T/F En exergo: BT(r)	Trier (2ª of.)	2.55	20,35	12	RIC 120
30	Num	341-348 d.C.	B. diademado. togado a d. (cons)TAN(...)	Dos victorias afrontadas (victoriae dd avgg q nn)		1.6	14.4	6	
29	Num	341-348 d.C.	B. diademado. togado a d. (...)	Dos victorias afrontadas VI(ctoriae dd avgg q nn)		0.62	14.9	12	
49	Num	Constancio II (341-348 d.C.)	B. diademado. togado a d. (cons)TAN(...)	Dos victorias afrontadas (victoriae dd avgg q nn) En exergo: RψT	Roma (3ª of.)	0.9	14.25	6	LRBC 641
48	Num	Constancio II (341-348 d.C.)	B. diademado. togado a d. CO(ns)TAN(...)	Dos victorias afrontadas (victor)IAE DD AVGG Q NN		1.15	15,25	12	
38	AE 3	Juliano II (355-361 d.C.)	B. togado a d. D N IVL(...)	Soldado y jinete caido (fel temp) RE(p)ARATIO (fh-3)		2.67	16,85	6	
50			F (...)	F (...)		1.09	17,9		

F1/1/1

N° inv	Lugar	Cronología	Tipo y leyenda (anv.)	Tipo y leyenda (rev.)	Ceca	Peso	Módulo	D.C.	Ref
5	As	Siglos II-I a.C.	C. de Jano bifronte (perdida)	Proa de nave a d. (ro)M(a)	Roma	22.07	31.9		
19	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada. a d. (...)	F (...)	Roma	8.95	24,9		
11	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada a d. (...)	Salus. de pie a i.. con vara. sacrificando en altar (...). A ambos lados: S/C	Roma	11.78	26,5	6	
15	As	Hadriano (117-138 d.C.)	C. laureada. a d. (...)	F (...)	Roma	9.22	26,55		
24	Dp	Antonino Pío (138-161 d.C.)	C. radiada a d. (ant)ONINVS AVG (p)IVS (...)	Figura femenina. de pie. a i. (...)	Roma	9.56	26,75	5	



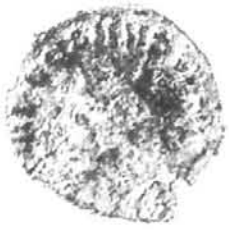
83



63



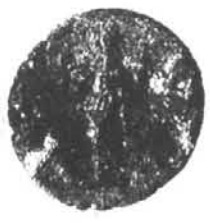
64



85











66



67



65



86











87



70



89



68

















Lámina I



73



74



76



78











91



92



93



80











81



94





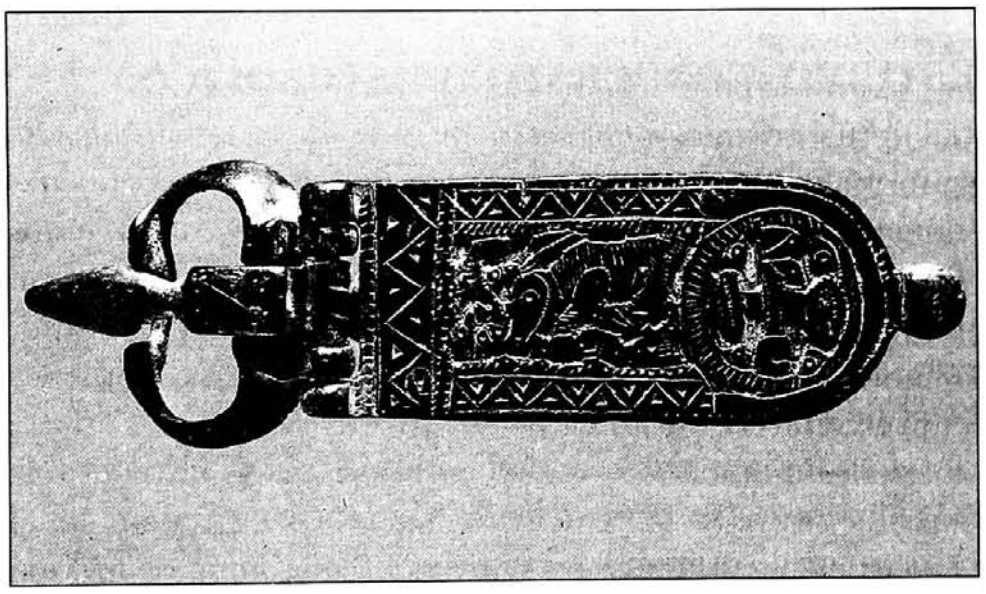
Lámina II

BROCHE DE CINTURON BIZANTINO CON UNA ESCENA DEL FISIOLOGO CONSERVADO EN THE METROPOLITAN MUSEUM OF ART DE NUEVA YORK

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 385 - 389

Gisela Ripoll López
UNIVERSITAT DE BARCELONA

Felix qui potuit rerum cognoscere causas
Virgilio (Geórgicas 2, 490)



Lám. I.- Broche de cinturón con escena del Fisiólogo (nº inv.: 66.152.2) (Negativo *The Metropolitan Museum of Art*).

En este merecido homenaje a la Profesora Ana María Muñoz Amilibia. hemos querido presentar el estudio de una pieza que creemos de interés para ampliar el conocimiento del comercio y la cultura mediterráneas durante los siglos VI y VII d.C. Se trata de un broche de cinturón excepcional del que se conocen muy pocos ejemplos y en el que se conjugan diversos aspectos de tipo literario e iconográfico. Que sirvan estas páginas -cortas pero escritas con cariño- como recuerdo de horas entrañables de charla. discusión y enriquecimiento personal pasadas en la Universidad Nacional de Educación a Distancia con la Profesora Muñoz Amilibia.

El broche de cinturón que presentamos se halla conservado en el Departamento de Arte Medieval de *The Metropolitan Museum* de Nueva York[1]. Se halla incluido dentro de la serie de objetos procedentes de *Hispania* clasificados como visigodos, aunque no creemos que ésta sea su procedencia. Tal como veremos este broche de cinturón debe ser fechado en los siglos VI y VII d.C. y tiene un origen bizantino.

DESCRIPCION

Broche de cinturón en «u» compuesto de hebilla, aguja y placa cuya superficie está ornamentada con una escena del Fisiólogo.

Nº 66.152.2.[2]

Medidas: 8'70 cm. de longitud; 2'15 cm. de anchura y 0'30 cm. de espesor.

Peso: 37'0 gr.

Lugar de hallazgo: desconocido. Dudosamente *Hispania*.

Anverso hebilla: el anillo de la hebilla de forma ovalada-reniforme, presenta una pequeña hendidura y ensanchamiento en el lugar de apoyo de la aguja. La sección del anillo es elipsoidal aunque deformada en algunas de sus partes. Dos resortes o remaches con orificio circular permiten el paso del pasador en bronce para articular la hebilla, la aguja y la placa. La aguja se compone de dos partes claramente diferenciadas por un marcado estrangulamiento central. La base rectangular presenta ligeras incisiones formando una cruz en aspa con triple punteado en los extremos. El otro extremo de la aguja es de tipo fusiforme.

---

(1) El estudio de la pieza ha sido posible gracias a Katherine R. Brown. Conservadora del Departamento de Arte Medieval de The Metropolitan Museum of Art de Nueva York. a la cual agradecemos toda su amabilidad y la invitación de estudiar toda la colección visigoda de su departamento así como la del de Armas y Armaduras. La publicación del catálogo está prevista para inicios de 1997 por la Editorial Brepols y es fruto de las sesiones de trabajo realizadas en dicho Museo en el mes de Mayo de 1995: Migration Period Art in The Metropolitan Museum of Art. 3rd - 8th century: Highlights from the J. Pierpont Morgan Collection and Related Material Reconsidered. Deseamos agradecer también al Dr. Dafydd Kidd conservador de The British Museum de Londres la lectura atenta de este manuscrito y al Sr. Ramón Alvarez. de la Universidad de Barcelona, la realización de los dibujos que acompañan el texto.

(2) Departamento de Arte Medieval (Medieval Storeroom, sec 13/dr.10). The Metropolitan Museum of Art de Nueva York. La forma de adquisición se debe al comercio de antigüedades.

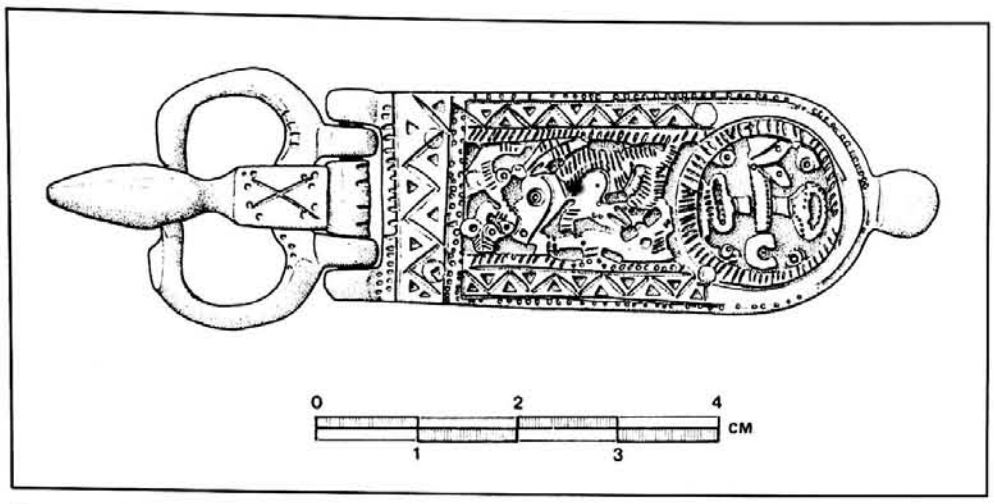


Fig. 1.- Broche de cinturón con escena del Fisiólogo. *The Metropolitan Museum of Art* (nº inv.: 66.152.2). (Dibujo de R. Alvarez, según indicaciones de la autora).

Reverso hebilla: el reverso del anillo de la hebilla es plano. La aguja presenta un resorte de engarzamiento que se enrolla alrededor del pasador.

Anverso placa: la placa del broche de cinturón tiene forma de «u». En el eje longitudinal se sitúa una digitación globular externa. Sobre la placa fundida se superpone una fina lámina de bronce sujeta a dicha placa por medio de dos pequeños roblones en hierro. Sobre esta fina lámina se distribuye el campo ornamental. Este en el extremo distal, está ocupado por un círculo de sogueado recto que encierra en su interior un motivo organizado en cruz griega. En los extremos de los brazos de la cruz se sitúan diversos motivos, y en los cuatro espacios libres entre dichos extremos aparecen cuatro círculos concéntricos deformados. El extremo superior presenta una forma doble, dividida por una línea y en cada una de las partes un punto. En el extremo inferior se sitúa una forma semicircular muy cerrada, similar a una «c». Los otros dos extremos de los brazos de la cruz, el derecho e izquierdo, presentan motivos similares de tipo ovalado. El perfil externo está recorrido por un registro enmarcado por dos líneas contínuas que encierra en su interior una línea de triángulos con muescas centrales también triangulares. El campo ornamental central está ocupado por una escena con varios animales. El que ocupa la mayor parte de la superficie es un cuadrúpedo con pelaje y gran cornamenta, que puede ser identificado con un ciervo. Las fauces del animal están mordiendo a otro que se dispone de forma longitudinal a los pies de éste. El cuerpo alargado del último animal permite identificarlo con una serpiente de tres cabezas. La cabeza superior del reptil parece que está persiguiendo o comiéndose otro animal, probablemente una nutria, aunque la lectura en esta zona se hace muy difícil. Los apéndices que parten debajo del cuerpo alargado del reptil hacen suponer que estamos ante un dragón. Las tres cabezas del reptil se consiguen indicando el ojo, de forma circular, y el morro alargado.

Reverso placa: en los dos extremos de la placa y en el eje longitudinal se disponen dos apéndices de sujeción con orificio circular. El situado en la zona distal, se sitúa prácticamente bajo la digitación globular exenta. Aparecen, sólo insinuados, los dos extremos aplastados de los roblones de hierro que atraviesan la placa.

Fabricación: las piezas han sido obtenidas por medio de fundición de bronce en moldes bivalvos separados. Sobre la placa en «u» se superpone una fina lámina de bronce. Esta se sujeta a la placa por medio de dos roblones en hierro con las cabezas y los extremos aplastados situados en la zona distal a ambos lados del círculo. Sobre la lámina de bronce se distribuye todo el campo ornamental. La escena principal, la de la lucha del ciervo y la serpiente ocupa 1'10 cm. de altura y 2'10 de anchura. El círculo situado en el extremo distal tiene un diámetro máximo aproximado de 1'65 cm. Estas medidas ilustran la dificultad en la factura de la imagen y la habilidad del artista que la produjo. La técnica utilizada en la decoración del objeto es la del calado y burilado. Son esencialmente los toques de buril -la burilada- los que resaltan claramente la escena. La decoración ha sido retocada a lima. La articulación entre la placa y la hebilla se realiza por medio de una charnela de pasador.

Estado de conservación: tanto la placa como la hebilla y su aguja han sido restauradas y se hallan en muy buen estado de conservación. En el reverso aparecen concreciones y focos de cloruro que han sido paralizados.

Cronología: siglos VI y VII d.C..

ESTUDIO ICONOGRAFICO Y SIMBOLICO

Dadas las características formales y ornamentales de este broche con placa en «u», además de la total inexistencia de hallazgos de este tipo en *Hispania*, no creemos que esta pieza proceda de los talleres hispánicos. Su origen debe ser buscado en un taller del Mediterráneo oriental, puesto que presenta estrechos paralelismos con los broches bizantinos y sasánidas de los siglos VI y VII.

Una de las particularidades más notable y novedosa de este broche es la presencia de un motivo circular en el extremo distal organizado como un monograma, de los que se conocen algunos en los broches de cinturón de pequeño tamaño y característicos de las series bizantinas. El problema se presenta al intentar dar una lectura aproximada de los motivos dispuestos en los extremos de la cruz, puesto que si bien parecen intuirse letras, también es cierto que ninguno de ellos corresponde a una precisa, a excepción de la «c».

También cabe destacar con respecto a este broche, que la representación de una serpiente de tres cabezas no se conocía hasta el momento. Existen representaciones iconográficas sobre soportes diferentes, donde la serpiente de dos cabezas es habitual, pero no lo es tan común la de tres que vendrá a convertirse en un tipo frecuente durante la Edad Media.

El Profesor Joachim Werner, estudió en detalle estos broches y placas en «u», a raíz del análisis pormenorizado de una pieza conservada en la *Prähistorische Staatssammlung* de Munich(3), poniéndolos en relación con la

(3) Joachim WERNER. "Eine goldene byzantinische Gürtelschnalle in der Prähistorische Staatssammlung München. Motive des Physiologus auf byzantinischen Schnallen des 6.-7. Jahrhunderts". Bayerische Vorgeschichtsblätter. 53. 1988. p. 301-308. 2 figs.. láms. 51 y 52. La traducción de este artículo (sin las ilustraciones fotográficas, esenciales para el estudio de los paralelos) se realizó con el título: "Broches de cinturón bizantinos de los siglos VI y VII. con motivos del Fisiólogo". III Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica. Maó (1988). Barcelona. 1994. p. 49-54. 2 figs. El lugar de hallazgo de la pieza es desconocido.

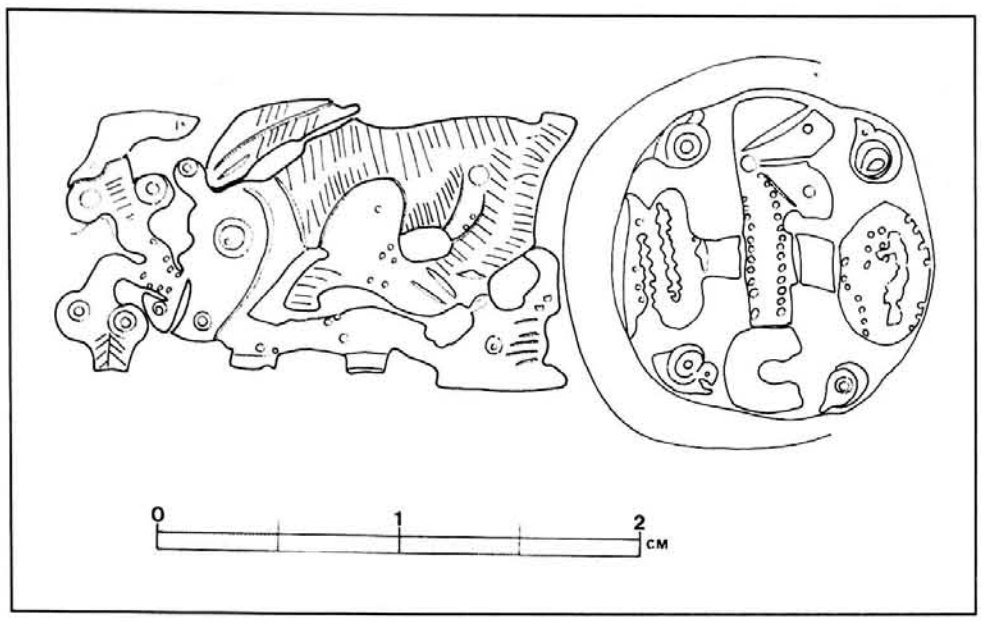


Fig. 2.- Esquematización del campo ornamental del broche de cinturón con escena del Fisiólogo. *The Metropolitan Museum of Art* (nº inv.: 66.152.2). (Dibujo de R. Alvarez, según indicaciones de la autora).

serie de broches liriformes hallados en Malaja Peršcepina (al Norte de la Península de Crimea en la zona de la actual Poltava[4]), los objetos procedentes de Vrap en la antigua *Illyria*, entre *Dyrrhachion* y *Apollonia*[5], los conservados en la *Dumbarton Oaks Collection*[6] y por último con una pieza prácticamente igual conservada en *The British Museum* de Londres[7]. Es muy interesante destacar los estrechos paralelismos ornamentales e iconográficos de las piezas estudiadas por J. Werner, una conservada en Munich, otra en una colección de Mönchengladbach y otra del *British*, con la pieza del *Metropolitan*, pues además de presentar una escena semejante extraída del Fisiólogo, el registro de triángulos que gira siguiendo el perfil de la placa es también idéntico. La única diferencia es la aparición en la pieza del *Metropolitan* del disco circular a modo de monograma, además de la factura en metales diferentes. La pieza del *Metropolitan*, al igual que el resto de la serie, es en bronce, a excepción de la conservada en la *Prähistorischen Staatssammlung* de Munich que es en oro[8].

La escena representada en este broche de cinturón del *Metropolitan*, pertenece a la serie, todavía hoy poco conocida, de la lucha del ciervo y la serpiente, correspondiente a una de las lecturas del Fisiólogo. Se trata probablemente de un motivo originario del denominado Fisiólogo griego[9] cuya difusión en el Mediterráneo a partir del siglo IV d.C.[10] y hasta la Edad Media fue muy grande[11]. Este tratado de historia natural nos es conocido gracias a las numerosas copias latinas que de él se conocen y que circularon al menos a partir de finales del siglo IV d.C.. La gran difusión de la obra se debe a las múltiples traducciones que se hicieron en la propia Antigüedad, tal como decíamos desde el latín, hasta el árabe, pasando por el etiópico, arameo siriaco, copto y las lenguas eslavas. El Fisiólogo está compuesto de 48 capítulos cada uno de los cuales lleva por título el nombre de un animal real o fantástico, o nombres de plantas o piedras, en definitiva elementos pertenecientes al mundo natural. La importancia del texto reside en que cada uno de estos elementos naturales descritos tienen un trasfondo simbólico -místico, religioso y moral- cuya interpretación dogmático-cristiana depende de cada una de las escenas representadas.

El origen de la escena representada en el broche del *Metropolitan*, donde aparece la imagen de un ciervo, con su cornamenta, luchando contra una serpiente, la encontramos en la escena donde el ciervo al presentir la existencia de una serpiente, olfatea las cuevas o concavidades donde ésta pueda esconderse y la atrae por medio de su respiración, prácticamente aspirándola. Tras el ataque contra la serpiente, el ciervo, con el fin de prolongar su vida, se sacia de agua. El ciervo se caracteriza por su cornamenta, velocidad, cualidades auditivas y frugalidad. Por regla general el ciervo es asociado al cielo y al fuego. El otro animal al que alude la escena, la serpiente, se identifica normalmente por la vivacidad de sus sentidos a excepción de la vista[12]. En contraposición, la serpiente es un animal de tierra y agua, enemigo por tanto del ciervo.

Este tipo de descripciones a las que hemos aludido suelen ser habituales en los escritores antiguos interesados por la naturaleza, así destaca por ejemplo Isidoro (*Etym.* XII, 1,18 y 19): «18. El nombre de ciervos (*cervi*) deriva de *kérata*, es decir, de «cuernos»; pues en griego «cuernos» se dice *kérata*. Son enemigos de las serpientes, y cuando se sienten afectados por una enfermedad, las extraen de sus madrigueras con el resoplido de su nariz y sanan devorándolas como alimento, ya que su veneno hace desaparecer la enfermedad. Sienten especial inclinación por la hierba llamada díctamo, ya que, alimentados con ella, repelen las

(4) Joachim WERNER. Der Grabfund von Malaja Pereščepina und Kuvrat. Kagan der Bulgaren. Bayerische Akademie der Wissenschaften. Phil.-Hist. Kl.. N.F.H. 91. Munich. 1984. p. 21-24. láms. 26-27.

(5) Joachim WERNER. Der Schatzfund von Vrap in Albanien. Österreischische Akademie der Wissenchaften. Phil.-Hist. Kl.. D. 184. Studien zur Archäologie der Awaren 2. Viena. 1986.

(6) Marvin C. ROSS. Jewelry, enamels, and art of the Migration Period. Catalogue of the Bizantine and Early Mediaeval Antiquities in the Dumbarton Oaks Collection. The Dumbarton Oaks Center for Byzantines Studies. Washington. D.C.. 1965. vol. 2. p. 4-13. láms. 7-14. Las piezas conservadas en esta colección es posible que procedan unas de Constantinopla y otras de Sicilia.

(7) WERNER. "Eine goldene byzantinische Gürtelschnalle...". op. cit.. p. 307. nota 14. lám. 52.2. La pieza procede probablemente de la zona de Jerusalén.

(8) Tuvimos ocasión de ver la pieza de Munich en el Römisch-Germanisches Zentralmuseum de Maguncia. En una conversación que mantuvimos con el Prof. Werner. éste nos indicó que los analistas del mencionado Museo querían ver restos de esmaltes en las zonas rebajadas de la pieza. Nosotros no pudimos ver estos restos en la pieza de Munich y tampoco en la del Metropolitan que tuvimos ocasión de visualizar a través del microscopio.

(9) El tratado anónimo del Fisiólogo fue compuesto en la segunda mitad del siglo II d.C. en Alejandría y es posible que tuviese como punto de referencia una fuente pagana. Véase Giovanni ORLANDI. "La tradizione del 'Physiologus' e i prodromi del bestiario latino". Settimane di Studio del Centro Italiano sull'Alto Medioevo, XXXI. L'uomo di fronte al mondo animale nell'Alto Medioevo, 1983, Spoleto, 1985, vol. II, p. 1057-1106. Véase el estudio introductorio además de la edición del texto medieval de Theobaldo en: P.T. EDEN, Theobaldi "Physiologus", Mittellateinische Studien und Texte, VI, Leiden-Colonia, 1972.

(10) Acerca de la influencia del Fisiólogo en los bestiarios medievales, puede consultarse: T.H. WHITE, The Book of Beasts. Being a translation from a Latin Bestiary of the Twelfth Century, Nueva York, 1954 (reedición 1984).

(11) Acerca de las múltiples ediciones del Physiologus, puede consultarse la edición de Santiago SEBASTIAN, El Fisiólogo atribuído a San Epifanio seguido de El Bestiario Toscano, Ediciones Tuero, Madrid, 1986. Debe tenerse en cuenta que el manuscrito más interesante es la "Versión Y" editada por F.J. CARMODY, Physiologus. The very ancient book of beast, plants and stones, San Francisco, 1953. Acerca del origen, escritura y difusión, s.v.: Physiologus, Realencyklopaedie Pauly Wissowa, 39, 1941, p. 1074-1129. También es de obligada consulta O. SEEL, Der Physiologus. Zurich-Munich, 1960.

(12) Acerca de las propiedades simbólicas de ambos animales -ciervo y serpiente- puede consultarse la obra de Ignacio MALAXECHEVERRIA, Fauna fantástica de la Península Ibérica, San Sebastián, 1991, especialmente el capítulo V: "La lucha contra la regresión. El dragón-serpiente", p. 141-169.

flechas que hayan recibido. 19. Les gusta la música de las flautas, que escuchan atentamente con las orejas tiesas, sin que nada distraiga su atención. Cuando tienen que atravesar a nado grandes ríos o mares, apoyan la cabeza sobre el lomo del que le precede y así, yendo uno detrás de otro, no sienten en absoluto el peso[13]».

La interpretación alegórica realizada con respecto al Salmo de los hijos de Coré (42-43)[14], ha permitido desde la primera iconografía cristiana identificar el ciervo -el ciervo místico- con el alma cristiana en busca de la Eucaristía. Su asociación simbólica con la fecundidad, los ritmos de crecimiento y el renacer han provocado muchas veces su comparación con el árbol de la vida, que aparece frecuentemente en las ornamentaciones de edificios cristianos. Según palabras del propio S. Sebastián[15]: «la imagen del ciervo es catecuménica, bautismal y eucarística; la forma como hace salir a las serpientes de su cueva vertiendo agua de su boca simboliza a la doctrina evangélica que se impone sobre el error. Su carácter de figura cristológica es claro en cuanto regenera al mundo derrotando al pecado».

Respecto a la imagen de la serpiente, ésta es representada desde el Génesis como un símbolo del mal e identificada frecuentemente con el demonio y asociada con el castigo eterno de los pecadores[16]. Las descripciones ofrecidas por Isidoro de Sevilla -basadas esencialmente en Lucano- son amplias y ocupan todo un capítulo del libro XII (*Etym.* XII, 4). El autor describe múltiples clases de serpientes, sin embargo en nuestro caso debido a la representación del broche del *Metropolitan* de una serpiente de tres cabezas, nos interesan dos de ellas. En primer lugar la *amphisbaena*, descrita del siguiente modo: «20. Se denomina *amphisbaena* porque posee dos cabezas, una en su lugar natural y otra en la cola, siguiendo la dirección de una u otra sin necesidad de volver el cuerpo. Es la única de las serpientes que no tiene miedo al frío, siendo la primera de todas que sale[17]». La otra serpiente citada por Isidoro es la *hydra* que posee varias cabezas: «23. La *hydra* es una serpiente de múltiples cabezas, como la que existió en la laguna de Lerna, en la provincia de Arcadia. En latín se denomina *excetra*, porque cuando se le cortaba una cabeza le brotaban (*excrescere*) otras tres. Pero esto es todo fabuloso, ...[18]». La documentación iconográfica con la presencia de una serpiente con una o dos cabezas suele ser habitual en representaciones de tipo vetero-cristiano que nada tienen que ver con las que aparecen en el mundo franco o merovingio, donde éstas aparecen relacionadas con el mundo de los muertos[19].

Uno de los broches estudiados por J. Werner[20], presenta una imagen muy semejante a la que nos ocupa. En ella está escenificada la lucha del ciervo con la serpiente, que simbólicamente se interpreta como el triunfo de Cristo sobre el demonio, es decir el ciervo se identifica con Cristo y no con el creyente, y evidentemente, el demonio bajo forma de serpiente representa el pecado.

PROBLEMATICA DE ORIGEN Y CRONOLOGIA

En cuanto al problema del origen y cronología de estas piezas en «u» con escenas del Fisiólogo, el Profesor Werner cree que son efectivamente orientales[21]. Este investigador centra su origen más concretamente en el *hinterland* de Antioquía, es decir en Siria, en el Líbano o en la zona occidental de Jordania. Según sus propias palabras: «el mundo representativo del Fisiólogo en la decoración de los broches de cinturón únicamente es utilizado por los sirios cristianos desde el siglo VI, hasta la invasión árabe, ya que este tipo de escritura de la simbología cristiana de la naturaleza era muy apreciada en las regiones pre-asiáticas del dominio bizantino. Es evidente que sólo en Próximo Oriente la escena hermética de la lucha animal, cuyos temas y contenido simbólico están tomados del Fisiólogo, representa el triunfo de Cristo sobre el demonio y en esta victoria se fundamenta el deseo de resurrección y de vida eterna en el paraíso[22]».

En cuanto a un probable origen hispánico, creemos que este es poco probable. Por el momento el tipo de broches en *Hispania* que podrían ser puestos en relación a la pieza que estudiamos, presentan una factura totalmente distinta[23]. Las piezas que encontramos con motivos iconográficos extraídos del Fisiólogo, en la Península Ibérica son imitaciones de modelos originarios Trebisonda (antigua *Trapezus* en la provincia del *Pontus*) con la representación de la lucha de una serpiente y un cocodrilo[24]. Los hallazgos proceden de

(13) San Isidoro de Sevilla, Etimologías, edición a cargo de José OROZ RETA y Manuel A. MARCOS CASQUERO, BAC, Madrid, 1982, texto latino p. 60; traducción p. 61.

(14) Salmo 42-43 (41-42). lamento del levita desterrado. Del maestro de coro. Poema. De los hijos de Coré: "Como jadea la cierva, tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de ti, mi Dios ..." (según la Biblia de Jerusalén).

(15) SEBASTIAN, El Fisiólogo ..., op. cit., p. 36.

(16) Son interesantes las reflexiones sobre la representación del ciervo y la serpiente que hace P. de PALOL, Bronces hispanovisigodos de origen mediterráneo. I.- Jarritos y patenas litúrgicos, CSIC, Barcelona, 1950, p. 25.

(17) Etimologías, OROZ y MARCOS (edit.), op. cit., texto latino p. 84, traducción p. 85. Como anécdota cabe señalar que estos autores en la nota 46 señalan que el periódico La Vanguardia (16/9/1980) publicó la noticia que en una población de Lérida se había capturado una serpiente de dos cabezas, hecho que fue ratificado por el entonces alcalde de la localidad, diciendo que la habían conservado en un frigorífico. En cuanto a las representaciones iconográficas de la amphisbaena es interesante el estudio de George C. DRUCE, "The amphisbaena and its connexions in ecclesiastical art and architecture", The Archaeological Journal, LXVII, 1910, p. 285-317, que hace un recorrido sobre el simbolismo a través de textos e imágenes esencialmente medievales.

(18) Etimologías, OROZ y MARCOS (edit.), op. cit., texto latino p. 84 y traducción p. 85.

(19) Respecto a la simbología de las serpientes de dos cabezas en el mundo "germánico" son interesantes las reflexiones y discusiones suscitadas en torno a la lauda sepulcral de Niederdollendorf fechada en el siglo VII, véase: Kurt BÖHNER, "Der fränkische Grabstein von Niederdollendorf am Rhein", Germania, 28, 1944-1950, p. 63-75. C. KRAUSE, "Der fränkische Grabstein von Niederdollendorf", en J. ENGEMANN y Ch. B. RÜGER, Spätantike und Frühes Mittelalter. Ausgewählte Denkmäler im Rheinischen Landesmuseum Bonn, Catálogo de la Exposición, Bonn, 1991, p. 140-149.

(20) Nos referimos al de la colección del Dr. R. Pudill de Mönchengladbach. WERNER, "Broches de cinturón bizantinos ...", op. cit. p. 53-54, fig. 2.

(21) WERNER, "Broches de cinturón bizantinos ...", op. cit., p. 53.

(22) WERNER, "Broches de cinturón bizantinos ...", op. cit., p. 54.

(23) G. RIPOLL, La ocupación visigoda a través de sus necrópolis (Hispania), Col.leció de tesis microfitxades, 912, Universitat de Barcelona, Barcelona, 1991, p. 197-198, 249, lám. V.

(24) Para este tipo de piezas y sus conexiones mediterráneas es de obligada consulta J. WERNER, "Byzantinische Gürtelschnallen des 6. und 7. Jahrhunderts aus der Sammlung Diergardt", Kölner Jahrbuch, 1, 1955, p. 36-48, figs. 4-8.

Tarragona[25], Alto de Yecla (Burgos[26]), Cueva de Suano (Santander[27]) y una pieza sin procedencia conservada en la Academia de la Historia de Madrid[28]. Existe un ejemplar procedente de la provincia de León sin localización exacta[29], que presenta una escena distinta pues la lucha se está celebrando entre una serpiente y un cuadrúpedo, al igual que ocurre con otra pieza hallada en Uxama (El Burgo de Osma, Soria)[30]. Estamos por tanto ante un motivo iconográfico más cercano a la pieza del *Metropolitan* que las otras. A pesar de ello y tal como deciamos precedentemente, no consideramos que la pieza del Fisiólogo del *Metropolitan* provenga de un taller de artistas hispánico. Si pudiese demostrarse su procedencia de la geografía peninsular entonces deberíamos buscar su fabricación originaria en un taller del Mediterráneo oriental, y su llegada a *Hispania* por las normales vías comerciales.

(25) La primera publicación de esta pieza: J. SERRA VILARÓ. Excavaciones en la necrópolis romano-cristiana de Tarragona. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. 93. 1928. fig. 3.6. lám. XXXV. Véase también: P. de PALOL. "Fíbulas y broches de cinturón de época visigoda en Cataluña". Archivo Español de Arqueología. XXIII. 1950. p. 84. fig. 4.2.

(26) La pieza fue hallada con otros materiales del mismo horizonte cronológico en un vertedero del llamado castro de Yecla: S. GONZALEZ SALAS. El Castro de Yecla. en Santo Domingo de Silos (Burgos). Informes y Memorias de la Consejería General de Excavaciones Arqueológicas. 7. 1945.

(27) J. CARBALLO. "La Caverna de Suano". Altamira. 3. 1935. p. 233-252. J. GONZALEZ ECHEGARAY. Orígenes del cristianismo en Cantabria. Instituto de Prehistoria y Arqueología "Sautuola". 1969. cf. p. 15.

(28) H. ZEISS. Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich. Berlin-Leipzig. 1934. p. 157. lám. 16.12. No sabemos hasta que punto existe una confusión entre las piezas y si ésta no es la misma que fue publicada como procedente de la Cueva de Suano.

(29) La pieza no ha sido estudiada detalladamente. Algunas observaciones en: ZEISS. Die Grabfunde aus dem spanischen Westgotenreich. op. cit.. p. 167. lám. 16.11. Puede encontrarse una buena ilustración en G. RIPOLL. "Reflexiones sobre arqueología funeraria, artesanos y producción artística de la Hispania visigoda". XXXIV Corso di Cultura sull'Arte ravennate e bizantina. Rávena. 1987. fig. 14.

(30) Don Teógenes Ortego nos cedió amablemente una fotografía de la pieza (nunca publicada) que incluímos en RIPOLL. La ocupación visigoda .... op. cit., p. 488-489.

LA FORTIFICACION MUSULMANA DEL CASTELLAR DE TABALA (MURCIA)

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 391 - 399

José Manzano Martínez
Fca. Bernal Pascual



Figura 1. Localización de la fortificación.

El presente estudio es el resultado de un proyecto de investigación arqueológica realizado durante los años 1991-93 dirigido a la catalogación de fortificaciones islámicas existentes en la Huerta de Murcia. La campaña de 1991 estuvo orientada a la prospección del sector meridional de la misma, muy especialmente el conjunto de sierras que bordean la vega por el Sur. Fruto de este trabajo de campo ha sido la publicación en sucesivos números de esta misma revista de algunos artículos monográficos dedicados a una o varias de las fortificaciones catalogadas, entre las cuales se encuentra el Castellar de Tabala.

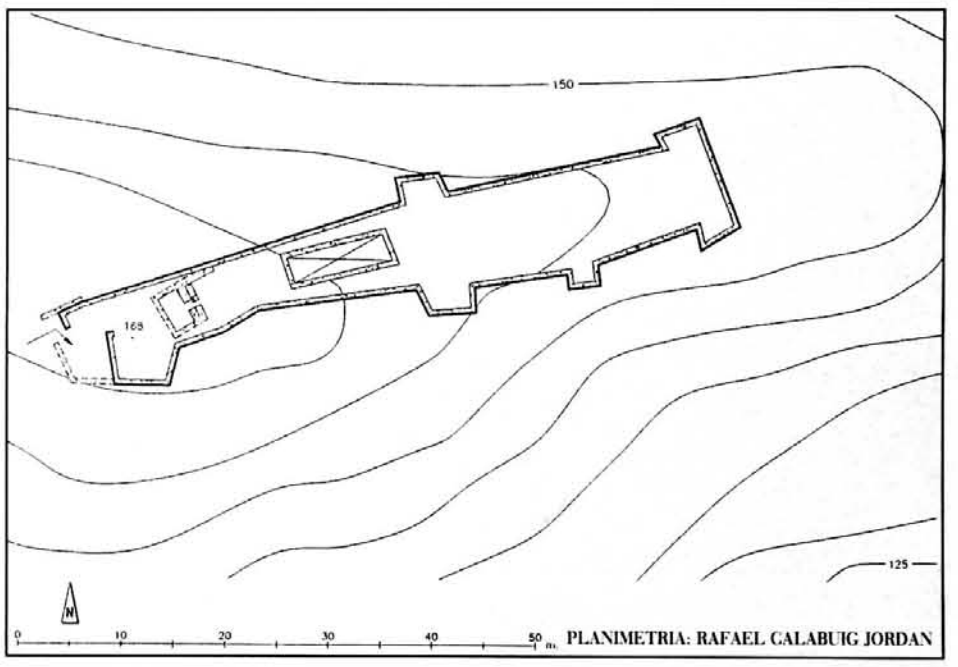


Figura 2. Castellar de Tabala. Planimetría de estructuras.

ASPECTOS GEOGRAFICOS

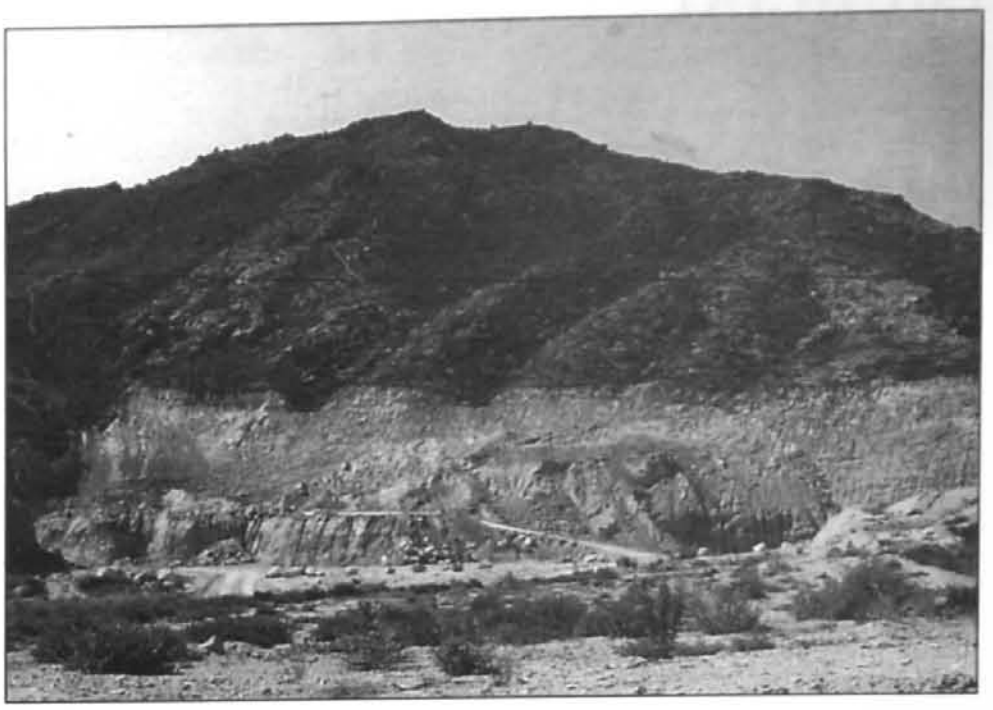
El Castillo de Tabala está ubicado en el término municipal de Murcia, 10 kms. al SE de esta ciudad y 12 al SW de Orihuela, junto a la pedanía de Los Ramos y en una de las estribaciones más orientales de la Sierra de la Cresta del Gallo, en la zona donde confluyen la rambla de Tabala y la vega del río Segura.

Su localización cartográfica corresponde al n.º de Hoja 934 del Mapa Militar de España, Escala 1:50.000 y a la Hoja n.º 934-5-1 del Mapa Aerofotogramétrico Escala 1:5.000 del Excmo. Ayuntamiento de Murcia. Sus coordenadas U.T.M. son las siguientes: Longitud - 674.200, Latitud - 4.207.600.

El yacimiento tiene un emplazamiento de altura sobre un pequeño cerro exento y prácticamente desprovisto de vegetación que se conoce indistintamente con las denominaciones de Cabezo del Castellar y Castellar de Tabala, topónimo este último de posible origen mozárabe (POC-



2- Perspectiva general del yacimiento desde el Norte: ladera Noroccidental del cerro.



3- Ladera septentrional del cerro: cantera.



1- Vista aérea del yacimiento.



4- Perspectiva general del yacimiento desde el SE: ladera meridional del cerro y palmeral.

KLINGTON, 1990: 127). De 164 m. de altitud, tiene forma alargada y unas dimensiones aproximadas de 600 m. en sentido E-W y 400 de N a S. Una cantera ubicada en su ladera NW y que ha estado en uso hasta hace escasamente una década ha destruido la mayor parte de esta falda del monte.

Por el Sur la fortificación ejerce un perfecto dominio visual sobre el pequeño valle inmediato que forman el conjunto de ramblas allí emplazadas (Vieja, Canaletas, Azulejos, Romo y Salada), las cuales parecen haber constituido en época premusulmana un pequeño espacio hidráulico de regadío cuyos aportes serían represados por la antigua boquera de Tabala, punto desde el que se distribuirían los caudales para el riego (ALONSO, 1990: 247). Hacia el Norte el cabezo se eleva unos 120 m. sobre los terrenos inmediatos que configuran la huerta del Segura, ejerciendo también hacia este lado un completo control de la vega, que se extiende hasta las elevaciones montañosas opuestas de la Sierra de Orihuela. Hacia el Este, las primeras estribaciones de la Sierra del Cristo a un lado y el Castellar a otro conforman un pequeño estrechamiento del terreno de aproximadamente 1 km. de anchura por donde discurren la actual carretera autonómica de Sucina-San Javier y la vía férrea Murcia-Cartagena.

DESCRIPCION ARQUEOLOGICA

La fortificación, muy bien adaptada a la topografía del terreno, tiene una planta de tendencia rectangular muy estrecha y alargada. Sus dimensiones son 65 ms. de longitud en sentido E-W y 10 de anchura en sentido N-S; abarcando pues una reducida superficie que se sitúa en torno a los 650 m.^{2} / 0,06 hectáreas.

El recinto fortificado está delimitado por una muralla de argamasa que se conserva únicamente a nivel de base. Este zócalo, que se apoya directamente sobre la roca madre, está compuesto por piedras de diferente tamaño trabadas con mortero y colocadas con tendencia a formar hiladas. Su espesor, más bien reducido, oscila entre los 0,75 y 0,80 m.

Tres pequeños torreones de planta cuadrangular, uno al Norte (3,85x2,30x2 ms.) y dos al Sur (4,60x2,70x2 ms. el occidental y 3x1,50x2 m. el oriental), y un gran bastión con forma de martillo situado en el extremo oriental de la fortaleza completan el sistema defensivo.

Dos son las estructuras que actualmente pueden observarse en la superficie interior del recinto:

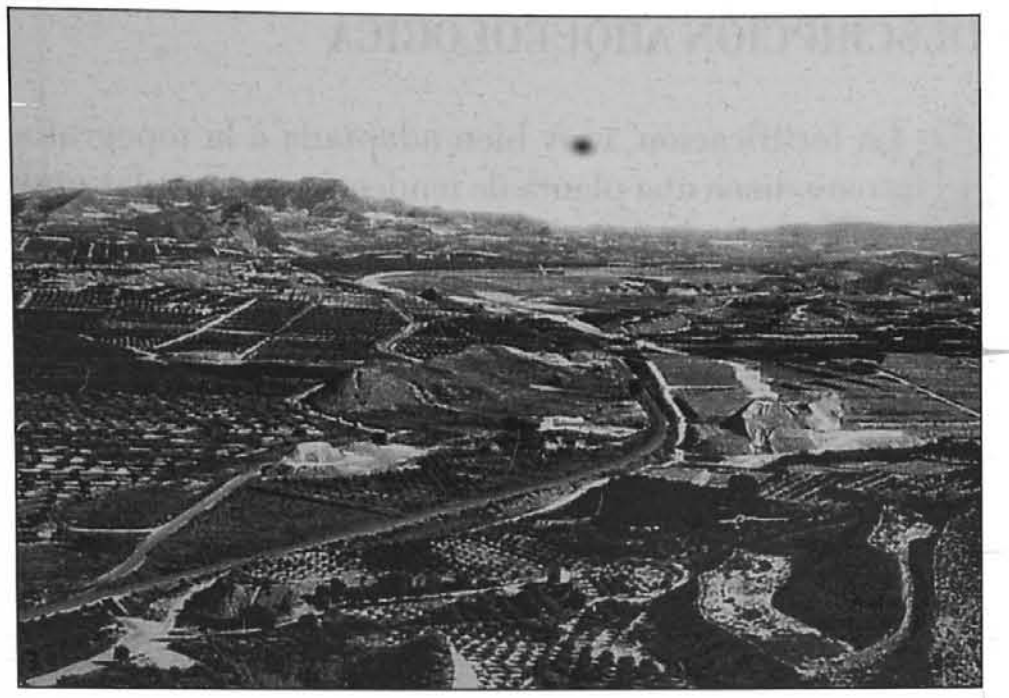
En la zona occidental se localiza una pequeña habitación de planta rectangular delimitada por muros de argamasa de 0,60 m. de grosor y unas dimensiones interiores de 2x3,50 m. El acceso se producía por el Este, a través de un vano de 0,80 m. de anchura. Por la profundidad que alcanzan los muros, situados en su mayor parte por debajo de un nivel de suelo del que aún se conservan algunos restos, parece evidente la existencia de un sótano situado por debajo de aquél.

La otra estructura está ubicada en la zona central del castillo y corresponde a una cisterna o aljibe. De planta rectangular delimitada por muros de argamasa de 0,40 m. de grosor, sus dimensiones interiores son de 9,60x2,70 m. y su altura hasta el arranque de la bóveda, que no se conserva, de 2,50. Al interior la obra aparece impermeabilizada por una gruesa capa de mortero de cal enlucido en rojo.

El acceso a la fortificación se producía por el extremo occidental, donde existen toda una serie de estructuras murarias muy deterioradas y de difícil identificación. Sin embargo, entre ellas pueden distinguirse claramente dos muros paralelos entre sí ubicados a diferente altura y perpendiculares al sentido de la entrada que conformarían así un paso acodado.

Actualmente los restos arqueológicos de la fortaleza conservan unos alzados medios comprendidos entre 1 y 2 m. de altura, encontrándose en general muy deteriorados. Los muros que conforman la fachada sepetentrional del castillo ofrecen un aceptable estado de conservación que no parece amenazar desprendimientos. Peor situación presentan los restos que conforman la muralla en el sector meridional, muy afectados de ruina, con serio riesgo de desmoronamientos y necesitados de urgente reparación, especialmente los torreones. De forma paralela se observa también en el yacimiento una cierta actuación destructora por parte de excavadores aficionados o clandestinos que han practicado varios agujeros de considerables dimensiones en el depósito arqueológico.

Existen además en el entorno inmediato del castillo otros puntos de posible interés histórico:



5- Línea de ferrocarril Cartagena-Murcia desde la fortificación.

Serafín Alonso (1990: 247) menciona de forma algo imprecisa la aparición en una de las faldas del cabezo de un cementerio islámico con restos humanos orientados hacia oriente, siendo entonces el área inmediatamente abancalada por su propietario para la construcción de terrazas de cultivo. Otra inhumación, esta vez acompañada de ajuar cerámico, parece que fue descubierta de forma fortuita en la ladera septentrional del cerro con motivo de las obras de restauración de la cantera que allí existe, según se desprende de un informe realizado por J. Sánchez Pravia (1990) para la Dirección General de Cultura; pero lamentablemente tampoco fue posible entonces averiguar el emplazamiento exacto del hallazgo ni sus características.

Inmediato a la ladera SE del cerro, y en fuerte contraste con el paisaje restante, existe en la actualidad un pequeño palmeral en cuyas inmediaciones se localizan un caserío y dos balsas, de planta circular la situada al Norte y cuadrada la ubicada al Sur. Tanto la primera, remodelada en época reciente y todavía en uso, como la segunda, actualmente abandonada, están construidas de argamasa e interiormente enlucidas de rojo, ofreciendo el conjunto de la obra un aspecto relativamente antiguo. Sin embargo, el hecho de que en la prospección superficial de este entorno no se haya podido localizar ningún fragmento cerámico de época antigua o medieval nos hace pensar que las mencionadas estructuras hidráulicas corresponden a un momento posterior, tal vez al siglo XVIII.

ANALISIS DE LOS MATERIALES

El análisis de los escasos materiales de superficie recogidos durante las prospecciones efectuadas durante los años 1992 y 1995 parece señalar la filiación musulmana de la fortificación, puesto que no han sido hallados fragmentos cerámicos correpondientes a otros periodos culturales diferentes de aquél.

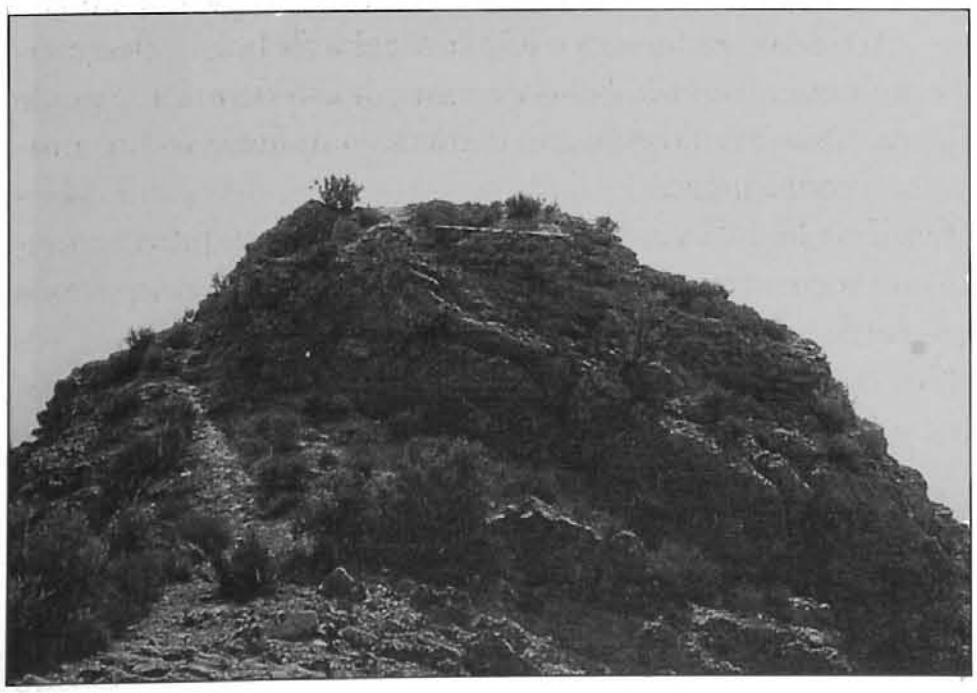
Por grupos la cerámica recogida se distribuye del siguiente modo:

Grupo	**Nº Frags**	**%**
Bizcochada	13	50,00
Vidriada	4	15,38
Cocina	6	23,07
Cuerda Seca Parcial	2	7,69
Esgrafiado	1	3,84

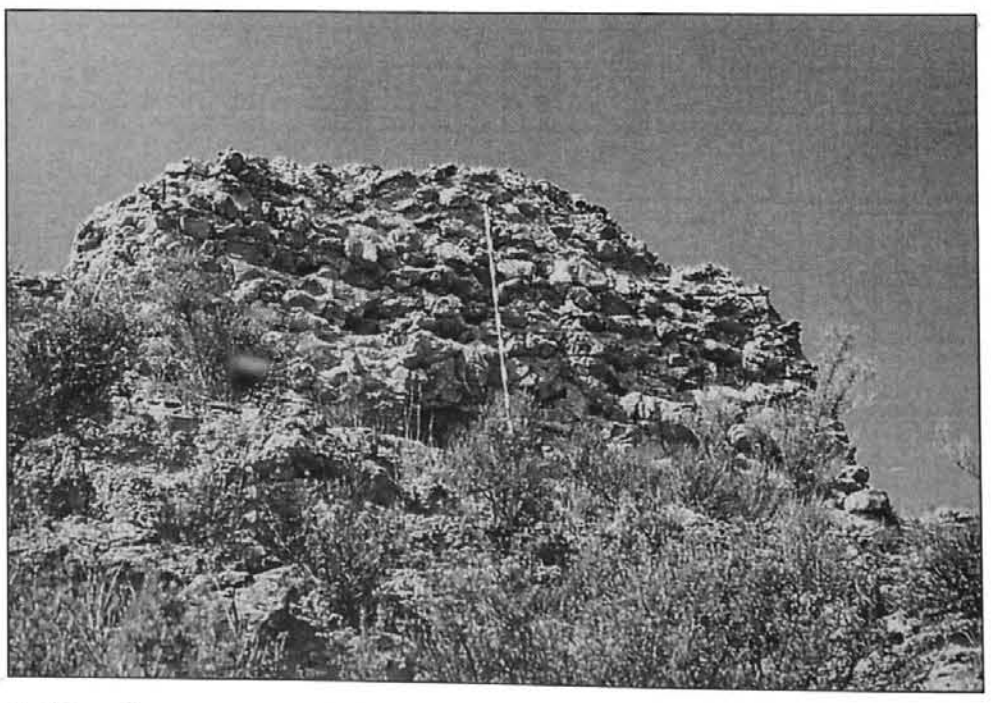
En cuanto a la forma de las vasijas a que corresponden los fragmentos recogidos su clasificación tipológica (ROSELLO, 1978:15-84; BAZZANA, 1979: 152-62 y 178-81) es como sigue:

Forma	**Nº Frags.**	**%**
Jarra/o	10	38,46
Jarrita/o	6	23,07
Marmita	6	23,07
Ataifor	3	11,53
Indeter.	1	3,84

De entre todos estos materiales destacamos por su interés cronológico la existencia de dos fragmentos de jarrita decorados mediante la técnica de cuerda seca parcial (ZOZAYA, 1980: 278-81; CASAMAR y VALDES, 1984: 395 y 400-1), con una cronología de los siglos XI o XII. El trozo de jarrita esgrafiada encontrado pertenece ya sin embargo al siglo XIII (NAVARRO, 1986: 94-5). Los fragmentos de ataifor vidriados en melado y decorados con motivos ovales de manganeso podemos ubicarlos cronológicamente entre los siglos XI y XII. El grupo de la cerámica de cocina está representado por bastantes fragmen-



6- Sector occidental del cerro: acceso a la fortificación.



7- Muralla septentrional de la fortificación: torreón central.

tos de marmita o cazuela, todos ellos fabricados a mano o torno lento, sin vidriar y con fondo plano, correspondiendo a una fecha que podriamos situar hacia el siglo X (GUTIERREZ, 1988: 17-6 Y 194-5; NAVARRO, 1989: 261-327).

El inventario detallado de los materiales cerámicos es el siguiente:

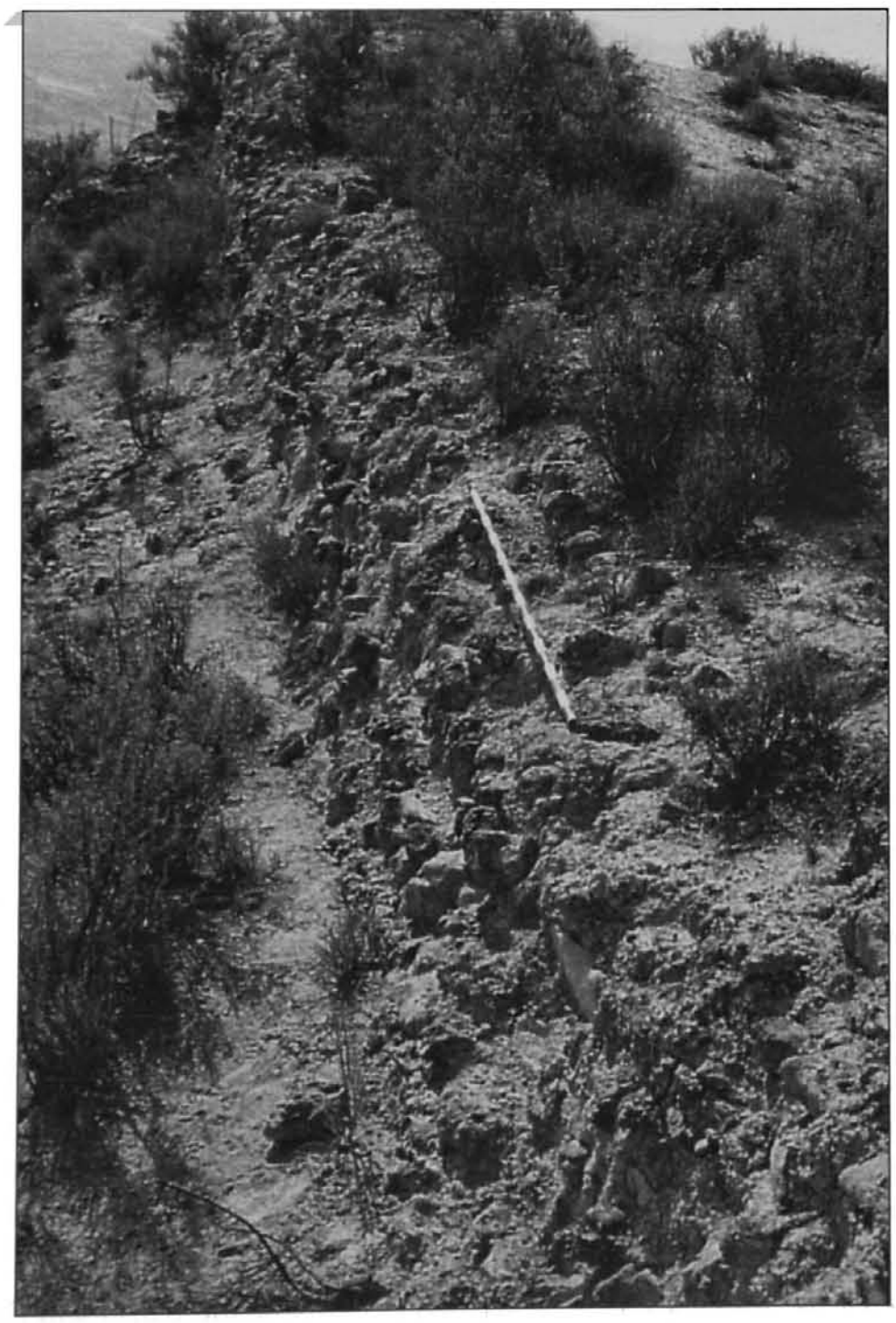
1992/17/1: FORMA JARRA 1 Frag. de pared; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada, int. beige, ext. rosada; decoración ext. pintada a la almagra (digitaciones); textura compacta; pasta bícroma int. rosada ext. beige.

1992/17/2: FORMA JARRA. 3 Frags. de pared; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada beige-amarillenta; decoración ext. al manganeso (digitaciones), textura harinosa; pasta monócroma amarillenta.

1992/17/3: FORMA JARRITA. 1 Frag. de pared; fabricación a torno; superficie bizcochada beige-amarillenta; decoración ext. pintada a la almagra (digitaciones); textura compacta; pasta monócroma beige.

1992/17/4: FORMA JARRITA. 1 Frag. de fondo plano; fabricación a torno; superficie bizcochada beige; textura compacta; pasta monócroma beige.

1992/17/5: FORMA JARRITA. 1 Frag. de asa de sección rectangular redondeada; superficie rosada; decoración pintada a la almagra; textura compacta; pasta bícroma int. beige y ext. rosada.



8- Muralla septentrional de la fortificación: lienzo oriental.



9- Muralla meridional de la fortificación: torreón occidental.

1992/17/6: FORMA MARMITA. 1 Frag. de fondo plano; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada beige; textura compacta; pasta monócroma beige.

1992/17/7: FORMA MARMITA. 1 Frag. de pared con arranque de fondo plano; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada roja; textura compacto-escamosa; pasta sandwiche: roja-gris-roja.

1992/17/8: FORMA MARMITA. 1 Frag. de pared; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada roja; textura compacto-escamosa; pasta monócroma rojiza.

1992/17/9: FORMA CERRADA INDETERM. 1 Frag. de pared; fabricación a torno; superficie int-ext vidriada en melado-verdoso con goterones de manganeso al ext.; textura compacta; pasta monócroma beige.

1992/17/10: FORMA ATAIFOR. 1 Frag. de pared; fabricación a torno; superficie int-ext vidriada en melado-verdoso; textura harinosa; pasta monócroma beige.

1992/17/11: FORMA JARRITA. 1 Frag. de asa de sección elipsoidal; fabricación a mano; superficie bizcochada beige; decoración en cuerda seca parcial (vedrío verde turquesa) de motivo indeterminado; textura compacta; pasta monócroma rosada.

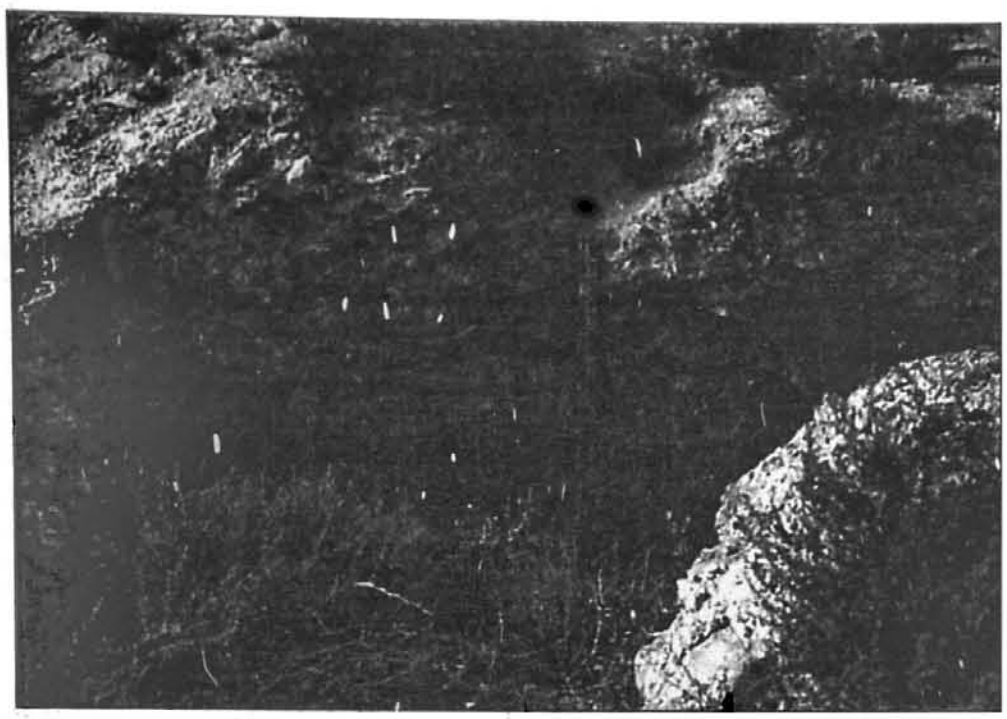
1992/17/12: FORMA JARRITA. 1 Frag. de pared; fabricación a torno; superficie bizcochada beige; decoración ext. en cuerda seca parcial (vedrío verde turquesa) de motivos ovales; textura harinosa; pasta monócroma beige.

1992/17/13: FORMA JARRITA. 1 Frag. de pared; fabricación a torno; superficie bizcochada beige; decoración ext. esgrafiada sobre manganeso de motivo geométrico indeterminado; textura compacta; pasta monócroma beige.

1996/7/1: FORMA JARRA. 2 Frags. de pared; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada beige; textura compacta; pasta monócroma beige.

1996/7/2: FORMA JARRA. 1 Frag. de pared; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada rosada; decoración ext. pintada a la almagra (digitaciones); textura compacta; pasta monócroma rosada.

1996/7/3: FORMA JARRA. 1 Frag. de asa de sección elipsoidal; fabricación a mano; superficie bizcochada rojiza; textura compacto-escamosa; pasta bícroma ext. rojiza int. gris.



10- Interior de la fortificación: habitación occidental.

1996/7/4: FORMA JARRA. 1 Frag. de pared; fabricación a torno; superficie bizcochada beige; textura compacta; pasta monócroma beige.

1996/7/5: FORMA JARRA. 1 Frag. de fondo plano-convexo; fabricación a torno; superficie bizcochada beige; testura compacta; pasta monócroma beige.

1996/7/7: FORMA MARMITA. 2 Frags.de pared; fabricación a mano o torno lento, superficie bizcochada rojiza; textura compacto-escamosa; pasta monócroma rojiza.

1996/7/8: FORMA MARMITA. 1 Frag. de pared; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada beige; textura compacto-escamosa; pasta monócroma beige.

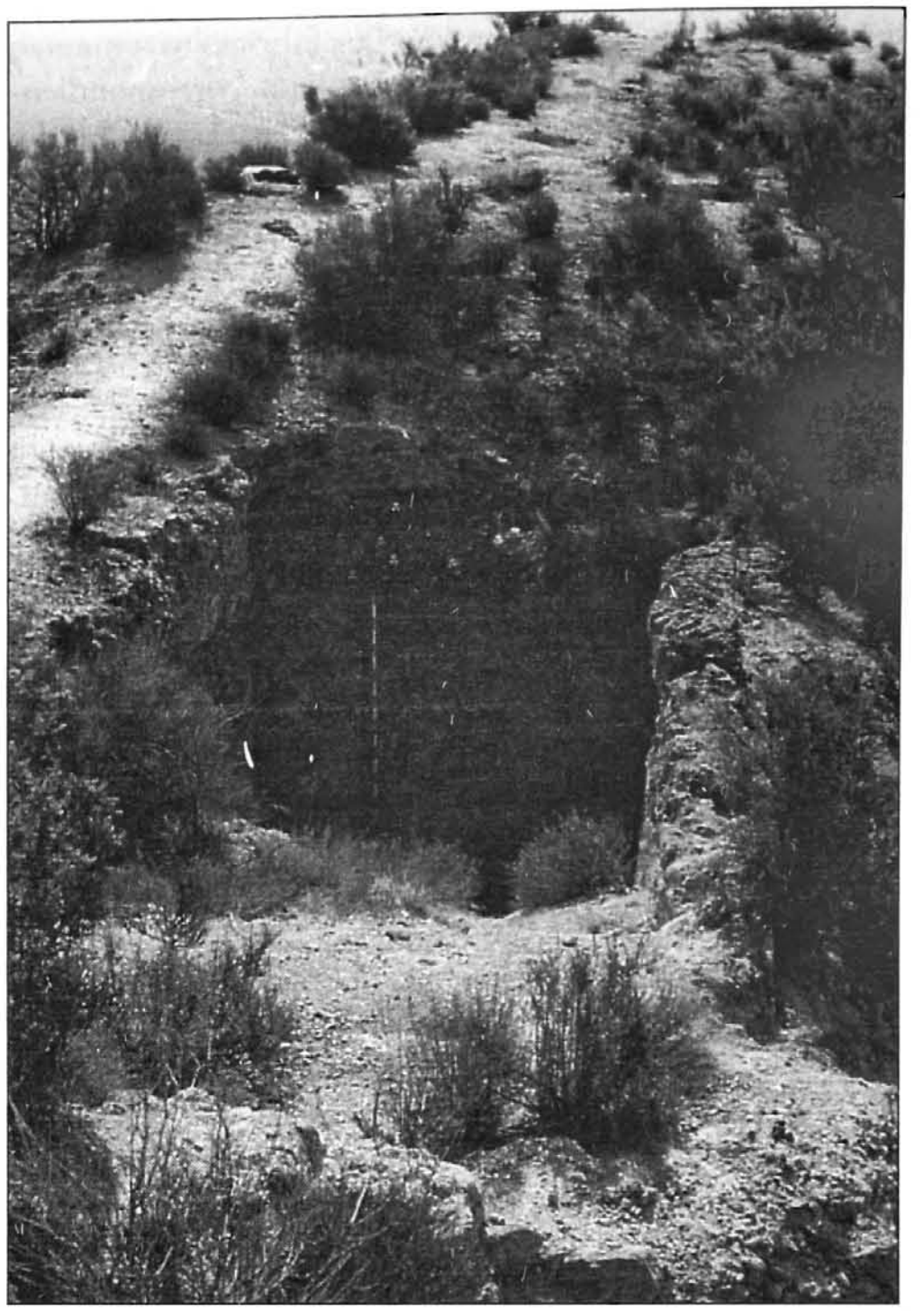
1996/7/9: FORMA MARMITA. 1 Frag. de fondo plano; fabricación a mano o torno lento; superficie bizcochada rojiza; textura compacto-escamosa; pasta sandwiche: rojo-gris-rojo.

1996/7/10: FORMA ATAIFOR. 2 Frags. de pared; fabricación a torno; superficie vidriada en melado; decoración int. al manganeso (motivo oval); textura compacta; pasta monócroma rosada.

Como procedente del yacimiento, se conserva de antiguo en el Museo de Murcia una vasija de forma cerrada y perfil casi completo que se encuentra expuesta en una de sus salas con el nº de inventario 0/566/1.

La botella está fabricada a torno, tiene cuerpo ovoide y fondo plano ligeramente convexo, conservando el arranque de dos asas y el cuello, bastante estrecho. De pasta y superficie rojiza, se encuentra al exterior pintada mediante una engalba de color blanquecino, ostentando además en el tercio superior del cuerpo una decoración de tipo inciso a base de bandas onduladas que alternan con otras rectilíneas.

El hecho de que la pieza no conserve prácticamente nada del cuello, así como su completa descontextualización arqueológica, dificulta notablemente su adscripción cronológica. M. Acién y R. Martínez (1989: 130-1 y 135) analizan un pequeño conjunto de redomas procedentes de varios yacimientos del Sureste peninsular que ofrecen notables similitudes con la que presentamos y que estos autores fechan en época paleoandalusí, hacia el siglo IX. Señalan



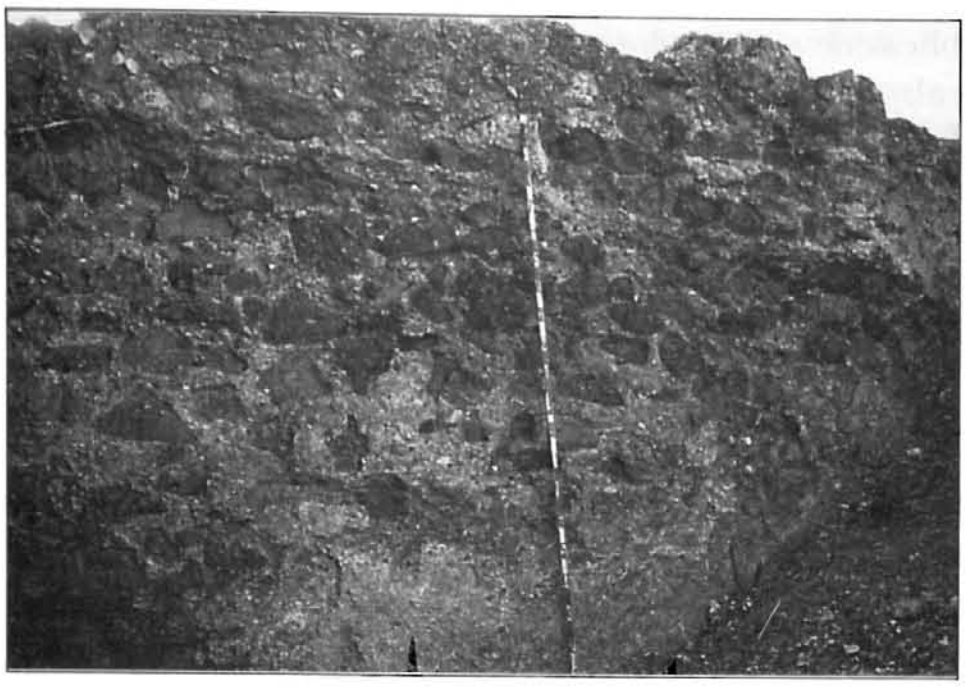
11- Interior de la fortificación: aljibe.

también los claros paralelismos que este tipo cerámico tiene con otros más antiguos de época visigoda procedentes de la meseta y muy bien estudiados por Caballero Zoreda (1989: 98). Pensamos que para la pieza murciana cabe igualmente proponerse una cronología similar de época tardoantigua o paleoandalusí, que nosotros, dadas algunas de sus características formales, situaríamos más bien hacia este último momento.

ANALISIS FUNCIONAL

Por lo que se refiere a la funcionalidad de la fortificación, en primer lugar hemos descartado cualquier vinculación con la estructuración del territorio como hisn o castillo de poblamiento dadas sus características arquitectónicas y reducidas dimensiones. La hipótesis que planteamos es su estrecha conexión con el importante nudo de comunicaciones situado a sus pies, como un punto de control militar sobre el mismo (TORRES FONTES, 1971: 80).

García Antón (1989: 145-7) ha resaltado la importancia que tuvo en época tardoantigua y paleoandalusí el camino que enlazaba Orihuela, capital entonces de Todmir, con la costa y el puerto de Cartagena. A la altura del castillo de Tabala confluían entonces dos rutas diferentes, por un lado la principal vía de comunicación de todo el Levante peninsular, que unía Valencia con Andalucía a través de Orihuela y Lorca; y por otro, el ramal que enlazaba Cartagena con Orihuela.



12- Aljibe: muro perimetral meridional.

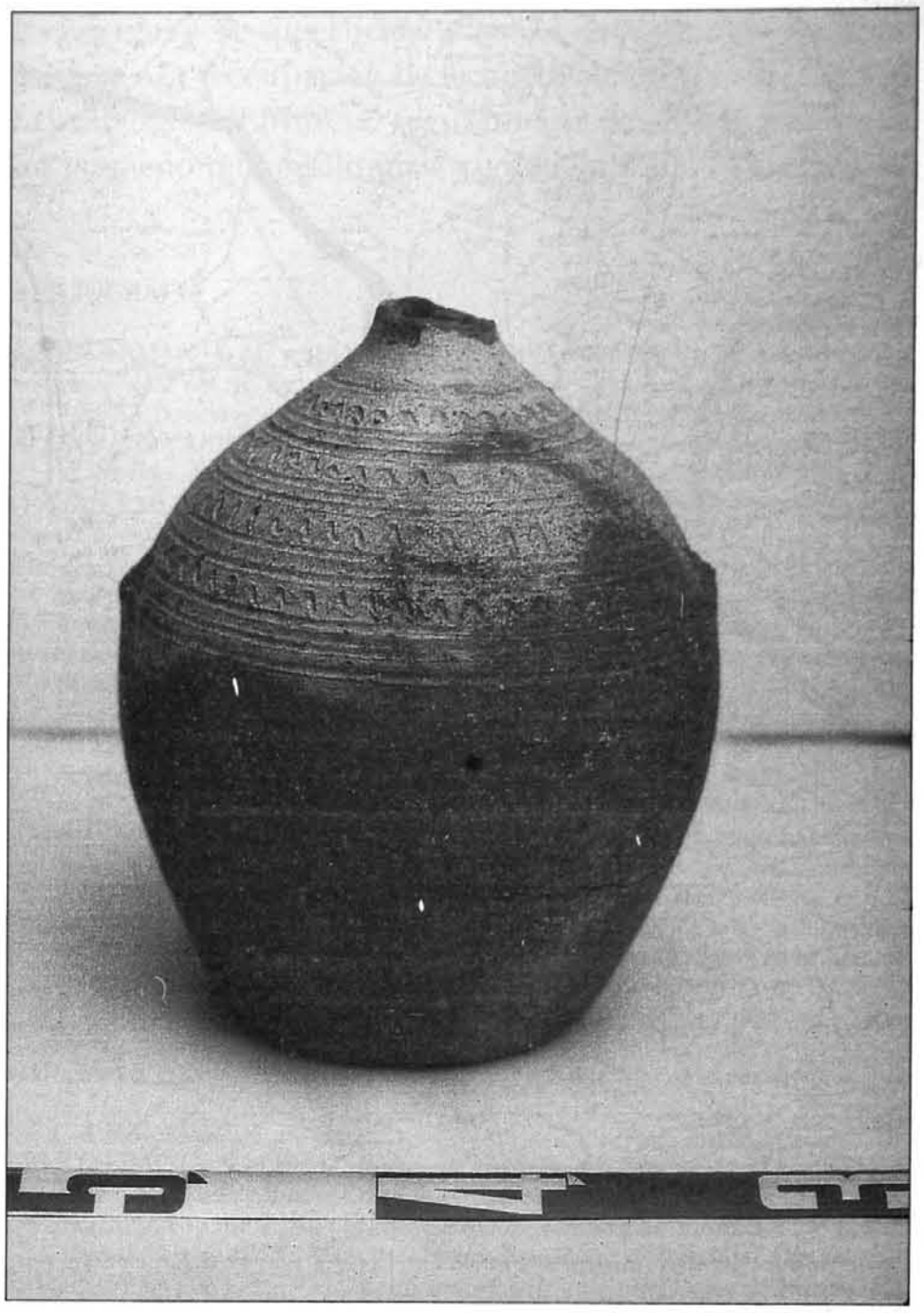
La comunicación entre Orihuela y Lorca parece que se efectuaba entonces por el sector meridional de la vega del Segura: una vez atravesado el río en la primera de las ciudades mencionadas, el camino llegaba hasta Beniel, desde donde se dirigía primero a Alquerías y después a Tabala, para continuar ya por las faldas septentrionales de la Sierra de la Cresta del Gallo hasta Algezares y Sangonera la Verde, desde donde continuaba hacia Lorca por el río Sangonera/Guadalentín (GARCIA ANTON, 1989: 146).

La vía que conducía hasta Cartagena se iniciaba precisamente en Tabala, desde donde continuaba por el Puerto de San Pedro hasta Sucina y San Javier a través de un trazado muy cómodo y sin apenas pendientes. Aquí el camino se bifurcaba por un lado hacia el Mar Menor y por otro, a través de Balsicas y Torre Pacheco, continuaba hasta Cartagena (GARCIA ANTON, 1989: 147).

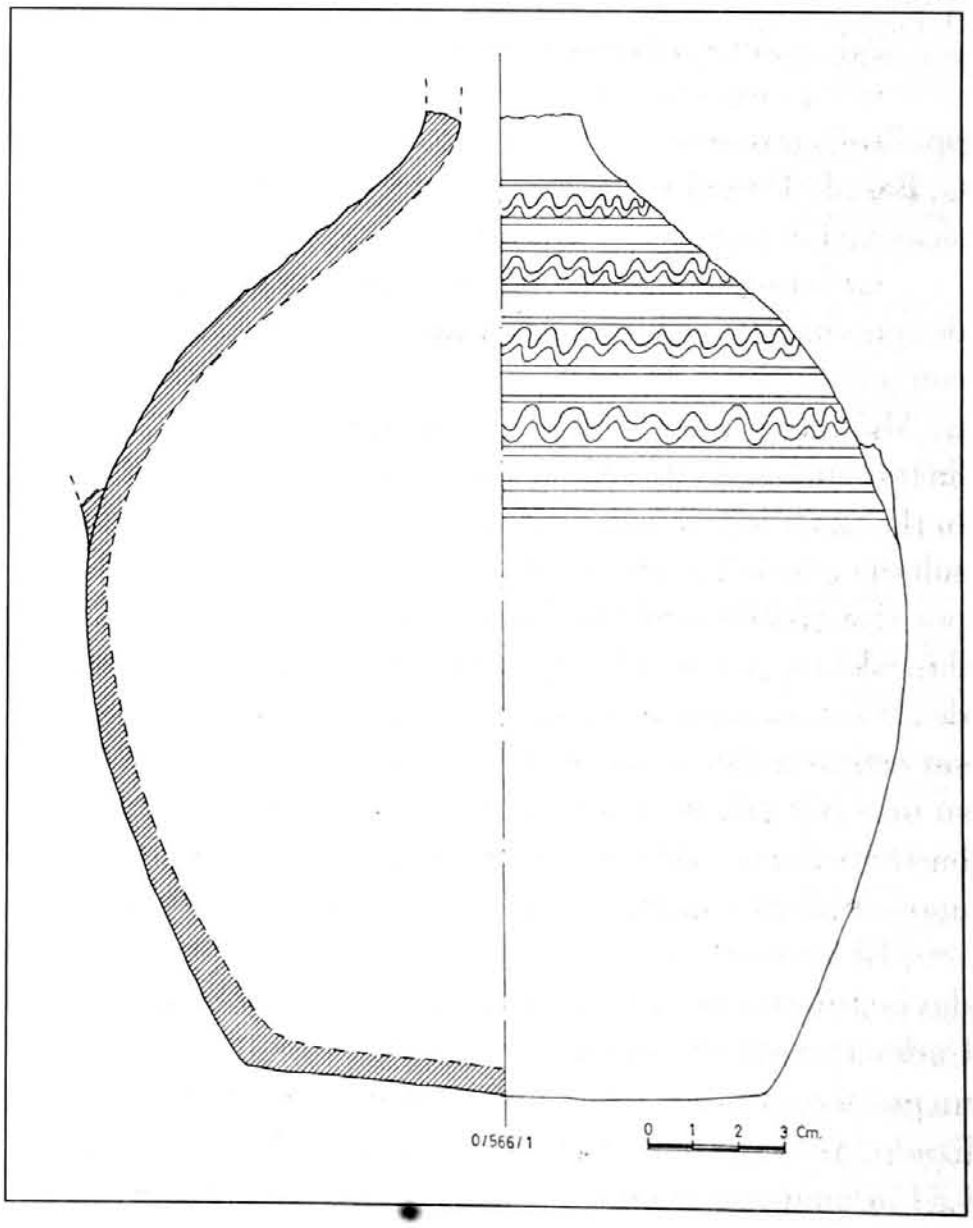
García Antón ha sugerido también el probable origen romano de este camino, pese a que no haya sido encontrado hasta el momento ningún vestigio arqueológico de su existencia; motivo por el cual seguramente la vía no ha sido reconocida como tal por los investigadores de este tema en el mundo antiguo (BROTONS y RAMALLO, 1989: 109).

Para A. Carmona (1989: 154) el camino que nos ocupa continuó utilizándose durante todo el periodo musulmán puesto que aparece mencionado por el geógrafo árabe del siglo XII al-Idrisi, que sitúa en 45 millas la distancia existente entre Orihuela y Cartagena. Otro viajero andalusí que pasaba por nuestra Región en el año 1185, Ibn Gubayr, parece que utilizó también este itinerario y no el del Puerto de la Cadena para dirigirse desde Cartagena a Murcia: «Desembarcamos en Cartagena al atardecer del jueves. Salimos de dicha ciudad inmediatamente después de la oración del viernes y pasamos la noche en el Campo de Cartagena, en la torre conocida con el nombre de Las Tres Balsas (muy probablemente Balsicas). Desde allí nos dirigimos, el sábado, a Murcia, y, ese mismo día, a Librilla» (CARMONA, 1989: 162-4).

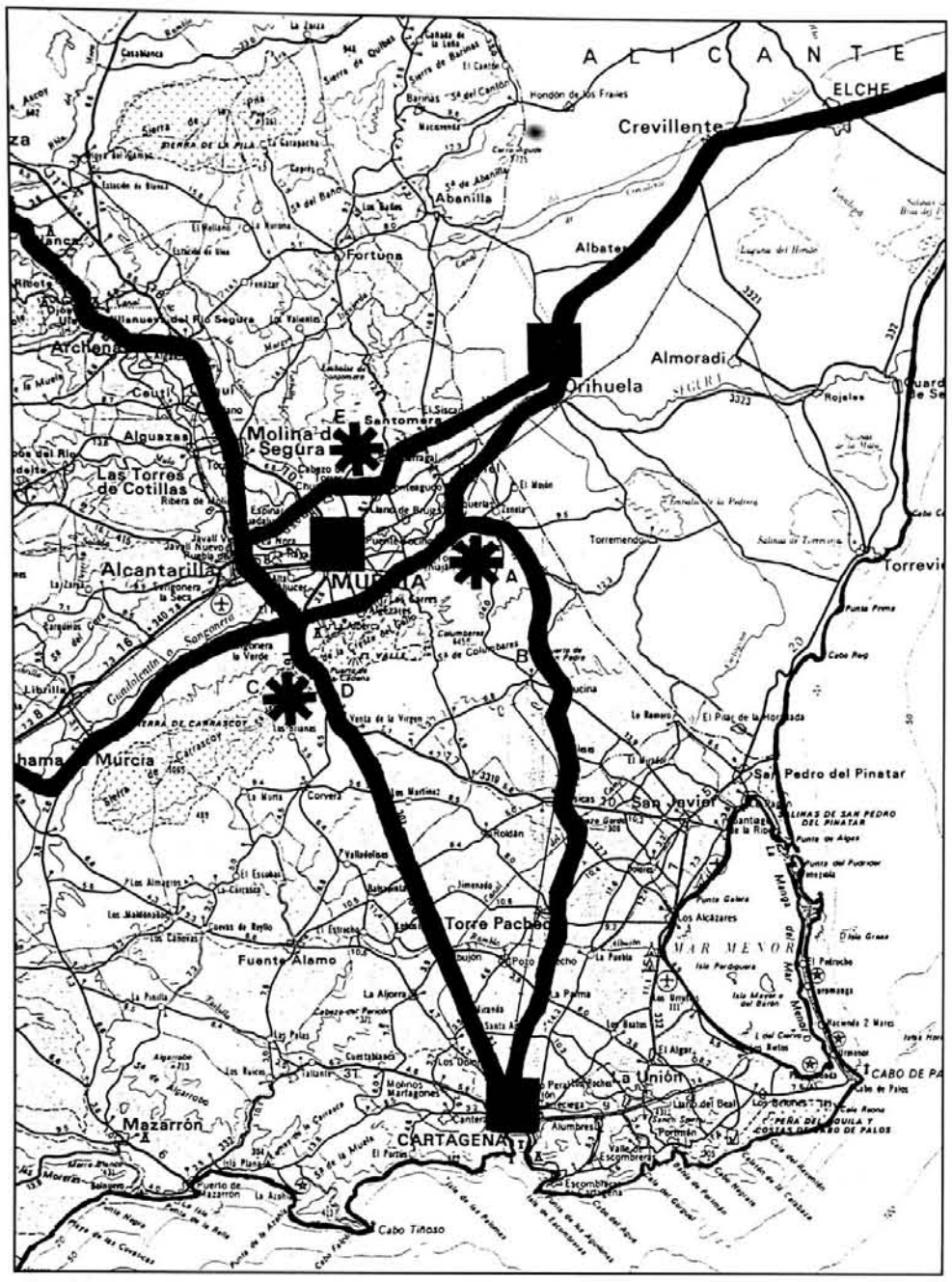
La otra vía que unía Cartagena con el valle del Segura desde tiempos romanos y que continuó utilizándose en época musulmana, era la que discurría por el Puerto de La Cadena (SILLIERS, 1982: 252-4; BROTONS y RAMALLO, 1989: 113-4; CARMONA, 1989: 156-7). Este tramo, que en época antigua formaba parte de la vía Complutum-Carthago Nova, está relativamente documentado por los



13- Materiales: botella procedente del yacimiento.



restos de calzada que en la zona del Campo de Cartagena vio en el siglo XVIII el canónigo Lozano (1794: Disert.II,



Principales vías de comunicación de Cartagena con Orihuela y Murcia.
A: Castillo de Tabala.
B: Puerto de S. Pedro.
C: Castillo de La Asomada.
D: Puerto de La Cadena.
E: Castillo de Monteagudo.

pp. 86-8) y también por el grupo de villae identificadas por G. Rabal (1988: 50-1) entre el cruce de Fuente Alamo-Balsicas y la Venta de la Virgen.

La hipótesis que en definitiva queremos plantear es la de que durante todo el periodo medieval, y quizás también con anterioridad, la vía de comunicación más utilizada entre Murcia y Cartagena pudo haber sido precisamente aquella que enlazaba esta última ciudad con Orihuela por el puerto de San Pedro y Tabala, y ello pese a que el trayecto resultaba más largo que por el de la Cadena (30 millas/45 km. por este último según al-Udri y aproximadamente 43 millas/65 km. por el primero según al-Idrisi). Esta diferencia de 20 km. supone sin duda un serio inconveniente, pero que sin embargo podía quedar perfectamente compensado por su más cómodo trazado, al resultar este puerto montañoso bastante llano y menos abrupto que el de la Asomada, con unos desniveles mucho más fuertes y difíciles de remontar.

El hecho de que Ibn Gubayr a finales del siglo XII todavía utilizase el camino de Tabala y no el del puerto de la Cadena avala en cierta medida esta hipótesis; especialmente si pensamos que en ese momento ya se habían realizado las obras emprendidas por el emir Ibn Mardanis en La Cadena/Asomada, las cuales no solamente debieron circunscribirse a la construcción del conjunto arquitectónico allí emplazado (MANZANO y BERNAL, 1993), sino que, con toda probabilidad, debieron incluir además obras públicas de envergadura encaminadas a mejorar la antigua calzada romana. Seguramente fue éste el primer gran esfuerzo del estado musulmán por acondicionar la difícil vía de comunicación, esfuerzo que, al igual que las construcciones iniciadas, tal vez quedó también inconcluso.

Ya en época cristiana sabemos que en el siglo XV fueron de nuevo acometidas importantes obras de acondicionamiento del puerto seco de la Cadena por el Concejo de Murcia encaminadas a facilitar el tránsito de carretas (TORRES FONTES, 1984:151-7; MOLINA y SELVA, 1989: 170). Si a ello añadimos el hecho de que desde entonces se hizo obligatorio abonar un canon de peaje para poder atravesarlo (VEAS, 1991: 169-70), podemos suponer que probablemente ni siquiera en época bajomedieval era éste el camino más transitado y que al menos buena parte de la circulación entre Murcia y Cartagena seguía realizándose todavía por el puerto de San Pedro (MARTINEZ CARRILLO, 1987: 153 y 160).

Buena prueba por último de la importancia que este último camino ha tenido incluso en época contemporánea y hasta tiempos muy recientes es el propio trazado de la línea de ferrocarril que enlaza Cartagena con Murcia y Madrid, construida hacia mediados del siglo XIX. En este sentido resulta clarificadora la memoria del proyecto redactada por el ingeniero Almazán, quien consideraba como el trazado más idóneo para el tramo Murcia-Cartagena el que atravesaba la sierra de Carrascoy por las cañadas de San Pedro y no por el puerto de la Cadena, pese a que ello representara una mayor distancia (MULA, 1989: 406-14). Actualmente todavía confluyen a los pies del Castellar de Tabala las dos líneas férreas más importantes que vertebran nuestra Región: la mencionada Albacete-Cartagena y la que enlaza Murcia con Alicante.

HIPOTESIS DE TRABAJO

Los resultados de este trabajo están exclusivamente basados en la prospección superficial de un yacimiento sobre el que no se han realizado excavaciones arqueológicas. Su objetivo en consecuencia, más que apuntar a conclusiones firmes sobre la evolución histórica del lugar, no puede ser otro que el de plantear una hipótesis razonable basada en los escasos testimonios de que en este momento disponemos. Se trata entonces de articular un discurso provisional en el que puedan encajar de forma satisfactoria los datos existentes, en la seguridad de que futuras intervenciones de mayor envergadura podrán aclarar los aspectos que por el momento solamente es posible plantear.

Aunque resulta muy difícil precisar el momento más antiguo de ocupación del yacimiento, existen algunos indicios que permiten aventurar la posible existencia de un hábitat primigenio de época tardoantigua y anterior a la conquista musulmana. El carácter mozárabe que parece tener el propio topónimo de Tabala, la probable existencia de sepulturas con ajuar cerámico en la falda septentrional del cerro y la posible adscripción de la botella al mencionado periodo, son testimonios que apuntan en esta dirección.

Del examen arqueológico de los materiales de superficie se puede afirmar que la ocupación del lugar se remon-

ta con seguridad al periodo musulmán, momento al que corresponden todos los fragmento encontrados. El asentamiento se remonta con total seguridad hasta el siglo XI y tal vez también a un momento más antiguo (s. IX), continuó utilizándose durante los siglos XII y XIII y fue también puntualmente empleado en época cristiana como atalaya o puesto de vigilancia en las numerosas ocasiones de inestabilidad que caracterizaron el período bajomedieval (CASCALES, 1775: 172; FRUTOS BAEZA, 1934: 43).

Seguramente ya desde sus orígenes la ocupación del lugar estuvo estrechamente vinculada a su carácter de punto estratégico sobre la que entonces debía constituir la principal vía de comunicación entre Orihuela y la vega murciana con el litoral marmenorense y Cartagena. Esta funcionalidad militar como fortaleza estratégica de control sobre el importante nudo de comunicaciones situado a sus pies continuó prevaleciendo durante todo el periodo medieval, tanto en época musulmana como cristiana, y las reducidas dimensiones del recinto, solamente con capacidad para albergar en su interior una reducida guarnición, así parecen confirmarlo.

Muy problemático resulta por el momento precisar la fecha exacta en que se construyeron las estructuras de la fortificación que hoy subsisten, más allá de la evidente factura musulmana de la obra. El hallazgo de un fragmento de marmita modelada a mano o torno lento y sin vidriar al que puede asignarse una cronología de los siglos X u XI, y con cal adherida proveniente de la obra, hace suponer un momento de construcción posterior a esa fecha y que tal vez habría que situar hacia la segunda mitad del siglo XI, en época de taifas. Durante este periodo el castillo quedaba situado en una zona que era limítrofe o fronteriza con el vecino estado de Denia, taifa de la que por aquel entonces también formaba parte Orihuela (MOLINA, 1986: 260). Una fecha más tardía no nos parece muy probable porque carecería entonces de justificación histórica y también porque, dado su relativo carácter de fortaleza estatal, su planta sería más regular, tal y como ocurre con otras fortificaciones próximas de similar funcionalidad y posterior cronología como son el castillo de la Asomada y el recinto superior de Monteagudo (MANZANO y BERNAL, 1993: 190-2).

S. Alonso (1995: 151) propone, atendiendo a los amteriales constructivos empleados en la obra, una cronología algo posterior que se situaría hacia el siglo XII. Sin embargo no descarta tampoco una primigenia construcción anterior del siglo IX y que estaría en relación con el control de la vieja calzada romana reutilizada después por árabes y castellanos (ALONSO, 1990: 247).

Cascales (1775: 29) en cambio atribuye la realización de la fortaleza al periodo cristiano, situando el momento de construcción en la segunda mitad del siglo XIII. El hecho de que el castillo, al igual que otros situados en las inmediaciones de Murcia, fuese reutilizado durante época bajomedieval en diversas ocasiones como atalaya de vigilancia, tal y como menciona el propio Cascales (1775: 172), fue lo que pudo llevarle a confundir alguna reparación de importancia acometida entonces (tal vez en el sector meridional de la cerca) con el verdadero momento de construcción (MERINO ALVAREZ, 1915: 46). La ausencia de materiales cristianos de superficie indican la escasa entidad que debió tener la reocupación de la fortificación tras la conquista castellana de Murcia, seguramente destinada a albergar un pequeño retén militar de vigilancia sobre el camino.

BIBLIOGRAFIA

ACIEN ALMANSA, M. y MARTINEZ MADRID, R.: (1989). «Cerámica islámica arcaica del SE de al-Andalus». *Boletín de Arqueología Medieval 3*, pp. 123-35. Asociación Española de Arqueología Medieval. Madrid.

ALONSO NAVARRO, S.: (1990). *Libro de los castillos y fortalezas de la Región de Murcia*. Asociación Española de Amigos de los Castillos. Murcia.

(1995). «TABALA. Castillo». *Gran Enciclopedia de la Región de Murcia Vol. VIII*, p. 151. Consejería de Presidencia C.A.R.M. - CajaMurcia.

BAZZANA, A: (1979). «Céramiques médievales: les methodes de la description analytique appliquées aux productions de l'Espagne Orientale». *Mélanges de la Casa de Velázquez. t.XV*. pp. 135-85. París.

BROTONS YAGÜE, F. y RAMALLO ASENSIO, S.: (1989). «La red viaria romana en Murcia». *Los caminos de la Región de Murcia*. pp. 101-19. Consejería de Política Territorial y Obras Públicas - C.A.R.M. Murcia.

CABALLERO ZOREDA, L.: (1989). «Cerámicas de época visigoda y postvisigoda de las provincias de Cáceres, Madrid y Segovia». *Boletín de Arqueología Medieval 3*. pp. 75-107. Asociación Española de Arqueología Medieval. Madrid.

CARMONA GONZALEZ, A.: (1989). «Las vías romanas de comunicación en época árabe». *Los caminos de la Región de Murcia*. pp 151-66. Consejería de Política Territorial y Obras Públicas - C.A.R.M. Murcia.

CASAMAR, M. y VALDES, F.: (1984). «Origen y desarrollo de la técnica de cuerda seca en la península Ibérica en el Norte de Africa durante el siglo XI». *Al-Qantara V*. pp. 383-404. C.S.I.C. Madrid.

CASCALES, F.: (1775). *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia y su Reino*. Ed. 1980: Murcia.

GARCIA ANTON, J.: (1989). «Las rutas de Todmir». *Los caminos de la Región de Murcia*. pp. 139-49. Consejería de Política Territorial y Obras Públicas - C.A.R.M. Murcia.

FRUTOS BAEZA, J.: (1934). *Bosquejo histórico de Murcia y su Concejo*. Ed. 1988: Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

GUTIERREZ LLORET, S.: (1988). *Cerámica común paleoandalusí del Sur de Alicante (siglos VII-X)*. Caja de Ahorros Provincial de Alicante. Alicante.

LOZANO SANTA, J.: (1794). *Bastitania y Contestania del Reino de Murcia*. Ed. 1980. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

MANZANO MARTINEZ, J. y BERNAL PASCUAL, Fca.: (1993). «Un conjunto arquitectónico de época islámica en el puerto de la Cadena (Murcia): análisis funcional». *Verdolay Nº 5*. pp. 179-99. Museo de Murcia. Murcia.

MARTINEZ CARRILLO, M.I.: (1987). «La comunicación Cartagena-Murcia en la primera mitad del s. XV». *Nuestra Historia*. pp. 151-62. Ayuntamiento de Cartagena - C.A.M. Alicante.

MERINO ALVAREZ, A.: (1915). *Geografía histórica de la provincia de Murcia*. Ed. 1981: Academia Alfonso X El Sabio . Murcia.

MOLINA LOPEZ, E.: (1986). «Aproximación al estudio de la Cartagena islámica». *Historia de cartagena, vol. V*. pp. 193-318. Ediciones Mediterráneo. Murcia.

MOLINA MOLINA, A.L. y SELVA INIESTA, A.: (1989). «Los caminos murcianos en los siglos XIII-XVI». *Los caminos de la Región de Murcia*. pp. 167-78. Consejería de Política Terrritorial y Obras Públicas C.A.R.M. Murcia.

MULA GOMEZ, A.J.: (1989). «Notas históricas sobre el ferrocarril en la Región de Murcia. Del aislamiento a la integración en la red viaria nacional». *Los caminos de la Región de Murcia*. pp. 401-32. Consejería de Política Territorial y Obras Públicas C.A.R.M. Murcia.

NAVARRO PALAZON, J.: (1986). *La cerámica esgrafiada andalusí de Murcia*. Casa de Velázquez. Madrid.

(1990). «Los materiales islámicos del alfar antiguo de San Nicolás de Murcia». *Fours de poitiers et «testares» médievaux en Mediterranée occidentale*. pp. 29-43. Casa de Velázquez. Madrid.

POCKLINGTON, R.: (1990). *Estudios toponímicos en torno a los orígenes de Murcia*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

RABAL SAURA, G.: (1988). «La vía romana Cartagena-Alcantarilla por el Puerto de la Cadena». *Vías romanas del Sureste*. pp. 49-51. Universidad de Murcia - Consejería de Cultura, Ed. y Turismo C.A.R.M. Murcia.

ROSELLO BORDOY, G.: (1978). *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*. Diputación Provincial de Baleares. Palma de Mallorca.

SANCHEZ PRAVIA, J.: (1990). «Hallazgo de enterramiento en El Castellar (Tabala-Murcia)». Informe realizado para la Dirección Gral. de Cultura - Serv. Reg. de Patrimonio Histórico. C.A.R.M. Murcia.

SILLIERES, P.: (1982). «Une grande rute romaine menant à Carthagène: la voie Saltigi - Carthago Nova». *Madrider Mittellungen Nº 23*. pp. 247-57. Deutsches archäologisches Institut Abteilung. Madrid.

TORRES FONTES, J.: (1971). *Repartimiento de la huerta y campo de Murcia en el siglo XIII*. Academia Alfonso X el Sabio.Murcia.

(1984). *Estampas de la vida murciana en época de los Reyes Católicos*. Academia Alfonso X el Sabio. Murcia.

VEAS ARTESOS, M.C.: (1991). *Fiscalidad concejil en la Murcia de fines del medievo*. Universidad de Murcia. Murcia.

ZOZAYA, J.: (1980) «Aperçu général sur la céramique espagnole». *La Ceramique médièvale dans la Mediterranée occidentale*. pp. 265-96. C.N.R.S. París.

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 401 - 412

EL AGUA EN LA VIVIENDA ANDALUSI: ABASTECIMIENTO, ALMACENAMIENTO Y EVACUACION

Julio Navarro Palazón
Pedro Jiménez Castillo
CENTRO MUNICIPAL DE ARQUEOLOGIA. MURCIA

INTRODUCCION

La gestión de los recursos hídricos, tanto en el medio rural como en el urbano, constituyó en al-Andalus una preocupación fundamental. Ello se debe a la confluencia de factores bioclimáticos, que no han cambiado en esencia con el paso del tiempo, y de razones estrictamente culturales. En efecto, la *Dār al-Islam* se extiende por una franja subtropical en la que abundan las áreas semiáridas cuando no rigurosamente desérticas, como sucede en la propia Península Arábiga.

En cuanto al medio rural, se ha puesto de manifiesto que la España musulmana vio la generalización de numerosas técnicas de regadío, muchas de ellas ya conocidas en el mundo romano; es decir, las diferencias con la época clásica parecen haber sido más bien de tipo cuantitativo. Ello no se debió exclusivamente al aumento de las superficies irrigadas, sino también a la introducción en al-Andalus de numerosos cultivos de origen indio y persa que requerían el riego en verano y, en consecuencia, las adecuadas estrategias hidráulicas(1).

La presencia de agua pura y abundante es condición indispensable a la hora de elegir el emplazamiento de una ciudad, tal y como expone Ibn Jaldun(2). Incluso en poblaciones cuya ubicación está determinada por otras circunstancias estratégicas (puertos de mar, alturas fácilmente defendibles, etc.) es imprescindible que el abastecimiento de agua esté garantizado. Su captación, administración y distribución, así como la evacuación de los excedentes y, sobre todo, del agua residual, constituyó una preocupación constante en la comunidad urbana árabo-islámica. Así lo prueban las numerosas referencias al respecto existentes en las fuentes escritas, sobre todo manuales de *ḥisba* y tratados de jurisprudencia. Pero aún más elocuentes son los restos de canalizaciones, acueductos, colectores, atarjeas, pozos, etc, que las excavaciones arqueológicas vienen descubriendo.

A tales evidencias dedicaremos el presente estudio, que subdividiremos en dos grandes bloques: el abastecimiento de agua y su evacuación en la vivienda hispanomusulmana. Nos interesa, por encima de todo, estudiar detalladamente la disposición de los sistemas hidráulicos en el ámbito doméstico con vistas a obtener datos de las relaciones de vecindad y, en definitiva, de la organización comunitaria. La base del presente trabajo la constituyen las excavaciones arqueológicas que durante los últimos quince años vienen llevándose a cabo en dos importantes yacimientos andalusíes: Murcia, que llegó a ser una de las ciudades más importantes de al-Andalus(3), y Siyâsa(4) (Cieza), un *ḥiṣn* según las fuentes árabes, que constituyó un núcleo urbano de segundo orden emplazado en altura.

EL ABASTECIMIENTO Y ALMACENAMIENTO DE AGUA

La captación y gestión de recursos hídricos están cuidadosamente planificadas en la ciudad árabo-islámica. Ob-

(1) Thomas F. GLICK. «Las técnicas hidráulicas antes y después de la conquista». *En torno al 750 aniversario: antecedentes y consecuencias de la conquista de Valencia*. Valencia. 1989. Vol. I. pp. 53-71.

(2) «Pues la ciudad debe estar ubicada sobre la ribera de un río o en las proximidades de varios manantiales puros y abundantes. El agua es una cosa de primera necesidad, y su cercanía ahorra muchas fatigas a los habitantes para abastecerse de ella.» IBN JALDUN. *Introducción a la historia universal (Al-Muqaddimah)*. México. 1977. p. 619.

(3) Acerca de la investigación arqueológica sobre la Murcia islámica, con una bibliografía aproximativa por temas, véase: Julio NAVARRO PALAZÓN y Pedro JIMÉNEZ CASTILLO. «Una nueva propuesta de investigación y gestión de yacimientos urbanos: la ciudad de Murcia», en *Paisajes rurales y paisajes urbanos: Métodos de análisis en Historia Medieval*, Zaragoza. 1994. pp. 157-203; J. NAVARRO PALAZÓN y P. JIMÉNEZ CASTILLO. «El Centro de Estudios Árabes de Murcia», *Actas del Coloquio Internacional Castrum V* (Murcia, 1992), en prensa.

(4) Casi toda la bibliografía acerca de este yacimiento se encuentra recogida en: J. NAVARRO PALAZÓN y P. JIMÉNEZ CASTILLO. «La decoración almohade en la arquitectura doméstica: la casa nº 10 de Siyâsa», *Casas y palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*. Madrid, 1995. pp. 117-137.

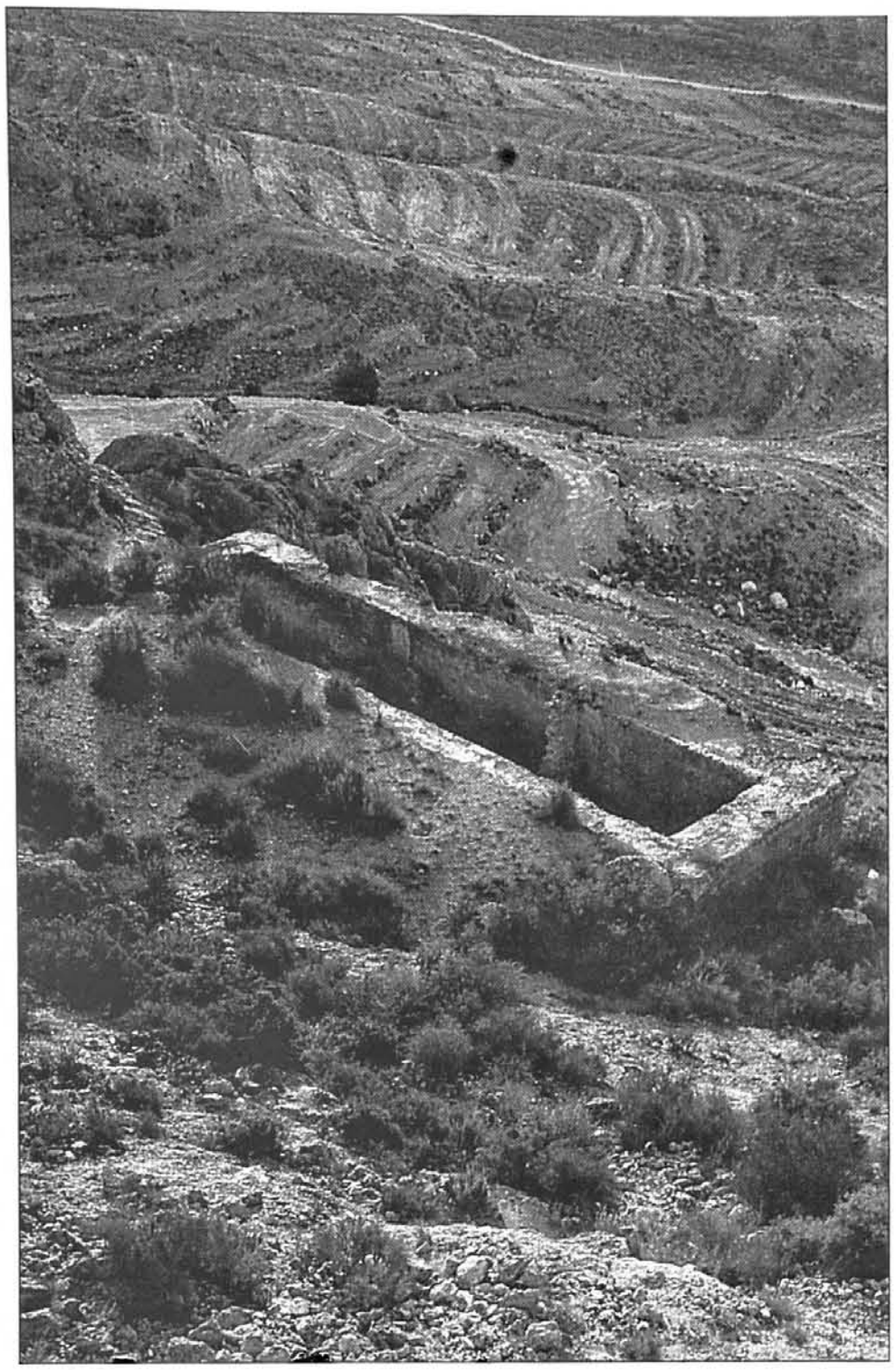


Fig. 1.- Siyâsa. Aljibe de la alcazaba.

viamente, el agua es imprescindible para la supervivencia humana, pero además ocupa una parte importantísima en los rituales religiosos de los musulmanes, pues con ella se llevan a cabo las abluciones obligatorias antes de la oración. También es necesaria en abundancia para el abastecimiento de los baños -instalaciones higiénicas y, en cierto modo, cultuales-, imprescindibles en la ciudad islámica.

La preocupación por el abastecimiento de agua en las ciudades islámicas se hallaba muy presente en los poderes públicos y particularmente entre los jueces, quienes contaban con prescripciones en este sentido que, según la Tradición, se remontaban a sentencias del Profeta. Así, uno de los doce principios fundamentales de la doctrina malikí en materia de convivencia urbana dice que el excedente de agua debe de ser compartido por el propietario con sus conciudadanos, ya sea para beber o para el riego[5]. Por ello, no es de extrañar que en la ciudad islámica tradicional sea frecuente la construcción de fuentes públicas a cargo de particulares.

Las obras que facilitaban el abastecimiento de agua a una comunidad se solían llevar a cabo de forma colectiva, especialmente en el medio rural. En las ciudades más importantes, sin embargo, se trataba de construcciones edilicias, normalmente ordenadas por príncipes o gobernadores que, de esta manera, pretendían ganar prestigio ante sus súbditos. Sabemos que en al-Andalus se emplearon acueductos de época romana que permanecían en uso; otros se reacondicionaron, como ocurrió en la Sevilla almohade con los Caños de Carmona; aunque también se construyeron importantes canalizaciones que surtían las urbes desde acuíferos a veces muy alejados[6]. El ejemplo más conocido es el acueducto de la ciudad palatina de Madînat al-Zahrâ´, pero existieron otros muchos. El agua era captada en manantiales naturales, en ríos, en pozos o en *qanat(s)* y, una vez en la ciudad, se distribuía mediante fuentes o se almacenaba en aljibes públicos y privados.

Pero existían otros sistemas para proveerse de agua además de traerla desde los manantiales. Así, por ejemplo, el agua de lluvia era recogida y almacenada en aljibes públicos y privados. Por otra parte, cuando el nivel freático era muy superficial también se excavaban pozos, de tal manera que en algunas ciudades -como Murcia, Valencia, Denia y Saltés[7]-, casi todas las casas contaban con uno o más. Lo habitual es que se emplearan varios sistemas, como sucedía en Murcia, en donde el agua se obtenía del río, mediante acequias, y del manto freático, por medio de pozos (fig. 9).

Una parte importante en el proceso de surtimiento de agua potable en las viviendas particulares la constituían los aguadores profesionales o azacanes (*saqqâ'ûn*). Prueba de ello es la mención que efectúa el almotacén Ibn `Abdûn en relación con Sevilla, recomendando que se deslinde un punto en el río para el uso exclusivo de este gremio. Dicho lugar, a salvo del flujo y reflujo de las mareas, había de ser vigilado para que nadie perturbara ni contaminara el agua, impidiendo incluso que las mujeres lavaran en sus inmediaciones[8]. La reparación del vetusto acueducto romano ordenada por Abu Yacub Yusuf en 1172, debió de paliar en gran medida las necesidades de la ciudad.

El acarreo de agua desde las fuentes públicas, el río o las acequias hasta las casas, su almacenamiento y su servicio cotidiano, demandaba la existencia de unos tipos cerámicos específicos: jarras de diferentes tamaños, tinajas, aguamaniles, cantimploras, etc, que, de hecho, están perfectamente identificados en el ajuar cerámico andalusí[9]. La presencia generalizada de cangilones de noria demuestra, asimismo, el empleo masivo de norias y aceñas en Al-Andalus, que permitían la captación y facilitaban la distribución de los recursos hídricos.

---

(5) Besim SELIM HAKIM, *Arabic-Islamic Cities*, Londres, 1986, pp. 20-22.

(6) Basilio PAVÓN MALDONADO, *Tratado de Arquitectura Hispanomusulmana. I Agua*. Madrid, 1990, pp. 232-248.

(7) J. PASCUAL, *et al.*, «La vivienda islámica en la ciudad de Valencia. Una aproximación de conjunto», *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la arqueología*, Granada, 1990, pp. 305-318 (p. 307); Josep A. GISBERT SANTONJA, «Daniya -Dénia-. Remembrança d'una ciutat andalusí», *Actas del IV Congreso de Arqueología Medieval Española*, Alicante, 1993, vol. II, pp. 251-259 (p. 252); A. BAZZANA, «Urbanismo e hidráulica (urbana y doméstica) en la ciudad almohade de Saltés (Huelva)», *Casas y palacios de Al-Andalus. Siglos XII y XIII*, Barcelona, 1995, pp. 139-156 (p. 153).

(8) Emilio GARCÍA GÓMEZ y Evariste LÉVY-PROVENÇAL, *Sevilla a comienzos del siglo XII. El tratado de Ibn `Abdûn*, Sevilla, 1981, pp. 108 y 109.

(9) Véanse, entre otros muchos trabajos sobre este asunto, G. ROSSELLÓ-BORDOY, *Ensayo de sistematización de la cerámica árabe en Mallorca*, Palma de Mallorca, 1978; J. NAVARRO PALAZÓN, *La cerámica islámica en Murcia.I, Catálogo*, Murcia, 1986; André BAZZANA, *et al.*, *La cerámica islámica en la ciudad de Valencia. II Estudios*, Valencia, 1991.

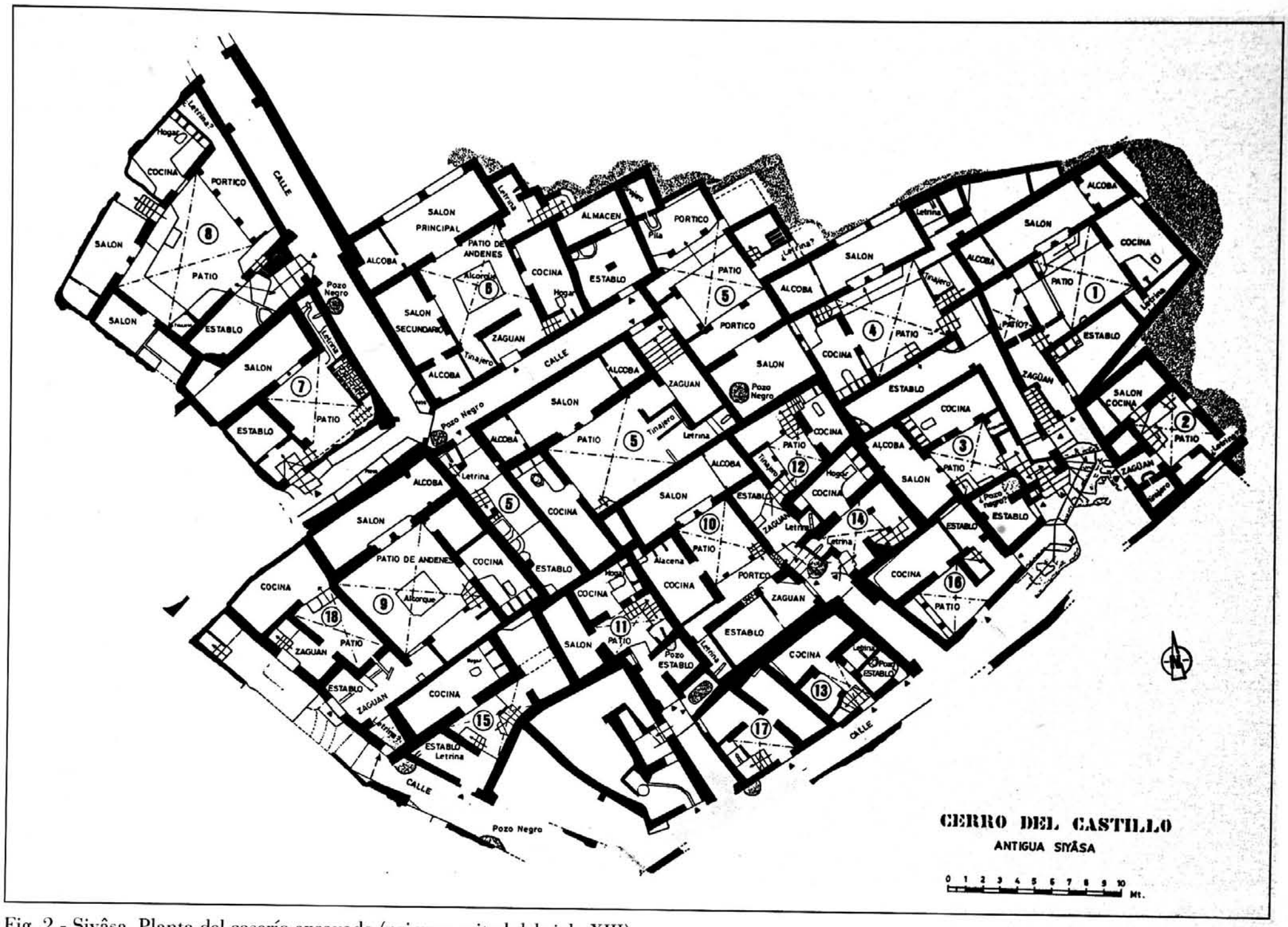


Fig. 2.- Siyâsa. Planta del caserío excavado (primera mitad del siglo XIII).

SIYÂSA

El estudio del abastecimiento de agua en Siyâsa presenta todavía aspectos oscuros que sólo cuando avance la investigación arqueológica podrán ser explicados satisfactoriamente. No obstante, trataremos a continuación de sistematizar, al menos, los datos existentes y plantear las cuestiones pendientes.

Las precipitaciones eran y siguen siendo escasas en el entorno de Siyâsa; sin embargo, el agua abundaba sobremanera: el río Segura discurre relativamente caudaloso a los pies del cerro donde se asentaba la población, abasteciendo a las acequias de los Charcos, el Horno, Andelma y D. Gonzalo que son las que irrigaban las fértiles huertas existentes entre el río y el piedemonte. Su construcción supuso un enorme esfuerzo y denota notables conocimientos de hidráulica; sobre todo en el caso de la última, excavada en parte en la roca, cuya obra causaba ya asombro en el siglo XVI[10]. Además, en las faldas de los montes que rodean la vega no son extraños los manantiales naturales, algunos de los cuales eran seguramente aprovechados en época andalusí a juzgar por los topónimos árabes con que se designan[11]. No obstante, el asentamiento de Siyâsa se encuentra muy por encima de la línea de rigidez del sistema hidráulico y no se aprecia resto alguno de acueductos que permita suponer que el agua era canalizada hasta el poblado[12].

El agua de lluvia era recogida y aprovechada en la alcazaba de Siyâsa, como lo prueba el gran aljibe que alberga, popularmente conocido como el «Baño de la Reina» (fig. 1). Es muy habitual la existencia de semejantes depósitos en las alcazabas de los *ḥuṣūn* andalusíes, imprescindibles para el abastecimiento de los sitiados llegado el caso. En la *madîna*, sin embargo, no se ha detectado hasta el presente resto alguno que pudiera corresponder a un aljibe público. Tampoco se han hallado entre las 18 casas exhumadas, lo que parece ser una prueba suficiente para descartar la existencia de tales infraestructuras.

(10) En la descripción de la villa y término encargada por Felipe II y elaborada en 1579 se dice: «pareçe la dicha poblaçion auer seido grande por el açequia que se saco y tomo antiquisimamente que pareçe increible su fabrica e inposible que ingenio de honbres bastase a sacar y perfiçionar tal obra. La qual açequia se toma del dicho rrio Segura do dizen los Almadenes termino desta villa que viene a morir y feneçer junto a la dicha poblaçion y viene encarnada en las cuestas de la dicha atalaya y castillo.» *Relaciones topográficas de los pueblos del Reino de Murcia*. (ed. A. CEBRIÁN ABELLÁN y J. CANO VALERO), Murcia, 1992, p. 106.

(11) En el mismo documento mencionado en la nota anterior se describen los recursos hídricos de la Cieza del s. XVI: «Esta dicha Villa es abundosa de aguas, por el Río dicho que por élla pasa, de donde se proveen los vecinos de élla, y allende del dicho Río, las fuentes que de agua notable y sana en élla hay y en sus términos, son las siguientes: La fuente del Borbotón, la fuente de la Cueva Barque, de la dicha Sierra de la Cabeza el Asna; la fuente la Murta, que nace a la falda y solana del dicho Almorchón; la fuente del Rey, la que por su excelencia de aguas y por que el Rey de Caravaca bebía en élla, se nombre la fuente del Rey; la fuente del Madroñal. Y de otras aguas notables son: la fuente del Ojo, que riega la mayor parte de la huerta de esta Villa, de esta otra parte del Río, la del Zaraiche Mayor, y las fuentes de Ascoy y del Judío.»

(12) Es imposible que se hubiera canalizado el agua desde la vega puesto que el despoblado está emplazado en lo alto de un cerro escarpado, a unos 200 m sobre el lecho del río.

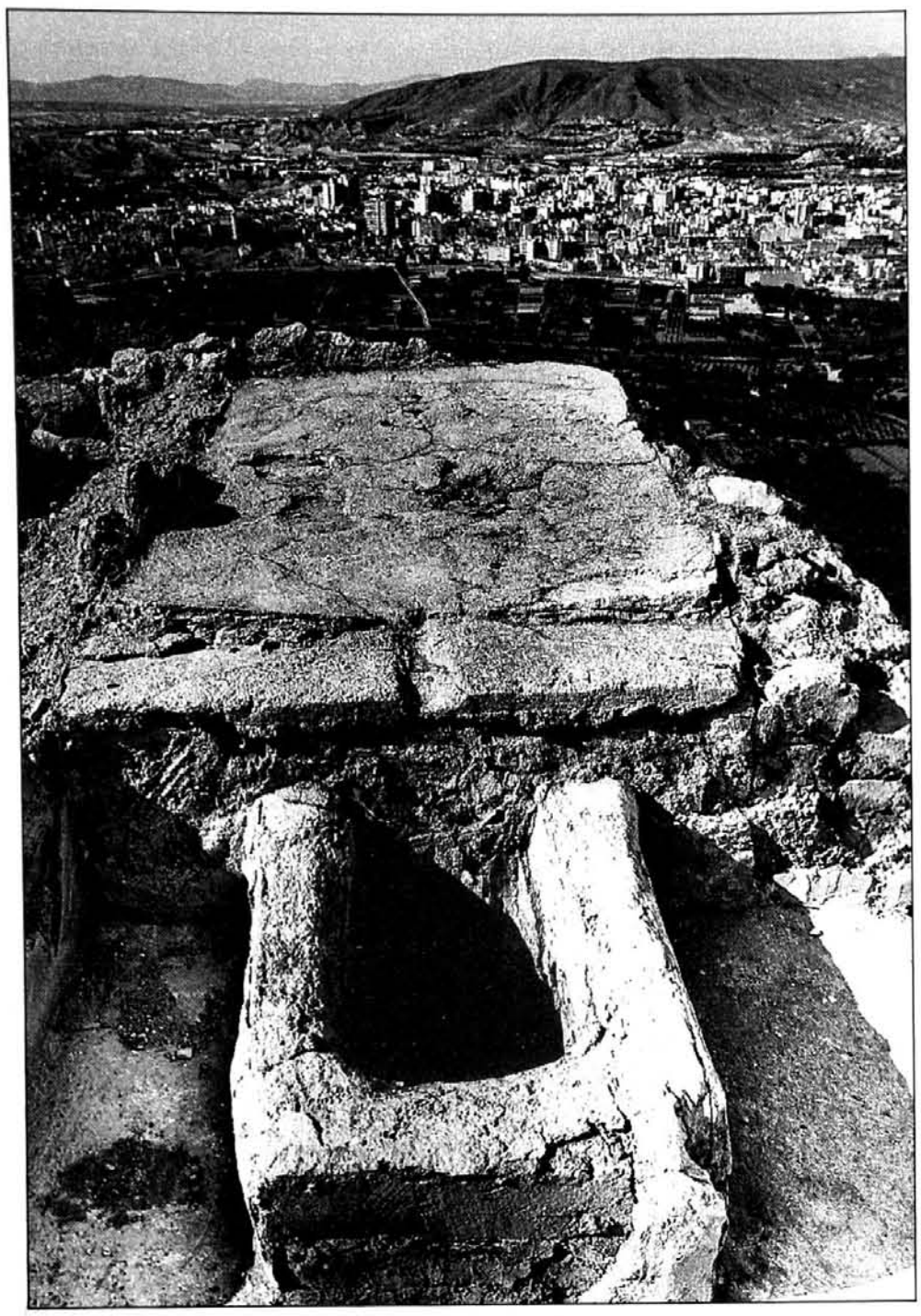


Fig. 3.- Siyâsa. Tinajero con pileta hallado en el núcleo oriental de la casa nº 5 (primera mitad del siglo XIII). Al fondo, la actual ciudad de Cieza, heredera del despoblado islámico.

No es improbable que existiera alguna fuente pública, alimentada por un manantial natural o por una mina de agua, en el interior de la población, lo que permitiría un abastecimiento relativamente cómodo. La existencia de veneros a la altura del despoblado está atestiguada por la presencia de una surgencia, en las inmediaciones del denominado arrabal Norte, activa hasta los años setenta del presente siglo[13]. Según noticias recogidas entre pastores de la zona, existió otro manantial en un punto del interior del despoblado, entre la alcazaba y el caserío, también seco en la actualidad[14].

En cualquier caso, el acceso a los acuíferos desde el caserío por medio de los pozos domésticos convencionales debió de ser una tarea extremadamente compleja. De hecho, en ninguna de las 18 casas excavadas en Siyâsa se ha documentado pozo alguno, ni parece probable que lo hubiera en el resto de viviendas que están por exhumar.

(13) Agradecemos a D. Joaquín Salmerón Juan, director del Museo Municipal de Cieza, sus valiosas noticias y opiniones acerca de los recursos hidráulicos de Siyâsa.

(14) Dicho lugar aparece identificado en un plano del despoblado del siglo XVIII, atribuido al Padre Salmerón, con la siguiente descripción: «C.- Espejuelo de la mina subterránea desde el Castillo hasta el río». En la actualidad lo único que se distingue en ese lugar es una masa de vegetación especialmente frondosa. Es posible que allí existiera una captación en mina, con su correspondiente estanque o «espejuelo», que la imaginación popular pudo transformar en fantástico túnel que comunicaba el castillo con el río.

Por todo lo expuesto, nos inclinamos por creer que en Siyâsa el abastecimiento principal se efectuaba mediante el transporte, a cargo de los particulares o de aguadores profesionales, desde las acequias o manantiales ya mencionados o, incluso, desde el propio río[15].

El almacenamiento de agua en las viviendas debió de realizarse en grandes tinajas, ubicadas seguramente en las dependencias más a propósito: las cocinas. En las excavaciones efectuadas en el caserío apenas aparecieron restos significativos de tales recipientes cerámicos, lo que parece normal en éste y en cualquier otro yacimiento que haya sido abandonado sin violencia[16]; no obstante, hay que dejar abierta la posibilidad de que las tinajas fueran trasladadas al nuevo emplazamiento urbano por los repobladores. En el yacimiento de Mértola, contemporáneo de Siyâsa, se hallaron numerosos ejemplares *in situ*; estaban emplazados en unos pequeños espacios individualizados en el interior de las cocinas mediante un tabique[17].

En las casas siyâsíes también existían unos espacios, que hemos dado en llamar tinajeros, que parecen especialmente destinados a albergarlas. Se trata de edículos de reducidas dimensiones, abiertos directamente al patio. Han podido ser identificados en aquellas viviendas que hemos dado en llamar de tipo «complejo», mientras que en las de tipo «elemental» no parece existir un lugar tan específico, debido a los condicionantes impuestos por la escasez de superficie edificable. Se han detectado tinajeros bien individualizados en seis de las viviendas excavadas: las n.º 3, 4, 5, 6, 8 y 12 (fig. 2). También se ha documentado este tipo



Fig. 4.- Siyâsa. Tinajero con pileta perteneciente a la casa nº 2 (primera mitad del siglo XIII).

(15) Lo que demuestra que, a diferencia de Murcia, para la elección del emplazamiento de Siyâsa se tuvieron en cuenta razones primordialmente defensivas.

(16) Son muchas las circunstancias que contribuyen a la pobreza de materiales de este tipo de yacimientos: los que abandonaron las viviendas se debieron de llevar todo lo que les era de utilidad y, muy probablemente, destruyeron lo que no podían acarrear. Los escasos repobladores cristianos se desharían de los restos de enseres que encontraran a su llegada y, finalmente, los vistantes ocasionales debieron de expoliar el caserío a lo largo de siglos, hasta que los edificios se hundieron.

(17) Santiago MACIAS y Cláudio TORRES, «El barrio almohade de la alcazaba de Mértola: El espacio cocina», en J. NAVARRO PALAZÓN, *Casas y Palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona, 1995, pp. 167 y 172, figs. 108 y 109.

de edículos en casas andalusíes de Granada[18] y Saltés[19]; sin embargo, hasta el presente no ha sido posible hacer lo propio en las viviendas excavadas en la ciudad de Murcia. Estos tinajeros nada tienen que ver con los que aparecen en el interior de las cocinas, pues los que ahora comentamos son espacios totalmente independientes, abiertos directamente al patio. Parece que tal protagonismo está justificado por el uso diferente a que estaban destinados, pues todo parece indicar que acogían en su interior a los complejos cerámicos destinados a las abluciones rituales[20].

En la crujía oriental de la casa nº 2 y tras el pórtico Norte del núcleo oriental de la casa nº 5, se encuentran unas estructuras cuya morfología denota un uso claramente vinculado con el agua (fig. 2). Por diversas circunstancias que pasaremos a exponer, parece imposible pensar que pudiera tratarse de aljibes; más bien, debieron de ser tinajeros.

Se trata de espacios aparentemente cerrados por los cuatro lados, en cuyo fondo existe una perforación que vierte en una pileta de obra (figs. 3 y 4). Los muros que los conforman son, desde el punto de vista constructivo, en todo similares a los del resto de la vivienda. Presentan zócalos de mampostería y alzados de tapial de tierra; es decir, no se empleó un mortero hidráulico, ni se utilizó un enlucido aislante, como es norma en aljibes y albercas. Sólo la pileta fue enlucida con un mortero resistente a la acción del agua. Tampoco los ángulos interiores fueron protegidos por las características molduras en forma de media caña que suelen presentar los aljibes. Debemos de tener en cuenta, además de todo lo expuesto, que tales edículos ni siquiera son total o parcialmente subterráneos, por lo cual, si hubieran estado llenos de agua, habrían ocasionado en poco tiempo la ruina de la casa. Es indudable, por otra parte, que la perforación o sumidero y la pileta a la que vierte, delatan claramente un uso hidráulico.

Atendiendo a todas las razones y objeciones expuestas, nos inclinamos por pensar que se trata de espacios destinados a albergar las tinajas que contenían el agua. De esta manera, el líquido derramado o exudado sobre la plataforma podía ser recogido en la pileta y evitar así su pérdida[21]. En la línea de nuestra argumentación, habría que admitir que estas minúsculas dependencias sólo estaban completamente cerradas por tres de sus cuatro lados: en el frontal debió de existir un pretil de poca altura que permitiría acceder a la boca de la tinaja. Debemos de reconocer una evidencia en contra de esta hipótesis: los supuestos pretiles muestran un grosor idéntico a los demás muros cuando lo normal, si estuviéramos en lo cierto, es que se tratara de simples tabiques. Por otra parte, el ejemplar de la casa nº 5 (E) presenta dos particularidades que limitan la verosimilitud de nuestra propuesta (fig. 3):

a) la altura que existe entre el suelo del pórtico y el del edículo en cuestión (unos 50 cm), a la que habría que añadir la altura de la tinaja, hace muy difícil que una persona de mediana estatura pudiera alcanzar con cierta comodidad la boca de la tinaja.

b) la profundidad en planta del edículo que nos ocupa permitiría albergar dos o tres tinajas, pero sería prácticamente imposible servirse de las situadas al fondo, salvo que se penetrara en el interior del espacio en cuestión.

Pese a estas objeciones, creemos que tienen más peso las evidencias en favor de nuestra hipótesis sobre su empleo como tinajeros; esperamos que el avance de la investigación nos permita encontrar una respuesta satisfactoria a los enigmas que persisten.

MURCIA

En la Murcia islámica la problemática en torno a los recursos hídricos fue bien distinta de la de Siyâsa, aun estando ambas ubicadas junto al mismo río. Es, sin duda, la diferente altura a la que se encuentran la que determina unas variantes notables. La ciudad de Murcia, además de estar inmersa en la huerta, apenas se eleva unos metros por encima del cauce, lo que le permitía abastecerse del agua del río a través de las acequias y de un manto freático muy superficial.

En efecto, las acequias mayores no sólo sirvieron para dar servicio a los regadíos, sino que también se construyeron pensando en el abastecimiento urbano; especialmente la del Norte o Aljufía, la más antigua, parece condicionada por esta servidumbre[22]. Tales acequias se sirven de construcciones hidráulicas notables, como la presa de derivación llamada Contraparada o el acueducto de la acequia de Alquibla a su paso por la rambla del Potrox (Alcantarilla).

Las acequias de Aljufía y Caravija, esta última una derivación de la primera, recorrían la ciudad o, para ser más exactos, el arrabal murado de la Arrixaca. El caudal de ambas se ha aprovechado tradicionalmente para el riego de los huertos y jardines colindantes, así como para las tareas domésticas de las casas de la vecindad. La captación era sencilla, se podía realizar manualmente e, incluso, mediante albollones, que estaban sujetos a las ordenanzas pertinentes para evitar abusos[23].

---

(18) Antonio ORIHUELA UZAL, «Los inicios de la arquitectura residencial nazarí», en J. NAVARRO PALAZÓN, *Casas y Palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona, 1995, p. 233.

(19) André BAZZANA, «Urbanismo e hidráulica (urbana y doméstica) en la ciudad almohade de Saltés (Huelva)», en J. NAVARRO PALAZÓN, *Casas y Palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona, 1995, p. 154, fig. 95.

(20) Tales complejos cerámicos estaban compuestos por las tinajas, bellamente decoradas mediante aplicación y estampillado, los reposaderos que las sostenían y los aguamaniles en forma de maqueta arquitectónica, véase J. NAVARRO PALAZÓN y P. JIMÉNEZ CASTILLO, «Piletas de abluciones en el ajuar cerámico andalusí», *Verdolay*, 5 (1993), pp. 171-177; *id.*, «Maquetas arquitectónicas en cerámica y su relación con la arquitectura andalusí», *Casas y palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona, 1995, 287-302.

(21) Según nuestra propuesta, estaríamos ante una estructura que cumpliría idéntica función que los complejos cerámicos destinados a las abluciones rituales. La plataforma con el colector se correspondería con el reposadero cerámico y la pileta de obra con el aguamanil del ajuar cerámico. Véase Julio NAVARRO PALAZÓN y Pedro JIMÉNEZ CASTILLO, «Piletas de abluciones en el ajuar cerámico andalusí», *Verdolay*, 5 (1993), pp. 171-177; *id.*, «Maquetas arquitectónicas en cerámica y su relación con la arquitectura andalusí», *Casas y palacios de Al-Andalus. Siglos XII-XIII*, Barcelona, 1995, 287-302.

(22) Ver Vicente M. ROSSELLÓ VERGER y Gabriel M. CANO GARCÍA, *Evolución urbana de la ciudad de Murcia (831-1973)*, Murcia, 1975, p. 11.

(23) «Por quanto à causa de estar algunos albellones que estan en las acequias desta Ciudad dentro en el agua dellas, toman agua en las dichas acequias continuamente, no pudiendola tomar sino ciertos dias señalados, lo qual es en perjuicio de los otros herederos de abaxo: Ordenamos, y mandamos, que de aqui adelante todos los que tienen los dichos albellones, los tengan de tal manera, que lo mas baxo dellos esta à la flor del agua, de forma que no puedan tomar agua de las dichas acequias sino con parada, los dias

El abastecimiento también se efectuaba directamente a partir del propio río Segura, desde el que se elevaba un flujo continuo mediante grandes norias, como la que está representada en el sello concejil[24]. Una de estas ruedas hidráulicas daba servicio al Alcázar Mayor y aún sobraba agua para que se desviara un «hilo» a la iglesia de Santa María la Mayor, según sabemos por un privilegio de Alfonso X fechado en 1278[25].

En la Murcia musulmana, no obstante, la mayor parte del agua que se consumía cotidianamente para la limpieza de suelos, lavado de prendas de vestir, higiene y funcionamiento de las letrinas e incluso para el riego de los jardincillos con que solían contar todas las casas, procedía de pozos. En efecto, la altura de la capa freática en el subsuelo murciano, permitía un fácil acceso a ella por medio de pozos de escasa profundidad. Por este motivo eran muy abundantes, hecho que han demostrado sobradamente las intervenciones arqueológicas.

Sin duda, el agua para el consumo humano directo no procedía del subsuelo, pues ésta es un agua «dura», de mala calidad, y expuesta a la contaminación de las filtraciones de la red sanitaria. Creemos que, al igual que sucedía en Sevilla, el abastecimiento estaba a cargo de aguadores, que cargaban río arriba, donde el caudal aún no se hallaba polucionado por las cloacas y desagües ciudadanos que a él vertían. Entre la documentación murciana de época bajomedieval y moderna se conservan disposiciones en este sentido, prácticamente idénticas a las que hallamos en el manual de *hisba* de Ibn `Abdûn. Desde época islámica, el encargado de velar por su cumplimiento era el almotacén, cargo que, como es sabido, permaneció en la administración de la ciudad cristiana[26]. Concretamente en Murcia, se disponía que los aguadores tomaran el agua del puente arriba, mientras que las actividades contaminantes sólo podían realizarse del puente abajo y al otro lado del río[27].

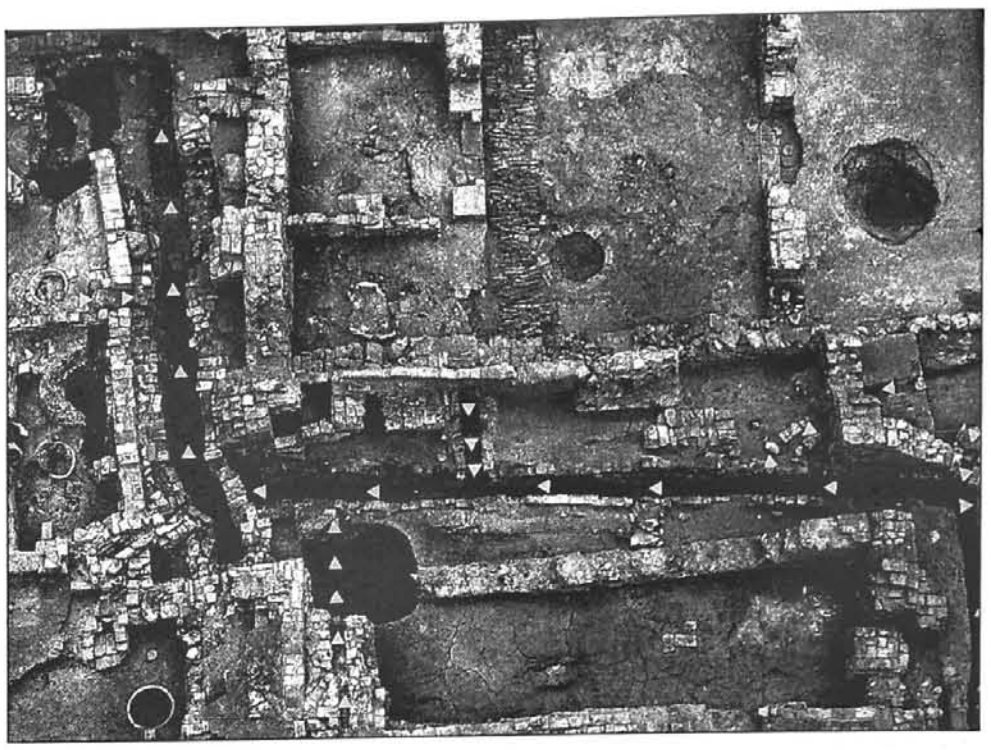


Fig. 5.- Murcia. Restos de diversas casas andalusíes excavadas en un solar de la calle Platería (siglos XII-XIII). En la imagen se puede apreciar una calle de trayectoria quebrada con una atarjea en el centro.

LA INFRAESTRUCTURA SANITARIA

La infraestructura sanitaria urbana constituye un elemento a caballo entre la casa y la calle, entre lo privado y lo público. El sistema nace del interior de la vivienda, arrancando en las letrinas y sumideros de los patios, desde donde las aguas residuales y de lluvia son conducidas, a través de canales subterráneos, a las atarjeas existentes en calles y adarves.

Del dominio privado, la casa, pasa al semiprivado, ya que en el adarve la corresponsabilidad en el mantenimiento del cauce sanitario se reparte entre todos aquellos vecinos que se sirven de él. En caso de reparación o limpieza de esta alcantarilla, se empleaba un curioso sistema de reparto proporcional del gasto que gravaba las propiedades ubicadas al fondo de la callejuela en función de la mayor longitud del tramo de atarjea empleado[28].

La limpieza y mantenimiento de los albañales que corrían por las calles públicas estaba a cargo de todos los usuarios de los adarves que a él vertían; no obstante, si se demostraba que la obturación o rotura había sido ocasionada por una determinada atarjea de adarve, los responsables tenían que correr con los gastos de la reparación. El almotacén era el encargado de controlar que los sanea-

---

que les fuere dada, ò la tuvieren doctadas, sopena de mil maravedis, aplicados conforme la ordenanza, y q(ue) a su costa la Ciudad lo mandarà hazer», *Ordenanzas del Campo y la Huerta de Murcia aprobadas por Carlos II*, Murcia, 1695, ed. facsímil, Murcia, 1981, p. 158. Aunque la referencia es bastante tardía, creemos que no es muy aventurado pensar que también en época musulmana existieron estas captaciones y que estarían sujetas a reglamentación. De hecho, en las excavaciones efectuadas en el monasterio de Santa Clara la Real, sobre el solar que ocuparon sucesivamente dos palacios andalusíes de los siglo XII y XIII, se documentó la existencia de una acequia medieval, que debió de abastecer las residencias áulicas y sus huertos y jardines, y que tomaba su caudal directamente de la acequia de Caravija.

(24) «les damos (...) desde las acennas que son çerca del alcaçar (...) et damosles otrossi, las acennas sobredichas que estan çerca del alcaçar con todo el derecho que an et deuen auer segunt lo ouieron en tiempo de moros, tanbien de la vna parte del rio, como de la otra». Privilegio rodado de Alfonso X estableciendo y dotando al Monasterio de Santa María la Real de Murcia, dado en Burgos, el año 1277. Juan TORRES FONTES, «El monasterio cisterciense de Santa María la Real de Murcia», *Medievo Hispano. Estudios in memoriam del Prof. Dereck W. Lomax*, pp. 369-383.

(25) «... doles un filo del agua que el annora hecha en el mio alcazar de Murcia, et que lo puedan traer dentro a la eglesia sobredicha de Murcia». Juan TORRES FONTES, *Documentos de Alfonso X el Sabio*, Colección de Documentos para la Historia del Reino de Murcia I, Murcia, 1963, p. 100.

(26) *Vid.* Juan TORRES FONTES, «Las ordenaciones del Almotacén Murciano en la primera mitad del siglo XIV», *Miscelánea Medieval Murciana* X (1983), pp. 71-132.

(27) «Ordenamos, y mandamos, que de aqui adelante no se lave ninguna cosa del matadero en el rio desta Ciudad de la puente arriba, sino de la puente abaxo, è de la otra parte del rio, sopena, que la persona que lo contrario hiziere dè quatro reales para el Almotazen, ò Executor que lo executare. Ordenamos, y mandamos, que los aguadores no puedan traer cantaros sin la marca, sopena de cien maravedis para el Almotazen, è les quiebren los cantaros, è no puedan hinchir en el rio, sino fuere de la puente arriba, sopena de cien maravedis.» *Ordenanzas del Campo y la Huerta de Murcia aprobadas por Carlos II*, Murcia, 1695, ed. facsímil, Murcia, 1981, pp. 131 y 132. El emplazamiento de las actividades polucionantes al otro lado del río también tendría como finalidad alejarlas de las tomas de agua urbanas, obviamente situadas en la orilla norte, como la noria que sabemos había junto al alcázar. En época islámica debió de existir una normativa similar que justificaría el establecimiento de las lavanderas en la otra orilla del Segura, como parece desprenderse de un texto transmitido por Ibn al-Jatib que se refiere a la Murcia mardanisí (1147-1172): «Después me dirigí al río, a la Puerta del Puente, para lavarme la ropa que estaba sucia de la cárcel: crucé el río y se la di a una mujer que lavaba la ropa...». Míkel DE EPALZA y María Jesús RUBIERA, «La sofra (sujra) en el Sharq Al-Andalus antes de la conquista catalano-aragonesa», *Sharq Al-Andalus* 3 (1986), p. 35. En época moderna los aguadores también se abastecían directamente de la acequia de Aljufía, como prueba el topónimo de una de las calles que a ella van a dar, sin embargo, dado el silencio que a este respecto guardan los documentos más antiguos, no podemos asegurar que se empleara con ese fin en la Edad Media (Nicolás ORTEGA PAGÁN, *Callejero murciano*, Murcia, 1973, pp. 133-134.

(28) B. SELIM HAKIM, *Arabic-Islamic Cities*, *op. cit.*, p. 50.

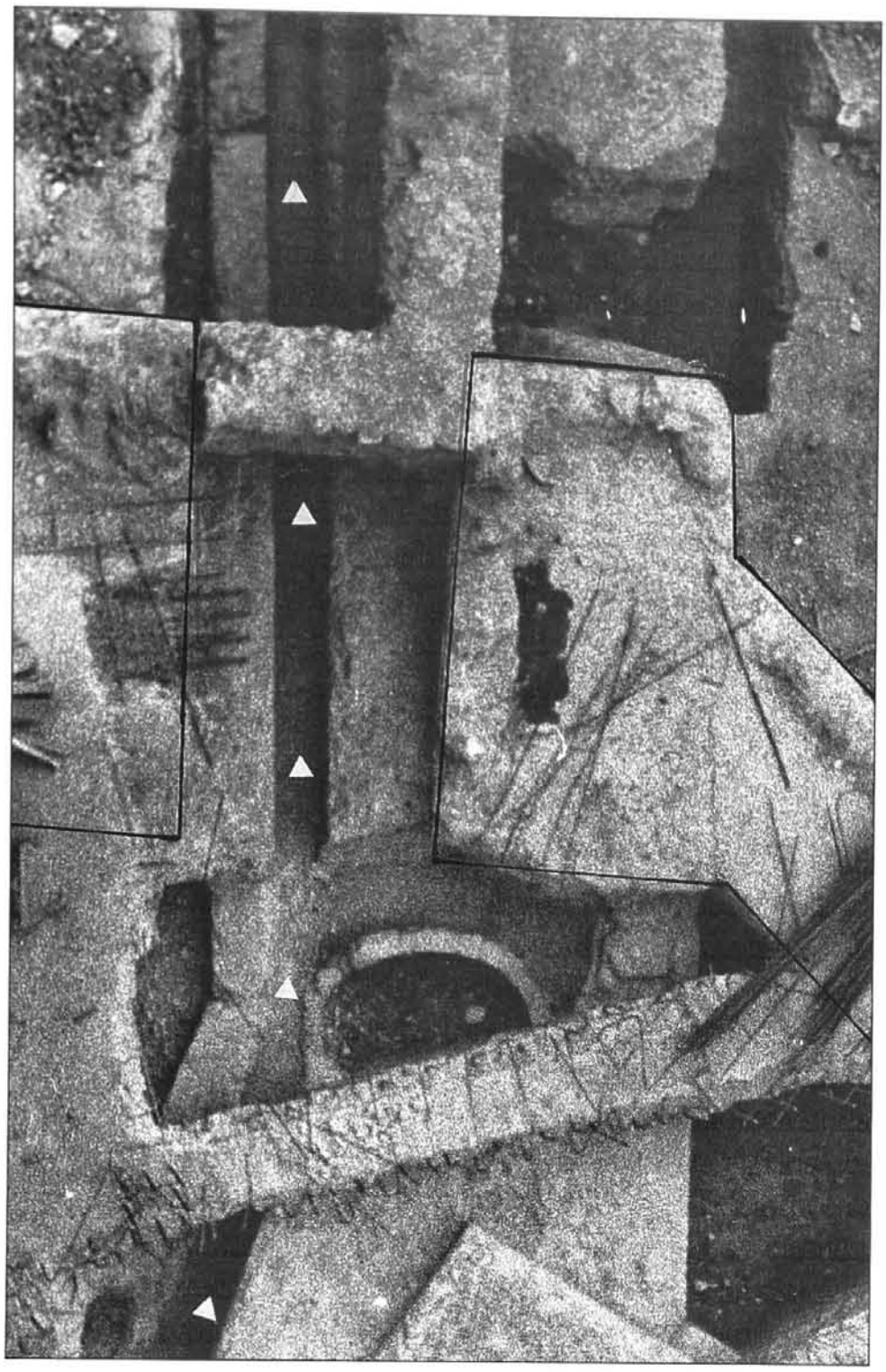


Fig. 6.- Murcia. Restos de un portillo perteneciente al antemuro de las defensas islámicas de Murcia (ss. XII-XIII), descubierto en 1982, en el ángulo Nororiental de la antigua *madîna* (calle Cigarral). En la foto se puede apreciar la presencia de una atarjea franqueando la puerta que posteriormente fue tapiada.

mientos se llevaran a cabo de la manera más adecuada y ocasionando las mínimas molestias a los vecinos[29].

En la jurisprudencia islámica tradicional se establece una clara diferencia entre el agua de lluvia y la residual. Aquella era considerada un bien divino y se procuraba su intenso aprovechamiento en aquellos lugares en que los recursos hídricos son escasos, para lo cual era necesario evitar que se mezclara durante el proceso de drenaje con la sucia. Cuando no era captada para el consumo humano, el agua de lluvia podía verterse directamente a la vía pública, siempre y cuando no supusiera un peligro para los muros de las viviendas vecinas[30].

Las aguas residuales podían proceder de cualquier tipo de actividad doméstica, artesanal, o bien tratarse de detritos humanos. En las ciudades islámicas, como norma, no se permitía que tales vertidos fueran a parar a la vía pública, sino que era obligatorio su encauzamiento y evacuación. Del cumplimiento de todo ello se encargaba, como ya dijimos antes, el almotacén. El tratado de *hisba* de Ibn `Abdûn revela que excepcionalmente era permisible un mínimo vertido de aguas sucias a la calle ¿dónde pues estaba el límite?, en que se ocasionara molestias públicas en beneficio particular: «Si en algún sitio hubiese muchos desagües de agua sucia, se obligará al propietario a construir y mantener en buen uso una alcantarilla. Deberá prohibirse que quien tenga un desagüe de agua sucia lo deje correr en verano por las calzadas. Cualquier molestia para el público, sea antigua o reciente, habrá de ser suprimida». Por supuesto, estaba absolutamente prohibido el vertido de aguas fecales a la vía pública. Estas debían desalojarse mediante cloacas o pozos negros.

Se podía dar el caso de que alguna atarjea pasara bajo un inmueble vecino, perteneciente a un propietario distinto, aunque para ello se debía de contar con el consentimiento expreso del dueño de la vivienda afectada[31]. La infraestructura sanitaria podía llegar a constituir una servidumbre cuando venía estando en uso desde antiguo[32]; por tanto, cuando una casa se traspasaba era necesario advertir la presencia de una cloaca ajena bajo el subsuelo, caso de que la hubiere, pues de otra manera se podría reclamar la venta[33].

MURCIA

Las casas andalusíes exhumadas en Murcia han permitido documentar el interés de sus moradores por disponer de un adecuado sistema que permitiera evacuar eficazmente las aguas residuales. Para ello disponían de una red de atarjeas comunicada con las letrinas y los sumideros de cada patio (fig. 5). Dichas alcantarillas domésticas eran los capilares de una trama arborescente que culminaba en albollones de mayor tamaño que evacuaban los residuos urbanos fuera de la ciudad[34], al río normalmente o al foso de la muralla[35] (figs. 6, 7 y 8).

Las aguas pluviales no parecen debieron de aprovecharse en las viviendas murcianas puesto que no se ha do-

---

(29) Según explica Ibn `Abd Al-Ra`ûf en su tratado de *hisba*: «on doit recommander à celui qui a creusé un égout et qui a fait sortir ce qui s'y trouvait de transporter ces matières hors de la ville, d'égaliser l'endroit où a été creusé l'égout, de niveler la rue, de la nettoyer des saletés afin que le passant n'en soit pas incommodé». En Rachel ARIÉ. «Traités de *hisba* d'Ibn `Abd Al-Ra`ûf et de `Umar Al-Garsîfî». *Hespéris-Tamuda*, vol. I, 1960, fasc. 1, 2 y 3, p. 361.

(30) Robert BRUNSCHVIG. «Urbanisme médieval et droit musulman». *Revue des Études Islamiques*, XV (1947), pp. 144-145.

(31) Incluso si un individuo deseaba construir una cloaca que vertiera en una alcantarilla comunal, por ejemplo la de un adarve, y ésta pasaba bajo la vivienda de un propietario, era necesario el permiso del afectado. Según Ibn al-Rami, en B. SELIM HAKIM. *Arabic-Islamic Cities*, *op. cit.*, p. 49.

(32) B. SELIM HAKIM. *Arabic-Islamic Cities*, *op. cit.*, p. 50.

(33) R. BRUNSCHVIG. «Urbanisme médieval...», art. cit., p. 145.

(34) Este sistema debió de ser común a la mayor parte de las ciudades andalusíes de entidad.Así lo viene confirmando, poco a poco, la investigación arqueológica. Ejemplos de ello son Saltés y Lérida. Véase A. BAZZANA, «Urbanismo e hidráulica... «, art. cit., p. 150; A. LORIENTE PÉREZ, «Restos de viviendas hispano-musulmanas en la ciudad de Lérida». *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la Arqueología*. Granada, 1990, p. 170.

(35) Una vez que el sistema defensivo de la ciudad dejó de tener razón de ser, sobre todo a partir del siglo XVI, las murallas comienzan a ser demolidas y el foso es cubierto, manteniéndose como cloca mayor de la ciudad. Al foso cubierto se le ha conocido tradicionalmente como «Val de la Lluvia». Algunos de sus tramos, como el llamado Val de San Juan, debieron de arrojar sus aguas al cauce del Segura, sin embargo, la cloaca principal, que corría frente a la muralla desde la Puerta del Zoco hasta el muro que cerraba el arrabal del Arrixaca por el Este, debió de verter en el Azarbe Mayor. Para ello se dirigía hacia el Norte, frente al tramo oriental de la muralla del arrabal, por la actual calle San Ignacio de Loyola, y desembocaba finalmente al comienzo del Azarbe Mayor, en lo que hoy es barrio de Vista Alegre.



Fig. 7.- Murcia. Tramo de la muralla islámica excavado en el antiguo convento de Verónicas (siglos XII-XIII). Obsérvese la atarjea que atraviesa la muralla (izda.) y la antemuralla (dcha.) para evacuar en el exterior del recinto.

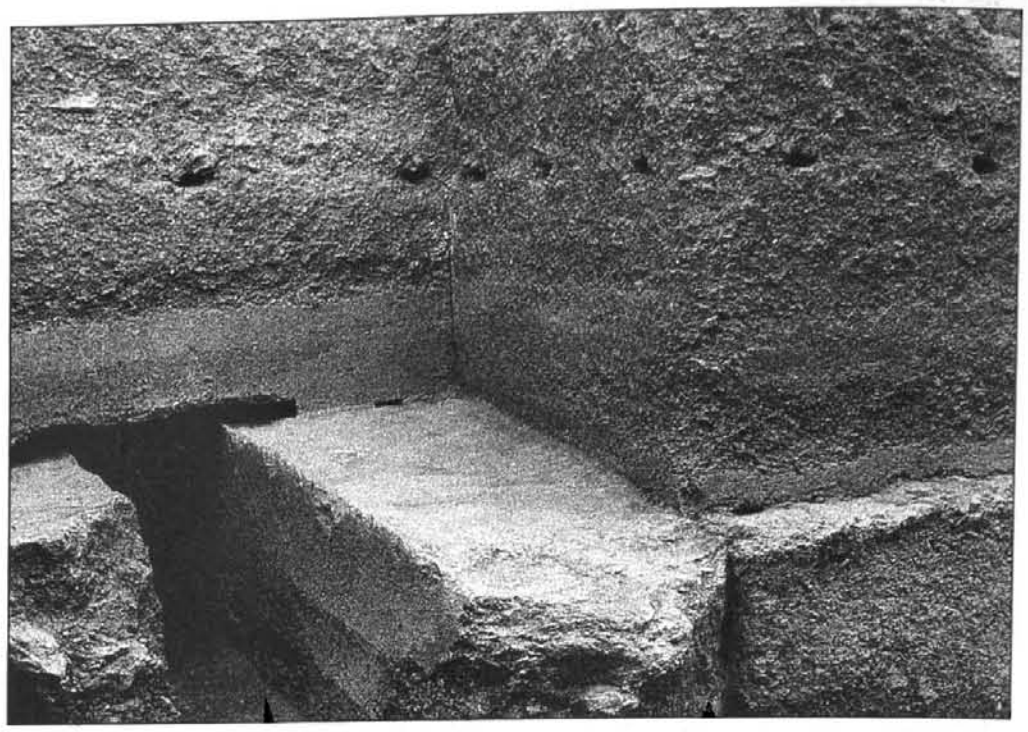


Fig. 8.- Murcia. Tramo de la muralla islámica excavado en la plaza de Romea (siglos XII-XIII). Detalle de una atarjea que, procedente del interior de la antigua *madîna*, atraviesa la muralla para evacuar en el foso.

cumentado la existencia de aljibes ni de cualquier otra infraestructura que permita pensar en su almacenamiento. Por el contrario, se ha podido comprobar que las casas contaban con sumideros en los patios comunicados con pequeñas atarjeas que la vertían, en primer lugar, a las cloacas vecinales de los adarves, posteriormente evacuaban en las alcantarillas que corrían por el subsuelo de las calles públicas, y por último vertían en los ya mencionados albollones mayores(36).

Esa misma red de alcantarillado se utilizaba para evacuar las aguas fecales. De hecho, siempre que era posible en la vivienda andalusí se conducía la atarjea del patio hacia la letrina, de manera que se aprovecharan los aportes pluviales para el arrastre y limpieza de la infraestructura sanitaria (fig. 9). Los retretes solían estar emplazados en uno de los ángulos del patio, limitados por una de las paredes medianeras de la casa, de manera que existiera el menor recorrido posible entre la letrina y la cloaca del adarve o la calle pública a la que vertía.

El arrastre de los residuos fecales de las letrinas se hacía cotidianamente con agua extraída de pozos. En efecto, en casi todas las viviendas islámicas documentadas en Murcia se ha detectado la existencia de algún pozo, normalmente ubicado en las proximidades de las letrinas (fig. 9). La abundancia de agua facilitaba el arrastre y desalojo de los detritos sólidos.

La red de alcantarillado que recorría las calles de la Murcia musulmana se encuentra aún mal documentada desde el punto de vista arqueológico. Ello se debe a que son excepcionales las excavaciones realizadas en las vías públicas actuales, por lo que sólo las calles medievales asimiladas al parcelario tras la conquista, han podido ser estudiadas arqueológicamente. Este hecho explica que desconozcamos casi todo lo referido a las antiguas arterias principales(37). En cualquier caso, podemos afirmar que la mayoría de las calles exhumadas disponían de cloacas que las recorrían longitudinalmente, a las cuales vertían las alcantarillas domésticas (fig. 9). Tales atarjeas públicas estaban fabricadas con ladrillo, mampostería o, más comúnmente, encofradas a base de mortero de cal, y se hallaban cubiertas por ladrillos o lajas de pizarra, que facilitaban su apertura periódica, con el fin de sanearlas.

La jerarquización de la red de alcantarillado se reflejaba en el tamaño y profundidad de las atarjeas. Las domésticas eran, lógicamente, las más estrechas y menos profundas; la capacidad iba aumentando progresivamente en las cloacas de los adarves y de las calles públicas para alcanzar su máximo tamaño en las colas del sistema. Su co-

(36) La muralla urbana se veía frecuentemente atravesada en cimentación por estos albollones e incluso por atarjeas de dimensiones relativamente reducidas, tal y como han puesto de manifiesto diversas excavaciones arqueológicas. Al igual que sucedía a nivel doméstico, siempre que era posible se conducía la cloaca a través de las puertas de la ciudad, de esta manera se evitaba debilitar las defensas y resultaba más fácil la apertura de la alcantarilla cuando fuera necesario sanearla. Prueba de ello es la atarjea que corría bajo el suelo del portillo del Cigarral (fig. 6), según evidenció una intervención arqueológica. En las excavaciones efectuadas en el solar del antiguo convento de Verónicas y en el que está situado al otro lado de la calle Arco de Verónicas, se documentaron varias cloacas de grandes dimensiones (fig. 7); tal abundancia se explica, con toda probabilidad, por la proximidad del río en este sector. Igualmente, en el tramo de muralla correspondiente a la actual plaza de Romea se exhumaron dos de estas cloacas (fig. 8), la más occidental parece proceder de la actual calle Alfaro, por lo que cabe suponer que se trata de la alcantarilla que recorría el centro de dicha calle en la Edad Media. Todas las colas mencionadas tienen mucho en común: en primer lugar se trata de infraestructuras de dimensiones muy parejas: aproximadamente medio metro de anchura por sesenta o setenta centímetros de altura, mayores no podían ser por razones obvias de defensa. Además todas ellas fueron fabricadas a la vez que la muralla; es decir, no se trata de perforaciones talladas en el muro después de que éste se construyera, sino que estaban previstas y se reservaron en el encofrado. Esto significa, indudablemente, que se trata de instalaciones colectivas de fabricación pública.

(37) En efecto, el conocimiento progresivo del urbanismo de la Murcia andalusí nos está permitiendo evaluar los múltiples cambios y transformaciones a que dio lugar la conquista castellana. Durante la segunda mitad del siglo XIII la población autóctona fue sustituida con rapidez por otra cuyos usos, costumbres y necesidades eran muy diferentes, lo que dio lugar a un proceso de transformación profunda de la ciudad. La documentación cristiana de todas las épocas refleja de manera prolija los esfuerzos de los poderes públicos, estatales y locales, por transformar la antigua *madîna* en una villa ajustada a las nuevas necesidades. Las disposiciones se encaminaron a ensanchar las calles, a la eliminación de los adarves, al derribo de saledizos y ajimeces, a la apertura de nuevas plazas, etc. Pero el principal motor de la transformación no ha dejado huellas en los documentos y sólo puede ser estudiado mediante la arqueología: se trata de los cambios profundos ejercidos por los ciudadanos particulares en sus propias viviendas, que dieron como resultado la reorganización del parcelario y, en consecuencia, del callejero.

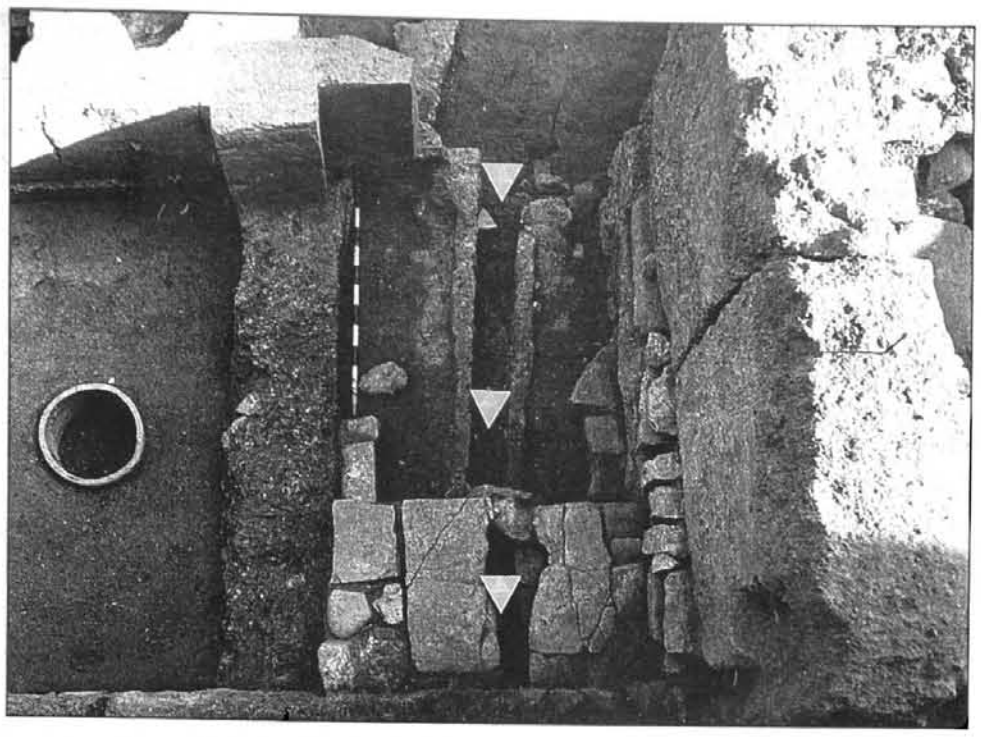


Fig. 9.- Murcia. Letrina perteneciente a una casa andalusí excavada en un solar de la plaza Belluga (siglos XI-XII).

rrecto funcionamiento demandaba, obviamente, que la profundidad también fuera aumentando paulatinamente, para lo cual se rebajaba el suelo del canal sin alterar la cota de su boca; así se conseguía pendiente sin necesidad de soterrar la cloaca, lo que hubiera dificultado su apertura a la hora de limpiarla[38]. Este sistema permitía ganar cierta profundidad en la mayoría de los casos, pero no solucionaba las necesidades de los albollones principales y colas, que exigían una pendiente más acusada. Por este motivo se hacía necesario enterrar las atarjeas, alejándolas progresivamente del suelo de la calle; lo que suponía, inevitablemente, grandes remociones de tierra cuando había que sanear la alcantarilla.

Recientemente hemos tenido la oportunidad insólita de excavar un tramo de la que fue arteria principal de la ciudad musulmana, que cruzaba la ciudad de Este a Oeste enlazando dos de las puertas principales[39]. El tramo excavado se halla precisamente, en las proximidades del alcázar y mezquita mayor, en un sector en el que la calle se encontraba especialmente próxima a la muralla. En este punto efectuaba un quiebro de orientación Norte-Sur, ajeno a la dirección general de la calle que, como ya hemos dicho, es Este-Oeste. Ese cambio de rumbo de la antigua vía pública, y por tanto de la atarjea, facilitaba la salida de las aguas al río, mediante la prolongación de la cola de la cloaca en sentido meridional, atravesando la muralla, en perpendicular al trazado de la calle principal. En ese lugar desaguaba en ella la atarjea del tramo de calle que continuaba hacia el Este, cruzando todo lo que hoy es plaza de Belluga, como pudimos comprobar durante la excavación (fig. 10).

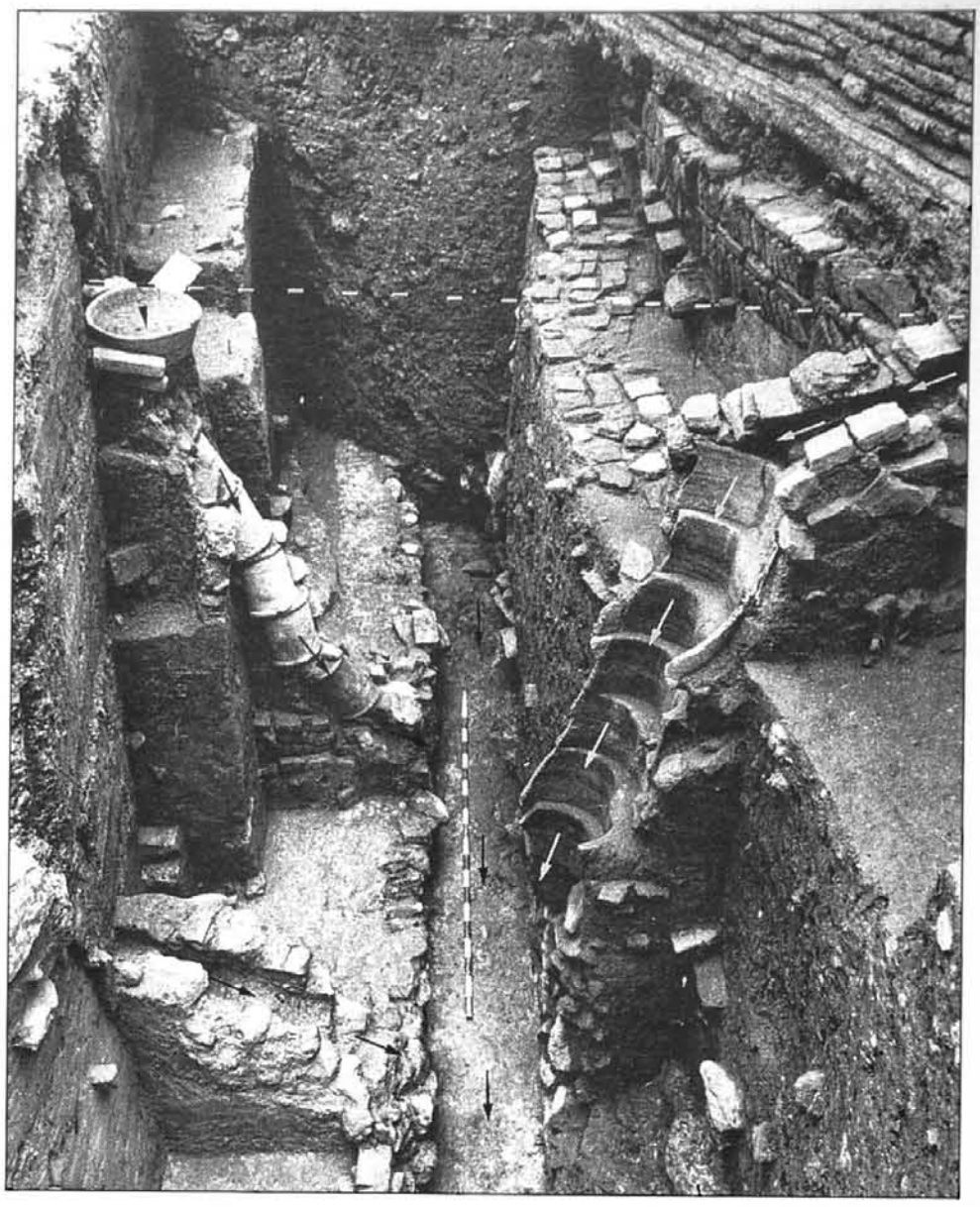


Fig. 10.- Murcia. Vista parcial de las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en la plaza de Belluga, en donde se puso al descubierto un tramo de la arteria principal de la ciudad islámica con toda su infraestructura sanitaria. La línea horizontal discontinua señala el nivel del suelo en el siglo XIII.

Dado que se trataba de una de las colas del sistema de alcantarillado urbano, la cloaca se encontraba ya a gran profundidad, más de dos metros, con respecto a la cota del suelo del siglo XIII (fig. 10). Por esa razón, las viviendas colindantes necesitaban de profundos sumideros fabricados mediante anillos cerámicos[40], que descendían en vertical hasta desaguar en la alcantarilla principal. Dichos escurrideros arrancaban de unos colectores, a los que vertían las cloacas domésticas, que eran alcadafes troncocónicos desfondados[41]. Debían de estar destinados a facilitar la apertura y saneamiento de los sumideros, y en algunos casos pudieron servir como pocetas de decantación. La atarjea principal corría por el centro de la calle; estaba fabricada con cal y pie-

(38) Obviamente, todos estos condicionantes son propios de una ciudad como Murcia, emplazada en un llano, cuyas máximas diferencias de altura no llegan a los 5 m. Si la población hubiera estado ubicada en altura se habría aprovechado, lógicamente, el desnivel natural. Véase el plano publicado por V. M. ROSSELLÓ y G. M. CANO, *Evolución urbana de Murcia*, *op. cit.*, fig. 5.

(39) Se trata de un solar de propiedad municipal emplazado en el flanco occidental de la Plaza de Belluga, en el que está previsto se construya un edificio que permita la ampliación de las vecinas dependencias concejiles. El proyecto contempla la edificación de un patio inglés fuera de los actuales límites del solar, invadiendo la plaza. Por este motivo ha sido necesario excavar en su integridad todo el solar y la zona de vía pública que será afectada por la construcción del mencionado patio. Ha sido en este lugar donde hemos localizado un tramo de la antigua calle islámica, cuyo trazado desapareció en el siglo XVIII al crearse la plaza de Belluga, destinada a realzar la fachada barroca de la catedral y el inmediato palacio episcopal. El eje viario coincidía con las actuales calles Mariano Vergara, S. Antonio, Frenería y S. Pedro. A la altura de esta última se bifurcaba en dos ramales: uno hacia el oeste y otro hacia el norte. El primero se prolongaba por la calle del Pilar y atravesaba la puerta de Vidrieros; el segundo estaba conformado por la actual calle S. Nicolás, al final de la cual abandonaba la *madîna* a través de la puerta del Zoco y atravesaba el arrabal por Mariano Girada, antigua calle Cadenas, hasta desembocar en la llamada Puerta de Molina. Véase J. NAVARRO PALAZÓN, «Murcia en el s. XIII. Plano Arqueológico», en J. GARCÍA ANTÓN, *Las murallas medievales de Murcia*, Murcia, 1993.

(40) Se empleaban tanto anillos de pozo como tubos cerámicos; ambos se distinguen con nitidez en la figura 10, en donde los primeros (a la derecha de la foto) aparecen fragmentados.

(41) Tales alcadafes presentan a menudo algún tipo de decoración, por lo que cabe pensar que en muchos casos se trata de piezas reutilizadas, que no fueron fabricadas *ex profeso* para tal función. Véase uno de estos ejemplares en el ángulo superior izquierdo de la figura 10.

dra, y cerrada por lajas de este último material. Tenía unas dimensiones de 50 x 50 cm, aproximadamente, aunque en el tramo más meridional la profundidad alcanzaba los 65 cm. La excavación probó que dicha alcantarilla y las estructuras sanitarias asociadas se mantuvieron en uso, al menos, hasta el siglo XIII, lo que demuestra que parte de la red sanitaria principal se colapsó tras los importantes cambios sociales que tuvieron lugar después de la conquista cristiana. La estratigrafía estaba completamente alterada a todo lo largo de la atarjea, apreciándose en sección la existencia de una profunda zanja que demuestra los esfuerzos que se requerían cada vez que se saneaba la conducción(42).

Tras la conquista castellana la infraestructura sanitaria de Murcia fue paulatinamente abandonada. No obstante, debió de conservarse un red de alcantarillado elemental, al menos en las arterias principales, imprescindible en una zona de lluvias torrenciales. Así, los datos arqueológicos muestran que el albañal de Verónicas siguió siendo utilizado, e incluso fue objeto de una reconstrucción importante, en época bajomedieval (fig. 7). De la voluntad por mantener la red de alcantarillado islámica dan fe las disposiciones recogidas en las ordenanzas del almotacén de comienzos del siglo XIV. En ellas se especifica, igualmente, que los trabajos de limpieza y reparación de un determinado albollón deben de ser sufragados equitativamente por todos los vecinos que de él se sirven(43), tal y como lo prescribe también la jurisprudencia islámica(44).

Conforme la infraestructura sanitaria de época andalusí cayó en abandono se hizo necesario construir pozos negros para servicio de las letrinas, mientras que el agua de lluvia iba a parar en muchos casos directamente a la superficie de la calle. Sólo las vías principales debieron de contar con alcantarillado en uso. El vertido de las aguas pluviales a la vía pública estaba permitido, si bien las ordenanzas mandaban que se vigilara que por tales conductos no se arrojaran aguas fecales(45). En efecto, desde el siglo XVII el sistema de alcantarillado islámico debía de estar en buena parte colapsado, por lo que mayoritariamente se empleaban los pozos negros para ese fin(46).

(42) La profunda ubicación de la alcantarilla condicionaba la construcción de los edificios que daban a esa calle, de manera que los muros exteriores contaban con una cimentación especialmente honda, con el fin de contrarrestar la inestabilidad que se derivaba de la presencia de la infraestructura y, sobre todo, de las periódicas excavaciones que era necesario hacer para sanearla.

(43) «El almotaçen faga escurar et tener adobadas et con derechos los albollones en todos los lugares que fuere menester et le fuere requerido por los vezinos, en guisa que non venga ende daño a los vezinos nin a la çibdat. En los albollones que son madres ayuden et paguen a escurar et adobar aquellos los albollones menores que son fijuelas et vienen y. Et todas las cosas que y enbian las aguas segun que cada unos an quantia de casas et y enbian agua a conosçencia et tassaçion de dos o de tres omnes buenos que y sean puestos por el almotaçen; en esta misma manera se faga de las fijuelas menores, que lo fagan et lo paguen los que y enbiaren las aguas como sobredicho es». *vid.* J. TORRES FONTES, «Las ordenaciones del Almotacén Murciano en la primera mitad del siglo XIV», *Miscelánea Medieval Murciana*, X (1983), p. 91.

(44) B. SELIM HAKIM, *Arabic-Islamic Cities*, *op. cit.*, pp. 48-54.

(45) «Ordenamos, y mandamos, que ningun vezino desta Ciudad que tiene en su casa caño de agua que sale à la calle, no sea osado de echar por el dicho caño otra agua alguna de inmundicias sino fuere la agua de la lluvia, sopena de seiscientos maravedis, repartidos conforme è la ordenanza». *Ordenanzas del Campo y la Huerta de Murcia aprobadas por Carlos II*, Murcia, 1695, ed. facsímil, Murcia, 1981, p. 131.

(46) La operatividad y calidad sanitaria de la red de alcantarillado de la Murcia islámica, perdida tras la conquista cristiana del siglo XIII, sólo se recuperó a fines de los años veinte del presente siglo, con el plan Lluch de reforma urbana. Véase, V. M. ROSSELLÓ y G. M. CANO, *Evolución urbana de Murcia*, *op. cit.*, pp. 143 y 150.

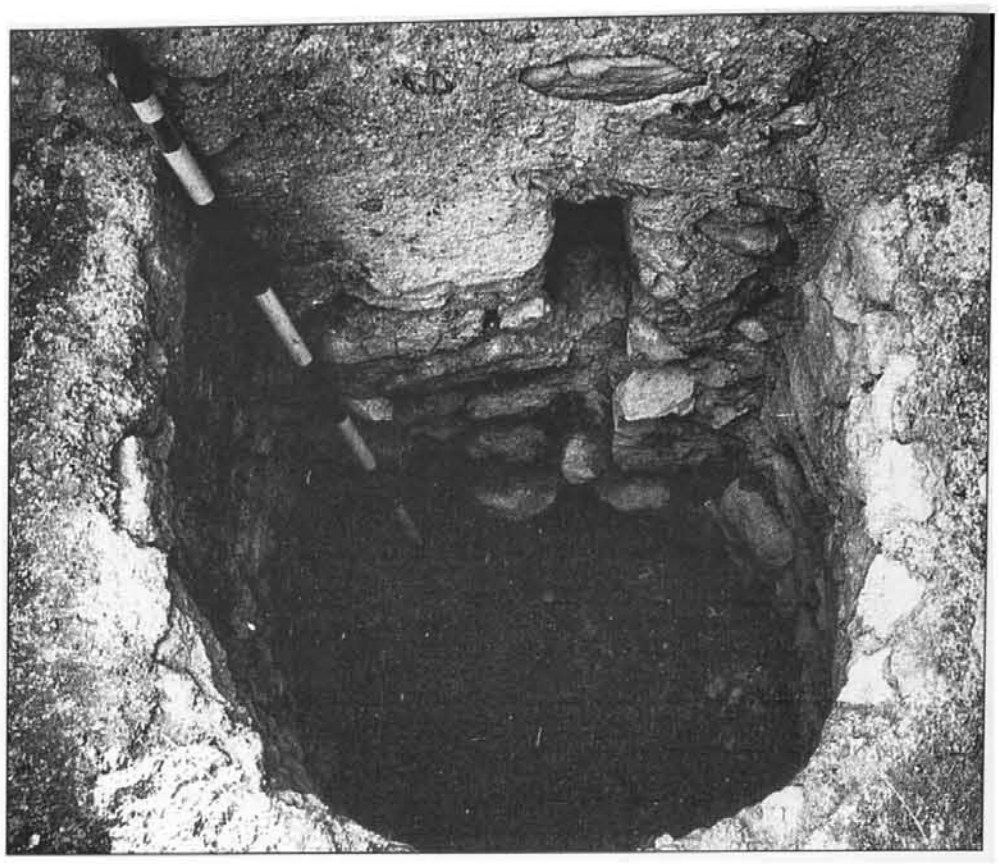


Fig. 11.- Siyâsa. Pozo negro perteneciente al núcleo occidental de la casa nº 5 (primera mitad del siglo XIII).

SIYÂSA

Los pobladores de Siyâsa se adaptaron de manera ejemplar a las circunstancias topográficas particulares de su emplazamiento que determinaron unos sistemas sanitarios bien diferentes de los murcianos. El principal condicionante a que debieron de someterse es la imposibilidad de acceder directamente al agua, como prueba la ausencia de pozos(47). La escasez del preciado líquido imposibilitaba el arrastre y por tanto el adecuado funcionamiento de un alcantarillado como el de Murcia. Por ello, la red de cloacas se reservó para las aguas pluviales, mientras que las fecales se desalojaban de manera independiente, arrojándolas a pozos negros o directamente al cantil.

Todas las casas excavadas en Siyâsa, desde las que apenas alcanzan los 30 m.^{2} hasta las que rebasan los 200 m.^{2} de extensión, contaban con letrina (fig. 2). Sólo en las casas nº 16 y 18 hemos sido incapaces de identificarla por diferentes razones, aunque estamos convencidos de que también disponían de letrina(48). Creemos, por tanto, poder afirmar que la constante presencia de este servicio es un testimonio inequívoco del marcado carácter urbano de Siyâsa.

La letrina suele situarse en el interior de una de las cuatro crujías que constituyen el núcleo principal de la casa. Habitualmente se abre a uno de los ángulos del patio, contando también como tal al pórtico. El ingreso se dispone normalmente en codo, de manera que el interior del edí-

(47) Como consecuencia de ello, las áreas ajardinadas en el interior de las viviendas siyâsíes son excepcionales: mientras que en Murcia casi todas las casas andalusíes excavadas contaban con arriate, en Siyâsa sólo dos de las dieciocho documentadas disponían de tal elemento.

(48) Creemos que la casa nº 18 compartía la letrina con la nº 9; esta hipótesis se fundamenta arqueológicamente en el origen común de ambas casas como una sola propiedad y en la existencia de un vano tapiado en el muro que separa la crujía Oeste de la casa que nos ocupa y el zaguán de la nº 9. Una relación tan estrecha sólo sería posible si ambas viviendas estuvieran habitadas por miembros muy próximos de una misma familia. Ignoramos dónde pudo estar ubicada la letrina de la casa nº 16, de la que no hemos hallado evidencia alguna; no podemos, sin embargo, descartar su existencia, puesto que cabe la posibilidad de que estuviera situada en planta alta. La respuesta definitiva depende de una exploración a fondo del tramo de calle situado frente a la casa, que permitirá determinar la presencia o ausencia del imprescindible pozo negro.

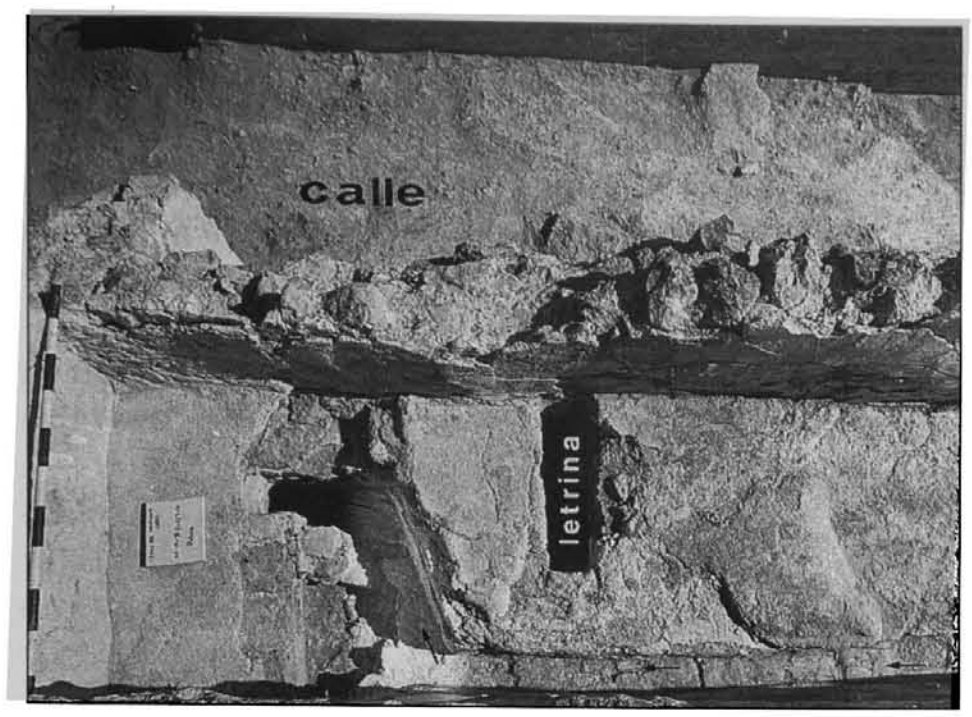


Fig. 12.- Siyâsa. Letrina perteneciente a la casa nº 7 (primera mitad del siglo XIII). Obsérvese cómo la canalización descubierta que recorre todo el edículo, destinada a evacuar aguas pluviales, desagua por una abertura diferente a la de la letrina. Al fondo, la calle en donde se encuentra el pozo negro.

culo no sea visible desde el patio (casas nº 1, 2, 4, 7 y 10). En otras ocasiones la letrina se abre sencillamente al zaguán, como ocurre en las casas nº 9, 12 y 15. Aquellas viviendas con mayores problemas de espacio se ven obligadas a prescindir de los accesos acodados y han de abrir la letrina directamente al patio (casas nº 13, 14). Finalmente, la solución extrema es la construcción de la letrina invadiendo la superficie del patio, normalmente bajo la bóveda de la escalera con el fin de optimizar el aprovechamiento espacial (casas nº 11 y 17).

En todas las viviendas en que, por su situación, es posible emplazar la letrina junto al cantil, de manera que vierta directamente al vacío, se optaba por hacerlo así. Parece posible afirmar, por tanto, que dicha solución es la predilecta. Sólo un reducido número de casas disfrutaban de una ubicación adecuada para adoptar este sistema: las viviendas nº 1, 2, 4, 6 y, el núcleo oriental de la nº 5.

Cuando no era posible dicho emplazamiento las letrinas vertían a un pozo negro, construido especialmente para tal fin, que en ningún caso recogía otras aguas que las fecales (fig. 11). En determinadas ocasiones, un mismo pozo puede ser compartido por dos viviendas, como ocurre con las casas 12 y 14[49]. El principal inconveniente de los pozos negros es la necesidad de vaciarlos periódicamente, con las grandes molestias que de ello se derivan. Por tanto siempre se intentaba situarlos en los lugares más aislados de la casa como:

1.- Calles y adarves. Probablemente ésta era la solución más extendida en el conjunto del caserío; por ella optaron las casas nº 5 (W), 7, ¿8?, 12, 14, 15 y 17.

2.- Una habitación exclusivamente destinada a este fin. Así sucede en las casas nº 9[50] y 10.

(49) Lo mismo sucede con dos propiedades que quedan fuera de la zona excavada pero cuyo pozo negro sí fue explorado arqueológicamente. Este último está situado en la vía pública que cierra la manzana por el Suroeste, en el flanco Occidental de la calle.

(50) El apéndice abierto al zaguán en el que se sitúa el pozo negro está muy erosionado y por tal razón no queda resto alguno de la letrina propiamente dicha. Es probable que ésta se situara directamente sobre el pozo negro o que estuviera algo más desplazada hacia la puerta de entrada. Lo que parece indudable es que la limpieza del pozo se efectuaría directamente desde la calle, a través de un estrecho vano abierto en el muro que comunica la infraestrcutura con la vía públca. Tal disposición es posible gracias al fuerte desnivel de la calle en este tramo.



Fig. 13.- Siyâsa. Casa nº 12 (primera mitad del siglo XIII). En el ángulo superior derecho del patio, frente al pasillo de ingreso desde el exterior, se localiza el sumidero destinado a evacuar las aguas pluviales.

3.- El establo. Tal y como se hizo en las casas nº 11 y 13. También la casa nº 3 parece haber tenido el pozo en el establo[51].

4.- El interior de la casa. Solución adoptada en el núcleo central de la casa nº 5. Tal emplazamiento es francamente excepcional y sólo se explica porque la única calle que linda con la casa se encuentra a una cota muy elevada. Además, la crujía Norte está ocupada por la dependencia más noble de la casa, el salón, cuya simetría se ha-

(51) En esta casa no hemos encontrado evidencias incuestionables acerca del emplazamiento de la letrina ni del pozo negro; no obstante, parece seguro que ésta debió hallarse en la crujía sur, puesto que sabemos que todo el espacio correspondiente al establo, que constituía un sótano, tenía encima dependencias abiertas al patio. Siguiendo esta hipótesis, concentramos nuestra búsqueda en esa zona, pudiendo apreciar la existencia de una particularidad notoria en el ángulo NE del establo: la pared que limita el extremo oriental del espacio más estrecho no es recta, sino que tiene forma absidal, de planta casi semicircular, mientras que su cubierta, aunque incompleta, está realizada mediante una bóveda. Este tipo de cerramiento es totalmente excepcional en el caserío y creemos que la sustitución de los característicos rollizos de madera por la obra de mampostería se debe a la necesidad de evitar aquellos elementos que se pudrirían rápidamente con la humedad propia de la infraestructura. Por este motivo y porque, además, en el suelo rocoso de esta zona la tierra conserva restos de materia orgánica, pensamos que, probablemente, nos hallamos ante una infraestructura relacionada con la letrina. Según esta hipótesis, la letrina debió de estar emplazada en ese punto, sobre la falsa bóveda. El acceso sería acodado y se efectuaría desde el patio, a través de un vano situado en el centro del muro que cierra el patio por el Sur, donde se halló un escalón destinado sin duda a facilitar el ingreso a las dependencias situadas sobre el establo. Dicho vano daría paso a un angosto corredor, limitado a occidente por el vuelo de la escalera, que comunicaría por oriente con la letrina y por el Sur con otra estancia, situada sobre el espacio más meridional de los dos en que se divide esa crujía.

bría visto alterada por la intrusión de la letrina en dicha crujía[52].

Esas infraestructuras eran saneadas, llegado el caso, por los propios usuarios, o bien por los poceros, oficio bien atestiguado por las fuentes documentales, al menos en lo que se refiere a las grandes ciudades. Su trabajo estaba vigilado por el almotacén, que prescribía el uso de contenedores adecuados con el fin de no manchar las calles y regulaba que se vertieran los residuos en lugares apropiados, preferentemente huertos o jardines, puesto que la inmundicia era un abono muy apreciado[53].

A diferencia de lo que ocurría en Murcia, las aguas pluviales contaban con un sistema de drenaje independiente e incomunicado de las fosas sépticas. De esta manera se impedía que los pozos rebosaran en caso de precipitaciones copiosas. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en la casa nº 7, donde el canal de aguas pluviales circula junto al arranque de la letrina evitándola (fig. 12). No obstante, en aquellos casos en que retrete y alcantarilla vertían al barranco es habitual que, al igual que sucedía en Murcia, se hiciera coincidir el tramo final de la atarjea con el canal de la letrina para que el agua evacuada se aprovechara, en última instancia, para la limpieza de los residuos fecales.

Las aguas de lluvia se recogían, lógicamente, en los patios de las casas, vertidas por los tejados[54]. Los patios disponían de sumideros, normalmente ubicados en un ángulo y siempre en la cota más baja (fig. 13); si la casa contaba con arriate y en consecuencia con un canalillo perimetral para evitar la inundación del jardincillo, el imbornal se emplazaba en uno de sus ángulos, como sucede en la casa nº 9 (fig. 2). A partir de ahí el agua se evacuaba por medio de canalillos cortos y poco profundos a cielo abierto o, más comúnmente, mediante conducciones subterráneas que, con frecuencia, atravesaban el inmueble vecino constituyendo servidumbre[55].

Para desalojar el agua recogida en las terrazas[56] se empleaban bajantes, fabricadas mediante tubos cerámicos, que corrían por el interior de algunos muros, tal y como se ha documentado en las casas nº 13, 16 y 17[57].

Cuando la ubicación de la vivienda lo permitía el agua se evacuaba directamente al cantil; así ocurre en las casas nº 5 (E), 6, 1 y debió de suceder también en la nº 2. En la nº 1, que contaba con dos patios interiores separados por un pórtico, existen hasta tres sumideros, uno en cada espacio de los mencionados, que se unían en la entrada; la conducción resultante iba a verter al precipicio, tras atravesar el establo.

Sin embargo, sólo unas pocas casas de las excavadas pueden beneficiarse de la presencia del cantil; la mayor parte de las viviendas no lindan con aquél, por lo que las conducciones subterráneas evacuaban directamente a la vía pública. En efecto, el agua de lluvia debió de correr libremente por la superficie de las calles hasta que en el punto adecuado era recogida por un imbornal que la evacuaba al cantil o a otro lugar apropiado[58]. Dicho sistema ha sido perfectamente documentado en el adarve que da acceso a las casas nº 5 y 6, en cuyo extremo oriental se halló, a ras de suelo, el desagüe. Ese sumidero vertía el agua al cantil tras atravesar el subsuelo de la casa 5 (E). Esta servidumbre demuestra, una vez más, cómo en la ciudad islámica el derecho comunitario prevalece sobre el particular.

---

(52) La investigación bajo el subsuelo del salón sur en el que se sitúa el pozo negro ha ofrecido la explicación de tan anómala disposición. En efecto, la excavación demostró que el pozo se instaló en ese punto antes de la actual configuración del núcleo oriental de la casa nº 5, cuando ese espacio era un lugar al aire libre compartido, al menos, con la casa nº 4. La infraestructura, por tanto, constituía una servidumbre que, en cualquier caso, afectaba a un edificio que pasó a ser propiedad exclusiva de la casa nº 5.

(53) E. GARCÍA GÓMEZ y E. LÉVY-PROVENÇAL. *Sevilla a comienzos del siglo XII...*, *op. cit.*, pp. 120 y 121.

(54) Es indudable que los tejados la arrojarían al patio en todas aquellas casas que están completamente rodeadas por otras viviendas. Aun cuando existiera la inmediatez de una calle, creemos se evitaba que el agua del tejado fuera a parar directamente a ella; sin embargo, pensamos que debió de aprovecharse la presencia del cantil para evacuar, siempre que ello era posible.

(55) Éste es el caso, por ejemplo, de la casa nº 5, cuya conducción atraviesa el subsuelo de la cocina y el patio de la casa nº 10, antes de evacuar en la atarjea que recorre al adarve de acceso a las casa nº 10, 12 y 14 (fig. 2).

(56) A pesar de la existencia de una o más escaleras en todas las viviendas no siempre es posible determinar si estas conducían a algorfas o a terrazas. Lo cierto es que el estudio de la decoración arquitectónica así como otras evidencias indirectas han mostrado que la mayor parte de las casas disponían de planta alta habitable (véase J. NAVARRO PALAZÓN Y P. JIMÉNEZ CASTILLO, «Plantas altas en edificios andalusíes. La aportación de la arqueología», *Arqueologia Medieval*, 4 (1996), pp. 107-137). No obstante, el hallazgo de algunas bajantes embutidas en los muros demuestra que algunas casas debieron de contar con terrazas que, en ocasiones, pudieron estar a su vez situadas sobre algorfas.

(57) También en una vivienda excavada en la calle La Manga de Murcia, se comprobó la existencia de una bajante fabricada en cerámica y embutida en uno de los muros.

(58) Las calles de Siyâsa presentaban un perfil ligeramente cóncavo para facilitar su drenaje, al igual que sucedía en Baŷŷâna (Pechina). En este último despoblado se ha documentado también la presencia de bordillos laterales en la calle, entre los cuales pasaba el agua corriendo sobre la roca madre. Véase F. CASTILLO GALDEANO y R. MARTÍNEZ MADRID, «La vivienda hispano-musulmana en Baŷŷâna-Pechina (Almería)», *La casa hispano-musulmana. Aportaciones de la arqueología*, Granada, 1990, pp. 111-112.

FALSARIOS Y MISTIFICACION EN ARQUEOLOGIA

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 413 - 418

Emeterio Cuadrado Díaz

La afición a las cosas antiguas se inicia con la transmisión oral de hechos fantásticos y de leyendas que son acogidas por la mente sencilla de los pueblos, dándoles carácter de realidad. Con ello consiguen transformar los mitos en historia, a pesar de la imposibilidad física de los hechos asimilados por las gentes. Estas circunstancias producen el que los hechos fantásticos se materialicen en los objetos antiguos, a veces sin conocer su real objeto y atribuyéndoles propiedades que jamás tuvieron. Recordad las propiedades de las hachas neolíticas transformadas en piedras del rayo, contra las tempestades; los opérculos de algunos caracoles, piedras «jaquecas» para curar los dolores de cabeza; la gran cantidad de amuletos contra el «mal de ojo» y ciertas enfermedades y brujerías.

Otras veces es la ambición la que mueve a ciertos ignorantes a buscar tesoros donde sólo hay yacimientos arqueológicos y, aprovechando la afición de coleccionistas entusiastas, no sólo realizan excavaciones clandestinas para obtener materiales antiguos, sino que a falta de ellos se dedican a imitarlos, o ejecutar, dada su ignorancia, objetos inventados que sólo los expertos rechazan con indignación, mientras que coleccionistas ingenuos caen en la trampa de la superchería.

Pretendemos en este artículo recordar algunos grandes engaños intencionados con los que se pretendió, hábilmente, engendrar descubrimientos que consiguieron engañar a muchos sabios mediante la simulación de hallazgos arqueológicos, con apariencia de realidad; y también considerar la vida de algunos falsarios famosos, cuyas producciones son ahora, descubierta la superchería, piezas también museográficas.

PILTDOWN

En 1908, un abogado de Hastings experto en Historia Natural, llamado Charles Dawson, encuentra en una cantera de Piltdown, cerca de Brighton, un cráneo humano, al parecer muy antiguo. Durante varios años prospecta detenidamente aquel lugar, y encuentra otros fragmentos que lleva en conjunto al British Museum. Como estos restos aparecieron en una capa terciaria donde se habían encontrado huesos de mastodonte, el profesor Smith-Woodward creyó estar en presencia de un hombre del Terciario. Ante un yacimiento extraordinario, este profesor y Dawson, asistidos por Teilhard de Chardin y el dentista prehistoriador Marston, reanudan la excavación y en 1912 descubren una calota craneana y una mandíbula de aspecto simiesco, un incisivo y otros varios fragmentos craneanos. Durante años los sabios se esfuerzan en reconstruir el cráneo, pero todas las tentativas les llevan a obtener una forma absurda. El cráneo, sin las prominentes cejas orbitales, parece de un hombre moderno, mientras que la mandíbula parece de un simio.

Varios antropólogos, entre ellos el abate Breuil, dudan de la autenticidad del hallazgo, mientras que otros creían en una rama de la especie humana. Smith-Woodward cree en él, y le bautiza como Eanthropus Dawsoni. Pero este hombre recibiría el primer golpe en 1935. Marston descubre en un arenero de Swanscombe un auténtico cráneo achelense rodeado de una cantidad considerable de piedras talladas. Años después, en 1949, el doctor Oakley pone en marcha un método de datación según la cantidad de flúor absorbido por los huesos. Entonces, a petición de Marston, analiza el hallazgo de Piltdown.

El cráneo y la mandíbula sólo tenían indicios de flúor, mientras que un diente de elefante del mismo yacimiento contenía una gruesa proporción. Un análisis posterior en 1953 demostró que la mandíbula contenía tanta materia orgánica como un hueso moderno mientras que los huesos de cráneo tenían mucho más. Conclusión: fatal para el Eanthropus, el cráneo era medieval y la mandíbula de un orangután moderno.

Razones: todas las piezas habían sido envejecidas con ayuda de un uso artificial y una coloración de óxido de hierro. El diente de elefante procedía de un yacimiento de África del Norte (probado por su contenido en uranio), y los muchos objetos de piedra y hueso, procedentes de otros yacimientos habían sido distribuidos por el sitio después de retocados y teñidos uniformemente. Todo era una prodigiosa mistificación ¿El culpable fue el mismo Dawson? Éste, muerto en 1916, contento de haber dado su nombre a un hombre prehistórico, no podrá nunca decirlo.

GLOZEL

En marzo de 1924, los Fradin (cultivadores de Glozel Allier) encontraron una gran cantidad de objetos prehistóricos de sílex, hueso, guijarros con grabados, cuencos de cerámica extrañamente intactos y, sobre todo, grandes tabletas de arcilla cubiertas de signos, también de un extraordinario frescor. Al aparecer los primeros objetos, un aficionado, el doctor Morlit, se encargó de las excavaciones y fue el que estudió los materiales presentándolos a la ciencia.

Los útiles de piedra permitían datar el conjunto a finales de la última glaciación, es decir, que el conjunto tendría unos 10.000 años. En esta época no se conocía nada escrito, ni siquiera el alfabeto cuneiforme de RAs-Shamra. Imagínense lo que suponían las tablillas de Glozel. El número de partidarios y detractores fue numeroso y violento. Fueron necesarias la intervención judicial y científica.

El juez de instrucción de Moulins M. Python, encargó de la investigación en casa de los Fradin, a M. Bayle, que se ocupó de los objetos de los apartados 1 y 3, que constituían los objetos encontrados en las caballerizas y los depositados en el Museo de Glozel. El apartado 2 constituía los escritos y documentos diversos. Para examinar estos objetos fueron necesarios expertos en mineralogía, física, química y ciencias naturales. Se designó a M. Mahen, doctor en ciencias naturales, jefe de los laboratorios de micrografía de la facultad de farmacia de París; y a M. Randain, agregado de la Universidad, asistente de geología y mineralogía del Colegio de Francia.

Empezaron por las tablitas. La primera, de 33 x 25 cm. y 35 mm. de espesor, era de tierra amarilla. Sus dos caras estaban cubiertas con un enlucido, amarronado, que parecía estar extendido con un paño o un pincel. La superficie estaba cubierta por signos «glozalianos» impresos dejando netas y limpias las incisiones, al extremo de que pueden limpiarse con un alfiler. Una serie de estrías finas se observan con luz tangencial y al parecer restos de impronta digital. Lo más curioso es que en ninguna de las caras se observan lesiones producidas por raíces, ni incrustaciones realizadas por el medio geológico. Esta observación, principal causa de las disensiones, puede dar lugar a presunciones no científicas. Era necesario realizar análisis.

Para este análisis se cortó con una sierra metálica, un trozo de la pieza, de un espesor de unos 20 mm., de la parte posterior a las inscripciones. Se raspó la parte exterior del trozo, con lo que se eliminaron los elementos extraños. Se examinó con lupa binocular la posible presencia de raicillas y de canales realizados por ellas. Los trocitos incrustados se extrajeron y guardaron cuidadosamente.

Un problema a resolver era si las tabletas estaban cocidas. La arcilla es capaz de absorber agua haciéndose plástica. La arcilla cocida a 450º-500º pierde esta cualidad. Los fragmentos vegetales se queman.

Conclusiones:

–Presencia de fragmentos vegetales no alterados.

–Presencia de silicato de alumina en estado hidratado, lo que significa que no se llegó a temperatura de 450º.

—Presencia de minerales que para transformarse necesitan temperaturas elevadas.

Los pequeñísimos elementos vegetales pudieron clasificarse: trozos de hojas clorofiladas, otro del género Hypnum, trocito de tallo de trigo (Triticum Sativum), etc. Trozos de raíz de Pteris Aqualina. Todo ello iba evidentemente en la tierra para las tabletas.

También encontraron en la masa de las tabletas: pelos de lana teñidos de azul, otro de amarillo, otro de algodón índigo y otro naranja. Al microscopio se han podido ver los efectos del calor con estos restos vegetales. A 150º todas las muestras se carbonizan. A inferiores no se alteran. En cuanto a los colorantes, estaban muy bien conservados.

Los principales resultados obtenidos son: que las tabletas no estuvieron cocidas. Un prisma dentro de una probeta a la que se añadió agua, se disoció en 20 segundos. Otras muchas pruebas realizaron los sabios que no mencionamos.

Además de lo dicho, se investigó en casa de los Fradin, donde se encontró una cacerola con restos del barro de los enlucidos, que son idénticos para todas las tabletas, a excepción de la menor. La arcilla había sido recubierta por un lienzo. El barro se encontró en el granero.

Se llega a la conclusión de que Fradin, un modesto cultivador, ha debido participar en el fraude con alguien que tenía conocimientos arqueológicos, persona que permaneció en la sombra y que fue el «cerebro» de aquel affaire. El motivo=la gloria de realizar un descubrimiento sensacional; o tal vez conseguir la adhesión de los sabios para después desprestigiarlos. ¿No sería el propio Dr. Morlit?

En cuanto al texto escrito, se había formado por una mezcla extraordinaria de signos ibéricos, fenicios, griegos, romanos, románicos, góticos, etc. Todos de la familia de los alfabetos fenicios. Ello hizo pensar al falsario que daría más carácter a su inscripción como de autenticidad, pero en realidad ocurrió lo contrario. Siguiendo la clásica costumbre de los falsarios, los sílex mezclados con los objetos de Glozel, eran auténticos.

EL GLOZEL DE BRASIL

En el verano de 1968, la revista Life y el New York Times publican una noticia extraordinaria: en Brasil se ha descubierto una sensacional inscripción fenicia. La noticia la da un tal Cyrus Gordon, especialista en temas semíticos, y de cuya competencia no había lugar a dudas. Sin embargo, en los medios científicos era conocido por su extra-

vagancia en el tema del difusionismo. Él había dicho que los judíos habían colonizado América al huir de Palestina. Este historiador había encontrado en una biblioteca una carta de un tal Ladislao Netto, que reproduce el texto fenicio de una estela encontrada en Brasil. Pero este asunto ya tenía más de un siglo. Empezaba este caso en septiembre de 1871, cuando el presidente del Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro, Cándido José de Aranjo Viana, recibió una carta de D. Antonio Alves Da Costa, que declaraba haber copiado escrupulosamente una estela encontrada en el lugar Paniro Alto, cerca del río Pasáiba, región de Recife, al Norte el país. La carta fue remitida al Director del Museo Nacional de Río de Janeiro, Dr. Netto, Dr. en ciencias naturales de la Sorbona, y erudito en lenguas semitas. Este doctor, amigo y protegido del emperador Don Pedro II, ni encontró el lugar del hallazgo, ni al autor de la carta. Ambos eran falsos. Pero Netto, empeñado en hacer creer en la autenticidad del tesoro, supuso que el autor de la carta tenía el deseo de obtener un interés pecuniario, por lo que ocultaba el lugar del hallazgo y su verdadero nombre.

La inscripción narraba una expedición naval: rodeando la tierra de África, y dispersados por una tempestad llegaron a aquellas costas (Brasil); inscripción larga y estimable si hubiera aparecido en el Mediterráneo, pero en Brasil había de producir grandes sorpresas. Estaba realmente bien escrita, pero el falsario no pensó que la lengua fenicia era bien conocida, así como el proceso de su desarrollo.

La crítica actuó con certidumbre. El texto aseguraba que los llegados eran doce hombres y tres mujeres, y parece imposible que en dos años que estuvieron de navegación, no hubiese habido ningún alumbramiento. Desde luego la historia contada se inspira en el periplo narrado por Herodoto. La superchería quedó tan evidente, que el mismo Netto, afectando indignación, escribió dos artículos denunciándola, y asegurando que conocía el nombre del culpable, que jamás fue revelado. Nadie duda hoy de la culpabilidad de Netto.

LOS PLOMOS DE PENAGUILA

En término de Penáguila era conocido desde hace años, la partida «dels Dubots», como yacimiento arqueológico, en el cual está situada la finca Mas de Is, propiedad de la familia Barrachina. El explorador de la Serreta de Alcoy D. Camilo Visedo, tenía noticia del hallazgo en el lugar de material neolítico y argárico. Con posterioridad, el P D. José Belda, famoso arqueólogo de Alicante, hizo varias visitas sólo o con sus alumnos, recogiendo material y muchos sílex de aspecto paleolítico. Estas visitas despertaron la afición de los alumnos, entre los cuales estaba Miguel Barrachina, alumno de 4.º curso de Bachiller, a las rebuscas arqueológicas, dedicando gran parte de su tiempo a explorar las zonas con materiales de su finca. Un día, el 24 de abril de 1944, este chico, de edad de 14 años, descubrió en un bancal de la Corona un círculo de piedras, que creyó horno de cal, en el que inició una excavación en la que encontró unos candiles de ciervo. Avisó a Visedo, y con él excavaron el lugar que supusieron un silo. Se dio parte al SIP de Valencia, y con el permiso pertinente se permitió excavar al miembro del mismo, D. Vicente Pascual. Limpiando el silo hasta el fondo, encontraron ciertos grabados en las piedras del revestimiento de cantos rodados. Entonces, los propietarios negaron al SIP continuar la excavación, a la vez que el gobernador civil prohibía a este organismo de Valencia actuar en la provincia de Alicante. Los materiales recogidos se depositaron en Valencia. La guerra estaba declarada.

Los datos tomados en la excavación parece que dieron esta estratigrafía:

– capa de tierra vegetal de 50 cm.

– capa arcillosa compacta conteniendo las cuernas de ciervo y cabra, así como cerámica tosca, sílex y lascas, punzones de hueso, punta de puñal o lanza de cobre, hachas de piedra y piedras perforadas. Espesor de 1,50 m. y al llegar a 2,30 aparición de una inscripción ibérica en plaquita de arcilla rojiza, y un asta de cáprido con ciervos grabados.

– a los 2,50 m. recia lámina de galena escrita por las dos caras.

– a los 2,80 m. asta de cáprido con inscripción borrosa y una losita caliza con signos en cara y canto.

– a los 3 m. vaso aplastado con decoración floral (que es en realidad un botijo extremeño) y un disco de plomo escrito por las dos caras.

– a los 3,15 m. ídolos de hueso y varias lositas escritas, algunas con dibujos geométricos, astas de ciervo con inscripción, falanges, fragmentos de sigillata, otros ibéricos tardíos, hebilla de bronce.

– a los 3,20, otra segunda lámina de plomo doblada, escrita por las dos caras y dos ídolos de hueso.

– de 3,20 a 4, estériles, pero se vieron las piedras grabadas colocadas en la fábrica del revestimiento.

Todos estos hallazgos, de gran importancia si fueran auténticos, ofrecieron serias desconfianzas, por lo que las autoridades nombraron el 15 de junio de 1945 una comisión de expertos formada por los profesores Blas Taracena, Luis Pericot y Juan Cabré, con objeto de dictaminar sobre la autenticidad de los hallazgos.

No entraremos en un detenido estudio del informe redactado por la Comisión. Pero veremos algunos puntos importantes.

La Comisión examinó en Valencia, Alcoy, Alicante y en Mas de Is, los objetos recogidos por los distintos excavadores y rebuscadores. El Museo de Alicante tenía los materiales que parecían paleolíticos. Estos millares de sílex eran principalmente musterienses y del paleolítico superior, así como lascas clactonienses, demostrando la presencia de una estación al aire libre. Con estos sílex, y por acción del arado hay también restos cerámicos, con decoración cardial y otras del estilo campaniforme y una flecha de bronce auténtica.

Pero lo más interesante son los plomos escritos y las placas grabadas. Los plomos son cinco, en poder del Sr. Ballester Torno, Director del SIP. Los 1,2 y 4 carecían de pátina. La 1 tenía 294 y 400 signos por cara. Aparecieron los dos en el fondo del silo encontrado por Vicente Pascual. La 3 tenía 76 signos en una sola cara y pátina de color blanco. La 4 era discoidal con 20 signos repartidos irregularmente.

En ella se aprecia el trabajo de martillo para aplanarla. También procede del silo. Era demasiado el espesor de 7,5 mm. de la 2. La placa 3 se encontró en una zanja a unos 10 m. del silo. La 5 también estaba fuera del silo. Ningún miembro de la Comisión presenció los hallazgos. Sólo tenían referencias.

En cuanto a los textos, la Comisión dejó su estudio a los técnicos, pero hizo algunas observaciones. En primer lugar, están escritos, parte en el alfabeto del plomo de la Serreta, es decir jónico del s. VI; y parte en alfabeto monetal de Levante. Las inscripciones están completas, lo que no ocurre en otras conocidas. El plomo de la Serreta se repite en parte en el plomo n.º 2. En una losita de piedra se repite la inscripción de un vaso de Liria: el célebre «Gudu deitz dea» con sólo alteración de una letra. En dos losetas se repite dos veces «Ay Serete», lo que la relaciona con la vecina estación de la Serreta. El plomo 3 reúne tres topónimos conocidos: Setabi, Leiria y Salir. Los especialistas no han podido leer los textos en cuanto se separan de estos topónimos o de las frases copiadas de otros textos.

Los grabados e inscripciones en tabletas y huesos, están realizados en un total de 53 piezas. Los grabados de figuras son variados: figura antropomorfa con faldas y cabeza de asno con una doble flauta, y dos figuras de cuadrúpedos; cabeza femenil con manto; dos cuadrúpedos macho y hembra, y en acto genético, y detrás un hombre con un palo levantado; el resto llevan signos o motivos geométricos, como ya hemos citado algunos. Además, las incisiones parecen recientes, y lo mismo ocurre con huesos y cuernas de ciervo.

Tema curioso es el de los cantos grabados con figuras, generalmente de animales, arrancados a distintas altura de las paredes del silo.

Las conclusiones de la Comisión son, resumidas:

Los plomos 1,2 y 4 tienen indudable aspecto de falsos. No así los 3 y 5. Las plaquitas de piedra y los cantos rodados del pozo, se encuentran abundantes en el mismo bancal de La Corona. Sus grabados parecen estar hechos con instrumentos metálicos, y a veces se hicieron sobre las concreciones calizas de la superficie. Incisiones producidas por la Comisión en piedras vírgenes adoptan el mismo aspecto que las estudiadas. Los huesos y astas con dibujos son antiguos, pero no el aspecto de aquéllos. Algunos temas se inspiran en otros de la Serreta o en vasos de Liria, y animales de tipo paleolítico como los del Parpalló.

En resumen, resulta evidente la falsificación, que es de fecha reciente en aquella época, y que el falsario no ha querido parecer muy docto en arqueología, mezclando piezas paleolíticas con escrituras ibéricas, siempre disparatada cuando no copia textos conocidos. Se termina el informe redactado por Taracena con estas palabras: «Restamos tan sólo lamentar que el humor español sufra estas aberraciones que, para combatirlas, obligan a malgastar esfuerzos y crear un ambiente desconfiado alrededor de los materiales de la ciencia española de la antigüedad, ambiente que también redunda en merma del buen nombre de España».

LAS FALSIFICACIONES DE TOTANA

Innumerables colecciones privadas, e incluso museos contienen series de objetos extraños, tanto de cerámicas como de esculturas, de piedra y también de bronce. Estos objetos procedían de una industria de falsarios: dos gitanos de Totana (Murcia) conocidos por sus apodos: el Corro y el Rosao, y cuyos nombres auténticos eran Francisco Serrano Cutillas y Bernardo Martín Díaz. Gracias a D. Juan Cuadrado Ruiz, arqueólogo excavador del yacimiento de la Rambla de Lebor, cercano a Totana, conocemos la historia de este affaire y de sus protagonistas, ya que tuvo la oportunidad de conocer al «Corro», que le proporcionó toda clase de detalles cuando ya contaba 67 años, lo que publicó en el «Bulletin de la Societé Préhistorique Française», tomo XXVIII, París 1931, titulado «Un Glozel espagnol: les falsifications d'objets préhistoriques á Totana». Gracias a este trabajo conocemos el proceso al que vamos a referirnos.

Todos ustedes conocen la famosa estación de la Edad del Bronce de la Bastida de Totana, por la que se estuvo interesando D. Juan Cuadrado durante los años 1927-29. Mi compañero D. Rogelio Inchaurrandieta, posiblemente por razones profesionales encontró en la Bastida cerámicas prehistóricas que le indujeron a realizar unas catas por su cuenta, con el resultado de encontrar varias tumbas argáricas de las que dio cuenta al congreso de Antropología de Copenhague.

Vivía en Totana el gitano, apodado el «Rosao» por una gran mancha rojiza en la cara. Sus profesiones eran variadas: tratante de caballerías, curandero de las mismas como su padre José «el Tuerto», relojero, etc. Con ocasión de acompañar a su padre a un cortijo próximo a la Bastida, la Casa del Pantano, a curar una caballería, vio en una leja una de las clásicas copas argáricas y una olla procedentes del lugar inmediato. Totalmente inculto y por supuesto desconocedor de arqueología, no obstante comprendió que se trataba de objetos antiguos, y al abonarle sus servicios, se dio por contento si le cedían los dos vasos. Esa fue la base del negocio del «Rosao» y de su compañero el «Corro». Resulta extraordinario que dos personas de tan bajo nivel cultural pudieran engañar a tanta gente como lo hicieron.

La primera venta de esa sociedad la hicieron a Don Francisco Cayuela, llamado en Totana «Frasquitolo», el cual les había comprado otras cosas que vendía con su beneficio. Les dio por los dos vasos diez pesetas. Como le pareció al «Rosao» que la reproducción de aquellas piezas era sencilla, propuso al «Corro» organizar un negocio de reproducciones, juramentándose para no revelarlo a nadie, y menos a los Totaneros. Fabricaron las primeras piezas, que aceptó el Frasquitolo sin la menor sospecha. Continuaron trabajando, y para ello aceptaron la colaboración de un alfarero que les hacía los trabajos de torno y cocción. Cayuela les pagaba las piezas a cinco pesetas. A los fabricantes les resultaba cada una a veinte céntimos.

Decidieron ampliar el negocio, atrayendo a los aficionados y haciendo aparecer los vasos en el sitio «de origen», para lo que aprovecharon las tumbas excavadas por Inchaurrandieta, donde habían quedado huesos, metiendo en ellas los vasos, enterrándolos y reexcavando las tumbas en presencia del comprador. Según la categoría del cliente se regaban y apisonaban las tumbas con tiempo, o se rellena-

ban unas horas antes de la visita. Sólo recibían forasteros, a excepción de D. Cosme Cánovas de Totana, que llegó a reunir un verdadero museo de obras de los gitanos.

El negocio iba bien, pero decidieron mejorarlo. Se enteraron de la venta a París de la Dama de Elche, y decidieron dedicarse a la escultura. Intentaron buscar modelos entre los clientes y anticuarios, hasta que un cura de su pueblo, D. Alfonso Camacho, les dejó unas revistas: «La Ilustración Española y Americana» y «La Ilustración Ibérica». Lo primero que copiaron fue un ídolo americano, que llevaron a Cayuela, como procedente también de la Bastida. «Como sabía aún menos que nosotros», les dio doscientas pesetas por el «santo». Se lo llevó a Mazarrón y allí lo revendió en setecientas pesetas a Sir Edward Peary, cónsul inglés.

Los hallazgos extraños de estos ídolos volvía locos a los visitantes, pero la seguridad de que aparecían en el yacimiento les convencía. No se parecían a nada europeo.

Disminuyeron las visitas y decidieron viajar por su cuenta. Las salidas dieron resultado. En la primera, a Málaga, el «Corro» vendió al marqués de Castrillo dos santos y tres vasijas en mil pesetas. También en Málaga vendieron al anticuario Marcelo del Olmo, que después de varias compras decidió visitar el lugar de origen, la Bastida.

Visitaron otras poblaciones. Conocieron en Orihuela a un tal Aracil, aficionado y comerciante, en cuya casa vieron unos discos de barro con relieves que creyeron auténticos, pero que eran tan falsos como su propia producción. Copiaron los relieves. Pero un día llegó Aracil a vender a Cayuela varios de sus discos, pero se enteró el «Corro» y advirtió a su cliente del falso asunto. No se permitían competencias. Cayuela, con los objetos comprados a los gitanos, preparó un lote que envió a Barcelona a Rubio de la Serna, quien lo expuso en el Museo Municipal. Pero se descubrió el pastel, lo que costó a Rubio un sofocón tan grande que le costó una enfermedad. Las horrorosas figuras que tallaba el «Rosao» tuvieron la culpa de este fracaso.

Otro enorme fracaso fue el asunto con un señor muy aficionado y con dinero que «se llamaba Don Luis Siret», que vivía en Herrerías (Almería). Reunieron una buena cantidad de «santos únicos en el mundo» y salieron para Herrerías. A la vista del material les dijo que podía pagar, lo más, diez reales. Pero el buen hombre les pagó el viaje de regreso, pues si no estaban conformes, podía consultar a la guardia civil.

El negocio marchaba tan viento en popa, que nuestros falsarios decidieron extenderlo al extranjero. El primer negocio se proyecta para desarrollarlo en Orán. El Corro embarcó en Cartagena con este destino, llevando un lote de unas 20 piezas entre vasos y esculturas. Del puerto de Orán se fue directamente al Museo, cuyo director había fallecido hacía unos días, por lo que le sustituía provisionalmente el Alcalde de la localidad. Este Sr. le recibió y examinó su mercancía de la que quedó muy complacido, pero llamó para consultarle a un compañero de profesión ingeniero según él. El susto que se llevó el «Corro» fue tremendo, pues imaginó que se le iba a presentar Don Luis Siret. Por fortuna no fue así, y también quedó encantado con el material. Se convino un precio de 11.000 fr., que cobraría el vendedor al día siguiente.

Pero la fortuna no siempre es favorable y el asunto se complicó inesperadamente. El «Rosao» cogió un barco al día siguiente y salió camino de Orán no sólo con ¡200 cacharros!, sino con sus gitanos compinches de Totana, entre ellos «El Moro», «el Cherra», «el Emborrachao», etc., e impaciente por realizar su negocio y sin advertir al «Corro», se presentó con su comitiva e impedimenta en el Museo, donde aquella expedición y lo numeroso del material escamó seriamente al Director, el que no sólo rechazó la oferta, sino que cuando el «Corro» fue a cobrar, dio por anulado el asunto y le devolvió las piezas depositadas. ¡Imagínense el diálogo posterior entre los dos gitanos, que tuvieron que vender toda la «mercancía» a bajo precio a un anticuario!

Un tercer viaje africano lo realizó el «Corro» con el «Emborrachao» a Argel. En este viaje tuvieron éxito, pues el «Corro» vendió su parte en 500 fr. y aún mejor el compañero, aunque cuando liquidó con el mozo que actuaba de corredor, éste no se conformó con 10 duros de comisión, discutieron, y le faltó de palabra, lo que como es natural no fue encajado y el gitano le dio una pasada de palos, que llevó a descansar unos días a nuestro personaje a la «sombra del Profeta».

El mayor fracaso de la empresa falsaria, ocurrió cuando decidieron extender sus tentáculos a la vecina Francia. Embarcaron en Alicante rumbo a Marsella, llevándose una gran colección de objetos que pensaban encajar al Museo de esta capital. Allí quisieron tratar con el conservador M. Miguel Lecrec, con el que no pudieron negociar porque conocía ya el affaire de Barcelona.

Según el mismo «Corro», estaban hospedados en una posada del Vieu Port, lugar de descarga de nuestras naranjas de Murcia y Valencia. La patrona era la Sra. María «la Española», compatriota y no mala mujer. Pero el problema de nuestros gitanos, que no sabían una palabra de francés, carecían de conocimientos, y por tanto no podían «tratar», era verdaderamente angustioso, y como el tiempo pasaba, la cuenta de la posada iba en aumento, y el bolsillo estaba sin un franco y resultaba imposible costear el viaje de regreso, por no haber vendido la mercancía. La avispada Sra. María, hizo sus cálculos y comprendió que sería más conveniente para ella, pagarle a los gitanos el regreso y quitarse de encima aquella pesada carga, cada día más densa. A cambio los gitanos le dejaron su mercancía para que la vendiera, se cobrase la deuda de 770 fr. de la estancia, y el resto se los enviase a Totana. Para qué decir que su segunda generación de descendientes todavía está esperando liquidar.

Cuando el Corro conoció el «affaire» de Glozel, decía que debía pedir indemnización, porque el sistema era patente suya. A esto decía Vayson de Pradenne, que el Corro estaba equivocado: que «el procedimiento era tan antiguo como la afición de los coleccionistas arqueólogos».

Al regreso de Marsella «Corro, Rosao y Com.» establecieron una nueva base de su producción: inician la escultura en piedra, y aunque tuvieron éxito, este trabajo les cundía menos. Al principio imitaban figuras que veían en revistas y Museos, pero al fin cayeron en la inventiva. La primera venta la realizaron en Andújar, donde cobraron

700 ptas. menos 100 ptas. de comisión. Se trataba de un grupo de dos figuras.

En Cartagena tuvieron un gran éxito. D. Luis Angosto, un conocido coleccionista, les compró muchas esculturas y además les contrató para que excavaran por su cuenta en la Bastida (a donde hizo una visita) con un sueldo de 250 ptas. al mes.

Los herederos de este señor solicitaron de un experto, años después, una valoración de la colección, para comprobar la cifra de 10.000 fr. en que se estimaba, y éste se encontró con aquella numerosa colección de producciones de los totaneros, con el consiguiente disgusto de los propietarios.

La extensión de la zona de influencia de la escultura de los gitanos, abarca realmente todo el SE. como zona máxima de comercio. En Lorca, D. Mariano Manzanera compró bastante, y otro coleccionista del mismo lugar, el Sr. Espín, que creemos identificar con Espín Rael, antiguo conocido mío y asistente a los Congresos Arqueológicos del SE., también adquirió varias piezas. El «Rosao» esculpió una figura que representaba una mujer alumbrando, y la pieza fue adquirida por un médico de Valencia, con la que ilustró más tarde un artículo médico, que titulaba «La más antigua representación del parto».

Yo recuerdo haber visto una figura sedente «fenicia» según un anticuario de la calle Cuatro Santos, de Cartagena, representando un hombre desnudo con largas trenzas colgando sobre el pecho, que reconozco que me impresionó, y estuve a punto de comprarlo, aunque estaba seguro de qué manos había salido.

La última etapa del affaire fue la fabricación de objetos de bronce. Compraron crisoles en Cartagena, y se dedicaron a fabricar los discos de Aracil. Sacaron moldes de exvotos de Sierra Morena y los copiaron exactos. El procedimiento para darles «antigüedad» (pátina) consistía en envolverlos en tela de saco y tenerlos varios días en agua muy cargada de sal. Después los metían en el estiércol de la cuadra. A los tres días se les quitaba la tela y aparecían con un dedo de óxido verde.

Un vistazo de conjunto a la labor realizada en 20 años de trabajo por estos geniales falsarios, y dentro de sus creaciones artísticas, es posible destacar cinco épocas o maneras sucesivas en su creación:

1.ª) Imitación de piezas auténticas de La Baitida.

2.ª) Copia de vasos antiguos tomada de revistas y museos.

3.ª) Figuras sacadas de la fantasía de los creadores, con inclusive epígrafes con signos inventados.

4.ª) Esculturas de piedra, con inspiración en el mundo ibérico y en el mejicano.

5.ª) Producción de figuras en bronce fundido.

Otro elemento a tratar, de las falsificaciones, es el de la adición de letreros incisos. Los primeros fueron copiados de los discos producción de Aracil, pero continuaron con sus propias invenciones. No ponían más que cuatro o cinco letras, con la pretensión de que nunca pudieran ser leídas.

Son bastantes los poseedores de piezas de los gitanos. Es conocida una serie de Cehegín que publicó Fernández Avilés, así como un cuerno de La Unión, tal vez como el mío; D. Isidro Albert de Alicante, que fue Director del Museo de Murcia, poseía un vaso en forma de cabeza; una cabeza de gitano y un cuerno tenía D. Antonio Beltrán, y otra escultura de piedra D. Antonio Aguirre de La Unión. Otros materiales formaban parte de la colección de un aficionado de Cartagena que tenía 25 piezas de esculturas extrañas de barro y piedra, algunas con orificios en variados sitios, adornos posiblemente tomados de piezas artísticas, y letreros en relieve.

Muchas veces he pensado si entre estos gitanos y el relojero de Yecla no hubo algún tipo de relaciones, a lo que me inclinan ciertas esculturas del Cerro de los Santos y los letreros que ilustraban varias de ellas.

El «Corro» falleció el 28 de junio de 1941. Su compadre, años antes. Sus producciones se encuentran principalmente en nuestra región, y como ejemplo señalaremos la del Museo de Jumilla. Yo también conservo una pieza de estos artistas que engañaron a medio mundo, pero que ya son realmente motivo de colección.

Al despedirnos de estos ingeniosos artistas falsarios, no despreciemos la intuición, el arte natural y la habilidad creadora de estos dos personajes, que de haber vivido en estos tiempos, hubieran encajado, con ventaja en muchos casos, entre la pléyade de artistas surrealistas, futuristas, cubistas, etc., que llenan las exposiciones de hoy.

EL USO Y ABUSO DEL CONCEPTO DE RAZA EN HISTORIA ANTIGUA: UN PROBLEMA METODOLOGICO

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 419 - 420

Gonzalo Fernández
UNIVERSIDAD DE VALENCIA

En este artículo voy a exponer los riesgos que el empleo del término «raza» acarrea en la historiografía anticuaria. También defiendo su reemplazo por el vocablo «etnia». Esta última noción ha de entenderse como un grupo (o conjunto de personas que se estructura para organizar un sistema de vida) basado en pautas culturales (y no en la sangre cual sucede con las razas). La aplicación de la idea de raza a la ciencia surge del interés que la Indología decimonónica despierta por los elementos indoeuropeos. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y los primeros cuarenta y cinco años del XX acaecen abusos en las nociones racistas de la historia que se vinculan a las tesis deterministas en la Geografía. Es lógico, por tanto, que ese determinismo geográfico nazca y se mantenga en los dos países más proclives al racismo (Alemania y Estados Unidos) por Friedrich Ratzel y Miss Simple[1]. El racismo no es fruto originario del pensamiento tudesco, lo que extraña al parecer común. Así, la ideología racista de Adolf Hitler hunde sus raíces en la hostilidad que la pequeña burguesía vienesa siente hacia los judíos en la fase final del reinado de Francisco José.

El racismo teórico se origina en la Francia del Segundo Imperio. Su génesis se debe al conde de Gobineau, quien escribe el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de 1853 a 1855[2]. Gobineau estima que la clave de todo el devenir histórico de la Humanidad reside en el problema racial. Parte de la idiosincrasia original y permanente de la desigualdad entre las razas humanas. Centra la preeminencia en la raza blanca. En su seno considera superiores a los arios en virtud de su descendencia de Jafet, uno de los tres hijos de Noé con arreglo a la *Biblia*. Nuestro autor culmina su esquema con la prioridad de la raza germánica. La funda en el hecho de que los germanos permanezcan libres y exentos de cualquier mestizaje por largo tiempo.

Para el conde Gobineau los germanos son la raza noble por excelencia, al haberse mestizado de amarillo las ramas céltica y eslava de la raza blanca. Igualmente explica la conquista germánica del Imperio Romano a consecuencia de la naturaleza que los germanos ofrecen de depositarios auténticos de la superioridad blanca. Con el paso del tiempo, sin embargo, los germanos habían sucumbido al mestizaje de suerte que los alemanes decimonónicos ya son muy poco germánicos. De aquí Gobineau infiere el corolario de la marcha inexorable de la Humanidad en pos de su decadencia, pues la sangre aria se había agotado en su seno sin remisión posible.

Todos los defensores del racismo no presentan el mismo desánimo. Un año antes de la Exposición Universal de París en 1900, que levantaría en sus numerosos visitantes la urgencia de abandonar el eurocentrismo[3], otro francés, Vacher de Lapouge, saca a luz pública *El ario y su papel social*, habiendo inventado además Vacher de Lapouge la Antroposociología. Allí este personaje defiende que algunos procedimientos sistemáticos de selección son capaces de regenerar el linaje humano, al igual que mejoran las especies vegetales y animales con ellos. En el caso del hombre y siempre bajo un estricto punto de vista teórico, la regeneración se obtiene por el empleo adecuado de los factores

(1) Se poseen nuevos ejemplos de ese aserto en las buenas relaciones del «Ku-Kux-Klan» con los nazis o el sentimiento de superioridad racial de ciertos especímenes del americano «whasp» («blanco, anglosajón y protestante»), muy vinculada a la doctrina del «destino manifiesto» de USA mantenida por A. T. Mahan. Todo ello explica igualmente las reticencias del magnate de la prensa W. R. Hearst, uno de los corifeos más esenciales de aquellas tesis, a la ruptura de hostilidades de los gobiernos de Washington y Berlín en las dos Guerras Mundiales del siglo XX.

(2) En torno a los principios ideológicos de Gobineau, Vacher de Lapouge y Houston Stewart Chamberlain y su influjo en *Mi Lucha* de A. Hitler vid. J. -J. Chevarllier, *Los grandes textos políticos de Maquiavelo a nuestros días*, 6.ª ed. española en Editorial Aguilar, Madrid, 1967, págs. 368 y sigs.

(3) Un exponente de la necesidad de abandonar el eurocentrismo se tiene en la impresión que la audición de un «gamelan anklung» (la forma de orquesta más clásica en la Isla de Bali) causa al insigne músico francés C. Debussy durante la Exposición Universal de París en 1900.

que aún subsisten de los arios genuinos. Ello permite el retraso del declive de la Humanidad, predicho por el conde de Gobineau con veracidad completa.

En las postrimerías del siglo XIX el tercer defensor de las doctrinas racistas es el inglés afincado en Alemania Houston Stewart Chamberlain, quien publica *Estratos del siglo XIX* en 1899. Chamberlain se opone a Vacher de Lapouge al defender que la esencialidad de la raza aria no estriba en la posesión de unos determinados caracteres físicos (vg. cabellos rubios, ojos azules o dolicocefalia). Radica, por el contrario, en la tenencia por cada ario de la idea de pertenecer a la raza aria. H. S. Chambarlain rechaza la negativa de Gobineau a otorgar a los alemanes de su tiempo el título de herederos de los viejos arios. Por último, atribuye un papel decisivo a la nación, concebida en plan de mera entidad política, porque las naciones crean las condiciones necesarias con vistas a los desarrollos respectivos de las diversas razas(4).

Pueden exponerse tres casos del abuso del racismo en la historiografía anticuaria. M. I. Rostovtzeff denomina al primero «la solución biológica del problema de la decadencia de la civilización antigua»(5). En este contexto O. Seeck explica aquel suceso a base de la degeneración y retroceso numérico de los habitantes del mundo antiguo, causados por el exterminio de los mejores en las contiendas externas y guerras civiles(6). T. Frank lo achaca a haberse contaminado las razas superiores tras mezclar su sangre con las inferiores(7). A su vez, N. A. Vassiliev edita en ruso *El problema de la caída del Imperio Romano de Occidente y la civilización antigua* (Kazán, 1921). M. I. Rostovtzeff se hace eco de sus conclusiones(8). Vassiliev propone que la civilización antigua experimenta un proceso racial de tipo degenerativo. No obstante, ese fenómeno no es privativo de aquella cultura. Se trata de un proceso común a todas las sociedades humanas. No versa en la contaminación o exterminio de los mejores. Consiste, en cambio, en el suicidio sistemático que los más perfectos elementos raciales cometen al no reproducirse y permitir que los individuos inferiores lo efectúen con libertad plena.

Un segundo ejemplo es el caso de Ulfila, el misionero fracasado de los godos(9). G. Waitz admite el éxito de sus prédicas a los godos hacia 350 d.C. Asimismo postula que los godos extienden la fe de Ulfila a los demás pueblos germánicos. En una tercera etapa, estos últimos la difunden por el Occidente entero al compás de las grandes «Völkerwanderungen» que ocurren en la primera mitad del siglo V de nuestra Era(10). La figura de Ulfila alcanza su mayor degradación histórica con H. -E. Giesecke. Ese tratadista observa una marca auténtica de genio racial en el cristianismo más antiguo de los germanos. Dentro de tal esquema, interpreta las migraciones germánicas de los siglos IV y V de la Era Cristiana a modo de una cruzada de los germanos (ya convertidos a la religión de Jesús de Nazaret) contra el paganismo en decadencia del Imperio Romano de Occidente(11).

La querella historiográfica acerca de las actividades económicas y nivel social de los judíos en el Imperio Romano supone el ejemplo postrero de los abusos racistas en Historia Antigua. De una parte, L. Herzfeld se ve influido por el antisemitismo de su época cuando preconiza que los judíos no sólo destacan en la economía mercantil y financiera, sino que llegan a ejercer el control (e incluso el monopolio) de amplios sectores productivos(12). Pero es verdad que algunos historiadores judíos han incurrido en exageraciones contrarias al buscar al antítesis de esas ideas. De esta forma, H. J. Leon negó la presencia de una comunidad hebrea en Ostia(13). Su hipótesis se invalida por el hallazgo de una sinagoga en aquella ciudad(14). Por consiguiente, la aplicación de las ideas racistas a la Historia Antigua no tuvo éxito ni resonancia alguna. De otro lado, el racismo es hoy día un concepto científico inservible. La Antropología Física ha demostrado que no pueden aceptarse sus dos ideas básicas: la preponderancia de una raza sobre las demás y la homogeneidad dentro de cada una de ellas.

---

(4) El Conde de Gobineau tuvo amistad con Richard Wagner, de quien fue yerno H. S. Chamberlain, personaje que pasó parte de su vida en la villa wagneriana de Bayreuth. Se ha discutido mucho en torno a las ideas racistas de Wagner. Pienso que ese músico denota un racismo moderado que no influye en sus apreciaciones sobre los intérpretes de sus óperas. A la inversa su segunda esposa, Cosima Liszt, se inclina hacia actitudes racistas más extremas.

(5) Vid. M. I. Rostovtzeff, *Historia Social y Económica del Imperio Romano*, 3.ª ed. española en Espasa Calpe, Madrid, 1973, t. II, págs. 487 y sigs.

(6) La explicación de esas ideas se encuentra en O. Seeck, *Geschichte des Untergangs der antiken Welt, Band I.*, Darmstadt, 1966 (reimpr.).

(7) Vid. T. Frank, «Race mixture in the Roman Empire», *American Historical Review*, 21, 1916, págs. 689 y sigs.

(8) Vid. M. I. Rostovtzeff, *op. cit.*, t. II, pág. 487.

(9) Aunque la traducción española del antropónimo gótico de aquel personaje es «Wulfila», prefiero usar la grafía «Ulfila», derivada del latín «Ulphilas», que él mismo utiliza en sus escritos. Pese a la idiosincrasia algo unilateral y muy reductiva de mi hipótesis, se puede sospechar que la inclinación hacia la forma «Ulfila» demuestra una insistencia mayor de los lazos de dicho evangelizador con el Imperio Romano (su patria verdadera y no el territorio de los godos), pues en la «Romania» Ulfila es un obispo origenista más que acomoda su teología al dogma mudable de Constancio II. Me ha conducido a tal constatación la preferencia de los tratadistas alemanes, anteriores a 1945 e influidos por el nacionalismo hacia la grafía gótica «Wulfila».

(10) Vid. G. Waitz, *Über das Leben und die Lehre des Ulfilas*, Hannover, 1840.

(11) Vid. H.-E. Giesecke, *Die Ostgermanen und der Arianismus*, Leipzig - Berlín, 1939, págs. 57 y sigs.

(12) Vid. L. Herzfeld, *Handelgeschichte der Jüden des Altertums*, 2.ª ed., Brunswick, 1894, págs. 202 y sigs.

(13) Vid. H. H. Leon, «The Jewish community of ancient Porto», *Harvard Theological Review*, 45, 1952, págs. 165 y sigs.

(14) Vid. F. M. Squarciapino, «Die Synagoge von Ostia Antica», *Raggi*, 1, 1962, págs. 1 y sigs. y 2, 1963, págs. 13 y sigs. Por lo que se refiere al devenir de los hebreos en la Península Ibérica vid. L. García Iglesias, *Los Judíos en la España Antigua*, Madrid, 1978. Las noticias alusivas a L. Herzfeld, H. J. Leon y F. M. Squarciapino las he tomado de este libro que salió de los tórculos de Ediciones Cristiandad.

LA TRISTE HISTORIA DE UNA BERBERISCA EN TOTANA EN EL AÑO 1657

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 421 - 425

Juan González Castaño

INTRODUCCION

A lo largo de la Historia de España ha sido corriente que las mayorías hicieran la vida difícil a las minorías y, mucho más, cuando éstas eran étnicas o pertenecían a otras religiones.

Si pasamos las páginas de cualquier libro histórico, vemos que los judíos fueron objeto de persecución por los cristianos a poco que algún iluminado se subiera a un púlpito, improvisado o no, y vociferara contra «los enemigos de nuestra religión y matadores de Nuestro Señor». Si los años habían sido malos agrícolamente o si la peste u otras enfermedades de alta mortalidad habían hecho presa en los cuerpos, y en las almas, los asaltos a las juderías, en busca de «chivos expiatorios», estaban en las mentes de los más exaltados.

Tampoco salían bien librados los cristianos que vivían en tierras ocupadas por los musulmanes, si, además, se empeñaban en hacer ostentación de su fe ante las autoridades islámicas, abominando de los dictados del Corán y estando dispuestos a aceptar la muerte en defensa de sus creencias. El calendario católico está lleno de los nombres de personas que buscaron el «martirio voluntario» y que la Iglesia se apresuró a canonizar.

Muy mal se les pusieron las cosas a las minorías después del decreto de conversión forzosa o expulsión del país de los judíos, dado por los Reyes Católicos en el año 1492, ya que, recelosa la Monarquía de los nuevos cristianos, pues, con razón, veía en su bautismo una salvaguarda de sus personas y bienes, creó un santo tribunal que juzgó las disidencias en materia religiosa de los «nuevos hermanos». Esta política no dejó de agravarse con el decreto de 1502, que, esta vez, afectaba a los musulmanes de Castilla y León. Los que no aceptaron integrarse en la «mayoría natural» por medio de las aguas bautismales serían expelidos de España.

Bastante trabajo tuvo la Inquisición en las primeras décadas del siglo XVI vigilando las prácticas cristianas de los conversos y propiciando que la forzada unidad religiosa del reino fuera de hecho y no sólo de derecho. Muchos serían los entregados al brazo secular para purgar sus delitos contra la ortodoxia en las piras del quemadero que toda ciudad importante que se preciase poseía para regalar a sus vecinos una jornada de fiesta viendo arder a enemigos del Catolicismo.

La guerra del Reino de Granada de 1568 a 1570 no hizo sino afirmar en el espíritu de los gobernantes del país la conveniencia, primero, de repartir a los moriscos vencidos por todo el territorio nacional, de manera que nunca volvieran a constituir un grupo numeroso que hiciera posible otro levantamiento; y de expulsarlos después de España en el año 1609, como malos cristianos que eran a los ojos de la mayoría. Obligado éxodo que dio con los huesos de muchísimas personas en las costas norteafricanas, donde hubo apostasías y reintegros en la fe islámica, pero también se dieron numerosas muertes por ser bastantes de los obligados a salir fervorosos seguidores de Cristo.

Este desafuero se repitió en 1614, cuando se expulsó de España a los descendientes de los musulmanes conversos en 1502, habitantes mayoritariamente en tierras murcianas, ahora hacia determinados lugares del continente europeo; y se habría vuelto a ver, esta vez contra los gitanos, si su conocido nomadismo no les hubiera hecho de difícil localización.

Si a lo dicho sumamos el interés que se tomó el Santo Oficio en reprimir a luteranos y protestantes en general; a hechiceros y hechiceras; a blasfemos y a una amplia fauna de desafortunados que, acusados de heterodoxos, sufrieron apercibimientos, tormentos o el fuego, se entenderá que los cristianos viejos mostraran una arrogancia especial a la hora de tratar con las minorías, en un estado en el que la defensa de la religión católica se convirtió en la primera mi-

sión de los reyes de los siglos XVI y XVII, y donde aquéllas sintieron vivir en una permanente libertad vigilada.

Tampoco se olvide que los componentes de esos grupos étnicos o religiosos, por el mero hecho de ser diferentes y de adorar a otro dios, fueron acusados de prácticas prohibidas de marcado carácter hechiceril, de ser adoradores de Satanás o de mofarse de los objetos y misterios de los cristianos. Todo esto les acarreó malas miradas y desconfianza en los pueblos donde fijaron su residencia(1).

De esa desconfianza no se escapaban ni las personas que, como el caso que vamos a tratar, nacieron en tierras de infieles, concretamente en la zona de Barbería, pero fueron traídas a la Península de pocos años de edad. Su origen fue un permanente estigma, que no logró borrar ni el acto del bautismo, pues para sus vecinos siguieron siendo «gentes de cuidado».

EL PROCESO DE GINESA MARTINEZ, LIBERTA

El 2 de noviembre de 1657, el alcalde ordinario de Totana, don Jacinto Martínez, actuando de oficio como juez, dice que ha tenido que Ginesa, liberta de Ginés Martínez, ha hecho hechizos «con palabras y cosas prohibidas» y conviene averiguar la verdad(2).

Dos días después, se presenta don Alonso Sánchez Serrano, de 56 años de edad, quien indica que hará unos tres años su hija Francisca enfermó. Llamó entonces, al médico de la villa, don Rodrigo Núñez Flores, que no encontró remedio para su mal, de modo que le dijo «no puedo creer que la enfermedad de su hixa de vuesa merçed es otra cosa si está hechiçada y asi vuesa merçed procure el remedio para la enfermedad por la parte que pudiere porque (en) los libros de mediçina que yo tengo no hallo medio ninguno para tal enfermedad...».

Comienza, enseguida, a preguntar quién le podía ayudar y tiene noticias de que hay en Murcia «dos muxeres africanas que la una se llamaba Juana y la otra Isabel (...) y halló que bibian en la parroquia de San Antolín». Va a por ellas, en compañía del novio de la enferma, Andrés de Cánovas Aledo, y las contrata para ir a Totana a sanar a su hija, lo que hacen en ocho días.

Doña Juana, madre de Francisca, les preguntó al concluir si el mal tenía origen en actos hechiceriles, y le respondieron que sí «que si ocho dias mas tardara la cura fuera imposible bibir por el efecto que abian obrado los hechiços en el cuerpo de su hixa...» Volvió a preguntarles si sabían quién era el responsable y le dijeron que eran una berberisca y su hija que vivían en la parte alta de Totana «en un gran raso que ay». Ante tamaño aserto, se negó a creerlas y las africanas le indicaron que era cierto como «si tubieran ellas el Reyno de los Cielos siguro como eran las dicha berberisca y su hixa...».

Juana e Isabel le volvieron a decir que si quería conocer a las culpables harían por conseguirlo, pero ella y sus allegados declinaron el ofrecimiento y sólo pidieron «a Dios fuese serbido de conbirtiesen y no hiçiesen ofensa a nadie...».

El juez pregunta a don Alonso si él o los de su casa habían tenido algún mal encuentro con las supuestas hechiceras. Responde que lo único que recordaba es que habían vivido pared por medio en un edificio de su propiedad, pero que necesitándolo para depositar diversos enseres de un cuñado suyo les pidió que desocuparan su parte, con lo que «se bengaron en haçer las maldades que hiçieron en la enfermedad que padeçió la dicha Françisca Sanchez hixa deste testigo...».

Vuelve a preguntar a don Alonso qué opinión hay de Ginesa en Totana y responde que tiene fama de hechicera y embustera «y que mató con embustes y hechiços a su amo, Gonçalo de Canovas Ramos y a Diego Martinez Ramos, hijo de Juan Martinez Ramos y de Françisca Martinez Carlos...». Le dice, entonces, el Alcalde que por qué no ha notificado lo dicho a la justicia, responde que porque estaban siendo protegidas la liberta y su hija por los dirigentes de los bandos de sus amos y que «ninguno se atrebe a deçir nada por esta causa...».

Ya puesto, añade que ha visto a Ginesa en los tres últimos años, durante la mañana de Pascua de Resurrección, estar en la capilla de San Ildefonso «hincada de rodillas haçiendo açiones con su cuerpo abaxando y alçando el cuerpo y besando el suelo muchas veçes i tapada (...) que a ningun cristiano le a bisto haçer tales açiones...».

Hasta este momento hay una denuncia al Alcalde de Totana que señala a una berberisca llamada Ginesa como una posible bruja. Comenzadas las indagaciones, se presenta un señor «principal» de la villa a decir que dos mujeres africanas (seguramente berberiscas también) curaron a su hija de un mal que un médico había señalado como causado por un hechizo, ante su incompetencia para sanarla de él. Que las dos africanas habían señalado a Ginesa como la responsable ¿competencia desleal o inquina por asuntos que desconocemos? y que el padre de la enferma, buscando en su memoria una causa para el indudable odio de la hechicera, según su opinión, hallara una pueril, pero aderezada con la declaración de haberla visto efectuar el día de la Resurrección de Cristo cosas sospechosas en la iglesia, durante tres años seguidos.

Ya tenemos el proceso en marcha y una víctima que es tal por una acusación que hoy en día haría reir a un juez, más en el siglo XVII, época de brujería y supersticiones, arraigadas, incluso, en el corazón de la Monarquía, fue origen de una causa que, como se irá viendo, se cebó en una pobre mujer.

Al concluir el interrogatorio de don Alonso, comparece como testigo Andrés de Cánovas Aledo, marido, ya entonces, de doña Francisca, de 26 años de edad. Su decla-

---

(1) De cómo veía a los musulmanes, moriscos y gitanos la sociedad cristiana vieja y cómo los trataba el Santo Oficio dan fe las siguientes obras:
García-Arenal, Mercedes: *Inquisición y moriscos. Los procesos del Tribunal de Cuenca*. Siglo veintiuno de España. Madrid, 1978. Sobre todo el capítulo cuarto «El enfrentamiento cristiano viejo-morisco».
Leblon, Bernard: *Los gitanos de España. El precio y el valor de la diferencia*. Editorial Gedisa. Barcelona, 1987. Sobre todo la segunda parte.
Sánchez Ortega, María Helena: *La Inquisición y los gitanos*. Editorial Taurus. Madrid, 1988.
Caro Baroja, Julio: *Vidas mágicas e Inquisición*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1990. Sobre todo los capítulos primero y segundo del volumen I.

(2) Se halla en el Archivo Municipal de Totana, signatura 2.282. Queremos expresar las gracias más sinceras a la responsable del mismo, doña Mari Carmen Crespo, por la gentileza en proporcionarnos la documentación fotocopiada.

ración incide en lo manifestado por su suegro, pero añade que Diego Martínez Ramos falleció de la enfermedad que tuvo su esposa, pese a que llegó a Totana una de las mujeres que sanaron a doña Francisca en su auxilio. Esta, al advertir que faltaba un trozo pequeño de su capa, que habían quemado, exclamó «que no tenia remedio» y que el daño lo había hecho la encausada.

Llamada a declarar doña Francisca, remacha lo indicado por sus dos familiares y dice que el médico le aseguró que estaba «ligada por hechiços».

Aún comparece en esta fase del proceso doña Francisca Yuste Mercader, de 40 años, viuda y vecina de Totana. Manifiesta que estando hace unos cuatro años en la ermita de Santa Eulalia, cerca de Totana, a la vuelta, en el camino, se encontró con la liberta y su hija, ya difunta, quienes le solicitaron que apartara su cabalgadura para poder pasar, por no existir casi espacio para hacerlo, y lo llevaron a cabo con «despexo de ablar y arrogançia». Ella las trató de berbericas y las dos amenazaron.

Continúa diciendo que, al poco, le cortaron dos trozos de tela «en forma de anteoxos que vino a estar muy enferma sin frio ni calentura» y sin que los médicos hallaron remedio a su mal, pese a que la vio uno muy famoso que había en Huéscar, llamado don Pedro Andrés de Aliaga. Sin dudar, echa la culpa de sus achaques a Ginesa y a su hija, por gozar fama de brujas en la villa.

Ante unas declaraciones tan contrarias para la liberta, al alcalde sólo le queda hacer una cosa para tener a buen recaudo a la denunciada y la hizo. Ordenó prenderla, conducirla a la cárcel y embargar sus bienes. A la vez, envió copia de los autos al licenciado don Francisco Buitrago y Angosto, alcalde mayor de las villas de Alhama y Librilla, propiedad del Marqués de los Vélez, a quien designaba como asesor; y pedía por requisitoria a Murcia que se detuviese a las dos africanas para ayudar a esclarecer la verdad.

El día 10 de noviembre se acude a relacionar los bienes secuestrados, para, con ellos, poder pagar los gastos de justicia generados por el pleito y se designa depositario de ellos.

En el listado se observa que no hay más que escasos lujos en la vivienda y que muchos de los muebles estaban usados (en el lenguaje de la época «a medio traer»). Entre la vajilla, destacaban ocho escudillas y seis platos pintados valencianos, y 55 platos blancos medianos de Hellín.

En la relación de joyitas hay unas arracadas de oro pequeñas con algún adorno; varios objetos de plata, entre los cuales destacaremos un dedal, una cruz pequeña, «dos sortijas de moros de plata», los aros «de encomienda» (de pedida) y una berga para las orejas; una sortija de oro con una piedra azul; un rosario de ámbar con «seis casas con los pater noster de cristal»; y «una rastra de corales reçios que tiene çincuenta y ocho granos».

En dinero posee una real de plata; «una moneda de moros con quatro esquinas»; un trapo doblado en el que se hallaron un doblón de 48 reales, otro de a ocho y otro más de cuatro, y dos cuartos resellados y un ochavo segoviano envueltos en una gorguera.

Al día siguiente, comparece el doctor Rodrigo Núñez y declara lo ya sabido de los hechizos de doña Francisca y que la berberisca es tenida por bruja. Mientras tanto, Ginesa desde la prisión solicita se le diga por qué está allí, se le dé traslado de los autos y se le tome confesión.

El 19 de noviembre es interrogada. Declara que de niña la llevaron a Totana desde Africa y que su nombre es Ginesa Martínez, por haber tomado el apellido de su amo al manumitirla; es de edad de 60 años, poco más o menos, e ignora la causa de su encarcelamiento; que se gana la vida haciendo «algun poco de lienço y tocas» y no sabe firmar.

Es preguntada sobre palabras prohibidas de hechizos que sepa, de quién las aprendió y a qué personas hace daño con ellas. La liberta rechaza las cuestiones e indica que no tiene noticias de esas cosas.

Se le inquiere sobre si conoce a los padres de doña Francisca y a ésta, y si tuvo disgustos con ellos. Responde que los conoce bien por haber sido vecinos durante tres años y que no hubo problemas entre ellos, ni siquiera cuando se marchó a vivir a otro sitio.

Preguntada sobre si sabe que doña Francisca estuvo enferma y cuál fue su mal. Dice que eso es público y notorio, mas que ignora de qué.

Preguntada si tiene conocimiento de que fue requerido el médico para curarla y no encontró el remedio, por lo cual indicó que podía deberse su mal a unos hechizos. Responde que no sabe nada de eso.

Es vuelta a preguntar si ha oído que el padre de la enferma se trajo a dos mujeres africanas de Murcia, que curaron a doña Francisca y declararon que tanto la acusada como su hija eran responsables del mal. Responde que «cree en la Santísima Trinidad y en la Santa Iglesia Católica rexida por el Espíritu Santo...».

Es preguntada si conoció a Gonzalo de Cánovas Ramos; si sabe de qué enfermedad murió y qué médico le asistió. Dice que era su dueño; que se puso malo «de pasar el río con agua turbia» y falleció; y que ignora el facultativo que le atendió, porque todo eso pasó hace más de catorce años.

Preguntada otra vez si el tal Gonzalo dijo a la madre y a la hija «si no tubiera la confiança que tengo en bosotras dixera que me abias (sic) libado con cosas de hechiçar...». Responde que no sabe nada de eso.

Preguntada si conoció a Diego Martínez Ramos, responde que sí, pero que nunca habló con él. Añade el juez que si tiene noticias de que estuvo malo y que el médico no lo pudo curar, por lo cual acudió a su cabecera una de las africanas que atendió a doña Francisca, quien dijo que no tenía salvación por proceder la enfermedad de hechizos y estar muy avanzada. Indica que ignora todos los puntos de la cuestión.

Terminado el interrogatorio, el alcalde nombra al procurador Juan Gallego fiscal de la causa, quien no acepta, por lo cual es preso con grilletes en la cárcel y amenazado con una multa de 10.000 maravedís si no asume la designación. Concluye por aceptar, naturalmente.

Acto seguido, acusa a Ginesa de hechicera pública «de muchos años a esta parte» que ha embrujado a varias personas, algunas de las cuales murieron. Por eso merece la pena capital «el cual delito esta conprobado bastantisimamente con las exposiciones de los testigos».

Se da traslado de los autos de la liberta, quien designa como procurador a Diego Ferrer Aranda, que solicita la libertad de su defendida y la devolución de los bienes embargados, pues niega las débiles acusaciones que encabezan el proceso. Según dice, de ellas no se puede desprender delito alguno contra su parte, a cuyo favor presenta su confesión. Añade que no existen pruebas de maleficios en los fallecimientos de Diego Martínez, ni de Gonzalo de Cánovas, ni en la enfermedad de doña Francisca Sánchez; y que la supuesta culpabilidad de Giensa se basa en lo dicho por dos mujeres de Murcia a los familiares de la supuesta hechizada, las cuales, y aquí está muy acertado el defensor, la curaron «con otro malefiçio, pacto espreso (sic) y notiçia y relaçion del demonio (...) por ser gente vil (las dos africanas) ni dar materia de proçeder, lo otro porque con la façilidad (con) que la dicha doña Françisca, su padre y marido se dexaron engañar de las dichas curanderas».

Tampoco observa indicio de delito en bajar y subir el cuerpo la mañana de Resurrección (aunque a nosotros nos trae recuerdos claros de la «sala» u oración que debían hacer varias veces al día los fieles musulmanes), pues lo realizan «comunmente las mujeres y personas virtuosas esta villa». Además, que en la revisión de su casa no se han encontrado cosas supersticiosas de las que puedan inferirse el delito que se le imputa y sí es sabido que Ginesa es buena persona, cristiana ejemplar, que frecuenta los sacramentos y observa la ley de Dios, de la que «no puede presumirse supersticiones ni pactos con el demonio». Pide la absolución de la liberta y su suelta de la cárcel.

Al poco, el fiscal insiste en que Ginesa es hechicera, basándose casi en exclusiva en que los acusadores «son gente onrada y personas prinçipales y de toda fe y credito tales que por ningun interes ni respeto dirian cosa que no fuese verdad», mientras que la acusada es «persona vil».

Contraataca Diego Ferrer y niega todo lo expuesto por el fiscal, por carecer de consideración y no constituir pruebas palpables, y reitera su demanda de libertad de la prisionera, por estar padeciendo «muchos achaques y enfermedades y a riesgo de la vida». De paso, recusa al alcalde como juez por «odioso (hacia Ginesa) y sospechoso». Este se da por recusado y nombra por su compañero a Francisco de la Fuente, alcalde de la Hermandad de Totana, para que le asesore en el juicio.

Mientras tanto, el fiscal diseña el interrogatorio al que han de responder cinco personas, una mujer y cuatro hombres, entre los que reconocemos al doctor Rodrigo Núñez. Las cinco preguntas formuladas se basan en la acusación de los familiares de doña Francisca, ya conocida. Y el defensor se limita a contradecir a cada una de ellas, de tal modo que vuelve por pasiva las de Juan Gallego.

La primera es si conocen a las partes en conflicto. Si saben que Gonzalo de Cánovas y Diego Martínez murieron de enfermedades naturales, sin sombra de maleficio. Que las africanas que curaron a doña Francisca son «viles y enbusteras, de malas costunbres y que comunmente eran tenidas por hechiçeras y de mala opinión». Que si saben que los acusadores son enemigos declarados de Ginesa. Y que si les consta que ésta es honrada y buena cristiana.

A estas cuestiones responden once varones, entre los cuales hay personas muy vinculadas a los dos fallecidos, supuestamente, por las malas artes de Ginesa. Melchor López, de 40 años, dice que ignora de qué fallecieron Diego y Gonzalo, pero que su cuñado, el primero, «estaba enfermo de una enfermedad en los compañones (testículos)» y que nadie pudo hacer nada por su vida.

Por Tomás García sabemos que la hinchazón testicular le vino a Diego «de lebantar unos pedaços de barrilla y este testigo le aplicó unos enplastos en que bino a rebentar aquella hinchaçon y que este testigo le curó por espaçio de un mes (...) y a fin de treinta dias despues bolbió el dicho Diego Martinez a casa de este testigo para que le bolbiese a ber como le bio que tanbien tenia herida por donde abia rebentado la hinchaçon y le dixo este testigo al dicho Diego Martinez que tubiera paçiençia que era cosa larga de cura...».

Otro Melchor López, tal vez padre del primero, de 60 años, indica que Gonzalo de Cánovas «estubo muchos dias enfermo y muy amarillo de color y que se iba secando y ahogando del pecho...». Con respecto al mal de Gonzalo, el testigo Simón Martínez, de 39 años, añade que le comunicó «que tenia almorranas y las piernas hinchadas (...) le entró a bisitar una noche y halló que la dicha Ginesa Martinez estaba curando al dicho Gonçalo de Canovas, su amo, de una fuente en el braço derecho y le dixo el susodicho a este testigo ya me boy muriendo...».

Todos y cada uno de los convocados por el defensor declaran que la liberta es una buena mujer y una fiel cristiana.

El primero de abril de 1658 el fiscal concluye que se ha probado de sobre las facultades de hechicera de Ginesa y el empleo de sus artes con doña Francisca, como han declarado sus familiares, además de constituir un agravante «ser persona bil como berberisca, lo cual todo ello verifica su delito bastante (...) por ser de dificil prueba no requiere probanças regulares y (hay) bastantes indiçios y presunçiones...». Solicita la tortura de la encausada.

El defensor pide la libre absolución, sin costas «porque no se a probado delito alguno contra ella» y no es çierto que los indiçios deben condenar, sino que «por derecho de aber probança regular porque lo demas es ilusorio y de ninguna consideraçion», ya que no son suficientes las cosas «oidas de dos mujeres supersticiosas y a un rumor que an querido introduçir a color de fama publica sin otras cualidades ni circunstançias que deçirlo asi...». Se opone al tormento, al no existir base, dado que los diversos testigos dicen que es buena cristiana, pese a lo humilde de su estado y nacimiento. Añade que, si la sentencia es contraria a su defendida, alegará en tribunal superior. Vuelve a solicitar la devolución de sus bienes sin costo alguno.

Doce días después, se da por conclusa la causa y los jueces mandan llevarla al alcalde mayor de Murcia y consultor del Santo Oficio, don Francisco Roca Sánchez de Montenegro, a quien nombran como asesor jurídico.

El 13 de mayo se falla el juicio. Se condena a la liberta Ginesa a cuatro años de destierro de la villa de Totana, diez leguas a la redonda. Se ordena que no lo quebrante, so pena de cumplirlo doblado y de 6.000 maravedís para la cámara del rey y gastos de justicia, por mitad. También es condenada en las costas de la causa, que suman la cantidad de 401 reales y 18 maravedís. Cuatro

días más tarde, Diego Ferrer presenta la anunciada apelación.

El 22 de junio, el juez dice que la berberisca anda por las calles del pueblo sin tener «mandamiento de soltura». Le da, entonces, un plazo de diez horas para salir de Totana desterrada; si no es así, no ose dejar la cárcel. Al alcaide de ésta se le notifica que cumpla las obligaciones de su cargo y la tenga presa hasta que se le notifique la suelta oficialmente. Es amenazado con diversas penas si no lo hace como se le indica. Al siguiente día se le dice por escrito que acompañe a Ginesa a las afueras de la villa, la mañana del 24 de junio, y la deje en el camino que desee para emprender su viaje.

De este modo quedaron las cosas hasta el 14 de mayo de 1660, cuando Diego Ferrer, que no se había olvidado de la liberta, vuelve a presentar una apelación en Totana, que le es admitida el mismo día por el gobernador y justicia mayor de Villanueva de los Infantes, don Francisco Ramírez de la Trapera, estando de visita en la población. Inmediatamente se opone el fiscal.

La apelación la basa en que recusó al alcalde Jacinto Martínez y éste, entonces, se hizo auxiliar no de su compañero natural, el otro alcalde, Diego Sánchez Caja, sino del de la Hermandad. Añade que el día 24 de junio de 1658, al salir el sol, mandó a un alguacil que sacara de la cárcel a su defendida y la echó del pueblo, pese a que el juicio estaba apelado un mes antes. Que se obró de ese modo «por ser persona pobre, desvalida y no pudo acudir a su defensa a la parte que mas le conbenia...». Solicita que se revoque la primera sentencia, dejando sin efecto los cuatro años de destierro.

Visto toda la causa por el alcalde mayor, declara revocado el fallo al día siguiente por injusto.

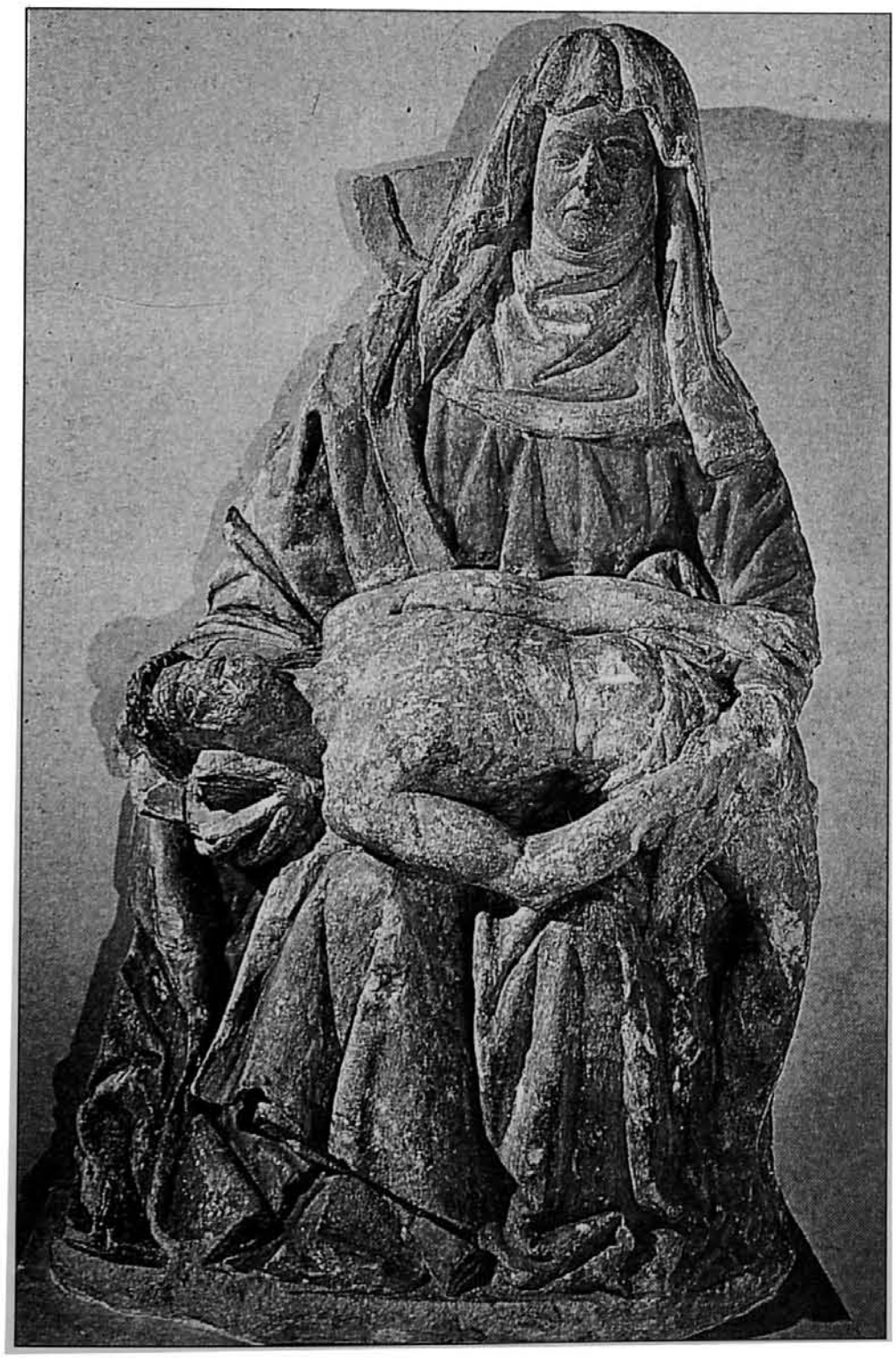
Hasta aquí el pleito que condujo a prisión a una sencilla mujer durante más de medio año y le supuso la salida forzada de Totana, donde tenía su vida más o menos resuelta, a la avanzada edad, para la época, de más de 60 años y con la pena de la pérdida reciente de su única hija, entonces verdadero báculo de su inminente vejez. Cierto que el inusitado interés de un aparente hombre de bien, el procurador Diego Ferrer, hizo que resplandeciera lo anormal de la causa, basada en la posible envidia o malicia de dos africanas residentes en Murcia, tal vez berberiscas como ella, durante el siglo XVII, lo pasaron mal al caer en poder de la Inquisición, la cual aplicaba a la acusación de hechicería la agravante de su procedencia, una zona de «enemigos de la fe católica» donde todo era posible. Sin embargo, esas son otras historias...[3].

(3) Ver Blázquez Miguel, Juan: *La hechicería en la Región Murciana (Procesos de la Inquisición e Murcia, 1565-1819)*. Imprenta López Prats. Yecla. 1984. Sobre todo páginas tan clarificadores como la 92, 94, 104 ó 113.

APORTACIONES SOBRE LA CONFIGURACION DE LA TIPOLOGIA DE «PIETA» EN VARIAS OBRAS ARTISTICAS DEL SURESTE ESPAÑOL

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 427 - 433

José Carlos Agüera Ros
DEPARTAMENTO DE HISTORIA DEL ARTE.
UNIVERSIDAD DE MURCIA



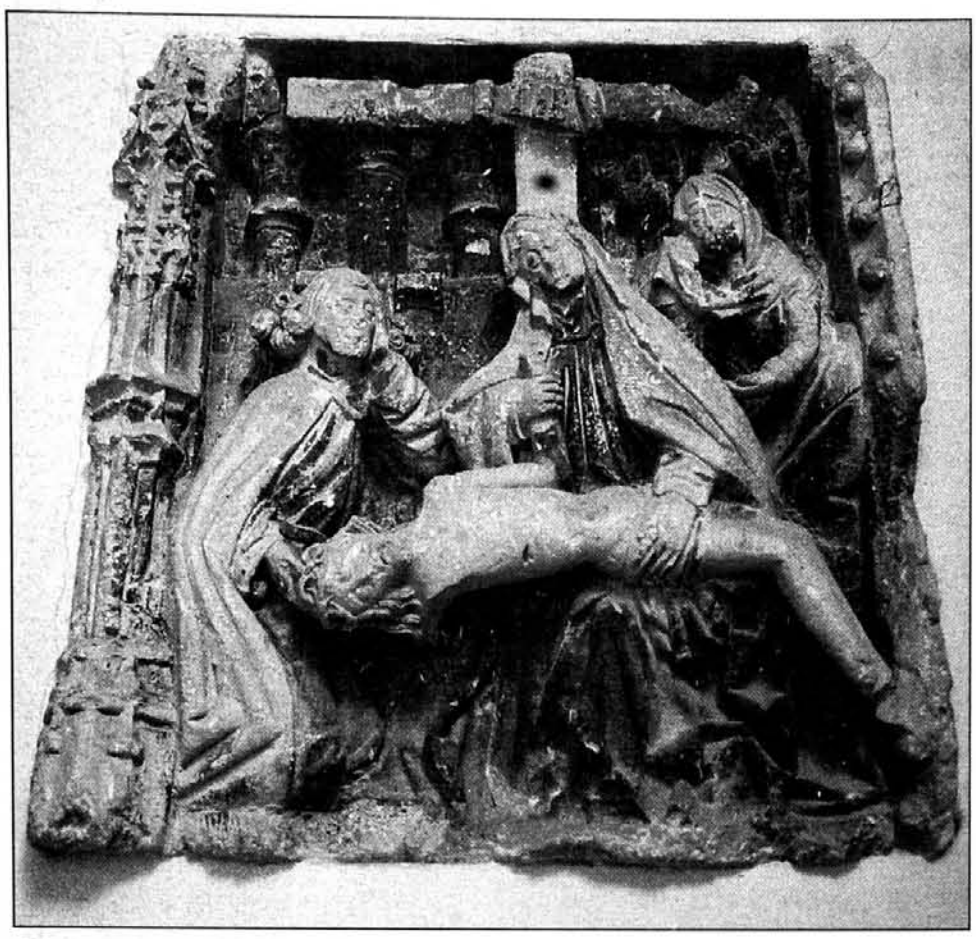
1. Piedad. *Murcia, Catedral, Museo.*

En las representaciones de los ciclos iconográficos de las vidas de Cristo y María, un pasaje de especial predilección, a partir sobre todo del periodo medieval, fue aquel que plasmaba el momento del dolor de la Virgen, a veces llamado «Llanto», al recibir el cuerpo de su Hijo tras ser descendido de la cruz. El profundo carácter pasionario de este tema se enriquecía así con intensidad, al añadirle el contenido complementario y emotivo siempre, de la figura conmocionada de María, que servía además de exponente claro y sancionador de su coprotagonismo junto a Jesucristo en el acto de la Redención. De esa forma se enfatizaba incluso aún más, al efigiar a la Madre como receptora postrera del cuerpo de su Hijo, antes de recibir éste sepultura.

Las escenas que exaltaban tal momento y, por consiguiente, la iconología de la función corredentora de la Virgen, proliferaron con diversidad de rasgos a lo largo de la historia del arte cristiano de Occidente. Por lo común han sido agrupadas bajo la designación genérica de «Virgen de Piedad», pero con frecuencia también llevaron el título de «las Angustias» y de «los Dolores», advocaciones bajo las que han pervivido hasta el presente(1), como bien lo ejemplifica el caso particular de Murcia y su Región. Esas dos últimas denominaciones ostentan en ciudades, pueblo y lugares de este territorio patronazgos numerosos y diversos, cuyos orígenes vinieron motivados a menudo por devociones en principio particulares, que por su éxito como expresión y cauce de religiosidad acabaron alcanzando un carácter general.

No obstante, la aparición de esta forma concreta de representación pasionaria y mariana en el arte murciano parece que fue lenta e intermitente, pues los ejemplos más antiguos que existen son escasos y no hay certeza de que

(1) Del tema en general y con especial atención a nuestro país hay abundante información en el libro de Manuel Trens. *María. Iconografía de la Virgen en el arte español*. Madrid. Plus Ultra. 1947. pp. 204-232 y una recientísima síntesis del mismo es la de F. J. de la Plaza Santiago. «La Virgen de la Caridad, de Cartagena: consideraciones sobre el origen de una iconografía» en *Arte y Cultura en el Primer Centenario del templo de la Caridad, de Cartagena. 1893-1993*. Murcia. Universidad. 1994. pp. 163-187.



2. Piedad. *Lorca, Convento de Santa María de las Huertas.*

abundara hasta una fecha avanzada. Así, destaca en primer lugar una escultura de la «*Piedad*» que se halla en la Catedral, expuesta en su Museo. Está hecha en piedra policromada por un maestro local anónimo, algo tosco pero con carácter y respecto a cronología aproximada data de hacia finales del siglo XV(2). Es la obra más temprana conservada de dicho tema en la Región y en ella lo esencial del modelo aparece ya definido. Interesa sobremanera por partida doble, al implicar primero que quizá fue venerada en la iglesia mayor de la Diócesis y con toda seguridad que la tipología de la Virgen sosteniendo en su regazo a Cristo muerto tuvo, relativamente pronto, cierta fortuna en cuanto a representación sagrada en nuestro ámbito (*f. 1*).

Próxima en el tiempo es otra «*Piedad*» en altorrelieve del convento de Franciscanos de Santa María de las Huertas en Lorca(3), realizada también en piedra y mejor en la calidad del labrado aunque sea asimismo de autor anónimo, con estilo hispano-flamenco. La composición aquí se amplía, al incluir las figuras de San Juan y la Magdalena a ambos lados del grupo doliente de María con Jesús, todo ello sobre un fondo de arquitecturas (*f. 2*).

Hay indicios para afirmar que ese esquema pietista mariano pervivió durante el siglo XVI en la zona murciana, pues entre las escasas muestras que quedan de dicho periodo, en la parroquia de Santiago de Totana existe un banco, resto sin duda de un retablo, donde la Virgen sosteniendo en su regazo a Cristo muerto, centra una composición con los Santos Andrés y Sebastián flanqueándolos, sobre un fondo de paisaje y todo ello muy deteriorado(4) (*f. 3*). La autoría, aún por determinar, tal vez corresponda al siempre citado pero aún enigmático pintor flamenco Artus Tizón, que consta trabajó para dicha iglesia, cuando no incluso a Juan de Vitoria, a cuya manera bien conocida está próxima esta obra, que desde luego por el estilo debe pertenecer a la segunda mitad del siglo XVI.

Tal representación es seguro que pasó a la centuria siguiente, pues de hecho en el XVII aparecía registrada bajo la advocación indistinta de «Virgen de las Angustias» o «Virgen de la Piedad con la Magdalena y San Juan», al menos en la ciudad de Murcia entre los temas de cuadros en poder de particulares, lo cual indica que lo cultivaban los pintores locales. En la Catedral un cuadro anónimo, difícil de ver y estudiar preside la sillería de la sacristía de la Capilla de los Medios Racioneros, casi inaccesible, lo que no impide apuntar que por sus rasgos pertenece al Seiscientos, destacando el fondo arquitectónico que respalda las figuras(5) (*f. 4*). Asimismo en la capital murciana, desde mediados de aquel siglo empezó a conocer un auge como representación, pues contaba, además de su profundo contenido teológico, con la propagación que de ella hacían los frailes de la Orden Seráfica en sus distintas ramas y quizá también aquí los Trinitarios Descalzos. Respecto a estos últimos, permite afirmarlo la constancia de que en su iglesia conventual había una capilla dedicada a la Virgen de las Angustias, ya desaparecida como todo aquel conjunto(6), pero cuya imagen titular bien pudo responder a la iconografía que nos ocupa.

En cualquier caso parece claro, que ya desde comienzos del siglo XVIII, la superposición del tema de la Piedad tanto con el de las Angustias como con el de los Dolores de la Virgen empezó a generalizarse, hasta acabar en una misma identificación, contando con excelentes representaciones en la Región. La más temprana y segura de ese tiempo es, hasta ahora, la llamada «*Virgen de la Caridad*» que tu-



3. Piedad entre los Santos Andrés y Sebastián. *Totana (Murcia), Parroquia de Santiago, Sacristía.*

(2) Alfonso E. Pérez Sánchez. *Murcia, Albacete y sus provincias*. Guías Aries. Barcelona. 1961. p. 62 e ídem. *Murcia*. Fundación March. Madrid. Noguer. 1976. p. 168. figura 53 y C. Belda Navarro. «...» en *Historia de la Región de Murcia*. IV. Murcia. Mediterráneo. 1980. pp. 249 y 307.

(3) Pérez Sánchez. ob. cit. 1961. p. 148.

(4) Es pintura sobre tabla que mide 30.5 x 168 cm.

(5) Es pintura al óleo sobre lienzo que mide 147 x 84 cm.

(6) J. C. Agüera Ros. *Pintura y sociedad en el siglo VII. Murcia, un centro del barroco español*. Murcia. Academia Alfonso X. 1994. pp. 404 y 443.



4. Piedad.
Murcia, Catedral, Sacristía de la Capilla de los Medios Racioneros.

tela el Santo y Real Hospital del mismo nombre, así como el patronazgo de la ciudad de Cartagena. Llegada desde Nápoles en 1723, se atribuye tradicionalmente a Giácomo Colombo y ella determinó la consolidación de un esquema que procedía de la «Pietá» pintada hacia 1599-1600 por el boloñés Annibale Carracci, hoy en el Museo también napolitano de Capodimonte, difundido sin duda mediante las estampas que de aquella hicieron varios grabadores (E. Colbenschlag, D. de Bailly, P. del Pó y G. Rousselet)[7].

La estética de la imagen cartagenera despertó pronto un intenso y general fervor, sobre todo por cambiar el modelo hacia una dimensión más emocionalista, movida y abierta, propia del Barroco, que se proyectó enseguida en la pintura local. Lo demuestra la existencia de tres cuadros que la reproducen con fidelidad, localizados respectivamente en el convento murciano de Justinianas y en sendas colecciones privadas, que fueron realizados tras el arribo de

(7) Pérez Sánchez ob. cit. nota (2) pp. 270 y 277-278 así como para el pintor G. Malafarina, *L'opera completa di Annibale Carracci*. Milán Rizzoli. 1976, p. 119, n.º 111, figuras LIV y 111.



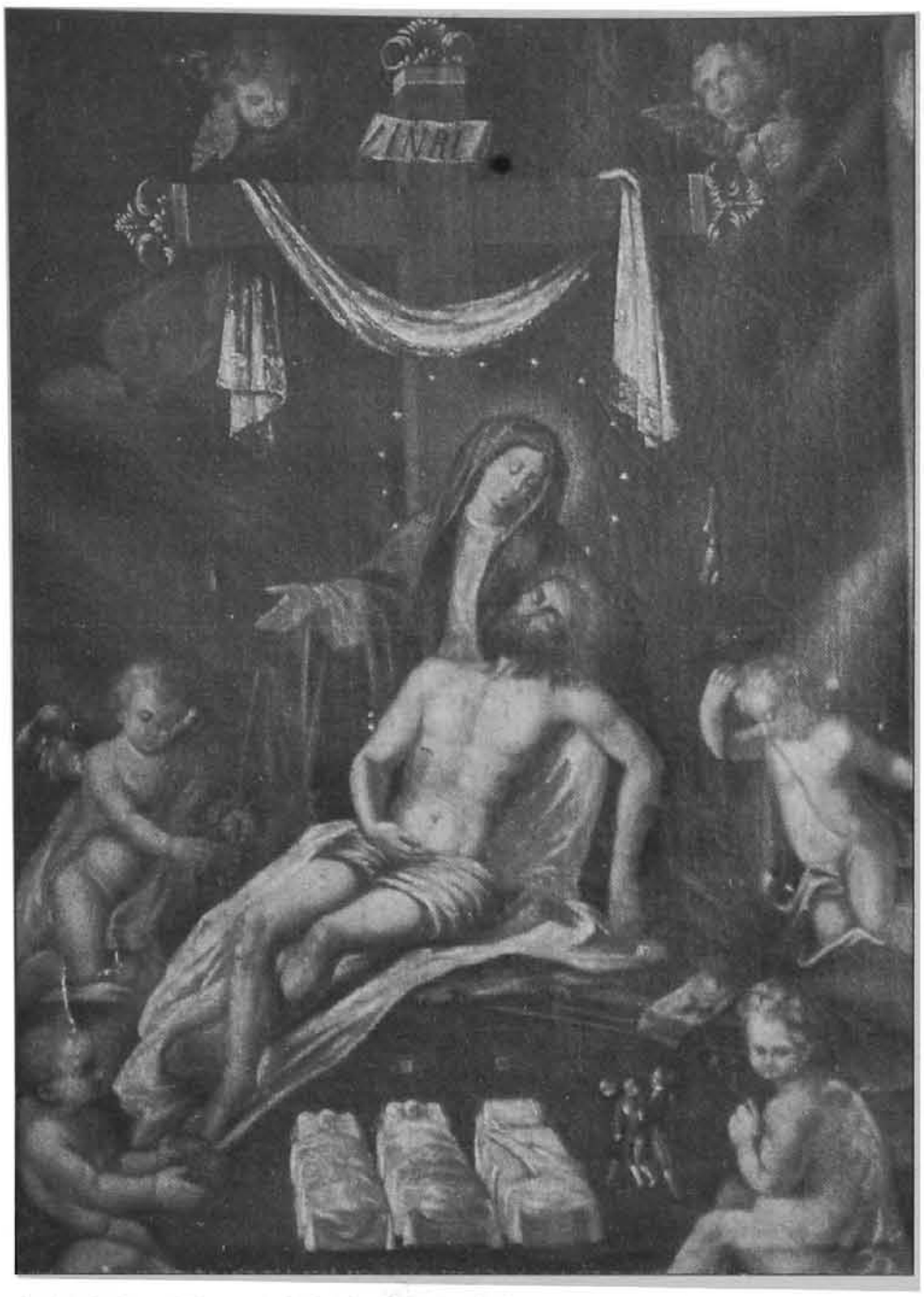
5. Anónimo: Virgen de la Caridad.
Murcia, Convento de Justinianas de Madre de Dios.

la talla desde el segundo cuarto del siglo XVIII por pintores anónimos[8] *(f. 5, 6 y 7)*. Por otra parte, es curioso comprobar que también presenta una composición análoga un cuadro de la «*Virgen de los Dolores*» del pintor barroco catalán Antonio Viladomat (Barcelona 1678-idem 1755), perteneciente a la serie de escenas que hizo sobre la Vida de la Virgen y la Pasión, entre 1727-1737, para Santa María de Mataró donde permanece[9] *(f. 8)*. Este último evidencia así, que el prototipo o al menos la idea, ya fraguada en los rasgos generales, de mostrar a María con expresión conmovida y gesto anhelante sosteniendo entre sus rodillas y el suelo a Cristo, rodeados por angelitos dolientes, debía conocerse y circular por las mismas fechas en la pintura del Levante mediterráneo español.

Ante precedentes tipológicos tan numerosos e inmediatos se aclara el modelo o las pautas inspiradoras que pudo emplear Francisco Salzillo, al efigiar en 1740 su primer grupo de la «*Virgen de las Angustias*» para la Congregación de Servitas de San Bartolomé de Murcia ciudad. El acierto en la plasmación del tema y la maestría de ejecución del mismo por el imaginero justifican que, con posterioridad y

(8) José C. Agüera Ros, «La Virgen de la Caridad y su difusión en la pintura, la estampa y otras artes» en *Arte y cultura en el Primer Centenario del templo de La Caridad de Cartagena 1893-1993*. Murcia, Universidad, 1994, pp. 55-90, especialmente 58-60, donde se consignan con sus medidas y también figuras 1, 2 y 3 del mismo estudio.

(9) Trens. ob. cit. nota (1) pp. 229 y 232, figura 141.



6. Anónimo: Virgen de la Caridad. *Colección Privada.*



7. Anónimo: Virgen de la Caridad. *Colección Privada.*



8. A. Viladomat: Virgen de los Dolores. *Mataró, iglesia de Santa María.*



9. ¿Felipe Teruel? Virgen de las Angustias. *Ilustración de novena.*

sucesivamente, se le encargaran otros cuatro más, para las localidades murcianas y alicantinas de Dolores (hacia 1742), Lorca (1746, ya destruido), Alicante capital (sin datar) y Yecla, hecho en 1763.

El aumento y generalización del fervor y entusiasmo en torno a esta devoción mariana, que ilustraba por antonomasia los padecimientos y la corredención de la Virgen, unido a la repetición del tipo por Salzillo en un amplio territorio determinaron, seguramente, que al igual que había sucedido con la Virgen de la Caridad, también tuviera un reflejo en la pintura y estampa, pero ya conforme a las hechuras de las imágenes realizadas por el escultor. Es incuestionable el éxito de la estética salzillesca y la total aceptación que sus esculturas, apenas concluidas y entregadas, obtenían entre los fieles y contempladores, pues sin duda adquirieron pronto un carácter de piezas polarizadoras de la piedad popular o la admiración de entendidos.

Las estampas fueron posiblemente la primera vía, que contribuyó a divulgar esas veneradas efigies salzillescas de las Angustias o los Dolores, según se las denominara. La «*Virgen de las Angustias*» del templo de San Bartolomé de Murcia aparece reproducida en una xilografía que ilustra una novena dedicada a aquélla y aunque no lleva fecha puede datarse ampliamente entre 1760 y 1780, por la actividad durante esos años de Felipe Teruel, impresor que la editó y quizá asimismo la dibujó, dada la similitud de factura con otras estampas que adornan sus ediciones. Además de que el propio título del libro alude a la imagen tallada, su representación permite reconocer, pese al esquematismo algo popular, ligerísimos detalles presentes en aquélla y repetidos en adelante por Salzillo, que difieren de otros esquemas. Tales son la disposición sedente de María con la cabeza algo ladeada, la mano y brazo izquierdo extendidos mientras que con la derecha sostiene sobre su rodilla a Cristo, que cae cruzando las piernas, así como la colocación general y los gestos de los angelitos[10] *(f. 9)*.

Tampoco caben dudas respecto a la identificación de los grupos salzillescos en varios cuadros del mismo siglo XVIII e incluso de aún después, que de seguro surgieron como copias pintadas de esas tallas que el maestro prodigó. En efecto, reflejan sus rasgos un buen número de pinturas, en las que casi se calcaron prácticamente las leves pero puntuales y, desde luego, básicas diferencias, manifiestas en la ya veterana composición. Con frecuencia debió tratarse de obras encargadas por particulares, que movidos probablemente por un factor de religiosidad coincidieron en el afán de tener en sus domicilios reproducciones fidedignas de las Piedades de Salzillo. Investigando desde hace tiempo la proyección de las esculturas del imaginero en la pintura de su tiempo e incluso posterior, he podido comprobar que esta parcela temática empieza a concretarse como un verdadero fenómeno, hasta el punto de que permite afirmar que proliferaron por doquier.

El ejemplo más antiguo de tan singular inspiración viene dado por un cuadro de «*La Virgen de las Angustias*» de

(10) J. C. Agüera Ros, «Presencia de la obra de Salzillo en la pintura y la estampa de su tiempo» y «Catálogo de pintura y estampa» en *Francisco Salzillo y el Reino de Murcia en el siglo XVIII*. Murcia, Editora Regional, 1983, pp. 176 y 311, figura P-27.

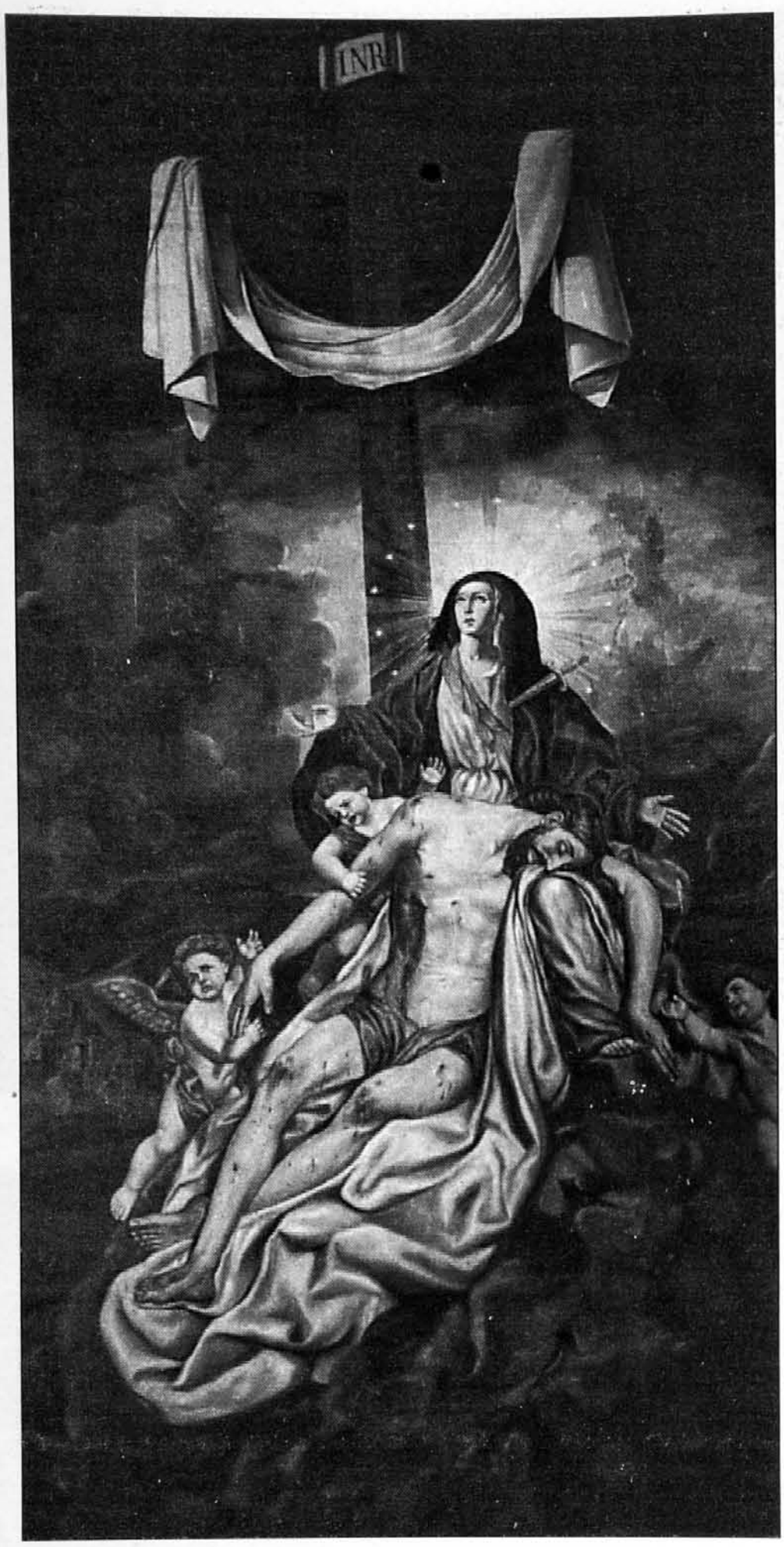


10. J. Muñoz y Frías: Virgen de las Angustias. 1779 *Colección privada.*

José Muñoz y Frías (¿hacia 1720?-(+) Murcia 1781), pintor de cierta cultura que tuvo amistad con el imaginero al menos desde 1765, cuando se dice que participaba en la instrucción artística en el domicilio de éste último. Juntos figuraron en 1777 como «socios» exentos y «sobresalientes» en la fundación de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Murcia ciudad y al crearse en ella la Escuela Patriótica de Dibujo (1779) Salzillo fue nombrado Director y Muñoz su Ayudante, permaneciendo éste en aquel cargo hasta que falleció. La estrecha relación entre ambos justifica que en su producción pictórica Muñoz reprodujera con creces los tipos del escultor, a los que acabó plegándose, quizá tanto por admiración hacia el innegable talento creativo del mismo, como por responder al gusto o los deseos de una clientela que demandaba cuadros según las afortunadas tallas, aunque pese a todo muestre cierto lirismo y calidad[11]. La pintura aquí mencionada *(f. 10)*, a la que aludió Espín en una colección particular donde permanece[12], confirma todas estas consideraciones, al comprobar en ella que recoge con puntualidad la imagen homónima de Salzillo, que hubo en San Mateo de Lorca, destruida en la Guerra Civil. Muñoz enriqueció la

(11) Para todo lo expuesto vid. ob. cit. nota (10) pp. 174 y 290-292, P-7, P-8 y P-9 así como José C. Agüera Ros. «La pintura en el Monasterio de Santa Verónica» y «Catálogo de Pintura» en *El Monasterio de Santa Verónica de Murcia. Historia y Arte*. Murcia, 1994, pp. 198 y 236-239.

(12) J. Espín Rael, *Artistas y artífices levantinos*. Lorca, 1931, p. 366. Agradecemos sinceramente a los actuales propietarios del cuadro la cortesía y disponibilidad para estudiarlo, pues a su redescubrimiento y publicación podemos añadir que es un posible temple sobre lienzo de 137 x 98'5 cm., expresando asimismo gratitud a D. Juan Guirao y D. Manuel Muñoz Clares por la información de que aquella aún existía.

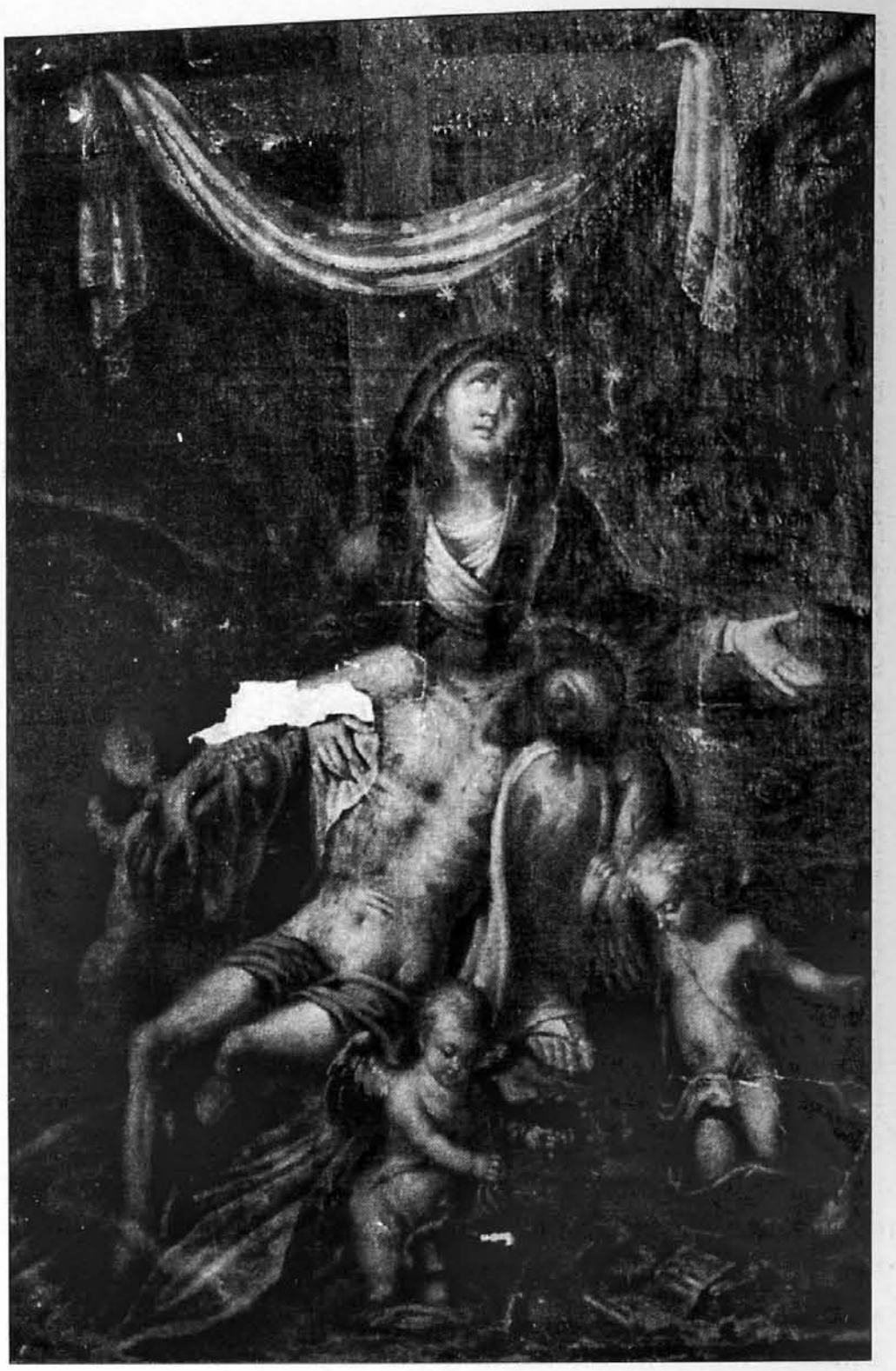


11. J. Muñoz y Frías y E. Rojo: Virgen de las Angustias. *Lorca, parroquia de San Mateo.*

composición sólo con las adiciones, a la izquierda, de un ángel mancebo sosteniendo el brazo derecho de Cristo, la cruz vacía con sudario sobre el Calvario y grupos de angelitos en lo alto. Bien entonada pero con algún error de dibujo, la obra tiene el doble interés de corroborar que fue un encargo privado, pues lleva al pie del anverso la inscripción en cursiva «*A devoción de D. Nicolás de Miras Peralta / y de D.ª Raymunda López y Canosa*» y a continuación en el ángulo inferior derecho con iguales caracteres «*Joseph Muñoz y Frías. Fat. Año de 1779*», lo cual corrige en tres años la fecha que leyó Espín convirtiéndose en una de las últimas del pintor.

A Muñoz y Frías cabe atribuir otra pintura de idéntico asunto también en Lorca, sita en la escalera del acceso lateral a la parroquia de San Mateo y cuyo enorme tamaño[13] ha

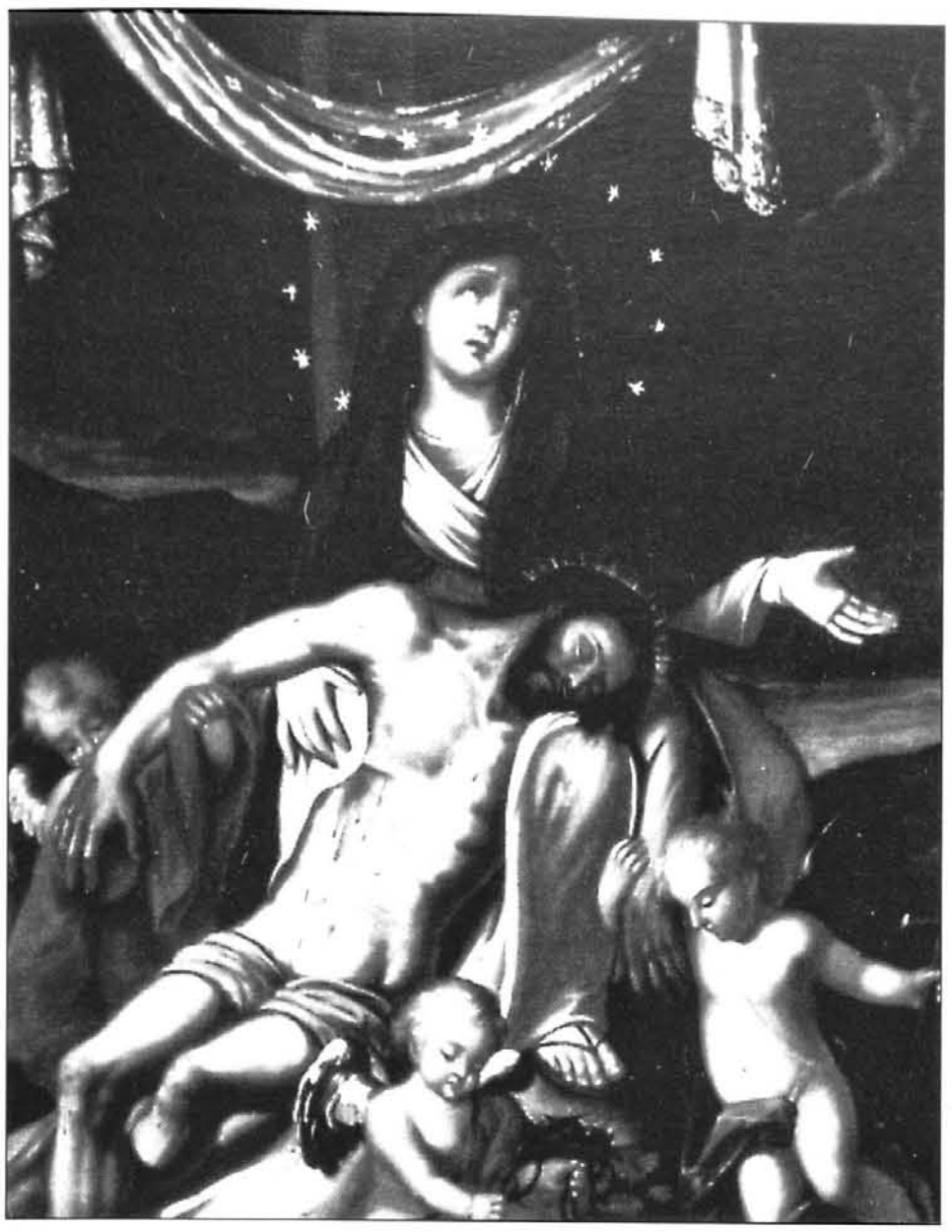
(13) Mide aproximadamente 250 x 180 cm.



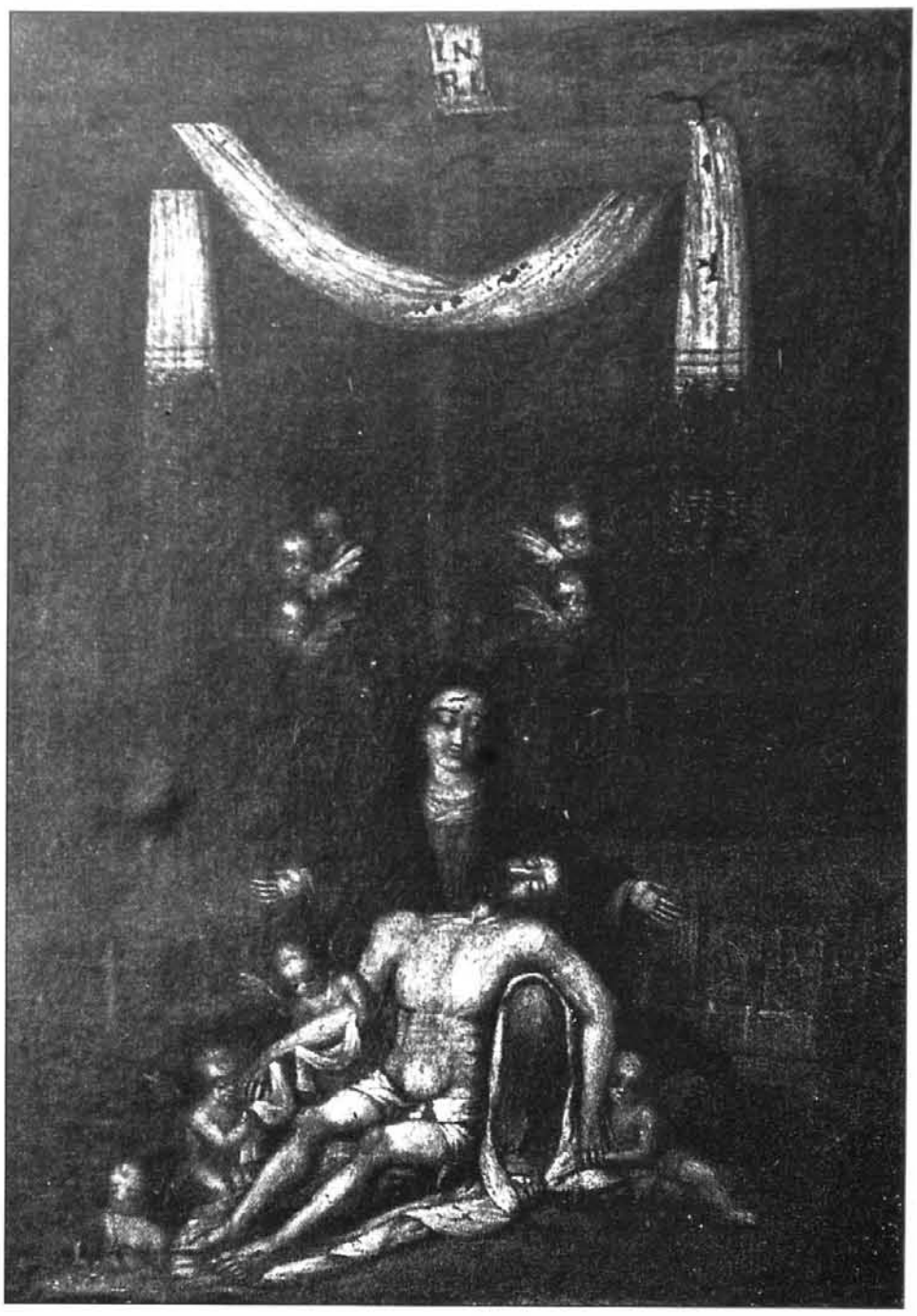
12. J. Campos: Virgen de las Angustias. *Murcia, Museo de Bellas Artes.*

hecho pensar alguna vez que quizá fuese el antiguo bocaporte del camarín, que allí albergaba el citado grupo salzillesco ya destruido, lo cual no parece del todo claro. Pero de confirmarse esta conjetura sería inmediatamente posterior a la fecha de realización del mismo (1746) y por consiguiente la obra más antigua fechada del pintor, cuyo estilo peculiar puede reconocerse sólo en algunas zonas del lienzo, ya que casi todo fue rehecho por el pintor lorquino Emiliano Rojo tras los destrozos que sufrió en la pasada contienda *(f. 11)*. No obstante, sirve como exponente de que Muñoz y Frías, además de colaborar al menos en la docencia artística con Salzillo, asimismo contribuyó en gran medida a difundir los rasgos de sus esculturas.

A resultas de esta generalización formal en pintura, de las advocaciones pietistas marianas según los patrones del escultor, se entiende que el pintor valenciano Joaquín Campos (Altura, Castellón 1748-Murcia 1811), afincado en Murcia en 1781 y Director de la Escuela de Dibujo de la Economía desde 1792, las repitiera en más de un cuadro. La licenciada Amparo Iborra Botía localizó sendos ejemplares, que conozco gracias a su generosidad: uno en los fondos del Museo de Bellas Artes de Murcia, con firma y fecha de hacia 1800, copiando la efigie de las Angustias de San Bartolomé, que ya estudié hace tiempo *(f. 12)* y otro que está inédito en colección particular murciana. Campos, con su estilo de bondad artística desigual pero inexplica-



13. Anónimo: Virgen de las Angustias. *Colección privada.*



14. Anónimo Siglo XIX: Piedad.
El Campillo (Lorca), Parroquia de Santa Cruz.

blemente afamado, incidió en mayor grado que Muñoz y por razones análogas en la réplica, a veces servil, de ésta y otras tipologías religiosas empleadas por Salzillo(14).

A todos ellos y con las Angustias salzillesca como constante temática, se puede añadir otra pintura más, anónima y asimismo de propiedad particular. Aunque es de arte inferior a las de Campos, resulta una enésima muestra de todo lo expuesto y por ello merece atención *(f. 13)*.

De estilo y mano totalmente popular es una «*Piedad con ángeles*», donada recientemente con otros cuadros a la parroquia de Santa Cruz en El Campillo, Lorca(15). Pese a ser obra anónima, de entre los siglos XVIII-XIX y desde luego de escasa calidad, resulta muy interesante, pues el grupo representado es una solución de compromiso entre el modelo de la Caridad cartagenera, de la que procede la disposición de Cristo muerto, que se combina con una Virgen de brazos abiertos y en torno a ambos los angelitos dolientes tomados del esquema salzillesco. La vista de ciudad del fondo, con murallas, iglesias y campanarios, alusiva a Jerusalén, parece tomada de la realidad y hasta podría responder a una concreta, tal vez la misma Lorca *(f. 14)*.

Por último quedan por recordar algunas referencias del pasado siglo XIX sobre cuadros, que pudieron ser similares a los ya analizados, a tenor de que como de la Virgen de las Angustias aparecían en iglesias de distinta índole de Murcia capital. Eran los que consignó Fuentes en las parroquias de San Andrés y San Antolín, en la Capilla del Colegio de San Leandro y en la sacristía del templo monástico de Santa Verónica(16). Sin embargo, por no figurar ya hoy allí donde colgaban, su localización e identificación plantea numerosas dificultades, pues se trata de meras citas que hacen casi imposible saber si fueron destruidos o se extraviaron, en los avatares de todo tipo que han precedido al momento actual. Mas en cualquier caso, añadidos a los ya enumerados, demuestran que proliferaban y que tuvieron una vigencia continuada hasta tiempos no muy lejanos.

(14) Ob. cit. nota (10) pp. 174 y 293-297. P-9, P-11 y P-12.
(15) Es un óleo sobre lienzo que mide 101 x 72.5 cm. sin marco y con la peculiaridad de mostrar otra pintura apenas esbozada en su parte posterior, quizá el pasaje bíblico de Rut y Boz por aparecer las figuras de una espigadora y un segador.

(16) J. Fuentes y Ponte, *Murcia mariana*. Parte I. Lérida, 1880, p. 127, ídem, Parte II. 1881, p. 6, ídem Parte III, pp. 59 y 121 respectivamente, así como Agüera Ros ob. cit. nota (10), p. 293.

LOS RUIZ-FUNES, UNA ESTIRPE DE PLATEROS EN LA MURCIA DEL XVIII

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 435 - 441

Francisco Candel Crespo

Numerosa e interesante estirpe de plateros murcianos, que se inicia con Antonio Ruiz-Funes Pastor, continúa con sus hijos Pedro (discípulo de dibujo de Salzillo) y Javier, además de su sobrino Domingo Ruiz Funes y Casajuz, sigue con sus nietos los Ruiz-Funes y Soler y termina con José Ruiz-Funes y Didier y finaliza con el XIX con Antonio y Manuel Ruiz-Funes y Peralta...

A MODO DE PRESENTACION(*)

Agradezco a la Dirección del Museo y la revista Verdolay, la ocasión que me brinda de dar a conocer –como gozosa promesa– a una famosa y conocida familia de plateros murcianos: Los Ruiz Funes, que forma parte de mi libro (todavía inédito) «Plateros en la Murcia del XVIII» del que como adelanto mi ensayo «Los Plateros de Murcia en el Catastro de Ensenada» publicado en la revista Imafronte en el homenaje a la Profesora de la Universidad Doña Virginia de Mergelina y Cano-Manuel.

ESTIRPES DE PLATEROS

Es un fenómeno, no exclusivo de este Gremio, que se daba con gran frecuencia en el pasado murciano y gran parte de los errores cometidos por autores murcianistas al tratar de los plateros estriba en que no llegaron a estudiar con la extensión que se merece el tema, lo que yo denominaría Estirpes de plateros. Es decir una serie de familias en las que durante tres y hasta cuatro o cinco generaciones se conserva celosamente el taller familiar, lo que explica las escasas «Cartas de Aprendizaje» que aparecen en los ricos archivos murcianos, por nutrirse el taller o industria familiar en la mayoría de las ocasiones por hijos y nietos del Maestro de Taller, convertido a veces en un verdadero «Pater-familias» y a cuya mesa se sientan hijos, hijos políticos y nietos...

Por otra parte, al conservarse durante largos años y aún siglos, la patriarcal costumbre de bautizar a los hijos mayores con los nombres de los abuelos, paterno y materno, ha entorpecido la labor investigadora, toda vez que, dada la gran mortalidad infantil en aquellas décadas, los nombres se repiten indefinidamente... como también se suele prescindir en numerosas ocasiones del segundo apellido, se encuentran casos tan curiosos como el de Miguel Morote (por citar un solo ejemplo) al que ciertos autores vienen a considerar como uno, siendo en realidad tres, padre, hijo y nieto: Miguel Morote Guerrero, Miguel Morote Fernández y Miguel Morote Murcia, que abarcan entre los tres más de un siglo...

Se hacía por tanto imprescindible, para realizar un estudio serio y documentado, situar a cada uno de estos viejos artistas en el lugar correspondiente, estudiar estas familias gremiales en su entorno laboral y humano en la Murcia del XVIII, labor en la que gustosamente «me embarqué» el año 86 al pasar a la situación de «Reserva Activa» y cesar en cierto sentido, mi vida de Apostolado en el Ejército del Aire, al que he pertenecido durante treinta largos años. Trabajo emprendido con ilusión y constancia, que me ha llevado mucho tiempo, trabajo idealista –me gozo en decirlo– y como la mayoría de las veces, por nadie comprendido y mucho menos todavía, recompensado...

Esta pervivencia familiar, incluso bajo el punto de vista estrictamente artístico ha tenido como consecuencia (afortunada en la mayor parte de los casos) la conservación de dibujos, esquemas y proyectos, que transmitidos de padres a hijos, conservan indefinidamente viejos y artísticos modelos. Así cuando José Ximénez de Cisneros labra ya en pleno siglo XVIII la hermosa custodia procesional de San Antolín, conserva en esta rica alhaja el estilo inconfundible del siglo anterior... y hasta ya en nuestros mismos días, ca-

(*) Siglas de uso más frecuente:
S. B. San Bartolomé
S. N. San Nicolás

si, el inolvidable Maestro Santos Senac (al que alguien consideró como el último artífice platero murciano) traza un copón de buen tamaño para la citada Parroquia sanantolinera, lo adorna como un bello recuerdo del XVIII murciano con bellísima rocalla en el pie...

Una de estas estirpes de plateros murcianos, por mí diligentemente estudiada y ahora presentada en público es la de los Ruiz Funes, familia que, como tantas otras de Murcia a lo largo de su Historia, hunde sus raíces en la Huerta de Espinardo y en la lejana Villa de Cieza, familia que, en sus diversas y frondosas ramas ha dado a Murcia: Plateros, médicos, confiteros hombres de Letras y Leyes, Sacerdotes y hasta un Ministro: Don Mariano Ruiz-Funes García[1].

ANTONIO RUIZ-FUNES Y PASTOR

Catastro: «Antonio Funes, Maestro platero; 29 años, casado, 3 hijas. Un aprendiz y un criado menor de 18 años: 2.760 y 360 respective»[2].

Antonio Ruiz-Funes o «El Maestro Funes» como le llamaron sus contemporáneos es cabeza de una verdadera estirpe de Plateros que se extingue a finales del siglo XIX.

Hijo de José Ruiz-Funes García y de Francisca Pastor Rubio, casados en la murciana Parroquia de San Pedro (9 de enero de 1710) al año siguiente era bautizado en la misma nuestro biografiado.

Creo, con muchos visos de probabilidad, que se formó como Aprendiz y Oficial en el renombrado taller de Don Nicolás Martínez-Galarreta y Balibrea, del que acabaría siendo yerno, ya que es muy significativo que contraiga matrimonio en S. B. el día 29 de septiembre de 1745 (libro 4.º, folio 32) y que el 5 de julio de 1747, ante el Notario Azcoytia, comparezca «Don Nicolás Martínez, vecino de esta Ciudad y Maestro Platero en ella» comprometiéndose con el Colegio y Arte de Plateros a pagar la fianza exigida en favor de su yerno Antonio Ruiz-Funes, era ésta «dos pesos y medio de a quince» y como Mayordomo del Gremio la acepta Manuel Medina, otro yerno de Don Nicolás[3].

La carta de Dote matrimonial se firma un año después: 15 de octubre 1748 ante el Notario Rosa y Llanos.

El Ayuntamiento de Murcia en Cabildo Ordinario de 11 de febrero de 1749 admite a nuestro buen Antonio Ruiz-Funes como Maestro titulado de Platero.

Del matrimonial consorcio con Nicolasa Martínez-Galarreta y Marco (hija de D. Nicolás y Doña Luisa Marco Torregrosa, nacieron no menos de nueve vástagos de los que sólo alcanzarían la mayoría de edad: Pedro (1757), Javier (1766), Rafaela (1748), Antonia (1754) y Marica (1760)[4].

(1) Candel Crespo (Francisco) «Noticias históricas sobre la familia murciana de los Ruiz-Funes» (Murcia 1991, inédito).
(2) Catastro del Marqués de la Ensenada (1777) A.H.M.
(3) El único hijo varón de Martínez-Galarreta, ingresó en la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, lo que obligó a su padre a casar a sus tres hijas con otros tantos Maestros Plateros: Nicolasa con Antonio Ruiz-Funes, Fulgencia con Manuel Medina Hita y Feliciana con Juan Beltrán de Resalt. Hecho que veremos repetido en múltiples ocasiones dentro del Gremio de Plateros.
(4) La única hija que contrajo matrimonio: Rafaela, lo hizo con otro platero: Juan Esbrí García, siendo cabeza de otra estirpe que llegó hasta finales del siglo XIX. Doña Rafaela murió a los 102 años y su nieto, el famoso Don José María Esbrí Manresa, la hizo sepultar en su Capilla de la finca «La Peraleja» en Sucina. Doña Rafaela que pasó por el dolor de ver morir a todos sus hijos fue —caso insólito— nieta, hija, esposa, madre, abuela y bisabuela de Plateros en la Murcia de los siglos XVIII y XIX.

Antonio Ruiz-Funes gozó en Murcia de un merecido prestigio profesional como demuestran sus muchas tasaciones periciales en testamentarías de personajes y personajillos de la Murcia dieciochesca en que le tocara vivir; por ahora hemos documentado las siguientes intervenciones:

El 4 de noviembre de 1764, ante Pérez Lázaro, la testamentaria de Don José de la Puente, alto empleado del Marqués de Espinardo, en cuya Villa residía.

El 14 de mayo de 1772, ante Jordán y Fernández, la de Don José Escrich y Doña María Martínez (padres del Canónigo Escrich y Martínez).

El 18 de junio de 1773, ante el mismo, la de Doña Antonia Palmir y Saurín.

El 16 de abril de 1774, ante el mismo, la de Don Juan Franco «Alguacil Mayor de la Renta de Millones y esposo de Doña Josefa Benítez) Dos meses antes, 9 de febrero de 1774, ante Alcalá y Plaza, actuaba en la de Don Francisco Escobedo y Doña Isabel de Ayala y el 4 de julio de ese mismo año-record, figura como tasador de plata y alhajas, ante Jordán y Fernández, en la de Don Pedro Mateos y Pareja «Alcalde Mayor que fue de esta Ciudad»...[5].

Hombre a lo que creo de profundas convicciones religiosas, le vemos actuar el año 1772 como «Hermano Mayor de la Cofradía del Santísimo y Animas de la Parroquial de S. B. en la testamentaría de Doña Petronila de Alvarado y Bracamento, Marquesa del Villar, ante Ximénez Ortega.

Tampoco faltaron a nuestro buen platero disgustos y preocupaciones con motivo casi siempre de los cargos directivos que ostentó durante largos años en su Gremio; así le encontramos en 1750 a 7 de julio, ante Hidalgo Granados, ratificando, con los otros directivos de la Hermandad, el «suspenso» que el examen para Maestro habían dado los mencionados al bueno de Agustín de Aguilar «por no saber dibuxar un anillo o sortija de oro»... y años más tarde (18 de octubre de 1764) ante Pérez Lázaro, otorgaba poderes a Don Andrés Atienza y otros en Granada y a su pariente Don Francisco Ruiz-Funes en Madrid:

«... contra Fernando Martínez, Maestro del Arte de Platero, quien el día 16 del corriente mes le había maltratado de palabra, diciéndole era un Zismatico (sic) y enredador que llevaba enzarzada y revuelta toda la Platería»...

El día 22 de abril de 1780 ante Serrano Buedo, actuaba –una vez más– como tasador en la testamentaría de Doña Catalina Martínez de Jódar, pero es sobre todo en el año 1783 el que le proporciona una de sus actuaciones periciales más notorias: el 18 de junio, junto con otro notable Maestro Platero, Don Antonio Morote, tasaba la famosa Custodia de las Espigas, joya del tesoro catedralicio, que había ejecutado en Valencia el artífice Don Ramón Bergón; por cierto que los plateros murcianos –tal vez por justificada zelotipia– tasaron la obra en algo menos que la había tasado su autor[6].

(5) A.H.M. Protocolos de diversas testamentarias citadas.
(6) Nos cabe el menguado honor de haber documentado esta preciosa joya catedralicia, al haber encontrado la Carta de Pago del Cabildo al artífice, noticia que publicamos en La Verdad de Murcia y la revista Idealidad. Por desgracia publicaciones posteriores a nuestro hallazgo no se han dado por enteradas del mismo...

OBRA DOCUMENTADA

Parecía a simple vista que podríamos dar una abundante muestra de ella, pero desgraciadamente no es así y a lo que creo por dos motivos fundamentales: El fiero expolio de las iglesias murcianas en el verano de 1936 y otra razón tal vez más explicable: La fama alcanzada por su hijo Pedro Ruiz Funes, discípulo del Maestro Salzillo en dibujo, quien sin duda acaparó toda la gloria de esta progenie, ya que como dice Baquero –aunque equivocadamente.

«Pero en muchas iglesias de la diócesis hay custodias, rostrillos, cálices, incesarios, etc. que «por ser de Ruiz-Funes», se conservan con vanidosa estimación»(7).

El día 22 de enero de 1788, ante José Antonio Ortiz, se firmaba un contrato entre «La Fábrica de la Iglesia Parroquial Universidad de Almoradí» y nuestro biografiado como Principal y Juan de Aguilar y Contreras, vecino de La Ñora como fiador, para la construcción de dos lámparas de plata de peso 500 onzas cada una...

Pero, desgraciadamente, por causas que ignoramos, no se llevó a efecto tan bella obra, quedando anulado tal contrato, con fecha 9 de julio del mismo año como nos aclara una desoladora nota marginal...

Testaba nuestro buen Maestro Platero, ante Pérez Lázaro, el día 5 de mayo de 1792; como en una constante que se repite en casi todos estos artífices murcianos se mandaba enterrar en la Parroquia de S.B. «revestido con hábito de mi Seráfico Padre San Francisco» nombraba como albaceas testamentarios a sus dos hijos Pedro y Javier y a su yerno el también Maestro Platero Juan Esbrí García, no firmaba «por tener el pulso convulso»... Meses después, 28 de diciembre del mismo fallecía Don Antonio Ruiz-Funes, el creador de una estirpe (S.B. Libro 10 Fol. 117 vto.) y como en una constante que se repite en muchos de nuestros Plateros, Doña Nicolasa Martínez-Galarreta y Marco moría «Viuda y Pobre» el 30 de noviembre de 1816...

La «Visita a Platerías» de 1754 había consignado en el taller de Ruiz-Funes: «Un pedazo de chapa de oro de una terzia».

PEDRO RUIZ-FUNES Y MARTINEZ GALARRETA

Hijo mayor del anterior y nieto del famoso Don Nicolás Martínez-Galarreta, se bautizó en S.B. el 6 de noviembre de 1757 (Libro 8.º, Fol. 27) casó en primeras nupcias en S.B. el 13 de septiembre de 1778 (Libro 4.º, Fol. 170 vto.) con Genoveva Soler y Benavente, de Vallada (Valencia) hija de Pedro y Genoveva, bautizando a Antonio (1779), M.ª Josefa (1781). Genoveva (1782), José Toribio (1784), Pedro Alcántara (1786), Juan (1789) y Concepción (1791), amén de Carmen, fallecida en 1811.

El tan citado Censo de 1809 reseñaba como moradores en la casa n.º 30 de la plaza de Sta. Catalina: «Pedro Funes 50; Pedro hijo 22; Juan hijo 19; Antonio Funes, casado 23 y José hijo de este 1 año»...

(7) Baquero Almansa (Andrés): «Los Profesores» etc. Murcia 1913, pág. 319.

Los años 1811 y 1812 fueron muy dolorosos para el buen Maestro Ruiz-Funes ya que en ellos y a consecuencia de la «epidemia» fallecieron su esposa (9 de septiembre), Carmen en fecha desconocida de ese mismo año y el año siguiente su hijo Pedro... tales desgracias le aconsejaron sin duda contraer un 2.º matrimonio en San Antolín, el 20 de octubre de 1812 (Libro 12, Fol. 57 vto.) con Doña Josefa Sánchez Zomeño, de conocida familia de notarios de Murcia, firmaron como testigos Don Simón Palarea y Don Vicente Beltrán de Resalt (Platero) de este segundo enlace no hubo descendencia.

La relación de 1824, lo señalaba como «Maestro Platero, de 64 años, morador en la calle de la Platería, su esposa Doña Josefa Sánchez tenía 47, Juan hijo de aquél 32 y José nieto del mismo. La casa es del Marqués de Espinardo y pagaba al año 605 reales alquiler»... Por esas mismas fechas constaba documentalmente como Celador del Barrio de San Bartolomé.

Hizo su testamento 26 de agosto de 1830, ante Bastarrechea, llama la atención una de sus cláusulas: «A mi nieto José Ruiz-Funes Didier le dejo la piedra y los instrumentos de mi oficio de artífice»... ¡Hasta última hora sentían estos venerables Maestros la llamada de su vocación artística!... Falleció el 21 de octubre del mismo año «dejando fama de correcto dibujante».

SU VIDA PROFESIONAL Y ARTISTICA

Creo digna de resaltarse, aunque tal vez algo de lo que afirmemos de él se podría aplicar a otros plateros de su familia y estirpe.

Pedro Ruiz-Funes gozó de gran predicamento entre el Gremio de Plateros; como botón de muestra podríamos aducir unos versos (malísimos por cierto) que se publicaron con motivo de la Proclamación de Carlos IV (1791) en que se lee:

«Los plateros proporcionaron la plata y Funes, Maestro las más de las lámparas».

Diversos altos cargos tuvo en el Gremio de Plateros. En cambio en tasaciones sólo le he encontrado actuando en la de Doña Francisca Sánchez Matás, esposa de José Caballero (18 de octubre de 1799) en la que firmaba como «Artífice Platero y Fiel y Apreciador del Monte de Piedad de esta Ciudad».

Melgares Guerrero le atribuye las custodias de San Miguel de Murcia y Santa Catalina del Monte.

Baquero por su parte cita entre algunas de sus obras más notables: «La corona de oro de la Purísima, la imperial de plata de la Fuensanta, la de la Virgen del Amor Hermoso y la custodia grande de San Lorenzo, entre las principales» y líneas antes afirma:

«Cincelaba con primorosa limpieza. Sus obras se distinguen por la graciosa elegancia de la forma, dentro del barroquismo aquí tradicional, y lo apurado de la ejecución».

Por su parte, no menos elogioso escribiría Díaz Cassou:

«De 1755 a 1800, era el mejor platero de Murcia Don Pedro Ruiz-Funes, en cuyos nietos ha venido a extinguirse la casa; era discípulo de dibujo del gran Salzillo, fabricó muchos cálices custodias e incensarios y las coronas de plata de la Purísima, y Vírgenes de la Fuensanta y del Amor Hermoso»...

DISCIPULO DE DIBUJO DE SALZILLO

Ya va siendo hora de rectificar un error en que incurrió el docto Baquero cuando llama a nuestro biografiado José (o.c. pág. 319) al parecer tomó la noticia de un artículo de Fuentes y Ponte en La Paz de Murcia[8] y sin meterse en más averiguaciones lo dio como cierto. Fiado de su afirmación y al estudiar a fondo esta gremial familia de los Ruiz-Funes, plateros, pude comprobar que hubo en ella un José Ruiz-Funes y Pastor, hermano de Antonio y algo mayor que él, al que tuve por platero, hasta que en dos testamentarías (4 de julio de 1774, la de Don Pedro Mateos Pareja y años después en 1782 en la del Racionero Hernández-Lisson, ante Buendía) figura como Maestro Sillero... su hijo José, esposo de María Hernández, tampoco fue platero y José Ruiz-Funes Soler, hijo de Pedro, nació en 1784, o sea, después de la muerte de Salzillo.

Tengo por indudable que el discípulo de dibujo del Maestro sublime de la imaginería religiosa en Murcia lo fue este Pedro Ruiz-Funes y Martínez Galarreta, él en compañía de los sacerdotes Don José Toribio, Don Fernando Martín González y Don Domingo Ximénez de Cisneros (estos dos últimos familiares de plateros) asistió a las clases de dibujo del Maestro hasta su fallecimiento, como afirma Díaz Cassou en este caso más y mejor documentado que Baquero.

José Ruiz-Funes y Pastor, sí que tuvo un hijo platero, como veremos en el momento oportuno: Domingo Ruiz-Funes y Casajuz, pero repito, él no ejercitó este noble Arte de la Platería.

En lo que tampoco anduvo acertado Díaz Cassou fue en la cronología, porque Pedro Ruiz-Funes, nacido en 1755 y fallecido en 1830, retrasa un poco las fechas, aproximadas que diera el autor de La Pasionaria Murciana y de la Serie de Obispos de Cartagena.

Resumiendo: En Pedro Ruiz-Funes y Martínez-Galarreta concurrieron factores genéticos, de educación y medio ambiente, los que unidos al magisterio de Salzillo hicieron de él uno de los mejores plateros de la Murcia del XVIII.

La custodia de Lorenzo figura en el libro de Fábrica de 1819, se le dieron 1927 y «la plata de la custodia vieja»[9].

FRANCISCO JAVIER RUIZ-FUNES Y MARTINEZ-GALARRETA

Hermano del anterior, nacido el día 3 de diciembre de 1766, se bautizó al día siguiente con el nombre del Santo del día de su nacimiento (S.B. Libro 8.º, Folio 126) y debió de aprender el oficio en el acreditado taller familiar.

En 1795 solicitó y obtuvo el cargo de Auxiliar de la Santa Hermandad en Ciudad Real, es notable en este sentido el informe que los Caballeros Regidores Don Antonio Pareja Fernández y Don Manuel Lázaro, presentan al Ayuntamiento en Cabildo Ordinario de 17 de octubre del mismo año:

«Que el pretendiente es natural de esta Ciudad, de una familia honrada y muy conocida, que es Maestro Platero de la mejor inteligencia; que no ha ejercido oficios viles ni mecánicos, que en su trato y comercio es muy arreglado y que también posee caudal con el que puede costearse caballo y armas para el desempeño de su empleo»...

Meses después, el 12 de enero de 1796, el Ayuntamiento acuerda capitularmente que su título de Cuadrillero de la Sta. Hermandad se conserve en el tomo de Cartas Reales... pero a lo que creo debió de volver pronto a Murcia y a su taller de platería, porque en 1801 aparece como deudor a la testamentaría de Don Jerónimo Torres y Doña Ramona Abad de 2.777 reales y, sobre todo en una Relación de 1803, figura como morador en la Platería, junto con su madre Doña Nicolasa de 73 años, sus hermanas Antonia y María de 46 y 39 respectivamente, su sobrina Concepción de 6 y otro posible sobrino José Funes que figura como aprendiz con 16 años.

El día 22 de marzo de 1808, ante Peñas Vigo, aparece como despidiendo a un arrendador, llamado Juan Tarín, al que da 430 reales para que le desocupe las tahúllas que tenía en la Huerta de Murcia.

El tan citado Censo de 1809, para el «Alistamiento General» lo reseña como vecino de la Platería «en el almacén que fue de Berruga» (sic) donde vivía con su madre, viuda con 81 años y un aprendiz llamado Tomás Calabria, mientras que él figura como «soltero y de 42 años»[10].

Dando un largo salto de años (¡y qué años aquellos!) lo encontramos de nuevo en 1821, en pleno dominio Liberal, como morador en la casa n.º 32 de la Platería: «Don Francisco Xavier Funes, Artífice Platero. La casa es de la Marquesa de Espinardo y cobre el rento de 700 reales al año su Apoderado Don Pedro Zanlana» (Relación de Vecinos de S.B. A.M.M.).

En 1824, en un informe sobre hospedaje de Tropas, consta que era Celador del Barrio de S.B. (A.M.M.) y por razón de su cargo, dos años después en 1826 informa al Ayuntamiento sobre la compra que la Real Sociedad Económica de Amigos del País, quiere hacer de una casa propiedad del Conde del Valle de S. Juan.

TESTAMENTARIAS Y OBRA DOCUMENTADA

Por ahora sólo le he podido documentar su intervención pericial en la testamentaría de Don Juan Salvá (8 de julio de 1838, ante Fernández de Santodomingo y Martínez).

---

(8) Fuentes y Ponte había escrito: «Don Pedro Ruiz-Funes: Nació en la Parroquia de Santa Catalina el 29 de junio de 1755, de familia de plateros y mostrando afición aprendió a dibujar con Don Francisco Salzillo a cuya casa no dejó de asistir hasta la muerte de aquél en 1783, ni después dejó de dibujar diariamente hasta la edad de sesenta años; cincelaba con gran maestría y limpieza, se distinguió en joyería litúrgica. La corona de oro de la Purísima, la de la Fuensanta y el Amor Hermoso, la gran custodia de San Lorenzo, una numerosa serie de cálices, custodias e incensarios que hay en las principales iglesias del Reino son obra suya y se distingue por la belleza de la forma, la pureza de sus contornos y gracia del ornato. Murió en Murcia, dejando fama de correcto dibujante, el 21 de octubre de 1830» (La Paz de Murcia, 7 de septiembre 1869) ¿Cómo pudo Baquero cambiar caprichosamente el nombre e Pedro por el de José?...

(9) En la exposición para conmemorar el Centenario de Salzillo, su interesante «Catálogo de Orfebrería» incluye como obra de Pedro Ruiz-Funes los artísticos acetres de S.B. y S.N. un cáliz en esta misma Parroquia y el bellísimo farol para Viáticos en S.B. (Melgares Guerrero, o.c., págs. 331 y siguientes).

(10) Don José Berruga y Berruga fue un comerciante forastero establecido en la platería, por lo visto tuvo cierta importancia económica contrajo matrimonio en Murcia y al parecer falleció sin descendencia, como nos aclaró su testamento (22 de octubre de 1840 ante J. Lorenzo Navarro).

En cuanto a obra, en las «Cuentas de la Ilustre Cofradía del Sm.º Sacramento y Animas de la Parroquia de Santa Catalina, consta que en 30 de enero de 1818 «Un cetro de plata superior que he comprado a Don Francisco Xavier Funes, Artífice Platero y que tuvo de costo ochocientos reales de vellón»... (El tal Cetro era usado en las solemnidades de la Cofradía por el Hermano Mayor ¿Dónde habrá ido a parar?...).

En 1838 seguía viviendo e la casa n.º 32 de la Platería, con 68 años, en compañía de su sobrino-nieto Don José Ruiz-Funes y Didier y la esposa de éste Doña Josefa Peralta.

Falleció –solterón empedernido– el día 1 de marzo de 1841, sin haber hecho testamento, como con frialdad oficial nos refiere –a falta de Libros Parroquiales– el «Libro 1.º de Muertos» (sic) del A.M.M...

DOMINGO RUIZ-FUNES Y CASAJUZ

Primo hermano de los dos anteriores, como hijo de José Ruiz-Funes Pastor (el «Maestro sillero» antes citado) y de su segunda esposa Josefa Casajuz y González, se bautizó en S.P. el día 28 de enero de 1749 (Libro 6.º, Fol. 239). Tuvo un hermano, Don Lorenzo, notable médico, cuyos descendientes perviven hasta nuestros días y por la madre estaban ambos emparentados con el famoso sacerdote y periodista Don Luis Muñiz y Casajuz... notable personaje de la Murcia de Fernando VII.

Domingo Ruiz-Funes creo que aprendería el oficio en el taller de su tío Antonio, como parece lógico. Contrajo un primer matrimonio con Rita Ibáñez López de familia de comerciantes en la calle de la Lencería, con la que se velaba en S.B. el 17 de febrero de 1771; poco antes (26 de enero del mismo año ante Pedro Buendía, firmaba un recibo a Don Luis Guillot, albacea testamentario de su suegra, por el que la buena de Rita recibía 6.807 reales de la herencia de su madre la inefable Doña Polonia...

No tuvo suerte con su descendencia nuestro biografiado, porque sus dos hijos Polonia y Joaquín, fallecieron párvulos en 1772 y 1777 respectivamente.

El día 14 de agosto de 1781, ante Fernández Rubio, otorgaba «Licencia Carcelaria» el favor de su cuñado José Ibáñez López, «preso por vagancia, mal entretenimiento y otros excesos»... en tal ocasión se intitulaba «Maestro Platero y vecino de esta Ciudad».

Años antes, en 1777 a 12 de abril, ante Fulgencio Soriano y Mayorga, firmaba como testigo en las «Particiones» de Doña Magdalena César, madre de Ambrosio Martín, declaraba «tener 29 años, poco más o menos y ser Maestro Platero en esta Ciudad».

El 27 de septiembre de 1783, siendo feligresa de Sta. Catalina, fallecía Rita Ibáñez López quien se enterraba con el remoquete de Pobre (Libro 9.º, Folio 203 vto.).

Por lo visto poco amigo de la soledad, máxime al encontrarse sin hijos, el bueno de Domingo Ruiz-Funes volvió a casar, en fecha y lugar que todavía ignoro con Doña Remedios Miranda y Beltrán de Resalt... por la Carta de Dote otorgada el 14 de marzo de 1787 ante José Antonio Ortiz, consta que la tal doña Remedios, era hija del francés avecindado en Murcia Don Juan Miranda, natural del Bearn y de Doña Josefa Beltrán de Resalt, ya fallecida y que aportaba al consorcio matrimonial la importante cantidad para aquellos tiempos de 10.899 reales de vellón a lo que se añadiría –meses después– la herencia de su padre quien testaba ante el mismo Notario en 31 de octubre del mismo año.

En la citada Carta de Dote hay un dato que me ha llamado la atención: Domingo Ruiz-Funes y Casajuz, se confiesa «Dependiente del Resguardo de la Real Renta de Tabaco en la Villa de Albacete» (¡¡) lo que me hace sospechar –fundadamente– que tal vez abandonara su noble oficio de la Platería, máxime al no tener descendencia y que buscara un destino burocrático tal vez más descansado...

Finaron los días terrenos de nuestro biografiado el 5 de enero de 1798 siendo feligrés de la murciana Parroquial de San Juan Bautista: «Don Domingo Funes, marido de Doña María Miranda»... no consta que hiciera testamento y mucho menos su antiguo oficio de platero (S. J. Libro 8.º, Folio 47).

A guisa de curiosidad añadiré que, como buen murciano, perteneció nuestro Domingo a una Sociedad de amigos de los «palomos laudinos» a la que pertenecían numerosos personajes y personajillos de la Murcia del XVIII, quienes llegaron a constituirse en entidad oficial, redactando una especie de Reglamento ante el notario murciano Alcalá y Plaza[11].

ANTONIO RUIZ-FUNES Y SOLER

Hijo primogénito de Pedro Ruiz-Funes y Martínez-Galarreta y de Genoveva Soler, se bautizó en S.B. el 20 de junio de 1779 (Libro 9.º. Fol. 80 vto.) y lógicamente aprendería el oficio en el acreditado taller paterno.

Muy joven todavía contrajo matrimonio en S.N. el 14 de julio de 1805 con María Didier y Navarro, natural de Mahora, hija de Santiago y Ana, en los seis breves años de su vida matrimonial, tuvieron por hijos a: José, fallecido párvulo en 1807, otro José (bautizado en S.M.), Dolores, en Sta. Catalina en 1807 y Josefa.

Víctima de la «peste amarilla» falleció nuestro biografiado en 1811 sin que conozcamos la fecha exacta de su deceso, ya que al ser tantos los fallecidos los Párrocos optaron por suprimir las partidas de defunción, supliéndolas por aterradoras «Listas nominales»... en una de ellas hemos encontrado escuetamente reseñado:

«Antonio Funes, marido de María Didier» (S.B. Libro 3.º, Fol. 168).

Pero como –a pesar de todo– la vida continuaba, en un curioso «Libro de Matrícula de la Parroquia de San Nicolás» (de los escasos que se salvaron del desastre de 1936) consta que en 1821 vivían en la placeta de San Nicolás «junto a la casa de Don Pedro Sánchez de Palencia»:

---

(11) 14 de noviembre 1773: «Los Apasionados al Arte de Palomos Laudinos en esta Ciudad»... Que estando establecida en esta Ciudad, desde tiempo inmemorial la honesta (sic) y lícita diversión de la suelta de palomos laudinos»... finaliza con las firmas de 95 «Apasionados» entre las que figuran nombres tan conocidos como Don Joaquín Celdrán y Lisson, Don Diego Molina y Borja, Don Pedro Giner de Molina, Don Pedro Dardalla y Reyllo, Don Pedro Sánchez-Solís, José Casajuz, nuestro «Domingo Funes», Caballeros Regidores del Ayuntamiento, el Secretario del mismo, militares de graduación, médicos y boticarios entre otros.

«Don Juan Trigueros		27 años
Doña María Didier,	su mujer	39 años
Dolores Funes	hija	14 años
Josefa Funes	hija	11 años
Juan José Trigueros	hijo	1 año

Efectivamente, el 27 de noviembre de 1814 habían casado en San Nicolás ella viuda y él soltero, con notable diferencia de años. Llama la atención como el hijo varón José María Ruiz-Funes y Didier no figura viviendo con la madre, tal vez estuviera como Aprendiz en casa de su abuelo paterno, como ya veremos.

Dolores Ruiz-Funes y Didier casó el 17 de diciembre de 1830 en San Nicolás con Juan Serrano Mínguez, natural de Beniaján y feligrés de San Miguel, de Josefa no tengo al menos por ahora la menor referencia.

JOSE RUIZ-FUNES Y SOLER

Hermano del anterior, figura como bautizado en S.B. el 19 de abril de 1784 (libro 9.º, Fol. 155). Creo, con mucha probabilidad que sea el José Funes reseñado como aprendiz de su tío Don Francisco Javier en 1803 aunque con inexactitud en cuanto a la edad.

El 23 de agosto de 1807 –según viejo «Libro de Amonestaciones» que figura en S.B.– aparece como «amonestándose» con Petrola Navarro García, de Alfonso y Fabiana, fallecida «con Sacramentos» en Sta. Catalina el 2 e octubre de 1811 (Libro 9.º, Folio 57 «Relación») de este matrimonio nacerían: María del Rosario Ruiz-Funes y Navarro, esposa años más tarde de Luciano Oliver Manchón con un hijo: Germán, bautizado en Sta. Catalina en 1836...

De un segundo matrimonio con Sebastiana Ramos Calderón, de Diego y Josefa, contraído en Sta. Catalina el 27 de febrero de 1812 (Libro 4.º, Fol. 130) nacerían

José María Ruiz-Funes y Ramos (15 - febrero - 1813) S.B.

Antonio José Ruiz-Funes y Ramos (29 - septiembre - 1814) S.B.

El primero de estos hijos, junto con su hermana Rosario, es nombrado en el testamento de su abuelo en 1830.

Lamento no poder ofrecer al curioso lector más datos sobre esta familia, incluso he llegado a dudar de que este José Ruiz-Funes Soler fuera platero toda vez que su padre legaba «la piedra y herramientas de mi oficio» a su nieto José María Ruiz-Funes y Didier como tenemos visto...

PEDRO RUIZ-FUNES Y SOLER

Hermano de los anteriores, se bautizó en S.B. el 20 de octubre de 1786 (Libro 9.º, Folio 161).

Parecía lógico que fuera aprendiz en casa de su padre, pero una curiosa Relación de 1802 lo sitúa con 14 años y de aprendiz en casa del viejo platero Don Pascual Gómez Arroyo (71 años) con este Ruiz-Funes y su pariente Andrés López Pérez como ayudantes.

Siete años después, en el tan citado Censo de 1809 figura ya en compañía de su padre con 22 años de edad, Juan su hermano con 19, mientras que Antonio ya aparece con 23 casado y con un hijo de uno, tal vez José (el único que falta en la relación estuviera en plena contienda, sirviendo a S.M. como entonces se decía.

El 12 de julio de 1811, casaba en San Antolín (Libro 12, Folio 24) con Francisca de Paula Casanova y Riquelme, de Salvador y María, de Abanilla, de conocida familia ya que tenía dos hermanas casadas con Lino y José Torres Abad notables comerciantes murcianos.

El matrimonio se celebró con dispensa de las tres canónicas amonestaciones, bendecido por el famoso Párroco Don Carlos Clemencín, firmando como testigos Don Pedro Ruiz-Funes (padre del novio) Don Lino Torres Abad (cuñado de los novios) y Don Salvador Casanova (hermano de la novia).

Pero lo más sobrecogedor viene a continuación, porque el pobre Pedro Ruiz-Funes y Soler apenas si pudo disfrutar su luna de miel, ya que en la larga relación de fallecidos en la feligresía de San Antolín, se puede leer (confusamente)

«13 de octubre

Pedro Funes, marido de... Calle de Vidrieros».

Un poco mejor enterado el Párroco de Sta. Catalina había escrito por su parte: «Pedro Funes, marido de Francisca Casanova, murió en el mes de septiembre recibió la Extremaunción y se enterró en el Campo Santo» (de la Albatalía).

La viuda se consoló pronto, casando en fecha y lugar que desconozco con otro Torres Casanova (Don Dionisio) hermano de sus cuñados, con él testaba en 1826 ante Venancio Cañada, declarando tener dos hijos Rafael y Rita que así aumentaban la abundante nómina de los Torres-Casanova para tormento de los investigadores del pasado murciano. Ella falleció el 24 de marzo de 1843 y su viudo, casado en segundas el 9 de diciembre de 1858...

JUAN RUIZ-FUNES Y SOLER

Hermano menor de los anteriores, se bautizó en S.B. el 12 de julio de 1789 (Libro 9.º, Folio vto.).

No estoy seguro de que ejercitara el oficio paterno. Su ausencia en el Censo de 1809 me hace sospechar que andaba ya alistado en el Ejército Real.

En Cabildo celebrado por la Ilustre Cofradía del Santísimo y Animas de la Parroquia de Santa Catalina, el 8 de febrero de 1818 se le admitía en calidad de Pretendiente.

En 1830, al testar su padre figuraba como soltero. Tengo vehementes sospechas de que se estableciera fuera de Murcia, porque es muy sospechoso que su nombre y conocido apellido no vuelva a figurar en lugar alguno de la Ciudad.

JOSE MARIA RUIZ-FUNES Y DIDIER

En realidad tanto él como sus hijos pertenecen ya plenamente al siglo XIX, pero los quiero colocar aquí como últimos representantes de esta ilustre familia de plateros murcianos del XVIII.

Hijo de Antonio Ruiz-Funes y Soler de María Didier Navarro, consta en su partida de matrimonio que había sido bautizado en San Nicolás, cuyo rico archivo desapareció casi en su totalidad en 1936.

Supongo que –a falta de su padre y tíos– aprendería el oficio con su abuelo (ya hemos visto como éste en su testamento tenía un emotivo recuerdo para él) y el mismo año del fallecimiento de éste (1830) a 1 de diciembre casaba en San Miguel de Murcia con Doña Josefa Peralta Cárceles (Libro 7.º, Folio 82) hija de Manuel y María, bautizada en S.P. de Murcia en 1806 (3 de enero, libro 10, fol. 172 vto.).

De este matrimonio nacerían tres hijos varones: Antonio, José y Manuel Ruiz Funes y Peralta.

Una Relación de 1838 los consignaba como moradores de la casa n.º 32 de la C/ Platería, él con 29 años, su esposa con 30, Antonio con 4 y José recién nacido consignando también que con ellos vivía su tío-abuelo nuestro conocido don Francisco Javier Funes «soltero con 68 años»...

El 20 de agosto de 1849, aparece como tasador de oro y plata en la «partición» del Abogado murciano Don Gonzalo Martínez-Fortún y Coscolla, ante el Notario Fernández de Santo Domingo.

En otra Relación, probablemente de 1862 (A.M.M. Legajos) figuraban:

«C/ Platería n.º 32:
Don José Ruiz-Funes, Maestro Platero, casado 55.
Josefa Peralta, esposa, 40 (¡¡).
Antonio, hijo, 34.
Manuel, hijo 27.

El segundo hijo del matrimonio Ruiz-Funes Peralta, Don José María, tengo entendido que fue Sacerdote y Beneficiado de la Catedral murciana.

Don José María Ruiz-Funes y Didier hizo testamento el 10 de marzo de 1875 ante Piñeyro del Castillo, declarando entre otras cosas ser dueño de un huerto de ocho tahúllas que le había legado su tía (abuela) Doña Concepción Ruiz-Funes y Martínez-Galarreta, cuya propiedad compartía con Don Benito Piñeyro del Castillo, hermano del Notario.

Falleció «in senectute bona» en la casa n.º 11 de la Platería, el 11 de octubre de 1876.

Su hijo y sucesor Antonio Ruiz-Funes Peralta el 3 de octubre de 1878, soltero tanto a él como a su hermano Manuel –según dice Díaz Cassou– les apodaban cariñosamente en Murcia «botón de plata, botón clorao, etc.»[12].

(12) «El titular (San Bartolomé) que terminó Salzillo en 29 de agosto de 1768, y a quien, el año siguiente, puso «ninfo» y cuchillo el Maestro Don José Funes, uno de los individuos de la honrada dinastía de los plateros de su apellido, que empezó en Murcia a fines del siglo XVII, y ha terminado en punta con el simpático Manolico Funes (a) Botón de plata, botón dorao» etc. («Pasionaria Murciana» M. 1897, pág. 102).
No estuvo acertado Díaz Cassou en estas afirmaciones, porque como hemos visto documentalmente José Ruiz-Funes Pastor, nacido en 16 de octubre de 1711 y bautizado en Santa María, fue Maestro Sillero, contrajo matrimonio cuatro veces y testó ante Fernández Rubio el 24 de marzo de 1779, sin hacer la menor alusión a la Platería. Sí lo fue en cambio su hijo Domingo Ruiz Funes y Casajuz.

EL VESTIDO FEMENINO DEL SIGLO XIX A TRAVES DEL MUSEO DE BELLAS ARTES

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 443 - 449

M.ª Angeles D. Gutiérrez García
MUSEO DE MURCIA

INTRODUCCION

A veces la obra de arte constituye un documento precioso para el estudio o la observación de la vida cotidiana, costumbres, aspectos sociales o espirituales que si bien se decantan y especifican en la historia del pensamiento o en el documento, es en la pieza artística donde explícitamente se plasman dichos valores difícilmente palpables sin una detenida observación.

En el pasado número de nuestra revista apareció un artículo estructurado en el binomio literatura-obra de arte, fruto de la experiencia entre diversos grupos de visitantes del Museo de muy distinta edad y condición(1). Creo que sería interesante abordar como proyecto didáctico divulgativo una sencilla aproximación a la historia del vestido femenino en el S. XIX, junto a la difusión de un patrón generalizado de «imagen explotada» que, en el caso de la mujer, sobre ésta ha recaído a lo largo de la historia del arte con unas connotaciones muy precisas en el arte burgués del siglo XIX(2).

La bibliografía dedicada a las artes suntuarias y decorativas se ha visto incrementada en los últimos años con la publicación de algunos trabajos de investigación dedicados a la historia del traje; monografías editadas por el Ministerio de Cultura como «Moda en sombras» (Madrid,1991) o «Fondos de indumentaria femenina en el Museo Nacional de Cerámica G. Martí» (Madrid, 1994), constituyen por sí solas soberbias puestas a punto en el estudio de piezas, alguna de ellas insustituibles para el estudio del arte textil y el vestido no sólo regional o tradicional, sino para la considerada como «indumentaria universal». También algunas revistas especializadas han recogido el fenómeno de la moda en el vestir a través de la plástica(3).

Este trabajo intentará abordar la historia del vestido y de los avatares de las modas a través de diferentes piezas de la Colección de Bellas Artes del Museo de Murcia, una visión ciertamente sesgada pues casi con exclusividad se hará hincapié en la difusión de unos prototipos expresados a través de la pintura o la escultura, obras con una visión localista o rezagada con respecto a los grandes conjuntos oficiales o cortesanos en que, a través de la temática del género o el retrato, se atisba una mejor comprensión de todos estos fenómenos sociales. Por ello, he recurrido, -en un intento de aportar una visión más o menos completa del fenómeno de la moda en el vestido-, a la prensa escrita que plasma por medio de la crítica descriptiva aquellos usos más novedosos.

Nunca antes el tándem moda-industria había existido con tal fuerza; el traje, rasgo del *status* social, se convierte en la expresión más certera del *modus vivendi* y de prestigio. Las Revoluciones (la Industrial a finales del s. XVIII en Gran Bretaña y las políticas en las Colonias de Norteamérica y Francia) acabaron con una sociedad estamental y el afianzamiento de la de clases, en que la burguesía alcanza protagonismo como motor y vanguardia en el desarrollo de una nueva era. La industrialización ayudó a la aparición de un nuevo concepto de moda: el vestido como elemento de prestigio y lenguaje de la burguesía (surge la *haute couture* y los grandes nombres como Worth, Vignon, Palmira...); la popularización de algunas prendas gracias a los nuevos medios de producción, los avances técnicos (máquina Jacquard), la gran capacidad textil algodonera británica o sedera francesa, el desarrollo de nuevas tinturas aplicadas a los tejidos de algodón (estampados), el abara-

(1) M.A. CANO - J. JORQUERA. «Imagen y texto. Una experiencia didáctica en el Museo de Murcia» en VERDOLAY. Nº 6. 1994. Págs. 191-195.

(2) C. EULATE DE SANJURJO. «La mujer en el arte» opus cit. por E. DE DIEGO en «La mujer y la pintura del XIX español». Madrid. 1987. pág. 14.

(3) M. GRAÑA CID. «La moda isabelina 1843-1868» en ANTIQUARIA, Madrid. 1988. año 6. nº 54. págs. 58-64.
-«Protagonismo femenino. Machazo, Masriera y Miralles», en ANTIQUARIA. Madrid. 1995. año 13. nº 134. págs. 34-37.

tamiento de los costes..., por todo ello, la pequeña burguesía y las clases populares adoptan y adaptan cualquier novedad convirtiéndose así la moda en un fenómeno paradójicamente democratizador.

Tradicionalmente, y no sin razón, se ha creído como centro difusor, pionero y creador del fenómeno de la moda desde el siglo XVIII, Francia. Piénsese que en dicho país las manufacturas textiles fueron protegidas intensamente primero desde la Corona y después desde el Imperio. En España, también desde el setecientos, el patrocinio regio consolidó algunas industrias textiles, sederas sobre todo, pero será ya iniciado el XIX cuando los textiles levantinos (sederías valencianas, granadinas o murcianas) y catalanes (telas de algodón, encajes...) contribuyeron al cambio en la concepción del vestido: la tecnología textil aplicada a labores que siempre fueron tradicionales. Por último, es necesario afirmar que la difusión del «vestido internacional» es fruto también del perfeccionamiento de los medios de comunicación: *LA VIOLETA, LA PSIQUIS, EL CORREO DE LA MODA, SEMANARIO PINTORESCO, LA ILUSTRACIÓN EXPAÑOLA, LA MODA ELEGANTE...*, y fue muy usual que en algunos diarios (*EL FARO DE MURCIA, EL IDEAL POLÍTICO*) apareciesen artículos donde se comentaban las últimas novedades e incluso se matizaron con sorna el empleo de ciertos artilugios como el corsé o el miriñaque.

LOS PRIMEROS AÑOS (1800-1820)

El siglo XIX viene marcado por la profunda diferencia entre el vestido femenino y el traje masculino. La trascendencia del traje inglés de campo en el atuendo masculino va a suponer la adopción definitiva del frac o el terno con sombrero; el calzón ajustado dará paso a los ceñidos pantalones ajustados confeccionados en lana velarte; el chaleco, que ha sustituido a chupas y levitas de recamados y complejos adornos. La ostentación se fija ahora en chalecos cortos y corbatas (cravates), elementos que van a permitir la inclusión de alguna que otra fantasía decorativa. Qué duda cabe que a la homogeneización de la indumentaria masculina vino a influir el atuendo popular generalizado durante la Revolución Francesa: los *sans-culottes* se erigen en rebeldía no sólo a través de sus propuestas revolucionarias sino también por una marcada diferencia externa que los distinguía de manera estentórea del prototipo del *Ancien Régime*.

En cuanto a la moda femenina, la renovación estética vendrá marcada por la sencillez y simplicidad de líneas; la cintura sube hasta debajo del pecho y se marcará mediante un cinturón denominado «cinta a la víctima»; grandes escotes y mangas largas ajustadas o cortas globulares, también con acuchillados o bullones. Por vez primera se recrea un acercamiento historicista inspirada en el mundo grecoromano. Los tejidos son ligeros: sedas, batistas, muselinas ..., bordados con motivos menudos, de suaves y tornasolados matices, a veces incorporando cenefas polícromas de cachemir o grecas. El traje elegante por excelencia es el «vestido-camisa» guarnecido con chaquetilla «spencer» formando a veces inusitados contrastes de tonalidades -(normalmente el spencer era una corta chaqueta externa de color oscuro y tejido consistente, como paño de lana o terciopelo)-; pieza exterior es igualmente el chal, cuya presencia a lo largo de la centuria sería preeminente. Los vestidos «a la etrusca» o «a la griega» que marcarían la moda desde el Directorio francés pervivirán durante muchos años en España atemperados aquí por profundos rasgos castizos por lo que surgirá un ecléctico resultado donde la capa española, las coloristas basquiñas, el encaje de blonda, las mantillas ..., se superponen a las corrientes más cosmopolitas; fenómeno paralelo es igualmente la adopción entre las elegantes europeas de elementos o aderezos enraizados en la tradición de países o regiones determinadas, como la witzchura, los turbantes, peinados a la española o a la turca, etc., que proporcionan un aspecto pintoresco y exótico a la moda del momento. El peinado y calzado constituyen en sí el complemento definitivo y piedra de toque de aditamento femenino: los cabellos se recogen en la nuca o zona superior de la cabeza formando rizos y sujetos mediante cintas o diademas; las joyas son pequeñas y de factura clasicista, como pequeños dijes, camafeos, pendientes de inspiración etrusca, anillos de cabujón ..., trabajos en filigrana y granulado que hacen olvidar las recargadas joyas barrocas. En cuanto a los zapatos, lo usual es que formen grandes escotaduras, el tacón sea bajo y vaya guarnecido con cintas.

De entre la prolija colección artística correspondiente al Ochocientos se ha seleccionado, con el fin de visualizar certeramente la evolución y el desarrollo de moda y cánones estéticos, una serie de piezas, -algunas de éstas emblemáticas dentro de nuestra Colección-. Tal es el caso de *La familia Benítez Bragaña* (1821, Rafael Tejeo), retrato de grupo que entronca con la pintura inglesa romántica. La dama, Doña Paula Bragaña, luce un vestido de talle alto, color rosa melocotón guarnecido con aplicaciones de encaje de guipure en cuello y mangas. Se puede observar la transición hacia el vestido romántico por la forma ligeramente acampanada y hueca que ha adquirido la falda reforzada dicha tendencia a través del volante de encaje; la dama lleva un chal en similar tono al del vestido con una cenefa bordada en vivos colores formando guirnaldas y grupos de flores. El cabello va recogido atrás, «a la griega», con una sencilla diadema o cinta. Los zapatos, de raso, solían confeccionarse sin tacón y sujetos a los tobillos por medio de cintas. Ya se apuntó la simplicidad en cuanto a aderezos y joyas donde destaca el trabajo de corales, ónices y otras gemas semipreciosas que solían unirse al oro o plata trabajados con pulcritud, imitando formas clasicistas. Es, sin duda, muy característica esta simplicidad que derivará hacia cánones e influencias foráneas y, ya a finales de la década de los veinte, tras las bodas reales de Fernando VII con M.ª Cristina, será cuando irrumpan de manera contundente las tendencias francesas.(+)

Del primer decenio del XIX es un espléndido retrato femenino (Colección Noguera, 1er. Tercio S. XIX) donde

(+) E. ALBIZUA HUARTE. «El traje en España» en J. LAVER «Breve historia del traje y la moda». Madrid. 1988. pág. 339.

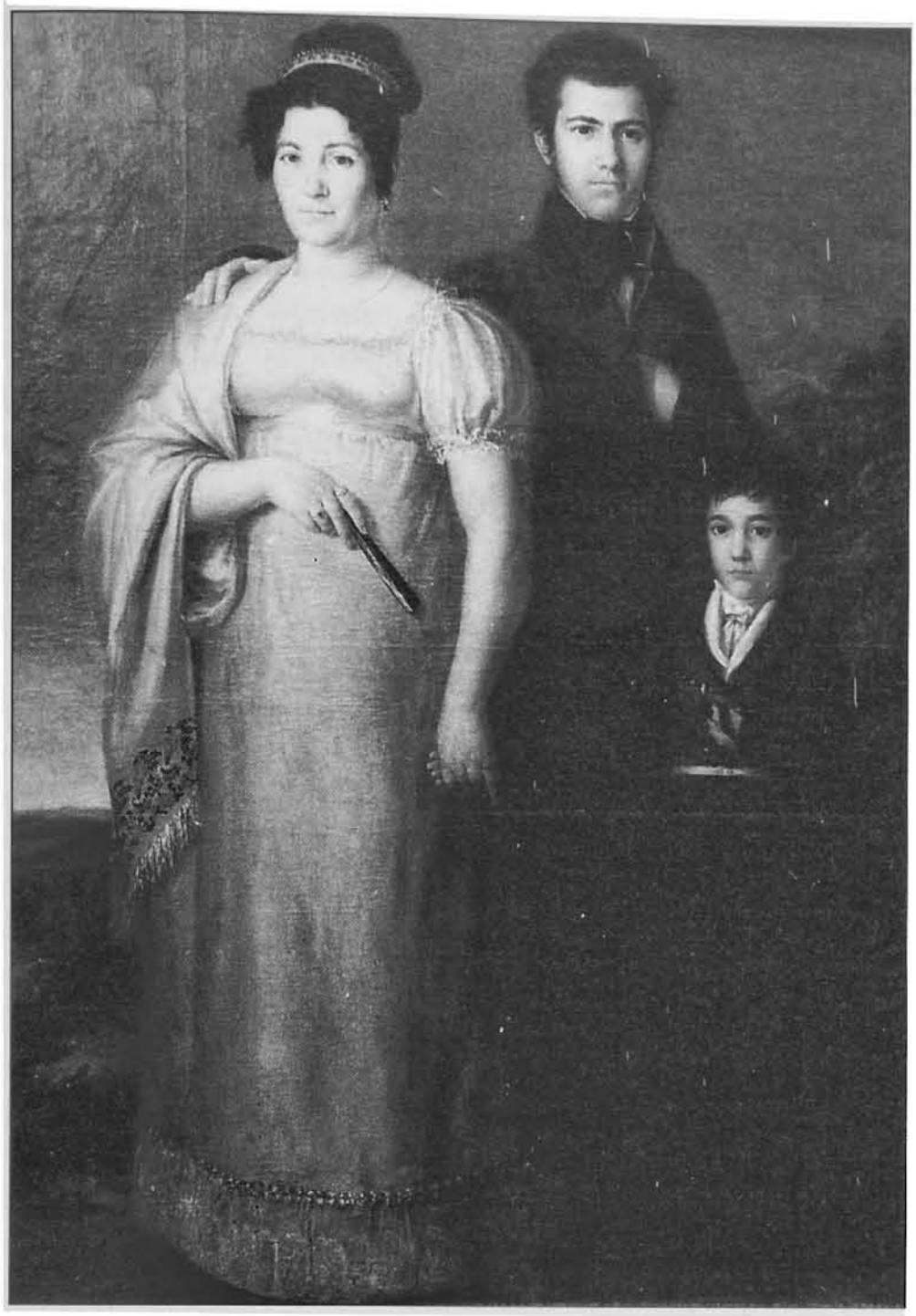


Foto 1. (1ºr) Primer tercio del XIX. «*Familia Benítez Bragaña*». R. Tegeo.

puede observarse el vestido-camisa con cinturón «a la víctima», que remarca el talle alto y amplio escote ribeteado de encaje. Las mangas, cortas y afaroladas se estrechan en los antebrazos y bocamangas. Lleva, así mismo, un aderezo formado por pendientes y collar de perlas. El cabello, rizado, se recoge en la nuca.

UNA NUEVA SILUETA FEMENINA (1825-1850)

Hacia 1830 la silueta del vestido femenino se definió mediante un cuerpo más o menos ajustado marcando la cintura, que ha vuelto a su sitio, mediante el uso del corsé y una falda acampanada más o menos amplia que dejaba ver los pies de las damas; el abultamiento de éstas se conseguía por el uso de varias enagüas y faldas internas. Las mangas globo o «pierna de cordero» nos remiten a ciertos revivals renacentistas que también se advierten en el uso de encajes en cuellos a manera de gorgueras que recibían el nombre de «pelerinas»; normalmente en traje de noche o soirée solían escotarse mucho más estos vestidos. Paulatinamente la figura femenina depura alguna de sus líneas siendo la piedra de toque el cuerpo y las mangas que tienden a estrecharse primero del codo hacia la bocamanga mientras que la falda aumenta su largo.

Los complementos específicos del atuendo femenino como abanicos, quitasoles, manguitos, ridículo (bolso o limosnera)... resultan ser los más inclinados a las fluctuaciones de la moda:

–Abanicos: Solían ser de materiales nobles como el carey, hueso o madera tratadas (lacadas, pintadas). Los países solían presentar alguna iluminación pintada o impresa; a veces éstos eran de encaje o sedas con guarnición de lentejuelas, bordados sobrepuestos... Los más ricos presentaban el país de piel de gallina o cabritilla con pinturas de escenas alegóricas, mitológicas, políticas... Los más castizos eran de madera con sencillo país(5).

–Quitasoles: La decoración se centraba en el mango/puño de material rico: márfil, maderas nobles, bronce...

–Manguitos: Piel.

–Ridículo: Bolsa o limosnero. Solía ser de malla o red metálica o bien de cordón con fondo de raso o seda. Los más ricos se confeccionaban con perlitas o cristales insertados a la tela.

–Sombreros: Predominan las capotas de grandes lazos, guarnecidas de pequeñas flores y frutos, también plumas.

–Zapatos: Se confeccionaban de igual tonalidad que el vestido. Con tacón. Todavía no se ha generalizado el uso de botinas de piel.

–Joyas: Innumerables quincallas no siempre de materiales nobles. Digamos que es el momento en que la bisutería surge como un fenómeno generalizado. Broches, brazaletes, guardapelos, cadenas...

También los «Nacionalismos», fenómeno social y político, se manifiestan en la indumentaria. Así, en España el uso de blondas tradicionales y encajes españoles en mantillas se hace generalizado en cualquier toilette de buen tono; el tartán de lana o los tejidos de seda a cuadros, de inspiración escocesa, estarán muy de moda hacia 1840 gracias al uso que de elementos escoceses hizo la reina Victoria. Gran variedad de tejidos como gasas y tules, terciopelo labrado, brocados y moaré pekinés (sedas) rayados, popelín, organdí, tarlatana... Son usuales las combinaciones de dos o más materiales ricos para la guarnición de trajes de ceremonia o noche. Terciopelos de distintas tonalidades junto a rasos o tafetanes y aplicaciones de bordados polícromos; fórmulas basadas en cierto abigarramiento decorativo, muy usual tras la aparición de la máquina de coser(6). Pero el fenómeno más interesante que se dará a partir de 1840 será la «crinolización» o amplitud de las faldas; éstas alcanzaron una largura tal que ya no permitían ver los pies de las mujeres. La cintura quedaba perfectamente remarcada con el ajuste del corsé; la parte superior del vestido (cuerpo y mangas) solía unirse a las faldas mediante corchetes o botones y la parte inferior del vestido (faldas) alcanzaban cierto volumen gracias al uso de múltiples enagüas y de un rodete o miriñaque realizado con crines, antesala de la futura crinolina.

Los peinados y tocados solían ser sencillos con en el cabello partido y peinados de rizos o moñetes laterales; es usual recoger todo el cabello en trenzas en la parte de la

(5) El último gran catálogo sobre abanicos es el de reciente publicación «Abanicos. La Colección del Museo Municipal de Madrid». Madrid, 1995.

(6) C. HERRANZ RODRIGUEZ. «Las Colecciones del Museo Nacional del pueblo Español», en MODA EN SOMBRAS. Madrid, 1991, pág. 55.

nuca. Adornábanse los peinados de noche con encajes (pequeñas cofias), plumas y flores. Como prendas de abrigo, las damas del gran mundo llevaron grandes manteletas o pardessus guarnecidas con pieles aunque nunca perdieron su hegemonía en el imperio de la moda los chales de cachemir o de Paisley. Es lógico pensar que las elegantes usaban distintos trajes coincidiendo con las circunstancias horarias y relacionadas con la actividad del día; así, por la mañana era usual el peinador (deshabillé) y el pelise-robe (vestido de mañana de llevar en casa); para paseo, el «redingote» (vestido abierto abotonado) y el traje de noche o gala. Más tarde fue común la acepción de «vestido soirée», lujoso y con gran profusión de volantes encañonados bordados, con aplicaciones de pedrería(7).

Dos retratos femeninos encuadrados hacia 1850 nos muestran el atuendo femenino en dos de su vertientes más atractivas: el traje cortesano y el vestido burgués. El primero de ellos es un óleo-lienzo de 1,85 x 0,95 m; *Retrato oficial de Isabel II*, ejecutado por el pintor José Pascual y Valls (1820-1867), depositada en el Museo de Murcia por el gobernador Rodríguez Ferrer en 1872. La reina luce un hermoso traje de moaré blanco con aplicaciones de encaje en bocamangas, escote (formando una amplia berta) y falda donde éstos se disponen en volantes. El cuerpo, ajustado, termina en pico de donde arranca la falda y sobre ésta, una cinta que cuelga sobre la falda, denominada «lazo fontanges»(8); lleva una capa con sobrevuelta de piel, velo de encaje que se recoge desde una espléndida diadema (piedras engastadas en oro trabajado en granulado y cincelado formando flores) y brazaletes en ambos brazos formados por placas romboidales unidas labradas con trabajo de repujado; el collar, por último, es una cadena de eslabones redondeados y ovales entre dobles volutas. Luce asimismo la reina varios distintivos y entre ellos, la Real Banda de María Luisa.



Foto 2. «*Retrato de Isabel II*», *de José Pascual* (1845-1850)

Pese al influjo del vestido francés, desde la corte se manifestó un apego incondicional por tejidos y fórmulas españolas; así, la mantilla de blonda y los adornos de encajes se combinarán con diversas novedades textiles, resultando una moda cuya característica más singular será sin duda el eclecticismo derivado de la fusión de dos tendencias: el arraigo de prendas y aditamentos de profunda raiz española con otros foráneos(9).

Mayor sobriedad domina el traje de la burguesía: en *Retrato de Carolina Abrisqueta*, miniatura sobre marfil de 9,5 x 7,5 cm. y firmada por Domingo Quíper, ésta viste traje formado por dos piezas en seda decorada con un sembrado floral (estampado o bordado). El cuerpo se ajusta dando paso a una falda que se vislumbra amplia; el cabello con recogido simple en la nuca y una cofia de tejido a cuadros. Nunca antes la «imagen femenina» se había revestido de tanta fragilidad y dulzura; los rostros con lustre de porcelana, la ausencia de tono vital y una total inactividad, lo que más tarde se denominaría «dolce far niente» van a configurar un determinado *arquetipo femenino* que tanto en la plástica como en la narrativa se afianzará. En la era de la industrialización y del maquinismo, del desarrollo y auge de los medios de comunicación, del empuje científico, técnico..., la mujer es un ser «incierto», a caballo entre el niño y el hombre, unas veces ángel y criatura celestial, otras, poseída de inconfesables vicios y malos hábitos(10). En realidad la verdadera y única función en la vida de una mujer era constituirse en el alma del hogar conyugal: «...Llamada tradicionalmente la mujer para la propagación de la especie humana, siendo inseparable compañera del hombre, claro es que la educación que se la dé cuando niña, debe ser la que la prepare para llevar los deberes de una amante y cristiana esposa...»(11). Bueno, y esto no siempre fue así, mujeres hubo que rompieron las ataduras más fuertes de los convencionalismos y destruyeron para sí los desatinados estereotipos de que eran objeto.

---

(7) J. LAVER. Opus cit. pág. 176.

(8) MAX VON BOEHN. «La Moda. Historia del traje en Europa desde los orígenes del Cristianismo hasta nuestros días», Salvat, Barcelona, 1929, Tomo VII. M. ROCAMORA. «Un siglo de modas barcelonesas, 1750-1850», Barcelona, 1944.

(9) Para el estudio del encaje español todavía no se ha superado el trabajo de la Sra. Carmen Baroja de Caro «El encaje en España», Labor, Barcelona, 1933. M. Rocamora en «Un siglo de modas barcelonesas, 1750-1850» cita en la pág. 67 que en 1850 la reina Isabel encargó un vestido al fabricante de blondas José Margarit, noticia recogida en EL DIARIO DE BARCELONA de 28 de septiembre de 1850.

(10) Este maniqueísmo, latente desde mucho antes y de complejos orígenes, se fraguará en las artes a partir de la segunda mitad del Novecientos, como ya han señalado Erika Bornay «Las hijas de Lilith, 1990», «Los cabellos en el arte, 1984» y Bram Dijkstra «Idolos de Perversidad», 1990.

(11) «Sistema o Plan para la educación interna de niñas en el Convento de Religiosas Agustinas de Murcia». Aprobado por el Ilmo. Sr. D. Mariano Barrio Fernández. Murcia, 1852, pág. 5.

LA SEGUNDA MITAD DEL OCHOCIENTOS (1855-1890)

Es a finales de la década de los cincuenta cuando se implanta el uso de la jaula-crinolina (la silueta de la mujer va cambiando casi de manera drástica), que es una enagua con armazón de aros de acero flexibles que permitía a la falda externa alcanzar gran volumen sin necesidad de acumular múltiples enagüas bajo el vestido por lo que supuso gran avance en la comodidad de las féminas ya que en cierto modo sentíanse aliviadas por un artefacto donde se unían técnica y tradición (no hay que olvidar que claros antecedentes de esta pieza son tontillos y guardainfantes del s. XVII y, por supuesto, los verdugados de clara procedencia hispana).

La moda femenina hasta 1865 se va a caracterizar por la ostentación, por un neo-rococó que se advierte, claro está, en toda expresión artística. Surge la «Haute Couture» en París centro de donde parte todo esplendor novedoso del Gran Mundo del Segundo Imperio y a ello va a contribuir la figura de la emperatriz Eugenia, máximo exponente de elegancia. La capital gala es el centro de la cultura y del «Beau Monde», las Exposiciones Universales, los «Salons» constituyen la piedra de toque que marcará pautas referentes a novedades en todos los campos de las artes e industria y por supuesto se eregirán en los llamados «escaparates de la moda», y dentro del ámbito de ésta surge la industria del perfume y de la cosmética[12] casi tal y como hoy la conocemos, habida cuenta de los innumerables reclamos publicitarios aparecidos en la prensa periódica o revistas especializadas:

«PERFUMERÍA.Por la Comisión de Almazán se pueden obtener los artículos siguientes: Aceites de los Druidas para el pelo... Aceite de los Druidas de olor... Aguas de Colonia de diferentes fábricas... Agua Tónica de Legrand... Agua Soberana, Lavanda, Agua de Makeda, Crema imperial, Jabón de flor de Azufre, de Orange, de Almendras. Polvos de arroz, pasta de almendras, pomada de vainilla, vinagre de toilette de violetas ...»[13].

Los vestidos se cubren con manteletas o chales, las faldas aparecen adornanadas de volantes o tiras bordadas y es a finales de los sesenta cuando se introducen enormes abullonados y grandes lazadas. Los tejidos, admirables, se patentizan en sedas tornasoladas, bordadas con labor de aplicación o sobrepuesto así como tafetanes, damascos o terciopelos (el azul fue muy utilizado para traje de calle). Los fondos de seda o tafetán se unen al oro y a las composiciones florales y grandes temas vegetales, dando lugar a innumerables variaciones efectistas de caóticos registros donde corren parejos el «horror vacui» y la belleza[14]. También se produce un enorme desarrollo de la ropa blanca y la lencería (corsés, pantaloons, chambras...); en una sencilla revista femenina de tirada nacional se aconsejaba para una novia modesta el «equipo» formado por entre otras piezas, una docena de camisas de diario, media docena de lujo, una docena de chambras, pantalones y enaguas, algunas de ellas con cola, media docena de cofias (redecillas y alsacianas), una bata de mañana (cachemir), dos docenas de pares de medias, dos corsés...[15]. Los zapatos forrados de tela se utilizarán para fiestas y soirées (estilo Luis XVI) pero de uso diario y, sobretodo, para calle van imponiéndose botitas y borceguíes de piel como la «botina de visita», «botina de piel de cabritilla», «botina imperial» con caña de seda gris o azul, «botina Victoria», combinación de charol y seda naranja; para baile o fiestas los zapatos eran modernas derivaciones de modelos del siglo XVIII adornados con cordones de colores blanco o azul y dorado[16].

A partir de 1865 la crinolina se va adaptando a la parte trasera del vestido conformando así modelos con estupendas colas para lo cual eran necesarios numerosos metros de tejido. Las guarniciones de lazos, drapeados y bullones se ajustan con mayor profusión a los laterales y colas de las faldas. Los cuerpos se ceñían desarrollándose a partir de la cintura unas tiras de tela denominadas aldetas. El uso de chaquetas ajustadas o blusas reciben distintos nombre como «cuerpo fígaro», «chaquetilla mansouk», «paletot», «chaqueta jockey»... Escotes y mangas serán proclives a variaciones según circunstancias y así, por ejemplo, para vestidos de noche o fiesta las mangas serán cortas, de globo o manga perdida, y se lucirán grandes escotes; para los trajes de calle o de uso diario, las mangas ajustadas y cuellos cerrados, dobles cuellos o pequeñas manteletas cubrirán la parte superior y hombros femeninos. Tocados y peinados tienden a complicarse sólo en grandes ocasiones, la tónica general apostará por sombreritos de reducidas dimensiones con caída sobre la frente y compuestos de velos, alfileres, cintas, flores ... El estilo y la elegancia dependía en buena medida de ese toque final que proporcionaba casi con exclusividad el sombrero o tocado; por ello, la mujer dedicó un cuidado especial a este aditamento:

«Los sombreros de vestir.- Con pequeña ala vuelta se eleva del fondo en la parte anterior desde donde baja el tul plegado o bullonado a rematar por detrás en «bavolet» o lazo. Elisa Grenet hace esta forma en crespón malva con viñetas y flores blancas o rosas, en tul blanco con cintas capuchinas, y en gris y verde con margaritas... La Casa de Elisa en la Puerta del Sol, es una de las primeras en confección que encierra la Corte»[17].

En *Luna de miel* (1862, óleo-lienzo, 0,52 x 0,37 cm.) de Domingo Valdivieso, nos hallamos ante una pintura extraordinariamente ilustrativa; la quietud y armonía de objetos y materiales (maderas, metales, textura de telas...) se yuxtaponen a cierta ambigüedad en la expresión de la joven pareja. Ella, sentada frente a un piano, dispuesta a iniciar o ya ejecutando una melodía, viste un traje azul intenso en raso tafetán; un cuerpo ajustado cubierto con una manteleta corta se prolonga en amplia falda ahuecada probablemente con crinolina que ya es pieza caída en «des-

(12) El perfumista Guerlain inició plenamente la «industria» perfumista: como proveedor de la Casa Imperial, elaboró sus famosas aguas perfumadas para la emperatriz Eugenia. Unos años más tarde lanzó JICKY, elaborado con técnicas novísimas al conjuntar varias esencias en una sola con métodos de elaboración industriales.
(13) LA PAZ DE MURCIA. 10-Enero-1966, nº 2415, año IX.
(14) C. FERNÁNDEZ-VILLAMIL. «Las artes aplicadas/2». Madrid, 1982, p. 580.
(15) LA VIOLETA. 20-IV-1872, Año I, nº 1.
(16) LA PAZ DE MURCIA. Año VIII, nº 2159, 23-IV-1865.
(17) LA VIOLETA. 20-IV-1872, Año I, nº 1.



Foto 3. «*Luna de miel*».
Domingo Valdivieso, 1868



Foto 4. «*Retrato de niña*».
Anónimo, 2.ª mitad XIX

gracia» a tenor de las informaciones aparecidas en artículos especializados:

«...De algunos años a esta parte el sexo femenino ha progresado favorablemente en su parte vestimentaria, higienizando sus corsés, adoptando el uso de los pantalones y sustituyendo los confortables botitos a los delgadísimos zapatos de seda... (pero) ha dado en la manía de los zagalejos o enaguas-campana que arman inmensamente más que el ya inmoderado miriñaque empleando al efecto el cartón, la crinolina, el esparto, las ballenas, el junco, el acero. Con tales ahuecadores, hay señora que mide más toneladas que el Leviathán. La crinolina ha sido objeto de mil epigramas y ha ocupado chistosamente el lapicero de los primeros caricaturistas de Europa, y hasta el hecho de hablar de sí en la Cámara de los Comunes de Inglaterra sin que haya dejado de llamar la atención de los higienistas. Haciendo cero con éstos, diremos a las señoras que esa moda (...) se halla en plena oposición con todas las reglas higiénicas del vestir...»[18].

Entre 1870 y 1890, con la crinolina o miriñaque ya en decadencia, la moda adopta rasgos eclécticos y que se fundamentan en la configuración de una silueta muy forzada por el uso de ajustados corsés y el empleo de la «demi-crinolina» que derivará hacia el polisón o «cul de París», como consecuencia la estructura de la falda centrará en la parte posterior y laterales mayor número de pliegues, lazadas, abullonados, volantes o drapeados, dando origen a la «moda Tapicería» con complicadas colas y vestidos de contrastados tonos.

En *Retrato de familia* de E. Atalaya, (1871, óleo-tabla de 0,45 x 0,37 m.) el vestido que luce la dama es un trasnochado modelo, propio de mediados de 1860 y que se caracteriza por una amplia falda con volante inferior de gran caída, cuerpo ajustado y cuello o escote cerrado, con aplicaciones en terciopleo de color.

En cuanto a la indumentaria infantil *Retrato de niña* (Anónimo, 1858-1860, 1,38 x 1,01 m.), repite a pequeña escala los tipos genéricos: cuerpecillos ajustados, amplias faldas, «pantalones» o pantalones interiores, esclavinas,... capelinas o capulet.

Como nota anecdótica, me gustaría reseñar la gran cantidad de términos alusivos a tonalidades y texturas de tejidos: tafetán habana, violeta o color flor de malva, vestido pelo de cabra, chaly pompadour, linos de lana, sedelinas, foulard de cachemir, chaconadas, sultanas, chaly cola de golondrina, azul viuda...

Tres retratos ilustran gráficamente algunos aditamentos y aderezos propios a partir de la segunda mitad del XIX:

Retrato femenino (Anónimo, óleo-lienzo de 0,80 x 0,65 m.) es un soberbio estudio admirablemente descriptivo desde el peinado, recogido en la nuca hasta las distintas calidades del encaje en hombros y muñecas o la estola de piel que envuelve el cuerpo de la dama. Pormenorizada es igualmente la plasmación de las joyas formadas por pen-

(18) LA PAZ DE MURCIA. Año VIII, nº 2252, 12-julio-1865.

dientes (arracadas) y broche sobre el mitón al parecer trabajadas en granulado.

En *Retrato de joven* (Anónimo, óleo-lienzo de 0,64 x 0,50 m.) el pintor ha destacado el sombrero de fieltro con plumas en combinaciones bícromas tan usuales ya a mediados de la década de los setenta:

«Como en los vestidos, los sombreros de dos colores principiarán en breve a ser de buen tono, pero esta moda no es de las que combienen a personas modestas, porque no juegan más que con determinados trajes: a las Sras. que no puedan dedicar grandes sumas a su atavío les aconsejaré siempre el sombrero de tul blanco, de paja de arroz con terciopelo negro y una rosa...»[19].

Por último, R*etrato de dama* de José Balaca (1810-1869) es un óleo de 0,64 x 0,52 m. que recoge el prototipo femenino burgués. Es una espléndida imagen en tres cuartos que entronca con aquellos retratos de rica factura en que se ponía de manifiesto no sólo el status social de la representada sino que dejaba entrever rasgos personales e incluso íntimos a través de un elaborado estudio pictórico. Destaca sobre todo el rostro animado por el atrevido mechón sobre su sien derecha y parte de su tocado floral que se repite en el ramillete prendido bajo el pecho. La delicadeza del rostro halla su contrapunto en las veladuras para trasponer a la pintura el encaje y el tul bordado que cubre el escote. Por último, haría hincapié en los pendientes en forma de camafeo del que pende un dije y que responden a determinados tipos del XIX.



Foto 5. «*Retrato de M.ª de las Mercedes*»
Anónimo, último tercio S. XIX

LOS ULTIMOS AÑOS DEL SIGLO

Las últimas decadas del siglo se caracterizan por la ausencia casi total de un determinado estilo[20]. Pese al eclecticismo imperante la silueta femenina encaja una línea ondulada, casi serpenteante, determinada por el ajustado corsé y el polisón. En *La reina Mercedes de Borbón* (Anónimo, óleo-lienzo de 1,10 x 0,76 m. hacia 1878) ésta viste un traje de gala en seda blanca, sin mangas y amplio escote que deja ver parte de sus hombros; el cuerpo se ajusta extraordinariamente y remata en pico; la falda, con polisón, está confeccionada en encaje proporcionando un bello efecto de contraste con respecto a la parte superior del vestido en seda lisa bordada con cenefas de perlitas y dijes. El peinado se construye a base de rizos acumulados sobre la frente y recogido en moño.

Los años finiseculares se fundamentan en la innovación total del vestido: las formas se van definiendo hacia la naturalidad, el corsé, por ejemplo, se confecciona con tejidos especiales para su mejor adaptabilidad al cuerpo. La evolución del traje correrá pareja a la evolución del concepto de «lo femenino», su liberalización y su integración plena a la sociedad se expresará también en la naturalidad y libertad en el vestir. Nuevas fibras y prendas proporcionarán comodidad y ligereza a una mujer que va incorporándose paulatinamente a diversas actividades impensables años antes; los tejidos elásticos, el abrigo, el traje tailleurs, pantalones..., revolucionan la moda en el vestir. *La bañista* (O. Tabacci, 1878-1880, mármol) expresa un momento ya diferente del concepto de «lo femenino», mientras que en *Otoño* (Obdulio Miralles, 1893, óleo-lienzo de 3 x 1 m.) el artista ha plasmado un hermoso prototipo femenino «fin de siècle» de regusto neo-romántico: el abanico y la sombrilla, sempiternos, forman el rico contrapunto a un hermoso traje de organdí (?) y seda blanca con amplio fajín color cereza y zapatos forrados de raso. Los pliegues oblicuos del cuerpo y las amplias mangas al codo contrastan con la falda casi ya de línea evassé y ribeteada de un festón de puntilla sobrepuesta.

Finalmente quisiera reseñar un interesante texto de Ingrid Laib donde se pone de manifiesto la impronta única que alcanzó el fenómeno de la moda: «La prosperidad, estabilidad y seguridad alcanzada por los grandes estados europeos fueron la causa del periodo de gran lujo en el arte del vestir que precedió a la primera Gran Guerra...(en las revistas) se ofrecía indumentaria más adecuada para las distintas horas del día (el paseo matinal, el almuerzo, el té, la cena, la ópera, el baile, la asistencia a una boda, los viajes, los disfraces,etc.). Todo ello estuvo previsto y determinado por los couturiers, según el lugar, la ocasión y la esfera donde tuviera lugar».[21]

---

(19) LA VIOLETA. Revista bimensual de literatura y Bellas Artes dedicada al Bello Sexo. MURCIA. 20-IV.1972. Año I. nº 1.

(20) C. FERNÁNDEZ-VILLAMIL. Opus cit.Pág. 598.
(21) LA MODA ELEGANTE (J. LIBRUM). Barcelona, 1990, hoja 2.

LOS MUSEOS PUEDEN SER BONITOS, EDUCATIVOS E INCLUSO INTERESANTES...

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 451 - 453

Juana García Guillén
PSICOLOGO

...Este artículo pretende, clarificar algunas posiciones y aspectos referidos a las funciones de los Museos, dentro del contexto social en que: ¡existen, sobreviven o malviven!

De alguna manera; se entiende; que éstos cobran su sentido en su barrio, en su ciudad, entre sus gentes. La idea que aquí se defiende de Museo, va más allá del simple depósito, almacén, escaparate de objetos históricos; templo de... para especialistas en... y da paso a una concepción que en oposición clara, opta por defender un Museo como instrumento didáctico, como vehículo de cultura, que presta servicio y capaz de, no seleccionar usuarios, sino que se presenta de tal manera que pueda convertirse en una poción válida para el experto, el joven, niño, ama de casa y un largo, etc... que configura lo que se denomina su público y No-público o público potencial que son visitantes en potencia pero que aún encuentran los Museos poco atractivos.

Todos los Museos no interesan al público por igual, incluso sabemos que hay Museos que no interesan, sus razones habrá. También existen Museos a los que les preocupa su imagen y hacen todo lo posible por solucionar sus problemas. También hay otros que no los solucionan.

Pregunta: ¿Es interesante comprender para disfrutar lo que nos dicen los Museos o es preferible mantener lecturas imposibles, no desvelar el misterio?

No existen demasiados estudios que expliquen las causas que impiden una asistencia masiva o más numerosa a los Museos, ni tampoco, sobre aquellas que originan una especie de «despreocupación colectiva» por ellos. Pero ya existen algunos que mencionan tales causas y tratan de explicar hechos como porque los grupos de escolares pueden llegar a constituir el grupo más importante de visitantes en los Museos españoles.

El Reglamento de los Museos de titularidad estatal y del sistema español de Museos en su Título Preliminar; Disposiciones Preliminares, Art. 1.º establece: «De acuerdo con lo dispuesto en el artículo 59.3 de la Ley 16/1985, de 25 de junio, del Patrimonio Histórico Español, son Museos, las instituciones de carácter permanente que adquieren, conservan, investigan, comunican y exhiben, para fines de estudio, educación y contemplación, conjuntos y colecciones de valor histórico, artístico, científico y técnico o de cualquier otra naturaleza cultural».

En el capítulo VI de ese mismo Reglamento y cuyo enunciado «Dirección y Areas Básicas» señala en su artículo 17: Areas Básicas:

«Para el adecuado funcionamiento de los Museos de titularidad Estatal conforme a sus fines, todas las funciones y servicios de los mismos se integran en las siguientes áreas básicas de trabajo dependientes de la Dirección del Museo:

a) Conservación e Investigación.
b) Difusión.
c) Administración.

Continúa diciendo referido al punto b) Difusión: «El área de difusión atenderá a todos los aspectos relativos a la exhibición y montaje de los fondos en condiciones que permitan el logro de los objetivos de comunicación, contemplación y educación encomendados al Museo.

Su actividad tendrá por finalidad el acercamiento del Museo a la sociedad mediante métodos didácticos de exposición, la aplicación de técnicas de comunicación y la organización de actividades complementarias a estos fines».

Asimismo el Capítulo VIII en su artículo 25: Otras actividades culturales: «Además del desarrollo de las actividades culturales propias de las funciones que los Museos tienen encomendadas podrán realizarse en éstos, cuando cuenten con instalaciones adecuadas, otras actividades de carácter estrictamente cultural, siempre que no perju-

diquen el normal desarrollo de las funciones que corresponden a los Museos».

Destaca en el contenido, de su naturaleza y objetivos que los Museos necesitan dentro del marco de la Museología, una adecuación de sus estructuras y funcionamiento interno a la demanda cultural actual. Por ello la cooperación entre Museos e Instituciones que integran el sistema español de Museos se orienta hacia:

«La documentación, investigación y restauración de los fondos, así como para las actividades de difusión cultural y el perfeccionamiento de su personal».

Así las cosas parece que, la fuerza de los Museos está en su compenetración con la sociedad que los sustenta, y debe ser objeto de su interés integrarse en ella si quiere contrarrestar esa cierta tendencia a encerrarse en sí mismo.

Es prioritario que los Museos se identifiquen con su función social que no es otra que la de prestar un servicio público más, intentando, despojándose de su imagen tradicional, agregarse cada día más a cuestiones básicas, como puedan ser entre otras, la atención pormenorizada de su público, sus inquietudes, inclinaciones, gustos, etc...

La función digamos propiamente cultural, de informar objetivamente acerca de la significación de su propia cultura, en lo que afecta a su propia vida, al desarrollo de su país... y no contentarse con enseñarle ciertas cosas, seleccionadas con no se sabe muy bien qué criterios, que pudieran representar una cultura, pero que muchas veces no se corresponde con un concepto más amplio y global de ésta.

Si estas instituciones que llamamos Museos desean ser partícipes de la vida de sus ciudadanos, reponiéndose de su aislamiento, deberán trabajar en el sentido de tratar de enraizarse con su cultura, con su función social; existen donde existen, están donde están y sin olvidar sus tradicionales funciones no por ello poco importantes; deberán ser capaces de hacer el espacio que creo les pertenece y les da sentido.

La institución museística es una empresa colectiva cuyo destinatario es el pueblo. La cultura es un patrimonio colectivo interdisciplinar, y al fin unitario e indivisible. Es por ello que intentará realizar programas, dentro de sus posibilidades, también inter-disciplinales.

Afortunadamente no pocos Museos conscientes de su inevitable vinculación con el público, van reconociendo que es muy importante atender las colecciones, pero que no lo es menos atender a su público, y comprender que las necesidades de éste pueden haber cambiado. Es lógico en una sociedad donde los cambios se suceden cada vez con más rapidez. También es verdad que existen otros aún lejos de comprenderlo.

Pues bien, ¿qué es lo que lo que ocurre si un Museo no funciona?

Tanto escolares como público en general no encuentran atractivo en ver las salas del Museo permanentemente inmóviles, prefieren montajes atractivos sobre nuevos temas, si es posible con criterios interdisciplinarios. Pudiéramos estar hablando de un Museo que presta servicio y quizás, sólo quizás, estructura su oferta en torno a dos facetas básicamente: De un lado, actividades de difusión a nivel general, cambiantes y actualizadas, tanto en contenido como en forma de presentación. De otro lado, de documentación, archivo de datos, materiales, etc... de fácil, cómodo y rápido acceso.

Haremos uso de la expresión «desmuseizar el Museo», es decir, transformar lo que hemos heredado y convertirlo en algo capaz de hacer frente a esta doble demanda, estableciendo un régimen de servicio mutuo entre público-Museo y viceversa.

La idea es: un Museo centro de servicios al público; de documentación profesional y estudiantil, de apoyo a la enseñanza (Como alternativa, aula-taller); engloba asimismo la enseñanza no regulada (programación de cursos); espacio apropiado para que se den a conocer otros artistas, etc...

En general perpetuar actividades y hacer de la comunicación una política permanente que considere las expectativas del público como un elemento constante de la gestión del centro como tal.

Se aprecia la necesaria transformación de la mentalidad del personal directivo, que invierta en crear imagen, relevancia y se muestre atento a otros también interlocutores Proclive, pues, a la idea de una política de interacción entre el entorno y el Museo y que establezca relaciones que puedan convertirse en duraderas, con otras instituciones, autoridades, empresas, docentes, turistas, investigadores, científicos, prensa, público en general, etc...

En cualquier caso es Vital la confluencia y común acuerdo entre los responsables y personal en general del Museo respecto de cuestiones básicas como puedan ser: definir los objetivos en general del Museo respecto de cuestiones básicas como puedan ser: definir los objetivos y estrategias; analizar los resultados; buscar la imagen definitiva que lo identifique y le resitúe, en un continuo de destinadas a tal efecto, donde además predomine y cuide una buena presentación didáctica; establecer colaboraciones con Asociaciones de Amigos, empresas y colectivos de artistas, etc.

En definitiva la clave parece estar en la relación entre el Museo, el arte y su público. Un importante objetivo: atraer al mayor número de visitantes e intentar reconvertir a éstos en público permanente.

Un interés también básico: hacer comprensible nuestro patrimonio, para ello primero hacerlo accesible.

Surgen en este contexto los DEACS (Departamentos de Educación y Acción Cultural de los Museos), que es más o menos el staff técnico dedicado a la función didáctica. Contempla principios didácticos favorecedores del aprendizaje, que posibiliten el acercamiento a la obra y la clave para distintos niveles de lectura adecuados a cada exigencia. De alguna manera personaliza aunque, a la vez generaliza ya que el público que asiste a los Museos suele ser heterogéneo: adultos, escolares, familias, individuales...

Trata de dirigir un «aprendizaje significativo», aprendizaje y conocimiento, en palabras de León Alonso: «La educación que el Museo debe proporcionar se fundamenta en el servicio como guía para el cultivo del gusto, la sensi-

bilidad artística, y para capacitar las facultades intelectuales del público».

En el uso de una metodología que conlleva la aplicación de principios pedagógicos cuya pretensión es llegar a cada uno de los niveles de interpretación del mensaje cultural, imponiendo una lógica cultural, un código comprensible y aceptable en definitiva. Algo podría tener que decir, la Pedagogía expositiva, la Didáctica Aplicada, quizás, sólo quizás; sugiriendo métodos que permitan la intelección más sistemática de la cultura material que nuestros Museos contienen.

En opinión de la autora de esta pequeña aportación, es claramente obligada la referencia a principios didácticos, tanto específicos como generales; a la atención de las peculiaridades de los sujetos que acuden a la institución; a la difusión a través de técnicas y teorías educacionales, museológicas, acordes no sólo con el criterio del diseñador o decorador, sino con las exigencias para con el visitante.

Los Museos no son propiedad de personas ni ideas, sino la prueba inconfundible de que la cultura se ha de interpretar como un concepto global, y desde esa globalidad aportar todos aquellos elementos necesarios que garanticen una viva comunicación con los visitantes, despertando el interés al menos por conocer, redescubrir su pasado y ayudar a entender su futuro.

BIBLIOGRAFIA

ANDER EGG, E. «Metodología del trabajo social». Instituto Ciencias Aplicadas. Ateneo Barcelona, 1982.

BENDER, M. P. «Psicología de la comunidad». CEAC. Barcelona 1981.

DONZELOT, J. «La policía de las familias». Pretextos, Buenos Aires, 1961.

FULLEA GARCIA, F. «Programación de la visita escolar a los museos». Escuela Española S.A. Madrid, 1987.

MUSEUM INTERNACIONAL (Unesco. París). n.º 178 (vol. XLV, n.º 2, 1993).

LEON ALONSO, A.: «Museo: teoría, praxis y utopía». Cátedra, Madrid, 1978. p. 98.

VALDIESO MUÑOZ; M.ª TERESA... (et al). *La sala de Arqueología del Museo de Huelva: Museografía y Metodología Aplicada.* En: Cuadernos del Suroeste: n.º 2 (1990).

«EL MUSEO EN LA ESCUELA». UN EJEMPLO PRACTICO: EL MUSEO MONOGRAFICO DEL CIGARRALEJO (MULA, MURCIA)

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 455 - 459

José Luis Alvarez Castellanos
COLEGIO PUBLICO SANTO DOMINGO SAN MIGUEL
Virginia Page del Pozo
MUSEO MONOGRAFICO «EL CIGARRALEJO»

Creemos que uno de los principales fines de un museo, sea del tipo que fuere su contenido, es la acción cultural y educativa, dirigida concretamente al público que lo visita.

Al igual que otros museos de la Región de Murcia, el «Monográfico del Cigarralejo» recibe al año una serie de grupos claramente definidos: de diversas asociaciones de tipo cultural, de amas de casa, de la 3.ª edad,... De todos ellos, el más numeroso con una considerable diferencia es el de estudiantes.

A lo largo de los tres años que lleva abierto el museo del Cigarralejo, hemos podido ir viendo como los grupos de estudiantes aumentan día a día.

	Total Visitantes	Grupos	Escolares
Año 1993	8.770	59	1.934
Año 1994	6.015	54	2.036
Año 1995	6.537	70	2.558

Este incremento se debe, sin duda, al interés que van demostrando los colegios y los propios profesores, al descubrir estos últimos, que el museo puede ser un órgano educativo, que las clases, la educación y la enseñanza, no tienen por qué quedar relegadas a las aulas de los centros escolares. El museo puede ser el aula, el laboratorio o el taller en donde realizar esas clases prácticas que sirvan de complemento a las enseñanzas que comenzaron en la escuela con el profesor.

Dirigido a este público concreto y con la clara idea de que el museo no es el «Panteón de un Patrimonio Muerto» (García Blanco, A. y otros *Función pedagógica de los museos*, col. «Cultura y Comunicación 10», Madrid, 1980, p. 30), elaboramos un plan de actividades a realizar en el museo de Mula a lo largo de varios años. Este centro tiene la particularidad de que es temático, todos los materiales que componen su colección proceden de la necrópolis ibérica del mismo nombre, es decir, es un museo arqueológico y monográfico de un solo yacimiento «El Cigarralejo». Las actividades tenían que estar, por tanto, relacionadas con su contenido. Necesitábamos una acción didáctica específica en función de sus materiales y del público al que iban dirigidas: alumnos de 12-13 años.

Todos los escolares que realizaron los cursos ya habían visitado el museo de «su pueblo» en repetidas ocasiones, con un guía que les fue explicando, a lo largo del recorrido de las 10 salas que forman la exposición permanente, el nombre y función de los objetos, ubicación espacial y temporal de los iberos y aspectos generales sobre la cultura ibérica como: religiosidad y ritual funerario, actividades de la vida cotidiana: agricultura, ganadería, alfarería, comercio, etc., la guerra,...

Esto nos parecía insuficiente, no queriamos que los estudiantes pensaran que la única actividad de este tipo de instituciones es la de custodiar nuestro legado cultural y la de mostrar al público una parte del mismo. Que el museo no es sólo unas salas con vitrinas en donde se exponen de forma más o menos atractiva una serie de objetos para que los visitantes los admiren. Pretendía que comprendieran que también se realizan otras funciones o facetas, que el visitante ocasional no ve, como: catalogación de los libros de la biblioteca, inventario de materiales, dibujo, fotografía, restauración, investigación, etc.. Que los objetos arqueológicos hasta llegar a la vitrina de exposición pasan por una serie de operaciones que al mero espectador se le escapan.

En primer lugar, los objetos están enterrados en el yacimiento arqueológico, hay que practicar una excavación para descubrirlos y desenterrarlos. A continuación se lavan, clasifican, inventarían los fragmentos, se restauran, se dibujan y fotografían y finalmente se exponen algunos de ellos. Otros pasan a formar parte de la colección estable del museo, pero se guardan en los almacenes, es decir, no to-

das las piezas del museo se exponen al público. Este dato es uno de los que más sorprende a los escolares: ¿por qué no se enseña todo? Por último, aunque parezca un tópico, crear conciencia en ellos de la necesidad de conservar el Patrimonio Histórico-Artístico.

El centro con el que venimos desarrollando en estrecha colaboración esta serie de actividades es el Colegio Público Sto. Domingo San Miguel, ubicado en Mula muy cerca del museo.

El apoyo del profesor fue indispensable y definitivo para poder llevar a buen término nuestra tarea. El mejor que nadie conocía a sus alumnos, sabía de su capacidad y necesidades, de sus ansias de descubrir y aprender cosas nuevas y, de sus intereses.

El profesor introdujo, en su aula, al grupo que iba a recibir el curso, en las actividades a realizar, los motivó en todo momento, especialmente al final, cuando ya estaban cansados, o en los momentos más difíciles en los que ellos pensaban que no serían capaces de realizar los trabajos. Consiguió acercar al alumno al museo, presentándolo como algo propio, era «su museo», donde podías divertirte aprendiendo y, donde las cosas que hay en él pertenecieron a nuestros antepasados y, gracias a su estudio, podríamos conocer y comprender mejor nuestro presente. Finalmente los chicos, según sus propias palabras, se sintieron orgullosos de sí mismos y del trabajo que habían sido capaces de realizar. Aprendieron a mirar el museo de otra manera, como si realmente les perteneciera y formara parte de sus vidas.

Fueron unas experiencias netamente educativas, pero no tenemos que descartar otros aspectos interesantes de las mismas.

La cuestión comenzó a fines de mayo de 1993 -acababa de inaugurarse el museo-. Desde el principio -en palabras del propio profesor- en el colegio tuvimos claro la suerte de tener una institución semejante a sólo cinco minutos del centro, así como las posibilidades que nos abría a nivel educativo; si bien hay que decir que nos quedamos cortos, cortísimos, imaginando. Y visto ahora con una perspectiva de pasado, las magníficas iniciativas que tenía reservadas Virginia, la directora del museo. Desde el área de Ciencias Sociales y con el apoyo siempre de la Dirección del Centro, empezamos a plantearnos ¿por qué conformarnos con una visita para «ver el museo» y que «nos cuenten» lo que allí hay, si podemos ir muchas veces y descubrirlo poco a poco, pasar una mañana observando una vitrina o una sala o tan sólo algunas de las piezas, haciendo que esos objetos cobren vida en nuestra imaginación, dialogando sobre su función y la vida de los hombres y mujeres que los utilizaron y haciéndonos preguntas sobre ellos? De esta forma empezaron a hacerse un poco asiduos visitantes con los alumnos y alumnas de 7.º y 8.º curso de E.G.B. desde el museo les lanzamos una serie de propuestas de actividades para realizar aquí, en concreto un curso de Restauración de cerámicas arqueológicas realizado durante el curso 94/95 y un curso de Dibujo arqueológico en el curso 95/96, que explicaremos detenidamente más adelante.

Por las condiciones mismas del trabajo, los grupos no podían ser muy numerosos (máximo 15 alumnos/ alumnas), con lo que al no coincidir con el grupo-clase completo, decidimos organizar los grupos de trabajo con alumnos de 8.º de E.G.B. que voluntariamente quisieran apuntarse, realizando la actividad en horario extraescolar a razón de dos sesiones semanales de una hora y media cada una (Miércoles y Viernes de 12.15 a 13.45) durante unos dos meses, tiempo previsto en el proyecto inicial. Por tanto la actividad se planteó de manera paralela a las clases de Ciencias Sociales y totalmente al margen del currículum oficial sin control de asistencia ni evaluación, ni notas o cosa semejante.

Sólo hicimos un planteamiento exigente en lo referente al desarrollo de los cursos, en el sentido de que si se comenzaba, debía hacerse lo posible por terminar; si no se estaba muy seguro, era mejor no apuntarse. Se trataba de dejar claro, desde un principio, que los alumnos debían ser y sentirse protagonistas de la actividad y que ésta debía desarrollarse dentro de un marco de autogestión y cooperación, por lo tanto dependía exclusivamente de nosotros. Esto supuso una primera prueba para algunos todavía indecisos, sin embargo estabamos dispuestos a no intervenir «motivando» a los alumnos para que se animaran, la motivación debía partir del propio interés de los alumnos y basarse en su propia decisión personal de querer asumir el compromiso de realizar el curso; luego una exposición de los trabajos realizados y como inauguración de la misma, pronunciar una conferencia con el apoyo de diapositivas, sobre la experiencia vivida, explicando los procesos trabajados, impresiones personales, etc.

Sin embargo, la actividad era lo sucientemente sugerente e interesante y no fue difícil decidirse.

Los cursos que en principio estaban previstos para dos meses de duración, como dijimos con anterioridad, se alargaron por diversas circunstancias, hasta cuatro meses incluyendo el tiempo dedicado a la preparación, montaje y recogida de la Exposición y la Conferencia inaugural que, se realizaron en el propio museo, contando con la asistencia de padres, compañeros y público en general.

CURSOS REALIZADOS Y ACTIVIDADES

1-CURSO DE RESTAURACION DE CERAMICA ARQUEOLOGICA

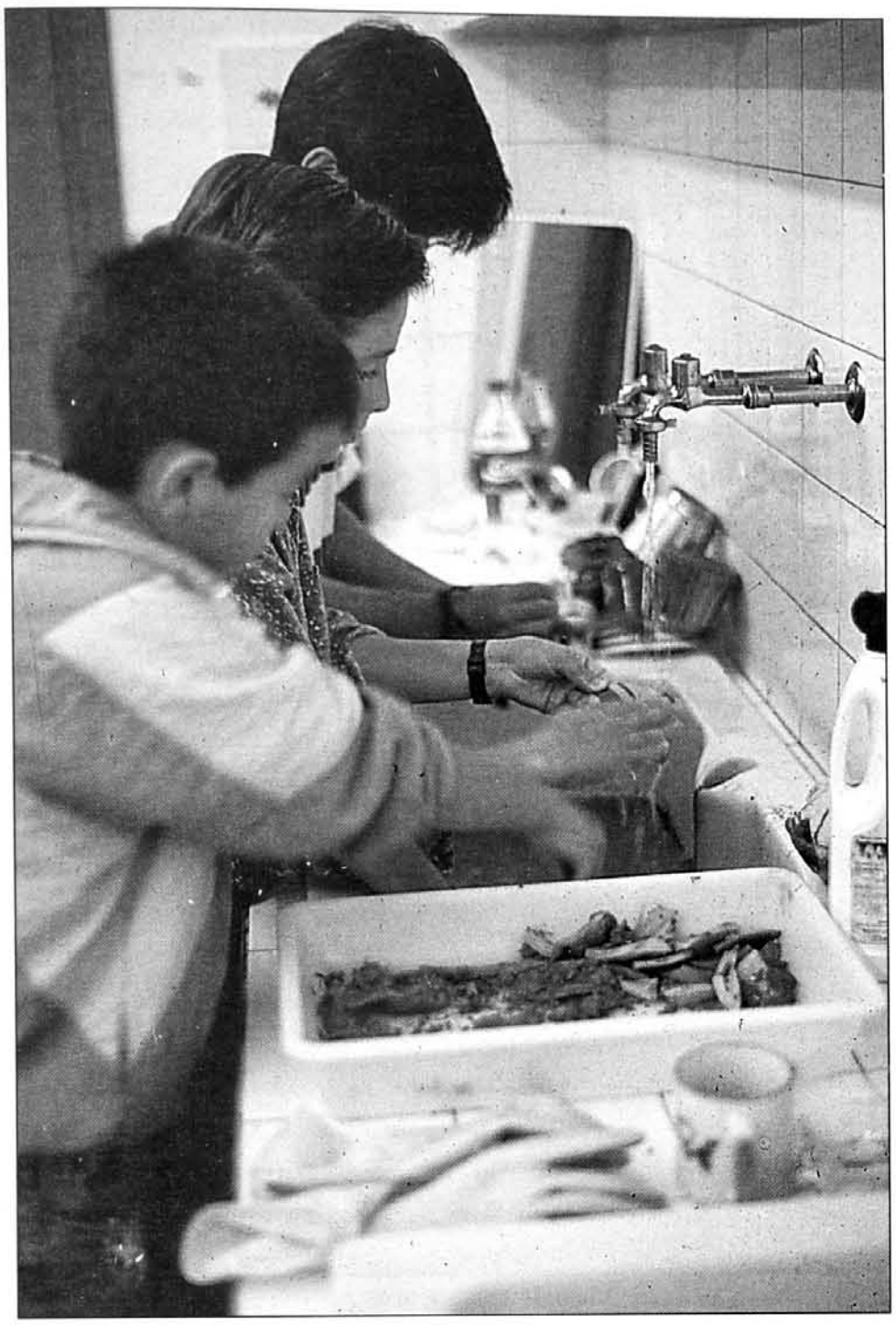
15 alumnos del Colegio Público Santo Domingo San Miguel. Curso 1994/95

Duración: Octubre-Febrero

ACTIVIDAD PRACTICA

1- Se encargó en una alfarería de Mula una serie de reproducciones más o menos fidedignas de cerámicas arqueológicas. Los alumnos las rompieron, mezclando todos los fragmentos y retiramos algunos de ellos para que las piezas quedaran incompletas. A la vez que les ibamos explicando el proceso de restauración a los escolares, éstos lo iban realizando con sus piezas. El trabajo consistió en: identificación de la cerámica, lavado, desalado, pegado de los fragmentos, reintegración de lagunas, aproximación al color (nunca igual) de la pieza original, consolidación.

2- Entre todos elaboramos una ficha técnica en donde cada alumno iba anotando todo el proceso de restauración de su pieza y los problemas que iba planteando la misma, junto a su documentación fotográfica de todo el proceso.



1. Lavado de cerámica en el laboratorio de restauración del Museo. Curso 94-95



2. Alumnos restaurando un vaso cerámico que reproduce un *Kalathos* ibérico. Curso 94-95

ACTIVIDAD TEORICA: Periódicamente se les impartieron clases teóricas como: «Formación de niveles arqueológicos» -«Proceso del objeto arqueológico: desde la extracción hasta su depósito en el museo». -«Proceso de restauración de la cerámica arqueológica».

-«Maquinaria, herramientas y productos para la restauración de la cerámica arqueológica». -«Importancia de la restauración arqueológica».

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

- Visita a todas las dependencias e instalaciones del museo monográfico del Cigarralejo

-Visita al yacimiento arqueológico de la villa romana de los Villaricos (Mula)

ACTIVIDAD DIVULGATIVA

Una vez finalizada las restauraciones (3-4 piezas por alumno), preparamos una exposición en el salón de actos del museo que consistió básicamente:

- el montaje de unas vitrinas de exposición con los objetos restaurados.

-otra con el proceso completo de la restauración de una cerámica, paso a paso.

- realización de carteles informativos con los temas impartidos (texto y dibujos), otros con los procesos de restauración (fotos y texto) y varios con fotografías de ellos mismos trabajando

A la inauguración de la exposición asistieron representantes de los centros de enseñanza de Mula.

- Los alumnos impartieron una conferencia al público asistente, con diapositivas, en la que explicaron toda su actividad en el museo y las impresiones y sentimientos que les había provocado el trabajo.

-La conferencia se repitió en días sucesivos a todos los cursos del col. Santo Domingo San Miguel, incluso a los propios compañeros de clase.

La experiencia volvimos a repetirla a lo largo del curso 95-96 con un curso completo del Instituto de Bachillerato Ortega y Rubio de Mula.

2- CURSO DE DIBUJO ARQUEOLOGICO

10 alumnos del Colegio Público Santo Domingo San Miguel. Curso 95-96. Duración: Enero-Abril 1996.

ACTIVIDAD PRACTICA Consistió en tres apartados bien diferenciados: a- dibujo de objetos arqueológicos en el taller. Utilizamos al principio las mismas piezas que el año anterior para el curso de restauración. Con posterioridad dibujaron objetos ibéricos de los fondos del museo como: puntas de lanza y regatones, vasos decorados y platos.

b- dibujo de estructuras arqueológicas en un yacimiento romano de la zona: La villa de los Villaricos.

c- Dibujo de un perfil estratigráfico simulado en el taller. Para ello realizamos en un gran panel la secuencia estratigráfica de una ciudad -desde época romana hasta la actualidad-. Los escolares lo dibujaron en papel milimetrado a escala 1:20, coloreando los distintos niveles.

ACTIVIDAD TEORICA

. Temas impartidos de forma simultánea a las clases prácticas:

-«dibujo de piezas arqueológicas «.
-«dibujo de estructuras arqueológicas»
-«dibujo de perfiles estratigráficos»
-«materiales y útiles de dibujo»
-«la formación de niveles arqueológicos».
-«proceso del objeto arqueológico: desde su extracción hasta su depósito en el museo»

ACTIVIDADES COMPLEMENTARIAS

-visita de todas las dependencias e instalaciones del museo monográfico del Cigarralejo.

-visita guiada al yacimiento romano de los Villaricos (Mula).

ACTIVIDAD DIVULGATIVA Una vez terminadas las tareas (5-6 dibujos por alumno) se preparó una exposición en el salón de actos del museo a base de paneles y carteles informativos:

-con los dibujos realizados, por tipos, y la explicación de los mismos.

-con el proceso completo, paso a paso de la realización de un dibujo arqueológico.

-con los dibujos del perfil estratigráfico.

-de ellos mismos dibujando.

Igualmente, el día de la inauguración de la exposición los chicos dieron una conferencia con diapositivas de la experiencia a todo el público asistente.

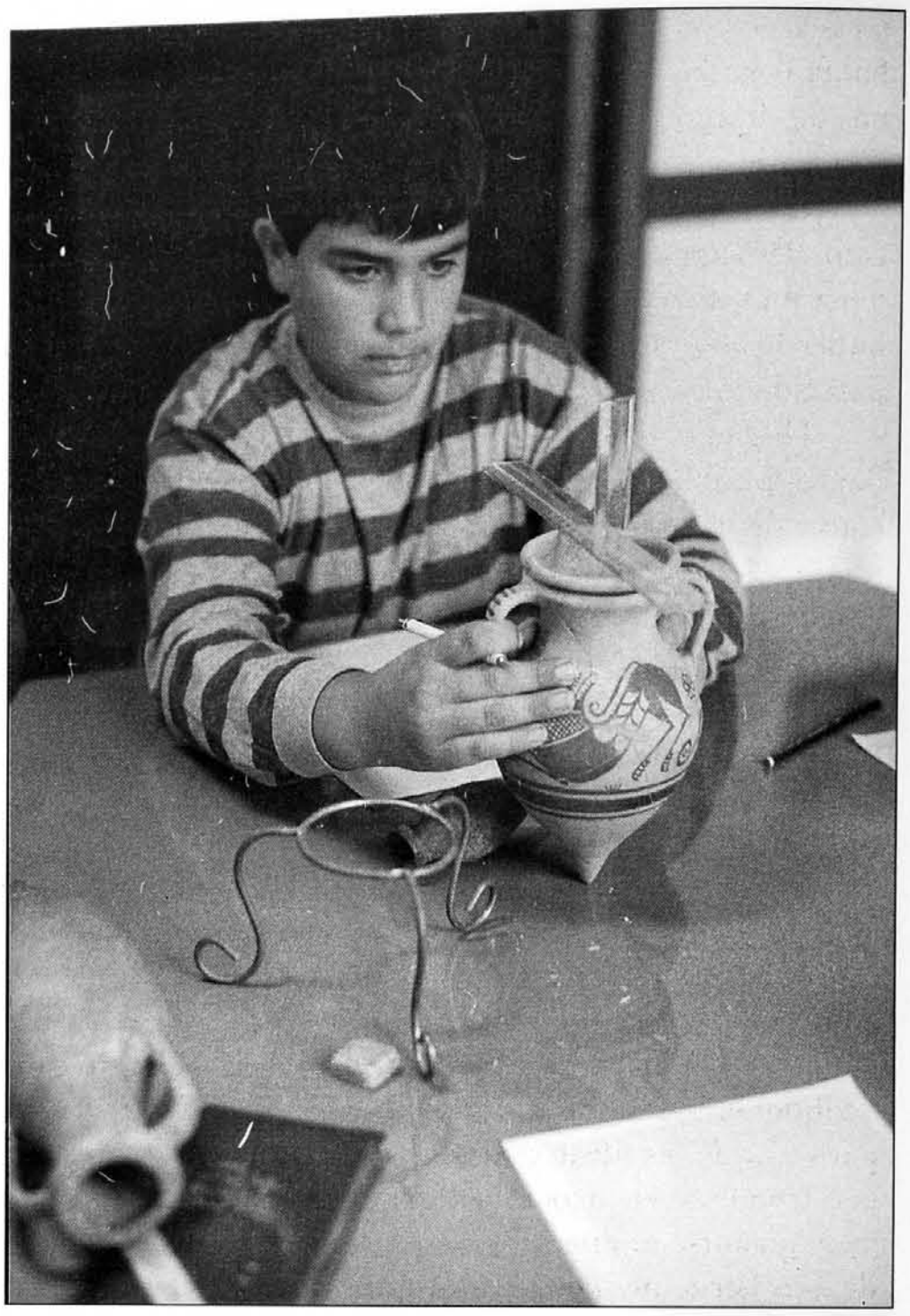
Haciendo análisis de la experiencia desarrollada en estos dos años podemos destacar dos aspectos importantes de la misma:

Uno es el de los valores educativos que dicha actividad puso en juego y otro el de los beneficios que se logran para el desarrollo posterior de conocimientos históricos.

Respecto al primero de los aspectos hay que decir que ambos cursos resultaron ser experiencias desde el punto de vista humano altamente gratificantes, con un elevado nivel de relaciones de cooperación y autogestión del grupo. Si bien hubo momentos críticos, motivados por la no obtención de resultados satisfactorios inmediatos, dada la falta de dominio de la técnica en un principio y, el alto grado de exigencia en los resultados finales planteado por los monitores.

Esto puso a prueba nuestra capacidad de trabajo, de superación ante las dificultades, de cooperación y apoyo mutuo para superar éstas.

El siguiente fragmento del texto elaborado por Carmen, una alumna de 13 años, para la charla inaugural de la exposición, ilustra perfectamente lo que fue el desarrollo de la experiencia y los valores y sentimientos que puso en juego:



4. Alumno del curso de dibujo tomando medida a una reproducción de cerámica ibérica. Curso 95-96

«Qué fácil y divertido parecía empezar el trabajo, porque nos hacía ilusión romper las piezas, pero nuestra preocupación comenzó cuando observamos todos los fragmentos mezclados y rotos. Tuvimos un poco de paciencia y esperamos a que nuestros monitores nos guiaran para hacer lo correcto. Después de clasificar los fragmentos nos quitaban algunos de éstos, cosa que no nos gustaba en absoluto. Pero no pensábamos en el trabajo que costaría pegarlos.

Eso sí que fue una verdadera desesperación, no nos imaginábamos que era tan difícil encontrar fragmentos que



3. Dibujo en el Museo de cerámicas ibéricas. Curso 95-96



5. Dos alumnos elaborando los paneles de la exposición «Dibujando en el Museo». Curso 95-96

encajasen con su hueco correspondiente. Pero todavía no había llegado el limpiado de las piezas. A veces daban ganas de tirlarla porque se hacía muy pesado limpiar y limpiar para que el trabajo quedase perfecto.

En general, se nos hizo un poco insoportable este proceso. Pero aguantando con mucha paciencia llegamos a obtener un trabajo magnífico. Nosotros estamos orgullosos de haber hecho algo que nunca podíamos imaginar. Nos ha parecido una experiencia irrepetible y maravillosa».

Hay que añadir que este nivel de exigencia en el trabajo es posible y adquiere un carácter verdaderamente educativo dentro de un clima de relaciones humanas de empatía que siempre ha surgido en el transcurso de las dos actividades, de manera natural y espontánea. Así lo refleja la misma alumna Carmen, que concluye su texto con las siguientes palabras:» Gracias a nuestros monitores: Fina, Cati, Tona, M.ª José, Virginia y Juan, hemos conseguido valorarnos por nosotros mismos y estar orgullosos de nuestro trabajo».

En lo referente al segundo de los aspectos a destacar: el de los beneficios que se logran para el desarrollo posterior de los conocimientos históricos también se han conseguido resultados interesantes que animan a seguir trabajando en esta línea. Es sabido que uno de los elementos que facilitan el aprendizaje significativo es el contraste o comparación de las ideas que puedan generar un desajuste en la estructura del conocimiento de los alumnos, la cual vuelve a ajustarse al integrar los nuevos conocimientos, creando una estructura con un nivel de relaciones superior al anterior, lo que permite, a aquellos su utilización posterior en otros conceptos de aprendizaje, cumpliendo así otras de las condiciones del aprendizaje significativo: su funcionalidad.

Para un aprendizaje significativo de la historia es importante la creación de ideas o referentes que sirven de apoyo para la comprensión de los procesos históricos en otras épocas diferentes (a veces los procesos no son tan diferentes sino que sólo los diferencia la cultura material sobre la que se desarrolla y las ideas que los ponen en marcha).

En este sentido el trabajo en el museo nos ha ofrecido la posibilidad de crear uno de estos referentes para el estudio de la historia de primera magnitud, apoyándonos en la observación y análisis de fuentes primarias; teniendo además la oportunidad de realizar técnicas como el dibujo y la restauración que nos acercan al proceso real que desarrollan los arqueólogos e historiadores.

CRONICA DEL MUSEO DE MURCIA 1995

VERDOLAY Nº 7 / MURCIA Págs. 461 - 464

Adela Arnao Aledo
Francisca Bernal Pascual
José Miguel García Cano
Consuelo García Serrano
M.ª Angeles Gutiérrez García

INCREMENTO DE FONDOS

ARQUEOLOGIA

PROSPECCIONES Y EXCAVACIONES

1995/4. Prospección. Las Toscas (Molina de Segura). Paleolítico.
1995/5. Lote de excavación. Loma del Tío Ginés (Puerto Lumbreras). Argárico.
1995/6. Lote de excavación. Escuela de Arte Dramático (Antiguo Seminario Mayor de Murcia). Islámico, Medieval Cristiano y Moderno.
1995/7. Lote de excavación. C/. Toro- Plaza Yesqueros (Murcia). Medieval.
1995/8. Lote de excavación. C/. Cartagena-C/. S.Antonio el Pobre (Pto. de Mazarrón).
1995/10. Prospección. Las Carihuelas I, II, III. Cañadas de San Pedro (Murcia). Iberorromano.
1995/11. Prospección. Cabezo Negro I, II, III. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/12. Prospección. Cañadas del Pañero I, II. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/13. Prospección. Los González. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/14. Prospección. Carril de las Casas I, II. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/15. Prospección. Los Martinez. Cañadas de San Pedro (Murcia). Romano.
1995/16. Prospección. Los Alfonsos I, II, III. Cañadas de San Pedro (Murcia). Romano e Islámico.
1995/17. Prospección. Casa de Pepe el Fino. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/18. Prospección. Casa del Pino I, II. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/19. Prospección. Los Pelados. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/20. Prospección. Los Rosales. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/21. Prospección. Los Sánchez. Cañadas de San Pedro (Murcia). Romano.
1995/22. Prospección. La Terrera. Cañadas de San Pedro (Murcia). Romano.
1995/23. Prospección. Lo Romo I. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/24. Prospección. Cortijo del Pocico. Cañadas de San Pedro (Murcia). Islámico.
1995/25. Prospección. El Barbo (Mula). Romano.
1995/26. Lote de excavación. Cerro de la Fuente (Yecla). Paleolítico.
1995/27. Lote de excavación. C/. Montijo (Murcia). Islámico.
1995/28. Lote de excavación. Plaza de S. Pedro (Murcia). Islámico.
1995/29. Lote de excavación. C/. de la Merced (Murcia). Islámico.
1995/30. Lote de excavación. C/. San Lorenzo (Murcia). Islámico.
1995/31. Lote de excavación. C/. Federico Balart (Aguilas). Romano.
1995/33. Lote de excavación. Santuario de la Luz (Murcia). Ibérico.
1995/35. Lote de excavación. Cerro de las Víboras (Bagil. Moratalla). Calcolítico- Bronce.
1995/37. Lote de excavación. Baños de Fortuna (Fortuna). Romano.
1995/38. Lote de excavación. Cueva del Algarrobo (Mazarrón). Paleolítico.

DEPOSITOS

1995/2. Escudo heráldico. C/.Ceballos C/. General Margallo (Murcia). Siglo XVIII.

DONACIONES

1995/3. Fósiles. La Alcaina (Molina de Segura).
1995/9. Mandíbula superior derecha de un caballo (fósil). Cueva Victoria (Cartagena). Paleolítico.

INCAUTACIONES GUARDIA CIVIL

1995/32. Fósiles. (Abarán)
1995/36. Cerámica y molino barquiforme. (Librilla?). Argárico.

BELLAS ARTES

DEPOSITOS

1995/1. Dos pinturas de Luis Garay y Vicente Viudes. O/L de 134x106 y 60x50 cms. Depósito de la familia Megias Amat.
1995/2. Conjunto de elementos arquitectónicos. Primer tercio del siglo XX. Depósito CCAA de la Región de Murcia.

DONACIONES

1995/3. Colección de tres Belenes de Pablo de la Peña. Contemporáneos. 9.5x5.5x4 cms.. Donante el autor.

EXPOSICIONES

ARQUEOLOGIA

Murcia. Casa de la Cultura.
«VI Jornadas de Arqueología Regional». Del 24 al 27 de abril
Algeciras. Legado Andalusí
«Al-Andalus y el Mediterráneo». Abril-junio.
Ciudad Real. Museo de Ciudad Real.
«Alarcos. El fiel de la balanza». Abril-julio.
Murcia. Sala de Verónicas. Legado Andalusí.
«Casas y palacios de Al-Andalus». Abril-julio.
Albacete. Museo de Albacete.
«El mundo ibérico en los albores del año 2000». Abril-septiembre.
Mula. Museo Monográfico El Cigarralejo.
«Interpreto mi museo». Del 12 de junio al 31 de agosto.
Lorca. Museo Arqueológico.
«VI Jornadas de Arqueología Regional». Del 24 de junio al 4 de septiembre.
Alhama. Casa de la Cultura.
«VI Jornadas de Arqueología Regional». Del 29 de septiembre al 20 de octubre.
Madrid. Museo Municipal-Legado Andalusí.
«Al-Andalus». Septiembre-enero de 1996.
Aguilas. Casa de la Cultura.
«VI Jornadas de Arqueología Regional». Noviembre.

BELLAS ARTES

Itinerante por varias ciudades españolas. Centro Nacional de Exposiciones.
«El mundo literario en la pintura del siglo XX». Diciembre de 1993- mayo de 1995.
Murcia. Museo Ramón Gaya.
«Algunos retratos». Noviembre de 1994-enero
Madrid. Casa de América.
«Belenes hispanoamericanos». Diciembre de 1994-enero.
Murcia. Museo de Murcia. Sala de exposiciones temporales.
«Belenes. I. La Colección del Museo». Diciembre de 1994-enero.
Murcia. Federación de centros de la Mujer-Museo de Murcia. Sala de exposiciones temporales.
«Joyería popular». Marzo-abril.
Murcia. Asociación E. Pardo Bazán-Museo de Murcia. Sala de exposiciones temporales.
«Artesanía popular». Del 8 al 12 de mayo.
Murcia. Museo de Murcia. Sala de exposiciones temporales.
Día Internacional de los Museos. Colegio Juan XXIII. Las Lumbreras.
«Interpreto mi Museo». Día de mayo.
Murcia. Museo de Murcia. Sala de exposiciones temporales.
«Artesanía de belenes». Junio.
Buenos Aires (Argentina).
«Los salones del Artal». Junio-julio.
Valencia.
«Antonio Muñoz Degrain». Del 24 de octubre al 30 de noviembre.
Murcia. Museo Ramón Gaya.
«Los profesores de las Bellas Artes en el primer tercio del siglo XX». Del 6 de noviembre al 20 de diciembre.
Murcia. Museo de Murcia. Sala de exposiciones temporales.
«Belenes.II. La Colección del Museo: El Belén europeo». Del 20 de diciembre hasta enero de 1996.

CURSOS, CONGRESOS, CONFERENCIAS Y COLABORACIONES

«El Patrimonio histórico en Mula». Curso de extensión universitaria. Universidad de Murcia. Del 20 al 24 de marzo.
«VI Jornadas de Arqueología Regional». Casa de la Cultura. Murcia. Del 24 al 27 de abril. Asistencia 583.
«La Arqueología en Siria». Museo Monográfico de El Cigarralejo (Mula). Noviembre.
«Museos y Patrimonio. La experiencia del Museo Thyssen-Bornemisza». Obra cultural de Cajamurcia-Museo Thyssen. Noviembre-diciembre.
Colloque «La céramique attique du IVè siecle en Mediterranée occidentale». Centre Camille Jullian-CNRS. Université de Provence. Arles. Diciembre.
Colaboración con el área de Arqueología de la Universidad de Murcia. Dr. Sebastián Ramallo Asensio, para la

realización de las clases prácticas de la especialidad de Historia Antigua y Arqueología en la Colección de Arqueología del Museo:

- Numismática antigua
- Epigrafía romana (Dr. Noguera)

Participación con la cátedra de Historia Antigua. Dr. González Blanco, en materia de Antropología cultural y Etnografía. Igualmente se ha colaborado por tercer año consecutivo con el IPOA (Instituto del Próximo Oriente Antiguo) en las excavaciones arqueológicas de Tell Jamis y Qara Qusaq en la república Arabe de Siria. Finalmente reseñar la asistencia y el apoyo técnico dado a los museos locales de Caravaca. Cartagena. Cehegín. Jumilla. Lorca y Mula.

INVESTIGACION

Dentro de esta tarea prioritaria del Museo hay que precisar dos apartados: investigadores que han recurrido a la Colección estable del centro para realizar o completar estudios, y en segundo lugar, la línea investigadora del propio Museo de Murcia.

Durante 1995 ha habido setenta y cuatro investigadores, cuyo reparto por periodos culturales se especifica más abajo. Este número es ligeramente inferior al registrado en 1994 (BERNAL et alii. 1994:201). Junto a estos investigadores como tales acreditados, se han resuelto muchas cuestiones orales o escritas a un numeroso grupo de estudiantes de secundaria y universidad. también se han atendido observaciones y preguntas de coleccionistas de arte, expertizaciones de obra o tasaciones, restauración, numismática etc.

ARQUEOLOGIA 1995		BELLAS ARTES 1995	
Prehistoria	8	Siglo XVII	6
Protohistoria	15	Siglo XVIII	4
Romano	5	Siglo XIX	8
Islámico	14	Siglo XX	4
Moderno	10	TOTAL	20
TOTAL	52	TOTAL INVES.	74

Al cotejar estos datos con los de 1994, se observa a primera vista un ligero descenso en el número de estudios en la Colección de Arqueología, se pasa de 60 a 52 (-13.3%). Por periodos culturales hay aumentos en mundo Islámico y Moderno. Este último con un espectacular aumento de 4 a 10 (+ 60%). Hierro Ibérico se mantiene en los mismos parámetros que en 1994, mientras que la Prehistoria y Roma han tenido un descenso bastante acusado (-38% y -64% respectivamente).

En Bellas Artes hay un descenso generalizado en la práctica totalidad de las especialidades cayendo en un 54.5% las consultas científicas.

El Museo de Murcia como centro de investigación tiene actualmente tres proyectos básicos o líneas de actuación investigadora: Mundo ibérico, centrado principalmente en el ámbito funerario de la cuenca del río Segura y Guadalentín - estudio de las necrópolis del Cabecico del tesoro y Archena) y Altiplano Jumilla-Yecla - conjunto de Coimbra del Barranco Ancho -; Fortificaciones Islámicas en la Huerta de Murcia y finalmente Pintura y Artes Aplicadas en el siglo XIX.

MUSEOGRAFIA

Han continuado los trabajos de adecuación de las salas de exposición permanente de Arqueología y Bellas Artes, para obtener una mejor rotulación y señalización museográfica del Museo de Murcia.

En la Colección de Arqueología, los trabajos se han centrado en las salas de cultura hispanomusulmana. Así, en la Sala IX se han expuesto nuevos fragmentos de yeserias policromadas procedentes del derribo del ala sur (1960) del palacio *Saghir*, actual monasterio de Sta. Clara la Real. También en esta sala y debido al préstamo continuado de una importante porción de la Colección de maquetas arquitectónicas a varias exposiciones temporales del Legado Andalusí, se instaló provisionalmente un ajuar doméstico completo, igualmente islámico, de las excavaciones en la calle Pedro de la flor de Murcia en la vitrina 3.

En la Sala X se ubicó sobre un pedestal un bello zócalo islámico pintado con motivos geométricos blancos y rojos, aparecido en las excavaciones del solar del antiguo colegio de las Luisas de Murcia. Una vez que la pieza había sido debidamente restaurada, acompañándose de documentación gráfica del momento del hallazgo.

A la Sala XI, trasladados de la sala precedente, se le han colocado perfectamente enmarcadas las yeserías renacentistas del palacio de Dª Constanza de Villena (Montealegre del Castillo. Albacete).

La Colección de Bellas Artes, en un intento de aglutinar temáticas y cronología ha reagrupado, en salas de exposición permanente o espacios habilitados para el paso de visitantes o investigadores, una serie de piezas que se han reubicado de la siguiente manera: Sala V -primera mitad del siglo XIX- se ha incorporado una escultura religiosa de tradición barroca pero realizada en el siglo XIX: «San José con el Niño» pieza de exquisita factura, sobre un espléndido soporte; en la Sala VI se ha continuado la exposición rotatoria de obra pictórica básicamente depósitos del Museo del Prado y donaciones de temática variada; en la Sala VIII se ha renovado y remodelado la vitrina monográfica dedicada a los Bellos Oficios del Levante con la inclusión de una «Virgen» de Clemente Cantós; finalmente se ha colgado una obra de Vicente Viudes -Sala IX- fruto de un depósito temporal.

Durante los meses de mayo y junio estuvieron expuestos veinte trabajos de escolares de E.G.B. de diferentes colegios que realizaron dibujos de parte de las obras de arte expuestas permanentemente en la Colección.

Para el DIA INTERNACIONAL DE LOS MUSEOS, dieciocho de mayo, se elaboraron una serie de actividades lúdicas relacionadas con las distintas manifestaciones plásticas e históricas exhibidas en las dos Colecciones del Museo. Se obsequiaron pegatinas, estelas separadoras, postales, trípticos informativos, flores e incluso dulces, a los visitantes que ese día se acercaron al Museo.

No se olvidaron otras muestras relacionadas con la didáctica orientada a la percepción y expresión, por parte del mundo infantil, de las obras más representativas de la Colección de Bellas Artes. Fueron seleccionados algunos alumnos del colegio público Juan XXIII de las Lumbreras (Monteagudo), que realizaron *in situ* copias de obras elegidas por ellos mismos. Se completaron las actividades del día con improvisaciones teatrales, juegos, lecturas de textos literarios conectados con obras de arte y visitas guiadas. Como clausura de la celebración del Dia de los Museos se presentó a finales del mismo mes el sexto volumen de la revista VERDOLAY, correspondiente al año 1994 en la Colección de Bellas Artes del Museo.

En 1995 el Museo de Murcia ha incrementado notablemente su número de visitantes, así ha obtenido globalmente un aumento del 26.2% con relación a 1994 (BERNAL et alii., 1.994:203) alcanzando este año 19.021 entradas. Este incremento se ha producido en ambas Colecciones, pasando Arqueología de 9.762 a 11.217 (+15%) y Bellas Artes 5.307 a 7.804 (+47%). Es significativa la verificación del aumento de visitantes adultos en Bellas Artes, que llega a sobrepasar largamente al de escolares 4.676/3.128.

Por meses, son abril (2.825), marzo (2.447), enero (2.397) y mayo (2.325) los más concurridos de público. Nuevamente los meses veraniegos de julio (403) y agosto (412) son los que registran menos afluencia de público, aunque se trata en este caso de una mínima más elevada que la de 1.994 cuando se constataron 304 y 338 visitantes para julio y agosto respectivamente (BERNAL et alii, 1994:203).

BIBLIOTECA

Como cada año, se ha continuado la catalogación de los fondos bibliográficos antiguos, así como los ingresos actuales de las dos Colecciones del Museo. En 1995 se han recibido 598 volúmenes que corresponden a 201 libros y 397 revistas. Con respecto a 1994 ha habido un descenso de casi el 39% en libros, mientras que en revistas el número de item. se ha mantenido prácticamente igual 401 frente a 397.

Estas cifras vienen a confirmar el nivel de aceptación, uso y consolidación entre la comunidad científica de la revista VERDOLAY, tras seis años de edición. Además supone la base y fuente principal de intercambios bibliográficos con otras instituciones científicas nacionales y extranjeras.

	Arqueología	**Bellas Artes**	**Total**
Libros	97	104	201
N.º nuevas Rev.	19	5	24
N.º Rev. Indiv.	259	138	397

El uso de ambas bibliotecas sigue siendo restringido, admitiéndose la consulta a investigadores, especialistas y alumnos de especialidad o tercer ciclo de las licenciaturas en Historia Antigua, Medieval, Arqueología y Arte.

Nº de usuarios.....185
Nº de obras consultadas.....469



Región de Murcia
Consejería de Cultura y Educación